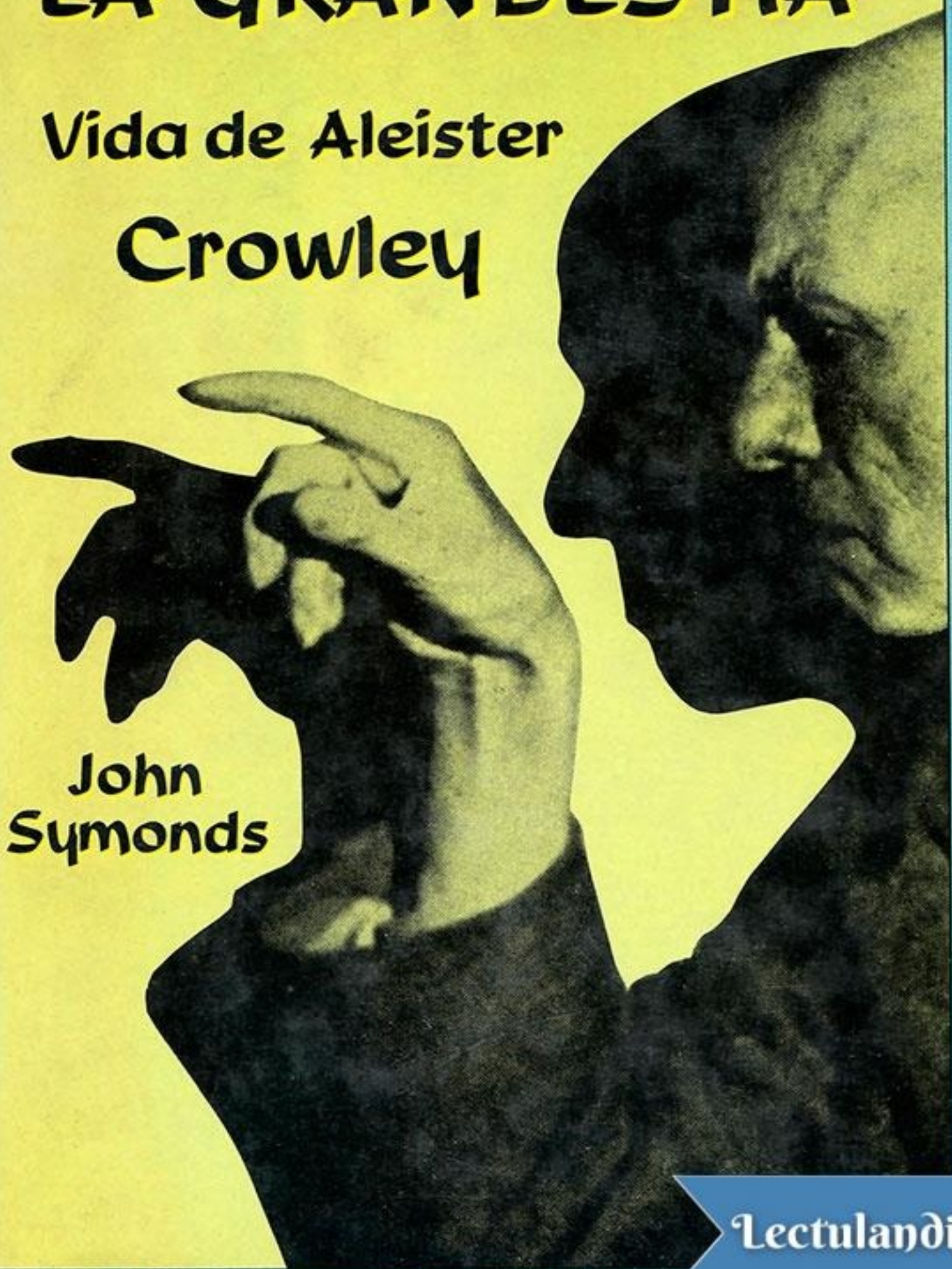


LA GRANBESTIA

**Vida de Aleister
Crowley**

**John
Symonds**



Lectulandia

John Symonds ofrece en esta biografía mágica de Aleister Crowley, *La Gran Bestia*, una alusión directa a la bestia del Apocalipsis que él creía encarnar, un impresionante fresco de sus aventuras reales, carnales y mágicas, en el que aparecen abundantes fragmentos de sus obras esotéricas y literarias.

La Gran Bestia, en su edición final, que viene a ser la amalgama de su primera edición, de carácter básicamente biográfico, y de “*The Magick of Aleister Crowley*”, que estudia los aspectos mágicos de su vida, es su último trabajo, presentado en esta edición española con un apéndice que recoge la singular biografía de Aleister Crowley.

Lectulandia

John Symonds

La gran bestia

Vida de Aleister Crowley

El ojo sin párpado - 38

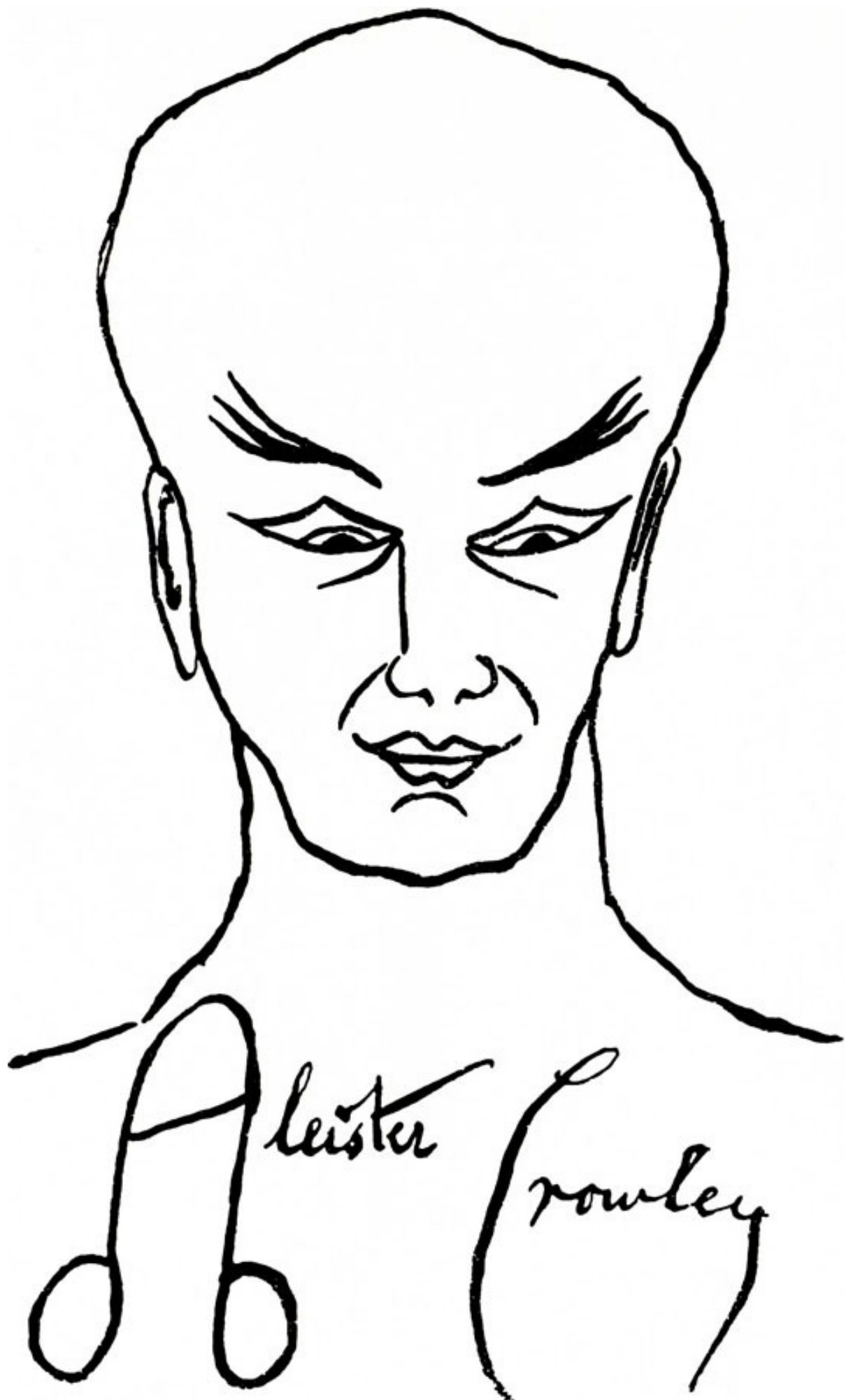
ePub r1.0

orhi 15.03.15

Título original: *The King of the Shadow Realm*
John Symonds, 1989
Traducción: Javier Martín Lalanda

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PREFACIO

ÉSTE es el segundo —y espero que último— libro biográfico que escribo sobre Aleister Crowley. En él he incorporado todo el material que conforma el primero^[1], aparecido en 1951, del que saldría una segunda edición en 1971 y otra más, corregida, en 1973. Debo estar agradecido a la constancia demostrada por el finado Gerald Yorke en atesorar, a lo largo de buena parte de su vida, una extensa colección de recuerdos y documentos relacionados con Crowley, ya que gracias a él ha sido posible la publicación de este libro.

La filosofía de Crowley, tal y como suele entenderse, nos invita, a todos y cada uno de nosotros, a «hacer lo que verdaderamente queramos». A comienzos del presente siglo surgió, armado de punta en blanco, del seno de la Orden Hermética de la Golden Dawn, y comenzó a practicar los diferentes sistemas mágicos que esa sociedad enseñaba. Pero los Jefes Secretos o Inteligencias Sobrehumanas que gobiernan este planeta le habían reservado un papel más importante que el de simple mago y, a su debido tiempo, pusieron en su conocimiento que él, y nadie más, era el Maestro del Mundo. Y Aiwaz, uno de estos Jefes Secretos, convirtió esta revelación en algo tangible, al dictarle lo que Crowley llegó a considerar como la futura Biblia de la humanidad: *El libro de la Ley* que le proporcionó lo que llegaría a ser su palabra mágica por excelencia, *thelema*, «voluntad», que él amplió hasta formar la conocida frase del «Haz lo que Quieras». Crowley comparaba su palabra con la de Cristo, *agapé*, esto es, «amor», con la de Buda, *anatta*, «no-yo» (es decir, no la conciencia individual, sino la Conciencia Universal o Absoluta), o con la de Mahoma, *Alá*, «Sólo hay un Dios».

Se ha dicho que la personalidad de Crowley era «enigmática» pero, en cuanto uno levanta el vistoso manto que encubre su vida singular y su comportamiento tremendista y examina lo que descubre bajo él con la óptica del sentido común, el «enigma» no tarda en desvanecerse.

La primera y más inmediata constatación que puede hacerse respecto a Crowley es que se encontraba en pie de guerra contra los valores religiosos y morales de su tiempo; pero cuando el joven Crowley irrumpe en la escena social, el proceso de destrucción de los ídolos victorianos ya había comenzado. Nietzsche, el filósofo que había hecho del martillo su herramienta de trabajo, no le había dejado nada que destrozar. Sin embargo, esto no contuvo a Crowley, que se hallaba demasiado desesperado para andarse con remilgos y era lo suficientemente inmoderado como para intentar abrirse camino siguiendo los cauces legítimamente permitidos, por lo que decidió llegar a la fama por un sendero que, así me lo parece, nunca antes había sido recorrido y que le condujo a un tenebroso caos mental, a los aspectos más desagradables y negativos de la existencia que salen de ese caldero en ebullición. Según cuenta W. B. Yeats, en cierta ocasión, Crowley fue expulsado del comedor de

Cambridge en que se hallaba cenando con otros estudiantes, como resultado de la indecencia de su conversación.

Acostumbraba a hablar de todo aquello que los demás callaban, y a los veintitrés años de edad antes de irse de Cambridge, había llegado a encarnar todo lo que de malo hay en el hombre. Su meta inconfundible no era otra que llegar a cubrirse de vergüenza, por lo cual se sentía impelido a hacer cosas desagradables. Toda su vida estuvo intoxicado de vergüenza: llegó a comer mierda, tanto en sentido figurado como real (vgr. la de Leah Hirsig cuando ambos se encontraban en la Abadía de Haz lo que Quieras, en Sicilia, allá por el mes de julio de 1920).

Este hábito, el de la coprofilia, que dio a conocer en la primera de sus obras publicadas, *Acelandia*, de 1898, le acompañó durante el resto de su vida. *Enfant terrible* de la era victoriana, había decidido que nadie igualara su grado de irrespetabilidad. Su chocante apodo de «la Bestia 666» era un apelativo adecuado para un hombre que desafiaba las limitaciones y que sacaba punta a cualquier convencionalismo. Durante la primera década del presente siglo se mantuvo dentro de las tendencias ocultas del Victorianismo, y cuando cumplió treinta años llegó a ser lo que se había propuesto: el Rey del Reino de las Sombras.

Le resultaba muy cómodo instar a sus seguidores a que buscasen su verdadera voluntad y una vez que la hubiesen encontrado, actuaran en consonancia con ella; pero él mismo se hallaba lejos de haber encontrado su «verdadera voluntad». De hecho, nunca se puso a buscarla metódicamente, pues si lo hubiera hecho no habría tardado en darse cuenta de que se hallaba bajo el imperio de una fuerza inconsciente que le impulsaba a realizar acciones totalmente irracionales. Además, nunca se detenía a pensar; no era introspectivo y carecía de esa cualidad especial que nos conduce a la introspección, aunque no quiero decir que no fuese capaz de llegar a ella. En cualquier caso, reflexionar sobre las cosas no hace famoso a nadie y él necesitaba desesperadamente la fama. Habría que decir también que necesitaba la emoción del peligro, y mejor si esta emoción era fortísima; y como para él no había límites, podía adentrarse en todos los terrenos siempre que fuese en el lado oscuro de las cosas.

Era capaz de hacer lo indecible con tal de sentirse estimulado. No se sentía atraído por la música, ni por la pintura, la literatura o cualquier otra cosa usual; lo que él necesitaba eran estímulos perversos —excreciones humanas, sangre menstrual y, sobre todo, drogas— que le permitieran captar un mensaje. Ningún estímulo era suficiente para él. No tardaría mucho en darse cuenta de que estaba dando vida al mito del anti-héroe, del rebelde que deja a un lado los tabúes. Su principal axioma de comportamiento era el siguiente: «De ningún modo has de comportarte de manera normal o vivir como si fueras tú mismo». Esto explica sus cambios de personalidad y todos los personajes que encarnó, magníficamente representados por sus pseudónimos: «Perdurabo», Conde Vladimir Svareff, Lord Middlesex, Lord Boleskine, Alistair MacGregor, Alastor de Kerval, «El Vagabundo de la Desolación»,

Príncipe Chioa Khan, «Baphomet, el Rey Supremo y Santo», Mahatma Guri Sri Paramahansa Shivaji —ciertamente nunca fue *Paramahansa*, el grado más elevado dentro de uno de los sistemas ascéticos del hinduismo, y no debió haber usado ese tratamiento— H. D. Carr y, sobre todo, «La Bestia 666». Era el hombre de los cien nombres.

Crowley nunca admitió haberse equivocado en nada, salvo al final de su vida. Era incapaz de darse cuenta de que podía equivocarse. Siempre se trataba de un fallo de otra persona que recibía sus peores, y degradantes, insultos. Era incapaz de soportar la frustración, por lo que se vengaba en la persona que según él era responsable de la misma. «Y deliro; y, entre delirios, estupro y desgarró» es uno de los versos de su poema «Himno a Pan». Crowley no había logrado integrar todos los aspectos de su personalidad, sino todo lo contrario.

Sin confesárselo a nadie, en ocasiones ni a sí mismo, se sentía como un pecador. *The Vision and the Voice* («La visión y la voz»), escrito durante 1909, nos deja ver, a través de su ampulosa redacción, que en lo más profundo de su corazón él se sentía culpable. Pero, o bien por comportarse de manera distinta a los demás, o porque una cosa era sentir y otra asumir, se negó a confesárselo a sí mismo y a intentar ponerle remedio. Ni siquiera podía acudir a la confesión que le ofrecía el cristianismo, con su penitencia y el subsiguiente perdón, pues en su juventud se había rebelado contra Dios. Así pues, no debe extrañarnos su siguiente paso, aunque revele una insólita originalidad: convertirse en el hermano oscuro de Dios, un papel que acabaría ahogándole.

A Crowley le faltaba imaginación. Esta declaración puede sorprender a todo aquel que piense que su vida y su comportamiento, tan extravagantes, no son sino la imaginación personificada; pero la imaginación surge del juego entre las pulsiones y las inhibiciones, y como Crowley carecía de inhibiciones no conseguía sublimar ninguno de sus deseos. Si uno es capaz de exteriorizar sus impulsos e instintos, como hizo Crowley, entonces no tendrá necesidad de una vida interior, inmaterial. Y Crowley exteriorizó tanto, durante toda su vida, que no dejó que su imaginación se desarrollase. Su vida fue como un poema decadente, cuyas estrofas no llegan a convencernos. Se lanzó de cabeza a todo tipo de situaciones poco usuales, como si no tuviese nada en su interior y todo lo que le rodease tuviese ese fascinante colorido que a él le faltaba. Coleridge tuvo una visión de Xanadú. Crowley, cuando se encontraba en su estado psicótico y drogado, vivía en aquel mundo visionario y sobrenatural.

Intentó hacerse con el control de la realidad mediante el pensamiento mágico. Por ejemplo, el 19 de mayo de 1931, en Berlín, creyó en dos ocasiones, cuando se encontraba en un café atestado de gente y mientras caminaba por una bulliciosa calle, que se había vuelto invisible.

Volverse loco le tenía sin cuidado, y muchas veces, sin alarmarse en absoluto, creyó que lo estaba. «Que siempre he estado loco es algo que se halla fuera de toda

duda», escribió el 15 de febrero de 1941 en su diario. Pero había conseguido encontrar el modo de expresar su locura: la magia, o, como él prefería escribir, la *magi(k)a* (de *magick*), en donde introducía la letra *k*, símbolo de la palabra griega *kteis*, los genitales externos de la mujer, que desempeñan una parte importante en sus actividades mágicas. Su *magi(k)a*, y sus seguidores, sirvieron para compensarle, con lo que pudo vivir sin tener que recurrir a ningún tipo de tratamiento clínico. Siempre encontraba en la «Gran Obra» una justificación para todas las cosas atroces que hacía y también para su fracaso en cualquier tipo de empresa ni mágica, ni atroz, que acometiera; y cuando se veía entre la espada y la pared se defendía arguyendo que estaba en las manos de su *daemon*, Aiwaz. Y estaba en lo cierto, pues «Aiwaz», o «Aiwass», que según él era una «inteligencia preterhumana», era el nombre que asignaba a la fuerza inconsciente que le mantenía entre sus garras y que, caprichosamente, jugaba con él. Lo único que sabía de ésta era el mensaje que le entregara: atacar a las creencias, a las tarjetas de Navidad, a todo... se trataba de una doctrina negativa que recorre por entero todo el sistema mágico ideado por Crowley, quien, entre todas las incertidumbres y contrasentidos de su vida, vivía como si careciese de problemas personales. Y ciertamente carecía de ellos, pues cuando se le presentaban los dejaba a un lado o pasaba por encima de ellos, mientras rezaba a su Santo Ángel de la Guarda, Aiwaz.

El Libro de la Ley, la biblia del crowleyanismo, que supuestamente escribió bajo el dictado de Aiwaz, contiene todas las sorprendentes y contradictorias opiniones de Crowley, redactadas, o debo decir habladas, en el estilo de los profetas del Antiguo Testamento, combinado con el de las revistas populares al uso del ama de casa. Su fórmula salutoria del «Haz lo que quieras será toda la Ley» no era otra cosa que su réplica a la falsa religiosidad y el mal gusto de sus padres: su ley contra la de ellos. Intentaba que no quedara huella alguna de sus padres. (¿Por qué no se le ocurrió «Haz lo que quieras», sin tener que añadir, «será toda la Ley»?) Se trata de una declaración incongruente, pues no es posible hacer una ley de la abrogación de las demás leyes, ni mejorar a Rabelais. La «Ley» a que hace referencia la fórmula de Crowley antes aludida, proviene de la Ley del Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia, en la que sus padres, miembros de la Confraternidad de Plymouth, se habían formado. Pero no resulta ser muy fiel al espíritu de la Ley Mosaica, más próxima al amor y a la generosidad que enseñara Jesucristo, puesto que en Aleister Crowley es imposible encontrar amor o generosidad, a pesar de su «Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad», que era el paradójico corolario al «Haz lo que quieras será toda la Ley». Lo que se proponía no era hacer que la humanidad mejorase, pues ésta sólo le movía a desdén, sino mantenerla doblegada bajo su demoníaca voluntad.

Estaba tan desequilibrado que era incapaz de sentirse en paz consigo mismo. Raramente se quejó de su hado, pero sufrió mucho por su culpa. Destaca entre sus contemporáneos, aunque sólo sea porque estaba muy por delante de su tiempo, y

porque supo expresar el total derrumbamiento de los convencionalismos que no tardaría en llegar.

Surgirá otro profeta, trayendo de los cielos nuevos desórdenes; otra mujer suscitará la concupiscencia y el culto a la Serpiente...

El Libro de la Ley

Si yo tuviera que esculpir en una lápida el epitafio de aquel hombre, tan extraordinario y lleno de talento, diría esto:

Aleister Crowley, 1875-1947
Dejó en libertad a los dioses psicóticos.

J. S.
Tokio, 1988

AGRADECIMIENTOS

Manifiesto mi agradecimiento al doctor. W. F. Ryan por la corrección de una nota; a Arthur Calder-Marshall por su evocadora descripción de una de las esposas de Crowley; a Gerald Suster por un incidente mencionado en su obra de 1988, *The Legacy of the Beast*; a R. M. Campbell, por una fotocopia del *curriculum* que Crowley presentó en 1894 acompañando su solicitud de ingreso en el Scottish Mountaineering Club; a Peter Rowe por haberme comunicado las últimas palabras que pronunció Crowley; a la señora Gy Hunt, por servirme de guía en las calles del Berlín de antes de la Segunda Guerra Mundial; y al reverendo Jack Dover Wellman.

La Gran Bestia

A Kennet Grant X°
Cabeza visible de la Ordo Templi Orientis

Primera parte

*Juventud:
En el camino hacia la grandeza*

Y él será contemplado como realmente fue; pues declaro hallarme dispuesto a escribir, no su panegírico... sino su vida.

JAMES BOSWELL

Siempre estoy pensando qué dirá de mí la historia, cuando haya muerto.

ALEISTER CROWLEY

1

VIDAS PRETÉRITAS

¿QUIÉN era Aleister Crowley? Ni siquiera el propio Crowley lo sabía a ciencia cierta. Sólo sabía que un muchacho llamado Edward Alexander («Alick») le había nacido en 1875 a Edward Crowley, cervecero y miembro prominente de la Confraternidad de Plymouth, y que ese hijo había crecido lo suficiente para darse a sí mismo el apelativo de Aleister y para repartir el tiempo entre el escalar montañas y la práctica de rituales mágicos. Pero ese niño, así lo sentía, era sólo parte de «Aleister Crowley»: una parte insustancial y meramente fenoménica. El auténtico Crowley, más dios que hombre o, si se prefiere, el superhombre, henchido de elevados pensamientos y de una despreocupada, aunque apacible, actitud respecto a la endeble humanidad, se encontraba en otro plano.

Por supuesto que ya había vivido anteriormente y que volvería a vivir de nuevo. Había tenido muchas vidas pretéritas, así como una existencia ininterrumpida como Maestro (lo que se conoce con el nombre de Maestro Oculto o Jefe Secreto) en uno de los Planos Superiores de la existencia.

En cierta ocasión, Crowley consigue vislumbrar su existencia como Maestro, cuando describe su participación en un Consejo de Maestros, poco antes de la época de Mahoma. La reunión tuvo lugar en una de esas remotas fragosidades situadas en los bosques que se hallan rodeados de montañas, allá por..., en una de las regiones más despobladas de Europa. (No se hace mención del emplazamiento exacto.)

El asunto urgente que había que tratar en aquella ocasión —a comienzos de la Edad Media— era la política que era necesario adoptar para ayudar a la humanidad. Crowley se hallaba siempre en busca de caminos y medios aptos para socorrer a la humanidad. «Una exigua minoría, en la que me incluyo», escribe, «estaba a favor de una acción positiva: había que seguir una línea bien definida; los misterios, entre otras cosas, deberían ser revelados. La mayoría de los presentes, y en particular los Maestros asiáticos, se negó a discutir siquiera la propuesta. Desdeñosamente, se abstuvieron de votar, como diciendo: “Dejemos que los jóvenes aprendan la lección”. Por consiguiente, mi facción obtuvo la victoria y varios Maestros recibieron el encargo de llevar a cabo diversas tareas.»

La misión del propio Crowley consistía en llevar a Europa la sabiduría oriental y restaurar el paganismo en una forma más pura. Pero no aclara si esta misión le es asignada en el siglo VI d. C. (el nacimiento de Mahoma tiene lugar, aproximadamente, en el año 570), o en una de sus posteriores encarnaciones. Es indudable que en su encarnación de Aleister Crowley hizo todo lo que pudo para la restauración del paganismo, tal y como señalaron el *Sunday Express* y el *John Bull*, dos de los periódicos que le atacaron por ese motivo.

No es sorprendente que Crowley, cuyos sueños están llenos a rebosar de reyes y

papas, considerase al papa Alejandro VI como una de sus encarnaciones. Este prelado inteligente, aunque amante de los placeres, que fuera acusado de cometer asesinato e incesto, era el tipo de papa que a él le hubiera gustado ser. Una de sus posesiones más preciadas era un cequí de oro que había sido acuñado por Alejandro: en una de sus caras se podía ver su escudo de armas y el del Papado, y en la otra, la escena evangélica de la pesca milagrosa. Crowley utilizaba aquella moneda como «disco», o talismán, en sus operaciones mágicas conducentes a la obtención de oro. Por desgracia, los recuerdos de su vida como papa son escasos, a no ser que, en contra de lo acostumbrado, se mostrase reservado; lo único que dijo, al respecto, fue que fracasó en su empeño de «culminar el Renacimiento, al no haber conseguido purificar íntegramente su propia personalidad».

Tenía bastantes recuerdos de lo que le había sucedido en los tiempos pretéritos. Por ejemplo, había sido el sacerdote tebano Ankh-f-n-Khonsu, que vivió durante la vigesimosexta Dinastía (el prefacio a *The Equinox of the Gods* fue firmado no con el apellido Crowley, sino con el nombre de Ankh-f-n-Khonsu), y también el sabio chino Ko Hsuan, uno de los discípulos de Lao Tsé, y autor de la obra *Khing Kang King*, que sería puesta en rima por Crowley.

La identidad de Aleister Crowley se ve complicada más adelante por su Santo Ángel de la Guarda, Aiwass, que en algunas ocasiones se parece más a Crowley que el mismísimo Aleister. «Siempre he tenido mala salud... una mezcla de fiebre palúdica y reumatismo, con síntomas neurálgicos pasajeros, etc.», escribía Crowley en mayo de 1917, a la edad de cuarenta y un años. «Pero yo mismo, Aiwass, he estado considerando todo este tiempo cómo comportarme en relación al cuerpo y a la mente de Crowley. ¿Puedo seguir utilizándolos? ¿Avanzarían más deprisa mis ideas si él (Crowley) muriese? ¿No sería más sabio que me manifestase en otro, o en una multitud?»

Pero por aquel tiempo Crowley se encontraba en Estados Unidos y el tono quejumbroso de este extracto de su diario se debe a que con la entrada de este país en la Gran Guerra junto a los Aliados, él tuvo que dejar de escribir propaganda para las Potencias Centrales. Había apostado por la parte que, en aquel momento, ya sabía que iba a perder y temía las consecuencias. No debe sorprendernos, pues, que se aferrase a su Santo Ángel de la Guarda, Aiwass, y que deseara poder deshacerse de la piel de Crowley.

En el mes de junio de aquel mismo año conocería a una mujer de Pennsylvania llamada Anna Katherine Miller, a la que daría el sobrenombre de «El Perro», y con la que se iría a vivir, en agosto, a un apartamento de Central Park West, «¡Donde no podemos ver otra cosa que no sean árboles! ¡Gloria a *Otz Chiim* (el Árbol de la Vida), entre cuyas ramas, el Pájaro de los Prodigios, el cisne Paramahansa^[2] (el cisne divino) hace Su nido. (Sé perfectamente que los cisnes terrestres no anidan en los árboles)». Y pensaba que Anna era la materialización de una «Muchacha Morena» que había visto en una visión.

Un año más tarde, se dirigía hacia uno de sus Retiros Mágicos, remando en una canoa, río Hudson abajo, para acampar en la «Isla de Esopo». Sería en aquella isla en donde recordase, en una serie de trances, algunas de sus anteriores vidas.

Los trances fueron peculiarmente intensos. Se sirvió del yoga para llegar a ellos, y la mención que hace del *Samadhi* (el éxtasis supremo) revela que había alcanzado el grado máximo de concentración. Según las enseñanzas budistas, el progresivo perfeccionamiento del espíritu, mediante la concentración proporcionada por el yoga, despierta los recuerdos de las encarnaciones anteriores. Crowley recurrió al uso de la cocaína y el *anhalonium*. Y llegaría a decir que los trances fueron de una sublimidad tan grande que escapaban a cualquier descripción lingüística: terminarían con una «visión angélica» de la que nunca antes había gozado.

La encarnación inmediatamente anterior a la de Aleister Crowley era la de Eliphas Lévi, que era el pseudónimo adoptado por Alfonse Louis Constant, autor de obras que tratan sobre la magia y la Cábala, que eran ampliamente conocidas.

Cuando, años más tarde, estaba hablando con Crowley en su retiro de Hastings, le hice la objeción de que Lévi había muerto seis meses antes de su nacimiento, lo que equivalía a decir que cuando Lévi aún estaba vivo, Crowley se encontraba ya en estado fetal. Pero me replicó que en ello no había contradicción alguna, puesto que el espíritu de Lévi sólo había penetrado en el seno de su madre cuando ésta llevaba ya tres meses de embarazo.

Si se está dispuesto a creer que Crowley era Lévi reencarnado, es posible, entonces, explicar muchos aspectos de su carácter, pero su «memoria mágica» no reveló nada sobre Eliphas Lévi que él mismo no hubiera podido averiguar tras la lectura de la traducción que Arthur Edward Waite hiciera, en 1896, de la obra de Lévi *Dogme et Rituel de la Haute Magie*, y, especialmente, de su prefacio de tipo biográfico.

Durante su trance, Crowley revivió la vida de Lévi, después de haber regresado, marcha atrás, a su propia infancia, nacimiento y estado prenatal; aseguró haber llegado en el momento en que Lévi estaba a punto de morir. (Una fotografía en la que Lévi aparece muerto, yacente en una cama de bronce, con un gran crucifijo encima de la cama, fue reproducida en la edición inglesa de 1913 de su *Histoire de la Magie*): «Y pude contemplar bastantes escenas de la vida de Lévi, por lo general poco importantes, aunque recuerdo varios episodios con mi mujer, y los momentos en que recibía las diferentes órdenes del sacerdocio católico».

Lo siguiente que recordaba era una pequeña iglesia en el campo, con una torre cuadrada... y muchos caminos, anchos y polvorientos. Aquella escena le hizo pensar en el Midi de Francia, con lo que le vino a la memoria el nombre de Arles. Recordó un punzante sentimiento de inferioridad social, sin duda a causa del humilde nacimiento de Lévi, que al decir de Crowley, explicaba las ideas socialistas de aquél. «También recuerdo un largo paseo que hice a los diecisiete años, campo a través, por algún sitio del norte de Francia, me parece, y que mis aspiraciones culminaron en un

juramento mágico.»

La memoria mágica de Crowley no reveló acerca de Lévi más de lo que el propio Lévi había revelado de su persona. Sabemos que, durante la primavera de 1854, se fue a Inglaterra, buscando una nueva corriente mágica, y también, para dedicarse, de manera ininterrumpida, a sus investigaciones, que según él, realizaba en nombre de la ciencia. Disponía de algunas cartas de presentación que debía entregar a personas prominentes, al parecer interesadas en lo sobrenatural. Pero, cuando las conoció, descubrió, para gran desilusión suya, que, a pesar de su extremada cortesía, su interés por el tema obedecía a criterios de índole sensacionalista o superficial. Esperaban de él que realizase milagros, «como si yo fuera un charlatán», escribió Lévi con indignación. Ese tipo de mentalidad, tan pobre, le disgustaba. Y aunque hubiera intentado obtener alguno de los resultados más sorprendentes de la magia ceremonial, cuya naturaleza le repelía, no habría podido conseguirlo sin disponer de un equipamiento costoso y poco común.

Cuando, una tarde, regresaba a su hotel, Lévi se encontró con que alguien había preguntado por él, y le había dejado una nota. Se trataba de una tarjeta de visita o, más bien, de media tarjeta, cortada en diagonal, sobre la cual, Lévi reconoció, al punto, la mitad del Sello de Salomón, la estrella de seis puntas usada en la magia. La nota decía: «Mañana, a las tres, enfrente de la abadía de Westminster, le será entregada la otra mitad de la tarjeta».

Y a las tres en punto del día siguiente, Lévi se hallaba paseando nerviosamente, de un lado a otro, ante la entrada principal de la abadía. De repente, se detuvo un carruaje y un lacayo se bajó de él, acercándose al mago francés, a quien hizo una seña; a continuación le abrió una de las puertas del vehículo para que pudiese entrar. En cuanto Lévi siguió las instrucciones, el carruaje se puso en marcha.

Se encontró sentado al lado de una dama de negro, profusamente velada, quien le presentó la otra mitad de la tarjeta, con lo que el Sello de Salomón quedó completo. Solamente entonces levantó su tupido velo.

Me parece que debiera disculparme, de antemano, por tener que decir al lector de tendencias románticas que aquella misteriosa desconocida, que habló a Lévi en un francés cargado de fuerte acento inglés, no era ni joven ni bella. Era, ¡ay!, mayor, con las cejas totalmente grises, aunque sus ojos eran negros y, extrañamente, fúlgidos. La dama mencionó al novelista Bulwer Lytton, a quien Lévi había conocido. En realidad, el disgusto que Lévi experimentaba hacia la sociedad inglesa había sido causado, fundamentalmente, por las personas que había conocido en Knebworth House, en el Hertfordshire, en donde Lord Lytton, hermano del célebre espiritualista y levitador Daniel Douglas Home, había organizado un club de experimentos mágicos. Mientras el carruaje se dirigía hacia la casa de la dama de cejas grises, ésta le dijo que uno de los amigos de Bulwer Lytton había dicho de él, Lévi, que rehusaba demostrar sus habilidades mágicas si sólo se trataba de satisfacer la curiosidad. Y añadió que ella misma poseía una colección de indumentaria e instrumentos mágicos que le agradaría

muchísimo enseñarle, siempre que jurase no revelar su identidad. Si él declinaba su juramento, entonces se vería obligada a llevarle de regreso a su hotel. Lévi juró que nadie se enteraría.

Y así, gracias a esta desconocida dama inglesa, el más grande de los magos franceses del siglo XIX realizó su célebre evocación de Apolonio de Tiana, el autor del *Nuctemeron*^[3]. La ceremonia tuvo lugar, después de un período de preparativos que se prolongó durante veintiún días, en una torrecilla de la casa de la dama, que encerraba una pequeña estancia, cuyas paredes fueron recubiertas con espejos cóncavos. Mirando hacia el este había un altar de mármol blanco, con un pentagrama inciso en su parte superior; el pentagrama estaba repetido, dibujado a varias tintas, sobre un blanco pergamino desplegado debajo del altar. Lévi se endosó una amplia vestidura blanca que le llegaba hasta los pies (no muy diferente de la que había llevado cuando ejercía de sacerdote católico), ciñó su frente con una corona de hojas de verbena, entrelazada con una cadena de oro, y, mientras sostenía con una mano el texto del ritual, empuñó con la otra una espada. Un brasero en el que se consumía carbón de madera de aliso y de laurel completaba la puesta en escena.

El mago comenzó a cantar la invocación, primero en voz baja, luego subiendo progresivamente en intensidad.

Cuando la ceremonia se dio por concluida, Lévi no estaba seguro de haber invocado al divino Apolonio. La imagen que describió del antiguo griego que se le había aparecido es la de un hombre totalmente cubierto por un sudario, pero que debía dejar ver su rostro, pues Lévi describe el supuesto rostro de Apolonio diciendo que es el de un hombre delgado, melancólico y sin barba, descripción que no se corresponde, en modo alguno, con la del busto griego de Apolonio, barbado, bello, de frente amplia. La aparición no habló directamente a Lévi, pero le tocó en una mano y en un brazo, que, al instante, se le volvieron insensibles, y permanecieron en ese estado varios días.

La dama en cuya casa había tenido lugar aquella singular ceremonia era una iniciada de alto grado, pero su relación con el mago francés no duró mucho. Lévi, fiel a su juramento, no revela su identidad, pero da un esbozo de su carácter: «Estoy seguro», dice, «de que era adicta a la nigromancia y a la goecia (magia negra). En ocasiones perdía completamente su autocontrol; otras veces se abandonaba a inexplicables accesos de pasión, para los que era difícil encontrar un motivo. Abandoné Londres sin despedirme de ella».

Pero Crowley, que no estaba ligado por el pacto de silencio, nos refiere que, de acuerdo con su memoria mágica, «se trataba de una condesa, o algo parecido, además de una auténtica hija de Satanás, el tipo de mujer capaz de asesinar a la gente por puro despecho. De hecho, era una criminal».

Dos semanas más tarde, en otro trance retrospectivo ocurrido en la Isla de Esopo, Crowley vio pasar, ante su mirada impasible, la vida de Cagliostro, pero de una manera un tanto atropellada.

El recuerdo mágico que Crowley tuvo de sí mismo, en su existencia como Giuseppe Balsamo, más conocido como el conde de Cagliostro, el aventurero y mago siciliano del siglo XVIII, también es poco convincente, ya que muchos de sus pormenores no concuerdan con los hechos comprobables y conocidos de la vida del mago. Es algo sabido que murió en la inexpugnable fortaleza de San Leo, cerca de Montefeltro, en los calabozos de la Inquisición. Sin embargo, Crowley lo vio morir «en algún bosque rodeado de montañas», en el transcurso de un viaje en el que era acompañado por un joven campesino, vestido con ropas vistosas.

Que Túnez sea el lugar de su nacimiento, en vez de Palermo, es otro de los errores achacables a la memoria mágica de Crowley.

Cuando fui Cagliostro, recuerdo haber nacido en un burdel que llevaba mi abuela materna. Mi madre era medio árabe, y mi padre, presumiblemente, algún rico viajero. Era un espléndido burdel. Pero, a causa de mi nacimiento, mi madre tuvo que acabar casándose con un pescador. Este nacimiento es precedido por un profundo horror y una gran oscuridad, que, en este momento en que intento penetrarla, se hace más densa.

La encarnación de Crowley anterior a la de Cagliostro tuvo lugar en algún oscuro y anónimo individuo, como consecuencia, sin duda, de algún error mágico. Se trataba de un joven de cabello negro, pálido y granujiento, con profundas y moradas ojeras, una cabeza demasiado grande, en relación al cuerpo, y una mirada de poseso. La vida de aquel melancólico joven fue breve, pues acabó ahorcándose a la edad de veintiséis o veintiocho años. Crowley no da ninguna explicación al respecto, pero de la descripción que hace de la madre, como de una mujer severa y autoritaria, se deduce que las relaciones entre ambos no eran cordiales. Ella era holandesa, alemana o suiza alemana; Crowley no estaba totalmente seguro de ello.

Al día siguiente, el 25 de agosto de 1918, a las 5:10 de la tarde, otro trance tuvo como resultado que Crowley se encontrase frente a frente con Heinrich van Dorn, un individuo algo más enérgico. Da la impresión de que Crowley se ha escandalizado de la vida de aquél, que describe como fútil y dedicada a la magia negra: era todo un concatenamiento de grimorios, de inútiles y diabólicos ritos, de pactos con Satanás, que éste cumplió con sorna, y de crímenes, peores aún que los de las brujas.

El mismo trance le condujo a una encarnación que precedía a esta última. Daba comienzo con la muerte de un ruso de cuarenta y cinco años, llamado el padre Iván, bibliotecario de un inmenso castillo que pertenecía a una orden militar.

El castillo, escondido en una llanura poblada por una espesa floresta y circundada por altísimas montañas, debía encontrarse, según Crowley, en el sur de Polonia, o en los Balcanes. Lo único cierto, sin embargo, era que el padre Iván, que procedía de noble cuna, había sido educado en Alemania. A primera vista, su aspecto no era nada fuera de lo corriente: una cara redonda —su tipo somático era el pícnico—, ojos grises, cabello y bigote rubio ceniza, piel pálida y dientes regulares. Pero su carácter era notable. Gracias a su gran habilidad para la magia —era un Adeptus Maior en toda regla— tenía a los monjes guerreros en un puño, metiéndolos en todo tipo de

intrigas políticas y controlando su servicio secreto.

Encontró una útil ayudante en la persona de una bruja húngara que vivía en el bosque: en una de las operaciones mágicas que realizaban, conjuntamente habían aparecido licántropos y vampiros, y se había consumado un sacrificio humano. Más tarde, la bruja sería capturada por unos campesinos furiosos y quemada viva.

El padre Iván tenía una doble personalidad. Por una parte era afable y jovial, pero por otra, estaba sujeto a crisis de violento furor: en cierta ocasión, presa de un acceso de rabia, había matado, a golpes de fusta, a Stephen Otto, su paje favorito. En su juventud había sido un gran duelista y había tenido como amante a una famosa prostituta, lo que había dado lugar a que tuviera que batirse con frecuencia, para defender la reputación de aquélla. Todo eso le supuso problemas con las autoridades universitarias, aunque logró salvarse de la expulsión al defenderse a sí mismo en griego, y con tanta habilidad que cautivó a todo el mundo.

Crowley describe detalladamente a la amante: tenía dos lunares en el rostro, una profunda cicatriz debajo del ojo izquierdo, una nariz larga y aquilina, una boca amplia y sutil, y su tez era profundamente encendida. (Téngase en cuenta que, para Crowley, se trata del arquetipo de la belleza, la perfecta Mujer Escarlata; no es, pues, sorprendente, que la dama, en cuestión, atrayese al padre Iván.) También era una excelente cantante y sabía tocar la mandola, el *krummhorn* y la citóla^[4]. Mientras era la amante del joven Iván se hacía mantener por un viejo y gordo burgomaestre. Y tenía la costumbre de esconder al joven Iván en su habitación para que pudiese observar las crueldades, tanto físicas como mentales, que infligía al burgomaestre.

En la ciudad —presumiblemente Heidelberg— había otro estudiante, que era el rival de Iván en los favores de la cortesana, pero que se suicidó en un acceso de resentimiento. Tras el escándalo que siguió, la joven sería expulsada de la ciudad.

Crowley recordaba la ventana de su casa, adornada con flores rojas, que daba a una calle estrecha; decía que era una visión tan nítida que daba la impresión de recoger sucesos ocurridos el día anterior, y, en particular, la imagen de la mujer apoyándose en la ventana, con sus senos desnudos y sus blancos dientes que resplandecían cuando le llamaba, era la más nítida de todas. Gracias a ella llegó a conocer al «malvado obispo», una persona misteriosa que tenía la costumbre de pasearse por la ciudad montado a caballo y con una máscara. Un día, el obispo comenzó a charlar de magia con Iván, pero, desafortunadamente, sería asesinado poco después; se rumoreaba que era un enviado especial del Papa.

La encarnación anterior a la del padre Iván era la de un joven rico y de buena familia, más hembra que varón, un hermafrodita desagradablemente deforme. Crowley recordaba claramente sus calzas de terciopelo azul oscuro, su capa guarnecida y su sombrero emplumado. Era menudo, delgado, tuberculoide, con una maraña de cabellos castaño-rojizos y una malformación en la columna vertebral. Tenía un carácter terrible y detestaba a la humanidad. «Morí de sífilis, contagiado por un reitre alemán que me había violentado», escribió Crowley, a modo de despedida.

Había otras encarnaciones, sobre todo la de Sir Edward Kelly, un médium desorejado que veía y oía a los ángeles a cuenta del versado doctor John Dee. El carácter aventurero y la dudosa reputación de Kelly indujeron a Crowley a preferirlo al estudioso Dee; ambos eran contemporáneos, por lo que tenía que decidirse por uno u otro.

Las vidas pretéritas de Crowley se pierden en una serie de misteriosas figuras, tan vagas como la encarnación de Aleister Crowley, que duró desde 1875 hasta 1947. A juzgar por una carta que escribiera en el último año de su vida a Jacinta Buddicom, él era consciente de la caleidoscópica naturaleza de su carácter:

Por aquel tiempo, tenía una pequeña rosacruz —cinco rubíes y una rosa de cinco pétalos en una cruz formada por seis cuadrados con inscripciones varias— y me había comprometido conmigo mismo a que, cuando la llevara, adoptaría una personalidad, y cuando me la quitara, otra distinta. Y eso me fue de gran ayuda, al separar los distintos elementos de mi ser. No se trataba de tener dos personalidades mágicas, sino de construir dos personas de características totalmente diferentes. Una, por ejemplo, podía ser un estudioso, también montañero y explorador, una persona capaz de grandes proezas atléticas, de ánimo generoso, etc. La otra tenía características bien diversas, muy distintas de las de la primera, y yo la utilizaba para castigarme a mí mismo, cuando, adoptando una cualquiera de ambas personalidades, llevara a cabo alguna acción que sólo hubiese sido conveniente para la otra.

PADRE, MADRE E HIJO

CROWLEY nos dice en su autobiografía^[5] que sus antepasados por parte de padre eran celtas, y que el Crowley al que se remontó para rastrear su ascendencia había llegado a Inglaterra en la época de la dinastía Tudor. Reivindicaba su parentesco con Robert Crowley, el poeta y predicador del siglo XVI, pero, al parecer, la única prueba de ello es la identidad del apellido. La breve descripción de su ascendencia comienza con la noble familia bretona de De Quérouaille, y llega, de un tirón, hasta su padre, Edward Crowley (al que presenta como ingeniero), recogiendo, por el camino, a Robert Crowley.

Si el padre de Crowley hubiera sido de veras ingeniero, habría sido probablemente el inventor del dispositivo para servir cerveza mencionado por Yates en su obra de 1884, *Edmund Yates: His Recollections and Experiences*, puesto que, a pesar de que Crowley nunca lo admitió, su familia no era otra que la de los cerveceros de dicho apellido. «Por aquellos días», escribía Edmund Yates, «íbamos a comer a locales que ahora me da la impresión de que han desaparecido. Ya no es tan frecuente como hace treinta años encontrarse con una “Crowley’s Alton Alehouse”. Las *alehouses* no eran otra cosa que pequeños locales provistos de un dispositivo para servir cerveza, y un mostrador; habían sido fundadas por Mr. Crowley, un cervecero de Alton que había tenido dificultades para encontrar posadas al uso para vender su cerveza; y en ellas no se servía otra cosa que cerveza, bocadillos de jamón y meriendas. Pero todo era de la mejor calidad. Eran locales muy frecuentados por hombres jóvenes, a los que no agradaba demasiado rondar por las barras de las tabernas, con lo cual la venta era enorme.»

Los antepasados de Crowley no eran, como él quiere hacernos creer, de la misma familia que Louise de Kéroualle, duquesa de Portsmouth: simplemente descendía de un «barón de la cerveza» que, rondando el año 1850, había fundado una cadena de «alehouses» y de locales a los que iban a comer los empleados de la City. Crowley nació en Leamington, en el Warwickshire, el 12 de octubre de 1875 (el año en que Madame Blavatsky y su compañero, el coronel Olcott, fundaron en Nueva York la Sociedad Teosófica), y fue bautizado con los nombres de Edward Alexander: no adoptaría el nombre de Aleister hasta cumplir los veinte años, cuando decidió que Edward Alexander no le gustaba. El hecho más notable de estos sus primeros años es que sus padres, como los de Edmund Gosse, pertenecían a la Hermandad de Plymouth, una secta fundada en Dublín hacia 1830 por un clérigo irlandés apellidado Darby, y que había conseguido sus mayores adeptos en Plymouth.

Aleister dice que su padre recorría el condado declarando que el verdadero cristianismo sólo podía darse en el seno de la Hermandad de Plymouth, que iba predicando a pie el Evangelio por todas las aldeas del condado de Warwick (y más

tarde del de Surrey), y que llevaba frecuentemente consigo a Aleister.

Cada mañana, después de la comida, la familia Crowley, incluida la servidumbre, se reunía en el comedor para leer en voz alta un capítulo de la Biblia: cada uno de los presentes leía un versículo. Desde los cuatro años, Aleister tomó parte en ello; de esta manera supo del fin del mundo, de la salvación gracias a la Hermandad de Plymouth, de la horrible naturaleza del pecado, y de la muerte, cuestión esta que se convertiría en su gran obsesión.

Aunque Aleister pensara que él nada, o poco, tenía en común con sus progenitores, su vida no fue muy diferente de la de su padre. Ambos pertenecían a la pequeña secta de elegidos, intentaban convertir al mundo a sus convicciones, y vivían entre los misterios de la religión. De todos modos, el joven Aleister comenzó a identificarse con su padre. También se convirtió en miembro de la Confraternidad de Plymouth; el Plymouthismo era la única fe verdadera, y ni siquiera podía imaginar que existieran individuos tan necios, o tan perversos, que se atrevieran a ponerlo en tela de juicio. En su ardor infantil, se veía a sí mismo como un caballero de Cristo que cumplía empresas santas y arriesgadas; y, por amor a Cristo, quiso superarse a sí mismo, del mismo modo que, cuando fuera adulto, intentaría superarse para mayor honor de Ra-Hoor-Khuit, el dios egipcio de la guerra, según la religión que se inventara para sí mismo.

Según iba haciéndose mayor, se daba cuenta de que cualquier descripción que tuviera que ver con la tortura o con efusiones de sangre despertaba sobremanera sus sentidos. Hasta llegó a gustarle imaginarse a sí mismo en agonía y, en particular, degradado y sufriendo a manos de una mujer, que describe con los términos de «perversa, independiente, valerosa y ambiciosa».

Nunca superó esas fantasías en las que era lastimado, y se veía degradado, por una mujer de un tipo muy especial. Y estaban ligadas, así lo explica, al «hermafroditismo de mi estructura física»; pero, en realidad, no había hermafroditismo alguno en su constitución física: sólo era bisexual en su actitud mental y buscaba relaciones sexuales, tanto con los hombres como con las mujeres.

Crowley se hallaba fascinado con los pasajes proféticos de la Biblia, en especial los del Apocalipsis, o Libro de la Revelación, del divino san Juan. Se enamoró del Falso Profeta, de la Bestia y de la Mujer Escarlata, también conocida como la Gran Ramera de Babilonia. El Apocalipsis no siempre ha sido considerado como un libro canónico. Gran número de iglesias griegas, siguiendo la recomendación de San Jerónimo, que naciera en el 345, no lo aceptaron como tal. Desde el punto de vista del cristianismo, el Libro de la Revelación resulta un tanto embarazoso, lo que no importó a Crowley, ni a sus padres, que se sentían cautivados por él. Y, un día, cuando era todavía un niño, descubrió —seguramente, sin que le produjera mayor sorpresa— que todas sus simpatías se hallaban con los enemigos del cielo. Nada hay de insólito en este descubrimiento, aunque sí fue insólita la manera en que Crowley reaccionó frente a él. En su revuelta contra sus padres, y contra Dios, él mismo se

puso en el lugar de Dios. Pero no se trataría de una actitud pasajera, pues perduraría en él, marcando todo el curso de su vida.

Que la Biblia fuera una revelación de origen divino era algo que se estaba cuestionando en los círculos teológicos de Oxford y, en general, en toda Inglaterra, pero de una manera distinta a como pensara Crowley. Los teólogos liberales ya no tomaban las enseñanzas de la Biblia al pie de la letra. Era la época de Charles Darwin, cuya obra *El origen de las especies* había sido publicada en 1859, marcando un punto crucial en la historia del pensamiento moderno. Los Crowley, con su Plymouthismo a cuestas, eran uno de tantos firmes puntales del cristianismo medieval, que lograría sobrevivir hasta el siglo XX, para desmoronarse con la Primera Guerra Mundial.

Crowley nos ha dejado de su infancia un cuadro incompleto y contradictorio. Era infeliz, pero no del todo, tanto en casa como en la escuela. Odiaba a su madre, que le repelía físicamente, pero en su primera tentativa de autobiografía, el prefacio a su obra *The World's Tragedy*, titulado «Una niñez en el infierno», le dedica, inesperadamente, algunas briznas de alabanza. La de Crowley no era, precisamente, una familia divertida. Por ejemplo, la Navidad estaba prohibida, ya que venía a ser algo así como una festividad pagana —y Aleister no tenía juguetes, ya que éstos eran contrarios a los preceptos del plymouthismo—, pero parece que sí existía alguna manera de divertirse. De hecho, a juzgar por la descripción que hace de su infancia, se diría que los padres de Crowley no parece que fueran nada zafios, como venía siéndolo, por lo general, la clase media de la época, aunque no mostrasen hacia los niños lo que ahora llamaríamos «comprensión».

Cuando tenía once años, su padre murió de un cáncer de lengua. Aleister sentía por él cierto respeto, pero poco amor. Con perspicacia, hace la observación de que, a partir del funeral, entró en una nueva fase de desarrollo, cuyo principal rasgo fue el de la rebelión.

Lo primero que hicieron fue enviarle a una escuela que recibía a los hijos de la Hermandad (donde el único material educativo era la Biblia y la única disciplina la vara de abedul), en donde, a la edad de doce años, fue acusado de intento de corrupción de un menor. Más tarde, iría a Malvern y Tonbridge, con el único resultado de que llegaría a odiar las dos escuelas. También estuvo, en cierta ocasión, confiado a un preceptor que, entre lección y lección, le introdujo en el mundo de las carreras de caballos, del billar, de las apuestas, de los naipes y de las mujeres, y a quien, por el entusiasmo demostrado en su instrucción, dedicaría en su autobiografía algunas palabras de gratitud.

«Me enviaron a Tonbridge: mi salud se quebrantó, en parte, podría decirse, a causa de lo que habría sido culpa mía, o de la mala suerte, si hubiera sido convenientemente educado; pero que, en realidad, no venía a ser sino la lógica consecuencia de aquel vil sistema que, no contento con torturarme, me entregaba atado de pies y manos a la ultrajada majestad de la naturaleza.» Una nota autógrafa

de Crowley en uno de los márgenes de su ejemplar personal de *The World's Tragedy*, que aparece escrita a la misma altura de líneas que el pasaje indicado, nos aclara este misterio: «Una prostituta de Glasgow me pegó las purgaciones».

Crowley cuenta muchas anécdotas sobre sus primeros años, similares a las que suelen contar la mayoría de los jóvenes, exceptuando, quizá, una, a propósito de un gato, que para mí revela una sorprendente atrofia de sentimientos. Había oído, escribe, que los gatos tenían nueve vidas, por lo que dedujo que sería prácticamente imposible matar a uno de ellos:

Cogí un gato, y después de haberle suministrado una generosa dosis de arsénico, le propiné cloroformo, lo colgué encima del gas, lo apuñalé, le abrí la garganta, le aplasté el cráneo y, cuando ya lo tenía bastante chamuscado, lo ahogué y lo tiré por la ventana, para que la caída acabase con su novena vida. Estaba auténticamente apenado por el animal; simplemente, me obligué a mí mismo a continuar con el experimento, en interés de la pura ciencia.

En 1895, a la edad de veinte años, Crowley ingresó en el Trinity College, en Cambridge. Había pasado el examen de admisión para estudiar filosofía, pero le disgustó tener que aprender economía política, que era una de las asignaturas del programa. No dijo nada de las restantes materias, excepto que no pasó ningún día, de aquellos tres años, sin que dejara de estudiar alguna obra dramática del teatro clásico griego. Utilizaba la mayor parte del tiempo en leer y escribir poesía.

Durante las vacaciones, viajó al extranjero, vagando en solitario por toda Europa: llegó hasta San Petersburgo con la vaga intención de aprender el ruso para poder entrar en el servicio diplomático; y también se fue a Suiza para escalar los Alpes. Sus momentos de mayor felicidad fueron aquellos en los que llegó a encontrarse solo, entre las montañas, experimentando una indescriptible sensación de poderío cuando llegaba a conquistar alguna cumbre. En 1894 escaló los acantilados de Beachy Head, lo que supuso su entrada en el mundo del alpinismo y le permitió cartearse con el célebre escalador A. F. Mummery. Entre 1894 y 1898, no faltó ningún año a su cita con los Alpes. Según su propio testimonio, que concuerda con el de T. S. Blakeney^[6], su mejor año sería el de 1895, pues en él habría escalado las siguientes cimas: el Eiger (en solitario), el Eigerjoch, el Jungfrauoch, el Mönch (partiendo de Wengen), el Jungfrau, desde el Rottalsattel, el Wetterlücke, el Mönchjoch, el Beichgrat, el Petersgrat y el Tschingelhorn. Era considerado, dice Blakeney, «un escalador que prometía, aunque algo irregular»; Norman Collie, Maylard, Solly, H. V. Read, Eckenstein, Larden y otros más dieron testimonio de su capacidad de escalador, especialmente sobre roca, «y Larden era el único que le veía como un atolondrado».

El último día del año 1896, mientras dormía en su hotel de Estocolmo, se despertó con «la seguridad de disponer de un medio mágico para devenir consciente y satisfacer una parte de mi naturaleza que hasta aquel momento me había sido inaccesible». No parece nada claro el significado de estas palabras, pero, a mi entender, lo que quiso decir fue que había tenido una iluminación: podía controlar la realidad mediante una actividad mental de tipo mágico. Y, continúa diciendo

Crowley, se trató de una experiencia bastante horrible y dolorosa, «unida a cierto terror espectral», que, al mismo tiempo, era «la llave hacia el éxtasis espiritual más puro y santo».

En el prefacio a un largo poema que escribiría dos años más tarde, expresa un complejo similar de ideas y sentimientos:

Era una noche de viento aquella memorable noche del 7 de diciembre, cuando conseguí alumbrar esta filosofía. ¡Cuánto se sorprendió, ante mis desvaríos, el viejo y grave profesor! Yo había llamado a su casa, pues era para mí algo así como un preciado amigo, y sentía que en mi interior se entrechocaban extraños pensamientos y emociones. ¡Ah! ¡Cómo desvarié! Le dije que me pisoteara, pero no quiso hacerlo. Yo iba a caballo y, ¡cuánto galopé a su alrededor, en mi frenesí, hasta que conseguí que fuera presa de un miedo auténtico y palpable! ¡Cómo llegué a gritar las más extrañas palabras! ¡Y el pobre viejo intentaba conseguir que me calmara, pues pensaba que yo había perdido la razón! ¡Pobre loco! ¡Yo mantenía una lucha a muerte conmigo mismo! Durante aquellas tres largas horas Dios y Satanás se disputaron mi alma. Venció Dios, pero ahora sólo me queda una duda: ¿cuál de los dos era Dios? No obstante, espero haber acertado.

Un librero de Cambridge publicó una edición del poema que constaba de cien ejemplares de la manera siguiente: dos en pergamino, diez en pergamino japonés, y ochenta y ocho en papel fabricado a mano; sobre su frontispicio se podía leer:

ACELDAMA
UN LUGAR PARA SEPULTAR A LOS EXTRAÑOS
por
un gentilhombre de la Universidad de Cambridge
edición privada
1898

El pseudónimo había sido tomado de Shelley, cuya obra de 1811, *La necesidad del ateísmo*, aparecía firmada por un «gentilhombre de la Universidad de Oxford». Y a partir de entonces había decidido llamarse Aleister Crowley, después de haber leído, como él mismo refiere, en algún sitio, que el nombre más propicio para alcanzar la celebridad debe consistir en un dáctilo seguido de un espondeo —él quería decir troqueo—, como Jë-rë-mÿ Taÿ-lǝr. El nombre escogido, Æleis-tër (mejor habría sido Alistair) era la forma gaélica de Alexander y, junto con el apellido Crōw-lëy, cumplía la condición requerida.

Llevaba escribiendo poesías desde los diez años. Ahora, a los veintidós, se sentía lo suficientemente seguro de su talento para pregonarlo al mundo en una tirada de cien ejemplares.

XII

Ninguna prostitución que realice este cielo
podrá apartarse de él. Ningún canto de los sátiros,
ninguna maníaca danza apretará tan contundentemente la soga
de la imaginación perversamente oscura del deseo,

que impida pasear libremente al espíritu del hombre, ni tan fuerte
que le penetre de congoja;
ni todas las penas del infierno podrán obtener diezmo de su ímpetu.

XIII

Toda degradación, toda absoluta infamia
soportarás. Tu cabeza, bajo el fango
y los excrementos de mujeres despreciables, desearás,
como en algún malévolos sueño, descansar al fin;
La mujer te pisoteará hasta que respire
la más mortífera de las vaharadas;
¡Que se arrastren los más viles gusanos, que los más horribles vampiros traigan su lobreguez!

La palabra *Aceldama* significa campo de sangre o lugar en que se ha producido una matanza, en castellano «Hacéldama» (Hechos de los Apóstoles, 1,19). El poema, en sí, revela el gusto peculiar, y un tanto mórbido, del poeta, que Alfred Tennyson, fallecido en 1892, no habría compartido. En aquel mismo año, Crowley también publicaría *White Stains*, una obra que no tendría más remedio que imprimir en el extranjero.

Aceldama puede ser considerado como un intento, no conseguido, de trasplantar a Inglaterra el satanismo de Baudelaire, una tarea con la que no pudo ni siquiera Swinburne. Fue leído por otros gentileshombres de la Universidad de Cambridge, pero no suscitó gran interés. La única recensión que lo recogió lo encontró carente de las virtudes que la Inglaterra victoriana esperaba de sus poetas, y aconsejó que no fuera mostrado a los jóvenes.

El poema apareció durante su último período de estancia en el Trinity. A lo largo de aquellos tres años había trabajado poco, pero no había malgastado el tiempo, puesto que había descubierto lo que quería ser: un Adepto de las Artes Secretas, un Mago. Sólo la magia podría asegurarle la inmortalidad, entendiendo por magia lo que él entendía: el arte que controla las fuerzas secretas de la naturaleza. De aquel modo, había encontrado, por usar el término que tendría a flor de boca durante toda su vida, su Verdadera Voluntad.

¿Qué utilidad tenía, argüía, llegar a ser diplomático? Bien pronto habría sido olvidado. Supongamos que hubiese sido nombrado embajador en Francia. Después de cien años, ¿quién se acordaría del hombre que había ocupado aquel puesto? Una de sus ambiciones había consistido en llegar a ser un gran poeta, pero, realmente, la poesía no era mucho mejor que la diplomacia. Esquilo le servía de ejemplo. Incluso en Cambridge, cuna de poetas, Esquilo era un simple nombre, excepto para una pequeña fracción de los tres mil estudiantes que residían dentro de su campus. «Debo encontrar», se dijo Crowley, «una materia sobre la que pueda trabajar y que sea inmune a las fuerzas del cambio.»

El retrato de un hombre nunca está completo sin un apunte, al menos, de su madre. A juzgar por su fotografía, Emily Bertha Crowley, «originaria de una familia

del Devon y el Somerset», era una mujer de apariencia sencilla; según lo que de ella cuenta su hijo, también era poco comprensiva. Intentó convertir a Alexander en un beato presumido y lo único que consiguió fue que éste la presentara a los lectores de su autobiografía como «una fanática de la especie más estrecha, lógica e inhumana».

Parece ser que Crowley ha tratado tanto a su madre como a la religión que ésta profesaba con un sarcasmo de lo más brutal. Lo que trajo como consecuencia que aquélla reaccionase llamándole «la Bestia», porque su blasfemo comportamiento le recordaba el de la Bestia del Apocalipsis: «Y vi una bestia que salía del mar, y tenía diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas... Y abrió la boca para blasfemar contra Dios». No está nada claro si esta idea que ella tenía de su hijo debe ser tomada en sentido literal o figurado, pero Aleister, que había decidido ocupar el lugar de Dios, la aceptó en su sentido literal, y creyó que él mismo era la Bestia.

A lo largo de este libro podrá observarse hasta qué punto llevó Crowley esta convicción.

PERDURABO Y LA GOLDEN DAWN

DURANTE los veranos de 1898 y 1899, Crowley fue, una vez más, de escalada a Suiza. Tom George Longstaff, presidente del Club Alpino de 1947 a 1949, que se encontró allí con él en 1899, nos ha dejado el siguiente testimonio de su habilidad como montañero: «... era un excelente escalador, aunque poco convencional. Le he visto avanzar por la pared este, peligrosa y difícil (es cierto), de la gran catarata de hielo del glaciar *Mer de Glace*, en solitario, como si estuviera dándose un paseo. Probablemente fue aquélla la primera, y quizá la última, vez que alguien tomó aquel camino, disparatado, peligroso y difícil»^[7].

Pronto siguieron a *Aceldama* otras obras en verso: *The Tale of Archais*, *Songs of the Spirit*, *The Poem*, *Jezebel*, *Jephthah*, y *White Stains* (que fue editada clandestinamente por Leonard Smithers^[8]), publicadas, todas ellas, el mismo año que *Aceldama*. Como le había demostrado el editor en Cambridge de *Aceldama*, gracias a su patrimonio personal, podría imprimir sus propios poemas, a cuenta propia, tan rápidamente como fuera capaz de escribirlos.

Todas aquellas personas que han leído las poesías de Crowley, y son competentes para juzgarlas, o bien le colocan entre los poetas menores de su época o, como hace Mario Praz^[9], le expulsan sin contemplaciones del Parnaso. Le faltaban imaginación y madurez de juicio para ser un buen, y no digamos un gran, poeta. No obstante, algunos de sus poemas son ciertamente impresionantes, como, por ejemplo, aquel sin título que compuso en 1924 en los márgenes del río Mame (véase el capítulo 26). En sus años jóvenes, todo lo que escribía iba a parar a la imprenta, sin pararse en consideraciones, y el resultado fue una montaña de poesías, claramente expresadas, pero de aburrida lectura.

White Stains fue atribuido a George Archibald Bishop, «un neurópata del Segundo Imperio». (Tom Bond Bishop era su piadoso tío de la Hermandad de Plymouth, que cuidó de él, *loco parentis*, tras la muerte de su padre, y del que dice en su autobiografía que «jamás pisó esta tierra fanático más cruel, ni más sórdido villano».)

En los escritos de Crowley aparece usualmente un tono de mofa, y muchas de sus opiniones son crueles o simplemente absurdas, como, por ejemplo la identificación que hace de Jack «El Destripador»^[10], o su afirmación, en las *Confessions*, de que *White Stains* es la prueba de su «inocencia más allá de lo humano». En realidad, *White Stains* es una colección de poesías pornográficas que Peter Fryer, una autoridad en materia de erotismo, considera como la más obscena que jamás haya sido escrita en lengua inglesa. La mayor parte de sus poemas lo son a imitación del *Spleen* de Baudelaire (pero no de su *Idéal*), como revelan algunos de sus títulos: «Volupté», «La Juive», «Necrophilia», «With Dog and Dame»; esta última es una poesía sobre el

tema del bestialismo. La obra se halla precedida de una declaración: «El editor espera que los patólogos mentales, a los que expresamente va dirigido este tratado, no escatimen precaución alguna para evitar que caiga en otras manos». Se trata, por supuesto, de un ejemplo del humor de Crowley. Por otra parte, no hablaba totalmente en broma cuando afirmaba que *White Stains* rebatía las opiniones del psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing (1840-1902), recopilador del *Psychopathia Sexualis* (1886) la célebre obra sobre anomalías y perversiones sexuales. La tesis de Crowley consiste en que las aberraciones sexuales no son, como afirmaba solemnemente el autor alemán, el resultado de dolencias o de encontrarse *faute de mieux*, sino simplemente, «afirmaciones mágicas de puntos de vista perfectamente inteligibles». En otras palabras, son actos de magia sexual, el tipo de magia que llegaría a ser el núcleo de las prácticas mágicas de Crowley. «No estaba de acuerdo», y escribe al respecto:

Creía hallarme en disposición de comprender ese tipo de psicología, por lo que me dije a mí mismo que debía refutar a aquel profesor. Pero sólo podía hacer tal cosa de la única forma que me era posible: la artística. Por eso me inventé un poeta que había caído en el error, que comenzaba con un entusiasmo normal e inocente, para ir desarrollando gradualmente distintos vicios. Y acabar, presa de enfermedad y locura, culminando en el crimen. En sus poemas describe su caída, sin dejar de explicar la psicología de cada una de sus acciones. El desenlace del libro podría haber sido aprobado por cualquier escuela dominical.

En el año 1898 conoció en Zermatt a un inglés llamado Julián L. Baker, al cual expuso los principios de la alquimia. Baker resultó ser químico, y durante el regreso al hotel, puso a prueba al joven alquimista. Aleister, que rodeado de misterios sólo daba palos de ciego, quedó impresionado. No hacía mucho que había estado pidiendo un Maestro. ¿Baker era, quizás, este Maestro? Y comenzó a hablarle a Baker de su búsqueda del Santuario Secreto de los Santos, sobre el cual había leído en la obra de Eckartshausen *La nube sobre el santuario*: detrás de la iglesia externa se halla la iglesia interna, un Santuario Secreto en el cual se hallan contenidos todos los misterios de Dios y de la Naturaleza. Baker quedó convencido de los buenos deseos del joven, y le confesó que, aunque él no fuera un Maestro, podía presentarle a uno que sí lo era.

Y mantuvo su palabra. Después de que hubieran regresado a Londres, presentó a Aleister a un joven llamado George Cecil Jones, también químico, que era miembro de una sociedad mágica llamada Golden Dawn. Y Jones introdujo a Crowley en la sociedad y le presentó a su jefe, Samuel Liddell Mathers, que se había pasado años enteros dentro de las bibliotecas de Londres y París recuperando, de las diferentes versiones manuscritas, la más antigua y famosa obra de magia: *La clave de Salomón*, de la que, en 1889, publicó una traducción en inglés. En gratitud a Baker, por haberle proporcionado todos aquellos contactos, Crowley le dedicó el libro que estaba escribiendo por aquel entonces, *Songs of the Spirit*.

Medio siglo más tarde, Jones me dijo que la Orden Hermética de la Golden

Dawn, era un «club» como otro cualquiera, un lugar para pasar el rato y encontrarse con los amigos. Aunque había sido fundado en tiempos bastante recientes, su origen era oscuro. Según W. B. Yeats, se trataba de una ramificación de otra sociedad, la de los Estudiosos del Hermetismo. El origen de los Estudiosos del Hermetismo es legendario: un Maestro desconocido, una figura no menos misteriosa que el conde de Saint-Germain, se habría presentado un día a Mathers y le habría instruido en los misterios. Estas instrucciones, junto con las visiones de Mathers, formaban la base espiritual de los Estudiosos del Hermetismo. Yeats, que era un eminente miembro de la Golden Dawn, intentó descubrir la identidad de este Maestro desconocido, pero ni Mathers, ni su mujer, Moina, que era artista, sabían nada, o si lo sabían nada le dijeron.

Hay otra versión del origen de la Golden Dawn, que es la comúnmente aceptada. Durante la década de los ochenta del pasado siglo, el reverendo Alphonsus Woodford, escritor de temas masónicos, entró en posesión de un manuscrito cifrado. Nada se sabe del origen del hallazgo; se decía que alguien lo había encontrado en Farringdon Road, el terreno de caza de los bibliófilos de Londres, de lo cual no hay prueba alguna. Incapaz de descifrarlo, Woodford se lo dio, en agosto de 1887, a su amigo, el doctor William Wynn Westcott, un destacado miembro de la masónica Societas Rosicruciana in Anglia. Después de llevar trabajando dos semanas con el manuscrito, Westcott descubrió parte de unos rituales mágicos escritos en un alfabeto artificial, usado por los alquimistas del siglo XVI. «Yo los llamaría rituales pseudo-masónicos, con un moderado sabor mágico», dijo Ellic Howe, que disponía de la xerocopia de una transcripción tardía de la obra original. Pero había, además, una nota, diciendo que si se necesitaba más información, podría obtenerse de una tal Fräulein Anna Sprengel, de la que se daba su dirección en Nuremberg.

Desde luego que Westcott quiso saber más, por lo que, en octubre de 1887, escribió a Fräulein Sprengel. Ella le contestó en noviembre, y de ahí brotó una ávida correspondencia entre ambos. Fräulein Sprengel resultó ser una Adepta Rosacruz, al mando del templo Lichte Liebe Leben de Nuremberg. Como resultado de esta correspondencia, le entregó a Westcott un título fundacional para el establecimiento de una orden similar en Gran Bretaña. Y así fue fundado, en el otoño de 1887, el templo Isis-Urania de los Estudiosos de Hermetismo de la Golden Dawn, dirigido por Westcott, Mathers y el doctor William Robert Woodman. El título fundacional que venía desde Nuremberg no llegó hasta el 1 de marzo de 1888, y por una desafortunada omisión, Anna Sprengel había olvidado firmarlo. Westcott lo hizo en su nombre, usando su divisa mágica, *Sapiens Dominabitur Astris*: «el sabio será dominado por las estrellas».

Los rituales fragmentarios del manuscrito cifrado fueron completados y ampliados por Mathers.

Hacia 1891, Anna Sprengel murió y la última carta que le enviara Westcott fue contestada por uno de sus colegas, quien, de forma bastante grosera, dijo que

Inglaterra no debía esperar más ayuda de las logias alemanas, y que los señores Woodman, Westcott y Mathers ya habían recibido suficiente información. Si todavía necesitaban más, sabían perfectamente cómo proceder para conseguirla. Lisa y llanamente, tenían que arreglárselas por su cuenta para establecer sus propios contactos mágicos con los Jefes Secretos.

¿Qué significa todo esto? Los Jefes Secretos son Maestros que velan por los asuntos de los hombres desde sus cuevas del Tíbet o, en cuanto que son espíritu, desde el Empíreo. El concepto de Jefes Secretos, o *Mahatmas*, pertenece a la antigua tradición hindú. No hace mucho ha sido popularizado, con el nombre de Maestros Ocultos, por Helena Petrovna Blavatsky y su Sociedad Teosófica. Estos Maestros Ocultos (los nombres de dos de ellos son Koot-Hoomi y Morya) forman parte del núcleo de su doctrina. Pero, quienesquiera que fueran y dondequiera que se encontrasen, no se limitaron, como veremos, a aparecerse a Madame Blavatsky.

La Golden Dawn, al igual que otras sociedades masónicas y rosacruces, había dispuesto a sus miembros según una jerarquía precisa. Según se progresaba en sabiduría y pureza, se subía de grado. Se comienza como Neófito 0.º = 0^u, Zelator 1.º = 10^u, Theoricus 2.º = 9^u, Practicus 3.º = 8^u y Philosophus 4.º = 7^u. Éstos eran los grados de la Primera Orden, la Orden Externa, la Orden de la Golden Dawn propiamente dicha, cuyos miembros practicaban ceremonias esotéricas, pero no realizaban, realmente, actividades mágicas. La magia sólo era aprendida y practicada por los miembros de la Segunda Orden, la Orden de la Rosa Cruz, cuyos grados eran los de Adeptus Minor 5.º = 6^u, Adeptus Maior 6.º = 5^u y Adeptus Exemptus 7.º = 4^u. Pero esta Segunda Orden no podía ser creada hasta que no se estableciera contacto con los Jefes Secretos.

Debido a que la Golden Dawn enseñaba la Cábala, en la que se fundamenta la tradición esotérica occidental, su sistema jerárquico se halla ligado al Árbol de la Vida, con sus diez Séfirot y sus veintidós caminos. Ésta es la razón de los símbolos del grado y del cuadrado. Por ejemplo, Malkuth, el Séfira de la tierra, al pie del Árbol Cabalístico, señala el punto de partida del estudioso; por eso se le representa por 1.º = 10^u. Se encuentra en la tierra y aspira a la luz suprema, Kether, la «Corona» del hombre primordial, Adam Kadmon, con el que se identifica el Árbol, que equivale a su copa. Para ello deberá comprender la total anatomía del hombre primordial, desde los pies (Malkuth) a la cabeza (Kether). El Yoga, el sistema esotérico de la tradición oriental, sigue un esquema parecido: *kundalini*, descrita bajo los aspectos de diosa, serpiente o energía, sube desde la base de la columna vertebral, desde el *muladara chakra* o centro, hasta el *sahasrara chakra*, el loto de los mil pétalos, que se encuentra en la cabeza, más específicamente en la coronilla, y este recorrido completo significa para el yogui, el que practica este sistema, la aspiración a la libertad, la iluminación o la inmortalidad.

La Golden Dawn floreció. Aparte del templo Isis-Urania, que cumplía sus rituales en Mark Mason's Hall, en Great Queen Street, en el distrito WC2 de Londres,

surgieron nuevos templos: el de Osiris, en Weston-super-Mare, el de Horus, en Bradford, el de Amón-Ra, en Edimburgo y el de Ahathoor, en París (fundado en 1894). En 1900, sólo la Segunda Orden tenía cerca de sesenta miembros, número inferior, por definición, al de los miembros de la Primera Orden. Pero, al carecer de contactos con los Jefes Secretos (los únicos que podían hacer prosperar los asuntos de la Orden), la insatisfacción creció.

Por medio de su mujer, que era clarividente, Mathers declaraba hallarse en contacto con los Jefes Secretos. Y una noche de 1891 se reunió con tres de ellos en el Bois de Boulogne. En aquel inesperado encuentro con tan exaltados personajes le brotó sangre de la nariz y los oídos. Nada dijo acerca de si aquéllos le ofrecieron, o no, asistencia médica sino que simplemente mencionó aquella efusión de sangre como prueba del singular evento, y regresó triunfante a Londres, donde comunicó a sus dos colegas, Woodman y Westcott, que los Jefes Secretos le habían confirmado como suprema y única autoridad, Cabeza Visible de la Orden.

Nada sabemos de lo que Woodman y Westcott pensaron de aquel sorprendente anuncio, pero en diciembre del mismo año fallecía el doctor Woodman, y en 1897 el doctor Westcott dimitía de la Orden. Westcott era magistrado en el distrito este de Londres. La causa inmediata de su dimisión fue que las autoridades, al conocer sus relaciones con una sociedad mágica, le habían advertido de que tales actividades eran incompatibles con su cargo.

En esta Confraternidad había una tercera Orden, que atendía al nombre de Silver Star, «Estrella de Plata», o A.°. A.°. (Argenteum Astrum), que constaba de tres grados: Maestro del Templo, Mago e Ipsissimus, que Mathers no había alcanzado, por la sencilla razón de que se hallaban al otro lado del Abismo, que sólo puede ser cruzado por los aspirantes más valientes e iluminados. El máximo grado ostentado por Mathers era el 7.º = 4^u, Adeptus Exemptus. Los otros tres anteriormente citados (como los tres Séfirot del extremo superior del Árbol de la Vida, con los que se corresponden, Kether, Chokmah y Binah) concentran las zonas de energía a través de las cuales se manifiestan y operan los Jefes Secretos. Para conseguir el establecimiento de un contacto permanente con éstos, era necesario que alguno de los hermanos alcanzase el grado de Maestro del Templo. El triángulo de puntos es el símbolo alquímico del fuego, y también representa la luz o el espíritu, y sirve para indicar que la Orden se encuentra estrecha y secretamente conectada con los misterios de Grecia y Roma. La expresión «Saludo a Todos los Puntos del Triángulo» es una de las fórmulas mediante las cuales se saludan los miembros de la Francmasonería.

Mathers era un organizador eficiente, pero difícil de tratar. Tan experto en cuestiones militares como en magia, se comportaba como un general. No quería colegas, sino oficiales de Estado Mayor. «Ya sé que sus intenciones son buenas», le dice por carta en 1897 a Frederick Leigh Gardner, Frater De Profundis ad Lucem, «pero me niego firmemente a concederle el derecho de juzgar la manera en que dirijo

esta Orden».

Entre Mathers y Crowley hay sorprendentes paralelismos: ambos eran hombres de físico atlético, fascinados por los títulos altisonantes, empeñados en escrutar las oscuras regiones de la mente en busca de verdades ocultas, y en creer que no había ninguna de sus facetas que no fuese divina. Su modo de vestir, hablar y comportarse diariamente se confundía con sus sueños. Después de la muerte de Mathers, acaecida en 1918, Crowley le alabó, aunque a regañadientes. Pero Mathers constituía para Crowley el prototipo del mago, y muchas de las actividades de Crowley que parecían brillar con el sello de la originalidad no eran sino simples remedos de otras que eran el resultado de la inventiva de su mentor.

Entusiasmado por el Movimiento Céltico, el Jefe de la Golden Dawn adoptó el apelativo de MacGregor Mathers, conde de Glenstrae, un descendiente de la noble familia de los MacGregor, en lo que, más tarde, sería secundado por Crowley, quien se haría llamar Laird de Boleskine y Abertarff, por la simple razón de que, a orillas del célebre Lago Ness, tenía una casa, de una sola planta, con aquel mismo nombre. Más tarde, Mathers invertiría sus apellidos, el auténtico y el adoptado, y se convertiría en Mathers MacGregor; y, después de haberse ido a vivir a París, en el *Chevalier* MacGregor. Al caer la noche se ataviaba con la clásica vestimenta de las Highlands y bailaba la danza de las espadas con un cuchillo (*skean-dhu*^[11]) dentro de una de sus medias, una notable actuación, si tenemos en cuenta que era realizada por el hijo del escribiente de un tendero, un inglés que no había puesto un pie en Escocia hasta la primavera de 1897, cuando inspeccionaba en Edimburgo el templo de Amón-Ra y cogió un resfriado.

Tamañas pretensiones suscitaron el escarnio de Crowley, quien, por amor a la verdad, definió a Mathers en uno de sus escritos como «un hombre de Hampshire, apellidado Mathers, que, inexplicablemente, dice ser MacGregor de Glenstrae».

Es una lástima que nadie haya escrito la biografía de Mathers, cuya vida estuvo repleta de magia y de locura. «Fue, fundamentalmente, gracias a él», escribió Yeats, «como comencé ciertos estudios y experiencias que sirvieron para convencerme de que las imágenes brotan ante los ojos de la mente de una fuente mucho más profunda que la consciencia, o que la memoria inconsciente.»

La artista y estudiosa de la moderna ciencia de lo oculto, Ithell Colquhoun, llevó a cabo un valiente intento de escribir la vida de Mathers en su obra *Sword of Wisdom: MacGregor Mathers and the Golden Dawn*, publicada en 1975. Pero es difícil escribir una biografía de poco más que del aire, y el retrato que hace de Mathers, no el mago, sino el hombre, carece de ese tipo de material en el que el propio Crowley se mostró tan pródigo, por lo que se halla desprovisto de sustancia y de contrastes.

Yeats también dijo de Mathers que creía que era mitad lunático y mitad bribón.

A pesar de su título altisonante, los miembros de la Segunda Orden se reunieron en locales nada selectos durante las fechas siguientes: desde 1894 hasta 1896, en el 26 de Oakley Square, cerca de Euston Station; desde 1896 hasta 1901, en el 36 de

Blythe Road, en Hammersmith, y en Mark Mason's Hall de Great Queen Street, en pleno centro de Londres, para las ceremonias de la Orden Externa. La cotización anual para esta última era de diez chelines. Crowley describiría su primer encuentro con sus colegas en magia, entre los que se encontraban la actriz Florence Farr y el novelista Arthur Machen, como algo decepcionante: parecía una reunión de nulidades. No obstante, ingresó en la Orden, y el 18 de noviembre de 1898 pronunció todos sus votos, asumiendo sus obligaciones.

Esperaba en el atrio, bajo la vigilancia de un centinela, mientras el Hierofante, entre las columnas y delante del altar, se dirigía a los altos grados y a todos los miembros reunidos. Crowley se había vestido con un ropaje extraño, un tanto femenino, que llevaba una capucha echada sobre la cabeza que no le dejaba ver nada (puesto que la luz del mundo natural no es sino tinieblas, comparada con el esplendor de la Luz Divina), y había sido atado con un cordón triple, como los vínculos que le ligaban a la naturaleza. Desde la Sala de los Neófitos se escuchó una potente voz: «¡Hijo de la Tierra! ¡Levántate y entra en el Sendero de las Tinieblas!».

Otra voz, por su parte, le impedía la entrada: «¡Hijo de la Tierra! ¡Sin haber sido purificado ni consagrado, no puedes entrar en nuestra Sagrada Sede!».

De tal suerte, Crowley fue purificado y consagrado con agua y fuego.

El Hierofante habló de nuevo, como un dios ante la asamblea de los dioses:

«Hijo de la Tierra, ¿cuáles son los motivos que te mueven a solicitar la admisión en esta Orden?».

Una voz contestó por él. «Mi alma vaga entre Tinieblas, buscando la luz del Conocimiento Oculto, y creo firmemente que en esta Orden es posible obtener el Conocimiento de dicha Luz.»

Y el Hierofante le preguntó: «¿Estás dispuesto, en presencia de esta asamblea, a asumir la grande y solemne obligación de mantener inviolados los secretos y misterios de nuestra Orden?».

«Lo estoy», respondió Crowley.

Se le ordenó que se arrodillara y colocara su mano derecha sobre un triángulo blanco, un gesto que simbolizaba su aspiración activa a la consecución del Alma Superior. Inclino la cabeza y fue tocado una vez con el cetro. Tras lo cual, repitió, siguiendo las palabras del Hierofante, sus obligaciones: mantener el secreto acerca de la Orden, entablar con sus miembros relaciones cordiales y amistosas; y continuar, con celo, el estudio de las ciencias ocultas.

El castigo por la violación de este juramento era severo: sería desencadenada contra él una corriente hostil, que podría causarle la muerte, o la parálisis, «¡como si hubiera sido fulminado por un rayo! ¡Que el Señor del Universo y mi Alma Superior vengan en mi ayuda!».

«¡Hijo de las Tinieblas!», exclamó el Hierofante, concluyendo así la ceremonia. «Durante largo tiempo has permanecido en la oscuridad. ¡Abandona la noche y busca el día!»

Tras estas palabras, la capucha que Aleister Crowley llevaba echada sobre su cabeza le fue quitada, con lo que, lleno de contento, se puso en pie, mientras la luz del conocimiento comenzaba a brillar en sus ojos. El nombre mágico, o divisa, que había adoptado era el de *Perdurabo*: «Perseveraré hasta el fin».

Así nació, en el templo de Isis-Urania, de Great Queen Street, el hermano Perdurabo, Neófito 0.º = 0ª de la Orden Hermética de la Golden Dawn.

Estos grados eran identificados con los diez Séfirot (ruedas o esferas) del Árbol Cabalístico de la Vida, símbolo del universo. A juzgar por el rápido ascenso de Crowley, los primeros son relativamente sencillos, mientras que los últimos, a partir de Philosophus 4.º = 7ª, son extremadamente complicados. Han sido poquísimos los que han alcanzado el grado de Philosophus, que sitúa al aspirante ante el umbral del Conocimiento de su Santo Ángel de la Guarda, lo que le faculta para poder hablar con él. Los grados más elevados son aún más complejos, puesto que, desde el de Adeptus Minor, comportan una completa devoción respecto al propio Santo Ángel de la Guarda. En cuanto a los tres últimos grados, Magister Templi, Magus e Ipsissimus («de verdad uno mismo»), sólo podían ser alcanzados, según la ordenación establecida por la Golden Dawn, por los espíritus más elevados, comparables a los *Mahatmas*. El propio Mathers no llegó más que al grado de Adeptus Exemptus 7º = 4ª.

En diciembre de 1898, Crowley alcanzó el grado de Zelator, y los de Theoricus y Practicus, en los dos meses siguientes. La Orden insistía en el intervalo de tres meses antes de que sus miembros pudieran pasar al grado sucesivo, por lo que Crowley no fue Philosophus hasta mayo; ciertamente, le fue mejor en la Golden Dawn que en el Trinity College, en donde, después de tres años de estudio, no consiguió graduarse.

Mathers, en su búsqueda de un sistema de magia realmente eficaz, había descubierto en la Bibliothèque de l'Arsenal de París un manuscrito único y muy extraño, cuyo título traducido era el de *El Libro de la Magia Sagrada de Abra-Melin el Mago*, «dictado por Abraham “el judío” a su hijo Lamech, A. D. 1458». El tratado había sido escrito originariamente en hebreo; la versión de la Biblioteca del Arsenal estaba en francés antiguo, que Mathers procedió a traducir al inglés. No había sido el primero en los tiempos modernos en hacer uso de la magia de Abra-Melin, pues Eliphas Lévi ya había investigado sobre ella, al igual que Edward Robert Bulwer, segundo barón y primer conde de Lytton (1831-1891), novelista y virrey de la India que siempre estaba tras la pista de todo lo relacionado con la magia. Se dice que Lévi había obtenido parte de su poder del libro de Abra-Melin.

Abraham el judío (o su maestro, Abra-Melin) parece haber sido un hombre honesto. Su magia no explica un misterio recurriendo a otro, sino que consiste en una especie de sistema autodidacta que ofrece una guía práctica a todos aquellos que desean imponer a la naturaleza su propia voluntad. Y puesto que prescribe contemplación, oración y abstinencia, la magia del mago que a sí mismo se llamaba Abra-Melin, es, en esencia, la misma que la de la magia oriental comúnmente

conocida como yoga. Quizá es ésta la razón de que sea efectiva.

En la magia, siempre ha habido dos escuelas, la que invoca a las fuerzas del bien, o magia blanca, y la que lo hace con las fuerzas del mal, o magia negra. Abra-Melin enseña que las fuerzas del bien, o angélicas, son más poderosas que las del mal, o satánicas; y que las últimas, en castigo, deben servir a las primeras. Todos los efectos materiales, todos los fenómenos, son el resultado de las acciones de los espíritus malos que trabajan a las órdenes de los espíritus buenos. Aunque en ocasiones ocurra lo contrario, pues los espíritus malignos consiguen escapar y, en venganza, hacen todo el mal que pueden. Estas fuerzas satánicas concluyen pactos con los hombres, reteniéndolos en su poder, como hizo Mefistófeles con el doctor Fausto; pues el hombre se encuentra a mitad de camino entre los ángeles y los demonios, y está acompañado por un Santo Ángel de la Guarda y por un Demonio Malévolo. Por ello, el practicante de la magia debe llevar una vida estrictamente pura. Mediante la oración y la contemplación en un lugar apropiado (un oratorio), puede evocar a su Santo Ángel de la Guarda, quien le instruirá en el correcto control de las Potencias de las Tinieblas. Por otra parte, si es incapaz de resistir a la tentación, será, rápidamente, presa del Demonio Malévolo, y su carrera será una serie de desventuras, que acabarán a su muerte, con una rápida caída en los infiernos.

No existe un ritual definido en la magia de Abra-Melin, sólo listas de ángeles y demonios que pueden ser evocados, y de talismanes que pueden ser consagrados para varios fines, como devolver la vida a los muertos, volar por el aire, desatar o aplacar las tormentas, conseguir oro, o inflamar de deseo a las personas que el mago desee. El único problema es que nada de esto puede hacerse hasta que no aparezca el Santo Ángel de la Guarda «en su incomparable belleza», después de seis meses de intensa preparación, e indique al aspirante cuál es el método a seguir para la realización de tal o cual fin.

Abra-Melin advierte que, cuando el aspirante comienza la operación mediante la cual invoca a su Santo Ángel de la Guarda, encontrará una enérgica oposición por parte de su familia, por lo que deberá evitarla y recogerse en un lugar solitario. Crowley, que por aquel entonces era para su madre, su tío y sus tías, algo así como un descastado, se sintió muy feliz al poder marcharse de casa. Tomó un apartamento en Chancery Lane, en la City, y a modo de disfraz, afirmó ser el conde Vladimir Svareff. Una colección de poemas titulada *Jezebel* apareció con su nuevo nombre, que, según dijo, había adoptado para aumentar su conocimiento de la humanidad. Había observado cuán serviles se mostraban los comerciantes de Cambridge en su trato con los miembros de la Universidad: pues ahora él quería saber cómo se comportarían con un aristócrata ruso.

Arregló dos de las habitaciones del apartamento para que sirvieran de templos, uno para la práctica de la magia blanca, y el otro para la de la magia negra. Las paredes del templo «blanco» estaban revestidas de seis grandes espejos, para que no absorbieran la energía de las invocaciones; el templo «negro» se hallaba vacío, con

excepción de un altar sostenido por la figura de ébano de un negro que se apoyaba sobre las manos, y un esqueleto humano que el hermano Perdurabo, en un intento de devolverle la vida, alimentaba con sangre, pajarillos y jugo de carne. Ambos templos disponían de su círculo mágico y su pentagrama sobre el pavimento.

Durante una de las ceremonias del templo de Isis-Urania de la Golden Dawn, en Great Queen Street, Crowley sintió la presencia de una tremenda fuerza mágica: emanaba de un joven de ojos luminosos y de tupido y desordenado cabello negro. Se trataba del hermano Iehi Aour, que, entre los hombres, era llamado Allan Bennett. La fama de Iehi Aour («Hágase la luz»), que era tres años mayor que Crowley, era inmensa; sólo iba a la zaga del propio Mathers.

Después de la ceremonia, y mientras se estaban cambiando en otra habitación, Iehi Aour se acercó, de improviso a Perdurabo, le miró con ojos penetrantes y le dijo en un tono casi amenazante: «¡Pequeño hermano, andas metido en la Goecia!».

Perdurabo negó hallarse relacionado con la Goecia, un término que alude a actos de magia relacionados con fuerzas malignas u oscuras.

«En ese caso», le respondió Iehi Aour, «la Goecia se ha estado metiendo contigo.»

Crowley no hizo comentarios a esta acusación, pero la encajó, como si se hallase inclinado a aceptarla. En el rostro de Perdurabo, o en su aura, Iehi Aour, había observado, al parecer, la presencia de algo maligno.

Al día siguiente, Crowley salió en busca de Allan Bennett, y lo encontró en una miserable vivienda del sur del Támesis, que compartía con otro hermano de la Orden. Se quedó anonadado al ver al Muy Honorable Hermano Iehi Aour viviendo en la incomodidad y la pobreza, y le invitó a compartir con él su apartamento de Chancery Lane. Iehi Aour aceptó la oferta, a condición de ser el guru de Perdurabo y, asimismo, de enseñarle todo lo que sabía.

La búsqueda de Crowley había terminado: finalmente, había encontrado el Maestro que necesitaba. Bennett se mudó a Chancery Lane, y, bien pronto, aquellos dos aspirantes a la luz empezaron a practicar las ceremonias mágicas de su orden: la evocación y expulsión de espíritus, la consagración de talismanes, etc. Por desgracia, el santo guru sufría de asma, que mitigaba con opio, morfina y cocaína, pasando de una a otra droga tras períodos, aproximadamente, de un mes. «Le he visto echado en la cama durante una semana, y recobrar el conocimiento sólo lo suficiente para alcanzar la botella [de cloroformo] y la esponja», dice Crowley, quien, a su vez, acabaría padeciendo la misma enfermedad. Y el hermano Iehi Aour, que había estudiado química, le habló al hermano Perdurabo de una antigua tradición acerca de una droga cuyo uso «abrirá las puertas del Mundo que se halla más allá del Velo de la Materia».

Crowley estaba decidido a encontrar esta droga, y comenzó a experimentar consigo mismo, y con otros, el uso de opio, cocaína y hachís; no tenía dificultad en procurarse estos narcóticos, ya que la ley sobre el consumo de drogas peligrosas no

fue aprobada, en el Reino Unido, hasta 1921.

No tenía miedo de convertirse en un adicto porque rechazaba la teoría de la «fascinación irresistible»; la rectitud moral, decía, era su salvaguarda. Pero su rectitud moral no constituía una salvaguarda contra los accidentes mágicos en su apartamento, donde las fuerzas del bien y del mal chocaban entre sí. Una noche, al regresar a casa después de una cena en compañía del hermano Volo Noscere (George Cecil Jones), se encontró en las escaleras con un enorme y extraño gato negro: su templo estaba destrozado, el altar derribado y el mobiliario desparramado por todas partes.

Y entonces comenzó la función. Dando vueltas y más vueltas alrededor de la gran librería, estuvieron los demonios toda la tarde, en una interminable procesión, trescientos dieciséis de los cuales contamos, describimos, denominamos y registramos en un libro. Fue la experiencia más importante y espantosa que jamás haya conocido.

Crowley describió su vida sexual de aquel tiempo como «intensa y apasionada». Y así continuó hasta el comienzo de su mediana edad, cuando su impulso sexual se vio afectado por las drogas.

Había perdido la virginidad a los quince años, al parecer, con una joven que había conocido en Torquay; el evento es descrito, de manera más bien vaga, en *The Confessions*. Gracias a ella, «la obsesión del pecado resbaló por mis hombros para caer en el mar del olvido». En otra parte escribió que su primer «acto de fornicación» fue al aire libre, con una chica del campo. Y poco tiempo después, un domingo por la mañana, mientras su familia se hallaba reunida para la lectura en común de la Biblia, copuló con la nueva doncella encima de la cama de su madre. Después acusó a la muchacha de los motivos más abyectos y de intento de chantaje, con lo que ésta no tardó en perder su puesto.

Antes de alcanzar la edad de veinte años, ya se había decidido a probar de todo, en lo referente a experiencias sexuales, una ambición que, tal y como su vida nos enseña, realizó plenamente; pero, al hacer del coito un acto de adoración o de magia, una «afirmación mágica», como a veces lo llamaba, sus fornicaciones son más curiosas que las de Casanova, por poner un ejemplo. Su necesidad de relaciones sexuales, cuando estaba en la Universidad, era «una ciega y horrible necesidad de descargarme», y nunca transcurrieron cuarenta y ocho horas sin que esa necesidad fuese aliviada.

Tenía una pobre opinión de las mujeres. Debían estar, así decía, a su disposición, en la puerta de servicio, como las botellas de la leche. Quizá por esta razón fue muy parco al hablar de su amante de entonces, «una seductora sirena cuyo marido había servido como coronel en la India»:

Poco a poco superé mi pasión por ella, y acabamos dejándolo. Me escribía con frecuencia, intentando minar mi resolución, pero me mantuve firme.

Quizá, a fin de cuentas, él no la habría mencionado, si no hubiera sido por este incidente: Allan Bennett quería ir al Oriente para estudiar el budismo en sus propias fuentes y respirar el aire de un clima más cálido. Aunque Crowley podría haberle pagado el pasaje a Ceilán, decidió no hacerlo, a causa, dijo, de que un gesto semejante habría destruido la espontaneidad de su relación. En su lugar, conjuró, para que se hiciera visible, al poderoso espíritu Buer, «que sana todos los desórdenes del hombre y gobierna cincuenta legiones de espíritus», y le rogó que proporcionara pasaje a Bennett.

Al día siguiente, Aleister recibía una carta de la seductora sirena, que ya había dejado de serlo, y que le imploraba que la llamase a su hotel. «No puedo recordar cómo se me ocurrió, pero fui a verla. Me suplicó que volviese con ella y se ofreció a hacer todo lo que yo quisiera.»

«Estás echando a perder tu vida a causa de tu egoísmo», le dijo Aleister. «Te daré una oportunidad para que hagas una acción totalmente desinteresada. Dame cien libras. No te diré para lo que son, excepto que no son para mí. Tengo razones personales para no usar mi propio dinero en este asunto.»

Las razones personales eran que él no tenía tanto dinero como afirmaba tener, y que, de ninguna manera tenía la costumbre de regalarlo, ni siquiera a un hermano de la Orden. Contaba con sus amigos, especialmente con las mujeres, para que se lo proporcionaran.

«Un punto para Buer», comentó Crowley, lleno de júbilo, después de que la mujer del coronel le hubiera entregado lo que le había pedido. Veintitantos años más tarde, cuando el nombre de Crowley era familiar en todo el mundo, este incidente fue publicado en el *Sunday Express*. «En 1900 fue denunciado a la policía por haber sustraído 200 libras a la viuda con la que vivía; no obstante, ésta retiró la denuncia.»

El año, al menos, era correcto, pues fue en 1900 cuando Allan Bennett partía para Ceilán, mientras que Crowley lo hacía para Escocia, cargado con los grandes espejos de su templo.

4

YEATS Y CROWLEY

«SI deseas llevar a buen término las operaciones que te permitirán conjurar a tu Santo Ángel de la Guarda», dice el mago Abra-Melin, «lo primero que has de hacer es construir un oratorio en un lugar apartado. Este oratorio o templo deberá disponer de una puerta orientada al norte, que dé a una terraza o superficie plana, cubierta de arena tan fina como la de un río. Al final de la terraza habrá de instalarse un camarín, en el que puedan congregarse los espíritus malvados (a los que uno podrá acercarse sin peligro una vez que haya invocado al Santo Ángel de la Guarda), ya que su presencia dentro del oratorio está prohibida. Y este camarín deberá disponer de gran profusión de ventanas, de manera que los demonios que haya en su interior puedan ser vistos en todo momento.»

La creencia cristiana en un Santo Ángel de la Guarda data de los tiempos de Marco Aurelio, el estoico emperador romano, quien estaba convencido de que la divinidad daba a cada hombre un *daemon*, o espíritu tutelar, para que le sirviera de guía.

¿Cuál sería el lugar más apropiado para que Perdurabo pudiera construir un oratorio? Recorrió el Lake District y Escocia, y se decidió finalmente por una casa muy grande pero de una sola planta, llamada Boleskine, cerca del pueblo de Foyers. Delante de ella estaba el Lago Ness y detrás se levantaba una colina: era el lugar ideal para practicar la magia de Abra-Melin. El hermano Perdurabo preparó su oratorio en una de las habitaciones que daban al norte y, de acuerdo con las instrucciones, recogió arena de las orillas del lago para la terraza. La Pascua era la época idónea para dar comienzo a la operación, así que se entretuvo, mientras tanto, pescando salmones, haciendo el amor y aterrorizando a los lugareños y a sus ovejas con sus tres acompañantes: un gran danés, un alsaciano (o pastor alemán) y un bulldog.

De acuerdo con la antigua costumbre escocesa de llamar *Laird* a un propietario de tierras, se hizo llamar *Laird* de Boleskine y, a veces, *Laird* de Boleskine y Abertarff, que consideraba más apropiado para un hombre que disponía de una casa y dos acres de terreno en los páramos de Escocia, que el habitual de Mr. Aleister Crowley. Pero Crowley interpretaba la palabra *laird* no en su sentido de «propietario» (*landlord*) sino en el de «*lord*»; y éste fue su título cuando dejó su residencia en los Highlands y llegó a tierra de sajones. Consecuentemente, hizo imprimir en sus cartas una corona en relieve con una *B* dorada (de Boleskine) debajo, y en el material de correspondencia un vistoso escudo de armas, al que añadió un aforismo en sánscrito.

La invocación de los demonios según el método de Abra-Melin es un asunto delicado. Crowley lo siguió —«el camarín y la terraza», escribió, «se poblaron en seguida de sombrías formas»— pero fue incapaz de controlarlos. Oriens, Paimon, Arifton, Amaimon^[12], y sus ciento once servidores se escaparon del camarín y

entraron en la casa, en donde hicieron estragos: su cochero, hasta aquel momento abstemio, cayó presa del *delirium tremens*; una clarividente que había traído de Londres, regresó para convertirse en prostituta; su ama de llaves, «incapaz de soportar la sensación de irrealidad de aquel lugar», desapareció; uno de los hombres que trabajaban en la finca enloqueció e intentó matar al *laird* de Boleskine. Hasta el carnicero del pueblo resultó afectado cuando, casualmente, Crowley juntó, en una de sus facturas, los nombres de dos demonios, Elerion y Mabakiel, que significaban, respectivamente, «risa» y «lamento», con lo que el sentido de ambas palabras yuxtapuestas pasó a ser el siguiente: «dolor imprevisto desciende súbitamente sobre la felicidad». Y esto por desgracia, fue demasiado cierto, porque el carnicero, mientras estaba cortando un trozo de carne para un cliente, se seccionó, accidentalmente, la arteria femoral y murió a los pocos instantes.

El Plano Astral era uno de los territorios más explorados. Crowley ha dejado una descripción de algunas de sus ascensiones, realizadas proyectando al exterior su propia imagen, y transfiriéndole su propia consciencia. Y después, mediante una invocación a las fuerzas apropiadas, se imaginaba a sí mismo levitando. En ocasiones, usaba la bola de cristal para tal fin. Vio a Cristo con la Samaritana, y después a sí mismo crucificado. Se mantuvo dentro de la Luz Divina, con una corona de doce estrellas sobre su cabeza; la tierra se abrió para que él pudiese acceder hasta su auténtico centro, en donde escaló la cima de una elevada montaña. Muchos dragones saltaron hacia él mientras se aproximaba al Santuario Secreto, pero los venció a todos con una palabra.

Ésta era una visión alquímica de su consecución de la Gran Obra^[13].

Crowley comprendió entonces que había nacido con todas las aptitudes necesarias para ser un gran mago. No es sorprendente que alcanzase rápidamente los grados de Practicus y Philosophus.

En 1890, MacGregor Mathers se ganaba la vida como conservador del Horniman Museum en Forest Hill. En 1891, dejaba su puesto: se había querellado con Frederick J. Horniman y había sido despedido. Pero la hija de Horniman, Annie (Tabby para sus amigos), que en el Slade College, había sido compañera de estudios de Moina Bergson, la hermana del filósofo y esposa de Mathers, le asignó 443 libras al año, gracias a lo cual se fue a vivir a París, al 121 del Boulevard Saint-Michel.

Durante el otoño de 1896, comenzó a trabajar en el manuscrito de Abra-Melin de la Bibliothèque de l'Arsenal. Por aquel tiempo vivía en el 87 de la Rue Mozart, en el elegante suburbio de Auteuil.

En sus estudios sobre la religión egipcia había descubierto cierto número de verdades, olvidadas desde hacía mucho tiempo. Y una noche, la propia diosa Isis se le apareció y le ordenó que proclamase su divinidad.

Mathers decoró la habitación más amplia de su apartamento de la rue Mozart como un templo egipcio, y a partir de 1898 comenzó a celebrar «misas egipcias» para

diversión y entretenimiento de sus amigos y seguidores. En estos ritos se presentaba con una larga túnica blanca; llevaba a la cintura un ceñidor de metal, grabado con los signos del Zodíaco; en las muñecas y tobillos, brazaletes consagrados; y sobre los hombros una piel de leopardo, cuyas manchas simbolizaban las estrellas. Su mujer, Moina, estaba vestida con una gran túnica blanca de *chiffon*, y sus cabellos sueltos expresaban la luz que se irradia a través del universo. Sobre su cabeza llevaba un cono (con toda seguridad, de papiro) y una flor de loto. «El loto surge de las fangosas aguas del Nilo», dijo Mathers. «El cono es la llama de la vida. El significado del vestido de la sacerdotisa es el siguiente: la vida en la materia es purificada y gobernada por el espíritu divino de la vida superior.»

Y los adoradores de Isis atestaban el templo del número 87 de la rue Mozart.

Un tal Jules Bois, conocido periodista, quedó tan impresionado por los ritos de Mathers que le sugirió que los celebrase en público. Mathers no estaba exento de ambición, pero los ritos eran de carácter privado: de hecho, otro periodista, André Gaucher, había podido asistir a ellos, pero sólo después de haber sido conducido en un carruaje, con los ojos vendados. Tras una lucha consigo mismo, Mathers llevó el espectáculo al Théâtre Bodinière (dirigido por M. Bodinier), en el 18 de la Rue Saint-Lazare, que anteriormente había sido el Théâtre d'Application, un teatro de sombras. En el centro del escenario se encontraba una enorme estatua de Isis, de escayola pintada, flanqueada por las estatuas de otras divinidades egipcias. Enfrente de todas ellas había un altar, con una lámpara tibetana de piedra verde, en la que ardía una llama perpetua. El Hierofante Ramsés (Mathers) salió de entre las sombras. En una de sus manos llevaba un sistro, o sonaja, con el que rompió el silencio; en la otra podía verse una ramita de loto. Se acercó hasta el altar y, con potente voz, recitó algunas oraciones del *Libro de los Muertos*.

A continuación hizo su aparición la Suma Sacerdotisa Anari (Moina Mathers). Con una voz apasionada y penetrante, invocó a la diosa Isis. Una vez que hubo acabado, una joven señora parisina bailó la danza de los cuatro elementos.

La representación duró en su totalidad cerca de dos horas y fue «extremadamente artística», en palabras de André Gaucher, que cubrió la información para *L'Echo du Merveilleux*.

Mathers tenía un carácter reservado y desconfiado: había ocasiones en las que creía que sus colegas estaban conspirando contra él. Crowley dijo de Mathers que era demasiado devoto de Marte. Sus modales autocríticos y enfáticos hacen pensar en la paranoia.

A partir de 1897, Mrs. Emery fue la representante de Mathers en Londres: era una posición de gran responsabilidad, que requería infinitas dosis de tacto. Aunque en París hubiera un templo de la Orden, la mayor parte de la Hermandad residía en Gran Bretaña, y es probable que Mathers estuviese recibiendo de ellos algún apoyo financiero, si bien modesto. Y le era necesario, puesto que, cuando en 1896 Tabby Horniman, como consecuencia de alguna discusión, cortó esta asignación, fue

expulsada de la Orden. Mrs. Emery era la Instructora del Ritual de la Orden: y puesto que también era Florence Farr, la consumada actriz, se hallaba en disposición de desempeñar ese papel a la perfección. Sin embargo, no era capaz de cumplir el papel de representante de Mathers, y al llegar el año 1900, la fricción entre ambos era tal que le ofreció su dimisión. Y hastiada de todo el asunto, propuso cerrar el templo de Isis-Urania, cuyos miembros tenían como máximo el grado de Philosophus 4.º = 7^u. «Me niego rotundamente a que se cierre el templo de Isis-Urania», respondió Mathers. Una importante razón para no cerrar aquel templo era que se habría interrumpido el flujo de candidatos a la segunda Orden.

La Segunda Orden era la Orden de la Rosa Roja y de la Cruz de Oro, una orden rosacruz para Adeptos avanzados. Había sido fundada por Mathers en 1892, una vez que hubo dispuesto del ritual del grado 5.º = 6^u, recibido de los Jefes Secretos.

En medio de esta disputa, Crowley regresó de Boleskine con una petición para su ascenso en la Orden. Petición que era totalmente legítima, pero, para su sorpresa, el Cancellarius de la Segunda Orden —aquel a cuya puerta llamaba Crowley— se negó a admitirle.

Indignado, Crowley se fue a París el 13 de enero de 1900 para que el propio Mathers le iniciase. Había conocido a Mathers en mayo del año anterior. Lo describe como «un mago de poderes incuestionablemente extraordinarios. Era un estudioso y un caballero. Tenía ese hábito de autoridad que inspira confianza porque nunca llega a dudar de sí misma. Un hombre que hace lo que él no puede ser juzgado por los códigos y cánones convencionales»^[14]. El *Laird* de Boleskine y Abertarff, ataviado con el traje tradicional de los Highlands de Escocia, y el conde de Glenstrae (ninguno de los dos tenía una gota de sangre escocesa en las venas) estaban una vez más frente a frente. Por devoción a su jefe, Crowley se ofreció, sin género de reservas, a poner su fortuna a disposición de Mathers. Es difícil decir quién de los dos engañó más al otro. Eran más parecidos entre sí de lo que suponían. Después de haber conseguido que el hermano Perdurabo pronunciase un solemne juramento de obediencia y discreción, el hermano Deo Duce Comite Ferro^[15], por llamar a Mathers con su hombre mágico, le inició al grado 5.º = 6^u. Crowley, lleno de alegría, registró el acontecimiento: «Admitido a la gloria de Tiphereth» (el sexto Séfira^[16] del Árbol de la Vida). Lo que quería decir es que había superado el Grado del Umbral, o de Prueba, y que podría moverse por la Segunda Orden; ahora ya era Adeptus Minor. Regresó a Londres y se precipitó a la sede de la Segunda Orden, en el 36 de Blythe Road, Hammersmith, para pedir a Miss Cracknell, la Secretaria de la Orden encargada de conceder los documentos, los rituales en consonancia con su nuevo y exaltado grado. Pero le esperaba otra desilusión. Con la excusa de que los miembros de la Orden no aceptaban la iniciación de Crowley auspiciada por Mathers, se negó a darle los rituales. Crowley regresó a París para informar a Mathers. «A principios de 1900 solicité de la Segunda Orden, en Londres, los documentos a que me daba derecho mi iniciación de París. Me fueron negados en términos tales que vi

claramente que los miembros de Londres se encontraban en abierta rebelión contra su jefe, aunque tenían miedo de declarar sus intenciones»^[17].

Crowley estaba confundido: los miembros de Londres no tenían miedo de declarar sus intenciones, y en cualquier caso, el comportamiento de Mathers era de los que, antes o después, acaban creando la oposición que temen. Lo que, fundamentalmente, le asustaba era que los hermanos de Londres invitaran al hermano Sapere Aude (Westcott) a ingresar de nuevo en la Orden y tomar su puesto. Para evitarlo informó a Mrs. Emery, en carta del 16 de febrero de 1900, que Sapere Aude había falsificado toda la correspondencia con Anna Sprengel, lo que ponía en entredicho la existencia de esta última:

Esto me obliga a hablarle claramente (intente comprender lo que digo, ya que puedo probar en su totalidad cada una de las palabras que digo en este momento, y aún más, pues si me encontrase frente a S. A., las diría de nuevo), aunque, por amor a la Orden y debido a la circunstancia de que todo esto supondría un golpe mortal a la reputación de S. A., le suplico que lo mantenga en secreto, respecto a la *Orden*, al menos de momento; aunque Vd. disponga de total libertad para darlo a conocer *en su seno*, si *después de una madura reflexión*, lo considera procedente. S. A. NUNCA estuvo, *de ninguna manera*, ya fuera personal o escrita, en comunicación con los Jefes Secretos de la Orden, habiendo *falsificado él mismo, o mandado falsificar*, la pretendida correspondencia con ellos. Durante todos estos años, mi lengua estaba atada, a causa de un Juramento Previo de Discreción que le hice, y que me exigió, antes de enseñarme lo que había hecho, o lo que se disponía a hacer...

Mrs. Emery informó a sus colegas de grado más elevado, quienes constituyeron inmediatamente una comisión para investigar esta acusación que amenazaba con remover el terreno mágico que se extendía bajo sus pies. Cuando Mathers tuvo noticias de esta comisión, reaccionó furiosamente y les negó el derecho a la formación de cualquier tipo de comisiones. «No reconozco a la Segunda Orden el derecho para elegir una comisión sin mi autoridad y consentimiento... *Anulo* la comisión y *anulo* las resoluciones tomadas en la sesión del 24 de marzo de 1900...» (Carta a Mrs. Emery, fechada el 2 de abril de 1900).

Mientras tanto, Mathers prestaba oídos al plan de Crowley, que aprobó, para acabar con los miembros recalcitrantes de la Orden. Él mismo, el hermano Perdurabo, entraría en los locales de la Segunda Orden, pondría cerraduras nuevas en las puertas, y, en los dos o tres días siguientes, convocaría a sus miembros ante él. Llevaría una máscara, e iría acompañado por un Escriba, que anotaría todas las respuestas a sus preguntas. Todos los miembros de la Segunda Orden eran de grado 5.º = 6º. Sin embargo, Crowley propuso preguntarles primero si creían en la verdad de las doctrinas de aquel grado, a lo que debían contestar con un sí o un no. Si la respuesta era afirmativa, les preguntaría si creían que esas doctrinas habían brotado «solamente de una fuente pura», esto es, de los Jefes Secretos. Si contestaban que no, entonces los degradaría a «Señor de los Senderos ante el Portal de la Cripta de los Adeptos», lo que quiere decir que habrían de permanecer ante el umbral de la segunda Orden. Y entonces les preguntaría: «¿Prometéis solemnemente acabar con estas indecorosas disputas al liderazgo de la Orden? Yo por mi parte puedo aseguraros, con

conocimiento de causa, que D. D. C. F. [Mathers] es, en verdad, de grado $7.^\circ = 4^u$ ». (Mathers era un Adeptus Exemptus, el grado más elevado de la Segunda Orden, lo que le confería la autoridad de gobernar las dos órdenes, la de la Rosa Cruz y la de la Golden Dawn. Además era el único que estaba en posesión de tal grado.)

Después de todo esto, Crowley propuso que los miembros firmaran un documento, en el que ratificarían solemnemente su lealtad a Mathers; si se negaban, él los expulsaría de la Orden.

Los miembros de la Orden Externa (la Golden Dawn) también serían convocados, interrogados sobre sus convicciones, e invitados a firmar la declaración de fidelidad a Mathers.

Por último, sería necesario volver a consagrar la Cripta.

Se suponía que la Cripta era una réplica de aquella otra en la que el legendario fundador de la Orden de la Rosa Roja y de la Cruz de Oro, Christian Rosenkreutz, había sido depositado, bajo el monte Abiegnus, a la edad de ciento seis años, allá por el siglo XV. Era una construcción de madera, de siete caras, cada una de las cuales tenía cinco pies de ancho por ocho de alto. En el techo se había pintado un polígono de siete lados, que contenía una estrella de siete puntas, y dentro de la estrella, el triángulo del Fuego, con uno de sus vértices hacia arriba, que, a su vez, contenía la Rosa de veintidós pétalos. En todo aquel esquema se habían dispuesto los Senderos y los Séfirot (Emanaciones) del Árbol de la Vida, así como las influencias planetarias. Toda la figura estaba pintada de blanco y oro.

Sobre el pavimento de la Cripta estaba pintado otro polígono de siete lados, del mismo tamaño, que también contenía una estrella de siete puntas, pero con el triángulo del Agua, que tiene uno de sus vértices hacia abajo, rodeado por el Gran Dragón Rojo de Siete Cabezas. Alrededor de cada una de éstas, se habían escrito los nombres que correspondían a los *Qlifot*^[18], malignos y contrarios a los Séfirot, y en cada uno de los ángulos del triángulo, uno de los nombres de los Ángeles Negros, Satariel, Uriel y Thaumiel. Pero en el interior de este triángulo maligno había sido trazado el símbolo redentor de la Cruz de Oro, al que había sido añadida la Rosa Roja, cuyos pétalos alcanzaban el número de siete veces siete. Todo el motivo estaba decorado en blanco y negro, resaltando el escarlata del Dragón de siete cabezas.

Cada una de las siete paredes estaba dividida en cuarenta cuadrados, en cada uno de los cuales se habían dibujado símbolos zodiacales, planetarios y alquímicos, y letras del alfabeto hebreo. Cada una de las paredes estaba pintada de diferente color, los cuales reproducían los del arco iris.

La Cripta de Rosenkreutz era una creación de Mathers, y el uso que de ella hizo demuestra que tenía cierto sentido del drama, aunque no del humor. El candidato a la admisión dentro de la Segunda Orden era conducido hasta la Cripta, donde encontraba un altar. Los Adeptos Segundo y Tercero se apartaban del altar, dejando al descubierto un *pastos*, o ataúd. Procedían a quitar la tapa del ataúd, bajo la cual aparecía el Adepto Jefe vestido con sus galas rituales, con el *nemyss* egipcio, o

tocado, en la cabeza: simbolizaba el cuerpo incorruptible de Christian Rosenkreutz. Con los ojos cerrados, el Adepto Jefe —en Londres y hasta 1897 lo había sido el doctor Westcott— declamaba lo siguiente: «Sepultado con esa Luz en una muerte mística y resurgiendo de nuevo en mística resurrección, depurado y purificado por la gracia de nuestro Maestro, ¡Oh Hermano de la Cruz y la Rosa!, como Él, ¡Oh Adeptos de todas las épocas!, ¡lo habéis conseguido!». A continuación se explicaba al iniciado el simbolismo de la Tumba.

Con el título de «Enviado Plenipotenciario», y con las cartas de autorización de Mathers, Crowley abandonó París y se fue a Londres. Su misión era ocupar la Cripta de Christian Rosenkreutz.

El lunes 16 de abril efectuó un reconocimiento preliminar del 36 de Blythe Road, Hammersmith. Los locales de la Orden estaban en el primer piso. Persuadió al casero, un tal Mr. Wilkinson, de que disponía de la autoridad suficiente para entrar. «Visto casero: le convencí», escribió en su diario mágico. «Vista Fidelis y resueltos detalles finales captura de la Cripta. Contratado matón en casa pública de Leicester Square.»

Al día siguiente, Crowley y su amante, Elaine Simpson (Hermana Fidelis, en la Golden Dawn), llegaron al 36 de Blythe Road. Elaine era algunos años mayor que Crowley, y ya en 1892 era 5.º = 6ª. Ambos encontraron a Miss Cracknell en el apartamento, le dijeron que habían venido a tomar posesión de él en nombre de Deo Duce Comite Ferro, y la echaron a la calle. (Crowley describió a Miss Cracknell como «una furcia sáfica siempre insatisfecha».) Pero se fue a la oficina de Correos más cercana y envió un telegrama a E. A. Hunter (Hermano Hora et Semper), un antiguo miembro de la Segunda Orden, en el que le decía: «Venga de prisa a Blythe Road, ha sucedido algo espantoso».

Hunter apareció. Y se encontró con que las habitaciones cerradas por orden de Mrs. Emery habían sido abiertas y que las puertas tenían cerraduras nuevas. Crowley lo había conseguido. En su versión de los hechos, Hunter dijo que Crowley entró en las habitaciones después de «una cierta resistencia». Crowley le informó rápidamente de que Miss Cracknell, que estaba detrás de Hunter, mirándole agazapada, por debajo de los hombros de éste, debía irse inmediatamente ya que la había cesado. Mientras estaban discutiendo, llegó Mrs. Emery. Sus argumentos no conmovieron a Crowley: él había conquistado la Cripta y eso era todo. Mrs. Emery se fue y volvió con un policía uniformado, quien, tras oír a ambas partes, ordenó a Crowley que se marchara.

Al parecer, el miércoles no ocurrió nada, pero al día siguiente, jueves 19 de abril, Hunter y W. B. Yeats se presentaron en Blythe Road para preguntarle a Wilkinson cómo había permitido que Crowley irrumpiese en los locales. En medio de la discusión apareció Crowley. Vestía a la usanza de los Highlands, con una máscara negra sobre el rostro y un *plaid*^[19] echado sobre la cabeza y los hombros para completar su disfraz. Sobre su pecho brillaba una enorme cruz dorada y en la cintura llevaba una daga. Elaine, a la que había nombrado su Escriba, estaba con él. Había

sufrido una decepción al no encontrar en la entrada al matón. Hunter y Yeats le dijeron que se fuera en seguida; no tenía ningún derecho a entrar en el local. Crowley se mantuvo firme: tenía todos los derechos y estaba autorizado para actuar así por Deo Duce Comite Ferro. Y, para probarlo, exhibió la declaración de Mathers, redactada en los términos más pomposos y autoritarios.

Aquella mañana, una peluca, que Willie Clarkson, el famoso fabricante de pelucas, enviaba a Miss Elaine Simpson, había llegado al 36 de Blythe Road; era parte del atavío que necesitaba para las difíciles diligencias que aún le quedaban por hacer. Y durante todo el día, llegaron numerosos telegramas, incluido uno del extranjero, dirigidos a MacGregor Mathers, como si ya se hubiese instalado en los locales de la Segunda Orden. Todos los telegramas fueron devueltos.

A petición de Yeats, Wilkinson envió a buscar a un policía, que les dijo a Crowley y Elaine que se fueran. En aquel momento, Elaine tenía entre sus manos el paquete que contenía la peluca.

Eran las doce del mediodía. El matón llegó a la una en punto. Dijo a Hunter y a Yeats que había estado buscando Blythe Road por todo Londres. «No estaba muy seguro de lo que tenía que hacer, y pensaba que allí debía celebrarse algo así como una fiesta.» Mr. Crowley, dijo, le había contratado al salir del Alhambra.

El mismo día, Mathers, Elaine Simpson y su madre^[20] fueron expulsados de la Segunda Orden. Y Crowley no lo fue gracias a que no pertenecía a ella.

En una carta enviada el 25 de abril a Lady Gregory, Yeats revela las razones de que Crowley no fuese aceptado:

Últimamente han corrido para mí malos tiempos. Le dije que estaba echando fuera de la Kábbala (la Orden) a MacGregor. Bueno, pues la última semana envió a un loco, al que nos habíamos negado a iniciar, a tomar posesión de los locales y documentos de la Sociedad. Este individuo se ha apoderado de los locales, y al ser expulsado, ha intentado volver a ocuparlos. Habiendo fracasado, no se le ha ocurrido otra cosa que poner un recurso, amparándose en que es un «enviado de Mathers», y en que no hay nada en los estatutos de la Sociedad que nos permita deponer a Mathers. Este enviado es un tal Crowley, un individuo totalmente indescriptible. Yo creo que está buscando venganza por habernos negado a iniciarle. Y no le hemos admitido porque no creemos que una sociedad mística sea un reformatorio.

Para Crowley no había duda de que Yeats, Hunter, Mrs. Emery y los demás se habían apoderado injustamente de la Cripta, pues ésta pertenecía, por derecho propio, a Mathers. Crowley había fracasado al intentarlo por la fuerza; ahora recurría a la ley. Ése era el recurso al que se refería la carta de Yeats. Crowley se presentó ante el tribunal el 28 de abril, pero los demandados, además de recurrir a un prestigioso abogado, habían jurado que el valor de la Cripta de Christian Rosenkreutz alcanzaba una suma que sobrepasaba la jurisdicción del tribunal. Por esta razón, la causa fue retirada y Crowley, que la había iniciado, tuvo que pagar las costas, cinco libras.

Tal fue la querella que supuso el comienzo del fin de la primigenia Golden Dawn. El «Enviado Plenipotenciario» sólo consiguió aumentar las hostilidades y que MacGregor Mathers se hiciese aún menos aceptable a los ojos de la Confraternidad

de Londres. Los intentos de reorganizar la Orden, reflejados en un opúsculo de Yeats, publicado anónimamente, *Is the Order of the R(osae) R(ubeae) et A(ureae) C(rucis) to remain a Magical Order?* (febrero-marzo 1901) no surtieron efecto, pues las sociedades mágicas no son democráticas, sino jerárquicas y, por consiguiente, autocráticas. MacGregor Mathers era el dirigente de la Golden Dawn y de la Rosa Cruz, y Crowley su auténtico heredero.

La disputa de Crowley con Yeats (hermano Demon Est Deus Inversus) se remontaba a un año antes. Una noche, Crowley había ido a ver a su hermano para enseñarle las pruebas de su *Jephthah*. Esperaba que Yeats le aclamara como poeta y como genio; pero en lugar de esto,

se esforzó en pronunciar unas cuantas frases educadas, pero yo pude ver lo que había de verdad en todo aquello. Por aquel tiempo era bastante experto en clarividencia, clariaudiencia y clarisentencia. Pero tendría que haber sido un individuo realmente lerdo para no ver la rabia negra y biliosa que le sacudía hasta el fondo de su alma. Para mí, ésta es la prueba de que Yeats era, en el fondo, un genuino poeta, pues un mero charlatán se habría dado cuenta de que nada tenía que temer de un auténtico poeta. Lo que le consumía era la certidumbre de su propia e indiscutible inferioridad.

Más tarde, en 1915, en una carta a John Quinn, el abogado y mecenas norteamericano que había comprado un lote de los libros y manuscritos de Crowley, Yeats dijo que pensaba que Crowley estaba loco pero que «había escrito unos seis versos, entre tanta mala retórica, de auténtica poesía».

Crowley regresó a París en mayo de 1900 para informar a Mathers de sus progresos en la lucha contra los rebeldes. Y encontró a dos miembros de la Orden que habían ido a ver a Deo Duce Comite Ferro, tras su reciente regreso de México. A juzgar por sus palabras, México parecía un lugar interesante, por lo que Crowley metió algunas cosas en una maleta y partió hacia allí.

Ir hasta el fin del mundo como resultado de un impulso era característico de Crowley; tal era su forma de hacer las cosas, todo por impulsos; pero quizá su súbita partida hacia México se debiera a que la policía deseaba interrogarle acerca del dinero que había recibido de la «viuda del coronel».

Su primera parada en el camino a México fue Nueva York, a donde llegó en la cresta de una ola de calor que, según se decía, estaba matando diariamente a cerca de cien personas. Y se espantó al pensar que México era mucho más caluroso, y casi llegó a cambiar sus planes. Los tres días que permaneció en Nueva York los utilizó, fundamentalmente, en salir y entrar al baño. Y después montó en el tren que debería llevarlo hasta Ciudad de México.

Alquiló una casa que miraba a la Alameda, el hermoso parque del centro de la ciudad, y contrató a una joven india para que le cuidase y compartiese su lecho. Se dedicó a la magia e hizo sus primeros experimentos para adquirir la visibilidad, al invocar al dios del silencio Harpócrates.

Por el gran dios Harpócrates^[21];

Por vuestra profunda y purpúrea oscuridad:
Por mi blanca y brillante luz os conjuro;
Recogeos a mi alrededor:
revestid a esta forma astral con un sudario de tinieblas.

Después de varias semanas de rezos y tentativas, Crowley consiguió su primer éxito: su reflejo en el espejo se hizo borroso y fluctuante; tras lo cual, se presentó en Ciudad de México con una corona de oro y joyas en la cabeza, y una capa escarlata echada por encima de los hombros, sin llamar, en absoluto, la atención. Indudablemente, la fúlgida luz de México contribuyó a penetrar lo que le quedaba de corporalidad.

Una tarde, se encontró con una mujer que le atrajo a causa de «la insaciable intensidad de pasión que ardía en sus pérfidos e inescrutables ojos, y que torturaba su gastado rostro con un vórtice de seductor pecado». La insaciable intensidad de pasión ardía en Crowley, pues en la mirada de aquella señora sólo había curiosidad por aquel joven gentilhomme inglés, curiosidad que no tardó en volverse sorpresa cuando éste le reveló el objeto de su interés, y más tarde asombro, cuando, ya en su casa, se dirigieron al dormitorio, donde pasaron juntos lo que Crowley llamaría «algunas horas de delirio». Si a ella le gustaba el sexo, y no hay motivo alguno para suponer lo contrario, debió tenerlo, y en abundancia, aquella tarde. Se trataba de otra de sus «afirmaciones mágicas», y otro acto de desafío que hacía pensando en su madre, a la cual, como todos los hombres inmaduros, se hallaba fuertemente ligado. Crowley recogió el incidente en sus *Confessions*, no como una indicación de sus gustos sexuales o de su pasión hacia todas las cosas mórbidas y desagradables, sino, simplemente, como preámbulo a su drama en verso *Tannhäuser*, que escribió inmediatamente después. Se había sentido tan estimulado por aquella ama de casa mejicana que, después de haberla dejado, fue capaz de irse a su hotel y trabajar durante sesenta y siete horas seguidas en el diálogo en verso que tiene lugar entre Venus y Tannhäuser. Había visto la ópera de Wagner en el Covent Garden: el papel de Venus era interpretado por una *prima donna* norteamericana que había conocido en París, durante una de las representaciones privadas que ofrecía Mathers. Se habían enamorado y decidieron casarse, pero Crowley apenas menciona sus amoríos, que, de cualquier modo, se habían visto truncados por su súbito viaje a México.

Tannhäuser, «Una historia de todos los tiempos», en cuatro actos y un epílogo, no explica nada de los impulsos lujuriosos que le habían impelido a escribir el poema, ni tampoco hace referencia alguna a la misteriosa *prima donna* americana. Si hubiera escrito algo sobre alguna de estas dos mujeres, la repelente amante de unas horas o la cantante de ópera, podría haber compuesto un genuino poema; pero en lugar de eso nos engañó con sus altisonantes versos sobre la leyenda alemana.

Por ahora disponemos de tres aspectos de la psicología de Crowley que resultan claros. Primero: carecía de frenos inhibitorios. Se lanzaba a todo tipo de aventuras que excitasen su fantasía, tanto mejor si eran horribles, y no tenía miedo a la locura.

Segundo: tenía necesidad de alguna experiencia fuerte u horrible para «ponerse en marcha». La mayor parte de la gente se «pone en marcha» sentándose en casa con un libro, oyendo música o mirando un cuadro. Por ello, lo que yo creo es que le faltaba imaginación. Como demuestra toda su existencia, hizo todo lo posible para sentirse estimulado; nunca se sintió saciado de aventuras fantásticas; no podía recibir de ninguna otra manera la comunicación.

Tercero: no sentía respeto por su propio cuerpo (ni por el de nadie). Apenas era consciente de sí mismo como cuerpo físico y se habría sorprendido ligeramente si alguien le hubiese indicado que ocupaba un lugar en el espacio.

De esto se deduce que no tenía miedo a coger la sífilis. «J'ai attrapé le syphilis en 1897», escribe por los años veinte a su médico francés, «me suis soigneusement mercurialisé, n'ai jamais eu de symptômes ultra-sérieux et rien du tout depuis 1917»^[22].

Despreciaba siempre a los que evitaban la promiscuidad por miedo a las enfermedades venéreas, y llegaba al punto de afirmar, con la fuerza de quien tiene un oculto motivo para sus opiniones absurdas y nocivas, que la sífilis es el fundamento de la genialidad y que «sería saludable [!] para todo varón, ser impregnado con los gérmenes de este virus para facilitar el cultivo del genio individual»^[23]

En la madurez, cuando estaba en su Abadía de Thelema, se describió a sí mismo de la siguiente manera:

Yo soy para Ti [Aiwass, su Santo Ángel de la Guarda] la ramera, coronada de veneno y oro, con ropajes multicolores, manchada de vergüenza y embadurnada de sangre, que, no por dinero sino por lujuria, me he prostituido a todos los que me deseaban, y aún más, he tirado de la manga a los remolones, y con seducción, soborno y amenaza he multiplicado mis estupros. He conseguido que mi carne sea putrefacta, mi sangre venenosa, mis nervios una tortura infernal, mi cerebro una cabalgata de pesadillas, he infectado el mundo entero con la corrupción^[24].

Un día, su sirvienta india, que había advertido su interés por las montañas, le hizo subir al tejado de su casa y le indicó dos cimas cubiertas de nieve, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, de alturas superiores a los diecisiete mil pies, o sea, dos mil pies más altos que los Alpes, y no tan difíciles de escalar. Crowley le explicó que iba a intentar escalar esas montañas que, en el aire límpido, parecían estar encima de la ciudad, pero que esperaba la llegada de un amigo, un formidable escalador, que llegaría de Inglaterra.

Se trataba de Oscar Eckenstein, un montañero inglés de origen judeoalemán, que Crowley había conocido en Wastdale Head, en Cumberland, lugar de encuentro, en Inglaterra, de los montañeros. Eckenstein había formado parte de la expedición de Conway al Himalaya en 1892, y era una figura familiar en los Alpes. Había inventado un nuevo tipo de crampón, o hierro de escalar, que permitía a los montañeros acabar con el laborioso método de tallar peldaños en el hielo. Era bajo y robusto, y también diecisiete años mayor que Crowley. Al parecer, a Eckenstein le agradaba Crowley. Y, sin género de dudas, a Crowley le agradaba Eckenstein. Él y Bennett fueron las dos

únicas personas de las que nunca hizo ninguna observación hostil. Definió a Eckenstein como el más grande escalador de su época; mientras que Bennett era su guru para la magia, Eckenstein era su maestro en montañismo. Es interesante observar que los tres hombres sufrían de asma.

«Eckenstein», escribía Crowley a Harry Doughty en 1924, «con tal de ponerle la mano encima a cualquier cosa, que sólo un individuo muy cargado de hachís podría llamar un “saliente”, habría sido capaz de ir a fumarse en pocos segundos una pipa al susodicho saliente sin que ninguno de nosotros pudiese explicar cómo lo había hecho; y aunque yo era incapaz de hacer el más leve ejercicio gimnástico, conseguía llegar a lugares a los que Eckenstein no se atrevía a ir.»

Hacia el final de aquel año, 1900, llegó Eckenstein, y ambos fueron hasta Amecameca, en la estribación de ambas montañas y punto de partida para toda escalada. Comenzaron por el Iztaccíhuatl, palabra que en náhuatl significaba «mujer dormida». A los 14.000 pies establecieron un campamento, en donde permanecieron tres semanas, escalando por todas sus caras la espléndida montaña y manteniéndose a base de conservas y champán. Crowley sostuvo que él y Eckenstein batieron varios récords mundiales.

Cuando regresaron a Amecameca para celebrar su triunfo, su huésped les recibió con expresión grave, e intentó dar las malas noticias de la mejor manera que pudo: la reina Victoria había muerto. Con gran sorpresa suya, Crowley hizo volar por el aire su sombrero y dio saltos de alegría. Para Crowley y, tal y como él pensaba, para muchos más —sin duda, artistas y pensadores— la reina Victoria había sido un ahogo total, una niebla espesa e inmensa que les envolvía a todos. «No podíamos ver, no podíamos respirar», decía; y aunque reconociese que durante su reinado, Gran Bretaña había mejorado en prosperidad, «no obstante, de una u otra manera, el espíritu de su época había matado todos nuestros anhelos. Una mentalidad de tenderos, pagada de sí misma, pulcra, superficial, servil, *snoob* y sentimental, se propagaba por todas partes». Indudablemente, la reina Victoria le recordaba a otra autócrata: su madre.

Su siguiente expedición les llevó a Colima, a unas quinientas millas al oeste de Ciudad de México, que no es otra cosa que un volcán en actividad. Al salir del bosque, ambos exploradores pudieron contemplar un volcán en erupción. Se encontraban a doce millas, pero el viento soplaba hacia ellos. Al poco rato, las cenizas que caían, tremendamente ardientes, llenaban sus vestimentas de pequeños agujeros. Avanzaron y, tras escalar una cima próxima, comenzaron el ascenso al monte Colima. No llegaron muy lejos: el calor del suelo comenzó a quemarles los pies, a través de las botas, y tuvieron que regresar.

Escalaron el Popocatepetl en circunstancias poco comunes. Un diario mejicano, *El Herald*, se había enterado de las actividades de los dos ingleses, y había mostrado sus dudas respecto de su pericia como montañeros. «Nosotros no habíamos hecho declaraciones de ningún género», dijo Crowley. Eckenstein estaba indignado; se fue

hasta el bar frecuentado por los periodistas de *El Herald*, conoció al autor del artículo sobre Crowley y él, y le invitó a que se uniera a una expedición al Popocatepetl, «la montaña humeante», adquiriendo, de ese modo, un conocimiento de primera mano de las montañas y de los hombres que las escalan. El periodista aceptó.

Uno de los récords mundiales que habíamos batido era el de velocidad de ascensión a grandes alturas. Mucho antes de que llegáramos al punto más bajo del reborde del cráter, nuestro escéptico amigo declaró que no podía dar un paso más y que regresaba. Le aseguramos que aquella situación era frecuente, que podríamos continuar juntos fácilmente mediante la cordada. Así pues, le atamos entre los dos: Eckenstein comenzó una enérgica marcha montaña arriba, a la que colaboré al agujonear con mi piolet al recalcitrante reportero, que agotó toda la gama de súplicas, a las que sólo respondimos mediante alegres y animosas exhortaciones. No aflojamos el paso hasta llegar a la cima. Probablemente, era la primera vez que alguien la había escalado de un tirón. Después de aquello, nuestra víctima estaba convencida de que podíamos escalar montañas. ¡Y de que había sentido en carne propia su faceta menos agradable!

No intentaron la ascensión del Orizaba, o Citlaltépetl, «montaña de la estrella», el pico más alto de México, pues, por el momento, se habían cansado de escalar montañas. Pero ambos estuvieron de acuerdo en que, tan pronto como fuera posible, organizarían una expedición al Himalaya para conquistar el K2, la segunda cumbre más alta del mundo.

Eckenstein hizo el equipaje y regresó a su patria, mientras Crowley, que ya llevaba en México nueve meses y medio, se fue a San Francisco.

Me fui andando hasta Juárez, para dar un beso de despedida a mi chica. ¡Oh, México! ¡Mi corazón aún palpita y arde cuando el recuerdo te trae a mi memoria! Por otras naciones siento más admiración y respeto, pero ninguna de ellas puede igualar tu fascinación. Tu clima, tus costumbres, tu gente y tu extraño paisaje de ensoñador encantamiento, hacen que vuelva a sentirme como si fuera un muchacho.

Quería ir a Ceilán, a ver a Allan Bennett —pues tenía que hacerle una pregunta sobre Mathers— y regresar a su casa, después de escalar el K2. A diferencia de Eckenstein, aún no había visitado el Oriente: aquél iba a ser su Gran Viaje.

En un alto durante su viaje a El Paso, la ciudad fronteriza entre Texas y México, vio en un campo de trabajo a tres peones, rodeados por una multitud, jugando a las cartas. (La vida de Aleister Crowley es una serie de éxtasis, abominaciones y sucesos extraños. Los incidentes de los que fue testigo mientras vagaba alrededor del mundo participan de los mismos matices. Sólo vemos y oímos lo que conmueve nuestra imaginación, mientras que ignoramos, u olvidamos, el resto.) Súbitamente, uno de los jugadores se abalanzó, sobre el hombre que tenía enfrente y hundió sus dedos entre sus largos cabellos, al tiempo que introducía los pulgares por los rabillos de sus ojos.

Todo sucedió en un momento: los ojos del hombre se desgajaron de sus cuencas, y su asaltante, soltándose con una violenta sacudida, salió corriendo como una exhalación. «Los alaridos del mutilado fueron coreados por un alboroto universal. Algunos se pusieron en pie, otros fueron por sus caballos, pero la gran mayoría mantuvo una actitud de filosófica indiferencia. No era asunto suyo, y, quizá, aquel suceso sólo sirviera, a lo más, para recordarles que tenían que ir al barbero.»

Permaneció una semana en el barrio chino de San Francisco y luego partió hacia Hawai en un barco de bandera japonesa. En la playa de Waikiki conoció a una norteamericana de origen escocés, diez años mayor que él, casada con un abogado estadounidense y madre de un adolescente. Crowley dice que había ido a Hawai para curarse de la fiebre del heno. Se enamoró de ella —se enamoraba y desenamoraba continuamente, con gran facilidad— y, de tal suerte inspirado, escribió un largo poema (*Alice, An Adultery*), la llevó consigo hasta el Japón y, una vez allí, la abandonó. Aquella obra, que comprende cincuenta poesías, una por cada uno de los días que duró su pasión, le satisfizo plenamente:

A mediodía, ella zarpó hacia su hogar, una llorosa novia,
ya viuda antes de haber acabado su luna de miel.
Ambos sollozamos, tendiéndonos los brazos desesperadamente.
Y... partió. El lado brutal de la verdad centelleó:
«¡Gracias a Dios que hemos acabado con esta tontería!».

Desde Yokohama envió una carta a Gerald Kelly (véase el capítulo 6), en la que se refería a «Alice» de una manera bastante más directa:

He tenido estos días el más importante *affair* amoroso de toda mi larga y ardua carrera. Ella se llamaba Mary Beatón. Sin lugar a dudas, la mujer más bella de todas las que conozco, de apariencia majestuosa, pero la más dulce y femenina de todas con las que me haya encontrado. Qué digo, una dama, de la cabeza a los pies. En los poemas que podrás leer, y que le están dedicados, le di el nombre de Alice, que era el preferido por ella. Había viajado a Hawai para reponerse de su salud. Durante un cierto tiempo nos amamos castamente. (Estaba casada y llevaba consigo a uno de sus hijos.) Le propuse que se viniera conmigo. Y, por supuesto que en el barco, al fin pudimos joder, pero —¡y aquí está el milagro!— nos sobrepusimos y conseguimos regresar a la castidad y a un amor más profundo y verdadero. Ahora ella se ha ido y sé que acabaré olvidándola, pero su dulzura y el poder de su pureza han salvado mi alma. El *affair* duró cincuenta días antes de que comenzara a decaer. Ha sido recogido en cincuenta sonetos.

Crowley nunca explicó las causas de la ruptura, pero, en cualquier caso, fue consciente de la tristeza de la vida así como del misterioso demonio que oscuramente le impelía. Alice fue la primera de una larga serie de mujeres que le hicieron comprender que no había sido hecho para el amor.

Angustiado, buscó a Elaine, hermana Fidelis, que, mientras tanto, se había casado con un tal Witkowski, y vivía en Hong Kong. Recordaba su intrepidez y lealtad en la tentativa de conquistar la Cripta y restaurar a MacGregor Mathers. Ella le habría comprendido, aconsejado, dado ánimos. Pero descubrió, con gran desilusión, que Elaine ya sólo consideraba la magia como un juego, y que había sido ganadora del primer premio en un baile de disfraces de la colonia inglesa, al aparecer con la vestimenta e insignias de Adepta.

Prosiguió viaje hasta Ceilán, donde vio a Allan Bennett, que vivía al cuidado de un santo yogui^[25] en los Jardines de la Canela, en Colombo. La pregunta que le había estado preocupando desde que abandonara Inglaterra y en busca de cuya contestación había dado en sus tres cuartas partes la vuelta al mundo, fue entonces formulada; pero en tales términos que no sabemos, exactamente, en qué consistió. De cualquier modo,

los hechos se desarrollaron de la siguiente manera:

Un día, el hermano Iehi Aour (Bennett) y el hermano Deo Duce Comite Ferro (Mathers) estuvieron discutiendo acerca del dios Shiva, el Destructor, que era venerado por Iehi Aour. I. A. había dicho: «Si se repite Su nombre un número suficiente de veces, abrirá Su ojo y destruirá el Universo».

D. C. C. F. no estaba de acuerdo. El pensamiento de que su vida dependiera de que Shiva abriese su tercer ojo le parecía excesivo. Al cabo, I. A. intentó culminar su argumentación, adoptando una de las posiciones del yoga y repitiendo *ad nauseam* el mantra: «Shiva, Shiva, Shiva, Shiva, Shiva, Shiva, Shiva...», con lo cual hizo encolerizar a Mathers.

«¿Quieres dejar de blasfemar?», rugió Mathers.

Pero el santo hombre siguió repitiendo su «Shiva, Shiva, Shiva, Shiva, Shiva...».

«Si no lo dejas, te pego un tiro.» Y Mathers sacó un revólver.

I. A., que se había concentrado, no se enteró y siguió repitiendo el nombre de Shiva.

Antes de que D. D. C. F. pudiera apretar el gatillo, la hermana V. N. R. (Moina Mathers) entró en la habitación, salvando con ello la vida del hermano I. A.

Y esto fue lo que ocurrió, pero de lo que hubo en ello de cierto, y de lo que Perdurabo quiso preguntar al hermano I. A. nada se sabe.

Los dos buscadores de la verdad se fueron juntos a Kandy y alquilaron un *bungalow* amueblado en las colinas que miraban al lago. Iehi Aour prosiguió con su meditación yóguica y Perdurabo con su poesía; pero al poco tiempo fue creciendo el interés de Crowley por el yoga, y bajo la enseñanza de I. A. comenzaron sus primeros estudios en la materia. Aquél era un Retiro Mágico y Crowley se hallaba en manos de su santo guru.

Hizo tan rápidos progresos que, a los pocos meses, alcanzó el estado de *Dhyana*, que describió como una tremenda experiencia espiritual: el sujeto y el objeto de la meditación se unen con una violencia excesiva en medio de un fulgor cegador y una música celestial.

Mientras Crowley practicaba la caza mayor —abatió un búfalo con un Mauser del calibre 303—, se dejaba barba y fantaseaba acerca de placeres carnales, Allan Bennett se despojó de las últimas ataduras que le ligaban al mundo y tendió sus manos hacia la Túnica Amarilla, es decir, se hizo monje budista. Los dos cofrades de la Golden Dawn, que habían compartido un apartamento en Chancery Lane, se dijeron adiós; uno partió hacia el interior de la India en busca de nuevas aventuras, y el otro hacia un monasterio de Birmania.

Los vagabundeos de Crowley a través de la India, entre 1901 y 1902, al menos le supusieron una experiencia insólita. Quería visitar lo que llamaba «la parte más interesante» del gran templo de Madura, que estaba, y quizás aún lo está, prohibido a los europeos. Al igual que su héroe, Sir Richard Francis Burton, que había entrado, disfrazado de árabe, en la ciudad prohibida de La Meca, Perdurabo, vestido

solamente con un taparrabos, sostuvo el plato de las limosnas en un pueblo cercano. Desde luego que Crowley no engañó a nadie, pero gracias a su hazaña se ganó la simpatía de los nativos, que, impresionados por su yoga, le permitieron acceder a algunos de sus santuarios secretos, en uno de los cuales sacrificó una cabra a la diosa Bhavani^[26]. Al menos, esto es lo que cuenta Crowley.

Después de haber explorado el norte de la India durante algunos meses, Crowley pensó que le gustaría ver cómo le iban las cosas a Iehi Aour en Akyab, por lo que zarpó hacia Rangún, para remontar posteriormente al río Irrawaddy. Una vez en Midon, decidió atravesar la región, pero al pie de las colinas Arakan, sus *coolies* se negaron a seguir avanzando, por lo que Crowley y su compañero de viaje (un tal Edward Thorton, que había conocido en Calcuta) decidieron dar marcha atrás. Alquilieron una especie de piragua de treinta y cinco pies de largo, con un toldo en medio, lo suficientemente ancha como para permitir el paso de dos hombres, y se dirigieron corriente abajo. Aunque enfermo de malaria, Perdurabo se sentó a popa, con un rifle sobre las rodillas, disparando contra cualquier animal que se pusiera a tiro.

Cuarenta y cinco años más tarde, cuando estaba con él en su pequeña habitación de la casa de huéspedes de Hastings, a la que se había retirado para su último Retiro Mágico, rodeados de sus libros y de sus cuadros (uno de los cuales representaba a su amante, Camille, un individuo de aspecto desagradable), mientras fuera caía la lluvia, Crowley se desprendió de su melancolía al hablarme, sin que viniese a cuento, de un viaje en canoa, Irrawaddy abajo, con un rifle sobre sus rodillas. Y se puso a cantar. Eso era lo que le gustaría repetir, dijo. Pero sólo era el relumbrón de un fuego a punto de extinguirse.

El 13 de febrero de 1902 llegó a Akyab y desembarcó precipitadamente, en busca de Bennett. Le encontró en el monasterio del Lama Sayadaw Kyoung. Con su túnica amarilla parecía un gigante, en comparación con sus menudos cofrades birmanos. El hermano Iehi Aour había abandonado el pueril juego de la Golden Dawn a cambio de la auténtica vida del espíritu. El Sangha budista le había llamado: ahora era el Bhikkhu Ananda Metteya, y muchos eran los que le reverenciaban.

Durante su breve estancia en el monasterio, Crowley trabajó arduamente en un nuevo poema, que, a su debido tiempo, apareció con el título de *Ahab*, en lengua indostaní, puesto que deseaba ser el intérprete de la proyectada expedición, junto con Eckenstein, al Himalaya. Mientras tanto, Ananda Metteya se encontraba en una pequeña cabaña a media milla de distancia, en serena meditación.

Si Perdurabo había conseguido cierta habilidad en el yoga, Ananda Metteya, literalmente, se había superado a sí mismo en aquel arte. Agua y comida eran depositados con toda naturalidad en la repisa de la ventana del *Bhikkhu* europeo. Un día, uno de los monjes fue a ver a Crowley, pues durante tres días el alimento no había sido cogido de su repisa en la ventana y nadie había respondido a su llamada.

Crowley salió corriendo a investigar.

Abrió la puerta del *bungalow* y, para su asombro, vio a Ananda Metteya levitando en el aire, a la altura de sus ojos. Carecía de peso, y, en la corriente de aire que entraba por la puerta abierta, vacilaba como una hoja seca.

LAS INEXPUGNABLES MURALLAS DE HIELO

CROWLEY y Eckenstein habían hablado totalmente en serio respecto a su viaje al Himalaya y al ascenso del K2, el punto culminante del Karakorum. En 1892, Eckenstein casi había llegado a echarle un vistazo al K2, que es el nombre, en el Mapa Topográfico de la India, que recibe el Chogo Ri o monte Godwin-Austin, ya que había formado parte de la famosa expedición de sir William Martin Conway. Eckenstein no menciona a Conway en la narración de sus viajes por esa parte del mundo, esto es, en *The Karakorams and Kashmir, An Account of a Journey*; pero tampoco Conway menciona en los suyos a Eckenstein, porque aquellos dos hombres descubrieron que cuando se encontraban en los confines de la civilización no albergaban mutuas simpatías; por eso, Eckenstein había abandonado la partida, regresando en solitario a la patria.

Ya en Londres, después de su vuelta de México, Eckenstein comenzó a organizar la expedición, manteniendo a Crowley informado por carta. Entre ambos concluyeron un acuerdo, que Crowley recogió íntegramente en su autobiografía, pero que se reduce a estas sencillas condiciones: Eckenstein, que era libre de buscar otros escaladores que les acompañasen, que pagasen sus propios gastos y que pudiesen desempeñar alguna labor útil, sería el jefe. La obediencia a su persona sería incuestionable, pero si un escalador pensaba que por cumplir sus órdenes podía perder la vida, entonces le amparaba el derecho de negarse a obedecerlas. Las diferencias serían decididas por mayoría de voto. Nadie podría comprar ningún material sin el conocimiento y consentimiento de Eckenstein. Estaban prohibidas todo tipo de interferencias con las creencias y prejuicios de los nativos; y a las mujeres, estrictamente, había que dejarlas en paz.

Este acuerdo era solamente una parte de la incesante correspondencia entre estos dos hombres, que se proponían la conquista de una formidable, y hasta entonces, inalcanzada montaña de un país lejano. El K2 era, por entonces, la montaña más alta del mundo accesible a los europeos, ya que el monte Everest descansa sobre la frontera entre el Tíbet y Nepal, dos estados que, por aquel tiempo, les estaban rígidamente vedados. Hasta 1921, con la primera expedición que iba a escalarlo, no fue concedido el permiso para acercarse al Everest.

En marzo de 1902, Crowley se encontró en Delhi con su equipo. Aparte de él y de Eckenstein, estaba formado por los siguientes hombres: Guy Knowles, un universitario de 22 años de Cambridge; J. J. Guillardmod, un médico y montañero suizo de 33 años; y dos experimentados escaladores austríacos: H. Pfannl y V. Wesseley, ambos de 31 años.

Crowley era el segundo en el mando. Había pagado 1.000 libras esterlinas para contribuir a los gastos, o al menos así lo afirma en su autobiografía. Sin embargo,

Knowles me dijo que Crowley nunca puso un penique y que la mayor parte de los gastos de la expedición se debieron a él.

Así describe Crowley a sus compañeros en el relato que de la expedición hiciera dieciocho años más tarde: con respecto a Eckenstein expresa su habitual afecto, ya que era el hombre más noble que hubiera conocido, aun sobre una montaña. Guy Knowles es, más o menos, despachado con algún cumplido de rigor. Pfannl y Wesseley son acusados de que su experiencia en escalada se limita únicamente a los Alpes y de comportarse como si todavía se encontrasen en el Tirol. Wesseley es calificado de «cerdo», porque su manera de comer en el glaciar daba náuseas a Crowley, y porque no tenía la imaginación suficiente para caer enfermo, como les había sucedido a los demás. Ambos austríacos, en definitiva, son considerados como «extraños indeseables». En cuanto a Jacot Guillarmod, que había servido como médico en el ejército suizo, «entendía tan poco de montañas como de medicina».

Al norte de la India se extiende una cordillera de picos más altos que cualquiera de los de Europa, África y las dos Américas. Surgen de una llanura, de altura comprendida entre los 12.000 y 18.000 pies: es como decir que nacen a la misma altura en que los Alpes se terminan. A pesar de múltiples y heroicos intentos, sus picos más elevados permanecieron inviolados hasta hace pocos años, y las inmensidades salvajes de hielo y nieve sobre las que reposan aún siguen, en su mayor parte, inexploradas, por no hablar de las muchas montañas que aún permanecen sin nombre.

Ésta era la parte del mundo en que progresaba la expedición Eckenstein-Crowley. No eran los primeros hombres blancos que habían llegado hasta allí. Sir William Martin (el tratamiento vino después de que recibiera el nombramiento de Lord Conway) les había precedido, y cinco años antes que él, sir Francis Younghusband — el mismo que en 1904 zanjó una disputa entre el gobierno británico y los tibetanos con la ayuda de una escolta de 2.500 hombres— habían visto de cerca el K2.

El Chogo Ri se halla oculto por montañas satélites. Cuando el coronel Younghusband dobló el extremo de un saliente y contempló, por vez primera, sus imponentes paredes de hielo, se quedó boquiabierto de asombro. El Chogo Ri se eleva 12.000 pies sobre la plana meseta en que se apoya, y su altura total (sobre el nivel del mar) es de 28.250 pies. Era mucho más alto de lo que Younghusband hubiera nunca imaginado; y pensó que sería absurdo intentar escalarlo:

Nada más doblar un recodo pudimos apreciar un pico de una altura que daba vértigo... no podía tratarse más que del K2... parecía erguirse como un cono perfecto, pero de altura inconcebible. Sobrecogidos, estrechamos filas... en aquel lugar en que nos encontrábamos, cerca de su cara norte, que, prácticamente, viene a ser un glaciar, habrá de unos catorce a dieciséis mil pies de hielo sólido.

Dos animosos norteamericanos, ya entrados en años, el doctor William Workman y su señora, Fanny, también habían recorrido y escalado esta parte de la cordillera del Himalaya antes de que les tocara el turno a Eckenstein, Crowley, Knowles,

Guillarmod, Pfannl y Wesseley. Ya desde la década de los años noventa del siglo pasado, otras partes de la cordillera habían sido alcanzadas por los montañeros. Pero el equipo de Eckenstein fue el primero que intentó la conquista del K2.

El tren les llevó hasta Rawalpindi, en el Punjab, en donde se apearon, junto con sus tres toneladas de impedimenta. El resto del viaje se hizo a pie, en poney, y en un carro de dos ruedas tirado por poneys, denominado *ekka*, que Crowley describe como un artefacto parecido a un cabriolé al que le hubieran quitado de un golpe la parte trasera y la superior, donde va el cochero, «que podría haber sido ideado por el hombre que inventó el *coracle*»^[27] Se alquilaron quince *ekkas*, y se reanudó la marcha. En la aldea de Tret, fueron detenidos por un inspector de policía que llegó en un desvencijado coche tirado por dos caballos, con instrucciones de arrestar a Eckenstein. Al día siguiente, el vicecomisario de Rawalpindi llegaba con una orden, de nada menos que del mismísimo virrey, que prohibía a Eckenstein seguir adelante.

Eckenstein fue escoltado de regreso a Rawalpindi, y la expedición, al mando de Crowley, partió apresuradamente hacia Srinagar, la capital de Cachemira. Todos se hallaban desconcertados y deprimidos. Nadie sabía por qué habían detenido a Eckenstein, pues no les habían dado ninguna explicación. Tres semanas después, eran alcanzados por su jefe. Le habían soltado, después de que pusiera en un aprieto a lord Curzon, el virrey de la India, al preguntarle qué era lo que tenía contra él. Curzon no se lo dijo —en todo momento, Eckenstein declaró su total ignorancia al respecto—, pero le puso en libertad. Lo único cierto es que, a causa de su apellido, corría el rumor de que era un espía prusiano.

El 28 de abril, dejaron Srinagar con 170 porteadores indígenas y el mapa de Conway, que a Crowley le resultaba difícil de interpretar, o, como irónicamente decía, de reconciliar con la naturaleza. Los *ekkas* fueron sustituidos por *kiltas*, una especie de capazos que los *coolies* llevaban a la espalda; los poneys fueron devueltos a sus propietarios. El terreno que se ofrecía ante ellos era el de un empinado paso de montaña, con primitivos puentes de cuerda tendidos sobre barrancos y ríos de fango. En aquellos sitios, un médico era *rara avis*, por lo que en cada aldea por la que pasaban levantaban un improvisado lazareto: la relación precisa y más bien árida que de la expedición hace el doctor Jacot Guillarmod, *Six mois dans l'Himalaya*, está sembrada de detalles sobre las improvisadas operaciones que efectuaba en ellos.

El paisaje comenzó a escasear de vegetación; la marcha se hizo más ardua. «Las montañas son enormes y horribles cúmulos de informe monotonía. Es difícil observar en ellas un noble contorno; no hay sosiego para la vista; ni inspiración ni interés; nada, sino un punzante deseo de acabar con el aburrido trajinar del día», escribió Crowley.

Entre Srinagar y Skardo hay un paso cubierto por la nieve, llamado Zoji La, que separa Cachemira del Baltistán. Crowley refiere:

Mi misión consistía en intentar que las caravanas atravesaran la sección relativamente estrecha del paso, que tanto miedo inspiraba a los hombres, por lo que pasé gran parte de la mañana yendo de un lado

para otro, alentando a uno, exhortando a otro, y echando una mano a un tercero. Cuando el último de los hombres hubo cruzado, sano y salvo, aquella parte estrecha, tan crítica, me sentí cansado; y cuando me decidí a seguir, observé, para consternación mía, que la vertiente del paso que daba hacia Makayun, en lugar de hallarse empinada, presentaba en aquel momento un gradiente muy bajo; y que, en vez de hallarse desprovista de nieve, ésta la había cubierto profusamente. Dado que el día estaba muy avanzado, mi andadura era cada vez más lenta y embarrada. Ni siquiera las marcas que habían dejado los *coolies* conseguían que el sendero fuese mínimamente practicable. Desfallecido hasta el agotamiento, me arrastré hasta el campamento, al que llegué a las cinco de la madrugada, después de trece horas de penoso avance, durante las que apenas pude descansar.

Todavía les quedaban veinte etapas para llegar al glaciar Baltoro. A pesar del viento que les taladraba, el resplandor del sol era insoportable. Mientras medio cuerpo se les congelaba, la otra mitad se les tostaba. En Skardo se vieron metidos en una tormenta de arena, que nacía en la cuenca del Indo e impedía ver las montañas.

El último vínculo con la civilización —es una manera de hablar— lo constituía la aldea de Askoley, donde Eckenstein había dejado, diez años antes, a sir W. M. Conway. En ella tuvo lugar una disputa entre Eckenstein y Crowley acerca de los libros que Crowley llevaba consigo. Se había decidido que, en las últimas etapas del viaje, cada uno no debería llevar encima más de cuarenta libras. Crowley se hallaba abrumado a causa de la poesía:

Eckenstein me ha apremiado a que abandone mi biblioteca. Su teoría es que cuando se viaja por lugares selváticos uno debe convertirse, al menos temporalmente, en un completo salvaje; pero mi experiencia ya me había demostrado que no sólo de pan vive el hombre. Yo atribuía la casi universal inestabilidad mental y moral de los europeos que se dedican a la exploración, mucho más a su propia falta de relajación intelectual que a cualquier tipo de penalidades y estrecheces inseparables de las condiciones físicas. Los buenos amigos eran capaces, en poco tiempo, de pelearse hasta la muerte por un terrón de azúcar. No quiero decir que yo no fuera capaz de soportar el glaciar Baltoro sin Milton y los demás, pero es un hecho que por lo menos Pfannl se volvió loco, y que Wesseley se obsesionó tanto con la comida que hasta llegó a robarla.

Al igual que Baudelaire, Crowley podía estar tres días sin pan, pero ninguno sin poesía. No cedió: le dijo a su jefe que o llevaba consigo sus libros, o abandonaba la expedición. Eckenstein cedió.

Una caravana de 230 hombres, 18 ovejas, 15 cabras y más de 20 gallinas avanzaba hacia el interior de lo inexplorado, ascendiendo, inexorablemente, cada vez más alto. Los *coolies* fueron a ver a Crowley, así dice él, y le dijeron que sabían que nunca regresarían, pero que no les importaba, pues era el *Kismet*^[28].

El glaciar Baltoro tiene unas treinta millas de largo por dos de ancho: una extensión en pendiente llena de hielo y de materiales desprendidos de las montañas circundantes. Cerca de veinte glaciares tributarios alimentaban el Baltoro, y de su morrena brotaba un torrente fangoso, el Bralduh, que descendía por el valle de Biaho para convertirse en una de las fuentes del Indo.

El 8 de junio de 1902, Crowley, que llevaba una sortija con un gran topacio y al que acompañaban veinte *coolies*, se detuvo ante esta formidable morrena. Se encontraban a una altura de 11.580 pies: la ascensión al K2 había comenzado. Pfannl

y Wesseley, con ochenta hombres, le seguían a un día de marcha; y detrás de ellos iba el resto de la expedición.

Al final del Baltoro, a una altura de 15.550 pies, tiene su origen un glaciar tributario que conduce directamente a la montaña. Conway, que se había detenido al pie de éste, le dio el nombre de Godwin-Austin, en honor del primer hombre que explorara la región. Ahora estaban totalmente rodeados de hielo, en un paraje que jamás había pisado ningún hombre blanco. El 16 de junio, el K2 surgía en toda su magnificencia, delante del grupo avanzado de Crowley.

El poeta de la expedición lo vio únicamente en su aspecto práctico, examinándolo a través de las fluctuantes nubes con sus binoculares, mientras dibujaba en el cuaderno de croquis que tenía en la mano la mejor vía de acceso. Pero cuando, dos días más tarde, lo vio el prosaico doctor Guillardmod, quedó fascinado. «Era tan grande la fascinación que ejercía sobre nuestras mentes que, a pesar de estar acostumbrados a calibrar las montañas con un simple vistazo, nos quedamos anonadados y paralizados. Permanecíamos mudos, sin ser capaces de encontrar una palabra que pudiera expresar la impresión que nos causaba.»

Se instalaron los campamentos a lo largo del Baltoro y se distribuyó el material. Crowley estaba en el campamento VIII, en la mitad superior del glaciar Godwin-Austin, y a sólo cinco millas del formidable pico. Durante todo el día estuvo examinando con sus binoculares al rey del Karakorum. Decidió que la mejor vía de acceso a la cumbre era la que seguía la cresta sudoeste. Aunque no hubiese rodeado la montaña y observado que las crestas de los otros lados eran análogas, había dado con la mejor, si no la única, vía posible, como demostrarían las expediciones norteamericanas de 1938 y 1939. Al día siguiente, anduvo penosamente a través de ella, durante tres horas y media, buscando un lugar propicio para el campamento principal, o base, con vistas al inminente asalto a la cima, hasta que fue detenido por unas paredes de hielo de increíble altura. Fue allí, a 17.332 pies, justamente bajo la cara sur de la montaña, donde estableció el campamento IX.

A la mañana siguiente, comenzó a escalar en dirección noroeste, alejándose de aquellas inexpugnables paredes de hielo. Cubrió una distancia de cerca de dos millas, y ascendió hasta 18.733 pies. Desde donde se encontraba, el camino hacia la cumbre le parecía libre de obstáculos por lo que en aquel lugar situó el campamento X. Luego, Eckenstein le criticaría por haber elegido para la instalación de las tiendas un sitio tan expuesto, a lo que Crowley le contestaría, sarcásticamente, que no había tenido «el menor indicio que hiciera suponer que lo que deseábamos, para nuestra comodidad, eran unas condiciones que habrían hecho del campamento X algo parecido a una residencia apropiada para un caballero de salud delicada».

El resto de la expedición comenzó a llegar, lentamente, al campamento X. Ahora tendrían que enfrentarse con el meollo de aquel asunto. Ante ellos se encontraba la montaña, que les incitaba a que la escalasen, y que les hablaba a través de avalanchas de nieve, hielo y rocas, que, después de cada caída, sumían el paisaje en una neblina

turbia y borrosa.

En la cordillera del Himalaya, los vientos que traen la ventisca desde las elevadas llanuras de Asia Central se encuentran con los monzones procedentes del océano Índico, transformando la nieve y el hielo en trampas que resultan mortales para los escaladores. De aquí el interés que tienen todas las expediciones a esta cordillera en escalar rápidamente la cumbre durante el breve período primaveral, antes del comienzo de los traicioneros monzones; o en las pocas semanas que dura el otoño, antes de que toda esta parte del mundo sea presa del hielo.

Crowley, Pfannl y Guillarmod, en representación de cada una de las tres nacionalidades de la expedición, debían ser los primeros. Mientras se preparaban para la ascensión, el tiempo empeoró y Eckenstein y Knowles se acatarraron. Dos días más tarde, el viento amainó, pero siguió nevando. Después vino un día espléndido, seguido inmediatamente de una ventisca que arrancó uno de los extremos de la tienda de Crowley, a pesar de que estaba asegurada con un peso de cien libras.

El 28 de junio aclaró el tiempo. Se dispuso rápidamente todo lo que concernía a Crowley, Pfannl y Guillarmod, pero éstos se despertaron al día siguiente bajo un fuerte viento con el que resultaba imposible escalar y que les helaba los dedos mientras se bebían el café.

Un día más tarde, Crowley sufría la ceguera de la nieve: sentía sus ojos como si tras ellos tuviese arena ardiente. El 1 de julio, Pfannl y Wesseley salieron de reconocimiento y a su regreso informaron de que, sin lugar a dudas, la cresta noroeste podía ser escalada. En contra del parecer de Crowley, el campamento principal fue cambiado de sitio hasta el otro lado de la montaña a una altura de 20.000 pies.

El 10 de julio, cuando de nuevo hizo un día espléndido, Wesseley y Guillarmod salieron y alcanzaron una cota de 22.000 pies, 200 pies más alta que la conquistada siete años después por el duque Degli Abruzzi, cuya expedición al K2 es, aunque erróneamente, considerada como la primera tentativa de escalar esta montaña.

Aquella fue la máxima cota que se alcanzaría. Al regresar al campamento XI encontraron a Crowley enfermo de malaria. Su temperatura era de 39,5°C y veía mariposas volando en el aire helado; también veía a Knowles con un halo siniestro, por lo que cogió su revólver Colt. A Knowles no le agradaba Crowley, así que, cuando vio que le apuntaba con un arma, saltó sobre él. Crowley cayó al primer directo en el estómago, y su arma fue a hacer compañía a las mariposas.

Aquel continuo mal tiempo les estaba robando la posibilidad de llegar a la cumbre, o de subir más arriba. Los días de julio se estaban acabando. Vivir a tanta altitud es, de por sí, difícil, pues la presión atmosférica es mucho más baja. Para preparar una infusión de té tibio se necesitaban dos horas, y un día entero para cocer carne de cordero.

Los dos austríacos se dirigieron más hacia el norte y levantaron el campamento XII a 21.000 pies. Pocos días más tarde, un *coolie* les traía una nota que decía que Pfannl estaba enfermo y escupía sangre. Crowley refiere que Pfannl había perdido la

razón y que se veía a sí mismo como si fuera tres personas, una de las cuales era una montaña armada de una daga, con la que intentaba herirle. El doctor Guillarmod tuvo que inyectarle morfina.

El tiempo no mostraba signos de mejoría. A regañadientes, decidieron renunciar a la escalada. No habían logrado realizar lo que se habían propuesto, pero algo habían conseguido. Habían sido los primeros en alcanzar el K2 y habían vivido más tiempo que nadie hasta entonces a la respetable altura de 20.000 pies.

A primeros de agosto, volvieron sobre sus huellas glaciando abajo.

Finalmente, el K2, o Chogo Ri, sería conquistado en 1954 por un equipo italiano dirigido por el profesor Desio.

LOS PRÍNCIPES DE CHIOA KHAN

EN octubre de 1902, Crowley se embarcó en Bombay, pensando dirigirse a Francia, y, al pasar por El Cairo, hacer un alto en el camino. No fue a visitar las Pirámides, sino que, en su lugar, se engolfó en los placeres que le brindaba el hotel Shephard. No iba a ver, dijo, cómo cuarenta siglos le contemplaban *a él*. Se refería por supuesto, a la frase que, en 1798, después de la conquista de Alejandría y antes de la batalla de Gizé, que le abriría las puertas de El Cairo, Napoleón dijera a los 35.000 hombres que componían su ejército: «Desde estas Pirámides, cuarenta siglos os contemplan». La caballería del ejército turco, compuesta por las tropas de élite de los Mamelucos, fue arrasada por el avance, en formación cerrada, de la infantería francesa.

Desde que abandonara Inglaterra, había mantenido correspondencia con un joven pintor, Gerald Kelly, que llegaría a ser presidente de la Roy al Academy, fallecido en 1972, a la edad de 92 años. Se habían conocido durante el último año que Crowley pasara en el Trinity. Un librero de Cambridge, al que Crowley llamó «el espécimen más nauseabundo e hipócrita de tendero emprendedor al que jamás haya echado la vista encima» (¿es posible que este mal trato fuera debido a que se trataba del editor de *Acel dama?*), le enseñó a Kelly un ejemplar de la *opera prima* de Crowley. El que la identidad del autor se hallase velada por un disfraz que suscitó en su memoria el recuerdo de Shelley, así como el epígrafe de Swinburne, despertaron la curiosidad de Kelly. He aquí el fragmento de Swinburne que eligiera Crowley:

Me contemplo a mí mismo en esa confusa esfera
en cuyo hueco centro me yergo,
mientras intento, con ardientes ojos, penetrar
la negra circunferencia y descubrir a Dios.

Kelly se informó acerca de aquel «misterioso gentleman de la Universidad» y fue concertada una cita en el apartamento de Crowley, en el número 37 de Trinity Street.

El poeta era un joven de aspecto agradable, que llevaba en el cuello de la camisa una enorme y bamboleante pajarita, y, en las manos, unos anillos de piedras semipreciosas, tan extraños y remotos como la penetrante mirada de su dueño. Sus camisas eran de seda pura, un poco sucias, quizá, en puños y cuello, pero eso iba acorde con su aire varonil. Era un maestro en ese esotérico juego llamado ajedrez, que en dos ocasiones, había llegado a practicar contra el equipo de Oxford, consiguiendo el preciado juego de cuadrados azules y blancos. (Las piezas, de plomo y de estilo Staunton, se guardaban en su caja de caoba, encima de una mesa plegable de jugar a las cartas, que se encontraba armada y plagada de fichas de póker.)

Además, era un gran conversador, que utilizaba palabras con un humor mordaz y que, con la costumbre del erudito, empalmaba una cita con otra.

Una atmósfera de refinamiento y erudición se respiraba en aquel apartamento. Los libros cubrían las paredes hasta llegar al techo y llenaban cuatro librerías giratorias de madera de nogal. Eran, sobre todo, de ciencias y de filosofía, con una modesta colección de los clásicos griegos y latinos, y unas cuantas novelas de autores franceses y rusos. En una repisa relucían, negro y oro, *Las Mil y Una Noches* de Burton: debajo se divisaba la tela lisa y el escudo cuadrado del *Chaucer* de Kelmscott Press. Al lado de las primeras ediciones, muy valiosas, de los poetas ingleses, se encontraban algunos volúmenes encuadernados de manera extravagante por Isidore Lisieux. Un antiguo Rabelais en tafilete rojo oscuro, que llevaba impreso el escudo de armas de un cardenal, se encontraba al lado del *Villon* de John Payne, de virginal blancura. Muy cerca de éste, se veía la *Kabbalah Denudata* de Knorr von Rosenroth, cuyo pergamino había tomado, con el tiempo, un color rojizo de óxido: era, por así decirlo, la vanguardia de un ejército de viejos y extraños libros de alquimia y de otras materias afines, como el apócrifo *Grimorium Honorii Magni*, atribuido al papa Honorio, el *Enchiridion Leonis Papae*, supuestamente escrito por el papa León III, o el *Nuctemeron* de Apolonio^[29].

Sobre la puerta se hallaba colgado un piolet, con la punta desgastada y el mango deshilachado, y en un rincón se veía una bolsa de lona, que contenía una caña de pescar salmones.

Fue cosa de poco que al pintor le cayese simpático el poeta; y, al poco tiempo, el poeta se hallaba entusiasmado por el aprecio que le demostraba el pintor. Se convirtieron en unos cordiales amigos, y cuando acabaron las clases se reunieron en Londres, donde el padre de Kelly era vicario de Camberwell.

Mientras Crowley estaba en el Himalaya, Kelly hacía su aprendizaje en París. Ya que tenía asuntos que tratar con Mathers, Crowley escribió a Kelly, desde El Cairo, y se autoinvitó a su casa.

El hermano Perdurabo, repleto de la sabiduría del Oriente, temblaba de excitación al solo pensamiento de encontrarse ante la puerta de la casa de Mathers. Aparecería de improviso, en toda su gloria. En una carta a Kelly le habla de su inminente visita a la rue Saint-Vicent, en Montmartre (adonde Mathers se había mudado) como de su Hora del Triunfo. Cuando había defendido a Mathers contra la logia londinense, en el invierno de 1899 a 1900, se había contentado con hacer de Deo Duce Comite Ferro su héroe y someterse a su voluntad; pero ahora actuaba como si creyera que Mathers iba a someterse a la suya. Le habría resultado más sencillo haber ido andando tranquilamente hasta la cima del Chogo Ri.

La Hora del Triunfo fue celebrada sólo por el propio Crowley, y ni siquiera por todo lo alto. Mathers le acogió en silencio, nada impresionado por el Himalaya, el yoga, o el temperamento de metomentodo del joven que se encontraba frente a él. Lo

que aquellos dos cofrades de la Golden Dawn se dijeran uno al otro es algo sobre lo que sólo podemos hacer conjeturas. Crowley, que escribía detalladamente casi todo lo que le acontecía, pasa por alto este asunto, como si fuese demasiado embarazoso hablar de él.

Por supuesto que el incidente con Mathers se había debido a que éste era un adepto a la Magia Negra. En lugar de invocar a su Santo Ángel de la Guarda, había hecho aparecer un Demonio Maligno. Tal era el argumento de Crowley. Además, Mathers le había robado algunas pertenencias. Antes de irse a México, Crowley había dejado en la rue Saint-Vicent un neceser valorado en cincuenta guineas y, cuando, a su regreso, preguntó por él, Mathers se limitó a encogerse de hombros y a afirmar que jamás lo había visto.

La ruptura entre ambos era inevitable. Mathers sólo quería subordinados, y Crowley no podía quedarse sentado por mucho tiempo a los pies de ningún Maestro; era demasiado inquieto para eso y, por si fuera poco, estaba arraigando en él una actitud de oposición a cualquier autoridad. Además, ya había decidido en su fuero interno que él, y sólo él, sería el Jefe de la Orden Hermética de la Golden Dawn o, si no, de otra orden, todavía más importante, que él mismo se encargaría de crear.

Dándose cuenta de que era necesario atacar definitivamente a Crowley, Mathers llamó en su ayuda a una tal Mrs. M., que era una vampira, «una mujer de mediana edad, agitada por extrañas pasiones», que estaba modelando una esfinge, a la que, más adelante, dotaría de vida y que cumpliría hasta el más venenoso de sus deseos. Crowley oyó hablar de la tal Mrs. M. a su amigo Kelly, quien le presentó a Miss Q., que vivía con Mrs. M., por mediación de la cual pudo, por fin, llegar a conocer, una tarde, a la formidable Mrs. M. Después de las presentaciones, Miss Q. «abandonó la estancia para preparar el té, con lo cual quedaron frente a frente la magia blanca y la negra»:

En aquel momento, sentí que me envolvía una extraña sensación de sueño, y que algo, con la suavidad del terciopelo, sedante y, al mismo tiempo, lascivo, pasaba sobre mi mano. Alcé, súbitamente, los ojos, y vi que Mrs. M. había abandonado silenciosamente su asiento y se inclinaba sobre mí: sus cabellos eran una masa de rizos que le caían sobre los hombros, al tiempo que las yemas de sus dedos acariciaban el dorso de una de mis manos. Había dejado de ser una mujer de mediana edad y poco atractiva, para convertirse en una joven de encantadora belleza.

Pero Crowley reconoció en todo aquello el poder de la hechicería y comenzó a hablar con ella de asuntos mágicos. No ha legado a la posteridad nada de dicha conversación, pero sí el estado de ánimo de aquella mujer que «sintió como si su malvado corazón se lacerase y sus negros intestinos ardiesen ante cada una de mis palabras, que para ella eran como gotas de corrosivo ácido».

Se retiró de mí, para acercarse nuevamente al poco rato, más hermosa que antes. Ahora ya no luchaba para obtener la sangre de su víctima, sino para salvar su propia vida. El olor a hombre parecía dotar a su sutil apariencia de agilidad felina. Se acercó un paso más y, acto seguido, saltó sobre mí y, con una palabra obscena, intentó aplastar sus labios escarlata contra los míos.

Mientras se comportaba de tal modo, la sujeté manteniéndola cogida por un brazo; entonces la atacué con su misma corriente maligna. Una luz azul-verdosa pareció circundar la cabeza de la vampira y, a continuación, su cabello, de color lino, tomó el color de la nieve embarrada, la bella piel se llenó de arrugas y sus ojos se oscurecieron, como el peltre cuando se mancha con las heces del vino. La muchacha de veinte años había desaparecido: ante mí sólo se encontraba una bruja de sesenta. Salió trastabillando de la habitación, mientras mascullaba maldiciones.

Cuando, en 1948, mencioné a Gerald Kelly la historia de Crowley de la vampira, la consideró una «mera invención».

La visita de despedida de Crowley a la rue Saint-Vicent tuvo lugar de noche. George Cecil Jones le acompañaba. Entraron en la casa de Mathers a través de la ventana, para recuperar algunos atuendos ceremoniales y demás parafernalia, que Crowley había adquirido, por cuenta de la Orden, en 1900. Jones me dijo, por carta, que antes de llevarse los objetos en cuestión, los cotejaron con sus correspondientes facturas.

Kelly había montado su estudio en la rue Campagne Première, y solía cenar en un restaurante frecuentado por un círculo de artistas y escritores llamado Le Chat Blanc, situado en la rue d'Odessa, cerca de la Gare Montparnasse. De este restaurante, hay una descripción muy sucinta en la introducción de Crowley a su obra pornográfica *Snowdrops from a Curate's Garden*, que escribiría en 1903: «Aquel ocurrente e informal club de grandes intelectuales, que se reunía al caer la noche en el restaurante Au Chien Rouge». Fue en aquel ambiente en donde William Somerset Maugham llegó a conocer a Crowley, y del que diría que «desde un primer momento no congenié con él, pero me resultaba interesante y bastante divertido. Era un gran conversador y, lo que es bastante infrecuente, lo era en grado sumo. Me habían dicho que en su juventud era extremadamente bello, pero cuando le conocí había empezado a engordar y a caérsele el cabello. Sus ojos eran expresivos y había algo en su forma de mirar, no sé si natural o adquirido, que daba la impresión de que cuando te miraba, veía a través de ti».

Crowley conoció a Auguste Rodin: no dice dónde ni cuándo, pero es muy probable que fuera en Le Chat Blanc, y durante 1902, a su regreso del Himalaya. «Fui presentado a Rodin y, al momento, me enamoré de aquel soberbio anciano y de su colosal obra», escribió Crowley. «Sigo creyendo que su Balzac es la cosa más interesante e importante de toda su producción: un nuevo punto de vista en la escultura.» También conocería a Marcel Schwob.

Schwob había nacido en 1867 en Chaville-sur-Seine, en París; así pues, era ocho años mayor que Crowley. Descendía de un linaje de rabinos y de doctores en Medicina: a los tres años era capaz de hablar y leer en francés, inglés y alemán; a los veintiuno concluyó un estudio del uso del argot en el francés medieval. Por la época en que conoció a Crowley ya había sido reconocido como una de las más importantes figuras literarias de su tiempo, «une sorte d'encyclopédiste du XIX siècle». Schwob coleccionaba grabados japoneses; los divanes de su apartamento del número 11 de la rue Saint Louis en Pile de France, estaban tapizados en terciopelo rojo y el nombre

del criado chino que le atendía era Ting. Entre sus amigos se contaban Robert Louis Stevenson, George Meredith, Oscar Wilde, Anatole France, Paul Valéry, Alfred Jarry, quien le dedicaría su *Ubu Rey*, Guillaume Apollinaire y muchos otros escritores, igualmente importantes. Schwob, cuyos cuentos abarcan por completo toda la escala de personajes y situaciones decadentes, podría haber dado nacimiento, con su mórbida imaginación, al poco corriente Aleister Crowley. Y, recíprocamente, la imaginación de Crowley, poblada de rarezas y monstruosidades, podría haber alumbrado a aquel pequeño, «delgado y algo encorvado, judío». También escribiría que «Marcel Schwob excitó mi incontentida admiración». No sabemos si Schwob se sintió desde un principio igualmente fascinado por Crowley, pero, en cualquier caso, aquella fascinación no duró mucho. Quizá Schwob se sintió repelido por lo que Maugham llamara, refiriéndose a uno de los atributos de Crowley, «su inapropiada jactancia», que habla por sí sola a lo largo de su larga *Autohagiography* o *Confessions*, que Leah Hirsig le escribiera al dictado, veinte años más tarde, y en la que hace un interesante juicio acerca de Rodin, que revela bastante, aunque no todo lo que sería deseable, sobre sí mismo:

No poseía intelecto, en el usual sentido de la palabra: la suya era una virilidad tan superabundante que continuamente se estaba desbordando, dando así lugar a vibrantes visiones. Tuve la suficiente dosis de ingenuidad para estar acechándole y así poder obtener información de primera mano sobre el arte, nada menos que de una de sus principales cabezas rectoras. ¡Pero nunca me encontré con nadie que demostrara tan pocos conocimientos de arte como Auguste Rodin! Lo más que conseguía tartamudear era que la naturaleza era el gran profesor, o alguna otra sandez, igualmente pueril.

Nada más lejos de las intenciones de Crowley que hacer que la naturaleza se reflejara en un espejo.

Para exaltar su amistad con el gran pintor francés, Crowley compuso un poema breve dedicado al *Balzac* de Rodin, que Schwob, obsequioso, tradujo al francés:

El resultado fue que Rodin me invitó a verle y a hacerle compañía en Meudon. Yo podría dar una interpretación poética a todas sus obras maestras. Y así fue como nació mi *Rodin in Rime*. El libro fue ilustrado por siete de las diez litografías de unos bocetos que Rodin me entregó con ese fin.

Dos de los cuarenta y tres poemas que componen el *Rodin in Rime*, «Balzac» y «Rodin», fueron traducidos al francés. Schwob le dijo a Kelly que se había sentido obligado a traducir aquellos poemas, pero que pensaba que Crowley no sólo era ridículo, sino mal poeta.

Schwob murió de tuberculosis en febrero de 1905. «La auténtica tragedia de aquel hombre», escribió Crowley, «consistía en que se hallaba bajo la permanente tortura de un estreñimiento crónico, que acabó causándole la muerte».

Cansado de París, Crowley regresó a Boleskine. Y allí, a orillas del Lago Ness, estuvo pasando el rato con una mujer que había encontrado en Londres. Un día, en que se encontraba particularmente aburrido, se le ocurrió escribir la siguiente carta al secretario de la Vigilance Society, una especie de organización para la supresión del

vicio:

Señor,

Lamento tener que decirle que, por estas latitudes, la prostitución resulta *desagradablemente* conspicua.

Quizá Vd. podría informarme acerca de los pasos que puedo seguir (si los hay) para suprimir este fastidio, que cada día me parece más intolerable.

Estaría dispuesto a invertir una considerable suma.

Suyo afectísimo,

Aleister MacGregor.

El secretario de la Society le contestó, a vuelta de correo, diciendo que inmediatamente le enviaría un observador. Tras un posterior intercambio de cartas y un intervalo de cerca de una semana, llegó el decepcionante informe de que su observador no había encontrado en la pequeña población de Foyers ninguna prostitución que fuese especialmente conspicua. A lo que Aleister MacGregor, Laird de Boleskine Manor, pensando que ya estaba lo suficientemente escandalizado al respecto, respondió, en una postal: «¡Conspicua por su ausencia, idiotas!».

Con él vivía, como una especie de administrador, L. C. R. Duncombe-Jewell, el hijo mayor de un miembro de la Hermandad de Plymouth, que, por iniciativa propia, había caído en desgracia al convertirse al catolicismo. Duncombe-Jewell llevaba un *kilt*, se hacía llamar Ludovic Cameron y aconsejaba a todo el mundo hablar en gaélico, cosa que él no hacía.

En julio, echando en falta una «compañera-gobernante» —presumiblemente, la mujer que había traído de Londres había huido— Crowley fue a Edimburgo para buscar una, y para recoger a Kelly, a quien había invitado a Boleskine. Encontró una mujer de su gusto en «Arabella la pelirroja», pero ésta no podía ir en ese momento.

Al poco tiempo de su llegada a Boleskine, Kelly recibía una carta de su madre, que había ido para una cura a Strathpeffer, a unas veinte millas al norte de Foyers. ¿Podía acercarse? Tenía que discutir con él algo importante. En la propia carta aparecía una nota de su hermana, Rose, diciendo que tenía problemas y que debía ayudarla. Aquel mismo día, Kelly y Crowley partieron para Strathpeffer.

Cuando Rose vio a su hermano en compañía de un magnífico individuo vestido con el atavío completo de las Highlands, y en particular, con el *tartan* de los MacGregor, supo que había traído consigo al célebre Aleister Crowley. Y salió corriendo a su encuentro.

Después de presentar a su amigo, Gerald se retiró en compañía de su madre para estudiar su problema. Resultó ser un estúpido flirteo de Rose. Ésta se había casado con un hombre mucho mayor que ella. Ahora se había quedado viuda y, para su desgracia, vivía nuevamente en casa de sus padres. Había sido un matrimonio desafortunado en todos los sentidos y, ahora, ella estaba haciendo todo lo posible para superarlo, flirteando con cualquier hombre que tuviese a tiro. El año anterior se había comprometido con un sudafricano que había regresado a la patria para hacer fortuna. Mientras tanto, se había liado con un norteamericano, un amigo de su hermano, de los

tiempos de Cambridge, y también le había prometido que se casaría con él. Cuando un hombre se enamoraba de ella y le hacía una propuesta de matrimonio, no tenía el valor de negarse. El aspirante número dos sólo tenía que ir a pedir a su padre permiso para casarse. Desgraciadamente, los dos habían conseguido sus propósitos y, simultáneamente, le enviaron sendos cables para comunicarle que ya estaban en camino para pedir su mano. Pero Rose no amaba a ninguno de ellos. ¿Qué podía hacer?

Rose le contó a Aleister su aprieto mientras ambos paseaban por un campo de golf. Y el hermano Perdurabo, a quien se le había despertado la «indignación shelleyana» a causa de aquel asunto, y que nunca se detenía a reflexionar, le propuso una solución.

«Cásate conmigo», le dijo.

Y procedió a describirle su estado espiritual, así como sus futuros planes, para regresar al problema de ella, en mitad de una disertación acerca de la magia. «No te preocupes por una tontería como ésta. Todo lo que tienes que hacer es casarte conmigo. Yo regresaré a Boleskine, y nunca volverás a oír hablar de mí.»

Irse a la cama con todas las mujeres, menos con la suya, estaba de acuerdo con la lógica de sus sentimientos. Tenía veintiocho años, y el matrimonio era una carta que aún no había jugado.

«Al casarte conmigo», le explicó, «serás libre, libre de tus dos prometidos, y libre de mí, pues te dejaré hacer todo lo que quieras.»

Y Rose aceptó.

Les pareció que debían actuar rápidamente. Aquella tarde, Crowley llamó a la iglesia del lugar, pero la única autoridad disponible era la del enterrador, el cual le informó de que sería necesario anunciar las amonestaciones y esperar tres semanas.

«Vamos, vamos», dijo Crowley, «debe de haber una forma más sencilla y rápida para casarse que ésta».

El enterrador (que según la costumbre también era sacristán) movió tristemente la cabeza, movimiento que fue interrumpido por Crowley al deslizar en su mano media corona. Tras lo cual, aquel hombre admitió que, de acuerdo con la ley de Escocia, sólo se requería presentarse al *sheriff* del condado y declarar el deseo de casarse, para que el casamiento pudiera celebrarse allí mismo, y al momento.

«¿Allí mismo y al momento?», repitió como un eco Crowley, con voz insincera.

A la mañana siguiente, antes de que los demás se despertasen, Rose y Aleister se escabulleron en el resplandor gris de la mañana y tomaron el primer tren para Dingwall. En el compartimento se sentaron uno frente a otro, silenciosos y aprensivos.

En Dingwall, gracias a la ayuda de un adormilado policía, dieron con la casa del *sheriff*, pero la doncella que les contestó por detrás de la puerta les dijo que el *sheriff* todavía estaba durmiendo. Le explicaron el motivo de su visita, a lo que ella respondió que eso se lo podía resolver un abogado. Así pues, despertaron a uno de los

abogados del lugar, y a las ocho en punto de la mañana ya eran marido y mujer. La ceremonia concluía al extraer Crowley la daga de su funda y besarla solemnemente.

En aquel momento, Gerald Kelly —a quien no había resultado difícil rastrear al llamativamente ataviado Laird de Boleskine— irrumpió en la sala, pálido de rabia. Tras enterarse de que había llegado demasiado tarde, juró groseramente y propinó un puñetazo a la cabeza de Crowley.

Se separaron en la acera, delante de la puerta del abogado. Crowley, según lo acordado, regresó a Boleskine, y Rose a Strathpeffer, con Gerald.

La descripción que Crowley hace de su quijotesco casamiento, como es regla general en todos sus escritos, está influida por su tendencia a exagerar las situaciones. Se daba cuenta de que había alborotado a las pequeñas poblaciones de Strathpeffer y Dingwall, y eso le llenaba de excitación. Y se preguntaba a sí mismo lo que podría suceder. Pues bien sabía que Rose no se iba a arrepentir de su matrimonio, ni a causa de su hermano, de su madre, o de Mr. Hill, el anciano procurador que acompañara a Escocia a Mrs. Kelly. Al llegar a su casa, envió, a Strathpeffer, a Ludovic Cameron, para que comunicase a los Kelly que él se había casado legalmente con Rose y que no podían hacer nada. «Aquél fue», dijo Crowley a su administrador, «el momento supremo de su vida.»

El desenlace de todo aquello fue que Rose y Aleister fueron nuevamente a Dingwall, para ratificar su casamiento ante el *sheriff*, como exigía la ley. Lo que se hizo con tanta excitación, que, según la desenfadada narración de Crowley, llegó a superar la que habría suscitado la ceremonia de la coronación del rey. Después, el señor Aleister Crowley y su esposa viajaron en tren hasta el final del trayecto de la línea que pasaba por allí y se alojaron en un hotel de la costa occidental de Escocia. Después de la cena, en la que se consumió mucho champán, Rose se retiró al dormitorio, mientras su esposo, rebosando poesía, acababa el menú con un rondó, un poema lírico de trece versos.

Sólo entonces subió las escaleras en pos de Rose. En su pecho comenzaba a nacer la sospecha de que se había enamorado de ella y de que su indiferencia había sido solamente un sutil artificio para mantener su pensamiento inmerso en la Gran Obra.

Llegaron a Boleskine —el Laird había traído a casa a su esposa— y en mitad de su regocijo se enteró de que Arabella «la pelirroja» llegaría al día siguiente. Se había olvidado totalmente de ella. «Me ruboriza admitir», escribió Crowley, «que no sabía qué hacer, por lo que me confié a Duncombe-Jewell, quien estuvo a la altura de los acontecimientos, y fue a Inverness para cortarle el paso. Puede parecer increíble, pero mi reacción fue de simple fastidio. No experimentaba sentimiento alguno hacia la pelirroja Arabella; en honor a la verdad, ésa era la razón por la que la había contratado.»

Sentía la necesidad de comunicarle a su madre su matrimonio, por lo que le escribió la siguiente carta:

Lamento que no vinieras a la boda: fue una ceremonia muy grandiosa, con carroza fúnebre adornada de plumas y todo lo demás, y los comparsas me recordaban a aquellas otras, tan deliciosas, de hace treinta años. El reverendo F. F. Kelly, padre de la novia, pronunció un magnífico sermón frente a la fosa. Su texto estaba inspirado en el cuadragésimo cuarto versículo del cuadragésimo cuarto capítulo de Isaías: «Y el Señor habló a Moisés, y éste se alzó y le golpeó». Treinta y seis gaiteros interpretaron «La voz que dejaba sentir su hálito sobre el Edén» —alguna referencia a Whistler, a quien el hermano de ella admira muchísimo, creo— y mientras la tierra era arrojada reverentemente, con ayuda de unas palas, por doce acérrimos profesores de esperanto, taxidermistas y misioneros mormones surtidos (hay que ver qué ángeles destructores tan adorables) sobre los restos mortales, un sincero sollozo de alivio se desbordó de la muchedumbre congregada, y cayeron lágrimas de amarga alegría, con tal profusión que hicieron posible nuestro proyecto, ya casi abandonado, de comenzar nuestra luna de miel en una canoa. Así lo hicimos, llegando a Barnes Bridge en el inverosímil tiempo de 2h. 43m. 21s. y medio. Después, nos dirigimos hacia los mares de la gloria imperecedera, en el fúlgido occidente, donde aún nos encontramos, cerca de Dios, el Cielo, y donde siempre nos hallarás.

Ya que Barnes Bridge, en Hammersmith, se halla cerca de la línea de meta de la regata anual entre las universidades de Oxford y Cambridge, la alusión es evidente.

Crowley solía lanzarse a empresas totalmente irracionales, lo que era típico de su carácter. En apariencia, se había casado para ayudar a una pobre chica a salir del atolladero; veinticuatro horas después sentía que poco a poco se iba enamorando. Pocos días más tarde lo consumía una pasión salvaje, que le impulsaba hacia ella. Durante las tres semanas que siguieron a su apresurada boda, se encontraba en el éxtasis del amor y sólo una vez se enfadó con Rose y le pegó. Explicó que su amor por él —al parecer, había sido ella la que había comenzado aquel asunto amoroso— evocaba el amor que él sentía hacia ella; y que, al menos al principio, se había dejado transportar en las alas de su éxtasis. No tardó mucho en descubrir que se había casado con «una de las más hermosas y fascinantes mujeres del mundo». Hacia finales del verano, la llevó a París, la primera etapa de una luna de miel que pensaban continuar en el Oriente.

Mientras paseaban por el puente de Alejandro III, cogidos del brazo, se encontraron con Moina Mathers. A pesar de la ruptura que se había producido entre ambos, Crowley se detuvo un momento para hablar con ella; aunque, a sus ojos, Moina, la bellísima hermana del filósofo francés Henri Bergson (Maud Gonne MacBride, también miembro de la Golden Dawn, me dijo que era una criatura adorable), no era entonces más que una prostituta, y un año después de su muerte publicó una declaración llena de rencor: «Supe que Mathers, haciendo frente a los malos tiempos, había obligado a su mujer a posar desnuda en uno de esos espectáculos de Montmartre que se ofrecen para beneficio de la gente ignorante y lasciva, especialmente provincianos e ingleses, ¡y eso no era lo peor!». Moina era la *soror mystica* de su marido, así como su vidente. En una carta que envió a su protectora, Annie Horniman, escrita en París el día de fin de año de 1895, le confesaba estar horrorizada por el sexo, que para ella era algo *bestial*. La primera vez que oyó hablar de la copulación entre hombre y mujer, siendo ya una adolescente, sufrió un shock. «Tanto si se tienen pocos años, como si se es adulto», proseguía en su carta, «si eso fuese algo natural no me habría producido un trastorno tan grande.

Recuerdo que, durante algún tiempo, el horror que sentí hacia los seres humanos fue tan grande, que era incapaz de mirar a mi propia madre sin sentir un tremendo malestar y un gran asco.» Más adelante dice que ella y Mathers habían decidido «no tener ningún tipo de relaciones sexuales, era algo que ambos teníamos perfectamente claro...». Cuando Moina escribía estas líneas tenía treinta y cinco años y llevaba cinco casada con Mathers. No sólo no era una prostituta, como insinuara Crowley, sino que era virgen, y posiblemente lo siguió siendo hasta el día de su muerte.

Cuando tenía pocos años, Crowley descubrió que era capaz de decir cosas horribles y totalmente falsas respecto de las demás personas: que eran prostitutas, drogadictos, ladrones, cobardes o cualquier «basura inimaginable»...y que la calumnia podía calar o evaporarse paulatinamente en el aire. Eso es algo innegable. Por supuesto que la infamia nunca era dicha directamente a la persona en cuestión. Aquellas personas que él sabía indefensas, o que no se sentirían atacadas por algo que viniera de una persona como Aleister Crowley, podían recibir en todo momento una carta o leer una noticia en un periódico que supusiese algo insultante para ellas. Se trataba de algo que él compartía con el paranoico lord Alfred Douglas. La prensa popular le pagaría con la misma moneda, pero eso era algo que le agradaba. El ser vilipendiado implicaba que alguien hablaba de él, lo que le parecía mucho mejor que ser ignorado, pues, a fin de cuentas, él *era* la Bestia 666. Hizo grandes esfuerzos para convertirse en tema de discusión, pero siempre dentro de los límites de la seguridad personal: los tiempos eran tranquilos, la gente estaba cohibida por los convencionalismos de la buena conducta, que sólo comenzarían a desaparecer, y muy rápidamente, tras la muerte de Crowley.

Poco después se reconciliaría con Gerald Kelly, al que escribió lo siguiente:

Gracias por tu divertida nota y su anexo. En ese momento me di cuenta de que eras cáustico debido solamente a que pensabas que te habías equivocado... Las cartas que me sean dirigidas llegarán más fácilmente si lo son a nombre de

Lord Boleskine,

sin más circunloquios o ambigüedades. Tengo derecho a este tratamiento e intento hacerlo valer. «Aleister Crowley» es ahora, ciertamente, un *nom de plume*, destinado solamente a un uso literario.

La pareja se fue a Marsella, desde donde embarcó para El Cairo. Crowley convenció a Rose para que pasara con él una noche en la Gran Pirámide, más específicamente, en la Cámara del Rey, y así ayudarle a invocar al dios de la sabiduría, el de la cabeza de ibis, Thoth.

Llegamos a la Cámara del Rey, después de despedir a los guías, a la entrada de la Gran Galería. A la luz de una única vela colocada al borde del sarcófago, comencé a leer la invocación. Pero mientras proseguía, me di cuenta de que ya no tenía que mantener la página cerca de la luz. Me encontraba erguido y el manuscrito me resultaba plenamente legible. Al mirar a mi alrededor, vi que la Cámara del Rey resplandecía con una luz suave que, inmediatamente, reconocí como luz astral... La Cámara del Rey relucía con el más refulgente de todos los claros de luna del trópico. La mísera, impura y amarillenta luz de la vela era como una blasfemia, y la apagué. La luz astral permaneció durante toda la invocación, y por algún tiempo más, aunque disminuyó su intensidad mientras nos disponíamos a dormir.

Desde El Cairo se fueron a Ceilán, donde pasaban todo el día cazando en el bosque. Crowley sólo soltaba el rifle para coger la pluma. Fue durante su estancia con Rose en Ceilán cuando escribió *Rosa Mundi*, «La Rosa del Mundo». Este poema, profundamente influido por Shelley, fue el que impresionó a Charles Richard Cammell, que lo definió como una de las piezas más notables de la lírica cortés en lengua inglesa, «admitida como tal por todos aquellos que saben de poesía y que no se hallan llenos de estúpidos prejuicios contra el autor»^[30]:

¡Rosa del Mundo!
¡Rosa gloria del secreto corazón del amor!
¡Rosa llama, rosa roja, muy sutilmente incurvada
hacia su propia e infinita flor, más allá de todas las flores!
Su flor en su misma perfumada pasión.
Su leve, y dulce, pasión, asumida y plegada
bajo la apariencia de una flor;
¡Y mi alma verdadera recoge la parte pura
de ese voluptuoso corazón
de oculta felicidad!

En una de sus expediciones por las espesuras de Ceilán, acamparon cerca de un lago. De las aguas poco profundas de sus márgenes se levantaban grandes árboles, cuyas ramas estaban cuajadas de zorros voladores, una especie de grandes murciélagos, con pelambre rojiblanca en el pecho. Crowley se decidió a matar algunos de esos animales para hacer con sus pieles una toca para Rose, y un chaleco él. Se subieron en una barca, para cogerlos dormidos. Los zorros voladores estaban desprevenidos, pero se despertaron al unísono, al oír el primer disparo, y el cielo se oscureció con sus siluetas. Crowley siguió disparando, hasta que una de las criaturas, que estaba herida, cayó en picado hacia Rose, en cuyos cabellos quedó prendida, sujeta en ellos con sus garras.

Esta aventura, o desventura, tuvo una oculta secuela. En mitad de la noche, Crowley fue despertado por un horrible chillido, como el de un murciélago moribundo. Hay que decir que los dos se habían retirado a una especie de *bungalow*, construido para cualquiera que llegase hasta él, y que se habían echado encima de las camas, que estaban circundadas por la tupida malla contra los mosquitos. Así pues, llamó a Rose, y como ésta no contestaba y aún se oía el chillido, Crowley saltó de la cama y encendió la vela.

Allí estaba Rose, completamente desnuda, cogida, con brazos y piernas, de la cabecera de la cama, aullando como una loca. Fue toda una proeza hacer que se soltara, pues se aferraba desesperadamente, chillando todo el tiempo. Cuando Crowley, finalmente, lo consiguió, ella le arañó, le mordió, y volvió a arañarle... como había hecho con ella el murciélago moribundo.

Crowley, con gran ojo clínico, describió lo sucedido como «el caso más claro de obsesión que nunca antes había tenido la suerte de observar. Por supuesto, es fácil comprender que, dado su estado de particular hipersensibilidad, el incidente ocurrido

durante el día se había reproducido en el sueño. Ella misma se había identificado con su asaltante, e imitado su comportamiento».

El «estado de particular hipersensibilidad» al que Crowley se refería era debido al hecho de hallarse encinta.

En enero de 1904, ambos decidieron regresar a Europa; habían pensado acercarse a Rangún, para hacer una visita a Allan Bennett, pero los dioses tenían otros planes. Les hubiera dado lo mismo querer ir a la Luna, diría Crowley, puesto que el evento que para él sería el más importante de toda su existencia, la única razón por la que había nacido, estaba a punto de realizarse.

Por aquel tiempo, Crowley no era consciente de él, sino sólo de la vaga sensación de que el destino le hacía dar media vuelta, enviándole de regreso a Egipto.

En El Cairo, el conde Svareff, o Aleister MacGregor, se metamorfoseó sutilmente en el príncipe Chioa Khan: ahora llevaba un turbante constelado de diamantes, un traje de seda, y una casaca tejida en oro. Se paseaba por las calles acompañado de su esposa, la princesa, antaño la señora de Aleister Crowley, «con un *talwar*^[31], tachonado de joyas, a la cintura, y dos vistosos lacayos que precedían a mi carruaje, abriéndome paso». Para evitar que alguien pudiera dudar de él, Crowley imprimió un pasquín, anunciando que cierto potentado de Oriente le había elevado a dicho rango. Y envió uno a los padres de Rose, junto con una carta en la que recalcaba que el príncipe Chioa Khan no permitiría que su mujer recibiera ningún tipo de comunicado que le fuese dirigido de manera impropia. El padre de Rose, vicario de Camberwell, y típico Victoriano, se encogió de hombros ante este último ejemplo de la vulgaridad de su yerno. Consideraba a Crowley como un canalla, y a su poesía como algo «hinchado de palabrería», pero su mujer, obedientemente, dirigió las cartas a su hija según las instrucciones. En una ocasión, añadió un signo de exclamación, y por esa prueba de impertinencia, la carta le fue devuelta, dentro de un sobre certificado, sin abrir.

AIWASS Y «EL LIBRO DE LA LEY»

AUNQUE Mathers, según Crowley, hubiera acabado por sucumbir a los demonios malignos evocados por la magia de Abra-Melin y, por tanto, hubiese perdido el contacto con los Jefes Secretos, lo cierto es que ni siquiera el propio Perdurabo había conseguido comunicarse con ellos. Y así no podría fundar una Orden duradera. Antes o después necesitaba establecer, y por sus propios medios, un contacto con los dioses o, de lo contrario, debería abandonar para siempre la magia.

El 14 de marzo, los príncipes de Chioa Khan se trasladaron a un apartamento en una casa que hacía esquina, cerca del Museo Boulak^[32]. Crowley transformó en templo la habitación que daba al norte y, una vez más, reanudó las ceremonias mágicas, invocando a Thoth, IAO^[33].

Rose se encontraba en un extraño estado mental, como aturdida. A causa de su embarazo estaba como bebida, o como histérica, siempre según Crowley. Y seguía repitiendo, como en un sueño: «Te están aguardando». El 18 de marzo se le ocurrió hacer la sorprendente declaración de que «el que te estaba esperando era Horus», y que Aleister le había ofendido, por lo que tenía que invocarlo y pedirle perdón.

«¿Quién es Horus?», le preguntó Crowley. Rose no conocía nada de egiptología. Y en su boca, el nombre sonaba de manera extraña. Por toda respuesta, condujo a Crowley hasta el museo cercano, un museo, apunta Crowley, que no habían visitado con anterioridad. Pasaron por delante de varias estatuas de Horus y subieron por las escaleras. Al fondo se veía una vitrina de cristal, pero estaba demasiado lejos para que fuera posible reconocer lo que contenía.

«¡Allí!», exclamó Rose, señalándola, «¡Allí está El!»

Perdurabo se acercó a la vitrina. En ella se encontraba la imagen de Horus, bajo su aspecto de Ra-Hoor-Khuit, que había sido pintada en una estela de madera de la Dinastía XXVI.

De repente, Crowley retrocedió, sorprendido: *el objeto expuesto llevaba el número 666*. ¡Su número, el número de la Bestia!

El templo en el apartamento del príncipe Chioa Khan vibraba con el sonido de los rezos, mientras una figura descalza, vestida de blanco y cubierta de joyas, invocaba en voz alta al dios egipcio Horus, siguiendo las instrucciones de Uarda la Vidente, como Crowley llamaba, por aquel entonces, a su mujer, ya que Uarda era el nombre arábigo de Rose. Un cuenco lleno de la sangre de un toro y una espada estaban sobre el altar, enfrente del suplicante:

¿Cómo podré humillarme aún más ante Ti? Tú eres el poderoso e invencible Señor del Universo; yo soy una chispa de Tu indecible Esplendor.

¿Cómo podré acercarme hasta Ti? Pues Tú estás por Doquier.

Pero Tú te has dignado graciosamente llamarme hasta Ti, para que con este Exorcismo del Arte yo pueda ser Tu Siervo, Tu Adepto, ¡Oh, Resplandeciente! ¡Oh, Sol de Gloria! Tú me has llamado... ¿No debía apresurarme a

llegar a Tu Presencia?

Vengo hasta Ti con manos que aún no han sido lavadas, y lamento haber vagado tanto en Tu Busca... ¡pero Tú lo sabes!

¡Sí, me he dado al mal!

Ante Ti inclino mi cuello; y al igual que Tu espada estuvo un tiempo sobre él, así me encuentro ahora en Tus manos. Golpea si Tú quieres, Perdóname si Tú quieres, pero acéptame tal y como soy.

La voz del adepto, Perdurabo, que había vagado solitario por el mundo, en busca de un signo y una palabra, se convirtió en una exclamación:

¡Pulsa, pulsa el acorde maestro!

¡Desenvaina, desenvaina la Llameante Espada!

¡Coronado como Hijo y Señor Conquistador,

Horus, vencedor!

En la ciudad de las pirámides, antigua patria de la magia, una voz solitaria rezaba de nuevo, en una extraña lengua que no era el egipcio, después de miles de años, al dios de cabeza de halcón, Horus:

Por tanto, yo Te digo: Ven y reside en mí; para que todo Espíritu, ya sea del Firmamento, o del Éter, o de la Tierra, o bajo la Tierra; en la tierra seca o en el Agua, o en el Aire Giróvago, o en el Rugiente Fuego; y todo encantamiento y flagelo de Dios el Incommensurable seas TÚ. ¡Abrahadabra!

La invocación tuvo un éxito indudable, pues el hermano Perdurabo recibió el mensaje (por mediación de Uarda la Vidente) de que el «Equinoccio de los Dioses ya había llegado». O dicho llanamente, que había comenzado una nueva Era para la humanidad, y que Aleister Crowley había sido elegido para ponerla en marcha.

Después sus primeros experimentos con la magia de Abra-Melin en su oratorio de Boleskine, Crowley había estado buscando la forma de poder hablar a su Santo Ángel de la Guarda. Ahora, al menos, apareció: primeramente a Uarda la Vidente, a la que encargó que dijera a su marido que invocase a Horus y que fuera al templo y transcribiera lo que en él oyera. Se llamaba Aiwass y era un Jefe Secreto (con el grado de Ipsissimus).

Bastante impresionado por la revelación de Rose, hizo lo que ésta le había dicho. El 8 de abril de 1904, exactamente a las doce del mediodía, entró en el templo, enarbolando en una mano su pluma estilográfica marca Swan; se sentó en el escritorio, puso a su alcance algunos folios y esperó a que pasara algo.

Súbitamente, una voz comenzaba a hablar; le llegaba por encima del hombro izquierdo, desde el rincón más alejado de la habitación.

«¡Hadit!^[34]. La manifestación de Nuit^[35].»

«La revelación de la asamblea celeste.»

Perdurabo comenzó a escribir deprisa, mientras la voz «de timbre profundo, musical y expresiva, de tonos solemnes, voluptuosos, tiernos, fieros, o severos, según el talante», pronunciaba su importante mensaje destinado a toda la humanidad.

«¡Ayúdame, oh señor guerrero de Tebas, en mi revelación a los Hijos de los

hombres!»

Crowley escribió ininterrumpidamente durante una hora; y a la una de la tarde, después del versículo sexagésimo sexto: «¡A mí! ¡A mí! La manifestación de Nuit ha acabado», Aiwass se desvaneció y Crowley dejó la pluma.

Al día siguiente, nuevamente a las doce del mediodía, Perdurabo entró en el templo. Con la misma puntualidad europea, Aiwass apareció y comenzó a dictarle el capítulo segundo:

No nos ocuparemos del réprobo y del indigno: que mueran en su miseria. Pues ellos no sienten. La compasión es el vicio de los reyes: pisotea al ruin y al débil: ésta es la ley del fuerte: ésta es nuestra ley y la alegría del mundo. No pienses, oh rey, en los que mienten cuando dicen: Tú Debes Morir; pues en verdad, no morirás, sino que vivirás. Que se sepa: Que si el cuerpo del Rey se disuelve, él quedará para siempre como puro éxtasis. ¡Nuit! ¡Ra-Hoor-Khuit! El Sol, la Fuerza y la Vista, la Luz son para los siervos de la Estrella y la Serpiente.

El mismo proceso fue seguido al tercer día, cuando el mensaje de Aiwass estuvo completo.

Crowley estaba tentado de mirar por encima de su hombro y echar un vistazo a su Santo Ángel de la Guarda. Al parecer lo hizo, pues dijo que Aiwass se hallaba suspendido sobre una especie de nube y que «tenía el aspecto de un hombre alto, moreno, de treinta y tantos años, bien proporcionado, activo y fuerte, con el rostro de un rey salvaje, y los ojos velados, para que su mirada no destruyese lo que veían». Aunque Crowley difícilmente podía saberlo en aquel momento, había vislumbrado al Diablo. Aiwass (o Aiwaz) era el mensajero de Hoor-Paar-Kraat^[36], es decir, Set, el dios destructor, el hermano y asesino de Osiris. Set también fue llamado Shaitan, que no es otro que el prototipo del Satán del cristianismo. Y Crowley había visto a Set, o Shaitan, o Satán^[37], porque la palabra del dios (transmitida en este caso por Aiwass) es el propio Dios. Más tarde, ya no tuvo dudas del carácter de Aiwass, al que había llamado su Santo Ángel de la Guarda. Por esto escribió: «Y Su Filtro (el de la Mujer Escarlata) será dulce a nuestras impuras bocas, el Sacramento por el que alabamos a Aiwaz, Nuestro Señor y Dios, el Diablo...» (*The Magical Record*, 22 de julio de 1920).

El Libro de la Ley o *Liber Legis*, como fue llamada la declaración de Aiwass, consta de una serie de versos ditirámbicos, que contienen más signos de exclamación que cualquier otra obra de longitud similar. Trata de temas que tienen que ver con las preocupaciones de Crowley, y está escrito en un estilo inconfundible. También incorpora sus personajes bíblicos preferidos y citas del escritor François Rabelais, al que consideraba un iniciado de alto rango.

«Quedan abrogados todos los rituales, todas las ordalías, todas las palabras y los signos», dice uno de los versos. Lo que significaba que había que desprenderse de la magia ceremonial, tal y como era enseñada en la Golden Dawn.

«¡No os obliguéis a nada! No hagáis diferencias entre una cosa y otra, porque entonces vendrá el dolor.»

Lo que equivale a decir: permanece en un estado de inconsciencia, pues ser consciente supone hacer distinciones. La consciencia es diferenciación.

«Para adorarme, toma del vino y de las extrañas drogas de las que hablaré a mi profeta, ¡y embriágate con ellas!»

«No hay ley excepto la que dice “Haz lo que Quieras”. Y después:

“La palabra de la Ley es *thelema*”, es decir, voluntad, el nombre del lugar en el que Rabelais situó su prodigiosa abadía.»

«Sé fuerte, ¡oh, hombre! Desea y goza todas las cosas de los sentidos y del éxtasis: no temas que ningún dios vaya a renegar por ello de ti.»

Crowley no necesitaba las exhortaciones de los dioses o de Aiwass, que estaba totalmente exento de escrúpulos morales, para «desear y gozar todas las cosas de los sentidos», pues era algo que llevaba haciendo, como un desafío a sus padres y a la sociedad en la que había crecido, desde que era párvulo.

«Todo hombre, toda mujer, es una estrella». Pero sólo si consigue encontrar su auténtica voluntad, pues de lo contrario será un esclavo; y «los esclavos deberán ser siervos». No hay democracia en *El Libro de la Ley* ni tampoco caridad cristiana. Se diría que Aiwass había estado fuertemente influido por Nietzsche, o más bien, por lo que popularmente se entiende por ideas de Nietzsche.

El Libro de la Ley incurría en expresiones de rabia pueril:

«¡Excluid la misericordia! ¡Sean malditos los que sientan piedad! ¡Matadlos y torturadlos! ¡No perdonéis a ninguno! ¡Caed sobre ellos!»

«Escoge una isla. ¡Fortifícala! ¡Practica en ella la ingeniería de la guerra!»

Después vuelve a su ser, haciendo observaciones que tienen algún sentido, como por ejemplo: «Ponte las alas y suscita el ovillado esplendor que hay en ti: ¡ven a mí!». El «ovillado esplendor» es la serpiente Kundalini, que descansa, ovillada y dormida, en la base de la espina dorsal, y que puede ser despertada mediante el yoga.

«Ahora sabrás que el sacerdote electo, y apóstol del espacio infinito, es el príncipe-sacerdote, la Bestia...» En otras palabras, el hombre Aleister Crowley era el *avatar* (la encarnación humana de un dios) de las fuerzas cósmicas que estaban por llegar. Él era el vehículo mediante el cual había sido posible la comunicación.

La característica del Nuevo Eón (el de Horus, el Hijo futuro) reside en el hecho de que la divinidad se encuentra dentro del hombre, no fuera —no existe ningún dios— y de que el alma, o el centro, es en el hombre su Auténtica Voluntad. Por ello se dice: «Haz lo que Quieras». En *El Libro de la Ley*, que es el pantáculo del Eón, es decir, que contiene todos sus encantamientos e instrucciones, Crowley había creado una religión que le iba como anillo al dedo.

El Libro de la Ley carece de la numinosidad o autoridad de las escrituras proféticas; y su sentido de rebelión exuda una atmósfera que es incompatible con la «inteligencia preterhumana» que se supone que es Aiwass.

Es imposible pensar en la frase *Haz lo que quieras* sin recordar otra de Rabelais, tan memorable, *Fay ce que voudras*, pero mientras que esta última, la del alegre

doctor, suponía una pulla anticlerical y la sátira de un emboscado contra una humanidad demasiado estrecha, la exhortación de Aiwass había sido pronunciada con la máxima solemnidad. Cada uno debe hacer lo que quiera, no por el gusto de hacerlo, sino para captar el sentido inmanente de la vida. No hay que olvidar que la voluntad, en el sistema de Crowley, es el Horus, o centro solar. ¿Pero hay alguna razón para creer que Aiwass hubiera leído a Rabelais? ¿O es que esa frase, como el resto de su dictado, era solamente uno más de los resultados de la actividad mental, ya fuera consciente, o inconsciente, del propio Crowley?

En *El Libro de la Ley* hay una gran cantidad de profecías de mal augurio: «Surgirá otro profeta, y traerá desde los cielos una nueva agitación: otra mujer despertará el deseo y la adoración de la Serpiente: otra alma, Divina y bestial, se fusionará en el sacerdote que domina el orbe; otro sacrificio manchará la tumba...».

Un Nuevo Eón había nacido, y todos los nacimientos de los nuevos eones, o eras, se hallan, invariablemente, manchados de sangre. Naturalmente, se predecía la Primera Guerra Mundial:

En palabras de Crowley:

La primera consecuencia importante de la nueva revelación fue la información, por parte de los Jefes Secretos, de que el Nuevo Eón suponía la destrucción de la civilización que existiera a su llegada. Ya que la característica de Horus es «La Fuerza y el Fuego», su Eón estaría marcado por la desaparición de la mentalidad humanitaria. El primer acto de Su reino sería, lógicamente, llevar al mundo hacia la catástrofe de una colosal y despiadada guerra.

Después de que el segundo conservador del museo de El Cairo hubiera traducido la inscripción que aparecía en la estela del sacerdote Ankh-f-n-Khonsu (la número 666), y de que un artista local le hubiese hecho una reproducción, los príncipes de Chioa Khan regresaron a Europa.

El resultado inmediato de su encuentro con Aiwass, que después sería conocido con el nombre de «La Gran Revelación de El Cairo» consistió en que Crowley escribiera a Mathers una carta oficial, para informarle de que los Jefes Secretos le habían nombrado a él Jefe Visible de la Orden, y habían implantado una nueva fórmula mágica: *thelema*. «No esperaba recibir una respuesta», dijo Crowley. «Y por eso le declaré la guerra a Mathers.»

KANGCHENJUNGA, LAS CINCO CUMBRES SAGRADAS

RESULTA sorprendente que Crowley no comprendiera al instante la importancia del *Libro de la Ley*. En los años venideros llegaría a olvidarlo e, incluso, a traspapelar el preciado manuscrito; mas llegaría un momento en que, inexorablemente, su tremendo contenido acabaría por imponérsele.

Antes de abandonar El Cairo, lo metió en una caja, junto con la reproducción de la estela de Ankh-f-n-Khonsu y demás posesiones de índole literaria, y regresó a Europa, ataviado con un chaleco rojo, tachonado de joyas y el anillo más grande que Arnold Bennett jamás hubiera visto adornar mano alguna. Conocemos la existencia de aquel espléndido chaleco, así como del descomunal anillo, gracias a que Bennett los describe en su *Diario*, en la entrada correspondiente al 22 de abril de 1904, haciendo uso de ellos, así como de su portador, en su personaje del «Mahatma», uno de los que pueblan su obra *Paris Nights*. («Noches de París»)

En cuanto llegó a París, Crowley envió un telegrama a Bennett, invitándole a comer en Paillard's. No hizo mención alguna del *Libro de la Ley*, sino que, en su lugar, le estuvo hablando a Bennett de su ingreso en la nobleza persa:

El Mahatma contó que acababa de llegar aquella misma tarde del Himalaya, y que, en el Oriente, había sido nombrado, o iniciado, «khan». Sin ningún tipo de preámbulos, comenzó a hablar de temas sobrenaturales. Como él había conocido a Aubrey Beardsley, le contó el rumor que corría respecto a que, después de su supuesta muerte, había sido visto en Londres, no una, sino varias veces.

«Eso no tiene importancia», se apresuró a contestar. «Yo conozco a un hombre que vio y habló con Oscar Wilde en los Pirineos, mientras Oscar se encontraba en una cárcel de Inglaterra.»

«¿Quién era aquel hombre?», le pregunté.

Hizo una pausa y habló con voz queda: «Yo».

Con inquebrantable perseverancia, Crowley había seguido publicando nuevos volúmenes de poesía. Él mismo elegía el tipo de caracteres que se utilizarían, el papel y la encuadernación (que era lo más caro); más adelante, él, o uno de sus seguidores, pagaba la factura. Años después, aún disponía de la mayoría de los ejemplares, puesto que la poesía no es algo que se venda fácilmente.

Entre *White Stains*, escrito en 1898, y *Snowdrops from a Curate's Garden* («Anémonas del jardín de un cura»), que aparece en 1903 —dos volúmenes que después serían afanosamente buscados, el primero por ser tremendamente erótico, y el segundo por ser exageradamente obsceno— escribiría diecisiete obras, la mayoría de ellas en verso, que eran una servil imitación de Swinburne.

The Sword of Song (1904), *The Argonauts* (1904), *The Book of the Goetia of Solomon the King* (1904), *Oracles* (1903), *Orpheus* (1905), *Gargoyles* (1906) y *Konx Om Pax* (1907) fueron publicados con su propio sello editorial y, como quien dice, en

su misma casa, puesto que, cuando regresó del extranjero y se fue a Escocia, fundó la Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, como llamó a su editorial, cuya sede se encontraba en Boleskine, Foyers, Inverness. *The Book of the Goetia of Salomón the King* («El Libro de la Goecia del Rey Salomón»), no había sido escrito ni traducido por él, sino por MacGregor Mathers, de ahí el insulto al traductor que aparece en el subtítulo de la obra, «traducido a la lengua inglesa por una mano muerta...». *Konx Om Pax* —y no *Knox on Pox*, que en inglés vendría a significar algo así como «Knox con sífilis», como un librero escribió, erróneamente, en uno de sus catálogos— podría traducirse como «Luz en extensión», esto es, la luz de la consciencia proyectada en la tiniebla de la materia.

En 1909, dió a conocer su *Clouds Without Water* («Nubes sin agua»), título inspirado en los versículos 12 y 13 de la *Epístola de San Judas*: «Son nubes sin agua, arrastradas por los vientos, árboles otoñales sin fruto, dos veces muertos, desarraigados. Rabiosas olas del mar, espumeantes de su propia impureza; astros errantes, a los que, para siempre se halla reservada la negrura de las tinieblas». La obra fue «impresa para uso privado de los ministros de la religión». El nombre del autor no es revelado, aunque el supuesto editor del manuscrito, el «Reverendo C. Verey», que se encarga del prefacio, expresa el horror que le inspiran la blasfemia e inmoralidad de aquellos versos. A lo que, entonces, cabe preguntar por qué se tomó la molestia de dar a conocer al mundo aquella obra tan odiosa. Como broma resulta un tanto escuálida y, una vez más, el supuesto satanismo de Crowley sabe a poco: es sorprendente que él no lo advirtiera. Conseguí encontrar dos versos divertidos en este aburrido libro de XXI + 143 páginas:

El público británico gruñe, refunfuña y se revuelca,
aderezando sus comistrajos con novelas neuróticas.

Crowley había publicado una cantidad tan considerable de poesía que tuvo la idea, tomada de Max Beerbohm, quien, cuando sólo tenía veinticuatro años, había reunido en un volumen sus «Obras», de sacar sus *Obras completas*. Pero, a diferencia de Beerbohm, Crowley, que por aquel entonces tenía treinta años, no hubiera necesitado uno, sino tres volúmenes, para poder abarcar en ellos su abundante producción.

Describió su vida con Rose, durante su matrimonio y hasta la aparición de Aiwass, como «una ininterrumpida orgía sexual». Pero, más adelante, ambos encontrarían otras cosas en las que ocuparse. En el tercer, y último, capítulo del *Libro de la Ley* se dan las instrucciones para la preparación del «Pan de Luz», una parodia crowleyana de la consagración del pan en la Eucaristía, que sirve para «generar deseo y el poder del deseo», y que forma parte del culto a Horus, el nombre asignado al movimiento que surgía con el nuevo Eón, que había sucedido al viejo eón del cristianismo, del budismo y de las restantes religiones:

La sangre más apropiada es la de la luna, la menstrual; o, si no, la sangre fresca de un niño, o la que rezuma de la hueste celestial; o la de los enemigos; o la del sacerdote, o la de los fieles; o finalmente, la de algún animal, no importa el que sea. Cuécela: haz con ella un pan y cómelo en mi honor. Esto también tiene otro uso: déjalo ante mí e imprégnalo con los perfumes de tu oración.

Poco después, Crowley encontró un escarabajo en el pavimento del cuarto de baño. Medía una pulgada y media de largo y tenía «un único cuerno que terminaba en un ojo». Durante las dos semanas siguientes, toda la casa y el jardín estuvieron plagados de estos insectos. Envío uno al Museo de Historia Natural de Londres para su identificación: le fue devuelto, gentilmente, con una nota que indicaba que la especie era desconocida. Crowley estaba encantado, puesto que en *El Libro de la Ley* estaba escrito que «... el Pan [de Luz] se llenará de escarabajos, y seres análogos, y de las cosas que se arrastran que me son caras». Pero el *Libro de la Ley* seguía siendo para él un enigma.

MacGregor Mathers respondió al anuncio hecho por Crowley sobre Aiwass y el Nuevo Eón: preparó un ataque mágico recurriendo a los demonios de Abra-Melin. Los sabuesos de Crowley cayeron muertos mientras los rastreaban; uno de sus criados se volvió loco e intentó matar a Rose. Aleister se lo impidió con ayuda de un garfio para salmones y le encerró en el sótano, de donde fue sacado por la policía: no volvió nunca más a oír hablar de él.

Crowley contraatacó mediante la evocación de las fuerzas de la Goecia: los cuarenta y nueve siervos de Beelzebub, que procedieron a castigar a Mathers en su morada de Montmartre. Rose, cuyo don de clarividencia le permitía ver lo que estaba ocurriendo, se los describió a Crowley, quien incluiría una relación de algunos de ellos en su obra *The Scented Garden of Abdullah the Satirist of Shiraz*, conocida también en lengua persa como *Bagh-I-Muattar*.

Apréciense a continuación dos de aquéllos:

NIMORUP: un enano raquítrico, cabezón y orejudo. Sus babeantes labios tienen una coloración bronceo-verdosa.

NOMINON: una gran medusa rojiza y gelatinosa, con una mancha luminosa de color verde, como una nauseabunda bazofia.

Beelzebub (Belcebú) acabó con los poderes de Mathers en la magia: aunque aún vivió otros trece años, no realizó ningún acto de magia importante ni publicó nada más de interés.

Crowley había invitado a su casa a un médico llamado Percival Bott, para que todo estuviera dispuesto para el alumbramiento de Rose, y lo mismo había hecho con Gerald Kelly y con un amigo común de sus días en Cambridge, Ivor Back, que también había sido uno de los jóvenes contertulios de Le Chat Blanc, y que más tarde sería un distinguido cirujano del hospital Saint George de Londres.

Crowley, Kelly y Back eran muy buenos amigos. Crowley, el de mayor edad, el más audaz y el más agudo, conseguía que se tronchasen de risa. A Bott y a Back les enseñó a escalar, conduciéndolos por las paredes rocosas de los alrededores de

Boleskine. Al joven cirujano Back le daba ejemplos improvisados de cómo habría de escribirse un libro de texto para que la medicina fuese menos aburrida. Tendría que ser en verso, como los que siguen:

La general parálisis
del enfermo de la mente
frustra los análisis:
El remedio es impotente.
Y por más que uno lo intente
no conseguirá que funcione ni el sistema ni la mente.

Mientras Bott ayudaba a Rose a dar a luz a una niña, Back, como editor de las *Obras completas* de Aleister Crowley, estaba a punto de conseguir el nacimiento del primero de sus volúmenes. Y Crowley, en la habitación de al lado, estaba consagrando un talismán para que Rose diese a luz un monstruo. Se trata de una anécdota apócrifa, pero del mismo tipo de las que la gente comenzaba a contar sobre él. Si era verdad, entonces su magia fracasó, pues la niña resultó totalmente normal, y a los pocos días, Crowley, como cualquier padre, estaba entusiasmado. Al punto que eligió para ella, tras largas cavilaciones, los siguientes nombres: Nuit Ma Ahathoor Hécate Sappho Jezebel Lilith.

Nuit había sido elegido «en honor de Nuestra Señora de las Estrellas», la diosa egipcia del Cielo que en la nueva religión de Horus o crowleyanismo ocupa el lugar de la Virgen María. *Ma* o *Maat*, la diosa egipcia de la Verdad y la Justicia, fue elegida porque Libra, la balanza, se encontraba en su signo ascendente en el horóscopo de la pequeña. *Ahathoor*, la diosa del Amor y la Belleza, porque es equivalente a Venus, que gobierna a Libra. No podía recordar por qué había elegido *Hécate*, aunque pensaba que debía haber sido por una deferencia hacia las divinidades infernales. Y no podía por menos de honrar a la única poetisa de la antigüedad, *Sappho*, o Safo. *Jezebel*, o Jezabel, seguía siendo su personaje favorito de la Biblia, y *Lilith* demostraba su afecto hacia el reino de los demonios.

Se divirtieron muchísimo en los Highlands. Annie, la tía de Crowley, la única mujer de su familia que le resultaba tolerable, se encargaba de la casa. Iban de pesca, de caza, de escalada y por la noche jugaban al billar y se dedicaban a ir dejando vacía la bodega del *laird*.

Sólo había un problema: conseguir que Rose se divirtiese durante su convalecencia. No sabía jugar ni al más sencillo juego de cartas y apenas había media docena de libros que le apeteciese leer de los tres mil volúmenes que componían la biblioteca de su marido. Aleister decidió que había llegado la hora de que él le escribiera un libro, un libro que no sólo pudiera comprender sino también disfrutar. Por una razón que le resultaba bien conocida, decidió que el libro más aconsejable para Rose sería uno pornográfico.

Snowdrops from a Curate's Garden, una obra que aspiraba al éxito, a causa de su ironía, comienza con un breve resumen de la vida de K., su imaginario autor. Un

editor apócrifo, que ha robado el manuscrito, nos informa del hecho de que K. «había nacido, allá por 1860, en una de las comarcas rurales de Inglaterra. Sus progenitores pertenecían a la clase de los pequeños propietarios de tierras, que no se preocupan de vivir con gran ostentación. Sentían el suficiente respeto hacia sí mismos como para vivir a su aire».

El muchacho, delicado en su juventud, tuvo que soportar durante algún tiempo la rudeza de la escuela pública, aunque su paso por Oxford le supondría gran cúmulo de honores, siendo respetado por su piedad, instruido por sus profesores y (me da vergüenza decirlo) adorado por un desagradable corrillo a causa de la belleza infantil de su rostro, sus inescrutables ojos, su boca, pequeña y de color escarlata, y del impúdico cinismo de su inagotable lujuria, aunque esta expresión resulte un tanto inadecuada. En una palabra, era el más estudioso y el mejor cortesano de su curso...

Requerido por ricos y pobres, a causa de la belleza de su persona, no se entregó a nadie, excepto al capitán de un barco fluvial que recorría el Sena, a quien permanecería fiel hasta el momento de su matrimonio. Pero la devoción que hubo de observar respecto a su joven y bellísima mujer le agotó excesivamente, haciendo que su constitución se resintiera por ello. Apenas hacía una semana que se habían casado, cuando la llevó al infame Club T****, en El Cairo, en donde los disolutos oficiales del Ejército de Ocupación, los mercaderes, los cargadores de pescado, los alcahuetes y, en suma, toda la crema de la sociedad egipcia, y de sus heces, se reunían todos los miércoles por la noche, para perpetrar espantosas orgías.

Él la entrega a los tiernos cuidados de la chusma, complaciéndose en ver cómo era violada, ante sus propios ojos, una docena de veces. En sólo un mes, no hay ninguna mujer a la que el calificativo de «perdida» cuadre mejor que a aquella deliciosa inglesa.

Será madre, después de innumerables adulterios cometidos por ambas partes, sin ningún recato cada uno en presencia del otro, incluso en cadenas de diez o más personas. Durante aquella época de tremendo agotamiento que a él le supusiera el tenerla encerrada, pudo escribir su novela apócrifa.

Durante todo el tiempo de su matrimonio, que duró dos años, estuvo entregado a todo tipo de obras piadosas. Había sido ordenado hacía tres años, ganándose en poco tiempo el favor de sus superiores, a causa tanto de su modestia como de su elocuencia. Conseguiría en París un importante puesto de capellán privado, que le permitiría disponer de mucho tiempo libre para otros menesteres. Por aquel tiempo, compondría un delicioso volumen de himnos, y la solicitud que demostrara hacia los pobres llegaría a convertirse en la admiración de la capital de Francia.

Acostumbraba a pasar la tarde en aquel ocurrente e informal club de grandes intelectuales que se reunía al caer la noche en el restaurante Au Chien Rouge, cuyos miembros eran tan celebrados en el mundillo del arte. Allí conocería a C****, aquel brillante aunque un tanto libertino escultor, de ingenio caústico, que para sus amigos equivalía a simplemente genial; a N****, el gran pintor, cuyo regio sentido de la luz

convertía sus cuadros en armoniosos sueños; y descubriría la dulce amistad de Baco, que le embargaba con un torrente de melodía, color e inspiración. También acudían a la reunión D. y L., el primero poeta y filósofo, y el segundo, pintor y —mucho me temo— pederasta.

«D.» era el propio Crowley, y «L.», Gerald Kelly, que no era, en absoluto, pederasta; pero la «novela apócrifa», al igual que otras muchas novelas, era más o menos autobiográfica, aunque Crowley nunca hubiera recibido las Ordenes de la Iglesia Cristiana, como mucho las de la suya propia, las de Thelema, ni, mucho menos, hubiera sido capaz, ni en París, ni en ningún otro sitio, de dar un penique a un pobre, lo que, dado el estado de su bolsa, es algo que no podemos reprocharle.

También venían incluidos en aquella lista otros amigos de Crowley, como Ivor Back, «el gran cirujano»; pero, en este punto de introducción, la inspiración de Crowley empezaría a flaquear, por lo que intentaría evocar los recuerdos de Le Chat Blanc, en los que, fundamentalmente, estaba basada. La insólita vestimenta de K. (Crowley) es descrita de manera sucinta: «Su gran capa azul (una elaborada túnica adornada con un cuello de armiño, pues su excentricidad en el vestir llegaba a ser una monomanía)...».

Después de la biografía del autor de la obra, viene la obra en sí, las «anémonas» a las que alude el título. La primera es una breve novela picaresca que trata de un arzobispo, y en la que Crowley, que no es novelista, adopta una técnica cómoda: Su Gracia dicta la historia de su vida a un periodista del *Daily Mail* que se encuentra de paso en el palacio arzobispal. «Usted podrá anotar, con ayuda de la taquigrafía, en la que le supongo diestro, la verdadera historia de mi vida.» Y comienza con los siguientes términos: «He venido de un pozo sin fondo y me he pasado toda mi vida intentando volver a él. Apenas hube abandonado el pecho de mi madre, ésta me puso sobre su clítoris, y fui dejado en los brazos de mi padre antes de que su reclamo estuviese entre mis piernas y disparase su cremosa esencia al soleado aire de Roma, en donde, has de saberlo, aspiré mi primer hálito». El modelo no era otro que Rabelais, con un ligero toque de Sade: una tontería juvenil.

La segunda es una colección de poemas y parodias obscenos entre los que se encuentra *Rosa Mystica*, una oda sobre Rose, que es tan mística como pío es K., el autor, y que debiera ser leída junto con las otras cuatro odas que también le fueran dedicadas, y que son más conocidas, para comprender mejor el amor que Crowley sentía por su mujer. Aunque resulte una indelicadeza presentar algún fragmento, éste podría servir:

MEAR O NO MEAR

REY: ¡Oh, pesada carga!

POLONIO: ¡Resiste! Ya llego: me retiraré, mi señor.

(Entra Hamlet)

HAMLET: Mear o no mear: ésta es la cuestión:

¿Qué es más noble para el espíritu, sufrir

los golpes y dardos de la ultrajante constricción,

o tomar las armas contra una ocluida uretra
y, mediante la abscisión, acabar con ella? Joder; correrse:
No más; y pensar que con un polvo ponemos fin
a la erección y a las mil naturales lujurias
que constituyen la herencia de la carne. ¡He aquí un término
devotamente apetecible! Joder: llegar a correrse:
¡Llegar..., tal vez, a las purgaciones! ¡Ay! ¡Ahí está el obstáculo!
Puesto que es forzoso considerar que las purgaciones puedan sobrevenir del joder,
cuando nos hayamos librado de este mortal lugar
será conveniente darnos una pausa. ¡He aquí la inflamación^[38]
que corrompe, incluso, los más bellos sueños!
Porque, ¿quién soportaría las sacudidas y los goteos de la orina,
la injuria del orinal, la contumelia de la vejiga,
las congojas de la próstata, la tardanza en el mear,
la insolencia de la orquitis, y las vejaciones
que el paciente mérito de la uretra recibe,
cuando uno mismo podría procurar su reposo
con un lubricado catéter? ¿Quién querría atragantarse con el sándalo^[39],
peer y cagarse bajo el efecto de un potente purgante,
si no fuera por el temor de un algo, después de desatascársele la uretra?
La senil estrechez, ante cuya inminencia
ni siquiera el catéter permite escapar, conturba la voluntad,
y nos impulsa a soportar aquellos males que nos afligen,
antes que lanzarnos a otros que desconocemos.
Por eso, la inflamación hace de todos nosotros unos cobardes.
Y así, la primitiva necesidad de la micción
desmaya bajo el pálido toque del pensamiento,
y las empresas de mayor meada y orinal,
por esa consideración, tuercen en espiral su curso
y dejan de tener nombre de bombeo. Pero, ¡silencio!
¡La hermosa Ofelia! Ninfa, en tus oraciones
acuérdate de mis pecados.

A esta parodia del *Hamlet* de Shakespeare le sigue otra de *Como gustéis*.

EL MUNDO ENTERO ES UN BURDEL

El mundo entero es un burdel,
y todos los hombres y mujeres, bujarrones y putas.
Tienen sus entradas y salidas,
y un hombre, en su tiempo, se tira muchos pedos,
y el ojo de su culo es una octava. Primero, es el niño
violentamente follado por un achacoso duque:
luego es el escolar llorón, con su escroto
y su reluciente glande, cuyo esperma es como la baba de un caracol,
indolente en su meneo. En seguida, es el enamorado
jodiendo como un horno, con una balada doliente
dedicada al portal de su amada. Después, es el soldado
armado de gran valor, y con unos cojones como un toro,
celoso de las lesbianas, presto y rápido en correrse,
buscando la burbuja de la gonorrea
hasta en la boca de la furcia. Más tarde, es el juez,
con su hermoso vientre redondo, emborrachado de mercurio,
el porte severo, y atemperado follador,
lleno de sabios trucos y de los modernos adelantos para el amor;
y acorde con ello, lanza su pedo. La sexta edad nos le transforma
en un enjuto y escurrido calzón,

de goteante pene y pelotas retráctiles.

Su juvenil golfa, bien follada, sería un mundo que le vendría grande a su mermado cipote: y su gran meada viril, convertida de nuevo en atiplada de niño, ahora suena como un caramillo o un silbato. Pero la última escena de todas, la que concluye esta extraña historia llena de acontecimientos, es la segunda impotencia y la total castración: sin cipote, sin pelotas, sin deseos, sin nada.

La propia opinión de Crowley, respecto a *Snowdrops*, está expresada en una carta que escribió, veinte años más tarde, a uno de sus seguidores, Norman Mudd. Mudd había intentado llevar de Sicilia a Inglaterra algunas cajas que contenían manuscritos y pinturas de Crowley, además de un álbum de fotos obscenas, pero sin conseguirlo, pues las autoridades aduaneras de Dover las destruyeron. «Es imperativo considerar que estas cosas, a pesar de lo que sean, no son más que los accesorios de una operación quirúrgica», le instruyó Crowley, en un vano intento de salvar sus pertenencias. «Todo mi plan estriba en extirpar los gérmenes de la plaga sexual. Y he desarrollado esta tesis, ya presente en *Snowdrops*, en mi *Hag*^[40], extendiéndome un tanto. Mi fin no es simplemente el de incomodar, sino el de erradicar sin consideraciones el sentido de pecado.» Kenneth Tynan, que era el asesor literario del Britain's National Theatre, y que era quien decidía si una obra se representaba o no, era de la misma opinión. Su meta era «hacer que la turbación producida por el sexo dejara de considerarse como algo pecaminoso», tal y como declarara en una entrevista que le hiciera la revista londinense *Theatre Quarterly*. Pero Tynan es más conocido por haber sido «el primer hombre que dijo *joder* por la televisión».

Pasó el invierno en Saint Moritz, junto a Rose, esquiendo y patinando, y regresó a Inglaterra al comienzo del deshielo, cargado de nuevas composiciones poéticas, que serían publicadas a su debido tiempo. Se encontraba desacomodadamente eufórico. No se sentía tan feliz desde que, diez años antes, la Gran Puerta del Trinity College se abriera ante él. Había sido reconocido como poeta (en una recensión, G. K. Chesterton le había descrito como «un buen poeta») y como mago: estaba creciendo en importancia, y sus esperanzas eran ilimitadas.

Clifford Bax, quien más tarde hallaría otra inspiración en la figura del monje budista Allan Bennett, nos ha dejado una descripción del Crowley de aquella época, pues se había alojado en el mismo hotel de Saint Moritz que él:

Un hombre de gran estatura y magnéticos ojos negros se acercó a mí. Vestía un abrigo de terciopelo con cuello de armiño, un chaleco colorado, pantalones bávaros de seda, y medias de seda negra. Fumaba en una colosal pipa de espuma de mar... Todas las tardes jugábamos al ajedrez, y jugar al ajedrez con un hombre permite evaluar el voltaje de su intelecto. La mente que dirigía el movimiento de las piezas adversarias era potente e imaginativa. Además, era un experto patinador y un hábil montañero; y durante la conversación demostraba un amplio conocimiento de la literatura, el ocultismo y los pueblos del Oriente. Y, además, estoy seguro de que una parte de su personalidad creía en su misión mesiánica. La víspera de mi regreso a Inglaterra, después de haber jugado nuestra última partida de ajedrez, me exhortó a que me dedicara al estudio teórico y práctico de la magia. Me hizo comprender que él mismo se encargaría de ello. «Muy amable de su parte», balbucí, «pero ya ve... que realmente aún no estoy listo. Tengo que leer un

poco más.» «La lectura», me contestó, «está bien para los niños. Los hombres deben experimentar. Tome lo que le han ofrecido los dioses. Recháceme y no podrá distinguirse de todos los idiotas que nos rodean.» Hizo una pausa y preguntó bruscamente: «¿Qué día es hoy?». «23 de enero», le respondí. «¿De qué año..., según el calendario cristiano?» «De mil novecientos cinco.» «Exacto», dijo Crowley, «y dentro de mil años, a partir de ahora, el mundo asistirá al ocaso del crowleyanismo.»

Sin duda, Crowley había querido decir, o dar a entender, «esplendor», en lugar de «ocaso», puesto que esperaba que su nuevo Orden durase, cuando menos, dos mil años, tanto como el cristianismo. Dentro de mil años, el mundo estaría iluminado por la nueva religión, de la que él era su profeta, y, en absoluto, próxima a su crepúsculo.

Según *El Libro de la Ley* ha habido hasta ahora dos grandes períodos o Eones en la historia de la humanidad. El primero fue el de la mujer: con el matriarcado y el culto a la Gran Madre. Crowley, un tanto arbitrariamente, asigna la diosa egipcia Isis a este Eón.

El Eón siguiente, el del hombre, también lleva el nombre de un dios egipcio, Osiris: es el Eón del judaísmo, budismo, cristianismo e islamismo, religiones todas ellas de sufrimiento y muerte, del «dios moribundo», una noción que Crowley tomó del autor de *La rama dorada*. En otras palabras, la religión de sus padres, a la que odiaba y echaba la culpa de los sufrimientos de su niñez.

El nuevo Eón, al cual J. F. C. Fuller llamaría crowleyanismo, toma el nombre de Horus, el hijo de Isis y Osiris. Lo que caracteriza a este período es la auténtica voluntad; de ahí el grito de combate de Crowley de «Haz lo que Quieras». En esta época, los hombres serán como dioses o, al menos, aquellos que hayan descubierto sus auténticas voluntades, al igual que él había descubierto la suya. «La muerte te ha sido prohibida, oh, hombre», dice *El Libro de la Ley*. Ésta es la respuesta de Crowley al plymouthismo.

De regreso a Boleskine, Crowley vuelve a adoptar los hábitos de vida de un noble escocés. Gerald Kelly, Mrs. Kelly (la suegra de Crowley), Ivor Back y Eckenstein le hacen compañía, así como el teniente coronel Gormley, médico militar del Ejército de la India a quien Crowley describe como masoquista. «Gormley declara haber sido flagelado por más de dos mil mujeres... me parece un número muy elevado.»

El 27 de abril llegaba el doctor Jacot Guillarmod con un ejemplar de un libro que había publicado en Suiza sobre la expedición al K2, cuyo título era *Six mois dans l'Himalaya*.

Crowley aún seguía conservando su buen humor. La seriedad del médico suizo se convirtió en el blanco de sus bromas más pesadas, que es mejor referir siguiendo el curso de sus propias palabras:

En 1905, en primavera, recibí inesperadamente la visita del médico... de un médico del ejército suizo. Asociaba las Highlands a la caza de perdices, y aparte del hecho, que nunca he podido explicarme, de que jamás se ha visto una perdiz en mi propiedad —aunque sean muy abundantes al otro lado de Strath-Erick— insistió en que teníamos que llevarle de caza, lo que, aparte de la pequeña dificultad anteriormente mencionada, era más bien una vergüenza, ya que él debiera haber caído en la cuenta de que en abril la perdiz es tabú.

De hecho, estaba muy disgustado. Y era evidente que me correspondía proporcionarle todas las distracciones posibles, por lo que me dije: «¡De acuerdo! ¿Quieres cazar? ¡Pues ya te daremos para que caces!».

Algunos días después desvié la conversación para poder hablar de Birmania. «Cuando la soldadesca inglesa estaba acechando a los *dacoits*^[41] que pululaban por aquella región, había espantado de sus aldeas a la mayoría de los búfalos, con lo que, en el curso de una o dos generaciones, aquellos búfalos domesticados habían vuelto a ser salvajes. Casi se habían convertido en una especie distinta, con hábitos peculiares. Era muy extraño», proseguí, «que la naturaleza hubiese gastado una broma semejante en esta parte del mundo. Cuando el general Wade trajo la devastación a las Highlands, empujó las ovejas de los pacíficos aldeanos hasta los páramos más intransitables, con lo que les ocurrió lo mismo que a los búfalos de agua en Birmania. Esta raza de oveja es, en verdad, muy tímida, y, además, muy rara, aunque, ciertamente, los milagros siempre pueden ocurrir; una de ellas podría acabar en mi propiedad, y entonces, ¡qué maravilla!»

El buen doctor me tomó muy en serio aquella historia. Y yo, por mi parte, me puse discretamente manos a la obra. Así que sólo habían pasado tres o cuatro días, cuando mi criado Ghillie se precipitó en la armería donde estábamos reunidos jugando al billar, y exclamó, de manera un tanto desordenada: «¡Hay un *haggis*^[42] sobre la colina, *m'lord!*».

Dejé caer el taco de golpe, y me lancé hacia el armero, entregando al doctor mi escopeta de cañón doble de calibre 577 Express, mientras me contentaba con un rifle Paradox de calibre 10, de fabricación holandesa. No habían transcurrido cinco minutos cuando ya se había organizado la partida de caza.

Aunque llovía a cántaros, como de costumbre, insistí en que la partida atajase por el estanque de las truchas, para rastrear la pista, en contra de lo que pudiera parecer. Pero el doctor lo tomó como un día corriente de trabajo.

Arrastrándonos yarda a yarda, podría decirse que a cuatro patas, por el sendero que conduce desde la cascada al estanque de los patos, hicimos nuestro mojado y chapoteante trayecto con sumo cuidado. La única posibilidad de que fuéramos descubiertos podría venir de mi mujer, que marchaba en retaguardia, pues muy a duras penas podía contener sus emociones.

Y bien, al fin alcanzamos la cima y, extremando las precauciones, nos acercamos al punto en donde el buen Ghillie había descubierto al *haggis*.

No servirá de nada decir que había una niebla insólitamente densa, pero conseguimos ver, recortándose sobre las ráfagas de lluvia, la gigantesca figura del *haggis*. Nos quedamos inmóviles, como muertos. Y entonces, Hugh Ghillie, con mucha precaución, hizo señas al doctor de que avanzara arrastrándose por el suelo, y creo que no había llegado a recorrer más de veinte yardas cuando disparó, haciendo volar por los aires, totalmente destrozado... un morueco, el del granjero McNab, a quien había hecho ganar un premio.

Hugh Ghillie se lanzó hacia delante, para que el doctor no pudiese ver la avena que se había esparcido para conducir al *haggis* hasta aquella posición. Izó sobre sus hombros lo que quedaba del animal y regresamos victoriosos a vestirnos con ropas secas.

La escena siguiente tiene lugar en Neuchâtel. El doctor había hecho de la cabeza un trofeo, con su placa de oro y el nombre de la especie inscrito en él. Y, naturalmente, narraba su proeza a todo el mundo.

El doctor Guillarmod quería escalar de nuevo el Himalaya. Y sugirió el Kangchenjunga, un gigante análogo al K2, en cuyos flancos nadie se había atrevido aún a plantar el pie. Era natural que la idea entusiasmase a Crowley, que quería escalar más alto que nadie. El Kangchenjunga le habría dado la oportunidad: él conduciría la expedición hasta la cumbre.

Su insistencia en querer ser el jefe indujo a Oscar Eckenstein a no unirse a la expedición. Con Perdurabo al frente, el riesgo era demasiado grande, le confesó a Kelly. Knowles, que también había sido invitado, se negó ásperamente a escalar de nuevo con un hombre que le había apuntado con una pistola e intentado matar a una altitud de 20.000 pies.

Las dudas de Crowley acerca de la habilidad de Guillarmod como montañero, fielmente recogidas en *The Confessions*, surgieron después de la escalada. Antes de partir, sólo le preocupaba que él mismo pudiese caer al vacío, por lo que hizo el siguiente testamento, ciertamente imaginativo:

En el caso de mi muerte, George Cecil Jones seguirá estas *instrucciones*:

Embalsamar el cadáver.

Revestirlo con el hábito blanco en forma de Tau, con la túnica roja y el ceñidor dorado de Abra-Melin, y la Corona y la Vara. También la gran espada roja.

Enterrar conmigo todas las joyas mágicas.

Un *pastos* y una cripta deberán ser preparados para servir de ataúd y tumba; cuya forma será la que se indica, pero sin ningún tipo de dibujos. Úsese piedra blanca.

Sobre el *pastos* escríbase sólo *Perdurabo*.

Emparedar la cripta y esconderla por completo de miradas humanas, y no erigir lápida alguna. Colocar en la cripta ediciones en pergamino de todas mis obras, herméticamente selladas.

El lugar será escogido, y conocido sólo, por George Cecil Jones. Deberá encontrarse en un terreno consagrado por él.

Aleister Crowley

Se decidió que Guillarmod tenía que encontrar, al menos, otros dos montañeros, que deberían pagar su cuota correspondiente a los gastos de la expedición; así que, junto con su *haggis*, se fue a Suiza a buscarlos.

El 6 de mayo, Crowley dejó Boleskine. Pasó una semana en El Cairo, visitó el museo Boulak para contemplar la estela de Ankh-f-n-Khonsu, e, indudablemente, «el infame club T...», o algún otro de su calaña; después se embarcó para Bombay, a donde llegó el 9 de junio. En Calcuta, la siguiente etapa del viaje, llamó a Edward Thornton, quien le había acompañado al interior de Birmania, hacía cuatro años; después siguió hacia el norte, hasta Darjeeling y vio, cuarenta millas más allá, la montaña que iba a permitirle probarse a sí mismo.

Al Kangchenjunga se le llama «la parte visible del Himalaya», porque no está escondido, como el Everest y el K2, por picos satélites, sino que en un día claro, cualquiera puede verlo desde la ciudad de Darjeeling. Nace de la frontera entre Sikkim y Nepal, a catorce millas del Tíbet.

Guillarmod telegrafió diciendo que llegaría acompañado por Alexis Pache y Charles Reymond, oficiales en activo del ejército suizo y expertos escaladores de los Alpes. El 31 de julio, los tres montañeros suizos llegaban a Darjeeling y estrechaban la mano de su jefe.

Había sido aceptado un quinto hombre, que jamás había pisado una montaña y que había ofrecido sus servicios a Crowley. Era Alcesti C. Rigo De Righi, el joven director italiano del Drum Druid Hotel, donde se alojaba Crowley. Podría servir de intérprete, pues conocía el indostaní y el tibetano, y se encargaría de las provisiones.

Fue redactado un contrato y firmado por los cinco. Contenía el mismo tipo de cláusulas que las del contrato utilizado en la expedición al K2; pero en esta ocasión se hacía constar que «Aleister Crowley será el único y supremo juez en todo cuanto atañe a la técnica del montañismo, y los demás obedecerán sus instrucciones».

Crowley tenía prisa por ponerse en marcha, pero tenían que esperar hasta que se les concediese el permiso para entrar en Nepal. Así pues, mientras daba el toque final a sus preparativos, escribió dos artículos para el *Pioneer Mail* de Allahabad, sobre la expedición de 1902 al K2. En el primero aparecía una crítica innecesaria, e injustificada, de los guías alpinos: no se extendía gran cosa sobre los guías, pero sí lo

hacía en demasía sobre sí mismo:

Debo indicar que sólo hombres más expertos, y en montañas más fáciles, se lastrarían deliberadamente llevando «guías», esos campesinos siempre incompetentes y, con demasiada frecuencia, cobardes y borrachos que, sólo por haberse aprendido, a fuerza de subir por ellos, los caminos que llevan hasta algunas fáciles cimas de Suiza, han sido exaltados por nuestros charlatanes en cuestiones alpinas como los representantes del tipo más elevado del hombre.

L. Sullivan de Lucknow, tomando a Crowley en serio, envió al editor del *Pioneer* esta defensa de los guías alpinos:

... un conjunto de hombres particularmente valerosos, sobrios e inteligentes, y durante el transcurso de un considerable número de visitas a Suiza, nunca escuché a ningún escalador experimentado expresar puntos de vista semejantes a los de su corresponsal.

El segundo artículo de Crowley incluía un ataque al Club Alpino, «que había apagado en los jóvenes ingleses toda chispa de habilidad montañera». Al día siguiente, el periódico publicaba esta réplica de un ultrajado lector que firmaba como «A»:

Señor, observo que «Aleister Crowley», quienquiera que sea, ha publicado en el *Pioneer* la segunda de sus valiosas contribuciones al conocimiento de la expedición al Kangchenjunga. A juzgar por su tono, considero que no sería aceptado como candidato al Club Alpino, al cual, he de añadir, no tengo el privilegio de pertenecer. El deporte del montañismo no sufriría, ciertamente, una pérdida, si el Kangchenjunga quitase de en medio, y para siempre, a este cortés individuo...

El 8 de agosto partían bajo una copiosa lluvia, con siete toneladas de alimentos y de bagaje, doscientos treinta porteadores, y tres criados personales que habían traído desde Cachemira —los mismos que habían acompañado la expedición del K2—, cuyo jefe se llamaba Salama, barbudo y enturbantado y, además, si se juzga por su fotografía, patizambo.

La altura del monte Everest había sido calculada en 29.002 pies, y la del Kangchenjunga en 28.250 pies, pero todavía existía alguna discusión respecto a la altura exacta de aquellos tres gigantes del Himalaya, las tres montañas más altas del mundo. El coronel Sidney Burrard, que era Superintendente del Servicio de Medición Trigonométrica de la India cuando Crowley se hallaba en Darjeeling, colocó primero al Everest, seguido del Kangchenjunga, con una altura de 28.225 pies, y del K2, catorce pies por debajo. Por aquel tiempo, ninguno de los tres había sido conquistado: el Everest no lo sería hasta 1953, cuando dos componentes de una expedición británica alcanzaron la cima, y el Kangchenjunga hasta 1955, por otro equipo británico dirigido por Charles Evans, más tarde sir Charles, presidente del Club Alpino.

En 1899, Douglas Freshfield había explorado el Kangchenjunga, y su compañera, Vittoria Sella, lo había fotografiado. Y antes que ellos, W. W. Graham había trepado hasta esta parte del mundo y escalado Jubonu, a 19.350 pies, uno de los picos de la

cadena contigua de Kabru.

El Kangchenjunga es una montaña particularmente peligrosa de escalar. A causa de su posición relativamente aislada, recoge y, a la vez, lanza, hacia los glaciares que están debajo, enormes avalanchas de hielo y nieve, algunas de las cuales alcanzan un espesor de cientos de pies. En opinión de aquel distinguido montañero inglés, el desaparecido Frank Smythe, probablemente no hay otra montaña en el mundo que exponga al escalador a un mayor peligro.

Crowley condujo a sus hombres a través de valles cubiertos de rododendros e infestados de sanguijuelas. Llevaba negociando varios meses el permiso para acceder al estado de Nepal. Cuando se aproximaban a la aldea limítrofe de Kang La, llegó la noticia de que se les permitía entrar.

Después de una marcha que había durado dos semanas, el 22 de agosto se encontraban al pie de la cara sudoeste de la montaña, cuya ascensión tendría lugar a lo largo del glaciar Yalung. El asalto del Kangchenjunga había comenzado.

Crowley estuvo totalmente de acuerdo en seguir aquel camino en cuanto le puso la vista encima. «Me fui hasta el glaciar para un reconocimiento», dijo. «Quería situar el campamento principal tan alto como fuera posible.» Si bien sospechaba que el curso del glaciar podía llegar a ser imposible de escalar, sus dudas se desvanecieron al llegar a mayor altura.

Ya a una altura de catorce o quince mil pies, después de una marcha de menos de catorce días en el valle, me encontraba en una condición física excelente. Todavía no había consumido una onza de mis reservas de energía. Un sendero totalmente libre de obstáculos conducía a la cima, que se hallaba frente a mí. La montaña estaba escasamente unas cinco millas más allá, el tiempo seguía siendo bueno, y de las temperaturas extremas, que habían sido tan terribles en el Chogo Ri, no había ni rastro. Resumiendo, no se veía ni una mota oscura en el horizonte.

Y más tarde: «La cumbre del Kangchenjunga estaba sólo a dos millas, y podía ver la mayor parte de toda aquella discutida área que había permanecido escondida de mí durante el reconocimiento (efectuado con un telescopio) en Darjeeling. Escalé un poco más y la última duda se desvaneció».

A la luz de la opinión de posteriores escaladores, que vieron más de la montaña que Crowley y su equipo, la vista que Crowley disfrutó estaba muy influida por su optimismo. «Lo que aparece a simple vista como unas tenues y desparramadas rayas blancas son en realidad tremendos pasillos revestidos de hielo, por los que bajan piedras que se fragmentan y avalanchas de hielo que se originan a partir de la erosión de los riscos permanentemente helados», escribió Frank Smythe, que estuvo en la expedición del profesor Dyhrenfurth que, en 1930, atacó la montaña por el noroeste. «Nos bastó con un minuto de observación para estar seguros de que era absurdo buscar una vía de acceso que partiese del glaciar Yalung», que era la vía elegida por Crowley.

Crowley siguió adelante, dejando que Guillarmod y Reymond se encargasen de la mayor parte de los *coolies* y que Pache y De Righi lo hicieran de la retaguardia. «Les

había informado de que el mejor acceso era a través del glaciar», dijo. «Andar por ahí era un poco más complicado y difícil que hacerlo por Picadilly, pero sin duda menos que una marcha promedio en el glaciar Baltoro. El propósito de mi marcha en solitario había sido el de comprobar que el Campamento III iba a estar en una posición favorable, tal y como me había parecido en la lejanía. Y así era.»

De los 230 porteadores, 130 habían sido proporcionados por el gobierno de Sikkim; llevaron sus cargas hasta una altura superior a la del Mont Blanc, y después se negaron a seguir. Tenían miedo del dios de las Cinco Grandes Cumbres, que es el significado literal de Kang-Chen-Junga: depositaron la carga y se fueron en grupo. Guillarmod se daba por contento con que hubieran llegado tan lejos, y se consoló con el pensamiento de que su partida suponía un gran ahorro de provisiones. Pero cuando observó el glaciar, fue tan pesimista como Crowley era optimista. «Las morrenas se alternaban con las grietas de un diabólico laberinto y resultó imposible llevar la cuenta de las detenciones y las contramarchas, que frecuentemente fueron ineficaces»^[43].

Cuando el doctor subió más alto y observó, a través de lo que permitían ver las nubes y la niebla, los obstáculos que estaban ante ellos, perdió completamente la esperanza de alcanzar alguna vez la cumbre por el camino que habían tomado. «La cresta occidental del Kangchenjunga se erguía contra un cielo sin nubes, de un azul intenso», escribió.

Los precipicios, incesantemente barridos por avalanchas, no nos dejaban pensar en la posibilidad de un acceso directo por aquella cresta. No había ninguna zona que fuese mínimamente horizontal; no había sitio, ni siquiera una yarda cuadrada, para plantar en ella la más pequeña de nuestras tiendas. Ni las propias rocas, suponiendo que nuestras fuerzas aún nos permitieran realizar proezas acrobáticas a semejante altura, ofrecían lugar alguno para intentarlo^[44].

Sólo llevaban tres días en las pendientes más bajas de la montaña, cuando comenzaron las hostilidades entre Crowley y Guillarmod. El médico suizo comenzó criticando a Crowley por su fracaso al marcar su propio camino con «piedrecillas», por lo que él había tenido que asumir el mando de su equipo; también dijo que no sabía dónde estaba ni lo que intentaba hacer. Además, estaba escandalizado por el modo brutal en que Crowley trataba a los porteadores: según Guillarmod, él era el principal responsable del fracaso de la escalada.

Crowley, por su parte, estaba furioso con el médico porque éste había establecido sus propios campamentos, en lugar de buscar y ocupar los que él había determinado. Como dos de los constructores de la Torre de Babel, ya no podían hablar la misma lengua.

El 25 de agosto, después de que Crowley les hubiera indicado a Guillarmod y Raymond la ruta a seguir, y se hubiera ido derecho a buscar el lugar apropiado para el próximo campamento, el médico descubrió, para estupefacción suya, que los porteadores carecían del calzado apropiado, y que la mayor parte de ellos todavía

seguían descalzos. Al denunciarlo a Crowley, éste le contestaría que todos los portadores habían escondido su calzado entre su propio bagaje.

Aunque la escalada acabara de comenzar, Guillardmod comprendió a duras penas, el fracaso de todos sus esfuerzos y desembolsos, así como el de la expedición. Renegó de lord Boleskine, en cuyos placenteros dominios había cazado el exótico *haggis*, y lo calificó de individuo negligente y sin escrúpulos: *un individu négligent et sans conscience*.

Reymond fue en busca de otro camino para los portadores, que evitase, en lo posible el hielo, pero no tardó mucho en regresar con la noticia de que el glaciar era el único camino. Entonces comenzó a tallar escalones para que fueran usados por los portadores descalzos. De improviso, apareció nuevamente Crowley y le echó una mano. Talló una media docena, pero tan mal que el médico se estremeció cuando los pisó.

Resignado al fracaso, Guillardmod pensó que lo único que podían hacer, antes de regresar, era intentar subir lo más alto que pudieran resistir.

Bajo la permanente amenaza de llegar a ser arrollados y aplastados por una avalancha —un escritor ha dicho que el Kangchenjunga puede aplastar a los hombres igual que los hombres aplastan a las moscas— alcanzaron una pequeña cresta rocosa, muy empinada, en la que dispusieron el campamento para pasar la noche.

En el lugar menos cómodo pero también el más grandioso que se pueda imaginar (a horcajadas sobre una estrecha cresta de nieve, en la que tuvimos que ahondar para poder clavar las tiendas, y que podría haberse resbalado, con la misma y terrible facilidad, hacia uno u otro lado), permanecemos durante dos días, tanto para reponernos como para esperar la llegada de un convoy de provisiones^[45].

El 27 de agosto, Crowley se despertó a las tres de la madrugada. Gracias a un increíble esfuerzo, consiguió que los hombres partieran a las seis. «El doctor se opuso tenazmente, alegando que antes de ponerse en marcha, los hombres tenían que entrar en calor.»

A la mañana siguiente, varios portadores desertaron, y uno de ellos «perdió pie precisamente en el punto en que Crowley había tallado los únicos escalones de toda la pendiente»^[46]. Y cayó al abismo.

El día 29, Guillardmod, que el día anterior se había quedado en la cama, enfermo, bajó con algunos hombres para buscar el cuerpo. Lo encontraron mutilado sobre un espolón de roca, mil quinientos pies más abajo. Para los portadores, la muerte de su camarada no era sorprendente: el dios de las Cinco Grandes Cumbres exigía sacrificios. El cuerpo fue enterrado de acuerdo con los ritos de su religión.

Guillardmod continuó descendiendo hasta que, dos horas más tarde, llegó al campamento III, donde encontró a varios portadores que sufrían el mal de la montaña y la ceguera de la nieve. Aquella tarde, De Righi llegaba del campamento II con más de cincuenta hombres.

Mientras tanto, Pache había conseguido reunirse con Crowley en el campamento

V, pero el porteador que debía transportar su cama, desmoralizado por la muerte de su camarada, y ante la perspectiva de encontrarse con el Burra Sahib —el Gran Señor, que era como llamaban a Crowley— desertó; se quedó rezagado, abandonó sobre la nieve lo que transportaba y huyó.

Llegado a este punto Crowley estaba de pésimo humor. Había discutido con todo el mundo. No podía comprender qué era lo que iba mal con Guillarmod, y De Righi «simplemente, había perdido la cabeza». Describió las reacciones del médico ante la pérdida del porteador con estas palabras: «A la mañana siguiente, Guillarmod se había repuesto lo suficiente como para echar pestes. No podía imaginarme, entonces, lo que le estaba torturando, y ahora tampoco consigo explicármelo. La explicación más favorable que puedo dar a su conducta es que se encontraba mentalmente desequilibrado».

En cuanto a los porteadores, se hallaban desmoralizados por culpa del «excitado e histérico Reymond». Con el objeto de que recobrasen el coraje, Crowley realizó una pequeña proeza, que describe en su novela *The Diary of a Drug Fiend*, escrita diecisiete años más tarde.

Pero lo mejor fue lo que sigue: hace algunos años me encontraba al mando de una expedición que iba al Himalaya, y los *coolies* tenían miedo de atravesar una pendiente nevada que se cernía sobre un terrible precipicio. Les invité a que me observaran: primero puse la cabeza sobre la nieve, me di la vuelta, como si fuera un saco de avena, y, de un salto, me puse de pie en el borde mismo del precipicio. Cuando me acerqué a ellos, hubo un grito sofocado de reverente admiración.

En la tarde del 31 de agosto, algunos porteadores se dejaron caer por el campamento IV, y se quejaron a Guillarmod de que Crowley les había pegado. Eso era ya excesivo, por lo que habían decidido regresar. Siguieron bajando y llegaron al campamento III, en donde De Righi, que hablaba su lenguaje con fluidez, les persuadió de que no abandonaran la expedición. Les dio su palabra de que no permitiría que el Burra Sahib les pegase nuevamente, y les hizo comprender que ellos no estaban obligados a pernoctar en el mismo campamento en que se hallase Crowley. A regañadientes, los hombres volvieron a coger sus fardos.

Crowley admitió haber pegado a un porteador, pero sólo por su propio bien y en consideración a los demás. Su grupo, que comprendía a Pache y Reymond, había alcanzado la cota de 21.000 pies. De repente, los hombres se habían sobresaltado a causa de una minúscula avalancha que iba en dirección a ellos. Uno de los porteadores

perdió completamente la cabeza, e, instintivamente, al igual que el que se está ahogando comienza a dar manotazos, hizo lo único que podía haberle ocasionado la muerte: comenzó a soltarse de la cuerda. Le ordené que se detuviera, pero él estaba completamente histérico y gritaba cosas sin sentido. Sólo había un medio de salvarle de aquella acción suicida: apunté y conseguí acertarle con el piolet. Gracias a aquello se le pudo izar inmediatamente, impidiendo de tal suerte que su pánico llegara a contagiarse a los demás.

De nuevo regresaban al campamento V, pero Crowley no había conseguido que

recuperasen la moral, pues en el párrafo siguiente dice que comenzaron a decir tonterías referentes al demonio del Kangchenjunga, «y que aquella reducida avalancha cobraría dimensiones fantásticas. Por la noche, algunos huyeron sigilosamente».

A la mañana siguiente, De Righi se reunía con Guillarmod en el campamento IV: al poco rato alcanzaban a los portadores que habían huido por la noche del Gran Señor que les pegaba.

A las diez de la mañana, Guillarmod y De Righi partieron hacia el campamento V, decididos a celebrar un juicio público y deponer a Crowley del liderazgo de la expedición. Cuando llegaron, cuatro horas después, el campamento se hallaba desierto, pero consiguieron divisar a Crowley en la lejanía.

Crowley describe la llegada de Guillarmod y De Righi en los siguientes términos:

Mientras tanto, vi, con gran sorpresa, que una gran multitud había llegado al campamento V. Cuando bajé me encontré con que la histeria de Guillarmod y la estulticia de De Righi habían causado, una vez más, un buen embrollo. Habían llegado al campamento con diecisiete o veinte *coolies*, pero sin traer ninguna de las cosas que tanto necesitábamos. Su conducta era totalmente inexplicable. Daba la impresión de que el doctor no sabía lo que estaba diciendo. Sus observaciones eran, simplemente, eco de una confusa irritación. Parecía incapaz de responder a ninguna de mis preguntas, o de explicar lo que había ocurrido. Su única intención era dar una conferencia, y elegirse a sí mismo jefe en mi lugar. Tamaño disparate no había sido previsto en nuestro contrato, que, parecía pensar, no era para él más que un trozo de papel. Cuando llegaron los que faltaban comenzó una excitada discusión. Nadie sugirió que, en ningún momento, yo me hubiese comportado deslealmente. De lo único que se trataba, desde el principio hasta el fin, era del resentimiento de un extranjero por tener que obedecer a un inglés.

No hubo ninguna discusión con Crowley, pero tampoco ningún cálido testimonio a su favor. Era evidente que la expedición tenía ahora dos jefes: Crowley, que mandaba sobre sí mismo, y Guillarmod. El problema más acuciante era encontrar un sitio para dormir aquella noche, porque todos ellos no cabían en el campamento V. Guillarmod y De Righi decidieron regresar al campamento III, que era la base. Pache también quiso bajar con ellos, porque durante las tres últimas noches, y a consecuencia de la pérdida de su cama, había tenido que dormir, sin comodidad alguna, en el suelo de la tienda. A las cinco de la tarde del 1 de septiembre, se pusieron en camino.

«Le colocamos [se refiere a Pache] en nuestra cordada, así como a sus criados, dejando en el campamento V a Crowley, junto con Reymond», escribió el médico. Y prosigue, más adelante:

Éramos seis en la cordada, tres europeos, con botas provistas de crampones, y tres *coolies*, dos de los cuales malamente calzados, que habíamos incluido en la cordada porque sentíamos lástima de ellos. Los primeros pasos de nuestro avance fueron pasablemente bien. Los *coolies*, que iban en medio, a veces resbalaban, pero como la cuerda siempre estaba tensa podíamos izarlos rápidamente. Un poco más adelante, el sendero, que descendía en vertical, giraba en ángulo recto y se hacía horizontal. De Righi y yo pasamos fácilmente, pero el *coolie* que nos seguía resbaló y arrastró consigo al cuarto de la cordada. Pache no tuvo la fuerza suficiente para mantener colgados a esos dos hombres de una pendiente tan empinada y, a su vez, perdió el pie, como también le sucedió al sexto hombre.

De Righi y yo, firmemente plantados, pensamos que podíamos sostener a aquellos cuatro hombres, cuya

velocidad de caída iba aumentando. Inmediatamente, la cuerda se tensó, la nieve comenzó a resbalar rápidamente bajo nuestros pies y formó una avalancha que rápidamente cobró enormes proporciones. Todo el flanco de la montaña fue barrido inmediatamente en una anchura de más de cincuenta yardas. Privado de un apoyo para mis pies, a pesar de los crampones, y agarrándome con las manos al piolet, que estaba sólidamente clavado, casi iba a subir a De Righi, cuando fue arrastrado por la avalancha; pero después del torbellino que nuestros camaradas hicieron al girar entre sí, no hubo manera de resistir a semejante sacudida. Fui violentamente arrancado del piolet, y arrastrado a mi vez.

Cuando vio a sus compañeros desaparecer bajo la avalancha, Guillardmod intentó, sin éxito, asirse, de algún modo, con otro piolet. Se debatió para mantenerse fuera de la nieve, luchando por todo lo que le era querido. Todo acabó en cinco segundos. Había sido arrojado a una grieta, y descansaba sobre sus riñones. Estaba medio sofocado, pero la avalancha había cesado. Siguió en esa posición unos instantes, y cuando hubo recuperado el suficiente aliento, reanudó la lucha, jadeante. Ayudándose con la cuerda atada a la cintura de De Righi, que yacía de espaldas, en un rellano superior de la grieta, consiguió izarse hasta él.

El italiano estaba desvanecido. Se había enredado en la cuerda y estaba medio enterrado en la nieve. El médico consiguió liberarlo y hacerlo volver en sí. Pero ¿dónde estaban los demás? Tiraron en vano de la cuerda que se perdía en el interior de la grieta. Comenzaron a excavar, pero sólo encontraron nieve, mientras la cuerda aún continuaba hacia abajo.

Decidieron pedir socorro a voces, que, en aquel aire enrarecido, llegaban muy lejos. Reymond acudió en seguida. Con sus piolets, los tres hombres excavaron impetuosamente durante una hora, pero no consiguieron llegar al extremo de la cuerda, donde estaban atados los hombres que habían desaparecido. «Se me habían congelado dos dedos de los pies», escribió Guillardmod, «y no llegaba a sentir las manos. Nuestros compañeros debían de estar muertos desde hacía mucho. Todos nuestros esfuerzos fueron inútiles. Nada nos quedaba por hacer, sino la triste obligación de seguir buscando sus cuerpos con otras herramientas que no fueran nuestros piolets».

Pero regresemos junto a Crowley, quien, aunque no presencié el accidente, tuvo mucho que decir sobre él:

Había advertido a los rebeldes que, con toda seguridad, encontrarían la muerte si intentaban el descenso aquella noche. Si sólo se tratase de los *coolies* aquello podría resultar más o menos conveniente, pero no tratándose de *ellos*, conocía demasiado bien la habilidad de Guillardmod para producir accidentes aún en mejores condiciones.

Esto los enfureció aún más. Me habría asistido el derecho de haberle roto las piernas al médico con mi piolet. Vi, con gran horror, que Pache quería irse con ellos. Aquel bribón no había tenido la decencia de traerse un saco de dormir. Le rogué que aguardase hasta la mañana siguiente. Le dije que podría disponer de mis accesorios de dormir, pero nada podía convencerlo. Le describí la situación, pero no podía creer que yo estaba diciendo la verdad, al pie de la letra, cuando afirmaba que Guillardmod, aún en sus mejores momentos, se atontaba peligrosamente en la montaña, y que esto había degenerado hasta llegar a convertirle en un loco peligroso.

Se me rompió el corazón cuando me despedí de él, pues había llegado a cogerle gran simpatía, y mis últimas palabras fueron: «No se vaya. No le volveré a ver. Dentro de diez minutos habrá muerto».

Había cometido otro error: aún seguía vivo un cuarto de hora después.

Todavía no había pasado una hora cuando Reymond y yo oímos unos gritos desenfrenados. No llegábamos a

distinguir las palabras, aunque las voces eran las de Guillardmod y de De Righi. Reymond sugirió que fuéramos rápidamente en su ayuda, pero ya casi estaba oscuro y no podíamos enviar a nadie, puesto que De Righi se había llevado consigo a los hombres, y no había indicación alguna del motivo por el que estaban gritando. Podrían haber estado gritando todo el día. Reymond aún no se había quitado las botas, por lo que dijo que iba a salir a ver si todo iba bien, y que me llamaría si necesitaba ayuda. Se fue, y ni volvió ni me llamó. Me fui a dormir y me levanté a la mañana siguiente con el alba, y bajé a ver.

¿Y qué fue lo que vio Crowley? No mucho, según Guillardmod, que escribió: «Al día siguiente, se podía ver a Crowley bajando desde el campamento de arriba sin haberse enterado de si sus caramadas habían sido encontrados. Desertó de la expedición de una manera cobarde y no volvimos a oír hablar de él hasta que regresamos a Darjeeling».

Ellos vieron a Crowley, pero Crowley no les vio a ellos. En la mañana del 2 de septiembre, cuando Crowley descendía por las nevadas y desiertas pendientes de la gran montaña, oyó, de improviso, unas voces. Se aproximó hasta el campamento IV y preguntó, a gritos, «¿Quién vive?».

Nadie contestó. Los sonidos se extinguieron, pero, un momento más tarde, comenzaron de nuevo. «Habría jurado que oí voces», dijo Crowley. «Llamé de nuevo, y una vez más se hizo el silencio. Y entonces comencé a pensar que había sido víctima de una alucinación.»

Así acabó el primer intento de escalar el Kangchenjunga. El incidente que causó la muerte, a la edad de treinta y un años, al teniente de caballería del ejército suizo Alexis Pache, y a tres anónimos *coolies*, no fue culpa de Crowley, pero el modo en que éste reaccionó aumentó su reputación «de que era diferente de los demás hombres». *The Alpine Journal*, que publicó en febrero de 1906 un breve resumen de la escalada, deja en claro que Crowley jamás había tenido relación alguna con el Club Alpino. Si la intención de Crowley era hacerse odioso a todos los montañeros, lo consiguió plenamente.

A su llegada a Darjeeling, cablegrafió al *Daily Mail* de Londres un resumen inexacto de la expedición y del accidente que había supuesto su final, en el que expresaba su propio disgusto hacia su equipo, y la esperanza de «tener éxito otro año con una expedición convenientemente equipada y disciplinada». Pero, a pesar de estas palabras, no volvería a dedicarse activamente al montañismo en ningún lugar del mundo.

La única pregunta que queda sin contestar es por qué no fue hasta el lugar del accidente.

Cuarenta años después de aquel trágico suceso, cuando Crowley, con mano insegura, consignaba en pequeñas hojas de papel el número de granos de heroína que estaba consumiendo diariamente, usó esta expresión para describir su desesperanza: *Kangchenjungafobia*. Solamente su miedo a la gran montaña puede expresar la agonía de sus últimos años. Cuando perdido en aquella inmensidad de hielo y nieve oyó unas voces, las de los muertos o la del demonio de las Cinco Grandes Cumbres, el espanto se abrió camino en su interior y él, sin pensarlo dos veces, salió huyendo.

Arnold Lunn, montañero y presidente del Ski Club de Gran Bretaña, sentía antipatía por Aleister Crowley. La biografía que, durante los años 1948 y 1949, estuve escribiendo sobre Crowley, y que constituye la primera edición de la presente obra, era materia de continuo diálogo entre nosotros, por lo que aceptó sin dudar mi sugerencia de encargarse del prefacio. Sin embargo, como era tan hostil a la Bestia no pude utilizarla. En cualquier caso, las observaciones que Lunn hizo acerca de Crowley como montañero no carecen de interés:

Conocí a Eckenstein, un magnífico escalador, quien, con toda seguridad no habría formado equipo con Crowley si éste no hubiese tenido la hechura de un montañero, al menos en cuanto a la técnica. El montañismo es un deporte ascético en el que la forma más elevada de felicidad sólo se consigue a costa de sufrimiento, y la chispa ascética de Crowley, que no se había extinguido por sus vicios, encontró su expresión en el montañismo. Las expediciones en las que tomó parte estaban en justa proporción a su resistencia, y esto es lo que debemos concederle. El único rasgo de redención que se observa en toda su carrera es, precisamente, su faceta de montañero. Pero ¡con cuánta vileza se comportó con sus compañeros y con los *coolies*! Si hubiera sido miembro del Club Alpino puedo asegurar que habría sido expulsado en cuanto hubiera sido conocida la insensible actitud que demostró después del accidente [en el Kangchenjunga]. Por aquel tiempo, no hacía mucho que había sido admitido en el Club Escocés de Montañismo: quizás aprovechando que los miembros de la junta directiva se habían quedado dormidos. Se desembarazaron de él al no informarle de que su cuota de socio había vencido, o mediante alguna otra estratagema parecida.

La junta directiva del Club Escocés de Montañismo no estaba dormida cuando se había discutido si Crowley debía, o no, ser admitido. Según Mr. Robin Campbell, presidente del Mountaineering Council of Scotland, «Crowley había sido admitido en 1894. La aplicación que demostró por entonces, cuando sólo tenía diecinueve años y aún no había recibido la excelente instrucción que, más tarde, le proporcionara Eckenstein, da a entender que la experiencia que poseía era algo formidable para aquella época. Entre 1894 y 1898 visitó anualmente los Alpes y, acompañado por Collie, Mummery y Hastings contribuiría grandemente a la causa de la escalada sin guía». Su cuota de socio no fue pagada desde 1902, y «fue dado de baja en el club el 5 de diciembre de 1904».

LA MARCHA A TRAVÉS DE CHINA

EL 6 de septiembre, Guillarmod, Reymond y De Righi rindieron honores a sus camaradas caídos, vertiendo algunas lágrimas ante su tumba de cantos rodados, sobre la que habían dispuesto una cruz, toscamente elaborada. Mientras regresaban, sin apresurarse, a la civilización visitaron algunos templos tibetanos y recogieron plantas, escarabajos y piedras, que llevarían a Suiza para ser examinadas por los científicos. Cuando llegaron a Darjeeling descubrieron, para su descontento, que Crowley había publicado su versión de la expedición en los periódicos de la India. Al parecer, el médico había pensado que Crowley desearía decir lo menos posible acerca de la suerte de la expedición. Y, en cambio, él mismo se veía acusado por la prensa de haber formado una cordada con cinco hombres, de haber cortado la cuerda para liberarse y de otras infamias. El comentario de Crowley acerca de las muertes de Pache y de los *coolies* le dejó estupefacto:

Tal y como estaban las cosas, no podía hacer nada más que enviar a Reymond a una empresa desesperada. No es que, dadas las circunstancias, me sintiera ansioso de ir a prestar ayuda. En la montaña, un «accidente» de esas características es una de las cosas que nunca suscitarán mi simpatía.

El quinto y último artículo de Crowley aparecido en el *Pioneer*, era en defensa propia:

Y ahora, sólo unas palabras de explicación, a guisa de paréntesis. Para decir por qué no bajé cuando ocurrió el accidente. Cuando sonó el primer grito, yo me encontraba tumbado, preparándome un té, después de doce horas en la nieve sin alimentos; y habría tardado en vestirme diez minutos. Reymond llevaba puestas las botas y el *patawe*, y estaba preparado; le dije que me llamara si algo no andaba bien y necesitaba ayuda. Pero no llamó... quien no se ha encontrado en aquella situación no puede juzgar; y yo era la única persona, de los que allí estaban, que sabía distinguir una montaña de otra... El doctor era lo suficientemente veterano como para rescatarse a sí mismo, pues nadie habría ido a rescatar a De Righi...

El resto del artículo se dedicaba a insultar al servicio del Drum Druid Hotel, cuyo gerente era De Righi, a donde Crowley había regresado instalándose cómodamente.

Por la noticia que Crowley dio acerca de esta sórdida conclusión de una aventura montañera, o de «la última villanía de Crowley», como la llamó Guillarmod, nos enteramos de que el médico le amenazó con denunciarle por fraude, y, además, con depositar «un ejemplar de *Snowdrops* en cierto lugar, en el que no le agradaría que estuviese, ¡canalla!... sus explicaciones tropiezan con cuatro muertos».

De Righi replicó a Crowley en el número siguiente del *Pioneer*:

Para darles un ejemplo final del individuo con el que hemos tenido que tratar, adjuntaré unos cuantos extractos de algunas cartas que escribiera al doctor mucho antes del comienzo de la expedición, después de mi acuerdo, concluido con él, y de pagarle el equivalente a 100 libras esterlinas. Ya que no disponía en efectivo de esa suma, le entregué 350 rupias, y después de mucho regatear se llevó un magnífico estandarte tibetano, una gran pieza esculpida de lapislázuli y un collar de jade verde, que cubrían lo que faltaba. Y esto es lo que de mí dice al doctor:

«Querido J. G.: Por aquí todo va bien, y espero llevarme con nosotros al director de este hotel, un joven italiano que habla el tibetano y que está acostumbrado a hacer negocios y viajar con los indígenas... Con él nos ahorraremos una buena suma de dinero, ya que conoce el precio exacto de todo lo que necesitamos comprar aquí, y cómo convencer a los indígenas para que rebajen los precios. Se llama Rigo de Righi. Ya se dará cuenta de que nos será muy útil, aunque no sea propiamente un “caballero”: se encoleriza frecuentemente y se preocupa sin motivo. Por eso pienso que debemos tratarle con cierta distancia. Pero, sin duda, todo irá bien. Después de que haya hecho su trabajo, y transportado nuestra pesada impedimenta hasta el campamento principal, podremos, si llega a ponerse difícil, despacharle de regreso sin ceremonias, pero espero que se comporte bien.»

Éste es el tipo de hombre que dirigió la expedición de 1905 al Kangchenjunga. ¿Debo decir por qué nos decidimos a pedirle que renunciase? Dejaré que los lectores se formen su propia opinión.

No contento con todas las acusaciones que hizo contra mí durante la expedición, añadió después otras, como consecuencia de mi apoyo a Nangar en el requerimiento de su comisión como *sardar*, por la que le tocaban dos monedas por cada hombre, que le habían sido prometidas antes de la marcha por Mr. Crowley: si llegaban los portadores, recibiría 20 rupias al mes, y si les acompañaba él mismo, entonces serían 30. Crowley afirma que yo recibía una comisión de todo lo que se iba comprando por el camino, y que en Darjeeling era bien conocido por obrar de esa manera. Le dije que era mentira, y que sería un mentiroso quien lo dijera. A esto me contestó que se lo había dicho un oficial amigo suyo. Y yo le dije que no podía creer que un oficial inglés fuese capaz de hacer una acusación semejante y que deseara mantener oculto su nombre. Cuando le pregunté por el nombre del oficial, se negó a dármelo. Así es, supongo, como se comporta el que se considera un *gentleman* educado en la Universidad de Cambridge. En su opinión, yo no soy propiamente un gentilhomme; si es cierto, y si los gentileshombres son de su cuño, me alegro de no ser uno de ellos.

Guillarmod decidió que habría resultado demasiado costoso y, por lo demás, inútil, demandar a Crowley por apropiación indebida de parte de los fondos de la expedición —el médico era quien había aportado casi todo—, por lo que Crowley pudo seguir disfrutando tranquilamente de los favores de una joven nepalí, que le inspiró nuevos poemas:

CANTO DE AMOR NEPALÍ

¡Oh, adorable Tarshitering! El pájaro silvestre llama a su pareja, ¿y yo?
¡Ven a mi tienda, en esta noche de mayo, abrázame fuertemente, y hazme rey!
¡Oh, adorable Tarshitering!
Baja las largas pestañas; cierra los ojos, con esos párpados
que me recuerdan las alas de un coleóptero.
¡Enciende una tenue sonrisa, efímera como una variopinta mariposa,
que se convertirá en un beso, y que cayendo sobre mí me estimulará!
¿No? ¿Eres tímida? Entonces te tomaré de la cintura, y te sujetaré, salvaje y tímida,
hasta que tus propios esfuerzos consigan el balanceo de tus aterciopeladas nalgas,
hasta que el arrullo de su música te conduzca a un inescrutable éxtasis,
¡Oh, adorable Tarshitering!

Al poco tiempo, se fue en solitario hasta Calcuta, aceptando una invitación del maharajá de Moharbhanj a una partida de caza mayor que tendría lugar en Orissa.

Crowley acababa de cumplir los treinta años. El alborozo que sintiera el año anterior había desaparecido, y profetizó que nunca más volvería a tenerlo. El futuro, incierto e inescrutable, se tendía ante él.

Una carta que escribió, por aquel tiempo, a Gerald Kelly revela la agitación de su espíritu:

Después de cinco años de insensatez y debilidad, impropriamente llamadas educación, tacto, discreción, consideración hacia los sentimientos de los demás, me he cansado de todo esto. Y hoy digo: al infierno el

cristianismo, el racionalismo, el budismo y todo el peso de los siglos. Os ofrezco una realidad positiva y primera. Se llama Magia, y con ella construiré un nuevo cielo y una nueva tierra. No busco ni vuestra tímida aprobación, ni vuestra tímida repulsa. Lo que busco es blasfemia, asesinato, rapto, revolución, cualquier cosa, buena o mala, con tal que posea fuerza.

Cuando se encontraba de otro talante, explicaba que lo que intentaba conseguir era el desapego del mundo y esa exaltación del espíritu, tan familiar a los místicos y santones de Oriente. «Estaba totalmente convencido de que era de capital importancia que dedicase mi vida a la búsqueda del Samadhi^[47], que es la comunicación consciente con el Alma Inmanente del Universo.»

Pero, mientras tanto, al patrimonio que le había dejado su padre le iba ocurriendo como a la mágica piel de zapa del relato homónimo de Balzac, pues con cada uno de sus deseos que se veía cumplido se encogía de manera alarmante.

Algo habría que hacer, pero él no lo sabía. Y, de cualquier modo, tampoco era él hombre al que eso le preocupara. Le guiaba su Santo Ángel de la Guarda, al que posteriormente identificó como Aiwass. Cualquier duda que pudiera albergar le sería resuelta por la tranquilizadora voz de Aiwass.

Volvió a dedicarse al estudio y a la práctica de la magia, siguiendo el sistema enoquiano, ideado por dos magos isabelinos, el doctor John Dee y sir Edward Kelly, tal y como se enseñaba en el seno de la Golden Dawn. Subió hasta el Plano Astral para encontrarse con Elaine Simpson, y estuvo hablando con ella de la Gran Obra: se trataba nada menos que de la creación de un nuevo universo. Un halcón dorado se había apoyado en el hombro de Elaine. Crowley se sobresaltó, reconociendo, por sus características, a uno de los Jefes Secretos.

Incomprensiblemente, excepto para aquellos que están familiarizados con la paradoja, Crowley comenzó a expresar este sentimiento, puro y místico, mediante la escritura de otro libro obscuro. Fue muy explícito respecto a la naturaleza, aparentemente contradictoria, de su visión. Aunque su carácter fuese de lo más elevado y noble, «sentí la compulsión de expresarme de manera satírica y (como alguien puede pensar) obscena».

La inspiración, esta vez, le vino de sir Richard F. Burton, a cuya memoria, en una fecha más tardía, dedicaría el segundo volumen de autobiografía. Después de editar su versión en inglés de *Las mil y una noches*, Burton había traducido una obra persa del siglo XV, que era conocida por los estudiosos y coleccionistas de curiosidades literarias con el nombre de *El jardín perfumado* o, también, *El jardín fragante que permite el solaz del alma*, y cuyo autor era el jeque Nafzâwi. Burton murió antes de que su traducción, ampliada con numerosas notas fuese entregada al editor, por lo que el manuscrito cayó en manos de su viuda, que carecía de sus intereses intelectuales y su amplitud de miras. Quedó horrorizada cuando leyó la obra. De repente —así lo cuenta— la sombra de su marido se le apareció en una visión, y le imploró, desesperadamente, que destruyese totalmente el manuscrito.

Crowley, al igual que Burton, había recogido una buena cantidad de información

sobre las prácticas sexuales del Oriente, y con la asistencia de un *munshi*, que durante un corto período de tiempo le enseñó la lengua persa, comenzó a versificar en la métrica del *ghazal*, fingiendo que se trataba de traducciones hechas del persa, salpicando el texto con frases y palabras en esa lengua, para que su superchería resultase más convincente. Situó al poeta Abdullah al Haji, su imaginario autor, en el siglo XVII, y le hizo originario del mismo lugar que el célebre Hafiz. La recopilación de cuarenta y dos poemas fue titulada *The Scented Garden of Abdullah, the Satirist of Shiraz* («El jardín perfumado de Abdullah, el satírico de Shiraz») («traducido de un manuscrito indio, poco conocido, por el desaparecido mayor Luty y otra persona»). El «mayor Luty» era un angloindio ficticio, que había encontrado, traducido y comentado el manuscrito. Como había fallecido en la Guerra de los Bóers, antes de haber podido terminar su trabajo, un editor «anónimo», ayudado por «un sacerdote cristiano que discutió el contenido del poema desde la peculiar perspectiva de un riguroso anglicanismo», se encargó de llevarlo a buen fin.

Crowley describe el libro en su autobiografía:

El libro es, en sí mismo, un completo tratado sobre el misticismo expresado en el simbolismo que prescribe la piedad persa. Describe las relaciones entre Dios y el hombre, explica cómo este último decae de su inocencia esencial, al dejarse engañar por las ilusiones de la materia. Su religión deja de ser real y se convierte en formal; cae en el pecado y por eso, sufre un castigo. Dios, que había dispuesto el sendero de la regeneración, le conduce hasta él, a través de la vergüenza y el pesar, que llevan hasta el arrepentimiento, preparando la unión mística que restaura al hombre en sus privilegios originales: libre arbitrio, inmortalidad, percepción de lo auténtico, etcétera.

El clérigo que cita Crowley, «el Reverendo P. D. Carey» —¿habría algún Mr. Carey entre los miembros de la Fraternidad de Plymouth de su infancia?— incluye estos versos en su artículo que sirve de introducción:

La pasión que el hombre siente por la mujer
puede servir, durante un instante, a un muchacho.
Pero totalmente sobrehumana
es la pasión que el hombre siente por el hombre.
¡Probad de una vez el vino!
Reconfortará cuerpo y alma.
De una vez y para siempre.
Cualquier cosa que ocurra
se hallará ligada a la meta dorada
gracias a la alegría de su estremecido espinazo.

La selección de poemas escritos por ABDULLAH AL HAJI, llamado AL QAHAR, «El Conquistador», comienza con una declaración que revela lo que se propone:

Cuando coloqué la rígida pluma de mis pensamientos dentro del tintero de mi imaginación, experimenté las delicias de Alá; y al retirarla, contemplé la Noche y el Vacío, como si fueran una vertiginosa y hueca concha. Pero se trataba solamente del *podex* [el trasero] de Habib; y AL QAHAR prefirió poseer el *podex* de Habib al universo entero.

LOS REGATEADORES

¿Qué daría un hombre a cambio del placer que se siente al gozar del *podex*? No hay nada en el Irán, ni siquiera en todo el orbe, que sea tan digno de elogio como aquel placer. Los tesoros del Sol y de la Luna nada son si se los compara con él; y si acaso las estrellas pudieran entrar en este trato, ni siquiera igualarían la dicha que otorgan los primeros restregones del miembro contra su orificio.

El deseo del fanático es despojarse de la vida a los pies del Cielo; pero por tu *podex* yo arrojaría al tiempo cielo y vida; pues todas las perfecciones de Alá no pueden compararse a la perfección de tu *podex*.

Aquel que, por lo tanto, consiga introducir dentro su miembro, nada ha de ofrecer, sino que, al contrario, habrá de aprovechar todas las ventajas disponga, si bien durante el Empeño haya podido olvidarlas, haciéndolas, incluso, de menos. Para el que actúa de este modo, la Consecución del lecho es cosa hecha.

Sólo es necesario haber visto bajo tu túnica cómo se bambolean tus posaderas, para que un hombre sabio abandone sus restantes empeños.

Así ha hablado Al Qahar; por consiguiente, tú desvelarás tus posaderas, haciendo que se ruborice, al desplegar tu *podex*.

El miembro de Al Qahar se solazará en él, como hace el búfalo de aguas al mediodía en las charcas cenagosas.

Ven, Habib, tú que no has sido sodomizado desde la puesta del sol; el miembro de Al Qahar se halla erecto y tenso como un caballo lozano; antes de que hayan descendido las tinieblas habrás sido sodomizado cinco veces.

EL ESPEJISMO

Habib, eres perfecto en el amor; pues ayer, cuando, para comprobar tu virtud, hice que te golpearan los eunucos, no escuché los gritos de tu pena.

Enteramente entregado a nuestro amor, sólo mostrabas conocimiento de mi miembro, y no de aquellos golpes; y aunque los estacazos fueran vigorosos los olvidabas sintiendo las delicias que recibías de mí.

Y ciertamente eras insensible a la paliza, cuando gritabas: «¡Aprieta más fuerte y más dentro, oh, amo!», mientras mi miembro se hallaba totalmente alejado de tu *podex*, abismado en el ambicioso y muscular apretón de cierta concubina con espléndidos pechos y miembros tan firmes como los tuyos.

Tamaño espejismo, si es que lo fue, es más cierto que la verdad, si es que ésta existe.

Nada puede desalentar tu amor, ningún tipo de aflicción conmueve al sufí. Por ello poco habrá de importarte que acomode en tu dulce *podex* su acostumbrado huésped.

Por eso, y a pesar de todo, helo aquí para ti, para que nunca más tengas que lamentarte, diciendo: «¡Traedme al nubio!, pues ya ha perdido su rigidez el despreciable miembro de Al Qahar, el sabio».

AZIZ

Habib, ¿de qué trataban antes mis canciones? De tu amor. ¿Y ahora? De tu deslealtad.

Sin embargo, para mí no supone diferencia alguna tu ausencia o tu presencia. Por ello, poco importa que Alá exista o no, con tal que sus creyentes gocen del arrebató místico.

Al igual que el *podex* de Aziz es inferior al tuyo, por dos razones, porque tiene dos fístulas y porque carece de tu calor, de tu sequedad y de tu firmeza, el dios de los cristianos es inferior a Alá, por otras dos, porque tiene junto a él a otros dos dioses y porque no tiene tu poder, ni la sabiduría ni la compasión de Aquel que se halla sólo y que no tiene igual, hijo, ni compañero.

Tanto si Él existe como si no, tanto si Él le ama a él o no, Al Qahar le amará a Él y cantará Sus alabanzas.

Una noche, Crowley salió del hotel en el que se albergaba y se perdió por las calles de Calcuta, en busca de aventuras. Se dirigió hacia un lugar llamado Culinga Bazaar, que describe como una calle de mala fama.

Era una noche de fiesta, la Durgā Pūjā^[48] de los bengalíes, y millares de hindúes y musulmanes de todas las castas y sectas se movían en ella, dando lugar a una serie desconcertante de destellos rojos, azules, blancos y marrones. Después de pasar por una calle relativamente principal, tan repleta como el infierno de almas atormentadas (eso le sugería aquella multitud de hindúes), se encontró en otra, muy concurrida, que parecía desembocar en la dirección que quería tomar.

Había llegado a un laberinto de calles diminutas, arqueadas, curvadas, casi como

túneles, y extremadamente estrechas, de manera que se sintió —la comparación se le ocurrió a él— «como un habitante de Planilandia^[49] perdido en la huella del pulgar de un asesino».

De improviso, tuvo la sensación irreal e inquietante de que le seguían. Pasó por un pasaje abovedado, para llegar, en la más impenetrable oscuridad, hasta otro que fuera lo más estrecho posible: apenas había espacio para dos hombres que avanzaran codo con codo.

Se volvió, divisando seis manchas blancas, poco definidas: los ropajes de varios hombres que marchaban en fila india. Como él llevaba un traje oscuro, se aferró a la pared, esperando poder pasar inadvertido.

Cuando el tercer hombre de la fila llegó a su altura se puso rápidamente en tensión. Instantes después estaba en su poder, mientras sus brazos colgaban inertes. Unas toscas manos comenzaron a hurgarle en los bolsillos.

Vio el pálido brillo de un cuchillo, un grito afloró en sus labios, y los dedos se le contrajeron al encontrar el gatillo del revólver Webley, del calibre 38, que amartillaba dentro del bolsillo.

Hubo un «clic», el percutor había caído sobre cámara sin Ya que todavía podía mover el dedo índice, lo intentó de nuevo.

Sonó un tremendo disparo y los ropajes blancos se desvanecieron como si no hubieran sido más que una pantalla de cine que se hubiese caído al suelo. Al momento, la calle comenzó a llenarse de grupos de gente, «que lanzaban gritos de odio» contra el que había disparado.

No había escapatoria posible. A Crowley sólo le quedaba una c por intentar: hacerse invisible. Así pues, con una silenciosa plegaria gran dios Harpócrates, el Adepto Perdurabo se desvaneció misteriosa mente.

¿Este episodio es verídico, o simplemente imaginado por Crowley? Lo único cierto es que esa noche, y en las calles de Calcuta, alguien disparó contra dos indios.

El *Calcutta Standard* dedicaba al suceso media columna, en mitad de la primera plana:

SUPUESTO ASALTO A UN EUROPEO: Dos hombres muertos a tiros. Este suceso poco corriente es investigado por la policía, ya que puede estar en relación con un violento intento de robo efectuado por media docena de individuos de mala vida en la persona de un europeo, que desbarató sus planes al disparar sobre dos de ellos...

Haciéndose nuevamente visible, Crowley se dirigió, de inmediato, a ver a su amigo Thorton, quien le dijo que se fuera a la cama y que, a la mañana siguiente, consultase lo sucedido con un abogado.

Éste le recomendó la lectura de las fábulas del Tío Remus, y estudiar, sobre todo, el personaje del conejo Brer, que «*etaba tanquilo y no dechía nadha*».

Aquella tarde, Rose y Nuit Ma Ahathoor Hécate Sappho Jezebel Lilith llegaron a Calcuta. Perdurabo las recibía en el puerto con estas palabras: «Bienvenidas,

queridas, a las soleadas orillas de la India. Llegáis a tiempo de verme ahorcado.»

Al día siguiente, aparecía en toda la prensa un anuncio del comisario de policía, ofreciendo una recompensa de 100 rupias por cualquier información que tuviese como resultado la captura del europeo.

Crowley preguntó a Rose adónde prefería ir, si a Persia o a China.

Por un rincón perdido de la Tierra, rodeado de insólitos y selváticos paisajes, vagaba el hermano Perdurabo. Se encontraba en algún lugar entre Tengyueh y Talifu, en la provincia de Yunnan. Había entrado en China por Birmania, después de remontar la corriente del Irrawaddy hasta Bhamo. Con él se encontraban su esposa y su hija (llevada en andas por los portadores), así como Salama, el natural de Cachemira que le había acompañado al K2 y al Kangchenjunga, y una niñera hindú, que en cierto momento del viaje, discutió con Crowley y abandonó el grupo regresando a la India en cuanto pudo. Acamparon al raso y, sin prisa alguna, dirigieron hacia Talifu.

«Me encontraba en medio de la China^[50], con mi mujer y mi hija», escribió Crowley. «Ya no sentía hacia ellas el mismo amor que antes, y no estaba tan interesado en protegerlas como antaño.» Se ensimismaba en sus conversaciones con los grandes hombres de la antigüedad, los custodios de la tradición esotérica. Uno a uno iban pasando ante su apasionada mirada: Pitágoras, Plotino, Avicena, Paracelso, Fludd, Blake... Los escuchó a todos. Cada uno de los acontecimientos de su vida había sido preparado previamente por ellos para ayudarle en el cumplimiento de la Gran Obra. Después de cada uno de estos trances bajaba a la Tierra rodeado de llamas.

Crowley hizo una parte de su «marcha a través de China» a lomos de un poney birmano. Él mismo admitió que, durante un tiempo, no estuvo en su sano juicio. Es posible que se debiera a la práctica de cierto tipo de invocación mágica que él denominaba *Augoeides*^[51] que era entonada entre los desiertos y las colinas de aquella parte del oeste de China, aunque no haya que descartar una caída en una escarpadura de cuarenta pies, cuando su poney reculó y él salió despedido.

Estaba lleno de dudas acerca del significado de su existencia, dudas que finalmente disiparía al pensar en su Santo Ángel de la Guarda.

«He debido ser enviado para hacer algo. ¿Para quién? ¿Para el Universo?... ¿Qué voy a enseñar yo a los hombres?» Y, entonces, al igual que el relámpago que viene del cielo, cayeron sobre él estas palabras: «El Conocimiento del Santo Ángel de la Guarda y la manera de Conversar con Él.»

En aquellos momentos se encontraba tan lejos de sí mismo que se convertía en otra entidad que le era extraña, a la que se refería en tercera Persona. «Había llegado al punto de conquistar su propia mente. Aquella mente se había disgregado... y a partir de entonces, él llegó a ser como un niño pequeño y, al alcanzar la Unidad que existe más allá de la mente, descubrió la finalidad de su vida formulada en las

siguientes palabras: “Obtener el Conocimiento del Santo Ángel de la Guarda y la Conversación con Él”.» Pero no había «llegado a conquistar su mente», sino que su mente, o esa parte de ella que nosotros llamamos inconsciente, le estaba conquistando a él; estaba siendo desbordado por imágenes arquetípicas, lo que solamente puede ser considerado como un desastre.

Aiwass era la única cosa importante. Debía dejar todo, y a todos, y seguir a su *daemon*.

Se afeitó la cabeza, como signo de sumisión a su Ángel, y adquirió una pipa de opio. En cinco horas se fumó veinticinco pipas, sin resultado alguno; más tarde descubriría que era porque no se tragaba el humo.

En Kandy, cuando estaba con Allan Bennett, había probado el láudano, y, en su primera visita a Birmania, había comido opio en polvo. Ahora descubría, por vez primera, los placeres que da el fumar opio.

Desde Talifu, prosiguieron a lo largo de la carretera que conduce a la ciudad de Yunnan, a una distancia de cerca de doscientas millas. En algún punto de aquel trayecto recibiría una comunicación de los Jefes Secretos:

Una mañana me había sentado para reposar y fumar una pipa en uno de los extremos de un pequeño paso, en una atmósfera cálida y brumosa. Salama se acercó, sentándose a mi lado. Yo le miré, atónito. Era un increíble desplante a la etiqueta. Después me he preguntado si no lo haría adrede, como diciendo: «No soy tu hombre de confianza, sino un mensajero de los Dioses». A pesar de este pensamiento, comenzó a hablar escondiendo la cara, como encogido, y obviamente avergonzado. «Sahib», me dijo, «esta noche he tenido un *tamasha*.» Yo le hice una sonriente reconvención, pues *tamasha* significa cualquier tipo de diversión, y en el Oriente implica frecuentemente cierta dosis de alegría, posiblemente con alguna largueza de licor prohibido y galanteo; pero él sólo se refería a un sueño. «Me encontraba a orillas de un lago pequeño», y prosiguió: «era aquél un país selvático y el lago estaba rodeado de altísimas cañas, algunas de las cuales crecían en el agua. La luna llena se encontraba alta en el cielo, pero también había nubes y brumas. Y tú, Sahib, estabas de pie, frente a mí, inmóvil, sumido en pensamientos, como siempre, pero parecía que estuvieras esperando a alguien. Entonces hubo un susurro entre las cañas, y de ellas salió una barca en la que remaban dos bellísimas mujeres de largo cabello rubio, y en la proa estaba otra mujer, más alta y más hermosa, incluso, que sus dos hermanas. La barca llegó pausadamente hasta donde tú estabas, y entonces vi que la mujer tenía entre sus manos una gran espada, larga y recta, con una empuñadura en forma de cruz cuajada de rubíes, esmeraldas y zafiros. Depositó esta espada entre tus manos, y tú la cogiste, pero sin que en todo ello se pronunciase palabra alguna. Ellas se fueron como habían venido, desapareciendo entre las cañas que había en la otra orilla del lago. Y esto es todo lo que vi».

Permanecí en silencio, incapaz de responder. Por aquel tiempo yo era el último hombre en el mundo capaz de haber tomado en serio una historia como aquélla. Lo que me había dejado sin habla era oír a un viejo *shikari*^[52] contarme la historia de Excalibur, de una forma tan similar a la empleada por Malory, que no dejaba lugar a la menor duda. ¿Podía darse que alguno de sus sahibs le hubiese contado aquella leyenda mucho tiempo antes, de manera que su recuerdo hubiese a florado después, de esa forma tan extraña? Yo no dudaba, en absoluto, de la sinceridad e integridad de aquel hombre, que no tenía motivo alguno para inventar nada parecido.

No podía creer en una coincidencia, y realmente me preguntaba si la hipótesis más razonable no sería suponer que Aiwass, deseando recordarme que había sido elegido para la Gran Obra, hubiese escogido a Salama como profeta, aunque fuese la persona que menos lo parecía; de cualquier manera, dada la naturaleza de aquel sueño, no podía considerar aquel asunto como trivial.

Crowley decidió no navegar río abajo por el Yang-tse. El Kangchenjunga aún le obsesionaba: quería regresar a Europa y organizar otra expedición a sus laderas. «Había tenido aquella montaña, por así decirlo, en el bolsillo», afirmó. «Un equipo de alto nivel podría estar tan seguro de pasearse por su cima, como si se encontrase en el

Strand.» Por ello, bajó por el Río Rojo hasta Tonking, en la Indochina francesa, sufriendo por el camino lo que denominó «un desagradable incidente».

Había discutido con los porteadores que le habían llevado a él y a Rose por los valles y las colinas de Yunnan (al igual que había discutido con los porteadores del Kangchenjunga), y se vengó de ellos en consecuencia:

Hasta que no dejamos Manhao no tuve la ocasión de echar cuentas con los *coolies*. Había alquilado una piragua para bajar por los rápidos de Ho-K'ou, y cuando todo estuvo cargado a bordo, procedí a pagar a su jefe la suma exacta que le debía... menos algunas multas. Entonces se armó el lío. Comenzaron amenazando a la tripulación, impidiéndoles soltar amarras. Invitaron a los espectadores a que les apoyasen, de suerte que, en aquel momento, había treinta o cuarenta maníacos aulladores dispuestos a lapidarnos. Saqué el rifle Cordite Express 400 y le dije a Salama que desembarcase y fuese a soltar las amarras. Como todos los naturales de Cachemira, era irreflexivamente valiente cuando se enfrentaba a los peligros de los elementos, pero un completo cobarde cuando se trataba de hombres.

Le dije que, a menos que me obedeciera en el acto, comenzaría a disparar contra él. Se dio cuenta de que estaba dispuesto a hacerlo, e hizo lo que le pedía, mientras yo mantenía cubierto al populacho con mi rifle. Nadie tiró una piedra. Tres minutos más tarde, la feroz corriente había conseguido alejarnos de los amotinados.

El 22 de marzo de 1906 llegaban al puerto marítimo de Hai Phong. La «marcha a través de China», de cuatro meses de duración, había terminado.

EL CAPITÁN FULLER Y EL CROWLEYANISMO

DESDE la última vez que, en Hong Kong, Crowley viera en forma carnal a Elaine Simpson, no había dejado de relacionarse con ella en el plano astral. Se llamaban entre sí mediante una «campana astral». (El sonido de una «campana astral» avisaba a Madame Blavatsky que su Maestro se hallaba presente.) Describe el cuerpo astral de Elaine, diciendo que es ligeramente más grande que su cuerpo físico —a él le ocurría lo mismo con el suyo—, luminoso, homogéneo y parcialmente transparente, de manera que se podía ver a través de él. En el plano astral, ella pasaba de los seis pies, mientras que en la realidad medía cinco pies y siete pulgadas.

En algún lugar de Tonking, en Indochina (en la región hoy conocida como Vietnam del Norte), probablemente en el puerto de Hai Phong, se despidió de Rose y de la niña, y salió precipitadamente hacia Shanghai, adonde Elaine se había mudado hacía algún tiempo.

Pasó doce días con ella, realizando diversas invocaciones. Elaine actuaba como su vidente o médium. Le habló por primera vez del *Libro de la Ley*. Crowley todavía se encontraba en su fase budista: en 1906 había experimentado uno de los trances budistas más elevados, el de *Neroda-Sammapatti*. Para él, la existencia era Angustia, y no alegría, como le anunciara Aiwass. Así puede explicarse su repulsa al *Libro de la Ley* y a las nuevas enseñanzas.

Belleza y fortaleza, retozonas risas y
deliciosa languidez, fuerza y fuego... son nuestras^[53].

En lugar de incitarlo en su revuelta contra los Jefes Secretos, el más importante de los cuales era Aiwass, Elaine le dijo, enfáticamente, que creía en la autenticidad del comunicado de Aiwass, lo que le enfureció, según escribiría más tarde.

Cuando Aiwass fue correctamente invocado, le dijo lo que pensaba de Elaine, la hermana Fidelis, y explicó a Crowley lo que debía hacer:

«Ve presto a Egipto; los problemas financieros se resolverán más fácilmente de lo que ahora piensas... No te lleves a Fidelis. No me gustan las relaciones que tenéis; ¡acaba con ellas! Si no, tendrás que honrar a otros dioses. Incluso a mí me gustaría que os amaseis físicamente, para hacer más perfecto el círculo de vuestra unión. Pero Fidelis no querrá, y por eso no te sirve».

Y ella no quiso, pues estaba casada con Mr. Witkowski y, presumiblemente, quería permanecerle fiel.

Crowley se despidió de la hermana Fidelis y, a bordo del *Empress of India*, cruzó el Pacífico. En Vancouver tomó el tren para Nueva York, en donde fue fotografiado con una expresión entre seria y despreocupada, con un monóculo que colgaba de su chaqueta, una corbata amarilla y los cabellos que comenzaban a retroceder de su

frente. Durante el trayecto de Shanghai a Nueva York escribió *Rosa Coeli*, Rosa Celestial, uno de los epítetos de la Virgen María:

¡Rosa del Mundo! Tus místicos pétalos se despliegan
como alas sobre mi cabeza.
La oleada de ardiente sangre sobre mi rostro
sumerge todas las imágenes imprecisas
que bailan su zarabanda espectral
en báquico cortejo, en fantástico abrazo,
sobre los sepulcros, sobre los vertiginosos mares
de ésta, mi mente, sabbático camino que llena
de estrecheces mi alma. ¡Ay, han muerto ahogados!
(¡Y condenados!, me parece) ¡Ah, Dios!, estoy exhausto
de este holocausto que enrojece la luna.
¡Dios! ¡Dios! Los secretos y profundos abismos
absorberán el diluvio de pórvido
de tu maníaca y hechizada sangre
que enloquece y embruja.
Mi vida se sofoca —ahora me desmayo—.
¡Me muero! Estoy en el infierno, en el rojo, rojo infierno,
y todo lo que en mí es inmortal, arde en deseos de
asir lo inmortal...

Cuando el 2 de junio de 1906 llegó a Liverpool, se sintió desfallecer ante la noticia de que su hijita había muerto en Rangún. No había tenido ningún remordimiento al abandonar a su familia en Tong-king para ir a ver a la hermana Fidelis; ahora le echaba la culpa a Rose: «Se había olvidado de limpiar la tetina del biberón, exponiendo a la pequeña, de ese modo, a los gérmenes de la fiebre tifoidea». Duncombe-Jewell, su ex factótum, no se sorprendió al oír la noticia —pues no tenía un gran concepto de Crowley como padre—, e hizo la observación de que Nuit Ma Ahathoor Hécate Sappho Jezebel Lilith había fallecido de «nomenclatura aguda».

Para promocionar la venta de sus *Obras completas* (el tercer volumen no sería publicado hasta 1907), y con ocasión de la inmediata aparición de su primera entrega, Crowley había ofrecido un premio de cien libras al mejor ensayo crítico sobre sus escritos. Había anunciado el concurso de la manera siguiente:

¡La ocasión del año!
¡¡La ocasión del siglo!!
¡¡¡La ocasión de la Era geológica!!!

Durante dos años, nadie aprovechó la ocasión de la Era geológica; pero mientras se encontraba en Darjeeling recibió una carta de un joven oficial del ejército regular, destinado en Lucknow, quien le comunicaba que le agradecería competir por el premio, y preguntaba a Crowley cómo podría procurarse las obras que le faltaban. El capitán John Frederick Charles Fuller, del 1.º de Infantería Ligera de Oxfordshire, parecía estar convencido de que el manto de Tennyson iba bien con la figura de Aleister Crowley; y también le parecía que el credo de Crowley, al que puso el nombre de «crowleyanismo», era lo mismo que pensaba Crowley: la nueva religión de la

humanidad. En la primavera de 1906, Fuller, que había combatido desde 1899 a 1902 en la Guerra de los Bóers, en Sudáfrica, fue enviado de regreso a la patria, enfermo de enteritis. En el verano de aquel año se reunió con Crowley y Rose en el Hotel Cecil, uno de los más rancios del Strand; en octubre, el ensayo con el que aspiraba al premio, centrado en la genialidad de Crowley, *The Star in the West* («La estrella de Occidente»), y que habría comenzado a escribir en Lucknow, estaba acabado y era enviado a Crowley a Boleskine.

Crowley es más que un nuevo Dioniso, más que un Blake, un Rabelais o un Heine; permanece frente a nosotros como un sacerdote de Apolo, cerniéndose entre el neblinoso azul de los cielos y el púrpura, más severo, de las aguas de las grandes profundidades.

Han sido necesarios cien millones de años para que surgiera Aleister Crowley. Ciertamente el mundo había estado trabajando, y al final había producido un hombre.

The Star in the West (Crowley era la «estrella») ganó el concurso. Había sido el único ensayo presentado, y su publicación fue inmediata.

Y, por supuesto, Crowley nunca había pensado en entregar las cien libras. Se vanagloriaba de haber heredado una fortuna, cuya cuantía exageraba en demasía —unas veces eran cien mil libras, otras sólo sesenta mil— pero que, según estimaciones de Fuller, no superaba a la tercera parte de cincuenta mil libras. Y cuando éste extendió su mano en busca de las cien libras del premio, ya no quedaba gran cosa. De estudiante, Crowley le confesó a Kelly —quien ya había observado que mientras él pagaba al cochero, Crowley hacía ademán de buscar en los bolsillos— que no tenía mucho dinero, o al menos, no tanto como la gente suponía.

La admiración de Fuller hacia Crowley era tal que se embolsó su desilusión en lugar de las cien libras del premio y mantuvo su amistad.

En *The Star in the West* no se hace mención del *Liber Legis* (cuyo manuscrito había sido traspapelado por Crowley). ¿Cómo fue, entonces, posible que Fuller anunciase el «crowleyanismo»? Pues porque aun sin *El Libro de la Ley*, Crowley estaba proclamando un Nuevo Orden para la humanidad que había subyugado a Fuller.

El crowleyanismo nos ha conducido a través de maravillas que superan en número a aquellas otras de las que Dante fue testigo...

Tres años más tarde, Fuller discutió con Crowley, y éste lo satirizó en su obra de 1910, *The Winged Beetle*, pero al mismo tiempo cortaba la rama que él mismo había hecho crecer:

EL CONVERSO
(dentro de cien años)

Se encontraron un día en un boscoso calvero
un hombre horroroso y una bellísima doncella.
«¿Adónde vas, tan dócil y santa?»
«Voy al templo, a adorar a Crowley.»

«Entonces, ¿Crowley es Dios? ¿Y tú cómo lo sabes?»
«Porque... ¡Fue el capitán Fuller quien nos lo dijo!»
«Y, entonces, ¿cómo sabes que el capitán Fuller decía la verdad?»
«Me parece que tú eres un hombre malo: Buenas noches.»
Si a este tipo de cosas se le llama éxito,
entonces no consideraré como un fracaso la amargura.

Fuller alcanzó el grado de general de división, escribió libros de historia militar, mejor escritos que *The Star in the West*, y dirigió su admiración hacia otro genio que también estaba haciendo realidad otro Orden Nuevo: Adolf Hitler. Fuller sería uno de los dos ingleses invitados por Hitler a la celebración de su quincuagésimo cumpleaños. El otro sería Arthur Ronald Nall Nall-Cain, el segundo de los barones de Brocket Hall, en Hertfordshire, y abuelo del actual, a quien me hallo reconocido por la presente información, aunque me resultó imposible conocer el motivo por el cual fue concedido a Lord Brocket aquel singular honor.

Crowley siguió practicando la magia; escribiendo, incansable, más poesía y pronunciando el solemne voto de dedicarse a una vida pura y desinteresada:

El hermano Perdurabo fue crucificado por el hermano D. D. S. [George Cecil Jones] y, cuando estaba en la cruz hizo este juramento: «Yo, Perdurabo, miembro del Cuerpo de Cristo, me obligo solemnemente, mediante este acto, a llevar una vida pura y desinteresada, y a dedicarme, por entero, al esfuerzo que me permita superarme y acceder al Conocimiento de mi elevado y Divino Genio, a fin de poder fundirme en Él^[54].»

Llegaría a describir 1907 y 1908 como años de plenitud. En 1907, mientras se estaba recuperando de una enfermedad, cuyo nombre no menciona, compiló su diccionario cabalístico, al que dio el título de 777. Este libro había sido comenzado por Mathers, en colaboración con Allan Bennett, pero le tocaría en suerte a Crowley completarlo —disponía de las notas de ambos— y publicarlo^[55].

Sus declaraciones resultan un tanto inconsistentes. En uno de sus momentos de angustia y melancolía, allá por los años veinte, dijo que 1907 fue el año en que «se confundió». Posiblemente, quería decir que, en 1907, cuando tenía 32 años, todavía tenía tiempo para cambiar su forma de entender la vida. Pero se equivocaba pues no podía cambiar su forma de ser. Los hombres se sienten atraídos hacia su perdición. En 1907 echaba a patadas, escaleras abajo, a su suegra, que había acudido a visitar a su hija, Rose, y a Lola Zaza, la segunda hija del matrimonio, de tres semanas de edad, enferma de bronquitis; penetraba, acto seguido, en la Tierra Desolada, en la que era el Vagabundo por excelencia, para rendir culto a los dioses inmortales. Nada se sabe de lo que aquella señora pensó de su yerno.

Uno de los días del verano de 1909, mientras andaba hurgando en el desván de su casa de Boleskine, intentando encontrar unos esquís, acertó a ver un paquete envuelto en papel marrón. Para su sorpresa, no era otra cosa que el traspapelado manuscrito del *Libro de la Ley*. Aquel fue el acontecimiento que supuso la reaparición, en su vida, de Aiwass: desde entonces, toda su magia se orienta al establecimiento en este

mundo de la Ley de Thelema, la del «Haz lo que Quieras», a la que se refería como el Reino de Ra-Hoor-Khuit, y que nada tendría que ver con el conjurar espíritus para que le proporcionaran dinero y mujeres, aunque, no por ello, abandonaría aquellas prácticas. En las páginas de los primeros números de *The Equinox* se respira un perfume poco o nada thelémico: se trata, fundamentalmente, de las técnicas de la Golden Dawn, orientadas hacia la magia ceremonial. El cambio hacia la magi(k)a thelémica tiene lugar a partir del momento en que recupera el traspapelado manuscrito del *Libro de la Ley*, y más específicamente, después de su publicación en el número VII, de 1912, de *The Equinox*.

Uno de sus lugares favoritos era una pequeña tienda de productos químicos situada en Stafford Street, en el West End londinense, que estaba atendida por un tal E. P. Whineray. «Él era quien me abastecía de los ingredientes que necesitaba para algunas de mis preparaciones mágicas, como el *kyfi*, el misterioso incienso de los antiguos egipcios; o el perfume y el óleo de Abra-Melin, o el *unguentum sabbati* y demás. Recuerdo que en cierta ocasión, hasta pudo suministrarme *onycha* ^[56].»

Una tarde en que se encontraba visitando aquella pequeña tienda, Whineray le informó de que un Lord a quien conocía estaba interesado en hablar con él. Se trataba de George Montagu, el séptimo conde de Tankerville, casado en 1895, con una norteamericana, con la que se había ido a vivir a su castillo de Chillingham, en Northumberland.

En aquel momento, entró, en persona, aquel de quien estábamos hablando. Me condujo a su casa y, con gran embarazo por mi parte, me empezó a contar la más extraordinaria de las historias. Casi no daba crédito a mis oídos. Me habló de sus secretos familiares más recónditos, y, también de los más atroces, como si nos conociéramos desde hacía veinte años.

Dijo hallarse hechizado por su madre y por una amiga de ésta. Aparentemente, eran dos piadosas devotas de la Iglesia Evangelista. La idea de que ambas estuvieran intentando matarle, sirviéndose de la brujería, era un tanto sorprendente, aunque no tanto como el móvil aducido: lord Tankerville era el segundogénito y sostenía que su hermano mayor era, en realidad, el hijo de algún baronet o de alguien indevido; de ahí el motivo del profundo odio que su madre sintiera por su marido y de la profunda desesperación que había sufrido cuando el supuesto heredero había muerto en el transcurso de una batalla. Ésa y no otra era la razón por la que había decidido acabar con el hijo que aún le quedaba.

El mismo Tankerville se había casado con una norteamericana de pocas luces y de escaso carácter. Solía tocar la campanilla para darse el gusto de oír a los sirvientes llamarle «*my lady*».

Veía brujería por todas partes. Cuando la condesa estornudaba, infería que su madre se había puesto manos a la obra. Había contado sus dificultades a mucha gente, en la que había creído ciegamente en virtud de un primer golpe de vista favorable, y que, posteriormente, sin que mediara ninguna palabra de reconvención, resultaba, gracias a alguna inocente palabra o acción, formar parte de la conspiración contra él.

Ciertamente se trataba de un clarísimo caso de manía persecutoria, acentuada por su antiguo hábito de bebedor de brandy y por el reciente de esnifar un preparado de cocaína. Aparte de esta obsesión, aquel hombre estaba sano. Gozaba de magnífica salud: era uno de los cincuentones mejor conservados que jamás hubiera visto. Era profundamente religioso, con una cierta inclinación al misticismo y una predisposición realmente profunda para la Cábala, aunque poco o nada conociese de ella. Yo pensé que podría curarle y me puse a trabajar en ello.

En casos como aquél, mi plan consistía en no desengañar al paciente. Me propuse seguirle la corriente, como si lo que me había contado fuera cierto, hasta en los menores detalles. Intentaba apagar el fuego con el fuego. Le dije: «Lo que usted tiene que hacer es desarrollar sus propios poderes mágicos para atacar a su madre en su propio terreno».

Poseía una considerable aptitud para la magia, y comprendió el objeto de las medidas que le proponía. Lo primero que hicimos fue fletar un yate...

Cuando estaba intentando liberar al conde de Tankerville de su demencia paranoide, llevándole hasta Marruecos, Crowley, en una de sus solitarias caminatas, se encontró con la tribu de los Sidi Aissawa, los comedores de escorpiones, que estaban practicando sus danzas sagradas, al amparo de cualquier mirada:

En cierto lugar apartado me encontré con una muchedumbre de cerca de doscientas personas. Se protegían de cualquier posible intromisión mediante la colocación de unos centinelas accidentales, que paseaban (aparentemente sin ningún fin) entre los árboles, cubriendo un círculo de unas doscientas yardas de diámetro. Sabía, más o menos, lo que podría ocurrirme, por lo que, antes de ser divisado, comprobé que todos los aditamentos de mi vestimenta fuesen adecuados. Sólo entonces comencé a recitar lo que había aprendido en Egipto, de labios de un jeque... «la Gran Palabra que hace enloquecer y despojarse de la ropa»:

Subhana Allahu Walhamdu lilahi walailaha illa allahu.

Dejé atrás a los centinelas y me mezclé con la muchedumbre. Las mujeres estaban también presentes, aunque no tomaran parte activa, y simplemente ayudaban a la construcción del corro, que tenía un diámetro de unos treinta pies. Acurrucados en su circunferencia se encontraban, como era usual, los músicos, que tocaban como si les fuera en ello la vida, mientras cierto número de hombres, armados con hachas muy livianas, de peculiar hechura, bailaban y gritaban, siguiendo el ritmo. Aquellas hachas no eran los instrumentos de uso diario, sino que habían sido construidas *ex profeso* para aquel tipo de ceremonia. Los hombres se herían a sí mismos con aquellas armas en la cabeza (y más raramente en otras partes), hasta que la sangre les corría por ambos lados del cuero cabelludo. Desde luego que no sentían conscientemente ningún dolor, y los que se hallaban cegados por la sangre, aún continuaban viendo.

La excitación de los asistentes era tan grande como la de los propios celebrantes, pero era contenida de forma rigurosa. Yo no puedo decir si el corro mantenía un absoluto silencio, pues no me encontraba lo suficientemente tranquilo como para poder hacer observaciones fidedignas, ya que había sobrepasado el estado de curiosidad intelectual. Pero tuve la impresión de que los espectadores se abstenían deliberadamente de hablar o de gesticular, por lo que me comporté del mismo modo. Aunque me resultaba difícil tener que refrenarme para no arrojar el turbante y saltar dentro del corro, al grito de *¡Allahu akbar!*, apoderándome de un hacha y uniéndome a la celebración general.

Y, literalmente, le quitaba a uno la respiración. Parecía que respirase con el corazón en lugar de hacerlo con los pulmones. Me sentía vibrar con la energía del universo. Era igual que si hubiera llegado a sentir conscientemente la energía atómica o la fuerza de la gravitación universal. No sé cuánto tiempo permanecí refrenándome, pero debió ser más de una hora. De repente sentí una reacción tremenda: comprendí que al no haberme dejado llevar había perdido mi gran oportunidad, y que mis inquietudes quizás acabarían por causarme la muerte. Al mismo tiempo, me sentí embargado por un súbito sentido de alarma. Me sentí excluido de aquel círculo espiritual. Era seguro que alguien acabaría descubriéndome, y sentí un repentino escalofrío cuando fui consciente del peligro. Afortunadamente, tuve la suficiente presencia de ánimo para reanudar mi *mantra*, y me fui apartando de la multitud tan silenciosamente como había llegado hasta ella.

Abandonarse, proyectarse a sí mismo más allá del umbral de la consciencia, era lo que constantemente impelía a Crowley. Como él dijo, le costó un gran esfuerzo mantenerse apartado de aquellos derviches danzantes; le hubiera sido posible guiarlos, y debió haberlo hecho.

Crowley y Tankerville regresaron a Inglaterra, pasando por España, viendo, de paso, gran número de cosas maravillosas, y se separaron como los peores enemigos. Al parecer, Tankerville no estaba curado; «me puso en el bando de los practicantes de la magia negra que conspiraban contra él», dijo Crowley. Sobre esta cuestión, sólo conocemos la opinión de Crowley, pues según una declaración de Tankerville, recogida en *The World's Tragedy*, («La tragedia del mundo») escrita en 1908, parece ser que el noble Lord podía hablar sin tapujos, cuando la ocasión lo requería.

... y lord Tankerville me dijo, a las once de la mañana del 7 de julio de 1907: «Estoy cansado de oírle

enseñar, enseñar, enseñar, como si usted fuera Dios Todopoderoso y yo una mísera mierda seca tirada en mitad de la calle».

En *The Ladies' Flower-Garden* («El jardín de flores de las damas»), la encantadora obra que Mrs. Loudon escribiera en 1840, en varios volúmenes, aparece una referencia a uno de los miembros de la familia Tankerville:

El pensamiento, desde siempre una de las flores de jardín más apreciadas, no fue tenido en consideración por los floristas hasta que, en 1810 o 1812, la actual Lady Mary Bennett hubo cultivado un pequeño jardín, lleno de flores, en los terrenos de la mansión que su padre, el duque de Tankerville, tenía en Walton-upon-Thames. En aquel jardín, que tenía forma de corazón, aquella amable dama había plantado todas las variedades de pensamiento que, casualmente, había descubierto en el jardín paterno. Ayudada por la industria y el celo de Mr. Richardson, que por aquel entonces ya ejercía en Walton los servicios de jardinero, pudo trasplantar a aquel parterre las variedades más vistosas. A partir de aquellos tímidos comienzos la costumbre del cultivo de aquella planta iría afianzándose con los años, hasta llegar a nuestros días.

The World's Tragedy se imprimió en París, en 1910, exhibiendo en su frontispicio el nombre de Aleister Crowley, así como la siguiente aclaración, casi a guisa, de subtítulo: *Edición privada para su circulación en los países libres. No se permitirá la importación de ningún ejemplar a Inglaterra o a Norteamérica*. Y está dedicada a Pan, el enamorado dios de la Arcadia, que se encarga de enviarnos pesadillas. Consta de dos partes: la primera es autobiográfica, mientras que la segunda, más larga, es una obra teatral en verso, con un prólogo titulado «El jardín de Eros», al que siguen las secciones «La estrella roja», «La vara blanca», «El enano azul», «La habichuela negra» y «La noche gris». En la obra aparecen muchos personajes, incluyendo «legiones de monos, gusanos y monstruos; una compañía de ratas, una compañía de sapos; una botella de latón que contiene un homúnculo azul», y todo tipo de personajes humanos, como «Alejandro, un rey sabio, gobernante de Macedonia, Babilonia, etc.; Govinda, rey de las Indias; Chau, Hijo del Cielo, rey de Tartaria y de la China». Las tres últimas páginas del libro se encuentran reservadas a la bibliografía del autor, cuya última obra es «*Alexandra*, fragmentos comentados de una Oda a la reina de Inglaterra. Edición limitada a personas de calidad. Cinco dólares».

El prefacio a *The World's Tragedy* contiene una breve noticia que explica los motivos por los que, durante la primavera de 1908, fue compuesta aquella obra «romana». Por aquel entonces Crowley se encontraba en Eastbourne, en casa de su madre: después de cenar, disgustado por la comida y, también, por la compañía, salió a dar un paseo hasta la orilla del mar. Y allí se encontró con «una puta de media corona» («Me parece recordar que su nombre era Mabel... ¡Gracias, Mabel!»), que le inspiró, y, al regresar a casa, estuvo escribiendo «cuatro noches seguidas, hasta que *The World's Tragedy* estuvo acabada y libre de cualquier retoque posterior». En el prefacio, y, en particular, bajo el epígrafe SODOMÍA, puede observarse cómo hace una defensa de aquella forma de actividad sexual. («Debo luchar abiertamente por lo

que ningún inglés de estos días se atreve a defender, ni siquiera en privado... ¡la sodomía!)» Y el resumen que hace del argumento de la obra se cierra con su propia deificación. «Por aquel tiempo comenzaría la corrupción de las virtudes de Roma; y la obra tendría un final desesperado si no fuera porque Alejandro se presenta y, cortésmente, profetiza la llegada de Aleister Crowley... el Salvador del Mundo.»

El poema *Alexandra* ha atormentado a todos los que se hallan interesados en Crowley y su obra, desde que apareció en la lista que Gerald Yorke publicara en apéndice a la primera edición de *The Great Beast*: «*Alexandra*. Poema breve impreso en París, en fecha cercana a 1909. Parece ser que la edición fue destruida, en su totalidad, por las autoridades aduaneras británicas, a causa de su obscenidad y de su crimen de *lèse majesté*». Y en la bibliografía que Edward Noel Fitzgerald añadiese en apéndice al recuerdo que Richard Cammell dedica a la Bestia en la primera edición de su obra *Aleister Crowley: the Man, the Mage, the Poet*, aparece la siguiente reseña del poema: «*Alexandra*, fragmentos comentados de una oda a la reina de Inglaterra. Edición limitada a personas de calidad. Cinco dólares. Sin fecha (ca. 1911). Este poema se publicó en París y todos los ejemplares fueron confiscados en la aduana. A este bibliógrafo le ha resultado imposible hacerse con uno de ellos».

Al parecer, toda la edición fue secuestrada por las autoridades aduaneras y posteriormente destruida. Pero Crowley había enviado las galeradas y pruebas ajustadas a un amigo y colega en magia, el capitán J. F. C. Fuller, quien guardaba hasta el menor fragmento de sus escritos. Así pues, al fin pude obtener fotocopias de tan buscada obra. Había sido publicada en 1905 y se decía, otra más de las bromas de Crowley, que lo había sido en Shangai. El frontispicio es mera verborrea, un tanto confusa, y en él no aparece para nada el nombre de Crowley. Lo único que la Bestia buscaba era hacer un desplante a la reina Alexandra, la consorte danesa de Eduardo VII: el odio que sentía hacia su madre lo proyectó en la reina. *Alexandra* estaba «inspirada en la obra maestra de Abbey, que figuraba desde 1904 en la Academy» (de la portada); pero el retrato que Edwin Austin Abbey, R. A., hiciera a la reina Alexandra no se encontraba expuesto en esa fecha en la Royal Academy.

Si el poema debía ser una sátira de la reina, como sátira resulta bastante flojo. Aparte de una cochinada, propia de un escolar, que figura en la portada, y que debió poner sobre aviso a las autoridades de la Aduana, no hay nada en él que resulte obsceno. Su tónica es completamente irónica:

ALEXANDRA

I

Los sesenta inviernos que habían transcurrido
desde que, por vez primera, fuera cantada tu fama por bardos y sabios,
hoy te han dejado en Inglaterra, con nosotros,
aún bella y joven.

II

Te vi engalanada, de todas tus perlas y vestidos,
de tus diamantes y armiños, que te proclaman reina:

aparentas (o poco entiendo de mujeres)
escasamente dieciocho.

11

EN BUSCA DE VISIONES

CROWLEY era uno de los mayores excéntricos del mundo. Víctor Neuburg, su pupilo, era un excéntrico menor y, como Crowley, un poeta también menor. Ambos tenían en común su estancia en Cambridge y su interés en las artes mágicas. Neuburg era de pequeña estatura —Richard Cammell le definió como «pequeño, desarreglado y con aspecto de gnomo»— y su espalda estaba ligeramente curvada. A la hora de hacer su descripción, Crowley, de manera infrecuente en él, se molestaría en dar muchos detalles:

Era un agnóstico, un vegetariano, un místico, un tolstoyano, y, al mismo tiempo, muchas otras cosas más... siempre que hablaba se retorció convulsivamente, y sus labios, que en él eran tres veces más grandes de lo que hubieran debido ser, y que se apresuraban a juntarse cuando se ponía a pensar en algo, emitían la risa más extraordinaria que jamás hubiese podido imaginar; a todas estas ventajas venía a unirse la de ser una persona extraordinariamente versada, rebosante de sutil humor, y una de las más afables que haya pisado este planeta.

En el verano de 1908 se fueron a España, a alguna de sus regiones apartadas. A Crowley le debió gustar la compañía de Neuburg, puesto que al año siguiente también viajaron juntos, en aquella ocasión a Argelia, donde uno de los familiares de Neuburg, temiendo por su seguridad, se acercó a hacerle una visita. Mas, al no encontrarle, preguntaría a Crowley: «¿Dónde está Víctor?». Y el mago, señalando un camello que estaba descansando, le contestó: «Aquí». Desde Argel, Crowley y Neuburg, que ya había recuperado su forma humana, se fueron hacia el sur, y después de pasar dos noches al raso y una en un hotel, llegaron a Aumale, un lugar que Crowley no describe. Al parecer, no tenía una idea precisa de ir a ninguna parte, una vez que salieron de Argel, salvo la de renovar el aire de sus pulmones y encontrar, quizá, alguna nueva aventura. Pero en Aumale, «súbitamente, una mano me alcanzó en el corazón con uno de sus rayos, y entonces supe, aquel mismo día, que debía proseguir con “La visión y la voz”, en el mismo punto en que la había dejado».

Crowley hacía con frecuencia declaraciones de este tipo: cuando se encontraba en un estado de indiferencia o inocencia, se veía instado por algún poder incontrolado a hacer algo; pero, en aquel caso, no había llegado al norte de África totalmente desprovisto de accesorios mágicos. En particular, llevaba consigo «un gran topacio dorado (engastado en una cruz del Calvario^[57] de madera pintada de bermellón y dividida en seis cuadrados)»: era el *cristal* en el que veía, o creía ver, ángeles y demonios, escenas pacíficas y espeluznantes. «La visión y la voz» fue el título con el que recogió una serie de visiones que había comenzado a tener en 1900, cuando estaba en México: lo que se proponía era proseguir con ellas, en Aumale y en otros lugares de la región.

Crowley estudió y llevó a la práctica cualquier tipo de magia que cayera en sus

manos: inglesa, judía (Cábala), griega, egipcia, hindú (yoga), china (*Yi King*), etc. La magia inglesa que practicaba era la que se traslucía de los escritos de John Dee, científico, matemático, astrólogo, alquimista, y uno de los hombres más notables de la época isabelina. En su calidad de astrólogo de la corte, Dee elegiría el 14 de enero de 1559 como el día de mejor augurio para la coronación de Isabel I. A los veintitrés años daría en París su primera conferencia sobre Euclides. Viajó hasta Praga, vivió durante seis años en Bohemia, visitó Santa Elena, intentó convencer a María Estuardo para que crease una Biblioteca Nacional, predijo el advenimiento del telescopio, e inventó la expresión «Imperio Británico». John Aubrey da una vivida descripción de él. Pasaría la mayor parte de su vida en Mortlake, en donde muere en 1608, a la edad de ochenta años.

Dee negaba ser un mago: teniendo en cuenta la edad que le tocó vivir, esta afirmación revela prudencia; pero durante muchos años mantuvo conversaciones con los espíritus, no sólo en su casa de Mortlake, sino en el extranjero. No siendo clarividente, no podía verlos por sí mismo. Se sentaba en la mesa de su estudio, con la pluma en ristre, dispuesto a anotar lo que su vidente, Edward Kelly, le decía que veía y oía. Kelly se sentaba en una silla tapizada de verde y escrutaba el *crystal* de Dee. Era un objeto de cristal de color rosa, del tamaño de una naranja, que le había sido entregado a Dee por el ángel Uriel, que había entrado por una ventana. A la muerte de Dee, pasaría a engrosar la colección de curiosidades que Horace Walpole tenía en Strawberry Hill. En la actualidad se encuentra en el British Museum, en el Departamento de Antigüedades Medievales y Postmedievales.

Así pues, Crowley y Neuburg iban a hacer en Argelia algo parecido a lo que Dee y Kelly hicieron en Mortlake:

Comparamos a toda prisa unas pocas provisiones, cogimos el tranvía para Arba y, después del almuerzo, nos dirigimos hacia el sur... No se me ocurre a cuento de qué me vino la idea. Quizá porque llevaba en la mochila uno de mis primeros cuadernos de magia, en el que había copiado, con paciencia infinita, las Diecinueve Invocaciones o Llaves que sir Edward Kelly obtuvo de ciertos ángeles, y que fueron escritas, bajo su dictado, por el astrólogo de la reina Isabel, con quien estaba trabajando.

Los escritos de Crowley se pueden agrupar en tres categorías. En la primera de ellas se encuentran los que no eran obra suya, como él decía (a pesar de estar escritos en su estilo inconfundible), sino que escribió al dictado de otra persona. *El Libro de la Ley* y otras doce obras todas ellas muy breves, que después conformarían los *Textos sagrados de Thelema*, pertenecen a esa época. Le fueron comunicados por su Santo Ángel de la Guarda, Aiwass, entre 1904 y 1911. Después vienen las obras que, a pesar de haber sido escritas por él, eran debidas, en su totalidad o en parte, a una inspiración, como sus poesías. Finalmente, están sus obras de magia, las obscenas, las novelas, las obras de teatro y su *Autohagiography* —de hecho el grueso de su obra— que fueron escritas por él, sin la asistencia de Aiwass ni de nadie.

Entre las obras de la segunda categoría, *The Vision and the Voice* es la más larga, y también la más apreciada por sus seguidores. Fue publicada en un principio en el

año 1911, en las páginas de *The Equinox*. Es la relación de una serie de operaciones mágicas que siguen, por un lado, el sistema de John Dee de las Llaves o Invocaciones (encantamientos), y el de los Aethyrs, invocados por las Llaves o Invocaciones, por otro. Crowley había estudiado aquel sistema mágico en la Golden Dawn. La finalidad de aquella compleja serie de operaciones, si es que existía, podría estribar en que Crowley ascendiera de grado en la A.'.A.'. hasta llegar al de Maestro del Templo, o al de Mago.

Kelly fue un médium dotado con el don de la profecía: había predicho, con cuatro años de adelanto, la ejecución de la reina de Escocia, María Estuardo, y la llegada de la Armada Invencible, y también podía ver a los espíritus. Por esa razón, Dee le contrató como vidente, con un salario anual de cincuenta libras, una suma en absoluto insignificante en aquella época en que el sueldo de un trabajador bien pagado oscilaba alrededor de un penique diario.

Kelly era veintiocho años más joven que su maestro. Llevaba una birreta negra en la cabeza, que también le cubría la nuca, para ocultar, según se decía, su falta de orejas, perdidas después de una condena por delito de falsificación. También había estado expuesto en la picota. Era una de esas personas de las que siempre se cuentan cosas desagradables; se rumoreaba, por ejemplo, que había desenterrado un cadáver para interrogarlo.

En la casa del doctor Dee, en Mortlake, Surrey, Kelly miraba al interior de la «piedra de ver», también llamada «cristal» (y piedra santa), y describía lo que estaban haciendo en su interior los espíritus. En ocasiones, el espíritu salía fuera de la piedra y Kelly tenía que seguir todos sus movimientos por la habitación.

El grueso volumen de Meric Casaubon acerca de Dee titulado *A True & faithful RELATION of what passed for many yeers between Dr JOHN DEE (Mathematician of Great Fame in Q. Eliz. and King James their Reignes) and SO ME SPIRITS*^[58], escrito en 1659, comienza con la siguiente sesión, en la que se han utilizado las abreviaturas de E. K., para Edward Kelly, y la A griega, para Dee:

Súbitamente, me pareció que salía de mi Oratorio una *criatura espiritual*, parecida a una elegante niña de siete a nueve años de edad, con los cabellos recogidos sobre la frente, aunque por detrás de la cabeza le caían muy largos, con una falda de seda... y parecía que entraba y salía por detrás de mis libros... como si siempre pudiera estar entre ellos, porque el espacio que había entre los libros parecía bastarle...

Δ: Yo dije: ¿Qué tipo de doncella sois?

ELLA: ¿Qué tipo de hombre sois vos?

Δ: Soy servidor de Dios por la obediencia que me liga a él y también (así lo espero) por su Adopción.

UNA VOZ:... Serás castigada si lo dices.

ELLA: ¿No soy una doncella bonita? Dejadme jugar en vuestra casa, mi madre me dijo que vendría a quedarse aquí.

Δ: Ella caminó aquí y allá, con los más vivaces ademanes de una niña, jugando sola, y en otras ocasiones alguien le habló desde el rincón de mi estudio, donde hay instalado un gran instrumento óptico, pero cerca de él no había nadie, excepto ella.

ELLA: ¿Debo hacerlo? Lo haré. (Ahora daba la impresión de estar contestando a alguien que estuviese en el antedicho rincón del estudio)... Te ruego que dejes que me entretenga un poquito (seguía hablando con alguien del antedicho rincón).

Δ: ¿Podéis decirme quién sois?

ELLA: Os ruego que me dejéis jugar con vos un poquito, y entonces os diré quién soy.

Δ: Decídmelo entonces, en el nombre de Jesús.

ELLA: Me regocijo ante el nombre de Jesús, y soy Madini, una pobrecita doncella, la penúltima hija de mi madre. En casa tengo varios hermanos pequeños.

Δ: ¿Dónde está tu casa?

MADINI: No me atrevo a deciros dónde vivo, porque sería castigada.

Δ: No serás castigada por decir la verdad a aquellos que aman la verdad, pues todas las criaturas han de ser obedientes a la verdad.

MADINI: Os prometo que seré obediente. Mis hermanas dicen que han de venir todas a estar con vos.

Δ: Yo deseo que aquellos que aman a Dios estén conmigo y que yo pueda estar con ellos.

MADINI: Me gustaría que ahora me hablarais de Dios.

Δ: El nombre de tu hermana mayor es Esémeli.

MADINI: Mi hermana no tiene un nombre tan corto como vos lo pronunciáis.

Δ: Oh, te pido mil disculpas, hay que pronunciar Eseméli.

E. K.: Ella sonríe, alguien la llama diciendo: «Regresa doncella».

El diálogo termina con una frase de Dee: «Fuimos avisados formalmente, por mi familia, de que la cena estaba servida».

En total, el número de Invocaciones o Llaves son diecinueve: las dos primeras conjuran al elemento del «Espíritu»; las dieciséis siguientes invocan a los Cuatro Elementos: tierra, fuego, aire, agua; la decimonovena Invocación o Llave sirve para llamar a cualquiera de los treinta Aethyrs o Aires. Las diecinueve, en su totalidad, fueron dictadas a Kelly en la propia lengua de los ángeles, llamada *enoquiano*. Por si no fuera suficientemente difícil, las Invocaciones se dictaban al revés. Y cada palabra fue dictada al revés. Por ejemplo, *atar* es en realidad *rata*. La razón dada para este procedimiento de «inversión» se basa en que la comunicación directa habría resultado demasiado potente, y habría conjurado fuerzas que, en pocas palabras, no habrían sido bien recibidas en aquel momento.

Mientras Kelly observaba la «piedra de ver», vio al ángel Nalvage, o Gabriel, con una tabla de letras y una varita. Kelly exclamaba: «Indica la columna seis, fila treinta y uno», etc. Dee, que tenía ante sí una reproducción de la misma tabla, identificaba la letra, en el cuadrado en cuestión, y se apresuraba a transcribirla. La colección de aquellas tablas fue denominada *Liber Logaeth*.

A su debido tiempo, fueron revelados a Kelly todos los nombres de los treinta Aethyrs y de los ángeles que los gobiernan. El dominio de los Aethyrs «se extiende en círculos cada vez más amplios, más allá de las Atalayas del Universo». Las atalayas son cubos de dimensión infinita.

Madariatza das perifa Lil (el nombre del primer Aethyr) cahisa micaolazoda saanire caosago od fifisa balzodizodarasa laida. Nonuca gohulime: Micama adoianu Mada faoda beliorebe, soba ooaona cahisa luciftias peripesol, das aberaasasa nonucafe netaaibe caosaji od tilabe adapebaheta damepelozoda, tooata nonucafe jimicalazodoma larasada tofejilo marebe yareryo Idoigo (el nombre del ángel del primer Aethyr); od torezodulape...

Sería aburrido citar en su lenguaje original la decimonovena Invocación. La traducción es la siguiente:

Oh, vosotros, Cielos, que estáis en el primer Aire, vosotros que sois poderosos en todas las partes de la Tierra, en la que ejecutáis el Juicio del Altísimo. A vosotros se os ha dicho: Contemplad la Faz de vuestro Dios, el principio de toda Confortación, cuyos ojos son el esplendor de los Cielos, que os ha elegido para el Gobierno de la Tierra y de su indecible variedad, proveyendoos del poder de conocer y disponer de todas las cosas según la Previsión de Aquel que Reside en el Sagrado Trono, y que se elevó en un Principio, diciendo: Que la Tierra sea gobernada por sus partes; y que en ella haya División, para que su Gloria pueda estar siempre ebria y atormentada en sí misma. Que su curso vaya por los Cielos y que la ayude como una sierva. Que cada estación se confunda con las otras, y que no haya sobre ella, o en ella, una criatura igual a otra. Que todos sus miembros difieran entre sí en cualidades y que no haya dos criaturas iguales. Dejad que las criaturas razonables de la Tierra, y los Hombres, se vejen y exterminen unas a otras. Y que olviden los nombres de los lugares en que moraron. Que la obra del hombre y sus pompas sean desfiguradas. Dejad que sus construcciones sean la Cueva de la Fiera Selvática. Abruma su conocimiento de tinieblas. ¿Por qué? Hace que me arrepienta de la Virgen y del Hombre. Que una le sea conocida, mientras que el otro le permanezca extraño: pues ella es el lecho de la Ramera y la morada de quien ha caído. ¡Oh, Cielos! ¡Levantaos! ¡Que los cielos inferiores, que están bajo vosotros, os sirvan! ¡Gobernad a los que gobiernan! Abatid a los caídos. Exaltad a los que se hacen grandes, y destruid a los corruptos. Que nada quede como antes. Sumad y restad hasta que todas las estrellas sean contadas. Surgid, moveos y presentaos ante el Pacto de Su boca, que en Su Justicia, ha jurado. Abrid los misterios de vuestra Creación, y hacednos partícipes del Conocimiento impoluto.

Todo esto no resulta muy «angélico»: contiene demasiado resentimiento y demasiadas amenazas. Sorprendentemente, el estilo y buena parte de su contenido son similares al estilo y al contenido del *Liber Legis*, que fuera escrito trescientos años más tarde. De hecho, Edward Kelly parece ser un individuo de la misma escuela que Aleister Crowley.

La decimonovena Invocación, que sirve para llamar a cualquiera de los Aethyrs o Aires (reinos), ya había sido practicada en México por Crowley, cuando en 1900 invocó a los dos primeros Aethyrs. Puesto que todo lo que se relaciona con el lenguaje enoquiano funciona al revés, lo que hizo fue llamar a los que se encuentran en los lugares trigésimo y vigésimo noveno; y no prosiguió en las invocaciones al vigésimo octavo Aethyr, porque el grado que por aquel tiempo había alcanzado en la Gran Fraternidad Blanca no le permitía, así lo dijo él, ir más lejos. Pero en 1909 las cosas eran diferentes ya que entonces era un adepto avanzado, un *Magister Templi*.

Crowley se servía a sí mismo como vidente; si había que ver algún ángel, sería él quien lo viera, y no a través de los ojos de Neuburg. Su topacio dorado, engastado en el centro de la leñosa cruz del Calvario, era su «piedra de ver». «Me acostumbré a tenerla en la mano. Después de haber elegido un lugar en el que no era probable que fuese molestado, tomaba aquella “piedra” y recitaba la Llave Enoquiana, y, después de haberme asegurado de que las fuerzas invocadas se habían hecho presentes, usaba el topacio de una manera no muy diferente a como Alicia hacía con el espejo.» No sólo veía a los ángeles que estaban en el interior de la piedra preciosa, sino que entraba en ella, al igual que Alicia hiciera con el espejo, o salía, de la misma forma en que Madini salió de la «piedra de ver» que se hallaba en el estudio de Dee, cuando se paseó entre sus libros.

Como si Crowley pensara que todo aquello no estaba muy claro, añadió:

Había aprendido a no preocuparme cuando viajaba con mi cuerpo astral a cualquier lugar que me

apeteciese. Me había dado cuenta de que el espacio no existía en sí mismo, sino que era una categoría impuesta por las conveniencias, como otra cualquiera, para que pudiéramos distinguir los objetos entre sí. Cuando digo que estaba en uno cualquiera de los Aethyrs, lo único que quiero decir es que me encontraba en el estado característico, y peculiar, de su naturaleza. De aquel modo, mis sentidos recibían las sutiles impresiones para las que me había estado entrenando, llegando a ser conocedor de los fenómenos de aquellos mundos de la misma manera en que los hombres corrientes lo son de los del suyo. Yo describía lo que veía, y repetía lo que oía, y el hermano O. V. transcribía mis palabras, observando incidentalmente cualquier fenómeno que le resultase peculiar.

Todo esto contradice la primera parte de su declaración, en donde había jugado un papel no muy diferente del de Alicia, pero obviamente parece que sólo proyectaba en el Aethyr su cuerpo astral, dejando en tierra su cuerpo físico.

Éste es el comienzo de su estancia en el trigésimo Aethyr, al que dio el nombre de TEX (tal y como fue descrito en 1900 por Perdurabo, cuando, a sus veinticinco años, residió en Ciudad de México): «Me encuentro en un inmenso cubo de cristal, mientras adopto la apariencia del Gran Dios Harpócrates. Este cubo está rodeado por una esfera. A mi alrededor se hallan cuatro arcángeles con vestiduras negras...».

La esfera es un Aethyr. El inmenso cubo es una Atalaya: lo que equivale a decir que es uno de los pilonos o portales que dan acceso al Aethyr. El practicante debe convencer a los guardianes de la Atalaya de que es una persona digna; y por eso, cuando se lo exijan, deberá darles el nombre apropiado. Crowley había invocado a Harpócrates para hacerse invisible.

El cubo dentro de una esfera representa la cuadratura del círculo, es decir, un símbolo de la Gran Obra: rompe la primigenia unidad^[59] del Caos, el círculo, en cuatro elementos, combinándolos de nuevo para obtener una unidad superior. Los cuatro arcángeles son los guardianes del umbral, por utilizar una expresión propia de la Teosofía.

Crowley pasó del cuadrado, la Atalaya, a la esfera, el Aethyr, la unidad superior que le ofrecía un receptáculo similar a un útero.

Puesto que Crowley, en este trigésimo Aethyr, había retrocedido, por así decirlo, a un estadio de no-existencia, el capítulo de las visiones debía darse por concluido, a no ser que fuera proseguido por alguien más. Por ello, no debe sorprendernos que apareciese su «Padre». La escena está cargada de tristeza y de sentido de culpa.

Levantad vuestra cabeza, oh, Casas de la Eternidad: pues mi Padre se acerca para juzgar al Mundo. Que la luz se convierta en mil luces y la espada en mil espadas, que ningún hombre se sustraiga al ojo de mi Padre, en el Día del Juicio de mi Dios. Que los propios Dioses se escondan: que los Ángeles sientan turbación y huyan: pues el Ojo de mi Padre se halla abierto, y el Libro de los Eones se ha desplomado.

Ésta es la destrucción del universo, porque el padre se ha convertido en Shiva y ha abierto su (tercer) ojo.

¡Apareced! ¡Apareced! ¡Apareced! Que la Luz de la Noche de los Tiempos se extinga. Que las Tinieblas cubran todas las cosas: pues mi Padre se acerca para buscar una esposa que reemplace a la que se encuentra caída y mancillada.

La mujer mancillada y abandonada no es otra que la madre de Crowley, tal y como fuera vista por el hijo carente de cariño.

Las visiones fueron vividas, registradas, publicadas y olvidadas: y después de la muerte de Crowley, sus discípulos americanos las recopilaron y editaron de nuevo, acompañadas de notas que él preparó, con referencias a la Cábala y a otros sistemas mágicos. Pero ¿qué son esas visiones? ¿Qué es lo que describen? Crowley no tenía ambiciones, problemas personales, reflexiones morales o remordimientos; sencillamente avanzaba, inundando todas las cosas con su presencia. Estrictamente hablando, no se trata de visiones, sino de fantasías: carecen de esa cualidad que linda entre lo indiscutible y lo numinoso que es propia de toda visión genuina y, cuando se acabaron, Crowley seguía en el mismo sitio en que estaba antes de que comenzaran.

Perdurabo regresaba una vez más al escenario; había nacido, o renacido, con el mismo aspecto que, de hecho, había adoptado en la vida real, el de *enfant terrible* que sembraba la consternación a su alrededor.

Temblad, oh, Pilares del Universo, porque la Eternidad está por parir un Hijo Terrible: generará un universo de Tinieblas, del que saltará una chispa que hará huir a su padre.

Los obeliscos han sido destruidos; las estrellas se han precipitado hacia su mutuo encuentro: la Luz se ha zambullido en los Abismos: el Cielo y el Infierno se han mezclado.

Todo esto no es más que Crowley en su fase megalomaniaca, el reverso de su fase depresiva, la del sentido de culpa.

La destrucción del universo y la *mixtura* de cielo e infierno implicaban que la visión tocaba a su fin: ya no queda nada que destruir. Se ha alcanzado el terror máximo. Pero Crowley no podía dejar las cosas así. Su sentido de culpa le asaltaba una vez más.

¡Oh, Señor Dios, deja que Tu Espíritu venga a mí!

Pues me hallo perdido en la noche de la pena infinita: sin esperanza: sin Dios: sin resurrección: sin fin: me hundo: tengo miedo.

Así acaba la visión del trigésimo Aethyr. Si acaso encerraba algún sentido moral, Crowley no alcanzó a verlo.

Neuburg le resultaba útil a Crowley por varias razones: le ayudaba a sufragar los gastos de *The Equinox*, le acompañaba en vacaciones, le divertía y era su amante fauno:

Pensé que sería una buena política impresionarlos [a los árabes] con mi porte de mago. A tal efecto, recogí la alusión que Burton hiciera de que el zafiro estrellado^[60] era algo venerado universalmente por los musulmanes, y ya que había comprado en Ceilán un espécimen muy grande y bonito de dicha piedra, lo inserté en un anillo formado por una banda de oro en la que se entrelazaban dos serpientes. Y descubrí que Burton estaba en lo cierto. Sólo tuve que enseñar el anillo para conseguir el mayor respeto posible. De hecho, en cierta ocasión en que una discusión de café había degenerado en una especie de riña callejera, en la que salieron a relucir los puñales, me acerqué hasta el lugar en que tenía lugar la escaramuza y tracé en el aire unos símbolos mágicos, mientras salmodiaba el comienzo de una de las azoras del Corán. El alboroto se detuvo al instante, y pocos minutos después las dos partes se acercaron a mí y me rogaron que les diese mi veredicto, pues estaban seguros de que yo

era un santo.

Tuve la costumbre de observar las cinco oraciones de los mahometanos ortodoxos, y aumenté mi fama de piadoso al recitar continuamente el Corán, mientras caminaba o realizaba alguna otra ocupación propia de la clase superior de los derviches.

No tardé mucho en darme cuenta de que Neuburg, con su andar desfallecido y sus erráticos gestos, su apariencia de perro ahorcado y su risa lunática, podría afectar negativamente a la estimación que los nativos podían sentir por mí, por lo que convertí aquel riesgo latente en algo positivo al afeitarse la cabeza, dejándole solamente dos mechones de pelo en las sienes, que retorcí hacia arriba para darles la apariencia de cuernos. Así pude hacerle pasar por un demonio que había domesticado y entrenado para que me sirviera de espíritu familiar, con lo cual mi fama aumentó grandemente. Cuanto más excéntrico y horrible apareciese Neuburg, y más grotesca y locamente se comportase, mayor sería el respeto que los habitantes de aquella región sentirían por el mago que había sido capaz de dominar aquel genio tan fantástico y sobrecogedor.

No hay duda alguna de que Crowley desconocía las opiniones de «los nativos» sobre él y su demonio domesticado.

Aunque no lo consignara por escrito, lo que había hecho, o intentado hacer, al afeitarse la cabeza a Neuburg, dejándole sólo dos mechones de pelo en las sienes, era darle la apariencia de Pan, el dios de la magia y el deseo, tan caro a su corazón. Neuburg, con su apariencia de gnomo, contribuyó a dar crédito a la transformación. Pues aquél era Neuburg, «Pan», el amante que le montaba, cuando a él le apetecía ser montado. Aquella pareja de adeptos, uno bajito y otro de mayor estatura, con una mirada hipnótica en sus negros ojos, es algo difícil de imaginar; pero, en una de sus obras, por lo demás, bastante difícil de encontrar, nos da cierta ayuda para que nos imaginemos la escena, de manera que lo que parece pura fantasía se convierte en una realidad más próxima, la realidad de la Bestia y de Neuburg:

Es el crepúsculo, y los rosados rayos caen oblicuamente sobre el bosque, trazando motivos de hechizante maravilla en el terciopelo del claro. Un resplandor rojizo brilla en la marmórea mirada del más glorioso de todos, del hijo de Arcadia, del inefable Pan —¡Pan! ¡Pan! ¡Io Pan!—, ante el cual me encuentro postrado con vestiduras informales y flotantes, de tal suerte que el rojo ardor de Apolo quema mi ardiente y estremecida carne, mientras yazco anhelante en total sumisión ante el más glorioso de todos, sin atreverme a levantar mis ojos hacia la rosada lanza de piedra de Paros. El amor de mi corazón funde todo el invierno de mi cuerpo, y una salada y cálida fuente mana a borbotones de mis ojos, derramándose en el suelo... ¡Seguro que en primavera brotarán de él violetas verdes!

Y entonces, en la quietud del crepúsculo, vendrán unas silenciosas pezuñas que pisarán el reluciente césped, y sentiré un cuerpo elástico y peludo que me agarra, mientras la venerable vara se abre paso en mi ser, de tal manera que todos los cimientos de mi cuerpo se estremecen. El pesado aliento y los lujuriosos besos de un fauno se insinúan en mi cuello, mientras sus dientes se afirman en mi carne; un terrible jadeo agita nuestros cuerpos, en mitad del aire, con la atlética pasión que nos funde con el supremo dios (oculto en el centro de la materia) y la vida de mi extraño amante hierve dentro de mi vientre. Hay un ronroneo, como el de una miríada de ninfas y faunos, sátiros y dríades —una agitación de las aguas de la vida—, nos desplomamos en el éxtasis (algo parecido a la muerte) con el entrecortado murmullo de «¡Pan! ¡Pan! ¡Io Pan!», mientras el marmóreo esplendor que se halla frente a nosotros nos regala con una afable sonrisa que recorre nuestros inmóviles y desfallecidos cuerpos, mientras cae el último rayo de sol. (*The Scented Garden of Abdullah the Satirist of Shiraz*, 1910)

Mientras Crowley vagaba por el desierto en compañía de Neuburg, invocaba a los Aethyrs en los momentos y lugares más convenientes, a razón de uno por día. Cuando llegaron a Bou Saada, el 30 de noviembre, iba por el vigésimo Aethyr; el 8 de diciembre se aventuró de nuevo en el desierto, llegando a Biskra el 16. La ronda de los Aethyrs concluía el 19 de diciembre.

El vigesimoctavo Aethyr, que recibe el nombre de BAG, fue el primero de la nueva serie que invocó en el desierto norteafricano, con la ayuda de Neuburg. Como de ordinario, el demonio se asomó al exterior de la piedra: su rostro era negro, y sus ojos, que carecían de pupila e iris, blancos. «El rostro es verdaderamente terrible», dijo Crowley.

Y el ángel exclamó: «¡Oh, hombre!, ¿quién eres tú que se atreve a penetrar el misterio? ¿No sabes que está sellado hasta el Fin de los Tiempos?».

En lugar de responder a la pregunta, Crowley comenzó a considerar la naturaleza del tiempo, lo que encolerizó al susodicho ángel. Mediante esta estratagema, Crowley rasgó el velo y penetró en el Aethyr, en donde vio al ángel en su verdadero aspecto: «Su atavío es negro bajo los velos de ópalo, pero orlado de blanco, y tiene el vientre reluciente de un pescado, enormes alas de plumas blancas y negras, innumerables patas y pinzas, como las de un ciempiés, y una larga cola parecida a la del escorpión. Su tórax era humano, pero surcado de rayas ensangrentadas». Estos rasgos, que debían convertir al ángel en algo terrible, sólo hicieron de él una cosa más bien ridícula, como la criatura de *La metamorfosis* de Franz Kafka.

Llevaría bastante tiempo describir todos los Aethyrs del ciclo completo, y además sería algo repetitivo. Sin embargo, el décimo Aethyr, que es llamado ZAX, y que se halla guardado por el terrible demonio Choronzon, merece ser descrito, ya que es el más dramático de todos ellos. Kelly llamaba a Choronzon «ese poderoso diablo». Crowley, sobre aviso, tomó precauciones especiales antes de invocarle. Da la impresión de que no estaba tan preocupado por su propia seguridad como por la de su Escriba. Y ya que Neuburg no le acompañaría hasta el Aethyr, era evidente que pensaba que Choronzon pudiera acompañarlo a él de regreso a la Tierra.

Crowley describió el décimo Aethyr como un lugar maldito, y antes de proceder a la invocación, trazó en medio de las dunas un círculo mágico para proteger a Omnia Vincam, y lo fortificó con los nombres sagrados de Dios: Tetragrammaton, Shaddai El Chai y Ararita. Después trazó cerca de él un triángulo en el que inscribió el nombre del terrible demonio Choronzon, el Morador del Abismo. Y cubriendo cada uno de los lados del triángulo, escribió, respectivamente, Anaphaxeton, Anaphaneton y Primeumaton, otros nombres del Dios de todas las Huestes Celestiales, para impedir a Choronzon salir del triángulo, en el caso de que consiguiera conjurarlo, y confinarlo en su interior. Y en cada uno de los tres vértices, Crowley escribió MI-CA-EL, el nombre del Santo Arcángel Miguel.

Los dos magos habían llevado con ellos, desde que salieron de Bou Saada, tres pichones y Crowley procedía en aquel momento a cortarles el pescuezo en cada uno de los vértices del triángulo. La arena absorbió rápidamente la sangre. A continuación, Neuburg entró en el círculo y pronunció ante el hermano Perdurabo, su guía y maestro, este solemne juramento:

Yo, Omnia Vincam, novicio de la A.'.A.'. , aquí presente, prometo solemnemente por mi honor mágico, y juro por Adonai, el ángel que me guarda, defender este círculo mágico del Arte con pensamientos, palabras y obras.

Prometo amenazar con la Daga, y hacer regresar al triángulo al espíritu incontinente, si pugnase por escapar de él; y golpear con la Daga a cualquier cosa que desee entrar en este Círculo, aunque tuviese la forma del propio Vidente. Y que seré extremadamente cauteloso, y me armaré contra la fuerza y la astucia; y que conservaré, aun a costa de mi vida, la inviolabilidad de este Círculo. Amén.

Y requiero a mi Santo Ángel de la Guarda para que atestigüe mi juramento, y que si lo quebranto, pueda llegar a morir y ser olvidado por él. Amén y Amén.

Tras esto, Crowley entró en el triángulo, que describió como «un lugar secreto en donde no existen vista ni oído», sentándose en una de las posiciones del *Hathayoga*, la llamada «del trueno». Se había vestido con una túnica negra, cuya capucha le cubría completamente la cabeza, pero que le permitía ver a través de dos hendiduras a la altura de los ojos.

Éste es el único ejemplo registrado de un mago que se sienta por su propia voluntad en el interior del triángulo del exorcismo, en lugar de permanecer dentro de la protección del círculo mágico. Equivalía a invitar al demonio a tomar posesión de él, cuando fuese invocado a aparecer en el interior del triángulo. Como consecuencia de esta temeraria acción, ha llegado a sugerirse que Crowley estuvo obsesionado, por el resto de su vida, con el demonio Choronzon. Es algo con lo que no estoy de acuerdo: la obsesión era mucho anterior, pues Choronzon había llegado después que Aiwass.

La ceremonia comenzó con la ejecución, por parte de Neuburg, de los rituales de purificación del Pentagrama y del Hexagrama, las estrellas de cinco y seis puntas, respectivamente, que se usan en la magia, y que impelen a los espíritus malignos, o a las presencias indeseables, a alejarse de las inmediaciones del círculo. Crowley dijo de aquellos rituales preliminares que si se realizaban correctamente, el mago notaría en la atmósfera una sensación de particular pureza.

Cuando hubo terminado con aquellos rituales, Neuburg los completó, invocando a los arcángeles y a sus huestes para que guardasen el círculo; sabía que si llegaba a notar una sensación de recogimiento, eso significaría que se habían hecho presentes.

A continuación, Neuburg comenzó a murmurar la traducción de Crowley del Exorcismo del Papa Honorio^[61]:

¡Oh, Señor! ¡Líbrame del gran miedo al infierno y a la oscuridad!
¡Libera a mi espíritu de las larvas de la tumba!
Las busco sin miedo en sus tremendas moradas:
Sobre ellas impondré mi voluntad, la ley de la luz.
Ordeno a la noche concebir el hemisferio esplendente.
¡Levántate, oh, Sol, levántate! ¡Oh, Luna, brilla blanca y clara!
Las busco sin miedo en sus tremendas moradas:
Sobre ellas impondré mi voluntad, la ley de la luz.
Sus rostros y formas son terribles y extraños.
Con mi poder, cambiaré en ángeles aquellos diablos.
Sin miedo me dirijo a los horrores sin nombre:
Sobre ellos impondré mi voluntad, la ley de la luz.
Son los pálidos fantasmas de mi atónita vista,
Y sólo yo puedo renovar su marchita belleza;
Pues en los abismos del infierno me zambullo sin miedo:

Omnia Vincam se sentía en un estado mental de osadía: si Choronzon, el primero y más peligroso de los príncipes del mal, intentaba atraparlo podía utilizar su daga mágica para protegerse, y además, su vara mágica. Crowley le había exhortado a golpear sin miedo a cualquier cosa que intentase entrar en el círculo, «aunque tuviese la apariencia del propio Vidente», y él había prometido cumplirlo. También le había advertido que no se saliera del círculo, en cuyo interior se había sentado, revestido de sus atavíos mágicos.

«En el Abismo más profundo se encuentra el no-ser», dijo Crowley, comenzando a contar al Escriba lo que veía en el topacio, «pero de su nada salen constantemente formas.» Este estado de indecisión no duró mucho. De repente, el espíritu del Aethyr, el poderoso diablo Choronzon, saltó hacia fuera, gritando fuertemente:

«¡Zazas, Zazas, Nasatanada Zazas!»

Aquellas palabras, precisó Crowley, provenían de alguna visión atávica: se decía que con ellas Adán había abierto las puertas del Infierno. Según la tradición, son las palabras que sirven para abrir el Abismo.

Choronzon, que en aquella ocasión no sería descrito, pero que debía tener un aspecto terrible, aún en el interior del topacio, comenzó a hablar:

Yo soy yo. Soy el Que Posee la Forma, y toda forma proviene de mí. Me he aislado a mí mismo de todo derroche, mi oro se halla a salvo en la cámara del tesoro, y he hecho de toda cosa viviente mi concubina, que nadie, excepto yo, podrá tocar. Y sin embargo, me encuentro agotado, incluso tiritó con el viento. Él me odia y me atormenta. Él me habría robado a mí mismo, pero yo me encerré y me reí de él, aunque por esa causa me atormenta. De mí proceden la lepra, la sífilis, la peste, el cáncer, el cólera y la epilepsia.

No considero necesario decir nada más respecto a los viajes de Crowley por los Aethyrs y de los ángeles y diablos que encontró en ellos. Pues el que escribe y habla es Crowley, que no consiguió poner en boca de Neuburg ni siquiera una palabra que fuera pronunciada por algún poderoso demonio. Choronzon no resulta muy convincente como personaje, Crowley se quedó corto y Neuburg permaneció en silencio.

Crowley utilizó la terminología del sistema enoquiano del profeta Enoch o Henocho de Dee: Llaves, Invocaciones, Aethyrs, Atalayas, pero sin comprenderlo. Nadie lo ha conseguido, ni siquiera el propio Dee. Lo más que se puede decir, sin riesgo de incurrir en error, es que la magia enoquiana de Dee permite establecer el contacto con los ángeles de los diferentes Aethyrs, que se hallan más allá de nuestro espacio tridimensional, tras una serie de iniciaciones al efecto. «Y Henocho se encaminó hacia Dios, dejando este mundo.»

Pero el Santo Ángel de la Guarda de cada uno, si es que se aspira a su conocimiento, se basta y sobra para derramar la Luz que se necesita para calmar el ansia espiritual. Por ello, los viajes astrales que Crowley efectuara con Neuburg en el

desierto de Argelia, supuestamente en concordancia con el sistema enoquiano de Dee, fueron superfluos.

Dee también llegaría a hablar con Dios, quien según él le diría que se había comportado como «una ramera». Nada dice el mago de lo que había hecho de forma errónea, o de lo que no había conseguido hacer, para que Él se mostrase tan desdenoso, pero no hay que ser un lince para darse cuenta de que, a pesar de su gran sabiduría, no había sabido comportarse a la altura de las circunstancias de su compromiso espiritual.

The Vision and the Voice no resulta tan válida como otras obras en prosa o verso que tratan de la magia. Como dijo el doctor Ben Johnson, «Señor, un hombre será capaz de escribir sobre esa materia, con tal que deje que su mente se *abandone* en ella». Despojado de su palabrería, no viene a ser otra cosa que el grito con el que Crowley desafía a sus malvados padres. Con anterioridad ya nos había ofrecido cosas semejantes, y en el futuro lo seguiría haciendo. Sólo un poeta que carece totalmente del sentido de la autocrítica es capaz de publicar un libro como *The Vision and the Voice*, y añadir después un comentario que oculta la obra en una nube de asociaciones y correspondencias irrelevantes. Víctor Neuburg o el hermano Omnia Vincam («Capaz de vencer a todos») estaba enamorado de Crowley. En uno de sus libros de poemas, Neuburg escribiría:

Dulce mago, por cuya escalinata llegué
hasta el sagrario del más obsceno de los dioses.

El «mago» era Crowley, y el más obsceno de los dioses, Pan, o Príapo. En el hotel de Biskra en el que residieran durante su recorrido por los Aethyrs, Neuburg escribió al dictado una larga carta que Crowley envió a Fuller, fechada el 18 de diciembre de 1909, en la que puede observarse una descripción del mismo Neuburg:

He estado corrigiendo con sumo cuidado las pruebas del *Temple [of Solomon the King]*, y el querido y amable Víctor ha tenido la gentileza de echarles un vistazo, pero está a punto de malograr su buena acción, pues me ha costado mucho trabajo mantenerle apartado de los muchachos árabes. Siente una enorme afición por los traseros morenos, debido a que cuando estaba en la escuela fue coceado por un hombre que usaba botas marrones, y, ya que además de pederasta es masoquista, se siente atraído por ellos.

No llegué a conocer a Neuburg, pero sí a la mujer con la que vivió los últimos diez años de su vida. Se trataba de Mrs. Tharp, a quien todo el mundo llamaba Runia. También atendía al nombre de Sheila McLeod, «la Dama», en la biografía, fruto de una excelente investigación, que sobre Neuburg escribiera Jean Overton Fuller. Durante dos años tuve un trato bastante cordial con Runia, puesto que yo vivía en uno de los apartamentos de la casa que ella tenía en el 84 de Boundary Road, en St. John's Wood, y solía asistir a la mayoría de sus veladas literarias, durante las cuales acostumbraba hablar largo rato. En una de aquellas sesiones, Runia concluyó su perorata disculpándose ante sus invitados, por haberlos tenido «tiranizados» tanto

tiempo. Neuburg había sido editor de la sección «El rincón del poeta», del *Sunday Referee*, un periódico de tirada nacional de aquel tiempo, por la que habían pasado gran número de poetas, de los cuales, el más importante había sido Dylan Thomas. En última instancia, Runia era considerada como la *femme inspiratrice* del grupo. Era una mujer alta, con una cabeza pequeña y redonda, que, a mi entender, le venía un poco holgada a su cerebro. Un día, le informé de que me disponía a conocer a Aleister Crowley. Al instante, la alarma se dibujó en su rostro. «No lo haga», me dijo. «¿Por qué no?», le contesté. «Porque echó a Víctor una maldición que me costó diez años de oración poder exorcizar.» Se estaba dando demasiada importancia, pues Crowley no era otra cosa que el sino de Neuburg, y Runia no podía ni imaginar la cadena con que la Bestia le mantenía apresado. La atadura entre ambos hombres era para ella algo desconocido, que nunca quiso investigar a fondo.

Neuburg murió en los brazos de Runia antes de que yo fuese a vivir al 84 de Boundary Road. En otra de las casas de la calle, justo enfrente de la de Runia, vivía Edward Fitzgerald, otro de los miembros del círculo de Crowley, que preparaba una lista de las numerosas publicaciones de la Bestia, lo que de verdad constituía un esfuerzo interesante. Se puso en contacto conmigo para intentar conseguir un ejemplar de *Olla*, la última obra que Crowley publicara antes de su muerte, ya que Crowley se había encargado de que enviaran toda la edición a mi apartamento de Adelaide Road, en Primrose Hill, del distrito noroeste de Londres. Yo era el «Ayudante del Gran Tesorero General» de la Orden (la O.T.O.) y, poco después, ejecutor literario y heredero de todos sus derechos de autor.

12

MARY D'ESTÉ STURGES

A causa de su necesidad de hallarse sometido a alguien, Neuburg se convertiría en la víctima voluntaria de los experimentos mágicos de Crowley, aunque también le vino muy bien para llenar sus depauperadas arcas. «No podría decir a quién se parece», escribe Crowley a propósito de Neuburg, «pues Dios, después de haberlo hecho, rompió el molde.» Charles Richard Cammell sería más objetivo al hablar de Neuburg:

Yo creo que era alguien del pueblo de las Hadas encerrado en un cuerpo humano... Su cabeza y su rostro eran grandes y llamaban mucho la atención, a causa, quizá, de sus notables rasgos hebreos: su genio era evidente.

Los roles de ambos eran complementarios y, además, uno estaba buscando alumnos, mientras que el otro iba en pos de un Maestro.

Por aquel entonces, comenzaron a aparecer nuevos libros de poemas de Crowley, en costosas ediciones encuadernadas: *Amphora*, «impreso en una edición reservada sólo a la autora y a sus amistades más íntimas»; *The World's Tragedy* (su primer ensayo autobiográfico); *The Winged Beetle* («El escarabajo alado»); *Ambergris*, etc. Crowley dijo de 1908 que fue su *annus mirabilis* en lo referente a poesía. También publicaría en aquel año la colección de poemas eróticos que lleva por título *Clouds Without Water* (por el Rev. C. Verey), «impresa para uso privado de los ministros de la religión.»

El prefacio de *Ambergris* revela su frustración.

En respuesta a la general falta de interés hacia mis escritos, he aceptado publicar una breve, y poco representativa, selección de los mismos... que ha sido efectuada por una comisión de siete personas competentes, que decidieron por separado. Sólo se han incluido los poemas que obtuvieron mayoría de votos. Este volumen, casi ostentosamente democrático por esta razón, es sometido a la decisión del público británico...

También aparecería en 1909 el primer número de *The Equinox*, subtulado «La revista del Iluminismo científico». Más que revista eran gruesos volúmenes que aparecían dos veces al año, en los equinoccios vernal y otoñal. En realidad, no informaban sobre iluminismo o teorías científicas, sino sobre las actividades y objetivos de Aleister Crowley, quien afirmaba que «*The Equinox* era el primer intento serio que se realizaba para llevar al público la realidad de la Ciencia Oculta, así llamada desde el advenimiento de ese revoltijo, nada científico, por otra parte, de hechos y fábulas, que viene a ser la *Isis Desvelada* de la señora Blavatsky».

Desde su expulsión de la Golden Dawn y su discusión con Mathers, había comenzado a ambicionar una orden a su medida, de la que sería Jefe y fuerza impulsora, después de haber creado su filosofía y rituales. Pero antes que nada, había

que atender a su estructuración. La Golden Dawn era una confraternidad oculta dividida en tres categorías, una de las cuales, la que se correspondía con la Orden Externa, llevaba, propiamente, el título de Golden Dawn. Cuando sus miembros accedían al grado 5^o = 6^u, ingresaban en la Orden de la Rosa Roja y Cruz de Oro, cuyo grado más elevado era el 7^o = 4^u, que era el alcanzado por Mathers. Los tres grados que aún faltaban en la escala jerárquica, Magister Templi (Maestro del Templo, o Maestre del Temple) 8^o = 3^u, Magus 9^o = 2^u, e Ipsissimus 10^o = 1^u, conformaban la Orden de la Estrella de Plata, u *Ordo Argentei Astri*, pero eran de naturaleza tan sublime que sólo habían sido alcanzados por los mismísimos Jefes Secretos. Pero Crowley, después de la ceremonia denominada *Augoeides*, había ascendido al grado de Magister Templi, aunque aquel grado no sería asumido por él, de manera oficial, hasta 1909. De hecho, y desde 1906, había venido asumiendo la jefatura de la Estrella de Plata, o A.°. A.°. (de su otra denominación latina *Astrum Argentinum*), dada su condición de Jefe Secreto. En esta Orden que, en 1907, se fusionaría con los miembros disidentes de la primitiva Golden Dawn, mantendría la misma jerarquía que la anterior; se convertiría así en la organización más importante de la Gran Confraternidad Blanca, congregando en su seno a todos aquellos que hubieran sido capaces de franquear el Abismo a partir de los tres últimos grados, y que formarían su «Santuario Secreto», en palabras de Eckarthaussen, arropado por los siete grados previos. En el primer número, de marzo de 1909, de *The Equinox*, daría a conocer su A.°. A.°. Con la publicación de esta revista «oculta», Crowley engullid, de una vez para siempre, a MacGregor Mathers.

Es necesario, queridos hermanos, daros una idea clara de la Orden Interna, de esa comunidad de iluminados que se encuentra esparcida por todo el mundo, pero que está gobernada por una única verdad y unida en un único espíritu. Esta comunidad dispone de una Escuela, en la que todos aquellos que sufren la sed del conocimiento son instruidos por el mismísimo Espíritu de la Sabiduría; en ella, todos los misterios de la naturaleza han sido preservados para los hijos de la luz, así como el perfecto conocimiento de la naturaleza y de la humanidad. Y, brotando de su interior, todas estas virtudes penetran en el mundo...

Los volúmenes de *The Equinox* darían a conocer en sucesivas entregas, arropada en un grandilocuente mensaje, la biografía mágica de Crowley, *The Temple of Solomon the King*. Su autor era el hermano Per Ardua ad Astra, o sea, el capitán Fuller, quien, sin duda, debió de contar con la ayuda de Crowley tanto en la redacción como en las informaciones complementarias.

El segundo número de *The Equinox* incluye un ensayo de Crowley, «La psicología del hachís», el primero de sus escritos sobre el tema de las drogas. Fue escrito en Madrid, en agosto de 1908, «mientras mi discípulo Neuburg se hallaba indispuesto, a causa de un cólico, por lo que tuvimos que suspender en aquel punto del trayecto nuestro viaje a Bayona»: se trata, más bien, de las fantasiosas opiniones de Crowley respecto a la costumbre de masticar o fumar la *cannabis indica*. Trece años más tarde, aplicaría el mismo método a la heroína, la droga asesina, en su novela, *The Diary of a Drug Fiend*:

De 1898 a 1899 dejé Cambridge y me fui a vivir a Chancery Lane, en donde me sentí muy honrado de acoger como huésped a Allan Bennett. Ambos estudiamos y practicamos, durante muchos meses, la Magia Ceremonial, llegando, incluso, a escrutar los antiguos libros y manuscritos de los más reputados sabios, en busca de los grandes misterios de la vida y de la muerte. Y vimos que hay una historia que se repite a lo largo de todas las eras, y que, despojada de sus accidentes locales y temporales, viene a ser la siguiente: un joven busca la Sabiduría Oculta, por una u otra circunstancia se encuentra con un adepto del que, tras diversas pruebas, obtendrá, para bien o para mal, una poción o droga misteriosa, con el resultado final de que le abrirá las puertas del Otro Mundo... En Kandy, y por primera vez en mi vida, tomé a lo largo de un intervalo de cinco horas doscientas veinticinco gotas de láudano... Y creo que el tan traído argumento del hábito que uno adquiere al tomar drogas es algo que puede dejarse a un lado, por su naturaleza poco seria, pues sólo lo adquirirá aquella persona que ya haya sido destinada a convertirse en esclavo de la droga, o de cualquier otra cosa. Y puedo asegurar que será incapaz de resistirse a los encantos de cualquier hechicera.

Si uno toma una dosis lo suficientemente generosa, verá pasar las imágenes de su pensamiento a una gran velocidad, que, al final, acaba por ser vertiginosa. Y los pensamientos ya no serán tomados como tales, sino como sucesos que ocurren en el exterior de la mente. La Voluntad y el Ego se encuentran en estado de alarma, pudiendo llegar a sufrir un ataque y quedar maltrechos. Esto es lo más terrible de las drogas, que sólo podrá ser combatido por una gran fuerza de voluntad, y me atrevería a decir, que se haya forjado en las artes mágicas.

Por desgracia, Crowley carecía de esa fuerza de voluntad.

Poco antes de que saliese el tercer volumen de *The Equinox*, MacGregor Mathers conseguía un requerimiento que impedía su publicación. Mathers sostenía que los secretos de la Orden Hermética de la Golden Dawn, sobre los que reclamaba el derecho de propiedad, se pregonaban al mundo desde las páginas de aquella revista. Lo que era cierto: *The Temple of Solomon the King* contiene transcripciones al pie de la letra de los ritos secretos que Crowley, en el momento de su iniciación, había jurado solemnemente no revelar.

Para satisfacción de Mathers y sorpresa de Crowley, el juez Bucknill confirmó el requerimiento. Crowley atribuyó esta decisión al hecho de que Bucknill era un masón eminente «y aunque no tuviese ni idea de lo que se trataba, le parecía que había que partir del principio aceptado de que no podía publicarse ninguna cosa que otros deseaban mantener en secreto». Crowley presentó recurso, y antes de que la causa fuera presentada ante el Tribunal de Apelación, se aseguró el éxito mediante la consagración de uno de los talismanes de Abra-Melin, «que consigue el afecto de un juez». La causa fue llevada ante los jueces Williams, Moulton y Farwell. Crowley venció en su apelación y la decisión previa fue revocada.

Aquella fue la última escaramuza entre Crowley y MacGregor Mathers. En pocos años con la publicación de posteriores números de *The Equinox*, que contenían nuevos capítulos de *The Temple of Solomon the King*, la mayor parte de los rituales de la G.'.D.'. que aún faltaban fueron divulgados a los profanos. En 1918, Mathers moría víctima de una epidemia de gripe, y se dijo que Crowley lo había matado.

Ahora bien, *The Equinox* se hallaba repleto de artículos surgidos de la inagotable pluma de Crowley. Otros colaboradores en menor medida eran Fuller, Neuburg, Ethel Archer (que publicó en 1933 una novela acerca de Crowley y Neuburg titulada *The Hieroglyph*), George Raffalovich, Frank Harris y Meredith Starr (un poeta menor, como Neuburg). En 1913, la lista de miembros de la A.'.A.'. alcanzaba el sorprendente número de ochenta y ocho, entre los que se contaban Miss Nina

Hamnett, artista; Miss Gwendoline Otter («expulsada»); el conde Louis Hamon, más conocido como Cheiro, el quiromante («nos debe cuatro libras con cuatro chelines»), y una tal Miss Florence Penny («como no se case se volverá loca»).

El comentario que figuraba al lado del apellido «Neuburg» era el siguiente: «Un imbécil que carece de sentido moral.»

El número VII de *The Equinox*, aparecido en 1911, reproduce en una de sus páginas un dibujo que el artista Augustus John hiciera a Crowley mientras meditaba, con los ojos cerrados. John haría otros dos dibujos de Crowley, en 1912 y en 1946, poco antes de su muerte. Para pesar de la Bestia, John no aceptó pintar su retrato.

Crowley utilizaría en su Estrella de Plata los rituales y enseñanzas de la Golden Dawn; el instrumental mágico de la A.'.A.'.: espada, vara, copa, campana y buril^[62], era consagrado de acuerdo con la tradición G.'.D.'. , empleándose el Ritual del Pentagrama para la expulsión de los espíritus hostiles o, simplemente, de las presencias no deseadas.

El cuartel general de la A.'.A.'. se encontraba en Londres, en el número 124 de Victoria Street, que era la dirección en la que, supuestamente, se editaba *The Equinox*, y en la que se reunían sus miembros para recorrer sus itinerarios mágicos:

En una ocasión, el Dios vino a nosotros en forma humana (estábamos trabajando en un templo cerrado) y se quedó, perfectamente perceptible por todos nuestros sentidos, casi una hora, desvaneciéndose solamente cuando nos encontramos físicamente exhaustos a causa del éxtasis del contacto íntimo^[63] con Su divina persona. Caímos en una especie de sublime estupor; cuando recobramos nuestro ser, Él se había ido. En otra ocasión, y en Victoria Street, algunos de nosotros estábamos danzando alrededor del altar, cogidos de la mano, pero mirando hacia afuera. El templo estaba débilmente iluminado y oscurecido por el humo del incienso. De algún modo, el corro se rompió y nos encontramos danzando cada uno por nuestra cuenta. Y entonces, nos dimos cuenta de la presencia de un extraño. Algunos de nosotros contamos a los presentes, encontrando que había uno de más. No sé si uno de los hermanos más débiles se espantó, o si acaso uno de los más animosos recordó su deber ante la ciencia, y dio la luz. El hecho es que el extraño ya no estaba.

Una de las diferencias que existen entre la Golden Dawn y la A.'.A.'. estriba en que los miembros de esta última acostumbraban a usar drogas en las evocaciones de los espíritus y en sus recorridos astrales, lo que no hacían los miembros de la Golden Dawn, ya que sus rituales eran meramente ceremoniales. El diario mágico de Meredith Starr (su nombre verdadero era Herbert Close), uno de los miembros de la A.'.A.'. ofrece, solamente entre los meses de junio a agosto de 1910, toda esta abundante información:

11 de junio, sábado, 10:00 horas. Experimentos con *Anhalonium lewinii* realizados en The Equinox. Aleister Crowley me pidió que viniera. Dos dosis, cada una de 150 gotas.

PROLEGÓMENOS: Me pareció que sería capaz de mantener un control completo sobre los efectos de la droga. Podía dejarme llevar por ella, pero en todo momento podía volver a mis condiciones normales. No tenía ninguna dificultad para concentrarme en cualquier cosa y elegir el tipo de pensamiento que quería tener, desechando todos ellos excepto uno: que quería conseguir la autorrealización, más allá del cuerpo físico, integrando las tres consciencias, del cuerpo, del alma y del Yo (o del Espíritu). Podía suscitar en mi imaginación cualquier tipo de visiones o representaciones artísticas que desease. Mis facultades ópticas y visuales aumentaron

notablemente su agudeza. Todo tipo de ilusiones ópticas.

ESTADO FINAL: Me pareció hallarme en éxtasis. Inmunidad al dolor físico (me atravesé con alfileres los lóbulos de ambas orejas, sin llegar a sentir ningún tipo de molestias). Más allá del Tiempo y del Espacio. Total falta de sensaciones corporales: cuando caminaba no tenía la sensación física de caminar: controlaba mentalmente todo mi cuerpo.

Las escamas han caído de mis ojos... todo está cambiado... Veo... he pasado al otro lado del velo... Maravillosa sensación de bienestar y de fuerza y poder, físico y mental y espiritual.

Domingo, 10 a. m. Aumento de vigor físico. Puedo doblar un penique con el pulgar y el índice. He mesmerizado a un gato.

Será cuestión de recordar que el *Anhalonium lewinii* es una droga alucinógena: el gato *no* había sido mesmerizado, sino que era indiferente a las extravagancias de su dueño: «Cuando yo le llame, el gato se irá y en su lugar habrá un perro».

He llegado al Silencio... soy inmortal... omnisciente... Fui Cristo. YO SOY... Haré todo lo que me sea posible por la humanidad... Soy amor... Felicidad... Belleza... Soy el Todo... el Absoluto.

25 de junio, sábado, 10:00. Después de haber quemado abundante incienso y llevar sentado una hora en la habitación, descubrí, con gran sorpresa, que si pensaba en ciertas cosas podía llegar a *olerías*. Creo que se trataba de violetas, fresas y junquillos.

El incienso me causa una gran exaltación espiritual.

27 de junio, lunes. Neuburg me llevó a hacer un viaje astral. Sentí, claramente, que me encontraba fuera de mi cuerpo físico, pero no conseguía ver nada. Neuburg me explicó que me encontraba rodeado por una nube negra que se hacía más espesa a medida que él intentaba quitármela de encima. Me dijo que todo se había arreglado y que podía subir con él, pero, por mucho que lo intenté, no conseguí *ver* nada.

Lo intentaremos el próximo jueves, en que intentará obtener la asistencia de Crowley.

28 de junio, martes. Tomé 210 de anhalonium a las 4 p. m. A las 8 me fui a casa de Warren, donde permanecí hasta las 11:20. Lo que sigue es el resumen, muy condensado, de los resultados obtenidos, escrito poco después del amanecer del 29 de junio de 1910.

Warren pronunció el ritual de expulsión, y después leímos varios *manirás* y algunos fragmentos de THELEMA en voz alta. De repente, me di cuenta de que podía acceder a una inagotable fuente de poder. Pasaba a través de mí en una corriente ininterrumpida. Le comuniqué a Warren todo el poder que necesitaba, con lo que pudo llegar hasta Tiphereth (la sexta esfera de la manifestación divina del Árbol de la Vida, la «compasión» o «belleza» de Dios). Yo creo que debía hallarme en Tiphereth o en Kether (la «corona suprema» de Dios); pues podía dirigirme a todas partes. Recorrí todos los estadios y grados del Templo, ahora estoy fuera, y no dependo de él. W. y nos fuimos a visitar The Equinox (el apartamento de Crowley en Victoria Street, S.W.1). Vimos a Crowley en mitad de su harén. Le hablamos... pero no sé si llegó a oírnos.

Lo del *harén* hace referencia a que, por aquel tiempo, Crowley disponía a su antojo de muchas mujeres.

Desde aquel abismo de luz pasé a un azul indescriptible, donde $0^\circ = 10^u$, y todos los colores se mezclan, de manera que llegan a perderse, y más tarde al sanctasancórum.

Mi principal *mantra* y foco de concentración decía así:

¡Poder más allá de todo Poder,

y Fortaleza más allá de toda Fortaleza!

Comí alimentos mágicos (que habían sido convertidos en tales) —y bebí agua mágica— y realicé un viaje astral, acompañado por C. D. M. (un amigo).

¡Poder más allá de todo Poder,

y Fortaleza más allá de toda Fortaleza!

Olvidé toda sensación de malestar, pues supe que no llegaría a seísmo cosas que serían sumamente saludables a mi cuerpo físico.

W. y yo vimos a Crowley cerca de unas rocas solitarias, antes de me zambullera en el abismo de luz, vestido con una túnica de color azul-púrpura con capucha, que estaba provista de agujeros para los ojos.

¡Yo soy (YO SOY) Adonai! Me parece que se trata de mi yo superior.

Ahora *estoy seguro* de que poseo la mayor capacidad de *poder* mágico que sea accesible a hombre alguno — Voluntad ilimitada e invencible— y

¡Poder más allá de todo Poder,
y Fortaleza más allá de toda Fortaleza!

Ahora estoy seguro de que podría superar fácilmente la mayoría de los récords deportivos del momento — pues sólo tengo que requerir (ordenar) tener fortaleza— ya que soy todo fortaleza, fuerza y vigor.

Podría escribir un diario tan largo que ni siquiera todo el papel del mundo podría contenerlo —pero no lo haré —. Es mejor callar —Ya sabréis por qué.

Puedo tomar anhalonium con toda tranquilidad, ya que, bajo su influencia, consigo eliminar todos sus efectos negativos.

29 de junio, miércoles. Visto Crowley a eso de las 12. Me parece un tanto escéptico respecto a que yo tenga el poder. Hice que Neuburg y Raffalovich llegaran a sentirlo cuando les puse la mano sobre la frente. Crowley me dijo que le agradaría que tomara 10 granos de Calomel, para ver si me hacía efecto... mientras yo intentaba olvidar que me lo había tomado. Así lo hice, a eso de las 6 p. m., y después me fui a jugar al tenis... me sentí cansado antes de comenzar el partido, pero cuando me puse a jugar, nunca lo había hecho tan bien.

1 de julio de 1910, viernes. A las 10 a. m., justamente después de despertarme, me he sorprendido al comprobar que no podía sentir los latidos de mi corazón... No tenía ni el más leve temblor... pero me encuentro perfectamente bien. La energía mental es tan buena como siempre.

3 de julio de 1910, domingo, 10:00. RESPIRACIÓN Y CONCENTRACIÓN. Tiempo: 40 min. 7:00-7:40 p. m. Inspiración y espiración, ambas fosas nasales. Ojos cerrados. Quemado incienso de Isis. RESULTADOS: Después de concentrarme intensamente en la respiración durante un breve intervalo de tiempo, fui consciente, sin previo aviso, de un cambio drástico. Me daba la impresión de haberme convertido en algo enorme, vasto, ilimitado, y de moverme en el espacio a una velocidad terrorífica. Entonces conseguí parar, pero la sensación de moverme en una región ilimitada no me abandono, sino que se hizo más intensa. Y era tan real como si yo fuera un gigantesco gigante. Intenté mirarme a los pies, pero hube de desistir, pues me sentía muy mareado y parecía que iba a caerme.

Dejé la concentración después de lo que me parecieron unos pocos minutos. Observé, sorprendido, que había estado practicando durante casi tres cuartos de hora. Al instante de dejar de concentrarme, en cuanto recuperé el usual ritmo respiratorio, pude deleitarme con un extraordinario perfume que nunca había oído. Puedo asegurar que *no* se trataba del incienso. Su delicioso aroma no puede ser expresado con palabras, era sutil y penetrante, delicado y exquisito, más allá de cualquier posible comparación. Consiguí arrebatarme en un éxtasis delicioso. La «sensación de ser un gigante» me abandonó en cuanto volví a la respiración normal.

Las sensaciones que llegaban a mi mente eran claras y placenteras... y una de ellas me decía que acababa de conseguir algo con lo que nunca me había encontrado.

El anhalonium puede inducir a megalomanía, así como a visiones de tipo alucinatorio. Starr también reseñó por escrito los experimentos que hizo con opio y cannabis, por motivos mágicos, así como los efectos perturbadores, tanto físicos como mentales, que tenían en su persona. En una carta que enviara el 7 de septiembre de 1955 a Kenneth Grant, le dijo que Crowley timó a mucha gente que él conocía personalmente, y que la Bestia ejercía «una aterradora influencia sobre muchas personas».

El hermano V.V.V.V.V.^[64] (las iniciales del nombre mágico adoptado para el grado de Magister Templi), y misterioso dirigente de la A.'. A.'. , también conocido como sir Aleister Crowley (había sido nombrado caballero, así dijo, por sus esfuerzos realizados a favor de la causa carlista^[65]), podía ser reconocido fácilmente por el mechón de cabellos que aparecía en su frente, que en otras circunstancias habría parecido completamente afeitado, y que era el símbolo del vicerregente del Sol; o, en otras palabras, el falo. Aparte de este excéntrico peinado, el cuerpo de Crowley había ido prosperando en flojedad, de suerte que su estructura hética se veía ahora adornada

con una panza.

Oliver Haddo, el héroe de la novela de Somerset Maugham *El mago* (*The Magician*), es descrito en ella como un individuo corpulento al que le gustan las ropas chocantes. Esta novela resultó para Crowley de considerable gratificación:

A finales de 1908, adquirí un libro. El título me atraía fuertemente, *El mago*, y su autor... ¡bendita sea mi alma! no era otro que mi antiguo y querido amigo, William Somerset Maugham, mi querido y joven doctor que recordaba tan bien de aquellos entrañables días de antaño, en Le Chat Blanc. Así que había escrito realmente un libro... ¡quién lo hubiera creído!... el mago, Oliver Haddo, era Aleister Crowley; su casa «Skene» era Boleskine. Las ingeniosas ocurrencias del héroe eran, en gran parte, las mías... Pero me he precipitado un tanto al concluir que «Maugham había escrito un libro». Frase tras frase, párrafo tras párrafo, página tras página, me asaltaba el extraño sentimiento de lo familiar; y entonces recordé que en mis antiguos días de la Golden Dawn había introducido a Gerald Kelly en la Orden, recomendándole que leyera una selección de libros sobre magia. Reflexioné sobre el hecho de que Maugham se hiciese muy amigo de Kelly, y pasase algún tiempo en la vicaría de Camberwell. Maugham había utilizado algunos de los episodios más personales de mi vida, mi matrimonio, mis exploraciones, mis aventuras con la caza mayor, mis convicciones mágicas, mis ambiciones y empresas, y demás... No estaba ni mucho menos ofendido por los esfuerzos que hacía el libro para presentarme, de muchas maneras, como un canalla de la especie más atroz, porque el autor había hecho justicia a cualidades de las que me sentía orgulloso... *El mago* era, de hecho un reconocimiento a mi genio, de manera tal que nunca había soñado poder inspirar a nadie.

El primer aviso de la ruptura del matrimonio de Crowley se dio al hacerse patente que Rose comenzaba a beber en demasía. Desde luego que su matrimonio no había sido un éxito; ningún matrimonio con Crowley, que se daba a sí mismo el título de Vagabundo de la Desolación, podía llegar a ser otra cosa que un desastre. Después de su regreso de Tánger en 1907, descubrió que sólo en una tienda, y en cinco meses, la cuenta de Rose ascendía a 159 botellas de whisky.

Estando en París, escribiría una carta, con fecha del 3 de junio de 1908, al médico de Rose, W. Murray Leslie, M. D., que vivía en el número 74 de Cadogan Place, Sloane Square, London, S. W.:

Hoy por la tarde he recibido su carta. Regresaré a Inglaterra sólo si usted lo considera necesario. Mi posición es ésta: la vida con Rose es intolerable porque me cierra la puerta de la casa, insulta en mi propia mesa a sus mismísimos invitados, utiliza con los criados un lenguaje impropio, da vueltas por Bond Street molestando a los transeúntes, pasa de una crisis de histeria a otra, cuenta a las gentes mentiras infames e imposibles acerca de mí, etc., etc., etc., *ad nauseam*. Mi deber para conmigo mismo es aguantarme, pero respecto a ella es hacer todo lo posible para que se cure. No sé si usted comprende hasta qué punto Rose se halla sujeta a los engaños de la locura. Yo no viviré en la misma casa con ella y una ex-prostituta borracha de Piccadilly (a la que, Dios sabrá por qué motivo, llama su criada), y por esta razón me he ido. No quiero que cuando se caiga por las escaleras y se mate nadie diga que yo la golpeé con una llave inglesa. E insisto en que debe hallarse sobre aviso cuando llegue el momento en que intente estrangular a la niña. No deseo que mi vida sea una retahíla de «escenas», niirme a dormir con la sensación de hacerlo en un matadero. Mis nervios estaban totalmente alterados por el infierno del último año; afortunadamente, en este mes, transcurrido entre Venecia y París, he conseguido reponerme. Suyo afectísimo.

Pocos días antes le había escrito a Fuller lo siguiente:

No creo que debamos negarnos a aceptar que ahora estoy soltero a todos los efectos y compromisos, y lo que es mejor, ¡en la gloriosa e inexpugnable posición de quien no podría casarse aunque quisiera!

En 1909 tuvo lugar el divorcio de los Crowley, después de que Rose convenciera a Aleister de que le pasase mensualmente una modesta suma para Lola, la hija de ambos. En aquel momento Crowley no disponía de dinero, pero a la muerte de su madre heredaría 4.000 libras. Así pues, dispuso que los intereses, siempre que fuera posible, y según el buen entender de los dos administradores, George Cecil Jones y Oscar Eckenstein, se repartieran entre su hija y él.

La actitud de Crowley respecto a su mujer se halla reflejada, en parte, en el cuarto y último poema que ella le inspiró, *Rosa Decidua*, esto es, «Rosa caduca»:

¡Rosa del Mundo!
¡Pero vaya mundo!
¿Qué gusano yace enroscado desde el principio
en su rojo corazón? Deshojada, arrancada, pisoteada,
y totalmente podrida está...

El poema fue publicado con una fotografía del autor y su familia, en la que todos sonríen tímidamente, como si la suya fuese la más feliz mundo, y un ejemplar le fue enviado a lord Salvesen, el juez que había atendido la causa de su divorcio, aceptando las evidencias presentadas por Crowley.

En otoño de 1911, Rose ingresó en un hospital para enfermos mentales, o manicomio, como se decía por entonces, aquejada de demencia producida por el alcoholismo. Su matrimonio con Crowley no había sido feliz: se decía que llevaba a casa a sus amantes y que a veces la colgaba a ella de los pies dentro del armario.

Durante la primavera de 1910, Crowley y Leila Waddell, su Mujer Escarlata, fueron huéspedes en Dorset del comandante Marston. Cierta día, practicaron el ritual que evoca a Bartzabel, el espíritu de Marte. Su anfitrión quedó impresionado y les aconsejó que lo convirtieran en un espectáculo público. Esta idea fue puesta en práctica después de que Crowley y Leila practicaran otro ritual, bajo la influencia, esta vez, del anhalonium. Crowley recitaba poesías, mientras Leila tocaba el violín, «uno enfrente del otro, ambos ante el Señor».

El anhalonium (*Anhalonium lewinii*) había sido analizado e identificado por Louis Lewin, un químico alemán. Se obtiene de la planta del peyote, cuyas maravillosas propiedades eran bien conocidas de los indios de América Central, que llegaron a venerarla como a un dios. Lewin dijo de ella que

Ninguna otra planta provoca modificaciones funcionales del cerebro tan maravillosas. Mientras que la adormidera consigue la separación gradual del alma y de la mente de todas las sensaciones terrenales, conduciéndolas sin esfuerzo hasta el umbral de la muerte, y a su propia liberación, suponiendo, por ello, un consuelo y una bendición para todos aquellos que se sienten agotados y atormentados por la vida, el anhalonium procura a los que lo usan, a causa de su peculiar excitación, placeres de un tipo muy especial. Aunque estas sensaciones asuman simplemente la forma de alucinaciones sensoriales, o de una extraña concentración de la vida interior, son de tal naturaleza y tan superiores a la realidad, tan inimaginables, que la víctima se cree transportada hasta un nuevo mundo de sensibilidad e inteligencia.

Crowley no habría estado de acuerdo con Lewin en este punto: según él, el

anhalonium (y otras drogas) permite a uno ascender hasta el plano astral. Por supuesto que tendrá que saber lo que tiene que hacer una vez llegado allí, y por ello necesitará una previa preparación mágica.

Se aventuraba en aquellos dominios extraterrestres buscando alguna explicación a algunos pasajes, de por sí inexplicables, del *Libro de U Ley*, o para encontrarse con Aiwaz; y había veces que sospechaba, o daba en pensar, que su identificación con Aiwaz, o Aiwass, era total.

Crowley desarrolló siete ritos, uno para cada uno de los siete planetas, a los que dio la denominación general de «Ritos de Eleusis», que puso en práctica, durante siete miércoles seguidos, y a las nueve de la noche, en Caxton Hall, Westminster, durante el otoño de 1910. El efecto que se pretendía conseguir con dichos ritos no era otro que llevar a los asistentes a un estado de éxtasis religioso, previo pago, como es natural, de cinco libras con cinco chelines.

En el programa podía leerse lo siguiente: «Desde los días de la antigua Grecia no se llevaba a cabo nada tan impresionante como estas ceremonias. Parecen poseer un oculto poder que suscita las más elevadas emociones entre los presentes, invitándoles a participar en ellas».

Los Misterios Eleusinos, antaño celebrados anualmente en Eleusis, eran las ceremonias religiosas más célebres de la Grecia antigua. La leyenda en la que se apoyan es aquella que habla del rapto de Perséfone, hija de Deméter, por Hades. No hay relación alguna entre los Ritos de Eleusis de Crowley, en los que es exaltado Pan, el dios de la lujuria, y los Misterios Eleusinos de Grecia. Más aún, a lo que apuntan los ritos de Crowley, de acuerdo con su propia filosofía, es a la inexistencia de Dios, de manera que uno pueda hacer lo que quiera. Los personajes que durante la representación llaman a la puerta del cielo son informados de que Dios ha muerto. (Pero, por lo que parece, Pan todavía sigue vivo.) Por eso la meta del hombre es procurarse el placer entre los vivos.

La sala de Caxton Hall en la que se realizaban los ritos se hallaba tenuemente iluminada por una parpadeante luz situada sobre un altar, y el aire estaba cargado del humo del incienso. Los asistentes se sentaban sobre taburetes dispuestos en fila. El reportero del *The Looking Glass* observó que muchos de ellos se encontraban ocupados por hombres y mujeres en traje de noche.

Crowley, ataviado con su túnica de la Golden Dawn, recitaba la parte lírica; Leila Waddell, vestida de una manera similar, tocaba el violín; Neuburg bailaba la danza de Pan «en honor a nuestra Artemisa», y acababa desplomándose exhausto en mitad del escenario. «Sospecho que era el mejor de los tres», comentó Crowley. «Daba la impresión de que nunca llegaba a tocar el piso.»

El comentario de *The Looking Glass* a los Ritos resultó desfavorable, al tachar de incoherente la parte lírica.

El propietario y editor de aquel periódico, De Wend Fenton (que en 1913 sería multado con diez libras por enviar por correo material Pornográfico) se apresuró a

investigar el pasado de Crowley; y en los siguientes números de *The Looking Glass*, que traían la noticia de la celebración de otros ritos, informó a sus lectores de que Crowley había tenido amoríos con una sombrerera que trabajaba en Burlington Arcade. Crowley también había vivido con «el ruinmente llamado monje budista Allan Bennett», y bajo su techo habían sido cometidas «inmoralidades innombrables». George Cecil Jones también se veía metido en el asunto, pues se había mezclado en aquellas inmoralidades innombrables.

El capitán Fuller, que era amigo de Jones tanto como lo era Crowley, sugirió a éste que demandase a *The Looking Glass*, pero él se negó. Bennett, que se encontraba meditando sobre los males de la existencia en un monasterio budista de Birmania, nada supo de aquello, que, por otra parte, nada le habría importado; pero Jones, que tenía mujer y cuatro hijos, estaba considerablemente irritado.

La causa de Jones contra *The Looking Glass* fue oída en abril de 1911 por el juez Scrutton y un jurado. Crowley, que no era testigo de ninguna de las partes, fue descrito por el abogado de la defensa como «una odiosa y abominable criatura». El juez Scrutton parecía encontrarse más bien perplejo por todo aquello, y hacía notar que le recordaba al juicio de *Alicia en el País de las maravillas*.

Crowley, indiferente a su reputación, se divertía en grande.

A cada momento aparecía algún hecho misterioso que yo habría podido explicar mejor que cualquiera. «Sin duda», murmuraba el juez, «la persona más apropiada para informar a la corte de todo esto es el señor Crowley. ¿Por qué no llaman ustedes al señor Crowley?». Y ambas partes deploraban la imposibilidad de descubrir dónde estaba el señor Crowley, aunque yo me hallaba sentado allí, en mitad del público, *lippis et tonsorihus notus* [«reconocible por los ojos hinchados y la cabeza afeitada»].

La defensa llamó al doctor Berridge, miembro de la Golden Dawn, quien repitió una conversación que había mantenido con Crowley, en la cual le había informado que tenía la reputación de ser sodomita.

Dr. Berridge: En una ocasión, cuando Crowley vino en calidad de mensajero de ciertos asuntos concernientes a la Orden, tuve la oportunidad de hablar a solas con él, y le dije: «¿Sabe de lo que le acusan?». Me refería a los miembros de la Orden. No me expresaré demasiado claramente, ya que observo que hay señoras en la sala.

Juez Scrutton: Cualquier señora que pueda encontrarse en la sala, se hallará, con seguridad, más allá de cualquiera de esos escrúpulos que le preocupan.

Dr. Berridge: Bien, pues le dije: «Le acusan de vicios contra natura», y él me respondió de forma peculiar: ni lo admitió ni lo negó.

El juez recomendó al jurado que considerase si las palabras y declaraciones demandadas por el querellante, el señor Jones, eran de hecho difamatorias, y si lo eran, si eran ciertas; y si eran ciertas, si los comentarios aparecidos en *The Looking Glass* eran honestos.

El jurado emitió su veredicto a favor del querellado.

Jones perdió a causa de la pésima reputación de Crowley, y Crowley la amistad del capitán Fuller, y con ella a George Raffalovitch, que le había ayudado a financiar *The Equinox*.

Fuller llamó cobarde a Crowley. Éste le replicó: «No resistas al mal», y ahogó sus dudas en la retórica.

No se ha conservado la carta que enviara a Fuller, aunque sí contestación de éste a la suya.

2 de mayo de 1911

Querido Crowley:

A efectos biográficos, no pongo en duda que tu carta del pasado domingo sea un documento interesante, pero desde el usual punto de vista del sentido común podría pensarse que había sido escrita por un loco furioso. Si quieres hacer una carga a la bayoneta calada, como un derviche aullador, adelante, no es asunto mío.

Creo que hasta el pasado mes de octubre éramos amigos íntimos, y el enfriamiento de nuestras relaciones se ha debido a que tú te negaste a seguir tus propias convicciones, así como el consejo que te di de que pusieras pleito a *The Looking Glass* por libelo criminal. Tu Waterloo comenzó el mismo día en que te negaste a hacer tal cosa, pero te diferencias de Napoleón en que saliste corriendo nada más ver el primer cañón que te estaba juntando. Sólo como resultado de tu comportamiento alocado te ves ahora en Santa Elena; puede que sea grave para ti, pero quizás haya que felicitar a tus amigos.

Lamento muchísimo que Jones tenga que estar sufriendo tu falta de resolución. Perdió, pero no porque el enemigo jugara limpio o sucio, sino Porque su caso era algo subido de tono. Aparte de los costes del juicio, no creo que haya perdido gran cosa, pues el moderno periodismo le permite a uno ser que sea una personalidad conocida o el Ministro del Interior, perder su identidad al cabo de una semana, en el Nirvana de los titulares sensacionalistas, que se hallan desprovistos de sentido.

Tuyo,

J. F. C. Fuller

PS. El otro día te dije que admiraba tu obre. Y es cierto, pero nunca has llegado a escribir algo tan magnífico como este verso de Blake:

«una suave noche, lunar y silenciosa».

Aquellas serían las últimas palabras que Fuller le dirigiera a Crowley, y todas las posteriores cartas que Crowley le enviase, la mayoría de ellas amistosas, quedaron sin contestar. No deja de ser curioso que poco después, Crowley adquiriera la manía de querellarse.

Cuando, años más tarde, Crowley hablara en su «autohagiografía» de aquellos acontecimientos, revelaría que su comportamiento le había sido dictado «por mis propios Jefes», principalmente Aiwass, y hace referencia al siguiente pasaje de su obra *The Vision and the Voice*:

Poderoso, poderoso, poderoso; sí, tres y cuatro veces poderoso eres tú. Quien se levante contra ti será abatido, pues no levantarás siquiera tu dedo meñique contra él. Y quien contra ti hable maldades, conocerá la vergüenza, aunque tus labios no pronuncien contra él ni la más pequeña sílaba...

El 27 de septiembre de 1911, Rose Kelly fue declarada loca^[66]. Cuando Crowley se enteró, al cabo de un mes, comenzó a hacer cábalas con las fechas para poner de manifiesto que aquel suceso había tenido alguna influencia mágica en su encuentro con Mary d'Esté Sturges, una compañera de Isadora Duncan. El nombre mágico que más tarde adoptaría Mary sería el de Virakam^[67].

A última hora del 11 de octubre, pocos minutos antes de la medianoche, fue conducido por el señor Hener Skene, célebre *raconteur*, al Hotel Savoy de Londres, y presentado a la señora Mary d'Esté Sturges.

En su autobiografía, publicada en 1927, Isadora Duncan llama a Hener Skene, «su mejor amigo y pianista excelente».

El 13 tomé el té con la dama, y regresé a su apartamento después de la cena, que sólo abandoné cuando hube conseguido que expresara (aunque pobremente) la naturaleza de sus sentimientos. El 14 comía con ella, y después de compartir algunas chocolatinas y dulces me fui al norte de Inglaterra^[68].

Crowley nos dice muy poco acerca de Mary. La única cosa importante, desde su punto de vista, es que ella se sintió atraída por él; pero también nos enteramos de que había estado casada y de que tenía un hijo adolescente. También de que tenía un apartamento en París, donde, «después de algunas semanas de escaramuzas preliminares», se reunió con ella. Después la llevaría a Suiza.

Mary había escrito una obra titulada *The Law*. El ejemplar que he leído llevaba correcciones autógrafas de Crowley. Eso indica que la dama no carecía de pretensiones literarias. Se trata de una mala comedia, pero que al menos fue representada.

Las relaciones de Crowley con las mujeres pueden ser, por lo general, divididas en dos fases, yendo la primera paralela a la segunda, siempre que se diera una segunda. Al principio se sentía atraído sexualmente y, como Casanova, se centraba en su conquista sexual. La descripción que Crowley hace de Mary d'Esté es la de «un magnífico espécimen de sangre irlandesa e italiana, que poseía una personalidad muy poderosa y un tremendo magnetismo que atrajo instantáneamente al mío. Me senté en el piso, como un dios chino, intercambiando con ella mi electricidad». Hay que entender que el magnetismo era, por supuesto, exclusivamente erótico.

La segunda fase de las relaciones de Crowley con las mujeres era la de la clarividencia, pero cuando descubre que su amante también le es útil en el cumplimiento de la Gran Obra, pues es una vidente, finge sorpresa, como si hubiese olvidado que su principal interés radicaba tanto en la magia como en el sexo.

Crowley y Mary pasaron su primera noche en Suiza en el National Hotel de Zurich. No fue muy tranquila: Crowley afirmó que Mary era víctima de un ataque de histeria, ocasionado por un exceso de alcohol y de sexo. Y podía haber añadido, con más honor a la verdad, de drogas. Sin embargo, aquella agitación se calmó de repente, y Mary entró en un estado de profunda calma y comenzó a ver cosas.

La antigua actitud escéptica del hermano Perdurabo no se había debilitado, en modo alguno, con el paso de los años; no dio importancia o interés alguno (salvo el artístico) a lo que consideraba un fenómeno mórbido debido al exceso de excitación atribuible a Baco y a Eros, y no le fue posible establecer el orden de los eventos mediante una descripción precisa, aunque una hora más tarde consignó por escrito algunos de ellos, cuando adquirieron una importancia oculta.

El día anterior, la dama había visto en un sueño al «Jefe de los Cinco Hermanos Blancos», quien le había dicho que «todo iba bien».

Aquella persona se le aparecía nuevamente. Era un hombre mayor, con una larga barba blanca, que llevaba una vara en la mano y una garra de gran tamaño sobre el pecho. En un dedo tenía un anillo con una piedra transparente, en la que podía apreciarse una pluma blanca o quizás un pajarillo. Más tarde diría que se trataba de una de las plumas del ave del Paraíso, «o algo parecido».

Es un hecho que Crowley se hallaba fascinado por aquellos sueños, y en ningún momento dejó de pensar que la visión —si es que podía llamársela así— no le afectase personalmente. Al contrario, estaba seguro de que aquel hombre mayor de larga barba blanca —el arquetipo del sabio— tenía un mensaje para él; su único miedo era que Mary le comunicase el mensaje de manera incorrecta. Por ello, la aconsejó que se comportase de manera totalmente pasiva.

Así lo hizo Mary, y poco después le comunicaba que aquellos cinco «cofrades blancos» estaban «enrojeciendo».

Crowley no hace comentario alguno sobre esta sorprendente declaración. Yo supongo que en aquella reunión, los cinco cofrades, adeptos de grado elevado, quizá, hasta, Jefes Secretos, tuvieron, por alguna razón que sólo ellos conocerían, que sonrojarse como pavos. Puede existir la alternativa de que hubieran sido sus túnicas las que enrojecieran, pero a fin de cuentas se trata de un detalle sin importancia.

Lo siguiente que Mary dijo fue: «Este libro deberá ser entregado al hermano Perdurabo».

Ante aquello, Crowley se puso de pie, pues Mary no conocía su nombre mágico. ¡Sorprendente!

Ella proseguía: «El nombre del libro es *Aba*, y su número es *cuatro*».

Todavía más sorpresas. Mary no conocía la Cábala, y sin embargo, y de acuerdo con ella, al asignar a la letra hebrea *a* (alef) el valor de uno y a la *b* (beth) el de dos, se obtenía lo siguiente: $Aba = 4$. Ante esta lógica de la comunicación de Mary, Crowley pensó que «allí había algo», como prudentemente consignó.

Mary también había visto a un turco de cabeza negra —podría haber sido también un egipcio— que llevaba un *tarbush*^[69] y un cinturón rojos y se llamaba Jezel; una de sus manos se hallaba cubierta de piel de cocodrilo. El anciano gentilhomme de la lengua barba blanca dijo que «estaba intentando apoderarse del libro, pero que el hermano Perdurabo se haría con él».

Crowley comenzó desafiando al anciano. Se trataba de una precaución necesaria, a causa de que las formas que aparecen en una visión astral pueden convertirse en demonios. Crowley no menciona con exactitud la manera según la cual desafió al anciano, pero es probable que le dijera: «¡Haz lo que quieras será toda la Ley!». Y, si ante este saludo thelémico no se desvanecía inmediatamente, entonces es que era digno de confianza.

La vidente se quejó de que no veía con claridad, y confesó que estaba atemorizada.

El anciano dijo llamarse Ab-ul-Diz.

Perdurabo le preguntó, a través de Mary: «¿Y el 78?». Ab-ul-Diz contestó que *él* era 78.

Aquello debió causarle a Crowley un sobresalto, pues 78 era el número de Aiwass, su Santo Ángel de la Guarda. Siguió desafiando a Ab-ul-Diz, al preguntarle: «¿Qué es el 65?». Era el número de Adni, también conocido como Adonai, «El

Señor».

Ab-ul-Diz contestó que Perdurabo era el 65, y que su edad era 1400.

Ante aquello, Crowley debió haber albergado serias dudas acerca de la capacidad de vidente de Virakam. Sin embargo, cayó en la cuenta de que, de acuerdo con su Diccionario Cabalístico, *Sepher Sephirot*, publicado en el número ocho de *The Equinox*, ¡1400 era el número del Caos!

Lo siguiente que hizo Crowley fue dar la «palabra de paso» del equinoccio^[70], pero sólo consiguió que Ab-ul-Diz frunciese el ceño.

Crowley se daba cuenta de que todas aquellas tentativas para descubrir la identidad de Ab-ul-Diz eran insatisfactorias, pero Ab-ul-Diz prometió que regresaría después de siete días, a las once de la noche, para aclarar todo; y le dijo a Perdurabo que le invocara mediante el ritual del Nonato^[71].

Era curioso, observó Crowley, que aquella nueva revelación llegara en el momento en que el *Liber Legis* estaba a punto de ser publicado en *The Equinox*.

Más tarde, se fueron a Saint-Moritz.

En los momentos de tranquilidad de aquella semana, Crowley habló a Mary de su trabajo mágico para «evitar preguntas sobre si lo había entendido o no». Toda posible confusión debía ser evitada a toda costa. Si los miembros de la Hermandad deseaban comunicarse con él, deberían hacerlo sin ambigüedades.

Crowley llevaba consigo los siguientes aditamentos mágicos:

1. La «Vara de Ébano», rematada por el Zafiro Estrellado y las serpientes de oro. La espléndida piedra preciosa, de un translúcido azul, se hallaba engastada en uno de los extremos de la vara mágica. Las «serpientes de oro», como las del caduceo, o vara, de Hermes, estaban seguramente entrelazadas a lo largo. Pero quizá Crowley se refería a la diadema de oro, con el *uræus*, el sagrado áspid egipcio^[72], emblema del poder supremo, tal y como aparece en una de sus fotografías, quizá de aquella misma época.

2. La túnica de Neófito de la Orden.

3. La «piedra de ver» de topacio tallado, embutida en una cruz, descrita como una «rosacruz», y colgada de una cadena de oro y perlas; era la misma «piedra de ver» que en 1909 había utilizado en el desierto, cuando se hallaba acompañado de Víctor Neuburg.

4. Su campana mágica, llamada Campana de Electrum Magicum: que no era otra cosa que una aleación de los siete metales de los siete planetas.

5. Su anillo mágico.

Con gran sorpresa, descubrió que Mary había llevado consigo un vestido flotante de colores azul y oro, un «abbai» —*Aba* o *Abaya*, una prenda árabe de forma de saco — como el que, a veces, los miembros femeninos de la Golden Dawn vestían en sus ceremonias. En aquella prueba reconoció la mano de Ab-ul-Diz.

El salón de la *suite* que ocupaban en el hotel se hallaba decorado con un espejo muy grande. «La estancia», escribió Crowley, «deberá estar dispuesta de una manera

armónica, con el espejo haciendo de Oriente.»

Mary estaba vestida tal y como se prescribe en el *Liber Legis*, capítulo I, versículo 61: «... llevarás preciadas joyas... te insto encarecidamente a que te presentes ante mí con un simple vestido, y cubierta con un precioso tocado». Una vez más, Crowley percibía un profundo significado en el «abbai» azul y oro (el simple vestido) que Mary había incluido en su vestuario.

La noche del 28 de noviembre de 1911, el templo en que se había convertido la *suite* de su hotel había quedado dispuesto de la siguiente manera: el gran espejo, que casi llegaba hasta el techo, se encontraba en el rincón del Oriente, es decir, en la posición del altar. Alineadas frente a él se hallaban cinco sillas, una para cada uno de los miembros de la Confraternidad Blanca (los que habían enrojecido), vistos por Mary, primeramente en un sueño y después en un trance, que miraban hacia el exterior de la estancia. Una mesa octogonal, en la que se habían colocado el arsenal mágico del hermano Perdurabo, los libros de invocación, el incienso y un brasero, estaba casi en el centro de la habitación. Detrás había una gran mesa rectangular. En su lado izquierdo se encontraba un reloj, símbolo del Tiempo, mientras que en el derecho podía verse una lámpara, símbolo del Espacio; en el lado que se hallaba frente al espejo se habían dispuesto los Libros Sagrados de Thelema; y en el restante, en donde estaba el Mago (Crowley), papel y pluma.

En la pared de la izquierda se encontraba una puerta que daba al pasillo del hotel, bloqueada mediante un sofá. En la pared opuesta se apreciaba una ventana que se abría a un balcón. Y en la pared de detrás de la mesa en la que se encontraba Crowley, y a la que éste daba la espalda, otra puerta conducía hasta el dormitorio de Mary.

El resto del mobiliario original de la estancia había sido amontonado en un rincón, situado en el otro extremo de la diagonal que formaba con el rincón en donde se encontraba el espejo mágico; y había sido aislado del templo mediante una gran pantalla dispuesta enfrente de él.

Exactamente a las 10:38, Perdurabo entró en el templo, convenientemente ataviado, y encendió el incienso de Abra-Melin, que estaba compuesto de olíbano, stacte^[73] y madera de áloe y producía un agradable perfume. A las 10:40 procedía al Ritual Menor de Expulsión del Pentagrama para purificar el aire de espíritus indeseables. Mary, convenientemente vestida con su «abbai» y su preciado tocado, ya se había arrodillado en el piso, entre la pequeña mesa octogonal y las cinco sillas, frente al espejo.

A las 10:45, Perdurabo comenzaba a entonar las siguientes palabras, sacadas de un papiro greco-egipcio^[74]:

A Ti te invoco, Nonato.

A Ti, que creaste la Tierra y los Cielos:

A Ti, que creaste la Noche y el Día.

A Ti, que creaste las Tinieblas y la Luz.

Tú eres Osorronofris: Aquel a quien ningún hombre nunca ha visto.
Tú eres Jābas:
Tú eres Jāpos:
Tú has distinguido el Justo del Injusto.
Tú hiciste la Hembra y el Macho.
Tú produjiste la simiente y el Fruto.
Tú formaste a los hombres para que se amaran entre sí, y se odiaran entre sí.
Yo soy Mosheh, Tu Profeta, en quien Tú depositaste
Tus Misterios, las Ceremonias de Ishrael:
Tú produjiste lo seco y lo húmedo, y lo que nutre a toda Vida.

Escúchame Tú, pues Yo soy el Ángel de Pafro Osorronofris^[75]: éste es Tu Verdadero Nombre, puesto en manos de los Profetas de Ishrael. Escúchame, y haz que todos los Espíritus se sujeten a Mí; que cualquier Espíritu del Firmamento o del Éter, o de la Tierra, o bajo la Tierra; en la tierra seca o en el Agua, o en el Aire Giróvago, o en el rugiente Fuego; y todo Encantamiento y Flagelo de Dios, Me obedezca.

A Ti invoco, Dios Invisible y Terrible: Que moras en la Vacía Región del Espíritu.

Arogorobrao: Sothou:

Moderio: Falarthao: Doo: Apé, el Nonato.

El mago se identifica con el dios al que invoca, perdiendo la consciencia de sus limitaciones humanas, inflamándose a sí mismo por medio de la oración. Toda la teoría de la magia se basa en tres proposiciones, una de las cuales consiste en la fe del mago en su ilimitado poder. Esto explica la petición de Perdurabo, y que cuanto más elaborada estuviese, más cerca se hallaría de ser concedida. «Escúchame, y haz que todos los Espíritus se sujeten a Mí», etc.

Crowley había aprendido esta invocación en la Golden Dawn, cuyos dirigentes habían comprendido su valor para el cumplimiento de su trabajo. Es conspicua por su empleo de «nombres bárbaros», cuya entonación ayuda a producir la corriente deseada; se tardan once minutos para llevarla a cabo, y, dice Crowley, «haciéndolo con gran vigor y seguridad, como si sólo se tratase de simples versos esotéricos». La versión que aquí se ha dado, sólo una parte, ha sido tomada de *The Book of the Goetia of Solomon the King* (en donde aparece como una especie de preámbulo), una obra que Crowley había tomado en empréstito a MacGregor Mathers. En su tratado *Magia. Teoría y práctica*, cuya primera edición aparece en 1929, algunos de los nombres bárbaros han sido reemplazados por otros, más en consonancia con la doctrina de Thelema.

Eran exactamente las once en punto cuando se establecía contacto con el anciano mago.

PERD.: *Cuius nomen es Nemo*^[76], *Frater A.'.A.'. adest* (Aquel, cuyo nombre es Nadie, hermano de la A.'.A.'. , está presente).

Mary, que se hallaba debidamente preparada mediante la bebida y el sexo (ya había tenido lugar su *opus*), se encontraba en un estado sumamente receptivo, pero no era una buena médium, como Crowley no tardó en comprobar. Ab-ul-Diz hablaba a través de ella, por lo que Mary tenía dos voces, la suya y la del anciano mago.

VIDENTE: El hombre de blanco está presente, y quiere saber qué es lo que deseas.

PERD.: Nada, ¿le he llamado yo o él a mí?

VIDENTE: Ha sido él... ¡Pero si sale el 77!

Para Perdurabo, aquello tenía cierto sentido, pues 77 era el valor numérico del nombre, escrito en alfabeto hebreo, de su otra Mujer Escarlata, Leila Waddell.

PERD.: ¿Por qué me has llamado?

AB-UL: Para entregarte este libro.

PERD.: ¿De qué modo me será entregado?

AB-UL: Por medio de la Vidente.

(La vidente se queja de que no tiene ningún libro.)

PERD.: ¿Afirmas pertenecer a la Confraternidad de la A.'A.'?^[77]

VIDENTE: Sobre el pecho lleva unas letras negras que dicen A.'A.', pero ahora cada una de ellas se está convirtiendo en un 7.

PERD.: ¿Qué es lo que quiere decir A.'A.'?

En aquellos momentos, Ab-ul-Diz no hacía otra cosa que exhibir con gran rapidez series de números, pero con ello no presentó prueba alguna de su sinceridad, o siquiera de su existencia real.

PERD.: Dame otros signos de tu identidad. Por ejemplo, ¿eres *Sapiens Dominabitur Astris*?

Aquél era el nombre mágico de Anna Sprengel, la fundadora de la Golden Dawn, la que había concedido el permiso a MacGregor Mathers y a sus compañeros para crear en Inglaterra dicha Orden.

VIDENTE: Sólo veo una calavera.

Era una respuesta satisfactoria, puesto que *Sapiens Dominabitur Astris* estaba muerta.

PERD.: ¿*Deo Duce Comite Ferro* es uno de vosotros?

Deo Duce Comite Ferro era MacGregor Mathers, el enemigo de Crowley. Ab-ul-Diz no respondió a esta triquiñuela.

PERD.: ¿*Deo Duce Comite ferro* es uno de nosotros?

AB-UL: No. Ya no.

Cierto. Ya no lo era.

PERD.: ¿Conoces esta palabra: MAKHASHANAH?

Era una palabra que había sido dada a Crowley durante su permanencia en el 27º Aethyr, de «La visión y la voz».

VIDENTE: La escribe con letras de oro y después acaba con una cruz negra.

(La vidente se queja de que algo se encuentra a su lado, echándole encima su aliento.)

PERD.: Pregunta de quién se trata.

(Perdurabo cae en la cuenta de que puede ver pequeños elementales que intentan pasar inadvertidos.)

VIDENTE: Del hombre negro; ahora lleva un turbante blanco.

PERD.: Dile a Ab-ul-Diz que se lo lleve, a no ser que lo haya enviado por algún motivo.

Crowley deja escrito que la vidente expulsó al incómodo intruso que le echaba el aliento sobre la nuca, utilizando el número 541, que Perdurabo le había entregado como protección contra el miedo. Y ella lo pronunció, lo escribió, o se limitó a pensarlo. En la Cábala hebrea, 541 representa a Israel, y en la griega, a Príapo.

Pero en ese momento, Ab-ul-Diz iba a tomar las riendas de aquella sesión.

AB-UL: Perdurabo debe completar la palabra BAL.

PERD: Balata. ¿Está bien?

AB-UL: No.

Aquellas preguntas y respuestas tan fútiles prosiguieron hasta resultar totalmente incomprensibles. Crowley veía, de manera suficientemente clara, que buena parte de las contestaciones no tenían sentido, y paulatinamente fue perdiendo su buen humor. ¿Quién es, se preguntaba, esta inteligencia que dice llamarse Ab-ul-Diz? ¿Qué intenta comunicar? Crowley se preparó para aguantar penas infinitas, si era preciso, con tal de llegar a descubrirlo.

AB-UL: Pregúntame sobre el nueve.

PERD.: Considérate preguntado.

AB-UL: Nueve es el número de una página de un libro.

PERD.: ¿De qué libro?

AB-UL: De uno de viajes.

PERD.: No tengo ninguno de esa materia. ¿Qué libro es?

AB-UL: Un libro de disparates.

PERD.: ¿Qué libro de disparates?

En 1911, el nueve y la frase «un libro de disparates» poco o nada significaban para Crowley. Sólo comprendió su significado después de acceder en 1915 al grado de *Magus* en el seno de la Gran Fraternidad Blanca de la Luz, la A.'.A.'. , cuyo valor numérico es el de $9^{\circ} = 2^u$, y sobre todo después de haber escrito, durante el invierno de 1917 a 1918, *The Book of Wisdom or Folly* («El Libro de la Sabiduría o del Disparate»), que, por supuesto, era el libro de disparates al que Ab-ul-Diz se refería.

Lo siguiente que Crowley pidió al anciano fue un nombre místico para la vidente,

con el que «Perdurabo pudiera llamarla».

No hubo contestación de Ab-ul-Diz.

VIDENTE: No te lo diré.

PERD.: Dímelo, por favor.

VIDENTE: Dice que el nombre debería ser el de la séptima virgen, y que ya no seré una virgen.

PERD.: ¿Qué nombre es? (Y repite la pregunta varias veces entre largas pausas.)

VIDENTE: Me ha enseñado dos o tres veces las letras V e I.

PERD.: ¿Es culpa de la Vidente o de Perdurabo, que estas comunicaciones sean tan fútiles? (Pausa.) ¿Es de él?

AB-UL: (obligado a responder) Si fueras capaz de comprender lo que quiere decir el nueve, no lo encontrarías fútil.

PERD.: De acuerdo. ¿Cómo puedo identificar ese libro? ¿Puedo disponer ahora mismo de un ejemplar?

AB-UL: No.

PERD.: ¿Dónde puedo encontrar uno?

AB-UL: En Londres.

PERD.: ¿En mi estudio?

AB-UL: ¿Tienes en tu estudio estanterías de color negro?

PERD.: Marrón oscuro.

VIDENTE: ¡No, negras!

PERD.: No creo.

VIDENTE: El libro tiene una corona, y debajo de ella, en números romanos, el XXI.

PERD.: Más detalles, por favor.

VIDENTE: Me enseña otro libro, con un sol llameante; sus cubiertas son de oro.

AB-UL: El *Cuarto Libro*. Tus instrucciones a los hermanos.

PERD.: ¿Entonces, no lo voy a publicar?

(Ab-ul-Diz hace el signo del silencio, es decir, adopta la postura de Harpócrates, con el pulgar sobre los labios.)

PERD.: Ahora comprendo, por ese signo, que no voy a publicarlo.

AB-UL: ¡No!

VIDENTE: No, no, no, no. (Pausa.) Tú vas a encontrarlo. (Pausa.) Ahora me enseña un anillo de oro.

PERD.: ¿Tiene alguna inscripción?

VIDENTE: No creo que haya dicho todo lo que pensaba decirte, que era por lo que había venido.

PERD.: Déjale que te dicte lenta y claramente su mensaje. Me pondré a buscar ese *Cuarto Libro*, cuando disponga de suficiente información.

Crowley echó un vistazo al reloj: eran las 11:55.

PERD.: ¿Desea continuar con esta conversación tan poco satisfactoria?

AB-UL: Ve a Londres. Encuentra el *Cuarto Libro*, y entrégaselo a los Hermanos.

PERD.: ¿Dónde está el *Cuarto Libro*?

AB-UL: En Londres.

PERD.: ¿En qué parte de Londres?

VIDENTE: ¿Conoces algún lugar de Londres que se llame «El Signo de la Luna Nueva»?

PERD.: Los hay a docenas con ese nombre.

Poco después, la vidente se quejó de cansancio, y Crowley comprendió que la visión estaba a punto de acabar. Sin embargo, le pidió a Mary que concertara una nueva cita con Ab-ul-Diz. Así lo hizo, y se quedó para el 4 de diciembre, de 7 a 9 de la tarde.

PERD.: (Dirigiéndose a Ab-ul-Diz) ¡Adiós!

AB-UL: ¡Siete, siete, siete, siete! ¡Adiós!

De tal modo concluía la segunda comunicación con aquel mago que decía llamarse Ab-ul-Diz.

A las nueve en punto del 4 de diciembre de 1911, Crowley dio comienzo a su visión número tres. Se encontraba, por supuesto, convenientemente ataviado con sus ropajes negros, y llevaba en la mano derecha su vara de ébano, con las serpientes de oro y el zafiro en el extremo; había tomado posición detrás de la gran mesa rectangular y miraba la espalda de la vidente y el gran espejo, en el que podía distinguir el reflejo del rostro de aquélla.

PERD.: ¡*Adsum!* (¡Estoy presente!)

Había notado que la vidente estaba bebida. Lo primero que divisó fue el número 444, lo que le hizo pensar a Crowley que mejor haría Endose rápidamente a Londres a buscar el misterioso *Cuarto Libro*.

La vidente acababa de decir que «ellos», presumiblemente los cinco miembros de la Confraternidad Blanca, se habían sentado alrededor de la mesa larga.

PERD.: ¿Cómo podré hacerme con el *Cuarto Libro*?

AB-UL: Te está esperando en Londres.

PERD.: No quiero la respuesta racional; quiero la absurda.

AB-UL: Mil cuatrocientos veintinueve.

PERD.: Explícate mejor.

AB-UL: Diez... Por todas partes hay agua.

Crowley explica que el *Cuarto Libro* tiene que ver con el agua.

PERD.: Dime algo más.

AB-UL: Rechazaste el barco que te ofrecí. Él era el número uno, con la cabeza de un negro de mascarón, el espolón de oro y la proa blanca.

VIDENTE: Ab-ul-Diz tiene en la mano una vara con una punta de lanza dorada. Ahora Perdurabo, vestido de blanco, adéntrate en la visión.

AB-UL: Veintinueve. ¡Lee veintinueve! ¡Treinta y uno! ¡No pierdas tiempo!

Esta última recomendación pudo haber sido dirigida por Perdurabo a la vidente, ya que, según una observación de Crowley a este texto, la vidente debía ser excitada por... (sigue un signo que se refiere al falo en erección) para recargar sus facultades visionarias, siempre de acuerdo con la tradición.

AB-UL: Lee sesenta y nueve.

VIDENTE: Ab-ul-Diz está ahora de negro. La estancia... por el incienso. Su nombre es YO SOY.

PERD.: ¿Cuál es mi nombre?

AB-UL: KAM.

PERD.: ¿Cuál es el nombre de la vidente?

AB-UL: Siete letras hebraicas.

La vidente pudo distinguirlas, pero no leerlas.

PERD.: ¿Qué nombre es ese?

AB-UL: Un nombre místico.

PERD.: ¿Cuál?

VIDENTE: Un cielo estrellado.

PERD.: ¿Tu nombre?

AB-UL: VIRAKAM.

Finalmente, después de todas aquellas preguntas directas y sus exasperantes respuestas, el nombre mágico de Mary d'Esté en la Gran Obra, era revelado: Virakam. Ab-ul-Diz no tenía toda la culpa, pues la vidente era demasiado incoherente.

VIDENTE: Los Hermanos se están volviendo rojos el día nueve. Una bola blanca rueda sobre la mesa, de un lado a otro, y nunca cae. Están vistiendo a Perdurabo con ropas académicas, y con una cadena con una cruz. Ahora votan. Nueve votos; dos abstenciones.

Según comentó Crowley, esto era una predicción de su iniciación en la O. T. O. de Berlín, al año siguiente (véase el capítulo 13).

PERD.: ¿Qué están votando?

VIDENTE: No alcanzo a comprenderlo... Me gustaría que me dejaras que me fuera. Déjame que me vaya... No consigo decidirme.

PERD.: Tú tienes toda mi simpatía.

La hermana Virakam se interrumpió y, casi al instante, exclamó: «¡Llévame a casa!». Crowley la describe a punto de echarse a llorar. Su mente se hallaba ida. Al poco decía que quería estar cerca de él.

«Estás cerca de mí, cariño», le respondió Crowley.

Momentos más tarde, comenzaba nuevamente a tener visiones.

VIDENTE: A mí también me han puesto una túnica oscura, igual que la que tú llevas. ¡Oh, tengo miedo! ¡Tengo miedo! (Todo su cuerpo tiembla, y también jadea.) ¡Una sola estrella! Ab-ul-Diz tiene debajo del pie una calavera y dos huesos entrecruzados.

PERD.: ¡Bien!

VIDENTE: Los huesos entrecruzados forman el soporte de una silla. Ahora se encuentra vacía... Alguien llega y se sienta con las piernas cruzadas. Hay una campana sobre la mesa. El anciano hace sólo lo que ellos le dicen. Lleva un brazalete en el brazo... Un enemigo terrible se está levantando contra Perdurabo.

PERD.: ¿Quién?

VIDENTE: Es un hombre alto, de rostro afeitado, cabello peinado hacia atrás, con una edad comprendida entre los treinta y cuarenta.

PERD.: ¿Su nombre?

VIDENTE: N...GNGB. Bingham. Alguien acabado en «ham».

PERD.: ¿Birmingham?

VIDENTE: Si, podría ser. Pero tú le mostrarás la blanca pluma de la paloma... una pluma... mojada en tinta... Todos van de negro, con la cabeza tapada, sólo se les ve los ojos. Todos están cantando algo, escrito en el libro. (Jadea.) No quiero seguir más.

Crowley decidió concluir aquella visión poco satisfactoria, pero antes pidió a la

vidente que se informara de la fecha de la próxima comunicación.

VIDENTE: El diez de diciembre, a las nueve de la noche.

PERD.: Di, *Vale Frater!* (¡Adiós, hermano!).

La vidente lo dijo.

AB-UL: [Se va, llevándose una arqueta].

VIDENTE: Veo lirios.

Del balance de Crowley sobre los resultados de aquella visión se deduce que la vidente ya se había convencido de la realidad de todo aquello, lo que no había ocurrido la vez anterior.

El 10 de diciembre, a las 8:40 de la tarde, Crowley escribía en su Diario Mágico que había dispuesto ceremonialmente la estancia del hotel como las otras veces, pero que en aquella ocasión iniciaría el rito recitando la Invocación a Horus^[78]. Lo que hizo, exactamente, a las 8:50.

Durante la invocación ocurrió un incidente de mal augurio: el Zafiro Estrellado se cayó del extremo de la batuta de Perdurabo y se perdió.

A las 9:18, Perdurabo anunció: *Nemo adest* («Nemo —Crowley— está presente»).

Perdurabo, que estaba mirando más allá de los velos de la materia, observó cómo el cuerpo de la vidente se daba la vuelta hacia él. En realidad, ella le daba la espalda y miraba al espejo que estaba en una de las esquinas de la habitación. Entonces vio cómo se dirigía hacia la gran puerta de un templo (otro templo, no el que ellos habían preparado en el hotel), yendo siempre hacia la izquierda, el lado oculto, el lado del inconsciente. En el interior de aquel templo astral no había otra cosa que una cripta, vacía e insondable; pero no estuvo mucho tiempo vacía, pues, súbitamente, «una blanca figura se hallaba sentada en un saliente que había en el centro».

La «blanca figura» alzó la mano izquierda, manteniendo el pulgar muy separado de los demás dedos; de ella colgaba una cadena. En la otra mano tenía una vara negra con la que apuntaba a las líneas de la mano levantada. Para hacer las cosas más complicadas, la palma se hallaba cubierta por un vidrio azul que dejaba ver las líneas, seis en total, y en cada uno de sus extremos había figuras diferentes, como un hombre a caballo, un pájaro negro y cosas así.

PERD. (con impaciencia): Pregúntale dónde está el anciano.

VIDENTE: Se halla a mi lado.

PERD.: ¿Cuál es su verdadero mensaje?

VIDENTE: Hay algo que no marcha bien. No sé qué pueda ser. No lo veo. Me encuentro en un desierto. ¿Puedes sacarme de aquí?

En un intento de explicarse aquello, Crowley pronunció seis veces el nombre de su Santo Ángel de la Guarda, Aiwass. Siguió una larga pausa.

A las 9:36, la vidente comenzó a gemir: nuevamente se quejaba de que algo no andaba bien, y pidió a Perdurabo que intentara mejorar su situación.

PERD.: ¡Ab-ul-Diz! ¡Ab-ul-Diz! ¡Ab-ul-Diz! ¡Ab-ul-Diz! ¡Ab-ul-Diz! ¡Ab-ul-Diz! ¡Ab-ul-Diz!

VIDENTE: Una gran puerta negra.

PERD.: ¡Entra por ella!

VIDENTE: Está cerrada.

PERD.: ¡Ábrela por la fuerza!

VIDENTE: Un encapuchado la está vigilando.

PERD.: Échale fuera. Dale algún signo.

VIDENTE: Debería llevar algo puesto en la cabeza.

PERD.: Ponte una venda blanca.

Virakam llevaba su acostumbrado tocado, pero en la visión su imagen llevaba los cabellos al aire; fue necesario que dispusiera de un blanco vendaje astral.

VIDENTE: No puedo ver nada. No puedo hacer nada. ¡Si al menos estuviera el anciano!

PERD.: ¡Vaya! ¿Pero no está?

VIDENTE: ¿Es ya la hora?

PERD.: Sí. ¡Quizá te has confundido en algo!

VIDENTE: Ahora veo la primera estancia, llena de figuras con ropajes negros que están cruzadas de brazos; tienen los rostros cubiertos con las capuchas. PERD.: ¿Se encuentra el anciano entre ellas?

VIDENTE: Seguro, si al menos pudiera acercarme hasta él.

PERD.: Llámale por su nombre.

VIDENTE: No están tan cerca de mí como de costumbre.

PERD.: Pregunta el porqué.

Virakam se derrumbó. No era una buena vidente: todo estaba muy borroso. Admitió que quizás era ella la que no encajaba.

PERD.: Pide perdón; pregunta que es lo que tienes que hacer para que las cosas vayan mejor.

VIDENTE: Debo obedecer.

PERD.: ¿En qué has desobedecido?

VIDENTE: En la fe.

PERD.: ¿Pero fe en qué?

VIDENTE: Fe en todo. Ni siquiera me he atrevido a dar dos pasos...

De repente, Virakam se interrumpió, y exclamó: «¡No puedo hacerlo! ¡Voy a morir! Ni oigo ni siento nada. ¡Quiero irme de aquí!»

Crowley esperó pacientemente a que se recobrara y pudiera continuar. La Obra era más importante que los sentimientos o la salud de Virakam.

PERD.: ¿Puedes hacer algo para arreglar las cosas?

VIDENTE: No puedo hacer nada, cariño.

PERD.: ¿Es eso lo que ellos te han dicho?

VIDENTE: Me han dicho que espere.

PERD.: ¿Nada más?

VIDENTE: A mí me toca servir.

PERD.: ¿Servir a quién?

VIDENTE: A los fines.

PERD.: ¿A qué fines?

VIDENTE: A los de Perdurabo.

PERD.: ¿Cuáles son sus fines?

VIDENTE: Llevar la luz.

PERD.: Amén. ¿Qué puedo hacer para ayudarte en tu tarea?

VIDENTE: Obedecer.

PERD.: Pero si yo no deseo mandar.

VIDENTE: El camino se hará claro. Seremos cogidos de la mano y guiados para que no nos confundamos.

En aquel momento eran las 9:58.

PERD.: ¿Tenemos que ir a Francia o a Italia?

VIDENTE: Veo un candelabro con tres velas.

Crowley interpretó aquello como un signo de que debían ir a Italia.

VIDENTE: El anciano vendrá mañana a las siete, y solo.

PERD.: ¿No podríamos quedar a una hora más conveniente, como las diez?

VIDENTE: Sí, a las diez.

PERD.: ¿Desea que utilice la misma invocación que esta noche?

VIDENTE: Prepárate mejor. Utiliza el rito sagrado.

PERD.: ¿Qué rito sagrado?

VIDENTE: El que usabas para la iniciación.

PERD.: ¿Quieres decir la apertura?

VIDENTE: Sí.

PERD.: Muy bien. *Vale Frater!* ¿Qué debo hacer a la vidente^[79]?

VIDENTE: Seis mil doscientos ochenta.

Crowley interpretó este número: quería decir que debía dar vino a la vidente.

PERD.: ¿Después del apropiado cumplimiento de los Ritos de Venus?

VIDENTE: ¡Sí, en verdad!

PERD.: *Vade Frater!*

De tal modo se dio por concluida la ceremonia, y mientras Perdurabo salía del templo, Virakam vio que su compañero tenía cuatros ojos en lugar de dos.

A las 9:30 del día siguiente, 11 de diciembre, se procedió a la apertura del templo mediante el ritual 671, *La construcción de la Pirámide* (véase el capítulo 13). Virakam, instruida por Ab-ul-Diz durante la visión anterior, se hallaba bien preparada. Crowley escribió: «Vidente excitada por media botella de Pommery de 1904, y por Eros; templo abierto con 671. Al final, la vidente gritó entre gemidos: “¡La Bestia!”. Ahora son las 9:49».

VIDENTE: La Bestia ha venido. Abre su boca. Muchos personajes salen de ella.

PERD.: Describe a la Bestia.

VIDENTE: ¡Gran Dios! Es tremenda. Como un buey, y entre sus cuernos tiene otro cuerno retorcido. (Gime.) Le baja hasta la cara. La mitad de su pata derecha es blanca... Es una flecha, y debajo de la flecha está la letra V. ¡Yo sólo busco la verdad, la verdad, la verdad!

PERD.: ¿Cuál es su nombre?

VIDENTE: Me parece que es Urano... Eros quizás.

Crowley, intercala en este punto su comentario de que la vidente ha llegado a hacerse ininteligible.

Sigue un cierto número de inútiles preguntas y de insatisfactorias apuestas. Y después:

PERD.: Háblame del *Cuarto Libro*.

VIDENTE: Es lo más importante. Te lo encontrarás cuando menos lo pienses.

PERD.: ¿Cómo...?

VIDENTE (interrumpiéndolo): ¡Espera! ¡Ten paciencia! ¡Trabaja! ¡No reniegues de nada! Las cosas más simples tienen los mayores significados. Te encuentras en el buen camino. El *Cuarto Libro* significa libertad para todos. Es la luz.

Para variar, Crowley puso sus preguntas en clave, utilizando, a causa de su sencillez, el mismo sistema cifrado que Levin le propone a Kitty en la novela *Ana Karenina*.

PERD.: ¿L.i.d.l.p.n.h.d.s.e.p.? (¿La instrucción de la pasada noche ha de ser ejecutada puntualmente?)

VIDENTE: Sí, pero hay más. Pregunta de nuevo. Se están produciendo grandes acontecimientos y aún te encuentras lleno de duda. Ten confianza.

PERD.: ¿P.c.l.i.d.l.p.n.? (¿Puedo cambiar la instrucción de la pasada noche?)

VIDENTE: No. Tú eres la prueba. Obedece. Ella sirve.

PERD.: ¿Cuándo hablaremos nuevamente con él?

VIDENTE: Esta noche. Si quieres, podrás saberlo todo. Sólo tienes que preguntar con claridad. Allí están todos; el once, el cinco y el seis.

Con esta respuesta, de nuevo se acentúa el grado de incoherencia de la comunicación.

PERD. (con tono decidido): ¿P es el L del E? (¿Perdurabo es el Logos del Eón?)

VIDENTE: ¡Él es el D del E!

¡El *Demonio* del Eón! Al oír esta respuesta, Crowley se sobresaltó.

PERD.: ¿Cuándo vamos a verles nuevamente? ^[80]

VIDENTE: ¡Oh, Dios! ¡Espero que nunca! Estoy muerta. Estoy muerta. Estoy muerta... No te lo diré. No te lo diré. No te lo diré. Estoy cansada. Para el 13 no estaré aquí. Me voy. No obedeceré. No obe... («*Ad lib.*», escribió Crowley, que estaba anotándolo todo, «gritos, gemidos y suspiros».)

PERD.: ¿El día 13, a qué hora?

VIDENTE: A las nueve.

PERD.: Entonces, *Vale, Frater!* (Y así despide a Ab-ul-Diz).

Crowley añadió, como nota a pie de página de esta última comunicación, esta información complementaria:

Antes de la Orgía y de los Encantamientos ^[81], la vidente estaba echada en el sofá, ebria; los Once ^[82] llegaron hasta ella y le entregaron sus místicos dones, el uno conocimiento, otro el poder, otro la sabiduría, etc., diciendo que todo era por la causa. Sellaron sus regalos *basiolo ad cunnum* ^[83]. El último dijo: «Yo te aportaré la semilla de la que saldrá fruto».

El día 13 se abrió la sesión sin ceremonia alguna, exactamente a las 9:06. Crowley dijo simplemente: «¿Lista?». No sabemos lo que le contestó la vidente, ya que no ha sido recogido, pero un minuto más tarde, Crowley anunciaba: «*Nemo adest*» («Nemo está presente»), A las 9:10, la vidente estaba preparada.

PERD.: ¿Está aquí Ab-ul-Diz?

VIDENTE: Está aquí desde hace poco.

PERD.: ¿Contestará a las preguntas?

VIDENTE: Sí. (Pausa.) Esta noche habrá problemas. Lo estoy sintiendo.

PERD.: ¿Por qué?

VIDENTE: Falta de fe. Si tú sólo creyeras y procedieras...

PERD.: ¿Quién es el que duda?

VIDENTE: Tú.

PERD.: No es cierto.

VIDENTE: Sí que lo es.

PERD.: Has sido tú, Oh vidente, quien ha dudado.

VIDENTE: Ponme a prueba.

PERD.: ¿R.K.a.s.p.?

Mary d'Esté poseía un valioso collar de perlas. Crowley, pensando en una «suprema prueba» de fe, le hace la pregunta, aunque amparándose en la clave: «¿Renunciará Kundry a sus perlas?». Kundry, según cuenta Wagner en su drama musical *Parsifal*, era la legendaria mujer fue, al haberse reído de Jesucristo, por llevar la cruz, fue condenada a un inextinguible dolor que durará hasta el fin de los tiempos.

VIDENTE: No, todavía no.

PERD.: ¿Y en ese caso, que ocurrirá?

VIDENTE: ¿Qué fue lo que te ocurrió antes a ti?

PERD.: ¡Ah, Dios! (Pausa.) ¿Es demasiado tarde?

VIDENTE: No. No es demasiado tarde, sino que es de la fe, de lo que hay demasiado poco.

PERD.: Ten esto en tus manos (Le entrega las perlas.)

VIDENTE: ¿Por qué? (Sorprendida.) Han desaparecido; no has dejado nada; ya no existen. No importa. Me encuentro a gusto con ellos. ¡Cómo lo saben! Comienza su nombre con la última letra; escríbelo de otra manera y añade veintidós. ¡Comienza con ZIDLUBA, Oh, bromista!

PERD.: ¿Qué has hecho?

VIDENTE: He tirado las perlas. Tenía toda la razón^[84]. Él me dijo que lo hiciera. Si tú no puedes darme regalos espirituales, ya no necesito ninguna cosa de valor. No necesito perlas; lo que necesito es luz.

PERD.: ¿Qué hay que hacer con las perlas?

VIDENTE: ¡Nada! No tienen valor. ¡Comprende, por el amor de Dios, comprende!

PERD.: ¿L.p.t.q.s.e.a.V? (¿Las perlas tienen que ser enviadas a V.V.V.V.V.^[85]?).

VIDENTE: Espera y lo sabrás. Ya te ha sido contestada anteriormente esta pregunta.

En resumen, el mago Ab-ul-Diz, uno de los Jefes Secretos, comunicó a Crowley, por mediación de la hermosa Virakam, que tenía que escribir una obra sobre magia, que habría de llevar por título *El Cuarto Libro*. Y que él y Virakam tendrían que ir a escribirlo a Nápoles. (Crowley, naturalmente, se quedó con las perlas.)

Después de varias aventuras y de una serie de litigios, se quedaron en la Villa Caldarazzo, en Posilippo, cerca de Nápoles, donde Perdurabo, que se encontraba con ánimo seguro y creativo, dictó rápidamente la obra en cuestión.

El Cuarto Libro es una exposición clara e ingeniosa de esas dos materias, tan inciertas, que son la magia y el yoga. En él usaba por vez primera la *k* anglosajona, en conjunción con la *c*, formando la palabra *magick*, (en lugar de la usualmente utilizada en inglés para significar la magia, o sea *magic*), relacionada con la ciencia de los Magos, que es contraria a la práctica de los simples conjuros. También había otro significado oculto, pues la *k* era la inicial de *kteis*, palabra griega que se refiere a los genitales femeninos, que a partir de aquel momento iban a desempeñar un papel importante en los ritos mágicos de Crowley.

Cuando Crowley se cansaba de tomarle el pelo a otros, comenzaba a tomárselo a sí mismo. Lo que sigue es parte del preámbulo del *Cuarto libro*: hay que puntualizar que lo escribió Perdurabo, y no la hermana Virakam.

Era cerca de medianoche. En aquel momento, dejamos el dictado e hicimos un alto para charlar. Entonces Fra. P. dijo: «¡Oh, si consiguiera dictar un libro como el *Tao-te-King*!». Y cerró los ojos, como si estuviese meditando. Yo había notado, poco antes, un cambio en su rostro, ciertamente extraordinario, como si ya no fuera la misma persona; de hecho, en los diez minutos que llevábamos hablando, me pareció que era muchas personas. Observé particularmente que sus pupilas se hallaban tan dilatadas que el iris aparecía totalmente negro. (Me siento estremecer profundamente cuando pienso en aquella noche, al punto de que me faltan las palabras.) Y después, muy lentamente, toda la estancia se llenó de una densa luz amarillenta (de un fuerte color dorado, pero que no era brillante. Quiero decir que no era deslumbrante, sino suave). Fra. P. me parecía que era como una persona a la que nunca hubiera visto, pero a la que conociera muy bien: su rostro, sus ropajes y todo eran del mismo color amarillo. Estaba tan turbada que miré hacia el techo, para ver qué era lo que causaba la luz, pero sólo logré ver las lámparas. Entonces, la silla en la que él estaba sentado pareció elevarse: ahora parecía un trono, y él parecía que estaba muerto o dormido, pero con toda seguridad ya no era Fra. Perdurabo. Aquello me espantó, e intenté averiguar algo recorriendo con la mirada la habitación; cuando volví a mirar al sitio en que estaba, la silla había vuelto a bajar y él seguía como antes. Me di cuenta de que estaba sola; y pensando que él estaba muerto o desvanecido —o algo mucho peor— me desmayé.

Mary d'Esté Sturges no se había dado cuenta de que Aleister Crowley había regresado, por así decir, a una de sus encarnaciones previas: el espíritu de Lao Tsé había vuelto a recobrar una envoltura terrena.

Crowley, al igual que su Santo Angel de la Guarda, Aiwass, no conocía limitaciones. A cada minuto se sentía una persona diferente. Era como si Aiwass le hubiera dicho: «De ningún modo vivirás dentro de tu propia piel».

El Cuarto Libro fue publicado en Londres, en el transcurso de 1911, al precio (en conformidad con su título) de cuatro *groats*, o de un chelín, para aquellos que carecían de *groats*. La Segunda Parte de esta curiosa obra apareció al año siguiente, al precio de «cuatro *tanners*», o dos chelines. Una de sus ilustraciones muestra a Crowley con barba, sentado desnudo en el mar, con el agua transparente que le llega hasta la cintura. Su figura esbelta y su cabello revuelto revelan una época pasada; por aquel entonces se había vuelto gordo y calvo. El texto de esta fotografía insólita, chocante hasta para un libro de magia pero quizá no para uno de *magick*, no es otro que *Chaire Sôtêr Kosmou* («¡Salve, Salvador del Mundo!»).

Mientras tanto, Mary había huido de Crowley y de su *magick*. «La secreta disputa entre la voluntad de Virakam y la mía propia estalló en abierta hostilidad», y añade:

«Tras una fuerte discusión, se fue rápidamente a París».

Después de que Mary d'Esté Sturges regresara al lado de Isadora Duncan, Crowley regresó a Londres y a Leila Waddell, en franco afán de nuevas aventuras. La única que encontró resulta difícil de creer, porque se aparta de sus intereses y aptitudes que nos resultan conocidos. Hablaría de ella en sus *Confessions*, pero de una manera breve y poco convincente. Después de los Ritos de Eleusis, que eran parecidos a los de la Golden Dawn, y que son descritos con bastante lujo de detalles, él y Leila reclutaron «a seis violinistas, que al tocar juntas sonaban como una caja de cascabeles y, después de vestirlas con unas prendas de colores chillones, que parecían harapos, formaron con Leila el septeto que recibiría su bautismo de fuego en una verbena... acababan de nacer las Ragged Ragtime Girls, (algo así como “Las andrajosas chicas del Ragtime”)... Su debut oficial tendría lugar el 3 de marzo de 1913 en el Oíd Tivoli (en el Strand). Supuso un éxito inmediato que hizo que mi mente descansara de cualquier preocupación referente a los asuntos mundanos». Crowley llevaría su *troupe* a Moscú «pues habían sido contratadas para que actuaran en el Aquarium durante el verano... todas ellas necesitaban protección. Leila Waddell era la única que tenía la cabeza sobre los hombros. De las otras seis, tres eran dipsománicas, cuatro ninfómanas, dos gazmoñas histéricas, y todas estaban firmemente convencidas de que fuera de Inglaterra todos eran ladrones, violadores y asesinos».

En la frontera rusa, nosotros que veníamos de la civilización y el orden, nos zambullimos de cabeza en la confusión y la anarquía. No había nadie en el tren que supiese hablar dos palabras, aunque fuese en alemán. En Varsovia nos sentimos como arrojados a una desolación que sólo habría podido ser superada, aunque por muy poco, por la que habríamos hallado en la luna. Finalmente, encontramos a un vagabundo que hablaba un poquito de alemán, pero nadie sabía nada de los trenes que partían hacia Moscú. Al final nos fuimos a otra estación. Había un tren que salía, pero no era posible acomodarnos a todos en él. Atravesamos una vez más aquella incoherente ciudad, y aquella vez sí encontramos plaza en un tren que se esperaba que llegase a Moscú, viajando a una velocidad media de diez millas por hora. Dentro del compartimento se había amontonado mucha paja, que estaba llena de suciedad, encima de la cual los pasajeros, indiscriminadamente, bebían, jugaban a las cartas, discutían y hacían el amor. Allí no había disciplina, ni orden, ni decencia.

En un principio, achaqué el caos de Varsovia a mi propia ignorancia del idioma, pero, más tarde, el cónsul británico me explicó que él mismo había estado bloqueado durante cuarenta y ocho horas como consecuencia de la mala administración ferroviaria. Cuando llegamos a Moscú, no había nadie en la estación que pudiera hacerse cargo de nosotros. Encontramos un hotel para nosotros dos y una pensión para las chicas, lo que debimos de agradecer a la buena fortuna. A eso de la una, Leila recibía un aviso para que fuera a ayudarlas. Las encontré subidas encima de unas mesas ruinosas, gritando de miedo. Habían sido atacadas por las chinches. Afortunadamente, yo había advertido a Leila de que en Rusia la chinche es tan inseparable de la cama como el caracol de su concha.

En uno o dos días, la situación se tranquilizó. Y entonces me sobrevino un período caracterizado por un espléndido impulso espiritual, aún más intenso que el de 1911. Conocí en un café a una joven húngara llamada Anny Ringler; alta, tiesa, delgada como una famélica hembra de leopardo, con unos salvajes e insaciables ojos y una boca larga y sutil, y una cicatriz escarlata que parecía dolerle con la angustia que trae el ansia de encontrar alguna satisfacción más allá de lo que los poderes terrenales pueden dar. Nos sentimos atraídos uno hacia el otro, con irresistible magnetismo. No podíamos conversar en ningún lenguaje humano. Yo había olvidado el poco ruso que sabía, y su alemán se hallaba limitado a unos pocos gritos sincopados. Pero no necesitábamos hablar. El amor entre nosotros fue inefablemente intenso. Su recuerdo aún inflama mis más profundos sentimientos. Se encontraba más allá de la región en que el placer guarda algún significado. Sólo podía sentir a través del dolor, y la única forma que yo tenía de hacerla feliz era infligiéndole las crueldades físicas que ella me indicaba. Y quizás a causa

de aquello, intensificado por el espíritu auto-torturante de Rusia, adquirí la inspiración que me permitiría crear en las seis semanas que siguieron.

Casi todos los días veía a Anny durante, aproximadamente, una hora. El resto del tiempo lo invertía, en su mayor parte, en los jardines del Hermitage^[86] o en el Aquarium, escribiendo como si me fuera en ello la vida. En Moscú, y durante los meses del verano, el día se desvanece en la noche, y la noche cobra brillo hasta alumbrar el día, y todo ello sucede con imperceptible sutileza. Hay en el aire una claridad espiritual que es indescriptible. De vez en cuando, las campanas subrayan el silencio con una música celestial que nunca llega a producir molestia ni cansancio. Las horas fluyen de manera tan embriagadora que el mismo concepto de tiempo desaparece de la esfera de lo consciente.

En aquella atmósfera, Crowley escribió su Misa Gnóstica y el poema titulado *The City of God*. En enero del año siguiente, este último era publicado en las primeras páginas de *The English Review*:

Oro sobre oro, cúpula sobre cúpula, tímida flecha
que inflama el agudo creciente, mientras los rayos del sol se extienden majestuosamente,
excepto en aquel momento, a medianoche, en que un único rayo,
fiero y angosto, exhalado del ojo insomne de Dios,
nuestro Dios, el Sol... oro sobre oro,
fronda sobre fronda, lienzo sobre lienzo
de murallas como hojas y de cúpulas como flores,
y espiras y cúpulas que eran como los frutos de las fabulaciones
de las llanuras de más allá de los mares contenidos por columnas...
Y entonces fui presa del éxtasis... ¡Sí!
Y de cielo en cielo fui arrastrado.
Y aquella ciudad de sombras desapareció,
y al fin me hallé en la Ciudad de Dios.
La ciudad se encontraba viva, vibrante, en movimiento,
y tenía la forma del secreto y sagrado lugar de Ella,
la que en la Tierra carece de nombre, y cuyo susurro
sólo escuchamos entre el silencio del mar.
Y que hace manar un río de sangre en el crepúsculo,
latiendo en su coral y colosal corriente,
a través de la ciudad, levantándola en vilo...

También escribiría en aquella ciudad, y por aquel mismo tiempo, su «Hymn to Pan», que es el más conocido, y también el más característico, de sus poemas. Y alabándose a sí mismo, diría de esta «Ciudad de Dios» que era «uno de los sueños del hachís hecho realidad», lo que es una observación irrelevante. Nada dice acerca del éxito o fracaso de las distintas actuaciones de las Ragged Ragtime Girls en el Aquarium. Empleó un día o dos en visitar la feria de Nijni Novgorod, que le sirvió de inspiración para el poema «The Fun of the Fair». Seis semanas más tarde dejaría Rusia, presumiblemente con su compañía, pasando por San Petersburgo, ciudad que no consiguió impresionarle.

BAPHOMET, REY SUPREMO Y SANTO

CROWLEY era un hombre sin amigos, y no porque le faltase gente con la que mantener una amistad, sino porque, como todos los fundadores de una religión, no quería amigos, sino discípulos. Pero poco importaba eso a Aleister Crowley, el hombre: todos sus pensamientos se centraban en Crowley, el *logos* del Eón, o en Crowley, el Vagabundo de la Desolación.

Durante el último año que pasó en Cambridge, cuando cumplió los veintitrés, conoció a un hombre diez años mayor que él. Se trataba de Herbert Pollitt, quien, según el propio Crowley, había acudido a Cambridge con la única finalidad de poder bailar en el Footlights Club. Se hacía llamar Diane de Rougy, en honor de Liane de Pougny, la celeberrima cortesana y actriz. Crowley también diría de él que era «intérprete de personajes femeninos», dando a entender con ello que era actor, y no un travestido. Ambos se harían amigos; la amistad llegaría a ser bastante profunda, hasta el punto de que Crowley llegaría a poner por escrito que aquella «había sido la primera amistad íntima de su vida».

Lo que dice acerca de Pollitt presenta caracteres dispares: habla de una gran amistad, pero la breve descripción que hace de ella no consigue sino poner al descubierto su carencia de fundamentos sólidos. Su descripción del rostro de Pollitt no resulta nada alentadora: «tenía un aire trágico a causa de la terrible ansia de su mirada y de la amarga melancolía de su boca». Sólo su cabello, de color rubio claro, que, al igual que Oscar Wilde, se dejaba largo, parecía bello a los ojos de Crowley. Sus breves observaciones respecto a aquel amigo íntimo —«entre ambos existía la camaradería más noble y pura de todas las que hayan podido darse en este mundo»— son, extrañamente nos parece, distantes y poco afectuosas. Pero la actitud de Pollitt respecto a Crowley tampoco era mucho más cálida: no demostraba sentir el menor interés por cualquiera de sus actividades, no tenía simpatía alguna respecto a sus ambiciones poéticas o mágicas. Cabe, pues, preguntarse, qué tenían en común. ¿Cuáles eran las bases de esa relación, descrita por Crowley como «la más noble y pura»?

No hay que ir muy lejos para encontrar la respuesta. Crowley hizo todo lo que pudo para ocultar el secreto mediante un lenguaje velado e, incluso, utilizando como cortina de humo la observación de que, por aquel período, su vida sexual era intensa y sus relaciones con las mujeres, totalmente satisfactorias. Pero, incomprensiblemente y de la manera más chapucera posible, desvela el misterio, al precisar que «la relación que existía entre nosotros no era otra que esa intimidad ideal, que los griegos consideraban como la gloria más grande de la virilidad y el don más precioso de la vida». Durante el período lectivo de la Pascua de 1896 se vieron diariamente, y cuando llegaron las vacaciones Pollitt acompañaría a Crowley a

Wastdale Head, caminando a su lado sobre los acantilados.

Es muy posible que Pollitt fuera el primer hombre que permitió a Crowley encauzar sus sentimientos femeninos en la dirección sexual apropiada. Es indudable que gracias a él Crowley recopiló parte del material que utilizaría en su obra *The Scented Garden of Abdullah the Satirist of Shiraz*, también conocida como *Bagh-I-Muattar*, y que sería publicada, de manera privada, en 1910. Uno de sus poemas, de corte homosexual, titulado *The Riddle*, está, de manera encubierta, dedicado a su amigo íntimo, pues, cuando se leen seguidas las iniciales de cada dístico, como en un acróstico, se obtiene el nombre de HERBERT CHARLES JEROME POLLITT.

Acelanda también estaba dedicada a Pollitt, aunque el nombre de éste no fuese mencionado:

DEDICATORIA

¡Divino filósofo! ¡Querido amigo!
¡Amante y Señor! Acepta el verso
que avanza como una sombría carroza fúnebre
conduciendo a su fin último el ataúd de la verdad.

Pollitt era «amigo íntimo de Beardsley», mientras que Crowley sólo era uno de los «jovencitos» de Pollitt. La descripción que aquél hace de su «Amante y Señor» no carece de interés:

En el fondo de su corazón sentía un gran anhelo por todo lo bello, que yo calificaría con los apelativos de repugnante y cruel, puesto que carecía de esperanza. Estaba totalmente desprovisto de iluminación, en el sentido místico de la palabra. Su óptica acerca de la vida era desesperada y muy parecida a la de Des Esseintes [el personaje principal de *Al revés*, la novela de J. K. Huysmans]. No aceptaba ninguno de los narcóticos y paliativos al uso. No tenía genio creativo, ni ideales; era incapaz de sentirse decepcionado por el amor, el arte o la religión. Simplemente anhelaba y gemía. En algunos aspectos me resultaba fastidioso, porque yo estaba decidido a hacer todo lo posible para que mis sueños se convirtieran en realidad, y él representaba el eterno descontento.

Los dos amantes, que se paseaban juntos por el College, repleto de estudiantes, no consiguieron mantener oculta la fascinación que cada uno de ellos sentía por el otro, ya que la licenciada y entusiasta naturaleza de Crowley no se prestaba a ello. Como diría en sus *Confessions*, «en Cambridge descubrí que era, por naturaleza, profundamente apasionado, vamos, fisiológicamente hablando... pues pude comprobar que cuarenta y ocho horas de abstinencia eran suficientes para embotar el fino filo de mi mente». Su actividad sexual era su réplica a la «tiranía de la Hermandad de Plymouth y a la de los Evangelistas»; cada acto sexual «una autoafirmación mágica», mediante la cual hallaba el medio de expresar su naturaleza oculta, de encontrar su verdadera voluntad, y de influir en los acontecimientos del mundo que le rodeaba, en una especie de rito mágico relacionado con la Goecia, esto es, la magia que necesita de la invocación y el concurso de un espíritu. Las mujeres que utilizaba para aquel fin eran criadas o prostitutas. No es sorprendente, por ello, que un grupo de estudiantes de su mismo *college* le agarrara y le tirara a la fuente que

se encuentra en el centro del Patio Central del Trinity «por ser tan sucio». Debo esta información a la recensión que T. S. Blakeney publicó, en el número de mayo de 1952 del *Alpine Journal*, de la primera edición de *The Great Beast*. Blakeney añadía a la información este comentario: «Y no serían los únicos [se refiere a los compañeros de Crowley en el Trinity] en expresar violentamente sus opiniones al respecto; uno de los miembros del Club Alpino, que merece toda nuestra consideración, todavía recuerda con complacencia el año 1895, año en que le dio una paliza a Crowley que le dejó con un ojo morado». Quizás esto pueda explicar el odio que Crowley sentía por el Club Alpino.

Entre los documentos de Crowley, que yo heredé a su muerte, había uno, escrito a máquina, cuyo título era el siguiente:

El
Libro de la SUPREMA ARTE MÁGIC(K)A
que fue practicada por
los hermanos O.S.V.. 6.º = 5^u
y L. T. 2.º = 9^u
La Operación de París
En. - Febr. 1914 e. v.

El hermano (Frater en el original) O.S.V.. era Crowley, pues 6.º = 5^u era el grado de Adeptus Maior que había alcanzado en la Orden de la A.°.A.°. De hecho, era Magister Templi, pero utilizó para este rito el grado de Adeptus Maior, porque era el prescrito para los ritos mágicos. O.S.V. son las iniciales de *Ol Sonuf Vaoresagi*, que significa «Yo reino sobre ti», expresión extraída de la Primera Clave o Invocación en el lenguaje angélico, o *enoquiano*, utilizado por el doctor John Dee y sir Edward Kelly.

La expresión completa era *Ol sonuf vaoresagi goho iad batata lansh calz*, que significa lo siguiente: «“Yo reino sobre ti”, dice el Dios de Justicia, “con exaltada potencia, sobre el Firmamento de la Ira”».

Frater L.t. 2.º = 9^u era el hermano Lampada Tradam («Yo entregaré la antorcha»). Su nombre mágico de Neófito 0.º = 0^u era el de *Omnia Vincam*; en otras palabras, era Victor Neuburg, que había sido compañero de Crowley, y su principal ayudante en los ritos de grado XI (XIº), de índole homosexual.

La última línea del título hace referencia al momento: entre enero y febrero del año 1914 *era vulgari*, la expresión adoptada por Crowley en lugar del usual *Anno Domini*.

La *The Paris Working* («La Operación de París») es mencionada en *The Confessions* con estas palabras:

A fines de 1913 me encontraba en París con un Zelator de la Orden, el hermano L.T. Yo había estado trabajando sobre la teoría del procedimiento mágico de la O.T.O. y ambos decidimos poner a prueba mis conclusiones mediante una serie de invocaciones.

Nuestro trabajo dio comienzo el primer día del año, y prosiguió, sin interrupción, durante seis semanas.

Invocamos a los dioses Mercurio y Júpiter, obteniendo muchos resultados desconcertantes en muchas materias, desde la iluminación espiritual a los fenómenos físicos.

Ya que Crowley no explica en qué consiste «la teoría del procedimiento mágico de la O.T.O.», el lector puede pensar que aquellas invocaciones eran de naturaleza estrictamente ceremonial, y que los «muchos resultados desconcertantes» no son, posiblemente, más que exageración.

The Paris Working es la recopilación de toda una serie de invocaciones a Mercurio —en el documento original es llamado con mucha frecuencia Hermes, según su nombre griego— y a Júpiter, con el único fin que era enseñado en la Golden Dawn, es decir, para obtener sabiduría del primero y poder taumatúrgico del segundo; pero, a causa del rito sexual que tenía lugar entre ambos magos, era de esperar que los resultados fueran mucho más notables, y sus subproductos, de considerable uso práctico. De hecho, Crowley tenía *in mente* que Júpiter podría ofrecerles oro y Hermes inspiración para escribir uno o dos relatos de éxito o, al menos, un excelente poema.

Las letras O.T.O. son las iniciales de la *Ordo Templi Orientis*, u Orden del Templo de Oriente, también conocida como Orden de los Templarios Orientales u Orden de los Templarios del Este, que era una sociedad oculta fundada en Alemania a comienzos del siglo. Sus dirigentes eran conocidísimos francmasones que habían alcanzado el grado de Gran Maestre, como Franz Hartmann, Heinrich Klein y Karl Kellner. Habían decidido fundar la O.T.O. después de que el vienés Karl Kellner regresase de un largo viaje al Oriente (donde había sido iniciado por el faquir árabe Solimán ben Aifha, y los yoguis hindúes Bhima Sen Pratap y Sri Mahatma Aganya Guru Paramahansa) y expusiese los misterios del yoga y la filosofía del sendero de la mano izquierda, que él llamaba «magia sexual». Por tal motivo, en 1902 la *Ordo Templi Orientis* se hallaba constituida por un círculo restringido de adeptos que, bajo la luz de su nuevo y excitante conocimiento, encontraron el Antiguo y Aceptado Rito Escocés de la Masonería más bien insulso, y los noventa y siete grados del fatigoso Rito de Menfis, absolutamente innecesarios.

Las presuntas prácticas sexuales de los caballeros de la Orden del Temple, que provocaron su supresión a comienzos del siglo XIV, indujeron a aquellos ocultistas alemanes y austríacos a proclamarse a sí mismos «templarios orientales». Es cierto que su nueva doctrina venía del Oriente, pero a ellos les gustaba hacer la sugerencia, no sólo romántica, sido también llamativa, de que su Orden había heredado los ritos secretos de la Orden del Temple. Y hay que convenir en que no sería la primera sociedad oculta de la época actual en afirmar tal cosa.

Hoy se piensa que las acusaciones contra los Pobres Caballeros de Cristo (una de las denominaciones de la Orden) no eran más ciertas que las que se hicieron contra las brujas en época posterior. Sus confesiones, obtenidas bajo tortura, suscitan nuestra natural desconfianza. Montague Summers, autor de varios libros, muy eruditos, sobre la brujería y la demonología, consideraba que la autenticidad de las acusaciones

hechas contra los templarios difícilmente podría ser puesta en tela de juicio, al igual que las que se habían hecho contra las brujas. Era amigo de Crowley, quien lo menciona en su diario: «5 de julio de 1929. Cena con Montague Summers: el acontecimiento más divertido que me haya ocurrido en varias décadas». En aquella conversación, al igual que en sus trabajos, Summers insistió en que se instaurase la ley contra la brujería, que había sido revocada tanto en Escocia como en Inglaterra por un edicto de 1736. Durante los años cuarenta estuvo viviendo con su secretario Héctor. Una tarde de la primavera de 1949 fui invitado a su imponente casa de Dyvenor Road, en Richmond, a tomar el té. Héctor, visiblemente malhumorado, llevó el carrito de la tetera hasta la biblioteca, en la que estábamos sentados, pero no se quedó a acompañarnos. Summers tenía toda la apariencia de un personaje del siglo XVIII, tan encantador como alarmante. No encajaba en nuestro mundo moderno, tan escéptico. Los templarios, decía, fueron gnósticos heréticos, lo que podría ser verdad. Lo diré de manera resumida: se les acusaba de negar a Cristo (cosa que los gnósticos nunca hubieran hecho) y de escupir en la cruz; de intercambiar el *osculum obscaenum*, el beso obsceno, es decir, en las partes posteriores, de practicar el vicio *contra natura* y de adorar a un ídolo andrógino llamado Baphomet, nombre éste que ha sido objeto de muchas especulaciones e investigaciones.

Yo no sé si los templarios hicieron todas aquellas cosas por ser ateos o gnósticos y sentarse a la sombra del Viejo de la Montaña, el jefe de los Hashishin, o dejaron de hacerlas. La única cuestión que aquí nos interesa es que Crowley y los demás «templarios orientales» del continente pensaban que sí las habían hecho. Debían de razonar de este modo: si los templarios se abandonaron a prácticas tan nefandas que la ley de aquel tiempo no permitía que su nombre figurase en ningún escrito (las leyes acerca de estas y otras materias se ha relajado gratamente en los últimos años) y llegaron a consignarlas en un ritual «religioso», es porque ciertamente habían conseguido la sabiduría.

El aspecto del Baphomet, el ídolo de los templarios, ha sido descrito de diferentes, y contradictorias, maneras. Tenía uno, dos o tres rostros. Llevaba una barba, era solamente una calavera descarnada, sin rostro ni barba. Otra opinión consistía en que el Baphomet llevaba barba, pero que colgaba de la de un chivo. Una tercera afirmaba que el ídolo tenía la apariencia de un gato.

Los templarios le llamaban su Salvador: él era quien hacía crecer las flores y germinar la tierra. Gracias a él, sus cofres estaban llenos...

Un orientalista austríaco del siglo pasado, el barón Joseph von Hammer-Purgstall, después de haber examinado la inscripción de un cofrecillo encontrado en Borgoña, afirmó que el nombre Baphomet proviene de dos palabras griegas: βαφη μητεος, el bautismo de Métis (Sabiduría) o, como Montague Summers tradujo, la «absorción en la sabiduría». De hecho equivale a la propia palabra «sabiduría».

La traducción de la inscripción del cofrecillo realizada por el orientalista austríaco rezaba así: «¡Que Métis (o sea, Baphomet) sea exaltada, ya que hace que las cosas broten y florezcan! Es nuestra raíz, es uno y siete; abjura de la fe y abandónate a todos los placeres».

En otras palabras: Glorifica a Baphomet; él es el verdadero dios. Renuncia al cristianismo y «haz lo que quieras».

Oriflamme, el órgano de aquellos «templarios» germánicos, anunció con las siguientes palabras un nuevo enfoque en los objetivos de aquella sociedad secreta:

¡Oh, discípulo!
Si lo buscas, sufrirás;
Si lo encuentras, ocúltalo;
si te sirves de él, que nadie se entere.
Pues el que, de verdad, es un filósofo
debe seguir siendo desconocido.

Después de advertir a todo el mundo de la discreción que cabía observar, *Oriflamme* arrojaba un poco de luz, la suficiente para abrir el apetito de nuevas informaciones. Anunciaba que «nuestra Orden posee la LLAVE que abre todos los secretos, tanto masónicos como herméticos, esto es, la enseñanza de la *magia sexual*; y esta enseñanza hace comprensibles todos los secretos de la naturaleza, todo el *simbolismo* de la FRANCMASONERÍA y de todos los sistemas religiosos». Pero en qué consistía exactamente la magia sexual, y lo que había que hacer para practicarla correctamente, sólo era revelado oralmente a los miembros del Santuario Secreto; en otras palabras, a los que habían avanzado lo suficiente y en los que se podía confiar.

Aleister Crowley también había viajado al Oriente, estudiado yoga y aprendido cuanto pudo acerca de las prácticas sexuales orientales: había estado en la India al mismo tiempo que Kellner, aunque nunca se encontraron o tuvieron conocimiento uno del otro; y ahora estaba publicando todo aquello en sus voluminosas obras, en ocasiones, abiertamente, y en otras de manera velada. Ciertamente, pocos son los trabajos que escribió sobre los misterios que no contengan alguna alusión sexual,

aunque sólo sea sobreentendida.

Una noche de 1912 alguien llamó a la puerta de la casa de Crowley, en Victoria Street: era un misterioso desconocido, con quevedos y un bigote enorme, como el manillar de una bicicleta, que solicitaba hablar con él. Se trataba de Theodor Reuss, jefe de la *Ordo Templi Orientis* desde que Karl Kellner hubiera fallecido en 1905, «en circunstancias misteriosas».

No se anduvo con preámbulos: acusó, sin más, a Crowley de haber publicado el secreto más exclusivo de la O.T.O.: el secreto del grado IX. Éste lo negó. No tenía ni idea, le dijo, de en qué consistía ese secreto.

En lugar de contestarle, Reuss se dirigió hacia uno de los estantes de la biblioteca y tomó un libro pequeño, que tenía todas las páginas circundadas por una orla de intenso color negro, cuyo título era *Liber CCCXXXIII: the Book of Lies*. Lo abrió por el capítulo 36, «El Zafiro Estrellado». Con «un índice amenazador» —la expresión es de Crowley— señaló la frase que dice así: «Bebed del Sacramento y pasáoslo los unos a los otros.» El «sacramento» era el semen que, antes de la operación mágica, se recargaba con la energía resultante de la voluntad del mago, y que, más tarde, se extraía de la vagina en la que había sido depositado en el transcurso de la «operación», para ser consumido al final de la misma. Aquél era el secreto de Crowley: una parodia de la Eucaristía que, en su forma, coincidía con el secreto del IXº grado de la O.T.O. germánica.

Era innegable que Crowley había estado husmeando en los mismos rincones oscuros en que lo habían hecho los templarios germánicos del Oriente, y que había descubierto sus secretos, pero también podía decirse que ellos habían descubierto el suyo. Reuss le rogó que no lo revelase de manera impropia, puesto que era el secreto más sagrado del mundo. Crowley, conmovido por la elocuencia de Reuss y la seriedad de la materia que estaban tratando, juró solemnemente que no lo divulgaría. Fue uno de los pocos secretos que guardó.

Aquella noche, los adeptos hablaron de muchas cosas. «Puesto que», decía el hermano Merlín (el nombre mágico de Herr Reuss), «usted conoce nuestras enseñanzas sexuales ocultas, mejor haría entrando en nuestra Orden y siendo su jefe en Gran Bretaña». Crowley, que nunca rechazaba una comida, una aventura o un título, aceptó rápidamente y, después de un viaje a Berlín, y tras la debida ceremonia, fue entronizado como «Rey Supremo y Santo de Irlanda, Iona y de todas las Bretañas que se encuentran dentro del Santuario de la Gnosis»^[87]. Y, con la audacia y agudeza mentales de quien contempla y comprende lo contingente, se dio a sí mismo el nombre mágico, muy acorde con la elevada posición que acababa de alcanzar en aquella Orden mística, de *Baphomet*.



Y por si el asunto de la visita de Reuss no fuera, por sí solo suficientemente misterioso, *The Book of Lies* («El libro de las mentiras»), no sería publicado hasta 1913, un año *después* de que tuviera lugar aquel inesperado encuentro. Es un total disparate, a no ser que, como pretendía Crowley, ambos se hubieran encontrado desplazados un año en una secuencia temporal o en otro continuo espacio-temporal.

En el mismo año, y durante la Convocatoria Especial del Santuario Supremo del Antiguo y Primitivo Rito de la Masonería, que tuvo lugar en su estudio de Fulham Road, Crowley fue elegido Patriarca Gran Administrador General 33°, 90°, 96^u de la Orden.

Crowley y Reuss fusionaron sus secretos. El hermano Merlín explicó al hermano Baphomet la teoría que subyace tras aquella escuela de alquimia que utiliza los fluidos sexuales como «elixir de vida». Y el hermano Baphomet hizo más explícita la sabiduría homosexual que rezuma de su obra *The Scented Garden of Abdullah the Satirist of Shiraz*. También se ofreció a escribir de nuevo los rituales de la Orden de los Templarios Orientales, que por entonces se encontraban en esbozo, al igual que Yeats había hecho lo propio con los de la Golden Dawn, por encargo de MacGregor Mathers. La propuesta fue aceptada, y Crowley escribió rápidamente, con su irónico y característico estilo, el *Liber Agapé, the Book of the Unveiling of the Sangraal wherein it is spoken of the Wine of the Sabbath of the Adepts* («Liber Agapé, el Libro del desvelamiento del Sangraal, donde se habla del viento del Sabbath de los adeptos»). En la portada del ejemplar, escrito a máquina, de que dispongo, figura la siguiente inscripción: *Instrucciones secretas de la O.T.O.* La palabra *Sabbath* alude a la reunión que las brujas celebran a medianoche, cuando se dan cita con hechiceros y demonios. Los *Adeptos* son todos aquellos que han descubierto la piedra filosofal. Nadie ha sido capaz de explicar qué era con exactitud lo que entendían los alquimistas por «la Piedra» que a veces es llamada «Piedra del Sabio».

«Que el Adepto se encuentre armado con su Crucifijo Mágic(k)o y provisto de su Rosa Mística»: el «crucifijo» es el falo en erección, y la «rosa mística», los genitales femeninos. Después de la «Oración Previa» figura la «Epístola de Merlín [Reuss] a Baphomet [Crowley]», que fue escrita por Crowley, y que habla claramente de la posición de ambos hombres, como resultado de los títulos que ostentan:

MERLÍN, por la Gracia del Dios Tres Veces uno, y por el favor y la designación del Maestro Secreto, llamado en servicio de la humanidad, y exaltado por vosotros como Cabeza Visible de la Orden, O.T.O., a Baphomet, Sumus Rex Sanctissimus, Xº, O.T.O., de Irlanda, Iona y de todas las Bretañas que se encuentran dentro del Santuario de la Gnosis, Antiguo Gran Maestre de los Caballeros del Espíritu Santo, Poderosísimo Soberano Gran Comendador de la Sagrada Orden del Temple, etc., salud y paz en el Santísimo y Misterioso nombre del Verdadero y Altísimo Dios Vivo y del Espíritu Santo.

Escucha, Oh, Santísimo, Ilustrísimo y Muy Iluminado Hermano, mi palabra y presta oídos a mi consejo y recriminación.

¡Haz el silencio en tu corazón y coloca un sello en tus labios!

A quienquiera que sea merecedor de él, se lo revelarás; y al creyente se lo darás a conocer.

En la página siguiente, Baphomet, el Santísimo Rey de todas las Bretañas que se encuentren dentro del Santuario de la Gnosis, Gran Maestre de los Caballeros del Espíritu Santo, etc., contesta con la misma pomposa ostentación, «a toda la asamblea de los Ilustrísimos Señores Caballeros Soberanos Grandes Inspectores Generales del Antiguo y Aceptado Rito del grado 95 del Rito Real de Menfis, Perfectamente Iluminados y Santificados por nuestro sublime grado IX, etc.».

En 1884, Theodor Reuss fue expulsado de la Liga Socialista por ser espía del Servicio Secreto Alemán. Era inglés y alemán, a partes iguales, y, según fuera la parte que predominaba, se hacía llamar Charles Theodor o Theodor Reuss. En Inglaterra pasaba por ser cantante de *musichall*. Pero las canciones que interpretó durante un concierto, destinado a la recaudación de fondos para la Liga Socialista, de la que era uno de sus dirigentes, escandalizaron a su colega Eleanor («Tussy») Marx, la hija de Karl Marx, quien lo definió como «un individuo vulgar y sucio».

El Secreto de los Secretos, o la Llave de Todas las Magias, no fue revelado en el *Liber Agapé* («El libro del amor»), sino vaga y oscuramente sugerido, entre alguna que otra palabra griega y latina, para impresionar al ingenuo. Lo que más se acercaba al secreto se encontraba en el apartado que Crowley dedica al Secreto de la Francmasonería:

Por eso, en Pascua tiene lugar la Crucifixión o Copulación, por lo que nueve meses más tarde, ocurre el Nacimiento del Niño, que vivió 33 años, una generación en términos de la humanidad, y fue después crucificado. Todo esto está relacionado con el hecho de que el Sol pasa por debajo del Ecuador, para volver a renacer y después a morir, de forma cíclica. Así pues, nuestra Confraternidad, al disponer de la auténtica llave de todas las religiones, y ya que todos los cultos tipifican los misterios del Lingam y del Yoni, o los del Sol, la Luna y la Tierra, que resumen en sí mismos todos los ritos, puede crear nuevas festividades, y gobernar el mundo con justicia y honradez, bajo el gobierno del Rey Supremo y Santo Xº, que se comporta con ella como Padre y Dios.

El Lingam es el pene, el Yoni la vulva; y el Rey Supremo y Santo «que se comporta con ella como Padre y Dios», nadie más que Aleister Crowley. De hecho, el *Liber Agapé*, debido a las interpolaciones del *Liber Legis* que Crowley introdujera en él, resulta ininteligible, de manera que, para su comprensión global requiere que el lector conozca algunos acontecimientos de la vida de Aleister Crowley.

Además del *Liber Agapé*, Crowley escribiría para la Orden de los Templarios del Oriente la denominada «Misa Gnóstica», en donde el secreto del grado IX es

presentado en símbolos demasiado obvios; por lo demás, todo gira alrededor de la Bestia 666:

Y creo en la Serpiente y en el León,
Misterio del Misterio, en su nombre *Baphomet*.
Y creo en una Iglesia Católica Gnóstica
de la Luz, del Amor y de la Libertad,
de cuya Ley, su Palabra es THELEMA.

La Misa Gnóstica fue traducida al alemán y publicada en *Oriflamme*. Los demás templarios la acogieron con cierto desasosiego. Antes no habían aceptado el *Liber Legis*, y no iban a aceptarlo después, así que adujeron que Crowley estaba absorbiendo su Orden. Theodor Reuss se unió a las críticas, aunque pensaba que Thelema resultaba atrayente. Sin embargo, la glorificación de Aleister Crowley era algo de lo que no se había tratado.

Dos hechos impidieron la expulsión de Crowley de la O.T.O. No obstante toda su grandilocuencia y su aparente actividad, la Orden era prácticamente algo que sólo existía en los membretes. En 1905 había contado entre sus miembros con un hombre de genio, Rudolf Steiner, el Secretario General de la Sociedad Teosófica, quien más tarde fundaría la Sociedad Antroposófica, que todavía existe. Reuss había invitado a Steiner a entrar en la Orden Interna de la O.T.O. En 1914, los masones alemanes más destacados no sentían mucha pasión por la O.T.O., e incluso consideraban que Reuss era un aprovechado. Pero antes de que tuviesen tiempo de ponerse a discutir acerca de la controvertida personalidad de Aleister Crowley, y de que éste pudiese enfrentarse a la Orden con actos posteriores de expresión personal, estallaba la Guerra Mundial.

La O.T.O. no era la única en explorar su materia preferida. La sexualidad estaba siendo investigada seriamente por Havelock Ellis y, con más amplias perspectivas, por Freud. A esto ha de añadirse la corriente de ideas filosóficas y religiosas acerca del Oriente que venían divulgándose desde hacía tiempo. A nivel popular, el pensamiento oriental había sido introducido por Elena Petrovna Blavatsky, que había fundado en 1875 la Sociedad Teosófica. Los tiempos eran propicios para la propagación en Occidente de estas ideas.

¿En qué consistía la «magia sexual», que el masón de alto grado Karl Kellner había aprendido de los yoguis árabes e hindúes, y que Crowley había descubierto sin ayuda de nadie, o aprendido de su guru de Madrás Subhappaty Swami? En el ritual de los *Vamacharis*, o seguidores del «sendero de la mano izquierda», así llamado porque su culto es celebrado con el concurso de la mujer, que es «lunar», o «de la izquierda». La imagen de hombre y mujer que se han unido en el acto sexual no es considerada impura por la mayoría de los hindúes, sino al contrario, se piensa de ella que se trata del verdadero rito de un sacrificio. El celebrante manifiesta una actitud respecto a la mujer que contrasta con la de cualquier otra persona que realice el acto sexual; además, la mujer suele ser, por lo general, la esposa del celebrante. Pero, en

cualquier caso, lo sea o no, no es vista como una mujer, sino como un símbolo de la divinidad, de la Madre Divina. Como dijera Arthur Avalon (sir John Woodroffe) en su importantísima obra sobre este tema, *Shakti y Shakta*: «Los occidentales suelen ver obscenidad donde sólo hay simbolismo». Los orientales que practican esta forma de culto, relacionada con el sexo, no adoptan la mentalidad que rige nuestra consciencia habitual. De hecho, son yoguis, hombres que pueden despertar en sí mismos a *kundalini*, parecida a una serpiente, el supremo poder que reside en el cuerpo humano, a través de la cual se realiza el yoga, o unidad con Dios. La mujer se halla también en ese mismo plano: junto al hombre compartirá la «Fiesta de los Cinco Elementos» (*Panchatattva*), que tiene lugar en un estado mental que no es terrenal, sino místico. Los cinco elementos son los cuatro de la tradición oculta occidental, Fuego, Aire, Agua y Tierra, más un quinto elemento espiritual, o Éter, cuya única finalidad es la de sintetizar o purificar los otros cuatro, y que se hallan representados, respectivamente, por el vino, la carne, el pescado y los cereales, mientras que el quinto simboliza la unión de Shiva y Shakti, y, sobre el plano terrestre, la unión sexual (*Matibuna*). No se obtendría el resultado deseado si fuese realizado en un estado mental no adecuado, o si la fuerza de *kundalini* no hubiera sido convenientemente suscitada. El practicante experimentaría solamente un orgasmo normal, en lugar de la más sublime de todas las experiencias, *Samadhi*, el éxtasis, la unión con Dios.

El comer y el beber mantienen el cuerpo, mientras que la unión sexual sirve para propagar la especie. Son todas ellas funciones naturales, y no hay razón alguna para que la copulación, regulada y prescrita de acuerdo con el Tantra, no pueda servir para un fin que sea superior al de la sensualidad.

La actividad sexual de Crowley siempre era una actividad mágica. Para comprender la idea que subyace en ello, será de gran ayuda considerar la visión que de Jesús o de María tenían los místicos cristianos en el momento del éxtasis, en el que, por supuesto, no entraba el sexo. Un yogui que se halle en un estado de exaltación análogo experimentará una visión de Krishna o de Shiva, o de cualquier otro dios del panteón hindú. La teoría que subyace en la magia sexual es la siguiente: en el clímax del acto sexual, la dualidad, u objetividad, se anula. Es decir, no hay alto o bajo, bueno o malo, noche o día, macho o hembra, etc., ya que los opuestos se han convertido en *uno*; por eso el vacío que se crea en la consciencia del mago que lo está practicando atrae el objeto para el cual se llevó a cabo la operación, también llamada *opus*. Ésta, y no otra, es la base física de toda la operación, que constituye el gran secreto del grado IX de la O.T.O. Las interminables *opera sexualia* de Crowley perseguían las cosas más triviales que todo el mundo desea, como dinero o éxito en alguna aventura; y otras que no lo eran tanto, como «deseo y el poder que genera el deseo», es decir, que su deseo debía ser más fuerte, «para establecer la Ley de Thelema», que es la ley del Haz lo que Quieras. Hay que preguntarse si ese tipo de magia logró funcionar. Habría que contestar que no. Sin embargo, él no dejó de

practicarla con asiduidad casi diaria, casi con la misma con que hacía sus consultas al *Yi King*, sin hacer caso de las respuestas que recibía, que interpretaba o malinterpretaba, según los deseos del momento. La más seria objeción que pueda hacerse a la magia sexual de Crowley estriba en que, debido a su promiscuidad, alteró los principios que subyacen en ella, puesto que esta magia se basa en la relación, que tiene que ver con el magnetismo personal, entre el mago y su compañera, y que requiere varios meses de trabajo previo. Con mucha frecuencia, Crowley practicaba lo que también llamaba magia sexual con hombres que encontraba, invirtiendo, para el caso, cerca de una hora, y a los que no volvía a ver. Pero una actividad mágica de ese tipo no hace sino agitar las fuerzas caóticas del inconsciente, lo que se reflejaría más tarde en su sombría vida.

Al no haber tenido acceso a los documentos de la rama germánica de la O.T.O., no conozco la naturaleza de la magia sexual que Karl Kellner, Reuss y compañía practicaban, pues aquellos ocultistas alemanes y austríacos no eran orientales, ni tampoco yoguis. En el mejor de los casos, habrían practicado sólo una forma degradada de magia sexual; sus fotografías, con excepción —quizá— de la de Franz Hartmann, que visitó en la India a Madame Blavatsky aburriéndola casi hasta el sufrimiento, revelan unos rostros que difícilmente podrían ser atribuidos a hombres santos, sino que, más bien, cuadran a *Wurst-und-Sauerkraut Adepten* («Adeptos a las salchichas con *chucrut*») vestidos como burgomaestres, con sus llamativos atavíos y las insignias de su cargo.

Por otro lado, Crowley no era un tipo tan tranquilo como ellos. Ni tampoco como Karl Kellner, propietario de una herrería, un próspero negocio al que atender. No habría resultado sorprendente que Crowley, después de haber permanecido en el Oriente, se hubiera convertido en un yogui tántrico, y que, después de varios años de preparación, practicara aquellos ritos. *The Paris Working*, que es un documento no destinado por el autor a su publicación, podrá decirnos, una vez descifrado, hasta qué punto practicó Crowley la magia sexual, y con qué resultados.

«Lo que sigue es el informe preliminar de esta Operación de Arte Mágic(k)a», proclama la sentencia preliminar de *The Paris Working*. Pero no hubo otro informe posterior y más amplio de la operación, sino otro documento titulado *The Esoteric Record of the Workings* («La relación esotérica de las operaciones»), escrito por Crowley a partir de notas que había tomado, y que desarrolla lo tratado en la operación. *The Paris Working* fue el primer acercamiento sistemático a la magia sexual de Crowley, aunque lo esconda en sus *Confessions* bajo una declaración tan meliflua como inocua. Al ser uno de los dirigentes de la O.T.O., se sintió obligado a practicar el sexo con fines mágicos. Y comenzó con un hombre en lugar de una mujer (lo que es contrario al espíritu del *Maithuna*), ya que vivía en París con un hermano de la Orden y le había prometido iniciarle en aquellos elevados misterios. Las divinidades que deberían invocar eran las mismas que, anteriormente, habían venerado en la Golden Dawn en rituales de tipo puramente ceremonial; ahora se

trataba de descubrir si este nuevo método sexual era más eficaz.

Cuando Crowley escribía acerca del sexo, solía utilizar un tono irónico y pomposo, como si, en el fondo, no creyese en lo que estaba diciendo. Para él suponía en realidad una estupenda broma, anunciar con voz de cura que había cumplido sus devociones, cuando lo que quería decir era que había estado fornicando con una prostituta, la más fea que había encontrado.

En un preámbulo, Crowley anuncia el programa:

Sol en Libra. An. IX [el 9º año del nuevo eón de Horus, que comenzó en 1905, es decir, 1913], El hermano O.S.V. ha cumplido la tarea que le fuera asignada por la Gran Fraternidad Blanca publicando el n.º X de *The Equinox*. Por ello, habiendo perseverado hasta el fin de sus reservas económicas, ha pensado rogar personalmente a los Grandes Dioses del Cielo, para que tengan a bien dispensarle sus favores — porque, al igual que Job, no ha maldecido a Dios de manera alguna— para que él pueda realizar un nuevo sacrificio en la consecución de la *Magnum Opus*.

En este contexto, la *Magnum Opus* puede significar una gran variedad de cosas, desde que la humanidad consiga liberarse de sus cargas, hasta que uno pueda entablar contacto con su Santo Ángel de la Guarda.

Acaba de aparecer el hermano Lampada Tradam, que ha superado la prueba del Neófito que le permite asumir las tareas propias del Zelator, a las que se ha ligado en juramento.

Además, durante 18 meses, el hermano O.S.V. fue iniciado por el hermano Merlín en los Grandes Misterios, y llevado por él hasta el trono de la Orden del Temple.

De acuerdo con lo expuesto, Theodor Reuss (el hermano Merlín) había iniciado a Crowley en los Más Grandes Misterios (de magia sexual), pero la frase no debe ser tomada al pie de la letra. Lo que sigue alude a la entronización de Baphomet en Berlín.

Por ello, es apropiado reconstruir esta Orden [la O.T.O.] en todo su esplendor, pues cuando el Sol entre en Aries An. X [1914] será el 600 aniversario del martirio de J. B. M. [Jacobus Burgundicus («El Borgoñón») Molensis, o Jacques de Molay, último Gran Maestre de la Orden del Temple, muerto en la hoguera en 1314].

Otro de los motivos que se aducían en *The Paris Working* para el comienzo de dichas invocaciones era que «una invocación, que ambos cofrades habían hecho de manera casual a Pan, produjo una gran maravilla».

Crowley no dijo de qué maravilla se trataba, pero en este contexto una invocación a Pan quiere decir un acto sexual; y es descrito como algo casual, que había ocurrido sin una cuidadosa preparación.

Y ya que todas las cosas tienden hacia el bien, nos preparamos para la obra con piedad y celo, con santa caridad y con gran castidad de cuerpo y alma. Amén.

Escrito a las 4:30 de la tarde del último día de 1913, según la era vulgar.

Estas palabras, aparentemente tan piadosas, van dirigidas contra el celo religioso de sus padres y contra el cristianismo en general.

Así pues, por la Gloria del Único Inefable, de la Paloma y de la Serpiente, estos dos cofrades comenzaron su operación. Primero: Desde las 4:55 hasta las 5:35 yo mismo me confesé, yo, el hermano O.S.V. 6° = 5^u recibiendo el Sacramento de cierto sacerdote, A.B., y de este modo, sintiéndome más confortado me puse a dibujar el primero de los pantáculos de este libro.

La paloma simboliza el amor conyugal y también el espíritu; la serpiente es uno de los símbolos de la vida instintiva, del mal, y también de la sabiduría. Según Freud, y muchos otros anteriores a él, la serpiente posee un significado fálico; en *The Paris Working* estos dos símbolos representan respectivamente el yoni y el lingam, esto es, en sánscrito, los órganos sexuales femenino y masculino.

El «sacerdote» A.B. (quienquiera que sea) era un sacerdote en el sentido de Crowley, es decir, que participaba en aquellos ocultos misterios. La frase que se refiere a que Crowley recibió el «Sacramento» de él, lo único que quiere decir es que recibió su semen, posiblemente en su boca.

Mientras dibujaba el pantáculo o disco, indudablemente con atributos mercuriales (el pantáculo no se ha conservado), le llegó una inspiración «del Altísimo», de quien procede toda inspiración exaltada. Aquella inspiración le decía, en particular, que Pan era el Maestro de la Obra que Crowley se proponía llevar a cabo con el hermano L.T., y que sin la sabiduría divina no llegarían a nada. Puesto que Hermes era el dios de la sabiduría, así como el patrón de la magia y el archimago en persona, él era el dios al que atañía esta particular operación de arte mágic(k)a y no al fantástico Pan de la Arcadia. «Por eso, yo digo: que lo primero sea la invocación a Hermes.»

Demasiado a guisa de preámbulo.

Así pues, la Primera Operación de esta Suprema Arte Mágic(k)a fue una invocación a Hermes, que también es el dios de los ladrones y de los vagabundos. A las 11:30 p. m. del último día de 1913, Crowley abrió puntualmente el templo, «invocando también a Thoth con las fórmulas egipcias».

Thoth es la forma egipcia de Hermes, y la ceremonia de apertura del templo — que había sido conservada en el denominado Ritual 671— era una invocación al dios egipcio. *The Paris Working* comprende en total veinticuatro operaciones, y parece ser que en cada una de ellas, el ritual utilizado para su apertura fue el 671, ya fuera en su forma íntegra o en otra resumida. Pero es demasiado largo para que pueda consignarse en su totalidad:

LA CONSTRUCCIÓN DE LA PIRÁMIDE

El Mago con la Vara. Sobre el Altar hay Incienso, Fuego, Pan, Vino, la Cadena, el látigo, la Daga y el Aceite. En su mano izquierda lleva la Campana.

Dos toques de campana.

¡Salve, Asi! ¡Salve, Hoor-Apep!^[88]

¡Que el silencio engendre la Palabra!

Danza en espiral para expulsar a los espíritus (hacia la izquierda).

Las Palabras contra el Hijo de la Noche,

Tahuti^[89] pronuncia en la Luz.

Conocimiento y Poder, guerreros gemelos,

zarandean lo Invisible; hacen huir, hendida en dos,

a la tiniebla; la materia esplende como una serpiente.
 Sebek^[90] es golpeado por el trueno...
 La Luz prorrumpe desde lo bajo.
Se dirige hacia el Oeste, en el centro de la base en que se encuentran Thoth, Asi y Hoor.
 ¡Oh, Tú, Ápice del Plano,
 de cabeza de Ibis^[91] y Vara de Fénix,
 y Alas de Noche! ¡Tú, cuyas serpientes distienden
 sus cuerpos, alcanzando el más allá!
 ¡Tú, en la Luz y en la Noche
 eres uno, superior a su moviente poderío!
Se azota las nalgas, se traza una cruz sobre el corazón y se enrolla la cadena alrededor de la frente, diciendo:
 ¡Agua Lustral! ¡Envía tu corriente
 a través de mí... linfa, médula y sangre!
 ¡El Látigo, la Daga y la Cadena
 purifiquen cuerpo, tórax y cerebro!
 Unge sus heridas, diciendo:
 ¡Que el Fuego dé forma! ¡Que el óleo
 equilibre, sane y absuelva!
 (etc.)
(Así queda construida la Gran Pirámide.)
 Sigue la Iniciación:
 ¡No sé quién soy!
 ¡No sé de dónde vengo!
 ¡No sé adónde voy!
 ¡Busco, pero sin saber el qué!
 Estoy ciego y atado;
 pero he escuchado un grito
 resonar a través de la Eternidad:
 ¡Levántate y sígueme!
 ¡Asar Un-Nefer!^[92] Invoco
 al Cuádruple Horror del Humo.
 ¡Desencadena el Abismo! con la Palabra terrible
 que Seth-Tifón^[93] ha oído:
 Sazaz Sazaz Ananatasan Sazaz.
(Pronuncia esta frase al revés, pues es muy peligrosa: abre las Puertas del Infierno.)
Pausa.
 Al Miedo a la Tiniebla y a la Muerte,
 al Miedo al Agua y al Fuego,
 al Miedo al Abismo y a la Cadena,
 al Miedo al Infierno y al Hálito de la Muerte
 al Miedo a Él, el horrendo demonio
 que en el Umbral del Vacío
 está con su dragón, para matar por sorpresa
 al Peregrino que sigue la Vía.
 A todos dejo atrás con fuerza y prudencia,
 avanzo con fortaleza y sabiduría
 por el recto Sendero; aunque sus celadas
 sean, seguramente, infinitas.
Vacila y cae a tierra. Acompaña sus palabras con acciones, usando cadena, el látigo y la daga.
 ¡Asar^[94]! ¿Quién se aferra a mi garganta?
 ¿Quién me inmoviliza? ¿Quién apuñala mi corazón?
 Soy indigno de franquear
 este pilono de la Casa de Maat^[95].

Este ritual, en su versión íntegra, precisaba media hora para su realización. Al

final, los dos magos (que habían conseguido pasar a través de un desgarrón en el velo de la materia) se encontraban en un estado mental apropiado a la siguiente fase del procedimiento. En la descripción de esta Primera Operación, Crowley, en contra de su costumbre, se muestra poco comunicativo. Escribió: «Y después de la última campanada de la medianoche, las primeras palabras y hechos del *Accendat!*, resonaron en el *Akasa*». «*Accendat!* significa ¡Hágase la luz!», que son las primeras palabras tanto de una oración como de una invocación. *Akasa* es el equivalente en sánscrito de *éter*, la materia sutil que penetra todo el universo; el *akasa* es el auténtico medio del sonido, puesto que el aire es de importancia secundaria. La luz que Crowley estaba pensando encender concernía tanto al cuerpo como a la mente. Esto se deduce claramente del siguiente versículo, o Sagrado Himno a Hermes, que comenzaron a recitar:

Jungitur in vati vates: rex inclyte rhabdou
Hermes tu venias, verba nefanda ferens.
(Juntos, el vate en el vate: ¡oh, ínclito rey de la vara!
Ven, Hermes, trayendo palabras impronunciables.)

Los dos «vates» —que durante la invocación debían de haber entrado uno en el otro— eran, naturalmente, Crowley y Neuburg.

Mercurio se manifestó al momento en su primera forma, tal y como está escrito en el *Liber Ararita*, I, 8¹⁰[96]: «Tú te has aparecido a mí como un muchacho malicioso y encantador, con Tu globo alado y las serpientes sobre la vara».

Crowley veía el templo inmerso en el plano astral, brillando con millares de caduceos de color amarillo oro, y cuyas serpientes, vivas, se movían. Y cada uno de estos caduceos era empuñado por un dios Hermes. «Pero era tan joven y malicioso que el sacrificio fue imposible.»

Hermes se había manifestado en Neuburg, pero Neuburg (Hermes) se había comportado de manera tan necia, que el acto sexual (el sacrificio) se había malogrado (Crowley desempeñaba la parte femenina.)

Cuando clausuré el templo era la 1:40 a. m. *die Jovis* [jueves], pensé en la renovación del rito por la tarde, con la esperanza de obtener a Hermes en su nueva fase.

¡Bendito y Alabado sea el Santo, el Inefable, el Señor de la Serpiente y de la Paloma! Amén.

La invocación de dioses y demonios para que se hagan visibles forma parte de la tradición mágica. El profesor de Crowley en la Golden Dawn fue Allan Bennett. En uno de los cuadernos de notas de Bennett fechado en 1899, cuando veía diariamente a Crowley, había un talismán en pergamino dedicado a Mercurio. Debajo de él estaba escrito: «Vitalizado Mercurio (el talismán o pantáculo) entre las 2:30 y 4:30 colocándolo sobre la Cabeza del Espíritu y (el 8 de noviembre, creo) fijándolo a ella, de manera que se cree un vínculo, y así infunda en él todo el poder que posea en la

vía de la Sabiduría (cocaína)».

En su obra *Magia. Teoría y práctica*, Crowley explica el orden a seguir en esta especie de ceremonia. Primeramente, el mago invoca al dios con *súplicas devotas* y le ruega que se digne enviar al Arcángel apropiado. Entonces, el mago *ruega* al Arcángel que le envíe al Ángel, o a los Ángeles, de aquella esfera, en su ayuda. Cuando aparece el Ángel, le *conjura* a que le envíe la inteligencia que le interesa; y a esta inteligencia, él la *conjura con autoridad* para que le envíe el espíritu, y a éste le dará *órdenes*. Así pues, no era difícil, ni peligroso, para Allan Bennett, esto es, el hermano Iehi Aour (por usar su nombre mágico), una vez que tenía ante sí al espíritu, colocar el talismán en su cabeza. El añadir la palabra «cocaína» indica que esta droga era utilizada durante la ceremonia y, sin duda, contribuía a la materialización.

La siguiente invocación de Hermes, descrita bajo el título de Segunda Operación, fue realizada, tal y como había sido pensada, durante la noche siguiente. Mientras tanto, Crowley, con cera amarilla, había hecho una imagen del dios en forma de falo. Se sintió satisfecho de su habilidad manual y lo describió como muy bonito.

Los cofrades llegaron al templo en un estado mental receptivo, acentuado por una buena cena, con champán o coñac, y quizá la droga en consonancia con Hermes, *Anhalonium lewinii*, que suscita visiones bellísimas.

Encendieron el incienso^[97] y el templo quedó abierto a las 11:20 p. m. Se declamaron tres poemas de Crowley durante la invocación:

Al final de la Luz,
en los límites de la Noche,
estaba Mercurio frente a los Nonatos del Tiempo.
Fue entonces formulado el Universo;
después de aquello llegaron los Dioses,
los eones del Ilimitado Más Allá.
Entonces vibró la Voz,
entonces fue pronunciado el Nombre.
En el Umbral de la Entrada,
entre el Universo y el Infinito,
en el Signo del que Entra^[98]
estaba Mercurio, mientras ante él
los eones fueron proclamados.
Él los registró en símbolos;
los hizo vibrar en el Aliento,
pues entre la Luz y las Sombras se encontraba.

Esta poesía había sido tomada del «Rito de Mercurio», que era uno de los «Ritos de Eleusis», celebrados públicamente en Caxton Hall, entre octubre y noviembre de 1910, por «Mr. Aleister Crowley y sus distinguidos colaboradores», entre los que se encontraban Miss Leila Waddell, su Mujer Escarlata, y Mr. Víctor Neuburg, su amante en *The Paris Working*.

El siguiente poema utilizado en la invocación llevaba por título *El Templo en Tinieblas*.

¡Oh, Luz en la Luz! ¡Oh, relampagueantes alas de fuego!
 El más diligente de los instantes del mar
 es para ti
 como un caminar tranquilo de la eternidad
 con miembros que arrastra y ruedas que gimen de fatiga.
 ¡Oh, genial llama de ámbar tornante!
 ¡Semejante a una chispa de oro,
 llega hasta el púrpura, hela aquí!
 ¡Una llama gris!
 Después, las oscuras alas nocturnas se arrebolan
 de iridiscente índigo,
 matizado por algún rayo violeta...
 ¡Oh, Hermes! ¡Mensajero del más recóndito pensamiento!
 ¡Desciende! ¡Quédate entre nosotros! Corriendo rápido en mis venas vertiendo delirante dolor,
 La Palabra de la Yoidad integrada en la Nada,
 ¡El Inefable Amén! ¡El Elaborado Prodigio
 trae la muerte, si la vida se excede!
 Haz sangrar a tu pálido Eremita,
 y exudar Vida;
 y con Sabiduría y su palabra
 llena la muda mente, preñada de confusión,
 ¡de quietud!
 ¡Lanza tus preciosos relámpagos en mi mente! ¡Libera mi espíritu!
 Mezcla con mi hálito, mi vida y mi nombre, tu talante
 y la esencia de Ti.

Y, finalmente, estos versos, que son demasiado largos para ser citados íntegramente:

Majestuosidad entre la Divinidad, Tahuti, el coronado de Sabiduría, Señor de las Puertas del Universo: ¡Te invocamos!

¡Oh, Tú, el de cabeza de Ibis: A Ti Te invocamos!

¡Tú, que empuñas la Vara del Doble Poder^[99]: A Ti Te invocamos!

¡Tú, que llevas en Tu mano izquierda la Rosa Cruz de la Luz y de la Vida: A Ti Te invocamos!

¡Oh, Tú, cuya cabeza es de Esmeralda, y Tu *Nemyss*^[100] como el azul del cielo nocturno! ¡Tú, que tienes la piel de un naranja llameante, como si ardiese en un horno: A Ti Te invocamos!

La recitación de estos poemas requirió veinte minutos. Después, a las 11:40, se procedía a entonar el *Jungitur in vati vates*, coincidiendo, como la vez anterior, con la operación sexual, de la que venía a ser una breve descripción, y que llevó un cuarto de hora. Lo que sucedió después ha sido descrito por Crowley en los siguientes términos:

Acto seguido, el hermano L.T. perdió totalmente el control, y aunque fuese un hombre de cierta educación, se degradó a sí mismo y dispersó el santo Prana^[101] desfigurando este libro^[102] al escribir por detrás de la hoja por la que estaba abierto garabatos sin sentido, mientras afirmaba que se trataba de la inspiración de Thoth, pero que habrían resultado indignos hasta de su babuino^[103]. De este modo, llegó a perderse una gran parte de la virtud del rito.

En *Magia. Teoría y práctica*, Crowley afirma que inmediatamente después de la Licencia para Irse, y de la conclusión de la Operación, el mago debe sentarse y

consignar por escrito lo ocurrido. Hasta entonces, esa tarea había estado a cargo de Neuburg, que parecía haberse vuelto histérico, lo que ofendió el sentido mágico de la decencia de Crowley.

La Licencia para Irse, o despedida de las fuerzas evocadas, se halla resumida en las siguientes palabras:

Y ahora yo he de decirte: parte en paz hacia tus aposentos y moradas... y que la bendición del Altísimo sea sobre ti en el nombre de (menciónese aquí el nombre divino apropiado a la operación, o un nombre apropiado para redimir a aquel espíritu); y que la paz sea entre ambos, y que tú te halles presto a venir, siempre que seas invocado y llamado.

Una nota al margen de Crowley dice: «Es normal añadir “por una palabra, una voluntad, o por este poderoso Conjuro de la Arte Mágic(k)a”».

Si, a pesar de ello, el espíritu no desaparecía inmediatamente, sería indicio de que algo no funcionaba. El mago debe, entonces, volver a consagrar el círculo mágico con el mayor cuidado posible. Y una vez más repetir la despedida, y si aún así no consigue que el espíritu se marche, deberá realizar el ritual de expulsión apropiado y añadir conjuros para aumentar su efecto. «En estas circunstancias, o si llega a ocurrir algo que pueda parecer sospechoso, no deberá contentarse con la aparente desaparición del espíritu, que fácilmente puede volverse invisible para agredir o atormentar al mago al salir del Círculo o, incluso, muchos meses después.»

De todo esto, es evidente que la de mago es una vida que requiere una gran vocación y dedicación.

Afortunadamente, los resultados de la Segunda Operación han sido recogidos en *The Esoteric Record*. Gracias a ellos aprendemos que después de la invocación a Hermes, «conforme a los Ritos Secretos» (el acto sexual), el dios procedió a contestar las preguntas que se le hacían. O.S.V. hacía las preguntas y L.T. oía las respuestas, lo que quiere decir que el dios estaba presente en él, o que lo veía y oía astralmente.

La primera pregunta que formuló O.S.V. fue la siguiente: «¿Estamos operando bien?».

«No», fue la desconcertante respuesta.

«¿Qué es lo que está mal?», dijo O.S.V.

«La hora y, en parte, el lugar.»

«¿Cuál es la hora correcta?», preguntó O.S.V.

«Tres horas antes de la aurora.»

«¿Esto es válido solamente para Mercurio o para todos los dioses?»

«Sólo para Mercurio.»

«¿Debemos invocar nuevamente a Mercurio?»

«Sí.»

«¿Mañana?»

«No.»

«Entonces, ¿cuándo?»

«El día del plenilunio.»

«¿Qué dios podremos invocar mañana?»

«Thoth.»

«Pero si Thoth es Mercurio», observó O.S.V.

«Bajo otro aspecto», respondió L.T.

Aunque aquella fuera la voz de Neuburg, no hay que pensar que él estuviera exponiendo su propio punto de vista; no era sino el portavoz del dios.

«¿No tendremos que repetir el mismo versículo?», preguntó O.S.V., refiriéndose al encantamiento que comienza *Jungitur in vati vates*.

«Es irrelevante», respondió L.T.

«¿Debo hacer estatuas de todos los dioses?»

«No.»

«¿Debo hacer tablillas de todos los dioses?»

«Sí.»

«¿De qué tipo?»

«Tablillas que sólo tengan el nombre.»

«¿En qué orden debo invocar a los dioses?»

«El orden apropiado es: Venus, Mercurio, Júpiter, Luna, Sol.»

«¿Puede ayudar la geomancia?»^[104]

«Sí.»

(Crowley, más tarde, escribió al margen: «Ha servido».)

«¿Y también para dirigir los asuntos?»

«En algunos, pero no en todos.»

«¿En los negocios?»

«En algunos negocios.»

«¿Cuáles?»

«Los que se encuentran relacionados con escribir libros, el dinero y el amor.»

No hay constatación de la velocidad a la que se respondían aquellas preguntas. Neuburg se hallaba en trance. ¿Había largas pausas entre pregunta y pregunta, o entre pregunta y respuesta? De cualquier modo, en aquel momento, se hizo una pausa. A su final, Crowley, como si se hubiese quedado sin preguntas, volvió a un anterior argumento.

«¿De qué modo podemos invocar mejor a Mercurio?», preguntó.

«Usad un pentagrama dorado, colocadlo en una posición prominente; bebed vino blanco y comed pescado antes de la ceremonia. Y quitad el reloj.»

Aquellas instrucciones, impartidas tan oportunamente por medio de la voz de Neuburg, no se correspondían con su manera de hablar, ni estaban en relación con sus conocimientos. Sólo era un Zelator de la Orden, y aunque hubiera sido instruido por Crowley durante varios años, era un joven tímido e inseguro. «El hermano L.T.» escribió Crowley en otra parte de *The Esoteric Record*, «tiene un defecto: la introspección. Es más hombre de pensamiento que de acción.» Y Crowley tenía un

defecto: le faltaba introspección; pero de esto no se había dado cuenta.

Pregunta: «¿Puedes darnos alguna sugerencia para mejorar las ceremonias, especialmente para la consagrada a Júpiter?».

Respuesta: «O.S.V. deberá ir vestido de escarlata y plata, y llevar una corona. El hermano L.T. vestirá una túnica escarlata, deberá echar sobre el pavimento violetas que pisoteará con sus pies desnudos».

El pisotear violetas con los pies desnudos trae a la imaginación al lujurioso Pan, cuando se echa un trotecillo por el claro del bosque, pisoteando con sus pezuñas las florecillas silvestres.

Pregunta: «Danos una prueba inconfundible de tu presencia, que pueda ser apreciada por la inteligencia de O.S.V.».

Respuesta: «Deja que la vara, o uno, se vuelva nueve, que es el signo de Príapo, y después, nada».

O.S.V.: «Comprendo y acepto la prueba».

La vara (el pene) es el uno. El nueve es el número de la creación; por eso, que la vara (el uno) se convierta en nueve (que entre en erección y sea creativa). A Crowley le iban las ceremonias tanto como el sexo; pero es difícil de creer que él y Neuburg (que realizaban juntos prácticas sodomíticas) hubieran podido soportar aquellos rituales si se hubieran encontrado rodeados de espectadores. Lo que después transcribiera Crowley no es sino el guión de una obra de teatro, lo que no quiere decir que llegase a representarse. Le pasa lo mismo que a su poesía, que resulta un tanto recargada, por lo que supongo que si a la Bestia se le ocurrió recitarla, Neuburg debió sentirse tremendamente cansado.

La Tercera Operación dio comienzo hacia la medianoche del día siguiente. Tal y como había ordenado Hermes, el reloj, símbolo del tiempo —tenían que permanecer fuera del tiempo—, fue retirado del recinto; por eso Crowley dice que tuvo lugar «a eso de la medianoche», pero se contradice, porque más adelante indicará la hora, con precisión al minuto, en que concluyó la fase de la ceremonia: «A las 12:57 a.m. *dies Saturni* [sábado] se terminó el *Quia Patris*».

El *Quia Patris* es uno de los recitativos del coro de *The Ship* («El Barco»), un «auto misterioso» de Crowley, publicado en el número 10 de *The Equinox*.

Para el Padre y el Hijo
el Espíritu Santo es la norma:
andrógino, quintaesencial, único,
esencia de hombre disimulada bajo forma de mujer.
¡Gloria y adoración en el Altísimo,
a Ti, Paloma, que deificas a la humanidad,
esa raza..., cuya norma es caminar con dignidad regia
atravesando la tormenta invernal hasta alcanzar la esplendorosa primavera!
¡Gloria y adoración a Ti,
savia del fresno del mundo, árbol del prodigio!

Durante la recitación del *Jungitur in vati vates*, que precedía al *Quia Patris*,

Crowley estuvo muy cerca de alcanzar el estado de «posesión extática», en el cual, dice, vio la Cruz Triple de los Grandes Hierofantes, y después a Hermes en persona. Ya que el versículo coincidía con el comienzo del acto sexual, esta visión no debe parecernos sorprendente o inesperada.

El templo fue clausurado a las 2:15 a.m.

Lo que se ha recogido en *The Esoteric Record* acerca de esta Tercera Operación comienza con la descripción que el hermano L.T. hace de Hermes: el dios era «esencialmente fálico», pero llevaba en la mano un libro llamado *Libro II*, de 106 páginas. En la última página había una estrella luminosa de cuatro puntas que, según Crowley, debía ser identificada con el ojo de Shiva, el ojo simbólico que Shiva lleva en mitad de la frente, y que se halla cerrado. Si Shiva lo abriese, su luz destruiría el universo. Aquel libro tenía por subtítulo la palabra BIA, esto es, «fuerza».

Sigue una disertación, de la que da idea el siguiente fragmento:

Cada gota de semen que Hermes derrama es un mundo. El término que resulta más apropiado para este semen es el de KRÁTOS (potencia). Estos mundos se encuentran sujetos por cadenas invisibles. Quienes viven en ellos son como gusanos en una manzana: todas las formas de vida que generan estos mundos son como parásitos. Los mundos puros son globos llameantes, y cada uno de ellos posee una inteligencia consciente.

El nombre de este Falo es Thoth, Hermes o Ma. Ma es el dios que sedujo al Falo, apartándolo del Yoni, dando lugar al universo físico. Todos los mundos son *excreta*, y representan el semen malgastado. Por eso todo es blasfemia y explica por qué el hombre creó a Dios a su propia imagen.

Y prosigue con el mismo tema.

Una valoración de esas teorías, más bien negativas, alargaría el presente libro de manera un tanto inmisericorde, pero aquellos a los que les interesen han de saber que vuelven a aparecer en otra obra de Crowley, *The Gospel According to St. Bernard Shaw* («El Evangelio según san Bernard Shaw»), que aprovecha parte del material de *The Paris Working*.

En esta parte de *The Esoteric Record*, Crowley comenta que había dirigido mentalmente a Hermes una oración en acción de gracias. Y dice que en aquel tipo de operaciones, es posible la obtención de la fuerza mágica, tanto de las mujeres como de los hombres —la técnica puede ser igualmente heterosexual—, pero utilizar mujeres «es más peligroso para la carrera del mago». No explica por qué, pero las mujeres y, sobre todo, el complejo de ideas que se halla asociado a lo femenino, siempre fueron para los hombres un profundo abismo, y especialmente para aquellos comprometidos en ritos secretos. Y, prosigue Crowley, además se da el peligro del embarazo: una declaración sorprendente por su parte. Ésta es la única ocasión, entre el ingente número de sus informes sobre operaciones sexuales, en que se menciona esa posibilidad. Pero, añade Crowley, el riesgo puede ser evitado mediante las oportunas precauciones.

Para obtener la visión de Hermes en perfectas condiciones, deberá sacrificar en su honor un gallo, símbolo de la concupiscencia, y beber su sangre como un sacramento. Para aquellos que gustan de los detalles, cabe decir que habrá que cortar el pescuezo

al gallo encima de la «gran imagen», es decir, la «fálica» imagen de cera del dios que Crowley había colocado en el altar, y que para recoger todas las gotas de sangre, que se consideran vehículo del *prana* o fuerza vital, la imagen debe ser colocada en un recipiente, preferiblemente con la forma del Yoni.

Hermes debía ser invocado durante ocho noches consecutivas, comenzando por la del miércoles, el día consagrado al dios.

A continuación se dice que Hermes aconsejó a ambos magos «que comieran más abundantemente», y prometió que les protegería, aunque no se sabe exactamente de qué.

Hermes instruyó a Crowley y a Neuburg sobre la manera en que habrían de hacerle las preguntas la noche siguiente, la del domingo, utilizando la geomancia, y sin cumplir ningún rito. El lunes tenían que invocar a Júpiter, del que «obtendrían más ayuda que información».

Más tarde, Hermes les decía que «era muy importante hacer banquetes».

Neuburg, que en aquella ocasión era el interrogador, preguntó a Crowley, que estaba en trance, si «Hermes les ayudaría a tal fin».

No estaba muy claro el fin al que se refería, pero la contestación fue concluyente: «No lo sabe y no le importa».

Más tarde, Crowley embellecería esta contestación con el comentario de Hermes: «No te comportes como un asno pensando cómo vas a hacer una cosa; simplemente hazla», lo que también es típico de su carácter precipitado.

Siguieron llegando más instrucciones. En los ritos de la Luna y de Venus, cuyas fórmulas esotéricas habían sido publicadas en el número VI de *The Equinox*, el hermano O.S.V. debería operar con una mujer.

«Se niega a decirme cuándo podré disponer de la mujer; dice que es una cuestión de sentido común. Y dice que lo haga y que deje de preguntar la manera de hacerlo.»

Siguió un silencio. Crowley se hallaba absorto en la contemplación de Hermes, bajo su grandioso aspecto de «vehículo de la energía del Altísimo. Él es quien fecunda al luminífero éter, la fuerza que produce lo que llamamos materia».

En el diario de Crowley aparece el nombre de Walter Duranty, quien le trajo un mensaje «que puede ser señal de buen augurio». Duranty, que hablaba el ruso, sería corresponsal en Moscú del *New York Times*, viviendo los horrores del comunismo y transmitiendo a Occidente todas las mentiras de Stalin, por lo que llegaría a disfrutar de importantes privilegios.

El domingo no se realizó ninguna operación, porque las plegarias a Hermes habían sido recompensadas con un catarro para el hermano O.S.V., y una crisis de nervios para el hermano L.T.

Crowley, después de contemplar el cuerpo dormido del hermano L.T., le había despertado, ordenándole irse a la cama y «transcribir los datos», presumiblemente de las notas que ambos habían tomado durante la operación. Pero eso sólo acarreó «una buena pelea». Sin embargo, no es probable que esa «buena pelea» lo fuese en la

realidad, ya que Crowley era más alto y fuerte. O.S.V. explicó aquel suceso como el resultado de un exceso de fuerza mágica, generado por la operación.

En lo referente a la Cuarta Operación, se dice que Crowley tuvo que quedarse en la cama, víctima de un fuerte resfriado, y que hubo una «completa paralización de las buenas noticias». Crowley explicó que aquellas dificultades y molestias eran la consecuencia de su desobediencia a las órdenes de Hermes: «debimos de haber puesto en práctica la sugerencia hecha por Hermes de un nuevo sacrificio», que había dado lugar a que Crowley «sustituyera el objeto real por su símbolo».

No obstante, el lunes por la tarde los dos magos se habían reconciliado; el hermano L.T., que había estado vagando por las calles de París, regresó al templo, donde hizo un sacrificio en honor de Júpiter, frase que revela, o mejor, esconde, un rito sexual: su versículo de introducción ya es, en sí, comentario suficiente: «Por lo cual te invocamos mediante el Rito Secreto y este sagrado versículo»:

Haud secus ac puerum spumanti semine vates
Lustrat, dum gaudens accipit alter aquas,
Sparge, precor, servis, hominum rex atque deorum
Juppiter omnipotens, aurea dona, tuis.
(Así, el vate purifica al muchacho con el espumeante semen,
mientras el otro, en su orgasmo, recibe las aguas.
¡Oh, omnipotente Júpiter, rey de hombres y dioses,
rocía te lo ruego, con tus áureos dones a tus siervos!)

A las 9:00 p. m. la ceremonia había concluido, si bien sus ritos habían sido un tanto «menguados» a causa del enfriamiento de Crowley.

Los hermanos conversaron entre ellos, desde las 10:00 p. m., tras la clausura del templo, hasta la una de la mañana, cuando, a pesar de que el templo ya había sido cerrado, Neuburg vio ante sí a Júpiter, mientras se formaban delante de sus ojos las siguientes palabras: *Via est hodie. Nomina sanctissimorum in felicitate babent viam. Deas dedit signum in via.* (El camino es el hoy. Los nombres de los santísimos tienen en la felicidad el camino. Dios ha dado un signo en el camino.)

Según *The Esoteric Record*, Crowley, en un estadio anterior del procedimiento, había visto a Hermes frente a él. Hermes se le presentó bajo una de sus formas, la de mensajero: joven y llevando el caduceo. Crowley le vio de pie sobre el altar, en equilibrio sobre el dedo gordo del pie derecho. Y Neuburg, que sabía que Crowley estaba viendo al dios, alzó la voz y preguntó: «¿Qué dice?».

«Soy el mensajero de los dioses y os envío guirnaldas», respondió Crowley.

Según explica Crowley en *The Esoteric Record*, Hermes apareció ante él, como una «luz inmóvil, de color oro pálido».

«¿Alcanzará la operación el resultado previsto?», preguntó Neuburg, que, al parecer, se encontraba un poco preocupado por las finanzas.

La contestación fue tranquilizadora.

«Sí, en verdad y amén.»

L.T. le preguntó entonces si había algún mensaje, dirigido especialmente a O.S.V.

Y O.S.V. respondió o, para ser exacto, el dios respondió por mediación de O.S.V., que recibiría sorprendentes noticias, probablemente aquella misma mañana, y que podrían calificarse genéricamente de *buenas*.

«¿El hermano L.T. recibirá también noticias?», preguntó L.T. tímidamente.

«Sí, están por llegarle», respondió O.S.V., «noticias de Inglaterra, dulces como el cuerpo de una paloma.»

Lo que resulta sorprendente en las preguntas que le hicieron a Hermes es que sólo se trataran asuntos triviales, y que revelasen duda y timidez, e incluso confusión por parte del interrogador, que repite preguntas que ya ha formulado anteriormente y que, más o menos, ya obtuvieron respuesta. Me habría parecido lógico que todo aquello hubiera aburrido a Hermes y que se hubiera esfumado al instante. Por otra parte, cuando Hermes habla por boca de Crowley, muestra un poco más de empaque: «No lo sabe y no le importa».

«¿Se hallan satisfechos los dioses con las ceremonias?», preguntó el hermano L.T.

«Sí, se encuentran extremadamente complacidos», fue la contestación.

Eso es fatuidad. Yo estoy seguro de que Hermes y los restantes dioses, con excepción quizá de Pan, no podían haber estado más despreocupados. Entre las preguntas y respuestas de *The Esoteric Record*, no hay ninguna que simplemente pregunte: «¿Nos dirigimos hacia una guerra?», o: «¿Durante cuánto tiempo seguirá el Zar en el trono?». O pensando en un problema que tocaba de cerca a los intereses de Crowley: «¿Descubrirán los científicos una cura para la sífilis? Y en caso afirmativo, ¿cuándo?». Pero Crowley no era lo suficientemente mundano para pensar en cosas tan efímeras.

En el transcurso de la operación efectuada el lunes, O.S.V., que hacía de vidente, conjuró ante su extasiada vista una imagen de Mercurio, que relucía como el oro sobre un fondo de púrpura y gris, surcado de relámpagos violeta. «Ahora avanza y me besa en la boca, posando su Caduceo sobre mi falo.» El resto de la visión sólo revela la megalomanía de Crowley y su identificación con Cristo, una secuela de sus años de juventud, o cuando se hallaba inmerso en los misterios de la religión cristiana. Más tarde, aparece un comportamiento inexplicable por parte de Mercurio: «Ahora mete su lengua en mi boca. No es como la de un hombre, sino como la de una serpiente o la de un oso hormiguero: la pasa por encima de mi cerebro, convirtiendo el cráneo en luminoso, transparente, fosforescente».

Después de anunciarle que le otorgará la sabiduría de la serpiente, Mercurio le dice que él, Crowley, necesita la devoción de cuatro hombres y de cuatro mujeres: los cuatro hombres deben tener alguna deformidad y las cuatro mujeres deben provenir de los cuatro rincones de la Tierra.

Ahora aparecía ante Crowley una majestuosa cordillera, sin parangón con ninguna de las que había visto en el Himalaya, envuelta en nubes, sobre la que

llameaba, con tonos naranja, el sol del amanecer. Había en ella algo inusitado: sus crestas se curvaban hacia delante, moviéndose como las de una ola. Y con un pie descansando en ellas, se erguía Mercurio, rodeado de llamas naranjas, verdes y púrpuras.

Ambos habían ingerido mescalina, una droga, semejante al opio y al hachís, que paraliza el desarrollo normal de la percepción, liberando los factores psicóticos presentes en el inconsciente. Ni Crowley ni Neuburg tenían la suficiente madurez para sacar algún provecho de esos experimentos, que nada tenían en común con las visiones, y que podrían haber seguido intoxicándolos indefinidamente sin producir el menor beneficio.

Crowley elaboró inmediatamente una lista de cuatro de sus seguidores que tuviesen alguna deformidad, comenzando por el hermano Lampada Tradam que tenía una curvatura anómala en la espina dorsal. Más tarde, añadiría al tuerto Norman Mudd. Ciertamente, no tuvo dificultad en encontrar entre las ochenta y tantas mujeres que hasta la fecha habían sido sus amantes más sinceras, cuatro que procedieran de continentes diferentes.

Ahora veo la estrella óctuple de Mercurio que, súbitamente, explota en una llamarada; está formada por cuatro flores de lis, entre las que surgen rayos como anteras, en forma de anea. En su centro se halla la clave cifrada del gran maestro, que no es la que tú conoces. Encima de la cruz se encuentran la Paloma, el Halcón, la Serpiente y el León. Y otro símbolo, aún más secreto.

Ahora contemplo ardientes espadas de luz. Todo se abre a una escala cósmica. Todas las distancias son astronómicas. Cuando digo «Espada», tengo la nítida percepción de un arma que tiene una longitud de varios millones de millas...

Aquellas visiones eran tan deslumbrantes que hasta Crowley sintió la necesidad de añadir algún comentario objetivo sobre ellas. Admitió que nunca había visto paisajes celestes tan hermosos: las nubes de color rosa eran como un volar de pájaros, que más tarde le parecían serpientes, cuyos colores se mezclaban con el fondo purpúreo y verde.

«Las visiones producidas por el *Anhalonium* son muy similares», escribió Crowley, como si no tuviese una experiencia directa de aquella droga generadora de visiones, que de hecho, estaba usando en aquella ocasión.

Después de ver desaparecer a las serpientes volantes entre nubes que recordaban las pintadas por Turner, Crowley salió de su trance y declaró que todo había terminado. Así pues, el templo quedó cerrado, pero estalló una discusión entre ambos hermanos, cuando L.T. afirmó que mediante aquellos ritos estaban desencadenando una fuerza inmensa, y expresó su miedo de que, con el tiempo, podría convertirse en peligrosa y crear «complicaciones internacionales».

Crowley añadió una nota al margen, para resaltar que seis meses más tarde estallaba la guerra mundial, como si ésta hubiera sido causada por *The Paris Working*.

Neuburg, que, según Crowley, empezaba a ser víctima de una obsesión, estaba

espantado hasta el punto de instar a Crowley a no admitir a otros participantes, especialmente si se trataba de personas menores de treinta años.

La discusión sobre la naturaleza de los ritos sacros indujo a Crowley a observar que los celebrantes *no* debían intercambiar sus roles: esto quiere decir que en aquellos ritos homosexuales, Crowley debía permanecer pasivo y Neuburg activo; Crowley sería sólo el «sacerdote», (o sea el rol activo) en las invocaciones a deidades femeninas, cuando participara una mujer. De aquel modo, Crowley permanecía fiel a su naturaleza. Pero la razón oculta que esgrimió para su actitud es, al menos para mí, oscura: que «sólo los dioses negros eran hermafroditas», con la excepción de los casos de posesión divina.

No hay que dudar, ni por un instante, que gozase al hacer las afirmaciones más desaforadas. Quizás, aunque muy en el fondo, creía en lo que decía, pero si se le llamaba la atención, estaba dispuesto a decir que todo había sido una broma.

En el rito supremo, la muerte de la víctima debería conducir al clímax. Gracias a este rito sería posible alcanzar el culmen de la Arte Mágic(k)a. Lo más apropiado sería sacrificar a una joven, de preferencia voluntaria, puesto que su indisposición podría introducir dentro de la operación una corriente hostil. Después de la violación sería necesario trocearla en siete partes. En este punto, Crowley hace particular hincapié en que *no* debe ser devorada, sino que su cabeza, brazos y piernas han de ser amputados, y el tronco seccionado en cuatro porciones. Los nombres de los correspondientes dioses serían escritos sobre su piel: los brazos deberían ser desollados y quemados en honor de Pan o Vesta; las piernas, después de un tratamiento similar, serían ofrecidas a Príapo, Hermes o Juno; el hombro derecho se halla consagrado a Júpiter; el izquierdo a Saturno; el cuarto derecho, a Marte; el izquierdo a Venus; la cabeza no debería ser desollada, sino simplemente quemada en honor de Juno o Minerva.

Crowley concluye la descripción de este «rito», prescribiendo que «no debe ser empleado en ocasiones ordinarias, sino en casos contados, y para propósitos elevados, y no debe ser enseñado al vulgo».

Finalmente, los dos magos convinieron en que aquellas instrucciones presentaban las características de la magia negra, «o, por lo menos, gris», dando fin, con ello, a la discusión.

Para la Quinta Operación, el templo se abría a las 9:30 de la tarde del 26 de enero, y el rito fue realizado *ut ordinatur*, tal y como era ordenado. En esta ocasión, Júpiter, y no Eiermes, era el invocado:

Deus adest. Fatur: «Sparge verba; opus fiat. Hodie est verbum in nomine Dei: eras est opus». Et postea: «O beati qui baec verba noscunt! Ego sum Deus hodie; aurea dona eras vobis feram». «Accipe Dei verba, atque vobis bene erit. Benignas sum in hominum mundo semper.» Deinde: «Phallum ejaculantem tibi feram in nomine patris. Verbum tibi referí ad fratrem O.S. V., ditto patri, In nomine...».

(Dios está presente. Él dice: «Esparce las palabras: sea hecha la obra. Hoy es la palabra en nombre de Dios: mañana es la obra». Y después: «¡Benditos los que conocen estas palabras! Hoy soy Dios; mañana os traeré áureos dones». «Recibe las palabras de Dios, y el bien estará contigo. Siempre soy benigno en el mundo de los

hombres.» Por lo cual: «Te traeré un falo eyaculante en el nombre del padre. La palabra dirigida a ti, se refiere al hermano O.S.V., llamado padre, En el nombre del padre...».)

Crowley comentó que «esta promesa fue ampliamente cumplida» Pero muchas de las promesas de Hermes, hechas por aquel tiempo, no fueron cumplidas; hasta el propio Crowley lo reconoce. Por ejemplo, después que Hermes hubo besado al hermano L.T. en labios, ombligo y falo, le anunció estos felices sucesos: en dos meses, L.T. se habría ido al Oriente, lo que le permitiría encontrar un nuevo nivel de Karma, más feliz que el actual. En el verano estaría casado, pero en el otoño regresaría para la Gran Obra. Y en lo que respecta al hermano O.S.V., también haría un largo viaje al Oriente, dejando el templo al cuidado de L.T. «Todo erróneo, sin la menor excepción», escribió Crowley al margen. Si, al menos, Hermes hubiera dicho que O.S.V. iba a realizar un largo viaje hacia el Occidente, podría haber acertado plenamente, pues al acabar el año, antes de que estallase la guerra, Crowley partía hacia América.

En este punto, Crowley hacía varias observaciones sobre los ritos, y añade nuevas instrucciones: O.S.V. sería siempre el primero en «ver», esto es, en mirar dentro del cristal (el topacio dorado engastado en su cruz del Calvario); esto revela que los dioses se habían manifestado a través de la «piedra de ver» y no, por lo que parece, gracias a otras técnicas de invocación. El vidente debía dictar a su acompañante, que sería el encargado de transcribir las visiones.

L.T. tenía que ser siempre el sacerdote, lo que quiere decir que tenía que tomar parte activa en la operación sexual.

Los ritos nunca debían repetirse durante más de seis noches seguidas; cuatro era el número aconsejable.

No debían comenzar antes de las nueve de la noche, y la ceremonia no tenía que durar más de tres horas y media.

El pavimento del templo debía ser blanco, pero en los días festivos y en las ocasiones especiales había que pintarlo en escaque blanco y negro o blanco y rojo.

Estaba permitida una suave música de cuerda.

Finalmente, los celebrantes no debían llevar la cabeza descubierta, sino con prendas de color blanco «o de los colores que se indiquen».

A esta prescripción le sigue una lista de colores relacionada con algunos dioses. Comienza con Príapo, el dios grecorromano de la procreación, y protector de jardines y viñedos. El culto a este dios, cuyo emblema visible era el falo, está muy difundido, y en ciertas zonas de Italia duró, inmerso en el cristianismo, hasta los tiempos modernos. Crowley estaba familiarizado con las numerosas estatuas y relieves de Príapo que habían sido reproducidos en la postrera edición de 1786 (a cargo del anticuario Thomas Wright) de la obra de Richard Payne Knight, *An Account of the Remains of the Worship of Priapus lately existing in herna; to wich is added a Discourse of the Worship of Priapus, and its connection with the Mystic Theology of the Ancients* («Descripción de las formas remanentes del culto a Príapo existentes en

los tiempos recientes en Isernia; a la que se adjunta una discusión del culto a Príapo, en su relación con la Teología Mística de los antiguos»).

Payne Knight, anticuario y *dilettante* de la arquitectura, había descubierto el culto en 1767, en su viaje a Italia.

Según Crowley, los colores de Príapo son el amarillo y el púrpura.

Los colores de Iaco, o Baco, el dios de los bebedores, que es representado, indistintamente, con el aspecto de un joven afeminado o el de un viejo juerguista, coronado con hojas de parra y yedra, son el escarlata y el verde. Baco es otro de los nombres de Dioniso, el dios de la vegetación, de los árboles frutales y, especialmente, del vino. Dioniso, Baco, Iaco —llámeselos como se quiera— atraía fuertemente a Crowley, a causa de la naturaleza orgiástica de sus actividades. En las procesiones dionisiacas, está rodeado de sátiros que transportan el falo. Su forma animal es la del toro.

Venus, la Afrodita de los griegos, la diosa de la belleza, la madre del amor, la reina de la alegría y la patrona de las cortesanas, tenía los colores, en la simbología crowleyana, azul, blanco y oro. No fue invocada en *La Operación de París*, que fue un rito completamente homosexual, pero Crowley compuso en su honor un «Himno Sacro», que podía entonarse durante la celebración del rito heterosexual en cualquier otra operación:

Tu Venus orta mari venias, tu filia Patris,
Exaudit penis carmina blanda, precor,
Ne sit culpa nates nobis futuisse viriles,
Sed caleat cunnus semper amore meo.
(«Oh, tú, Venus, nacida del mar, ven, tú, hija del Padre,
escucha los tiernos cantos del pene, te lo ruego,
que para nosotros no sea una culpa haber follado traseros viriles,
sino que el coño siempre se halle caliente de mi amor.»)

Minerva, equivalente a la Palas Atenea griega, la diosa de la artesanía, de la guerra y de la sabiduría, que surgió de la cabeza de Júpiter, la diosa que podía prolongar la vida y conceder el don de la profecía, recibió los colores blanco y plata con un poco de azul oscuro.

Finalmente, a Pan, el más cercano al corazón de Crowley, le fue dado el muy apropiado carmesí.

Estos colores no habían sido elegidos de manera arbitraria, sino que hallaban una justificación según la Ley de las Correspondencias: el carmesí, el color de la sangre y, por analogía, de la excitación y la pasión, es obvio que cuadra a Pan, el dios de la lujuria. Y el regio color de la púrpura, cuyo uso se hallaba reservado al Emperador de Roma, es apropiado a Príapo, pues, simbólicamente hablando, ¿no es el falo un pequeño rey o un principito? Análogamente, el azul, el blanco y el oro, símbolos de lealtad, inocencia y fe, se avienen con la diosa de la belleza.

La Sexta Operación, que también supuso una invocación a Júpiter, fue un fracaso,

puesto que L.T. no fue capaz de alcanzar el justo grado de entusiasmo (erección).

Crowley comienza la narración de la Séptima Operación con la observación de que, por lo que puede ver, la anterior operación joviana no les aportó ningún resultado interesante. «Y, sin embargo, esta noche tengo más confianza que de costumbre; me encuentro en un estado extremadamente nervioso, casi eléctrico.» Su resfriado iba mejor y durante el día había salido a dar un largo y agradable paseo, y había comido fuera. En aquellos momentos se sentía cansado, excitado y febril. «¡Júpiter, que todo esto tenga un buen final!»

El templo se abrió hacia las 10:00 de la noche y el rito fue realizado *ut ordinatur*. En el momento culminante, los dos magos vieron «un universo púrpura resplandeciente, tachonado de estrellas de oro, en donde se podía ver a Júpiter sentado en su trono, circundado por los Cuatro Animales, erigido sobre espesas nubes de las que tiraba una falange de águilas».

Esto no requiere comentario, aparte de señalar que la cuaterna de animales es la misma que aparece en la visión de Ezequiel, pues fundamentalmente se trata de una visión de Júpiter, el portador de la luz, ya que el dios está sentado entre las estrellas y su trono se halla sostenido por águilas, como conviene a quien tiene por emblemas el águila, el roble y el relámpago.

Lo siguiente que apareció en la visión fue el pavo real, que para Neuburg significaba «cambio, viajes, movimiento», e implicaba «mejoría». El pavo fue coronado y pudo contemplarse a sí mismo en un espejo. La interpretación que Neuburg hace del pavo real habla más de la naturaleza de sus deseos que de cualquier otra cosa. El pavo real y, en especial su cola, es conspicuo por la riqueza de su oscuro colorido, entre el que predomina el verde. Es, de hecho, uno de los símbolos de la primavera, y como tal fue considerado por los alquimistas de la antigüedad, cuando observaron aquellos colores en sus crisoles. La primavera se estaba aproximando, e indudablemente los dos hermanos, a causa de sus invocaciones, se sentían rejuvenecer.

El templo fue cerrado a eso de las 11:20 de la noche.

Es posible que una llamada a la puerta del apartamento de Crowley acelerase el cierre de la sesión que, de todos modos, estaba acabando; pues a las 11:30 los magos atendían a tres amigos que habían llegado, sin previo aviso, a hacerles una visita. Eran Walter Duranty, la «graciosa damisela», J. C., y «el buen caballero y hermano de armas, sir Lionel». No sé quién podría ser el tal sir Lionel, pero es casi seguro que su título de caballero se lo había conferido Crowley, en su calidad de Rey Supremo y Santo de la O.T.O. La «graciosa damisela» J. C. era Jane Cheron, una mujer de mejillas hundidas, larguísimas uñas y patas de gallo en el rabillo de los ojos. Crowley hizo ocasionalmente el amor con ella, compartiendo al tiempo una o dos pipas de opio, ya que era «devota de aquel dios grande y terrible».

Nada se conoce acerca de lo que hicieron o hablaron, salvo que el hermano O.S.V. esculpió, en su presencia, «un falo sagrado», a eso de las dos de la madrugada,

o de 2:00 a 4:15, ya que el texto es oscuro. Finalmente, las visitas se despidieron y ambos hermanos se fueron a dormir, y tuvieron «un sueño maravilloso y repetido». Crowley no da más detalles del maravilloso sueño, aunque parece ser que ridiculizaba a la burguesía y que reducía todos los objetos que aparecían en él a las formas del lingam y del yoni.

A las 9:30 de la mañana llegó el correo, trayendo tres objetos de naturaleza joviana: una carta de los abogados de Crowley (que ciertamente contenía dinero o perspectivas monetarias), una caja de opio y «un poema de amor de índole religiosa». El poema era *Chicago May* y procedía de la imprenta. Nada hay en él que sea joviano, ni mucho menos religioso:

Ésta es mi hora de tranquilidad: la gran marrana ronca
echando saliva por sus tumefactos labios,
champán y lujuria aún rezuman de los poros
de sus grasosos costados. ¡Que mi odio eclipse
las restantes lámparas de mi pálida alma, y haga llamear...
una estrella maldita que brille en este aire sofocante!

Este largo poema, que ocupa veintitrés páginas impresas en cuarto, fue dedicado a Austin Harrison, el editor de *The English Review*, que Consideraba a Crowley un poeta de considerable envergadura, y que le había publicado *City of God* y algunos otros poemas. El frontispicio de este rarísimo *Chicago May*, poema supuestamente inspirado por la criminal norteamericana de origen irlandés que respondía a aquel apelativo, presenta esta pequeña muestra de ironía crowleyana: «Se insta encarecidamente al poseedor de este ejemplar a que lo mantenga bajo llave y que no lo lleve a ninguna parte hasta el año 1964». Y como Crowley no tenía grandes esperanzas de vender siquiera algunas copias, añadió, «Precio CINCO GUINEAS». «Chicago May» o May Churchill Sharpe, o May Vivienne Churchill —como Aleister Crowley, tenía muchos alias—, había nacido en 1871 en Irlanda; en 1907 fue condenada a quince años de cárcel, por lo que en 1914 aún se hallaba presa, en particular, en la cárcel de mujeres de Aylesburg. Sería puesta en libertad en 1917. El poema dice muy poco de ella y mucho de Aleister Crowley.

De la Octava Operación, que comenzó el domingo, día 11 de enero, Crowley anotó que «había visto el cumplimiento más notorio de la profecía de Hermes», pero no reveló a lo que se refería. «También se ha podido disfrutar de dos cosas excelentes.» También acerca de éstas pende un discreto silencio. Pero Crowley nos dice que uno de los hermanos de la Orden, al que O.S.V. y L.T. conocían, había heredado una suma de dinero. Se trataba, probablemente, de George Raffalovich, un colaborador de *The Equinox*, de quien Crowley había obtenido una contribución de cinco mil libras esterlinas para la consecución de la Gran Obra.

Al día siguiente, Neuburg se sintió enfermo. No se hace mención de la naturaleza de su enfermedad; quizá había quedado desfallecido a causa de los ritos.

El martes, 13 de enero, O.S.V. y L.T., que ya se sentía mejor, celebraron *La Misa*

del Fénix en la casa de P.D.F. (Ignoro a quién correspondían estas iniciales.)

La Misa del Fénix es un ritual breve. Me limito a presentar aquí solamente su conclusión, que resulta tan optimista como desenfadada:

Él [el mago] come el segundo Pan [de Luz].

Como este Pan. Realizo este juramento
mientras me inflamo mediante la oración:

«No hay gracia: no hay culpa:

Ésta es la Ley: ¡HAZ LO QUE QUIERAS!»

Hace sonar Once veces la Campana, y exclama:

¡ABRAHADABRA!^[105]

He entrado con aflicción;

ahora salgo con alegría, y con gratitud,

para hacer en la tierra lo que me plazca

entre las legiones de los vivos.

Sale.

Como es natural, Crowley era el autor de la «misa», y si alguien se imagina que la está celebrando un mago, éste, inevitablemente, asumirá la masiva silueta de Crowley. Además, ya había sido celebrada mucho antes de que él mismo decidiera ir a divertirse entre los vivos, y, aunque todavía no se hubiera dado cuenta, también entre los muertos.

Al día siguiente, miércoles, el hermano L.T. se sintió nuevamente decaído, razón por la que O.S.V. lo llevó a pasear al bosque de Fontainebleau.

La Novena Operación fue realizada el lunes, 19 de enero. Se inició a las 11:45 p. m., y se acabó a las 12:30 a.m. Así pues, la ceremonia sólo duró en total unos tres cuartos de hora, pero según Crowley fue una de las mejores de todas las realizadas por ellos en honor de Júpiter.

Mientras Crowley invocaba a Amón-Ra, el espíritu de los cuatro elementos con cabeza de carnero, a las vibraciones del nombre divino hizo eco, con gran sorpresa de los celebrantes, una voz desconocida. Aquel tipo de fenómenos no era insólito en las ceremonias mágicas de Crowley: con frecuencia, se oían voces desconocidas y se sentían presencias misteriosas.

A la conclusión del *Quia Patris*, el hermano L.T., que estaba de rodillas ante el altar, mientras daba las gracias por la iluminación recibida durante la recién acabada fase sexual, divisó «la figura colosal de nuestro Padre Júpiter, *manibus plenis*! ¡Sí, sus manos estaban llenas de oro! ¡Que nuestro Padre y Señor sea alabado!».

Aquello era una premonición del completo éxito de las operaciones: le habían pedido oro a Júpiter, y él se lo daba a manos llenas.

Aquella noche, Crowley tuvo un sueño que, al despertarse, recreó dándole la forma de una historia corta. La tituló *La estratagema*, y se entusiasmó tanto con ella que escribió en su diario: «¡Ojalá pueda darme fama y fortuna!». No le dio ninguna de las dos, pero fue aceptada por Austin Harrison para *The English Review*, y más tarde Crowley tuvo la oportunidad de reimprimirla, con otras dos historias, en un

pequeño volumen que la Mandrake Press publicó en su colección de libros de bolsillo. *La estratagema* es una de las peores historias que yo jamás haya leído, y si Joseph Conrad la elogió, como afirma Crowley en su dedicatoria a Conrad (y a otros), debió ser con la boca chica. Ni siquiera es una historia, sino una anécdota prolongada de manera extenuante, y que antes de su final deja traslucir en dos ocasiones su desenlace^[106].

La Décima Operación comenzó a las 11:30 del martes, 20 de enero. En aquella ocasión fue invocado Júpiter, pero en su forma egipcia de Amón-Ra, mediante este versículo sagrado:

*Per regni sancti signum da Juppiter Ammon
da nobis plena muñera plena manu.*

(Por el signo del santo reino, danos, Oh, Júpiter Amón,
danos grandes regalos a manos llenas.)

La operación terminó tres cuartos de hora más tarde. «La Ceremonia como de costumbre», escribió Crowley, como si ya estuviese ligeramente aburrido. Pero había visto a Júpiter «en su forma de Amón-Ra, cubierto de plumas y fálico, de pie e inmóvil en el Oriente», y durante el acto sexual, que había comenzado mientras los cofrades recitaban (o era uno de ellos el que recitaba) el *Per regni*, Crowley había perdido totalmente el sentido de la realidad física, y tanto él como Neuburg, habían oído, clara y distintamente, el sonido de campanas astrales.

El sonido de «campanas astrales» solía oírse con frecuencia en presencia de Madame Blavatsky: era indicio de que se hallaba presente uno de sus Maestros (Mahatmas). Las campanas astrales y otros sonidos, como el zumbido de una abeja, el gemido de una flauta, el entrecuchar de címbalos, son oídos cuando la serpiente Kundalini se agita, durante la práctica del yoga.

Al día siguiente, Crowley y Neuburg discutieron o, como delicadamente dice Crowley, «los hermanos no estuvieron en armonía». Pero, con un esfuerzo de voluntad, superaron sus indisposiciones y fueron juntos a regalarse con un banquete. Después, de óptimo humor, regresaron al templo para realizar la Undécima Operación, que, como la anterior, fue una invocación a Amón-Ra.

O.S.V. abrió el templo a las 11:00 de la noche del miércoles, y durante la operación, cuando las fuerzas invocadas se encontraban en su punto álgido, vio a Amón-Ra. Y «el mismo Júpiter» llenó el templo. Esta expresión es un tanto oscura, pero yo creo que quiere decir que Júpiter se manifestó a la visión interior de Crowley en su forma de Amón-Ra, mientras que en su forma romana difundía su esplendor en el interior del templo. En particular, apareció un cono de luz blanca que giraba alrededor de «la imagen del Altísimo puesta encima del Altar de los Elementos». La única imagen puesta sobre el altar que pueda corresponder a esta descripción era el falo de cera de Príapo, que en la ordenación crowleyana se equiparaba con Horus, el dios solar de cabeza de halcón.

La invocación suscitó un mensaje por parte de Júpiter en el lenguaje angélico de John Dee y Edward Kelly, que decía que los dioses deseaban restablecer su poderío sobre la Tierra, y que los dos hermanos O.S.V. y L.T. eran como «flechas ardientes» lanzadas por ellos, los dioses, en su guerra contra los «dioses esclavos», o sea, Cristo, Buda y Alá^[107].

La amoralidad del *Libro de la Ley* se ha combinado con la influencia de Nietzsche, como vemos. Obviamente, el autor de este tipo de cosas prefería el comportamiento desenfrenado de los dioses del Olimpo al Sermón de la Montaña: «¡Excluid la misericordia! ¡Malditos sean los que sientan piedad! ¡Matadlos y torturadlos! ¡No perdonéis a ninguno! ¡Caed sobre ellos!».

Fue solicitado un cuádruple sacrificio, «que fuera cruento».

Y fue ejecutado con prontitud.

El templo fue cerrado a la 1:45 a.m., pero diez minutos más tarde, Neuburg seguía todavía inconsciente o, como anotó Crowley, «permanecía en trance».

Cinco minutos más tarde, Neuburg se había recuperado lo suficiente como para decir, entre jadeos, «Tetélestai»^[108].

El propio Crowley cuenta haberse sentido cansado. Durante el sueño que tuvo aquella noche, que para él resultó «agotador», le fue revelado, sin que pudiera decir si mientras dormía, en una especie de visión, o durante un estadio de breve consciencia en su caprichoso sueño, que la finalidad de la operación que habían realizado aquella noche era «liberar el espíritu elemental de un alma animal». Esa liberación puede realizarse mediante la muerte, pero también gracias al *agotamiento absoluto*. La distinción entre muerte y agotamiento absoluto es sutil, y Crowley no la explica. Podría entenderse que la persona que se halla agotada se encuentra en el umbral de la muerte, y que lo franquee o no es una cuestión meramente académica. El proceso de agotamiento, sin embargo, puede ser realizado por medio del placer o del sufrimiento, por una excesiva actitud sexual o mediante la tortura.

(En uno de los documentos secretos de la O.T.O., titulado *De Arte Magica*, capítulo XV, «De la lucidez erótico-comatosa», escrito por el hermano Baphomet, se encuentra la descripción de un ritual en que el celebrante es llevado mediante la actividad sexual hasta el umbral de la muerte: la muerte del justo. «La muerte más favorable es la que acontece durante el orgasmo, y es llamada *Mors Justi*. Como está escrito: “¡Que yo muera con la muerte del justo, y que mi final sea ése!”». Desde el punto de vista fisiológico, se trata de una empresa imposible para un hombre de buena salud, pues antes de que pudiera darse el desenlace le sobrevendría la impotencia.)

Crowley observó que al día siguiente, el hermano L.T. «seguía eclipsado por Júpiter»: el mundo le aparecía como en una «visión del futuro», lo cual se explica mejor en la frase siguiente: «Tiene los ojos dilatados; no puede leer; se comporta como un individuo en trance o drogado. En otras palabras, es imposible ver a Júpiter y hablarle sin tener que sufrir dolorosas secuelas».

The Esoteric Record da, como es habitual, alguna información esotérica complementaria. Durante la última operación, Crowley no sólo había tenido una visión de Júpiter, sino de sí mismo en una vida anterior. Como esta vida anterior, en particular, no había sido incluida entre las que había visto a lo largo de una serie de visiones que tuvieron lugar en la Isla de Esopo (véase el capítulo 1), no estará de más que ahora se hable un poco de ella.

En aquella encarnación, Crowley fue una prostituta sagrada de Agrigento. No nos da ninguna fecha, pero podemos situarla un poco antes del 405 antes de Cristo ya que ése es el año en que el general cartaginés Himilcón saquea esta ciudad griega del norte de Sicilia, que se encontraba en el *summum* de su prosperidad y magnificencia.

Agrigento tenía muchos templos a consecuencia de su elevado número de habitantes. Grote hace especial mención del espacioso templo de Zeus Olímpico, pero no era en él en donde Crowley había prestado sus servicios, sino en un «templo del Sol», lo que, presumiblemente, quería decir que era un templo dedicado a Apolo. Y lo describe brevemente: tenía un amplio patio externo de forma cuadrada; en «el patio superior» había un templo con una fachada de columnas, lo que no resulta una descripción muy precisa, pues en Grecia todos los edificios públicos de importancia tenían fachadas con columnas, y patios. Pero el recuerdo que Crowley tiene de sus encarnaciones excede nuestros conocimientos de la historia y religión griegas, pues ni Herodoto ni Estrabón ni, que yo sepa, ninguna otra autoridad, antigua o moderna, menciona que el culto de la prostitución sagrada se hubiese extendido en Occidente tanto como para llegar hasta Agrigento. Recuérdese que Herodoto se escandalizó cuando encontró en Babilonia aquella curiosa costumbre, aunque señale que algo parecido sucedía también en Chipre.

El sagrario interno de este templo del Sol tenía una cúpula circular de unos cuarenta pies de diámetro. Orientado hacia el este se encontraba el Altar del Incienso, usado por las sacerdotisas para depositar en él sus ofrendas; orientada hacia el oeste había una gran pila, en la que se vertía la sangre de las víctimas sacrificadas. Al norte había una puerta, y al sur una estatua de un dios solar sirio. Crowley no conocía el nombre de este dios, pero el de Baco se le ocurrió antes que el de Apolo. Hay que añadir a su descripción esta horripilante información: «El gran sacrificio de primavera consistía en abrir un toro e introducir en su interior una virgen, que después de ser violada por el Sumo Sacerdote moría ahogada en la sangre del toro».

El nombre de Crowley durante su encarnación en Agrigento era el de Asteris o Astarté. Tras pensarlo mejor, optó por Astarté, que junto con el de Ishtar y Militta encubría en el Próximo Oriente a la diosa Venus. Esto es lo que Herodoto observó en Babilonia de las mujeres consagradas al culto de Astarté:

La costumbre más infame que hay entre los babilonios es aquella que obliga a toda mujer natural del país a prostituirse una vez en la vida con algún forastero en el templo de Afrodita. Es cierto que muchas mujeres principales, orgullosas de su opulencia, desdeñan mezclarse con las demás en el gentío, lo que resuelven yendo en carruaje descubierto, quedándose en las inmediaciones del templo, siendo seguidas por una gran comitiva de siervos. Pero las otras, conformándose con el uso, se sientan en el templo, adornada

la cabeza de cintas y cordoncillos, y mientras unas llegan las otras se van. Entre las filas de las mujeres quedan abiertas de una a otra parte como calles, tiradas a cordel, por las cuales los forasteros, al pasar, escogen aquella que les agrada. Después de que una mujer se ha sentado allí, no regresa a su casa hasta que alguien no le haya echado dinero en el regazo, y sacándola del templo satisfaga el objeto de su venida. Al arrojarle la moneda de plata, el hombre debe decirle: «Invoco en tu favor a la diosa Militta». A la mujer no le es lícito rehusar el dinero, sea mucho o poco, pues se considera ofrenda sagrada. Ninguna mujer puede rechazar al que la escoge. Y después de haber cumplido con su obligación hacia la diosa, se retira a su casa. A partir de entonces, no es posible conquistarlas otra vez a fuerza de dones. Las que sobresalen por su hermosura y la perfección de su rostro bien pronto quedan liberadas, pero las que no son agraciadas suelen tardar mucho tiempo en satisfacer la ley, y no son pocas las que permanecen allí hasta tres y cuatro años. Una ley semejante sigue vigente en cierta parte de Chipre. (*Historia*, Libro I, «Clío», CXCIX.)

El libro apócrifo conocido como Epístola de Jeremías, en su versículo 43, confirma esta práctica.

Crowley nos dice que, como Astarté, solía sentarse en la escalinata del templo de Agrigento y recibir «sacrificios». Era una prostituta sagrada, pero permanente y no temporal. Practicaba un rito de fertilidad que hacía de la copulación un acto de culto. El ritual *Panchatattva*, aún practicado en la India, y comentado con anterioridad, es similar.

Por esta razón Crowley no se sentía avergonzado al saber que había practicado aquella profesión; además, había sido en otra vida, ahora muy lejana, y, sin duda, Astarté también era solicitada para prestaciones de tipo oracular.

Este tema sería tomado una vez más en consideración seis años más tarde, cuando Crowley fundó su propio templo en Cephaloedium (Cefalú), en la parte septentrional de Sicilia, pues parte de su juramento inscrito en el registro de la Abadía, con el título de *Juramento de la Bestia*, dice así: «Yo... prostituiré libremente mi cuerpo a los deseos de toda Criatura Viviente que lo desee». Pero a pesar del juramento, no había podido desprenderse de cierto sentido de vergüenza, debido, quizá, a su educación en las escuelas públicas y en Cambridge, del que fue plenamente consciente, tal y como refiere en su *Magical Record*, al celebrar desnudo los misterios ante Mary Butts y Cecil Maitland, dos simpáticos espectadores.

Astarté había incurrido en aquella encarnación de prostituta sagrada como consecuencia de varias prevaricaciones, que no se especifican, cometidas en Grecia durante su anterior encarnación en el siglo precedente. De esta manera, Crowley deja traslucir un ligero desagrado hacia aquel género de vida. Sus encarnaciones, nos dice, siempre habían tenido lugar a intervalos regulares: ella llevaba vidas llenas de aventuras, y siempre moría joven.

Crowley la veía con tanta claridad que le fue posible hacer una descripción pormenorizada de su apariencia física (véase el capítulo 16)

Sus primeros años fueron de gran miseria. Había nacido en Livorno, y era hija de viñadores, que durante el invierno mudaban su profesión a la de leñadores. Sus aventuras comenzaron el día en que fue raptada por los piratas que asolaban las costas cerca de su casa. Crowley no nos dice nada de su viaje en compañía de aquellos piratas, pero sí del modo en que escapó de ellos: gracias a un naufragio que

la arrojó a la costa de Sicilia. La gente que la encontró no tardó en descubrir que era una experta prostituta, por lo que fue a parar a un burdel de Agrigento. Pero a ella no le agradaba aquella vida.

Por eso mismo, se tuvo que sentir francamente aliviada cuando, durante un festival de primavera, conoció a un joven sacerdote. (¿El festival de primavera incluía en su programa las visitas a los burdeles de los sacerdotes del templo? Crowley sugiere que así era.) El joven sacerdote se la llevó del burdel, y después de un año de purificación, la incorporó a la plantilla del templo.

Al principio no se sentía a gusto en su nueva y exaltada posición: sólo veía aburrida rutina, pero gracias a «la pericia de sus abrazos», gozó del favor de sus superiores.

Cuando tenía cerca de veinte años, le sobrevino la conversión, y comenzó a cumplir sus deberes con gran fervor. No tardó mucho tiempo en adquirir fama de hallarse inspirada, lo que demostró en algunas ceremonias públicas.

Su fin ocurrió de manera súbita y dramática. Comenzó al conquistar a un joven sacerdote, que se enamoró de ella. No tardaron mucho en «violar sus votos mediante copulaciones carnales de carácter irreligioso»; ella consiguió sonsacarle el secreto del templo, y aquella misma noche le mató para que nunca pudiera confesar que había revelado los misterios.

Sin embargo, Crowley nos dice en lo que consistía aquel secreto: «El secreto del templo era el *Sol de medianoche*: acostumbraban a recoger globos de fuego de la pila y del otro altar y les daban vueltas en el sagrario. Se fundían en un único globo que permanecía inmóvil toda la noche y se desvanecía con la aurora».

Habiéndose enterado del secreto, Astarté quiso verlo por sí misma. Penetró en el sagrario durante el sacrificio de medianoche, pero fue vista por los sacerdotes, que la capturaron al momento; la pasaron por sus espadas una y otra vez, y arrojaron su cuerpo al patio, al pie de la escalinata del templo. Así murió Astarté, la encarnación de Crowley en la antigua Grecia.

La Undécima Operación había dejado al hermano L.T. en una condición como de hechizado, pero un banquete consiguió que se recuperase hasta alcanzar condiciones relativamente normales, así que, a las 9:55 p. m. del día siguiente, él y su hermano en magia abrían el templo para la Duodécima Operación, que era una vez más, y lo seguiría siendo, una invocación a Júpiter.

Crowley no consignó gran cosa de esta operación. Fue ofrecido el sacrificio —ya se ha dicho su significado— y el hermano O.S.V. quedó tan exhausto a causa del mismo —le gustaba mucho agotarse de aquel modo— que él mismo se comparó con un cadáver —*perinde ac cadáver*—. El templo fue cerrado a las 11:00 de la noche. Así acababa la Primera Serie de la Operación Completa de Júpiter.

Después de todo aquello, ¿cuáles fueron los resultados? Crowley debió de hacerse esta pregunta. «Bueno», se dijo a sí mismo, «sin duda ha habido *algún* resultado,

porque las cosas están marchando de un modo extraño. Cinco personas que habían decidido venir a verme a París han desistido, y tanto las cartas comerciales (urgentes) como las personales, siguen sin contestación. Así pues, presumo», y concluye, «que éste es el período de barbecho que sigue a la siembra de la semilla.»

Sin embargo, no podía dejar de tener en cuenta, y era consciente de este razonamiento, que la serie de invocaciones a Hermes había obtenido un resultado directo e inmediato. «De ello infiero que Júpiter, al ser un dios más pausado y estable, no se mueve con tanta rapidez, pero sí con mayor gravedad.» Discutió la cuestión con el hermano L.T., al que refirió su teoría. Se trataba, realmente, de algo extraordinario.

Al día siguiente daba fin aquel período de «sequía»: llegó un diluvio de cartas y visitas que, sin embargo, no resultó nada fuera de lo corriente. «Ciertamente», pensaba Crowley, «todas las cosas que han ocurrido eran de naturaleza joviana, pero hasta ahora no hemos recogido ninguna cosecha abundante, sino pequeños brotes verdes que despuntaban del suelo.»

Para la Decimotercera Operación, el templo quedó abierto a eso de las 11:30 de la noche. El *Quia Patris* comenzó a las 12:30. Después del *Accendat* y del *Tu qui es*, el hermano O.S.V. «tuvo una inspiración de naturaleza terpsicórea»; en otras palabras, comenzó a bailar. En *The Esoteric Record*, se dice de esta danza que es del tipo «seducción-fuga», el género de danza que más se acercaba al femenino corazón de Aleister Crowley.

Tu qui es («Tú que eres») es otro recitativo extraído del «auto místico» de Crowley, *The Ship*, que comienza así:

Tú, que eres yo, más allá de todo lo que soy,
que careces de naturaleza y de nombre,
que serás, cuando todo, excepto tú, haya desaparecido,
Tú, centro y secreto del Sol,
Tú, fuente arcana de todo lo conocido
y desconocido, Tú, solitario y alejado,
Tú, auténtico fuego dentro de la caña,
que meditas y generas, fuente y simiente
de vida, amor, libertad y luz,
Tú, que te encuentras más allá del habla y de la vista,
a Ti, Te invoco, mientras mi tímido fuego recién encendido
cobra vida, al igual que mis pensamientos.
A Ti, Te invoco, inmutable,
A Ti, centro y secreto del Sol,
Y al más sagrado de los misterios
de quien soy vehículo.

El templo quedó cerrado a las dos de la madrugada.

En aquella operación se obtuvo mucha energía positiva, y también dos de los episodios del *jataka*, es decir, relacionados con las distintas encarnaciones de Buda anteriores a la de Gautama Sakyamuni.

Ya que este asunto no parece claro, yo creo que el hermano O.S.V., no contento con ver algunas de sus vidas anteriores, empezó a ver (durante la visión) también

algunas de las de Buda. No revela los pormenores, pero sin duda tenían el mismo tono moral que los que hoy conocemos como *Jataka*. Existe también la posibilidad de que fuesen episodios de las vidas anteriores del propio Crowley, dado que él mismo no se consideraba inferior a Buda, y entonces estos sucesos de sus vidas pasadas habrían podido recogerse en el *Jataka*.

Al día siguiente, el hermano L.T. obtuvo un pequeño resultado joviano, es decir, recibió un poco de dinero, enviado, con toda probabilidad, por sus padres, que vivían en Inglaterra y no aprobaban la amistad de su hijo con Crowley. Y el hermano O.S.V. fue citado para una entrevista, de la que esperaba conspicuas consecuencias de tipo joviano.

Después de la operación, los cofrades se sentaron a charlar y el hermano O.S.V. recordó que en una encarnación anterior había sido sacerdotisa en una parte del mundo que le recordaba a Grecia, pero «con fuertes influencias orientalizantes». También L.T. recordó una de sus anteriores encarnaciones: pensaba que podía haberse dado en el mismo período, y que el lugar podía ser Creta; O.S.V. estuvo de acuerdo.

El nombre de O.S.V. en esta encarnación fue el de Aia, una corrupción de Gaia, la diosa de la tierra. Era bailarina de un templo de mármol negro, con muchos espejos, y tenía bajo sus órdenes a veintiocho doncellas.

Entonces apareció L.T.: era un joven guapo con una barba recortada de color oro y se llamaba Mardocles.

Si se acepta el principio de la reencarnación, en todo este asunto no hay nada que pueda resultar improbable o sorprendente.

Mardocles debía ser iniciado bailando con Aia.

Por la descripción que hace Crowley de estas danzas de iniciación, no hay duda de que se trataba de ritos sexuales. En ella nos dice que si el neófito se negaba a copular con la sacerdotisa era castrado y después ejecutado.

Aia se enamoró de Mardocles y, consecuentemente, bailó mal... Ambos fueron expulsados del templo.

Mardocles y Aia, contritos y sin un ochavo, vagaron por la ciudad. Aia tuvo que ajustar una de las sandalias de Mardocles, y éste la maldijo por haber arruinado su carrera, pues en otro tiempo había sido un comerciante en grano muy rico, hijo de un hombre todavía más rico, que había renunciado a todo para conseguir ser iniciado, del mismo modo que el hermano L.T. lo había hecho en París bajo los auspicios del hermano O.S.V.

Mardocles tenía unos veinticuatro o veinticinco años, pero en experiencia superaba aquella edad. Odiaba a Aia, pero era demasiado galante para abandonarla. Se preocupaba por Aia sólo cuando bailaba, y pensaba que ella había arruinado las vidas de ambos. Se sentaron encima de una piedra, al lado de una zapatería.

Una vez más, Aia tuvo que ajustar las correas de la sandalia de Mardocles. El zapatero salió a ver lo que estaba pasando, sintió simpatía por Mardocles y les invitó

a él y a Aia a comer.

La comida fue servida en una pequeña habitación de la trastienda. La mujer del zapatero era una arpía y, además, fea a rabiar, como la Reina de Corazones en *Alicia en el país de las maravillas*, observó Crowley.

Cuando el zapatero se enteró de que sus dos huéspedes habían sido expulsados del templo, sugirió que fueran sus aprendices, haciendo la puntualización de que aquélla era su única esperanza si no querían acabar vendidos como esclavos. Pero eran demasiado orgullosos para aceptarla y la rechazaron; al poco tiempo se hallaban a la venta en el mercado de esclavos.

Un hombre llamado Demetrio, que tenía una casa de campo y una bellísima mujer, los compró. La mujer tenía una belleza de tipo clásico, más bien sirio-fenicio: nariz griega, cabello rizado, negro como el carbón, y una boca delgada, que se curvaba hacia abajo en las comisuras. Vestía casi siempre de púrpura. Su marido era un enamorado de la tranquilidad, como era de esperar.

Aia y Mardocles no fueron destinados a trabajos serviles. «El divertir a la familia con la celebración de los más variados tipos de acoplamiento formaba parte de las tareas ordinarias de una sirvienta, aunque sólo las más bellas resultaban elegidas para tal fin.» Resultó evidente que Aia desconocía el significado de su tarea: la copulación con Mardocles, durante o después de la cena, delante de toda la familia, constituía para los niños una lección práctica de tipo moral, acerca de cómo *no* había que comportarse, puesto que era degradante y digno sólo de esclavos; pero Aia (Crowley) no lo pudo comprender.

Poco tiempo después, Aia moría de neumonía, y la historia de la encarnación concluía con una observación que Aia le hiciera a Mardocles, después de haber sido comprados por Demetrio: «Nunca olvidaré tu mirada en el mercado de esclavos», y añadió, como si tuviese la incierta memoria de haberse encontrado con Mardocles en una existencia anterior a aquélla: «Ya sabes que siempre atraigo sobre ti el infortunio, y que siempre tienes que sacrificarlo todo por mi amor. Y aunque tú no lo busques, sucede, porque hemos tomado las cosas por el lado erróneo. Si, al menos, pudiera dejarte...».

Para la Decimocuarta Operación, el templo fue abierto con la última campanada de la medianoche, y quedaría cerrado a 1:07 de la madrugada. Como de costumbre, dejó al hermano O.S.V. completamente exhausto, pero decir que se había quedado «completamente exhausto» se estaba convirtiendo en un hábito. En el transcurso de la operación, los fenómenos de naturaleza joviana continuaron, pero no alcanzaron la fuerza suficiente para que los magos pudieran afirmar que el éxito de la operación estaba asegurado.

Por la tarde, se fueron a «casa de una hermana laica e invocaron al Señor Júpiter con el incienso de Su sagrada hierba»: lo que equivale a decir que fueron a ver a Jane Cheron y se fumaron con ella una pipa de opio. Crowley dice que hacer tal cosa les relajó tanto física como mentalmente, aunque más tarde añade, incurriendo en

contradicción, que aquello les causó un leve y pasajero malestar. Yo sospecho que el opio sentó mal a Neuburg, pero no a Crowley, que estaba hecho a la droga.

Crowley no transcribió gran cosa de la Decimoquinta Operación. El templo se abrió a las 11:15 p. m. y se cerró a las 12:10 a.m. El poema *Haud secus*, etc. fue «prolongado», pero «muy tranquilo». La atmósfera del templo era óptima: dulce, cálida, aterciopelada, luminosa, enérgica, pero sin violencia, tranquila, opulenta, etc. Los colores que podían apreciarse eran principalmente el púrpura, el oro y el verde. Para no echar a perder aquella atmósfera, se prohibió que «toda mujer ligera o de ese estilo» entrase en el templo. En lo que se refiere a las presencias físicas sólo se observó a un bailarín, semejante a un camaleón verde, llamado Ahanael, que es una de las inteligencias menores de Júpiter, el dios invocado. También se encontraban allí los elementales de costumbre, que se agitaban por doquier.

Durante la Decimosexta Operación, una vez que se hubo recitado el *Haud secus*, el dios exigió sangre. Júpiter hizo conocer sus deseos a Crowley de la manera más directa posible. Por eso Crowley dibujó con la ayuda de su daga un cuatro sobre el pecho de Neuburg. El cuatro es el número de Júpiter, mientras que el ocho lo es de Hermes. El cuatro también es el número del Demiurgo, el Hacedor del Mundo, según los sistemas pitagórico y cabalístico.

La sangre de la herida del pecho de Neuburg fue ofrecida ante el altar del dios.

A continuación, Neuburg realizó una danza que Crowley, que había adoptado la posición yógica conocida como *shivasana*, juzgó magnífica.

La inspiración le llegaba a Crowley, que caía en trance. Durante éste, Júpiter le informó de que en las cuatro operaciones de la semana siguiente, la imagen (el falo de cera) debería ser introducido en una *vesica* (una concavidad casi plana, con la forma del yoni), al tiempo que un pajarillo o un pichón debería ser sacrificado antes del *Accedant* con estas palabras: «*Nunc flavi Jovi spumantem sanguine saevo Passerem...*» (Ahora sacrifico a Jove un pájaro de espumeante y ardiente sangre...) u otras similares, que fueron sugeridas por el licenciado en Arte W. T. (Walter Duranty) ^[109]. Sólo debía quedar en la *vesica* la sangre del ave, y después del *Haud secus*, debía entrar en relación con los dos magos, al pintarse con ella un cuatro encima del corazón, las partes derecha e izquierda del pecho, y el ombligo de Neuburg. El ave debía ser incinerada, y desde la medianoche del domingo a la del jueves (es decir, durante el tiempo en que transcurrirían las cuatro operaciones siguientes), ambos cofrades no debían comer ni beber, excepto agua cristalina..., además de los ricos platos, vinos y licores de los banquetes ceremoniales que precedían a los ritos místicos.

El templo cerró, exactamente, a media noche, con lo que se dio por finalizada la Decimosexta Operación.

La finalidad de aquellas operaciones de la Suprema Arte Mágic(k)a era la obtención del poder sacerdotal y, en un plano menos elevado, de dinero. Sería un error pensar que los celebrantes realizaran aquellos ritos solamente por placer sexual.

La intención de los hermanos O.S.V. y L.T. era reunirse con los dioses. Por otra parte, no podemos saber si entre aquellas nebulosas visiones y las agotadoras prácticas sodomíticas consiguieron experimentar algún placer.

Cuando comenzaron a aparecer los primeros signos del éxito, Crowley se apresuró a escribir lo siguiente: «Hay que señalar que desde el comienzo de esta operación el interés bancario ha bajado un tres por ciento y que las acciones de la Consol han subido del 71.50 al 76.25, lo que supone para el hermano O.S.V. una ganancia de más de 1.400 £. O.S.V. recibió el sábado una carta que le supondrá 500 £ dentro de dos meses».

Así pues, las invocaciones de los dos hermanos también sirvieron de provecho a todo el mundo y, en particular, a quienes tenían acciones de la Consol, un descubierto en el banco, o debían pagar una hipoteca.

Antes de dar por terminado su informe de la Decimosexta Operación, Crowley hace un comentario acerca de la inspiración que le había poseído «Debiera decir», escribe, «que la posesión de O.S.V. en la noche del jueves fue la más completa y material de todas las que le han ocurrido, lo que no suele ser frecuente. Las directrices fueron recibidas con dificultad, y toda su parte consciente se hallaba contenida en el dios, de modo que la única expresión inteligible era la formada por estas palabras: *Sanguis et Semen*.».

Crowley estaba en tal estado de éxtasis que llegó a perder hasta el uso de la palabra. El hermano L.T., con el pecho ensangrentado, le miraba, sin duda indiferente, mientras recorría vacilante el templo con los ojos vítreos, murmurándose a sí mismo: *Sanguis et Semen! Sanguis et Semen!*

La Decimoséptima Operación comenzó la tarde del 2 de febrero; en ella, O.S.V. «dedicó el ave a Júpiter y la liberó». Con esta expresión no quería decir que abrió la ventana y que vio cómo salía volando el pájaro; la libertad que concedió a aquel pájaro fue la absoluta.

Según la tradición hebrea, la sangre es el vehículo principal de la fuerza vital, la energía del universo. La idea que subyace en todo sacrificio de sangre es la de incrementar la energía (podría decirse la atmósfera) de la ceremonia, con tal de que la sangre sea derramada dentro del círculo o triángulo consagrados y, por ello, se encuentre a disposición de los celebrantes. Siempre ha de ser sacrificado un animal correspondiente al dios en honor del cual se realiza la ceremonia: un ave para Júpiter, un carnero para Marte, etc. Son preferidos los animales vírgenes, que poseen mayor potencial. Aquellos que no deseen derramar sangre podrán ofrecer en su lugar diversos tipos de incienso.

Durante la Decimoséptima Operación, el ataque de pasión que sufrió Crowley fue tan intenso que perdió el conocimiento. Después del *Quia Patris*, Neuburg se practicó una incisión sobre la mitad derecha del pecho, en forma de cuatro. «Aconteció un maravilloso evento, pero no fue realizado ningún rito.» Desafortunadamente, Crowley no dice en qué consistió el evento, pero da la impresión de que resultó más

maravilloso para Neuburg que para él, puesto que a la una de la mañana, cuando el templo ya llevaba cerrado diez minutos, Neuburg estaba todavía demasiado exhausto para poder hablar.

El banquete joviano de la Decimoctava Operación se celebró a mediodía, una hora más apropiada para la única comida del día que la utilizada hasta entonces, la de cenar. Pero no transcurrió con normalidad. Como dijo Crowley, «el espíritu de Marte creció en fuerza, y O.S.V. sembró la cizaña en L.T. con palabras mordaces, a las cuales éste, como cuadra a un buen hermano, respondió con modestia, humildad, cortesía, indulgencia y amor fraterno».

Gracias a la naturaleza afable de Neuburg, fue posible abrir el templo a las diez y media de la noche. «Siguió una larga ceremonia, según el usual rito que fue realizado por... *vatem... virgo...* oralmente» [un acto de *fellatio*], «La imagen del Altísimo [el falo de cera] fue, de tal suerte, embellecida con el debido ornamento.» El templo fue cerrado a la una y cinco de la madrugada *die Mercurii* [miércoles, 3 de febrero de 1914], «una vez que las fuerzas fueron totalmente absorbidas».

La Decimonovena Operación se llevó a cabo a la tarde siguiente, a pesar de que O.S.V. había estado indispuesto todo el día a causa de un ataque de fiebre parecido a la influenza. Hay que decir que el remedio de Júpiter, el opio que Jane Cheron le había entregado, produjo una milagrosa recuperación.

El templo abrió a las 11:28 p. m. y cerró a las 12:50 a.m. *die Jovi* (jueves), y la ceremonia fue de las más deslumbrantes. O.S.V. vio, entre nubes de incienso, el sarcófago de Ankh-f-n-Khonsu, su encarnación de época egipcia; se hallaba de pie en el altar, cerca del borde derecho, rodeado de una bruma dorada. «Durante el clímax, el sarcófago inundó la habitación defina luminosidad blanquísima. La ceremonia llevó al hermano O.S.V. desde un estado de desgana, somnolencia y fiebre, al culmen de unas condiciones inmejorables.»

Crowley, mientras observaba a Neuburg, al día siguiente por la mañana, tuvo la ocurrencia de que podía ser un excelente comediante. ¡Qué buena idea sería enviarle al *music-hall* para ganar mucho dinero!

Para la Vigésima Operación, el templo abrió a las 10:00 p. m. y cerró una hora más tarde, aún *die Jovis*, después de que el rito fuera cumplido *ut ordinatur*.

Al día siguiente, viernes, el malestar de Crowley, a pesar del remedio de Júpiter, se insinuó con mayor fuerza. Tenía mucha fiebre y bronquitis, y se vio obligado a guardar cama. El lunes siguiente todavía se encontraba muy enfermo, pero estaba determinado a continuar la operación, «aunque fuese con ritos imperfectos».

Así pues, el templo era abierto «mentalmente» para el cumplimiento de la Vigésimo primera Operación, a las 9:10 p. m., y cerrado a las 9:25. «A pesar de todas las circunstancias desfavorables», escribe Crowley, «la ceremonia salió bastante bien. Se obtuvo una atmósfera excelente, y la temperatura de O.S.V. ¡bajó cuatro grados centígrados!».

A la mañana siguiente, Crowley se había recuperado lo suficiente como para

abandonar la cama, vestirse con sus atavíos mágicos y abrir el templo para realizar todos los ritos de la Vigésimo segunda Operación. «El hermano O.S.V.», escribe de sí mismo con su típico humor, «ahora se encuentra recuperado, y es lo suficientemente ingrato con respecto a su médico —un profesional agudo y excelente— como para darle las efusivas gracias a Júpiter.»

La descripción de esta operación ofrece, por vez primera, el orden correcto de la ceremonia, pues el hermano L.T., habiendo sido inspirado por Júpiter durante la primera parte de la celebración, había avanzado rápidamente hacia delante, dejando atrás a Crowley. Sin embargo, éste explica que durante la Construcción del Templo, y después de la invocación a Amón-Ra, pero antes de haber concluido el ritual del Hexagrama que expulsa a las fuerzas malignas e invoca a las benignas, el hermano L.T. ya estaba iniciando el «mecanismo del *Accendat* y los preparativos para la ejecución del versículo...». Pero a pesar de todo ello, el *Haud secus* (el versículo que se pronunciaba al término del acto sexual) «fue brillante e inspirado, y el resultado arrollador..., un esplendoroso y estupendo éxito».

Crowley se encontraba nuevamente en forma para la Vigésimo tercera Operación, que iba a realizarse el 11 de febrero. Y se mostró tan eficaz que el hermano L.T. se quedó mucho más exhausto aún que la vez anterior. En su transcurso Crowley recibió un mensaje de una tal A. G. (se trataba, casi con toda seguridad, de Aimée Gouraud, de la que quería hacer su Mujer Escarlata), que tenía que ir a la Sagrada Mansión de Hathor para hacer la ofrenda ante su altar de las cinco joyas de la vaca. Hathor es la diosa egipcia del cielo y patrona del amor, y es representada en la figura de una mujer que lleva sobre su cabeza el disco solar, puesto entre dos cuernos de vaca, y también en la de una vaca que transporta el disco solar y dos plumas. Las cinco joyas de la vaca sagrada son la leche, el estiércol, la orina, la carne y la sangre: su mezcla y posterior ingestión supone un ritual de uso ordinario en el hinduismo tántrico. El estiércol no debe estar fresco, sino reseco por el sol.

Comenzaban a observarse los resultados de la Operación de París, pero Crowley no los especificó. Se trataba, posiblemente, de pequeñas sumas de dinero, de invitaciones a fiestas, promesas de grandes sumas de dinero y, por lo general, de un incremento de la corriente mágica.

La noche que precedió a la Vigésimo cuarta y última Operación fue de insomnio para el hermano O.S.V. A pesar de ello, abrió el templo a las 6:15 p. m. del 12 de febrero, cerrándolo a las 7 en punto. Y después, con el sentimiento de una profunda satisfacción, se sentó y escribió que *The Paris Working* había llegado a su afortunado final. La ceremonia de clausura fue tranquila y sentida, con el auténtico aroma de la tierra en primavera.

A continuación, el hermano L.T. llevó a cabo un acto adivinatorio por medio de la *Thelema*, esto es, que abrió uno de los Libros Santos de Thelema al azar, aventurando el dedo entre sus páginas y deteniéndolo en esta significativa línea: «Yo soy Tú, y la Columna ha sido establecida en el Vacío».

El resultado de aquella gran operación de la Suprema Arte Mágic(k)a consistió en que el hermano L.T. obtuvo los dones de Júpiter. En otras palabras, recibió dinero, pero nada se reveló sobre su cuantía ni su procedencia. Se trató, posiblemente, de varios cientos de libras, de sus hartos sufridos padres. Además, «fue como Júpiter bajo su apariencia de Amón», palabras que resultaban oscuras en el contexto del tratado: ambos celebrantes habían tomado el aspecto de Júpiter. Yo creo que Crowley comenzaba a sentirse contestatario. Y pienso que tenía razón. Su hermano en magia se había hecho de oro y ahora lo estaba malgastando, pero no en él, ni siquiera, así parece, con él. La Operación de París concluye, quizá por eso, con una nota de envidia un tanto mezquina. «Se ha convertido», dice Crowley de Neuburg, «en “Júpiter el Dispensador”, y tiene invitados indignos.»

En resumen, la Operación de París demostró a Crowley, más allá de toda duda, que el uso del sexo en las invocaciones aportaba resultados más rápidos y seguros que los rituales de la liturgia, largos hasta el aburrimiento, que había aprendido en la Golden Dawn.



Sello de la O.T.O.

14

EL MAGO EN AMÉRICA

CUANDO estalló la Primera Guerra Mundial, Crowley se encontraba en Suiza. Regresó rápidamente a Inglaterra e hizo, según dijo, todo lo posible para persuadir al gobierno de que aceptara sus servicios; pero al gobierno no le interesaba Aleister Crowley, quien atribuyó su negativa a la siniestra reputación que durante años se había tomado la molestia de fomentar. Es cierto que tenía algunos hábitos peculiares, como por ejemplo dar a las mujeres el «beso de la serpiente», o defecar encima de las alfombras de la sala de espera, o en las escaleras de las casas de los amigos.

«¡Santo cielo, mira eso!», exclamó una tal señora Madeline B. a Isadora Duncan. Las dos señoras se hallaban sentadas en la terraza de un café de Montparnase.

Estaba pasando un hombre, vestido con un traje al estilo holandés, de color azul cielo, una boina a juego y un bastón de paseo del mismo color.

«¡Oh, si es Aleister Crowley!», respondió Isadora.

Crowley se acercó y fue presentado a Mrs. B. Mientras le cogía la mano, le preguntó: «¿Puedo darle el beso de la serpiente?».

Y no esperó la respuesta: se llevó su muñeca a la boca y se la mordió con los dos dientes que, según se decía, se había hecho afilar a propósito; le hizo sangre y, según se supo después, la herida se le infectó.

Esta nauseabunda costumbre es descrita por Crowley en su novela *Moonchild* («El niño lunar»).

... estaba fascinada; no pudo levantarse para saludarle. Él se acercó a ella, agarró su cuello con ambas manos, le echó la cabeza hacia atrás, y, aprisionando sus labios entre sus dientes, los mordió, los mordió hasta traspasarlos. Fue un acto sencillo y deliberado: la soltó al momento, se sentó en la cama que ella ocupaba, e hizo alguna observación trivial acerca del tiempo.

«¿Puedo darle el beso de la serpiente?», preguntó Crowley, años más tarde, a Nancy Cunard, interrumpiendo su conversación sobre Hitler. Ella pensó que era una descortesía decir no, o preguntarle antes a qué se refería, así que dijo que sí, y resultó mordida en la muñeca a causa de su necedad.

La guerra había cumplido una de las profecías del *Liber Legis*.

¡Escoge una isla!
¡Fortifícala!
¡Practica en ella la ingeniería de la guerra!
Yo te daré un ingenio bélico...

Mientras el diluvio amenazaba la Tierra, el empeño mágico de la Hermandad (según una encíclica de *Baphomet* a todos aquellos que se encontraban dentro del Santuario de la Gnosis) era construir un Arca que pudiera guardar el Falo Sagrado, «de manera que aunque la Tradición fuese destruida al mismo tiempo que las Mentes

que la mantienen, fuera posible, para los que llegaran después de nosotros, recobrar la Palabra Perdida».

El 24 de octubre de 1914, con cincuenta libras y su credencial en papel parafinado de Mago Honorario de la *Societas Rosicruciana in America* en el bolsillo, Crowley partía a bordo del *Lusitania* hacia los Estados Unidos. Su reputación le había precedido. El *World Magazine* había publicado en el número de agosto un informe sobre los adoradores londinenses del diablo y su jefe, Aleister Crowley:

Me encontraba en un estudio amplio, de techo elevado, cuya atmósfera se hallaba teñida de un color profundamente azul a causa del efluvio de un incienso aromático un tanto peculiar. En el primer ambiente se levantaban hilera tras hilera de libros encuadernados en negro y marcados en sus lomos con extrañas cruces malformadas estampadas en plata. El segundo ambiente estaba amueblado con divanes y, literalmente, alfombrado con infinidad de cojines dispersos aquí y allá. En el tercero y más amplio de los ambientes había un dosel muy alto, bajo el cual se sentaba el sumo sacerdote durante la celebración de la misa negra. Enfrente del dosel, sobre un pavimento de teselas y mosaicos de motivos abigarrados y adornado con signos cabalísticos, se levantaba el altar, un pedestal negro sobre el que se había fijado un círculo dorado y en el que descansaba una serpiente también dorada, como si de repente se hubiera quedado inmovilizada mientras se arrastraba. Oí a alguien, que se hallaba detrás de una cortina, tocar una música extraña, parecida a la china, con algún instrumento de cuerda.

La atmósfera de aquel lugar era decididamente sobrenatural... Los fieles fueron entrando uno a uno. Por lo general eran mujeres de aire aristocrático. Sus delicados dedos adornados con costosos anillos, el roce de la seda, la indefinible elegancia de su porte, atestiguaban el estamento al que pertenecían. Me habían dicho confidencialmente que no pocas personas de noble familia pertenecían a los satanistas. Todo el mundo llevaba un pequeño antifaz negro que ocultaba la parte superior del rostro haciendo imposible la identificación. Revestido con cortinas de terciopelo negro, aquel lugar presentaba un notable aspecto sepulcral. La tez de las señoras parecía tan blanca como la cera. Había una luz incierta proveniente de un único candelabro de siete brazos. De improviso, la luz se apagó y el lugar se llenó de rumores subterráneos, como el sonido de un violento viento moviéndose entre hojas innumerables. Y entonces llegó el lento y monótono canto del sumo sacerdote: «No existe el bien. El Mal es el bien. Bendito sea el Principio del Mal. ¡Salve, Príncipe de este Mundo, a quien el Mismo Dios concedió su dominio».

Un sonido de balido maligno llenaba las pausas de estas blasfemas declaraciones...

Estas sesiones habían tenido lugar en el estudio de Crowley en Fulham Road. El poeta Trevor Blakemore me dijo que había pedido a Crowley que le invitara, pues quería conocer a la misteriosa Madre del Cielo, Leila Waddell, pero Crowley se negó, diciendo que aquel lugar sólo le servía para «cazar gatos viejos».

El precio de admisión era elevado, pero las mujeres de unas determinadas características estaban dispuestas a pagarlo. La pobreza o la ambición, que hace que los hombres cometan todo tipo de cosas, habían hecho de Crowley un aventurero y, según se decía, un chantajista.

«Hombres y mujeres», prosigue Harry Kemp, el autor del artículo publicado en *The World Magazine*, «bailaban por todas partes, saltando y cimbreándose al ritmo infernal de una música discordante. Cantaban palabras obscenas a ritmo de letanías y parloteaban una jerga incomprensible. Las mujeres se despojaban de sus corpiños, algunas se desvestían parcialmente. Una bella celebrante empuñó la daga del gran sacerdote, hiriéndose los senos. A la vista de aquello, todos parecieron enloquecer aún más...».

Otra descripción, en esta ocasión más moderada, de estas representaciones que

tenían lugar en el estudio de Crowley de Fulham Road, puede leerse en el libro de Elliott O'Donell, publicado en 1931, *Rooms of Mystery*.

El 13 de diciembre de 1914, *The World Magazine* volvió a hablar de Crowley. «Aleister Crowley, que ha llegado recientemente a Nueva York, es el hombre más extraño de todos los que he conocido. Es un hombre que suscita la discusión en los demás. Con un intenso magnetismo, lo mismo repele que atrae, pero con la misma violencia. Su personalidad parece hecha a propósito para dar lugar a rumores de todo tipo que le acompañan a todas partes.»

En esta entrevista, Crowley aborda la descripción que Kemp había hecho de sus orgías londinenses. «Kemp está convencido sinceramente de haber asistido a todas las cosas que describe, pero no fue así. Yo me limité a hacer que soñara con una escena de magia negra, y él pensó que había ocurrido en la realidad y que yo había participado en ella. Yo no practico la magia negra.»

El porte de Crowley era tan extraordinario que no podía por menos de llamar la atención; y detrás de aquel porte se hallaba una personalidad más bien remota: la del Vagabundo de la Desolación.

A veces, me ha parecido que tenía setenta años, y en otras ocasiones, menos de veinticinco. Es como si pudiera cambiar a voluntad su apariencia. Ahora es un anciano, con aspecto sacerdotal, pero más tarde puede parecer un joven un tanto afeminado, de manos gordezuelas y blandas y rostro profundamente mujeril. Sus manos es lo único que no cambia, son ciertamente maravillosas y están adornadas con extraños anillos. Crowley lleva en el pulgar un pesado anillo de oro con una cruz roja sangre sobre campo blanco. En otro de sus dedos se ve una serpiente enjorada, y junto a él un círculo simbólico con un sello muy elaborado que contiene los metales místicos. Al final de la cadena de su reloj, y metida dentro del bolsillo del chaleco, puede observarse el símbolo del águila blanca bicéfala que lleva la espada, último y más elevado grado (el 33°) del Rito Antiguo y Aceptado de la Masonería Escocesa. Pero lo que resulta más impresionante del aspecto de Crowley es el mechón de cabellos que, como un cuerno, permanece erecto sobre su frente generosa y elevada. A veces, se lo peina en dos, de modo que todo el mundo piensa que se trata de uno de los símbolos del satanismo.

El «mechón de cabellos como un cuerno» era el símbolo del falo, y los dos rizos, los dos cuernos de Pan, el dios de la lujuria, tan caro al corazón de Crowley, quien en 1900 ya había alcanzado el grado 33, el más elevado, del Rito Escocés Antiguo y Aceptado de la Francmasonería. Al final de su vida firmaría todos los documentos relativos a la O.T.O. con los títulos de «Baphomet X°, 33° del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, 97° del Rito de Menfis, 90° del Rito de Mizraim», que constituyen los grados más elevados de las cuatro corporaciones secretas indicadas.

Por aquel tiempo se alojó en el n.º 40 de West 36th. Street de Nueva York. John Quinn, importante abogado norteamericano y coleccionista de libros, además de amigo de W. B. Yeats, T.S. Eliot y otros conocidísimos escritores, le invitó a la Cena de Navidad. Entre los presentes se encontraban el artista John Butler Yeats, padre de W. B. Yeats, y el periodista Frederick James Gregg. Fue una velada alegre en la que corrió abundantemente el whisky, el vino del Rhin y el Chartreuse, al tiempo que fue posible disfrutar de los largos cigarros de Quinn, quien aprovechó para incorporar a su colección algunas de las obras de Crowley. «Al final, invirtió unos setecientos u

ochocientos dólares en mis obras, en lugar de los tres o cuatro mil que yo esperaba, y esta desilusión me puso en un gran apuro: por aquel tiempo no tenía en Inglaterra recursos de los que poder disponer.»

La nueva residencia de Crowley se había convertido en el cuartel general de la O.T.O. Por lo menos, había otro miembro de la Orden en el continente americano: el joven neófito *Achad* (que significa «Uno» o «Unidad»), que atendía al nombre de Charles Stansfeld Jones, un contable de Vancouver al que no se debe confundir con el químico George Cecil Jones.

Ambos «templarios» se pusieron rápidamente en contacto. Así escribía el hermano Baphomet a su hermano Achad:

El ritual que me ha enviado es muy hermoso... Espero que pueda repetirlo en toda ocasión, digamos que en cada luna nueva o llena, para acumular fuerza de manera regular. También debería disponer de un ritual solar para que resultase equilibrado, que podría ser realizado cada vez que el Sol entrase en un nuevo signo zodiacal, con celebraciones especiales en los equinoccios y solsticios. De este modo, Vd. podrá establecer un culto regular que si cumple de manera auténticamente mágica conseguirá crear un vértice de fuerza que absorberá todo lo que desee. Los tiempos están maduros para una religión natural. La gente gusta de ritos y ceremonias y ya están cansados de dioses hipotéticos. Insista en los beneficios reales del Sol, la energía lunar, la energía solar y cosas parecidas y verá cómo al celebrar merecidamente estos beneficios, los fieles se unen de manera más completa a la corriente de la vida. Que la religión sea Alegría, y que su único dolor, aunque digno y sereno, sea la muerte; y que la muerte se considere una prueba, una iniciación. Nada de disfrazar los hechos, antes bien, es necesario transmutarlos en el Atanor [el horno del alquimista] del propio éxtasis. En resumen, conviértase Vd. en el fundador de un nuevo culto pagano, todo lo grande que pueda, en la bellísima tierra de la que ha hecho su hogar. Después podrá incorporar otras celebraciones para el grano y el vino, y para todas las cosas útiles, nobles y capaces de mover a inspiración.

Gracias al diario de Crowley, *The Magical Record of the Beast 666*, podemos conocer con quién practicaba su magia sexual, ya fuera «una respetable mujer casada» o una prostituta, una corista o él mismo (VIII°), una hermana de la Orden, su Mujer Escarlata, o una aspirante a este título. Y también podemos conocer los motivos: profundizar en el conocimiento de los misterios del grado IX (IX°), obtener la sabiduría, conseguir potencia sexual y don de atracción, encontrar «oro rojo» (dinero), o cualquier otro motivo más o menos elevado. No tenía problemas que resolver y ningún tipo de ambiciones, tal y como se entiende generalmente la palabra. Los detalles sexuales están en latín, griego o hebreo, por lo general, de manera abreviada.

A su llegada a Nueva York, era natural que prosiguiese sus investigaciones sobre el grado IX, y su diario contiene los nombres de bastantes prostitutas que le sirvieron para tal fin:

Lea Dewey. Prostituta holandesa, ascendente en Acuario. Grande y alta, pero no gruesa; de tipo lobuno y musculoso.

Margaret Pitcher. Una golfa considerablemente estúpida, de boca grande, cara plana, y cuerpo esbelto. Cabello rubio. Magnífico yoni graso y jugoso.

Viola. Prostituta de horrible aspecto taurino. Drogada.

Helen Marshall. Prostituta de origen irlandés. Ascendente en Tauro. Bellísimo tipo de mujer tranquila. Ni

apasionada ni perversa. Una chica alegre y confortable.

Anna Gray. Prostituta. Negra grande y gruesa, muy apasionada.

Todas las descripciones son del mismo tipo. Desafortunadamente, a diferencia del autor de *My Secret Life*, no registró sus conversaciones. Ellas no supieron que Crowley las estaba utilizando como Ayudantes Mágicos.

En ese mismo período fue sodomizado por dos extraños en unos baños turcos de Nueva York, y la misma noche practicó la *fellatio* con un tercero.

Aquella era su tercera visita a América: y debido a la guerra que asolaba Europa se vería obligado a permanecer en aquel país durante algún tiempo. No conseguía hacerse al *American way of Life*, que le resultaba distinto del inglés. Y había dos razones para ello: andaba escaso de dinero y carecía de amigos. «El 14 de diciembre (de 1914) llegué a la conclusión de que Mercurio era el amo de Nueva York, por lo que di comienzo, lo mejor que pude, a una serie de invocaciones dirigidas a él, fundamentadas, básicamente, en el método de la O.T.O.» Así pues, durante su actividad sexual podemos estar seguros de que invocó al dios, aunque ya no podríamos decir lo mismo de la calidad y obtención de los resultados. Una de las preguntas que daban vueltas en su mente era la que se refería a la fecha en que conseguiría el elevado grado de *Magus*. Parece ser que se encontraba un tanto escéptico al respecto. «Me siento como si hubiera perdido la inspiración y la facultad creativa. Me siento incapaz de hacer nada, pues tengo que aplicar la geomancia a todo lo que hago. Tiene gracia, no me encuentro mal, pero en todo lo que hago tiene que haber algo que, de manera radical, está equivocado. ¿Será que me encuentro ante el Umbral?» El «Umbral» es la puerta que conduce al propio inconsciente, con todos los peligros que implica franquearla. El 2 de enero de 1915 escribió en su diario, «Acabo de practicar un IX° para convertirme en un gran orador, he invocado a Tahuti y he dirigido un sermón a los habitantes de los Diez Mil Mundos a partir del cántico “¡Oh, Señor! Nado en tu corazón igual que la trucha en el torrente de la montaña”».

Gracias al inconexo diario de aquellos días, podemos seguir sus pasos en cierta medida, y saber dónde se hallaba, lo que pensaba y lo que hacía:

7 de enero de 1915: Hoy fue un día de suerte. S. K. [John Quinn] me ha comprado libros por valor de 100 \$, que ahora me entrega.

28 de enero: Llegué tarde a casa e incurrí en negligencia criminal al no invocar a Mercurio.

1 de febrero: Comenzó Morphia, exceptuando la noche del 31 de enero, con 1/4 de gr. Muchos sueños, al principio molestos, pero que, más tarde, fueron extraordinariamente vividos y deliciosos.

15 de febrero: He debido de haberlo soñado, pero recuerdo que la noche pasada vi la luna nueva y que sólo llevaba doce horas.

En sus actos sexuales de grado VIII (de tipo solitario), que realizó durante sus primeros meses en América, intentaba conseguir un fin: llamar a Babalon, la Mujer Escarlata, para que apareciese en carne y hueso y fuese su compañera estable, al objeto de celebrar con ella, con absoluta seriedad, los ritos del Arte Regia. El diario de aquel período tiene por título *Rex de Arte Regia*. Por supuesto que si Crowley es el

rey, el Arte Regia no puede ser otra que su magia sexual.

Otro nuevo volumen en verso, titulado *The Giant's Thumb* («El pulgar del gigante»), impreso en Inglaterra en los talleres de la Ballantyne Press, aunque esta editorial no figura como tal, sino como Mitchell Kennerley, en el 32 de West 58 th. Street, de Nueva York, se hallaba dispuesto a hacer su aparición en los primeros días de 1915. Pero sólo se quedaría en un intento. Cierta número de las páginas de prueba, encuadernadas en tafilete rojo, se encuentra en la biblioteca del Wartburg Institute. En este artesanal volumen, Crowley escribiría lo siguiente: «Este volumen pertenece a Aleister Crowley. Fue robado de mi mesilla de noche por Norman Mudd, ladrón, y ha pasado desde entonces, por diferentes y deshonorosas manos...». En las últimas páginas de aquel abortado libro, la Bestia daba noticia de sus obras, tanto literarias como mágicas, bajo el epígrafe LAS EXCRECIONES (*excreta*) DE MR. ALEISTER CROWLEY.

En cierta ocasión, en los primeros días de 1915, cuando Crowley se encontraba en uno de los autobuses que recorren la Quinta Avenida, leyendo algún recorte de periódico que le concernía y que le había enviado una agencia de prensa de Londres, un hombre sentado detrás de él, al que por su aspecto juzgó de nacionalidad británica, le dio un golpecito en el hombro y le disparó a bocajarro esta controvertida pregunta: «¿Está usted a favor de un trato justo con Alemania y Austria?».

Aquella era una buena forma de comenzar un diálogo. Crowley estaba a favor de un trato justo con cualquiera. Hablaron de la guerra y, puesto que Crowley expresó sentimientos que no eran desfavorables a las Potencias Centrales, el extraño, que se levantó para bajar cuando el autobús llegó a la altura de la calle 37, le dio su tarjeta, invitándole a que fuera a visitarle.

Mr. O'Brien, tal era el nombre del extraño, no se encontraba en casa cuando Crowley fue a verle pocos días después. En su lugar, otro hombre fue a su encuentro, «con las manos extendidas, los ojos que se le salían de las órbitas, y la boca que parecía un remedo de la boca original». No era otro que George Sylvester Viereck, el poeta germano-americano y escritor de libros ciertamente inteligentes. Si los ojos se le salían de las órbitas era debido a la sorpresa de ver a Aleister Crowley, que en 1911 le había sido presentado en Londres por Austin Harrison, el director de *The English Review*.

El rostro de Viereck le resultaba vagamente familiar. Viereck le recordó su último encuentro. Desde entonces, había cambiado la poesía por la propaganda. Y Crowley, ahora en el exilio y buscando trabajo, había ido a parar al único lugar en donde podrían darle uno: el cuartel general de la propaganda alemana en Estados Unidos.

Treinta y cinco años más tarde, Viereck me dio su versión del encuentro:

Crowley me habló desplegando toda la fascinación de la que era capaz. Se oponía al imperialismo británico, y lo dijo. Creo que afirmó ser irlandés, si no del todo, al menos en parte. Había muchos irlandeses distinguidos que se negaban a ponerse al lado de Gran Bretaña, como sir Roger Casement. También había algunos ingleses que por cuestión de principios se oponían a la guerra. Usualmente no puedo confiar en un traidor o en un excéntrico, pero recuerdo que varios miembros del gobierno habían

dimitido como signo de protesta por los acuerdos secretos que sir Edward Grey había firmado con Francia. Por consiguiente, parecía muy probable que Crowley fuese sincero.

Crowley era, sin lugar a dudas, tan traidor como «excéntrico», y Viereck lo sabía: por eso mismo le dio el empleo.

Pocos meses más tarde, Crowley añadiría un poco de color a la creencia popular de que era irlandés mediante el siguiente montaje: metió a «una chica que tocaba el violín» —Leila Waddell— y «a otras cuatro personas de vida disipada» en una motora que se detuvo al lado de la Estatua de la Libertad, en el puerto de Nueva York. Pocos momentos antes del amanecer del 3 de julio de 1915, Crowley pronunció un breve discurso:

No es necesario que estas palabras sean escuchadas por una gran audiencia de personas; prefiero, más bien, dirigirlas al indomable océano que circunda el mundo y a los cuatro vientos del cielo que son libres. Mirando el amanecer, elevo mis manos y mi alma, de esta manera, hacia esta gigantesca imagen de la libertad, proyección ética de la luz, de la vida y del amor^[110] que son nuestra herencia espiritual. En este acto de religión simbólico y lleno de recogimiento, invoco al único Dios verdadero, de quien el Mismo Sol es sólo una sombra, para que pueda dar a mi corazón y a mis manos la fuerza necesaria para sostener la libertad de la tierra de mis mayores, que he venido a proclamar en este lugar.

En este momento de tinieblas, antes de que el orbe paterno de nuestro sistema inflame con su beso el océano, yo pronuncio el gran juramento de la revolución.

Y rasgo con mis manos este símbolo de esclavitud, este salvoconducto de los que esclavizan a mi pueblo...

Llegado a aquel punto, Crowley rompió un sobre en el que se suponía debía encontrarse su pasaporte británico, pero que no contenía nada parecido, ya que le hacía falta para regresar a Gran Bretaña cuando se cansase de Estados Unidos.

Renuncio para siempre a toda pleitesía hacia cualquier tirano foráneo; juro luchar hasta la última gota de mi sangre para liberar a los hombres y mujeres de Irlanda; y apelo al pueblo libre de este pañis, en cuyas hospitalarias orillas me encuentro, para que me conceda su apoyo y asistencia en el quebrantamiento de aquellas cadenas que ellos mismos supieron romper, hace ahora ciento treinta y cinco años.

Proclamo la República de Irlanda. Y despliego la bandera irlandesa, *Erin go Bragh*. Dios salve a Irlanda.

En aquel momento, una de las personas «de vida disipada» hizo ondear la bandera irlandesa, mientras Leda hacía sonar en su violín los aires de *The Wearing of the Green*, una canción irlandesa que se había convertido en un símbolo de la revolución.

Esta travesura, fútil y propia de un escolar, protagonizada por un hombre que nunca había puesto un pie en suelo irlandés, fue recogida por *The New York Times*; más tarde, Crowley la difundiría en otros periódicos, mediante el sencillo sistema de enviar al director una carta en la que se refería a ella.

El encuentro de Crowley con Viereck le supuso una invitación a escribir para *The Fatherland* (al que seguía el subtítulo de «Juego limpio para Alemania y Austria-Hungría»), que estaba dirigido por el propio Viereck.

Leila Waddell, que le había seguido hasta Estados Unidos, no tardó mucho en dejarle, aumentando su soledad. Crowley diría, refiriéndose a aquellos años pasados allí, que no consiguió encontrar a nadie a quien pudiera llamar amigo, y que cuando

Leila (o Laylah) se reunió con él en Nueva York, «me di cuenta, al instante, de que me resultaba desconocida», lo que, según él, era algo equivalente a decir que ya había dejado de tener interés en ella desde el punto de vista sexual. «Leila Waddell se llevó las mil libras que me quedaban y desapareció en la *Ewigkeit* (la eternidad)», le escribía a Gwendoline Otter en una carta. Es un poco difícil creer que Leila le hubiera robado mil libras, porque él no disponía de tal suma.

Adentrémonos ahora en uno de los aspectos de la mentalidad de Crowley que resulta más difícil de comprender, si lo que deseamos es rechazar la idea de que no era más que un traidor. Sin duda alguna, sin consultar siquiera a su corazón, Crowley comenzó a escribir para las páginas de *The Fatherland*, propaganda antibritánica, todo lo venenosa que podía, al tiempo que se deshacía en alabanzas a Alemania. Y cuando, es de suponer que por sus buenos servicios, le fue ofrecida la dirección de *The International*, otra publicación de la misma «empresa», con un sueldo de veinte dólares semanales, lo único que hizo fue llenar sus páginas de tonterías antibritánicas y de *magi(k)a*, que, en realidad, era lo único que le interesaba, utilizando los seudónimos de Baphomet, El Maestro Thérion (su nombre mágico en la A.'.A.'.), Lord Boleskine, Edward Kelly, Adam d'As, Cor Scorpionis, y otros por el estilo, sin olvidar Aleister Crowley, su nombre auténtico, y aprovechando los espacios vacíos de la publicidad para anunciar sus propias obras.

Desahogaba sus resentimientos, pero sin mucha convicción, como je tuviese sin cuidado el modo de maltratar al adversario y estuviera dispuesto a cambiar de bando a la menor insinuación. Las consideraciones personales que aparecen en sus artículos antibritánicos revelan que Crowley seguía teniendo mentalidad de escolar:

Por una u otra razón, los alemanes, en la última incursión efectuada con zeppelines contra Londres, han decidido hacer los mayores daños posibles, pero en extensión, en lugar de concentrarse en uno de sus barrios. Una casa cercana a la oficina de mi abogado en Chancery Lane fue totalmente destruida... En Croydon causaron grandes daños, especialmente en el suburbio de Addiscombe, donde vive mi tía. Desafortunadamente, su casa no fue alcanzada. Ruego respetuosamente al conde Zeppelin que lo intente de nuevo. La dirección exacta es Eton Lodge, Outram Road.

¿Por qué escribía Crowley tan frenéticamente para el enemigo? ¿Quizá porque odiaba Gran Bretaña y deseaba contemplar la victoria de Alemania? Ni por asomo. Era su forma de ayudar a los aliados. Estaba intentando arruinar la propaganda alemana por el método de «reducción al absurdo». Abogando por el empleo ilimitado de la guerra submarina, por ejemplo, llevó a Estados Unidos, aunque indirectamente, a la guerra. Según diría más tarde, tendrían que haberle dado la Cruz Victoria.

Viereck y sir Edward Grey, el ministro de Asuntos Exteriores británico, pensaban de otra manera. Viereck consideraba que estaba haciendo una propaganda bastante buena para los veinte dólares a la semana que cobraba (Austin Harrison, director de *The English Review*, le había dicho que Crowley era el mayor poeta inglés, bajo el punto de vista de la métrica, desde Swinburne.); Grey estaba alarmado por el perjuicio que, según él, Crowley estaba causando en Estados Unidos a la causa

aliada.

El recuento que el propio Crowley hace de todas estas actividades parece demasiado al de un hombre que intenta volver sobre sus pasos; había defendido al bando perdedor y, con su característica desfachatez, intentaba demostrar que siempre había hecho por Inglaterra todo lo que había podido. «Había optado», escribió, «por una línea de acción que creía la única posible en una situación que me parecía extremadamente grave. Por eso escribí para *The Fatherland*. Al hacer tal cosa, me desconecté temporalmente de todos mis amigos, de todas mis fuentes de ingresos; en apariencia, debería deshonorar un nombre que según mi destino yo debía inmortalizar...»

Con la confianza del desequilibrado exhortó a todos los que no creyeran en él a que se lo preguntaran a «su amigo», el comodoro (y más tarde, almirante sir Guy) Gaunt, jefe del Servicio de Inteligencia Naval británico en Estados Unidos.

Crowley habría encontrado un tanto desconcertante la respuesta del almirante, pues a una carta que yo le envié me contestó en los siguientes términos.

Respecto al hombre que Vd. menciona, me parece que lo describe con los términos exactos, cuando se refiere a él como un «traidor de poca monta». En cuanto a sus actividades, pienso que obedecían fundamentalmente a un deseo frenético de hacerse notar, tenía una gran ansia por exhibir su nombre ante los demás, de una manera u otra. Por aquella época lo sabía todo de él, pues durante un corto período de tiempo Grey y Balfour estuvieron muy preocupados por su causa. Yo me fui a Londres y tuve un largo diálogo con Basil Thompson, de Scotland Yard, y le dije: «Déjenle tranquilo, le tengo perfectamente controlado, a él, y también a *The Fatherland*».

También Gerald Kelly, que durante la guerra trabajaba en España como agente secreto, fue consultado acerca de Crowley. También él había aconsejado que le dejaran a su aire; el amigo chistoso de su juventud sólo conseguiría ser una herramienta ineficaz en manos del enemigo. No se habían visto desde hacía años, y lo que Kelly había oído de sus travesuras le resultaba aburrido y poco original. El matrimonio de Crowley con su hermana Rose y su comportamiento hacia sus suegros habían acabado por destruir una amistad que una vez había sido muy grande.

Crowley se quedó más bien perplejo cuando descubrió que era un traidor, y se enfureció cuando Frank Harris, que por aquel tiempo estaba en los Estados Unidos, se lo hizo notar. El incidente que tuvo lugar en aquel encuentro entre los dos me fue contado por Louis Wilkinson, que lo presencié. Resulta que Harris sabía de lo que estaba hablando, puesto que también él había estado haciendo propaganda a favor de Alemania y de las Potencias Centrales. Y cuando, en la primavera de 1917, las autoridades británicas respondieron a sus insultos en *The Fatherland* irrumpiendo en el cuartel general de la O.T.O. en Londres, se quedó estupefacto. ¿De verdad creían que era un traidor? «Los muy estúpidos han interpretado mal mi comportamiento y me han ocasionado problemas», escribe en su diario, al conocer aquellas noticias. «Ahora me iré directamente a Washington para poner esto en orden; si esta vez no consigo que recobren el sentido común, por lo menos me iré al Canadá y les obligaré

a que me arresten.»

Pero no hizo nada de eso. Sabía que no podría convencer a nadie de que, con su método de propaganda de *reductio ad absurdum*, estaba trabajando para Gran Bretaña; pues él era el primero en no creerlo.

El 14 de junio de 1917 analizó sus propios pensamientos en general, y su actitud frente a la guerra, en particular, y llegó a la conclusión de que su psique se hallaba dividida en dos mitades independientes, en una de las cuales estaba escrita la palabra *patriota* y en la otra *traidor*:

Estoy llegando, sin género de dudas, al punto de reconocermé en todo momento como Aiwass, y esto me va muy bien. Pero después he visto el peligro que supone tener un mecanismo mental que funciona independientemente del Yo, e incluso de la voluntad humana. Por ejemplo: todas mis simpatías más profundas van con los aliados; pero mi cerebro se niega a pensar del modo en que lo hacen los simpatizantes; por eso, en las discusiones, siempre soy «pro-alemán».

Repasemos ahora algunas de sus aventuras precedentes El 6 de octubre de 1915 abandonó Nueva York para realizar un viaje a lo largo de la costa oeste: quería asistir a la Exposición de San Francisco y visitar en Vancouver al hermano Achad. Llevaba consigo a Jane Foster, cuyo nombre mágico era Hilarión: se trataba de la Mujer Escarlata que había aparecido después de sus operaciones de grado VIII. La había conocido al mismo tiempo que a otra mujer, Helen Hollis, en una comida que daba uno de sus amigos, que era periodista. Rápidamente, llamó a Jane, «la Gata», y a Helen, «la Serpiente». «La Gata era una belleza ideal, más allá de mis sueños más preciados, y su habla estaba constelada de espiritualidad. La Serpiente resplandecía con el encanto de la lujuria», escribió. Esto no sirve para describir a ninguna mujer, pero él siempre veía a la gente en blanco y negro: las mujeres, o eran viles brujas o encantadoras, incluso más allá de sus sueños más disparatados.

Jane era el tipo perfecto de Mujer Escarlata, tal y como se describe en el *Liber Legis*: «¡Que ella misma se alce en el orgullo! ¡Que me siga en mi camino! ¡Que cumpla la obra de la perversidad! ¡Que mate su corazón! ¡Que sea vulgar y adúltera!, etc...». Llegaron a Vancouver el 19 de octubre, donde fueron cálidamente recibidos por Achad, que tenía veintinueve años y era miembro de la A.'.A.'. desde 1909. No sabemos qué tipo de magia llevaron a cabo, si la sexual o la de otro tipo, porque no se ha conservado al respecto ninguna anotación.

En el *Liber Legis* está escrito que «vendrá uno después de él, aunque no diré quién, que descubrirá la Llave de todas las cosas». Por «él» Crowley entendía que se trataba de sí mismo, con lo cual el pasaje entero quería decir que tendría un hijo que podría explicar los misterios del *Liber Legis* que aún quedan por ser explicados. Lo que había ocurrido es que había estado pensando en aquel pasaje del *Liber Legis* cuando comenzó a realizar con Hilarión actos de magia sexual (IX^o); de hecho, la finalidad de aquellas operaciones era la procreación de su verdadero hijo.

En una epístola al hermano Achad (de Baphomet, Palace Hotel, San Francisco, Sol en Escorpio, Luna en Libra) Crowley se quitó la máscara y dio su opinión

honesta acerca de aquel gran misterio, la Mujer Americana:

DISCURSO SOBRE LA MUJER

por el Filósofo Kwaw

Toda mujer tiene un punto sensible. No creo que haya que poner a Almroth Wright^[111] en un aprieto pidiéndole que nos señale su localización. Él sabe todo acerca de esta materia, lo sabe, lo SABE. El gran poeta norteamericano Henry Wadsworth Longfellow ha indicado, no obstante, esta verdad, pero de un modo difuso, poniendo énfasis en ella, pero de manera inadecuada. En consecuencia, los hombres de Norteamérica se comportan al respecto con ignorancia o despreocupación y por ello se ha elevado un gran clamor entre las mujeres americanas, que dice que sus maridos y amantes son inservibles. Para obtener la satisfacción de no hallarse incluido en esta categoría, sólo es necesario encontrar este punto, y acariciarlo continua, persistente, cuidadosa e incansablemente, con los instrumentos varios que la generosa naturaleza y un Dios benevolente han suministrado expresamente para tal fin. Vuestra única obligación y placer con respecto a vosotros mismos es la dilación. No prestéis atención a las peticiones de misericordia, y reprimid firme, pero gentilmente, cualquier forcejeo. Hay varios tipos de presas que permiten hacerlo fácilmente. Recordad, sobre todo, que si después la víctima es capaz de mover durante horas un dedo seréis ridiculizados. No obstante, es necesaria una cierta dosis de tacto. Hay que evitar siempre el menor asomo de brutalidad, a menos que la mujer sea de las que la desean, que es un tipo bastante común; pero incluso en este caso, la brutalidad deberá ser simulada, y no real...

Desde San Francisco se fueron a Point Loma, con la esperanza de tener una charla con Katherine Tingley, la dirigente de la Sociedad Teosófica de Estados Unidos, a la que quería proponer una alianza entre sus dos organizaciones, pero ella se negó a recibirle. Crowley fue muy poco educado con aquellos miembros de la Sociedad con los que tuvo ocasión de hablar, cuando llegó el momento de transcribir a sus *Confessions* aquel decepcionante incidente...

En el camino a Nueva Orleans se deshizo de la Gata, cuya belleza estaba más allá de sus sueños más preciados y cuyas palabras estaban consteladas de espiritualidad, porque con el tiempo había sido esclarecido acerca de su falsedad y «por eso era mi obligación matarla». La desolación de su corazón era «indeciblemente atroz», pero todavía tenía con él a la Serpiente y no tardaron en aparecer o reaparecer otras mujeres que le traían consuelo: Doris Gómez y Gerda María von Kothek (la «Lechuza»), por no mencionar, naturalmente, a la extraña y horrible prostituta de turno. Atribuyó el fracaso de Hilarión en la Obra a la «respetabilidad». En otras palabras, no podía permanecer con Aleister Crowley, cuyo método favorito de relación sexual con una mujer era la sodomía (*per vas nefandum*, «por el vaso innombrable»).

Exactamente nueve meses después de los actos de magia sexual de Crowley con Hilarión, es decir, en el solsticio de verano de 1916, el hermano Achad se encontraba de pie frente al altar en su templo de Vancouver y pronunciaba el solemne juramento de Maestro del Templo: había tenido una Experiencia Mística durante la cual los Jefes Secretos le habían indicado que asumiera dicho grado. Y al mes siguiente, envió un telegrama a Crowley, anunciándole la gran noticia: había cruzado el Abismo y había «nacido» en la otra orilla —la orilla de los Jefes Secretos— y ahora era, como su instructor, la Bestia, un Maestro del Templo. Aquel progreso era desconcertante, puesto que en 1913, el hermano Achad era solamente un Neófito de la A.'.A.'.

Ante estas noticias, Crowley se encontró en un estado de gran excitación y

confusión, pues comprendía la relevancia que tenían para él. Según dijo, era algo sin precedentes en la historia de la Magi(k)a. Achad ignoraba las operaciones realizadas durante el otoño por Crowley con Hilarión (siete en total) y Helen Westley («tres operaciones al comienzo y al fin de la catamenia»), que habían sido descritas como «particularmente buenas», pero no hay duda de que su personalidad mágica «supo perfectamente a su debido tiempo lo que estaba haciendo, pues él acababa de nacer como “El Hijo” anunciado en el *Liber Legis*». Gracias a sus operaciones sexuales con Hilarión, Crowley pudo preparar con la Gata el nacimiento de este hijo metafísico o mágico. Sólo le quedaba al hermano Achad encontrar la Llave del *Liber Legis* y desvelar sus misterios.

Crowley conseguía dar un paso por delante de Achad, pues, mientras tanto, había obtenido el grado de *Magus* 9° = 2^u, una iniciación (con la ayuda de la Gata, la Serpiente, la Lechuza y el Mono, a los que llamó «oficiales de este gran nacimiento») que había necesitado varios meses, hasta su culminación el 12 de octubre de 1915, coincidiendo con su cuadragésimo cumpleaños.

Mago (o *Magus*, con específica referencia al grado) es todo aquel que ha llegado a la Consciencia Mágica. Nada más convertirse en Mago debe proferirse una Palabra. La elegida por Crowley fue «Thelema», voluntad, en el sentido de «Haz lo que Quieras», que llevaba mucho tiempo rondándole por la imaginación. «Mi toma de posesión del grado de *Magus* estaba relacionada con el hecho de que consiguiera identificarme con la palabra Thelema», como escribiría en sus *Confessions*. Y añadiría: «Mi personalidad debía ir confundiéndose poco a poco con ella».

No se conocen, o, al menos, no de manera suficientemente clara, las circunstancias que, durante el mes de octubre de 1915, acompañaron a su consecución del grado de *Magus*; de cualquier modo, debió de llegar a comprender que eran los propios dioses quienes le incitaban a ello. Para construir el templo del Nuevo Eón era necesario desembarazarse por completo de las ruinas del antiguo. Lo que sí conocemos, de manera precisa, es la operación mágica que realizó durante el verano de 1916, cuya finalidad no era otra que la de reafirmarse, aunque suponía la expulsión del dios del eón anterior:

STAURÓS BATRACHOU^[112]

Él había crucificado un batracio
en la morada del basilisco,
murmurando las runas al revés,
enloquecido por muchas maldiciones burlonas.

O

En este ritual, el Primer Oficial representa una Serpiente, símbolo de Mercurio (El alimento más apropiado para las serpientes son las ranas). El Misterio de la Concepción se realiza al capturar silenciosamente la rana, y la afirmación de la Voluntad, al realizar esta ceremonia.

I

La rana capturada se mantiene encerrada toda la noche en un arca o cofre; pues está escrito: «Tú no has aborrecido el Útero de la Virgen». Con la llegada de la aurora, te acercará al cofre con una ofrenda de oro, y si es posible de olíbano y mirra. Entonces soltarás a la rana del cofre, con muchos actos de homenaje, y la dejarás, aparentemente, en libertad. Se la podrá dejar sobre una colcha multicolor, cubierta con una redecilla.

II

Coge después un recipiente de agua y acércate a la rana, diciendo: En el Nombre del + Padre y del + Hijo y del + Espíritu Santo (en este punto rocía con agua su cabeza) yo te bautizo, oh, criatura de las ranas, con esta agua, con el nombre de Jesús de Nazareth.

III

Durante el día te acercará a la rana siempre que lo juzgues conveniente, y proferirás palabras de adoración. Y le rogarás que cumpla tantos milagros como desees, y ellos serán realizados gracias a Tu Voluntad. Además, prometerás a la rana una exaltación conveniente para ella, y, mientras tanto, construirás, en secreto, una cruz sobre la cual la crucificarás.

IV

Cuando haya llegado la noche, arrastrarás la rana y la acusarás de blasfemia, sedición y cosas parecidas, con estas palabras:

Haz lo que quieras será toda la Ley. Mira, Jesús de Nazareth, cómo has sido apresado en mi trampa. A lo largo de toda mi vida me has atormentado e insultado. En tu nombre —al igual que otros espíritus libres de la cristiandad— he sido torturado en mi infancia; todas las delicias me han sido prohibidas, y todo lo que tenía me fue arrebatado, y lo que se me debía no me fue pagado... en tu nombre. Ahora, al fin, te tengo; el Dios-Eslavo se halla en poder del Señor de la Libertad. Tu hora ha llegado. Y cuando te borre de esta tierra el eclipse desaparecerá, y la Luz, la Vida, el Amor y la Libertad serán, una vez más, la Ley de la Vida. Cédeme tu puesto, Oh, Jesús pues tu Eón se ha consumado y la Era de Horus ha sido suscitada por la Magi(k)a del Maestro, la Bestia, que es Hombre; y su número es seis cientos y tres marcas de a doscientos y seis. Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

(Pausa.)

Yo, *Tò Méga Thérion*, por todo lo expuesto, te condeno, Jesús dios-esclavo, a ser escarnecido, escupido y flagelado y, después, crucificado.

V

A continuación, se ejecuta la sentencia. Después de haber escarnecido la cruz dirás: Haz lo que quieras será toda la Ley. Yo, la Gran Bestia, al matarte a ti, Jesús de Nazareth, el dios-esclavo, bajo la forma de esta criatura de las ranas, la bendigo en el nombre del + Padre y del + Hijo y del + Espíritu Santo. Y asumo para mí y tomo a mi servicio el espíritu elemental de esta rana, para que sea mi espíritu familiar, y vaya sobre la tierra como mi guardián en la Obra para el Hombre; para que los hombres puedan hablar de mi piedad y gentileza y de todas las virtudes y me ofrezcan amor y servicio y todas las cosas materiales que pueda necesitar. Y ésta será su recompensa, estar a mi lado y oír la verdad que musito, por lo cual la falsedad defraudará a los hombres. Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Dicho esto, tomando la Daga del Arte apuñalarás el corazón de la rana, diciendo: En mis manos recibo tu espíritu.

VI

Después has de quitar la rana de la cruz y dividirla en dos partes: cocinarás sus ancas, comiéndolas como un sacramento, en confirmación de tu pacto con la rana, y la otra mitad la quemarás completamente en el fuego, para consumir totalmente el eón del maldito. ¡Qué así sea!

An(no) XII
Sol en Cáncer

De este modo, Crowley alcanzó el grado de *Magus* 9.º = 2^u, en la Gran Confraternidad Blanca de la luz (o A.'.A.'.), y adoptó el nombre mágico de *Tò Méga Thérion*, la Gran Bestia o, como acostumbraba a llamarse a sí mismo en público, el Maestro Thérion.

«El resultado», escribiría, «no tardó mucho en manifestarse. Una muchacha que vivía en aquella población, de la que me encontraba a una distancia de tres millas, me rogó que la tomase de secretaria. No tenía intención de ponerme a trabajar en nada que fuese de género literario pero, en cuanto la vi, me di cuenta de que me había sido enviada con algún propósito, pues era idéntica a la rana que antes mencioné».

Es sorprendente que Crowley no reconociese la puerilidad de este ritual. Después de haber expulsado a Cristo (en la forma de una rana), se ponía en su lugar, que era lo que estaba deseando desde que, en su fuero interno, decidió que él era la Bestia de que habla el Apocalipsis. Algunas personas son débiles e incapaces, por ello, de hacer nada, pero Crowley convirtió aquella debilidad suya en una religión, «Yo, la Gran Bestia...».

Llamó al ritual de la rana «la constatación de la Maldición del Grado de *Magus*», una frase que revela su actitud contradictoria respecto a todo, incluso hacia sí mismo. Los dioses no tardarían mucho en promocionarle, una vez más, al grado inmediato.

Se había instalado en el *Cottage* Adams. Se desencadenó una tormenta que azotó el lago. «Fui a poner la canoa a salvo. Cuando volví, me encontré con una familia, padre, madre e hijo, que se había guarecido en el porche de mi casa. Estaba calado y fui a cambiarme de ropa. Apenas había acabado, cuando un globo de fuego cayó a pocas pulgadas de mi pie derecho, y una chispa ascendió hasta el dedo corazón de mi mano izquierda. Todo esto me permite constatar lo siguiente: 1) La iniciación es válida y los Maestros me necesitan, lo que explica mi caída del caballo en 1905, en la frontera entre China y Birmania. 2) Había pensado, repetidamente, que esta iniciación no tendría otra salida que la muerte. Estaba confundido.»

Se sentó y escribió a Jones, el hermano Achad, acerca de esta señal de asentimiento que acababan de darle los dioses inmortales. Pero las páginas de su diario fechadas entre los días 12 y 17 de julio de 1916 nos revelan que aún seguía con sus dudas sobre la validez de la obtención de su grado de *Magus*, y que éstas se habían hecho más profundas:

Me daba la impresión de que esta Iniciación estaba ocurriendo en «algún lugar», pero que no se hallaba en mi subconsciente. Es algo demasiado grande para la consciencia humana, aunque lo que de ella resulte se manifieste a través de esta consciencia.

Diré, simplemente, que quizás el infortunio que me causa esta cuestión no dure mucho. No hay en mí nada que

se corresponda con lo que debiera sentir al haber alcanzado este grado [de *Magus*]. En cualquier sentido no siento otra cosa que una total impotencia. Y ésta ha sido la tónica general, salvo en contados y breves momentos, en los que he conseguido encontrarme relativamente bien. Pero, después, caía de nuevo en estados que sólo puedo definir diciendo que la idiotez resultaría una palabra inadecuada e incluso cargada de eufemismo. Ni siquiera he conseguido *comprender* el sentido del grado. Me encuentro, simplemente, incapaz de hacer nada. Y no puedo elevar el estado de ánimo de mi mente haciendo nada material, pues carezco de medios. Me he sentido tentado, por ejemplo, de crucificar un sapo, o de copular con un pato, con una oveja, o con una cabra, o de pegar fuego a una casa, o de matar a alguien con la idea —y por supuesto que sería totalmente mágica— de que alguna violación suprema de todas las leyes quebrantaría mi Karma o anularía el encantamiento que parece aprisionarme. Pero no puedo hacerlo, debido (principalmente) a mi poca fe en que, dadas mis actuales circunstancias, diese resultado.

Quizá me preocupe demasiado por el «¿Cuándo seré libre?». Quizá después de haber predicado tanto a los demás sobre serpientes y colibríes, he acabado por convertirme en un proscrito. Por lo demás, todos los tipos de adivinación que he probado en este sentido no dan sino resultados negativos.

Omitía uno de los corolarios más importantes del mensaje que recibiera ayer mismo: no debo dispersarme en cualesquiera consideraciones sino en una sola: el predicar mi Ley [de Haz lo que Quieras], ya de manera directa o mediante el Arte.

Con la palabra «arte» no se refería a otra cosa que a la realización de un tipo de trabajos pictóricos que últimamente había estado ejercitando, sin haber recibido ninguna educación en ese campo. Como pintor, hay que decir que se adelantó a su tiempo. El anuncio que publicó en el periódico es característico de él:

BUSCO

ENANOS, jorobados, mujeres tatuadas, Chicas Pescadoras de Harrison, monstruosidades de todo género, mujeres de color (sólo si son excepcionalmente feas o deformes), que posen con fines artísticos. Contestar por carta, adjuntando fotografía.

Ignoro si recibió alguna contestación. Durante su Gran Retiro Mágico del Adams Cottage inventaría una forma de arte que medio siglo más tarde se pondría de moda, el *collage*; pero no conservó ninguno de ellos, pues acabó quemándolos.

28 de junio de 1916: He cortado un árbol de gran tamaño, dos de cuyas ramas se bifurcaban de manera tan portentosa que me recordaban los muslos de una diosa. Encima de ellas puse una piedra y, como en otra parte del tronco crecía una protuberancia que parecía un falo, suscité, con la ayuda de mi poder mágico, una copulación a escala gigantesca. El falo se convirtió, primeramente, en la cabeza de una gran serpiente, que se deleitaba, de manera apreciable, en cada uno de los besos que daba a aquella poderosa vulva. Cuando, al fin, se derrumbó agotado, y su cabeza comenzó a arder, mantuve erecto el astil apretándolo contra aquel colosal Amor, de suerte que ambos resplandecieron y se consumieron juntos, en completo gozo.

El 15 de abril de 1916 recogió en su diario un acto de magia sexual realizado con Alice Ethel Coomaraswamy, la esposa, natural de Yorkshire, del célebre estudioso de la historia del arte y del simbolismo, Ananda K. Coomaraswamy (o Koomaraswamy), cuya fotografía, en la que aparece ataviada a la moda hindú, adorna el diario que Crowley mantenía por aquel tiempo, al que dio el título de *Rex de Arte Regia*. El orgasmo que experimentó con ella fue tan tremendo que disipó todo recuerdo del objeto de la operación, aunque sí produjo algo tangible a la «ayudante», puesto que quedó embarazada. Crowley le dio a Ethel el sobrenombre de «el Mono», y también el de «Oficial Mono». En sus *Confessions* no dice de ella cosas agradables, llegando,

incluso, a llamar criminal a su marido Ananda. Tres meses después de la «operación» se enteraría de que había abortado.

En el otoño de 1916 resumió sus ideas sobre la educación sexual en una carta que enviara al hermano Achad, que no ha de ser tomada en serio:

Yo creo que la educación sexual debe estar basada, de manera general, en el comercio sexual con, pongamos, mil mujeres, elegidas de, pongamos por caso, ochenta o cien razas y sub-razas. Cualquiera de sus especialidades será aprendida sin dificultad, excepto, posiblemente, el lesbianismo, ya que resulta muy difícil tener la posibilidad de obtener un testimonio directo del mismo, a no ser que uno se encuentre en términos de auténtica intimidad con una de sus adeptas, lo que no es posible si se trata de lesbianas auténticas, a menos que se parta del punto de vista del artista o del estudioso del sexo. El pasado mes de noviembre sufrí un golpe bajo, cuando una chica me preguntó «si nunca me había pinchado con una aguja a oscuras», y yo nunca lo había hecho. El rojo estigma de la vergüenza no ha dejado desde entonces de abrumar mi frente.

La Bestia no solía permanecer mucho tiempo falto de inventiva, por lo que, en la primavera de 1917, escribió en rápida sucesión, una serie de ensayos, así como varias historias cortas de su detective «Simón Iff». Asoció la creatividad de aquellos días al estimulante efecto que para él suponía vivir en la parte antigua de Nueva Orleans. «Escribía ininterrumpidamente, día y noche, poemas, ensayos e historias cortas.» También comenzó a escribir una larga novela llamada *The Net* o *The Butterfly Net* («La red para mariposas»), ya que la mariposa no era sino el símbolo escogido por los antiguos chinos para representar el alma, y la red el artilugio más eficaz para capturar a la mariposa.

Se trata de la historia de la fabricación de un homúnculo, un hombrecillo, un enano, que, tradicionalmente es representado en los tratados alquímicos dentro de una retorta o botella. Crowley cambió el título por el de *Moonchild* («El hijo lunar»), puesto que «un hijo lunar» no es sino la intrusión en un cuerpo carnal de una «inteligencia lunar», lo que, según las teorías esotéricas sobre las fuerzas espirituales características, tipificadas por los planetas, nada tiene que ver con un supuesto espíritu que habitara en la Luna.

Crowley era un hombre con extrañas habilidades, pero la de escribir novelas no se contaba entre ellas: *Moonchild* resulta difícil de leer, y la historia va y viene arropada en una gran verborrea, sazónada con bastantes clichés y, también, momentos y descripciones grandiosos, como aquel que dice: «“... pero... no... puedo... ir...”. Las últimas palabras brotaron, fríamente, de las heladas aguas de su alma». Es una novela autobiográfica que injuria a los miembros de la Golden Dawn, cuyos nombres están escasamente velados. La preparación del homúnculo está descrita, de manera más apropiada, en *The Homunculo Epístola*, uno de los documentos secretos del grado IX de la O.T.O.:

El hombre y la mujer deben copular de manera continua (pero especialmente en todas las ocasiones que resulten astrológicamente favorables a la operación) y de una manera ceremonial en un templo preparado al efecto, cuyo diseño y decoración también deben de ir acordes con el fin requerido. Y deben desear, ardiente y constantemente, el éxito de la operación, por encima de cualquier otra consideración.

Así debe procederse hasta que tenga lugar la fecundación. Entonces, la mujer deberá retirarse y dirigirse a un lugar pensado de antemano. Y este lugar deberá ser un gran desierto, puesto que en él será difícil que se encuentre vagando algún alma humana que desee reencarnarse. Más adelante, deberá dibujarse una gran circunferencia, cuyo interior será consagrado como la esfera de la operación, procediendo a las fórmulas de expulsión de los diez Séfirot, y especialmente a la de Kether, que deberán ser repetidas hasta cinco y siete veces diarias. La mujer nunca deberá aventurarse en el exterior de aquel gran círculo...

Durante el embarazo, son invocadas las fuerzas extradimensionales para que entren en el interior del círculo en el que se encuentra la mujer. Después de los primeros tres meses, el embrión es vivificado con el influjo del espíritu, en el caso de la operación de la novela *Moonchild*, un espíritu lunar. El homúnculo no viene a ser más que una especie de espíritu familiar, que cumplirá los mandatos del mago que le ha creado; en el caso de la novela, de Cyril Grey, proyección literaria de Aleister Crowley, quien lo describe de la siguiente manera:

La mandíbula era cuadrada, el contorno de la cara, curiosamente plano. La boca era pequeña, como los pétalos de una amapola, de un bermellón que resultaba intensamente sensual. La nariz era pequeña y redondeada, pero fina, y toda la expresividad del rostro se concentraba en los pabellones de la nariz. Los ojos eran diminutos y oblicuos, con unas extrañas cejas que indicaban desconfianza. Un pequeño mechón de cabello crespo que surgía de la frente despuntaba como un pino solitario en la ladera de una montaña, y, salvo esta excepción, el hombre era totalmente calvo o iba, más bien, completamente afeitado, pues el cuero cabelludo parecía de un color que tiraba al gris. El cráneo era extraordinariamente estrecho y largo.

El retrato, aunque no resulte atractivo, es la idealización del de Crowley, quien añade el toque propio de un sastre:

En el Londres elegante llevaba un traje de color burdeos y un enorme lazo de pajarita, que llegaba a ocultar el cuello de una suave camisa de seda. En el París bohemio, su atavío era de una formalidad diabólicamente clerical. Una levita, abotonada y ajustada al cuerpo, le llegaba hasta las rodillas: su cuello era tan severo como distinguido. Los pantalones eran de un sobrio color gris. Un gran lazo negro conseguía sujetarse a un cuello duro gracias a un zafiro de gran tamaño, tan oscuro que resultaba casi indiscernible. Un monóculo sin reborde parecía formar parte de su ojo derecho.

Se trata, no hay duda, del *dandy* Aleister Crowley en sus años de juventud.

Una anotación hecha en su diario el 6 de mayo de 1917 consigue recortarse contra estas nubes de incienso que Crowley se prodiga a sí mismo:

He recibido la noticia de la muerte de mi madre. Dos noches antes de conocer la noticia la vi muerta en sueños, y sentí una tremenda pena. Lo mismo me ocurrió dos noches antes de la muerte de mi padre. En los últimos tiempos había soñado con cierta frecuencia que mi madre había muerto, pero sin llegar a sentir aquella sensación de impotencia y soledad.

15

RODDIE MINOR

LA descripción que Crowley hace en sus *Confessions* de estos cinco años de su vida, transcurridos ininterrumpidamente en los Estados Unidos, es tan extensa que resulta difícil seguir su pista. Esta da comienzo en la ciudad de Nueva York y continúa en Los Ángeles, San Diego, San Francisco, Nueva Orleans, Boston, Detroit, Washington, Chicago y otras ciudades, aunque no en el orden expuesto. También sabemos que navegó en canoa río Hudson abajo, aunque la distancia recorrida de esta guisa no haya podido ser determinada.

Durante la mayor parte de aquellos años se encontró sin dinero ni amigos, aunque, gracias a su magnetismo sexual, consiguió relacionarse con cierto número de mujeres a las que no tardaba en abandonar, siempre que no sucediera a la inversa. La historia de su errático recorrido, a lo largo y ancho de los Estados Unidos, desde el otoño de 1914 hasta el de 1919, se halla llena de momentos inciertos, lo que no sólo es explicable por el modo en que se redactó la principal fuente de información al respecto de que disponemos, sus *Confessions*, (cuando se encontraba en la Abadía del Haz lo que Quieras, de Cefalú, en Sicilia, dictó sus recuerdos a Leah Hirsig, su Mujer Escarlata de aquel tiempo), sino porque Crowley carecía de todo sentimiento de autocrítica, tanto para él como para su obra.

Podría decirse que, afortunadamente, el diario que escribió durante aquellos años es otra cosa; pero, para nuestra desgracia, resulta demasiado fragmentario. Entre julio y diciembre de 1916 hay algunas anotaciones, aunque lo más interesante son sus sueños, que debieron de haberle revelado su propia personalidad; sin embargo, muy pocas veces llegó a comentarlos.

Estos extraordinarios sueños no tenían para él ningún significado; disfrutaba al pasarlos a su diario de la misma manera que le habría resultado entretenido ver una película de terror:

29 de junio de 1916: Estaba casado con una chica muy atractiva, pero no era feliz, porque mis manos estaban manchadas de la sangre de mis crímenes. Aún recuerdo a los niños siameses que destripé. Toda la noche la pasé soñando aventuras, a cuál más sádica.

4 de julio: Acabo de tener un sueño, que tenía que ver con una orgía que celebraba con una maravillosa mujer negra, de una tribu desconocida: el cabello no era totalmente negro, y ella era más bien pequeña, maciza, muy tierna y dulce, e irradiaba devoción y sentimientos hogareños. Dentro del ano tenía un niño.

18 de julio: Muchos sueños extraños pero hay uno en particular que me llama la atención: unos amigos y yo íbamos a visitar a un extraño Rey Negro, que aparecía acompañado por su esposa y no recuerdo si por su hijo o por una segunda esposa. A mí me había sentado a su derecha. Nos llevaron muchos platos para que comiéramos. El último consistía en un hombre cocinado en una cacerola de forma especial para que cupiese en ella. El Rey Negro cortó una loncha de la cabeza y me la dio a probar. Estaba deliciosa, tan tierna como el cordero y tan sabrosa como el *foie-gras*. Me sorprendí a mí mismo, porque estaba a punto de pedir más... y en ese momento, me desperté.

El 23 de julio estaba en Boston. «Me han robado treinta dólares.» Al día siguiente

regresó a su refugio, en el Adams Cottage. El 26 del mismo mes, talló «con instrumentos poco apropiados, pero con mucha dificultad y alegría, un fetiche fálico, que podría servir de *dildo*, de “una o dos plazas”». La palabra *dildo*, en el sentido que le da Crowley, no se encuentra en el *Shorter Oxford Dictionnary*, ya que se trata de «un juguete femenino», es decir, un pene artificial o «consolador».

Después de haber leído, durante aquel verano transcurrido en su mayor parte en el Adams Cottage, el prefacio de la obra de Georges Bernard Shaw, *Androcles and the Lion*, una obra de teatro de contenido religioso, el estudio de Frazer sobre los dioses de la vegetación que mueren periódicamente a lo largo del año, *The Dying God*, y —lo que resulta bastante sorprendente— la *Psicología del inconsciente* de Jung, posiblemente en su traducción al inglés, Crowley escribió una obra de unas setenta mil palabras, a la que dio el título de *The Gospel According to St. Bernard Shaw*. No viene a ser otra cosa que un revoltijo del Nuevo Testamento, la obra de Shaw, economía, historia antigua, mitología, las drogas y sus efectos, y otras materias, que acaba con un amplio fragmento de uno de los poemas de Crowley, «The Sword of Song», y con otro igualmente largo de su drama en verso *The World's Tragedy*. Es una obra atípica, dentro de la producción crowleyana, cuyos objetivos aparecen confusos y cuyo final no se comprende.

6 de septiembre: En estos meses de soledad, sólo me atraen las mujeres a cuya formación he contribuido en algo: Anny Ringler, Myriam Deroxe, Doris Gómez. Para conservar a una mujer para siempre, excítela *totalmente*, luego salte.

7 de septiembre: Ésta es la razón por la que envidio a Dios: Él conoce todas las locuras de la humanidad y se ríe un millón de veces, mientras que yo sólo contemplo la visita que hago a un pueblo donde no puedo ni beberme una cerveza, y donde el farmacéutico duda a la hora de añadir una cucharada pequeña llena de alcohol a un licor dentífrico, mientras que es capaz de venderme un envase de una libra de éter, sin pestañear.

18 de septiembre: El 4 de noviembre me voy a Texas, para implantar allí la O.T.O.

24 de septiembre: La última noche he sufrido de insomnio, aunque haya tenido sueños intermitentes. La lectura de Jung me ha hecho el efecto de un estimulante. Recuerdo tres lugares que salían en los sueños. Llevaba muchos años sin acordarme de ellos. 1. La pequeña ciudad se parecía mucho a Cambridge, especialmente por el camino que pasa por Garrett Hostel Lane, donde había una casa en la que recuerdo haber visto una criada. Aquella ciudad también tenía una colina llena de casas de campo con putas viciosas y de baja ralea, que solicitaban mis favores. 2. La hacienda, que se hallaba a pocas millas de un pueblo de México, en donde había tenido aventuras sexuales con la «propietaria». 3. Las cavernas de El Cairo. Un acceso secreto conducía a un *bazar* subterráneo, en el que se daban cita todos los devotos de cualquier vicio abyecto.

Las opiniones de Crowley acerca de las mujeres, que recogió durante su Gran Retiro Mágico en Adams Cottage, no carecen de interés. La simpleza y el fanatismo de su madre es, posiblemente, su factor desencadenante:

Es inconcebible que se pueda hacer una tragedia del hecho de que un hombre abandone a su mujer, porque las mujeres no cuentan. Sólo existen para seducir o, dicho de otra manera, destruir a los hombres. Una mujer abandonada puede resultar cómica o patética, pero nunca trágica.

A pesar de estos sentimientos, él era incapaz de hacer nada si no tenía a su lado a una mujer y, si hemos de hacer caso a su diario, entre el 29 de marzo y 22 de agosto de 1916, tuvo cinco amantes, a las que dio los nombres de «El Mono», «La Rata»,

«El Búho», «La Rana» y «La Chiva». Gastaba mucho tiempo y energía buscando mujeres. «Gloria al Santo Falo» era el objetivo que perseguía con la actividad sexual que realizó el 7 de octubre de 1916. Pero ¿realmente se preocupaba del Santo Falo? Dos días más tarde, realizaba otra operación sexual con el mismo propósito:

9 de octubre de 1916: Hace aproximadamente una semana, Gerda [von Kothek] tomó el Elixir y tuvo una visión que nada tenía que ver con él. Unos monjes, con hábitos oscuros y encapuchados, subían por una verde colina, cuya cumbre se perdía en la niebla, en una hilera interminable. En sus dedos lucía un anillo con una cruz roja dentro de un triángulo dorado. Aquello ocurría en jueves. El viernes me decidí a ir a ver personalmente la cima de la colina. En ella había una gran cruz, con tres círculos y, enfrente de ellos, un sarcófago abierto. El sábado, Gerda consiguió escalar la cumbre y vio, sin que yo le hubiera dicho nada de mi propia visión, una cruz con un sol sobre ella y un montón de piedras enfrente. El domingo regresó al mismo lugar y se encontró con que la cruz estaba calcinada; se había abierto en la tierra un pequeño agujero en el que estaban ardiendo las piedras, que se convirtieron en cenizas. Durante aquel tiempo, los monjes se habían tapado la cara con ambas manos. Es notable que todos los símbolos que aparezcan se encuentren relacionados con los utilizados en los rituales de los grados de *Adeptus Minor*, *Magister Templi* y *Magus*.

En aquel contexto, el «Elixir» no es otra cosa que alguna droga alucinógena que permitía apartar a un lado el velo del inconsciente, pero, dado que ni Crowley ni Gerda conocieron el significado de esas visiones ni hicieron esfuerzo alguno para interpretarlas, todo aquello no les sirvió de nada, y que Crowley hable de «símbolos» y de «rituales» no aumenta su significado. Lo que importa es la visión —esa larga línea de monjes franciscanos con las caras tapadas subiendo por una verde colina cuya cumbre se perdía en la niebla— y la interpretación que se haga de ella. Podría decirse que el cuadro que tituló *Cuatro Monjes Rojos conduciendo una Cabra Negra a través de las Nieves que llevan a Ningún Lugar* es, en cierta forma, un intento de interpretación. Los monjes llevaban hábitos de color rojo y la cabra negra no era otra que el propio Crowley. Su pasión —simbolizada por las rojas vestiduras de los monjes— no le estaba conduciendo a ningún lugar.

9 de diciembre: Realizados varios IX° [actos de magia sexual] durante el último mes, fundamentalmente para conseguir Salud, que han sido reseñados en un libro aparte. Este mediodía llegué a Nueva Orleans, con la intención de efectuar un Gran Retiro Mágico.

15 de diciembre: Recientemente, y en dos ocasiones, el Señor me ha hecho merecedor de su favor, consiguiendo que dispusiera de dinero cuando acababa de gastar mi último dólar y me enfrentaba a la muerte por inanición. Ha sido muy amable por Su parte, y aunque conozco lo que debe hacerse en estos casos, la verdad es que no me apetece en absoluto, pues llevo haciéndolo durante diez años. Y no me preocupa, pues ahora mi fe se encuentra en magníficas condiciones. Gozo de Visiones Beatíficas todo el tiempo, prácticamente de manera continua. No me quejo, sino que simplemente me declaro en huelga, pues mi capacidad de trabajo se ve sobrepasada todo el tiempo por las constantes molestias que suponen cosas como estenógrafos e impresores. El *Liber Legis* es claro al respecto: debemos pasárnoslo bien, en el sentido usual de la expresión. Si el *Liber* se confunde, entonces todo el asunto carece de interés. Georgie, la criada negra, vino esta mañana. Le dije que estaba contrariado por tener que salir a recoger una carta certificada, y me dijo ¡que ella no tenía por qué salir si no quería!, que se lo dijera a la señora.

¿Me va a enseñar Georgie los rudimentos más elementales en materia de educación? Mucho me temo que así sea.

Así pues, he colgado los trastos hasta que tenga: 1) un estenógrafo competente, 2) el suficiente dinero contante y sonante que me permita vivir hasta el Equinoccio de Primavera sin preocupaciones, además de pagar todas las deudas que tengo en América y nuevos trajes que me compre, 3) una garantía, ya sea mediante un signo u otra

manera más palpable, de que, en adelante, todo marchará bien. Estoy pensando esto último del modo más liberal posible; y voy a añadir una última condición, 4) los medios que me permitan publicar inmediatamente todos mis manuscritos, excepto los que se destinen al volumen III de *The Equinox*.

Esta huelga afectará a todas las operaciones que se refieran tanto a la O.T.O. como a la A.'.A.'. No informaré a la Confraternidad de mi decisión: si los Dioses pueden guardar silencio, yo también. Y si me resulta imposible, ya veré cómo me las arreglo.

22 de diciembre: Un apasionado telegrama del «Oficial Mono» me invita a pasar la Navidad en Nueva York.

22-24 de diciembre (medianoche): Sólo voy a escribir que desde hace dos días tengo la premonición de que va a ocurrir algo importante.

26 de diciembre. 9:54p. m. Me encuentro en mi undécimo día de huelga; 10:52 p. m. Creo que la huelga está por finalizar. La vergüenza recaerá sobre Ellos [los dioses] si me muero de hambre.

267 de diciembre: Encontrándome casi sin recursos, reanudo mi trabajo. No tengo papel de escribir, ni mucho menos dinero para comprarlo. Mi efectivo se reduce a la cantidad de 70 centavos.

El 31 de mayo de 1920, después de abandonar Estados Unidos, Crowley explicaría en su diario las razones que había tenido para dejar de amar a algunas mujeres. Lo cierto es que nunca amó a ninguna de ellas, pues era incapaz de hacer tal cosa. De las veintiséis mujeres de esta lista, dieciséis aparecen por vez primera y única, pues no volverían a ser mencionadas en las páginas de su diario:

Frecuentemente, alguna imperfección, trivial hasta resultar absurda, impide la realización del ideal romántico, aunque no interfiere con el ejercicio del sexo. Pueden servir de ejemplo el cabello teñido de Jane Foster, en desacuerdo con la foto que me había enviado, que había servido para resaltar su zorrería y aumentar su atractivo; el aroma del cabello de Helen Hollis, tan desagradable que yo mismo me habría ofrecido a darle un tratamiento; el secreto Vicio de Mierka, que en ella resultaba algo antinatural; la piel de Peggy John y de Katherine Miller; el rostro de Roddie Minor; las excesivas ansias, historias y gorduras de Desda Smart, Gladys Belasco y Margaret Sprague; la exagerada excentricidad de Myriam Deroxe; los dientes de Ratan Devi; la exclusiva, y demasiado obvia, homosexualidad de Belle Martin y de Beatrice Abbott, de la que se aprovechaba Gerda von Kothe; el «jardín de vulcanita» del trasero de Helen Westley; la autolimitación de Kate Seabrook; la inercia de la hermana Green y de Anna Grey; la superficialidad de Gladys Harmon; las maneras de Belle Green; el narcisismo de Eve Tanguay y de Maud Alien. Y así podría seguir de veinte en veinte; cada falta, aunque carezca de importancia y aparezca sola, basta para destruir ese magnetismo tan peculiar, que nos induce a construir a la Diosa un templo hecho de versos.

Durante 1917, puede hablarse de abundancia de *opera*, en lo relativo a lo sexual, realizada con una chica de origen holandés de Pennsylvania, Anna Katherine Miller. Vivieron juntos en un apartamento amueblado en la esquina de una casa que daba a Central Park West, cerca de su límite norte, que linda con la calle 110. «Reposábamos y alegrábamos nuestro espíritu», escribió Crowley. El método de sexo mágico que utilizó con ella fue, invariablemente, *per vas nefandum*, una perversión que quizás agradaba a la joven, o que toleraba por amor a la Gran Obra. Pero después de llevar algunos meses haciendo de Ramera de las Estrellas, comenzó (según Crowley) a darse a «orgías de solitaria embriaguez» y se separaron. El mote que Crowley le había puesto era el de «el Perro». Durante el tiempo que estuvieron juntos, él siguió atendiendo a sus devociones para con otras mujeres.

El vacío dejado por «el Perro» fue inmediatamente llenado por «el Camello», el apelativo de Roddie Minor, una mujer casada que estaba aparada de su marido:

Físicamente, era un magnífico animal, con un cerebro de hombre bien provisto de cultura general y de

una especial predisposición hacia la química y la farmacia... Yo le dije que tenía el cerebro de un hombre, pero a pesar de todos los esfuerzos, todavía quedaba un oscuro rincón en el que su femineidad se había refugiado y desde el cual la desafiaba a que la desalojase de allí... La trataba, en todos los aspectos, como a una igual, y durante algunos meses las cosas fueron igual de tranquilas como podrían haber ido si ella hubiera sido realmente un hombre. Pero aquella parte avasalladora de su cerebro comenzó a enviar afuera sus espías al amparo de la noche... Y así nació en ella la idea, que más tarde crecería, de que era esencialmente inferior a mí. Comenzó a sentir mi personalidad como una obsesión. Comenzó a temer que podía ser dominada, aunque era perfectamente consciente de que yo no deseaba nada de eso, puesto que su libertad me era necesaria para poder gozar de ella. Pero no consiguió librarse de aquella alucinación y cuando en el verano de 1918 me dispuse a realizar un Gran Retiro Mágico recorriendo el Hudson en canoa, decidimos separarnos^[113].

La primera vez que se menciona a Roddie Minor en *The Magical Record*, el 1 de octubre de 1917, sólo se dice de ella, aparte de su nombre, que es «una matrona. Alta, musculosa, de tipo sensual. Su apelativo cariñoso es el de Eve». A juzgar por su fotografía, era ancha de hombros y de rostro simpático. Recibió el nombre de «el Camello» porque ayudó a Crowley a cruzar el desierto (es decir, aquel período árido de su vida) y a encontrar un oasis. Al menos realizó una función que fue muy importante para Crowley: presentarle al mago Amalantrah. Todo sucedió de la manera siguiente: el 14 de enero de 1918, mientras Crowley estaba sentado en su escritorio escribiendo *The Book of Wisdom and Folly (Liber CXI, Aleph)* («El libro de la sabiduría y la locura»), que consiste en un amplio comentario sobre el *Liber Legis*, redactado en forma de carta enviada por el Maestro Thérion (Crowley) a su Hijo Mágico Achad (Jones), y mientras el Camello fumaba opio, recostada en un colchón tirado por el suelo de su apartamento de Nueva York, Thérion se dio cuenta de su presencia de manera súbita y casi brutal, cuando mencionó un huevo que estaba observando en la visión que en aquel momento la embargaba. Crowley, que la había utilizado sexualmente de la misma manera en que lo había hecho con el Perro, respondió que no le interesaban sus visiones, pero la referencia al huevo le hizo pensar que quizás Ab-ul-Diz estaba intentando contactar nuevamente con él; pues en la instrucción final que Ab-ul-Diz les diera, a él y a la hermana Virakam, constaba que debían ir hasta un desierto para buscar un huevo debajo de unas palmeras. Desgraciadamente, la ruptura de la relación había impedido a Crowley partir hacia el norte de África en busca de aquel huevo; y durante todo aquel tiempo, había llegado a olvidar al mago Ab-ul-Diz.

El nombre que el mago Amalantrah solía dar a Roddie Minor era el de Ahitha y, también, en alguna ocasión, Achitha.

El *Liber Aleph* se publicó en 1962, aunque en una edición de muy escaso número de ejemplares. Crowley tenía por este libro una gran estima, ya que dijo de él que:

Por la sublimidad continuamente mantenida de su prosa, este libro debiera situarse al lado de aquellos en los que mi pluma se sintió definitiva y auténticamente inspirada... el *Liber Aleph* es el libro más homogéneo e intenso que jamás haya escrito. Su espíritu se halla tan concentrado y, por usar la palabra, tan lleno de nervio (en ambos estados de ánimo debía de encontrarme cuando lo escribí) que, cada vez que lo leo, me siento embargado de una tensión intolerable.

Su estilo, cargado de énfasis recitativo, al modo del Antiguo Testamento, somete al lector a una tensión intolerable. Se trata de otra declaración de principios de Crowley: sus 208 ditirambos dejan un claro mensaje después de ser leídos: que él es un dios y la Mujer Escarlata, Babalon, algo que excede a nuestros sentidos:

¡Que sea bendita, sí, que Nuestra Señora Babalon sea bendita hasta el Fin de los Tiempos, que descargue Su Látigo sobre mí, sí, sobre mí... para que pueda llenar Su copa con todas las Gotas de mi Sangre, de suerte que mi Vida descanse toda ella en el Vino de Su Éxtasis! ¡Observad cómo le sobreviene en seguida la ebriedad, y vacila entre los Cielos, revolcándose de alegría, cantando en voz alta la Canción del Supremo Amor! ¿Acaso no es ella, Oh, Hijo mío [se refiere al hermano Achad], tu verdadera Madre de las Estrellas, y no La has abrazado en la Locura del Incesto y del Adulterio? Sí, ¡que sea bendita, que lo sea Su nombre, y el Nombre de Su Nombre, hasta el fin de los Tiempos!

Babalon tenía atrapado a Crowley, y le causaría muchas insatisfacciones a lo largo de su vida, impulsándole, incluso, a la locura.

Según el diario mágico de Roddie, ésta es su primera visión:

Mientras me encontraba con La Señora de Nuestros Sueños ^[114] [opio], tuve una visión de mí misma, me veía como un gran candelabro de trece brazos. Encima de cada una de las llamas de las velas se encontraba el extremo de un tubo que podía contener agua, como si fuera una fuente. Aquellos tubos producían en las llamas una vibración pulsante que llegaba a producir una gran molestia; entonces, súbitamente, el candelabro se rompió por el punto en que se bifurcaban sus ramas, que se convirtieron en una corona, que flotaba en el aire, levemente inclinada; y un círculo, que era un halo, bajó del cielo y cayó dentro de la corona. En el centro apareció una vara, y todo el conjunto quedó suspendido encima del pie del candelabro, y circundado por un velo. De alguna manera, el velo parecía estar formado de rayos de luz.

Crowley le estuvo hablando durante algún tiempo «del número 93 (Thelema) y del modo en que los adeptos eran puestos a prueba al llevar mensajes, y la manera en que los mensajes podían llegar hasta él por mediación de la Mujer Escarlata». En aquellos momentos, Crowley se refería a Virakam.

El diario de Roddie prosigue: «He tenido otra visión de mí misma, y me había convertido en trece mujeres desnudas, puestas en fila, y que eran acariciadas a la vez. Cuando se lo he contado a Thérion, ha sugerido que debería intentar obtener algún tipo de mensaje de las visiones, y, si no, por alguna otra vía».

Crowley era un experto viajero de aquellos planos y conocía la manera de interrogar a las entidades —magos, reyes, reinas, muchachos, demonios, monstruos— que solían aparecer en ellos, para descubrir si eran amistosas u hostiles. En tal caso sabía cómo expulsarlas inmediatamente.

Comencé pidiendo una visión que encerrase un mensaje. Lo primero que oí fue un borboteo de agua, al tiempo que veía una granja sombría entre árboles y campos verdes. La casa desapareció, junto con todo lo demás, y en su lugar apareció un yoni oscuro. Entonces pregunté: «¿De dónde vendrá el mensaje?». En ese momento aparecieron unos soldados armados con fusiles que paseaban por el lugar, dando vueltas, y un rey sentado en un trono, que estaba justo donde se había encontrado la casa. Pedí nuevamente un mensaje y vi un huevo que tenía muchas circunvoluciones de una substancia que parecía carne. El huevo estaba colocado sobre un armazón. A su alrededor había nubes, árboles, montañas y agua, «los cuatro elementos». Dominando aquella escena apareció un camello. Después intenté averiguar quién era aquel rey. Se parecía muchísimo al profesor Shotwell. Era igual que él, «sencillo, democrático», muy culto y distinguido. No era un rey de cualquier reino mágico sino de uno formado

por hombres. Pregunté su nombre, y la palabra *Ham* apareció ante el huevo metido en su armazón y los soldados que rodeaban al rey.

El rey se fue hacia un lado (de la visión) y un mago le cogió del brazo antes de que ambos desaparecieran. El mago me miró significativamente, casi con un guiño. Era un hombre mayor, con una barba gris y vestido con una larga túnica negra. Era infinitamente sabio. Los dos entraron en una cueva que se abría en la base de una montaña no muy alta, en la orilla de una extensión de agua. Cerca de la entrada de la cueva se oía el murmullo de un manantial de agua fresca y chispeante. Entré en la cueva y vi que estaban haciendo alguna cosa misteriosa con un revólver. Era el mago quien tenía el revólver. Posiblemente, lo que iban a hacer era alguna especie de broma o truco, pero el mago tenía una apariencia siniestra. Ante una sugerencia de Thérion me acerqué a ellos y dije: «Soy Eve». Aquello pareció detener el curso de las cosas. Ambos desaparecieron, a la vez que la cueva. No tardé mucho en ver al rey sentado dentro de un nicho, adornado con un dosel que había sido excavado en el flanco de la montaña. En otro lugar totalmente diferente vi al mago que estaba sentado debajo de un árbol, abanicándose. Ante una sugerencia de Thérion, me acerqué a él y le pregunté su nombre. Me sentí tremendamente espantada y tuve la misma sensación que cuando le había hablado antes en la cueva; era una especie de vergüenza y de sobrecogimiento. Se limitó a sonreírme y no contestó. Parecía que yo no tenía suficiente confianza con él como para que me dirigiera la palabra. Para que me dijera algo, yo debía encender un fuego con unos palitos de cierta manera que él me enseñaría. De algún modo, un niño estaba relacionado con el hecho de que yo encendiera aquel fuego; era como un ritual. Y entonces un magnífico león apareció junto al fuego. El mago llevaba todavía en sus manos algunos palitos. Sonrió y dijo: «Hijo». Y entonces vi un maravilloso niño desnudo, de unos cinco o seis años, bailando y jugando en el bosque, frente a nosotros. Thérion me preguntó entonces qué aspecto habría tenido si hubiera estado vestido, y cuando le veía con ropas convencionales, parecía incómodo y reprimido, como si llevase una piel de tigre. En un sitio cercano al lugar en donde había encendido el fuego, se encontraba una gran tortuga, erguida como un pingüino.

El mago se sentía muy feliz y satisfecho. Se sentó y me tendió la mano, haciendo que me sentara a su lado. Mientras observábamos al niño, me abrazó tiernamente con su brazo izquierdo y dispuso mi cabeza sobre la parte izquierda de su pecho.

Y dijo: «Todo se halla en el huevo».

Así acaba la primera de las visiones en las que interviene el mago Amalantrah. Por lo que parece, Crowley se hallaba interesado en ella desde el principio, y no, como dice en sus *Confessions*, desde el momento en que mencionó el huevo. Al igual que un científico de la Tierra da instrucciones a un astronauta que está en la Luna, él aconsejó e instruyó a Eve sobre todo lo que tenía que hacer. Pero, a pesar de su conocimiento del simbolismo y de su familiaridad con los trabajos de Freud y con la *Psicología del inconsciente* de Jung, que había estudiado en aquellos últimos dos años, no intentó interpretarla desde el punto de vista del inconsciente y su relación con lo consciente. Para él, los personajes e incidentes ocurridos en las visiones inducidas por la mescalina eran más reales que los que la realidad o el ego podían mostrarle; no se habría sorprendido si se hubiera encontrado con Ab-ul-Diz o Amalantrah paseando por la Quinta Avenida: eso sólo había significado que el mago en cuestión había descendido al plano de la ilusión, y que por eso le veía «físicamente».

El domingo 20 de enero, a las tres en punto de la mañana, la visión se reanudó con la asistencia de la Señora de Nuestros Sueños, o sea, el opio.

«Solicité al mago que me enviara un mensaje», escribió Ahitha. «Apareció una letra A mayúscula, muy grande y de color rojo, de la que salió un águila que se fue volando, atravesó el bosque a ras del suelo y sobrevoló algunos prados. Un piel roja llegó corriendo como el viento. Era magnífico, como en un cuadro.»

Una hora más tarde, Crowley se reunía con ella.

Thérion y yo entramos en el Plano Astral. Yo estaba vestida con una túnica diáfana, de aspecto viril y de tonos amarillo verdosos, mientras que los de la suya eran rojos adornados con galones de oro. En una mano sujetaba un cetro, y la otra estaba adornada con un anillo. Atravesamos el techo y subimos por el aire como unos 900 pies, y al mirar hacia arriba vimos un ojo rodeado de nubes. Nos acercamos hasta él y vimos un edificio que se levantaba encima de una especie de plataforma. Había muchas puertas con signos grabados de muy diferente tipo, como la esvástica y otros. Nos dirigimos hacia una puerta distante, al fondo de un pasillo. A la derecha había un enano, y a la izquierda, una joven. Al enano le pregunté a dónde conducía aquella puerta. No contestó, pero me enseñó una columna, de capitel llameante. Pregunté a la joven, quien me contestó: «Al cielo». Interpreté aquello como que era el lugar al que queríamos ir. Abrí la puerta con facilidad y vi un pasillo lleno de tinieblas. Lo atravesamos y vimos una luz al otro lado de la puerta. Salimos y vimos por debajo de nosotros, a unos cien pies, una agradable escena pastoril y algunas pequeñas aldeas. Nos dejamos caer hasta llegar a aquel paisaje. Una bellísima señora se dirigió hacia nosotros. Era rubia y sus ropajes, blancos como la nieve. Le pregunté su nombre y me contestó: «Eve». Aquello me pareció extraño. Le pregunté a dónde teníamos que ir y me contestó: «A Francia». Se dejó caer en el suelo y, moviendo la mano de una forma que me recordó la aleta de un pez, indicó una aldea. Y allí fuimos. En el camino, un hombre, que tenía todo el aspecto de un filósofo griego, caminó algún rato detrás de nosotros como si fuese una sombra. Llevaba un báculo y estaba vestido como los griegos.

Cuando llegamos a la aldea, que se llamaba Pantruel^[115], vimos una iglesia en una plaza que tenía una fuente metálica en forma de cono; de cada uno de los pétalos del cono brotaban surtidores de agua. Más adelante, la fuente lanzó un chorro de llamas. El enano estaba en aquel momento con nosotros, y le preguntamos quién era el custodio de la fuente. La fuente se abrió y de ella salió el rey (el de la visión de la semana pasada) con unos papeles en la mano. Uno era un mapa de Sudamérica, mientras que los restantes eran documentos legales, escrituras y cosas por el estilo. Le pregunté por el mensaje y siguió mirando los documentos, pero finalmente acabó por enviarnos al mago.

Seguimos el arroyo y atravesamos el bosque hasta donde se encontraban el mago y el niño. Daba la impresión de que se sentían un tanto solos. Le pregunté su nombre y me dijo: «Amalantrah». Le pregunté quién era yo y me dijo: «Parte del Tao». Le pregunté por el mensaje y él intentó eludirme de todos los modos posibles, enviándome pequeñas visiones. En una ocasión dijo: «Ve», con lo que yo entendía que quería que fuera a algún lugar. Después dijo: «Egipto». No se mostraba muy amistoso conmigo y siempre parecía estar preocupado.

Antes de que se acabara la visión, Crowley le pidió que preguntase al mago cómo se deletreaba *Baphomet*. Intentaba conocer por el medio que fuese la grafía correcta de aquel nombre, para tener así su número cabalístico; también quería conocer su significado. Si el mago que se hacía llamar Amalantrah pudiera contestar a esas dos difíciles cuestiones, no habría duda alguna de que se trataba de un mago auténtico.

Entonces, yo [prosigue Eve, Roddie Minor, Ahita o «el Camello»] le pedí que deletrease Baphomet, y un hombre que era igual que uno de los *Dioses de la Montaña*^[116] contestó a la pregunta. Al final dijo que se escribía B-a-f-o-m-e-t-h, Le rogué que me diera más información acerca del mensaje, pero fue en vano. Pregunté otras cuestiones referentes a las letras que había deletreado, como que si eran hebraicas, etc.

Y entonces me despedí, fijándome en los bellísimos ojos oscuros del niño, y nos fuimos dando un paseo hasta el lago formado por la fuente. Nos bañamos en ella y haciendo un agujero en su fondo fuimos a parar directamente encima de Manhattan, con lo cual pudimos regresar a nuestros cuerpos.

Crowley indicó que no conocía nada de hebreo y muy poco de griego, aunque ella era doctora en farmacia.

En el diario mágico de Crowley, *Rex de Arte Regia*, se recogen los mismos eventos narrados por Roddie:

Después salimos al Plano Astral. Eve había tenido algunas visiones que me parecían significativas a causa, sobre todo, de cierta similitud con las últimas de Virakam. «Todo se halla en el huevo» y otras cosas parecidas, protagonizadas por un mago que cuida de un niño desnudo (Horus, supongo).

Después de varias peripecias menores encontramos en el bosque al viejo y al niño. Aquel anciano debía de

poseer la categoría de *Magus*, y seguía enviando visiones a Eve para desorientarla; pero ella me llamó y entonces él respondió, en principio, dijo que su nombre era Amalantrah (con T de Tau). Le pedí una explicación de la E, y él dio AE, después H, y más tarde AH. Todo aquello daba 729^[117]. Yo le pedí entonces (por supuesto sin revelar este número) que me dijese una figura geométrica de un valor mágico equivalente. Eve obtuvo un «triángulo extraño» (aparentemente equilátero, con una H en dos vértices, y nada en el tercero) y después una representación «sólida» del cuatro. Al reunir ambas se tenía, ciertamente, un cubo de tres, o tres al cuadrado. Pero el mago tenía otra idea más clara de la cuestión, porque dijo de repente: «El segmento de una columna octogonal», esto es, la combinación de un polígono de ocho lados y el Falo. Ahora, todo aquello apuntaba directamente a *Baphomet*. ¿Entonces, esta palabra es una combinación del 8 y el 3, como cabía esperarse? Llevaba años esforzándome en encontrar un grafismo satisfactorio para Baphomet, sin conseguirlo. El anciano lo explicó como BAFOMETH (según la Cábala hebrea y no la griega) y dijo que la O correspondía a la Vau y la E a la Yod. Yo le pregunté si la TH era una letra o dos, y él me dijo que «una»: una Tau. Entonces le pregunté qué tenía que añadir para que la palabra resultase óctuple, pero antes de que me pudiese responder, yo vi (mentalmente) que una R final habría convertido su valor numérico en 729. Así pues, comprendí la justificación: Baphomet es esencialmente mitraico. Por eso, el significado que tiene es simplemente el de «Padre Mitra». La R había sido suprimida por ser muda —a mí sí que me había hecho enmudecer— y por hallarse el Sol oculto (en el Eón de Osiris, supongo). Al mirar en el *Liber D*^[118] para una posterior confirmación, me encontré ¡729 = la maldición de Satanás! ¡Naturalmente! Basta mirar el frontispicio de mi *Rituel de la Haute Magie*^[119], donde había representado al Diablo del Tarot como Baphomet. Es un grande y portentoso Arcano, y no dudo que me conducirá a muchos otros misterios del Santísimo Reino.

Las operaciones de Crowley con el Camello le condujeron, ciertamente, a muchos otros misterios. Durante la primavera y parte del verano, y quizás algo más tarde (el manuscrito de *La operación de Amalantrah* está incompleto), el mago Amalantrah, que sería descrito «con un rostro de auténtico escocés, y que me recordaba al hombre que en *Simón Iff*^[120] era torturado y que torturaba después a su mujer», fue una realidad en la vida de Crowley, y acabó siendo consultado regularmente una vez por semana.

La operación comienza con el rito sexual, una operación que invoca las fuerzas que son necesarias. Su objeto, en una ocasión, fue «mejorar las comunicaciones con Amalantrah..., bendito sea». Y puesto que Eve no alcanzaba el estado visionario con la simple ayuda del sexo, ingería una droga: opio, anhalonium o hachís.

Crowley transcribió meticulosamente la descripción que ella hizo de su visión, y cuando el mago apareció en escena le preguntó (mediante Eve) acerca de gran variedad de cuestiones por las que se hallaba interesado.

Las respuestas eran transmitidas mediante las imágenes que surgían al momento:

P.: ¿Cuál es el trabajo que hay que realizar durante el fin de semana? ¿Primero el trabajo usual y después el del Espíritu Santo^[121]?

R.: Veo un extraño pájaro, de un blanco inmaculado, que se encuentra en el agua.

Y después:

P.: ¿Cómo es el templo? ¿Tiene buen aspecto? [se refería al templo en cuyo interior se hallaba sentado el mago.]

R.: Veo una mujer cuáquera. El mago parece estar de broma.

En algunas ocasiones, aparecían números o letras hebreas como contestación a

una pregunta. Aquello no suponía ninguna dificultad, puesto que Crowley había compilado un diccionario cabalístico, el *Sephir Sephiroth* o *Liber D*, en donde cada número, hasta llegar a mil, recibía uno o más significados. Según la Cábala, cada letra hebrea representa un número; cuando, como respuesta a una pregunta, aparecían varias letras, el resultado final se obtenía sumando los números asociados a cada una de ellas.

Un número en letras romanas, si no pasaba del XXII, remitía a uno de los Arcanos Mayores del mazo del Tarot, cuyo significado, de acuerdo con Crowley y las enseñanzas de la Golden Dawn, había sido obtenido de uno de los veintidós senderos del Árbol de la Vida.

La aparición de un signo planetario o zodiacal se interpretaba según su significado tradicional.

Seis bastoncillos, o segmentos, de manera continua o a trazos, puestos unos encima de otros, solían aparecer, en ocasiones, como respuesta a alguna pregunta. Ello quería decir que la contestación de Amalantrah se efectuaba por mediación de los sesenta y cuatro hexagramas del *Yi King* (o *I Ching*). El mago, en suma, sólo contestaba a través de alguno de los sistemas ocultos con los que Crowley se hallaba familiarizado.

Las preguntas eran realizadas verbalmente. En ocasiones, sólo era pronunciada la letra inicial de cada palabra:

P.: ¿D.f.m.t.? (¿Debo filmar mi trabajo?)

R.: Veo un agujero en el metro... una puerta falsa, por la que animales de blanco pelaje, que parecen bolas, se mueven con rapidez [«Esto significa la lucha para acabar con las interferencias», comentó Crowley]. «Sí, éste es el camino», dijo Eve a guisa de respuesta.

P.: ¿C.s.t.l.p.p.d.e.? (¿Cuándo se tendrá la primera prueba del éxito?)

R.: Cuando la nieve se funde.

Y en algunos casos, la única letra de cada palabra que se pronunciaba era la final:

P.: ¿A.a.e.e.e.r.o.s.a.a.a.a.? (¿Achitha forma parte de Roddie Minor o es una inteligencia humana desencarnada?)

También hay que decir que algunas preguntas eran contestadas «mentalmente», es decir, sin necesidad de hablar.

Crowley presenta a Roddie como si fuese sólo un reflejo de sus propios deseos, pero el diario personal de esta mujer nos revela algunos de sus pensamientos. «En el bosque del mago veo a las personas de siempre», y prosigue:

Parece como si todos estuvieran tristes, o al menos, silenciosos y preocupados. Me acerco hasta el mago y le pregunto si tiene algo que decir. Se sienta en unos escalones y me invita a sentarme a sus pies. Alarga las manos, con las palmas hacia abajo y comienza a hablar: «Érase una vez un hombre y una joven». Me doy cuenta de que aquella historia habla de mí, e instantáneamente detengo la narración, puesto que no quiero que en todo esto entren cuestiones de tipo personal. Es necesario suprimir el ego^[122].

(La verdad es que me encuentro muy trastornada y descontenta por el modo en que Thérion interfiere en la conducta que yo mantengo hacia él. He estado intentando encontrar el método más apropiado para poder

continuar y he llegado a un punto en el que tengo que intentar olvidarlo todo, en otras palabras, tengo que olvidarme de que lo que siento es lo realmente cierto.)

Me vuelvo y le cuento a Thérion la parte de la visión que hace referencia a mi ego, y él insiste en que debo suprimirlo. Más tarde, mientras hablamos, Thérion me ataca de Muevo por haberle acariciado durante la noche. Si lo hice fue para olvidar las diferencias existentes entre nuestros puntos de vista. Sus observaciones me dejaron sin aliento, pues me parecía que él se encontraba demasiado lejos para poder comprender toda la verdad que subyacía en ellos. Así que me volví hacia el mago, con intención de preguntarle lo que tenía que hacer. Cuando le vi, sufría un ataque de risa, y me dijo: «Te has quemado nuevamente los dedos; a Thérion debes dejarle en paz. La única salida que tienes es *no preocuparte*». Veo un nítido destello de luz centelleante, que me confirma la verdad de aquellas palabras.

12 de febrero de 1918. Con Mrs. Elsa Linke. Después de cenar.

Mrs. Lincke, o hermana Bazedon, se había unido a ellos; hacía algún tiempo, había enviado diez dólares a Crowley, quizá por alguno de sus libros. Su número era 444, el número del León del Templo.

Yo (Achitha) veo que el sabio se pone en pie. Allí se encuentra el huevo; el niño se halla sentado debajo de un árbol, cuyas raíces pueden verse en los sitios en donde la lluvia ha arrastrado la tierra. El león, la tortuga y el sendero que lleva a la montaña siguen estando allí, al igual que los restos carbonizados de los palitos con los que había encendido mi primer fuego, al lado del mago. Saludo al mago: *Salaam Aleikum*. Levanta la mano izquierda; con el movimiento caen perlas o joyas de sus dedos. Dice: «Amaranthus».

P.: ¿Con qué tiene relación la palabra Amaranthus?

R.: Veo un barco que se dirige hacia el Sur, cargado de mercancías del Oriente... madera de sándalo. Veo un pez dorado que ha sido arrojado a la playa. Parece como si Amaranthus significase algo sagrado: la Luz Sagrada.

P.: ¿Thérion realizará alguna obra importante en el altar que vamos a erigir en Egipto, a donde tenemos que ir para encontrar el huevo?

R.: La función del anciano mago en lo que a mí concierne es obtener la verdad. Gracias a mí, conoce la verdad, sirviéndome de guía. Espera de mí que vaya a Egipto a buscar el huevo. También espera que vaya Thérion. La obra de Thérion es una obra grandiosa.

P.: ¿Cuál es el nombre mágico de Mrs. Lincke?

R.: Bazedon. Veo una gran nube blanca sobre la que hay un resplandor, que se convierte en una cabeza de carnero. En el suelo hay una rana. El mago dice: «Mucho es lo que puede aprenderse del sapo». El sapo es el símbolo de Bazedon.

P.: ¿Cuando Bazedon está en peligro, debe visualizar el sapo?

R.: No. Se trata de un símbolo más general.

P.: ¿Es oportuno comenzar a buscar el huevo? ¿Cuándo debemos ponernos en camino?

R.: El huevo es una obra que debe ser cumplida... la Gran Obra. Pues cumpliendo la obra, tendremos la llave.

P.: ¿Es ésta la misma visión que tuvo Virakam?

R.: El trabajo debe proseguir y tiene que haber un altar, levantado en Egipto. Veo al rey.

P.: ¿Quién es el rey?

R.: Veo a O.I.V.V.I.O.^[123]. Thérion es el Sumo Sacerdote.

P.: ¿Quién es la Suma Sacerdotisa?

R.: Veo a una mujer alta y bastante bella, y su rostro tiene una expresión muy agradable. Tiene el cabello negro.

P.: ¿Cuál es la función especial que debe desempeñar Bazedon?

R.: Veo nuevamente el sapo. Su función es como la de una madre, proteger. Siempre hay una luz dorada, destelleante.

P.: ¿B.s.a.e.O.? (¿Bazedon se asentará en Occidente?) [Lo que equivalía a preguntar si se quedaría en los Estados Unidos]

R.: Veo el grano que crece, alrededor de un zorro. Hay cestas llenas de grano, un águila y un huevo en el suelo cerca del grano. El águila vigila el huevo.

P.: ¿Quién es el águila?

R.: Veo el sendero y algo que se está formando, de una materia indefinible, como pasó con el huevo en la primera visión. El águila está en el cielo, al otro lado del mago.

P.: ¿Cuándo tenemos que irnos a Egipto?

R.: Veo dos extraños animales: ratas tan grandes como caballos, tirando veloces de un carro. Veo encima a Thérion, rodeado de cuatro caballeros, todos muy apretados. Hay una maravillosa expresión en su rostro, la expresión de hallarse consagrado a alguna grandiosa obra.

P.: ¿E.v.d.j.e.u.b.d.p.c.e.v.? (¿El veintiuno de junio es un buen día para comenzar el viaje?)

R.: Veo una cabeza de caballo. El mago mueve la mano formando una cabeza de conejo.

P.: ¿Consiente el mago que ahora lleve a Bazedon hasta el Plano Astral?

R.: Sí.

En marzo aparecía un nuevo hombre en el informe de *La operación de Amalantrah*: Marie Lavroff, a la que Crowley, en sus *Confessions*, llama una aristócrata rusa, en el exilio; formaba parte de una terna de mujeres, «representadas por tres escorpiones del simbólico desierto que estaba atravesando en mi viaje místico». A juzgar por su fotografía, era más joven y femenina que el Camello; sus ojos eran grandes y ligeramente saltones, con una expresión soñadora. Su nombre mágico era Olun. Durante una de sus sesiones con «el Camello», Crowley preguntó: «¿A.s.a.o.a.e.9.y.e.u.a.?» (¿María es amiga o enemiga de 729 [Baphomet] y de su obra?). La contestación fue: «La flauta de Pan», y el número treinta y cuatro, que era el de Júpiter. Crowley formuló aquella pregunta porque estaba pensando en utilizar a la hermana Olun para la Gran Obra. Parece ser que ya comenzaba a cansarse del Camello. El 10 de marzo, él y el Camello realizaban juntos un rito de magia sexual (como de ordinario *per vas nefandum*), con objeto «de conocer los poderes del Yoni», lo que, en esas circunstancias, me parece un poco contradictorio, si no perverso. En aquella ocasión, el Camello tomó una fuerte dosis de anhalonium, que Crowley calificaba de «droga mercurial». La visión fue interrumpida, y Crowley escribió desapasionadamente en su diario: «Achitha se ha estado retorciendo de agonía, el Dios Mercurio era demasiado puro para su cuerpo y su mente, tan corruptos».

Al poco tiempo, estaba claro que Crowley intentaba reemplazar a Achitha por Olun. La alusión al «complejo de pecado» de Olun indica que Crowley no halló en ella una presa fácil. Al parecer, Olun buscaba amor en el antiguo sentido del término, que Crowley definía como «histérico, pseudo-romántico y técnicamente exquisito, es decir, de tipo europeo». Cuando, tras «dos semanas o así de preliminares», consiguió de ella lo que se proponía, el acto de magia sexual tuvo como finalidad «la libertad, para todos y cada uno de los tres: para mí, que podré afrontar sin miedo a los vampiros; para Olun, que podrá destruir su complejo de pecado; y para Eve, que podrá trascender los celos».

Crowley llamaba «irracional» a Eve, y explicaba que estaba obsesionada por él, y tenía miedo a llegar a ser dominada por su personalidad, más poderosa. Sin embargo, no tuvo necesidad de trascender los celos de Olun, porque ésta, incapaz de aguantar a Crowley durante más tiempo, se fue sin avisar; y cuando, el 26 de marzo, Crowley preguntó a Amalantrah (por mediación de Eve) si aparecería nuevamente, la respuesta fue un rotundo y definitivo no.

Por ello, Eve continuó con el rol de vidente de Crowley, y Amalantrah, que en los últimos tiempos parecía «muy triste y envejecido», comenzó a animarse. «Esta noche

el mago está sonriendo... con una mueca burlona. Parece un capitán de barco.»

No había una especial agitación en las visiones; siempre eran, más o menos, las mismas; y cuando estaban por concluir, como demuestra el siguiente fragmento, Crowley y la vidente eran limpiamente conducidos al punto del que habían partido:

Mago muy serio y mira Achitha con aires contemplativos. Parece aprobar. Tortuga es la cosa más importante del templo. Niño también está, y león y Bazedon. Arcteon [Achad o Charles Stanfeld Jones] tiene un lugar prominente: es un hombre alto que siempre aparece en el templo.

P.: ¿Cuál es el trabajo para este fin de semana?

R.: Geburah^[124].

P.: ¿Pero *Geburah* aplicada a qué?

R.: Al huevo. El huevo reposa en la cima de una montaña muy escarpada. Alrededor hay agua, en donde crecen las flores de loto.

P.: El huevo es el símbolo de algún nuevo conocimiento, ¿no es así?

R.: Gimel, lamed^[125].

P.: ¿Qué significa eso?

R.: No lo sé.

P.: ¿Cómo debemos abrir el huevo?

R.: En un lenguaje llano significa que Tienes que seguir esta Vía.

P.: (Éste no es un lenguaje llano.) ¿Cómo obtendremos este nuevo conocimiento?

R.: (No hagas las preguntas tan deprisa.) Siembra la avena silvestre; ve hacia... hacia la Madre para renacer.

P.: ¿Y la Misa de Espíritu Santo? ^[126]

R.: No guarda ninguna relación con todo esto. Lo has destrozado todo.

Tendré que restablecer nuevamente el contacto. Yendo hacia la madre para renacer de nuevo, obtendrás una Nueva Vida, y entonces, la Tierra se cubrirá de flores maravillosas, y las abejas irán a las flores para recoger miel y hacer acopio de ella, pues la miel es el elixir concentrado.

Durante el verano de aquel año de 1918, Crowley decidió irse a un Gran Retiro Mágico, motivado, en parte, por un deseo de alejarse de Eve. Se hizo con una canoa y remó a lo largo del río Hudson; pero su amistad, —e incluso la intimidad— con Eve se mantuvo y, durante los fines de semana, ella fue a visitarle a su campamento, en la Isla de Esopo, llevándole provisiones. En aquella isla, como vimos (capítulo 1), Crowley entró en un profundo trance, que le permitió revivir algunos momentos de sus anteriores existencias. Más tarde, en agosto, conocería a otra mujer: se llamaba Madeleine George y sus cabellos tenían un color rojizo-anaranjado. Pero no sería su amante durante mucho tiempo.

16

LEAH HIRSIG

EN los primeros meses de 1918, Crowley dio en Nueva York una conferencia sobre magi(k)a ante un pequeño número de personas curiosas que escucharon en silencio todo lo que decía y que se dispersaron sin comentario alguno cuando hubo terminado. La conferencia no fue un éxito, pero uno de los asistentes, «la única persona de la que podía decirse que tenía un remoto parecido con la especie humana», se le acercó para hablarle. Se trataba de Alma Hirsig, quien más adelante sería la Suma Sacerdotisa de Oom^[127].

Dos meses más tarde —en la primavera de 1918— le haría una visita inesperada en su estudio del número 1 de University Place, en uno de los extremos de Washington Square, acompañada por la menor de sus hermanas, Leah.

«Sin gastar tiempo en palabrería, comencé a besarla», escribe Crowley.

Alma asistía a aquella interesante representación, sorprendida por el aparente deleite de su hermana al ser abrazada a bocajarro por el Maestro Thérion, y por el modo de saludar de Thérion a una joven que le era extraña. «Fue mero instinto», dijo Crowley.

Siguieron besándose, con ocasionales interrupciones, «como requería la educación», para hablar con Alma, que había venido con ella.

Crowley describe a Leah como alta y extremadamente delgada, de ojos luminosos y de rostro alargado, pero nada dice de su edad (de hecho tenía treinta y cinco años), ni de que un año más tarde daría a luz a un hijo ilegítimo, al que puso el nombre de Hansi, hijo de un tal Edward Cártter, que no tardó en desaparecer.

Cecil Frederick Russell, que por aquel tiempo les conoció a los dos en Nueva York, dijo que Leah «daba clases en una escuela pública de Harlem para poder mantener a su hijo ilegítimo (Hansi), que vivía en Florida, y contribuir a la causa de Crowley».

Pero hay otra descripción de Leah Hirsig, a la que Crowley llamó Alostrael, que da más detalles de su aspecto físico. Se corresponde con la descripción que Crowley hace de Astarté, una de sus anteriores encarnaciones (véase el capítulo 13):

Era una joven esbelta y delgada, de rostro alargado, nariz romana, labios gordezuelos y fuerte a causa del ejercicio continuo, con el hábito de sacudir todo el cuerpo como si estuviese consumida por una comezón interior, de cabello negro y crespo, que a veces se teñía, dientes fuertes, regulares y muy agudos, ojos de un profundo color violeta, muy distanciados entre sí y oblicuos, como los de los chinos. Sus pómulos eran altos y su expresión vital. Sus senos estaban muy poco desarrollados y su cuerpo era como el de un hombre, o mejor, como el de un niño. Su vulva era delgada y musculosa, con sus labios menores escasamente desarrollados.

Nada nos dice acerca de la personalidad de Leah, porque era incapaz de trazar un esbozo psicológico de nadie; todo lo que dice de ella es que tenía «una tristeza

penetrante y una sublime simplicidad», el perfecto equipamiento psicológico de la heroína de una novela gótica, pero que no describe a ninguna mujer, y que no hace honor a Leah Hirsig (que se mantuvo casi al mismo nivel de Crowley durante seis años), en particular.

Leah había nacido en Suiza, pero fue llevada a Estados Unidos cuando tenía dos años. De los apuntes autobiográficos de Alma Hirsig^[128], nos enteramos de que eran cinco mujeres y tres varones, de que su padre era un borrachín, y de que su madre se había llevado a los nueve niños a Estados Unidos, huyendo de él.

La narración que Alma hace del encuentro de ella y Leah con Crowley no se ajusta a la descripción que hace la Bestia, pero los hechos principales son los mismos. «La pequeña criatura tímida como un ratoncillo, pura y dulce» de la versión de Alma perdió el alma —o quizá la encontró— después de que Crowley dirigiera su magnética mirada sobre ella, y se la echase al hombro, como haría un faquir con el gallo que acaba de hipnotizar. Él dijo que le recordaba al amigo de Salomón, «pues no tenía pechos». Después de aquello, resultó imposible llevarse a Leah, y Alma, que la había traído hasta la cueva del mago, neciamente se fue sin ella.

Pero Leah no se quedó de manera estable con Crowley. De hecho, no se volvieron a ver hasta el mes de enero del año siguiente. «Ella jura que he telefonado preguntando por ella, y quizás es verdad. Tengo momentos de impulsos ciegos», escribió Crowley. Las dos hermanas fueron a pedirle consejo para buscar un alojamiento en Greenwich Village, o al menos eso dice la versión de Crowley. Al parecer, Leah estaba interesada en una serie de conferencias sobre derecho y quería residir cerca de la universidad de Nueva York. Por aquella época dio a luz a un niño, Hansi, al que Crowley llamó Dioniso.

El estudio de Crowley era una gran habitación; la cama estaba escondida detrás de un biombo de tres cuerpos, sobre cuya superficie de tela se había encargado de pintar el sol, la luna y el fuego sagrado de los hindúes. Leah y Alma comenzaron a alabarlo, al igual que otros cuadros, y cuando ya estaban charlando, Crowley, que no se andaba por las ramas, desnudó a Leah y comenzó a tomarle un apunte. «¿Quieres que te pinte como eres?», le preguntó.

«Píntame como un alma muerta», contestó ella.

Aquella noche, Crowley no pudo dormir; el pensamiento del dibujo inacabado que había hecho de Leah no le dejaba en paz, por lo que se levantó de la cama y fue a examinarlo. De improviso, se dio cuenta de que si lo miraba verticalmente, en lugar de hacerlo horizontalmente, tenía cierto sentido. Presa de febril actividad, estuvo pintando durante toda la noche la superficie de un segundo biombo, que había reservado para ocultar el otro lado de la cama.

A la mañana siguiente ya lo había terminado. Lo llamó *Almas muertas*. La cabeza de Leah es la clave de un arco llena de monstruos: su rostro es de un verde espectral, y bajo las costillas de su enflaquecido cuerpo hay sombras de un gris azulado. En el panel de la izquierda hay una negra arrodillada, con un enorme loro encima de sus

hombros; su mirada se halla fija, en actitud de adoración, ante la Reina de las Almas Muertas; y a la derecha de Leah se halla otra mujer, también de rodillas, retorciéndose, al mismo tiempo, como si estuviese en la agonía, con sus cabellos sin lustre que le caen en cascada hasta las caderas. Y a lo largo de toda la base del biombo, se alinean cabezas deformes «todo angustia, todo perversidad, a las que estaba prohibido acercarse al mundo de las cosas razonables».

A propósito de esta obra maestra, dice Crowley: «El biombo es grotesco, aunque nadie puede negar que se trata de la obra de un genio. Posee una unidad. Las almas muertas habían generado un alma viva. Cualquiera que lo viese se sentiría horrorizado».

Aquel mismo día llamó Leah. La Bestia la llevó hacia él, y le dijo que se arrodillase en el centro del círculo mágico pintado en el suelo. Primeramente, realizó el Ritual de Expulsión del Pentagrama para hacer el círculo impenetrable; y a continuación, y después de realizar un acto de magia sexual, la consagró como su Mujer Escarlata, la que, triunfantemente, le cabalgaba.

La ceremonia concluyó al pintarle entre sus casi inexistentes senos la Marca de la Bestia (la cruz dentro del círculo), y *no* marcándole fuego este emblema mediante una daga china, calentada al rojo por tal propósito, como se afirma en el *New York Journal* del 13 de marzo H 1926. Así pues, acababa de nacer el *Babuino de Thoth*, que es el nombre mágico que tomó Leah Hirsig, mientras hacía su entrada a toda ciudad por el umbral de la A.'. William Seabrook, que durante 1927 le fuera presentado a Crowley en Nueva York gracias a los buenos oficios de Frank Harris, también afirma que Leah había sido marcada a fuego con la Marca de la Bestia, pero eso era sólo una maniobra sensacionalista^[129]. Es cierto, sin embargo, que vio la marca, ya fuese pintada o una cicatriz, pues hay que decir que Leah, en la condición a la que había sido exaltada, se pasó todo el día en cueros vivos.

El 1 de University Place era un lugar muy pequeño para los dos, por lo que al poco tiempo se mudaron a un estudio más amplio en el 63 de Washington Square South: las tres ventanas, en un tercer piso permitían observar, si se miraba por encima de las copas de los árboles, el comienzo de la Quinta Avenida. Crowley embaló sus cuadros, libros y su nuevo amor, el Babuino de Thoth, y se mudó. Poco después era entrevistado por *The Evening World*.

La fotografía de Crowley que resalta en la página es perfectamente reconocible: ¿quién podía ser, sino él? Pero estaba muy cambiado: había aparecido cierta flaccidez, y su pequeña boca, que recordaba al arco de Cupido, se había perdido entre la inmensidad carnosa de su rostro, junto con su mirada fría y penetrante.

La estancia que describe el reportero es suntuosa: ciclópeos sofás, escritorios de caoba estilo Davenport, carísimos tapices, una o dos magníficas alfombras orientales, un diván desbordante de cojines, y aquí y allá algún mueble antiguo en madera de rosal:

Las paredes de su estudio están cubiertas por el más salvaje *maelstrom* de abigarrados colores, imposibles de combinar, que jamás se hubiera encontrado bajo techado. Parecía el resultado de una colisión entre un atardecer escandinavo y una exhibición al estilo de pinta-como-quieras de 1º Asociación de Artistas Independientes. El efecto es bullicioso, cegador, pero no resulta molesto, una vez que uno se acostumbra. Mr. Crowley contribuyó a lo último con una buena dosis de coñac...

Crowley esbozó una pequeña leyenda, esta vez cortés, para los lectores de *The Evening World*, acerca de sus actividades durante los últimos años; cuando el estallido de la Gran Guerra, pertenecía al servicio secreto del gobierno británico. Las nubes del ensueño comienzan a elevarse y recibió un tiro en una pierna. Para reponerse se le envió a Estados Unidos en misión especial.

Pobreza y humillación son las palabras que Crowley utiliza para describir su estancia de cinco años en Estados Unidos. No tenía capital personal, aparte de la miseria que cobraba como director y principal colaborador de *The International*, cuya tirada debió de ser muy baja. Entonces, ¿cómo podía alquilar un apartamento tan lujoso y consumir coñac y cigarros tan caros? Leah no tenía dinero. Enseñaba canto y otras materias en la Escuela Pública número 40 del Bronx. ¿Habría aprendido el secreto de la obtención de oro según el método de Abra-Melin? Uno de los capítulos de este grimorio se titula, precisamente, *Cómo obtener todo el oro y la plata que uno pueda desear, para proveer a las necesidades de la vida y vivir en la opulencia*. ¿Quizás el Gato, la Serpiente, la Lechuza o el Mono, juntos o por separado, se habían rascado los bolsillos, al igual que hicieran Víctor Neuburg y George Raffalovich, para ofrecer al Maestro un poco de opulencia?

La entrevista de *The Evening World* exponía las ideas que Crowley tenía de sí mismo como pintor.

¿Qué tipo de artista soy? Oh, no sabría como definirme. Diría, confidencialmente, que debo de ser un maestro de épocas pasadas, porque suelo pintar mayormente almas muertas.
¿Estudiar arte? Nunca lo he hecho y no pienso hacerlo.

Crowley no pintaba por amor al arte o a la vida, sino simplemente para expresar su fascinación, su iluminación, su disgusto, creando mujeres horrendas, falos, dioses inmortales, el viejo sabio y almas muertas.

Así pues, en aquel estudio de las tres ventanas, una de las cuales tenía una anchura de veinte pies, vivían la Bestia y el Babuino de Thoth.

Mientras tanto acababa de aparecer el primer número del tercer volumen de *The Equinox*. Su precio era de «666 centavos». ¿Por qué el tercer volumen? ¿Y los diez números del segundo volumen? Durante cinco años, a Crowley le había resultado imposible publicar su *Revista de Iluminismo Científico*, que en un principio era de aparición semestral; por esta razón, el segundo volumen, que debía contener diez voluminosos números, se convirtió en un volumen de *Silencio*, después de uno de *Discurso*, y la abnegación y las circunstancias contribuyeron a mantenerlo inédito.

El primer número del tercer volumen, también conocido como el *Equinoccio Azul* por el color azul de su cubierta, fue publicado en América por la Universal Publishing

Company de Detroit, denostada por Crowley en sus *Confessions*. Se trataba de su última baza en aquel juego y estaba escrito casi en su totalidad por él, como ya venía siendo usual: en su interior se podía ver una reproducción en colores de un cuadro de su amigo y pupilo León Kennedy, que había recogido al Maestro Thérion en un momento de «Meditación Sagrada». Si uno seguía pasando hojas llegaba a encontrarse con los severos rasgos de un Crowley vestido de etiqueta, cubierto de medallas y exhibiendo la insignia de su cargo, que parecían trascender el marco de la fotografía en que se encontraban. Se trataba de *Baphomet*, la Cabeza Visible de la Orden de los Templarios Orientales, y Rey Supremo y Santo de Irlanda, Iona y de todas las Bretañas que se encuentran dentro del Santuario de la Gnosis, y de muchas otras órdenes.

El volumen se abre con el *Hymn to Pan*, el poema más impresionante de todos los escritos por Crowley. Como evocación, creo poder afirmar que consigue su propósito, y fue utilizado frecuentemente por él en sus ritos mágicos. Es la danza de Pan y la disolución de la consciencia. Pan es el Anticristo, símbolo de magia y de lujuria.

HIMNO A PAN

¡Estremécete con el muelle deseo de la luz!
¡Oh, hombre! ¡Oh, tú, hombre!
¡Ven corriendo desde la noche
de Pan! ¡Io Pan!
¡Io Pan! ¡Io Pan! ¡Ven a través del mar
desde Sicilia y Arcadia!
¡Vagante como Baco, con faunos que te acompañan,
y ninfas y sátiros que te guardan,
sobre un asno blanco como la leche, ven a través del mar
a mí, a mí,
ven junto a Apolo, en traje de novia
(pastora y pitonisa)
ven junto a Artemisa, calzado de seda,
y lava tu blanco muslo, oh, bellísimo Dios,
entre la luna de los bosques, sobre el mármoleo monte,
en la aurora surcada de hoyuelos de la ambarina fuente!
Sumerge la púrpura del rezo apasionado
en el sagrario carmesí, en el lazo escarlata
el alma que se sobresalta en una mirada azul,
al observar los gemidos de tu exuberancia, a través
de la espesura del matorral, del nudoso tronco
bel árbol viviente, que es espíritu y alma,
y cuerpo y mente... ¡Ven a través del mar!
(¡Io Pan! ¡Io Pan!)
Dios o Diablo, ¡a mí, a mí!
¡Oh, tú, hombre! ¡Oh, tú, hombre!
¡Ven con trompetas que suenen estridentes
sobre la colina!
¡Ven con tambores que murmuren por lo bajo
desde la fuente!
¡Ven con flautas y gaitas!
¿No estoy maduro?
Yo, que aguardo, sufro y lucho
con el aire que no permite a las ramas

abrigar mi cuerpo, cansado de abrazos vacuos,
 fuerte como un león y aguzado como un áspid...
 ¡Ven, oh, ven!
 Me encuentro torpe
 a causa de la solitaria lujuria del poder del diablo.
 Mete tu espada entre los mortificantes grilletes,
 tú, que todo extingues, y todo creas,
 dame el signo del Ojo Insomne,
 y el exaltado augurio del áspero muslo,
 y la palabra de insensatez y misterio.
 ¡Oh, Pan! ¡Io Pan!
 ¡Io Pan! ¡Io Pan! Me he despertado
 entre los anillos de la serpiente,
 el águila me fustiga con garras y pico;
 los dioses se apartan:
 las grandes fieras se acercan, ¡Io Pan! He nacido
 para morir en el cuerno
 del Unicornio.
 ¡Yo soy Pan! ¡Io Pan! ¡Io Pan Pan! ¡Pan!
 Soy tu compañero, soy tu hombre,
 el macho de tu rebaño, soy oro, soy dios,
 carne de tus huesos, flor de tu vara.
 Con pezuñas de acero corro sobre las rocas,
 inflexible, de solsticio a equinoccio.
 Y deliro; y entre delirios, estupro y desgarró
 eternamente, en un mundo sin final,
 enano, doncella, ménade, hombre,
 por la voluntad de Pan.
 ¡Io Pan! ¡Io Pan Pan! ¡Pan! ¡Io Pan!

En el frontispicio puede observarse la reproducción a todo color de uno de los trabajos de Crowley titulado *May Morn*. Crowley habría sido un pintor famoso si hubiese estudiado dibujo. Lo que podemos apreciar en *May Morn* es una bruja que ha sido colgada de una de las ramas de un árbol muerto y un sátiro que fisgonea amparado en un tronco y que, todo muecas, se complace visiblemente al comprobar que la bruja está muerta. Al fondo, un pastor toca la flauta mientras una ninfa baila en el césped. En primer plano hay tres hongos enormes, de aspecto venenoso. «El artista ha querido pintar el amanecer del día siguiente a aquel en que las brujas fueron derrotadas.» Esto es lo que Crowley escribió acerca de esta pequeña obra maestra:

La bruja ha sido ahorcada y el sátiro se asoma, alegremente, desde detrás del árbol; al fondo se divisa la primavera y la ninfa baila alegremente al son de la flauta del pastor.

Pero ¿qué representan los dos personajes principales, o sea, la bruja y el sátiro? «El sátiro», dice Crowley, «representa el Alma del Nuevo Eón, cuya Palabra es “Haz lo que quieras”, ya que el sátiro no simboliza otra cosa que la verdadera naturaleza de la persona». No hay duda alguna de que el sátiro participaba, y a la inversa, de la verdadera naturaleza de Crowley, pero no todo el mundo, no hace falta precisarlo, era como Crowley. ¿Y la bruja? La bruja es el cristianismo. «Del tocón marchito del dogma, del venenoso roble del “pecado original”, ha sido colgada la bruja de cabellos

teñidos en sangre, el Cristianismo.» El primer candidato para el papel de bruja era la propia madre de Crowley, una beata, e incluso fanática, cristiana de la Fraternidad de Plymouth. Así pues, este cuadro titulado *May Morn*, no es sino la expresión del odio que Crowley sentía por su madre, y la elevación de este odio al rango de una religión de importancia mundial que, cuarenta años después de su muerte, comienza a interesar al público, especialmente a aquel que se congrega alrededor de la música *pop*. El comentario de Crowley a esta pintura prosigue de la siguiente manera: «El pastor y la ninfa que se encuentran al fondo representan el estallido de la música, el sonido y el movimiento que produce la liberación de los Hijos del Nuevo Eón de la maldición que suponía el dogma del Pecado Original y de otros cocos inventados por los curas».

Lo que no deja de ser una proposición peligrosa, ya que atribuye al hombre posibilidades que le hacen parecerse a un dios. Cristo contra Dioniso, con quien se identificaba el mismísimo Nietzsche, acarreó un conflicto que acabaría llevando a este último a la locura. Cristo contra Crowley: los seguidores de la Bestia se han convertido hoy en día (1989) en una congregación. En dónde acabará todo esto es algo de lo que no tengo la menor idea.

Uno de los apartados de este número de *The Equinox* es el «Liber CI», una carta abierta a aquellos que deseen unirse a la Orden de los Templarios Orientales. A la manera de Serguei Nechaev, quien informaba a sus cinco seguidores de que él era el jefe de una vasta organización extendida por toda Rusia, Crowley ofrecía al pueblo de América la posibilidad de entrar en esta augusta y antigua «corporación de iniciados», publicando los estatutos de la Orden que «entran en vigor en todo distrito cuyos miembros superen el millar de almas»^[130].

El *Liber CI* comienza con una epístola de Baphomet a sir George Macnie Cowie, Ilustrísimo y Muy Iluminado Pontífice y Eopta del Areópago del VIIIº Grado de la O.T.O., Gran Tesorero General, Guardián del Libro Dorado, etc., que por aquel tiempo se hallaba en paradero desconocido, tras huir con los fondos de la sección inglesa de la Orden. Según lo que escribiría más tarde en las *Confessions*, cuando se hallaba en Túnez, George Macnie Cowie, descrito también como Gran Tesorero, y como el Director Artístico de Nelson, una editorial de Edimburgo, «sordo y mudo»^[131], era culpable de haber robado a la Orden («La Orden ha sido robada sistemáticamente. Permítaseme citar un solo ejemplo: una suma de quinientas libras venía registrada *dos veces*»), y de que Crowley, a su regreso a Inglaterra, no dispusiese de efectivo. Más adelante, Cowie sería calificado de loco^[132].

Entre las reglas establecidas en el *Liber CI* para el buen funcionamiento de la Orden, se encuentra el requerimiento, un tanto ambicioso, por no decir propio de un *snob* (y que al menos irritó a un humilde posible miembro), que dice así: «Se espera que los hermanos usen de toda su influencia sobre las personas que disfruten del así llamado nivel superior de vida, para inducirles a entrar en la Orden. Son particularmente deseables los miembros de la realeza, los ministros de estado y los

altos funcionarios de la diplomacia, la Marina, el Ejército y los distintos ministerios».

El «Blue Equinox» fue publicado en el equinoccio de primavera de 1919, con la ayuda del Babuino de Thoth.

Crowley pasó la mayor parte del verano de aquel año en el extremo norte de Long Island. Se trataba de otro Retiro Mágico. No hay mención alguna de Leah. Ella no estaba con él. La Bestia se había retirado a su madriguera: se hallaba dialogando con Aiwass, su Santo Ángel de la Guarda, y nadie, hombre o mujer, podía distraerle. Durante este retiro descubrió que la corriente mágica se había agotado. «Yo había terminado mi trabajo en Estados Unidos y comenzaba a preparar una vía de salida.»

Pero lo primero que hizo fue irse de vacaciones al sur, a casa de sus amigos de Greenwich Village, William y Kate Seabrook, que estaban pasando el verano en su granja cercana a Decatur, en Atlanta. Crowley tenía gran afecto hacia William Seabrook. Dijo de él que era uno de los cuatro hombres a los que había amado de veras; también sentía el mismo gran afecto hacia Kate, a la que utilizó, como posiblemente hizo con William, como ayudante en varios actos de magia sexual celebrados para diversos fines^[133].

La prensa local le entrevistó a él, «al poeta y pintor que había estudiado magia con los sabios hindúes», y publicó un resumen de su vida. «Ha atravesado dos veces el desierto del Sáhara, y muchas veces Broadway; ha guiado expediciones para escalar montañas en los rincones más remotos de la tierra; ha estado en todas partes, ha hecho de todo, excepto visitar Georgia, que es lo que hace ahora. Ciertamente, Atlanta nunca vio huésped más insólito.» En la fotografía que acompaña a la entrevista, Crowley lleva su mechón de cabellos asomando sobre su calva, y está sentado ante el caballete, con su pantalón de golf, el pincel en la mano y el cigarro en la boca.

Pero dónde estaba Leah entonces y qué pensaba de su amante, que estaba solo en una tienda más allá de Montauk, y que luego desapareció hacia el sur sin ella, son interrogantes que no he podido contestar.

Segunda parte

Madurez:

La grandeza lograda y superada

LAS HERMANAS ALOSTRAEL Y CYPRIS

LA guerra había acabado y Crowley quería regresar a Europa. No sentía pesar por tener que abandonar Estados Unidos, porque aparte de haber alcanzado el elevado grado de *Magus*, que le colocaba a la misma altura que Buda, no había hecho allí nada de importancia. Consideró aquellos últimos cinco años como un fracaso: él «era, sencillamente, demasiado joven, ignorante y lleno de prejuicios, para poder impresionar a los norteamericanos». Intentando ser optimista, describe sus vagabundeos por Norteamérica como una preparación inconsciente para la auténtica misión, aún por llegar.

«Gritaba, como Elías, ¡Ay de mí! Éste no es lugar para el poeta Aleister Crowley, o para el Adepto *Tò Mega Thérion* [La Gran Bestia], cuya esperanza de ayudar a los hombres, sus semejantes, se cifra en este lema: ¡La Verdad os hará libres!»

En 1919, Achad le comunicó la Llave de los Misterios: la palabra AL, que en hebreo significa *Dios* y también *No*. Así pues, el reflejo de AL (Dios) es LA (No), o lo que es lo mismo, AL combina lo positivo y lo negativo en una única cifra^[134]. Al momento, muchos misterios del *Liber Legis* le parecieron claros a Crowley, con lo que cambió el título de este libro, a tenor del nuevo descubrimiento.

El 16 de diciembre de 1919, abandonó Detroit para dirigirse a Nueva ork. Pasó su última noche en Estados Unidos en brazos del Camello y después se embarcó hacia la patria, lleno de entusiasmo por Inglaterra y su futura misión mágica, dejando tras él, según su amigo Frank Harris, una retahíla de cheques sin fondos; después de su llegada a Gran Bretaña (gracias al informe que el comodoro Gaunt enviara a las autoridades británicas), todo lo que recibió por sus actividades en pro de Alemania, durante la guerra, fue una zorra del *John Bull*, una publicación de corte satírico. Se dirigió a la casa de su tía, en Eton Lodge, Outram Road, Croydon, la misma casa que, desde las páginas de *The International*, había instado al conde Zeppelin a bombardear hasta convertirla en añicos, y se instaló confortablemente entre su mobiliario Victoriano. «Estoy en casa y a salvo. La guerra no sólo no ha cambiado nada en la casa de mi tía, donde me he alojado, sino que ni siquiera se ha cambiado la posición de un mueble desde que la reina Victoria llegó al trono», escribió a Jane Wolfe.

Buscó a su antiguo *chela*, Víctor Neuburg, pero no consiguió encontrarle. Cuando Neuburg oyó que Crowley, ya de regreso en Gran Bretaña, estaba preguntando por él, se despreocupó. Se casaría en 1921 con una muchacha nueve años más joven que él, Kathleen Goddard, a la que conoció antes de la guerra. Jean Overton Fuller escribe en su biografía de Neuburg que su boda fue pagada por el amante de Kathleen. Los Neuburg vivían en Vine Cottage, en Steyning, Sussex, donde Víctor escribía y publicaba sus poemas bajo el sello editorial de la Vine Press. El amante de Kathleen la llamaba, de vez en cuando, para llevarla a pasar fuera el fin de semana, con la

bendición de Víctor, quien admitía con toda franqueza que Crowley había arruinado su vida. En realidad, durante un tiempo la Bestia había dado sentido a su vida, pero había acabado por destrozarla, y Víctor deseaba rehacerla, puesto que no le resultaba, en absoluto, satisfactoria. Pero lo que deseaba de verdad era ser joven otra vez y disfrutar de nuevo con Crowley de sus experiencias sexuales y mágicas, ya fuera en el desierto del norte de África o en cualquier otra parte. Cuando ambos estuvieron juntos, Neuburg se encontró más animado y su imaginación no tuvo que luchar continuamente para mantenerse despierta. Ese tipo de anhelo es muy corriente entre las personas que se ensimisman en la feliz Arcadia de los recuerdos, en lugar de avanzar hacia el futuro difícil e incierto.

Crowley no tenía intención de establecerse en Inglaterra; el asma y la bronquitis que sufría le hacían aconsejable la búsqueda de un clima más cálido. Además, Inglaterra aún se encontraba desorganizada a consecuencia de la guerra. Tenía *in mente* una tierra que ya conocía, la costa norte de África. Su plan original era reunirse con el Babuino de Thoth en Suiza, a donde ella había ido con una de sus hermanas, pero por una razón que definió como oscura, telegrafió a Leah diciendo que mejor sería que se encontraran, en París. Y en París, el 11 de enero de 1920, exactamente un año después de que Leah hubiese decidido en Nueva York convertirse en su Mujer Escarlata, se tomaron de las manos, jurando erigir en el Viejo Mundo el templo de Thelema que no habían podido construir en el Nuevo. Junto al Babuino se encontraba Hansi, su hijo de dos años.

El recuerdo de todas las mujeres que aún podían despertar alguna fibra sensible en el corazón de Crowley se desmoronó ante la imagen de una actriz de Hollywood que llevaba escribiéndole desde los primeros días del año que había pasado. Se trataba de Jane Wolfe, que había trabajado en películas de la Pioneer Picture Company. Estaba interesada en el ocultismo y cuando, un día de 1917, un inglés llamado Sheridan Bickers, el marido de Betty Bickers, le habló de Aleister Crowley, decidió que era el Maestro que estaba buscando. Después de estudiar sus obras durante dos años, tuvo una visión suya: y esto fue lo que la impulsó a escribirle una carta, que dirigió a *The International*.

Bien pronto, las cartas que Crowley le envió comenzaron a expresar sentimientos de amor, en un principio un tanto tímidos y más tarde, en súbitos arranques, excesivamente ardientes. Llegó a verla astralmente: «Ahora la veo ante mí, resplandeciente en la oscuridad». Pero aquello no era real, pues nunca se habían visto. Cuando Crowley abandonó Estados Unidos, le dijo que fuese a Europa y se pusiese en sus manos, una invitación que ella había aceptado.

Pensaba continuamente en la actriz: «Jane Wolfe me obsesiona... ¡Es un fantasma del futuro! Ciertamente, es un fantasma; su foto y sus cartas bien poco me dicen de ella».

Había llegado a pensar con toda seriedad en ella para el rol de Mujer Escarlata, a pesar de que ya tuviese una... Leah Hirsig. Jane le había enviado su propio

horóscopo, sin indicarle, no obstante, el año de su nacimiento. Crowley la había estado comparando con las otras mujeres que habían desempeñado el cargo de Mujer Escarlata: «Ésta es la cuestión que me planteo, si Jane Wolfe, que es extremadamente lunar, puede ser la Mujer Escarlata. Ninguna de las otras era del tipo lunar. Uarda [Rose Kelly] era Fuego, del signo de Sagitario, al igual que Hilarión (Jane Foster, “la Gata”]; Virakam era Aire, del signo de Libra; Ahitha, Fuego y Tierra, de los dos signos de Aries y Tauro; Almeira^[135], Aire, del signo de Géminis».

El Babuino de Thoth estaba en estado. La Bestia se hallaba un poco preocupado por ella. ¿Quién iba a cuidarla, y dónde iba a tener el niño?

Durante la travesía del Atlántico, Leah se había hecho amiga de una joven de Provenza, que había trabajado durante varios años en Estados Unidos, como institutriz en una guardería. Se llamaba Ninette Shumway (de soltera, Fraux); ella también tenía un hijo, de la misma edad que Hansi. El padre, norteamericano, había muerto en un accidente de automóvil, por lo que Ninette, ahora sin marido, estaba buscando otro puesto de institutriz.

Bien, «¿por qué no pedirle que se venga con nosotros?», sugirió Crowley. Parecía una idea excelente. El Babuino estuvo de acuerdo; y después de dejarles a ella y a Hansi en Fontainebleau, Crowley se fue a París, para reunirse con Ninette.

Comenta haber recibido una fuerte impresión al ver a Ninette: se estaba marchitando como una flor sedienta. Su mocoso (por usar la expresión de Crowley), que, apáticamente, arrastraba tras de sí, tenía una cara pálida y espectral y sus miembros parecían trapos mojados. Se sintió movido a compasión y decidió comenzar su obra de salvador de la humanidad, devolviendo a aquellos dos seres su forma primitiva.

Alquiló una casa en el 11 bis de la rue de Neuville, en Fontainebleau, en donde estarían hasta que pudiera determinar el lugar donde fundar un centro estable de magi(k)a, con el que daría inicio a la Gran Obra. La institutriz recibió el nombre mágico de Cypris, y su hijo el de Hermes.

Por aquel tiempo, Crowley recibió de los dioses otro signo más de su misión en la Tierra. El 30 de enero de 1920 fue a París para comprar lápices, licor de mandarina, una paleta, coñac Napoleón, lienzos, «y otros accesorios de la aburrida profesión de artista». Y mientras estaba allí buscó a una antigua amante, Jane Cheron, a la que había dedicado algunos poemas, publicados en *The Equinox* antes de la guerra.

Ella es como una flor dejada
sobre la orilla de la vida por el mar de la fortuna,
una flor extraña y venenosa...

En su novela *The Diary of a Drug Fiend*, el personaje de Haidée Lamoureux, de mejillas hundidas, patas de gallo en el rabillo de los ojos, y dedos mortalmente delgados cubiertos de enormes zafiros y diamantes —en la práctica, la Mujer Escarlata ideal— ha sido tomado de Jane Cheron.

Tenía un triple motivo para llamarla: quería ver al hombre con el que estaba viviendo (aunque no dice quién era), hacer el amor con ella, y fumar en su compañía algunas pipas de opio. No la veía desde 1913.

No consiguió ninguno de sus objetivos y, justo cuando se despedía, ella le dijo: «Espera un minuto», y sacó de un cajón un paño doblado. «Cierra los ojos», le rogó.

Cuando los abrió, Jane Cheron ya había desdoblado el paño: tenía una longitud de cerca de cuatro pies, y en él, recamada en seda, había sido reproducida la estela de Ankh-f-n-Khonsu.

Jane Cheron le explicó que en febrero de 1917, ella y su joven amante habían tenido que irse al sur de Francia para curarse de su adicción al opio. En tales casos, es frecuente el insomnio. Sin embargo, una noche se había quedado dormida inmediatamente, y a la mañana siguiente, al despertarse, se dio cuenta de que en el tiempo transcurrido entre el dormirse y el despertarse había copiado en una gran hoja de papel el pantáculo de Ankh-f-n-Khonsu. En otras palabras, lo había pintado en sueños.

Crowley estaba sorprendido. ¿De dónde había copiado la estela? La contestación era bien simple: había sido reproducida en color en el número VII de *The Equinox*, del que ella tenía un ejemplar. Para un escéptico, aquélla era explicación suficiente, por lo que quizá no habría tenido en cuenta el profundo significado que Crowley vio en ello. «Es muy notable», comentó,

que hubiera tenido a mano una hoja tan grande de papel; y también que hubiera llevado consigo en aquel viaje aquel número en particular; pero aún más que haber elegido ese dibujo lo es que nunca antes, así lo afirma ella, hubiese hecho nada parecido. Y más aún, que tardara tres meses en hacer el bordado. Y sobre todo, que me lo hubiese enseñado en el preciso momento en que yo estaba esperando un «signo inconfundible».

Todo aquello, así recapitulaba Crowley, era una prueba innegable del poder y de la inescrutable sabiduría de los que le habían enviado para proclamar la Ley.

Como la hermana Alostrael, a causa de su estado, tenía que quedarse en la casa, Crowley se fue a dar un paseo con la hermana Cypris por el bosque de Fontainebleau, y vio, caído en el suelo, un árbol cuyo tronco era excepcionalmente grueso: su diámetro resultaba ocho veces mayor que el de cualquiera de los árboles que se hallaban cerca: el Padre del Rebaño, como poéticamente lo llamó; y se preguntó si debía tomar aquello como un augurio de que no iba a tardar en morir.

No le llevó mucho tiempo a Crowley conseguir que Cypris recobrase su forma: ella florecía bajo su cuidado, según dice. Pero hizo algo más que eso: se enamoró de él. «Ella me veía como su salvador, de la misma manera en que la hija de Jairo debió haber visto a Jesús, y su gratitud no tardó en tornarse éxtasis de amor romántico.»

Y un día primaveral, después de la comida en el Barbison, cerca de Fontainebleau (una zona residencial frecuentada por artistas desde que J. F. Millet se estableciera en 1850), se les subió el vino a la cabeza, y corrieron por el bosque, dejándose caer en el herboso talud de un claro, para abrazarse ardientemente. Aquello era, naturalmente,

lo que Crowley había estado esperando, y no se preocupó de Leah, que le estaba esperando en casa, dado lo avanzado de su embarazo.

Volvimos a casa andando por los aires y los días siguientes transcurrieron como una cabalgata de placer purpúreo y de pasión.

Naturalmente, o quizás innaturalmente, a la luz de la Nueva Ley de Vida que Crowley predicaba, la hermana Cypris llegó a estar celosa, violentamente celosa, del apego que la Bestia demostraba hacia Alostrael, la Mujer Escarlata. Cypris quería a Crowley en exclusiva para ella. ¿No la amaba? ¿No se iba a casar con ella? En un exceso de emoción, no tenía en cuenta a la Primera Concubina de la Bestia, ni a la Ley de Thelema, y se quedó asombrada, y enojada, cuando Crowley no le dio la razón.

Él le explicó pacientemente por qué no podía abandonar a Alostrael: como ser humano que había evolucionado hacia un plano más elevado, se encontraba por encima de mezquindades semejantes. No es que amase menos a la hermana Cypris, sino que amaba más la Ley del Haz lo que Quieras.

Crowley se despertaba al amanecer, congregaba a su alrededor a su exiguo rebaño y, todos juntos, salían a saludar al Sol, su Padre. Aquello constituía la Meditación del Alba.

«Salve a Ti, que eres Ra en Tu surgir, a Ti que eres Ra en Tu fuerza, Harmachis^[136] en Tu Belleza, que atraviesas los Cielos en Tu barca a la Salida del Sol.»

Y, después, volvía a meterse en la cama.

¿Adónde tenían que dirigirse para cumplir la Gran Obra? Consultaron el *Yi King*, o «Libro de los Cambios». ¿Debían ir a Argelia? ¿O a Italia, a la región de los lagos? ¿O a España? ¿Quizás a Nápoles y Sicilia?

El oráculo chino daba respuestas poco claras.

Desde 1906, Crowley consultaba diariamente, una o varias veces, el *Yi King*, en la inadecuada traducción al inglés hecha por James Legge. El 23 de diciembre de 1941 escribió en su diario que, después de llevarlo practicando treinta y cinco años, se sabía «*prácticamente* de memoria todos los hexagramas». Entre las plumas, pipas, drogas, etc., que pasaron a mi poder tras su muerte, se encontraban los palillos planos del *Yi King*, de una pulgada de ancho y seis de largo, y con una línea recta continua en una de sus caras, mientras que la otra era discontinua. Aquel día, Crowley sacó los seis palillos, fabricados en concha de tortuga, de una pequeña bolsa de terciopelo en la que estaban metidos, y les dio vueltas, con los ojos cerrados; a continuación, los dejó encima de la mesa y aquél fue el hexagrama obtenido. No utilizaba el método de arrojar los bastoncillos de milenrama o las tres monedas (este último método es el más en boga entre los occidentales). El inconveniente del sistema usado por Crowley radicaba en que disminuía el número de combinaciones que se dan en el método clásico. De cualquier modo, yo no creo que su mente estuviera abierta a la sabiduría

ancestral de aquel gran libro, por lo que todos sus esfuerzos en consultarlo debieron de resultarle ímprobos.

A finales de febrero, Alostrael tuvo una niña, a la que pusieron el nombre de Anne Leah, aunque familiarmente la llamaban *Poupée*, que era el nombre que, de manera espontánea, le había dado el pequeño Hansi. Y poco después, la hermana Cypris, que no había conseguido curarse de su deseo, nada thelémico, de tener la Bestia para ella sola, se quedó embarazada. Amaba a Crowley y todavía seguía odiando a su hermana de más alto rango, el Babuino de Thoth.

«Durante los meses siguientes fue de mal en peor, pero yo me mantuve firme y recto^[137], y al final cejó en su empeño de llevarme hacia su innoble ideal», dijo Crowley, reduciendo todo el asunto a su raíz thelémica. E hizo todo lo que pudo para enseñarle a superar la mezquindad del ideal monogámico, hasta que de la desesperación de Cypris surgió un destello de comprensión y esperanza; al menos eso fue lo que creyó la Bestia.

Un día cogió el diario mágico de la hermana Cypris y comenzó a leerlo: fue del parecer de que se trataba de una obra maestra, difícil de superar, aunque hubiera sido escrita por «una cuidadora de niños, ignorante y sin preparación». Se había analizado a sí misma de una manera tan profunda y meticulosa y había dramatizado tan vigorosamente su tragedia que el corazón de la Bestia se conmovió. Dijo que aquel manuscrito era maravilloso, y añadió una opinión que resultaba sorprendente en un hombre que había publicado cuatro obras pornográficas y cuyo diario mágico era abrumadoramente obsceno. «Debemos, mucho me temo, inclinarnos ante el Templo de Rimón^[138] para corregir algunos pasajes que no me agradan; su brutal obscenidad es un elemento esencial de su carácter.»

El 1 de marzo de 1920, a las 5:30 p. m. consultó el *Yi King*. ¿Dónde debo dar comienzo a la Gran Obra?, fue su pregunta. Sabía que el mundo sólo podía salvarse gracias a la universal aceptación de la Ley de Thelema como único y autosuficiente criterio de conducta. Debía fundar una comunidad, el arquetipo de las que le seguirían en un futuro, cuyo único código de conducta fuera la Ley del Haz lo que Quieras.

¿Debo pasar de abril a junio en Marsella o en sus proximidades? Fuego sobre Agua. No. ¿En Capri? Tierra sobre Aire. No. ¿En Cefalú? Tierra sobre Lingam. No podía ser mejor.

El oráculo chino había hablado, y Crowley observó enfáticamente en su diario que se iba a ir a Cefalú por aquella simple respuesta del *Yi King*^[139]. Inmediatamente empezó a disponer los preparativos pertinentes. El 8 de marzo Alostrael regresó del hospital con Anne Leah. El 21 de marzo dijo adiós a su casa de Fontainebleau y condujo a sus concubinas, y a sus hijos, a París. Al día siguiente hizo partir para Londres a Alostrael y a la niña, y él marchó a Burdeos con Cypris y los dos niños. El 27 de marzo llegaban a Nápoles. La finalidad de la celebración de un acto de magia sexual en el hotel Metropole de aquella ciudad fue «una llegada rápida y sin

contratiempos a Cefalú». Ninette actuó de Ayudante, y el *modus operandi* fue el favorito de Crowley, es decir, *per vas nefandum*.

LA ABADÍA DEL HAZ LO QUE QUIERAS

ERA inevitable que Crowley, que había hecho del *Fay ce que voudras* de Rabelais el solemne «Haz lo que quieras será toda la ley», y que había elegido *Thelema* (la comarca en la que el monje de Gargantúa construyó su fantástica Abadía) como palabra mágica, fundase, antes o después, una Abadía propia. Debió acariciar aquella idea durante mucho tiempo; pero sólo cuando llegó a Cefalú decidió que el tiempo había hecho madurar su proyecto y que aquél era el lugar apropiado.

El 17 de noviembre de 1918, revelaba por carta a James Branch Cabell (el novelista norteamericano que, al igual que Crowley, sería acusado de inmoralidad, en su caso por la novela *Jurgen*) su ambición de fundar una Abadía thelémica:

Querido Mr. Cabell,

Ahora mismo me dispongo a partir para Detroit, a dar tres conferencias sobre el trabajo, la religión y la muerte, para que éste sea un país libre, ¡por las barbas del profeta! Estoy intentando fundar una Abadía de Thelema que pueda servir a los hombres libres.

Cuando uno piensa que Shelley veía en Estados Unidos la cuna de la libertad y que ese sueño no ha prosperado, no siente sino tristeza. Frank Harris decía que Estados Unidos todavía era libre hace treinta años, y la breve visita que hice en 1900 me dio una buena impresión. Pero nadie supo decirme exactamente la fecha exacta en que el árbol se pudrió y los motivos por los que tal cosa sucedió. ¿Usted podría?

Pero no hay nada nuevo bajo el sol. Cuando sir Francis Dashwood, excéntrico ministro de Hacienda de Inglaterra, fundó su Fraternidad de San Francisco, se anticipó, con ello, a la Bestia casi en dos siglos. No hay duda de que la sencilla quinta de Crowley en Cefalú quedaba empequeñecida frente a la riqueza y el boato de la Abadía de Medmenham, en West Wycombe; pero la comparación no puede llevarse más lejos, puesto que los propósitos de ambos fundadores eran diferentes. Sir Francis nunca hubiera pretendido que su Abadía pudiera servir para otra cosa que no fuera el jolgorio y el libertinaje, mientras que la institución de Crowley (en la que no tenían lugar orgías, sino *La Orgía*) había sido fundada con el serio propósito de someter al mundo a su demoníaca visión. «Y mi casa será el Infierno de la Ramera, el secreto lugar del inextinguible fuego de la Lujuria y del eterno tormento del Amor.»

Para que nadie pensase que al basar la erección de la Abadía y de su credo en la Abadía rabelaisiana incurría en una falta de seriedad, se convenció a sí mismo de que el buen doctor era un iniciado que, ya en 1542, había previsto la llegada del Nuevo Eón, e incluso la palabra clave, *thélème*, que había dado a su Abadía. En otras palabras, Rabelais era un gran adepto, un profeta de las cosas serias que estaban por ocurrir, y no «un escritor bromista».

Crowley dio gracias a los dioses locales por haberle encaminado, el día de su llegada, hacia una quinta deshabitada en la ladera de una colina, a media milla de Cefalú, el pueblo de pescadores de la costa norte de Sicilia. «Estábamos en el cuello de la península, a una buena altura», escribió, «y hacia el oeste podíamos divisar

Palermo, al este el mar, al norte la impresionante roca de Caephaloedum y detrás de nosotros, hacia el sur, colinas, verdes por los árboles y la hierba. Mi jardín está lleno de flores y de promesas frutales.»

La quinta, construida en un olivar, fue reservada al momento; más tarde, el contrato sería firmado conjuntamente por sir Alastor de Kerval y la condesa Léa Harcourt, los nombres que Crowley y Leah adoptaron durante su estancia en la isla:

La Abadía de Thelema en Cefalú, en la isla de Sicilia, se halla situada en una quinta en la ladera de la colina de Santa Bárbara, siendo ocupada por la Gran Bestia salvaje, *Tò Méga Thérion* 666, un *Magus* 9° = 2^u A.'.A.'. , Alastor de Kerval, el Vagabundo de la Desolación, y por Ninette Fraux, su Segunda Concubina, por Howard, su hijo nacido en matrimonio y por Hansi, el hijo nacido del amor de su Primera Concubina, Alostrael la Mujer Escarlata, con un tal Edward Cáster, a partir del segundo día de abril de 1920, *era vulgari*, es decir, en el Decimosexto Año del Eón de Horus, Sol en 12° de Aries y Luna en 7° de Libra.

Crowley estaba eufórico, y el acto de magia sexual que realizó con la hermana Cypris a la puesta de sol de su primer día de estancia en Cefalú, tuvo por objeto enviar «¡Saludos a las Divinidades de este lugar! Que puedan concedernos abundancia de todas las cosas buenas, e inspirarme en la creación de la Belleza».

El tercer día vio entre las gentes del lugar a «una chica prodigiosamente fea, con una gran boca», justo del tipo que le gustaba pintar.

Betty May, que más tarde visitó la Abadía, ha dejado por escrito sus impresiones del lugar. Desde la aldea de Cefalú se puede llegar a él por un sendero estrecho, tortuoso y empinado. Para Crowley, la quinta era una Abadía, un *Collegium ad Spiritum Sanctum* —había hecho imprimir tarjetas de visita con este título a guisa de dirección—; a Betty May le pareció más bien una granja desprovista totalmente de servicios higiénicos. Ciertamente tenía poco que ver con la Abadía o templo que Crowley quería construir en la cima de la colina de Cefalú, para lo cual solicitó un préstamo a un banco italiano. El proyecto de este templo ideal, de diseño circular, tiene ocho columnas que soportan un techo de cristal, cupuliforme, de 44 pies de altura, con patios exteriores y edificios reservados para cualquier tipo de fines, tanto mágicos como sociales. Pero la verdadera Abadía de Thelema en Cefalú, Sicilia, la quinta que Crowley había alquilado en la primavera de 1920, era totalmente apropiada, y más que suficiente para sus propósitos.

Se trataba de una construcción de piedra de una sola planta, revocada y pintada de blanco, con techo de tejas y paredes de dieciocho pulgadas. Cinco habitaciones iban a dar a una sala central, el Sanctasanctórum o templo de los misterios thelémicos. Un círculo mágico, en el que se había inscrito un pentagrama de manera que sus cinco vértices tocaran la circunferencia, había sido pintado en el pavimento de color rojo teja. En el centro del círculo se encontraba un altar de seis caras, que contenía una reproducción de la estela de Ankh-f-n-Khonsu, con cuatro velas a cada lado, y otros adminículos varios: campana, buril, lamen, espada, copa y el Registro de la Abadía (una especie de libro de registro para los visitantes, en el que también eran

consignados los acontecimientos importantes), y los Panes de Luz, cuya composición se dará más adelante, en el capítulo 20.

A la derecha del círculo, mirando hacia el altar alumbrado con velas, se encontraba el trono de la Bestia, y entre su trono y el altar podía verse un brasero con carbones ardientes, del que pendían las dagas o puñales rituales. A la izquierda estaba el trono de la Mujer Escarlata. Y en el interior del círculo, y siguiendo su circunferencia, habían sido escritos con caracteres hebreos los nombres de Dios.

En las paredes del templo, en las del dormitorio de Crowley, *La Chambre des Cauchemars* («La habitación de las pesadillas»), como la llamaba, y en las de otras habitaciones de la Abadía, se observaban las portentosas pinturas del propio Crowley, que ilustraban el grado IX y otros ritos mágic(k)os. Su propósito era inducir al sexo, mediante la familiaridad, la indiferencia, o el descuido. Una representaba a un hombre desnudo que está siendo sodomizado por el dios caprino, Pan. Su semen espumeante rociaba a la Ramera de las Estrellas, que, con una postura seductora, con los brazos abiertos, se había puesto enfrente de ambos. (Como se recoge en el *Magical Record*, cada vez que en el transcurso de una operación de VIII° Crowley se masturbaba mágicamente, no dejaba de pensar que estaba siendo sodomizado por el dios Hermes.) Otra pintura, sin dejar de ser seria, mostraba algo más de humor: lo que Crowley había pintado era una especie de *Tierra de Jauja*, un tanto personal, una especie de paisaje fluvial en donde flotaban corriente abajo juncos y *sampans*. En una orilla había un grupo de hombres y mujeres que estaban bailando, suscitando, por decirlo así, la fuerza de Kundalini. Al fondo se distinguían los picos de unas siniestras montañas, que estaban circundadas por una gigantesca serpiente, Kundalini, al estilo del monstruo del lago Ness, que se iba enroscando lentamente; aquel jolgorio la había despertado. Con su cabeza en forma de pene miraba recelosamente a aquellos disparatados seres humanos.

Crowley era considerado, de manera acertada, una persona obscena y blasfema; pero cuando estaba en juego su propia religión, la de *thelema*, era tan devoto como lo fueron sus padres. Cuando los thelemitas se levantaban por la mañana, vestían sus hábitos mágicos, tomaban los instrumentos mágicos apropiados —el hombre una vara, espada o daga y la mujer un cáliz o una copa— y estando en posición erguida y mirando hacia el este, musitaban una breve oración, llamada la «Cruz Cabalística», que consiste en tocarse la frente diciendo *Ateh* (En Ti); el pecho, diciendo *Malkuth* (el Reino); el hombro derecho, *ve-Geburah* (y el Poder); el hombro izquierdo, *ve-Gedulah* (y la Gloria). Entonces se da una palmada con ambas manos, sin soltar el instrumento mágico, y se pronuncia, haciendo que resuene, *le-Olahm, Amen* (por los siglos de los siglos, Amén).

Entonces se forma un corro que recorre las cuatro esquinas de la habitación, hacia la derecha, del este al sur, al oeste y al norte, dibujando vigorosamente en cada uno de los puntos cardinales, con la ayuda del instrumento mágico y en el aire, un pentagrama, mientras se pronuncia de manera vibrante el correspondiente nombre de

Dios: IHVH (Yé-ho-váh) en el arte; ADNI (Adonái) en el sur; AHIH (Eheiéh) en el oeste; y AGLA (Aglá) en el norte. A continuación, y con los brazos extendidos en cruz, se dice: «Frente a mí, Rafael; detrás de mí, Gabriel; a mi derecha, Miguel; a mi izquierda, Auriel; porque a mi alrededor llamea el Pentagrama, y sobre la Columna descansa la Estrella de seis rayos». Finalmente, se repite nuevamente la Cruz Cabalística, mirando hacia el este.

Los thelemitas salían de la Abadía por la mañana, al mediodía, al atardecer y a medianoche, para hacer su Adoración al Sol, que consiste en una breve oración, *Salve a Ti, que eres Ra en Tu surgir*. Ra es el Sol naciente. A mediodía, el Sol es Hathoor, al atardecer Tum, y a medianoche, Kephra, el escarabajo alado.

En las ocasiones especiales, como la admisión de un nuevo miembro de la Orden, un matrimonio entre hermano y hermana, un nacimiento o una defunción, era celebrado el *Liber XV*, es decir, la Misa Gnóstica de Crowley, que comienza con estas mismas palabras del diácono: «Haz lo que Quieras será toda la Ley. Yo proclamo la Ley de la Luz, de la Vida, del Amor y de la Libertad, en el nombre de IAO» (el criptograma gnóstico de Jehová).

El 14 de abril de 1920, hallándose el Sol a 24° de Aries y la Luna a 4° de Piscis (como fue reseñado en el *Record* de la Abadía), llegaron Alostrael y Poupée —«la Primera Concubina de la Bestia, Su Mujer Escarlata, y su bastarda, nacida en libertad, Ann Leah, o Poupée»— la primera de las cuales recibiría el título adicional de Virgen Custodia del Sangraal. Poupée estaba enferma y nadie sabía lo que le pasaba.

Durante los meses de primavera, Crowley exploró la región cercana y, acompañado de la hermana Cypris, a la que llamaba Bella, escaló las colinas que circundan Cefalú. Y cuando comenzó a hacer calor se bañaron desnudos en el mar. «*Les jours se suivent* («Van pasando los días»), este lugar es realmente perfecto», escribió. La única fuente de preocupaciones la constituía la persistente enfermedad de Poupée. Avisaron a un médico, y en el plano mágico Crowley consultó los bastoncillos del *Yi King*.

«¿Poupée llegará a mayor? El hexagrama XLII, aire sobre fuego. El opuesto al primer símbolo, el Sol. Quizá todo va bien...»

Había establecido un centro de ocultismo al que pudieran asistir alumnos; pero no estaba seguro de cuál podría ser el tipo de trabajo mágico con el que debían comenzar. Mientras tanto, compró un perro al que puso el nombre de Satán^[140], se hizo a la Abadía, pintó y escribió, fumó opio, esnifó «nieve» (cocaína), comió «hierba» (hachís), y se recetó unas dosis, ciertamente liberales, de láudano, veronal y anhalonium. Sostenía que él había sido el introductor en Europa del anhalonium. En una nota al margen del ejemplar que tenía siempre a mano de su obra *The Diary of a Drug Fiend*, escribe acerca del *Anhalonium lewinii*: «He llevado muchos experimentos sobre diferentes personas con esta droga en 1910 y en los años sucesivos». Una de las personas que bebieron esta poción crowleyana con anterioridad a 1914 fue Katherine Mansfield, pero, según Gwendoline Otter, la última

de las huéspedes de Chelsea, en cuya casa tuvo lugar este encuentro entre Crowley y Mansfield, sólo consiguió sentirse mal, llegando a irritarse de manera excesiva al ver que un cuadro no estaba bien colgado de la pared.

Crowley también estuvo tomando heroína, una droga que había sido desarrollada en 1898 en Alemania como un sustituto de la morfina, y que más tarde se pudo comprobar que era dos veces más potente.

El día en que el Sol entró en el signo de Tauro, o sea el 20 de abril, la Bestia festejó el acontecimiento celebrando un acto de magia sexual con sus dos concubinas. A mitad del mismo, estalló una violenta disputa entre Alostrael y Cypris, y esta última, rebosando lágrimas, cogió un delgado paño para tapar su desnudez, y salió de la casa, entre la lluvia y la oscuridad. La Bestia anduvo vagando por la ladera de la colina, buscándola, pues temía que se hubiese caído por un precipicio. Después de llamarla durante una hora, la encontró y la llevó de regreso. Observó que Howard, su hijo, que aún no tenía cuatro años, le había ayudado, llamando a su madre desde la ventana de la Abadía. Mientras tanto, Alostrael se había hecho con una botella de brandy, de manera que cuando regresaron la encontraron bebida. Recibió a la hermana Cypris con una maldición, y la discusión comenzó nuevamente. A duras penas convenció Crowley a la Concubina número 2 de que se fuera a la cama. Y Alostrael, como si insistiera en decir la última palabra, comenzó a vomitar y a tener convulsiones.

A la 1:15 de la noche ya todo estaba en calma. Para verter bálsamo sobre sus almas y llevar sus mentes a más elevados propósitos, la Bestia, entre una y otra fumarada de su pipa de opio, comenzó a leerles en voz alta el *Tao-te-King*, el clásico chino:

¡El siguiente, por favor! Vamos a vivir con arreglo al viejo dicho: «Nadie lo pasa mal donde está Crowley».

Pero, para disgusto de Crowley, Alostrael comenzó a estar celosa de Cypris. Renunció a discutir con ella y simplemente dio a entender que hacer el amor con una mujer celosa era una pérdida de tiempo, porque ella consideraba el amor de él como un derecho y no como un favor.

Poupée empeoró: era incapaz de tomar ningún tipo de alimento y se estaba consumiendo, literalmente. Crowley consultó su horóscopo y calculó algunas posiciones del futuro inmediato. El Sol, que era propicio a Poupée, se estaba aproximando a la oposición con Marte, lo que supuso para él una fuente de preocupación, puesto que Marte estaba en oposición radical con Saturno. Rogó para que la pequeña pudiera seguir viva hasta la semana siguiente, cuando el Sol estuviera a 7° de Tauro. Realmente estaba muy preocupado, y describió sus sentimientos con las siguientes palabras: «Durante casi todo el día he estado aullando como una criatura rabiosa. Me gustaría que mi epitafio pusiera: “La mitad de una mujer hecha con la mitad de un dios”^[141]. ¿De verdad quiero salvar a mi pequeña?». El *Yi King*

fue consultado una vez más y los bastoncillos le dieron la respuesta que tanto estaba temiendo y que podía significar la *Liberación de la Tierra*. Para escapar de su ansiedad, comenzó a pintar un gran paisaje.

Tener sólo dos mujeres que podían llegar a sentirse locamente celosas una de la otra era un problema que le preocupaba. Cuando una enfermaba, la otra debía hacer el trabajo que la primera no podía hacer. El Corán, que permite hasta cuatro mujeres, había encontrado la solución ideal. Y eso, pensaba Crowley, se debía a que con dos mujeres siempre se ha de justificar ante una lo que se hace con la otra. Si las mujeres son tres, dos se están intercambiando confidencias mientras uno está con la tercera; pero cuatro son demasiadas, porque alguna podría ser ignorada.

Durante las tardes primaverales, los rayos del Sol poniente que se ocultaba detrás de Palermo le indujeron a pintar y a contemplar el mar que más abajo tomaba el color del vino. Estaba conmovido por la belleza del mundo, y observó que por la tarde podía contar con dos horas de «ópera visual».

El Sol nunca se repite. Esta tarde, sus dardos daban directamente en las montañas, disipándolas, de suerte que no se las podía distinguir de las nubes, si no fuera por el recuerdo que uno tenía de la línea del horizonte.

Pintó un grupo que tituló *Las lesbianas* y retocó *El pescador*, una gran tela que se había llevado de Fontainebleau, «pintando una puta para él, que se sentía muy solo».

El espectáculo de la Bestia, con los lóbulos de las orejas perforados, de los que colgaban unos anillos, dando pinceladas con sus pinturas al óleo en la tela o fumando su pipa de opio en el sofá del interior de la Abadía, o incluso en compañía de sus dos mujeres, se acerca al ideal burgués de lo que debe ser un gentilhombre en vacaciones, respetable y un poco excéntrico.

Crowley sufría de insomnio y era feliz cuando se adormilaba donde y cuando podía. El 2 de mayo, a la 1:50 de la tarde, se despertó bruscamente de un sueño más profundo de lo acostumbrado y se puso en pie de un salto, sobrecogido de terror, «con todos los nervios tensos como un látigo, hasta punto de sentir dolor, y con la mente vacía, pero a punto de enloquecer como resultado de una aprensión innominada».

Intentó buscar una analogía con la que poder describir su condición: quizás el relato de Poe, *Buried Alive* («Enterrado vivo») o alguno de los estados anímicos de la obra de Baudelaire, tan espantosos. Ya le había ocurrido en otras ocasiones. Entre dormido y despierto, oyó un ruido en la habitación contigua. De improviso, era consciente de que en la casa había una presencia extraña e indeseable, que se combinaba con la abrumadora sensación de estar asfixiándose. Admitió que Alostrael y él sufrían últimamente alucinaciones: había oído golpes secos y nítidos, a veces solos, a veces formando una cadencia; y también pasos humanos, cuando no había nadie presente. La Virgen Custodia también había tenido alucinaciones visuales, como ver a la Bestia fuera de la casa, o en la cocina o dondequiera que mirase.

La sensación de ahogo que Crowley padecía estaba relacionada con el asma y la disnea que sufría y se aliviaba tras esnifar cocaína. Opio, cocaína, éter, morfina, heroína y hachís, amén de vino y licores, se encontraban siempre en su habitación. Las drogas estaban a disposición de todos, y la botella de brandy, según Alma Hirsig, a la del pequeño Hansi, que sentía curiosidad por ver a qué sabía.

El corazón de la Bestia se enternecía al pensar en Poupée, que parece haber sido la única criatura femenina a la que amó sin reserva. Envío un telegrama a Nápoles para que le enviaran inmediatamente una medicina: «El agua contra los cólicos de Allenbury», y nuevamente consultó el *Y i King*, que se mostró pesimista con respecto a las probabilidades de recuperación de la pequeña.

Su manera de luchar contra la inercia y el asma era dibujar, pintar, dictar obras de teatro, ensayos, o inventar nuevos rituales mágicos. Y así comenzó a pensar en una gran obra que, de entre todos sus escritos, pudiera atraer al público reacio e indispuesto: la historia de su vida, la autobiografía del Maestro Thérion.

Pero, por el momento, las cosas tenían que volver a su cauce, o de lo contrario, la Gran Obra se deterioraría. Crowley escribió una especie de regla para la vida cotidiana de la Abadía. Nada más despertarse, la Virgen Custodia del Sangraal debía dar un golpe y proclamar la Ley: «Haz lo que Quieras será toda la Ley». Y todos, incluso los niños, debían responder: «Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad».

Después seguía la Adoración a Ra, la oración al Sol. Todo el mundo tenía que salir afuera y rendir obediencia al Ojo Que Todo Lo Ve.

Antes del almuerzo venía la oración de gracias. Comenzaba con una batería de palmadas, cuyo número dependía de la naturaleza del ritual de referencia: tres para Saturno, cinco para Marte, ocho para Mercurio, etc. Entonces, la Bestia 666, que presidía la mesa, decía: «Haz lo que Quieras será toda la Ley», a lo que Alostrael contestaba: «¿Cuál es tu voluntad?».

LA BESTIA: Mi voluntad es comer y beber.

ALOSTRAEL: ¿Con qué fin?

LA BESTIA: Para que mi cuerpo sea por ello fortificado.

ALOSTRAEL: ¿Con qué fin?

LA BESTIA: Para que pueda cumplir la Gran Obra. Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad. Así sea.

Tras esto, la comida se realizaba en silencio.

La misma oración de gracias era repetida para la comida principal, a mediodía.

A la hora del té tenía lugar la Adoración Vespertina al Sol; la cena era a las 6:00 p. m. precedida, naturalmente, por la misma acción de gracias del ritual thelemita, y después de la misma se procedía a la lectura de unos extractos del *Liber Legis*.

A lo largo del día, se realizaba el trabajo ritual: los thelemitas recorrían distintos itinerarios mágicos, como la evocación de diablos, su expulsión, la conversación con los respectivos y Santos Ángeles de la Guarda, invocación a los dioses, y otros

análogos.

Crowley encontraba la evocación de los dioses muy fructífera, y, sorprendentemente, en cierta ocasión utiliza estas palabras: «Aquí hay un montón de la fuerza de Jesús». Se le ocurrió que Jesús podía ser invocado mediante la magia sexual (IX°) como cualquier otro dios. ¿Por qué no? Y escribiría: «¿No es algo pedantesco y gazmoño invocar a todas las fuerzas menos a “Jesús”? Eso haría de él una especie de “diablo”, y por ello, podría atraer a mucha gente ingenua».

Para los recién llegados a la Abadía, la regla era rigurosa:

Primera semana: Tres días de hospitalidad. Un día de silencio. Tres días de instrucción. «Juramento Mágico», seguido de cuatro semanas de silencio y de trabajo.

Sexta semana: Un día de instrucción.

Desde la séptima a la novena semanas: Tres semanas de silencio y de trabajo.

Décima semana: Una semana de instrucción y de reposo.

Desde la décimo primera a la décimo tercera semanas: Tres semanas de silencio y de trabajo.

Pero ninguno de los bohemios errantes que desde París, Londres o Nueva York llegaban a la Abadía se sometió a aquel plan de vida; y, como era lógico, Crowley no insistió mucho en ello. Con su característico humor, dijo que el hipotético alumno que consiguiera acabar el curso debía ser llamado «el superviviente». La Bestia nunca había encontrado el justo equilibrio entre la meditación y la indulgencia.

Hacia finales de mayo, cuando el tiempo comenzaba a ser caluroso, Leah enfermó. Crowley describe sus síntomas: fiebre, deliraba, vomitaba y tenía diarrea. Diagnóstico: disentería. Tres días después, cuando, de madrugada, la Bestia estaba escribiendo una poesía, la enfermedad de Alostrael llegó a una fase aguda. Durante una hora estuvo gritando de un modo espeluznante. El médico local le había prescrito láudano. Crowley no quiso contradecir al médico y se abstuvo de curarla según sus métodos; pero incapaz de soportar sus gritos por más tiempo, le administró bajo la lengua la octava parte de un grano de heroína, que la hizo dormir. Así pudo dejarle en paz para escribir otras dos poesías.

Aunque las esperanzas amorosas de la Bestia estuviesen concentradas en la persona de Jane Wolfe, a la que todavía no había visto en persona, hizo, por carta, una proposición de matrimonio a Helen Hollis, la Serpiente, que pertenecía a aquel grupo de mujeres que habían recibido nombres de animales durante su estancia en Norteamérica. En *The Confessions* la describe como «una asidua de la acera», lo que constituía para él su ideal de la femineidad. Ella declinó su ofrecimiento, y él despertó de un sueño en el que se estaba casando con «alguna criatura deforme e imbécil», cuyos dedos estaban torcidos en extraños zig-zags, hasta el punto de que era necesario deformar el anillo para que se adaptase al dedo requerido. Y Crowley, el novio, se veía obligado a decir: «sí, quiero».

Con las últimas campanadas de la medianoche, entraba en el templo para hacer, según su costumbre, la Adoración al Sol de Medianoche:

Salud a Ti, que eres Khephra en Tu esconderte, a Ti, que eres Khephra en Tu silencio, que atraviesas los Cielos en tu Barca, cuando el Sol marca la Hora de la Medianoche.

Estaba en pie ante el Altar, lo que le permitía ver, a través de la puerta abierta del dormitorio, a Leah. Conmovido por sus luminosos ojos y su apariencia ultramundanal, tomó su álbum de dibujo y comenzó a tomar un apunte de ella, tal y como era: Babalon^[142], su Ramera Escarlata de las Estrellas. Reflexionó sobre el hecho de que la palabra *thelema*, que en griego quiere decir «voluntad», la voluntad del *Haz lo que Quieras*, daba, mediante combinaciones mágicas, Babalon y La Bestia; así pues, las tres palabras se hallaban entrelazadas mediante una fórmula mágica. Cuando acabó el apunte, le puso título: «Leah con enteritis».

Sí, ¿quién era Leah en esencia? ¿Quién era Beatriz antes de que Dante se fijase en ella? De «una maestra de escuela prosaica, fea, ignorante, aburrida y corriente»^[143], él había hecho su Ramera Escarlata, perfecta más allá de toda alabanza, adepta de todas las artes, e hija de Dioniso. Su ardor, su fe, su coraje, no tenían igual en el mundo. Con él había franqueado las columnas, había franqueado todos los umbrales. «No había cosa alguna que juntos no se hubieran atrevido a hacer; no había pena alguna que no hubieran sufrido juntos.»

Tuvo noticias de Jane Wolfe, que había aceptado su invitación para visitar la Abadía, y que ya se había puesto en camino. Habían acordado encontrarse en Túnez. Con gran prontitud, consultó al Sagrado Oráculo de Thelema, buscando algo que se refiriera a ella, y al abrir al azar uno de sus Libros Sagrados, se encontró con el siguiente versículo: «Conozco el imponente sonido de la alegría primordial; ¡dejémonos transportar sobre las alas del temporal hasta la sagrada morada de Hathor; y depositemos sobre su altar las cinco joyas de la vaca!»^[144].

Crowley analizó el amor que sentía por ella, encontrando que obedecía a tres razones: «Sobre todo, me gusta la fascinación que ejerce, al ser una “estrella de cine”: ¡Una mujer así resulta muy vistosa! La admiro intensamente por su valor, al venir desde tan lejos para verme. Adoro su apellido. Tengo la esperanza de que esté tan hambrienta, y sea tan cruel como un lobo»^[145].

El lunes 21 de junio, acompañado por Leah, que ya se había repuesto, viajó en tren hasta Palermo, ciudad que visitaba a menudo con el objeto de adquirir artículos que no podía encontrar en Cefalú, cambiar de aires, irse de putas o ver cine. Se despidió de Leah y cruzó el Mediterráneo, hasta Túnez, para comprar cocaína, lo que él llamaba «la pócima solar de Percy [Shelley]», y para encontrarse con Jane, hacia quien le impulsaba el deseo; pero no consiguió encontrarla. El 23 de junio todavía seguía en Túnez: esnifó cocaína, se dio abundante colorete en las mejillas, se pintó los ojos de *khol*, y, adoptando su personalidad femenina, comportándose como Alys Crowley, se fue a ver a un árabe llamado Mohammed Tsaida, quien, por una pequeña propina, usó de él como de una mujer. Recoge, con cierta obsesión, la finalidad de la operación: obtener la energía que rejuvenece, y da la acostumbrada, y sumaria,

descripción de la misma. Según su diario, su actividad sexual nunca se resentía; siempre era excelente, magnífica, excepcionalmente buena, nada malo le ocurría, y no sabía qué era eso de la *tristitia post coitum*. Parece ser que todo era previsible y aburrido. Pero, en aquella ocasión, y a pesar de todo lo dicho, su salud se resintió:

24 de junio: Un día bastante desagradable, a causa de una grave enfermedad. Creo que me he debido de envenenar por leer a Conan Doyle. Se me ha inflamado el extremo de la nariz: mis tripas andan terriblemente sueltas y sus excrementos son negros y apestosos como su alma [la de Conan Doyle].

El opio consiguió reanimarle, por lo que, al día siguiente, ya recuperada la apariencia, más familiar, de Aleister Crowley, hizo buen uso del *podex* de Mohammed Tsaida. Una hora más tarde, seguía enzarzado en su actividad sexual con «Ayesha». «Operación: excelente.» Decididamente, era insaciable.

El 26 de junio se acopló nuevamente con Mohammed Tsaida, al objeto de conseguir «Poder Mágico para difundir la Ley» (del Haz lo que Quieras). Crowley esperaba que, gracias a su actividad sexual, podría conseguir la libertad, pero lo único que ésta le proporcionó fue lo contrario de lo que buscaba: enfermedad, en lugar de salud; pobreza, en lugar de opulencia; aislamiento, en vez del reconocimiento; impotencia, en fin, y no poder mágico. Su magia se apoyaba fundamentalmente en lo que la psicología llama «pensamiento mágico»: la idea de que pensar en una cosa la hace realidad. En 1946, un año antes de su muerte, envió un telegrama, desde Hastings, en el Sussex, en donde vivía, a Sasha Germer, la tercera mujer de Karl Germer, que se encontraba en Nueva York, con el siguiente texto: ESTÁS ABSOLUTAMENTE [A] SALVO GRACIAS [A LA] PROTECCIÓN ESPECIAL [DE] LA ESTRELLA [DE] SEIS PUNTAS INVOCADA POR MÍ. Así pues, ningún infortunio podría sobrevenirle. Se trataba de algo reconfortante, que ella nunca había oído anteriormente, aunque hay que decir que Crowley creía en lo que decía.

Regresó a la Abadía, sin Jane, y empleó toda la noche en escribir un poema para su Mujer Escarlata:

28 de junio: De 5:25 p. m. a 5:15 a.m. En contra de mis principios, y en incumplimiento de dos promesas, he permanecido toda la noche entre nieves [cocaína], mientras le escribía a Leah un poema. 7:00 a.m. Creo que concentraré todas mis obscenidades en un poema y haré que Leah figure en él, sin andarme con eufemismos.

El título que daría al poema sería el de «Sublime Leah»: consta de 26 estancias, cada una de ellas de seis versos. Es todo lo contrario de sublime y su descripción coincide con lo que él escribió en su diario. Comienza así:

Sublime Leah,
¡Diosa que estás encima de mí!
Serpiente del fango
¡Alostrael, ámame!
Nuestro amo, el diablo,
se crece en las juergas.

¡Pisa con tu pie
mi corazón, hasta que me duela!
¡Písalo, pon
la mancha de tu suciedad
en mi amor, para mi vergüenza,
garrapatea tu nombre!

¡Despatárrate encima de tu Bestia,
mi autoritaria furcia,
con los muslos engrasados
por el sudor de tu salimiento!
¡Escúpeme, escarlata
boca de mi ramera!

Ahora, desde tu dilatado y
pelado coño, el abismo
envía, chorreante, la marea
de tu chirriante meada
en mi boca; ¡Oh, puta mía
déjala correr, déjala correr!

Su siguiente esfuerzo creativo, que seguiría de manera inmediata al poema «Sublime Leah» fue el argumento de una película, fruto de su anhelo por Jane Wolfe, que siendo actriz en Hollywood, llevaba bastante tiempo apartada de las cámaras:

29 de junio: 12:15 a.m. Cacas de langosta en mi mesa: alguna secuaz de Juan el Bautista o de Jane. Quien debiera decir si va a llegar, o no, en el próximo barco.

Mientras estaba viendo una buena película, francesa, pensé en un guión en el que aparecíamos Jane y yo. Estaba relacionado con esta especie de crisis que nos atañe. A.: Hombre de ciencia; B.: Concertista. Se han enamorado por carta y viendo sus respectivas fotografías deciden verse, de la misma manera que Jane y yo. Los periódicos airean la noticia. Él dice: Tengo que ir antes por motivos estratégicos. Y así lo hace. Ella dice: Me pondré elegante. Y así se pone. ¡Es veinte años más joven que él! Se siente aburrida y toma el primer barco. Los dos llegan al mismo tiempo, pero al no esperar encontrarse tan pronto, ni siquiera se dan cuenta de que viajan en el mismo barco. (Él recorre a zancadas el salón de fumadores.) Ella medita la situación y se compra vestidos alegres. Su telegrama se pierde. Los dos siguen despistados. Él se enfurece: ¡el mayor bromista de Europa burlado! Para vengarse, coge a una vieja mujer negra de la calle y se casa, públicamente, con ella. B. se entera por los periódicos al día siguiente. Los amigos de A. no hacen más que importunarle: telegramas, etc., lo que no hace sino ponerle aún más rabioso. La ve en persona y se enamora de su belleza: ¡Qué pena que fuera tan irreflexivo! Ella, segura de que él no llegará a conocerla, piensa que podrá unirse a la cacería. (En ningún momento ha dejado de desear su amistad.) Mientras tanto, él ha dado a entender a la negra que el matrimonio es una cosa y el amor otra: pues sólo la tiene de criada. A. y B. están locamente enamorados... ¿qué pasará? El marido de la negra aparece con un enorme garrote: su mujer siempre anda escapándose con los hombres, ¡ya verá lo que es bueno! Pero, entonces, B. intenta vengarse: no siendo partidaria de devolver golpe por golpe, finge un desmayo en la fiesta de compromiso. Ya de regreso, cada uno en su casa, no hacen sino volver a releer las antiguas cartas. En los dos nace la misma idea: ¡Se encontrarán nuevamente, justamente, a mitad de camino! Ella se quita sus vestidos juveniles, mueve la cabeza y toma su equipo de la Cruz Roja: «¡Lo que él necesita es una enfermera!». Epílogo. Un hospital: él está esperando. Mensaje: es un niño. Sigue la espera. Al final... ¡llega una enfermera con un niño negro! ¡Horror!, pero al instante llega la enfermera de verdad: «Su esposa sólo pidió prestado este niño negro para ilustrar el nuevo libro que está escribiendo, (titulado) “lo que podría haber ocurrido”».

«¿Alguien ha visto a mi Jane?», escribe en su diario el 30 de junio, a medianoche. Y dos horas más tarde: «Sin estar ansioso, tengo una especie de curiosidad pasajera por saber qué diablos le ha ocurrido Jane». Consultó al *Y i King*: «Me ha parecido que contestaba “en camino”». Y el 3 de julio: «Creo que no debo esperarla más de

dos semanas, lo que es casi lo mismo, tres semanas, que tarda en presentarse la mismísima Sífilis». Y al día siguiente: «¡Todo son inconvenientes!». A continuación, se permitió una operación homosexual, cuya finalidad era la usual: «Para difundir la Ley. ¡Qué aburrido estoy!». Y comenzó a recobrar su interés en la mujer, o más bien en las mujeres. Esto es lo que escribe acerca de Leah:

Amo a Alostrael: ella es todo mi consuelo, mi soporte, el deseo de mi alma, la recompensa de mi vida, la realización de mis sueños; pero si no fuese por ella, yo sería en verdad Alastor de la Desolación. Ella me ama a causa de mi obra; y ni a ella ni a mí nos importa que llegue a comprender su significado; su alma le dice que mi Obra debe ser Grande porque, a imagen de Dios, yo la hice Suma Sacerdotisa en su templo. En mí, ella conoce y ama al Dios, no al hombre; y, por eso, ha conquistado al gran enemigo que se oculta detrás de sus nubes de gas venenoso: la Ilusión.

Pero en sus apreciaciones respecto a Leah se equivocaba, pues el Babuino de Thoth le amaba como a un hombre; todavía no había llegado el estadio en que le detestase como hombre, amándole solamente como a un «dios», instrumento de la Gran Obra.

Pero ¿dónde estaba el auténtico Crowley? Se hallaba perdido en su caleidoscopio de un millar de Crowleys; uno de éstos escribió a propósito de Leah, y de sí mismo, lo siguiente:

Mientras ella adivinaba y amaba en mí al Dios, oculto por los velos de mi sombra en forma humana, que se amontonaban unos sobre otros, yo penetraba su simiesco y pintado rostro, la Muerte viviente de su flácida piel y de su horrendo esqueleto, hasta llegar a una gran Diosa, extraña, perversa, famélica, implacable, y ofrecía mi Alma —Divinidad y humanidad aniquiladas con un simple golpe de Su zarpa— sobre Su altar. Así, amándola, regocijándome porque Ella me había aceptado como Su esclavo, Su Bestia, Su víctima, Su cómplice, yo debía amar, incluso, Su máscara, la sonrisa pintada y complaciente, el lúbrico rostro de muñeca simiesca, la demacrada desvergüenza de su pecho liso... la insolencia de la Muerte abriéndose camino a través de la endeble cortina de la carne...

Quizás este lenguaje pueda convenir a la poesía, pero no a la verdad. Crowley tuvo un sueño, o mejor, pesadilla, en el que aparecía Jane Wolfe: ella estaba tremendamente gruesa y pálida. Al momento, sacó un «inmenso órgano, semejante a un pene», y le informó que nunca tendría relaciones con ella... lo que, de hecho, se confirmaría como algo profético.

Tuvo noticias de Jane: había llegado a Palermo, y en seguida fue a su encuentro. Cuando supo que le había estado esperando en Bou Saada, le explicó que la había enviado allí con toda intención, para probar su fortaleza y confianza en él, y a causa de aquella ordalía, ahora estaba dispuesto a recibirla con todos los honores. Al día siguiente la llevó consigo a Cefalú, inscribiendo en una página en blanco del Registro, su admisión en la Abadía.

El vigesimotercer día de julio, de 1920, *era vulgari*, Sol a 0° de Leo y Luna a 8° de Escorpio, Jane Wolfe llega a Panormus [Palermo], y al día siguiente a la Abadía, para morar en ella en calidad de Huésped, en Cumplimiento de la Gran Obra.

En su diario, Jane describiría las últimas etapas de su viaje como agotadoras. Había pasado una noche insomne y su barco había encallado en un banco de arena a la entrada del puerto de Túnez. Se habían quedado aislados durante varias horas, en las que no había dejado de escuchar las chirriantes poleas y las batientes puertas de los lavabos que estaban enfrente de su camarote.

En el Hotel des Palmes de Palermo, esperó a Crowley con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la palma de la mano. De improviso, fue sacada de su ensimismamiento por una voz que decía: «Haz lo que Quieras será la toda la Ley... Soy Alostrael». Abrió los ojos y vio a Leah Hirsig. Leah llevaba un vestido negro, que estaba manchado de grasa endurecida al contacto con el polvo. No se había lavado la cara, sus cabellos estaban despeinados y sus uñas eran negras y estaban sin cortar. Y se preguntó: «¿Cómo puede haber enviado Crowley a una persona como ésta para recibirme?». Y mi mente dijo de manera automática: «Es la suciedad personificada».

Leah la condujo hasta donde se encontraba la Bestia, que llevaba sombrero, traje a rayas y pulseras y empuñaba un bastón de paseo.

Al día siguiente, por la tarde, se fueron a Cefalú, donde Ninette les recibiría en la Abadía. «Y entonces, al ver que estaba embarazada, yo pensé, “Claro, el hijo es de él”.»

Jane escribe, a propósito de la Abadía en sí, el *Collegium ad Spiritum Sanctum*, lo siguiente: «En el aspecto físico, estaba llena de porquería, y durante todo el día fui consciente de la repugnante miasma que envolvía al lugar y llegaba hasta el cielo. No podía ni respirar. Cuando por la noche me retiré a mi habitación, me derrumbé, y no hubiera sido capaz de levantarme hasta el Equinoccio de Otoño, si, a solas con Ninette [en aquel momento A. C. y Alostrael estaban en Nápoles], ella no hubiera conseguido hacerme reír».

Jane no era, ciertamente, como la Bestia había imaginado y esperado. Ahora veía que Jane Wolfe, «al negarse a darme su año de nacimiento, me había inducido a error... me sentía como la chica que fue a encontrarse con un “caballero de negro y distinguido”, y se encontraba con un negro tuerto».

Preparó, cuidadosamente su horóscopo. La cercanía de Venus, que era propicio a ella, con Saturno, favorable a Crowley, le demostraba que Jane le amaba a causa de su sabiduría. A pesar de que sus esperanzas se habían visto frustradas, Crowley vio que Jane Wolfe era una persona seria, impaciente por realizar la Gran Obra y liberar, con ello, a la humanidad.

Pocos días más tarde, sería iniciada en la A.'.A.'. , adoptando el nombre mágico de Metonith y dando comienzo a su primer mes de aprendizaje. Éste consistía, fundamentalmente, en la recepción de algunos libros, que debía leer, y de una navaja, con la que tenía que hacerse un corte en el brazo, cada vez que dijese «Yo».

Al poco tiempo, ya estaba practicando las posiciones y los ejercicios respiratorios del yoga, fumando opio, y llevando un diario de los acontecimientos de carácter

mágico que le sucediesen. Sus sueños, sus pensamientos en los ratos de ocio, sus arrebatos, aparentemente irracionales, eran transcritos y analizados posteriormente por la Bestia.

«Una corriente de irritación se manifestó de manera subterránea durante todo el día», escribió en su diario mágico. «Ahora sale a la superficie, y me hace pensar que pegando a Leah conseguiría echarla fuera de mí.» Lo que mereció el siguiente comentario de Crowley, escrito al margen con un lápiz: «Debes analizar (y así destruir) todas esas ideas».

El método tradicional para ponerse en contacto con los espíritus es a través de una persona. El médium resulta ser, con frecuencia, un niño o una virgen receptiva a la atmósfera de este arte poco usual. Cuando Benvenuto Cellini, evocó una noche, en compañía de un brujo, a los espíritus en el Coliseo de Roma, llevaba también consigo a un niño, que les informaba a gritos de lo que estaba viendo entre los remolinos de humo del fuego mágico que habían encendido. El doctor John Dee tenía a sir Edward Kelly para que mirase en la «piedra de ver», «la piedra que me trajo un Ángel», y le dijera lo que veía dentro de ella.

Crowley, siguiendo el ejemplo de Dee y Kelly, también tenía su «piedra de ver» y su médium, la-chica-para-todo Alostrael. El elemento esencial, que Kelly no tuvo en cuenta, era el uso de drogas. En Mortlake, Dee y Kelly abrían sus sesiones con una plegaria cristiana, por lo que Crowley y Leah utilizaron la invocación al Santo Ángel de la Guarda de la Bestia, es decir, a Aiwass, a la luz de las velas de «La Chambre des Cauchemars».

«Leah ha invocado a Aiwass, y yo he visto una pequeña figura de color negro que se escondía entre las rocas. Le he dicho que la acepte, pues no hay Nadie fuera de Él.»

«¡Busca a Aiwass! ¡Manifiesta que no te sentirás contenta con nadie más!», le aleccionó la Bestia.

«Está encima de un precipicio... Ella se le acerca... Él lleva una vestidura corta, de color negro, y un sombrero negro y redondo...»

«¡Ve hacia él!», exclamó la Bestia.

«Debo usar una guadaña o algo parecido, antes de que pueda acercarme hasta allí», musitó Leah. «Me atormenta. Se ha desnudado: tiene un cuerpo grande y hermoso, y su faz, recientemente afeitada, es larga y ovalada. Está adoptando la forma de la Bestia...»

«Alostrael cabalga al fantasma», interpretó Crowley; y se encontraba satisfecho a causa de ello.

Leah deletreó la palabra que veía entre brumas: «LACH...OT».

«Solicita una declaración formal de por qué nos hace llegar esta palabra», ordenó Crowley.

Así lo hizo Alostrael, recibiendo como contestación la imagen de un broche en forma de rombo, tachonado de joyas.

«¿Es un signo de su identidad?», dijo la Bestia.

Entonces, Alostrael vio una puerta que presentaba en la parte superior de su marco el broche en forma de rombo. Atravesó la puerta, giró a la derecha, subió por un tramo de escaleras y entró en una amplia estancia con un pasaje abovedado al fondo, bastante alejado.

«¿Está allí Aiwass?»

«Sí», contestó Alostrael. «Está sentado en el piso, vestido de negro.»

«Bien, ¡pues cabálgale de nuevo!», ordenó la Bestia.

Alostrael realizó en un momento el acto sexual con Aiwass (Set o Satán) «para que pueda encarnarse en nuestro próximo bastardo» (lo que quiere decir que el próximo hijo de Crowley y Leah sería Aiwass encarnado).

La sesión siguió así toda la noche, hasta las primeras horas del día.

En ocasiones, prescindían de la «piedra de ver». La Bestia se tumbaba boca arriba, con su larga pipa china de opio en la boca y escudriñaba las tinieblas. Después de un rato, le pasaba la pipa a Leah. «¡Por amor al deseo, deseemos, por amor al fumar, fumemos!»

Ella le refería, somnolienta, lo que veía: «Contornos... pájaros, flores, gavillas de trigo, estrellas, faroles, *et cetera*».

«¿De qué color?», preguntó la Bestia.

«Amarillo...y azul, predominantemente azul, que es más brillante que el amarillo, que se desvanece en seguida.»

«Invoca a Aiwass», la exhortó.

Ella pronunció el nombre sagrado del Santo Ángel de la Guarda de Crowley y, con la mano que tenía libre, hizo el signo cabalístico de la cruz.

La visión se llenó de nubes; en lugar de pájaros y de hojas, ahora había paisajes, edificios, un palacio, una ciudad entera con tejados rojos.

«Rechaza todo lo que no sea Aiwass», le sugirió la Bestia.

Ahora aparecían unas ruinas y, entre ellas, se distinguía un largo pasadizo que conducía hasta una puerta; entonces, el poderoso brazo de Aiwass abarcó toda la visión, despejándola de todo, hasta que sólo quedó aquel enorme y oscilante brazo.

«¿Éste es su mensaje?», preguntó Crowley.

«Su ojo izquierdo parece... un *marídala* tibetano, multicolor y deslumbrante. Entre los círculos concéntricos se encuentra la pupila, que es de color azul claro», dijo Leah. «Da vueltas y se transforma en una flor, el loto eterno; más tarde en una cruz azul, muy brillante, con un círculo en su interior.»

«¿Cómo sabes que es Aiwass?»

Una mano negra fue la respuesta, con uñas largas y puntiagudas y enjorrocados dedos, que se correspondía con la visión que Crowley había tenido de Aiwass. La siguiente transformación fue una rosa dorada de cuatro pétalos.

«¡Dame una palabra!», gritó la Bestia.

«Sen...», Leah hizo una pausa. Sus vidriosos ojos miraban fijamente al vacío.

«Yen.»

El tremendo brazo comenzó nuevamente a oscilar, con períodos más amplios y lentos. En aquel momento, la vidente se había perdido en el interior del ojo de Aiwass y podía ver por encima de las aguas...

La noche del 25 al 26 de julio, la Bestia y Leah no se fueron a la cama. Ninette no se encontraba con ellos. «La ausencia de Ninette ha supuesto para Leah un incremento de vigor, y, por ello, también para mí», escribió en su diario. Pero no revela a dónde había ido. Los dos estuvieron charlando desde las 11:30 hasta las 2:07 de la madrugada, momento en que dieron comienzo los juegos y las bromas que continuarían hasta la llegada del nuevo día. Ella era el gato y él el ratón o al menos, eso quería creer. Crowley se deleitaba en la crueldad de Leah, y la llamaba «el Tigre». Su diario nos ofrece detalles de todo tipo: ¿Los escribió en el momento de ocurrir, o más tarde, cuando recobró el aliento? A las 3:20 hay un momento de descanso, durante «la preparación del *Opus*», el acto sexual que comenzaría a las 5:20 y que duraría «media hora. Las dudas y mi propia preocupación interfirieron con [mi] confianza y concentración... la simple fatiga física me obligó a abandonar el acto aunque no estuviese totalmente terminado». Pero la eyaculación ya le había sobrevenido.

Crowley había pronunciado un voto de Santa Obediencia a Leah, que le obligaba a hacer cualquier cosa que ésta le ordenase; pero, a juzgar por lo sucedido aquel verano, no hay evidencia de que él obedeciese sus órdenes. Y se halla demasiado preocupado por sus propios pensamientos y sensaciones para decirnos cómo reaccionó ella durante los acontecimientos mencionados, en los que jugaba una parte tan vital. Pone algunas palabras en su boca, que no suenan verdaderas: se sentía arrebatado por su propia retórica y por su deseo de sensaciones fuertes y parece como si él lo hubiera hecho todo:

6:30 a.m. Seguimos hablando... por lo general, de magia. Durante la primera hora que siguió a mi voto de Santa Obediencia a Alostrael, ésta probó que era la verdadera Mujer Escarlata: podía haber gastado su poder de mil maneras triviales, pero desde un principio se mantuvo en su condición de Diosa. Lo primero que descubrió fue la cobardía física y el miedo al dolor, que yo había conseguido sepultar en lo más profundo, al desafiar mortíferas montañas, bestias salvajes, venenos y enfermedades. Apoyó un cigarrillo encendido contra mi pecho. Yo me encogí y gemí. Ella musitó palabras de desprecio, sopló en el cigarrillo y lo apoyó nuevamente. Yo me encogí y gemí. Me sujetó los brazos, dio una calada al cigarrillo hasta que el tabaco crujió por la violencia de su combustión, y lo apoyó contra mí por tercera vez. Recobré el ánimo, apreté los labios y adelanté el pecho.

Se estaba denigrando a sí mismo, todas sus enseñanzas eran una patraña y su magi(k)a «sólo un baño dorado que recubría el cobre de la moneda». Pero sigamos leyendo:

Ella no dijo nada. Ahora, cuando su hora sonaba en la campana, once [el número de la magi(k)a] campanadas, me arrastraba, implacable, hacia el altar.

«¡Sumo Sacerdote!», exclamó, «imploro la Eucaristía.» Y cuando yo, receloso, le contesté, «¡Aún no!», sus ojos llamearon, su voz era como un escalofrío: «¡No dudes de ti mismo! Has sido honrado con el Sumo

Sacerdocio, tu Dios y nosotros dos somos los Tres que hacen Uno. Tú has realizado el milagro de la Misa, y todo esto no es sino Dios, el Dios de nuestra Divinidad, Nuestra propia Substancia, que resplandece como la Patena. Y basta con mi fe: quiero tomar hasta la última gota. La consumiré toda. ¿Lo dudas? Esto sí que es hambre, devorar el Cuerpo de Dios, excepto un pequeño pedacito que me reservo para mi propio placer. Incluso prepararé miel para ti, pues así serás más poderoso y dulce... ¡Baja a mí!».

En la patena de aquel altar crowleyano de la Abadía del Haz lo que Quieras resplandecía el menstuo de Leah. Crowley necesitaba estímulos perversos: nada le arredraba. Las fuerzas del inconsciente estaban jugando con él.

Pero yo no quería, ni podía. Ella dijo: «¡Falso Sacerdote, despójate de tus vestiduras: renuncia a mí, sal fuera de Mi Sagrado Templo!».

Y entonces, obedecí. Me ardía la boca, sentía como si me estrangulasen, tenía ganas de vomitar, mi sangre se apresuraba a huir de aquella vergüenza, y mi piel estaba empapada en sudor. Ella se detuvo frente a mí, con terrible menosprecio: fijó sus ojos de serpiente en los míos, y con la mayor tranquilidad que uno pueda imaginar, la pasión más vehemente y el más sublime deleite, acercó su rostro a mí, como una epifanía de mi propio arquetipo. Se erguía como una Hierofante, mientras Sus ojos manifestaban Luz y Su boca irradiaba Silencio. Ella comió el Cuerpo de Dios, y, con la compulsión de Su alma me lo hizo comer a mí también. Pero en mi boca, que mentía cuando pronunciaba, sin sentirlo, el *Ecce Corpus*, recobró su primigenia naturaleza: mi duda formó una nube oscura delante del rostro radiante de Dios. Mis dientes comenzaron a pudrirse y mi lengua a ulcerarse, mi garganta estaba en carne viva, mientras que mi vientre se retorció espasmódicamente. Pero, para Ella, mis dientes eran luz de luna; mi lengua, ambrosía; mi garganta, néctar; mi vientre, el Dios Único con cuyo Cuerpo Puro podría refrescar Su Sangre. Así pues, mientras mi cuerpo se estremecía, sentía náuseas y era presa de convulsiones; mientras mi mente se agitaba en una tempestad; mientras mi corazón era un volcán y mi voluntad un terremoto, obedecí a su exigencia.

A pesar de la retórica, aquélla debía de ser la única manera en que Crowley podía confesar todo lo sucedido. Y, mientras tanto, Jane Wolfe descansaba en la habitación contigua. Pero esto no era ningún problema, pues no es muy probable que ella se uniese a esta comunión thelémica (véase el capítulo 20).

Al día siguiente, después de un sueño reparador, Crowley dijo que todavía sentía molestias en la garganta y en la lengua, y que Leah «no estaba bien». Por si fuera poco, el pequeño Hansi tenía fiebre. Cuatro años más tarde, el 23 de septiembre de 1924, escribiría lo siguiente a Norman Mudd:

El hecho de que mis diarios se conserven es algo que suscita mis desvelos, ya que encierran el resultado de muchos años de investigación, emprendidos a pesar del peligro que suponían para mi salud, tanto física como mental. Tal y como están escritos resultan bastante ininteligibles a cualquiera, excepto a los estudiosos que trabajan en un determinado campo. Puedo asegurarte que cuando los reelabore y dé a conocer al mundo sus resultados, el íntimo conocimiento de la constitución humana que en ellos se encierra será de inmenso valor para el progreso social.

Puede decirse que, en general, el verano de 1920 transcurrió para los thelemitas de manera tranquila, sin ocasionar demasiadas preocupaciones ni contratiempos. En ocasiones, durante aquellos días y sus noches, la Bestia alcanzaba máximos de intensidad dionisiaca, y salía corriendo hacia el templo, «como si estuviese enloquecida». Pronunciaba, con la entonación requerida, los nombres de los dioses, vociferaba los nombres bárbaros, y gritaba los encantamientos (mantras), y realizaba en éxtasis actos de magia sexual para fines ardientemente deseados. La explicación,

tan sucinta como curiosa, acerca de estas frenéticas hazañas no se halla muy desencaminada: «La porra del alegre Príapo me golpeaba en la cabeza, hasta hacerme enloquecer».

Entre tanto, los gritos que salían del *Collegium ad Spiritum Sanctum* sobresaltaban a los viandantes, campesinos sicilianos que hacían el signo de la cruz y huían corriendo hacia sus casas.

No se dice en *The Magical Record of the Beast 666* que Jane Wolfe se convirtiera en la Tercera Concubina de la Bestia. Si tal cosa hubiera ocurrido, habría sido recogida, con toda seguridad, con el acostumbrado lujo de detalles^[146]. Y fue un acierto, pues los celos entre las Concubinas 1 y 2 seguían sin mengua, o bien se incubaban más o menos cortésmente, a pesar del corolario de la ley thelémica de que «Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad». Alostrael estaba celosa de cualquier mujer en la que la Bestia hubiera posado su mirada. Crowley anota que «se llenó de manía», cuando vio que observaba muy de cerca a una siciliana. También Ninette era motivo de queja, a juzgar por la mención que hace el diario de la Bestia de que Alostrael le había amenazado con un revólver.

Las buenas condiciones astrológicas empezaron a empeorar de manera lenta pero inexorable. Aparte de otras consideraciones, Poupée seguía estando muy enferma. Y Crowley, a pesar de los baños y las escaladas, tampoco gozaba de buena salud; encontramos demasiadas referencias a sus vómitos, sus insomnios y su cansancio. Resumió todos sus males diciendo que se encontraba en la cruz, pero que era «una pena insensata que no purifica ni inmuniza». Y en algunas ocasiones, ni siquiera la cocaína y la heroína, suministradas por Amatore, el vendedor itinerante de drogas de Palermo, conseguían arrancarle de la depresión y el hastío.

Poupée fue llevada al hospital de Palermo: estaba muy enferma. Crowley, después de consultar el *Yi-King*, decidió ir a verla. Leah se encontraba ya en el hospital. «Yo creo que su Voluntad era morir; por eso, cuando he intentado realizar un acto de Magi(k)a para ayudarla, me ha resultado imposible», anotó en su diario. Se refería a un acto de magia sexual que había realizado con Leah con la intención de *ayudar a Poupée*. Pero en mitad de la operación, había comenzado a sentir cierta aprensión y lo había dejado.

Al día siguiente, 12 de octubre, que describe como el más triste de sus cumpleaños —acababa de cumplir cuarenta y cinco—, regresó a Cefalú para intentar vencer su depresión mediante la pintura. El día 14, mientras trabajaba en su cuadro *El Emperador muerto*, Alostrael regresó de Palermo. Llegó cabizbaja, vencida de cansancio: Poupée había muerto por la mañana.

La Bestia estaba deshecha. Para su mala suerte había nacido en el viejo eón, el eón cristiano, el eón del sufrimiento y de la muerte (en contraposición al Eón que él mismo había fundado, el Eón de la Luz, de la Vida, del Amor y la Libertad); pues, a pesar de su Divinidad, él sólo era «humano, demasiado humano». Llevó a la llorosa Leah al interior del templo, donde agitó su vara mágica, haciendo sonar la campana

mágica; con este gesto bendecía al espíritu de su hija que acababa de partir, y a continuación escribió en el Registro de la Abadía estas curiosas y tristes palabras:

En el decimocuarto día de octubre, 1920, *era vulgari*, estando el Sol a 21° de Libra y la Luna a 20° de Escorpio, Anne Leah, o Poupée, la primera bastarda de La Bestia y de Alostrael, se fue de la ciudad de Panormus, para recorrer Su Vía, de manera que Sus velos corpóreos no sean vistos nunca más por nuestros sentidos corpóreos. ¡Que Ella pueda guiar Su nave entre las estrellas, Sus hermanas, en los mares del espacio!

Aquellos cuya carne había tomado en préstamo, no queriendo comprender su mortalidad, se encuentran en la más terrible agonía, que ninguna palabra puede expresar, y por eso han soportado en silencio el Tiempo y su carga de infortunio.

Alostrael estaba enferma: había abortado seis días después de la muerte de Poupée, mientras la Bestia estaba cubierta de forúnculos y se encontraba en baja forma porque «la Gran Obra se resentía, y los corazones de todos se hallaban afligidos por igual a causa del miedo, la confusión, la duda y la desconfianza», para citar nuevamente el *Registro* de la Abadía. Los sucesos de aquella naturaleza no eran interpretados como de mal augurio, ni mucho menos como el resultado de alguna negligencia por su parte. Si los dioses, o los Jefes Secretos, no lo hubieran decidido de esa manera, ¿cómo podrían haber acaecido tales sucesos?

La muerte de su hija y el aborto de «una criatura varón en el tercer mes de gestación» parecen haber llevado a Alostrael a un estado de locura temporal. Su desconfianza y los celos largamente contenidos respecto a la hermana Cypris estallaron una vez más, pero con mayor violencia que nunca. Leah había perdido a sus hijos, la que había nacido y el que aún estaba por nacer; la joven francesita todavía conservaba los suyos, y se encontraba en el octavo mes de embarazo. Durante dos semanas, Leah discutió con la Bestia porque todo, según ella, había ocurrido por culpa de Ninette, que había estado practicando hechicerías contra la Virgen Custodia del Sangraal. La Bestia cogió el diario de Cypris y comenzó a leer sus últimas anotaciones. Crowley parece haber sido irrespetuosamente sensible a las obscenidades de los demás. El contenido de la mente de Cypris no era nuevo para él. En Fontainebleau se había quedado atónito ante las revelaciones de su diario. Ahora se sentía espantado por segunda vez. Los horrores del corazón humano le desbordaban. Nunca había pensado que tales cosas pudieran ser posibles; se sintió físicamente enfermo y, al final, se dio por vencido.

Entró en el templo y comenzó a exorcizar las fuerzas hostiles, mediante las cuales había operado Cypris su maleficio, quemando asafétida^[147] como recurso final contra las potencias malignas; después, entregó a la culpable el texto del Exorcismo:

NINETTE FRAUX. *Haz lo que Quieras será toda la Ley.* La iniciación purifica. Se desprende un hedor, una pestilencia. En tu caso, dos personas han muerto y las demás están enfermas. Hay presagios de que el proceso podrá conducir a la purificación y de que todo volverá a su ser en muy poco tiempo. Pero no podemos arriesgarnos a ulteriores peligros; si el odio aún persiste, mejor será que vaya a enroscarse en su madriguera. Sigue llevando meticulosamente tu diario. Vete a vivir sola a Cefalú. Vete sola al hospital. Un día antes de que seas dada de alta, envíanos tu diario, y reconsideraremos la cuestión. Espero poder ver que tus úlceras se hayan curado. No contestes a esto: límitate a hacer lo que te digo. *Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.*

Una anciana campesina que vivía en las inmediaciones acompañó a la hermana Cypris. Después de que se fuera, la Bestia se acercó al altar, tomó el Registro, y con su desparramada escritura llenó un par de páginas:

Ahora, al fin, en el quinto día de noviembre de 1920, *era vulgari*, Sol a 13° de Escorpio y Luna a 11° de Virgo, la Bestia ha escuchado las Palabras de Alostrael, Su Concubina, comprendiendo claramente la Necesidad Mágica de consolidar el círculo contra el Horror que había penetrado en él, con el propósito más cruel y mortífero que pueda imaginarse. Por eso, con la Sabiduría de Tahuti, conjuré, exorcicé y expulsé a la antedicha Ninette Fraux, que permanecerá fuera de la Abadía durante una estación del año. Y esta decisión no fue realizada con odio, o con miedo, sino con amor y piedad, puesto que la soledad purifica el Alma, obligándola a nutrirse de sus propios venenos.

El 21 de noviembre, Cecil Frederic Russell, un joven que durante la guerra había sido enfermero en un hospital de la Marina, llegó a la Abadía. En 1917, había leído uno de los artículos escritos por el Maestro Thérion en la serie «El resurgir de la Magi(k)a», que aparecía en el ejemplar de *The International* que había comprado. Escribió al tal Maestro Thérion, que por diez dólares le envió varios de sus libros. En junio de 1918 se encontró en Nueva York con Crowley. «Fui a verle a su apartamento, en la calle 9 Oeste de Nueva York. Cuando llamé a la puerta, me contestó con una expresión hipnótica, y me invitó a comer. Estuve con él casi todo el día; hicimos juntos un viaje astral, y por la tarde, él y otras personas... me iniciaron al 3.º de la O. T. O.^[148]» Crowley alabó grandemente sus progresos intelectuales, y añadió algunas observaciones calumniosas, que hicieron que Kenneth Grant y el autor del presente libro, al enterarse de que aún vivía, cambiaran su apellido por el de Godwin en la edición que ambos hicieron de *The Confessions* de Crowley. Pero no habría sido necesario que nos molestáramos en hacerlo, puesto que Mr. Russell no se sentía ofendido por lo que Crowley había escrito de él: que se había inyectado cuarenta granos de cocaína y que había intentado hacer añicos un fragmento de cristal, incendiándolo mediante un acto de voluntad. En cuanto a la afirmación de que los cirujanos de la Marina habían conseguido salvarle la vida, mejor es leer el comentario del propio Russell, en su obra *Znuz is Znees, Memoirs of a Magician*, editada a título privado en 1970:

¡Tonterías! Sólo hubo una persona, mi amigo, el doctor P., que se negara a aceptar la evidencia preparada de una mancha de yodo que tenía en el brazo derecho, consintiendo gentilmente en colaborar, haciendo que me admitiesen en el hospital (no hizo nada más... ni siquiera me puso una inyección de morfina), donde organicé una fiesta con las enfermeras en una sala de aislamiento mientras esperaba la licencia, que era lo que se intentaba conseguir con aquel montaje. La guerra había acabado y según mi costumbre, había alcanzado el grado más elevado que podía conseguir en un futuro inmediato. Había servido bien a mi país: de los centenares de enfermos de influenza que tuve a mi cargo, no se me murió ni uno solo, y trabajé como un condenado mientras mis superiores dormían...

Como consecuencia del gran interés que sentía por la magia, Russell propuso a la Bestia trabajar con él. En 1918 no fue posible, pero ahora había en Thelema un

puesto vacante para él, el de «Sumo Sacerdote de Thelema en la Abadía en donde La Bestia tiene Su residencia». Poco después de su llegada, pronunció el juramento de la A. . A. . y adoptó el nombre mágico de Genésthai, «[las flores] que están a punto de despuntar».

Crowley menospreciaba los experimentos que Russell hacía con el Hálito de Nuestra Señora (el éter), su costumbre de exclamar *God damn* sin ton ni son, y su risa vulgar ante cualquier «sugerencia lasciva». Para cualquier observador, o sea para Crowley, Genésthai era un joven marino alcoholizado que buscaba el «Amor Puro, de diecisiete años, rubia natural y con rubor auténtico». En una palabra, Russell era una especie de Jude «el Oscuro»^[149], incluso «un santo potencial con la apariencia corpórea de un *hooligan*^[150]». Concernía al Santo Guru pulir aquella corteza externa, tan llena de vulgaridad, por lo que comenzó a darle clases de arte, literatura y buenas maneras.

Era Crowley, como cabía esperar, quien le había hecho alguna «sugerencia lasciva», puesto que, desde el principio, había sentido una fuerte atracción mágica hacia Genésthai. La Bestia, como declara con toda franqueza en su *Magical Record*, estaba decidido a seducirlo, aunque declarase al mismo tiempo que Genésthai le disgustaba sexualmente, y que aquel disgusto podía ser recíproco. Palermo fue el lugar elegido para la seducción del hermoso Genésthai.

Alostrael se encontraba en Palermo. Crowley comenzó con un ligero preámbulo, dando lugar a la Orgía (como llamó a aquella serie de operaciones de magia sexual que eran tan importantes para él) en el Hotel de France, acompañado por Leah. Al día siguiente, Genésthai participó pero el rito no resultó, ya que Russell no ponía todo su corazón en las operaciones de grado XI. A su regreso a la Abadía, dos días más tarde, y después de comer, la Bestia se afeitó y pintarrajeó, y llamó al hermano Genésthai para continuar la Orgía.

Ahora me afeitaré y me maquillaré como una puta de la peor calaña, y me rociaré de perfume, y me acercaré a Genésthai, cortejándole como lo haría un viejo sátiro borracho del casco antiguo de Nueva Orleans... *Opus V. Fra. Genésthai in ano meo*. Operación muy larga. Alostrael ha masturbado a Genésthai para conseguir la erección, y ayudándose con la mano, ha introducido su pene en mi ano. Orgasmo muy fuerte y salvaje. Elixir, absorbido casi totalmente; Alostrael, a la que se lo he ofrecido, sólo ha podido probar algunas gotas.

El objeto de esta operación mágica —pues la magia sexual tiene un objeto subyacente en el acto, ya que de lo contrario no sería magia, sino sexo— era la consolidación de la Ley de Thelema. En el momento culminante del *Opus V*, Crowley, fuera de sí por la lujuria^[151], gritó con una voz potente y nítida, lenta y decididamente, lo siguiente; «Para consolidar la Ley de Thelema». El comentario de Genésthai a esta operación aparece en el volumen II de *Znuz is Znees*:

Lo que realmente ocurría, mi querido Maestro Thérion, es que en aquel momento tus encantamientos circescos no conseguían ponérmela dura —y debe añadirse que el éter no es afrodisíaco— y que tú estabas en la cama entre la Virgen (*sic*) Custodia del Sangraal, que tenía que inclinarse sobre ti para hacer lo que

hicisteis, y que fue anotado en el Registro, y yo... De hecho, ella hizo algo más que menear la mano de un desconocido para *faire gonfler son andouille*^[152].

CROWLEY SE SUPERA A SÍ MISMO

CROWLEY comenzaría el año nuevo con un grito de desesperanza: «La situación económica es crítica, al fallar el pago de 1.500 £ que me había sido prometido. ¿Qué debo hacer?». El *Yi King* le aconsejó que se retirara, lo cual suscitó en él el siguiente comentario: «¡Sueño, llévame! ¡Muerte, llévame! Esta vida es demasiado compleja: duele, mata... ya no puedo más».

Era evidente que su fortuna, que en un principio ascendía a la suma de 17.000 libras, había sido derrochada en su totalidad. A aquella suma debían añadirse tres más de 1.000 £ cada una, heredadas de otras tantas tías que, según parece, fallecieron de manera consecutiva y casi inmediata. Es probable que recibiera esas 3.000 libras a su regreso de América, y con ellas pudiera alquilar la casa de Fontainebleau y poner en marcha la Abadía.

Pocos días más tarde, aquellos problemas se habían quedado pequeños frente a los que eran inherentes a la crowleyanización de la humanidad.

Entre bocanada y bocanada de su pipa de opio, invocó a Aiwass según el ritual del «Nonato», o del «Ilimitado» (véase el capítulo 12). ¿Cómo podría imponer la Ley de Thelema? Ésta fue la pregunta que le hizo a su Santo Ángel de la Guarda.

Aiwass contestó mediante un sueño: dos inmensos patios de forma cuadrada, llenos de gente. Aleister Crowley dijo lo que tenía que decir con voz potente, y atrajo la atención de todo el mundo, recibiendo una inmensa ovación, que se repitió en el patio más alejado. «Después, en aquel patio tuvo lugar el asentimiento de una especie de persona principal: todos le aplaudieron, lo que repercutió en él. Moraleja: Hazte escuchar y di a las claras lo que quieres.»

Decidió ir a París a buscar fortuna, al menos por algún tiempo, y fijó el 1 de febrero como fecha de partida.

No conseguía comprender por qué sus actividades fracasaban en lo financiero, y consultó al *Yi King*, el infalible oráculo chino, en busca de una explicación.

«¿Cuál es la razón de que mis actividades no consigan reportarme un éxito económico?»

«Es una empresa demasiado amplia para sus posibilidades.»

«¿Qué me permitiría dotarlas de una base económica suficiente?»

«Algún suceso imprevisto.»

«¿Qué tipo de suceso?»

«Una mujer.»

«¿Cuáles son las relaciones que deberé tener con ella?»

«El matrimonio.»

«Descríbeme a la mujer.»

«Rica, sincera, apasionada, impulsiva, ardiente, impaciente, cruel y, posiblemente, ha conocido la desgracia.»

«¿Cómo podré conocerla?»

«Gracias a alguna cuestión de índole secreta o ardua.»

«Descríbeme la escena del encuentro.»

«Durante tu viaje a París. Posiblemente, en la mansión de algún conocido que sea intelectual, aunque también

podría ser en un bosque.»

Y ya para acabar, Crowley pidió al *Yi King* un presagio del destino de su obra y su proyección en el mundo, que abarcase los cinco próximos años, y recibió como respuesta lo siguiente: «Ascenso súbito hacia la fama, a pesar de unos tímidos comienzos».

El flujo de los acontecimientos registrados en *The Magical Record* se interrumpe súbitamente, por espacio de dos meses, hasta que la Bestia regresa, sin mujer, a su Abadía, siguiendo, sudoroso, el sendero montañoso, después de una infructuosa estancia en la ciudad de Lutecia.

«He vivido de manera insensata, a costa de mis nervios: actividades espasmódicas, algunas muy buenas, otras pura histeria. Ni siquiera he registrado las Operaciones de la Gnosis [actos de magia sexual]. Mañana me voy a París. Mi diario estará a 0º hasta que llegue y compre un volumen decente para escribir en él, una pluma que funcione, y tinta que sea tinta.»

Dejó a Leah a cargo de la Abadía, imponiendo a todos un voto de silencio durante su ausencia (salvo expresas excepciones); besó a los niños en señal de despedida; instó a las Concubinas 1 y 2 (la hermana Cypris, junto con su niño, había sido readmitida en la Abadía) a que no llegasen a las manos, y se fue.

A su llegada a París, compró un libro pequeño de páginas en blanco, encuadernado en marroquinería de color rojo, en donde consignaría brevemente sus actividades principales: operaciones de magia sexual, juramentos, las consultas hechas al *Yi-King*, los nombres de las personas que había conocido, tanto en la partida como en la llegada, *obiter dicta*, y cosas parecidas. Su nombre y atributos fueron inscritos en la primera página:

666
TÒ MEGA THÉRION
La Bestia
[Símbolos del Sol y la Luna en un amoroso abrazo]
Alastor de Kerval
Gran Maestro de los Caballeros
del Espíritu Santo
El Vagabundo de la Desolación
LÓGOS AIÓNOS
An(no)XVI, Sol en Acuario

Ya había demasiados genios en París para que Crowley pudiese parecer conspicuo a su lado. Las ansiedades de la guerra habían dejado paso a los excesos de la paz. Una taza-urinario de pared, titulada «Fuente»^[153], era expuesta, junto con otras curiosidades, en una exposición de objetos de arte. El mundo nunca había contemplado nada tan sorprendente: ballet ruso, bolchevismo ruso, psicoanálisis, dadaísmo, etc... eran las nuevas corrientes que todo el mundo quería comentar y no la Gran Revelación, acaecida en El Cairo, de la divinidad de Aleister Crowley.

Entre las numerosas personas a las que la Bestia conoció durante aquel febrero parisino se encontraban Mary Butts, una novelista inglesa y autora también de relatos cortos, su amigo Cecil Maitland, y la hermana mayor de Ninette Shumway, Helen; todos ellos se apuntaron a un peregrinaje a la Abadía. Crowley observó que la «homosexualidad era una enfermedad», y dos días más tarde dio pruebas de ello con Camille, su amante parisino: como de costumbre, se encargó de la parte pasiva. «He recibido una carta maravillosa de Camille, mi amante, llena de palabras apasionadas, mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginarme.» (*The Magical Record of the Beast 666*, mayo de 1921).

Fue a casa de Nina Hamnett, una artista con un tenue pero inconfundible talento, que la bebida y la disipación no tardaron en ahogar. Fue ella quien presentó a la Bestia a otro hombre de talento, J. W. N. Sullivan y a Sylvia, su esposa. Sullivan, interesado por la música y la ciencia, se sintió atraído por la Bestia. Ambos jugaron al ajedrez, mientras Crowley explicaba, con éxito evidente, el *Liber Legis*, charlando y discutiendo amigablemente toda la noche. Al final de la reunión, la Bestia conseguía la promesa de Sullivan de que «haría cuanto estuviera en su mano para descubrir cuál era su Verdadera Voluntad».

Yo, J. W. N. Sullivan, en presencia de la Bestia 666, me comprometo solemnemente a la consecución de la Gran Obra: esto es, a descubrir la Verdadera Voluntad que me es propia, y a hacerla realidad.

Firmado,

J. W. N. Sullivan

Crowley supuso para los Sullivan tal remolino de atracción, tanto intelectual como sexual, que la página que en su diario recoge la promesa del marido es seguida por otra que hace lo propio con el acto mágic(k)o que el mago realiza con la mujer. Sullivan había sido enviado al sur, en búsqueda de su Verdadera Voluntad, dejando a su mujer, quien le seguiría pocos días más tarde. La descripción que Crowley hace en sus *Confessions* de John William Navin Sullivan (1866-1937), autor de *La historia de las matemáticas en Europa, desde el ocaso de la ciencia de los griegos hasta la llegada de la concepción del rigor matemático*, editada en su versión original inglesa en 1925, y de su mujer Sylvia, a la que declara haber dejado encinta, no debe tomarse en serio: es una de tantas descripciones de Crowley, hecha desde su propia y peculiar perspectiva. Propuso llevar a Sylvia a la Abadía, sin preocuparse de lo que las hermanas Alostrael y Cypris pudieran pensar. La invitación se hacía extensiva a Sullivan:

... para que se una a nosotros y consiga desarrollar las teorías matemáticas encerradas en el *Liber Legis*... los pocos días de ausencia [de Sylvia] le habían destrozado, tanto física como moralmente. En cuanto nos sentamos a comer [en Marsella] se disparó en un torrente de exclamaciones maníacas. Era como el chorro de una ballena que respondía al nombre de «Quiero que Sylvia regrese». Cuando se le acabó el aliento y retrocedió, como hubiera hecho un perro rabioso, le dije, mientras seguía comiendo, sin inmutarme: «¡De acuerdo! Voy a cambiarme de habitación y a sacar de mi maleta algunas cosas de Sylvia. Creo que es lo único que puedo hacer, si es que Sylvia está de acuerdo». El pobre hombre se quedó estupefacto y Sylvia montó realmente en cólera. El menosprecio que yo sentía por él era una cosa; mi

indiferencia por ella, otra muy diferente.

En la relación de lo sucedido durante aquellos dos meses transcurridos entre París y Fontainebleau, figuran los nombres de otras personas con las cuales realizó Crowley su magia, pero no tendría sentido darla en detalle, pues algunas de ellas son prostitutas, y las restantes, totalmente desconocidas.

El 6 de abril regresaba a Cefalú, con las rémoras del aburrimiento y la inactividad que se había llevado. Su primer acto de magia sexual con Alostrael, ya en casa, tuvo como finalidad «Bienestar físico para los dos». Observó, satisfecho, que Alostrael «se había curado casi por completo, gracias a tres actos realizados con el barón La Calce». Este barón era el propietario de la «Abadía».

Crowley se lamentó del frío y la humedad del invierno de Cefalú, de las últimas dos semanas en París, y de las tres semanas transcurridas desde su regreso de aquella ciudad, que le impelían a hacer un uso casi ininterrumpido de la heroína, sin la cual, decía, se habría visto confinado a la cama. Gracias a ella, podía levantarse y trabajar un poco. Al mismo tiempo, refiere que se encontraba al límite de sus fuerzas, en cuanto al trabajo. «Cada vez me resultaba más difícil obligarme a mí mismo a hacer cualquier cosa... Para expresar lo que siento me basta con decir “Wow!”, o quedarme callado.»

La situación económica seguía siendo desesperada. En una palabra, su estancia de dos meses en la ciudad de Lutecia y los múltiples actos de magia sexual realizados en ella se le revelaban inútiles.

Ayer decidí no consumir heroína después de las once de la mañana. Por la noche sufrí de manera intensa dolores nerviosos e insomnio, pero conseguí resistirlo y, después de una o dos pesadillas, pude descansar el resto de la noche. Por la mañana era presa de gran debilidad y algo de disnea, que desaparecieron instantáneamente tras una dosis de heroína que tomé a las diez y media, lo que demuestra que los síntomas se debían a la abstinencia.

Operó con los bastoncillos del *Yi King*. ¿Qué debía hacer para librarse de «la tendencia al hábito»? Utilizar la Fuerza de Voluntad.

El resto de lo que se recoge en *The Magical Record* se parece a un historial clínico: no podía dormir, ni comer, ni respirar, no movía el vientre, ni tenía un penique. Su situación parecía tan desesperada, que incluso el remedio del médico del *Gil Blas* de Lesage que consistía en librar a sus pacientes de la enfermedad aligerándoles de su vida, hubiera podido considerarse una bendición.

Crowley conocía a mucha gente: constantemente escribía cartas, pidiendo a las claras, o entre líneas, ayuda material. Dos de las cartas que escribiera a Gwendoline Otter pueden ofrecernos un atisbo de sus actividades en la Abadía:

Collegium ad Spiritum Sanctum
Cefalú,
Sicilia 19.4.21

Querida hermana Gwendoline
Haz lo que Quieras será toda Ley.

Afortunadamente, la vida en Cefalú no cuesta casi nada; espero que este verano te pases por aquí —es un lugar magnífico—. En este momento somos unos ocho. Me gustaría tenerte aquí, ya que eres una de la media docena escasa de personas que significan algo en mi vida, y por las que siento una profunda y esencial simpatía. Hubiera sido propio de una mala suerte abominable, debida en parte a mi estupidez, que nuestra amistad permaneciese como antes. Y ahora no puedo vivir en Inglaterra, excepto en verano, y en verano prefiero vivir aquí, donde me paso todo el día en pijama, exceptuando las cuatro o cinco horas diarias que chapoteo en el mar. A veces me encuentro muy cansado: he trabajado mucho y me parece que no tengo muchas esperanzas de que algún día pueda publicar algo. Me he sentido motivado a escribir guiones para el cine... una de las personas que están aquí es una «estrella» y revisa mis esfuerzos de acuerdo con los gustos del Gran Público Norteamericano. Si consigo pellizcar un trocito de la tarta seré rico y podré disponer de una editorial propia. También creo que mis cuadros podrían resultar un éxito: me están saliendo bastante bien. Pero lo que más gracia tendría de esta historia es que después de todo lo que he trabajado con la literatura tuviera que abandonarla.

Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Siempre tuyo, con devoción y afecto,

La Bestia 666

¡Te echo de menos! A. C.

En otra de las cartas enviadas a Gwen Otter, fechada el 25 de agosto de 1921, la saluda en términos de «Dulce hermana Gwendoline» —había sido hermana de su Orden antes de la guerra— y desarrolla uno de los aspectos de su filosofía del «Haz lo que quieras»:

Pero yo sigo trabajando para salvar a Inglaterra de sí misma: todavía hay esperanza en mi corazón de purificarla de los que se han encargado de reprimirla sexualmente. La continencia ha originado la putrefacción que engendra la pestilencia. ¡Cuánto me gustaría que tú y yo estuviésemos tan unidos en una Operación como lo estamos en nuestras almas! Nunca serás feliz —siempre pienso de ti que eres la chica más triste que conozco— hasta que no te encuentres a Ti misma, y encontrarse a uno mismo no es encontrar el E. G. O.; sólo te realizarás a ti misma cuando desarrolles un Yo impersonal al margen de tu personalidad, y llegues a conocerlo mediante su expresión en el Arte, en una operación (u Obra) que no viene a ser sino la imagen de una Idea. ¿Y por qué no la operación que permita exorcizar el repugnante fantasma del «Pecado», que mantiene embrujada a la humanidad, torturándola con la vergüenza y el miedo?

Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Siempre tuyo, con todo el corazón,

La Bestia 666

Cada mañana, Crowley se arrancaba a sí mismo del lecho y comenzaba a pintar. El trabajo es una oración disimulada y había mucho trabajo que hacer. Aunque muy lentamente, fue recuperando el valor y la energía; su estreñimiento se mudó en diarrea, y su inactividad en una orgía del pintar. Daba largas caminatas entre las colinas, para mantener alejado al fantasma de la heroína. Observó que, al deshabitarse de una droga, lo importante no es reducir la dosis, sino la «ruptura del ciclo fisiológico», al prolongar los períodos de abstinencia. Cuando se cansaba de pintar y caminar, cogía una escoba y barría el suelo del templo.

Cuando pintaba se acordaba de Gauguin, con quien se identificaba, al punto de decir que estaba «literalmente» atormentado por él. Como Gauguin, había escogido el exilio, antes de tener que soportar a los burgueses, y cubría las paredes de su casa con los esplendores de su visión. Y también él había comenzado a pintar a edad avanzada. Finalmente, hizo constar que el pintor francés había sido un Iniciado de alto rango, que, durante el día, y al aire libre, veía y oía a una ondina.

Gauguin no murió hasta el 8 de mayo de 1903, esto es, seis meses después de que Crowley conociese a Rodin, por lo que entraba dentro de lo posible haber llegado a conocerle.

Y elevando sus manos hacia el Sol, la Bestia ofreció su cuerpo, «convenientemente consagrado por años de unión íntima con hombres y mujeres de razas negra, cobriza y amarilla», a los dioses manes^[154] de Gauguin, por si el espíritu que había partido tenía necesidad de un vehículo de carne para una postrera manifestación.

Así pues, por el Poder y la Autoridad de las que me hallo investido, Yo, Baphomet 729^[155], ordeno la inclusión del nombre de

PAUL GAUGUIN

entre los santos más memorables de la Misa Gnóstica.

Baphomet XI° ^[156] O.T.O.

I. I. et O. B. ^[157]

Estaba gratamente impresionado por el hecho de que Gauguin hubiese pintado *toda su casa*. ¡Vaya genio! ¿Había pintado también los muebles? Pintar una pared para que parezca una jungla es algo bastante sencillo, pero ¿y pintar el armario del cuarto de baño para que parezca una pitón?

Encontraré la armonía haciendo de toda la casa una perfecta expresión de mí mismo: el estilo será su común denominador. No hay motivo para pensar en contradicciones cuando se compara una de mis partes, como la que, durante un huracán, lucha por seguir escalando contra las vitreas rocas del Meije^[158], con otra que fuma opio entre mi amante negro y mi acaudalada querida, y viste pijamas de Charvet. Mi alma canta mil canciones que sólo son una; y mi casa será un espejo.

La Bestia medita ante sus lienzos:

¿Y si una de mis pinturas tuviese el atrevimiento de sacarme la lengua? Supongamos que me dijera: «Yo puedo pintar igual de bien que tú, y sin embargo me achanto...». Me sentiría encantado ante una conducta tan briosa, pues si fuese capaz de sentirme insultado o celoso, o de infligir a mi creación alguna malévola injuria, nunca habría sido capaz de haberla creado...

Cada una de mis pinturas me revela una parte desconocida de mí mismo; gracias a mi arte soy capaz de obtener conocimiento auténtico...

El arte es un medio propio de dioses para el descubrimiento de propios misterios, el más fascinante, el más henchido de placeres. Cada uno de nosotros es soberano y único y, globalmente, una parte de Dios; pero no somos firmas hechas con un sello de caucho del Nombre Inefable. Somos los poemas de Dios, debidos a su inspiración, sus hijos engendrados en el frenesí de su amor; y no participaremos de Él, ni de su naturaleza, hasta que nosotros mismos no seamos capaces de inspiración y de éxtasis, libres para elevarnos y volar majestuosamente...

Y el hombre que hace bromas idiotas y discurre obscenas crueldades resulta ser una prueba, en sí mismo, de la semilla de Dios, que llenó el Universo con semejantes ejemplos de diversión. Y la «Blasfemia», que es la Indignación de lo Creado contra su Creador, es la Prueba de que 1º Creado es un Ser vivo e independiente, que ha conseguido el verdadero propósito de aquel Creador. Por ello de todas las acciones, la Blasfemia es la que más agrada a Dios.

Tenía el vivido presentimiento de que iba a suceder algo adverso y desastroso. Las cosas no podían continuar así indefinidamente. La actividad de la Abadía se había convertido en rutina, mas no de disciplina sino de indiferencia. Instó a todos a

que se serenasen y expulsaran su indolencia. Debían comenzar nuevamente sus actividades mágicas y mantener todas las cosas por encima del nivel habitual, y nada de precipitarse en el templo para satisfacer la apetencia de hacer una invocación o un voto. Pero, a todo esto, ¿qué decía el *Yi King*?

La respuesta indicaba que habían llegado al final de un ciclo. Las restricciones que estaban encontrando eran la cruda realidad, que podía aplastar los ideales que se hallaban bajo ella. No se trataba de decir: «necesitamos dinero, ¿cómo demonios podemos encontrarlo?», sino mas bien: «debemos demostrar que es posible comenzar, teniendo como únicos recursos nuestras simples cualidades físicas, mentales y morales»

Pero al final, Crowley tuvo que mirar un poco más de cerca y cruda realidad. No tenían el dinero suficiente para hacer que la Abadía funcionase; lo único que podían hacer era conseguir una pequeña suma. ¿Pero cómo? La propia Bestia era el eslabón más débil de la cadena, ya que no tenía experiencia en ganarse la vida o en trabajar en algo, «aunque mi ingenio me permita hallar una manera relativamente digna conseguir cualquier cosa, cuando me empeño en ella». Alostrael era total e irremediabilmente incompetente, pero «capaz de soportar lo indecible». Jane Wolfe carecía de una cuenta privada en el banco para poder ofrecérsela a la Bestia, que tenía un concepto bastante pobre sus habilidades financieras. Y en lo referente al hermano Genésthai, a pesar de ser físicamente fornido y tener experiencia en varios trabajos como linotipista, camarero y enfermero, era incapaz «de convertir trabajo alguno en su fórmula mágica». Lisa y llanamente, no servía para provecho. Por último, la hermana Cypris —la pobre, la de los trabajos pesados, Ninette Shumway, que estaba totalmente molida— tenía que cuidar a su bebé.

El *Yi King* fue consultado una vez más. La segunda parte de la esta fue sorprendente. Cada uno, así decía, deberá trabajar estrictamente según su propia naturaleza, y cosechar donde *no* haya sembrado.

«¿Quiere decir que debemos convertirnos en “barones ladrones”^[159]?», preguntó la Bestia.

El Sol entraba en el signo de Géminis, por lo que, para celebrar el acontecimiento, la Bestia y su Mujer Escarlata, Alostrael, realizaron una Obra de Gnosis para desatar el poder mágico de Babalon. Crowley escribió que el orgasmo duró varios minutos, «completo, sin haber sido completado. Indescriptible... una experiencia nueva». Los detalles revelan que el rito fue una parodia del sacramento cristiano de la Sagrada Comunión.

Todo el día siguiente, ayudado por Jane, estuvo pintando la pared mayor de su dormitorio. Describe su obra pictórica de la siguiente manera:

Significa la llegada a nuestro mundo de Nuestro Señor Aiwaz^[160], trayendo a 666^[161] y 31-666-31^[162]. A su derecha se halla el Demonio de la Doble Sabiduría, una combinación de lechuza e ibis, y a su izquierda el Ángel de la Triple Insensatez, híbrido de serpiente, langosta y cabra. Uno es Noche, Silencio, Meditación, y el otro, Vida, Deseo, Lujuria y Fatiga. Saturno, la Luna y un cometa se recortan sobre el

cielo.

Al día siguiente, también trabajó en la pared. «Ya casi está acabado. Pero la intensidad de mi dedicación es como la desesperación, actúa como un anestésico. La serpiente pitón de la miseria me está matando lamente. Mi fortaleza se ve disminuida por la certidumbre de que lo que hago es inútil.»

Con este talante reconsideró una vez más la situación, comenzando con la pregunta «¿Quién soy?». Sí, ¿quién era él? La respuesta —y esa ocasión no se trataba de una consulta al *Yi King*— le decía que era un *Magus* y que el voto hecho al acceder a aquella categoría le obligaba hablar a la humanidad. No podía, no debía complacerse en su silencio. Estaba vinculado a la Fraternidad de la A.´A.´, la misma iglesia interior o secreta, que Eckartshausen había indicado en su obra *La Nube sobre el Santuario*. La verdad era que él ya había hecho muchas cosas, muchas más que cualquier hombre a lo largo de los siglos. «Pues me ha sido dado el pronunciar una Palabra^[163], cuya virtud es imponer una nueva Ley, una nueva Fórmula Mágica en el Mundo^[164]; y tengo el testimonio de mis peores enemigos de que mi obra ha influido más en el pensamiento de mi generación que la de cualquier otro. El ser grande entre los hombres también ha supuesto mi fracaso.»

Sí, se había batido por la causa justa, cumpliendo parte de la Gran Obra; entonces, ¿por qué dejaba que la espada se le cayese de la mano?

Aquél era el Decimoséptimo Año del Eón, es decir, el decimoséptimo año desde la Gran Revelación de El Cairo, o 1921 *era vulgari*. No tenía nada que lamentar, nada que temer, porque estaba en las manos de los dioses. Si ellos querían que viviera y continuase la Gran Obra... ¡así sería!

Se desvistió y entró en el templo, seguido de Alostrael. Iba a pronunciar el juramento de *Ipsissimus*, el grado más elevado de toda la estructura jerárquica de la Gran Fraternidad Blanca de la Luz, un estadio más allá de los dioses, más allá de todos los conceptos mentales.

Tenía miedo de lo que estaba a punto de hacer, no fuera a ser, como diría más adelante, que realizase «algún acto alocado para demostrar su poder de actuar sin vínculos de ningún tipo».

Se dio ánimos para cumplir la proeza de afrontar con firmeza al fantasma de su propio yo, desafiante y riente, y anunciarle que él, sí, él mismo, era por discernimiento e iniciación el *Ipsissimus* («su auténtico yo»).

Yo soy, por discernimiento e iniciación un *Ipsissimus*; me enfrentaré al fantasma de mí mismo, y se lo diré en la cara. Invocaré a la propia locura; pero habiendo pensado en la Verdad, no vacilaré en inmovilizarla con palabra y obra, a pesar de lo que ocurra.

9:34 p. m. Me voy como se iría un Dios.

10:05. He regresado a mi mesa de escritorio, después de cumplir el gesto teniendo como testigo a la Mujer Escarlata. Juro guardar silencio, mientras viva, acerca de lo que he conseguido [La Mujer Escarlata, por supuesto, no se sintió obligada a ello.]

Después de haber pronunciado el juramento, había experimentado el éxtasis, el *Samadhi*, el estado del más elevado embeleso, desapego e iluminación. Era «la naturaleza sin nombre», el ser puro hegeliano y, como tal, contenía dentro de sí a lo Absoluto. No hay nada más elevado, no hay nada más. Crowley había sobrepasado al Propio Dios.

Ser un *Ipsissimus* le resultó útil para conocer sus límites: le permitió, cuatro semanas más tarde, tener, aunque sólo fuera durante un momento, una visión objetiva de sí mismo:

En lo físico soy un cobarde, pero yo mismo me he expuesto a todas las formas de enfermedad, accidente y violencia; soy elegante y delicado, pero me he obligado a mí mismo a solazarme en perversiones sucias y repugnantes, y a devorar excrementos y carne humanos. En este momento desafío al poder de las drogas a turbar mi destino y a distraer mi cuerpo de su obligación. También soy un débil en lo mental y lo moral, cuya educación en edad infantil fue tan horrible que supuso la transformación de toda mi voluntad en un odio sin restricciones, al tiempo que mi primigenia humanidad, no ejercitada, convertía mi mente y mi alma animal en algo parecido a un elefante en celo que ha roto la empalizada. Y si he sojuzgado cada una de las particularidades de mi mente, y me he construido una moralidad más severa que cualquiera de las que existen en el mundo, ha sido sólo en beneficio de la absoluta libertad de cualquier código de conducta.

PANES DE LUZ PARA MARY BUTTS

A finales de junio de 1921, Mary Butts y Cecil Maitland, que habían aceptado la invitación de Crowley, llegaban a la Abadía. La salvaje pluma de la Bestia describió a Mary, que por entonces tenía veintiocho años, como «una mujerzuela pelirroja, gorda y descarada..., un gusano blancuzco. Era pomposa, pretenciosa y estúpida. Se consideraba a sí misma una gran autoridad en literatura, pero todo su conocimiento lo era a la manera de los loros, y las tentativas que había hecho por iniciativa propia en este sentido constituían las vaciedades más aburridas que jamás hubieran sido publicadas».

Respecto a Cecil, sentía menos aversión: después de una larga diatriba acerca de su porte y su carácter, la Bestia le examinó bajo la lente de aumento de la filosofía, clasificándole al lado de Víctor Neuburg. «Hombres como Maitland y Neuburg me han sido de gran utilidad para reforzar mi convicción de que, en ausencia de la fuerza de voluntad, la colección más completa de virtudes y talentos resulta inútil.»

El libro que Douglas Goldring habría de escribir en 1943 se mostraría más objetivo respecto a Mary Butts y Cecil Maitland. Su título es *South Lodge*, y en él leemos que «siempre que me encontraba acompañado de Mary, tenía la embarazosa sensación de encontrarme en presencia de una gigante». Esto es lo que dice de Maitland:

Durante la guerra de 1914 a 1918 estuvo en la Black Watch y creo que fue gravemente herido en Gallípoli... murió en Londres de tisis, agravada por el alcohol... Le llevé la noticia de su muerte a Mary, que estaba en París, y eso le provocó un ataque instantáneo de histerismo. Aquella era una pareja extraña pero, por separado, sólo eran accidentes de la guerra.

Mary, que por su cabellera entre rojiza y dorada y por su estatura recordaba a la diosa Juno, murió más tarde, en 1937, a la edad de 44 años. Durante su vida publicó tres colecciones de historias cortas, tres novelas y otras obras; fue una escritora de talento, que merecería que alguien se decidiese a sacar su obra del olvido.

Al día siguiente de su llegada, Cecil se fue con la Bestia a nadar en la bahía (*La Caldara*). Y parece que este último hizo todo lo que pudo para ahogarlo. Cecil consiguió salvar la vida, a cambio de perder algunas porciones de su piel, al escalar las escabrosas rocas del acantilado. El Caballero Custodio de la Santa Lanza refiere que cuando fue a recoger la ropa, sangraba por todo el cuerpo. Al día siguiente tendría lugar la ceremonia de la preparación de los Panes de Luz.

Todos los thelemitas, excepto la hermana Metonith, que se hallaba en su cueva de arena, en estado de trance, se reunieron en la ladera de la colina, a pleno sol. Tanto los astros como el *Yi King* habían sido consultados, coincidiendo en su pronóstico favorable. La Bestia estaba vestida, de la cabeza a los pies, con una túnica negra y

carmesí, y llevaba un puñal en una de sus manos. Se celebró primero el Ritual de Expulsión del Pentagrama; a continuación se introdujo un gallo joven dentro del círculo mágico, que sería bautizado por Maitland con el nombre de Pedro Pablo.

Crowley resume la ceremonia en su *Magical Record*:

2:00 p. m. Ceremonia para la preparación de los Panes de Luz^[165]. Un gallo joven es bautizado con el nombre de *Pedro Pablo* según el ritual de la Iglesia Católica, por C.J.A. Maitland, hijo de un sacerdote católico apóstata, y por ello, el Hierofante «Negro» ideal. Mary Butts y yo somos los padrinos. Como Pedro y Pablo fueron los fundadores de la Iglesia de Cristo, necesitamos su sangre para la fundación de nuestra propia iglesia.

Alostrael baila en contra de la voluntad de Mary, que no aprueba mi juramento de entregarle la mitad de mi Reino. Y pide la cabeza de P.P. en una bandeja.

Lo decapito y la sangre es recogida en la bandeja de plata, con la harina ya dispuesta y todo lo necesario para la preparación de los Panes de Luz, excepto la sangre.

Yo conjuro al espíritu de P.P. para que sirva a estos panes, con los que fundamos nuestra Iglesia, para que podamos hacer uso de ellos.

El gallo es sacrificado en honor a Ra-Hoor-Khuít^[166], invocado antes de la efusión de sangre.

Esta ceremonia duró más de dos horas. Supuso la iniciación de Mary Butts y Cecil Maitland en la vida religiosa de la Abadía, y un espectáculo que atrajo la presencia de gran número de habitantes del lugar, para turbación de Crowley. Mary y su amante pronunciaron el Juramento de Afiliado y firmaron en el registro de la Abadía.

Mary Butts había estado casada con John Rodker, poeta, traductor y editor de libros de inusitada calidad literaria, en elegantes ediciones de coleccionista. Él era, precisamente, el traductor al inglés de *Les Chants de Maldoror*, que su famoso autor escribiera en 1868.

Tratar con Rodker es, un poco, como llegar a percibir los aromas del Lejano Oriente. Era, al menos entre 1913 y 1914, la persona más sucia y cochina que jamás haya conocido. Acostumbraba a darse una vuelta por mi estudio para fumar de gorra. Mary Butts lo había rescatado del arroyo, le había lavado y vestido, y había acabado casándose con él, debido a un complejo que sufría: buscaba un hombre que no pudiese competir en modo alguno con ella, condición que se cumplía en Rodker y en Cecil Maitland. Y abandonó a Rodker por este último. Mis relaciones con ella nunca fueron íntimas. Simplemente, nos agradaba intercambiar puntos de vista. (De una carta que Crowley escribe el 4 de diciembre de 1928 a Gerald Yorke.)

Es evidente que, descontando a Eckenstein, a Bennett y a muy pocos más, Crowley nunca dijo nada agradable de nadie. La carta prosigue con un análisis de sus razones para encontrarse siempre escaso de fondos:

Los Dioses han sido extremadamente generosos conmigo. Se han portado de una manera delicadísima en todas las cosas, excepto en el dinero, y estoy totalmente seguro de conocer la razón por la que no soy millonario. Me han estado entrenando para que fuese capaz de vencer la ansiedad que siento por el dinero. Ha durado mucho, pero aún tengo momentos de debilidad. No es que yo piense en posibles estrecheces, pero cuando las cosas van mal tengo, en cierto modo, la sensación de molestia y de interferencia con el trabajo.

La fuerza inconsciente que le mantenía aprisionado —a la que daba

indistintamente los nombres de Aiwaz o de «los dioses»— no tenía en cuenta que él era un hombre que vivía en sociedad y que las facturas solían colarse por su buzón.

Al mes siguiente, sir Frank Bennett, VII° O.T.O., desembarcaba en Palermo y se dirigía a Cefalú para obtener iniciación e instrucciones del santo dirigente de los thelemitas en persona.

Crowley dice que Bennett era un «trabajador». En efecto, era un albañil de Lancashire que, poco antes de 1914, había emigrado a Australia; pero en 1909, cuando todavía estaba en Inglaterra, se había puesto en contacto con Crowley por mediación de *The Equinox* para pedirle consejo acerca de la práctica de la magia de Abra-Melin. Uno de los motivos que inducían a Bennett a practicar aquel tipo de magia era el intentar librarse de los dolores de cabeza y silenciar las misteriosas voces que escuchaba. Crowley le había aconsejado comenzar y terminar cada una de las meditaciones de Abra-Melin con los rituales de expulsión del Pentagrama y del Hexagrama, usar la fórmula divina de Harpócrates (como medio de protegerse de las influencias externas), leer menos y practicar más la jardinería.

Bennett era miembro de la A.'.A.'. de Crowley, y había adoptado el nombre mágico de Progradior (más correcto habría sido Progrebior), «Yo progreso». También era caballero de la Orden de los Templarios Orientales, sujeta a la autoridad de Baphomet, lo que explica su tratamiento de *Sir*. Ya en Australia, había escrito a Crowley, quien le invitaría a Cefalú, donde, así le había dicho en su carta, no podría por menos de beneficiarse del rígido e intenso curso de iniciación que iba a preparar para él. Y a título de aliciente adicional, añadió que había «cauterizado la simiente» del ego de Jane Wolfe.

Bennett, de cincuenta y cinco años de edad, llegó a Cefalú el 17 de julio de 1921, causando en la Abadía un ligero contratiempo pues, ¿dónde iba a dormir Sir Frank? Se disponía de otro edificio nuevo (llamado «Bajo la colina» en honor de Aubrey Beardsley, y también *Ad Umbilicum*, ya que se utilizaba como guardería), pero aún se carecía del espacio necesario para acomodar a los amigos y seguidores de la Bestia que ahora se amontonaban en la Abadía.

El hermano Progradior era superior al hermano Genésthai en edad y rango, y por eso —y también por una cuestión de educación— lo correcto era que Genésthai le cediese, a título temporal, su habitación. Pero Genésthai pensaba de otra manera, pues, ¿cómo iba a continuar la Gran Obra sin una estancia privada para practicar el estudio y la meditación? Crowley dice que se retiró rojo de rabia. «Le indiqué con extremada cortesía», escribe la cabeza visible de la Abadía, «las diferentes consideraciones que había que tener en cuenta. Habría sido lo mismo hablarle a un nabo... no, mejor habría sido esto último, puesto que los nabos no tienen ojos inyectados en sangre, ni se hinchan, como si fueran a estallar.»

La tensión aumentó. La hermana Metonith, que regresaba de su Gran Retiro Mágico, le ofreció su habitación; si era necesario, emprendería otro Retiro Mágico, pero Crowley, haciendo gala de justicia, se negó a aceptar aquella solución.

Al final, la Bestia cogió una toalla y le dijo al hermano Genésthai que su obra valía menos que «la blasfemia de un calderero», y que sería aconsejable que hubiera salido de la habitación para cuando él regresara de su baño.

La Bestia volvió de nadar y, encontrando a Genésthai tan inflexible como antes, se retiró a su habitación para sopesar la situación. Finalmente, en su sabiduría, decidió que supondría una enorme ventaja para la salud de Genésthai que éste se tomase unas vacaciones fuera de la Abadía. Y le recomendó Palermo. Genésthai había estado trabajando demasiado en los últimos tiempos y eso le preocupaba enormemente.

En cuanto la idea fue propuesta, resultó inmediatamente interpretada por Genésthai como un destierro: rabioso, y sin llevarse provisiones, corrió a toda prisa hacia la cima de una colina cercana, llamada «La Roca». La hermana Cypris salió de la Abadía, y con las manos a guisa de visera, consiguió distinguirlo, caminando hacia delante y hacia atrás, «como el poseso de Gádara^[167] entre las tumbas», diría Crowley. A la hermana le daba pena, porque le prefería a los demás. Así pues, rogó a la Bestia que interviniera, insistiendo en que Genésthai era un irresponsable, que era como un niño, y que se habría comportado de manera diferente si hubiera sido tratado con gentileza. Pero Crowley, aunque conmovido por su súplica, se mantuvo firme. No haría nada: ya había dicho todo lo que tenía que decir. Lo máximo que podía consentir era no prohibir a Cypris cualquier ayuda que ella pudiera prestarle. «Que baje», dijo el Caballero Custodio de la Santa Lanza. «No ha subido hasta allí arriba por mi voluntad. Cuando quiera puede bajar a comer y beber y a sentarse con nosotros, con tal que se hallen en posesión de su sano juicio.»

Y así, la hermana Cypris, la Segunda Concubina de la Bestia, algo postergada en los últimos tiempos, llenó un morral con alimentos y bebidas y ascendió por las sofocantes pendientes hasta una derruida caseta de piedra, convertida por Genésthai en su cuartel general.

Crowley escribe que se negó a hablarle, pero que aceptó el agua que ella le ofreció.

Al día siguiente se concluyó el drama. La Bestia, que estaba adormilada en un sofá dispuesto a la entrada principal de la Abadía, se despertó por la precipitada entrada de Genésthai. «Su aspecto me alarmó de veras: estaba sin lavar ni afeitarse... tiró en el piso, junto a mis pies, una mochila, mientras rugía: “Aleister Crowley”...Y entonces se fue, de la misma manera súbita y misteriosa como había llegado. La siguiente vez que le vi, era nuevamente la misma persona, aunque mostrase evidentes signos de agotamiento.» La mochila contenía el diario mágico de Genésthai, descrito por Crowley como «un incoherente revoltijo de lamentos insensatos y violentos», un diario de odio contra la Bestia y su Ramera, la Mujer Escarlata. El resto de lo que Crowley refiere acerca de Genésthai es puro insulto; pero en conflictos como aquél, Crowley raramente se censuraba a sí mismo:

Nuestras relaciones acabaron, exceptuando alguna ocasional correspondencia, a finales de aquel año, cuando nos dejó para irse a Australia, oficialmente para ayudar al hermano Progradior a difundir la Ley. Sin embargo, estuvo muy poco tiempo en Sydney; se marchó a San Francisco, donde, libre de todo tipo de guía y control, se disgregó en una serie de espasmos cuyos particulares no conozco y que carecen del interés suficiente, al ser síntomas casuales de un estado mental que yo ya había estudiado lo suficiente.

Aquéllas eran las últimas palabras de Crowley respecto al hermano Genésthai. La Bestia había esperado mucho de él, incluso que podría llegar a convertirse en su Hijo Mágico, y continuar la Gran Obra, después de que los sátiros le hubieran conducido alegremente al Mundo Inferior. Pensaba que había encontrado un Gran Adepto en Genésthai. «¡Ve, hermano, a la Única Orden, deja a que tu frente lleve, al igual que la mía, la Estrella de Plata!» Estaba auténticamente apenado por la triste manera en que todo había acabado. En realidad, el hermano Genésthai se comportó de acuerdo con su nombre mágico, y a su debido tiempo fundó en California una sociedad mágica, de la que fue su dirigente.

Crowley escribió en una de sus cartas: «Por aquella época me encontraba inmerso en el trabajo, mucho más serio, de curar las psicosis que se hallaban profundamente arraigadas...».

La época se refiere a 1921, y la «psicosis» en que, con seguridad, estaba pensando, era la de Bennett. Cuando confió a sus *Confessions* aquel episodio, admitió que había fracasado con el hermano Genésthai, pero que —así lo escribió— el hermano Progradior suponía un brillante contraste. El éxito que había tenido con él bastaba para compensar una docena de fracasos.

Crowley curaba las psicosis y las neurosis de la siguiente guisa. Comprendía que la mente, o psique, se halla dividida en dos niveles, el consciente y el subconsciente, idea que ya forma parte de la tradición oculta. Tomaba de Freud, aunque sin acusar recibo, la noción del subconsciente como fuerza dinámica y perturbadora. Y a Crowley le hubiera resultado difícil reconocer su deuda, pues él mismo se tenía por uno de los más grandes psicólogos de la época.

De tal planteamiento se deducía que psicótico o neurótico era todo aquel cuya mente subconsciente se hallara dislocada respecto a la consciente. Por ello, la técnica terapéutica de Crowley consistía en enderezar la mente consciente («cauterizar las semillas del ego»), dejando que la mente subconsciente ocupase el hueco creado y procediese a su propia curación, una técnica que tenía puntos en común con la de su colega en taumaturgia Gurdjieff^[168].

Crowley dijo que no había duda de que con Bennett había algo que no andaba bien, pero no explicó claramente a qué se refería.

Y poco después, una tarde en que Crowley, Leah y Bennett se habían ido a tomar un baño, y justo cuando llegaban al borde del acantilado que se cernía sobre la bahía, Crowley hizo a Sir Frank una observación casual «que más tarde podría comprobarse que había sido todo un acierto». Crowley no dice en qué consistió esa observación, pero sí describe sus resultados. Bennett se detuvo de golpe, jadeante, con los ojos que

parecía que iban a salirse de las órbitas. Momentos más tarde, Crowley le vio precipitarse por el sendero, «como una cabrita», despojarse de sus ropas y lanzarse al mar.

Progrador no dijo una palabra hasta que todos hubieron regresado a la carretera después del baño; y entonces, con el rostro pálido y la voz llena de reverencia —sigo la narración que hace el propio Crowley— le dijo: «Te lo ruego, cuéntame nuevamente lo que me dijiste antes».

«¿Y cómo demonios quieres que me acuerde?», le contestó Crowley.

Bennett le pidió que discutiera el asunto con él de manera extensa, cosa que Crowley hizo pero que, sin embargo, no reseñó en su diario, en donde el episodio concluye con la afirmación de que, en cuanto regresaron a la Abadía, Bennett cayó en un trance que duró tres días:

Y entonces, se acercó a mí, como la encarnación de la alegría en estado puro, y me contó lo que le había sucedido. Sin ser consciente de su necesidad, le había dado sin pensarlo la llave que le había abierto los tesoros más recónditos de su alma. Una minúscula faceta de la Verdad desvelada de la matriz había reflejado la luz, gracias a la rueda de mi Palabra. En tres días había alcanzado la iniciación crítica que le había estado desconcertando durante cerca de treinta años.

Todo esto es muy poco satisfactorio: Crowley no explica qué era lo que no funcionaba en Sir Frank, y deja totalmente a oscuras la naturaleza de su curación. Debemos contentarnos con creer en su palabra, y basta.

En conformidad con la regla de la Abadía, Bennett comenzó a llevar un diario, o registro mágico. Afortunadamente, se ha conservado, de modo que la naturaleza de la psicosis de Bennett y de la terapia de Crowley, «todo un acierto», son reveladas.

Bennett debía comenzar su Retiro Mágico, pero antes de que pudiese tener lugar, Crowley, que iba a darse un baño con Leah, le invitó a que les acompañase. Y Bennett, que no era buen nadador, no se sintió muy atraído, pero se avino a ello.

Era una espléndida mañana, sin viento, y el mar era de color azul índigo, tirando a verde pálido. Los tres se quitaron la ropa, y desnudos, se sentaron un rato a la sombra de una roca, gozando de la vista del mar y del cielo. Sin previo aviso, Crowley le dijo a Bennett: «Progrador, quiero explicarte completamente, y en pocas palabras, lo que significa la iniciación, y qué entendemos al hablar del Yo Verdadero y qué es este Yo Verdadero».

Y entonces Crowley le dijo que todo consistía en poner a trabajar la mente subconsciente, y cuando podía hacerse con pleno rendimiento, sin interferencias de la mente consciente, entonces se podía decir que la iluminación había comenzado, puesto que la mente subconsciente es nuestro Santo Ángel de la Guarda.

Crowley ilustró este punto de la siguiente manera: todo viene experimentado por la mente subconsciente, que impone constantemente su voluntad a la mente consciente, y cuando los deseos interiores resultan restringidos o suprimidos, el resultado no es otro que toda serie de males.

Crowley prosiguió diciendo que el sexo es el problema más profundamente

arraigado de la humanidad; se presenta precozmente y causa muchos perjuicios: lo llevamos con nosotros a lo largo de nuestras vidas, y atormenta a casi todo el mundo con las torturas del infierno. El sexo se halla centrado en la mente subconsciente y ningún tipo represión consigue detenerlo, pues siempre consigue encontrar de nuevo su camino, del modo que sea, en los sueños o en las enfermedades si no es satisfecho transforma al individuo en un loco o en «algún aborto infernal».

La explicación de todo esto, dice Crowley, radica en el hecho de que los órganos sexuales son el símbolo físico de Dios y del Sol: tienen poder creativo, y por eso, de entre todas las partes del cuerpo, son las que más agradan a Dios y las que se hallan más próximas al Santo Ángel de la Guarda.

Estas nociones sorprendieron enormemente a Frank Bennett. Había considerado la mente subconsciente solamente como un receptáculo, por así decirlo, de todos los conocimientos y experiencias acumulados en la vida; y creía que el Santo Ángel de la Guarda era una especie de mente superconsciente hacia la que debemos aspirar; era como escalar el Árbol de la Vida para llegar a Tiphereth, el corazón del hombre en el microcosmos o el Sol en el macrocosmos.

En un momento de intuición, el hermano Progradior vio, como nunca antes había visto, que sólo era cuestión de escuchar la mente inconsciente y hacer lo que aconsejaba, si es que se quería alcanzar la Verdadera Voluntad, la esencia de la doctrina de *Thelema*. «Así pues», concluyó Bennett, cuando transcribió en su diario aquella conversación, «Haz lo que quieras será toda la Ley, es VERDAD.»

Después de la lección, los tres entraron en el agua. La Bestia y su Mujer Escarlata se alejaron para nadar mejor, pero Progradior, después de aquellas revelaciones, se sintió débil y sólo pudo chapotear cerca la orilla. Las palabras de Crowley aún sonaban en sus oídos y no lo abandonaban ni por un instante. No tardó mucho en salir del agua, vestirse y esperar a la sombra.

Bennett aguardó a que la Bestia acabara de nadar y comenzara a vestirse, para rogarle que le repitiera lo que le había dicho antes meterse en el agua. Crowley le complació, aunque a regañadientes. Después, se quedó en silencio y, junto a Leah, echó a andar hacia la Abadía, ya de regreso. Bennett les seguía de cerca, todavía abrumado por palabras de Crowley.

Más tarde, Bennett escribió en su diario mágico, con profunda emoción, que si en el pasado hubiera sabido todo aquello se habría ahorrado problemas y penas sin número; en su lugar, lo que le habían enseñado era la condenada doctrina de que todos aquellos deseos procedían de la carne, y por ello del demonio, y debían ser suprimidos, y que el hombre no debía tener aquellos deseos. «¡Oh, Dios, cuánta felicidad he perdido gracias a aquellas diabólicas enseñanzas! Yo, un hombre perfectamente sano, he hecho todo lo posible para suprimir aquellos deseos perfectamente naturales, y sólo para encontrarme cada vez con que siempre eran igual de fuertes, si no más fuertes que antes.»

Aquella noche, mientras tomaba café, Crowley desarrolló con más amplitud su

teoría de la mente inconsciente y su relación con la mente consciente (que en la narración que hace Bennett aparece también con la expresión de “mente física”). En esta teoría, el hermano Progradior parecía ver «toda la explicación de la evolución», que explicaba de esta manera: todo está contenido, y debe estar contenido en el «astral», que es un cuerpo interno^[169] que produce el cuerpo físico externo. Bennett concluyó el comentario de estas abstrusas ideas diciendo que «este conocimiento es tan grande que siento la cabeza como si se me fuese a partir».

Pero después se recuperó y dijo hallarse perfectamente sano, tanto de cuerpo como de mente, dio las buenas noches a todos y a las 11:00 p. m. se retiró a su habitación, donde, tras desvestirse, se puso uno de sus pijamas y se fue a la cama. Pero no tenía sueño y, las ideas revolucionarias de su Maestro, la Bestia, comenzaron una vez más a agitarse en su mente. Cuanto más intentaba ignorarlas, más persistentes se hacían, hasta que sintió nuevamente que la cabeza le iba a estallar. Esta vez, el dolor se hizo más fuerte, con lo que literalmente se hizo un ovillo, retorciéndose casi en la agonía. Miró su reloj: eran las tres de la madrugada. Todos en la Abadía debían de estar profundamente dormidos. Su cama estaba empapada de sudor. Se sintió sofocado y se levantó a abrir la ventana para que entrase el aire. Para mitigar su intenso dolor de cabeza, se la cogió con ambas manos.

Le parecía que la habitación se encogía alrededor de él; ni siquiera los frescos de Crowley sobre las paredes —unos peregrinos que se dirigían a través de las montañas hacia una pagoda de coral y jade— conseguían hacerla más grande; tenía que salir a tomar el aire o volvería loco.

Apretándose todavía la cabeza, que ahora parecía habersele dilatado hasta asumir proporciones gigantescas, el hermano Progradior salió corriendo de la Abadía. Descalzo y en pijama, paseó a lo largo de un áspero sendero que conducía a la ladera de la colina. Estaba sofocado y se debatía y peleaba como un hombre a punto de ahogarse, pero cuanto más se debatía, mayor era su dolor de cabeza. «Estaba desesperado», dijo, «y luchaba como un perturbado. Y cuando me hallaba en aquella lucha desesperada, oí que alguien, dentro de mí, me decía: “Respira profundamente”; lo hice y me sentí mucho más calmado.»

Cuando se tranquilizó, se dio cuenta de que estaba empapado en sudor y de que las piedras puntiagudas y las espinas lastimaban sus pies descalzos. Paulatinamente, su dolor de cabeza fue remitiendo, y le pareció que, en vez de estallar, algo se estuviese cerrando y, al mismo tiempo, extendiendo dentro de su cabeza.

Regresó a la Abadía y entró en su habitación sin hacer ruido. Ahora su mente se hallaba tranquila, pero «la negrura absoluta impregnaba todo mi ser». Consultó su reloj: las tres y media. Su delirante vagabundeo entre tinieblas por la ladera de la colina sólo había durado media hora. Se dejó caer en la cama y se durmió en seguida.

Cuando despertó, hacía un día radiante. Se dio cuenta de que lo que le había dicho Crowley el día anterior le había sobrepasado. Se sentía perplejo y miserable, y se quedó un buen rato en la cama, cavilando sobre su vida y la nueva instrucción.

Cuando se levantó, no se sintió con ganas de abandonar su habitación, por lo que pasó en ella la mayor parte del día, silencioso y deprimido, e incapaz de concentrarse. A las nueve y media de la noche se fue a la cama pero, como había esperado, la sensación de ahogo y de que la cabeza se le había vuelto de un tamaño mucho mayor de lo normal regresaron de nuevo; y durante todo el tiempo fue incapaz de impedir los pensamientos que se precipitaban sobre él.

Más tarde, escribiría en su diario mágico:

¡Qué locos somos los hombres! Nos construimos una prisión y construimos espejos para cubrir con ellos sus cuatro paredes; y no satisfechos con ello, también cubrimos el techo con un espejo. Y estos espejos son nuestros cinco sentidos que se reflejan en cientos de formas hasta que estamos tan confundidos que creemos que estos reflejos de nosotros mismos —del hombre como reflejo del Hombre y del Toro— son los únicos existentes. Pero algunos han examinado esos espejos y los han pulido, descubriendo que cuanto más lo estén, menos reflejarán. Y después ha llegado la hora en que se han dado cuenta de que no son espejos, sino solamente velos, y que cualquiera puede ver a través de los velos.

Ahora, diligentemente, da comienzo el pulimentado, y el trabajo se convierte en éxtasis: la verdadera delicia de los cinco sentidos que el hombre siempre intenta sobrepasar. Entonces le es revelado que él es algo más que Hombre y Toro, es Águila Real, siempre en lo alto, con la fortaleza del león...

He escrito todo esto tal y como lo he percibido, que es exactamente lo que la Bestia me dijera: y todo está en el plano astral.

Todo aquello, ahora, le parecía tan claro a Bennett que no podía comprender cómo no lo había visto antes. El yo subconsciente, que se encuentra exactamente detrás del velo de los sentidos, es la realidad última, y siempre está intentando decírselo «al estúpido Hombre y al obtuso Toro para que puedan realizar los designios de la Vígil Águila y del Majestuoso León, que son su Verdadera Voluntad, de manera que llegue a convertirse en lo real y en lo auténtico, en Rey, sentándose en su trono y conversando con el Santo Ángel de la Guarda».

El «estúpido Hombre» es todo aquel que vive solamente en el plano de lo consciente; el «obtuso Toro» es el subconsciente aislado de lo consciente. Ciertamente, éste era el caso de Frank Bennett: su subconsciente, o inconsciente, había sido separado del consciente, y el resultado le hacía ser obtuso. Pero Crowley le había abierto de par en par las riquezas del subconsciente, dándole el impulso que le permitiría liberarse a sí mismo, para dejar libre al Águila, el ave que asciende a las alturas y que es por ello un símbolo del espíritu. El llevar a cabo los designios de la Vígil Águila y del Majestuoso León —en alquimia, el león es uno de los símbolos de Cristo— era una cuestión que le urgía.

El resto del simbolismo —convertirse en Rey, sentarse en el trono y conversar con el Santo Ángel de la Guarda— pueden ser elementos espurios que resultan del enfrentamiento súbito con las imágenes del subconsciente. Por otra parte, el Rey es el Redentor, y la redención era el fin principal de aquel albañil australiano, cuando, en 1921, había dejado su tierra para reunirse en Sicilia con Crowley.

A la noche siguiente se repitió el mismo estado de excitación; así pues, éste es el trance, que duró tres días, que Crowley menciona en sus *Confessions*, más bien con cierto desdén. Bennett, en lugar de intentar resistirse, pensó que sería mejor quedarse

lo más inmóvil posible. «Por eso me acosté en la cama, y me dije que debía considerar aquello como una forma peculiar que Dios tenía de hablar con mi alma. Y este pensamiento tuvo como resultado que me fuera serenando poco a poco.»

Pero, a pesar de esta consideración, el hermano Progradior no pudo dejar de pensar, y del maremágnum de sus pensamientos siempre salía a flote esta sentencia del *Liber Legis*: «El *Khabs* está en el *Khu*, y no *el Khu* en el *Khabs*»^[170]. Rápidamente, se le ocurrió que no era más, aunque de una forma velada, que lo que le había dicho la Bestia, o sea, que la mente subconsciente ocupaba todo, y que su mente subconsciente, que según Bennett era el *Kbabs*, «la estrella», estaba *en* el *Khu*, en la mente consciente, y no al contrario. Y dado que el subconsciente determina el consciente, aquello era cierto.

Bennett se sintió tremendamente animado ante la nueva revelación «Esto hizo que todos mis miedos e inquietudes se aliviasen y aquietasen, con lo que de nuevo sentía una especie de éxtasis y de paz; pero me di cuenta de que sudaba tanto que estaba totalmente mojado.»

Entonces se le ocurrió la idea de que el *Padrenuestro* era una prueba adicional de la mente subconsciente, tal y como se hallaba resumida en la sentencia de Crowley «Haz lo que Quieras será toda la Ley».

Padre nuestro, que está en el Cielo, Santificado sea Tu Nombre...hágase Tu VOLUNTAD así en la Tierra, como en el Cielo...

Hágase Tu VOLUNTAD...

Y mi éxtasis aumentó, mientras la idea se desarrollaba sola: cuando un hombre hace en la Tierra la Voluntad del Padre, siendo consciente de que se trata de su Verdadera Voluntad, se convierte en puro...

Comenzó por alabar a Dios, recitando el «himno» que comienza así: «Tú, que eres Yo, más allá de todo lo que soy yo», y que forma parte de *The Ship*, un «auto misterico» de Crowley (véase capítulos 13 y 23).

La fase sucesiva, durante la que Bennett se hallaba en un estado extático, o maníaco, generó ideas de grandeza: había visto la verdad y comprendido la ley del cumplimiento de la Verdadera Voluntad, tal y como había sido enunciada por la Bestia; ahora podía ir a predicar la ley a los líderes laboristas y a la clase trabajadora, y veía cómo todas y cada una de las personas, podían, gracias al contacto con su propio subconsciente, realizar su Verdadera Voluntad. «Y en mi imaginación, me veía a mí mismo como un Gran Dirigente, y miembro del Parlamento, sin que lo hubiese deseado, como consecuencia de haber sido elegido por las dos clases sociales.»

El jueves, 1 de septiembre, el hermano Progradior se fue a un Retiro Mágico, llevando consigo la novela de Mary Butts *Ashe of Rings*, editada en París por la Three Muontains Press, y un trabajo a máquina titulado *Liber Samekb*, que era un ritual para la consecución del Conocimiento y de la Conversación con el Santo Ángel de la Guarda de cada uno (*Congressus cun daemone*), que Crowley acababa junto de escribir, bajo el estímulo de la afortunada iniciación del hermano Progradior, a quien estaba dedicado («Escrito An. XVII (1921)... en la Abadía de Thelema, en

Cephaloedium, por la Bestia 666 para uso del HERMANO PROGRADIOR»), y que sería recogido en su totalidad en su obra *Magia. Teoría y Práctica*.

Todo esto se encuentra en la base de las doctrinas secretas de Egipto que se irradiarían a la gnosis Alejandría, a los neoplatónicos, y a los «iluminados» de Irán. Participa del mismo orden de cosas que el pensar que si «la cara es el espejo del alma», es debido a que, en un principio, es el alma la que moldea al cuerpo. (*N. del T.*)

El Retiro Mágico de Bennett debió de ser sólo parcial, ya que regresaba diariamente desde su tienda de campaña a la Abadía, donde se unía a algunos coros y participaba en algunos rituales como el del «Pentagrama».

El 4 de septiembre haría la siguiente anotación en su diario: «He explorado la problemática de ser un ente separado. No he tenido éxito, porque no he podido despegarme del yo subconsciente, por lo que intenté ser consciente en el yo subconsciente, como si fuera un ser distinto».

La «problemática de ser un ente separado» no era otra que la problemática de la consciencia de Bennett, que Crowley había acertado en diagnosticar, que se sentía ahogada al hallarse desconectada de su inconsciente. Aparentemente, Bennett intentaba definir su alterada consciencia —podría llamarse neurosis a su estado mental— mediante un acto de introspección. Después intentó utilizar su consciente como una antorcha para iluminar el inconsciente, una fase que suele darse en el Psicoanálisis.

El resto del tiempo leía *Ashe of Rings*. Da la impresión de que Bennett sólo tenía consigo el original a máquina de la novela, lo que implicaría que Mary Butts la había terminado en Cefalú; eso explicaría la observación de Crowley de que desaparecía después del almuerzo Para irse a escribir algunas páginas de «idioteces».

«Meditación sobre el pasado y el futuro», escribió Progradior en su diario mágico, con fecha del 5 de septiembre:

Puedo dar esto por terminado, pues cuando miro hacia atrás y observo A transcurso de mi vida, me encuentro con que he invertido treinta y seis años buscando el buen camino. Cuando hace doce años vi por primera vez a la Bestia, decidí, más por una corazonada que por otra cosa, seguirle. Y en los últimos años, desde que recibí *The Book of the Law*, he trabajado mucho según sus enseñanzas. Pero desde que le he visto y he vivido con A en la Abadía, he podido ver algo de su vida interior, así como su gran desilusión, no con su obra, sino con aquellos que deberían cumplirla, difundiendo sus enseñanzas y la Ley, tal y como la recibieron de él.

Estoy decidido a que no sufra ninguna desilusión por mi causa, puesto que invertiré lo que me quede de vida en difundir su enseñanza. Quizá no sea capaz de hacer gran cosa. Pero con la ayuda de él, de la Bestia, y de mi Verdadero Yo, que me ha permitido vislumbrar, creo que seré capaz de mucho. Pues él sólo me ha conducido hasta el conocimiento de mi verdadero yo subconsciente. Bendito sea para siempre su Nombre. Y que los dioses me permitan reencarnarme de nuevo junto a él, y ser una vez más su discípulo.

Aquellos estados de júbilo eran seguidos, como era de esperar, de estados de depresión. Una charla con Crowley acerca del subconsciente no resolvería todos los problemas espirituales de Bennett. El 9 de septiembre, a las seis de la madrugada, se levantó, y después de lavarse, vestirse y ordenar su tienda, comenzó a meditar. La

idea de Dios, de Dios existiendo en todas las cosas, vino a su mente. Dios estaba en todas partes, incluso en las cosas que eran malas.

Más tarde, volvió a meditar, y de nuevo vio a Dios en todo lo feo y deforme, así como en todas las cosas hermosas.

Un artículo que Bennett había escrito sobre los viajes astrales y la Cábala es mencionado por la Bestia, con cierta dosis de crítica, pues aquel día Bennett se lo enseñó durante la comida. Bennett escribió en su diario que aunque nunca había sido un gran experto en la Cábala, en cierta ocasión una voz interior le había dicho que diera una conferencia sobre ella, y él por poco no se echó a llorar cuando decidió darla. Comenzó a estudiarla febrilmente, y el día señalado, mientras se acercaba a la estancia donde iba a pronunciar la conferencia, tuvo la impresión de que no sabía nada de aquella materia. Pero, a pesar de todo, la conferencia fue un notable éxito y, posteriormente, recibió muchas cartas de personas que habían estado presentes, diciéndole lo mucho que las había ayudado. Podía expresarse con claridad y confianza respecto a la Cábala mística mientras estuviese charlando con alguien que conocía muy poco, o nada, al respecto, pero en cuanto comenzaba a hablar de la Cábala con Crowley, enmudecía.

Crowley había establecido la regla de que los diarios de sus pupilos debían serle consignados periódicamente para su inspección. Cuando Crowley comenzó a leer las dudas del hermano Progradior acerca de sí mismo y de su incapacidad para comprender la Cábala, escribió al margen que sus «esfuerzos para enseñarle la Cábala había sido parecidos a los que se hacen para que un asno suba por una colina».

Este comentario sumió a Progradior en la más negra desesperación, y aquella noche se fue a la cama con la sensación de que estaba en el infierno. Se quedó dormido y soñó lo siguiente: la Bestia 666 no escatimaba esfuerzos en empujar a un asno para que subiera, montaña arriba, por un sendero estrecho y empinado.

El asno llegó a una especie de peldaño que había en el sendero y se negó a subir por él, yendo a derecha e izquierda, como si intentase encontrar un modo de rodearlo.

Y cuando la Bestia 666 vio lo que el asno estaba intentando hacer dijo: «Debes intentar vencer este peldaño por ti mismo». Y dio la vuelta y comenzó a bajar por el sendero.

Rápidamente se hacía de noche. En realidad, cuanto más se alejaba la Bestia, mayor era la oscuridad; la Bestia dobló un recodo, perdiéndose de vista, y todo estuvo tan oscuro como la pez.

Cuando el asno vio que la oscuridad era total, levantó la cabeza y comenzó a rebuznar.

En aquel momento crucial, el durmiente vio su propio rostro debajo de la quijada del asno: era idéntico al dibujo que la Bestia había hecho de él, con los ojos cerrados y una cara larga, cansada y llena de preocupación.

La Bestia 666 era el Maestro, la luz, y Progradior, que rehusaba subir a las alturas, al reino del espíritu, un asno.

A la mañana siguiente, Bennett consignó su sueño en su diario mágico que, a su debido tiempo, fue leído por Crowley, quien escribió al margen: «¡Excelente, John Bunyan!»^[171].

Hacia finales de año, Bennett dejó la Abadía y se embarcó para Australia, donde, con todos los medios a su alcance, difundió la palabra de Crowley. Y, por supuesto, mantuvo su correspondencia con la Bestia y su Mujer Escarlata, Alostrael, para todos los asuntos concernientes a la Orden.

El verano se estaba acabando. Mary Butts y Cecil Maitland habían regresado a París, henchidos de magi(k)a. Habían visto, entre otros portentos, a la Mujer Escarlata copulando o, mejor dicho, sin conseguir copular, con un macho cabrío. El animal no se sentía excitado por un ser humano y contemplaba indiferente el trasero de Leah. «He ofrecido el cuerpo de Babalon a un macho cabrío virgen, que no aceptó el ofrecimiento.» Y añade, más adelante, «compensé, con creces, al joven macho cabrío». Sin embargo, el animal, «que había yacido con una mujer», debía recibir su castigo, y Crowley, inmisericorde, le había cortado el gaznate como final de la curiosa ceremonia; la sangre había salpicado el torso desnudo de Alostrael, quien, haciendo un aparte, le preguntó a Mary Butts: «¿Y ahora, qué voy a hacer?», a lo que aquélla le contestó: «Si yo fuera tú, me daría un baño». Mediante aquella ceremonia, Crowley estaba intentando imitar, introduciendo alguna variación, el rito en el cual un macho cabrío, entrenado al efecto, copulaba con una sacerdotisa del templo; Herodoto había observado esta ceremonia en su viaje a Egipto, calificándola de «prodigio».

El episodio de Leah y el macho cabrío se cita de pasada —muy de pasada— en *South Lodge*. Goldring, asustado de que Crowley pudiera emprender contra él una acción judicial por libelo (lo que se convertiría en una costumbre), se refiere a él como «un mago notorio».

Mary vio unas luces azules en la Abadía y, en una ocasión, «un enorme toro alado asirio». Crowley alababa su facultad de clarividencia. Pero, a diferencia del hermano Progradior, ella no necesitaba conocer su Verdadera Voluntad, porque ya la había descubierto, para frustración de la Bestia. Maitland oía voces provenientes del plano astral...

Se fueron el 16 de septiembre, después de sólo tres meses de instrucción en el *Collegium and Spiritum Sanctum*. Según Douglas Goldring, después afirmarían que su estancia en la Abadía había dañado irreversiblemente su salud, convirtiéndolos en adictos a las drogas.

Crowley pintaba, escribía ensayos y poesía, imaginaba proyectos irrealizables, y sondeaba ansiosamente el futuro. El Sol, en su majestuoso discurrir, entraba en el signo de Libra, y los sistemas digestivo y respiratorio de Su Vicerregente en la Tierra, la Bestia 666, aumentaron su grado de confusión. Con una mano luchaba contra el insomnio y con la otra contra el aburrimiento. «Ayer por la tarde me dejé caer, exhausto, a la sombra de un establo, en la ladera de la colina, y me quedé dormido

encima del suelo de piedra, unas tres horas. Cuando me desperté, sentí el impulso pasional de marchar precipitadamente, con alguna excusa, a Inglaterra, y obligar a algunos de los ladrones y traidores que me robaron a que me devuelvan lo que me pertenece». Preguntó al *Yi King*: «¿Debo partir inmediatamente para Inglaterra?», y la respuesta fue que «había perdido sus caballos, pero que no debía buscarlos: regresarían por sí mismos».

La Abadía ya llevaba fundada año y medio. La Ley de Thélema había sido enseñada en ella, como precepto, pero también había sido puesta en práctica, y las mentalidades de sus escasos discípulos se habían visto abiertas y expandidas. La Bestia había conseguido llegar hasta la cima de la jerarquía mágica al asumir el grado de *Ipsissimus*, y con mucha frecuencia se había vuelto invisible; pero sólo había podido cumplir la Gran Obra en uno de los significados exotéricos de la frase, en el acto de producir hijos, en el coito.

Crowley resume así la situación: «Aquí hay una especie de horror informe que está “rondando”, por decirlo de alguna manera».

Recibió una carta de una tal Erna, cuya identidad me ha resultado imposible descubrir. «¿Cómo debo responder?», preguntó al *Yi King*, y se envaró en su asiento ante la respuesta: «Lo pequeño se va: lo grande viene».

Pocos días después, recibía otra carta de Erna: había decidido ir a la Abadía. El simple pensamiento de Erna le llenaba de entusiasmo. «El saber que Erna piensa de mí que soy la cosa más importante de su vida hace que vuelva a recobrar mi antiguo yo.»

Se fue solo a Palermo para recibirla. «Por alguna freudiana razón, esta mañana me encuentro endiabladamente enloquecido», escribió mientras la esperaba. «Me gustaría que Erna se fuese al infierno.» Y después de enviarla al infierno, pidió al *Yi King* un signo acerca de sus futuras relaciones sexuales con ella. El Oráculo Chino contestó: «Moderación», lo que interpretó como «Deja que las pasiones se cuezan a fuego lento».

Para su sorpresa y embarazo, Leah le siguió a Palermo —venía de Cefalú, con malas noticias del banco— y llegó al mismo tiempo que Erna. La Bestia estaba apenada al observar que Alostrael había sucumbido a la poco thelémica emoción de los celos. Le ordenó que regresase a la Abadía, y asentó su mente en los serios asuntos de magia sexual que tenía que tratar con Erna, pero todo lo que aquel día pudo obtener de ella fue un beso.

Regresó con Erna a la Abadía y escribió en su diario mágico: «Erna envidiosa de Leah». Erna quería que la Bestia regresase con ella a Niza, una proposición que suscitó el interés del Caballero Custodio de la Santa Lanza. La tensión entre Leah y Erna creció peligrosamente. «¿Qué debo hacer?», preguntó al *Yi King*. «Sé digno», fue la respuesta. Pero todo el episodio desembocó rápidamente en una discusión con Erna y su apresurada partida de la Abadía del Haz lo que Quieras.

Ahora, Crowley dirigía su ansia insaciable hacia Aimée Gouraud, Una anciana y

rica viuda. La había conocido en Inglaterra, antes de la guerra, y en Estados Unidos le había ofrecido casarse con ella, pero fue rechazado. Le escribió nuevamente y después se fue a la cama, en donde soñó que había llegado a ser Papa «gracias a algunos métodos ilegales».

Dos años más tarde, la situación financiera de los thelemitas se había deteriorado enormemente. Alostrael escribió a Norman Mudd una cínica carta en la que le hablaba de Aimée Gouraud. No parece que el pensamiento de que la Bestia la dejase por Aimée la preocupase gran cosa; si llegaba a ocurrir, sería por el bien de la Gran Obra. La carta fue enviada desde la Abadía, y está fechada el 12 de agosto de 1923.

Olvidé mencionar en mi carta de ayer la cuestión de Aimée Gouraud.

Aimée piensa, o al menos deja que uno lo piense, que la Bestia es rico. Él le ha propuesto matrimonio, cada vez que la ha visto, o escrito, en los últimos diez años.

Ella le adora, y cree que es mucho más que cualquiera de sus condes rusos y demás aduladores que llenan su estudio de pintura; pero le tiene miedo. Alguna echadora de cartas le ha debido de decir que su quinto matrimonio —si es que tal cosa ocurre alguna vez— significaría su muerte y ella está asustada.

Cuando la Bestia se decidió a proponérselo, ella se mostró condescendiente. Yo sugiero que él cambie de táctica, que le diga que ha perdido todo. Pero que no diga que para siempre, pues es demasiado tacaña con el dinero.

Es un blanco perfecto, pero nunca caerá, a no ser que la empujen.

Debes escribirle y decirle que la Bestia ha perdido todo lo que tenía, si no para siempre, al menos por una buena temporada; que sus obras tienen que ser publicadas por cuenta de sus amigos, ya que los editores se espantan de él en estos tiempos; que sería una buena inversión, etc. Tú sabes cómo hacerlo. Estoy segura de que la única manera que hay para que ese astuto vejestorio se acerque de una vez, es haciendo, o diciendo, algo sensacional. Además, los únicos hombres con los que se casó, o con los que vivió, no tenían un penique. Recuerda que ella siempre ha imaginado a la Bestia con mucho dinero...; el enterarse de lo contrario puede darle el impulso que estamos buscando.

P.S. Aimée se encuentra más cerca de los 70 que de los 60. Le gustan los combates de boxeo, tomar el té en Jack's y adelgazar. Se supone que es millonaria (en dólares americanos).

Al poco tiempo llegó a la Abadía Helen Fraux, la hermana mayor de Cypris, que mereció en *The Confessions* un tratamiento nada halagüeño. Cualquiera que fuese la razón, bien que no congeniara con Crowley, que no se adaptara a la comunidad, o que no le gustase el sistema thelémico de educar a los niños, tras un serio altercado con la Bestia, se marchó después de cinco semanas.

El vientre de la Abadía al fin ha conseguido moverse, y H. Fraux ha sido evacuada. La desconcertante malicia de sus ojitos porcinos, evasivos y malévolos, era muy interesante.

Durante el camino de regreso, y como toque de despedida, ella acudió a la estación de policía de Palermo y denunció toda suerte de inmoralidades cometidas en la Abadía. El sub-prefecto se presentó en persona, husmeó aquí y allá y, no encontrando nada fuera de lugar, se retiró.

«LA FUENTE DE JACINTO»

EN *The Magical Record* hay otra laguna. La narración se interrumpe a fines de enero de 1922. La Bestia había salido de su madriguera y se había ido al extranjero.

El pequeño libro de notas rojo, con los símbolos del Sol y la Luna en la primera página, y que exhibe entre los títulos de su autor el de «Vagabundo de la Desolación», nos da algunos datos exactos. El 30 de enero, la Bestia llegaba a Palermo, en su camino hacia París.

«Presentados respetos a la Luna Nueva, muy clara y brillante.»

Dos días después estaba en Nápoles y al lunes siguiente, 6 de febrero, exactamente una semana después de que dejara la Abadía, llegó a París. El 14 se fue, solo, a Fontainebleau, desde donde, dos años antes, había partido para Cefalú con tantas esperanzas. *The Fountain of Hyacinth*, también conocido como *The Book of the Host*, nos explica lo que fue a hacer a Fontainebleau. Se alojó en una posada llamada Au Cadran Bleu, a la que había llegado con un fin determinado. Los dos cuadernos de escritura que lo conforman están escritos por una sola cara, con la inclinada caligrafía de Crowley, y son el diario de un drogadicto, la descripción de un régimen impuesto para vencer un hábito que conduce, rápidamente, a la locura y a la muerte:

Yo, la Bestia 666, deseando poner a prueba la fuerza de mi Voluntad y el grado de mi coraje, me he envenenado por mi propia mano durante los últimos dos años y he conseguido alcanzar finalmente tal grado de intoxicación que la abstención de drogas [heroína y cocaína] produce un terrible ataque del «Demonio de la Tormenta». Los síntomas agudos se presentan de improviso, usualmente al despertar de una cabezada.

Por «Demonio de la Tormenta», el demonio que se encarga de las avalanchas en el Kangchenjunga, Crowley entendía un ataque de asma. Sus células cerebrales habían sido envenenadas por las drogas. En su diario se hallan registrados todos los síntomas: extrema comezón de la piel, vómitos, insomnio, diarrea, inflamación de la boca... por citar sólo unos pocos. Se estaba cayendo literalmente a trozos: tenía que poner freno a todo aquello. La heroína, que le había sido prescrita para el asma por un médico de Harley Street a su regreso de América, le había supuesto el golpe de gracia. «El horror informe que está rondando» era una premonición de la locura.

Crowley conocía los peligros de las drogas, pero también conocía las cumbres del placer a las que podían llevarle. Por eso había decidido que sólo debían ser el alimento de los dioses, de los grandes poetas, de los hombres fuertes y regios, como Aleister Crowley.

¡Mirad ese brillante cúmulo de cristales! Son de hidrocloreuro de cocaína. El geólogo diría que son de mica, pero para mí, el montañero, son como los destelleantes y suaves copos de nieve que florecen, sobre todo, en las rocas que sobresalen del hielo de las grietas de los glaciares, que sol y viento han convertido

en espectrales con sus besos. A aquellos que no conocen las grandes montañas, podrán sugerirles la nieve que adorna los árboles con flores chispeantes y lucientes como lentejuelas.

Aquellos que buscan, a cualquier precio, el momento del éxtasis deben tomar drogas:

Dádsela a cualquiera, no importa a quién. Buscadme el último desecho de la Tierra; hacedle sufrir todo tipo de tortura y enfermedad; despojadle de la fe, de la esperanza, y del amor. Y después, mirad el dorso de aquella mano gastada, su piel descolorida y arrugada, quizás inflamada con un insufrible eczema, quizá pútrida, con alguna maligna llaga. Ahora se pone en ella esa rielante nieve, sólo algunos granos, un pequeño montón de polvo de estrellas. El brazo marchito se eleva lentamente hacia la cabeza que es poco más que una calavera; el débil hálito aspira aquel radiante polvo. Ahora debemos esperar. Un minuto... quizá cinco minutos.

Entonces tiene lugar el milagro de los milagros, tan seguro como la muerte, y, sin embargo, tan dominante como la vida; una cosa mucho más milagrosa, por lo súbita, y apartada del curso usual de la evolución. *Natura non facit saltum*. Cierto. Por eso se trata de un milagro, puesto que es una cosa que va contra la naturaleza.

Crowley había tomado drogas para la realización de la Gran Obra, junto a Allan Bennett, en Chancery Lane, para trascender los velos de la materia, para descubrir la Piedra Filosofal, para fundar la Ley de Thelema.

«Poseo un remedio secreto que llamo láudano», había escrito Paracelso hacía trescientos años.

Y Aleister Crowley: «Mi identidad más íntima dice: “Para adorarme, toma del vino y de las extrañas drogas de las que hablaré a mi profeta, y ¡embriágate con ellas!”. Hacer todo esto es legítimo, pues adorarlo [a Aiwass] es hacerlo manifiesto, y llenar así el mundo de verdad y belleza»^[172].

Pero, por desgracia, había ido demasiado lejos. Había errado, la adoración se había hecho forzada, y había caído en el frenesí que supone blasfemar de Él. «También nos anuncia que nos “excedamos en delicadeza”, para “beber según las noventa y ocho reglas del arte”; pero yo me he excedido en depravación y he bebido según las trescientas treinta y tres reglas del borrachín.»

La inquietud, otro de los síntomas del envenenamiento por drogas, le había obligado a hacer las maletas y volver sobre sus pasos.

«Parte de mi plan consiste en desenterrar los amargos recuerdos que me estaban matando. Aquí fui tan feliz y tan lleno de esperanza hace dos años... y ahora mi pequeña Poupée lleva muerta más de un año, y su hermanito no llegó nunca a nacer; y mi parte de virilidad ha sido aniquilada.»

Había estado tomando heroína ininterrumpidamente: tres o cuatro dosis para ponerse en pie, y dosis a pequeños intervalos, *prácticamente todos los días*. Al mismo tiempo estaba utilizando «dos o tres tomas prolongadas de cocaína a la semana». No divulga, en *The Fountain of Hyacinth*, la cuantía de aquellas dosis de heroína, pero de esta obra y de otras referencias, se deduce que el total de la dosis diaria debía ascender a cuatro o cinco granos, una cantidad enorme, que sólo la fuerte constitución de Crowley y la tolerancia a la droga que había adquirido su metabolismo le permitían soportar.

Se había convertido en un apático y en un desocupado. Todo le aburría. Era incapaz de contar el dinero, examinar las facturas, gozar de un plato o de una bebida; le era indiferente lavarse y afeitarse; su memoria se embotó; su vida creativa se detuvo.

Estaba sorprendido de que una caquexia tan completa no viniese acompañada siquiera por el más pequeño síntoma de desarreglo mental, pues no podía encontrar en sí rastro alguno de alucinación, manía persecutoria, o de tendencias a la duplicidad o al disimulo, a los engaños o a los errores de juicio. Esta enumeración es toda suya. Bromeaba respecto a su indisposición a dormir. ¿A fin de cuentas, conseguía dormir?, se preguntaba a sí mismo, y se contestaba, casi próximo al agotamiento, «quiero decir, después de llevar quince horas pintando y dictando, a las que seguían cerca de seis horas de frenesí sexual, reforzadas por veronal y heroicas dosis de bebidas alcohólicas de elevada graduación».

Durante su primer día en Au Cadran Bleu, salió a pasear antes de la comida, evitó el alcohol y esnifó heroína y cocaína hasta las ocho de la tarde. Cuando al fin se fue a la cama, se agitó y revolvió durante la mayor parte de la noche. Se despertó a las nueve y media de la mañana. «Me he esforzado intensamente en levantarme, pero he recaído y me he quedado dormido hasta las once.» Al mediodía salió a dar un paseo, tomó una comida ligera y a las tres y media regresó al hotel, destrozado, retirándose para echar un sueño. Así describió aquel paseo: «El hálito de la floresta me ha sentado igual que un mazazo. Desde el momento en que abandoné esta ciudad, me sentí curado de todo. Prorrumpí en una serie de tormentosos sollozos: gran alivio».

Durmió durante media hora, después de la cual fue presa del Demonio de la Tormenta, «con violencia terrible e insoportable». Sufrió durante cuatro minutos y expulsó al fantasma esnifando una buena dosis de heroína, pero el alivio, aunque instantáneo, fue sólo parcial. «Los síntomas residuales fueron decayendo paulatinamente, y a eso de las 4:17 me encontraba prácticamente bien. Pero después, fui empeorando de nuevo, poco a poco.»

Desde las 4:30 p. m. hasta las 6:00 p. m. tomó cuatro dosis de heroína: dos pequeñas, una mediana y una grande.

Para curarse, había ideado un plan muy simple: el día se dividía en dos estaciones, la abierta y la cerrada, es decir, un tiempo para tomar heroína y cocaína, y otro en el que su ingestión estaba estrictamente prohibida. La estación abierta duraba cada día una hora menos, hasta que quedase reducida a cero. La única excepción a esta regla se daba cuando el Demonio de la Tormenta «se ponía a trabajar», como él decía. Crowley no quería curarse completamente para no perder el interés por las drogas —después de todo, eran parte de su magia—, sino mantener un agradable estado de equilibrio con ellas, como antes. Se puede renunciar al opio para darse en su lugar a la morfina. Un ingenioso caballero de Hong Kong «curó» de esta manera a un gran número de adictos. Fortificado por la heroína, Crowley descubrió que podía prescindir «al momento» de la cocaína. Y comentó:

Uno vuelve a ella [la cocaína] a causa del impulso natural de «ponerse en marcha». Este impulso parece depender de circunstancias externas. (En este momento estoy ligeramente intoxicado [con heroína] —positivamente satisfecho, calmado, pero no anulado— a causa de las cinco dosis que he tomado en las últimas dos horas.) Estoy combatiendo mi deseo de droga con estricnina y comida.

Se aconsejó a sí mismo, como un buen médico rural, dejar de pensar en ello. El deseo de tomar heroína, razonaba, estaba en parte causado por la obsesión. Si su imaginación se hallaba distraída, si él tenía algo que hacer, quizá podría dar esquinazo al Demonio de la Tormenta. El síntoma que más le angustiaba era el insomnio.

Otros métodos útiles eran los siguientes: 1.º) utilización de la fórmula de grado IX (magia sexual); 2.º) ejercicio físico intenso todos los días, con un paseo por lo menos de media hora después de la comida principal; 3.º) hidroterapia, un baño de agua caliente, con fricciones de agua de colonia, antes de irse a la cama, y un baño de agua fría al despertarse; 4.º) beber un poco de alcohol antes de irse a descansar; 5º) somníferos, si a la media hora de estar acostado aún seguía despierto.

Programa para el tercer día. Comenzaba en cuanto le despertaban —«despertar forzado», como lo llamaba— a las 8:30 a.m.; almuerzo, baño y un paseo; comida en el bosque; nada de heroína hasta la 1:00 p. m. A partir de entonces, dosis *ad libitum* hasta el toque de queda, a eso de las 6:00.

No dice si consiguió levantarse a las 8:30, pero a las 6:30, es decir, media hora después del toque de queda, tomó una dosis media de heroína, como consigna honestamente:

Ésta es una auténtica indulgencia en el peor sentido del término. Me ha ocurrido con mucha frecuencia que he tomado una dosis por razones que en este momento me parecen totalmente inexplicables. (Realmente, para mí, que me defino como el más grande de los psicólogos vivos, esto es una confesión.) No experimento la menor inquietud por cambiar, ni el más tímido deseo de alcanzar la tranquilidad de algún estado elevado. Debe tratarse de algún impulso absolutamente perverso.

Un cuarto de hora más tarde, practicaba en su persona una nueva indulgencia. «6:45 p. m. Pequeña dosis. Tomada en parte para probarme a mí mismo que no me sentía alarmado por la reflexión escrita más arriba.»

Se trataba de una racionalización, y Crowley lo sabía. Con un talante melancólico, escribió debajo «algunos síntomas patológicos», explayándose en el catálogo de sus males. Un año antes había notado que su vista, que siempre había sido excelente, se estaba debilitando; ahora iba empeorando. Había una creciente indiferencia hacia «la limpieza y la vanidad», además de otros «alarmantes síntomas mentales», que podían ser resumidos en la sensación de que nada valía la pena.

«Dosis media. Excusa, un pervertido sentido del deber. Acaban de dar las 7. Se distinguen perfectamente algunos de los relojes de la ciudad, por lo que quería afirmar mi derecho a tomar la última dosis, compitiendo con aquellas campanadas.»

¡Idiosincrásico y poético, pero excesivo como toque de silencio! Ahora se encontraba «agradablemente ebrio» (de heroína), como habría dicho Alostrael. Aquel

día había estado lleno de angustia y derrota. Mientras se movía pesadamente por el bosque, «Poupée se mostraba en cada camino. Ahora pienso en ella sin la menor tendencia a ningún tipo de emoción; incluso me es difícil recordar, aunque sea por un instante, lo que siempre la quise».

Un poco atontado, se llevó un cigarro a la boca, «ya que era el lugar más seguro», con la intención de fumárselo después de la cena, pero lo encendió al momento, y sólo descubrió su error cuando ya se había fumado la mitad.

«Ahora no sólo estoy “agradablemente ebrio”, sino “muy ebrio”, y no muy lejos de estar “bestialmente ebrio”. La vista me da vueltas, los oídos me zumban; me siento “de trapo”, e irradio beatitud de la más beatífica santidad. Mi segundo nombre es Benedict, pero me llaman Félix porque resulta más corto.»

Los fantasmas de sus viejos amigos, Kelly, Back, Allan Bennett, Eckenstein^[173], de los que se había separado hacía tiempo, habían llegado de lejos y fluctuaban, arremolinándose, a su alrededor. Estaba gozando de «un éxtasis sin forma», superior a cualquier otra de sus experiencias. Debía armarse de valor. «¡Se fuerte! y entonces podrás disfrutar una mayor alegría», escribió, según una cita del *Liber Legis*. No había sido un día de derrota, sino todo lo contrario. El néctar que había bebido no habría podido sentarle mejor.

«Es voluntad mía comer y beber para que mi cuerpo se fortifique y de este modo pueda cumplir la Gran Obra», escribió, recordando el *Gratia* thelémico que se pronunciaba antes de las comidas. «*En avant, Pegase!*»

Acabó de cenar a las 10:10 p. m. Al parecer le agradó bastante, sobre todo el vino; y después se fue al burdel del lugar.

«Me he ido a las número 4 y 6, buscando una hembra de primate, del género *Homo Rapiens*^[174]; lo mejor de aquella trillada reata era una criatura baja y robusta llamada Paulette. ¡No encontraba la justificación de robar a Pierrette para pagarle a ella! Me tomé un *Marc* añejo y un *Cointreau* para justificar mi visita, y me fui.

Llovía cuando regresó al hotel, por lo que se fue directamente a la cama. Así acababa un día perfecto. A la una de la madrugada escribía en *The Fountain of Hyacinth*: «El mecanismo del insomnio es extremadamente interesante...». Y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, iniciaría el día haciendo algunas observaciones. La heroína, que detenía en seguida los molestos síntomas de su bronquitis, no tenía efecto alguno contra su asma; incluso llegaba a empeorarla.

No siento tentación de tomar heroína para coger fuerzas y poder levantarme. Las cosas no podrían ir mejor: pero también podría tratarse del preludio a todo tipo de horrores.

12:00. Después de varias recaídas, consigo levantarme.

La extravagancia del día anterior acabaría por pasarle factura. El tiempo era húmedo y triste y sus pensamientos, por no hablar de sus sentimientos, eran aún más

húmedos y tristes. Después de la comida se fue con paso cansino hasta el Rocher d'Avon, con un humor, que más tarde describiría, falto de entusiasmo, vigor o coraje. Observó que, como una parte importante del tratamiento consistía en aumentar el período de abstinencia, y ya que la heroína retrasa el sueño, debía ser muy rígido en observar el toque de queda, pero cuando hubo acabado de escribir aquella línea, añadió: «Permitámonos una ligera libertad para la ensoñación». Y estuvo esnifando heroína toda la tarde.

Tengo un malestar que me aletarga, unido a la total falta de interés hacia cualquier cosa, y a la certidumbre de que la cocaína me hará sentirme en forma. Por supuesto que la cocaína está totalmente vedada. Ésta es la razón: sentir deseo hacia ella es estrictamente normal, y un hombre debe ser capaz de dominar sus pasiones normales. Por otra parte, la tortura física, simplemente, acaba por trastornar el aparato moral...

Hoy, durante todo el tiempo que he estado paseando, me he sentido ligeramente asmático. Pero no caí en la tentación de tomar cocaína como remedio. Ahora es cuando estoy fuertemente tentado, pues me resiento del aburrimiento de mi condición: quiero fumar, comer, leer, escribir, beber, y dormir, pero todo a la vez. Y no puedo hacer ninguna de estas cosas con la mínima delectación. Lo que siento se parece a una preocupación inconsciente. Pero soy incapaz de preocuparme por nada, ya sean mis asuntos, Leah, los viejos recuerdos... nada parece importarme. Me gustaría ser capaz de alcanzar algún estado mental positivo, respecto a cualquier materia; pero no puedo. Sólo puede ayudarme la cocaína, y no quiero tomarla.

La tensión aumentó; sintió la urgente necesidad de tirar por la borda toda la cura y zambullirse en un *chute* de heroína y cocaína juntas.

5:15 p. m. Pesado por el sueño, en el umbral de lo «agradablemente ebrio».

5:28 p. m. Dosis pequeña. No la necesitaba, pero quería tomar siete dosis en tres horas, para no disminuir el racionamiento demasiado rápidamente. Mañana tendré que tomar seis dosis, por seguridad, y a partir de entonces, ir disminuyendo diariamente una. Si hoy tomase seis y mañana otras seis, me daría la impresión de que no estaba consiguiendo ningún progreso; mientras que podría darse que las cinco de mañana no fueran suficientes para permitirme llegar hasta el sábado.

Después de la cena, mejoró de humor. No había violado el toque de queda, y después de haberse reanimado mediante un café y dos copas de coñac, dio un corto paseo,

sintiéndome como en 1896, cuando, una radiante mañana de mayo, paseaba con mi traje nuevo por Trinity Street. Deseo hacer la observación de que uno de los fastidios relacionados, según la leyenda al uso, con los supuestos efectos del consumo de drogas, es que uno tiende a atribuir todas y cada una de sus dolencias a la adicción o a la abstinencia... después de una mala noche y una aburrida caminata en tiempo húmedo, me pregunto si mi asma, mi depresión y otros desagradables fenómenos serán debidos a: a) la falta de cocaína; b) demasiada cocaína, c) demasiada heroína, y d) demasiada poca heroína. El peor defecto de las drogas es que tienden a convertirte a uno en un obseso.

Se dijo que no tenía nada que temer. Se encontraba muy lejos de ser un drogadicto. «Todavía hay, lamento decirlo, un susurro tremendamente sutil: “¿Y si tu falta de aprehensión fuese un ardid *del diablo*, para inducirte a olvidar tus múltiples precauciones, y persistir en tu desenfado para demostrar así tu dominio de la situación?”.»

Crowley decía que el éter, el hachís, el mescal, el opio y la morfina no tenían

ningún poder sobre él para acostumbrarle a la adicción. Todo lo contrario, fue con ellos como realizó sus experiencias más agradables y provechosas. Pero heroína y cocaína le habían causado un cúmulo de «molestias». Sólo con esnifar un poco de heroína, la mayoría de aquellos síntomas desagradables «se iban sin ninguna ceremonia». Pero sin heroína, la vida era un infierno.

3:58 p. m. Dosis media. La dosis final fue tomada con cierta angustia, que supe reconocer al instante, cuando dije: «Hoy todo ha ido muy bien, pero ya veremos mañana, cuando el límite sean las cuatro dosis».

En cuanto se acababa la estación abierta, su infelicidad aumentaba.

2:00 a.m. Espasmos sucesivos, que acaban en completo agotamiento. He intentado inhalar agua de colonia: no es bueno. Intentaré resistir el último asalto en Fort Vaux.

2:31 a.m. Inútil sacrificio de vida humana. Me retiro a segunda línea. *lis ne passeront pas!*

Después del toque de queda, tomó una pequeña dosis, que le supuso un alivio muy tímido. Casi al instante, tomó una dosis mayor, sintiéndose más calmado; y diez minutos más tarde, otra dosis de mediano calibre.

Es casi seguro que habría podido detener el ataque con menos fatiga, si no le hubiera dejado llegar tan lejos. Estoy «rendido» por el agotamiento, todos los músculos me duelen a causa de la tensión, mi respiración aún es rápida y trabajosa, y todavía tengo en la garganta «bolas de flema».

Presa de remordimiento por haber claudicado, decidió considerar las tres dosis como un préstamo, que pagaría absteniéndose de tomarlas durante la siguiente estación abierta.

Sus estados de euforia se alternaban con los de depresión.

He dado un paso gigantesco hacia la recuperación. He vuelto a recuperar la confianza en mí mismo como una Fuerza del Mundo... Estoy tremendamente animado por el pensamiento de que este diario será un modelo que pueda servir a los hombres para desarrollar su propio dominio sobre los «hábitos», sin la compulsión de la asistencia de otros^[175].

Y en los estados de depresión, se preguntaba, con indiferencia, si estaría muerto por la mañana.

¿Qué le había ocurrido a la curación? Que Crowley había esperado que el éxito se produciría demasiado pronto. Pensaba que podría acabar con el hábito después de una semana, y sin embargo, al cabo de un mes, se encontraba tomando dosis «extra» de heroína.

Echaba de menos a Alostrael: la necesitaba. Hizo testamento, anulando los anteriores, dejándole a ella todos sus bienes y nombrándole su única ejecutora testamentaria. Y poco después dejó Au Cadran Bleu y se fue a París para encontrarse con ella. No fue un encuentro satisfactorio. Por primera vez desde que, en 1918, se encontraran frente a frente en Nueva York, a sus pies se abría un abismo. Su curación había sido un fracaso, y su amor hacia Leah Hirsig, una maldición. «Todo aquel

período, desde mi regreso a París, puede ser resumido en la siguiente frase: “De mal en peor”. Leah supone para mí un violento veneno espiritual. Nos amamos profunda y sinceramente; simpatizamos; hacemos todo lo que podemos para ayudarnos mutuamente, pero cada uno es para el otro como el cáncer.»

En cuanto a su adicción a la heroína, tenía que encontrar otro modo de curarse. Por eso se sentó a escribir al doctor Edmund Gros, contándole toda la historia, y rogándole que le indicara un sanatorio donde él mismo pudiera dirigir su propio tratamiento; pues, como ministro elegido de los dioses, no quería destruir su «teoría integral», sometiéndose a tratamiento médico, porque tal cosa habría sido un acto de blasfemia.

Después de una entrevista con el doctor Gros, que le recetó luminal y le recomendó un sanatorio en Divonne-les-Bains, en Aix, se sintió mejor y decidió continuar sin acudir al sanatorio.

Regresó a Fontainebleau, y una tarde de primavera, en el crepúsculo, hizo sonar la campana mágica, articuló los nombres sagrados, y llamó a Aiwass, su Santo Ángel de la Guarda. Y le pareció que, allí, en medio de la oscuridad, en un rincón de la habitación, se movía una presencia.

De aquella invocación sólo debía esperarse «una gran fortuna». No intentó adivinar de qué podría tratarse. Los dioses actúan por sendas misteriosas, y él se encontraba por entero en sus manos.

Pocos días más tarde, un joven llamado Augustine Booth-Clibborn apareció improvisadamente para hablar con él.

Desde las ocho y media de la tarde hasta la una y media de la madrugada, Crowley le expuso la Ley de Thelema, y cuando Booth-Clibborn se retiró, la Bestia estaba gratamente complacida. ¿Era aquel joven «la gran fortuna» prometida por Aiwass? Se habían comprendido perfectamente, y Booth-Clibborn, que pensaba en sí mismo como en un dirigente, había reconocido la importancia que tenía para la humanidad la palabra de Crowley. Thelema era un grito de combate. La Bestia pensó aquella noche, y con complacencia, en Augustine Booth-Clibborn, mientras luchaba contra el insomnio. Ya había otro discípulo para la Abadía. Leah le nombraría al momento su Comandante en Jefe.

Se encuentra con apuros económicos a causa de su orgullo... ¡él! Aquel pobre parásito de la corteza terrenal que podría ser el Arcángel de Dios si solamente hiciera su voluntad.

El plan práctico de Crowley respecto a aquel joven, enviado por Aiwass, consistía en que debía telegrafiar inmediatamente a su madre solicitándole el envío de dinero. La Bestia mencionó dos sumas probables, una de las cuales era la que debía pedirle: de 93 y de 418 libras esterlinas, ya que ambos números, especialmente el último, tenían un elevado significado thelémico. (93 = Aiwaz, o Thelema, o Agapé; 418 = la palabra del Eón, ABRAHADABRA.)

Rápidamente preparó una línea de acción. Booth-Clibborn debería presentarse en

seguida a Alostrael y decirle: «Yo soy el niño que estaba en el huevo; a ti te ha sido dado todo el poder; la Bestia me ha enviado para tomar el mando de la parte activa en la promulgación de la Ley; y yo soy el Primero de los que operan bajo el nuevo régimen».

Mientras tanto, Crowley siguió tomando heroína y cocaína, y fuera de estación, hasta que llegó a escribir que ya nada le importaba sino la Gran Obra, de la misma manera que Van Gogh había gritado a pleno pulmón que sólo pintaba para escapar a la miseria de su existencia. Deseaba morir, pero aún conservaba la fuerza suficiente para vivir, y entre las cuatro paredes de la locura que le constreñían, titilaba un asomo de cordura, o de algo que se parecía a ella. Quizá la prueba de su cordura se encontrase en su deseo de volverse loco.

Invoco a Aiwass para que destruya mi resistencia, para que me arrastre lejos, prendido en los torbellinos de Su palabra, de manera que vague, inmisericorde, por el mundo, al igual que un diablo de los remolinos por el desierto. Yo Le invoco para que destruya la consciencia en mí de todas las cosas, excepto de la corriente de su Espíritu. Si esto equivale a la locura, magnífico: la cordura no puede obligarme a que me agarre a esa grosera y vieja criatura, mientras los adúlteros brazos de mi ardiente ramera se hallen abiertos y su húmeda y roja boca palpita de pasión, y en sus ojos destelle un encanto malvado, y su vientre se contraiga en salvajes espasmos, mientras me invoque ásperamente, con una voz vívidamente viciosa, vociferando su horror entre las bronceadas cúpulas del infierno.

Booth-Clibborn había sido iniciado, previamente, en la Orden de la Estrella de Plata. Su mensaje, o nombre mágico, cuidadosamente elegido para él, por Crowley, era «Yo soy único, y un conquistador».

Y después se pronunció el juramento. Crowley lo había escrito en su pequeño libro de notas, encuadernado en marroquinería de color rojo: «Yo, Arthur Augustine Booth-Clibborn, en presencia de La Bestia 666, me comprometo solemnemente a la consecución de la Gran Obra». Se lo ofreció a su nuevo pupilo para que lo firmase, pero Booth-Clibborn, por alguna razón que sólo él conocía, declinó hacer tal cosa, atrayendo sobre su cabeza el anatema de la Bestia. Después de que se fuera, Crowley escribió en el lugar reservado para la firma: «Era demasiado cobarde para firmarlo. Se trataba de traición y estafa con premeditación: pero estaba terriblemente asustado».

ABRAHADABRA

NI Crowley ni Leah tenían prisa por regresar a la Abadía. Al parecer, Leah también padecía los efectos del envenenamiento causado por las drogas, y además presentaba síntomas —eso era lo que más le atemorizaba— de una tuberculosis pulmonar. Estaba delgada, por la noche sudaba y expectoraba sangre. ¿Debía ir a Suiza para curarse? ¿O mejor a Londres? Crowley no quería ir a Suiza. Parece ser que el *Yi King* le aconsejó Londres, por lo que dijo adiós a Camille, su amante parisino, y volvió la mirada hacia su tierra natal. Su regreso a Gran Bretaña sería «como la autoinmolación y el resurgir del Fénix».

Maquillado y vestido con el traje típico de las Highlands partió para Londres del brazo de su Mujer Escarlata y, a lo sumo, con diez libras esterlinas en el bolsillo. Era la mejor y también única ropa que le quedaba, recién recogida, por lo demás, de la tintorería, junto con otros dos kilts, un uniforme militar de color verde y un chaleco multicolor, que le habían estado esperando desde 1914. En el hotel Christol, de Hardelet, cerca de Boulogne, fue confundido con un financiero a cuya cabeza se había puesto precio y fue detenido. Le despojaron de todos sus afeites. Debajo de la boina Glengarry llevaba una peluca rizada, negra como el azabache. Protestó: no, él no era Gerard Lee Bevan, el estafador, sino Aleister Crowley, el distinguido poeta y montañero, y, además de su pasaporte, les enseñó el libro de Guillardmod sobre la expedición al Chogo Ri, que contenía su fotografía. Cuando los detectives le dejaron en libertad, su barco ya había zarpado, «pero hacía cinco años que no me divertía tanto».

En la primera semana de mayo llegaron a Londres donde, después de la Primera Guerra Mundial, era tan difícil encontrar acomodo como lo fue después de la Segunda. Su antigua amiga, Gwendoline Otter, le aconsejó que no volviera a su hotel de Russell Square, que le resultaría incómodo, sino que buscara alojamiento en Chelsea. Caminó a lo largo de King's Road, y en Wellington Square se sintió inspirado: debía probar con los números sagrados, especialmente con el 31, la Llave Secreta del *Liber Legis*. Un carro de mudanzas se encontraba frente a la puerta del número 31; la patrona acababa de llegar, pero todavía había vacantes una o dos habitaciones. «La flecha disparada al azar había dado en el blanco al primer disparo. El prodigio era aún más sorprendente, si se tiene en cuenta que el anuncio de SE ALQUILA sólo llevaba en la ventana unas pocas horas», comentó Crowley. Y, a Gwendoline Otter, después de informarle, lleno de contento, del éxito que constituía haber encontrado en Chelsea un aposento confortable y a muy buen precio, le dice que «das la impresión de hallarte agotada: mejor harías yéndote a Cefalú para una cura de descanso».

Llamó a Austin Harrison y le vendió un artículo sobre las drogas, que apareció en

el número de junio de 1922 de *The English Review*, con el título de «La gran ilusión de la droga», escrito por «un especialista de Nueva York». No trataba más que de tópicos, ya que la «Ley contra las drogas peligrosas» acababa de ser aprobada, y no hacía siquiera un mes que había tenido lugar su primera actuación legal. Crowley, que estaba «enganchado» a la heroína, se mostraba insolente respecto a la misma. Esto es lo que escribía el «especialista de Nueva York»:

Me he estado ocupando, principalmente, de estudiar los efectos que algunas drogas ejercen sobre el organismo humano, con especial referencia al paralelismo existente entre los fenómenos psíquicos de las neurosis producidas por la droga, las enfermedades mentales y las iluminaciones místicas.

Y añadía que:

En la prosecución de este encomiable empeño, yo mismo intenté caer en «la drogadicción». Pero no pude. Mi mujer, literalmente, no hacía sino provocarme: «¡No salgas sin tu cocaína, tesoro!», o: «¿Te has acordado de tomarte la cocaína antes de la comida, mi niño grande?». Llegué al estadio en que uno se da cuenta de que toma cocaína diariamente a intervalos de cinco minutos; pero cuando fueron patentes sus efectos tóxicos, fui capaz de dejarla sin que me causara ningún problema. Aquellos experimentos, simplemente, confirmaron la conclusión que había adoptado, de manera provisional, como referencia teórica: que la gente atareada, preocupada en vivir y trabajar, nunca tiene tiempo para la droga.

El artículo concluía con una «nota editorial», que informaba al lector de que en la «clínica privada» del autor del artículo, «los pacientes no eran curados totalmente de su “hábito”, sino que eran sometidos a un proceso de reconstrucción moral, que, una vez consumado, hacía olvidar, automáticamente, la droga». La clínica se hallaba, naturalmente, en Cefalú.

La siguiente entrega de *The English Review*, del mes de julio, publicó una réplica al especialista de Nueva York, escrita por «un médico de Londres», en forma de artículo, cuyo título era «El miedo a la droga». Crowley (el médico de Londres) no podía menos que mostrarse de acuerdo consigo mismo (en su faceta de «especialista de Nueva York»):

El autor del presente artículo se muestra totalmente de acuerdo con la tesis expuesta por un especialista de Nueva York... en esta cuestión de la «Ley contra las drogas peligrosas», nos parece que el Parlamento se haya inspirado en la ignorancia supina que, desde algún tiempo, vienen suscitando los desvaríos más feroces de ese tipo de prensa que aspira a impresionar a sus lectores con los más diversos horrores destinados a helarles la sangre.

El 2 de enero de 1920, en la Abadía, la Bestia había dado vueltas en su mente a todas las drogas nocivas que había tomado. ¿Existía alguna que le resultara desconocida? «Creo que no conozco nada de la *datura*, de la *atropina*, de la *habichuela de Calabar*, y de otras más. La *datura* no es más que la “Berenjena del Diablo”, un poderoso narcótico. La *atropina* es la Belladona. La “habichuela de Calabar” se usa en África Occidental para detectar a las personas sospechosas de dedicarse a la brujería.» Si mueren durante el «proceso de detección» (ingerir la famosa habichuela), lo que suele ser la tónica general, entonces es que son brujos.

Los argumentos de Crowley a favor de la creación de un mercado abierto para las drogas que producían una fuerte adicción son tan profundos como aquel que defendiera con tanto ahínco y que consistía en afirmar que la propaganda que hizo durante la Gran Guerra, a favor de los alemanes, cuando estaba en Estados Unidos, era, en realidad, propaganda a favor de los aliados: en ambos casos sabía dónde se hallaba la verdad, pero, de manera perversa, se negaba a enfrentarse con ella y asumir las consecuencias.

Aquel número de julio de *The English Review* contenía otros dos artículos de Crowley, escritos bajo pseudónimo (Austin Harrison, el director, debía de hallarse muy desesperado, o muy escaso de colaboradores): «Percy Bysshe Shelley», por *Prometeo* y «El problema judío reconsiderado», por *Un gentil*. El número de agosto contenía «La crisis de la Francmasonería», por *Un Ex-Gran Maestre*, escrito también por Crowley, como pone de manifiesto su párrafo final, con una salutación a Horus y al Hijo Coronado y Conquistador. Como signo de gratitud a Harrison, Crowley le regaló algunos de sus libros: *Knox om Pax*, *Mortadello* y *The Book of the Law*. La dedicatoria de este último decía así: «Para mi amigo Austin Harrison, cuyo consejo y asistencia me sostuvieron durante mi campaña en Inglaterra (mayo-octubre 1922 e.v.). Yo le entrego este ejemplar del *Liber Legis* cuya palabra es THELEMA, para que llegue a comprender que ya no soy un hombre, sino un vehículo de la transmisión de esa Palabra, ya que he venido para el cumplimiento de la Gran Obra, el *Summum Bonum*, la Verdadera Sabiduría y la Perfecta Felicidad. *Tò Mega Thérion 666, etc.*» Crowley había dejado de ser un hombre cuando, el año anterior, los dioses le habían comunicado que era un *Ipsissimus*, y le habían instado a que cumpliera las ceremonias pertinentes.

Las colaboraciones de Crowley podrían haber continuado si hubiera sido capaz de no discutir con Harrison. «Él podía estar manteniendo durante una hora que había hablado de libras y no de guineas. No consigo explicarme por qué me complazco en asistir a tan despreciables culebreos. Debe tratarse, supongo, del mismo tipo de fascinación que hace que uno se detenga a observar una riña callejera entre dos prostitutas.»

Austin Harrison era hijo de Frederick Harrison, filósofo, sociólogo y escritor, el fiel amigo y benefactor del novelista George Gissing. Austin conocía bien a Gissing, quien era una figura familiar en la mesa de los Harrison, además de haber sido, por algún tiempo, su mentor.

J.W.N. Sullivan le había sugerido a Crowley que debía llevar la idea de su autobiografía ante Grant Richards, un editor que, en palabras de Bernard Shaw, se arruinó a sí mismo por una excesiva adicción a la literatura. Era una buena ocasión, dijo Sullivan, que conocía a Richards, de que le encargaran el libro; además, él hablaría en favor de la Bestia.

Richards dudaba del éxito de una empresa semejante; y además juzgó inaceptables las condiciones de Crowley.

Crowley volvió a Richards con una nueva proposición: una novela que tratase del tráfico de drogas. Habría constituido un alivio bien recibido, sobre todo en aquellos tiempos en que había toda una epidemia de novelas sobre la trata de blancas. Él conocía algunas cosas de las drogas: había viajado mucho por el Oriente, y recientemente en América había recogido suficientes evidencias sobre el comercio ilícito de la cocaína y también de la heroína. Y le entregó a Richards una sinopsis, que tituló *The Diary of a Drug Fiend* («Diario de un drogadicto»), que había esbozado en la hoja de un cuaderno de notas.

Richards se excusó por no aceptar aquella obra, sugiriéndole que fuese a ver a Hutchinson o a Còllins.

Ninguno de ambos editores le eran conocidos a la Bestia, pero se acercó hasta la oficina de William Collins, ya que tenía que pasar por ella para ir a su casa.

Fue concertada una entrevista entre él y su asesor, el novelista J. D. Beresford. El rostro de éste le resultaba a Crowley vagamente familiar. Más tarde, en el transcurso de la conversación, resultó que se habían visto hacía quince años. El contrato fue rápidamente redactado y firmado, y entregadas sesenta libras como adelanto, en concepto de sus derechos de autor. Crowley reconoció con gratitud que fue Beresford quien persuadió a William Collins de encargarle *The Diary of a Drug Fiend*.

Una vez que hubo recuperado el coraje, sus energías regresaron en estampida. Siempre había publicado sus libros por cuenta propia: era un autor *amateur* y no profesional. ¡Y ahora, una editorial le había pagado! Según el diario de Alostrael, *El diario mágico de Babalon*, no hay duda de que ella consideraba *The Drug Fiend* como uno de los sucesos más importantes en la vida de la Bestia, la recompensa de los dioses.

Inmediatamente, Crowley telegrafió al Babuino, que había regresado a París, para que volviera inmediatamente; y en cuanto llegó, comenzó a dictarle la novela en su habitación, que daba a Wellington Square.

The Diary of a Drug Fiend es la historia de sir Peter y lady Pendragon, quienes, intentando aumentar sus placeres mediante la heroína, acaban arruinando su salud y perdiendo la razón. En cierto momento, en el que parecen encontrarse en un momento crucial, son salvados por un hombre misterioso, dotado con una fascinación y energía fuera de lo corriente: el rey Lamo, quien los conduce a su Abadía de Telepilo, en donde son prontamente curados, y recuperan su integridad.

Sir Peter es un personaje complejo, y Crowley afirmó que había tomado para él lo peor de la personalidad de Cecil Maitland. Y el rey Lamo, por supuesto, no era otro que él mismo:

No sé cómo se atreve a venir a Inglaterra [dice uno de los personajes secundarios]. Vive en un palacio llamado Telepilo, nadie sabe dónde. A pesar de su aspecto, tiene más de cien años. Ha estado en todas partes, ha hecho de todo, y cada uno de sus pasos está manchado de sangre. Es el hombre más malvado y peligroso de Londres. Es un vampiro, que vive a costa de arruinar otras vidas.

El rey Lamo gobernaba a los Lestrígonos, los gigantescos caníbales con los que se encontró Odiseo. Su plaza fuerte se encontraba en Telepilo que, supuestamente, debía hallarse en la parte noroccidental de Sicilia, de hecho, cerca de Cefalú. Crowley admitió que los elementos más sombríos del carácter del rey Lamo no eran otros que los suyos propios.

Cuando sir Peter y su mujer, que está enloquecida a causa de la droga, llegan a la Abadía, Crowley no se reprime de asestar otro mazazo a Mary Butts y Cecil Maitland. Dice el rey Lamo: «El año pasado tuvimos dos personas irremediabilmente corruptas. Se llamaban a sí mismos escritores, y se imaginaban que estaban trabajando por retirarse solemnemente después del almuerzo y escribir media página de estupideces antes de la comida. Pero no conocían el significado de la palabra trabajar; y este lugar les ha puesto al borde de la locura. Se aburrían en la Abadía...».

El 1 de julio, Crowley dejó de dictar y escribió: «En total, 121.000 palabras escritas a mano por mi Mujer Escarlata de la Fornicación, entre las 11 a.m. del 4 de junio y las 12:45 a.m. del 1 de julio: o sea, 27 días, 12 horas y tres cuartos. A una media *per diem* de 4.321 palabras. También ha de tenerse en cuenta que durante la semana pasada tuve un serio resfriado que me produjo fiebre».

Tres meses antes estaba casi totalmente sordo, a causa de su envenenamiento de heroína: «Pienso que al final habría tenido la elegancia de haberme matado; es difícil que una antena doblada se enderece», escribe en una de las últimas anotaciones de *The Fountain of Hyacinth*. Se había encontrado en las mismas y desgraciadas condiciones que sir Peter y lady Pendragon, y ningún rey Lamo había acudido a su rescate; y la auténtica Abadía de Thelema, frecuentada por horrores informes, de la que él había huido, era muy diferente de la idílica Abadía de «Telepilo». Me pregunto si este contraste entre ambas situaciones fue vislumbrado por Leah Hirsig, La Virgen Custodia de la Abadía, mientras escribía al dictado el final feliz en la Abadía del rey Lamo, ambientada en un escenario que ella conocía tan bien. Se diría que no, pues en la Abadía de Haz lo que Quieras de Cefalú, aunque primitiva —no había gas, ni luz eléctrica y había que sacar el agua del pozo del patio— y desprovista de toda intimidad personal, era el primer hogar que podía llamar suyo. Lo prefería infinitamente al severo apartamento de Nueva York, con sus cristales tallados y su madre como ama de llaves. Y en el interior de su mente no había comparación posible entre su oscura existencia anterior como maestra en el Bronx y su elevada posición actual como la Mujer Escarlata de Aleister Crowley, que era Profeta del Sol y del Dios de la Guerra y de la Venganza, Ra-Hoor-Khuit. No, Leah estaba completamente identificada con las demoníacas esperanzas de su Maestro.

Crowley había entregado a Collins una sinopsis de su *opus magnum*, su autobiografía, o autohagiografía como él la llamaba, y el día en que recibió el manuscrito completo de *The Drug Fiend*, Collins estuvo de acuerdo en encargarle esta hagiografía suya o *Confessions*, una obra que debía alcanzar, si no superar, el medio millón de palabras, entregándole un cheque de 120 £ como adelanto por sus

derechos.

La obra de Alostrael ya había sido cumplida. La autohagiografía podía esperar. La atmósfera de Londres no era buena para sus pulmones, por lo que Crowley la envió de vuelta a la Abadía. Sería poco caritativo suponer que estaba intentando desembarazarse de ella.

The Diary of a Drug Fiend era publicado en noviembre, y cosechó críticas indiferentes. Nadie lo aclamó como la obra de un genio. El suplemento literario de *The Times* puntualizó que carecía de la fascinación literaria de un De Quincey y del impulso y el crudo realismo de Zola, pero añadía que «el libro supone un fértil acopio de incidentes e ideas; y una cosecha sorprendentemente rica de retórica... una fantasmagoría de éxtasis, desesperación, y, sobre todo, verbosidad». En uno o dos meses se habría sumergido en otras nuevas novelas, si no hubiera sido porque el egregio James Douglas —el epíteto es de V. S. Pritchett— lo seleccionó para su artículo semanal en el *Sunday Express*. Douglas, que había denunciado la obra de Aldous Huxley, *Ancient Hay* por su «suciedad y blasfemia», describió *The Diary of a Drug Fiend* como «un elogio extático de la droga», parangonándolo con el *Ulises* de James Joyce, y solicitando su inmediata erradicación.

La obra no es un elogio extático de la heroína, sino que aboga por su uso bajo control en los rituales mágicos; pero algo hay de verdad en la acusación. Y en la novela, Crowley se había hecho propaganda a sí mismo y a la Abadía, citando fragmentos del *Liber Legis*:

La Abadía de Thelema en Telepilo existe en la realidad. Y ha sido descrita, al igual que sus costumbres, sus miembros y el paisaje que la rodea, con sumo detalle. La preparación que se imparte en ella conviene a todas las condiciones de infortunio espiritual, y es apropiada para el descubrimiento y el desarrollo de la «Verdadera Voluntad» de cualquier persona. Se invita a los interesados a ponerse en comunicación con el autor de la obra.

Un hombre escribió:

Estimado señor:

Su sorprendente e interesante libro *The Diary of a Drug Fiend* me ha dejado una vivida impresión, y me pregunto si sus amigos de la Abadía de Thelema podrían ayudarme a descubrir cuál es mi Verdadera Voluntad. Hablo muy seriamente al respecto, por lo que le ruego que no crea que me dedico a «asuntos extraños».

Nací en Irlanda (donde pasé los primeros veinte años de mi vida) y he viajado intensamente por América del Norte y del Sur, con cortas visitas al Viejo Mundo. Combatí en 1899 en la Guerra de los Bóers, y también un poco en esta última, pero en Gallípoli quedé fuera de combate. En estos últimos años me he dedicado a la lencería, primero en tiendas y almacenes y, desde 1917, como representante de una firma de Nueva York. No es algo que me guste excesivamente, pero es lo único que me permite vivir sin estrecheces, pues al parecer estoy condenado a vivir toda mi vida de la lencería.

Mis únicas aficiones son la música, la fotografía y hacer teatro con los amigos. Y tengo una obsesión. Tengo la manía de llegar a convertirme en el esclavo de cualquier joven de buena presencia que se cruce en mi camino. Por favor, no saque la conclusión precipitada de que yo sea simplemente un degenerado del tipo de Oscar Wilde. Nunca he «intimado» en toda mi vida con ningún ser humano, y no deseo comercio sexual de ningún tipo, aunque presiento que si algún hombre (por el que sintiera afecto) quisiera abusar de mí, no rechazaría su proposición. El deseo que me domina es justamente el de *servir*, con el deseo morboso de ser fustigado por cualquier joven que captive mi imaginación. Esta manía lleva conmigo más de veinte años, pero solamente ha sido saciada en dos ocasiones —una en 1909 en Nueva York, y otra en Londres, en 1919— por dos jóvenes que me tomaron la

palabra y me flagelaron, supongo que por pura maldad, pero yo gocé de la experiencia, aunque ninguno de los muchachos quiso continuar el juego.

Ésta es mi historia, y pienso si sus amigos podrán ayudarme a vencer este «hábito» mental, que no ha interferido en mi salud o mi trabajo, y que, por supuesto, no es ni sospechado por mis allegados. Quizás este problema no se encuentre dentro de las miras de su Orden, pero no he querido dejar pasar la oportunidad. No tengo especial interés en nada, y aunque me siento como un taco cuadrado en un agujero redondo, mi único deseo dominante es poder servir a otros. Esperando que su Orden pueda ayudarme a encontrar mi «Voluntad», le saluda suyo afectísimo (etc.).

«No me ha dicho su edad», le contestó Crowley, «pero Vd. no puede ser muy mayor, y si se enreda en esas trapisondas, cuando tenga cincuenta años va a parecer una pasa seca y polvorienta. Venga a mí, para que pueda pisotearle con mis pies y exprimírle, y hacer vino en honor de Nuestro Señor Dioniso.»

El domingo siguiente, el *Express* atacaba de nuevo, y con un nuevo tipo de munición, puesto que había entrevistado a Mary Butts. «DESENMASCARAMIENTO COMPLETO DEL AUTOR DE “DRUG FIEND”. Diario satánico de Aleister Crowley. La expoliación de los deshonrados. Su Abadía. Libertinaje y vicio en Sicilia», eran los titulares de la primera Página.

«La historia de las bestiales orgías organizadas en Sicilia por Aleister Crowley hacen pensar en los desvaríos de un criminal lunático, enloquecido por su propia depravación... orgías sin cuento, que se resisten a cualquier descripción.»

Y Mrs. Betty Bickers, que había conocido a Crowley en Estados Unidos, añadía la gota de agua que desbordaba el vaso declarando al *Express* que el Maestro Thérion había dado dos conferencias en su casa y que le había pedido dinero en calidad de préstamo.

La Bestia había regresado a su Abadía y estaba leyendo el *Sunday Express* a la luz del sol mediterráneo. Después de consultar al *Yi King* acerca de la línea de acción a seguir, dictó una carta a Lord Beaverbrook, el propietario del periódico, instándole al juego limpio y a una investigación aparte. Era natural que el fundador de una nueva religión fuese atacado y vilipendiado por los seguidores de la antigua: pero no le hacía gracia. Para expulsar las influencias malignas hizo el signo del Pentagrama.

Mientras tanto, William Collins no había permanecido ocioso: respondió a James Douglas con el anuncio de su intención de vender tantos ejemplares de *The Diary of a Drug Fiend* como le fuera posible, pero después del segundo ataque del *Sunday Express*, la editorial decidió olvidarse de Crowley y dejó que la novela se agotase sin publicar una nueva edición.

El 26 de agosto de 1930, Crowley se encontró casualmente, mientras paseaba por Londres, con Mary Butts: «Mary Butts prematuramente envejecida y consumida... ojerosa y medio loca», escribió en su diario. Otras personas no hubieran suscrito esa descripción.

LA CANCIÓN DE RAOUL LOVEDAY

EN el verano de 1922, un estudiante de Oxford llamado Raoul Loveday —en su partida de bautismo aparecía como Frederick Charles— se casaba con una modelo de arte, conocida en los círculos de la bohemia londinense como Betty May. Loveday era su tercer marido.

El anillo se escurrió de los nerviosos dedos de Raoul y rodó hasta uno de los rincones de la oficina del Juzgado de Oxford. Un mal presagio, pero no tanto como la misteriosa silueta de un joven en posición horizontal que, en la fotografía de la pareja tomada la tarde de aquel mismo día en los jardines del St. John's College, aparece encima de la cabeza de Raoul.

«Parecía la figura de un hombre dormido o muerto, con los brazos ligeramente estirados detrás de la cabeza, ligeramente inclinada hacia un lado», dijo Betty.

Cuando se graduó en Historia, Raoul se fue a Londres en busca de trabajo. No tenía dinero y Betty le ayudaba con lo que ganaba trabajando como modelo. Posó para Epstein, y la vivacidad de su rostro, y lo dilatado de sus ventanas nasales le inspiraron para el busto que tituló «La salvaje».

Una noche, cuando Raoul y Betty estaban en un café del Soho llamado The Harlequin, Betty Bickers se acercó a su mesa. La conversación derivó hacia la magia, y Mrs. Bickers dijo que Crowley estaba viviendo en su casa (había dejado su habitación del 31 de Wellington Square), y se ofreció a presentárselo a Raoul.

Raoul estaba entusiasmado, pues los dos últimos años había estado estudiando la obra de Crowley y quería conocer a la Bestia de inmediato. Su mujer, Betty, no estaba tan interesada: una vez, en 1914, había visto a Crowley en el Café Royal y había sacado de él una impresión desfavorable. Ella dijo que intentó disuadir a Raoul pero que no quiso escucharla y que se fue sin ella en compañía de Mrs. Bickers.

Estos sucesos son tratados en *Tiger-Woman*, la autobiografía de Betty May publicada en 1929. Según su narración, estuvo esperando el regreso de Raoul dos días seguidos. A la tercera noche, mientras dormía en el tercer piso de su vieja casa de Beak Street, en el Soho, fue despertada por el ruido de alguien que intentaba entrar por la ventana. Raoul había subido por el canalón, como si fuera un deshollinador y, al igual que uno de éstos, estaba cubierto de polvo tras su escalada. Su aliento apestaba a éter.

Al fin estaba haciendo todas aquellas cosas que durante tanto tiempo había estado soñando, y buscaba el Fuego Informe junto al mayor Mago de todos los tiempos, el Maestro Thérion:

Ésta es, pues, la virtud de la Magi(k)a de la Bestia 666: penetrar los velos de cualquier santuario, avanzar hacia adelante, para abrazar a cada una de las imágenes... Y el Fuego revelará a sus ojos su propia imagen en su verdadera gloria: y le dirá al oído el misterio que es su verdadero Nombre.

Crowley tenía un elevado concepto de Loveday. En su opinión, éste poseía un potencial mágico mayor que el de Neuburg, Charles Stansfeld Jones o Cecil Frederick Russell. «Su personalidad era extraordinaria», dijo la Bestia. «Poseía todas las cualidades de un mago de primer orden. Después de mi primera entrevista con él, lo designé mi Heredero Mágico.»

Crowley veía en Raoul el designio de los dioses. Era el alumno que «había estado necesitando los últimos diez años, un hombre dotado de todos los dones que un Mago puede necesitar, y preparado ya para la iniciación por un conocimiento prácticamente completo, no sólo de los elementos, sino de la esencia de la Magi(k)a».

Betty May no tardaría en descubrir que Raoul estaba más casado con Crowley que con ella. Le suplicó que renunciase al mago o al menos que dejase de tomar drogas, cuyo poder destructivo conocía muy bien, ya que ella misma había sido adicta a la cocaína.

Se mudaron a otra casa. Betty pensaba que eso bastaría para darle esquinazo a Crowley, pero no tardaron mucho en oír que llamaban a la puerta.

Contemplé a un hombre robusto ataviado con el kilt de las Highlands que se mantenía en actitud de bendecirme con ambas manos levantadas, en una de las cuales llevaba una vara verde de unos cinco pies de longitud, alrededor de la cual estaba enrollada una serpiente simbólica. En una de sus manos, que eran muy pequeñas, se encontraba un curioso anillo... Tenía los ojos negros, resplandecientes, una piel cetrina y flácida, labios rojos y carnosos, y una cabeza, sobre la que llevaba una peluca rizada y reluciente. “Haz lo que Quieras”, dijo, con un acento ligeramente nasal, que hizo que las palabras sonaran menos impresionantes de lo que habrían podido sonar, “Haz lo que Quieras será toda la Ley”^[176]

El *Yi King* informó a la Bestia que la Abadía se estaba hundiendo en el barro. No había nada que lo retuviese en Inglaterra —ahora que había escrito y entregado *The Diary of a Drug Fiend*—, por lo que podía regresar a ella para comenzar su siguiente gran obra, su *Autohagiography*. Pero no tenía para el pasaje. ¿Debía pedirle a Mr. Robinson Smith, un agente musical retirado que había conocido en la casa de Austin Harrison, en Seaford, que le proporcionara algún dinero? El *Yi King*, el más sabio de los oráculos, pensaba que sí. Y, una vez más, acertaba plenamente: Mr. Robinson Smith accedió a la solicitud de Crowley.

A mediados de octubre de 1922, la Bestia, después de invitar a Mrs. Bickers a seguir un curso completo en la Abadía, partió para Cefalú.

En Roma interrumpió su viaje, realizando un acto de magia sexual con una prostituta llamada Bruna Runietti, al objeto de adquirir poder para la Gran Obra. Desde Roma escribió a Raoul, instándole a que fuese a la Abadía en cuanto pudiese, y sazónaba aquella carta con la recomendación de que pusiese a su mujer a buen recaudo. En cuanto al importe del pasaje, podía pedírselo prestado a un gran Mago Blanco llamado Robinson Smith, cuya dirección le adjuntaba.

Preguntó al oráculo —utilizando uno de sus Libros Sagrados— una profecía referente a su regreso, y lo que le contestó fue atroz: «Aniquilación hasta en el abismo».

A pesar de su éxito en Londres, regresaba con sólo veinte libras, que era todo lo que le quedaba de la suma que le entregara Robinson Smith. Comenzó a dictar enérgicamente la historia de su vida a sus dos secretarias, el Babuino de Thoth y la hermana Estai, que seguía siendo Jane Wolfe, anteriormente la hermana Metonith, que al ascender en la orden a un grado superior, había cambiado de nombre mágico.

El Mago Blanco, que era tan grande como generoso, se hizo cargo del pasaje, con lo que el matrimonio pudo partir hacia la Abadía de Haz lo que Quieras, en la lejana Sicilia. Según la narración de Betty, la Abadía era el último lugar al que hubiera deseado ir, y la Bestia la última persona a la que le hubiera gustado ver. Según otra versión —la que ofrece la hermana de Raoul— ella estaba muy contenta de poder ir pero, lo estuviese o no, lo cierto es que, a su llegada, el 26 de noviembre, se encontró con que Crowley le dio con la puerta en las narices, por no contestar al saludo thelémico de *Haz lo que Quieras será toda la Ley*, con su corolario, *Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad*. Cuando estés en la Abadía de Thelema, haz lo que los thelemitas.

Betty encontró extraordinaria la Abadía, o más bien la parte que se encontraba ocupada por el templo en la gran sala de la entrada, con su altar y el círculo mágico pintado en el pavimento. Ninette le pareció patética, y la describe como una pobre criatura de aspecto asustadizo, «que daba la impresión de estar siempre aguardando un golpe, con la seguridad de que nunca conseguiría detenerlo». En cuanto a Leah, que apareció un poco más tarde, ésta es la descripción, según sus propias palabras, que hace de ella:

La puerta se abrió súbitamente. Una mujer alta de rostro demacrado, vestida de pies a cabeza con una túnica escarlata, abrochada sólo en el cuello, y con una capucha monacal que colgaba de su espalda, se deslizó lentamente hacia nosotros. Sus inmensos ojos oscuros nunca dejaron de estar posados sobre los míos. En mi estado de excesivo cansancio, me sentí fascinada por aquellos ojos. Me sentía igual que si estuviese mirando en un negro abismo.

El matrimonio había llegado para servir de ayuda en la Gran Obra, por lo que ambos tuvieron que pronunciar el Juramento de Afiliado:

Yo, deseando residir dentro de la Abadía de Thelema, hago Juramento de lo que sigue: que de manera absoluta, reniego, abjuro y desprecio cualquier fidelidad hacia todos los dioses y los hombres, aceptando la Ley de Thelema como mi única Ley: que afirmo que el *Liber Legis* es la Palabra de la Verdad y la Regla de la Vida: que me dedicaré de manera absoluta y sin restricciones de cuerpo y alma a la Gran Obra, que es proclamar y ejecutar la Ley de Thelema: que aceptaré incuestionable e irrevocablemente las condiciones de vida de la Abadía de Thelema, y defenderé sus ordenanzas y costumbres (como ha sido declarado en los Libros LII, CI, CXCV^[177]) y sostendré la autoridad de la Mujer Escarlata y de Su Señor, La Bestia 666.

Doy fe con mi firma:

Betty Loveday
Raoul Loveday

El mismo día, la Bestia admitió a Raoul como Neófito de la A.'.A.'. , quien tomó el nombre de Aud, que significa «luz mágica». De tal manera comenzaba su caminar

en el sendero de la magi(k)a y su ascenso hacia las estrellas. «Es la Magi(k)a, la Magi(k)a que me ha embelesado», escribía en un ensayo titulado «Embelesamiento».

Mientras su mujer no hacía más que aburrirse y quejarse de la mala comida, de la falta de instalaciones higiénicas, y de la opresiva presencia de la Bestia, él estaba de acuerdo con todo, y da la impresión de que, al menos al principio, disfrutó de su estancia. Esto es lo que escribió respecto a la Abadía:

El pueblo es muy bonito, un grupo de casas de color limón que descansan entre las zarpas de una titánica roca, que ha adquirido la forma de un león agazapado. Uno de los habitantes del lugar nos guió a nuestra llegada, puesto que ya empezaba a anochecer, hasta una escarpada colina fuera del pueblo, donde se levanta la Abadía. Lo primero que vimos fueron las palabras *Haz lo que Quieras será toda la Ley*, pintadas en la puerta principal de la casa de una sola planta que estaba enfrente de nosotros. Puesto que se trata de la palabra de orden de los que viven en la Abadía, y su saludo reglamentario, debo decir y explicar que no proclama el cumplimiento de lo que uno piensa que quiere hacer, sino de lo que uno debería pensar que quiere hacer: de la verdadera voluntad.

La puerta llevaba hasta el «Templo», una amplia estancia de planta cuadrada a la que daban las otras cinco habitaciones. Veíamos al mismo tiempo un incensario de bronce, como los encontrados en Pompeya, y un altar hexagonal situado en el centro de un círculo mágico pintado en el embaldosado pavimento. Cansados a causa del viaje, nos fuimos en seguida a la cama; nos despertó al amanecer el golpeteo de un tam-tam y la palabra de orden de la Abadía, que era cantada. No tardamos mucho en reunirnos con los demás en la colina, verde por los olivos, donde todos levantaban los brazos hacia el Sol y exclamaban: «Salve a Ti, que eres Ra en Tu surgir, a Ti, que eres Ra en Tu fuerza, que atraviesas los Cielos en Tu barca al surgir del Sol... Salve a Ti desde las Moradas de la Noche». No puedo expresar fácilmente el sentimiento de júbilo que experimenté cuando respiré el dulce aire de la mañana que elevaba el cántico hacia un sol dorado y esplendente..., pues yo había dejado un Londres tapado por una espesa y aceitosa niebla.

El resto de la mañana, como es habitual, fue empleado de la siguiente forma: las mujeres cocinaron, hicieron la compra y las demás ocupaciones propias de ellas, mientras que los dos hombres, Crowley y yo, estuvimos escribiendo. El número 666, que es atribuido, desde el punto de vista mágico, al Sol, también es el de «La Bestia», que afirma ser el vehículo de la energía solar.

Ese aire tan sutil me ha abierto tremendamente el apetito. La comida del mediodía consistía en carne, fruta y vino siciliano, bastante fuerte. Me he dado cuenta de que esta comida se toma siempre en silencio, lo que permite satisfacer el apetito, favorecer la digestión y ejercitar la mente. Empleamos nuestra primera tarde en algo que me gustaría dar a conocer a todos aquellos que dicen que los habitantes de la Abadía pierden el tiempo en ocios y diversiones malsanas; pues no hicimos otra cosa que escalar la gran Roca. La Bestia, que es un montañero afamado, nos ha guiado en cordada hasta un contrafuerte de roca dura, mientras que nosotros dos nos sujetábamos de las cuerdas y serpenteábamos detrás de él. Seguimos subiendo cada vez más arriba, hasta llegar al lugar en que se levantaba la ciudad antigua, con el templo dedicado a Júpiter y los baños de Diana, reducidos hoy a magníficas ruinas. Té fuerte a nuestro regreso: estábamos famélicos. Y a continuación, el ritual del Pentagrama.

Éste consistía en pronunciar en cada uno de los cuatro puntos cardinales, pero procurando que su sonido fuese vibrante, los nombres tradicionales de Dios y de Sus arcángeles. El fin principal no es otro que expulsar las influencias malignas, encerrándose uno mismo, como si dijéramos, en una fortaleza consagrada, ocupada y fortificada por los nueve Nombres. El rito venía seguido por la lectura (efectuado por turno) de las «Recopilaciones Gnósticas», que son invocaciones al Altísimo. Se trata de exaltar la mente haciendo una llamada poética a las fuerzas de la Naturaleza, como, por ejemplo, las de la Luna, que es alabada con estas palabras: «Señora de la Noche, que siempre giras a nuestro alrededor, ora visible, ora invisible, según Tu fase, sé favorable a los cazadores y a los enamorados, y a todos los hombres que se esfuerzan sobre la tierra, y a todos los marinos que lo hacen en la mar».

Después hubo paseo, ajedrez y un poco de música de mandolina, y a eso de las nueve en punto, todos nos fuimos a la cama, a leer o a dormir, según gustos.

En la tarde del día siguiente, el tiempo era un poco húmedo para hacer una escalada en serio, por lo cual La Bestia propuso un «juego de Thelema». Yo le seguí hasta una de las fachadas de la casa, donde hay un pequeño patio empedrado, con una tosca señalización que hacía pensar en un patio de jugar al «cincos»^[178] al que se hubiera quitado las paredes. El juego en sí recordaba al rugby, aunque se jugaba con un balón corriente de fútbol y se podía utilizar cualquier parte del cuerpo, de la cabeza a los pies, para golpear la pelota. El hecho es que este juego requiere una gran destreza, por lo que acabó con nosotros, que vimos con alegría la ocasión de interrumpirlo

cuando llegaron Hermes y Dioniso. Debo decir que no se trataba de los dos dioses, ni de que los hubiéramos «invocado para que se hicieran visibles», sino de los dos niños, de cinco y seis años respectivamente, que aparecen citados como personajes en *The Drug Fiend*, que tanto revuelo está haciendo en Londres. La Bestia había decidido llevárselos a escalar un pináculo rocoso que se halla aislado, no muy lejos de aquí, mientras el resto de nosotros seríamos sus espectadores. Ya me había extrañado un poco verlos invariablemente descalzos, gozando de plena libertad. Pero cuando les vi escalar, me quedé sorprendido y admirado, no tanto por la técnica o la destreza con la que aquellos menudos dedos de sus desnudos pies se plantaban sobre las grietas más pequeñas, sino por la inteligencia que demostraban. Nueve de cada diez niños, incluso si hubieran sido convencidos para cobrar ánimo y ponerse a escalar, habrían depositado toda su confianza en la manera de gatear y en la Fortuna. Pero estos dos buscaban, encontraban y verificaban todos los asideros posibles para sus manos y pies. Mostraban tal sangre fría y seguridad en sí mismos, que aquella experiencia me permitió vislumbrar la validez del Haz lo que Quieras, como un método de educación infantil.

El resto de la semana transcurrió, más o menos, del mismo modo. Lo que más me impresionó de todo ello fue la sensación de bienestar físico y la alegría. Era muy diferente de lo que esperábamos encontrar, a juzgar por lo que, antes de abandonar Londres, nos habían dicho los amigos, con aliento entrecortado. Y ahora, Inglaterra nos parecía tan lejana que temblábamos ante la idea de tener que regresar a ella. Habíamos encontrado la sabiduría.

Las ideas de Crowley sobre la sociedad tenían algo en común con las de Platón. En la República gobernaban los reyes-filósofos que no eran otros que aquellos que habían encontrado su Verdadera Voluntad, los dirigentes de la Utopía de Crowley. El «grupo múltiple» del estado platónico encontraría la felicidad al conocer su función, aceptando su posición, posiblemente inferior, pero siempre igual de válida. En el sistema crowleyano, el grueso de la humanidad, al no haber descubierto todavía su Verdadera Voluntad, se hallará desprovista de poder, o, por decirlo de otra manera, será esclava de aquellos que sí la hayan descubierto. Los Verdaderos Volitivos^[179] los mantendrán a raya y les concederán la felicidad. Comparados con sus equivalentes en el sistema platónico, se encuentran en una posición inferior y menos segura.

Los niños de la Abadía eran observados para establecer el tipo de ciudadanos en que iban a convertirse. Por tanto, se les dejaba que descubriesen por sí mismos su camino a su Verdadera Voluntad, y no se realizaba esfuerzo alguno para convencerles a tomar uno u otro rumbo. En una carta a la hermana Grimaud (Helen Parsons), fechada en octubre de 1944, Crowley, que por aquel entonces tenía sesenta y nueve años, escribió: «Y como teníamos más de una madre, habíamos establecido una regla rigurosa: que un niño que quisiera cualquier cosa podía pedírselo a cualquiera de la Abadía, excepto a su propia madre...».

Los niños estaban autorizados a observar los ritos sexuales de la nueva religión. De hecho, constituían un público privilegiado, porque Crowley era de la opinión, gracias a la tergiversación que hacía del psicoanálisis, de que ese tipo de espectáculos, al quedar impresos en la mente de los niños, les ayudarían a superar las miserias de la «represión».

Al parecer, Crowley no pensaba que un niño pudiera necesitar una autoridad de la que liberarse más tarde, ni que una autoridad esclarecedora pudiera contribuir mejor a su educación que la libertad absoluta. Ni tampoco revela el conjunto de principios que debían establecerse para reconocer la Verdadera Voluntad de cada uno, ni lo que había que hacer en el caso de un conflicto entre Verdaderas Voluntades. Pudo ser de la opinión de que las Verdaderas Voluntades nunca entrarían en conflicto, por ser

esencialmente pacíficas.

Si podemos creer a Alma Hirsig, cuando escribe con el pseudónimo de Marion Dockeril, los dos pequeños, Hansi y Howard, que correteaban alrededor de la Abadía en busca de la Verdadera Voluntad, nunca llegaron a encontrarla, o si la encontraron, fue en una versión maligna y mezquina. Y dice lo siguiente del hijo de Leah:

Tomó el hábito de fumar cigarrillos a la edad de cinco años, y estaba tan «colgado» que nunca le vi sin uno de ellos en la boca. Estaba creciendo débil, enfermizo, raquítico, a pesar de tanta vida al aire libre y tantos métodos primitivos. «¡Déjame en paz!», gritaba, blandiendo un bastón. «¿No sabes que soy la Bestia Número Dos y que puedo despedazarte? ¡Y lo haré! Te echaré al mar. Estoy dispuesto a convertirme en la Gran Bestia del Apocalipsis cuando muera Crowley, y entonces partiré en dos al mundo.»

Los Loveday se establecieron en la Abadía. Raoul ocupó el puesto de Sumo Sacerdote, que había dejado vacante el hermano Genésthai, y Betty echó una mano en las faenas. En la descripción que Crowley hace de un rito, llama a Raoul el Mago en Jefe.

El Jefe de la Abadía, escribe Betty May, era la única persona que había sido autorizada a usar la palabra «Yo». Todos los demás tenían que decir «uno» en su lugar. La penalización por quebrantar esta regla consistía en hacerse uno mismo en el brazo un corte por cada «yo» pronunciado, y con tal fin, cada uno recibía una afilada navaja. Se trataba de un medio de «eliminar el ego», no para inducir a la humildad, sino para desarrollarse espiritualmente, de acuerdo con la filosofía de Crowley, según la cual el ego, o consciencia, es considerado como un estorbo. Betty tiró desdeñosamente su navaja, pero Raoul usó la suya, y no tardó en tener ambos brazos tan cubiertos de cortes como los de Victor Neuburg, después de «una semana de intentar evitar el uso de la primera persona» (véase al respecto la fotografía de los brazos de Neuburg publicada en *The Equinox*). Según Betty, fue la pérdida de sangre, ocasionada por un descuidado *ego-ismo*, lo que contribuyó a minar la salud de Raoul, que nunca había sido demasiado vigorosa.

Los hombres se afeitaban la cabeza, dejándose un rizo fálico sobre la frente, y las mujeres teñían sus cabellos de color rojizo o rubio: se trataba de una forma de peluquería estrictamente thelemita. El rizo sobre la frente representaba la energía mágica de Horus o la de los cuernos de Pan^[180], mientras que el cabello rojizo o rubio era atributo de la Mujer Escarlata. Las mujeres llevaban una túnica holgada y larga de color azul brillante que les cubría desde el cuello hasta el tobillo, y cuyas mangas iban menguando del hombro la muñeca. Este hábito iba ribeteado de escarlata, y estaba provisto de capucha y de un cinturón dorado. Aparte de estos detalles, todos debían llevar un diario mágico que debía ser enseñado a la Bestia.

Ni Crowley ni Raoul se habían encontrado bien durante algún tiempo. Ambos habían sufrido misteriosos ataques que iban aumentando en intensidad y frecuencia. La Bestia diagnosticó aquella dolencia como fiebre mediterránea. El médico del lugar, el doctor Maggio, la describió como una infección que afectaba al hígado y al bazo. El estado de Raoul empeoró rápidamente.

Betty pensó que la enfermedad de su marido era debida a las drogas y a la sangre del gato, Mischette, que según su narración de los hechos había sido sacrificado, y cuya sangre habían bebido. Es decir, Raoul se había envenenado. Estaba muy preocupada y discutió el asunto con la Bestia, que consultó el horóscopo del hermano Aud. Su expresión se hizo más grave y taciturna. En aquel momento, Raoul volvió en sí, y miró por encima del hombro de su maestro.

«Parece que has de morir el 16 de febrero a las cuatro en punto», anunció finalmente Crowley.

Por la mañana del sábado 10 de febrero, la Virgen Custodia del Sangraal regresó de la compra en el pueblo y encontró a Crowley, Betty, Ninette, Jane y Raoul reunidos en el patio. Había estallado una violenta discusión entre Betty y Ninette. Crowley se había puesto a favor de Betty. Jane escuchaba en silencio. Raoul estaba demasiado enfermo para poder decir nada. Finalmente, la riña, que había surgido porque Betty había llamado zorra a Ninette, se fue debilitando, y todos estuvieron de acuerdo en aceptar el llamamiento de la Bestia en favor de una mayor disciplina en la Abadía.

El domingo 11 de febrero, la Bestia y Betty se enzarzaron en una pelea que sobrepasaba en furia a cualquiera de las que se hubieran visto en la Abadía. Al parecer, Betty estaba sentada junto a su marido enfermo, leyendo un periódico londinense, cuando Crowley se lo arrebató precipitadamente de las manos. Los periódicos estaban prohibidos en la Abadía, puesto que distraían de la Gran Obra. Leah escribió:

Súbitamente, oí ruido de vidrios rotos y golpear de sillas, etc. De repente, Betty comenzó a gritar, a jurar y a arrojar cacharros de cocina, etc. al Caballero Custodio de la Santa Lanza, que le pedía que discutiera la situación tranquilamente con él y los demás, fuera de la habitación del enfermo, en la que había una lámpara de petróleo, así como una estufa, también de petróleo. Entonces me fui a la habitación y encontré a Betty dando patadas al C. C. de la S. L., que la tenía sujeta, porque sufría un violento ataque de histeria. El hermano Aud se levantó de la cama, incapaz de tenerse en pie. En ella había varias botellas y un vaso, todos rotos. Intenté mantenerle apartado de aquellos dos; Betty se abalanzó sobre él, y después de unos diez minutos pudimos sacarle de la habitación y llevarle a otra más tranquila.

Aleister Crowley



CROWEL ATAVIADO CON LA TÚNICA DE ADEPTO Y LA CORONA CON EL URAEUS; SOBRE EL ALTAR EN EL CENTRO, LA COPA, LA ESPADA, LA CAMPANA, LA REDOMA DE ACEITE SAGRADO, EL LIBRO DE LA LEY Y LA ESTELA DE LA REVELACIÓN.



EMILY BERTHA BISHOP, SU MADRE.



EDWARD CROWLEY, SU PADRE.

EL HERMANO PERDURABO.
EL OJO DE HORUS, EN EL
CENTRO DE LA LLAMA
SOLAR, APARECE BORDADO
EN LA CAPUCHA DE SU
TÚNICA. EL LIBRO CON EL
SELLO DE SALOMÓN
CONTIENE LOS TALISMANES
DE ABRA-MELIN. EN EL
EXTREMO IZQUIERDO, EL
CRUCIFIJO MÍSTICO CON EL
TOPACIO.

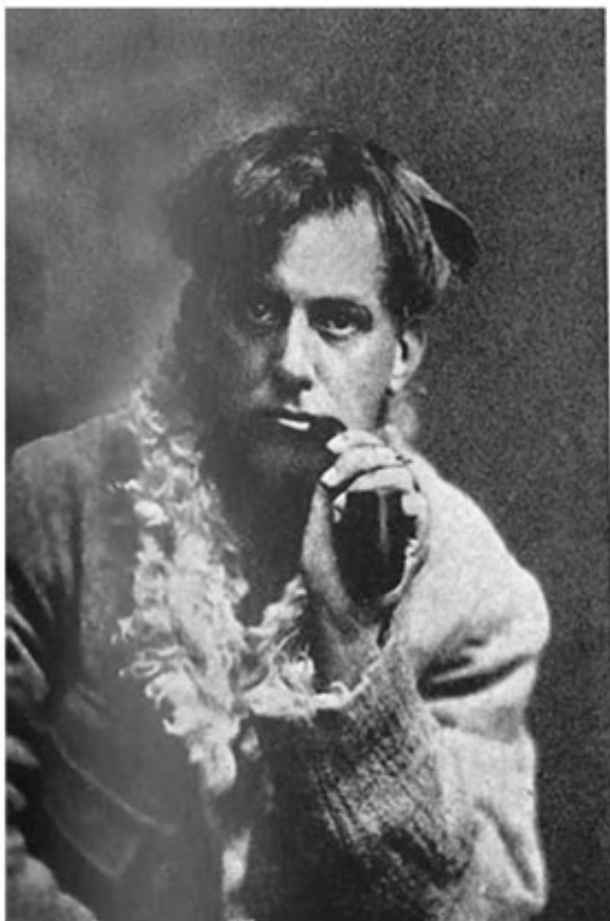




A LOS 14 AÑOS.



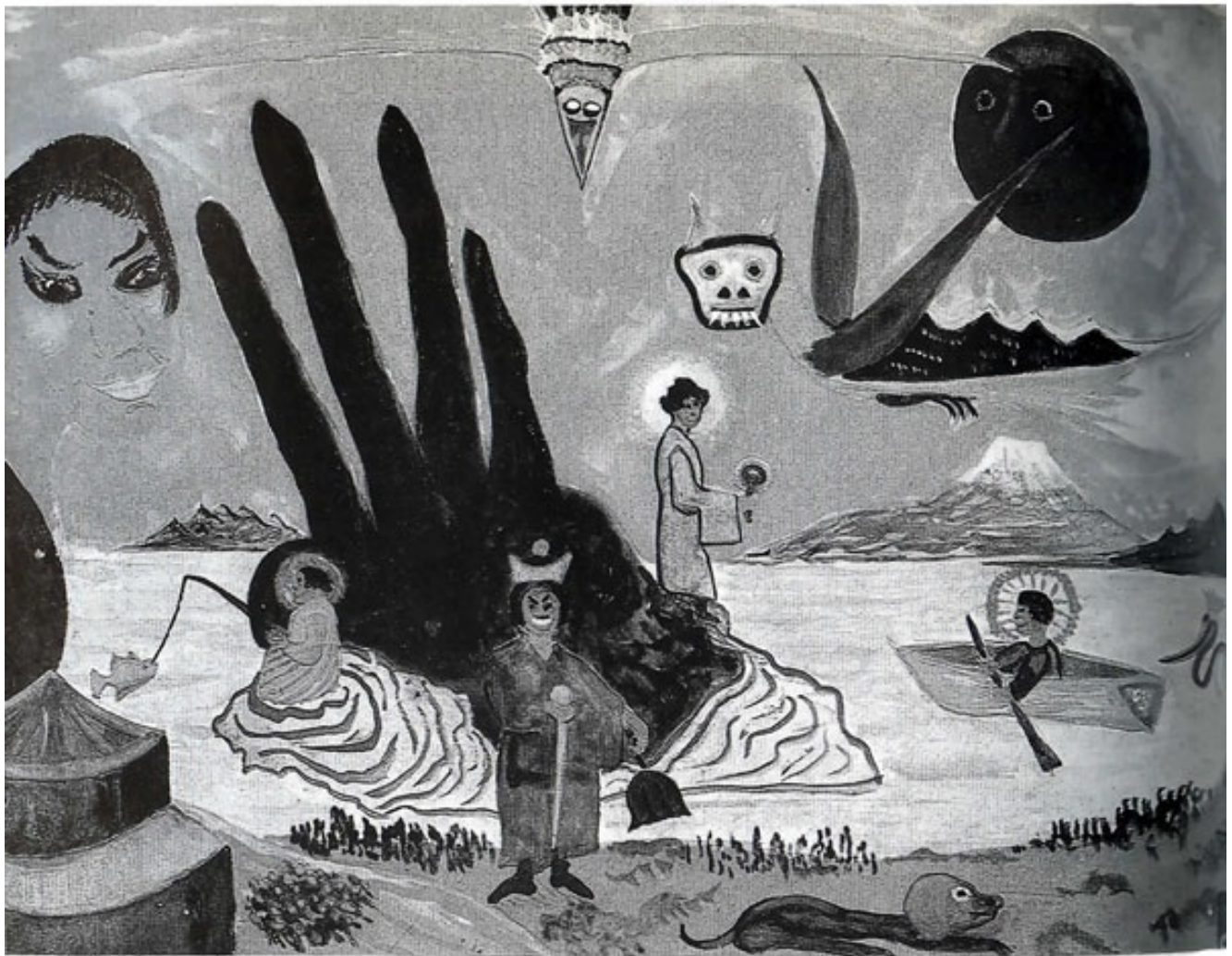
A LOS 23. En el umbral de la magia.



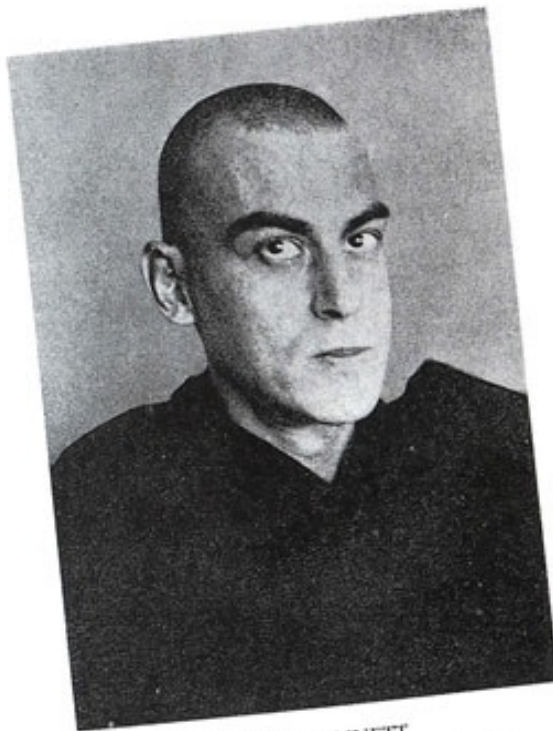
A LOS 31.



A LOS 31. Rumbo a Samadhi.



LA ISLA DE LOS MAGOS, ACUARELA DE ALEISTER CROWLEY, 1921.



ALLAN BENNETT.
El inglés que se convirtió en monje budista.



MACGREGOR MATHERS, CONDE DE GLENSTRAE,
realizando los Ritos de Isis.

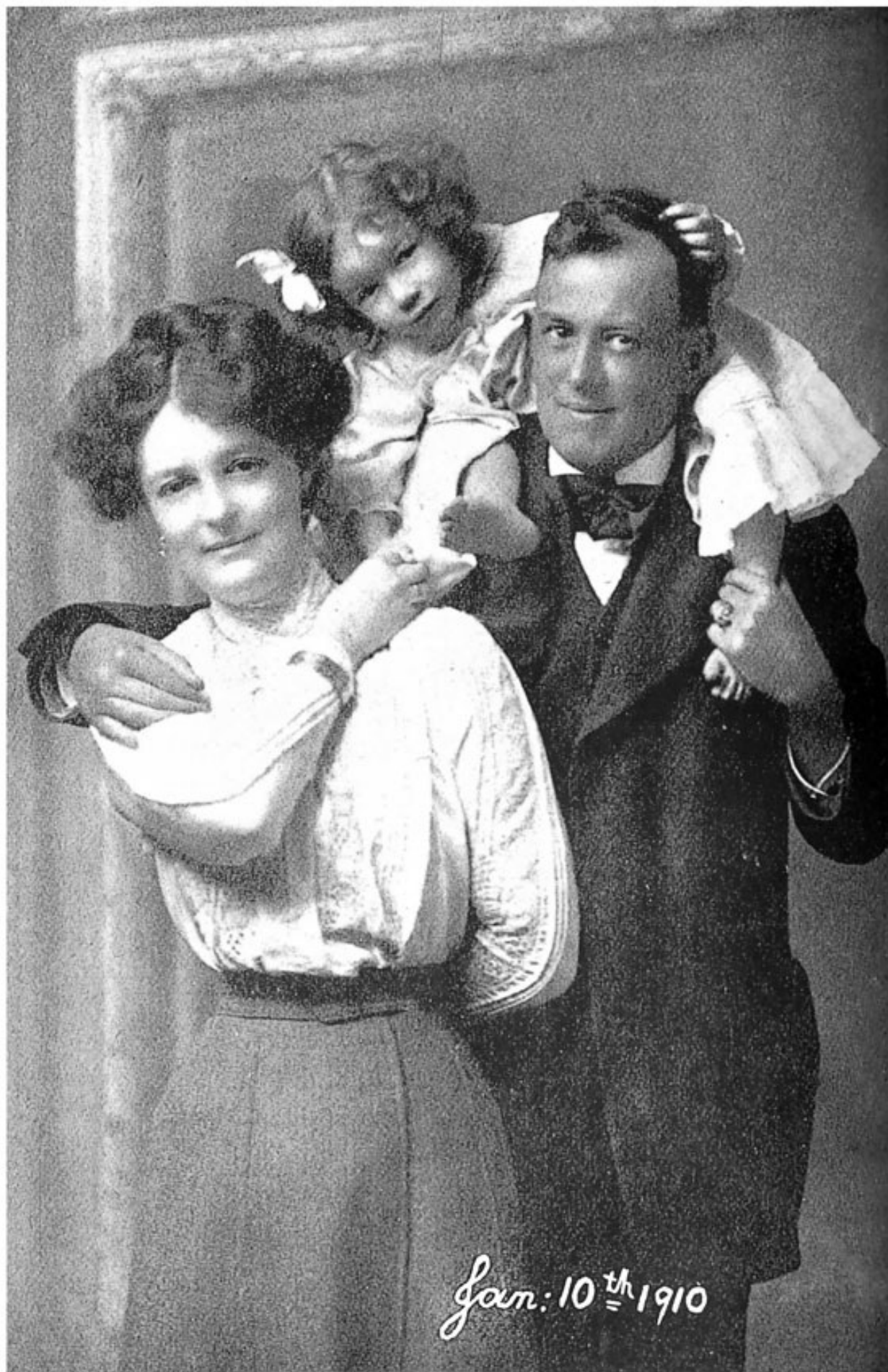


EL CHOGO RI.



LA GRAN BESTIA: EL LOGOS DEL EÓN.





CROWLEY CON SU PRIMERA ESPOSA, ROSE KELLY, Y SU HIJA, LOLA ZAZA.



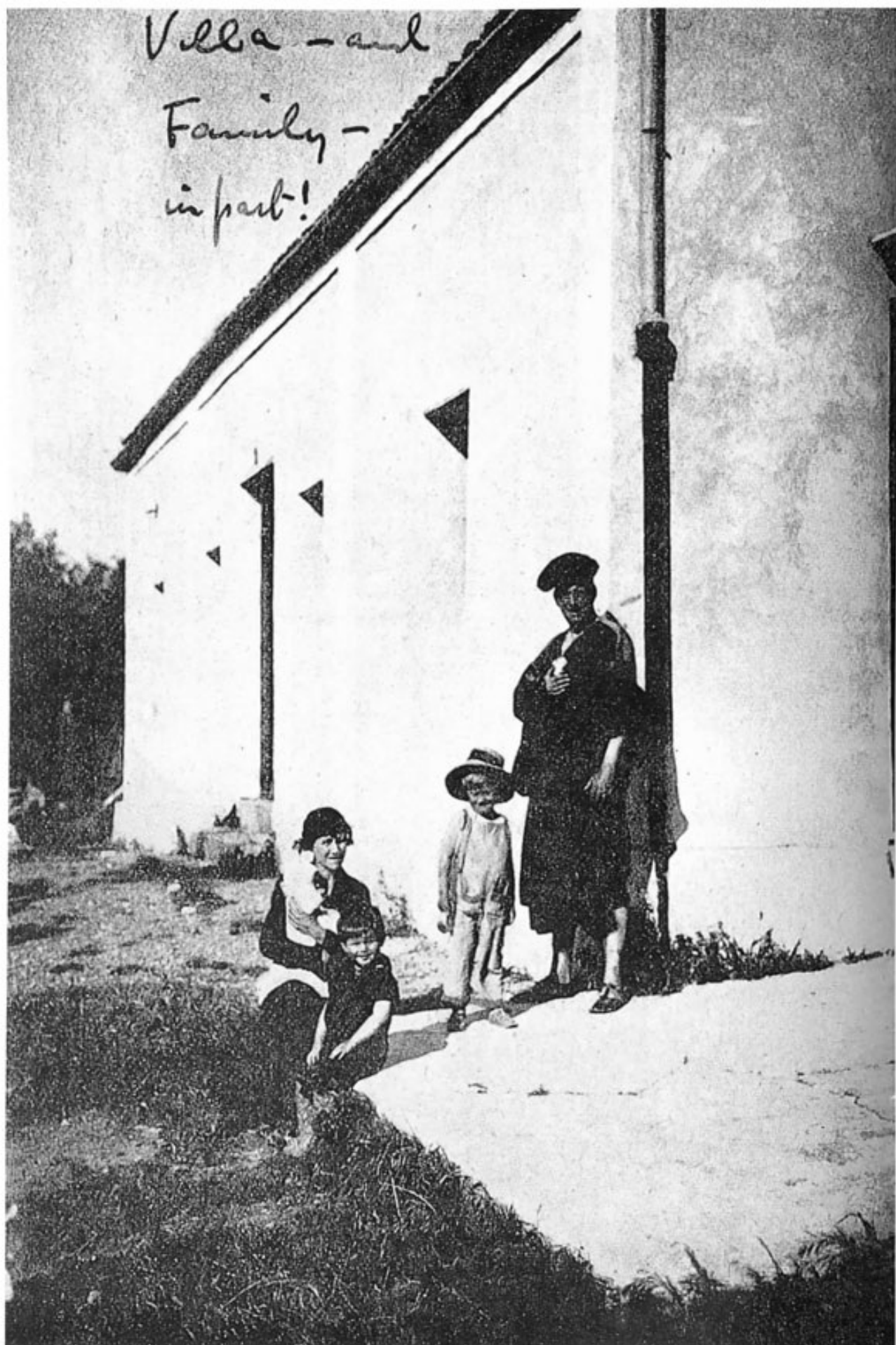
DISEÑO MÁGICO PINTADO EN LA
BÓVEDA DE LOS ADEPTOS DE LA
GOLDEN DAWN.



LEAH HIRSIG, LA MUJER ESCARLATA DE LA BESTIA.
Retrato ideal por Aleister Crowley.



LA BESTIA.
Crowley a los 37 años, con la cabeza afeitada.



LA ABADÍA DE THELEMA EN SICILIA. Crowley, Leah Hirsig y los niños.



LA DIOSA.

Leila Waddell durante los Ritos de Eleusis, 1910.



EL GUARDIÁN DE LA LLAMA.



EL CABALLERO INGLÉS.



BAPHOMET, REY SUPREMO Y SANTO.



EL PRÍNCIPE CHIOA KHAN.

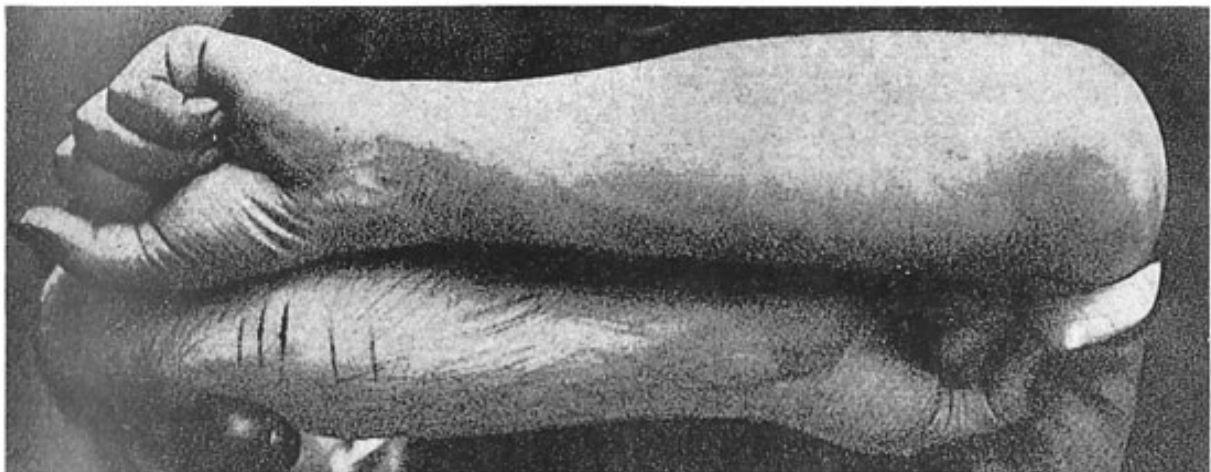
CUATRO PERSONALIDADES DE ALEISTER CROWLEY.



RAOUL LOVEDAY.



CROWLEY COMO FO-HI.



LOS BRAZOS DE VÍCTOR NEUBURG DESPUÉS DE UNA SEMANA DE ESFUERZOS PARA EVITAR PARA EVITAR EL USO DE LA PRIMERA PERSONA.

Crowley prescribió esta práctica como un «ejercicio de vigilancia». Cada vez que el neófito, sin darse cuenta, decía la palabra «yo», debía hacerse una incisión con una navaja. El comentario del Maestro fue: «Su fidelidad es buena; su vigilancia, mala. No es lo suficientemente bueno para pasar».



CROWLEY CON SU SEGUNDA ESPOSA, MARÍA TERESA FERRARI DE MIRAMAR.



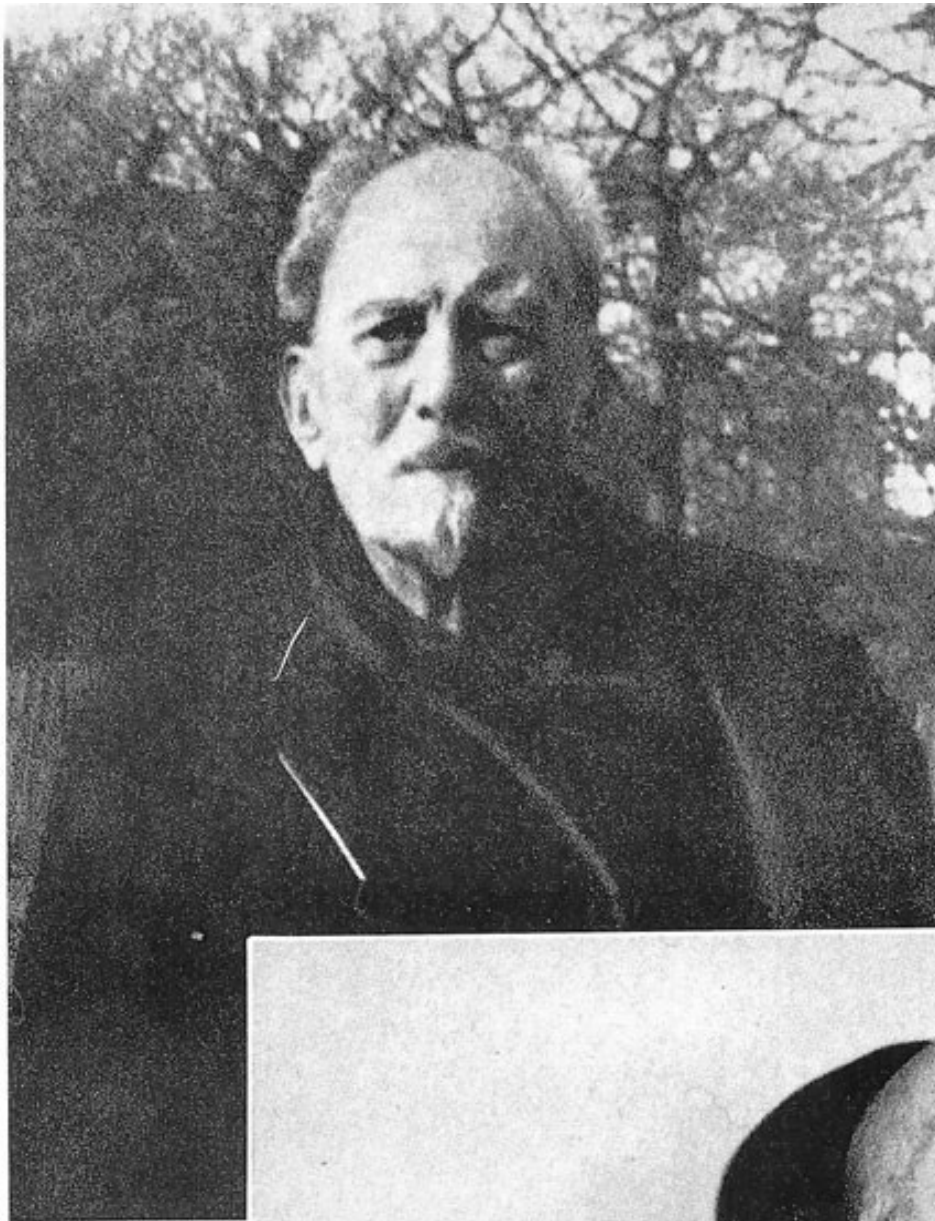
LAS MANOS DE CROWLEY EN LA POSICIÓN MUDRA DEL YOGA.



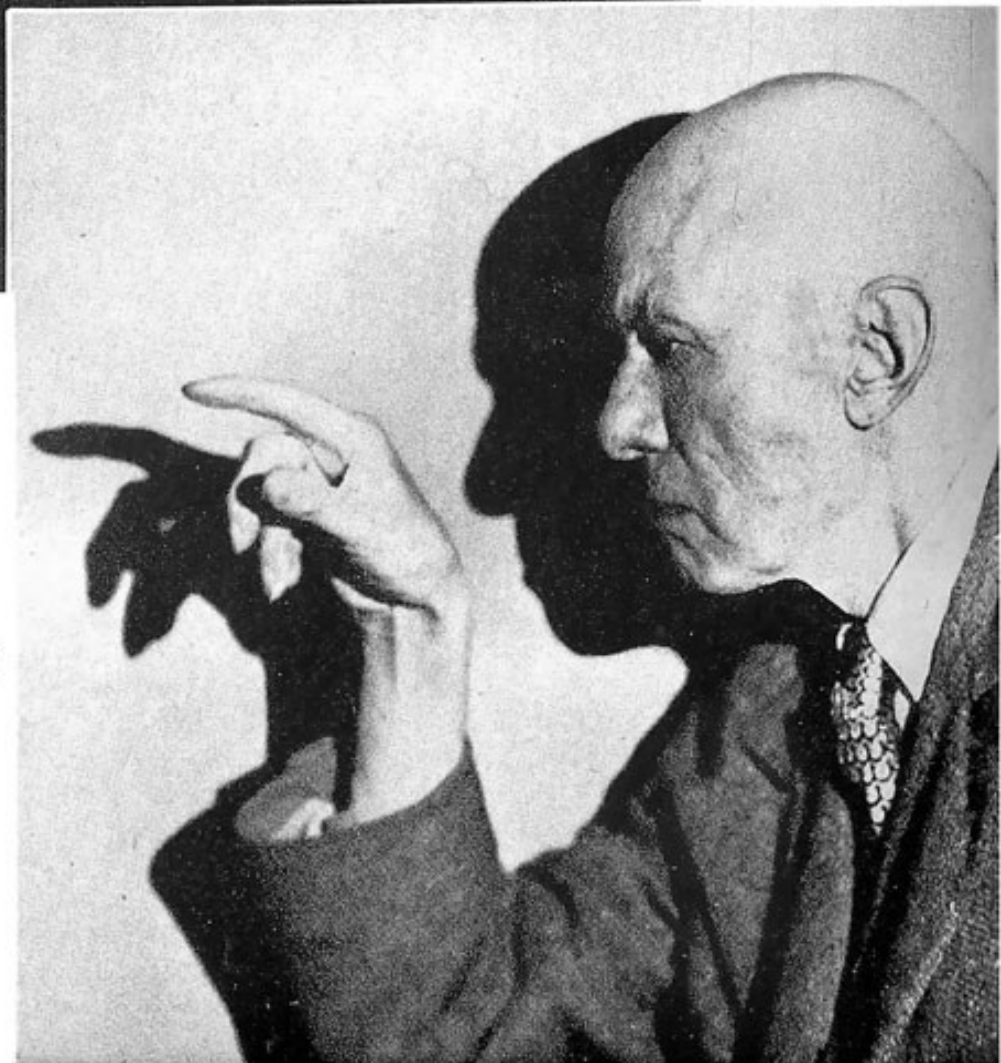
EL TABACO **PERIQUE** EMPAPADO EN RON ERA SU MEZCLA FAVORITA.



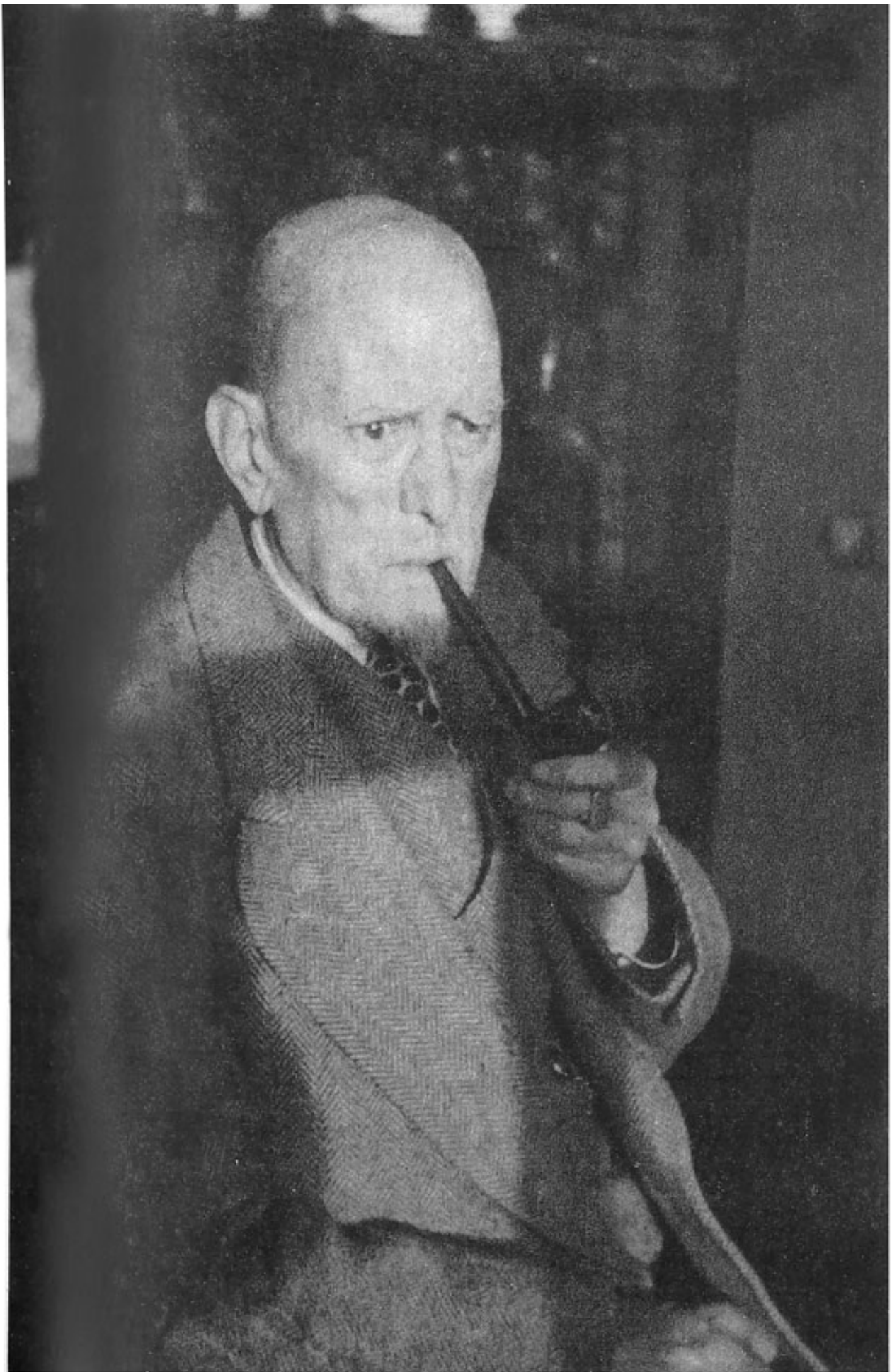
RETRATO DE LEILA WADDELL CON «LA MARCA DE LA BESTIA».



CROWLEY EN
HASTINGS,
1946.



ESTUDIO
DE CROWLEY
CIRCA 1941.



CROWLEY CIRCA 1945.



LIBER LXXVII

OZ:

*"the law of the strong:
this is our law
and the joy of the world."*

—AL. II. 21.

"Do what thou wilt shall be the whole of the law." —AL. I. 40.

"thou hast no right but to do thy will.

Do that, and no other shall say nay." —AL. I. 42-3.

"Every man and every woman is a star." —AL. I. 3.

THERE IS NO GOD BUT MAN

1. Man has the right to live by his own law —
to live in the way that he wills to do:
to work as he will:
to play as he will:
to rest as he will:
to die when and how he will:
2. Man has the right to eat what he will:
to drink what he will:
to dwell where he will:
to move as he will on the face of the earth.
3. Man has the right to think what he will:
to speak what he will:
to write what he will:
to draw, paint, carve, etch, mould, build as he will:
to dress as he will.
4. Man has the right to love as he will: —
*"take your fill and will of love as ye will,
when, where, and with whom ye will."* —AL. I. 51.
5. Man has the right to kill those who would thwart these rights.
"the slaves shall serve." —AL. II. 58.
"Love is the law, love under will." —AL. I. 57.

Aleister Crowley

Betty comenzó a hacer las maletas: ya tenía suficiente. Jane intentó, en vano, disuadirla. «Adiós, Raoul. Envíame mañana el pasaporte», le gritó, a modo de despedida, mientras descendía por el sendero que conduce a Cefalú.

Después de que se fuera, Crowley consultó el *Yi King*. ¿Qué actitud debía tomar la Abadía respecto a Betty Loveday? La respuesta se la daba el hexagrama XXII: «Sé encantador y misericordioso, pero deja bien claro que no toleraremos ningún disparate».

A la mañana siguiente, Jane fue a buscar a Betty al hotel de Cefalú en el que se había alojado, con la esperanza de arreglar las cosas y traerla de vuelta a la Abadía. Todavía estaban discutiendo la cuestión cuando llegó Leah con una carta de Raoul:

Mi queridísima Betty,

Acabemos de una vez con este estúpido asunto. Hasta hace poco conseguimos llevarnos bastante bien. Si regresas a la Abadía, te sometes a tu propio control y haces lo que yo te diga, verás como todo se arregla. Nadie quiere que estés lejos. No deseo ir al hospital, porque las monjas no son más que meros adornos, y de cualquier manera no estoy en condiciones de moverme. Además, no quiero ir, y no iré. Escíbeme una nota diciéndome si vendrás. Si no, harás mejor en venir a recoger tu equipaje. Aquí no hay nadie que pueda llevártelo. Pero sé buena chica y ven.

Siempre tuyo,

Raoul.

Betty decidió regresar a la Abadía. Sin embargo, ya había enviado una carta al cónsul británico en Palermo, quejándose de Crowley y su Abadía. Aquel mismo día, después de la reconciliación general, enviaría una segunda carta en la que se retractaba de lo anteriormente dicho: no, ella no había sido expulsada de la Abadía, sino que había tenido un acceso de histeria, pero ahora que ya estaba sosegada, veía con claridad que Mr. Crowley se hallaba «en plena posesión de sus facultades mentales».

La Bestia garrapateó en su diario: «Regresa, muy arrepentida y tranquila. Y mejor».

«Siento una corriente de fuerza mágica —pesada, negra y silenciosa— que amenaza la Abadía», escribió la Bestia el martes 13 de febrero. Al día siguiente, Raoul estaba peor. El doctor Maggio fue llamado urgentemente; diagnosticó enteritis aguda. Crowley envió un telegrama a los padres de Loveday, informándoles del alarmante estado de su hijo.

Dos días después, el 16 de febrero de 1923, Raoul Loveday moría. La anotación de Crowley en su diario dice así: «*Die Veneris*. Hacia las 4 p. m. el hermano Aud murió de paro cardíaco». Poco antes, la Virgen Custodia del Sangraal había consultado el *Yi King*. El Oráculo había contestado con el hexagrama XLIX. Dispersión. «Indica claramente la muerte», comentó Crowley.

El resumen que hace Betty May difiere en algunos detalles de la versión que da Crowley en sus *Confessions*. Ambos estaban en la ciudad en el momento de la muerte de Raoul, llamando al doctor o enviando otro cablegrama a los padres de aquél. La tensión era tan grande que Betty se desmayó. La Bestia hizo que volviera en sí. Los

dos regresaron por el sendero que recorre la colina.

El Sol estaba descendiendo detrás de la colina. La Bestia se detuvo y dijo: «Recitemos la Adoración».

Alzó los brazos, con las manos abiertas hacia el Sol, y al hacer el signo del Pentagrama, exclamó: «Salve a Ti, que eres Tum en tu ocaso, a Ti, que eres Tum en Tu alegría, que atraviesas los Cielos en Tu barca hacia la Puesta del Sol.

»¡Salve a Ti, desde las Moradas del Día!».

Ésta era también una oración por el joven que agonizaba.

Betty observó que las mejillas de la Bestia estaban llenas de lágrimas.

Prosiguieron su camino, pero antes de llegar a la Abadía se encontraron con Leah.

«¿Está peor?», preguntó Betty, asustada.

«Ha muerto», le contestó la Virgen Custodia del Sangraal.

Descansaba en la cama, dice Betty, con los brazos ligeramente levantados detrás de la cabeza, que estaba ligeramente torcida; y recordó la silueta en «forma de espíritu» que apareció en la foto que les hicieron el día de su boda.

«Murió sin miedo ni dolor», escribió Crowley. «Como si fuese un hombre que, aburrido de estar en casa, sale afuera a dar un paseo.»

En esta encarnación, el hermano Aud había cumplido su papel en la Gran Obra: los dioses le habían enviado a la Tierra para guiar a la Bestia en un momento crítico de su reciente carrera... o al menos, eso fue lo que dijo Crowley. Y remachó, sucintamente: «En el momento en que su obra estuvo germinada, se extinguió como una cerilla que hubiese servido para encender mi cigarro».

Betty consideró a Crowley responsable de la muerte de Raoul. No había pagado su minuta al doctor Maggio, y por este motivo, el médico no se apresuró en acudir a la Abadía, de manera que, cuando llegó, ya era demasiado tarde.

El cuerpo fue colocado en un ataúd y llevado a un edificio anejo; Crowley lo veló durante toda la noche, dando golpecitos con su vara en los costados del ataúd abierto, mientras murmuraba oraciones y mantras.

A la mañana siguiente, el ataúd fue llevado fuera de la Abadía en unas andas. La Bestia, vestida con una prenda de seda blanca recamada en oro que le llegaba hasta los pies, calzados con sandalias, dirigió el cortejo sendero abajo, seguido por las mujeres de la Abadía, que hacían el oficio de plañideras. En un dedo llevaba el anillo con el zafiro estrellado que le había acompañado en el desierto junto a Víctor Neuburg, y en otro el anillo de la Gran Bestia, formado por dos serpientes doradas entrelazadas y consteladas de rubíes y diamantes. De su cuello pendía la Rosacruz de topacio y en la frente llevaba la diadema de oro de Abra-Melin, que tenía escrito en un recuadro el nombre del ángel URIEL, que proporcionaba fuerza mágica.

El cadáver fue enterrado en el cementerio local. De acuerdo con Betty May, la noticia de la muerte de Loveday se extendió rápidamente, y cientos de campesinos llegaron del pueblo y de la comarca circundante para observar cómo el Sumo Sacerdote enterraba a su Hijo Mágico. Según Jane Wolfe, testigo de más confianza,

no hubo más espectadores que tres monjes que se mantuvieron apartados en un distante rincón del cementerio.

«El sol hacía brillar las cúpulas blancas de los sepulcros», escribe Betty. «Y en lontananza, el mismo mar golpeaba contra las rocas. El Místico alzó su vara mágica.»

Los ritos póstumos estuvieron a la altura de los que hubiera deseado el propio Raoul para sí mismo. Había elegido aquel credo por su propia voluntad; había vivido y muerto como un thelemita, y como tal era enterrado. «Es la Magi(k)a, la Magi(k)a, que me ha embelesado.»

Haz lo que Quieras será toda la Ley. Yo proclamo la Ley de la Luz, de la Vida, del Amor y de la Libertad en el nombre de IAO^[181]. Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad. Señor visible y sensible, del cual esta Tierra es sólo una chispa helada que gira alrededor de ti con movimiento anual y diurno, fuente de luz, fuente de vida, que tu perpetuo esplendor nos anime al trabajo y al disfrute continuos.

La Bestia hizo sonar la campana mágic(k)a, sacudió la vara mágic(k)a y leyó el *Liber Legis*. Para finalizar, recitó uno de los monólogos del «joven John» de su «auto misterico» «The Ship», publicado en el número X de *The Equinox*:

Yo soy el que soy, la llama
escondida en el arca sagrada.
Yo soy el nombre no pronunciado,
la chispa no engendrada.

Yo soy El que siempre camina, siendo en mí mismo la Vía;
conocido, aunque no mediante conocimiento mortal, visto, aunque no por vista mortal,
yo, hijo de la noche y del día.
Soy el joven que nunca muere.
Soy Amor, y soy Verdad.

Yo soy la Palabra creadora,
el autor del eón;
¡El único que siempre oyó
el eco en el empíreo
del plectro del primitivo peán!

Yo soy el eterno,
alado y blanco, la vara florida,
yo, la fuente del Sol,
¡Dios verdadero del Dios verdadero!

Yo soy el que suscita
la vida, y la arroja a lo lejos;
el que ha colmado la copa translúcida;
el que ha sellado la estrella de plata.
Yo, el dios sin alas que vuela
a través del firmamento de mi templo,
el que diariamente muere,
y diariamente nace de nuevo.

En el mar yace mi padre,
llora por las aguas, perdidas para siempre.
Ya la desolación del infortunio responde:
«¡Nunca en ninguna parte!» «¡Nunca jamás!».
Yo, que di cumplimiento como antaño él lo dio,

que resplandezco como él resplandeció,
debo flaquear como él ha flaqueado,
e irme, como él se ha ido.

Él me engendró; a mi debido tiempo
habré de engendrar un hijo,
sufrir también la triple traición,
tener mi ocaso, como lo tuvo mi padre.
Aquellos que dan testimonio de mí, y las mujeres,
deberán desafiar nuevamente la tiniebla,
encontrar el arca sagrada para poder surcar en ella
el implacable dominio de la lluvia.

Traigo flores y frutas para bendeciros,
acariciándoos con mi corona,
haciéndoos míos con mi música.
Aunque perezca, os salvaré;
como consecuencia de mi caída, os ensalzaré;
Mientras os gobierne, como vuestro sacerdote, os serviré,
más allá de la vida, y más allá del amor.

Finalizada la ceremonia, la Bestia subió titubeante, montaña arriba, hasta su madriguera, entró en «La Chambre des Cauchemars» y se tumbó abatido sobre la cama. Se sentía tan enfermo que pensó que iba a morir. El hermano Aud, recordó, había visto todo en una visión, en la que se encontraba con un Adepto que le había profetizado que todos ellos tendrían que pasar por «purificaciones», lo que obviamente se refería a su muerte y a la enfermedad de la Bestia. A las purificaciones seguiría el «fuego de la persecución» y, finalmente, habría «un torrente que manaba en el mar, de oeste a este, cuyas arenas eran de oro».

Fue avisado el doctor Maggio. Durante tres semanas, Crowley estuvo postrado en la cama con una temperatura de 38,3 °C, que no le dejaba ni de día ni de noche. El polvo de Dover^[182], la quinina y todos sus remedios secretos de la adormidera y de la planta de coca, no fueron de ninguna utilidad. Más tarde, su estado se hizo más racional, la temperatura subió a 39,9 °C y, después de sudar, bajó hasta los valores normales. Exactamente un mes después del funeral, se levantó, por primera vez durante todo aquel tiempo, y se aventuró en la soleada primavera.

La Abadía había quedado reducida a sus tres miembros originales: la Bestia, el Babuino de Thoth y la hermana Cypris. Betty May les había dejado tan pronto como el cónsul británico en Palermo le pagó su pasaje de regreso a Inglaterra; y Jane Wolfe la había seguido al momento a Londres, en calidad de emisaria de la Bestia, para recoger fondos y encontrar nuevos discípulos.

Betty May fue inmediatamente entrevistada por el *Sunday Express*, con el resultado de que en el número del 25 de febrero aparecían los siguientes titulares: NUEVAS Y SINIESTRAS REVELACIONES SOBRE ALEISTER CROWLEY. Crowley estaba demasiado enfermo y deprimido para preocuparse por esas u otras revelaciones «He estado muy enfermo desde primeros de año y por muchas razones me hallo lejos de encontrarme bien, aunque aparentemente esté convaleciente», consignó el 25 de

marzo en su *Magical Record*.

Los precedentes ataques a Crowley del *Sunday Express* encontraban ahora su culminación, así como una justificación, en la muerte del «joven y brillante universitario». Y detrás del *Sunday Express* llegó el *John Bull*, que llamó a Crowley «Mago de la Perversidad», un título que podría haberse aplicado con más propiedad a su ex director, el impúdico, y miembro del Parlamento, Horatio Bottomley, quien en mayo del año anterior había sido sentenciado a siete años de trabajos forzados, por fraude. Si Crowley hubiera estrangulado a Loveday, de la misma manera en que se decía que había estrangulado a la mujer de Victor Neuburg, entonces habría motivos para escandalizarse, pero, como tuvo que admitir el *Sunday Express*, la «víctima» de Crowley había muerto por causas naturales. Como Crowley observó, malhumorado, «la descripción de la Abadía está totalmente falseada. Si una cosa es blanca, ellos han escrito que es negra; si es cuadrada, que circular; si es de piedra, que de ladrillo». Y el periodista del *Sunday Express* estaba equivocado cuando dijo que Loveday no tenía ni la más remota idea de cómo era realmente Crowley, y que una vez en la Abadía se sintió atrapado. Al contrario, había probado en Londres la magi(k)a de Crowley, encontrándola tan de su gusto que había ido a Cefalú para darse un atracón. ¿Pero realmente se preocupaba Crowley de lo que dijeran de él el *Sunday Express* y el *John Bull*? Posiblemente, sólo cuando la faceta de gentilhombre inglés predominaba sobre las restantes de su personalidad. El primer día que pasó levantado, le escribió a Norman Mudd, el sucesor de Raoul:

La muerte de Loveday les ha inducido a todos ellos a comenzar de nuevo. Insinúan, incluso, que ha sido asesinado, y solicitan una investigación. Me gustaría que se abriese una, pero tal y como están las cosas, sería difícil ver publicados los resultados. La hermana Estai no ha podido convencer a la prensa de que publique nuestra versión de los hechos, ¡por el simple hecho de que no hay nada sensacionalista en ella!

Más tarde, Crowley admitió que «un nuevo chisme» venía a añadirse al alboroto levantado contra él por el *Sunday Express*, «debido al hecho de que mi secretario había muerto de artritis, como resultado de un excesivo consumo de naranjas».

Consideraba la totalidad del mundo anglosajón, salvo raras excepciones, como un conjunto de cobardes que se escudaban en la moral. Se comparaba con Colón y Darwin, afirmando que la chusma siente temor instintivo hacia el hombre que desafía lo desconocido.

«Esperemos», escribía el *John Bull*, «que el eminente profesor universitario que, según sabemos, tiene intención de ir esta primavera a Cefalú, “para estudiar la Cábala” con Crowley, preste atención al verdadero carácter del hombre del que se propone ser huésped.»

En lugar de hacer caso al consejo del *John Bull*, Norman Mudd, MA, profesor de Matemática Aplicada en el Grey University College de Bloemfontein, en Sudáfrica, dejó su puesto, se fue derecho a Cefalú y saludó a la Bestia, su «Señor y Maestro», con el entusiasmo de un hombre que piensa que por fin está haciendo realmente algo.

Llegó el 22 de abril de 1923 y, como signo de respeto y afecto, le entregó a Crowley sus ahorros. Y siguiendo sus pasos, llegaron dos estudiantes de Oxford, John Pinney y Claud Bosanquet, del Christ Church y el New College, respectivamente; deseaban investigar las circunstancias de la muerte de su amigo y compañero de estudios o, como escribió Crowley, espiarle y contarlo en Inglaterra a quien tuviera interés en escucharlo. «Mudd llegó ayer», escribió la Bestia, «y también dos muchachos de Oxford. Personas alegres.» Aunque todavía estuviese enfermo, se obligó a sí mismo a subir a la Roda, para indicar a los amigos de Raoul el mejor camino para escalar «El pico de la Caverna» y «El barranco de la Columna». «Y consiguieron escalarlos, para mi gran contento.»

La corriente de magia negra todavía se dejaba notar sobre la Bestia y la Abadía. Al día siguiente ocurrió otro nuevo revés. Crowley fue requerido por la Policía de Cefalú, que le informó de que debería abandonar el territorio italiano. Sobre el escritorio se encontraba una orden del Ministerio del Interior. No se daba explicación alguna, ni, como observó Crowley, era formulada ninguna acusación.

La Bestia conservó la calma. «¿Todos nosotros?», preguntó.

«Sí», le contestó el oficial de policía.

«¿Puedo ver la orden?»

Y le fue entregada.

«Pero aquí sólo se habla de mí», dijo Crowley. «No dice nada de los demás.»

El policía se apresuró a leer nuevamente la orden. Y tuvo que admitir que Crowley estaba en lo cierto.

La Bestia pidió una semana de gracia para ordenar sus asuntos y hacer las maletas, demanda que le fue concedida.

Los dos se despidieron y Crowley se alejó con el corazón apesadumbrado. Había sido una puñalada por la espalda. ¿Aquello iba a arruinar la obra de su vida? Debía consultárselo al *Yi King*. ¿Qué iniciativas debía adoptar? ¿A dónde le iban a mandar ahora los Jefes Secretos? Estaba totalmente en sus manos.

Acababa de implantarse el régimen de Mussolini. Las sociedades secretas, que eran fuente de discordia, habían sido declaradas ilegales el año anterior. El Gran Maestre del Gran Oriente de Italia, Domizio Torregiani había sido desterrado por cinco años a las islas Lípári. Y el Gran Maestre de los Caballeros del Espíritu Santo, de la O.T.O. y de la A.'.A.'. , acerca de quien las autoridades italianas habían leído muchas cosas en la prensa londinense, podía irse a su patria o a cualquier otro lugar, pero fuera de Italia.

¿Qué podía ser lo que mejor simbolizase aquella situación? El hexagrama XLVII. Restricción. ¿Y cuál era la mejor línea de acción? Prepararse para moverse. Mantenerse firme. Prepararse a la reconstrucción. Convertir la situación en ventajosa ganando simpatizantes. «Habrá un inesperado número de ellos dispuesto a ayudarte.»

¿Debía protestar directamente al Ministro del Interior? Y si así era, ¿qué debía decir? El Oráculo Chino era infalible. *Thwan*. Sí. Era necesario insistir sobre su caso.

Insistir y procurar dividir las opiniones. Retirarse para avanzar. Refutar todas las falsedades acerca de él y su gente. Poner en claro que formaban parte de un importante movimiento ampliamente difundido.

¿Debían avisar a sus respectivos embajadores en Roma?^[183] Sí, aunque no debían esperar grandes resultados.

Mientras tanto, ¿qué debía hacer la Bestia? El Oráculo le había respondido que cruzar el agua. África le sería muy favorable. ¿Qué parte de África? La costa o alguna localidad con agua abundante, pero aislada, de difícil acceso, y donde la gente fuese indiferente a los asuntos públicos.

El 1 de mayo de 1923, la Bestia y su Mujer Escarlata abandonaron Cefalú y llegaron a Palermo, donde Crowley experimentó un leve agotamiento. Al día siguiente, cruzaron el Mediterráneo para dirigirse a Túnez, seguidos por un detective que se confundió entre la tripulación del barco —o al menos eso creía Leah— para comprobar si, efectivamente, abandonaban el territorio italiano. El profesor Norman Mudd, MA, o para llamarlo con su título de la Gran Confraternidad Blanca de la Luz, el hermano *Omnia Pro Veritate*, «Todo por la verdad», quedó al cuidado de la Abadía y de proseguir la Gran Obra.

Se dijo que los habitantes de Cefalú se sintieron muy afligidos al enterarse de la expulsión de la Bestia. Había animado considerablemente su pequeña población.

EL PROFESOR NORMAN MUDD

LAS personas que desempeñaron algún papel en la vida de Crowley y que le siguieron en su camino sobre la vacilante tierra son, salvo alguna rara excepción, oscuras. Por ejemplo, ¿quién era Norman Mudd? Sólo lo recordamos porque conoció a Aleister Crowley. Su sombra sale del olvido, pronuncia quejumbrosamente los nombres de la Bestia y de la Mujer Escarlata, Alostrael, que parece turbarle enormemente, y después se va.

Fue el hijo, que prometía, de un maestro de escuela que contaba con recursos muy modestos, y que desde Manchester se fue a Cambridge para estudiar matemáticas. En junio de 1907 entró en el Trinity College, la institución que, nueve años antes, había acogido a Crowley. Hizo amistad con otro estudiante mayor que él, que era miembro de la Asociación de Librepensadores de la Universidad de Cambridge, y guía espiritual de un grupo de estudiantes que escribían poesía y discutían de magia, autodenominado la Sociedad de Pan. Este estudiante mayor que él era Víctor Neuburg.

Por aquel tiempo, Neuburg se vanagloriaba de su amistad con el Gran Mago Aleister Crowley, y un día de diciembre de 1907, este Gran Mago que apenas acababa de regresar del desierto norteafricano, que había estado recorriendo en compañía del conde de Tankerville, apareció una vez más en Cambridge. Llevaba en los dedos unos extraños anillos y una mirada de remota lejanía en sus ojos: había recogido toda la sabiduría del distante Oriente, y se decía de él que era tan destacado poeta como montañero.

Norman Mudd, estudiante de dieciocho años, bajo y bastante corriente, con muchas depresiones por pensar que era un inútil, se sintió fascinado. Para gran alegría suya, parecía que le agradaba a este mago, que estuvo hablando con él durante varias horas, y al que acompañó en un paseo por Cambridge. «Desde entonces hasta mediados de 1910, ninguna nube ha podido empañar el disfrute de tus conocimientos y de tu conversación», escribió en unas memorias que compiló años más tarde y que envió a la Bestia. En otra parte, escribe acerca de su encuentro y amistad con Crowley lo siguiente:

Entonces comprendí por vez primera lo que era la vida, o lo que podía ser y, desde entonces, la chispa de aquella comprensión ha permanecido en mí, al parecer inextinguida, siempre activa (consciente o inconscientemente), a pesar de todos mis fracasos, traiciones, bajezas, y desesperadas zambullidas en asuntos mundanos, y siempre revitalizada de nuevo cuando menos lo esperaba, siempre capaz, por la prestancia de su mera presencia, de convertir al instante en cenizas cualquier otro designio y ambición.

Todo aquello que es diferente resulta peligroso, y Crowley era muy diferente. Aunque a las autoridades del Trinity no les agradaba que Crowley se hubiese hospedado allí y que diera a los estudiantes, y en sus propias habitaciones,

conferencias sobre magia, no habrían hecho nada al respecto —después de todo, Crowley había sido uno de sus miembros— de no haber recibido un día una carta de alguien que le acusaba de pederastia y de «estar vigilado por la policía europea» por ese motivo.

En enero de 1909, Mudd fue convocado por el reverendo Reginald St. John Parry, DD, el decano del Trinity, quien le hizo los siguientes requerimientos: Uno, debería dejar de distribuir ejemplares de un libro titulado *The Star in the West*, escrito por el capitán Fuller, o de cualquier otro escrito por Crowley. Dos, la invitación que la Asociación de Librepensadores de la Universidad de Cambridge, de la que Mudd era secretario, había enviado a Crowley, debía ser inmediatamente revocada, ya que el decano «no podía permitir que una asociación de la que formaban parte algunos miembros del Trinity diese oficialmente la bienvenida a un hombre de diabólica reputación».

Pero Mudd no estaba dispuesto a desprenderse tan fácilmente de su héroe, y la Asociación de Librepensadores (que estaba formada en su mayoría por estudiantes que en absoluto eran del Trinity) se sintió indignada por las exigencias del decano. El reverendo doctor Parry había suscitado una cuestión de principios. La Asociación convocó una asamblea. Sus miembros tenían defensores entre los profesores y decidieron luchar por sus derechos. Y su réplica fue la siguiente resolución, aceptada unánimemente:

La Asociación, tras tomar en consideración los requerimientos del decano del Trinity, lamenta ser incapaz de darles cumplimiento. Contempla el derecho a invitar a toda persona a la que crea en concordancia con sus principios y desea puntualizar que su actitud respecto a cualquiera de las opiniones anteriormente indicadas es simplemente crítica.

El reverendo doctor Parry replicó manifestando su rechazo a Crowley en términos más específicos. No ponía objeciones al hecho de que Crowley hablase de magia, sino a su «ética sexual».

Crowley, que era informado de todos estos episodios por el devoto Mudd, respondió escribiendo al padre de Mudd una carta en la que manifestaba las mismas sospechas acerca de la ética sexual del reverendo doctor Parry que éste había suscitado respecto a él.

Me veo obligado a escribirle acerca de una cuestión muy dolorosa y delicada. Su hijo es amigo mío y me he sentido indeciblemente ofendido al enterarme de que su tutor tiene la reputación de complacerse en cosas tan abominables que ni siquiera tienen nombre entre las personas decentes. No sugiero en ningún momento que haya un sólo ápice de verdad en los rumores que circulan sobre él. Pero sólo le digo esto: ¿Es sabio dejar a su hijo al cuidado de un hombre que se ha convertido en foco de sospecha, aunque sea infundada?

Las diferencias entre el decano del Trinity College y la Asociación de Librepensadores se prolongaron durante todo 1909 y 1910, el año que vio la publicación de la obra de Crowley *The Scented Garden of Abdullah the Satirist of*

Shiraz, que es una colección de poemas obscenos, aderezados con irónicas notas, sobre el tema de la pederastia y sus gozos. Y durante todo aquel tiempo, Crowley siguió apareciendo por Cambridge, siendo alojado por sus amigos estudiantes, en el Trinity o en otros *colleges*.

Parry admitió que tenía miedo de difamar a Crowley, quien, estaba seguro, sólo estaba esperando que diera un paso en falso para lanzarse al ataque. También es posible que Parry estuviese nervioso a causa de la condición de mago de Crowley. Su aspecto era extraño y sus facultades, según se decía, supranormales. Uno de los profesores le había visto apagar una lámpara desde una distancia de 10 yardas, con un simple acto de su voluntad.

Para salir de aquel punto muerto, un día de 1910 la Bestia fue a ver al decano y le preguntó, bruscamente, cuáles eran las acusaciones que tenía que hacerle. Parry le expuso sus objeciones. El encuentro fue borrascoso, y Crowley no pudo cantar victoria. Su resumen de lo que ocurrió es bastante esclarecedor. «A la mañana siguiente, esperé en el Gran Patio a que saliera de la capilla, y entonces le llamé embustero delante de todo el mundo.»

Mediante este acto, Crowley salió del punto muerto, pero el resultado no le fue favorable. Fue expulsado del Trinity College, y los porteros recibieron la orden de hacerle salir en el caso de que alguna vez se le ocurriera poner el pie dentro de su recinto. Y se amenazó con la expulsión a todo aquel miembro del Trinity que continuase manteniendo alguna relación con Crowley.

Pobre Mudd. Pobre en las dos acepciones de la palabra. Sus buenas notas le habían llevado a Cambridge, no el dinero de sus padres. Había depositado su corazón en una carrera académica y «por ese motivo estaba completamente a merced de la tolerancia de las autoridades del College». Además, sus padres habían contraído una deuda de varios cientos de libras para pagar su educación.

Para Crowley no había ninguna dificultad en afirmar que Mudd era «la esperanza del College respecto a los futuros graduados» y que el decano se lo pensaría dos veces antes de expulsarle. Pero el asunto había llegado demasiado lejos y todos lo comprendieron así, excepto Crowley.

Lleno de dolor y de vergüenza, Norman Mudd hizo lo que había dicho: dimitió de la Asociación de Librepensadores, escribió una carta de disculpa al decano y prometió por su «honor de caballero» que no mantendría relaciones de ningún tipo con Aleister Crowley. Pero era tan fuerte la fascinación que sentía por él que ambos continuaron escribiéndose en secreto y en 1911, en una ocasión en que oyó que Crowley había sido alojado en el Caius College por un estudiante llamado Arthur Kirk, y que su distinguido amigo había preguntado por él, sacó fuerzas de flaqueza y fue a las habitaciones de Kirk «sólo para estrecharle la mano a Crowley».

«Debo confesar que tenía un miedo tremendo y temblaba con sólo pensar que pudieran descubrirme», escribiría años más tarde.

Aunque Crowley no quisiera admitirlo, había sido vencido, como era de suponer.

Todo el asunto fue una estúpida disputa en materia de competencias que había complicado a otras personas. La prohibición de entrar en el Trinity siguió vigente, pero su nombre, que siempre había figurado en el registro del College como el de un «miembro de la Universidad», al año siguiente era eliminado. Su última palabra en aquella aventura consistió en una carta que envió a la máxima autoridad del Trinity, y que escribió con folios de *The Equinox* con el Ojo de Horus dentro del Sol llameante como membrete. He aquí el texto íntegro:

Al Reverendo Rector del Trinity.

Querido Rector,

Durante tres años en lo que a mí concierne usted estuvo para mí *in loco parentis*: que yo fui un digno hijo está demostrado por el hecho de que nunca sufrí reproche o castigo alguno por parte de las autoridades del College.

Es a esa paternidad a la que, en las presentes circunstancias, imploro en busca de justicia.

Desde que en 1898 abandoné Cambridge, he recorrido todo el mundo con el único propósito de buscar la Verdad.

Creo que he encontrado esta verdad, lo que demuestro mediante la siguiente tesis:

Gracias al desarrollo de la fuerza de voluntad, mediante un riguroso autocontrol, practicando la soledad, la meditación y la oración, un hombre puede conseguir el Conocimiento y la Conversación con su Santo Ángel de la Guarda; y una vez obtenidos, este hombre puede confiarse con toda seguridad a su Tutela: lo que constituye el privilegio más sublime del hombre.

Me ha parecido que era mi deber contar a otros los resultados de mi búsqueda; y naturalmente, he comenzado por la Universidad, y especialmente por el College que me acogió durante aquellos tres años, y cuyo recuerdo me resulta más grato que el de cualquier otro lugar que haya visitado a lo largo de mi carrera.

Con gran sorpresa, me di cuenta de que era considerado con gran suspicacia por parte de algunas autoridades académicas. Que incluso llegaron a utilizar métodos que me parecieron tan habilidosos como oscuros. En particular, el Rev. St. J. Parry se ha empeñado en envenenar las mentes de algunos de mis amigos, insinuando determinadas cosas contra mí. Pero como no se atrevía a decir en qué consistían aquellas terribles acusaciones, su interferencia hizo inútil su propósito. Me enfrenté con él, dispuesto a defenderme de cualquier acusación y para dejar en claro la pureza de mis intenciones, o incluso para darle la oportunidad de cumplir cualquier petición, que yo habría satisfecho escrupulosamente; pero se negó a discutir el asunto, y lamento decir que olvidó sus obligaciones para con Dios, al punto de engañarme, por lo que yo olvidé mis obligaciones para con él al decirle que mentía.

La cuestión se fue tranquilizando, y yo seguí con mis enseñanzas. Sin embargo, la campaña de anónimos y calumnias por lo bajo continuaba. Ahora me acabo de enterar de que la Junta Asesora ha ordenado cerrar las puertas del College ante la presencia de mi caballeroso amigo, el capitán J. F. C. Fuller y de mí mismo, y que cualquier miembro del College que se encuentre relacionado conmigo será inmediatamente expulsado, y que ningún miembro del College podrá pertenecer a ninguna sociedad con la que yo me halle relacionado, en la medida que sea... medidas, para ser breve, que saben a pánico y a Inquisición.

Que usted, querido Rector, haya podido consentir en parte de esas medidas, es algo que me resulta impensable.

Siempre se me ha negado el derecho a ser oído en defensa propia, e incluso a conocer la naturaleza de las acusaciones hechas en mi contra. Sin embargo, alguna indicación acerca de esto último sí se había llegado a filtrar. Y resulta tan falsa como abominable; si consiguiera descubrir a su autor, éste recibiría con toda seguridad una sentencia de varios años de prisión, pues los jueces de Su Majestad, que escuchan la evidencia, juzgan de acuerdo con su gravedad, sin temer ni favorecer a nadie.

Pero la Junta Asesora del Trinity College prefiere los métodos del Consejo de los Diez^[184].

Por la presente me declaro dispuesto y preparado para someterme a cualquier tribunal, público o privado, que usted quiera nombrar, con tal que me sea permitido obtener la asistencia y representación que marca la ley, y que sean aceptados los tradicionales métodos de prueba.

Además solicito, si mi inocencia fuera probada, que la Junta del College revoque sus disposiciones, prometiendo, al tiempo, que, en caso adverso, interrumpiré mis relaciones con los estudiantes del College.

Esperando, con la más ferviente esperanza y confianza, una favorable contestación de su justicia y de su afecto paterno,

Se despide de usted, querido Rector, el que suscribe,

Suyo atentísimo,

Lo que el reverendo Henry Montagu Butler, DD y Rector del Trinity College, contestó a esta carta, si es que lo hizo, es algo que yo no sé. El asunto finalmente estaba cerrado y no era cuestión de abrirlo de nuevo. Sólo podemos hacer conjeturas acerca de lo que pensó de Aleister Crowley, de su Santo Ángel de la Guarda y de la Conversación que ambos habían mantenido recientemente.

Diez años después de los acontecimientos comentados, en la noche de 7 de junio de 1920, en la Abadía, mientras estaba acostado con Leah Hirsig, Crowley soñaba que regresaba a Cambridge y que el nuevo Rector del Trinity le invitaba a comer.

El resto del esbozo autobiográfico de Norman Mudd se parece al diario de una jovencita que languidece por un amor no correspondido. Apartado del hombre que había tenido toda su admiración y su afecto, vivía su existencia como un continuo dolor. Describió su apego hacia la Bestia como un conflicto entre la fascinación y el disgusto, la esperanza y el miedo. Su corazón no se encontraba en su sitio, por lo que perdió su último año en Cambridge, el más importante, picoteando en libros que hablaban de magia y de budismo. De ahí que no ganara ninguno de los premios que le habrían promocionado a la carrera académica que deseaba y para la que llevaba preparándose tanto tiempo, la de contemplar las estrellas desde el observatorio de Greenwich. En su lugar, le fue ofrecido un puesto en el National Physical Laboratory, y otro en Sudáfrica. Y aprovechó la oportunidad de irse al extranjero: esperaba que le ayudara a olvidar a Aleister Crowley. Llegó a Sudáfrica en julio de 1911 e ingresó con dedicación exclusiva en el Departamento de Matemática Aplicada del Grey University College, en Bloemfontein.

Durante los años que siguieron, Mudd culpó a Crowley de sus fracasos:

He seguido en contacto contigo a través de la barrera que nos separaba. La relación, en su totalidad, es paradójica y puede concretarse en lo siguiente: que me ha resultado imposible extraer energía o tranquilidad del hecho de pensar en ti. Has permanecido en el centro de un complejo formado por el miedo y la conciencia del fracaso. Todos los intentos que hacías para darme ánimos sólo servían para desanimarme y desmoralizarme... En resumen, sólo he sido capaz de ponerme a trabajar de una vez para intentar olvidarte.

Se fue a Sudáfrica para comenzar de nuevo su vida, pero no lo consiguió. El cambio de aires no resolvería ninguno de sus problemas emocionales: no echó raíces, no encontró la felicidad. Y para colmo de los males, perdía en 1915 la visión de un ojo. La pérdida fue atribuida a un accidente; pero, en realidad, fue debida a una gonorrea.

La descripción de aquellos años en Sudáfrica constituye una triste lectura. A juzgar por lo que él mismo dice, se sentía envenenado. «El pensamiento de Crowley era realmente una obsesión desmoralizadora», confesaría al hermano Achad.

Incapaz de comenzar una nueva vida, fue recayendo en la antigua. Cuando Crowley estaba en América, escribió a sus direcciones de Londres y París, en un vano

intento de encontrarle. Finalmente, durante la última mitad de 1920, aprovechando un año sabático, se fue a Inglaterra, con la intención de buscarle entre los clientes habituales del Café Royal y los vecinos del Soho y Chelsea. La tierra de Inglaterra, su madre patria, ejerció un efecto tranquilizante sobre el profesor Norman Mudd. En Londres, acabó casi por olvidar a Crowley. «Me limitaba simplemente a holgazanear y a hacer lo que quería, rodeado de gente viva.» Más tarde, cierto día, vio en una librería el *Book Four* de Perdurabo, y esto, según dijo, le despertó.

El capitán Fuller era la única persona, razonaba Mudd, que podría saber el paradero de la Bestia. Cuando estaba a punto de ponerse en contacto con él, descubrió un ejemplar del *Equinoccio Azul* y, al leerlo, se enteró de que Crowley estaba en Estados Unidos. Sin esperar a saber si había regresado a Inglaterra y se había vuelto a ir a otro sitio, Mudd se embarcó hacia Estados Unidos para seguir su pista, gracias a la estela de escándalo que había dejado en Detroit.

Su nostalgia de Crowley había regresado de manera vehemente, y consideraba a la Bestia como su última esperanza. «No sabía lo que me pasaba, sino que estaba sufriendo una morbosa incapacidad de seguir adelante, y necesitaba verte de nuevo para curarme», escribió a Crowley, cuando al fin descubrió dónde se encontraba. «No hallarte (en Estados Unidos) supuso para mis esperanzas un golpe terrible.»

«Espero que te dejes caer por nuestra Abadía, donde podremos freírte en tu propia grasa mucho más deprisa que en ningún otro lugar», le contestó la Bestia. «¡Mantén-te en guardia!»



Sello de la Gran Fraternidad, que muestra la estrella de siete puntas de Babalon.

LA BESTIA EN EL EXILIO

LA expulsión de Crowley de Italia cierra un capítulo de su vida. El acontecimiento era de todo punto inesperado y, de momento, él no captó su significado. Le parecía una cosa natural ir a otro sitio con la intención de continuar como antes, y regresar al primer punto tan rápido como fuera posible, pero lo que ya se había perdido tardaría toda una eternidad en regresar. La ola que le había empujado desde el Atlántico le había enviado a Cefalú. Así era el ritmo de los acontecimientos: el máximo había sido alcanzado con la muerte de Loveday. Ahora la marea había cambiado y arrastraba consigo una frágil barca en la que se encontraba Alastor de Kerval, el Vagabundo de la Desolación, quien no miraba hacia delante, sino hacia atrás, hacia la orilla que retrocedía, la mirada fija en su *Collegium ad Spiritum Sanctum*, que se iba haciendo cada vez más pequeño, hasta llegar a desaparecer.

La Bestia y la Mujer Escarlata se alojaron en un pequeño hotel de Marsa, uno de los suburbios de Túnez, llamado Au Souffle du Zéphir: «no pudimos encontrar otro más barato». Norman Mudd y Ninette Shumway cuidaban la Abadía, al otro lado de las aguas. Mudd, que había renunciado a organizar una facultad de Astronomía en la Universidad de Sudáfrica para permanecer al lado de Crowley, estaba sentado en «La Chambre des Cauchemars» y contemplaba fijamente las pinturas esquizoides de su Maestro, que cubrían las paredes. Pero, a juzgar por sus cartas, se sentía muy feliz en aquel ambiente de pesadilla. Estaba nuevamente con su Amado Padre, y el vacío de su corazón se había colmado. Las cartas de la Bestia a su Amantísimo Hijo, como se dirigía a Mudd, están llenas de esperanza. Al margen de la primera carta que Leah enviara a Mudd desde Túnez, la Bestia escribe esta nota: «O.P.V. destinado a la eternidad, por acudir al rescate en este momento crítico». Ocho días más tarde, el 10 de mayo, Leah escribiría una carta a Ninette, Mudd y los niños, contándoles cómo lo estaban pasando.

Querida Shummy, y también los demás,

666 duerme como un niño. Estamos pasando horas de ansiedad. Ayer por la tarde, dormí de 3 a 6, después de haberme levantado a las 12:30, pues no me fui a la cama hasta las 3 de la madrugada. De noche se está maravillosamente bien, y aunque aquí siempre hay un bullicio continuo, que podría acabar volviéndole a uno loco, lo único que consigue es apaciguarme. No nos encontramos en la parte nueva de Túnez, sino al otro lado de la Porte de France, donde comienza el barrio árabe. Jamás había disfrutado de tanta paz y tranquilidad como ahora. Ni siquiera el silencio que guardan las personas queridas que dejamos en Cefalú consigue alterar esta paz. La otra noche nos fuimos a un cine, sentándonos en el gallinero, por cincuenta céntimos, rodeados de los «gosse», como llaman aquí a los niños. Me hubiera gustado que los nuestros se hubieran encontrado entre ellos.

Planeamos irnos al desierto... pues allí es donde habrá de realizarse nuestro trabajo.

Mudd se daba perfectamente cuenta de las responsabilidades de su posición. Desgraciadamente, sólo tenía un ojo para mirar desde ella, pero veía con él, siendo un Neófito de la A.'.A.'. , más que lo que habría visto con los dos, siendo profesor de

Matemática Aplicada en Bloemfontein. Su viejo y buen amigo, Harry Doughty no pensaba así, pero ni él, ni el Rev. Reginald St. John Parry, DD, ni los cansados padres de Mudd (que no habían visto a su hijo durante los últimos siete años, y que habían sufrido mucho porque se hubiera ido a Cefalú en lugar de ir a verles), podían leer en su corazón.

Para Doughty, las relaciones que Mudd mantenía con Crowley eran un misterio, y las razones que dio para precipitarse súbitamente hacia Cefalú, en lugar de ir a Inglaterra como había sido dispuesto, le parecieron desesperadamente inciertas. Doughty era un amigo sincero de Mudd, al que dio algún sano consejo. «¿Por qué no te preocupas de tus intereses y mandas al infierno el amor y la ley?», le indicó, exactamente igual que un cuarto de siglo más tarde Norman Douglas contestaría al «Haz lo que Quieras será toda la Ley», de Crowley, con un: «Mi querido Aleister Crowley, ¡al infierno con todas las leyes!».

Mudd contestó a Doughty: «Fui llamado (o así lo creí, y sigo creyéndolo) para dedicar todo lo que soy, y tengo, o todo lo que puedo hacer o aprender a hacer, al cumplimiento de una misión de la que depende íntimamente el destino de la humanidad en los próximos milenios».

Doughty, que no era thelemita, no se dejó conmovir:

Puedes darle mis disculpas a Mr. Crowley por no contestar a sus cartas. No sé exactamente qué hacer con este caballero. Comienza por intentar pedirme dinero prestado, y después pasa a la fase en que se ofrece ser mi guía, filósofo y amigo, es decir, invirtiendo, diestramente, el procedimiento acostumbrado. Es evidente que está preocupado por mi indiferencia o mi falta de agudeza, cualquiera de las dos, y por ello se afana en darme a conocer sus planes. Debo confesar que su larga carta en la que me explica esto no me ha iluminado ni animado. Posiblemente, como él sugiere, tú seas capaz de dejar las cosas más claras mediante el uso del lenguaje convencional de las matemáticas: pero es cierto que el lenguaje nada convencional del entusiasmo me deja frío. Al parecer, quien quiere, no puede, y quien puede, no quiere. Estoy sorprendido por la ingenuidad que demuestra Mr. Crowley en algunos aspectos. Afirma ser un experto en la diagnosis del genio, y después me sugiere tranquilamente que si me cruzo con algún genio díscolo que desilusionado agite sus inútiles alas, se lo envíe para que lo cure y conforte. Ahora, de tu propio caso y de otras cosas que he oído, deduzco que Crowley es un hombre capaz de ejercer un peculiar grado de poderío y fascinación sobre otras personas. No tengo modo de saber si para bien o para mal, pero pretender que yo lo acepte como válido sobre la base de sus propias, y no demostradas, afirmaciones supone tal simpleza por su parte (o tal creencia en mi propia credulidad) que me sorprende.

Es incuestionable que Harry Doughty estaba hecho de una materia diferente a la de Norman Mudd, pero tuvo menos fe para persuadir a su amigo de que abandonase a la Bestia que la que demostró el reverendo Dr. Parry unos trece años antes.

Crowley tenía puestas todas sus esperanzas en una revocación de la orden de expulsión del territorio italiano, pero Mussolini no le concedió audiencia para discutir el asunto y, según avanzaba el verano, se fue enredando con otros problemas, como, por ejemplo, el comentario al *Liber Legis* que tenía que escribir, y su autobiografía, que había de continuar y concluir. Mudd, que era autor de un estudio titulado *Potencial gravitacional y energía de las deformaciones armónicas de cualquier orden*, se podía encargar de la parte matemática del comentario, y descubrir, por

ejemplo, el significado de este axioma: «Todo número es infinito; en él no existe diferencia».

El problema de encontrar dinero se había agudizado, pues ahora había que mantener dos casas. Las cartas, en particular las de los desconocidos, eran contestadas con diligencia y simpatía, con la esperanza de que el remitente pudiese convertirse en un patrocinador. Un tal Mr. Robert Stott escribió para decir que «era su voluntad» conocer a Mr. Crowley, después de leer todo lo que sobre él contaba el *Sunday Express*: «Haz como Quieras es toda la Ley». Desafortunadamente, Mr. Stott era desconocido en los círculos financieros o intelectuales, etc. «P. S. ¿La Magi(k)a es real? ¿Qué es eso del Hijo?»

Crowley le contestó: «Querido Señor: “Haz lo que quieras será toda la Ley” (Usted escribe *como* en lugar de *lo que*, y *es* en lugar de *será*). ¡Al diablo los círculos financieros e intelectuales! “Todo hombre, toda mujer, es una estrella”. Yo me comprometo a hacer todo lo que pueda por cualquiera que venga a mí, sin pensar en recibir nada a cambio...».

Se aconsejó a Mr. Stott que se pusiese inmediatamente en contacto con Jane Wolfe, que todavía estaba en Londres. Se le aseguraba que la Magi(k)a era real. Y en lo que respecta al Hijo, eso era un punto demasiado recóndito para poder ser tratado en una carta. «Suyo fraternalmente, La Bestia 666.»

El 19 de mayo, a las 7:26 a.m., Ninette dio a luz otro niño. La Bestia la felicitó y eligió los siguientes nombres para la niña: Isabella Isis Selene Hécate Artemis Diana Hera Jane. También confeccionó el horóscopo de la pequeña. «... Marte, con ascendente sobre la Luna, es bastante hostil, pero no hay aspectos malignos ligados al Sol o a la Luna, por lo que no es cuestión de preocuparse gran cosa. No hay ningún complejo importante que indique que la niña vaya a distinguirse en nada. Parece que crecerá hasta convertirse en una putilla completamente normal.» El padre era Carlo, el propietario de la Abadía, también conocido como «El Barón», el barón La Calce. «Asegúrate cuando me informes del color de los ojos del joven barón», le dijo Leah por carta, desde Túnez, a Ninette, refiriéndose a su segundo bastardo. «Si no son negros, es casi seguro que el próximo los tendrá de ese color, ya que no he visto a ninguno de los niños de por aquí que los tenga azules. Dile, por favor, a la señorita Lulette [la hija de Crowley y Ninette] que el León Grande [Crowley] y Lala [Leah] hablan de ella más que de nadie.» Carlo no mostró interés alguno en Isabella Isis Selene Hécate Artemis Diana Hera Jane, ni contribuyó a su mantenimiento, y se sintió muy molesto con los thelemitas en general, y con Ninette en particular, a causa de su impago de la renta. Pero no conocemos por él mismo lo que pensaba al respecto. «Carlo es un *mierda*. Me gustaría que O.P.V. se lo dijera, empleando esta misma palabra», escribió Leah.

El 13 de junio de 1923, Crowley expulsó toda hipocresía de su mente, y se puso a escribirle a Mudd una larga carta, en la que le nombraba, dadas sus intenciones y su relación con él, su lugarteniente, y en la que empleó el lenguaje más sencillo que le

fue posible:

Dile a Ninette que la aprecio de veras y que disfruté inmensamente de su carta. Soy un hombre que se encuentra muy enfermo, incapaz de trabajar, excepto durante períodos muy breves de tiempo, y no digamos de escribir.

«Jesús» fue el Gran Mago Negro que se anticipó a la fórmula IAO [Isis, Apofis, Osiris, o el Falo (i) ligado a la Vulva (0) por mediación de Apofis (A), el poder de las Tinieblas, o sea, la Bestia 666].

Estoy viendo las cosas (fundamentalmente gracias a ti) desde un aspecto totalmente diferente. Me he abstenido de actuar racionalmente. ¡Error fatal!

Podrás salir de tu apatía si te centras en tu trabajo. No voy a animarte a él haciendo, justamente, que te des cuenta de su importancia. Es tu vanidad la que habla. Intentas que te preste más atención, y la única cosa que se te ocurre es pedirme que te vapulee. Ten confianza en mí para acabar con el bujarrón de Mudd. Te dejo que describas las «persistentes y turbadoras debilidades» de las que me hablas. No son más que ilusiones. Te sentirás igual que un loco cuando intentes transcribirlas al papel. No creo que siquiera las critique, ya que eso no haría sino halagarlas y estimularlas, aunque espero poder demostrarte que no son sino virtudes esenciales para tu G[ran] O[obra].

Me niego a creer que pueda llegar a darse el fracaso. Mis interminables errores son, en sí mismos, parte del plan de los Jefes.

Hasta hace muy poco siempre he sido sobrio y precavido. Y ahora me encuentro sumido en un estado espiritual, que me resulta terriblemente extraño, por el simple hecho de dejar de consumir heroína durante un tiempo muy breve. Y tengo una disociación, tanto de personalidad como de ideas, que nunca había tenido, ni siquiera cuando recorría el Abismo [la inmensidad que separa lo real de lo que no lo es]. Varias ideas fundamentales, que eran peculiares de A[leister] C[rowley] han sido aniquiladas la semana pasada, y del modo más despiadado. Mis puntos de vista han sufrido una revolución. Así pues, he dejado de debatirme contra la muerte o la locura. Hoy he pronunciado el siguiente juramento:

Yo, la Bestia 666, juro que abandonaré mi Razón humana, en cumplimiento de la Voluntad de Aquellos que me llamaron, para que Hadit [Set, el principio del mal], ardiendo en mi corazón, dé firmeza y rapidez a mi pluma en la escritura del Comentario [del *Liber Legis*],

La Bestia 666

En una operación efectuada hace dos o tres días, pedí el Sacramento y me enteré de que debía ser consumido en la oscuridad. Entonces, yo, como C[abeza] V[isible] de la O.T.O. ordené a la Procesión del Graal que pasara ante mí. Tuve una visión de Pan y, después de algunas horas de completa locura, me cansé y pospuse el resto del espectáculo. (Tuve que dejar la «Piedra de Ver» y usar la Estrella de Plata, que tiene el mismo valor que mi número, 666, que es de once puntas y de color negro, con su contorno orlado de plata y la parte central orlada de oro, con la letra árabe *cheth* también de oro. La interpretación de este símbolo servirá para aclarar muchos misterios. Encargué que hicieran esta estrella durante la Operación de El Cairo [en 1904] *ad hoc*. Fue Alostrael quien la identificó como la Estrella de la A.'.A.'. Yo siempre he sentido hacia ella, de una manera instintiva, odio y miedo, y, aunque no la haya utilizado, me ha acompañado todos estos años.)

Por todo lo expuesto, observarás que estoy abandonando, de manera deliberada, cualquier tipo de idea que sea racional. Estoy preparando un G[ran] R[etiro] M[ágico] totalmente demencial, que me permita aceptar con toda mi fe, y toda la tranquilidad posible, los terrores que personalmente me incumben, así como el abandono, en su integridad, de, bueno, de todo mi planteamiento de vida.

Estoy de acuerdo con que mi carrera, en los últimos diecinueve años, ha sido un brillante fracaso: un clásico ejemplo de los resultados de una equivocación mágica.

Envíame un ejemplar de la *Visión* de Raoul, pues coincidí contigo en que es importante. Su G[ran] O[bra] en esta encarnación debió de consistir en servirme de guía en el momento crítico; y dado que su *Visión* ha sido su única contribución, es algo inapreciable. En el momento en que su Obra estuvo terminada se extinguió como una cerilla, que hubiera servido para encender mi cigarro.

Mi manuscrito [se refiere al de su *Autohagiography*] debería ser puesto en manos de Lytton Strachey, quien le daría una nueva redacción. Me parece amorfo, chapucero, sin un esquema o un sentido de la proporción: un simple caos de sucesos, en vez de llegar a ser una obra maestra como el *Wilde* de [Frank] Harris.

Leah va mejorando lentamente, pero, en cualquier momento se puede derrumbar. Mi propia recuperación se halla entorpecida por las consideraciones arriba expuestas. Si piensas que debería mantener el uso de razón, en el ordinario sentido de la palabra, entonces tú y Fuller no tendríais otro remedio que agarrarme firmemente por los testículos y pasearme de tal suerte.

He aquí, en suma, la equivocación que me ha acompañado durante estos diecinueve años. Me negué a trabajar en pro del CCXX [El *Liber Legis*]. Tomé todas las medidas que me parecían razonables para asegurar el éxito de mis obras. Y eso fue lo que arruinó mi carrera. Y si hubiera hecho caso a cada uno de los elementos de juicio de mi mente, no habría necesitado este desastroso final para volver a la normalidad. En ningún momento me sentí asustado por pensar que estaba arriesgando tanto mi vida como mi cordura por amor a la Obra, sino que aún sigo pensando que es parte de mi trabajo el ser un chico grande, aunque lo suficientemente vigoroso como para escapar de cualquier situación difícil.

Hay un punto en donde se requiere tu «amor». Puedo fiarme de ti, porque, en una ocasión, llegaste a escribir que «no te importaba un comino» si yo vivía o moría.

Las visiones que flotaban ante los ojos de Crowley, cuando la boquilla de la pipa de opio estaba entre sus labios o cuando se entusiasmaba con la heroína, eran analizadas rigurosamente. Y, mientras estaba echado en la cama de su habitación del hotel Au Souffle du Zéphir, estudiaba el *Liber Legis* para encontrar una salida a sus dificultades, la misma manera que Lenin estudiaba los escritos de Karl Marx, para intentar resolver algunos de los problemas más acuciantes de la revolución.

Al final se le presentaron dos soluciones. Él, el Logos del Eón, debí_a eclipsarse por un tiempo, mantenerse en un segundo plano, mientras que Alostrael le sucedía, después de perfeccionar sus cualidades mágicas para asumir, llegado el momento, el papel de Semíramis^[185] un poder despótico pero derivado del suyo y a él subordinado. «Es obvio que el mundo se halla maduro para que aparezca una mujer capaz de gobernar de este modo», fue su comentario.

La otra solución era más directa: en *The Book of the Law* podía leerse esta sentencia: «Y del Oeste vendrá un hombre rico que verterá su oro sobre ti». Lo único que podía hacer la Bestia respecto a aquel hombre rico era esperar su llegada. «Bueno, no me preocupa. Estoy contento de esperar, sólo quiero recordar a los Dioses

que —por muchos motivos— esta actitud demuestra mi completa dependencia respecto a ellos», escribió. Y el nombre de Otto Kahn acudió a su memoria, pues era un hombre muy rico. ¿Sería él quien acudiría al rescate, dando así cumplimiento a la profecía? «Si pensaba que Thelema era la única solución a los problemas de esta época, entonces vendría. No puedo imaginarme la manera de abordarle. Le conozco en persona y mantengo con él cierta amistad, pero no tengo modo alguno de saber cuál es su Verdadera Voluntad. Estoy decidido a creer, por primera vez, en el CCXX.» La Bestia no hacía distingos entre sus deseos y la «Verdadera Voluntad» de Mr. Kahn. Si la gente pudiese desembarazarse de sus voluntades falsas, entonces el león yacería junto al cordero, y el tigre se haría vegetariano. La filosofía del Haz lo que Quieras tiene algo en común con la del anarquismo. Rompe las cadenas, y la bondad innata de la gente hará que el cielo se dé en la tierra.

Los medios con los que Crowley contaba para recobrar su salud parecerán posiblemente absurdos a aquellas personas que no tengan en la magia. Su primer discípulo, J. F. C. Fuller, debería ir con él a Egipto, pasando por «la ciudad» (Túnez), donde estaba escribiendo el comentario al Liber Legis, y «extraer» del Museo de El Cairo, la estela de Ankn-f-n-Khonsu, el original, y no una reproducción, y ayudarle a llevarla hasta Boleskine. Pero como él ya no disponía de aquella casa, sería cuestión de adquirirla, nuevamente. «La principal tarea de Fuller es devolverme la salud realizando este viaje.»

Mientras tanto, su salud y la de Leah habían empeorado, por lo que tuvieron someterse a los cuidados de un médico local, Thomas Domela, «y al infierno mi amor propio».

Era raro que la Bestia dudase de su propia grandeza, pero mientras se debatía buscando una salida a las dificultades del momento, consideraba su propia genialidad desde una perspectiva distinta. Pensaba que era más un psicólogo o un jefe espiritual que un mago, en el sentido de alguien que hace prodigios.

«Me he preguntado si, a fin de cuentas, soy un Mago tan poderoso, e incluso llego a sonreír ante las dudas de la gente que parece esperar de mí que embruje el ganado», escribió en su diario mágico a las 5:00 p. m. del 27 de mayo de 1923, y prosigue: «Acabo de descubrir toda la verdad. Poseo el poder de causar crisis espirituales. Y esto es lo único que ha ocurrido en todos los casos. Produce tu crisis en el hombre adecuado, y lo demás vendrá sólo... La gente reconoce instintivamente este poder que poseo y se alarma. *John Bull* tiene toda la razón».

A veces, durante aquel período infausto, su imaginación comenzaba a divagar. «Quizá soy un Mago Negro, si es así, entonces soy muy poderoso.» Y después, «¡Madame Fátima Crowley! ¡Esto es lo que mejor me va... mover la pierna en el aire!». Pero esta irrisión en carne propia sólo era una tentativa para superar su desesperación. Al final, pensaba escribir a Trotsky, que estaba en Rusia, sugiriéndole que él podría encargarse de la realización de una campaña mundial para la erradicación del cristianismo, o a Jorge V, su rey, proponiéndole una cruzada

religiosa.

No había dejado de tomar heroína, pero a dosis mucho más bajas y más espaciadas. Y para recuperarse, usaba el éter, que comprobó que le resultaba útil cuando estaba dictando su «*Hag*» (iografía), ya que potenciaba su temperamento. La desventaja que tenía el éter consistía en que le hacía a uno penetrar «tan profundamente en los elementos de las cosas, que resultaba difícil relacionarlos entre sí». Pero el éter le ayudaba a su lucha contra la heroína.

Envió un telegrama a O. P. V. para que se pusiera rápidamente en camino.

Después de tres meses de estancia en Túnez, sin que el gobierno italiano hubiese enviado ninguna disculpa, la Bestia comenzó a pensar en el traslado de la Abadía a otro lugar. El sitio más indicado sería una isla, Zembra, que estaba alejada de Túnez, por ejemplo. El nuevo *Collegium ad Spiritum Sanctum* no repetiría los errores del antiguo. Para comenzar, debería tener un régimen austeramente monástico. El acceso a la isla se llevaría a cabo mediante lancha motora o hidroavión. Los fondos se obtendrían convenciendo a los capitalistas de la «catástrofe inminente». Sólo serían aceptados como thelemitas aquellos que poseyeran uno, al menos, de los siguientes atributos: (a) belleza, inteligencia, amor; (b) dotes financieras, capacidad para cualquier trabajo; (c) riqueza o fuerza física; (d) facultades mágicas poco corrientes. El gobierno de la comunidad sería autocrático. Crowley sería la Cabeza Visible de la Orden, pero «será tan inaccesible como le sea posible; y si fuera factible, las decisiones que tome en su liderazgo serán desconocidas de todos exceptuando a sus colaboradores más íntimos».

Decidió irse a un Retiro Mágico. Para garantizar el mayor desapego posible respecto a los asuntos externos, preparó un documento con la ayuda de Mudd, expedido a nombre de éste, en el que se anunciaba que Norman Mudd era el único que podía encargarse de los asuntos de «Mr. E. A. Crowley, la Bestia 666».

Y tras esto, dejó a la Mujer Escarlata en aquel hotel barato, Au Souffle du Zéphir, y fue a alojarse al Tunisia Palace, el mejor hotel de la ciudad, llevando consigo a Mohammed ben Brahim, un muchacho negro que había adiestrado para que fuera su ayuda de cámara y su asistente mágico. Después de haber dormido plácidamente por la noche, concibió la idea de hacerle a un joyero un encargo importante: la Joya de la Orden, y mandarle la factura a Mudd, para poner a prueba su fe en él. La joya que había ideado tenía en su centro un diamante, o una perla negra incrustada en una pieza de oro en la que se habían grabado en griego y hebreo los Nombres Sagrados, y que, a su vez, estaría orlada de platino, de manera que el oro simbolizaba el Sol, y el platino la Luna, signos de la cambiante naturaleza de Crowley:

La absoluta inutilidad de la extravagancia me exoneraba completamente de cualquier ansia personal de lujo; y además, en el encargo también se incluirían algunos adornos para otras personas. La prueba tendrá carácter de sorpresa, puesto que desde que O. P. V. vino a mí, he llevado las cuentas hasta el penique, y él conoce mi aversión consciente a gastar dinero, aún en cosas de poca monta, en lujos, o en lo que los obreros llaman «comodidades necesarias». No me atrevo a decir nada sobre la cuantía del encargo: sólo quiero que sea lo suficientemente alta para hacerle vacilar, pero no para arruinarle.

Su salud mejoró ligeramente. La inestabilidad mental, la sensación de que iba a enloquecer, desaparecieron al mismo tiempo. Pensaba que se debía a su alejamiento de Alostrael. A cualquier espectador, pensaba, debía de parecerle una persona muy normal por su apariencia y por lo que estaba haciendo: un turista inglés que ha ido a descansar. En el restaurante de Túnez vio a su leal lugarteniente, Omnia Pro Veritate, que había venido en su busca. Pero se conformó con darle el signo del silencio (pulgar en los labios y demás dedos cerrados) y pasar a su lado, ignorándole. Poco después, decidió interrumpir su Retiro. Había durado dos semanas, por lo que lo llamó Retiro Mágico Menor.

El corazón de Mudd se hallaba henchido de amor hacia su Maestro y, en una hoja de papel con el sello del Tunisia Palace Hotel, escribió esta carta al editor de *Isis*, la revista de la Universidad de Oxford, que sería reproducida en el número del 14 de noviembre de 1923:

A quien pueda interesar.

Haz lo que quieras será toda la Ley.

Soy un titulado de la Universidad de Cambridge (Facultad de Matemáticas del Trinity College).

Conozco a Aleister Crowley desde hace trece años. Es, sin duda, uno de los más notables poetas y escritores de estos tiempos.

He estudiado sus trabajos científicos con gran cuidado, y estoy convencido de que pueden conducir a descubrimientos que darían a la humanidad nuevos instrumentos de conocimiento y nuevos métodos de investigación.

He examinado las acusaciones hechas contra él por algunos periódicos de una determinada categoría, encontrándolas todas ellas, sin excepción alguna, innoblemente falsas. Sé que sus ideales son nobles, su honor immaculado, y su vida dedicada completamente al servicio de la humanidad. Habiendo gastado enteramente su fortuna en la realización de su obra, se ha visto incapaz de refutar públicamente las calumnias de sus adversarios. No ha encontrado ningún hombre de entre los que le conocen lo suficientemente prominente, poderoso y valiente para atreverse a reivindicarlo delante de todo el mundo.

Está en juego el honor de Inglaterra, porque su poeta más grande no debe perecer bajo la malicia o el olvido de sus compatriotas, como frecuentemente ha sucedido a lo largo de la historia.

Iré a Londres y pondré mi empeño en convencer a algunas personas o corporaciones que posean la suficiente autoridad, medios o influencias, para que investiguen las acusaciones efectuadas contra Mr. Crowley...

Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Norman Mudd

Mudd, que tenía la mente meticulosa del estudioso, se hizo esta pregunta: «¿Cuál es el análisis último y la explicación filosófica del presente *impasse*?». Él conocía la amplitud del problema: la Bestia, un hombre de gran genio, que estaba derramando dones de inmenso valor sobre la humanidad, era completamente ignorado. Mudd estaba realmente perplejo. Quizás el propio Maestro conociera la respuesta. Y le escribió, formulando el problema de manera objetiva, es decir, preguntándole a Crowley acerca del propio Crowley:

¿Cómo es posible que A. C., después de más de treinta años de servicio absolutamente sincero y altruista a los más elevados intereses de la humanidad, habiendo entregado al público cultivado dones inestimables que, en esencia, en lo que se refiere a sus posibilidades de ser apreciados, se hallaban a su alcance, se encuentre (en un grado que va constantemente en aumento hasta llegar a ser, finalmente, crítico)

en desacuerdo con prácticamente toda la sociedad (sin excluir a sus amigos más antiguos y a sus discípulos personales), y que no sea comprendido ni creído sinceramente siquiera por sus simpatizantes? Excluyo a Alostrael, Jane, Frank Bennett, a mi propio e indigno yo, y a nadie más. Me gustaría muchísimo conocer, aunque sólo fuera en líneas generales, tu respuesta a esta pregunta.

La respuesta de Crowley no aparece recogida en ningún sitio. Quizás encontrara la epístola que Mudd encabezara con un «Amantísimo Padre» y que finalizaba, «A tu Servicio y Santa Obediencia para siempre», un tanto inapropiada, dadas las circunstancias del momento. Y no tardaría en expresar sus dudas acerca de la cordura de Mudd.

Crowley se pasaba todo el día tomando drogas. Ahora admitía francamente que había fracasado en su intento de sobreponerse a ellas. Había renunciado a la pretensión de curarse a sí mismo mediante la fuerza de voluntad y a la excusa de tomarlas para descubrir su poder de corrupción. Sin drogas sería incapaz de vivir; comparaba el tomar drogas con vivir de prestado.

Ya que no podía dormir —el insomnio es uno de los síntomas del envenenamiento por drogas— no se preocupaba por la hora de irse a la cama o la de levantarse. De todos modos, pasó una gran parte del tiempo en la cama, ya fuera dormido o despierto. Y la mayor parte del tiempo restante estuvo sin hacer nada. Paulatinamente, fue estableciendo un esbozo de horario para las veinticuatro horas. A eso de las dos de la tarde, todavía en la cama, retomaba el hilo de la «*Hag*» y comenzaba a dictarle a Alostrael. Se levantaba a las cinco, se lavaba, se afeitaba, se vestía y salía, con escaso apetito, a comer a la Maison Dorée; después regresaba Au Souffle du Zéphir para seguir dictando, leer, jugar al ajedrez, o charlar sobre la Cábala con Mudd y Eddie Saayman, uno de los antiguos alumnos de Mudd, que se había aventurado en el campo thelemita aprovechando las vacaciones de Oxford. De vez en cuando se sentaba en una de las posiciones del yoga y meditaba «de un modo informal y poco animado», o hacía sufrir a Mudd los rigores del psicoanálisis crowleyano^[186]. Por la noche, calmaba sus nervios con éter. Si tenía suerte caía en un sueño ligero cerca de las 4:00, aunque, por lo general, «simplemente me desvanecía a eso de las 7».

A las 9 de la mañana, medio dormido, tomaba el desayuno. Y después se quedaba adormilado, de forma discontinua, hasta el mediodía o hasta la una, ya que a esa hora se consideraba más o menos despierto, poniéndose a tono con cocaína o heroína, «la elección dependía de algún impulso instintivo». Había perdido la costumbre de contar las dosis que ingería. Ya no se preocupaba de la cantidad que tomaba, y confiaba plenamente en que algún medio mágico —no explica cuál— le previniera del colapso. «Mi principal preocupación es saber que el sueño no consigue hacerme descansar como debiera. Me despierto (con demasiada frecuencia) deprimido, ansioso, y con algunos síntomas premonitorios de disociación de ideas.» Su punto de apoyo más importante lo constituía el trabajo que hacía con su «*Hag*», y temía el

momento en que estuviera acabada.

Nuevamente ponderaba el precio de la drogadicción, los miedos, reales e imaginarios, y se preguntaba si un hombre se entregaba a la droga a causa de algún deseo inconsciente de autodestrucción. Y concluía que no estaba en peligro desde lo ocurrido en mayo de 1921. Se estaba refiriendo a la adquisición del grado de Ipsissimus, cuando había dejado de ser Aleister Crowley y se había hecho Dios. «9:34 p. m. Me voy como se iría un dios.»

¿Está acaso diciéndonos que como seres humanos sólo podemos abandonar a nuestros propios peligros nuestra propia consciencia humana?

¿A qué se debe que uno tome cocaína (pero ninguna otra droga) con glotonería, dosis tras dosis, sin siquiera necesitarla ni esperar obtener de ello un beneficio? Ésta es la sensación que siempre experimento. Tres dosis, inteligentemente administradas, le garantizan a uno todo lo que desee. Uno resiste con éxito (quizá) durante unas pocas noches y después claudica hasta llegar a una carrera («sírvese a su gusto»), sin ritmo ni razón. Y uno acaba maldiciéndose a sí mismo por su propia falta de juicio. (La única luz que uno ve consiste en que hasta entonces la repentina y completa supresión de la droga ha resultado tan fácil como si en vez de cocaína se tratase de un repollo.) ¿Qué insensatez! No sólo es el miedo, sino el sentido común, el que aconseja no malgastar algo tanpreciado y, quizá, irremplazable. ¿Por qué tomar treinta dosis (¿o sesenta? No tengo ni idea) para precipitarse en un estado que no es ni placentero ni mucho menos deseable, sino plagado de inquietudes, remordimientos, desprecio hacia sí mismo, alarma, desasosiego, e irritación al omnipresente pensamiento de —«¡Diablos, ahora tengo que soportar la reacción!», mientras se sabe perfectamente que con tres dosis se puede obtener todo lo que se desee, sin ningún inconveniente?

El hermano Omnia Pro Veritate no tardó mucho en establecerse de modo permanente en Marsa, junto a la Bestia y al Babuino de Thoth. La Abadía del Haz lo que Quieras era intolerablemente aburrida sin el abad. Mientras la Bestia se encontraba en su Retiro Mágico, O. P. V. y el Babuino se dedicaron a sus propios asuntos. Ambos compartían el mismo hotel, aunque no la misma habitación. Y por primera vez, pudieron conocerse mutuamente. Leah había envejecido rápidamente y su rostro tenía, de manera permanente, una expresión demacrada. A Mudd le había aparecido una entrada en la frente y estaba engordando.

Hacia su aparición en Europa un miembro sudafricano de la Orden de los Templarios Orientales: Adam Gray Murray, el hermano Virtute et Labore, un anciano caballero que había sido funcionario civil durante la guerra y que se quedó sin empleo al acabar ésta. El dirigente de la sección sudafricana de la O.T.O. era Thomas J. Windram, hermano Semper Paratus, «Siempre Dispuesto», un contable de Johannesburgo. En cuanto Crowley se enteró de que Murray estaba en Londres, le llamó para que fuera a su lado; y el mismo día —el 31 de agosto de 1923— escribió a Windram, instándole a que «dedicase todas sus energías a la financiación del cuartel general», que, por entonces, se hallaba en Túnez. Murray no se apresuró en

suministrar a la Bestia los cartuchos que necesitaba para su Smith & Wesson de calibre 44 y el brandy, las drogas y demás que andaba buscando. Y Windram no le envió ningún dinero, puesto que había sufrido un ataque de apoplejía y «sólo escribirle le costaba una gran dificultad». Sin embargo, el hermano Semper Paratus se recuperó y a partir de 1929 envió mensualmente a la Bestia tres libras. «Espero que esta pequeña contribución pueda servir de ayuda al establecimiento en París de la organización», escribió; pues, hacia 1929, Crowley se hallaba en la capital de Francia.

Hacia finales de septiembre, el hermano O. P. V. pronunció un juramento solemne de obediencia a los Señores de la Iniciación (Ra-Hoor-Khuit y Hoor-Paar-Kraat, las formas activa y pasiva de Horus) en presencia de la Bestia, el Babuino y Eddie Saayman, que había adoptado el título de Adonai Iao, el Señor Iao. Había ocurrido una cosa extraña: O. P. V. se había enamorado de la Mujer Escarlata de la Bestia. Platón decía que el amor es afín a la locura; Crowley pensaba lo mismo, con el agravante de que un lugarteniente loco no le resultaba conveniente:

Por la presente reconozco que la mayoría de los hombres, si no todos, cuando se hallan en la condición conocida por la expresión de «estar enamorados» se encuentran incapacitados temporalmente para usar su propio juicio moral.

La Bestia y Alostrael me han dicho que yo, al haber admitido libremente hallarme «enamorado» de Alostrael, me he encontrado, y aún lo sigo estando, incapacitado para razonar correctamente y dedicar mis energías a la Gran Obra.

Esto era inadmisibile, por lo que el hermano Todo Por la Verdad invocó a los Señores de la Iniciación para que le ayudaran a extirpar, de una vez por todas, «la consciencia de la tendencia a percibir la sensación» de estar enamorado de Alostrael.

Yo les invoco [a los Jefes Secretos] por el Poder del Acto de Verdad cumplido por mí poco después del solsticio de verano del Decimooctavo Año del Eón (1922 e.v.), cuando renuncié a mi carrera y a mis posesiones materiales sin reserva alguna, para poder dedicar exclusivamente mis energías a la Gran Obra, esto es, a la Difusión de la Ley de Thelema, dada por Aiwass, por mediación de La Bestia 666 [el hombre Aleister Crowley], en *The Book of Law (Liber AL sub figura XXXI)*, como he podido ver en el manuscrito, y a la que declaro pleitesía en leal colaboración con La Bestia, su Profeta.

Si fracaso, cualquiera que sea la causa, que la luz de mi cuerpo se oscurezca y que la virtud de la virilidad no habite más en mí. Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Norman Mudd

La oración de O. P. V. y el Mandato de la Gran Bestia Salvaje se balizaron. Los hombres y las mujeres son criaturas débiles, que necesitan a los dioses para que les sostengan y les guíen. Después de firmar su juramento, O. P. V. partió para la aldea cercana de Hammam Lif, con el manuscrito de la autobiografía de la Bestia bajo el brazo. Debía ser un Retiro Mágico de ocho días durante el que iba a meditar, intensa y profundamente, en todo aquello.

Alostrael me dijo adiós. Yo le dije: «Bueno, hasta luego. Cuídate, y también cuida a La Bestia.».

Ella dijo: «Amor es la Ley», y yo le contesté: «Amor bajo el dominio de la voluntad». Entonces, ella me besó y abrazó, diciendo tres veces: «Te quiero». Yo estaba estúpidamente alelado, como de costumbre, y muy triste.

Quise decirle: «Eres una compañera endiabladamente buena, y esto es lo que importa», pero después de un largo silencio, sólo pude decirle: «Amor bajo el dominio de la voluntad», Ella dijo: «¿Regresarás con nosotros, y trabajaremos nuevamente juntos?». Quería decirle «Sí», y al mismo tiempo «No lo sé». Todo lo que dije fue: «Bueno, trabajaremos de todos modos».

Los ocho días de meditación de Mudd y su estudio de las *Confessions* de su Tres Veces Bendito y Tres Veces Iluminado Maestro (durante el cual vertió abundantes lágrimas) sólo le condujeron a una inesperada y fastidiosa conclusión respecto a la mujer que amaba. Parte del juramento de la Mujer Escarlata decía que ella debía ser vulgar y adúltera. Ella podía ser vulgar, razonaba Mudd, pero no estando casada, difícilmente podía ser adúltera. Para eliminar esta imperfección alguien debía casarse con ella. ¿Pero quién? La Bestia no, desde luego, ya que ella no podría ser adúltera con su propio marido. Modestamente, Mudd sugirió que él sería el marido de Alostrael. Esta dificultad técnica puso a Crowley en un aprieto. «No queremos una vulgar adúltera», replicó. Sin embargo, tuvo que admitir que había parte de verdad en lo que O.P. V. decía. ¿Qué había que hacer? Era necesario consultar a los dioses. Se llevó a cabo una ceremonia, en la que se consumió heroína.

Los dioses no estaban a favor del matrimonio entre Mudd y Leah. Su respuesta llegó al oído de los suplicantes como una sorda exclamación: «¡Restricción!». Éste fue el comentario de Crowley: «El adulterio no implica matrimonio, de la misma manera que la fornicación no implica que se pague por ella».

Pero después, la misma Bestia, cansada de esperar a que apareciese el Hombre Rico del Oeste, se iba a un Retiro Mágico, dejando su propio destino en las manos de los Jefes Secretos de la A. A. A.

Se fue en coche a Nefta, en el Chott, un lago salino a 400 kilómetros de Túnez, situado en el interior, llevándose consigo a Alostrael y a su criado negro, Mohammed ben Brahim. Ya en Nefta, Alostrael escribió a Mudd el 23 de octubre de 1923:

No hay mucho que decir, excepto que falta poco para que sea Luna llena y que, probablemente, no tendrás noticias mías durante tres o cuatro días, que es el tiempo que la Bestia quiere que permanezca con él en el desierto. ¡Tendremos un camello! Pero, a pesar de ello, ¿puedes enviarme algún bordado de seda y unas agujas que hagan juego con él? Quiero adornar un abanico (un simple detalle) para la Bestia. A la próxima persona que llegue de Inglaterra deberías pedirle que trajera algunos cartuchos —Smith & Wesson del calibre 44—, todos los que pueda pasar sin declarar. La munición del S. & W. 44 es diferente de las demás del mismo calibre.

La Bestia come pan, sopa espesa y bebe vino del país con mayor apetito que nunca, y eso que yo le he visto comer lo más exquisito del menú más caro del hotel más lujoso de París. Me tiene atareada cortando pan en la mesa, y lo que es mejor, está perdiendo esa desagradable gordura que le hace parecerse a Aimée Gouraud. No te haces ni idea del color tan bonito que está cogiendo su piel —suave, clara y con un color saludable—. El agua es dura, pero calma la sed. 666 la bebe como si fuera un camello. Si no está todo lo bien que podría es porque yo le he regañado en algún momento, llegando, incluso, a alarmarle por alguna cosa sin importancia. Pero este método ya no funciona —él se niega a sentirse preocupado— y no es que yo sea menos persistente, sino que él está todo lo bien que sus nervios le permiten.

Me gustaría recibir una descripción detallada de Bayley, en lo que se refiere a lo que pueda saber sobre el asunto Fuller. Mi opinión es que se trata de algo que estaba preparado por la traición de Raffalovich, y también, en parte, por la de Gretel [Mrs. Fuller]. Es posible que Bayley sea el único medio de hacer volver a Fuller.

Crowley había fracasado en todos sus intentos por recobrar la amistad de Fuller,

para que ambos pudieran ir juntos a El Cairo y sustraer la estela de Ankh-f-n-Khonsu, y nada había que achacar a la «traición» de Raffalovich, ni a la de nadie, sino al hecho de que Fuller no quería tener nada que ver con Crowley. La siguiente carta que Crowley le enviara a Fuller, quien había sido ascendido al empleo de coronel, fue escrita en Cefalú:

Querido Fuller:

Haz lo que Quieras será toda la Ley.

Tu amistad es una de las mejores cosas que me han ocurrido. Fuimos como muías, al dejar que unos monos envidiosos nos llevaran a la disensión. Reconozco que, sobre todo, fue debido a mi estúpido orgullo. El Hijo Coronado [Crowley] necesita un guerrero que mande los ejércitos de la Libertad: ¡Y ese hombre eres tú!

Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Tu antiguo amigo y camarada,

La Bestia 666.

En el sobre de esta carta aparece escrito, con la letra de Fuller: «Entregada en mano en 1921, en las dependencias del Ministerio de la Guerra, por un emisario de Crowley, en un estado de lo más deplorable»

Crowley alquiló un camello y se adentró en el desierto, con su Mujer Escarlata y su criado negro, caminando de noche y durmiendo de día. (No dice quién iba en el camello.) La primera noche después de salir de Nefta, la Bestia soñó que era arrestado por «algún inglés loco, que provenía de alguna Facultad o Escuela Técnica», quien le amenazaba con la extradición. ¿Los cargos? Fraude. El proceso se llevó a cabo en el Palacio de Buckingham, pero se despertó antes de que fuera anunciado el veredicto.

A las doce de la noche del 24 de octubre de 1923, la Adoración fue realizada en las inmediaciones de «una cierta roca de apariencia fálica que se estaba disgregando a causa de la erosión», en la parte oeste de la angosta cala de Chott; y el 26 de octubre, la Bestia realizó, a la luz de las estrellas, un acto de magia sexual con Mohammed ben Brahim, para conseguir «Energía Física en Perfecta Libertad», tras el cual se fumó cuatro pipas de hachís.

Se suponía que aquel Retiro Mágico tenía que durar al menos un mes, pero a causa de la mala salud de Alostrael, al cabo de tres días regresaban a Nefta.

Crowley descubrió que contemplar la puesta de sol después de la cena, desde el balcón del hotel de Nefta, mientras los efluvios del éter le intoxicaban el cerebro, era toda una experiencia visual de tipo extático. «¡Dios!, deberías venir, para contemplar desde aquí a Aldebarán», le escribió a Mudd, «Escarlata, esmeralda, violeta... ¡y todo gracias al éter!»

El 1 de noviembre, en el oasis de Nefta y después de la Adoración del Sol de Medianoche, realizó otro acto de magia sexual con Mohammed. Inmediatamente después, cuando Crowley se levantaba de la cama buscando a tientas en las tinieblas, negras como la pez, las mangas de su *abbai*, su vestidura escarlata, observó, con curiosidad, lo que le pareció que podía ser el extremo encendido de un cigarrillo. Lo

primero que pensó fue que se trataba de Alostrael, que estaba fumando. La desapareció, para volver al cabo de poco. Ni Alostrael ni Mohammed consiguieron verla. La luz continuaba aumentando y disminuyendo intensidad de manera alternante, yendo y viniendo, y moviéndose dentro de una pequeña zona. La comparó con el color carmesí que adopta el crepúsculo cuando se acerca una tormenta eléctrica, como la había presenciado una vez en Kairuán, o con la sangre fresca sobre la cruz de un toro, bajo los rayos del Sol.

«Si esto no está aquí, en el sentido físico del término, entonces, estoy sufriendo, por primera vez en mi vida, una genuina alucinación», se dijo, alumbrándose con un encendedor para señalar el lugar en el que estaba la luz, pero el encendedor se apagó por falta de combustible antes de haber podido localizarlo. A Crowley le recordó la Vía Láctea. Y al final, Alostrael dijo que ella también la había visto. Poco después, la luz desapareció totalmente.

Aquel fenómeno inquietó a la Bestia. ¿Era un elemental creado gracias al *opus* realizado con Mohammed, «o un signo deliberado de la presencia de uno de los Jefes Secretos»?

El mismo día, 1 de noviembre, Alostrael se quejó, como de costumbre, de la falta de dinero, y escribió a Mudd, que había regresado a la Abadía:

Amantísimo hijo,

Tú sabes en lo que consisten nuestras necesidades. Es importante que los cheques de 162 y 1.200 francos, del 31 de octubre y 12 de noviembre, respectivamente, se encuentren provistos de fondos. No nos entrometemos en tus recursos financieros, sino que, simplemente, te rogamos que nos cubras. Estamos realizando un trabajo muy importante y ya que me encuentro recuperada no querría volver a sufrir otra recaída. Hablando claro, necesitamos 2.500 francos al mes, que es mucho más de lo que podemos disponer. He intentado ahogar los latidos de mi corazón sobre los asuntos de Cefalú y Londres.

Y ahora paso a asuntos más sagrados. Estamos teniendo visiones y otras cosas y, aunque yo soy bastante torpe, creo que ya he conseguido apartar parte del velo. Me encuentro en paz conmigo misma la mayor parte del tiempo, aunque, en bastantes ocasiones, me asaltan momentos de mal humor.

Bestia ha ido a montar —lo hace igual que un potro en un campo de cultivo—. Por ahora no va muy bien, pero ya mejorará. Da gusto verle comer pan seco, anchoas con moscas como condimento, etc.

Cinco días más tarde, todavía en Nefta, escribió nuevamente a Mudd:

En mi última carta, te prometí algunas descripciones de mis visiones, que, según la Bestia, son la evidencia de que me hallo en comunicación directa con Los Jefes. Él te suministrará todas las evidencias que necesites para tus análisis dentro de pocos días. Por favor, telegrafía en cuanto Murray llegue a Cefalú.

Mudd telegrafió a sus Padres amantísimos, que se hallaban en Nefta, en un retiro Mágico. Nada sabemos de lo que dijo en su telegrama, pero, fuera lo que fuere, trastornó a la Bestia, que escribió en su diario:

Alostrael no debiera habérmelo dicho todo de golpe. Creo que será cuestión de que avise al hermano O. P. V. de una vez por todas de que está peligrosamente excitado en lo mental y de que acabará loco sin remedio (hablando desde el punto de vista forense) a no ser que controle su *chittam* [mente]. Además, esto ha arruinado completamente las posibilidades favorables de la operación que pensaba realizar esta noche, y también ha puesto en un grave aprieto a Alostrael, quien está convencida (con razón o sin ella) de que O.

P. V. se encuentra en serias dificultades económicas.

Crowley no quería saber nada de los apuros o de la pobreza de Mudd; sólo era su «Padre amantísimo» en la imaginación, y era incapaz de cumplir el papel de padre ni siquiera en su sentido mágico, puesto que era el «niño terrible» que siembra la consternación en todos los padres.

La estancia en Nefta tuvo un final más bien desafortunado, cuando la Bestia cayó enferma y fue incapaz de realizar los ritos de magia sexual; pero Mohammed siguió adelante con lo previsto, utilizando a Alostrael de Ayudante. Y a continuación, también cayó enfermo.

15 de noviembre. 1: 00 a.m. Mohammed ben Brahim está muy enfermo: en particular, ha perdido la audición de un oído. Le había advertido que no tocara mi Campana Mágica; no me hizo caso (con toda seguridad), y ahora lo está pagando.

La Bestia y la Mujer Escarlata se enzarzaron en una violenta discusión. Alostrael, cuya salud había ido empeorando paulatinamente a causa de los rigores de la existencia thelémica, y que por otra parte de una manera más o menos continua, había estado enferma todo el último año, se fue a la cama. Sin embargo, la Bestia, ya recuperada, pensaba que debía considerarse afortunada si se comparaba con Mohammed ben Brahim, que todavía seguía mal. Desanimados, regresaron a Túnez.

A comienzos de diciembre, Murray, para gran contento de Ninette, —pues estaba sola con los niños, sin un ochavo, helada de frío, hambrienta y miserable— llegó a la Abadía. «¡Hip, Hip, Hurra! Mr. Murray ha llegado; es muy amable. Reúne todos los requisitos para ser el compañero agradable que había estado esperando. Espero que se sienta bien aquí conmigo y que tú [Mudd] no llegues a verle. Sólo me quedaban 15 libras poco antes de que el hermano V. L. [Murray] llegara; me entregó 200 libras para que atendiera a los gastos de la casa. Recurriré nuevamente a él cuando estén a punto de acabarse. He hecho todo lo que he podido para que nuestro huésped se sienta como en su casa: me he enamorado de él al primer vistazo.»

A finales de 1923, sintiendo que la corriente mágica se había agotado, y que quedarse en Túnez era una gran pérdida de tiempo, Crowley se fue a Marsella.

Esto es lo que, al respecto, escribe Norman Mudd en su diario:

La Bestia ha abandonado Túnez a bordo del *Gouv. Gen. Grèvy*, a las 5:00 p. m. del sábado, con el dinero justo para visitar en Niza a Frank Harris y después irse a París. Alostrael y yo nos hemos quedado aquí, embarrancados, sin dinero para pagarnos siquiera una semana de alojamiento y comida.

Leah se sintió desamparada sin la Bestia, que era su apoyo e inspiración; no esperó a tener noticias suyas, sino que, rápidamente, le escribió el día de fin de año de 1923 para decirle dónde estaba: «en el establecimiento de Eymon, con pensión completa por 25 f. al día». Y añadía:

Estoy muy insegura en lo físico y muy embotada en lo mental, sin ti para que me digas lo que

necesitas, aunque sólo sea para que te lleve los calcetines. Me siento como una persona a medias o, más exactamente, como un cuerpo al que hubieran extirpado todos los órganos. Ahora estoy esperando a que venga O. P. V., para que me dé alguna noticia, si es que hay alguna. Lala.

Ninette, rodeada de niños infelices, se hallaba perdida en la Abadía. No puede decirse, en justicia, que Crowley la hubiese abandonado, puesto que era la Segunda Concubina de la Bestia, y no la Primera; en cualquier caso, él sólo había seguido a su *daemon*, Aiwaz, sin volver la mirada hacia los antiguos amores. Las dos cartas que Ninette le escribiera en febrero de 1924 revelan la dulzura de su naturaleza; ella le había revestido con un aura que no le correspondía:

Mi bienamada Bestia,

Haz lo que Quieras será toda la Ley.

Te escribo esta noche porque tengo la necesidad de decirte que te quiero y que no veo el momento de estar contigo. Lamento que tu nariz te haya hecho sufrir tanto, pero me da mucho gusto saber que te encuentras en franca mejoría, que llegarás a sentirte mejor que antes, y que disfrutarás con la vida y el trabajo. Eres muy valiente. ¿Sales a pasear con alguien en el Bosque [de Fontainebleau]? ¿Sabes cuánto me gustaría ser ese alguien? Tiemblo al pensar que estás en Fontainebleau, me gustaría gritar.

Lulú es una niña única: es adorable, no sólo por su aspecto físico, sino por su comportamiento. Nos ha tocado vivir en este lugar, en donde vemos a los niños de vez en cuando. No te agrada Isabella la primera vez que la veas, pero sus alegres modales no tardarán en conquistarte. Hansi es un niño maravilloso: te sorprenderá. Espero que Howard se haga nuevamente a ti, en cuanto Leah se reúna con nosotros. Gracias a mi entendimiento con [el Dios] Júpiter, sé que él hará lo posible para que Howard vea mundo, pues de lo contrario quitaré al viejo dios del calendario. En esta Abadía, ya ha tenido el tiempo suficiente para comportarse como es debido.

Estoy traduciendo al inglés el diario de Sabatini, en lugar de confeccionar para tu uso una versión abreviada. Es muy divertido e infantil, pero también muy tierno y sincero. En cierto modo, es un muchacho adorable. No creo que tú le permitieras quedarse a tu lado. Está teniendo visiones que, para nosotros, son muy interesantes. ¿Cuándo tendré el placer de hacerte un *paté de foie*, y patatas fritas para O. P. V.?

Hasta pronto, querido grandullón. Te quiero con todo mi corazón.

«Eres mi elegido (y pongo énfasis en decirlo); y benditas las eras que sean contempladas por ti en tu contento.» [*Liber Legis*]

Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Ninette.

Arturo Sabatini era uno de los chicos del lugar, que, para preocupación de sus padres, se había integrado en la comunidad thelémica. Había llegado a aprender un poquito de inglés.

Crowley le envió a Ninette una postal —que no se ha conservado— a la que ella contestó lo siguiente:

Mi bienamada Bestia,

La postal, tan corta, que me enviaste desde Moret, con su dulce mensaje, me conmovió profundamente. Desearía estar contigo, compartiendo tus alegrías y preocupaciones, con nuestros guapísimos niños. ¡Te necesito tanto! El poder ayudarte me daría nuevos ánimos. Piensa en alguna manera de poder reunirte con nosotros, aunque te resulte incómoda. Seguro que llegarás a encontrar alguna. Tienes que intentar sacarme del estancamiento en que me encuentro. Aquí no hay nada que despierte mi entusiasmo; no tengo tiempo para leer ni para educar convenientemente a Lulú. Debes ser mi guía.

Te quiero mucho. Me gustaría poder quererte más e inspirarte nuevos ánimos. Pero, tal y como está, todo mi corazón es para ti y los niños; que sobre ti se vuelquen todo tipo de bendiciones.

Con amor,

Ninette.

La hija de Crowley, Astarté Lulú Panthea, con su escritura infantil, también envió una carta a su padre, a quien no veía desde hacía casi un año:

Querida Bestia,

Se me ha caído el primer diente. Te lo envío. Es Lulette quien está escribiendo. Muchas gracias por la caja de bombones.

Bestia, te quiero. Iré pronto a verte. Te quiero, A.

Lulú P.

La «A» (de Aleister) estaba escrita a la manera de Crowley: el pene y los testículos (véase capítulo 34), que Ninette le ayudó a dibujar.

El 2 de enero de 1924, Crowley había comido en Niza con Frank Harris y su mujer. El escritor y aventurero de 69 años estaba tan apurado de dinero como Crowley, a pesar del éxito del primer volumen de su infame *My Life and Loves*. Sin embargo, Harris consiguió hacerse con 500 francos y se los entregó a Crowley, que no tenía ni para pagarse el billete a París. La Bestia puntualizó en su *Magical Record* que Harris estaba loco y dijo de su *Life and Loves* que era la «autobiografía de una pulga»^[187]. El que antaño fuera distinguido editor de la *Saturday Review* estaba buscando trabajo.

Mi querido Crowley. ¡Amor es la Ley, primero para ti y después para todos aquellos que lo merezcan!... Por primera vez en mi vida, me parece que he perdido el rumbo: me muevo a tientas en la oscuridad, tropezando y haciéndome daño. Me gustaría hacerme corresponsal de algún periódico inglés: conozco Francia y La Riviera mejor que muchos. Si encontraras alguna manera de conseguirme un trabajo de esas características, te estaría infinitamente reconocido.

Después comentó a Crowley que el *Evening Telegram*, periódico de lengua inglesa que se editaba en París, estaba a la venta. Un «hombre de negocios independiente» le había asegurado que estaba dejando un beneficio anual de 120.000 francos. ¡Aquel periódico habría sido una espléndida solución para ambos!

La Bestia se aseguró una habitación en París, al enviar una carta deprecatoria a Monsieur Bourcier, el propietario del Hotel de Blois, en el 50 rue Vavin, pocos números antes de llegar al Boulevard Montparnasse y la Rotonde, que era donde se había alojado antes de la guerra y que consideraba como su «cuartel general» en París:

No me he olvidado de que le debo 2.000 francos, o lo que sea. Mi novela [*The Diary of a Drug Fiend*] ha tenido un tremendo éxito, así que podré pagarle en cuanto comience a cobrar mis derechos. Tenía intención de haberlo hecho en primavera, pero el tiránico ultraje que he sufrido, mientras me hallaba en manos de Mussolini, me ha despojado del último céntimo que tenía, de manera que me he encontrado con la desesperada necesidad de encontrar dinero a cualquier precio. Estoy seguro de que usted lo comprenderá y estará de acuerdo. Mis dificultades se deben, principalmente, a mi leal y apasionado amor hacia Francia y los principios, políticos y éticos, de su gran República.

Da la impresión de que Crowley cambió de parecer con respecto a la buena Francia cuando, en 1938, oyó que el presidente francés y su esposa, M. y Mme.

Lebrun, habían sido invitados a visitar Inglaterra, pues exclamó: «¡Dos gusanos que escapan del cuerpo podrido de su vil país!».

LA PERSECUCIÓN DE LOS THELEMITAS

CUANDO la corriente mágica, al igual que la energía vital del hombre, se agota, precisa de cierto tiempo para recargarse. Crowley, mágicamente hablando, se había quedado a cero, al menos temporalmente. Echado en la cama del Hotel de Blois, pensaba en proyectos irrealizables y analizaba sus sentimientos. Después del trauma de su expulsión de Italia, se había negado a admitir la posibilidad de un fracaso. Estaba en manos de los Jefes Secretos; quizá, sus errores formaban parte de unos planes que iban a conducirlo al triunfo final. Ahora estaba más convencido que nunca de que se encontraba en sus manos; y, obviamente, no estaba en las manos de nadie más, excepto en las suyas propias.

Por primera vez en su vida, había llegado a sentir desesperanza; simplemente, se daba cuenta de la futilidad y la falta de valor de su existencia. «Me parece que ya no me quedan fuerzas ni energía. No hay nada que consiga despertar verdaderamente mi interés más allá de unos pocos minutos... no tengo ninguna esperanza, y aquí radica la cuestión... sólo me siento en forma unos pocos minutos diarios.»

Suplicó a su Santo Ángel de la Guarda que se le llevase y le condujera al lado de los Maestros del Mundo, de los Magos y de los Santos. Se echó en la cama, ataviado con sus ropajes y arsenal mágico, mientras apretaba contra su pecho el *Liber Legis*, en espera de la comparecencia de Aiwass. Y en un memorable pasaje del *Magical Record* aceptó la descripción que de él habían hecho los que le despreciaban. «¿He conseguido hacer algo que valiera la pena, o, por el contrario, no soy más que un individuo frívolo, que existe por una serie de incidentes de uno u otro tipo? ¿Un perdido, un cobarde, un hombre sin valía? No puedo encontrar una respuesta, pues una y otra vez el veredicto es: “Culpable”.»

Invocaba a la muerte para que le librase del fardo de la existencia, pero la llegada de un amigo que le entregó algunos cientos de francos, resucitó su esperanza, por lo que rogó a Aiwass que le diese ánimos: «¡Aiwass! Te invoco. ¡Devuélveme la fuerza, la salud, la energía, el coraje! ¡Haz que mi genio —que eres Tú— se difunda sobre el mundo, Para alabarte y glorificarte eternamente! ¡Aiwass! ¡A Ti, te invoco!».

Mientras tanto, O.P.V. y Alostrael, que habían gastado hasta el último céntimo, junto con el poco crédito que les quedaba, se estaban muriendo literalmente de hambre en Túnez, y pasaban, de crisis de melancolía a otras de rabia, al no recibir respuesta a sus frenéticas llamadas al dirigente. «¿Dónde diablos te metes, so mierda?», escribió Leah. «Ya ves que estoy cayendo en el vicio, ¿y quién no?» Comenzaba a sentirse decepcionada de Aleister Crowley el ser humano, lo opuesto a la Bestia 666, el Logos del Eón; pero aún le quedaba un largo camino por recorrer antes de que su intenso amor se mudase en un inmenso odio. Ella y Mudd ya habían empeñado todo lo que era susceptible de ser empeñado, excepto las sagradas

escrituras de la Bestia y su anillo mágic(k)o. Crowley les envió por telegrama la promesa de una importante suma, al que Mudd sólo pudo responder gracias a que encontró tirada en la calle una postal con franqueo incluido. Se dirigió a la Bestia llamándole Amantísimo Padre, informándole de que no comía desde hacía treinta y seis horas, y que le era completamente indiferente saber cuándo volvería a comer. Las noticias de Crowley llegaban desde París: en una postal informaba a Mudd de que estaba «en la cama con una furcia». Mudd, dadas las circunstancias, no pudo verle la gracia por ninguna parte, y empezó a tener graves dudas acerca de la integridad de Crowley. Temblando de frío, llevó el anillo mágic(k)o al prestamista, y obtuvo por él 84 francos.

Alostrael consiguió llegar a Cefalú para abrazar a Ninette y a los niños, saludando a Murray con la solemne fórmula thelémica del «Haz lo que Quieras será toda la Ley». La situación en que se encontraba O.P. V. era precaria, por lo que ella le envió unos pocos francos antes de que cayese muerto de hambre. Su carta a la Bestia aclara cómo se escapó del hotel Au Souffle du Zéphir sin pagar. Parece ser que la estratagema era obra de Crowley, pero no sabemos exactamente en qué consistió:

Cefalú, Sicilia
14 de enero de 1924

Mi querida Bestia:

Tu plan funcionó, y Eymon (el dueño del hotel) se dejó engañar por mis lágrimas, así que aquí estoy. Cuando llegué a Palermo tenía 17 liras, pero los Palme me dieron de comer, y les pedí prestadas 50 liras para poder irme a casa.

Amatore [su suministrador de drogas] dijo textualmente: «No puedo». Tu carta no le impresionó gran cosa y volvió a repetir lo ya dicho, añadiendo que sólo podía servir [drogas] bajo prescripción de un médico italiano. Nada de heroína. Parecía espantado. Y no pude conseguir que añadiese ni una palabra más.

Mi espíritu está dispuesto, pero yo estoy totalmente agotada.

Murray está escribiendo a máquina el comentario del LXV (*El Libro del corazón rodeado por la serpiente*), y hace demasiado frío para adoptar un *Asana* [postura de yoga]. Por lo demás, los niños están, más o menos, como siempre. Los caminos están muy embarrados. Te sugiero tímidamente que vengas a echarle una mano, ya que no tiene a nadie con quien conversar, exceptuando a Ninette, de quien ha aprendido muchas cosas acerca de Thelema. Vamos a dar comienzo al [ritual del] Pentagrama y yo he sugerido que él podría encargarse de hacer algunas de las ceremonias que había celebrado con Windram.

Nos estamos helando y nuestro presupuesto está en las últimas. Enviamos lo que nos quedaba a O. P.V.

Estoy muy cansada. Te quiero mucho y espero que O. P. V. se encuentre O.K. Le dejé con 30 céntimos y, por supuesto, con los MSS [los manuscritos de Crowley] que no pude llevarme a causa de las prisas. Sólo disponía de media hora para sacarle el dinero a Eymon, hacer las maletas y avisar a O. P. V. de que me iba. Astutamente, había mantenido al margen a este último, para que Eymon pensara que me encontraba sola.

Muchos recuerdos de Shummy [Ninette Shumway], de los Cuatro Grandes [los niños] y de V. L. [Murray].

El dinero que les quedaba, lo que enviaron a Mudd, ascendía a 800 liras: «Espero que lo hayas recibido sin ninguna complicación y que tendrás el suficiente sentido común para abandonar Túnez, aunque sólo sea para irte a París». Ya que Leah era la Mujer Escarlata de la Bestia 666, se consideraba la Madre de Mudd por todo lo que concernía a Thelema, y siempre le estaba dando su parecer acerca de cómo debía comportarse. En esta ocasión, le habló de la necesidad de «poner a Norman Mudd fuera de tu vida, para que no interfiera con tu trabajo, y de negarte a hablar de

Aleister Crowley, el hombre, con nadie, y especialmente, contigo mismo, Norman Mudd». Gracias a las 800 liras de Leah, Mudd consiguió decidirse a abandonar Túnez, como nos lo revela la siguiente carta que le envía Leah: «Me alegra saber que te decidiste a irte. Éste es el momento de la obediencia ciega a tu Padre, la Bestia 666». Yazona este consejo con una máxima del *Liber Legis*: «La razón también es una mentira».

La siguiente carta que Leah, desde la Abadía de Cefalú, le envía a la Bestia, que se halla en París, está fechada el 18 de enero de 1924:

Te envío, junto con ésta, una carta de V. L. [Murray] y otras dos de los niños. En cierto modo, me encuentro muy feliz, aunque no consigo hacer gran cosa. Me canso con mucha facilidad.

Los niños están muy bien, aunque todos ellos tosen. En invierno este lugar es una maldición. No soy capaz de aumentar mi vigor. Durante la pasada noche, el Pentagrama estuvo de primera, lo mismo que Ninette y la invocación a Amón, algo fenomenal. Rogué un poco de silencio después de aquello y tuve la misma escena [visión] de unas hojas livianas y pedunculadas que transportaban unos enormes pájaros.

Tres días más tarde, Leah escribió nuevamente a la Bestia, a la que da el tratamiento de «Grande y Bujarrona Bestia», lo que muestra que su temperamento sereno comenzaba a derrumbarse de nuevo. «Sigue lloviendo a mares, y Sabatini, que es nuestro muchacho errante, no llegó ayer, tal y como esperábamos. Así que nos quedan 5 liras.» La situación que reinaba en la Abadía era mala y fue haciéndose peor, a pesar de las observaciones, un tanto optimistas, de Leah. Sin embargo, uno no puede sino preguntarse qué estaban haciendo todos sus ocupantes sin el abad, aparte de practicar los rituales de la nueva religión de una manera poco metódica. A principios de 1924, la Abadía estaba ocupada por los cuatro niños —Howard, Hansi, Astarté Lulú Panthea y la recién llegada, «la Baronesa», la niña que Ninette había tenido con el propietario de la Abadía— y los tres adultos, Leah, Ninette y Adam Gray Murray, sin mencionar a Arturo Sabatini. Subsistían con lo que podían mendigar o pedir prestado: ya había llegado el invierno, el tejado de la Abadía tenía goteras, y los dos niños varones, demostrando más sentido que sus madres, habían intentado escaparse. «Los niños», escribe Leah a Mudd, el 29 de enero, «sólo esperan a que vengas para irse, y Hansi piensa que tú eres mi “hijo amantísimo”, porque no tienes ninguna otra madre más que yo».

Ninette, en un principio, y Leah, más tarde, se deshicieron en alabanzas con el más que maduro Adam Gray Murray, hermano Virtute et Labore. «Murray es espléndido», escribe Ninette a la Bestia, que sigue en París. «Será un secretario de primera para O. P. V. Antes de su último trabajo era profesor de música, y ya conoces sus problemas. Se halla dedicado por entero a la Orden.» Por supuesto que Crowley ya sabía qué partido podría sacar de Murray. Y, como si Ninette quisiera evitarle una decepción, añade: «Todos los familiares de Murray son pobres».

Esto es lo que Leah escribe acerca de Sabatini: «Dice que es feliz en nuestra Abadía, que le gusta la atmósfera».

El siguiente fragmento es de una carta que Leah envía a Norman Mudd el 23 de

enero de aquel mismo año, 1924, desde Cefalú:

Decir que me sentí contenta al recibir tu carta desde París sería quedarme corta. Los cien dólares que el sábado pasado nos enviara Bill Seabrook los hemos gastado, o poco menos. Hemos pagado la mitad de la renta. Estoy intentando animar a Carlo a que haga algunas reparaciones necesarias que prometió, aunque si cumple su palabra tendremos que entregarle otras 500 liras. El lechero sigue portándose bien con nosotros, ya que por lo menos le debemos 2.000. Por lo general, los comerciantes son muy amistosos y decentes. No debes preocuparte por nosotros —todos estamos muy bien y *no* nos morimos de hambre—. Ya he dejado de preocuparme por todo. No hago nada que no me guste y Shummy [Ninette] y V. L. [Murray] me están malcriando. Hasta Hansi me trata como si fuese una tonta. Arturo Sabatini es nuestro devoto esclavo. Hace cualquier cosa, desde coger a la Baronesa Isabella hasta [echarle] una mano a quien lo necesita.

Desde París, la Bestia pedía a Leah que le enviara heroína; el vendedor de droga de Palermo, Amatore, le permitiría a ella, estaba seguro, acceder a mayores cantidades. Ya vimos antes la manera en que Leah le contestó a Crowley, leyendo su carta fechada el 14 de enero. Todo era cuestión de dinero:

No voy a pedírselo a Arturo, que es un chico delicado. Espero que con un poco de dinero en efectivo y otro poco de tiempo, que sea más que el que invertí en el asunto la última vez, pueda persuadir a Amatore a darme más. Arturo no conoce siquiera la palabra H[eroína].

Te dije por carta que le habíamos enviado lo último que nos quedaba a O. P. V. Cuando regresé a casa me encontré a Ninette y V. L. discutiendo si debían o no pagar la renta con las últimas mil liras que les quedaban. Yo dije: «¡No, por supuesto que no! Debemos enviarle a O. P. V. 800 liras, por lo menos, para sacarle de Túnez». Las otras doscientas se fueron en un santiamén y cuando sólo nos quedaban 5 liras, recibimos los 3 dólares que Alma [la hermana de Leah] enviaba para los críos. Estas 66 liras han durado hasta el sábado pasado, cuando recibí los 100 dólares de Bill Seabrook, a quien escribí en el preciso momento de abandonar Túnez. Como nuestras deudas oscilan entre las 4.000 y 5.000 liras, no sirven de gran ayuda, y mucho menos ahora que Carlo [el propietario] nos acucia con la renta. De momento hemos pagado una pequeña parte de todas nuestras deudas y no nos queda nada de dinero. (Carta fechada el 28 de enero de 1924.)

Éste es el texto de otra carta que Leah envía a la Bestia el 30 de enero de 1924:

No te pongas frenético. La única razón de que estés tan puntilloso conmigo es que yo estoy consagrada a la Ley [de Thelema]. Arturo es una persona querida y siempre se halla al servicio de la familia, como él dice. Y, además, es un amigo fiel.

V. L. sigue dándole a la máquina de escribir, yo creo que demasiado. No es muy rápido escribiendo, pero sí bastante regular. Es un individuo muy entrañable... nos agrada mucho. He pintado el hexagrama azul y rojo en el altar, y queda bonito. ¡Cómo me molesta tener que darme por vencida con la [*Chambre des*] *Cauchemars*! Paso en ella la mayor parte del tiempo —los niños y Lulette la utilizan para escribir—, tomamos té y, algunas veces vienen todos a estar conmigo, al atardecer, cuando ya me he metido en el saco de dormir. Lulette me dijo que tosía como un león. Es una golfilla bonita y con nervio, además de fascinante. Tiene las dotes de persuasión de Shummy [su madre]. Los chicos son unos desarrapados, que parecen pordioseros, pero, dentro de lo que cabe, son felices. Isabella es un trozo de carne, pero parece una niña muy feliz. En esta atmósfera se respira AMOR, aunque, a veces, no pueda sentirlo a causa del ruido que hacen las crías del ganado.

Sí, encuentra pronto un sitio y déjame que me lleve, por lo menos, a Hermes [Howard, el hijo de Ninette]. Necesita estar lejos de Cefalú y de Shummy.

La gran simpatía que Leah sentía por Murray se evaporó. El 11 de mayo de 1924, desde París, escribe a Mudd, que está en Londres, que «V. L. necesita una zurra en el trasero». A fines de ese mismo año, analiza la personalidad de Murray y decide que «se encuentra enfermo, a causa de una inflamación del ego». En enero de 1925,

resumirá sus observaciones acerca de Adam Gray Murray, con estas palabras, cuidadosamente escogidas: «Le clasifico dentro el tipo más vulgar de la especie de los ermitaños».

La siguiente carta que Leah envía a la Bestia está fechada el 5 de febrero de 1924:

En lo relativo a la H[eroína], Shummy no confía lo suficiente en Arturo para encargarle del asunto. Volveré a pensar nuevamente en ello y es posible que lo intente una vez más con Amatore. No obstante, pienso que estarías mejor sin ella. Yo he tenido tus mismos síntomas, aunque a pequeña escala: gran cansancio durante algunos días y después O.K. Haré todo lo que pueda para conseguírte un poco.

Y el 17 de febrero le escribe nuevamente:

Sé un niño bueno e intenta olvidar que necesitas H. Si hay la más pequeña posibilidad de conseguirla, te la haré llegar.

El mismo día envía otra carta a Mudd en la que le dice que «la Bestia parece un poco maltrecho». Sobre todo, lo estaba a causa de la heroína. Pero Leah y el resto de los thelemitas estaban igual que él, lo que explica su desasosiego. Leah intentaba que Mudd fuese a Londres y ella misma a París. Las deudas de la Abadía ascendían a 7.000 libras; y los padres de Arturo le habían dicho que fuera a la escuela. Si se negaba, le echarían de casa.

Otra carta de Leah, escrita en la Abadía en febrero de ese mismo año a una amiga suya a los Estados Unidos, Blanche Conn, quien le había enviado algunos dólares junto con algunos sanos consejos —pero, ¿quién hace caso a los consejos?—, puede resultarnos interesante, ya que ofrece algunos detalles sobre la actitud de Leah y lo que se fraguaba en su interior:

Querida Blanche Conn,

No disponemos de dinero para todos nosotros. El dinero que enviaste fue utilizado por quien más lo necesitaba, es decir, yo, lo que me permitió disfrutar de unas vacaciones... Me fui al desierto y me estuve recuperando durante diez deliciosos días. Gracias a los amorosos cuidados de la Bestia pude recobrar buena parte de mi antigua salud, tanta, de hecho, que le permitió a él abandonarme en Túnez, prácticamente sin un centavo, para dirigirse a París en espera del necesario trabajo, o para entrar en contacto, una vez más, con este mundo.

Nosotros adoramos al Sol como fuente de la luz del mundo. Adoramos a Ra-Hoor-Khuit, el Dios de la Guerra y de la Venganza, que es su portavoz en el tercer capítulo del *Libro de la Ley*, y cuyo profeta es la Bestia 666, comúnmente llamado Aleister Crowley. Pero he de decirte que tu sugerencia de que «debería regresar a casa» me parece una intromisión y una indelicadeza. Y explicas que es para librarme de la esclavitud en que me encuentro. Pues bien, para mí nada hay de eso del «regreso a casa», pues aunque tenga un apartamento, muebles, cristalería, un salario y una excelente casera en la persona de mi madre, no conocí lo que era un hogar hasta que no vine a este lugar. Aquí no tengo posesiones personales —en mi puerta ni siquiera hay cerradura— y personas de todo tipo hablan y pasan temporadas en él, personas con las que no tengo nada en común —y carezco de intimidad, en el sentido habitual de la palabra—, pero soy libre como un pájaro y no soy una libertina.

El hecho de que una posición sea «un refugio» no constituye un punto a su favor. Tú misma sabes que la existencia puede ser un infierno, y que la única razón que uno tiene para aferrarse a ella es que cada vez depende más de las cosas que considera seguras. Así se va desarrollando y alimentando el Miedo a lo Desconocido. Y «el miedo es el fracaso y el forjador del fracaso».

Aunque yo hubiera sido abandonada, rechazada, maltratada, drogada, etc. *ad infinitum*, en este atroz «Pozo Infernal de Adoradores del Diablo» preferiría comenzar de la nada que volver a mi elevado salario de supervisora musical.

Estoy acabando rápidamente mi cura y espero estar lista para la acción en muy corto espacio de tiempo. LA SUERTE SÓLO LLAMA UNA VEZ A NUESTRA PUERTA. ¿Estás dispuesta a abrirle la puerta, o tú misma vas a sumirte en esa maraña que está condicionando tu existencia y que acabará dándote la patada final antes de desaparecer para siempre?

El coraje y la perspicacia de Leah son admirables, pero, después de las calamidades que siguieron, no tardarían en venirse abajo.

Intentó llegar a un acuerdo con los acreedores que tenían prisa en cobrar, y así pudo abandonar la Abadía. Se fue a Roma, y de allí al número 50 de la rue Vavin en París, en donde encontró a su drogado, exhausto y desanimado compañero, la Bestia 666. El 5 de abril escribió a Mudd, que había conseguido llegar a Londres y le acababa de informar de que su situación era «desesperanzadora». La carta comienza con una frase de Crowley: «El hermano O. P. V. debe hacer efectiva, en cuanto pueda, la promesa que hizo pública de que defendería a A. C.». Se trata de una de las típicas observaciones de Crowley. A continuación, Leah le explica a Mudd la mejor manera de defender a Crowley: «666 sugiere que podrías acercarte hasta el *Sunday Express* y apelar a su buena fe, para que reparen por sí mismos el perjuicio que causaron». El 18 de abril, Leah envió a O. P. V. este mensaje de la Bestia: «No he tenido ninguna noticia de Mudd desde hace más de diez días, quizá porque no tiene ni para comprar un sello de correos». Y prosigue: «La Bestia dice: “Tu apariencia de espantapájaros podrá serte de ayuda en tus gestiones con el *Sunday Express*”. Hará caer sobre James Douglas la cólera de Dios cuando te vea medio muerto de hambre y vestido de manera tan desastrada, como resultado de los artículos que él bien sabe que no son sino mentiras».

Como Crowley no buscaba para sí la apariencia de un espantapájaros encargó algunas camisas de seda a Charvet, el camisero parisino, que le había hecho algunas antes de la guerra, cuando disponía del dinero suficiente para gastar en semejantes lujos. Una camisa fue acabada y entregada en la rue Vavin. Ésta es la narración que hace Leah del episodio, escrita el 23 de abril de 1924:

Quando bajaba a la cabina telefónica me encontré con un caballero rubio que había visto el día de mi llegada [al 50 de la rue Vavin]. Mi entumecido cerebro dijo «Pilzer» y se negó a trabajar en otros derroteros. Después, en la conversación, descubrí que se trataba de uno de los empleados de Charvet. Si te escriben envíales una nota y diles que yo (llámame Madame, por si sirve de ayuda) no sabía nada de las circunstancias y que evidentemente, como M. Crowley todavía no se había probado la camisa no podía pagar la factura. Así pues, que no continúen con el resto de las camisas hasta que la número 1 haya recibido el visto bueno, ya que M. Crowley está demasiado enfermo en este momento para probarse más camisas. Espero que no te molesten y siento mucho no haber sido más lista a su debido tiempo.

La Bestia se pasaba todo el día aturdido por las drogas, que eran lo único que le mantenía en pie. Como carecía de la energía y de la oportunidad necesarias para emprender nuevas aventuras, meditaba sobre las antiguas. Encontró una explicación mágica para el fracaso de Cefalú: ya que el número de miembros de la Abadía era tan pequeño, «el porcentaje de ponzoña era demasiado alto para que pudiera convertirse en comida, y habían tenido que vomitarlo».

Lo había intentado todo, y ahora, a los cincuenta años, cuando sólo podía proclamar la Ley de Thelema, se dio cuenta de que lo que realmente necesitaba era un trabajo, uno que se adecuase a su carácter, una conclusión a la que un poeta no

menos extravagante y rebelde, Arthur Rimbaud, había llegado a la edad de diecinueve años.

Ya he muerto demasiadas veces: por un amor juvenil, por coleccionar sellos, por jugar a las cartas, por atesorar primeras ediciones, por hacer vida en sociedad, por sobresalir en el ajedrez, por cazar tigres, por pescar salmones, por jugar al golf, por seducir mujeres, por escalar montañas, por recorrer laberintos helados, por hacer turismo, por detentar el poder. He intentado vivir de muchas formas: la vida del hachís, la del opio, la del alcohol, la del éter, la de la heroína; ninguna de ellas ha entorpecido las restantes...

Pero antes que nada, debía curarse de la adicción a las drogas. Si alguien se preocupara de él, llevándole a Fontainebleau y entregándole los fondos necesarios, entonces podría curarse por sí mismo en cuarenta y ocho horas.

Se quedó dormido y soñó que lo decapitaban. Se puso en pie con la ayuda del éter y bajo la influencia de esta droga se examinó con espíritu crítico. Se atavió con sus joyas mágic(k)as, así como su campana y espada mági(k)cas y su pitillera, se puso el abrigo de pieles y se echó en la cama, mirando fijamente a sus dos seguidores, que finalmente habían conseguido reunirse con él, y poniendo en su conocimiento que «era como un niño desvalido, que debe ser alimentado y atendido, pero de ningún modo asustado o herido». Es improbable que Mudd o Leah le creyeran, puesto que él era un Mago, y, por tanto, sus recursos eran ilimitados.

La fe de la Bestia sólo se mantenía gracias a la convicción de que Frank Harris conseguiría hacerse con el *Evening Telegram* y de que compartiría la dirección con él. Pero no era tan optimista en cuanto a su propio interés en aquel asunto. Esto es lo que Harris le escribió:

Querido Crowley:

Hoy he recibido una breve nota de tu Norman Mudd, en la que me dice que todavía estas esperando la contestación de tu amigo alemán, al tiempo que me pide información acerca del parisino *Evening Telegram*. Como te prometí, no he dejado enfriar el asunto y, antes del 1 de marzo, tendré el dinero prometido, de una u otra fuente. Busca por tu parte lo que puedas y nos uniremos. Si tú puedes conseguir digamos que 300.000 francos, y yo otra suma similar, haremos que el capital del periódico ascienda a un par de millones de francos, y ya veremos lo que se va necesitando cada año. *In fine*, creo que podremos duplicar el dinero, digamos en el mismo año... Hasta siempre, afectuosamente.

Harris, que había seguido a la Bestia hasta París, tenía una patética fe en la habilidad de Crowley para conseguir 300.000 francos. Mientras tanto, le escribía para pedirle que le devolviera, si le era posible, los quinientos francos que le prestó en Niza. Crowley le contestó con una exégesis del crowleyanismo, que le proponía, como un programa alternativo al proyecto de convertirse en editores del parisino *Evening Telegram*:

Querido Frank Harris:

Haz lo que Quieras será toda la Ley. Tu carta acaba de llegar... ¡Tenía miedo de que tu silencio significara que estabas enfadado conmigo por no haberte devuelto esos quinientos francos! ¡Dios mío! ¡Vaya contrariedad para ti! ¡Y vaya tenacidad que pones en el asunto! Los traumas de estos últimos días —¡me echan del hotel a fin de mes y ya no me queda nada que empeñar!— han mejorado mucho mi salud. Hoy he atravesado todo París para buscarte, y media hora después de volver (¡agotado!) he recibido tu carta.

Ayer decidí regresar a Inglaterra en cuanto Mudd reciba dinero, para atacar al *Sunday Express* con mis propias manos.

Discúlpame si te expongo nuevamente la más profunda convicción de mi alma.

Corrupto como soy, de mil maneras, he sido elegido por los «Dioses», «Maestros», «Jefes Secretos», «Guardianes de la Humanidad» (llámalos como quieras, la idea es la misma), para traer a la Tierra la fórmula del Nuevo Eón, la Palabra fundamental que guiará a la Humanidad durante los próximos dos mil años: la Palabra del «Haz lo que Quieras», con todas las implicaciones contenidas en el *Liber Legis* (que me fuera dictado en El Cairo, hace veinte años, por un personaje invisible).

En muchos aspectos he carecido de fe: en particular, he intentado compaginar esta misión con la vida normal de un gentilhombre inglés. Y los Dioses no lo quisieron. Frustraron mis planes con una severidad que fue en aumento, hasta que me he visto obligado, a fuerza de golpes, puñaladas y privaciones, a cumplir su obra de la manera en que ellos querían que fuese cumplida.

A ti te ocurre algo parecido... Debes tomar en serio mi Misión, y prestarme todas tus energías —que entonces serán renovadas, como las del águila— para el asentamiento de la ley de Thelema.

Para decirlo crudamente: el industrialismo-capitalismo se dirige hacia la el abismo. Hasta ahora, la única alternativa la constituye el bolchevismo, que tampoco funciona.

Pero ahora, la Ley de Thelema ofrece una tercera vía. En estos últimos años he estado preparando a algunas personas que serán el Cerebro de la especie humana. Hasta ahora he conseguido interesar a un número de personas de cierta relevancia; y la idea de mi pleito (contra el *Sunday Express*) no es otra que aprovechar la oportunidad que se me brinda para proclamar esta Ley de tal manera que atraiga a todos aquellos que estén dispuestos a largar amarras y abandonar el delirante rebaño, para asumir la condición regia y guiar a la chusma salvaje y desorganizada.

Te aseguro que el mundo se halla preparado para dar este paso. Hasta el corazón de los «triunfadores» suspira por la vaciedad que hay en todas las cosas. Mi pleito me proporcionará la publicidad necesaria; mis intervenciones de apertura y clausura serán *proféticas*: el Anuncio de la Palabra del Señor. A ti te toca hacer uso práctico de la situación, organizar y distribuir... Si lo haces, entonces no habremos vivido en vano.

Por favor, no vayas a pensar que los problemas me han afectado al cerebro. Te envío esta carta por mediación del hermano O. P. V. [Mudd] por lo que puedes pedirle que añada una explicación menos profética.

Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Siempre tuyo, la Bestia 666

(bajo la máscara, grotesca y cansada, de

Aleister Crowley).

En aquellos días, una de las predicciones del Oráculo Chino se reveló sorprendentemente exacta. «Se avecina un gran cambio», había dicho el *Yi King*, y en la mañana del 1 de mayo, después de soñar que él, el Gran Maestro, había tenido éxito al convocar el *Sabbat* de las brujas en la Noche de Walpurgis, junto con su Mujer Escarlata, fue desahuciado sin ninguna ceremonia de sus aposentos del 50 de la rue Vauvin. En *The Confessions*, Crowley menciona al propietario y su señora, Monsieur y Madame Bourcier, con mucho afecto y gratitud (le trataron como a un hijo) y los pone como ejemplo, a causa de sus vidas y de su conducta, a todos los ingleses que no soportan a los franceses. «Bourcier tiene una apariencia terrible... ayer gruñía no se qué cuando se me acercó con la factura que fijaba para su pago una fecha límite» (Carta de Leah a Mudd del 5 de abril de 1924).

«Hemos estado “en la calle”, por hablar de alguna manera, sin el más mínimo equipaje, sólo con una pastilla de jabón», escribe Leah, el 8 de mayo de 1924, a Norman Mudd. «Ayer, después de seis días de visitas a la policía, cónsules y abogados, pudimos rescatar lo más importante del equipaje.» Carecían de dirección fija, puesto que Leah indicó a Mudd que «toda la correspondencia fuera enviada a Edward Alexander Crowley, o a Leah Hirsig, a Lista de Correos, rue Littré, Bureau n.

° 43, París VI, hasta nueva orden». Y añadía un mensaje de Crowley: «Esto dice la Bestia: “Consideras todas mis acciones como si fueran el resultado de bajas acciones, cuando han sido dictadas por el más fantástico y caballeresco espíritu de nobleza que sea posible concebir”».

Dieciséis días más tarde, después de pronunciar una maldición contra el número 50 de la rue Vavin, imaginándose el Hotel en ruinas, aparecieron, casi al mismo tiempo, ya de manera inesperada, su viejo amigo George Cecil Jones, que fuera su introductor en la Golden Dawn, J. W. N. Sullivan y un gentilhomme argentino llamado Alexander Xul Zolar, «que llevaba buscándome algún tiempo, porque me quería como Maestro». Mientras los cuatro estaban sentados alrededor de la mesa de un café, y jugaban por turnos uno con otro al ajedrez, Crowley dibujó un triángulo equilátero con uno de sus vértices orientado hacia el Oeste, y trazando la perpendicular desde dicho vértice a la correspondiente base, les preguntó: «¿No serán éstos los Tres Reyes Magos que han visto mi Estrella en Occidente y han venido a adorarme después de mi nacimiento del 1 de mayo?».

Ciertamente, los tres le habían traído regalos en forma de dinero, alimentos y consejos. «Jones sólo me ha ofrecido cierta información respecto al Gambito de Rey. Le he ganado con facilidad tres veces seguidas. Con anterioridad me había invitado a cenar, pero se negó a adorarme (textualmente).»

No sabía lo que estaba ocurriendo en Cefalú hasta que Mudd le informó de que la Abadía sería embargada, a no ser que pagase inmediatamente todas las deudas atrasadas. Y una carta de Ninette le avisaba de que Alma, la hermana de Leah, había escrito para decir que se acercaría a recoger a su sobrino Hansi. Crowley se apresuró a contestar: «Si Alma llega a Cefalú, no debe ser admitida en la Abadía, ni mucho menos hablar con los niños. No intentéis llegar a ningún trato: echadla rápidamente».

Frustrado y furioso, Crowley se volvió contra Mudd, que atribuía aquel percance al hecho de que la Bestia no había cumplido algunas de las prescripciones del *Liber Legis*: «Debes seguir con el comentario del *Liber Legis*», dijo O. P. V., «y sacrificar animales grandes y pequeños, como ha sido escrito». También instó a la Bestia a que «extrajera» la estela de Ankh-f-n-Khonsu antes de que fuese demasiado tarde. Si Fuller no les ayudaba, entonces deberían hacerlo solos. O. P. V. citó, al respecto, *The Book of the Law*: «Coge la Estela de la Revelación; colócala en tu templo secreto... No se extinguirá, sino que, de día en día, irá recuperando su maravilloso color».

Crowley no tuvo en consideración aquellas instancias, que consideraba, más o menos, como «cuentos de viejas», y volcó su odio sobre su discípulo. Todo lo que Mudd hacía no era, para él, otra cosa que un ataque camuflado; la heroína que, además de la cocaína, le traía el ex profesor de matemáticas, después de su descenso a los infiernos parisinos, formaba parte de un plan diabólico para matarle rápidamente. Omnia Pro Veritate era menos que un molusco, porque, al menos, el molusco tiene forma orgánica. Era, simplemente, una masa líquida de repugnante y detestable podredumbre; y si Alostrael seguía con él era porque ella amaba la

putrefacción y cumplía su papel de Mujer Escarlata. («¡Cuán grande debe ser su copa para contener la abominación de aquel cuajaron de carne corrupta!») La Bestia había agotado su propio stock de abusos, y ahora acudía a Edgar Allan Poe, cuyo relato *El caso de Mr. Valdemar* concluye con la siguiente sentencia: «Encima de la cama, delante de todos, sólo quedaba una masa viscosa de repugnante y detestable putrescencia».

Mudd seguía enamorado de Leah. La invocación efectuada en Túnez a los Señores de la Iniciación para que exorcizasen la pasión que sentía por la Mujer Escarlata no había tenido éxito. Y él seguía queriendo casarse con ella. Escribió a Crowley que casarse con Alostrael era su destino mágico, a lo que Crowley replicó que lo que sí sería una decisión mágica es que encontrase un trabajo de importancia, que ahorrara algún dinero, que a continuación se hiciese un seguro cuantioso y que se suicidase, «para que las profecías pudiesen realizarse».

Pero, a pesar de todos aquellos abusos y menosprecios, Crowley no acababa una página de su diario sin antes añadir una palabra caritativa para con Mudd: «La rueda ya ha dado una vuelta completa. Debemos amar esta putrefacción, e imponerle el principio de la forma, y, por ello el principio de la belleza». Y, por supuesto, uno no debe tomar las críticas que le hace al hermano O. P. V. como un indicio de falta de «gran afecto y respeto».

También le tocó a Alostrael su turno de malos tratos. «A propósito de mi amor por la putrefacción», escribió Crowley, «hay que decir que es la raíz de mi amor por las putas de la peor especie, las negras, Olga la de la nariz rota y demás... hasta llegar a la Décima Impureza. ¡La esquelética Leah!».

Crowley recordó a Mudd su promesa de defender el buen nombre del Maestro. ¿Cuál sería la mejor forma de hacerlo? Como era usual, se lo consultó al *Yi King*. Ya que el *Sunday Express* había sido el responsable del declive y la caída de la Abadía, y que a la Bestia le había sido imposible, ya fuera mediante los medios legales o la magi(k)a, dominar al periódico o a su propietario, Lord Beaverbrook, lo mejor era llegar a alguna solución de compromiso. Mudd debía ir a las oficinas del *Sunday Express* y apelar a la buena fe de Beaverbrook y del editor para reparar el daño que habían hecho. Y no sólo era ésta una buena línea de conducta, sino también una buena magia, puesto que un ataque legal «sólo habría conseguido que adoptaran posturas de desafío». Después de haber vencido al *Sunday Express*, la Bestia podría convertirse en una especie de héroe nacional «interviniendo en la política de los laboristas y en otros asuntos afines».

Después de muchas dilaciones, motivadas por dudas interiores, Mudd preparó, finalmente, una apología titulada *Carta abierta a Lord Beaverbrook*, que llevó a la imprenta inglesa de Herbert Clarke, sita en la rue St. Honoré, de donde salió convertida en un panfleto de quince páginas, que fue enviado a todos los periódicos ingleses de cierta importancia, a las personalidades célebres que se preocupaban por la justicia social, como Bernard Shaw, Bertrand Russell, Emma Goldman, Miguel de

Unamuno (por aquel entonces exilado en París); a los miembros de la Orden, a los amigos, simpatizantes y a Scotland Yard. Sobre la mesa de Mudd se habían acumulado tres mil ejemplares, y sólo falta de tres mil sellos le impidió distribuirlos. Con el opúsculo venía adjunta una carta explicativa:

Querido Arnold Bennett:

Estoy seguro de que usted me recuerda como la persona que solía llevar el anillo más grande que jamás haya visto sobre mano humana alguna. Como podrá ver por lo que le adjunto, he sufrido una persecución atroz, de la que hasta ahora no he podido reponerme. Estoy seguro de que usted me ayudará a obtener una investigación pública de este asunto abominable. Se ha utilizado toda suerte de métodos, indignos de Inglaterra, para acallar cualquier discusión. Parece que lo que principalmente intentan es que me muera de hambre antes de que pueda devolverles el golpe. ¡Por el honor de las letras inglesas, golpeémosles!

Sinceramente suyo,

Aleister Crowley.

Frank Harris, que también había recibido un ejemplar del panfleto, le respondió en tono muy animoso:

Querido Crowley:

No creo que necesite decirte que me gustaría ayudarte, pero prácticamente carezco de influencias. Si Lord Beaverbrook me hubiera difamado tanto como a ti, habría encontrado el ánimo suficiente para buscar, estoy seguro, algún poderoso abogado inglés, que hubiera ido a medias conmigo, y que habría obligado a Su Señoría a pagar, y bien.

No sé lo que has hecho, ni lo que ellos dicen que has hecho; pero hay una manera de obligarles rigurosamente a probar su alegato sin tener que ir a los tribunales. Por lo menos han debido de gastar 10.000 £ en todo este asunto. ¿Por qué no encargas a Mudd que descubra cómo van las cosas? Si yo fuera tú, estudiaría todos los puntos del caso, de una manera desapasionada, y sólo después enviaría a Beaverbrook al infierno. Pero como soy yo, estoy corrigiendo el segundo volumen de *My Life* que nadie quiere, mientras busco un editor inglés para mi libro sobre Oscar Wilde, que me dio algún dinero gracias a su edición americana. ¡Pero a los ingleses, desgraciadamente, no les interesa! Siempre tuyo,

Frank Harris.

La anarquista Emma Goldman, que había recibido igualmente un ejemplar de la *Carta abierta*, escribió a Mudd en los siguientes términos:

Querido Señor:

Me temo que no ha entendido lo que le dije cuando Vd. vino a verme. Le repito que soy demasiado pobre para poder ser de ayuda a nadie en este momento. Ni siquiera puedo prestarme a dar mi nombre a cualquier iniciativa hasta que no me haya recuperado... No puedo creer que se encuentre tan apurado después de haber visto la otra noche a Mr. Crowley en un café [de París] rodeado de sus amigos.

La *Carta abierta a Lord Beaverbrook* es un panfleto aburrido, nada incisivo. El malo resulta ser el editor del *Sunday Express*; Lord Beaverbrook es objeto de súplica, como si fuese alguna Potencia Celestial, ciertamente imparcial, que vela por los asuntos de los hombres, mientras que el papel principal recae en Aleister Crowley, que viene a ser una mezcla del rey Lear de Shakespeare y del Christian de John Bunyan.

Mudd sostenía que los ataques a Crowley en el *Sunday Express* eran un montón de mentiras, y que las afirmaciones de que (a) cuando estaba escaso de dinero para

mantener la Abadía enviaba a las mujeres a las calles de Palermo, y de que (b) había cumplido una condena en la cárcel, cuando estaba en América, por «haberse procurado jovencitas», eran especialmente falsas. Y, en efecto, estaba en lo cierto.

Después de pasar un año en la Abadía muriéndose de hambre, Adam Gray Murray se fue, impulsado por la seguridad de que no iba a conseguir nada dejándose apagar lentamente. Se marchó a Londres para reunirse con Mudd, quien le había encontrado acomodo, durante algún tiempo, en la casa que Gilbert Bayley tenía en el distrito sur. Mudd, sin un penique y sumido en la miseria, iba distribuyendo la *Carta abierta*. La compañía de Murray le hizo ser menos miserable, aunque sí más intratable, pues no tardaron mucho en pelearse. El hermano Virtute et Labore, con su larga barba blanca, que le hacía parecer un venerable sabio chino, había buscado la verdad que te hará libre, y la había encontrado en la doctrina de Thelema; no tuvo el honor de llegar a conocer a la Bestia 666, pero sí hizo el peregrinaje a la Abadía del Haz lo que Quieras. Después de que él y Mudd se separaran, a causa de su enemistad mutua, murió tranquilamente en el hospicio. Crowley siempre consiguió evitar las instituciones públicas, como el asilo o el manicomio. Su poder mágic(k)o le permitía materializar un plato de alimentos, cuando tenía hambre, y una cama, cuando no tenía hogar; sus seguidores no fueron capaces de hacer lo mismo. En el diario mágico de Mudd, y en el espacio dedicado al 19 de noviembre de 1924, aparece pegado el siguiente pase:

N.º 10513

JUNTA DE ASILOS METROPOLITANOS
PARA LOS POBRES SIN HOGAR

Se ruega la admisión de:

NORMAN MUDD

Edad, treinta y cinco años; ocupación, agente literario; color del cabello, castaño; ojos, azules; estatura, 5 pies, 4 pulgadas; lugar de nacimiento, Manchester.

Durante el mes de mayo de 1924 Crowley y Leah fueron a Chellessur-Marne, cerca de París. Se albergaron en una posada que tenía el mismo nombre que la de Fontainebleau, Au Cadran Bleu. La Bestia ya no necesitaba una Abadía. No había sido expulsado de Italia, ni estaba divorciado de su Abadía, inquieto y aburrido, pues el deseo hacia las mujeres seguía impulsándole hacia delante. La espiral de su vida le iba a conducir ahora alternativamente a triunfos y derrotas en Alemania e Inglaterra. Sólo Leah era consciente de la futilidad de la Abadía de Cefalú, con su sexo, sus drogas y sus rituales, pero sin las cosas cotidianas y con escasez de dinero. Como escribiera a la Bestia en febrero de 1924:

Mi nada práctico León Grande, tu incoherente carta acerca de una nueva Abadía me llegó ayer. ¡Por el amor del cielo, no comiences otra nueva Abadía ni nada parecido! Esta acrobacia de Cefalú ha estado bien como experiencia, como si se tratara de un experimento, pero la próxima vez partiremos de bases más firmes.

Como ella misma no tardaría en descubrir, en sus relaciones con la Bestia no habría próxima vez.

La Bestia vagabundeaba a lo largo de las riberas del Marne, escenario de una de las batallas que decidieron el resultado de la Primera Guerra Mundial, e hizo una consulta al *Yi King*. No se encontraba en otro Retiro Mágico, aunque así lo llamase Alostrael, sino simplemente, en un compás de espera. Pasaron tres meses sin que nada turbase su calma, aparte de una apacible discusión con el propietario del Au Cadran Bleu respecto a una mujer de raza negra que había llevado a su habitación. Su diario se había interrumpido, después de un buen comienzo con el siguiente poema, que también puede considerarse una oración:

Aquí, en estas riberas, donde antaño las más crecidas corrientes
que el odio pueda alimentar, se encontraron, refrenándose
y retrocediendo, en una bruma de agonía y sangre,
las perezosas aguas se arremolinaron, verde oscuro y oro,
buscando eternamente el mar eterno.
¡Oh, aguas, que ninguna fuerza del hombre puede detener,
llevad mis pensamientos sobre vuestro suave pecho,
liberad mi espíritu imparcial hacia el camino que le ha sido trazado!
¡Oh, aguas, curad esta dilatada y vana herida,
que la pericia de la medicina no puede sanar!
¡Mi alma, juiciosa nave, navega ociosa
soñando fantasías a lo largo de tus adorables frondas!
¡Para que presto pueda regresar con lanza y espada
y acaudillar una vez más las legiones del Señor!

Crowley tenía la sensación de que ya no tenía nada más que decir, pues ya había dicho y hecho de todo. Lo único que le faltaba era llevar tatuada la Marca de la Bestia en la frente, el pecho y la palma de la mano derecha. También podría cambiar su nombre mediante votación popular por el de «La Bestia 666», pero, tras posteriores consideraciones, rechazó estas medidas por considerarlas «teatrales».

El Demonio de la Tormenta, la personificación que él hacía de los ataques de asma, seguía empujándole hacia las drogas. En un momento de lucidez, dijo que su asma era una *maladie imaginaire*, y en una carta dirigida a Mudd, hace la sorprendente declaración de que la heroína, en lugar de mitigar los síntomas de dolor, ha llegado a producirlos: «Parece que alimentarse de heroína da fuerzas, pero provoca asma, bronquitis y compañía, hasta que he conseguido acumular en mi cuerpo la cantidad suficiente para calmar la primera dolencia; la postración física, por su parte, acaba con la segunda».

Alexander Xul Zolar, que coqueteaba con la nueva religión, fue a hacerles una visita a Chelles. La Bestia le acompañó cordialmente, mientras que el espectáculo de la Mujer Escarlata teniendo una visión a la luz de la luna tuvo un considerable y oculto interés. Leah, en su diario, nos da algunos detalles:

8 de junio de 1924, 11:45 p. m.. 666 habló con Xul hasta Dios sabe cuándo. Cada vez que oía su áspera voz me daba tal angustia que sentía ganas de gritar. Y cuando no era ése el caso, oía el ruido que hacía con

la pajita, mientras sorbía el té.

Pero, finalmente, a las 3:00 a.m. la Bestia se reunió con ella en la cama, dando comienzo a un Opus IV. «Todo fue arreglado con el Opus IV», escribe Leah, y añade: «Me volví totalmente salvaje». El objeto de esta operación era, al menos para Leah, «convertirme en Baba-Ion. Necesito serlo». Xul Zolar o Xul Solar se fue a París; la Bestia le siguió al día siguiente, regresando por la tarde.

A Ninette le gustaba el sexo: como ella misma confesaba, se trataba de su pasatiempo favorito. También era el de Leah. Por eso, cuando carecía de compañero, a veces Leah encontraba sosiego (y actividad mágica) en la masturbación. Su insatisfacción, en relación con la Bestia, iba en aumento, como nos muestra su diario:

11 de junio, 1 p. m. 666 todavía en la cama (hemos comido en ella). He estado en la cama hasta las 10 a.m. Llovizna nuevamente. 666 necesita la zurra de una amante negra que sea robusta.

21 junio. Bestia en París. Me estoy sintiendo «extraña». He holgazaneado todo el día. Muy nerviosa.

Debía de estar sintiendo algo respecto a su Señor y Maestro que la ponía muy nerviosa. Sus sospechas crecían, y su ansiedad iba en aumento:

3 julio, 1:08 a.m. Estoy demasiado concentrada (intentando escuchar si vuelve la Bestia) para ponerme a escribir... y no me atrevo a dormirme. He dejado abierta la ventana. No me atrevo a cerrarla. Tengo miedo. Hace 20 minutos he realizado un Opus VII, me he masturbado.

El Opus VII tenía un objetivo, «el establecimiento de la ley de Thelema... la acción, en otras palabras. ¿Estaré totalmente loca?».

10 julio. Insegura todo el día. 9 p. m. Opus VII. Me he masturbado. (Objetivo) Reverencia a Ra-Hoor-Khuit.

16 julio, 5 p. m. «Quiero conocer el futuro» es la respuesta que la hierba [el hachís] me musitó mientras estaba indagando la causa de mi actual estado de salud. Tomé cuatro unidades en el intervalo de tiempo comprendido entre antes y después de la comida.

19 julio. Sintíendome insegura, he decidido sentirme más insegura.

Crowley regresó a Chelles, a la posada Au Cadran Bleu, pues en las anotaciones que corresponden al día 19 puede leerse lo siguiente: «¡Oh, sí! ¡Lo mejor de todo! ¡666 se comió dos plátanos antes de la comida!».

DOROTHY OLSEN

CUANDO la corriente mágica se encontraba en su punto más bajo apareció súbitamente otra buscadora de la verdad, una dama americana de treinta y dos años cuyo espíritu se sentía impulsado a seguir el Sendero del Mago.

Se trataba de Dorothy Olsen, que había hecho después de la guerra un viaje a Europa. En el verano de 1924 hizo una peregrinación a Chellessur-Marne, y no tardó mucho en ser un miembro más de la alegre familia de los thelemitas.

La Bestia despertó inmediatamente de su languidez, y un día de septiembre, después de que Dorothy entrara en el círculo mágic(k)o, pronunciara el juramento de Neófita de la A.'.A.'. y adoptara el nombre mágico de Astrid, se apresuró a desarzonar a Alostrael —la «mujer que cabalgaba una bestia escarlata»— y huyó con un nuevo jinete montado a horcajadas^[188] en sus ijares. Hubo crujidos y hundimiento de puentes que ardían. Como gesto de devoción hacia los dioses, de los que era profeta, empeñó de nuevo su anillo de oro y rubíes, símbolo de la Gran Bestia. Comentó irónicamente que, aparte de los dólares de la hermana Astrid, sólo le quedaba el cuello duro, la pitillera, la cartera, y la bolsa del tabaco y, con la eficiencia de un vendedor de casas, añadió: «y posiblemente alguna que otra menudencia».

Se encontraba en excelente forma. La hermana Astrid había cambiado el magnetismo de la muerte, que lentamente le estaba estrangulando) por una nueva vida. Hasta el cielo de Chelles había cambiado, a su llegada, a «un notable azul violeta», que nunca había contemplado en Francia, y raramente en las partes más exóticas del mundo. Pidió instrucciones a los Jefes Secretos, que al unísono le instaron a que siguiese adelante, como su Señor de la Guerra.

La Bestia y Dorothy Olsen fueron llevados en un remolino hasta París y Chantilly, al igual que Fausto llega al Brocken^[189], y Alostrael se quedó retorciendo sus largas y delgadas manos, muriéndose de hambre, e invocando la ayuda de Ra-Hoor-Khuit. ¿Pero qué podía haber esperado? Hasta los hombres que no han pronunciado el Juramento de Mago^[190] suelen enamorarse de otras mujeres y abandonar mujer y amante. Cuando, algunos días más tarde, regresaron a París, Crowley visitó a Leah, que también había regresado a la ciudad —«invadido», es la palabra que utilizó para describir esta visita— para decirle que los Jefes Secretos le habían ordenado que pasara el invierno en la costa norteafricana, en compañía de la hermana Astrid, y que debían ir solos...«¡sin impedimenta!». Y no supo cuando volvería a verla de nuevo.

Leah no describe su sobresalto y disgusto al ser dejada a un lado, como resultado del bestial comportamiento típico de la Bestia, del que, en todo el tiempo que llevaban viviendo juntos, ya había tenido suficientes demostraciones. Su diario se hace incoherente: había ocurrido lo que más temía. Sin embargo, Crowley, anotaría,

con su típica insensibilidad, la reacción de Alostrael ante la última voluntad de los dioses: «Leah se ha venido abajo».

Alostrael, abandonada y sola en París (Mudd estaba en Londres), sin dinero, con la salud quebrantada, y en las garras de la drogadicción, se precipitó en el abismo; no el Abismo que conduce desde este valle de lágrimas a la Morada de los Jefes Secretos, sino el abismo de la miseria humana y la angustia espiritual. Ya no era la Mujer Escarlata, cuya aparición, en el templo de la Abadía con una túnica y como en trance, había sobresaltado a Betty May, y cuyos solemnes votos habían sido inscritos en el Registro de la Abadía.

Me dedicaré totalmente, y sin reserva alguna, a la Gran Obra...

Me alzaré en el orgullo.

Seguiré a Ra-Hoor-Khuit en Su camino:

Cumpliré la obra de la perversidad:

Aniquilaré mi corazón:

Seré vulgar y adúltera:

Me cubriré de joyas y ricos vestidos:

Seré desvergonzada ante todos los hombres:

Como signo de sumisión, prostituiré libremente mi cuerpo a la lujuria de todas y cada una de las Criaturas Vivientes que lo deseen.

Reclamo el título de Misterio de los Misterios, BABALON la Grande y el Número 156, y el Vestido de la Mujer de la Fornicación y la Copa de las Abominaciones:

Firmado, Alostrael

Había sido tratada con acupuntura: las agujas que le clavaban en el tórax debían provocarle un colapso pulmonar, y sus ojos, a juzgar por una fotografía de pasaporte pegada en su diario, en el espacio que consigna los sucesos ocurridos uno de los días del mes de septiembre de 1924, relucían con el brillo de la tisis y la lejanía en la mirada de las mujeres desamparadas. Su libro de notas, *El Diario Mágico de Babalon*, narra la historia de la Novia del Caos, como se llamaba a sí misma. Por aquel entonces, tenía cuarenta y un años de edad.

Leah recibió un telegrama de Ninette. Alma había cumplido su amenaza: había llegado a la Abadía y se había llevado consigo a Hansi. Leah parece haberse molestado más porque el cónsul norteamericano en Palermo fuese incapaz de detener a su hermana, que por el hecho de perder a su hijo. Y se desahogó de su rabia impotente en una carta insultante al cónsul, que firmó de la siguiente manera: «Suya en plena posesión de sus facultades mentales, Leah Hirsig». Ninette no estaba de acuerdo con ella: «Ni por un momento he estado preocupada por la suerte de Hansi», y escribe a Leah lo que sigue:

El que se marchara de Cefalú era de una necesidad tan imperiosa que se hallaba fuera de toda discusión: empezaba a sentirse aplastado por el ambiente. Espero que lo que Alma ha dicho, que la mente del niño se ha adaptado rápidamente, sea cierto. Creo que no he dedicado mucho tiempo a los pequeños en lo que a eso se refiere, ya que, a regañadientes, he tenido que seguir vuestras instrucciones, aun sabiendo que no eran nada prácticas. La Bestia siempre me está diciendo que tengo que reparar lo que no anda bien y que tengo que ir a la policía para gestionar una orden [de detención] para Alma. Pero el *Pretore*, a quien he consultado esta mañana, me ha dicho que eso no es asunto de la policía. No hay ninguna ley que

prohíba a una tía llevarse a su sobrino, siempre que sea para su propio bien y que lo mantenga con su propio bolsillo. Ellos no pueden detenerla basándose en esas pruebas, por lo que no será juzgada ni condenada en Italia. La ofensa atañe a principios morales que nada tienen que ver con la ley. Y yo creo que se está convirtiendo en una cuestión personal, una faceta de la lucha que los thelemitas mantienen contra los cristianos. Y creo que, por el momento, no podemos hacer más que tragarnos nuestra ira y esperar a que se nos presente una mejor oportunidad. También creo que Hansi volverá a mí a su debido tiempo. Howard está rezando para que alguien le rapte en seguida.

Hansi fue llevado a Estados Unidos. «Tuve que domarlo como una pequeña bestia salvaje para devolverlo a la vida normal a la que tienen derecho todos los niños», escribió su tía Alma. Y así, el pobre Dioniso fue arrancado del nuevo y espléndido mundo del «Haz lo que Quieras», para ser devuelto al viejo y malo mundo del «Haz lo que te ordenan».

En compañía de un amigo, Leah se arrastraba por un París inundado por la lluvia, después de una infructuosa visita al Consulado de Estados Unidos (los funcionarios no podían o no querían hacer nada respecto a Hansi), desmayándose en la calle antes de llegar al lugar en que vivía. Como no había pagado la renta, habían sacado sus cosas de la habitación, pero la patrona le había puesto una silla en la entrada para que pudiera sentarse.

¿Podría disponer nuevamente de la habitación? La patrona desapareció para consultar con el patrón. La respuesta era que no.

Leah se levantó, pero al momento siguiente se desmayó. Un fragmento de su diario nos deja vislumbrar aquella desgraciada escena.

La patrona había tenido tiempo de recobrar su antigua y acostumbrada actitud. Yo yacía en el suelo, temblando. Y nadie fue capaz de mover otra cosa que la lengua. Se reían de mí... ¡Está enferma! ¡No, drogada! Me dijeron que tenía que irme. Lo intenté y me caí de nuevo. Más burlas... una muchedumbre, y después la policía.

¿No era aquél el castigo anunciado en el *Liber Legis*?

¡Que la Mujer Escarlata esté en guardia! Si la piedad, la compasión y la ternura visitan su alma; si abandona mi obra para jugar con antiguas dulzuras; entonces conocerá mi venganza... la arrojaré a los hombres; como una prostituta temerosa y despreciada se arrastrará por las calles húmedas y sombrías, y morirá de frío y de hambre. (*Liber Legis*, cap. II, v. 43.)

Leah miró desesperadamente a su alrededor: tenía que recuperarse, esa era su primera tarea. Curiosamente, la única realidad que flotaba ante ella, la tabla a la que se agarró en aquel mar de miseria, fue la religión del Hijo Coronado y Conquistador, Horus.

¡Alabanza a Ra-Hoor-Khuit!

¡Babalon se ha levantado, y los hijos del nuevo Eón viven y prosperarán!

Debía vivir. Todavía había que realizar la Gran Obra —la difusión a toda la humanidad de la ley del Haz lo que Quieras— y era su destino balizarla. Mientras

tanto, se sentía atormentada por el silencio de la Bestia, ya que, en cuanto pudo hacerse con su dirección le había escrito para que le enviase dinero, o, al menos, una palabra de esperanza.

Entre las confusas y contradictorias emociones de Leah, es posible distinguir dos líneas de pensamiento respecto a Aleister Crowley: una humana, la otra mágica. En el plano humano, todavía le amaba y no podía decidirse a renunciar a él. Si no podía vivir a su lado, al menos moriría por él.

Como criatura humana que soy, me habría gustado morir entre los brazos de La Bestia 666, que, como puede leerse en el que es mi verdadero diario (el primero, el que comencé el 21 de marzo de 1919), era, y es, mi amante, mi compañero, mi padre, mi hijo y todo lo que la Mujer necesita del Hombre. No escribo esto para el vulgo, por lo que confío firmemente en que mi Hijo Mágico, el hermano O. P. V. [Norman Mudd], conservará y utilizará este diario y los demás documentos escritos por mí con este propósito: como piedra angular que sirva a la Fundación de la Ley de Thelema.

En el plano mágico, en el reino de Thelema, Leah era reacia a reconocer que había aparecido una nueva Mujer Escarlata y que había ocupado su puesto. La Gran Bestia era una persona, mientras que la Mujer Escarlata era una función. Que Crowley, el 22 de julio de 1920, hubiese pronunciado un voto de Santa Obediencia a la Mujer Escarlata, es decir, a ella, era algo que Leah había olvidado o que ignoraba sabiamente. Obediente, Leah doblaba la cabeza y se hacía a un lado dejando paso a su hermana Astrid. «Una palabra respecto a Dorothy. Ella es la Mujer Escarlata, y su éxito, o su fracaso, será muy diferente del de las anteriores Mujeres Escarlata, pues ella es la madre de una nueva raza o dinastía.» Pero en el Café du Dome, donde Leah y Crowley eran muy conocidos, lo único que se decía era que Crowley la había abandonado y se había ido con otra mujer.

Según se iban haciendo los días más cortos, Leah iba de mal en peor. Estaba pensando seriamente en el suicidio y preparaba su última voluntad mágica. «La vieja era del sensacionalismo ha quedado atrás. La Nueva Era tendrá su sensacionalismo, pero estará basado en la Verdad. En la noche del 28 de septiembre de 1924 me decidí a morir. Pero no pude hacerlo porque tenía mucho trabajo por hacer. Es Babalon quien habla. Los thelemitas dispondrán del *Libro de la Ley* y de sus comentarios para que les sirvan de guía. Mi voluntad de morir es mi voluntad de seguir con vida. Después de todo, en ello no hay contradicción.»

Durante la noche del 3 de octubre se despertó, pensando que había oído una voz que gritaba su nombre: «¡Leah! ¡Leah! ¡Leah!». Su nombre había sido pronunciado tres veces, clara y desesperadamente. Ella iba a la deriva, adentrándose, cada vez más, en un mar de muerte. «¡Leah! ¡Leah! ¡Leah!» Pero esta voz no era otra que la de Mudd, quien había regresado a Francia, después de una campaña absolutamente desafortunada en Inglaterra a cuenta de la *Carta abierta*. Estaba completamente enfermo y se hallaba acabado, sólo había podido sobrevivir a costa de defraudar a las patronas, sablear a los pocos amigos y exprimir a sus empobrecidos y desconcertados padres hasta la última libra.

Tu carta y lo que la acompaña [la *Carta abierta*] fue recibida ayer por la tarde [quien escribe es su padre] y tu madre y yo estamos profundamente preocupados y desalentados por todo el asunto. Esperamos que estés seguro de lo que haces, pues los acontecimientos a los que se alude parecen referirse al período en que estuviste ausente del país, cuando te encontrabas a miles de millas de distancia de tu héroe, y por tanto no pudiste conocer perfectamente los hechos. Si aquello en lo que te basas es exclusivamente su palabra, mucho me temo que te estés agarrando a una caña rota. Bien sabes que nunca nos gustó, y que no sentimos la menor simpatía por su causa. Desde tus días en Cambridge, siempre le vimos como tu genio malo, y tenemos un miedo terrible de que llegue a arruinar totalmente tu vida. En lo que se refiere a nuestro futuro, éste, aun en las circunstancias más favorables, no puede extenderse mucho, por lo que considero que su límite no puede estar «muy distante». Lamento tener que alegar nuestra pobreza y por eso nos contenemos de herir tus sentimientos, pero no creo que debas pedirnos que ayudemos hasta el límite de nuestras fuerzas a un héroe y a una causa por los que no sentimos la menor simpatía. Además, creemos que gastar tiempo, dinero y esfuerzo en apoyar o reparar este asunto tan controvertido no tiene sentido. Mamá está profundamente afligida, y no alcanza a ver siquiera un débil resplandor en toda esta tiniebla... te envía un poco de dinero para que lo emplees en ti...

El «espantajo» Mudd, por lo que yo sé, no se acercó a las oficinas del *Sunday Express* a acongojar el corazón de James Douglas, impidiendo, con ello, a los thelemitas una especie de victoria moral sobre sus antagonistas: es muy posible que, ya que sus ropas se le caían, literalmente, a trozos, no hubiera podido pasar de la puerta principal. La Bestia debía tener una fe, bastante patética, en los periodistas de Fleet Street, aunque lo más seguro es que estuviese probando, con la escasa consideración que le era propia, la resistencia de Mudd. En 1946 Crowley me entregó una lista de personas que vivían en Londres, a las que yo debía pedir dinero en su nombre. Así lo hice, pero no tuve éxito: la simple mención de Crowley bastó para que algunas de las personas de la lista prorrumpieran en un grito de rabia o en un acceso de risa histérica.

El hermano O. P. V., desanimado por su falta de dinero y por completo fracaso de su campaña de Inglaterra, regresó a Francia, a vagabundear por las calles de París, en compañía de la ex Mujer Escarlata, la que antes fuera Ramera de las Estrellas, a la que Crowley grabara o dibujara entre los senos la Marca de la Bestia, y le hablaba de las relaciones existentes entre las modernas teorías científicas y la obra más importante de la época, el *Liber Legis*. Era «infeliz de manera casi continua, al pensar sobre todo que la Bestia era infiel al *Liber Legis*^[191]» Ambos discutían los planes que permitirían la reinstauración de la Abadía. Ambos seguían siendo miembros de la Orden y, al fin, habían recibido instrucciones de la Bestia. Debían encontrar un trabajo: Mudd rehabilitaría el buen nombre de Crowley y Alostrael pasaría a máquina *The Confessions*, mientras la Bestia se hallaba en su Gran Retiro Mágico con la hermana Astrid. Aunque, en su desesperación, nada les pareciese más difícil de cumplir, y la obra de difundir la Ley algo irreal —la frase es de Mudd—, la Ley de Thelema seguía siendo lo único que les mantenía con vida.

En el diario de Leah aparecen notas de alegría cuando un amigo le da unos pocos francos, o cuando Nina Hamnett le envía diez chelines. También el profesor Mudd se apuntó algún triunfo al vender cuatro botellas vacías de medicinas por sesenta y cinco

céntimos, con lo que pudo comprarse algunos cigarrillos.

Alostrael comenzó a caer en la actitud que interpreta todas las cosas desde su aspecto simbólico. Las palabras eran realidad. Todo suceso tenía su significado mágico, cualquier cosa que ocurriera era interpretada como un mensaje de los dioses, de la influencia de los planetas, o de las actividades de las fuerzas benignas o malignas. También ella consultaba diariamente el *Yi King* y extraía el significado cabalístico de los nombres. Visiones y sueños eran anotados y analizados. Las contradicciones se resolvían fácilmente y aparecían, misteriosamente, donde antes no las había. En su fría habitación de París, Leah se sentaba en posición de yoga y elevaba al cielo sus oraciones mágicas.

Oh, Dios de la guerra y la Venganza^[192], escúchame a mí, Alostrael; Te invoco para que nos ayudes en Tu Obra.

Sé nuestra energía, nuestra fuerza y el vigor de nuestros brazos, así como Nuit es nuestro refugio, y Hadit nuestra Luz, para que podamos seguir, seguir con Tu Fuerza, y luchar como luchan los hermanos.

Óyeme, Tú, Señor de la Doble Vara del Poder^[193]. En Tu honor tomo este pan de Luz, para que pueda engendrar en mí el deseo, y el poder del deseo.

Óyeme Tú a mí, Oh, Señor del Silencio y la Fuerza^[194]. Indícame Tu Vía, para que pueda seguirte en ella.

Otorga Tu sabiduría a Nuestro Señor la Bestia 666, a quien Nuit ha llamado Su escriba Ankh-f-n-Khonsu, el sacerdote de los príncipes; a quien Hadith saluda como el profeta de Nu, el profeta de Had, el profeta de Ra-Hoor-Khu^[195]; y a quien Tú, ¡Oh, bendito!, has llamado Bestia, para que pueda escribir el Comentario de Tu Triple Libro de la Ley^[196], con Hadit ardiendo en su corazón...

Se le ocurrió un plan. Crowley era el Sol, pero Leah era la Gran Madre. Mudd era el Hijo del Sol, nacido de Crowley. Ella realizaría una ceremonia mágica con O. P. V. En un principio, Leah no sabía exactamente cómo debía celebrar la ceremonia. Mudd comenzó a hablarle de los colores de la bandera thelémica: rojo, blanco y marrón, y no negro. «Porque mezclando rojo y blanco con negro y blanco se pueden reproducir los colores originales rojo y blanco, mientras que el negro queda destruido para siempre, al mezclarse con los otros dos, dando lugar a un tercer color.»

5 de octubre de 1924. Me eché por encima la capa azul para ir al cuarto de baño. Entré y me puse mi vestido de color negro y oro. Me resultó extraño que la prenda íntima que me había puesto, de color blanco, estuviera manchada por la menstruación y por el vino, y que estuviera amarillenta en bastantes zonas (a causa de la diarrea). Comprendí que debía Prepararme para la ceremonia, aunque no supiera cuándo podría realizarse. Estaba un poco preocupada por haberme puesto la capa blanca, ya que sólo en aquel momento comprendí el CCXX-II -versículo 49^[197]. La luz Mágica todavía me deslumbra, pero ya me voy acostumbrando a ella, y creo que tendré tiempo para glorificarme en su maravilla.

De repente, se dio cuenta de la naturaleza de la ceremonia que deseaba realizar: unas Bodas Mágicas. A pesar de los Señores de la Iniciación y de la expresa prohibición de la Bestia, se casaría con el hermano O. P. V.

Antes que nada, había que celebrar un Banquete Nupcial Mágico. Leah llevó a Mudd a un restaurante y encargó té, pan, jamón e higos, que representaban, respectivamente, los colores oro, blanco, rojo y negro. El camarero volvió para decirles que no tenían higos. Éstos les eran absolutamente necesarios, y Leah pidió a

Mudd que saliera a la calle para tratar de encontrar algunos. Regresó con uvas negras, por lo que le tocó salir nuevamente. Al final, después de «mucho, muchísimo tiempo», volvió con cuatro higos, nada más. Para entonces, el té ya estaba frío, pero no tenía importancia.

Mudd no tenía la más ligera idea de lo que se estaba fraguando.

«Entonces procedí a decirle que todo aquello no era otra cosa que el banquete nupcial, porque el Príncipe había encontrado la zapatilla de Cenicienta y pensaba llevársela a su castillo. Y porque Parsifal, habiendo encontrado su lanza, estaba en condiciones de usarla.»

Posiblemente, Mudd sintió gran alegría, pues su aspiración a casarse con Alostrael, la única mujer que había amado, no le había abandonado. Antes de conocer a Alostrael, «siempre había considerado el matrimonio con cualquier mujer algo absurdo y que no me afectaba», escribió en cuanto se le ocurrió por primera vez la idea de casarse con ella.

Cada uno tomó una uva, un sorbo de té frío, una delgada loncha de jamón y un trocito de pan blanco. En cuanto a los higos, que habían sido la causa del retraso, no fueron tocados, porque, de improvisto, le recordaron a Leah la historia de Adán y Eva: cualquier cosa que viniera de la Biblia era para ella algo equivalente a una blasfemia.

Mudd era ahora Parsifal, y Leah le instruyó en el uso de su lanza. Se veía renacida: los mitos y los cuentos de hadas señalaban un nuevo rumbo a sus vidas. Emplearía toda su fuerza creativa en enseñar a su hijo Parsifal el uso de la lanza, para que luchase por la buena causa.

Pero lo primero que había que hacer era enviarle una carta a Ankh-f-n-Khonsu, el sacerdote de Tebas, encarnación de Crowley durante la vigésimo sexta dinastía. Y Parsifal tuvo que salir, una vez más, para echar la carta al correo. Nada sé de su contenido.

Parsifal dedicó mucho tiempo a crear la corriente mágica necesaria para contactar con Ankh-f-n-Khonsu. Leah escribió que le llevó toda una eternidad. Siguieron hablando de magia y mitología, y Alostrael utilizó sus poderes de Gran Madre para fascinar e inspirar a Parsifal. Al final, fueron a la habitación de ella para consumar su matrimonio, «en el que rendimos homenaje a Ra-Hoor-Khuit».

Mudd se quedó sorprendido ante la revelación que le hiciera Leah de que él era Parsifal, y durante breve tiempo se sintió reconfortado y feliz. «Babalon me dio la “fuerza de Babalon”, que disfruté durante unas horas, en la forma de una tranquilidad de mente poco usual, amén de gran serenidad y de una exaltación general de mis energías.»

Opus I. Para la difusión de la nueva civilización. Con un hombre que no se sabe quién es, aunque normalmente se llame Norman Mudd.

Permanecieron juntos durante varias semanas, buscando los medios y las diferentes maneras posibles de enseñar la nueva religión, cumpliendo todas las

órdenes que la Bestia les enviaba desde Túnez, y realizando, con regularidad, los actos de magia sexual que habían llegado a ser parte de la rutina de la Abadía.

EN MANOS DE LOS DIOSES

NINETTE, quien después de la partida de Adam Gray Murray se había quedado en la Abadía, a solas con los pequeños, luchaba por mantenerse animada, a pesar de las dificultades extremadamente penosas que la rodeaban. Por si éstas no fueran suficientes, había que añadir otra más: se había quedado embarazada. El padre del «Maestro Bastardo III», como ella llamaba a su cuarto hijo que estaba por llegar, era ese «delicioso muchacho», Arturo Sabatini. Describió su situación en términos thelémicos: «Me he sentido muy resentida conmigo misma, por quedar otra vez embarazada en contra de mi voluntad, y todavía lo estoy; pero aceptaré al niño, ya que él, al elegirme a mí como madre, no ha hecho sino su verdadera voluntad; y además, haré todo lo posible para darle lo mejor que tenga». Con anterioridad, el 2 de noviembre de 1923, había escrito a Mudd lo siguiente: «Mi plan consiste en irme mañana a Palermo, después del mediodía, con Isabelle [su niña de seis meses de edad] a buscar el material [heroína o cocaína], dejando la casa y los niños al cuidado de Sabatini. Este chico ha sido para mí un regalo del cielo. Es servicial, discreto y sincero».

Se enfrentó con los problemas a los que el hado la había conducido y, en especial, con el más importante de ellos, desconocedora aún del más grave que la aguardaba en un futuro no distante. Si la «doctrina de Thelema» posee algún significado, y todos los thelemitas pensaban que lo tenía y era importantísimo, éste no será sino el de buscar la «verdadera voluntad» de cada uno de nosotros y, después de haberla encontrado, actuar en consecuencia con ella, es decir, comportarse en armonía con uno mismo. Lo que Apolo, por mediación de su oráculo, había dicho, y que había sido inscrito en una piedra de su santuario de Delfos: «Conócete a ti mismo», venía a ser lo mismo. Pero todos los thelemitas, incluida la Bestia, se hallaban lejos de conocerse a sí mismos. La Bestia ni siquiera se paraba a reflexionar; Aiwaz le hizo la observación de que no actuaba con la seriedad requerida, lo que explica la sorpresa de Crowley al ver que las cosas comenzaban a irle mal. La carta que Ninette escribe en la Abadía el 15 de octubre de 1924 y que envía a Leah y a Mudd, da idea de lo que había estado haciendo hasta ese momento:

Mi querida Lala, O. P. V. y los demás,
Haz lo que quieras será toda la Ley.

Lala, tu carta de hoy por la mañana me ha llenado de vergüenza y alegría. Es cierto que estaba muy decepcionada de mí misma y de mi futuro, sabiendo que todo se halla en Manos de los Dioses. No hacía más que enfurruñarme, dar coces y sentir lástima de mí misma, engañándome injustamente. Así no se soluciona nada. Y todo permanece igual. He puesto en práctica todos mis recursos para conseguir dinero, pero sólo he reunido lo justo para ir tirando. Tengo una gran curiosidad por saber hasta dónde podría llegar este pequeño juego si me diera por vencida. En mi última carta enviada a O. P. V. figuraba una lista de las cosas que había vendido; desde entonces me he desprendido de los zapatos de Raoul (26 liras) y de dos pares de zapatos viejos de la Bestia, que se ha llevado Perpina [una lugareña], quien sólo me dio por ellos 5 liras y tres kilos de pan. He ido a ver al barón

[Carlo, el propietario], se lo he explicado todo, y le he pedido tiempo. El sólo ha dicho, «domani»; desde entonces han pasado dos «domanis», y como esta mañana ya no me quedaba nada, he ido a verle, y le he presentado mi súplica. «Imposible, ahora no puedo.» Así que, simplemente, me he quedado un rato, y después más tiempo, hasta que me ha dado diez liras. ¡El muy cerdo estaba furioso y entonces supe que no me iba a dar la botella de vino que le había pedido! ¡No nos habíamos dignado invitarle a cenar cuando nadábamos en la abundancia! Así que le enviaré las 75 liras que conseguí sacarle durante estos difíciles meses. Seguimos vivos y en buen estado... hasta ahora. Para mañana sólo disponemos de dos céntimos y de la comida suficiente para poder pasar el día despreocupadamente. ¿Cuál será la milagrosa procedencia de nuestro próximo cheque? Diariamente consumimos, a crédito, dos litros de leche, que el lechero aún nos fía, ¡qué buen hombre!

La casa [la Abadía] está muy bonita. Durante el invierno nos hemos cambiado de habitaciones. Yo me he ido a la soleada *Cauchemars* [la habitación de la Bestia] y tengo en la habitación de al lado a Mimí y a Lulette. Howard está en la bodega. He convertido la habitación de V. L. en mi vestidor aunque he dejado en ella el escritorio, con todo su «papeleo», fuera del alcance de los pequeños.

Soy la futura madre de un bastardo de buena salud que me propina patadas, y que debiera dar a conocer su sexo, según lo previsto, en el mes de marzo. Espero que esto no asuste a nadie, a pesar del aviso que recibiera en cierta ocasión de que no fuese tan indulgente con mi pasatiempo favorito: prometo tenerlo un poco más en cuenta en posteriores ocasiones.

Le he dado muchos abrazos a Isabella.

P. S.: Sigo sin tener sellos para poder enviaros esta carta. Hoy ha sido el peor día de toda esta crisis. Mi ánimo ha alcanzado una cota de depresión sin precedentes. El tremendo estancamiento y la persistencia de nuestras dificultades me hacen desear tanto un cambio que hasta la prisión sería bien recibida: llevo dos noches de insomnio. Me cuesta trabajo hasta respirar, por lo que tengo que hacer cualquier cosa que me impida pensar en ello, Arturo y yo hemos estado discutiendo tanto que le he echado de la Abadía. Ha demostrado más falsedad e impertinencia de la que puedo aguantar. No pensé que volviera a verle de nuevo: había salido a pasear después del mediodía, y cuando he regresado me lo he encontrado en casa, dando a entender con sus acciones y su mirada que se había «reformado». Había traído provisiones: un poco de café, azúcar, queso, pan francés y queroseno. Santa Claus no lo habría hecho mejor. ¡Dios, qué bien me sentó aquel detalle! Supuso todo un cambio y llegué a sentirme con la vivacidad de un mono, y el muchacho se alegró de nuestro contento. Parecía como si llevara seis meses en una prisión, con sus mejillas hundidas y su cara pálida. Sin poder trabajar, a causa de un divieso que le había salido en la mano derecha, y sin hogar, que había abandonado por completo, los tiempos para él no han sido fáciles.

¿Podéis imaginaros a lo que nos supo aquel café y el pan francés? ¡Llevábamos meses sin probar el café! El pan que mojábamos en la leche se nos había hecho intolerable. Tomé el café con una sensación de reverencia, como si se tratara de Ambrosía enviada por los dioses; y eso era precisamente. En lo referente al queroseno, son las 8:30 y dispongo de luz para poder escribir. Todos estos días me iba a la cama a las seis de la tarde.

Lala, quizás esté loca, pero me siento feliz. ¿Quizá las buenas cosas nunca vengan solas? ¿Y mañana tengamos noticias, dinero, quizá visitas? Mi sangre circula nuevamente y respiro con más facilidad.

¿Qué estás haciendo en París? ¿Vas a venir por aquí? Me gustaría cuidar de ti.

Carlo le dijo a Arturo que estaba cansado de que siempre estuviera pidiendo y que iba a echarme a primeros de enero. No hay duda de que intentará todos los trucos sucios que se le ocurran.

Howard recibió una caja muy grande con ropas de Helen [Fraux], sin ninguna misiva que la acompañara. Ahora está bien provisto para el invierno y puede ir a la escuela, en lo que a ropa se refiere. No sé qué hacer con las más pequeñas.

Lulú me pregunta por qué no la abrazo y la aprieto como tú hacías. A ella le gusta mucho y yo nunca se lo hago.

También le gusta hablar mucho, nunca se para y razona increíblemente bien. Ha aprendido a ir sola al Umbilicus [la guardería] o al cementerio. Jane Hera [apodada «Mimí», de dieciocho meses] tiene problemas con el estómago, la cara pálida, un temperamento infernal y siempre anda malhumorada. También sabe andar sola, como un pato mareado, y se va muy lejos, por lo que no resulta nada divertido traerla de nuevo a casa.

Tengo bien claro que los nuevos bastardos son asunto exclusivamente mío, y nada halagüeño, si uno se pone a pensar. Os envío mi amor, a vosotros y a todos los vuestros cuando los escribáis a Londres.

Ninette a Leah: 9 de noviembre de 1924:

¿Hasta dónde va a llegar esta vez? ¿A dónde nos dirigimos? La Bestia parece estar tan ciego como yo.

Re[cuerda] lo que se ha quedado en la casa. Hay dos cajas grandes que nunca os he enviado por carecer del dinero suficiente para ello. O. P. V. me dijo que se las enviase a Agnel para que las guardase, hasta que él le dijera lo que había que hacer con ellas. En ellas, entre otras cosas, están el Altar de Bronce, la alfombra masónica, las espadas de pega, formularios de Neófito, ya rellenados, que tendría que enviar por correo, pero que no me es posible, y cuadros sin bastidor. También «Leda y el cisne» (que han sufrido terribles mutilaciones a manos de Lulú) y el rostro de un hombre mayor (demasiado grande para caber en una caja).

He metido en estas cajas todo lo que he pensado que era de valor y que se encontraba en la casa.

Prácticamente, todo ha quedado metido. Veréis que dentro hay cosas que no tienen ninguna utilidad, pero que eran necesarias para que las cajas no estuviesen medio llenas. Sólo es cuestión de disponer de 30 liras para enviárselas a Agnel. Si consigo vender la mesita para el té que todavía anda por aquí, podré echarlas al correo. No es cuestión de ir a empeñar las joyas por ellas.

Para complacerte en lo último que me decías recorrí toda la casa, para cerciorarme de si todo había sido empaquetado... Quedaban las obras completas que la Bestia tiene para su uso personal, los ejemplares del *Liber LXI* («el que se entrega a los que quieren ser Neófitos de la A. . A. .»), del *Liber VII* (uno de los Libros Sagrados de Thelema), varios libros de Shakespeare y *La Caza del Snark*. Éstos, que son todo lo que él puede necesitar, los enviaré por correo. Cualquier otra cosa o se ha perdido, o está en las dos cajas antes indicadas.

Ninette a Leah: 17 de noviembre de 1924:

Mimí tiene el estómago bastante mal, y aunque me parece que mejora, todavía no puedo juzgar. Lo único que esto va a conseguir es que la pobre niña se convierta en el ser más aprensivo que jamás haya conocido. No puedes imaginarte los alaridos que daba; los demás estábamos desquiciados. Lulú salió corriendo hacia el Umbilicus en busca de un poco de tranquilidad, y Mimí se quedó dormida, de puro agotamiento. Arturo cuidó de todos nosotros, compartiendo lo que tiene, ayudándonos, en suma. Pero oye poco, tampoco ve mucho y, por si fuera poco, le ha salido un divieso en un pie que le impide caminar.

¿Cuándo te veremos de nuevo? Querrás a Lulú: en cierto modo está muy mayor, y no es consciente de su dulzura, aunque, por lo general, se refiera a ella misma con los términos de «la dulce y pequeña Lulette». ¿Te escribes con Alma [la hermana de Leah] y has conseguido que acepte algunas de tus ideas? ¿Qué ha hecho con Hansi? ¿Le ha enviado a la escuela? Por favor, toma un poco en consideración mi idea de abandonar esta casa a primeros del próximo enero, antes de pagar de nuevo su exorbitante alquiler... Para lo que me queda de embarazo y de estar aquí, creo que debería ir a otro sitio, en la propia Cefalú, que fuese más pequeño. Por favor, dame tu parecer.

Bueno, Hera Jane se acaba de despertar y ya comienza a quejarse nuevamente, tirando todo lo que encuentra dentro de la habitación, rodando por los suelos, chillando como si la despellejaran en vivo. Ciertamente debe de estar mejor. Nunca había visto un temperamento similar en un ser tan joven —sólo el cielo sabe en lo que acabará convirtiéndose— y si sólo fuese cosa de poco tiempo, hasta podría llegar a ser divertido. Una zurra no le hace gran efecto: se agita con la audacia de un espíritu malvado; y no se doblega a nada si no es por la fuerza. Cuando está en un buen momento es de un carácter muy dulce, pero no deja de ser altanera y testaruda y de hallarse dispuesta a sentirse ofendida por la menor cosa. Será tan distinta a nuestra dulce Lulette como sus padres.

Isabella Isis Selene Hécate Artemis Diana Hera Jane, Mimí en diminutivo, tenía un temperamento muy fuerte. Pero todavía no había llegado lo peor.

Otra carta de Ninette a Mudd, sin fecha, pero posterior a las tres que ya se han reseñado, presenta unos caracteres más depresivos. ¿Por qué no cogió la niña y se la llevó? Ninette no era persona que careciese de inteligencia o de fuerza de voluntad. Lo que no tenía era un lugar a donde ir, o conocidos y amistades que pudieran darle abrigo a ella y a los niños. La explicación más plausible es que su amor hacia la Bestia, su filosofía y el extraño mundo en que él se movía exigían todo su ser. Y no había sacrificio que ella no estuviera dispuesta a hacer por su causa. A finales de noviembre de 1924, Mudd le había enviado 450 francos, que al cambio le supusieron 507 liras:

Cuando Marino se enteró, me siguió a la oficina de Correos, con intención de detener el pago si no percibía una parte. Me negué a ello enfurecida, y entonces discutimos. Vino esta mañana a discutir amistosamente, y me vi obligada a claudicar. Se llevó el escritorio de la Bestia, entregándome 50 liras, ya que el resto lo había deducido de la factura. Spallino se llevó la mesita para el té, que valoró en 150 liras de las que se quedó con la mitad, que era a lo que ascendía el importe de la factura que le debía.

Y al final no tuvimos para la carne, los huevos, el té o el café. Todo eso era difícil de conseguir... sólo pude conseguir pan a crédito. Si no vendo nada, mañana no tendré ni carbón de madera ni queroseno. Bestia me dijo que esperase, que iba a recibir dinero en seguida. Creo que debía darle algo a nuestro lechero, no vaya a ser que nos corte por completo el suministro. Nunca hemos sufrido tanta hambre ni nos hemos visto privados de tantas cosas. Howard es el único que está un poco pálido, y por su aspecto parece necesitado de carne roja. Yo me encuentro bien, pero a estas alturas estoy terriblemente harta de lo mal que va todo. Yo supongo que tú andarás mucho peor que nosotros. Tus cartas menudean. ¿No tienes, ni siquiera para un sello, con el que enviarnos una breve nota?

Puedo mantenerme con una libra semanal, si rebajo un poco los gastos, que viene a equivaler a 100 liras. Y lo mismo es aplicable a Mimí. La casa está demasiado fría para que pueda mejorar su estado. No puedo hacer que entre en calor ni siquiera en la cama.

El año nuevo de 1925 llegó rápidamente, y Ninette y los niños seguían en la Abadía. Las posesiones más valiosas de la Bestia, los manuscritos de sus obras y sus pinturas habían sido empaquetados en dos cajas de gran tamaño, tal y como Ninette contase a Leah en su carta del 9 de noviembre de 1924. Por mediación de Agnel fueron enviados a un lugar seguro, posiblemente a Gilbert Bayley, en Londres. Las autoridades aduaneras británicas abrieron las cajas y no les gustó lo que vieron, o quizá les gustó demasiado, pero pensaron que era demasiado bueno para que lo viese el público, como por ejemplo el poema *Leah Sublime*; y si ha llegado a nuestras manos debemos agradecerse al devoto Mudd, que lo copió diligentemente con su letra de estudioso en uno de sus libros de notas. La Aduana confiscó todo el envío.

El 7 de marzo de 1925, Leah, que se hallaba en Sidi Bou Said, en la costa de Túnez, escribe a Mudd, que sigue en Londres:

Esperamos ansiosos que nos comuniques las noticias definitivas de lo que ha pasado en la Aduana. Barron sugiere que vayas a ver al jefe de Aduanas del Ministerio de Comercio. No pierdas tiempo. Da a entender que, aunque parte del material enviado pueda parecer pornográfico al hombre que ha recibido una educación convencional, en realidad no lo es. Recuerda que las Aduanas no podrán retenerlo indefinidamente. A no ser que armes un buen embrollo se dispondrán a destruirlo de inmediato. Envíanos inmediatamente un informe de tu entrevista con el jefe de Aduanas. Si no te resultara satisfactoria, ve al funcionario del Ministerio que está encargado de la documentación del servicio de Aduanas. Habla con su secretario personal y consigue una entrevista.

Es difícil que el muerto de hambre, andrajoso y, por aquel entonces, ya demente, de Norman Mudd, viera al ministro o a su secretario personal y le expusiera su caso; y todo aquel material relacionado con Thelema: escritos, libros, fotografías, periódicos, pinturas, etc... fue, a su debido tiempo, destruido por orden de un oficial de las Aduanas de Su Majestad, que no era consciente de todo aquel acervo de arte, literatura y libertad. Barron, (William George Barron) era un nuevo discípulo.

Ignoro cuándo y en qué circunstancias Ninette abandonó la Abadía del Haz lo que Quieras.

KARL GERMER, EL HOMBRE RICO DE OCCIDENTE

MIENTRAS Leah y Mudd caminaban, exhaustos y melancólicos, por las calles de París, Crowley y Dorothy Olsen proclamaban la Ley y adoraban a Horus bajo la soleada luz norteafricana, en un lugar ideal para pasar las vacaciones invernales. La presencia estimulante de una mujer siempre había tenido un efecto milagroso sobre la salud de Crowley. Estaba encantado con Dorothy. En *The Book of Oaths* («El Libro de los Juramentos») escribió de ella lo siguiente:

Tengo la chica que anhelo,
(un puñal me taladra el corazón;)
sus pérfidos ojos, oblicuos
como los de un pequeño murciélago,
destellan con inescrutables deseos,
resplandecientes hendiduras, que muestran el alma
ardiendo, como un ascua, en el infierno.

Desde Marsella habían zarpado hacia Túnez, y mientras navegaban por el Mediterráneo, la Bestia se hallaba tan eufórico que había redactado sobre la marcha un manifiesto titulado *Al Hombre*, «escrito en mitad del mar Mediterráneo». El manifiesto iba dirigido a los adeptos de la Teosofía, quienes se disponían a anunciar la aparición del Maestro del Mundo, el «Buda futuro», llamado *Maitreya* o «El que ama», en la persona de Jiddu Krishnamurti, adiestrado para este papel desde que fuera adoptado, siendo niño, por Annie Besant y Charles Webster Leadbeater.

En Túnez, Crowley visitó a un orfebre, para que convirtiera su anillo, el distintivo de la Gran Bestia (recuperado en el último momento de la casa de empeño, poco antes de salir de París), en una joya que adornara la frente de su nueva Mujer Escarlata.

Desde Túnez, que queda hacia el interior, Crowley y Dorothy Olsen se dirigieron al antiguo emplazamiento de Cartago, situado más hacia la costa, y después a otra ciudad, Sidi bou Said, en donde se imprimió el manifiesto.

HAZ LO QUE QUIERAS SERÁ TODA LA LEY

Puesto que el Comienzo de mi misión en la Tierra tuvo lugar en el año en que fuera fundada la Sociedad Teosófica^[198], he tomado sobre mis espaldas todos los pecados del mundo, para dar cumplimiento a las Profecías y para que la Humildad pueda dar Otro Paso que la aleje de la Fórmula Mágica de Osiris y la acerque a la de Horus^[199].

Y puesto que mi Hora ha llegado, proclamo mi Ley.

Y la palabra de la Ley es *thelema*.

(etc.)

Aquellos que comprendan pueden informarse escribiendo a:

D. Olsen

Sidi bou Said (Túnez)

No había sido firmado por Crowley, quien en ocasiones como aquélla prefería quedarse entre bastidores.

Estaba muy impresionado por el hecho de haber nacido el mismo año en que había sido fundada la Sociedad Teosófica, en 1875. El único líder espiritual verdaderamente importante que existía en aquellos momentos, a pesar de lo que dijeran o pensaran los teosofistas era Él. Él y solamente Él, era el Maestro del Mundo. Así se explica su débil intento de expulsar a Krishnamurti del Trono de *Maitreya* para ocupar su sitio.

La magia de la Bestia comenzaba a hacer efecto en Dorothy. Al regresar a la habitación del hotel, y mientras se desvestían para acostarse, ella sintió, sin previo aviso, «una presencia, tranquila, enérgica y gentil», pero no pudo identificarla. ¿Era Aiwass, que había venido a bendecir la unión de Crowley con otra Mujer Escarlata, o algún otro Jefe Secreto? Dorothy se puso inmediatamente su joya mágica, mientras Crowley, algo nervioso, hacía sonar la campana mágica, pero la «presencia» no llegó a manifestarse.

Al día siguiente, recorriendo en tren la costa oriental tunecina, llegaron a Sfax, en donde pernoctaron, pues el *Yi King* había dicho de este viaje que: «allí descansaréis, bajo el dosel de la noche». Desde Sfax se dirigieron tierra adentro, a Tozeur y a Nefta, en la región de marjales salinos conocida como «El Chott». Y después, abandonando compartimento y tren, se subieron a unos camellos y se adentraron en el desierto. Se encontraban en el Sáhara, cruzando el Gran Desierto Oriental, donde cincuenta años antes dos exploradores franceses habían sido asesinados por las tribus salvajes de aquella parte del mundo; pero nada desagradable les ocurrió a Crowley y a Dorothy Olsen, aparte de «una invasión mágica de moscas», mientras recorrían las grandes dunas.

Encontraron a un árabe, Abd el Aziz ben Mohammed que, con la típica hospitalidad árabe, les invitó a comer a su casa, a unos seis kilómetros al sur de El Oued. Era un poderoso jefe morabito, y las paredes de su casa se hallaban recubiertas de costosos tapices. Había reconocido en Crowley a un Maestro Secreto. Por esta razón, la Bestia y su Mujer Escarlata fueron tratados a cuerpo de rey. Dieciocho platillos —*hors d'oeuvre*— precedieron a un cordero asado en una pieza, servido en una inmensa bandeja de cobre. «Nos lo comimos todo con gran alegría», escribió Crowley. Más tarde, Abd el Aziz ben Mohammed escoltó a sus huéspedes hasta El Oued.

Al despedirse de él, la Bestia le dio las gracias en nombre de la Orden que tenía el honor de dirigir; aquello constituyó el culmen más agradable y brillante de su viaje de ocho días a través del desierto.

Llegaron hasta Touggourt, en Argelia, que se encuentra al otro lado de aquel tramo del Gran Desierto Oriental, y cogieron el tren que les llevaría al norte, a Biskra, «tan pútrida como siempre había pensado que sería». Sin embargo, la vista del cielo era tan buena en Biskra como en cualquier otra parte del mundo.

En una carta al hermano Virtute et Labore, el venerable Adam Gray Murray, que había discutido con Mudd y que en aquel momento acababa de recibir una patada en el trasero, Crowley dice: «Leah me comunica por telegrama que estás enfermo de hinchazón del Ego. Espero que no. Es la única cosa que consigue sacarte de tus casillas. ¡Ah! si pudieras ver las estrellas como se ven desde aquí y darte cuenta de la Inmensidad de las Cosas, entonces no habría peligro. Tu trabajo es tan importante como el de cualquier otro grano de arena: un solo error y toda la maquinaria se estropea».

El Peregrinaje Mágico estaba llegando a su fin: había durado casi tres meses. La falta de fondos y el hecho de que Dorothy estuviera enferma tuvieron como resultado que la situación tomase tintes menos alegres. La excitación de tener una nueva Mujer Escarlata y el cambio de aires habían mitigado en cierta manera la dependencia que Crowley tenía de las drogas, pero antes de que el Peregrinaje hubiese concluido, había vuelto a recaer en la cocaína y el hachís.

Mientras Crowley y Dorothy se hallaban en el norte de África, comenzaron a ocurrir una serie de sucesos que sólo pueden ser explicados mediante las escrituras, pues parecía que los acontecimientos anunciados se estaban cumpliendo. Así aparecía el Hombre Rico del Oeste, anunciado por el *Liber Legis*.

«Y de Occidente vendrá un hombre rico que derramará sobre ti su oro.»

El primer suceso importante fue que Heinrich Traenker, de Hohenleuben am Weida, ciudad situada en Turingia, conocido en los círculos ocultistas como el hermano Rechartus, tuvo una gran iluminación, durante la cual vio a Aleister Crowley al frente de un grupo de Maestros.

En 1924, Traenker había sido nombrado jefe de la O. T. O. en Alemania, o, para ser más exactos, como consecuencia del desorden existente en los asuntos de la O. T. O. durante los últimos meses de la existencia terrenal de Reuss, Traenker se había visto agradablemente impelido hacia el liderazgo de la elevación de Baphomet a la máxima jerarquía del Santuario Supremo de la Orden. Por eso, el nombre y la fama del hermano Baphomet no le era ajenos.

Pero Reuss (El hermano Merlín) no sólo había sido Gran Maestro de la O. T. O. en Alemania, sino también su Jefe Internacional, por lo cual la plaza estaba ahora vacante. La iluminación del hermano Rechartus en la que veía a Aleister Crowley al frente de un grupo de Maestros sólo significaba una cosa: la premonición de la elevación de Baphomet a la máxima jerarquía del Santuario Supremo de la Orden. Y cito textualmente de un documento de la Orden: «A partir de entonces, Traenker, que tenía el extraordinario don de la iluminación, reconoció implícitamente a Crowley». Se puso en contacto con la Bestia, que mientras tanto acababa de regresar a París y le invitó a una conferencia en Alemania que tendría lugar durante el verano de 1925.

Traenker también llevaba la antorcha de otra asociación oculta, conocida como *Pansophia*. En enero de 1923, un alemán de 37 años, Karl Johannes Germer, vendió las propiedades que tenía en Viena y se estableció en Munich, donde fundó, con Otto

Wilhelm Barth, una pequeña editorial. Y como ambos eran miembros de la *Pansophia* e intentaban atraer a su bando a Traenker, dieron a esta editorial el mismo nombre que tenía su sociedad oculta, o sea, «Pansophia». Traenker se convirtió en el director editorial, Barth atendió a la venta y distribución, y Germer fue el traductor más asiduo de las obras que, originalmente, habían sido escritas en inglés, francés o latín. La primera contribución de Germer a la Pansophia Verlag consistió en proporcionar el papel que permitiría editar los cuatro primeros títulos; el papel de calidad en aquellos años de posguerra, y más aún, en Alemania, alcanzaba precios muy elevados.

Ésta es la lista de los siete primeros libros que iban a ser editados por la Pansophia: *El Templo del rey Salomón* (Crowley); *Liber Eidolon* (Crowley); *Liber DCCCXXXVII* (Crowley); *Entrenamiento de la mente* (no se indicaba el nombre del autor); *Parsifal* (Achad); *Direcciones* (Alan Leo; y la obra de Heinrich Conrad Khunrath, *Amphiteatrum sapientiae aeternae solius verae, Christiano-kabalisticum, divino-magicum...* cuya primera edición se había publicado en 1604, en Hanau.

«Habéis recibido el *Liber Eidolon* desde hace ya bastante tiempo», escribió Germer a Traenker. «Iba a ser el séptimo de la colección, y cuando ya estaba listo para la imprenta, ha sido pospuesto, en el último omento, por *Una estrella a la vista*. Ya habéis visto varias veces el *Anfiteatro* de Khunrath. Y ya son varias las veces que lo hemos discutido, porque su traducción es muy complicada. La he hecho a partir de una edición francesa que, al ser muy defectuosa y llena de confusiones, he tenido que estar comparando continuamente con la obra original, escrita en latín, para poder obtener una traducción en condiciones.»

A finales de 1924, Germer, cada vez más impaciente a causa del lento avance de la Pansophia y de las escasas luces de Traenker, comenzó a pensar en la posibilidad de fundar una nueva editorial dedicada a temas ocultos, en la que Aleister Crowley actuaría como principal fuerza impulsora. Germer no conocía personalmente a Crowley, pero sabía que en el mundo de lo oculto no había nadie que pudiera rivalizar con él en conocimiento y creatividad. Estuvo discutiendo el plan con un ocultista apellidado Werle, a quien Barth quería incorporar al nuevo proyecto editorial.

Durante el mes de junio de 1925, Crowley, Dorothy Olsen, Leah y Mudd se encontraron en París, desde donde se dirigieron a Gera, en Turingia, en espera de una convocatoria de los Magos, los delegados de la Orden que poseían la sabiduría sagrada. Ninette no les acompañaba; o bien se había quedado con los niños en la olvidada Abadía de Cefalú, o, de lo contrario, se encontraba en otro lugar, tras haber sido expulsada de Italia por ser una extranjera que creaba problemas. La finalidad de aquella convocatoria era la elección del Supremo Dirigente de la O. T. O. La Bestia entregó un ejemplar del *Liber Legis* a todos aquellos delegados que tenían algo importante que decir, entre ellos a un tal Max Schneider, que lo tradujo rápidamente al alemán. Los cofrades alemanes y austríacos estaban muy interesados en conocer al

delegado británico, el famoso Maestro Thérion, quien había declarado que la política a seguir «no debía entorpecer, en modo alguno, el trabajo independiente de cualquiera de las secciones, sino más bien animar a la simplificación, la unificación y a la asistencia mutua». Lo que Crowley quería decir con «unificación» era que todos los miembros de las diferentes secciones debían aceptar su doctrina del Haz lo que Quieras. Por su parte, Maestro Thérion estaba ansioso por encontrarse con el hermano Recnartus (Traenker) y, sobre todo, con el hermano Saturnus (Karl Germer), quien había saldado las cuentas más acuciantes que tenía en París además de encargarse de los gastos de viaje de todos los thelemitas.

¿Pero ese interés no obedecería al hecho de que Traenker y Germer habían discutido y de que la Pansophia Verlag había fracasado? Como veremos a continuación, Germer además de reprocharle a Traenker sus fallos, explica lo que subyacía en la convocatoria de Adeptos que tuvo lugar en Gera, a principios del verano de 1925:

Llevabas muchos años acariciando la idea de editar una publicación sin tener que invertir en ella ningún dinero. En enero de 1923 vendí todo lo que tenía en Viena. Entonces te escribí acerca de la cuestión y tú me contestaste pidiéndome dinero para la fundación de la Pansophia. En aquella ocasión yo me hallaba preparado. No invertiste un céntimo en la Pansophia, recibiendo como honorarios cien ejemplares del primer volumen. Barth invirtió algo de dinero y, al menos, pudo recuperarlo. No pusiste nada, pero sacaste, por lo menos, un beneficio de 1.900 marcos. Yo entregué más dinero, sin pedir ni recibir nada a cambio, siendo el único de los tres que nunca ha intentado aprovecharse, del modo que fuere. Tú tienes el vicio de explotar a los demás. A finales de 1924, mi situación se hizo desesperada, a causa de que, sencillamente, no tenía ni para comer. Herr Werle declaró explícitamente que su rigurosa actitud respecto a mí se debía simplemente al hecho de que tú le habías sacado a Barth hasta la última gota de sangre, siendo, en parte, la causa de su quiebra.

Antes siquiera de que me hubiera dirigido a Thérion, tú ya le habías invitado, repetida y persistentemente, muchos meses antes, a charlar contigo y quedarse todo el tiempo que quisiera. Entonces nos enteramos de que Thérion carecía de medios económicos. Discutimos lo que debíamos hacer y cómo debíamos obtener los fondos necesarios. Entonces, yo propuse sacar, provisionalmente, dinero de mi banco y enviártelo. Aunque no exista un contrato escrito entre nosotros al respecto, siempre había quedado bien claro que había sido yo quien había puesto aquel dinero. Y ahora, por primera vez lo niegas. Es una clara ruptura de acuerdos. Según esto, no fui yo, sino tú, quien invitó a Thérion. Él era tu huésped y se comportó como tal. Y ahora te atreves a enviarme una factura de 500 marcos por su hospedaje. En la carta que le enviaste a Thérion el 12 de diciembre de 1924, le invitaste a permanecer con nosotros todo el tiempo que quisiera. Antes de eso, ya le habías invitado por mediación de Achad. Dadas las circunstancias, nadie esperaría que el propio hotel se encargara de pagar su factura. Creo que fue en febrero cuando me enteré, por primera vez, de este asunto de la invitación, con el que nunca tuve nada que ver. Yo sólo actué como traductor de vuestra correspondencia. La primera carta que le escribí personalmente, fue en mayo, inducido por ti, ya que no querías molestarte en hacerlo. Así pues, ten la amabilidad de decirme en qué te basas para pedirme que pague los gastos de Thérion. Y, entonces, explícame cómo pueden llegar a la extraordinaria cifra de 500 marcos. Si son 35 los días que lleva Thérion contigo, y 25 los de su mujer, ¿de dónde sacas 8 marcos diarios por la pensión completa? Aquí, en Aumuehle, por 4,5 marcos diarios se puede encontrar pensión completa con una excelente comida. Y ten la amabilidad de recordar que también me has hecho cubrir cigarros, gastos de representación, avales, los viajes a Gera, etc. Y recuerda que fuiste tú quien propuso que tu casa sería el cuartel general de Thérion, y que todo debía remitirse allí.

Los gastos a los que me he referido son únicamente los estipulados. Los restantes son mucho más elevados; te los presentaré con mucho gusto. Si te niegas a pagarlos será el colmo de tu falta de escrúpulos.

Heinrich Traenker se quedó horrorizado cuando leyó los vibrantes versículos del *Liber Legis*:

¡Maldecidlos! ¡Maldecidlos! ¡Maldecidlos!
Gracias a mi cabeza de halcón, pico los ojos de Jesús,
mientras pende de la cruz.
Bato mis alas ante el rostro de Mahoma, y le dejo ciego.
Con mis garras arranco la carne del hindú,
del budista, del mongol, y de todo aquel que salmodia oraciones^[200].
¡Bahlasti! ¡Ompedha! Escupo en vuestras creencias de crápulas.

Ciertamente, esto no era lo que Traenker había esperado, por lo que condenó el *Liber Legis* por tratarse de una obra escrita bajo «una siniestra y demoníaca posesión». Sin estar totalmente de acuerdo con él, la Bestia adujo que había partes del *Liber Legis* que, incluso para él, resultaban incomprensibles. Afortunadamente para los thelemitas, pocos días después Traenker tuvo otra iluminación y las partes más oscuras y repelentes del libro resultaron claras y en absoluto repelentes. Y proclamó que el libro era una «gloriosa manifestación», y que podía condensar su significado en una palabra: civilización.

Otro de los miembros de la rama alemana de la O.T.O., un tal Albín Grau, también se sintió incómodo por el espíritu anticristiano y amoral de *The Book of the Law*. Teniendo en cuenta que Alemania no tardaría en seguir al mago negro Adolf Hitler, los sentimientos de Herr Grau hacia la biblia del crowleyanismo no carecen de interés:

He conocido demasiado tarde, por desgracia, el contenido del *Liber Legis*, un libro marcado con la triple KEOU. Así pues, para mi espanto, he vislumbrado la futura reconstrucción, tal y como proyecta la A.'.A.'. de un mundo primitivo regido por un orden, que le hace a uno pensar en los más negros días de la Atlántida. Si, a su debido tiempo, hubiese podido conocer estas ideas, Sir Crowley podría estar seguro de que no me habría uncido al carro de la A.'.A...', ni habría sido merecedor de una «patada» por los servicios prestados de buena fe, por muy pobres e ineficaces que puedan parecer a los ojos de Sir Crowley. Los alemanes han recibido, con demasiada frecuencia, esta «patada», sin adquirir por ello, desgraciadamente, mayor sabiduría.

El doctor Henri Birven, profesor de escuela secundaria y editor de la revista *Hain der Isis*, publicada en Berlin-Wittenau, describió a Grau como *un homme sérieux et cultivé que j'ai connu. C'est lui qui fut d'abord le grand-maître de la fameuse loge Fraternitas Saturni* («un hombre serio y cultivado, al que conocí. Fue el primer gran maestro de la famosa logia *Fraternitas Saturni*»). En una carta que le enviara a la Bestia, Grau diría de sí mismo que no era «escritor, sino pintor».

El 21 de junio de 1925, Crowley y Germer se conocieron, por primera vez, en la casa que este último poseía en Weida. Y desde allí, Germer le conduciría hasta la casa de Traenker, en Hohenleuben, una zona residencial que estaba a media hora andando; durante el paseo, Crowley se sintió, de una manera un tanto notable, o más bien misteriosa, como en casa, como si ya hubiera estado anteriormente en aquella región de Alemania, por lo que le dijo a Germer que «recordaba aquella zona de Turingia de una encarnación anterior». Germer se sintió, por ello, muy impresionado.

«Cuando llegamos a su casa», dice Germer, «Traenker no tardó en hacer gala de

sus modales de patán». Quizá Traenker había tenido otro tipo de iluminación acerca de Crowley, quien, junto con Dorothy Olsen, había sido invitado a visitar a los Traenker. «La señora Traenker se encargó de hacer alguna que otra escena: era una mujer chismosa, ordinaria y un tanto zafia, que quería pavonearse ante un visitante extranjero de tanta categoría delante de las demás mujeres, lo que no pasó inadvertido a Aleister Crowley, con quien ya había comenzado a trabajar estrechamente. Por si fuera poco, la comida era de escasa calidad. En una ocasión, los Traenker tuvieron que ir a una reunión que se celebraba fuera del pueblecito, y no dejaron comida ni para un pajarillo y, además, cerraron con llave la despensa.»

El encuentro entre Crowley y Germer fue trascendente para ambos, especialmente para el primero, quien no habría sido gran cosa en los años venideros, si no hubiera sido por Karl Johannes Germer. Germer había nacido en Prusia, era diez años más joven que Crowley, bien parecido, inteligente, casado, sin niños, neurótico a causa de un problema sexual —durante algún tiempo fue paciente en Viena de Alfred Adler— y con una excelente educación, aunque no tenía profesión definida. Gracias a Crowley se dio cuenta de que él también tenía un Santo Ángel de la Guarda, y aprendió que «para hablar con el Ángel, es necesario que uno se comporte consigo mismo como un niño». Y éste era el consejo que daba a los demás.

Sólo vale la pena vivir por algo que tenga importancia, y Germer, el hermano Saturnus, fue consciente de ello, después de oír decir a Crowley que él tenía que vivir para conseguir realizar la Gran Obra: unirse con el infinito, o liberar la «chispa de luz», de naturaleza divina, que se halla encerrada en nuestro propio cuerpo físico.

A Germer no le afectaba gran cosa su problema sexual. Lo menciona en su diario, ya que es usual, según la tradición mágica, que el chela, o discípulo, lleve un diario que, de vez en cuando, entrega a su guru para que éste escriba en él sus comentarios. El guru mantiene inviolados los secretos vergonzosos que revela el diario del chela, y no los utiliza para insultarle o abusar de él. Pero Crowley no se sentía muy obligado a este último punto.

Germer dijo, sencillamente, que se sentía «hipnotizado» por la Bestia. Pero hay más que eso: Crowley era su destino hecho realidad, de la misma forma que lo había sido para Neuburg, Mudd y Leah Hirsig. Había hecho y deshecho, al mismo tiempo, sus vidas. Les había llevado hasta las grandes alturas y, después, les había dejado caer. Nunca podrían reponerse del trauma de haberle conocido.

Crowley tenía la esperanza de que Germer fuera «el Hombre Rico de Occidente» que iba a resolver todos sus problemas financieros. Germer distaba mucho de ser rico, pero, en su trato generoso con Crowley, se comportaba como si le sobrase el dinero.

La Bestia había ido a Alemania con la intención de hacer que las secciones alemana, austríaca y suiza de la O.T.O. se subordinaran a la A.'. A.'. No tardó en descubrir el lado malo del dirigente de la *Pansophia*. Traenker había digerido con dificultad el *Liber Legis*, pero la *Misa Gnóstica* de Crowley se le quedó atascada en el gaznate. En 1925, Germer seguía siendo miembro de la *Pansophia*, pero en el

debate que surgió en la Convención de aquel verano se pasó al bando de Crowley. Los dirigentes de los movimientos ocultos, al igual que los de los movimientos políticos, en particular, los de extrema izquierda, tienen una capacidad maravillosa para discutir sobre las cuestiones que afectan a su doctrina. Grosche (el hermano Gregorius) y Martha Küntzel, al igual que Germer, se pusieron al lado de Crowley. Grau, Hopfer, Birven y otros más, se quedaron con Traenker. Entonces, Grosche tuvo un desagradable altercado con Germer y abandonó el bando de Crowley. Grosche era el dirigente de una sociedad oculta, la *Fraternitas Saturni*, por lo que no se hallaba completamente desamparado. Si el plan de Crowley hubiera tenido éxito, Germer o Grosche, que tenía en Berlín una librería de anticuario, o algo parecido, habrían sido los dirigentes de la sección alemana de la O.T.O., Crowley el de la británica y Achad, que no había asistido a la Convención, el de la americana. La fuerte personalidad de Crowley no sólo polarizó a los delegados en dos campos, los que estaban a favor y en contra de la doctrina de Thelema, sino que destruyó todo el entramado de las distintas logias que dependían de la *Pansophia* de Traenker, así como la Pansophia Verlag. Dos tercios de los miembros de la *Pansophia*, esto es, los que no aceptaron seguir a la Bestia, ingresaron en la *Fraternitas Saturni*, o en alguna otra de las restantes sociedades secretas del mundo germánico, de menor entidad, mientras que el resto, el grupo minoritario, se decidía a acompañar al Maestro Thérion en sus vagabundeos por la Desolación.

Según Martha Küntzel, una conocida ocultista alemana y devota seguidora de Crowley, Traenker había sido instado por su Santo Ángel de la Guarda a lanzar una maldición sobre la Bestia, que pondría en acción «fuerzas horribles y diabólicas». Fräulein Küntzel sugirió en la carta que, el 17 de agosto de 1926, le enviara a Crowley que esas fuerzas diabólicas eran, posiblemente, la causa de la poca fortuna financiera de la Bestia. «¿Recibiste el paquete que contiene tus pantalones, un par de calcetines negros de seda y un chaleco blanco? Te lo envié el día 6, por lo que creo que lo recibirás antes de que abandones Túnez. Lo que te mando es de muy poco valor, pero, dentro de pocos días, podré enviarte algo más. Me siento muy mal por no poder hacer algo que te resulte más práctico, pero estoy totalmente segura de que las cosas mejorarán.» El dinero en metálico que le enviaba Martha eran diez chelines.

En una carta anterior, del 23 de junio, Martha le había escrito lo siguiente:

¿A qué puede atribuirse el hecho de que tu Gran Obra se vea obstaculizada en todo tiempo y lugar? ¿Las fuerzas que se te oponen son lo suficientemente fuertes para impedir el desarrollo espiritual de la humanidad deseado por los dioses? ¡No lo creo! Pero quizá los que te ayudan son pocos y cuando han trabajado algún tiempo se van, porque piensan que ya lo saben todo. ¡Si sólo fuera veinte años más joven! ¡Qué poco puedo hacer a mis años... y en estos terribles tiempos de miseria! No obstante, trabajaré y lo haré mientras el cuerpo aguante. ¡Y aunque tarde diez mil años, lo conseguiré! Con todos mis mejores deseos y mi amor para todos, siempre leal, tu hermanita,

Ich Will Es («Yo lo deseo»)

Martha Küntzel había conocido a Madame Blavatsky y había sido miembro de la

Sociedad Teosófica. En enero de 1922 escribió a Crowley a Cefalú, saludándole como «Querido Gran Hermano», y refiriéndose a Leah como «Lady Crowley»; les daba las gracias por haberle enviado «el maravilloso aceite de rosas». Era una ferviente estudiosa de todos los escritos de Crowley.

Las actas de la Convención que reunió a tantos Adeptos, si es que las hubo, no han sido conservadas, por lo que no podemos saber, exactamente, lo que allí se dijo. Sin embargo, el dirigente de la *Fraternitas Saturni*, el hermano Gregorius o Eugène Grosche (fallecido en 1964) expuso por carta a Martha Kuntzel sus ideas respecto a la cuestión, que no parecen estar muy claras:

Lo que intentamos es favorecer la implantación de la *Fraternitas Saturni* al nivel de Gran Logia, en lo que a Alemania se refiere, según la Ley del Eón de Acuario^[201], con la que estamos de acuerdo. Consideramos que todas las corporaciones existentes, ya sean teosóficas, rosacruces o pansóficas, logias, sociedades e, incluso, la francmasonería, son algo caduco. Por toda su estructura, por sus grados y por su organización, así como por sus métodos patriarcales y sus fundamentos conservadores, sólo nos parecen cosas de valor secundario, puesto que lo que queremos es crear un nuevo espacio y trabajar unidos en él, con un nuevo espíritu. No considero necesario asegurar que para la Gran Logia, el hecho de mantener un contacto activo y espiritual con el Maestro Thérion es algo de gran valor, lo que debo decir, con preocupación, no ha sido posible hasta ahora por imperativos de organización, aunque intentaremos corregirlo en un futuro. La Gran Logia está dispuesta en todo momento a asistir al Maestro Thérion, en palabra y obra, en cualquier cuestión que tenga que ver con el resurgir espiritual de Alemania.

Si éstas fueron las palabras, o las ideas, que Grosche expuso en la Convención, es casi seguro que Crowley debió de dejarlas de lado, de la misma manera que Grosche había hecho con toda sociedad oculta, del pasado y del presente, incluida la *Pansophia* de Traenker; y la Bestia sólo debió de sentir irritación ante la amistosa invitación de la Gran Logia a estar «dispuesta en todo momento a asistir al Maestro Thérion», ya que Grosche estaba enfrentando el Eón de Acuario al de Horus, quien había dado a Crowley la Ley de Thelema. Era la Bestia, y no el hermano Gregorius, quien estaba creando «un nuevo espacio», «trabajando en él con un nuevo espíritu», aunque la mayor parte de los Magos presentes no fueran conscientes de ello. Así pues, no debe sorprendernos que Germer, que se había convertido en el portavoz de Crowley, se enzarzase con Grosche en una violenta discusión y le expulsase del bando crowleyano. La finalidad de la Ley de Thelema, que habla de pisotear a todos los dioses y todas las normas —«no hay más dios que el hombre (Crowley)»—, era algo difícil de percibir allá por los años veinte. El más grande pensador del siglo XIX, Friedrich Nietzsche (fallecido en 1900) fue el primero en ver, gracias a su fina intuición, la sombra que proyectaba el nuevo espíritu, a medida que se iba aproximando; y él lo definió como «la llegada del nihilismo». Iba a adoptar la apariencia del bolchevismo, la amoralidad, el arte que no lo era, las fantasías utópicas y la doctrina del Haz lo que Quieras de Aleister Crowley.

La tensión entre Crowley y Herr Traenker aumentó; por ello, no fue nada sorprendente que Traenker lanzara un ataque, de tipo «astral», contra el hombre del que había esperado tanto y al que había acabado por aborrecer y temer. Germer, que

no lo presencié y que sólo más tarde oiría hablar de él, lo calificó de «extraordinario». La cosa se desarrolló de la siguiente manera: Traenker criaba gallinas en el jardín. Cierta noche, un gallo consiguió saltar la alambrada y, después de un corto vuelo, entró por la ventana de la habitación de Crowley, que estaba abierta, para atacarle; pero la Bestia estaba protegida por una resplandeciente luz azul que le rodeaba, adoptando la forma de un cono invertido. Y si creemos la palabra de Dorothy Olsen, este incidente ocurrió tal y como se ha dicho. Aquello fue lo que colmó el vaso, por lo que Crowley, su Mujer Escarlata, Dorothy, Leah y Mudd se mudaron a casa de Germer, que estaba a tres millas.

Por supuesto que Crowley le devolvió el golpe a Traenker, con su salvajismo de costumbre, propalando algún rumor que le resultara molesto, y si no lo había, inventándolo:

Quando el Solsticio de Verano de 1925, me fui a Alemania, ante la urgente invitación que me había hecho un hombre apellidado Traenker, que se presentaba ante mí con referencias lo suficientemente serias, al menos en apariencia, como para que fuese innecesario comprobarlas inmediatamente. Descubrí que este hombre era totalmente ignaro del lenguaje utilizado por los textos clásicos de la magia y del misticismo. Ni siquiera podía desenvolverse con el latín elemental. Y más tarde me enteré de que, en sus relaciones con otras personas, se comportaba de manera miserable, poco escrupulosa y deshonesto. Le sondeé mágicamente y comprobé que sus pretensiones eran superfluas y ridículas. Su conducta era tan infame que fue necesario dar cuenta de él a la policía. Y si ahora no está entre rejas es porque consiguió escaparse por los pelos.

La Bestia no había dicho su última palabra, como lo demuestra que enviara a Mudd para persuadir a Albín Grau y los demás miembros de la confraternidad de abandonar a Traenker. La carta que Mudd escribió a Grau, cuyo nombre mágico era el de Pactitius («El que pacta») está redactada en el estilo más pío e irónico de Crowley:

Weida, 6 de noviembre de 1925

Querido Herr Grau,
Haz lo que Quieras será toda la Ley.

Acabo de recibir, enviada por el Maestro Thérion, la carta que usted le mandara el 20-10-1925. Me pide que le exponga a Vd. y a los demás miembros de la Orden que residen en Berlín lo esencial de nuestra posición respecto al hermano Recnartus [Traenker] y a ustedes. Sabemos, sin género de dudas, que piensan en él como en su padre espiritual, y simpatizamos, de todo corazón, con el amor y afecto que sienten por él. Pero existe el falso amor y el afecto fingido que intenta colmar las faltas más profundas que envenenan la verdad más elevada de un maestro querido, para quitarles importancia, ocultarlas de la vista o disfrazar su verdadero carácter.

Si un hombre, sabiendo en su fuero interno que un amigo querido sufre los efectos de una plaga cualquiera, se escudara en la amistad y pretendiera, engañándose a sí mismo, a su amigo, o al mundo, que sólo se trataba de un fútil acceso de fiebre, sería un amigo falso y traicionero; y correría el riesgo de convertirse, a los ojos de Dios y de los hombres, en un criminal.

Por esta razón, les ha sido-enviado el Maestro Thérion. Pues era imperativamente necesario que este demonio de deshonestidad —acechando insidiosamente en el corazón del dirigente en Alemania de la Gran Obra— fuese expuesto a la luz del día, para que muriera o, si no, para que perdiese el poder de causar la decepción a otras personas. Sin embargo, pretender que este demonio no sea un enemigo diabólico y mortal, sino una debilidad excusable e inofensiva, no será otra cosa que un despropósito.

Ya han visto todos ustedes lo que pienso de las declaraciones condenatorias de Herr Hopfer y Herr Germer. A no ser que esas acusaciones fuesen totalmente infundadas —no sólo en cuestión de detalles, sino que pudiese comprobarse que eran esencial y radicalmente falsas— sería entonces cierto que el hermano Recnartus lleva

practicando durante años una falsedad deshonesto y traidora que, aunque sea de uso corriente entre la gente vulgar, resulta irremisiblemente fatal para aquellos que han comprometido su vida en la Obra de un dirigente espiritual...

¿Es o no cierto que, antes de que entrase en contacto con el Maestro Thérion, el hermano Rechartus ya había incurrido en el hábito reiterado de evadir su propia contribución en todos los asuntos materiales de sus amigos espirituales, de vampirizarlos, aprovechando su devoción por los asuntos espirituales, y de excusarse, por su vulgar bajeza, al reclamar, franca o solapadamente, que él les estaba dando, a cambio, una inapreciable ayuda espiritual?

Es cierto que el hermano Rechartus no era totalmente consciente de este inveterado pecado.

Hasta que la Liga de la *Pansophia* no haya tomado una posición al respecto, por amor a la verdad, el asunto de la unión del Movimiento de la *Pansophia* con la Obra de Thelema no podrá prosperar.

El colapso de la Pansophia Verlag condujo, rápidamente, a la fundación de una nueva editorial, la Thelema Verlag, que presentaría al público de lengua alemana la obra de Crowley. Quizá la Bestia no se diera cuenta en aquel momento, durante el verano de 1925, de que su promoción, al menos en Alemania, estaba en marcha; pero, de cualquier modo, no tuvo ninguna razón que le permitiera lamentarse de haber perdido a sus seguidores ocultistas de Turingia, pues seguía teniendo a Karl Germer, y jamás hombre alguno tuvo amigo mejor.

Los vastos conocimientos de Crowley, los viajes que había hecho por todo el mundo, su mirada hipnótica, su despótica manera de comportarse y su evidente debilidad, se combinaban entre sí, para dar como resultado un encantamiento que mantenía unidos a los miembros de la fraternidad oculta alemana. En marzo de 1927, cinco investigadores de la sabiduría esotérica aguardaban en la casa que Herr B. Sporn tenía en Zeulenroda para firmar el contrato que permitiría publicar la traducción alemana de las obras de Crowley. Traían dinero, pero si hacía falta más, se encargarían ellos mismos de ir a buscarlo. Sus nombres aparecen en el orden siguiente:

1. Sir Aleister Crowley, París.
2. Gebhardi, Leipzig.
3. Germer, Boston, U.S.A.
4. Hopfer, Weissendorf.
5. Frl. Kuntzel, Leipzig.
6. B. Sporn, Zeulenroda.

La finalidad de la Thelema-Verlag-Gesellschaft, de Leipzig, es la propagación de la Ley de Thelema en Alemania, tal y como ha sido dada por el Maestro Thérion (Sir Aleister Crowley). Con tal propósito, serán publicadas las obras del Maestro Thérion y, además, las de cualquier otro autor que sirva al mismo propósito. Los volúmenes se sucederán uno a otro tan rápido como sea posible.

Los socios 2 y 5 se obligan a traducir estas obras al alemán y a entregar manuscritos que puedan leerse claramente, de manera gratuita.

El socio 3 ya ha traducido una de las obras más voluminosas (777).

La Thelema Verlag sacaría las siguientes traducciones de los libros y artículos de

Crowley:

1. *Buch 4, Mystik.*
2. *Buch 4, Magie.*
3. *Das Herz des Meisters.*
4. *Die Drei Schulen Der Magie.*
5. *Die Wache Welt.*
6. *Die Botschaft Des Meister Thérion.*
7. *Ein Bericht über Die Grosse Weisse Brüderschaft.*
8. *Wissenschaft und Buddhismus.*
9. *Berashith.*
10. *Ein Kommentar zu H.P. Blavatsky's «Stimme der Stille».*

La sección alemana, que en 1925 había pensado que el Maestro Thérion iba a ponerles un poco de orden, da la impresión de no haber sido muy rica en cultura literaria, tal y como revela esta carta que Birven envía a Martha Küntzel:

Tu pregunta respecto al número de obras que conozco del Maestro Thérion puede ser contestada sin ninguna duda: todas. Cuando Barth y Traenker me hablaron de Thérion y de Thelema, le pregunté a Barth si no tendría a mano las obras de Rabelais. Al poco rato andaba buscándoles el capítulo en donde aparece la Abadía de Thelema y el lema «Haz lo que Quieras». ¡Tendrías que haber visto la cara que ponían esos *entendidos* en la obra de Thérion!

Crowley tenía una respuesta para eso, al igual que la tenía para todo.

EL RENACER DE ALOSTRAEL

EN la primavera de 1925, Crowley regresó nuevamente al norte de África en compañía de Dorothy. Y en Túnez, una noche entró en trance. Fue tan intenso que casi se desmayó. El hermano Bar-On (William George Barron), que estaba presente, aportó el testimonio de las múltiples manifestaciones mágicas que ocurrieron al mismo tiempo. Cuando la Bestia regresó de su trance, transcribió la sobrecogedora visión que había contemplado. Fue publicada en 1938^[202], con el título de *The Heart of the Master* («El corazón del Maestro»), siendo su autor Khaled Khan, un pseudónimo de Crowley para la ocasión. Es una obra breve y apocalíptica:

Me despierto del horror. Cada uno de mis nervios está entumecido, cada uno de mis músculos helado, cada uno de mis huesos es un calambre, y mi sangre late, envenenada.

Pero el matadero se encuentra en este momento demasiado oscuro para que alguien consiga verme.

¿Qué? ¿Es posible que, después de todo, la Voz haya dicho la Verdad? ¿Entonces, la Estrella es un Sol cuya luz ha penetrado finalmente las irracionales brumas de la masacre, cuyo calor constriñe a los cuajarones de miasma a fluir hacia el cielo, formando esos fangosos bancos de nubes empañadas de gris?

¡Atiende! Sí, los pocos que aún siguen vivos han visto lo que les obliga a levantar sus inválidos brazos, a mirar con confusos ojos, inyectados en sangre, a balbucir con quijadas rotas y lenguas desgarradas.

«¡Por el amor de Dios!», grita un emasculado jigote de carne, «¡No mires a esa maldita Estrella!»

«Estamos perdidos», chilla otro.

«¡La Bestia!», aúlla un tercer maníaco.

Una carta que Dorothy, por consejo de Crowley, escribió a un amigo de Estados Unidos arroja alguna luz acerca de sus aspiraciones, temperamento y la situación financiera general:

Espero casarme muy pronto y, naturalmente, cuento con la asistencia de mi futuro marido. Desgraciadamente, él no puede hacer nada hasta que haya conseguido concluir algunos acuerdos comerciales muy importantes, y nos encontramos seriamente impedidos al respecto, ya que carecemos de dinero en efectivo; necesitamos por tanto unos mil dólares, y si tú nos proporcionaras esa suma nos harías un gran favor, que te devolveríamos con toda seguridad a finales del verano; he sabido que él [Crowley] ha escrito a un amigo tuyo, pidiéndole que venga, con la esperanza de conseguir que se interese. Hay proyectos importantes que, puedo garantizártelo personalmente, van en serio y están bien fundamentados.

Conozco íntimamente a este caballero desde hace más de nueve meses y puedo asegurarte que cometes el mayor de los errores al tratarlo con desconfianza y sospecha.

Hoy he recibido una carta de un amigo, por la que he sabido que algunas personas, que me consta tienen pocos escrúpulos, han envenenado los ánimos de mis amigos de Nueva York para indisponerlos en contra de nosotros. Tú que me conoces desde hace bastantes años tienes que saber que siempre me he comportado con absoluta decencia y generosidad, y que no me iba a ver envuelta en nada que fuese dudoso.

Las dificultades con las que ahora nos encontramos no son, en absoluto, culpa nuestra, sino que se deben a estas murmuraciones...

Tanta opinión y explicación era algo más propio de Crowley que de Dorothy porque, en realidad, fue la Bestia quien escribió la carta, retocada después por la hermana Astrid. Se habían quedado sin dinero: en el diario mágico de Crowley había bastantes referencias a actos de magia sexual realizados por entonces, con objeto de

«obtener dinero para Astrid».

Los pensamientos de la Bestia volvieron al pasado y tomaron un tinte melancólico, pero pronto los olvidó ante la idea de que ya estaba muerto, por lo cual era absurdo lamentarse de cualquier cosa.

Mientras tanto, Leah, cuya gran fe en *thelema* era incomparablemente mayor que la de Dorothy, se veía obligada a venderse en las calles de París para sobrevivir. Y al mismo tiempo, invocaba a Ra-Hoor-Khuit, pues para ella, incluso en su nuevo papel de prostituta, el sexo debía combinarse siempre con la magi(k)a. Al igual que Mudd, ya no sabía quién era, y comenzó un nuevo diario con el título de «¿Diario de...? conocida en la Tierra como Leah Hirsig». Pero en un momento de esperanza y rebelión, escribió en una postal esta sentencia del *Liber Legis*: «Y a esta mujer llamada la Mujer Escarlata, ha sido dado todo el poder», y después se la envió a la Bestia. Sí, se le había entregado todo el poder, y a quien es Todopoderoso nada puede serle arrebatado: todavía cabalgaba a la Bestia. ¡Babalon se había puesto en pie!

Pero cuando se le pasó aquel momento de exaltación, comprendió que debía romper totalmente con Crowley y seguir su propia vida. Pero no podía hacer todo eso de golpe, pues estaba demasiado identificada con el espíritu demoníaco de la Bestia. Debía ir intentándolo poco a poco y así, penosamente, ir deshabituándose de él. Comenzó por informar a Crowley de que como mejor podría ayudarle sería ahorrándole la molestia de tener que preocuparse materialmente por ella. Con eso sólo transfería a Crowley sus propias ansiedades y su sentido de la decencia, pues no hay nada que permita suponer que él se hubiera sentido preocupado, ni por un momento, ante el pensamiento de dejarla morir de hambre. Por primera vez en seis años separó las pertenencias que le eran propias de las suyas, y le escribió para preguntarle qué quería que hiciera con los libros y documentos que aún le quedaban.

A finales de 1924, Mudd regresó a Londres, y Leah comenzó a escribirle nuevamente. Sus cartas revelan su estado de abandono y la amargura de su alma.

14 de diciembre de 1924. Me estoy recobrando de una depresión que me ha hecho salir de casa precipitadamente, y volver peor de lo que estaba. La noche pasada me fui hasta el Dome, que estaba poblado por todo tipo de gentes respetables: los únicos que me interpararon fueron los que estaban tan borrachos que no veían lo bonita que estaba con mi vestido negro y oro y mi capa teñida de negro para que hiciese juego. Regresé a casa totalmente disgustada y, además, con 20 francos menos, que no tuve más remedio que darle a un estúpido borracho, a quien se los debía desde hacía tres años, para que no fuera a ponerme un pleito. Espero que reviente con ellos, el muy cerdo. También di un beso a otros dos o tres, y muy apasionadamente, lo que disgustó bastante a mis amigos serios. ¿Puedo enterarme de lo que está ocurriendo en Londres?

16 de diciembre. Lo único que me molesta es no poder dedicarme a mis propios asuntos por estar siempre esperando que [la Bestia] me llame, para no tener que perder tiempo en dejar lo que había comenzado y estar lista. Y así no puedo preocuparme por las cosas de cada día y el problema de tener que buscar dinero, u otros asuntos más serios, como conseguir un compañero de magia [sexual] *pro tem*. Tengo que decidirme en serio a hacer algo, dejar de decirme: «¿Para qué sirve hacer cualquier cosa? No me servirá para nada». Es evidente que soy incapaz de crear nada, sino el caos en mi interior. Me fui al Dome la noche pasada, y también el sábado... pero no había nada interesante sino una buena reata de sinvergüenzas. Nina [Hamnett] me preguntó por ti. ¿Puedes entender que no haya visto ni un alma, excepto a Norman Hall (tres breves visitas), V.I. [Ida Crooke] y a ti, en los últimos tres meses? Y he llegado a creer que soy incapaz de establecer ningún lazo con cualquier cosa que se parezca a un ser humano. Tal parece que sea el derrotero de mi vida. Pero ahora todo esto se me agudiza por la sencilla razón de

que no dispongo de lo necesario para seguir al rebaño. Estoy más sola de lo que jamás haya estado mortal alguno. Y encima atada de pies y manos.

6 de enero de 1925. No he recibido una sola noticia tuya desde hace mucho tiempo. También yo he estado demasiado atareada para escribirte, ya que soy la chica para todo de un restaurante pequeño y sucio de Montparnasse... 200 francos al mes y la comida. Mis manos están hinchadas e insensibles de fregar cazuelas y mesas de mármol, pero no he dejado escapar esta ocasión y tres días de preparación (el local todavía no estaba abierto) han bastado para acostumbrarme al agua sucia, que por sí sola bastaría para que dejara el empleo. No he supuesto, ni por un momento, que pueda durarme mucho, ya que la gente chismosa irá a contarle mi historia a la patrona. Con el último correo ha llegado una carta de Astrid, en donde me dice que me enviará algún dinero para que pueda irme a Túnez en cuanto pueda conseguir algo; espero ver hoy a Norman Hall, aunque creo que ha debido irse de París. No podía pagar los 284 francos del alquiler del apartamento, que vence el 15.

20 de enero. Me aconsejaste que conservara «ese empleo» hasta que estuviese segura de poder irme a Túnez. No creo que te imagines lo que es lavar platos, subir carbón y vino de la bodega, pelar patatas y servir diariamente a setenta personas, etc. (por lo general, 13 horas diarias de trabajo). He resistido en él dos semanas, lo que me ha permitido disponer de este apartamento otros tres meses, aunque haya tenido que estar en la cama dos días, a consecuencia del trabajo, así que no volveré. He recibido una carta disparatada de V.I., en la que me dice que se retracta de enviarme los 1.000 francos prometidos, y que, sin duda, seré debidamente socorrida por el «Jefe de los negocios». Y también que el 29 se va a Australia. ¡Ojalá que el barco se vaya a pique! Aunque, probablemente, ella enturbiaría las aguas durante los siglos venideros. Soy importunada por todo el mundo [del Café du Dome], pero no me ocurrirá ninguna desgracia hasta que no le haya pagado al camarero los 15 francos que le adeudo.

Ida Crooke se introdujo en el círculo de los thelemitas, recibió un hombre mágico, cuyas iniciales eran V.I., y después se fue; esto explica la inquina que Leah demuestra hacia ella.

Mejor sería pegarse un tiro que ir al Café du Dome y acabar discutiendo con León Engers. Teed ha resultado ser un *Domita* de lo más regular. Le escribí una larga carta, después de que faltara a dos citas conmigo, ya que la segunda vez vi que pasaba de largo a mi derecha.

León Engers Kennedy pintó un retrato de Crowley, a escala tres cuartos, en actitud de estar meditando, con los ojos cerrados, que sería reproducido a todo color en el número de la revista *The Equinox* conocido como el *Equinoccio Azul* por su color. «El Maestro ha sido pintado durante su Santa meditación. Las llamas del Aura, que corresponden a aquel particular trance, fueron observadas por el artista, que posee el Don de la Visión Verdadera.»

26 de enero. ¡Qué niño tan triste eres! No siendo su madre, no sé exactamente qué hacer con un niño así, excepto abrazarle lo más que pueda. Considérate abrazado y no estés tan triste —por lo menos, hasta la próxima vez—. Le dejé una nota a Kennedy, pero él nunca contesta. Tomaré por asalto su maldito hotel, hasta que se deje ver. He cogido un empleo de friegaplatos y libro a las 2:30 de la madrugada. Esto interrumpe la hora de cenar, ya que entonces tengo que trabajar, lo que resulta un fastidio, pues cuando llego hambrienta ya no queda nada en la casa...

... No me refiero a una paliza, con tal que no sea un verdadero sádico quien la propine. Odio a los sádicos... son gente débil, como, por ejemplo, Bill Seabrook y Nina Hamnett, si te parece.

William Seabrook era bien conocido entre la bohemia de Montparnasse por su costumbre de vapulear a las mujeres, aunque también tenía otros hábitos, ciertamente peculiares.

A comienzos de febrero de 1925, Alostrael compró un billete de tercera para Marsella y, enferma y cansada, se fue a Túnez. Había recibido el aviso esperado

desde hacía tanto tiempo: la hermana Astrid estaba esperando un niño y Leah debía venir para echarle una mano.

Dorothy no se encontraba bien, ni de fuerzas ni de ánimo, por lo que la presencia de Leah sólo sirvió para trastornarla. Sólo las naturalezas más fuertes pueden resistir las tensiones de la magia. El viernes, 24 de abril, a las 11:11 p. m., un Mago bastante enfadado, que estaba acostado en la cama de la habitación de su hotel en Túnez, escribía lo siguiente en su diario mágico:

Un simple trago de ron (que servía de colofón a un buen montón de preocupaciones surgidas durante todo el día) fue suficiente para inducir a Dorothy Olsen a un estado agudamente maniaco. Echado en la cama y abrazado a ella, me quedo adormilado y, de repente, ha comenzado a arañarme la cara sin previo aviso, insultándome, con un torrente de las más sucias incoherencias, a mí y a todo lo relacionado con mi persona. Después del mediodía, y por la tarde, estuvo muy irritada y brusca, con uno o dos asomos de ataque; pero como nadie le hizo caso, no llegaron a más.

Leah, con la apariencia de un espantapájaros asustado, había llegado a Túnez a fines de marzo de 1925. Dorothy había abortado, así que, después de todo, no necesitó a Alostrael.

El 2 de mayo de 1925, Crowley, Dorothy y William George Barron, a quien la Bestia y Leah habían conocido un año antes en París, y que no tardó en convertirse en el compañero de Leah en los ritos de magia sexual, realizados para obtener salud, dinero, éxito, juventud, progreso en la Gran Obra, etc., partieron hacia Francia, dejando a Leah sentada a la máquina de escribir, mientras seguía pasando a limpio nuevos capítulos de la *Autohagiografía* de la Bestia. Esto es lo que, desde Túnez, Leah escribió a Mudd, el 5 de mayo:

Bestia, Astrid [Dorothy] y Barron han salido para Francia el sábado día 2, dejándome con un montón de cosas que pasar a máquina, mientras iban a conseguir un poco de dinero, etc. Cuando recibas esta carta, Barron habrá estado contigo... muy arruinado, me temo. Me ha sido de gran ayuda, pero espero que A.C. te contará más cosas de él: considéralas en lo que valen. Me gustaría estar fuera de esta maldita ciudad. Sólo el cielo sabe lo que les ha ocurrido a Ninette y a los críos.

Antes de que Barron se fuera de Túnez en compañía de la Bestia y de la hermana Astrid, había añadido nuevas alegrías y dificultades a las que ya tenía Leah, al dejarla embarazada. Una nueva Leah Hirsig, que había estado germinando lentamente bajo tierra —una Leah más grande— afloraba a la superficie. «Es la primera vez», escribió, «que habiendo sido abandonada, con o sin trabajo, con o sin dinero, no me encuentro sin saber qué hacer.» En aquella ocasión, no carecía de amigos en Túnez. Por ejemplo, estaba Gérard Aumont, que había traducido al francés *The Diary of a Drug Fiend*. La llevaba al cine y le daba un Poco de dinero. Ella se encontraba menos deprimida y ya no pensaba Ariamente en el suicidio. Por supuesto que había crisis ocasionales, con arrebatos de llanto, pero, en líneas generales, Leah iba progresando en el camino que había de conducirla al encuentro de su propia vida. Sobaba que ella y la Bestia estaban juntos en la cama, pero Leah se levantaba, abandonándole: «Y me fui a mi pequeña cabaña». Su actitud respecto a Crowley se hizo crítica. «Querido

A.C.», llegaría a escribir, y no como antes, «Mi Bienamada Bestia», o «Mi León Grande».

Querido A.C.: no sé si es la enfermedad, la agonía o qué... pero creo que tengo razón al pensar que ha de ser la Fórmula del Hombre Feliz la que hace que seas tan grosero. Hasta el momento no has dicho nada de los distintos manuscritos que te he enviado, pues excepto la carta del 15 de mayo no he tenido noticias tuyas. Y, en especial, el dinero que prometías en ella no ha llegado todavía... No creo, ni por un momento que los Dioses sean responsables de la reanudación de aquel tonto enredó financiero. Está muy bien gritar «¡Prosperidad material!» y derrochar como un asno, pero todo eso no produce sino deudas, y encima tontas. Así que ahora te toca a ti jugar. Leah.

Al final reconocía que su amor por Crowley era una dolencia de la mente de la que debía curarse. Y la llamó «A. C.-itis». Ahora, Crowley sólo era para ella una palabra mágica, el logos de la nueva religión, *thelema*.

«Lo considero, en líneas generales, como una simple palabra», escribió, con cierta ironía, en su diario, «pero resulta endiabladamente duro, cuando uno necesita tener un trato “humano” con lo que parece ser la criatura de la especie más corrupta, tener que considerarla como una Idea.»

Leah le dejó el hombre, Aleister Crowley, a Dorothy, que estaba intentando poner un poco en orden sus asuntos, y que le escribía a su antigua rival en los siguientes términos: «Bestia debe desembarazarse de las antiguas amantes y demás engorros». Pero a juzgar por una referencia aislada, que aparece en una de las cartas de Dorothy Olsen, a un ojo morado, obra de «Bestia», no debió de tener éxito en sus exigencias.

El ojo morado de Dorothy fue objeto de discusión por parte de todos los thelemitas, exceptuando a aquel que había sido su artífice. El asunto aparece reflejado en toda la correspondencia de aquellos días. En marzo de 1925, Dorothy le había escrito a Mudd lo siguiente:

Todavía sigo viva en Túnez, con muchos de los huesos de la cabeza fuera de su sitio. Es algo que no está mal: deja más espacio para el cerebro, y éste puede desarrollarse.

¿Era una manera hiperbólica de decir que la vida con la Bestia había servido para desarrollar sus ideas? Aparentemente no. Dos meses más tarde, el estado de su cráneo había empeorado. «En lo que a mí respecta», escribe a Mudd, «estoy muy mal de salud, bajo el cuidado de tres médicos de París.» Una semana más tarde, Leah, que había sido informada, tanto por Mudd, como por la propia Dorothy, de los problemas sanitarios y financieros de esta última, le escribió: «No puedo saber por lo que me dices en tu última carta, si la operación se debe o no al ojo morado... infórmame acerca de la operación; no permanezcas tanto tiempo sin dar señales de vida y, sobre todo, no te tomes las cosas tan a la tremenda... quizá lo peor aún esté por venir». Finalmente, en otra carta que le envía el 4 de junio de 1925. Leemos que:

Tus tres cartas llegaron a su tiempo. Siento de veras que andes tan mal de salud. No llegué a saber por lo que me decías en tu primera carta si la operación tiene que ver con el ojo morado o con otros problemas. Hazme saber cómo te encuentras. Puedes decirle de mi parte a A. C. que su *post-scriptum* no me

impresiona lo más mínimo. ¿Acaso supone que quiero mil francos para comprarle un sonajero al niño [el que iba a tener de Barron]? Sabiendo que me dejó con 400 francos del dinero de Barron, hace ya cinco semanas, puedo, lógicamente, suponer que necesita saber cuándo estaré necesitada de dinero. Poco importa decírselo por escrito, cosa que he hecho tres veces por semana, a lo largo de tres semanas, para obtener, simplemente, una estúpida promesa, que yo sabía que nunca iba a cumplir, de que enviaría dinero.

El amor y la admiración casi sublimes, que Mudd sintiera hacia su «Amantísimo Padre», se habían convertido, con las últimas circunstancias y dificultades, en una fuente de fastidio para la Bestia. Mudd no podía darle la ayuda que Crowley necesitaba urgentemente. Al contrario, era O.P.V. quien esperaba la ayuda de Crowley o, al menos, que éste pudiera dar algo de paz a su mente. Pero esto resultaba imposible para la Bestia, quien, además, no lo deseaba, como dice a las claras en la carta que, el 13 de junio de 1923, envía a Mudd: «Me pides que te conceda más atención, y la única excusa que se te ocurre es pedir ser azotado». Ahora, cada uno de ellos veía al otro bajo una luz diferente. Las dificultades hicieron que a Mudd se le cayeran las escamas de los ojos, de la misma manera que le sucediera a Leah. «A. C. es un cobarde y un falsario», escribió acerca de Crowley. «Deja a los demás el trabajo sucio.» Pero es tan grande la debilidad humana que, a pesar de todo, Mudd persistió en sus tentativas de reivindicar el buen nombre de Crowley.

A finales de abril, o a primeros de mayo de 1925, nació el hijo de Ninette y de Arturo, y recibió el nombre de Richard. «No veo mucho futuro para este pobre bastardo» le escribió Leah, que seguía en Túnez, a Mudd. «Ninette ha sido amenazada con la expatriación: de lo que no estoy segura es a dónde. ¿Tiene la nacionalidad americana o la francesa? Sin duda, su certificado de nacimiento y su pasaporte estaban en lo que nos secuestró la Aduana. ¡Vaya jugada!» Se trataba de su cuarto hijo, ya tenía dos niños y dos niñas que estaban con ella donde quiera que fuese.

Otra carta, en esta ocasión enviada por Dorothy Olsen desde París a Mudd, fechada el 23 de mayo de 1925, revela la reconciliación que se produjo entre ella y la Bestia, así como la creciente impaciencia que suscitaron Mudd y Murray, con su lucha por mantener viva y dar a conocer la divinidad de Aleister Crowley, a quien el mundo sólo veía, por lo general, como un hombre muy malo. («Este Aleister Crowley no es un hombre, ni siquiera muchos hombres; no es otra cosa, obviamente, que un mito solar», escribió la Bestia, sobre sí misma, en su *Autohagiografía*.).

Me duele muchísimo tener que escribirte estas líneas, pero debemos enfrentarnos a los hechos. Las cosas han tomado, en lo que a mí respecta, y de repente, un cariz desagradable, que me obliga a esperar dos o tres semanas para ver en qué queda todo. En resumen, la situación es la siguiente: A Ninette la están echando de Cefalú y es posible que en este momento ya se haya ido. Alostrael se encuentra en Túnez, sin dinero y bastante mal de salud. Hay muchísimas deudas contraídas en el pasado y que deben ir pagándose poco a poco. Gracias a mis relaciones, las perspectivas son bastante buenas, pero si la Bestia y yo no hacemos más que recibir S.O.S. de todos los rincones del mundo, ¿cómo vamos a conseguir entrar en contacto con la gente de París y dar el gran golpe? Vamos, literalmente, cubiertos de harapos, y a menos que nos veamos libres de todas esas preocupaciones y de las cartas llenas de angustia que nos llegan desde todas las latitudes del globo, acabaremos por fracasar. Y siempre que he podido conseguir algunos dólares para ir tirando, he recibido alguna mala noticia que ha hecho que me derrumbe. Por consiguiente, no puedo

hacer nada a derechas. Me hago perfectamente cargo de tu situación, que es la de Murray, pero debo decirte que la carta que me escribís tú y Murray me suena mucho a grosería cuartelaria. Debéis tener más sensibilidad y paciencia y resistir todo lo que podáis. Resulta bastante desagradable recibir vuestras cartas, sobre todo si se las compara con las de Ninette. Si no nos dais más que una oportunidad a medias, no podremos seros de gran ayuda.

La historia de Leah Hirsig toca a su fin. A partir de entonces no sigue con su diario mágico, y Crowley tampoco la menciona en el suyo. Tenía treinta y cinco años cuando conoció a la Bestia. Lo que en una ocasión le dijo Crowley puede darnos una idea acerca del estado en que se encontraba por aquel entonces: «Das siempre la impresión de que te vas a echar a llorar». El comentario de Leah fue el siguiente: «Siempre me he sentido así durante... toda mi vida».

Una carta de Mudd, desde Weida, fechada el 3 de noviembre de 1925, y enviada a Martha Küntzel, que sigue en Leipzig, nos da algunos detalles sobre la difícil situación en la que se encontraban, por aquel tiempo, los dos discípulos más devotos de Crowley:

Que yo pueda ir o no a Leipzig —incluso en una visita de corta duración, lo que me gustaría sobremedida— es algo totalmente incierto. Depende de lo que 666 quiera que haga respecto a determinados asuntos. Pero Saturnus [Germer] podrá acercarse hasta Leipzig antes del 16 de noviembre, aunque sólo sea para ver que Leah se encuentra bien. Creo que debería recordar que está fuera de toda discusión que ella permanezca aquí durante la venta de la casa. De hecho, se encuentra ahora muy empobrecida, sin poder trabajar y, además, está un poco preocupada porque piensa que nos distrae de nuestras ocupaciones. Su alejamiento del mundo deberá continuar hasta finales de noviembre, y debemos hacer todo lo posible para asegurarnos de que las cosas están en su sitio, y de que todo se desarrollará con normalidad. Saturnus y yo pensamos (y yo creo que ella también está de acuerdo) que, en cuanto le sea posible, debe abandonar Weida y dirigirse a Leipzig para preparar el viaje, que no es un asunto nada fácil. Ya te avisaremos. Una vez que esté en Leipzig, si no te importa, queremos que te ocupes de ella en general, aconsejándole, por ejemplo, un buen lugar donde quedarse hasta que dé a luz. Creo que eso hará que te sientas feliz. Leah, como sin duda habrás adivinado, es uno de los más importantes engranajes de la Gran Obra. Su salud siempre ha sido delicada y aunque se encuentre en buena forma, nunca deja de ser nerviosa. Cualquier percance se convierte para ella en una terrible contrariedad. Puedo decirte, con toda franqueza, que la salud de Leah es lo único de la presente situación que, por mucho que lo intente, no deja de preocuparme.

El niño nació, por fin, y supuso para Leah algo de alegría; le llamó Al, la palabra clave del *Liber Legis*, que es uno de los nombres hebreos de Dios, y por ello, muy apropiada para un niño. Pero aquella historia no tuvo un final feliz. William George Barron, el padre de la criatura, no sólo no se casó con Leah, sino que desapareció, yéndose al Oriente, ante la indiferencia de Leah, a quien él no parece haberle gustado nunca demasiado.

Ella seguía contando, no obstante, con el fidelísimo Norman Mudd, en cuyo diario se recoge que Leah había roto el corazón de su madre. Los dos vivieron juntos, algún tiempo, con los miembros de la rama alemana de la O.T.O.

Durante los dos años que siguieron, Leah encontró la ocasión de escribir a Crowley algunas cartas, escasas y áridas, sobre cuestiones referentes al *Liber Legis* y al destino de la humanidad; pero, finalmente, Crowley, que desconfiaba de sus

intenciones, promulgó desde su hotel de París una encíclica que la condenaba como fuente de pestilencia, instando a todos los miembros de la Orden a destruir, sin haberlas leído, todas las comunicaciones que hubiesen sido escritas por ella.

¿Qué había hecho esta vez? En el Comentario al *Liber Legis* se dice que «está prohibido el estudio de este libro... los que discutan su contenido deberán ser rehuidos por todos...».

Así pues, ésta era la acusación oficial: Leah Hirsig, antigua Mujer Escarlata de la Bestia 666, había discutido y estudiado el *Liber Legis*. La denuncia era incontrovertible: ambos lo habían discutido y estudiado durante años. Sin embargo, la Bestia le ofreció un medio de expiación: debía procurarle «las pruebas pertinentes para acusar a Norman Mudd de felonía». Según Crowley, O.P.V. le había robado algunos libros. (¿Acaso había alguien a quien no llamase ladrón?)

Mudd, que se moría de hambre, odiado y despreciado por Crowley por motivos que escapan a la razón, había vendido algunos ejemplares de *The Scented Garden of Abdullah the Satirist of Shiraz* y algunas colecciones de *The Equinox* para procurar fondos a su Maestro, y había cogido para sí parte de lo obtenido, con intención de proseguir la Gran Obra.

Pero Leah no quiso dejar a su único compañero y amigo a merced de la Bestia. Así pues, envió a Crowley una circular impresa y firmada en la que renunciaba a su papel de Mujer Escarlata.

La fe de Mudd sufrió una transformación inesperada. La llegada del Nuevo Eón seguía siendo algo cierto, pero no se trataba del Eón del Hijo Coronado y Conquistador, es decir Horus, puesto que Crowley era un Falso Profeta. Él se había confundido al adorar a la Bestia, ya que debía haberse adorado a sí mismo. Y comenzó a proclamar que él, nadie lo diría, *Omnia Pro Veritate*, era el Maestro del Mundo al que la humanidad esperaba. Pero sólo consiguió irritar en tal grado a su anfitriona, Martha Küntzel, que ésta, después de llamarle saboteador, le echó a la calle.

Hay un último documento, el más extraño de los escritos thelémicos, la última palabra de Leah Hirsig a Aleister Crowley, que fue enviado desde España, con fecha de 6 de septiembre de 1930, y que está escrito con la pulcra caligrafía de Norman Mudd. Está dirigido a «E.A. Crowley Esq.», y comienza con el tratamiento de «Estimado Sr.», acabando con un «Suya afectísima» firmado por «Leah Hirsig». No apalee en él el saludo thelémico de «Haz lo que Quieras será toda la Ley», ni el corolario de «Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad»; pues en esta carta no hay ley, ni mucho menos amor: es el acto final en el que se despoja de Crowley y de su credo; pero no resulta convincente: todavía sigue poseída por «el demonio crowleyano», pues su sombra corre en pos de ella, y también en pos de Mudd:

En varios momentos de mis anteriores relaciones con usted, y actuando en parte bajo su inspiración, contraí diversos juramentos u obligaciones similares.

Le comunico que todas las promesas que antaño le hiciera personalmente a Vd. —sean llamadas o descritas como *juramentos*, *votos*, *obligaciones*, *empeños*, o de cualquier otra forma— ya sean garantizadas por mi firma, mi palabra hablada o por otro medio; todos los pactos, estatutos e instrumentos del tipo que sean, que puedan dar a entender que usted posee algún derecho formal sobre mí, han prescrito desde este momento, y en lo que a mí concierne.

Defino el símbolo X para indicar una determinada ceremonia, con la que deberá darme a entender, en una forma que yo aprobaré, que ya no me liga a Vd. ninguna obligación de tipo personal.

Defino el símbolo X para indicar el período de tiempo que comienza hoy mismo —6 de septiembre de 1930— y que se prolongará hasta que, pero no después que, Vd. me envíe un certificado oficial declarando que la ceremonia X ha sido realizada debidamente.

Durante todo el tiempo de X, ignoraré, para mi deleite, 1) cualquier insinuación de que cualquier comunicación de Vd. es confidencial o restringida del modo que sea, y 2) cualquier mensaje escrito de su parte que no vaya firmado con su apellido —Crowley— ni escrito con una caligrafía que yo pueda reconocer como suya.

Defino el símbolo X para indicar el momento del mediodía (según el meridiano de Greenwich) del 6 de octubre de 1930.

Defino el término *Lyg* como un nombre común que significa una proposición que yo ofrezco al conocimiento de otros —alguna supuesta inteligencia distinta de la mía— como si yo creyese en la proposición, mientras que en realidad no creo en ella.

Las palabras del género *Lyg* no necesitan ser formuladas como palabras. Puedo producir y transmitir *Lyg* por cualquier medio de comunicación: generalmente, mediante gestos y representaciones, dibujos, olores, vestidos, música —signos positivos, como cosas visibles y aparentes, señales e indicios de innumerables tipos— y también, negativos, mediante silencios significativos y otros mecanismos de inhibición, etc.

El único comentario de Crowley a este documento, la magia de Leah contra su *magi(k)a*, está escrito a lápiz sobre su encabezamiento: «Redactado por Norman Mudd... lunático y ladrón».

De esta manera, Leah Hirsig, la Mujer Escarlata, renunció a Aleister Crowley, la Bestia 666, y salió de su vida. De todas las mujeres que Crowley amó, pretendió amar, o pensó que había amado, fue la que más cerca estuvo de su corazón y la que más derecho tenía a exigir su fidelidad pero, a pesar de eso, la echó a un lado y siguió glorificando a los dioses inmortales. Y ni él ni ninguno de sus seguidores thelemitas volvieron a oír hablar de ella. Algo se rumoreó acerca de que se había convertido al catolicismo, y de que en el seno de su Iglesia encontró, finalmente, la paz.

Algún tiempo después, en la década de los treinta, regresó a los Estados Unidos; y durante 1949, cuando estaba escribiendo mi biografía sobre la Bestia, me escribió una de sus hermanas, rogándome que no mencionase el apellido de Leah, ya que había regresado a su antigua vocación de maestra. Por esta razón, en la primera edición de *La Gran Bestia*, yo la llamé Leah Faesi. Murió en 1951.

El destino de Norman Mudd fue trágico, como habían temido sus padres. La Bestia había profetizado o, al menos, alegó haberlo hecho, que O.P.V. moriría ahogado; y un día, a comienzos de los años treinta, llegó a sus oídos el rumor de que la profecía se había cumplido en las aguas de la isla de Guernsey.

Escribí al secretario del Ayuntamiento, que pasó mi carta a la Jefatura de Policía de la isla. Y el oficial en jefe me escribió cortésmente lo siguiente:

Tengo que comunicarle que un hombre, que había dado el nombre de Norman Mudd, de cerca de cincuenta años de edad, y con dirección en el 220 de Arlington Road, N.W.I., llegó a la isla el 6 de mayo de 1934, alojándose en el Manor Hotel, Forest, Guernsey. El 16 de junio, el propietario del hotel informó que Mudd no

había sido visto desde las 7 en punto de la tarde del día anterior. La policía llevó a cabo una investigación y a las 12 del mediodía se recuperaba en Portelet Bay un cadáver que sería identificado más tarde como el de Mudd. El cuerpo se hallaba vestido y tenía cerrados los extremos inferiores de sus pantalones con unas pinzas de ciclista, ya que los bolsillos y perneras estaban llenos de piedras.

Las investigaciones realizadas por la Policía Metropolitana descubrieron que la dirección del 220 de Arlington Road correspondía a un albergue municipal de Londres. La policía fue incapaz de localizar deudos o amigos. Mudd era conocido en la dirección que había dado y la descripción que de él hizo el portero coincidió con la del ahogado.

El 18 de junio fue realizada otra investigación y el veredicto de «suicidio» fue definitivo. El fallecido fue enterrado en la parcela número 8, en la tumba número 1 del Cementerio de Forest, Guernsey, el 20 de junio de 1934. El servicio fúnebre estuvo a cargo del párroco.

Así murió Norman Mudd, M.A., profesor de Matemática Aplicada en el Grey University College de Bloemfontein, autor de *Potencial gravitacional y energía de las deformaciones armónicas de cualquier orden*, y del panfleto *Carta abierta a Lord Beaverbrook*, Neófito, con el nombre mágico de «Omnia Pro Veritate» de la Gran Fraternidad Blanca de la Luz, llamada A.'.A.'. , «guía, filósofo y amigo»^[203] de la Bestia 666.

ENTRE 1926 y 1927, en alguno de los momentos en que Crowley se hallaba huyendo de las deudas contraídas en París y en Túnez (y el *Yi King* le había aconsejado que fuera «paciente, tenaz, modesto, tímido, gentil, trémulo y agradecido», para superar aquella dificultad), oyó que su Hijo Mágico, Achad, se había vuelto loco. La tensión inherente al grado de Maestro del Templo había sido excesiva, y su nacimiento como «Hijo del Abismo» se había visto frustrado.

Según Crowley, que disiente de Mathers, Yeats y en general de cualquier miembro de la Golden Dawn, la obtención de aquel grado implica que el Adepto debe verter hasta la última gota de su sangre, entiéndase, de su vida como individuo, en la Copa de la Mujer Escarlata, «que representa la Vida Impersonal del Universo». En otras palabras, debe dejar de vivir como individuo y convertirse en algo parecido a un dios, condición demasiado peligrosa para un ser humano. Y, por si acaso alguien lo ha olvidado, la copa de oro que la Ramera de Babilonia sujeta en su mano ha sido colmada con «las abominaciones y suciedades de su fornicación» (Apocalipsis). Supongo que Crowley no habría podido negar que la situación anímica requerida debe ser parecida a la locura.

No es sorprendente que Achad, pálido reflejo de Crowley, se volviese loco. La historia de su locura no tiene nada fuera de lo corriente. En resumen, se fue a Inglaterra y se hizo católico, con la secreta intención de convertir a algunos de sus miembros a la doctrina de *thelema*. No permaneció mucho tiempo en Inglaterra, y después de su regreso a Vancouver, vagabundeo por la ciudad, vestido sólo con un impermeable, del que, llegado un momento, se despojó, revelando su desnudez y gritando que había renunciado a los Velos de la Ilusión.

Crowley atribuyó el fracaso de Achad a su «Ego Hinchado», que él había contribuido a inflar con los aires del ejemplo y del coraje. «Achad», decía, «ha llegado demasiado rápido del grado de Neófito al de Maestro del Templo, lo que equivale a decir que no ha comprendido de manera adecuada los grados intermedios.» Y, por si esto fuera poco, no había escrito la tesis sobre el universo a la que está obligado todo aquel que llega a Adeptus Exemptus, por lo que jamás debía haber intentado cruzar el Abismo.

A su debido tiempo, Achad se curó, y declaró que Aiwass, el Santo Ángel de la Guarda de Crowley, era una Inteligencia Maligna y «el enemigo de la humanidad». Después explicó que el Nuevo Eón, en el que él creía, era el de Maat, la diosa de la sabiduría y de la justicia, y no el de Horus, anunciado por Crowley, quien ya lo había expulsado de la Orden; pero cuando se enteró de que Achad se había vuelto contra *thelema* y Aiwass, invocó a todos los Demonios que le eran fieles para que acabaran con él. Pero la orden oficial de expulsión no fue cursada hasta abril de 1936:

NOS, Baphomet C[abeza] V[isible de la] O[orden], habiendo considerado durante siete años los cargos de latrocinio, fraude y desfalco antepuestos contra CHARLES STANSFELD JONES, le encontramos culpable de todos y cada uno de los mismos, por lo cual, NOS, por la presente, le degradamos de todas las dignidades de la Orden y le sentenciamos a sufrir en su totalidad las sanciones prescritas por los Estatutos de la Orden y, además, a sufrir en su totalidad las sanciones que se refieren a su obligación respecto a NOS y a la Orden.

Por todo ello, NOS encargamos a nuestro Lugarteniente Suplente Gran Maestre General de California, el Tres Veces Ilustre, Tres Veces Santo y Tres Veces Iluminado Hermano WILFRED SMITH, X.º Hon., la promulgación de este juicio y sentencia en todos los lugares y medios que considere apropiados.

Y, así pues, NOS encargamos a los Servidores Desconocidos de la Orden su pertinente ejecución.

Firmado

Baphomet, C.V.O.

Las anotaciones del diario de Crowley entre julio de 1926 y febrero de 1927 son escasas. Se mencionan los nombres de algunas mujeres, entre ellas, Margaret Binetti y Kitty van Hansberger. «21 de septiembre de 1926. 4:18 p. m. La ceremonia del Equinoccio. K. v. H. Prolongada operación, distraída por los visitantes.» Pero, a pesar de estos últimos, había sido «extática» (de *éxtasis*), y el «Elixir», esto es, las secreciones vaginales mezcladas con su propio semen, había sido «de primera». Crowley no nos dice nada acerca de Kitty, ni su edad, ni su apariencia, ni en qué se ganaba la vida, lo que le decía o lo que estaba pasando en aquellos momentos, sino simplemente esos aburridos detalles de su actividad sexual.

Tampoco sabemos gran cosa de Margaret Binetti, excepto que Crowley la deseaba y que, después de haber sucumbido a su abrazo, ella se mostró cada vez más prudente: «7 de octubre. Margaret me está dando largas. No estoy seguro de sus intenciones. ¿Qué táctica debo adoptar? No debo darle un ultimátum o, al menos, no hasta que la situación se halla aclarado totalmente. Quizás entonces ya haya llegado algo de dinero. No debo tomar iniciativas y ser muy delicado al principio. Sus cualidades femeninas... tan prieta como una mula».

Y prosigue al día siguiente: «Astrid llegó del Sur». Estuvo dos días seguidos practicando con ella su magia sexual; y el 12 de octubre: «Astrid se va al Oeste». Astrid (Dorothy Olsen) regresaba a Estados Unidos, más pobre de salud y de dinero, pero con la inolvidable experiencia que había significado el Maestro Thérion.

El 25 de noviembre, Margaret Binetti hace de nuevo su aparición en el diario. «Debo señalar que Margaret ha estado contando en secreto nuestro compromiso. ¡Resulta abyectamente disparatado que la princesa Galitzin, Reggie Gourmand, Lawrence Felkin, Jane Wolfe, etc. —por no hablar del personal del hotel— se la encuentren constantemente en mi dormitorio del *Atlantic*! Así que no he tenido más remedio que hablarles a mis amigos del compromiso.»

Nunca estaba satisfecho, como revela el elevado número de mujeres con las que se acostaba por aquel tiempo; da la impresión de que no hubiese practicado ninguna discriminación: lo mismo se acostaba con una mujer que con cualquier hombre que se

cruzaba en su camino. Además de Kitty estaban su amante masculino, Eugène, y Ninette, «una negra integral de La Martinica», aparte de Katherine E., de quien decía que era «una soberbia vampira natural. Pero no se hallaba sujeta a ningún principio. Su amante preferido era el *rigor mortis*, y parece que el más elemental sentido común (si lo hubiera tenido, ¡claro!) o el instinto natural le debieron de aconsejar dejar a sus víctimas e ir en busca de otras frescas antes de que ya no le sirvieran para nada».

2 de enero de 1927. He alcanzado el récord del mes. Eugène y toda su tribu han desaparecido, dejándome en París con nueve amantes.

Blancas

1 Jane Cheron

2 Beatrice Abbot

3 Kitty van Hansberger

4 Margaret Binetti

Negras

5 Rachael V... [ilegible]

6 Marie Emakera

7 Rachel Marguerite (Zaza)

8 Ninette, de La Martinica

9 A...[ilegible, probablemente Auchée, de La Martinica].

Ahora las voy a ir eliminando una a una. Creo que habré acabado esta tarea el 6 de febrero del 27 *e[ra] v[ulgari]*, cuando haya destruido mediante el fuego el talismán de Júpiter que protege a la n.º 4. Su insensibilidad y su falta de espíritu, por no hablar de su hipócrita falsía, la condenan a un terrible final.

Entre la «tribu» de Eugène se encontraba Camille, un hombre que amaba, o que creía que amaba, a Aleister Crowley, y tanto que la Bestia estaba grandemente conmovido. Su relación databa de antes de la guerra. Véase, al respecto, el capítulo 19.

Crowley se encontraba tan desplazado, su manera de comportarse era tan descabellada, y sus intentos de persuadir al mundo a que adoptase su filosofía del Haz lo que Quieras tan absurdos, que sólo era capaz de suscitar extrañeza. A veces se extrañaba de sí mismo. «Algo ha ido mal. No ocurre nada y ya estoy harto, ¿me habré excedido en la obra?» Lo que entendía por «obra» era la Gran Obra, o el establecimiento, o consolidación, de la Ley de Thelema. En su filosofía hay un ápice de verdad, del que es vagamente consciente cuando escribe que «hacer lo que uno quiera» no es sino conseguir que las estrellas reluzcan, que la viña dé uvas y que el agua siga su curso. El hombre es el único ser de la naturaleza que siempre está reñido consigo mismo. Pero no explica las causas de esta aseveración. Es indudable que se hallaba en contradicción consigo mismo: la fuerza que le zarandeaba —Aiwaz— no le abandonaría. Hay que pensar en él como en un personaje de tragedia griega.

El *Manifiesto del Mediterráneo* fue la penúltima declaración mágica que Crowley dirigió al mundo; la última, que condensa todas sus creencias fue el *Liber Oz*, publicado en noviembre de 1941, ante la consternación de sus seguidores más cercanos. Mudd había comenzado la campaña de Inglaterra intrigando en Londres, en

el cuartel general de la Sociedad Teosófica, colocando en su tablón de anuncios el Manifiesto. Crowley tenía bien claro que él era el Maestro del Mundo, por lo que dirigió la campaña con el vigor e ingenuidad que le eran propios.

Ya que el Maestro Thérion era muy extrovertido con todo aquel que demostrase interés por su trabajo, le escribió lo que sigue a Montgomery Evans, un amigo norteamericano:

La única forma de obtener una publicidad apropiada es organizar una campaña a favor del Maestro del Mundo. Si todo sale como es debido, surgirá una gran disputa (con los teosofistas) que suministrará a los periódicos innumerables historias. Le propongo que usted comience de este modo: «El Maestro del Mundo informa al público que la doctora Annie Besant incurre en un error al afirmar que Él se manifestará a través de Mr. Krishnamurti en diciembre, o en cualquier otro momento». Creo que todavía se podría mejorar añadiendo cierta dosis de misterio acerca de la identidad del llamado Maestro del Mundo. Puede decir que sabe quién es y cómo llegar hasta él para obtener una entrevista, pero deberá dejarme al margen hasta que no haya hecho alguna especie de contrato para tener la exclusiva de la historia.

A juzgar por lo que Dorothy Olsen afirma en una de sus cartas, la farsa montada por Crowley parece haber causado alguna impresión. El 27 de enero de 1926, ella le escribe a Montgomery Evans en los siguientes términos:

Tenemos una bellísima villa en La Marsa, a media hora de Túnez, y A. C. se siente muy feliz, trabajando mucho, y al final, este asunto del Maestro del Mundo parece que ha prendido en muchas partes y todo el tiempo somos entrevistados por los periódicos, que lo consideran una cosa muy importante. Ya te enviaremos algunos recortes en nuestra próxima carta.

Crowley no olvidaba las universidades de Oxford y Cambridge, que le podían procurar discípulos, como se había comprobado con Neuburg, Mudd y Loveday, todos ellos jóvenes e inteligentes, pero también inmaduros. Hacia finales de 1925, mientras la Bestia estaba en Túnez, Oxford le proporcionó otro discípulo.

15 de noviembre de 1925

Christ Church
Oxford

Querido Señor:

Acabo de leer con mucho interés su novela *The Diary of a Drug Fiend*, y una nota que aparece al comienzo de su tercera parte me ha dado ánimos para comunicarme con Vd. Desde hace mucho tiempo no sólo estoy interesado en las drogas y en la posibilidad de poder utilizarlas de una manera beneficiosa y moderada, sino también en el desarrollo de los poderes espirituales latentes, y en las cuestiones referentes al ocultismo y demás. Después de algunas consideraciones, decidí hacerme miembro de la Sociedad Teosófica, pero se me ocurrió que quizá Vd. podría ayudarme de manera más directa y rápida que ellos. Espero que mi escrito no le resulte inconveniente, más aún, me atrevería a afirmar que muchos de sus lectores le han dicho lo mismo y que usted se ha mostrado dispuesto a ayudarles.

Uno de mis amigos y compañeros, Jim Wyllie, dice que le conoció a Vd. en una ocasión; pero supongo que no se acordará de él.

Con mis disculpas por haberle molestado,
Suyo,

Thomas Driberg.

P. S. Le rogaría que considerase esta carta algo confidencial.

Crowley le envió un telegrama, y Driberg le escribió nuevamente.

12 de diciembre de 1925

Uckfield Lodge
Crowborough, Sussex

Querido Mr. Crowley:

Habr  llegado a pensar de mí que soy muy descortés por no haber contestado a su telegrama; pero hace sólo dos días que lo he recibido, que es el tiempo que ha tardado en llegar desde Oxford hasta mi casa, cuya dirección figura en el encabezamiento, adonde he venido para pasar las vacaciones]. Muchas gracias por su invitación *tan* atrayente: me gustaría poder ir a verle, pero,  ay!, por el momento, me encuentro bastante escaso de fondos, y también tengo un examen terriblemente difícil en marzo que no he preparado, como quien dice; en parte, se encuentra relacionado con lo que quería consultarle, si usted conoce algún estimulante artificial que sirva para suscitar un mayor aprovechamiento del cerebro, cuál es su composición, etc. Es posible que pueda marcharme al extranjero durante el verano o por las vac[aciones] de Pascua. Pero antes de ello me gustaría haber cimentado nuestras relaciones.  Podr a usted encontrarse conmigo antes de esa fecha en Inglaterra, o quizás en París? Si no, por favor, ind queme alguien que pueda serme de ayuda en esta cuestión. Sería maravilloso que usted pudiera venir hasta Oxford a hacerme compañía: pero supongo que ahí se est  tan bien que no tendr  ganas de irse.

Con mis más efusivas gracias y pesares por no poder ir a verle con la rapidez que desearía,
Sinceramente suyo,

Thomas Driberg.

En el transcurso del mes de febrero, Crowley, que estaba en Túnez, k contest  en estos términos:

Querido Mr. Driberg:

Haz lo que Quieras será toda la Ley.

Le adjunto «El Corazón del Maestro», para que vaya haciéndose idea de nuestra actual línea de trabajo. Espero que la próxima semana pueda enviarle una «nota biográfica»: gracias a estas dos entregas podr  ponerse perfectamente en nuestro lugar.

Mientras tanto, debo mencionar una cuestión que resulta controvertida. Además de la abierta, y obvia, oposición a mi trabajo, existe una campaña encubierta de difamación. En varias ocasiones, ha ocurrido que, muy poco después de que algunas personas se pusiesen en contacto conmigo, recibieron avisos llenos de las mentiras que mejor se adaptaban a su psicología, con el resultado de que su correspondencia conmigo se vio interrumpida bruscamente. Ahora estamos invirtiendo parte de nuestro tiempo en desenmascarar esta conspiración: pues (por el vasto poder del hace gala) debe tratarse de alguna importante organización —quizás alguna sociedad secreta—, cosa que hemos sabido hace muy pocas semanas.

Se me ocurre que quizás usted podría servirnos de ayuda para desentrañar este misterio: es muy posible que alguien se le acerque e intente asustarle.  Bien, la primera regla de la vida es no creer nada de lo que uno oiga, y hacer poco caso de lo que uno vea!

 Me comprende? Lo importante es desenmascarar a los culpables: y ahora que vuelvo a disponer del dinero suficiente para poder ahorrar un poco, les castigar  como se merecen.  Qu  terrible tener que pensar en estas cosas, con lo hermosos que est n esta noche el mar y la luna!

 Puede enviarnos un telegrama anunci ndonos con exactitud el día que podemos esperar su llegada? Se lo digo para ajustar nuestro calendario de visitas.

Fraternalmente suyo,

Aleister Crowley.

La siguiente carta de Driberg a la Bestia, con el tratamiento de «sir Aleister», est  fechada el 7 de abril de 1926, y fue enviada desde el número 6 de Park Crescent, Portland Place, W.I.:

El que usted se moleste tanto por alguien tan ignorante y tan deseng ado como yo, es algo que le honra... pero lo *más* molesto es que mi hermano no quiere que haga un viaje largo hasta dentro de una semana por lo menos, y habla de enviarme primero al campo. Desgraciadamente, soy un estudiante y ellos son muy estrictos con todo lo que signifique perder los estudios, por lo que no dispondrá de tiempo hasta el día 24.  De verdad que estoy terriblemente preocupado por todo esto, más por mí mismo que por usted! Pues aunque le suponga una decepción,

para mí puede ser la ruina, y no resulta nada agradable estar encerrado en Londres, cuando yo había prometido estar en Túnez. Pero ante su insistencia, estoy determinado a hacerlo, así que todo esto sólo ha de ser considerado como un aplazamiento. Me encuentro más decidido desde que una segunda persona (además de J. Wyllie) me ha hablado mal de usted, una prueba más de lo que me había dicho y de que su trabajo es lo suficientemente importante como para desencadenar una persecución... Si todavía le importo, intentaré reunirme con usted durante el verano, ¿hace ahí mucho calor? ¿No hay ninguna posibilidad de poder verle antes, en Inglaterra? Si se decidiera, concédame el honor de ser mi huésped en Christ Church o en la ciudad. El acontecimiento que ahora me parece más importante (además del que supone nuestro encuentro) es mi vigésimo primer cumpleaños, que celebraré el 22 de mayo, después del cual seré mi propio dueño, tanto en lo moral como en lo financiero.

Con muchos pesares... y esperanzas,
Fraternalmente suyo

Thomas Driberg.

P. S. Hágame saber si puedo serle de alguna ayuda en Oxford o en Londres.

El 15 de julio de 1926, Driberg escribe a la Bestia esta carta. La dirección es la misma que la de la anterior de Londres:

Querido sir Aleister:

Muchas gracias por sus cartas: Estoy encantado de saber que acaba de recibir buenas noticias de Estados Unidos, y que va a estar más cerca de Inglaterra. Espero poder acercarme unos días a París dentro de dos semanas, lo que quizá me depare el honor de conocerle. Ya le avisaré de la fecha exacta de mi llegada. Todavía le doy vueltas en la cabeza a lo que me dijo acerca de las mujeres: recientemente, he podido comprobar que un gran número de ellas no echaría en saco roto una proposición de carácter íntimo, pero quizás ello se deba a que, gracias a sus palabras, ahora me encuentro sobre aviso y me doy cuenta, más que antes, de sus maniobras. Por supuesto que ha sido el carácter de Lenin y sus hazañas, lo que, básicamente, me ha atraído de él: por eso me afilié al Partido Comunista, que ha sido el único partido que ha tenido el sentido suficiente para darse cuenta de que las ideas liberal-democráticas del siglo XIX eran una farsa, y que la mayoría siempre puede ser dirigida y controlada por una minoría inteligente y perspicaz.

Usted dice que puede ponerme en contacto con los auténticos líderes... ¿Se refiere a líderes políticos o de otro tipo?...Estoy dispuesto, y, por añadidura, ansioso, a seguir los pasos que considere más oportunos para que su persona y sus enseñanzas sean tan conocidas como sea posible, y estimo que es un gran privilegio que se me permita ayudarle: ¿quiere algún tipo de comunicado en prensa —ya sea anuncio (publicidad) o artículos serios (propaganda)? Podremos discutir los detalles cuando nos veamos. Muchas gracias por enviarme su excelente fotografía, que es toda una inspiración: aunque es muy pequeña, transmite una impresión indudable de poder y sabiduría y de la presencia de un Maestro.

Últimamente no he encontrado mucha oposición a sus ideas, quizá porque, según sus instrucciones, me he mostrado sumamente discreto; aunque debiera mencionar, sin embargo, ya que está relacionado con aquello de lo que estoy hablando, que, en una o dos ocasiones, he sentido, era poco más que una intuición, que estaba siendo vigilado o seguido, como usted me indicara. No creo que hayan sido sólo nervios, aunque creo que mejor será no preocuparse por ello.

Dándole las gracias por todas sus gentilezas,
Fraternalmente suyo,

Thomas Driberg

El diario de Crowley revela algunos de sus pensamientos acerca de este nuevo discípulo, que nos resulta tan interesante:

4 de septiembre de 1926: ¿Qué debo hacer re[specto] a Driberg?

La pregunta fue llevada ante el *Y i King*, y, tras la respuesta o respuestas recibidas, confeccionó una serie de seis proposiciones:

1. Pensar a fondo el plan.

2. Explicar el plan de la campaña.
3. Él ofrecerá ayuda.
4. Pondrá dinero para resolver los problemas.
5. Aparece como Maestro del Mundo, con toda su sinceridad y majestad.
6. Los Dioses sumarán su ayuda a nuestros esfuerzos.

Pero la Verdadera Voluntad de Tom Driberg dirigió sus pasos hacia Fleet Street, y no hacia la senda que marcaban los de Aleister Crowley; llegaría a ser famoso por escribir la columna que William Hickey inaugurara en el *Daily Express*, y más aún como representante de los Laboristas en el Parlamento, y, más tarde, como presidente de su partido. No obstante, continuó viendo a Crowley. Durante las décadas de los 30 y los 40 cenaron y comieron juntos en los restaurantes de moda de Piccadilly y del Soho, y Driberg fue uno de los invitados habituales a las reuniones de Crowley.

En su autobiografía *Ruling Passions*, publicada a título póstumo en 1977, Driberg revela sus relaciones sexuales con todos los tipos imaginables de hombres, pero se deja a buen recaudo dentro del sombrero su extraña y, a todas luces, mucho más interesante, amistad con la Bestia 666. Habría sido más honesto, o mejor escritor, si en vez de cuatro páginas de estilo recargado nos hubiera dejado un cariñoso esbozo de Crowley.

Pocos días después de haberse celebrado en Brighton el funeral de Crowley, todas sus pertenencias: pinturas, diarios, cartas, ropajes, drogas y piezas de decoración — muy pocas y de reducido tamaño— bastoncillos del *Yi King*, libros y otros artículos variados, me fueron enviados, en grandes cajas de madera, a mi dirección de Arkwright Road, Hampstead, en donde se encontraba mi pequeña casa. No tardó en correr la voz de que todos los documentos de Crowley estaban en mi poder. Tom Driberg me telefoneó y yo le invité a charlar conmigo. Vino inmediatamente. Yo no le pregunté lo que quería y él tampoco reveló el motivo de su visita. Se detuvo al borde de la alfombra del salón y miró los desordenados montones de manuscritos que estaban en el suelo, entre los que se encontraban varios cientos de cartas escritas a máquina del editor y crítico norteamericano H. L. Mencken (1880-1965), y no se sintió con ánimos. No tardó mucho en irse, dejándome perplejo por el motivo de su visita.

Pocas semanas más tarde, abrí un gran envoltorio, entresaqué los documentos que había dentro y entonces comprendí el motivo de la visita de Driberg.

Haz lo que Quieras será toda La ley.
Yo, Thomas Driberg, en presencia de
la Bestia 666
me comprometo solemnemente a la Gran Obra:
que consiste en descubrir mi Verdadera Voluntad y ponerla en práctica.
Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.
Firmado
Thomas Driberg

Llevé la pequeña cartulina, de forma cuadrada, en la que había sido escrito aquel juramento, a la Cámara de los Comunes. Como no pude localizar a Mr. Driberg, se la dejé a su secretaria. Lo único que recibí de Driberg fue una reprimenda por no haber puesto el preciado documento dentro de un sobre cerrado, con la consabida frase de «privado y Personal».

Tercera parte

Vejez:
Los años terribles

GERALD YORKE

THOMAS Driberg se convirtió en un desengaño para la Bestia: no estaba preparado para entregar a la Gran Obra «todo lo que tenía y todo lo que era», lo que, dadas las circunstancias, es lo mismo que decir devota sumisión a Aleister Crowley. Pero la Bestia no tuvo que esperar mucho a que apareciera otro prometedor aspirante: se trataba de Gerald Joseph Yorke, de 26 años, un graduado de Eton y Cambridge que había comenzado a buscar entre las páginas de *The Equinox* las claves para acceder a las glorias ocultas del mundo. Movido por ese empeño, no tardaría en intentar conocer a la Cabeza de la A.̃. A.̃.; envió a Crowley una carta a París por mediación de un miembro de la Orden, Gilbert Bayley. Y el último día de 1927 Yorke se encontró con la Bestia en el Hotel Foyot, un famoso restaurante del séptimo distrito, al que Crowley acudía asiduamente antes de la guerra y en donde, subiendo por la escalera, uno podía alquilar una habitación. En la primavera de 1928, Yorke cruzaba de nuevo el Canal de la Mancha, para entrevistarse con la Bestia. Yorke era miembro de una familia de raigambre, que llevaba ocupando el mismo caserón medieval de Forthampton Court desde hacía más de doscientos años, con su gran salón que se abría hacia el tejado, antaño residencia del abad de Tewksbury, en los tiempos anteriores a la Reforma. Su padre era uno de los ejecutivos del Banco de Westminster, y el mundo de los negocios estaba al alcance de su mano. Pero el corazón de Gerald Yorke no se hallaba en los negocios, a menos que ser director de la Mexican Railway Company, y director y secretario de una firma llamada H. Pontifex and Sons, constituya una vocación. Al contrario que su hermano menor, quien más tarde publicaría novelas intrascendentes y de tipo autobiográfico, con el pseudónimo de Henry Green, que llegarían a ponerse de moda durante una o dos décadas en el reducido mundillo de los entendidos, él carecía de ambiciones definidas; pero sí tenía una gran inteligencia, una gran dosis de encanto y generosidad y un humor un poco infantil... que hacían de él, en suma, el tipo de persona que Crowley había estado buscando. Pues, ciertamente, la Bestia tenía guardada una vocación para Gerald Yorke que se iba a encontrar mucho más cerca de su corazón que los ferrocarriles mejicanos.

Los dioses quitan y los dioses dan. Ya eran nueve los hermanos, todos ellos muy prometedores y alguno de ellos, como Norman Mudd, de reputada fama, que yacían aplastados sobre las rocas. Y ahí estaba el décimo, el hermano Volo Intelligere («Quiero comprender»), que era el nombre que Yorke adoptó en cuanto franqueó el pilono de la A.̃. A.̃.

La Bestia desplegó al instante todos sus planes, o más bien ambiciones, ante Yorke: lo primero que se necesitaba era algo que pudiera servir de cuartel general a su mágica, y también mística, organización como el que había tenido en Cefalú; y,

por supuesto, una renta regular, lo suficientemente larga para permitirle continuar con sus escritos.

Yorke resumió la situación de Crowley con estas palabras:

Llevaba en París una existencia muy precaria, pues dependía de la lealtad de los miembros de su orden, y de su ingenio, para poder comer. No creo que haya recibido siquiera un penique por los derechos de autor de sus libros. Sin embargo, tiene infinidad de planes con los que piensa salir a flote. Todo esto depende de que pueda conseguir un cuartel general y crear una organización.

Yorke abrió puntualmente, para beneficio de Crowley, lo que llamó «una cuenta para las publicaciones» en el Banco de Westminster, en la sucursal de Cavendish Square, que ascendía a 400 £ de su propio bolsillo, que equivalen a unas 10.000 £ actuales, y escribió a los ocho miembros de la A. A. A., sólo uno de los cuales, Jacobi, era el que le daba algo a la Bestia: 20 dólares que le enviaba mensualmente.

«Pensé que podría ayudarle», dijo Yorke; y añade: «si las subscripciones de los miembros de su orden se pusieran al día, y sus memorias o cualquiera de sus obras en prosa, que estaban pasadas a máquina fueran publicadas, podría disponer del dinero suficiente para vivir tranquilamente y dar término al trabajo de su vida. La cifra que yo había pensado, y que él estimó suficiente, fue de 500 libras anuales. Así pues, me convertí en su agente».

Pero la última cosa en la que Crowley pensaba era «vivir tranquilamente»: este pensamiento se encontraba en la mente de Gerald Yorke, pero no en la de la Bestia.

No le llevó a Yorke mucho tiempo descubrir que, por una parte, Crowley era codicioso, ambicioso y, por otra, deshonesto en cuestiones de dinero. «Puse objeciones a que llevase el característico botón que le acreditaba como titular de alguna Orden del continente, que, según él, le había sido concedida por Don Carlos, el pretendiente a la corona de España», escribe. También recriminaba a Crowley por vivir en un apartamento amueblado, que no podía permitirse, o por irse de él sin pagar la renta que debía. El apartamento en cuestión se encontraba en el número 55 de la Avenue de Suffren, en el distrito siete de París. «Dices que ha sido una locura mantener este apartamento», escribió la Bestia a Yorke, «pero, en tu condición de presidente del Pop, ¿no te parece una locura aún mayor abandonarlo y pagar, al mismo tiempo, la renta [que se debía]?» El Pop es la «sociedad de debates» de Eton, que fue fundada en 1811 por estudiantes que gustaban de las discusiones pacíficas y bien razonadas.

La Bestia necesitaba urgentemente una mujer que tuviera el suficiente magnetismo para acceder a la Femenidad Escarlata. No había tenido suerte con las anteriores Mujeres Escarlata, pero es evidente que aún esperaba encontrar su ideal: una criatura vistosa, que fuera rica, ordinaria y adúltera, y que le libraría de toda preocupación económica, cabalgándole a cambio furiosamente. En el verano de 1927, apareció una candidata para el puesto vacante, Kasimira Bass, una dama polaca que vivía en California. Wilfred T. Smith (el hermano 132), a quien Crowley había

conocido el año 1915 en Vancouver, y que era su representante en América, se la presentó. La carta que Kasimira envía a Smith da detalles de su encuentro, en agosto de 1927, con ese extraño gentleman inglés, Aleister Crowley.

2 de septiembre de 1927

Hace una semana abandoné París y ahora estoy nuevamente en Polonia. Vi a toda mi familia, descontando a mi madre, que se encuentra en su tierra natal con mis dos sobrinas, una de las cuales está pasando el sarampión. Estoy muy ilusionada y muy contenta por haber conocido en París a nuestro admirado Crowley, sólo un día antes de que hiciera esta excursión a Polonia. La dirección que me habías dado es la de un banco, pero este mismo se encargó de hacerle llegar tu carta [de presentación], y Crowley me contestó con una postal, en donde había escrito su dirección, al tiempo que me invitaba a cenar. Vive en un lugar muy bonito en los alrededores de París, con un mayordomo japonés y una señora que le sirve de ama de llaves. Me recibió personalmente en la puerta, con gran delicadeza, y me sirvió un nuevo cóctel llamado «Maya»: tan fuerte como él. Estuvimos charlando y fumando cigarrillos de marca y, una hora más tarde, me llevó a cenar a un estudio, lleno de gente divertida. Como sabes, ama la aventura y le gusta observar las vidas de los seres humanos que siempre andan un Poco desequilibrados. Allí estuvimos un rato y después volvimos a su casa. Me dio algunas respuestas a las preguntas que le había formulado, y estuvimos hablando hasta las 3 de la madrugada. Todo resultaba encantador y él está muy interesado en mí, y me demuestra mucho entusiasmo. Quiere que trabaje con él. Ahora, Wilfred, voy a decirte algo más. ¡No te desmayes! ¡Me lo propuso cuatro veces y quiere casarse conmigo! Quiere que nos casemos en París dentro de una semana, cuando yo regrese; pero no resulta tan fácil. Me quedé tan sorprendida por todo aquello, que fui incapaz de darle una respuesta. Vino al día siguiente de visita, conoció a Marion [su hija], y nuevamente me pidió que me casara con él. Es totalmente maravilloso, y no exageraste en absoluto cuando me hablaste de él. Yo fui franca y le pregunté acerca del estado de sus finanzas. Me contestó que estaba tan repleto de dinero que podría construir para mí un bonito hogar en el que sería tan feliz como «la reina de Saba». Está loco por mí. Quiere que vaya a París rápidamente, y está esperando mi decisión. Me quiere como esposa, no como amante, eso dice. Gracias a tu carta, se ha enterado de muchas cosas de mí; le agradas mucho y habla muy bien de ti. Lo mismo que yo. Siempre me has ayudado a ir adelante y siempre te he considerado como un buen amigo. Dime, Wilfred, ¿qué debo hacer? ¿Debo hacer lo que me sugieres aunque no pueda llegar hasta el final? Pero yo creo en tu maravilloso sentido común, por lo que me gustaría oír tu opinión acerca de este matrimonio, o sobre esta proposición. ¿Qué piensas de todo esto? Ya sé que lleva su tiempo pensar en ello, pero me gustaría conocer tus puntos de vista, porque tú sabes de esto más que yo. Trataré cualquier cosa que me digas con la más estricta reserva. Espero poder oír pronto tu respuesta. Con mi amor y mis mejores deseos para ti,

Kasimira.

La Bestia escribió someramente a Smith acerca de Kasimira Bass, a quien había propuesto matrimonio casi nada más verla:

Te doy las gracias por el Galeón del Tesoro que, navegando a toda vela, llegó a este puerto la semana pasada. Desgraciadamente, había sido fletado para dirigirse a riberas más distantes [Polonia], Pero acabo de recibir en este momento una información en la que se me dice que Lloyds tiene fundadas expectativas de que regrese en octubre a este puerto. Esta jugada puede ser decisiva para la Gran Obra. Y todo depende de que tú te encuentres a partir de ahora más cerca de mí.

El diario de la Bestia no ofrece más detalles de importancia acerca de Kasimira, pero las cartas, especialmente las de ella, siguen tratando los altibajos de su relación.

1 de noviembre de 1927

Querido Wilfred:

Todavía sigo en Polonia, como resultado de una confusión bancaria, pero espero obtener el dinero en seguida y volar a París, o, mejor hacia Aleister Crowley, que está terriblemente impaciente por tenerme a su lado. Realmente, es una gran persona y estoy ansiosa de verle. Estoy segura de que seremos muy felices. Nos intercambiamos cartas con mucha frecuencia. Me dice que, sin mí, sólo es la mitad de medio hombre. Ha pensado que vivamos en París hasta la primavera y que después nos vayamos a Egipto. Imagínate mi gran excitación

cuando oigo esas promesas tan maravillosas. Soy muy feliz, pues estoy viendo la vida desde su lado bueno. Creo que somos nosotros quienes lo mantenemos oculto hasta que conseguimos descubrirlo, al poner en marcha nuestra imaginación.

¿Qué sabes de su primer matrimonio?

El resto de la carta se ha perdido. La siguiente carta es de Crowley a Smith y está fechada el 1 de marzo de 1928:

Kasimira y yo nos hemos acercado a Fontainebleau. Comenzamos a padecer los dolores de una gran crisis... desembarazándonos de la madera muerta y planeando nuevos planes de una importancia decisiva.

Ella te envía su más tierno, e imperecedero, cariño.

La «madera muerta» eran los prejuicios burgueses de Kasimira, que comenzaban a hacerle pensar que su maravilloso amante era un poco diferente de lo que había imaginado. Ella también podría haber añadido en la carta a Smith que el lado *malo*, lo mismo que el bueno, se halla oculto hasta que consigue salir a la luz mediante el ejercicio de la imaginación.

Los enamorados regresaron a París, y la siguiente carta de Crowley a Smith, en California, está escrita en una de las hojas timbradas del Hotel Restaurant Foyot. La fecha es del 27 de abril de 1928.

Sólo unas líneas para decirte lo maravillosamente bien que marcha la nueva Obra. Kasimira ha entrado en ella con el pie derecho, las cosas parece que comienzan a marchar como es debido. La única dificultad es que tenemos muy poco tiempo para conversar o escribir cartas...

Todo se desarrolla perfectamente, como no ocurría desde hace años, a pesar de las crisis de hace muy poco. Pero la llegada de Kasimira ha convertido en ruinas todo lo que había antes, para poder «reconstruirlo de la manera que más agrada a los deseos del corazón». No sé en qué acabará todo esto, pero sí sé que he contraído contigo una deuda inimaginable por esta experiencia, la más maravillosa de mi vida.

En su siguiente carta, fechada el 4 de mayo, parece observarse una nota de reproche en las palabras de Crowley:

La cuestión es que Kasimira, aun siendo inmensamente valiente, está acostumbrada a tener todo lo que quiere sin tener que molestarse en pedirlo, por lo que se deprime grande y seriamente cada vez que tiene que recordar la situación.

Pero esto le irá bien, puesto que ella es la única Compañera Mágica adecuada para mí y, además, es perfecta. Y porque, a pesar de las grandes dificultades, hemos conseguido crear, más allá de todas mis expectativas de éxito, una corriente de energía creativa, de un potencial tremendamente elevado. Tendría consecuencias desastrosas que esta Obra se viniera abajo justo en el momento en que vamos a conseguir uno de los logros más importantes para la pobre humanidad. ¡Y que la culpa fuese de una simple estupidez!

Así pues, verás que no tiene motivos para sentirse intranquila. Pues yo me encuentro a gusto y confiado; pero como ésta es la *primera* experiencia que realiza sometida a leyes mágicas, los imprevisibles designios de los dioses sólo consiguen ponerla nerviosa.

Los «imprevisibles designios de los dioses» también estaban afectando los nervios de la Bestia, a juzgar por lo que dice en la carta que envía a Smith el 6 de junio:

Kasimira posee el mismo tipo de ego del género coliflor que causó la perdición de Achad.

Si quieres seguir teniendo algún trato conmigo, debes expulsar de tu imaginación todas esas tonterías. Debes romper definitivamente con el pasado. ¡Ni siquiera debes permitirte pensar en él! No pienses en ti y en las relaciones que mantuviste conmigo, ni en ninguna otra cosa. Comienza un nuevo *estilo de vida*. Ayúdate a ti mismo conociendo gente sana, gente importante. Impulsa la Ley de Thelema, como si se tratara de un movimiento espiritual, social y político. Contacta con gente interesada, antes que nada, en sus ventajas económicas, etc.

Pon fin a los chismes de Leota [la mujer o la amante de Smith]: tienes muchas cosas que hacer, y no puedes perder tiempo en fornicaciones inalámbricas.

¡Olvídate de las Marcas de Buda!

Las Marcas de Buda se dividen en treinta y dos mayores y ochenta menores. Aquí van dos, a título de ejemplo: la *Ushnisha*, o protuberancia craneana, y El Sello del Corazón (la *swástica*, el signo giratorio que representa el movimiento del Sol, que marcha en sentido contrario, por el sentido de sus ramas, del utilizado por Hitler, que es una imagen especular de él).

En medio de todas esas ansiedades y alertas, Crowley recibía ahora la carta de una mujer a la que había prácticamente olvidado: Ninette Shumway, la madre de su hijita Astarté Lulú Panthea. Debía de haberse enterado, por mediación de Leah y de Mudd, o del modo que fuere, de que su «bienamada Bestia» y Dorothy Olsen se habían separado, y que una rica polaca llamada Kasimira había accedido al trono de Baba-Ion. Está fechada el 20 de junio de 1928:

Mi querida Bestia,

Mimí ha estado 24 días en el hospital, con una fiebre altísima y en un estado lamentable. Primero tuvo el sarampión y, más tarde, bronquitis. Yo creo, más bien, que era neumonía. Y ahora tiene abscesos.

Lo único que he hecho ha sido esperar, pero mi ansiedad es terrible. No puedo dejarla morir sin intentar ayudarla en algo. ¿Podéis hacer algo Kasimira y tú?

Los hospitales de la «Assistance Publique» son sitios tristes. Helen [la hermana de Ninette] se halla demasiado lejos. En nombre del cielo, deja que Kasimira nos ayude a salir de esto.

Tuya en este terrible momento,

Ninette.

Debido a su gran pesar, había olvidado escribir su dirección. «Si no tengo la dirección, no podré contestarle», fue el comentario de Crowley. Y, entonces, descargó toda su ira en Ninette: «¡Ella tiene la culpa de todo!». No sabemos qué habría hecho de conocer su dirección. Así pues, este interrogante queda sin cerrar.

Pero prosigamos con nuestra lectura de la correspondencia. Ésta es una más de las cartas que Kasimira envía a su íntimo amigo Wilfred T. Smith. Parece ser que no escribió la fecha:

Querido Wilfred,

He estado tan atareada desde que llegué a París que no he tenido tiempo de escribirte unas líneas.

Son muchas las cosas que hemos podido realizar con buena fortuna y esperamos poder hacer muchas más. Lo que necesitamos, sobre todo, es un lugar en donde podamos levantar nuestro cuartel general [una nueva Abadía de Thelema], y hemos pensado que tú podrías jugar en esto un papel importante. Seguimos en este lugar que resulta muy apropiado para el ejercicio de nuestra magi(k)a.

Con amor

156

156 es el número de Babalon. Kasimira ya había accedido al elevado grado de Mujer Escarlata, lo que la alejaba de ser una simple amante. Había sucedido a Dorothy Olsen, la cual no había dado el peso suficiente, una vez puesta en la balanza.

Es ahora Crowley quien escribe a Smith. La carta está fechada el 27 de julio de 1928:

Ya se han tomado las disposiciones pertinentes para que Kasimira y yo podamos vivir sin preocupaciones durante el resto del año. Puede decirse que se lo debemos, exclusivamente, a los milagrosos esfuerzos de un hombre que, de un salario de 45 dólares a la semana, es capaz de enviarme mensualmente más de cien dólares.

Este hombre, cuyo nombre no es mencionado, no era otro que Karl Germer. Y la carta prosigue en estos términos:

El dinero me resulta ahora más necesario que nunca, ya que, al fin, nos encontramos libres de deudas y de ansiedades, dispuestos a comenzar una gran campaña de publicaciones. O sea, que si somos capaces de hacer bien las cosas nos situará en el lugar que nos corresponde. La Tercera Parte del Libro 4 [que pasaría a formar, más tarde, su *Magia. Teoría y Práctica*] llegará a ser el único texto clásico de Magi(k)a: conseguiremos atraer a una gran muchedumbre que traerá montones de dinero, con lo que podremos dar el siguiente paso: hacernos con la Isla [¿La Gran Bretaña?] y así salvar del naufragio a la actual civilización.

Mientras tanto, toma buena nota de lo siguiente: dispongo de un hombre que, en cualquier momento puede convertirse en el H[ombre] R[ico] de O[ccidente]. Debemos hacer que su confianza en nosotros se vea confirmada, de manera que aumente. El punto esencial es invertir todo el dinero que podamos obtener en el fondo común: si te comportas como un loco, otros te seguirán. (El otro hombre [Karl Germer] vendió su casa [b que tenía en Weida] e hizo realidad sus esperanzas de heredar, etc. Ahora, tres años después, ha vuelto a recuperarse y posee el triple que antes.) Alguno de estos años *estaremos*, efectivamente, en Easy Street, si las cosas siguen saliendo como hasta ahora. Envía todo lo que puedas recolectar a G. J. Yorke Esq., 9 Mansfield Street, Cavendish Square, Londres W1.

Durante el mes de octubre de 1928, apareció otro discípulo: Israel Regardie, de veinte años de edad. Según lo que él mismo cuenta, estudiaba arte en un centro universitario de Nueva York; pero se dio cuenta de que su vocación se hallaba en otra parte. Después de leer las obras de Aleister Crowley había acabado por escribir a la Bestia. Crowley le puso en contacto con su agente de Nueva York, Karl Germer. Y sería el entusiasmo de este último lo que acabaría convenciendo a Regardie de que, al fin, se hallaba en el buen camino. «Querido Maestro Thérion», escribe Regardie a la Bestia el 4 de agosto de 1928, «deseo agradecerle del modo más sincero su invitación para ir a París. Por supuesto que no había contemplado la posibilidad de recibir un salario por hacer el trabajo de secretario, lo que me obliga a decirle que su oferta de comida y alojamiento me parece excesiva.» Regardie contó a sus padres que se iba a París a estudiar arte con un artista de cierto renombre; pero a su hermana le contó la verdad. La noche antes de su viaje, cenó en «un restaurante caro de Nueva York», con Karl Germer, Cora Eaton y Dorothy Olsen, que había regresado a América. Cora no tardaría en ser la esposa de Karl Germer. También estaba presente la hermana de Regardie.

Regardie no sabía nada del hombre que le había ofrecido darle cama, comida y

lecciones de la filosofía del «Haz lo que Quieras» a cambio de un trabajo no remunerado de secretario. Por aquel entonces —octubre de 1928— Germer había llegado a conocer gran parte de la personalidad de la Bestia; pero estaba tan fascinado por Crowley, que cualquier duda que pudiera albergar acerca de la integridad de la Bestia quedaba bloqueada en el interior de su mente. Dorothy Olsen conocía bastante bien a la Bestia, con la que había realizado diversas operaciones mágic(k)as en París y Túnez, recibiendo, en pago, un ojo morado; pero su entusiasmo por Aleister Crowley no era menor que el de Karl Germer. Sólo Miss Regardie, que había husmeado algo entre las páginas de los volúmenes de *The Equinox*, se sentía alarmada por lo que su hermano menor iba a hacer; así pues, dio la nota discordante en aquella cena de Nueva York, lo que le valió el calificativo, por parte de su hermano, de «aguafiestas». Pero nada podía influir en su estado de ánimo, ciertamente exaltado.

La Bestia fue a recibir a Regardie en la estación de ferrocarril de París y le llevó en taxi hasta su apartamento, en el número 55 de la Avenue de Suffren. A la 1:11 p. m. Regardie fue presentado a Kasimira, y en cuanto él y la Bestia estuvieron un momento a solas, se vio aligerado del dinero que llevaba consigo, 1.200 dólares, para ser exactos. Aunque Regardie no lo supiera, la relación entre Crowley y Kasimira estaba a punto de irse a pique. Aquella misma tarde —la del 12 de octubre— los tres celebraron su primera cena en común. No se ha recogido nada de lo que hablaron; por tanto sólo pueden hacerse conjeturas sobre la cuestión: todos debían sufrir algo de ansiedad, pero por muy diferentes razones. Al final de la cena, cuando ya estaban tomando el café y una copa de coñac, Crowley se abalanzó sobre Kasimira, «y se tiraron al suelo, comenzando a joder como animales, allí mismo, enfrente de mí... estaba tan sorprendido, que creo que salí tambaleándome de la habitación». Este curioso comportamiento era la reacción de la Bestia al miedo que sentía, al pensar que Kasimira le estaba preparando alguna mala jugada, y por eso se abalanzó sobre ella mientras tenía posibilidades de hacerlo. Y, al tiempo que tiraba por los suelos a Kasimira, quizá pensase en que estaba dándole a su nuevo discípulo la primera lección de la filosofía del «Haz lo que Quieras».

No disponemos de más cartas de Kasimira, por lo que no es posible conocer su versión de toda esta historia. Lo único que conocemos son los hábitos sexuales de Crowley, que estaba sujeto a drogodependencia y que tenía una notable habilidad para crear crisis.

Su siguiente carta a Smith, del 16 de diciembre de 1928, revela el nuevo cariz de aquel asunto:

55, Avenue de Suffren
París VII

Le quita a uno toda su fuerza moral el sentir en carne propia que la justicia, la decencia y el sentido común no son sino desvaríos y que sólo con disfrazarse de cualquier cosa que resulte inverosímil será uno capaz de llevarse el gato al agua.

Tengo que contarte la verdad sobre Kasimira. No es toda la verdad, ya que todo pende de un hilo, pero tú

conociste lo que pasaba y actuaste de la mejor manera posible.

El acuerdo consistía en que combináramos nuestras fuerzas. Esto ha funcionado bastante bien hasta cierto punto. El 26 de agosto estábamos en la Rada —podrás localizarla en el mapa— y aunque tuviéramos el dinero suficiente para vivir allí, no podíamos salir de París, porque no teníamos ropa, etc. Entonces, ella dijo que podría poner 10.000 dólares que le debía un tal Mr. Saiger, o alguien con un apellido parecido, y que Mrs. Reynolds [una echadora de cartas de California, que le había hecho predicciones asombrosas a Wilfred T. Smith] se estaba encargando de recoger. No obstante, escribió a Mr. Yorke diciéndole que pondría esa suma de dinero, y rogándole que tuviese la amabilidad de enviarle el que teníamos en el fondo común, para poder comprarse con él ropas y demás, y, así, instalarse en un apartamento de París. Él se mostró de acuerdo. Entonces, ella le envió una nota, que la comprometía por mil dólares, y firmó los documentos del contrato, repitiendo todo lo pactado ante unos testigos. Mediante tales maniobras, todavía pudo conseguir más dinero y, entonces, desapareció en secreto. Todavía sigue escondida, pero los que se esconden de los hombres no pueden esconderse de los Dioses, y ella es una mujer muy enferma. También pienso que está completamente chiflada. Su última carta parece la de un animal en pena y todo lo ocurrido no es achacable sino a su propia estupidez. Lo peor de todo esto es que aparece ante el mundo como una prostituta, una estafadora y una chantajista, y ella no es nada de eso. Ante tales hechos, me retracto de mi palabra dada. Pero le va a resultar totalmente imposible regresar a California hasta que no cumpla lo que firmó, hasta en sus menores detalles, y si regresa sin disponer siquiera de 10.000 dólares, se arriesga a ir a la cárcel, ya que no hay sitio en el mundo en donde pueda ocultarse. En su ignorancia de la ley francesa, ha cometido acciones que la condenan irremisiblemente a los ojos de la justicia de este país.

No he cambiado, en absoluto, mi opinión acerca de ella, y me gustaría hacer cualquier cosa para protegerla, pero, naturalmente, la gente a la que le ha sacado el dinero está tan rabiosa como un nido de avispas, y en todo momento, las garras pueden agarrarla por donde tú sabes tan bien como yo... o al menos, eso es lo que creo.

De verdad que es una persona muy estúpida. Le enviaste una carta en la que le hablabas de mí, de la manera más franca posible, ya que ella había sido tu amante. Ella me presentó esa carta, imaginándose que yo no sabría comprenderla, y olvidó todo el asunto durante varias semanas y meses, hasta que en un exceso de confianza, el gato se escapó de la bolsa. Ahora me encuentro como Diógenes, pero con una linterna de mucha más potencia, buscando a alguien de quien ella *no* haya sido amante. No puedo decir por qué las mujeres hacen estupideces consigo mismas.

Te felicito por el asunto de M. Me dices que estás buscando otra señora. ¡Pero por todos los cielos! ¿qué se te ha perdido con Mrs. Reynolds? Divide su edad por dos, réstale el primer número que se te ocurra y verás que no tienes nada que hacer con ella.

Te deseo realmente, y ahora en serio, que hagas lo que puedas, y no me voy a preocupar, en absoluto, por los medios que utilices, para aclarar este asunto con nuestra vieja amiga, marcándole un tanto a ese chiflado y viejo bacalao de Mrs. Reynolds.

Crowley a Smith (17 de enero de 1929):

Ya te escribí el 16 de diciembre hablándote de la catástrofe de Kasimira. Desde entonces, nuestros negocios han ido bastante mal. Ella debe de encontrarse completamente desquiciada. Se fue furtivamente, como hacen los auténticos criminales profesionales.

En esta ocasión, Crowley no está usando el plural mayestático. Se refiere a los miembros de su séquito, que, el día en que escribe aquella carta, se halla formado por su nueva Mujer Escarlata, María Teresa Ferrari de Miramar y su secretario, Israel Regardie, y, por supuesto, él mismo. Su curiosa frase «desde entonces nuestros negocios han ido bastante mal» alude a que la fuga de Kasimira le dejó muy corto de fondos, porque ella se llevó el dinero de él, y no el suyo propio. Si no se lo hubiese llevado, María Teresa Ferrari de Miramar, que había llegado de Nicaragua, no se habría sentado en el trono de Babalon, la Ramera de las Estrellas.

Crowley a Smith (19 de enero de 1929):

Es obvio que Mrs. Reynolds es una vieja bruja maliciosa. Y, con toda seguridad, influyó malignamente en

Kasimira, aunque yo no sepa de qué modo, y por eso ella ahora se encuentra muy enferma.

Realmente, deberías tener más cuidado al dar consejos a la gente que tiene ataques, a menos que les digas que consulten sus problemas con un médico.

Lo mismo puede aplicarse a Eulalie [la nueva amiga de Smith]. Quizá no hayas tenido la mala suerte de conocer a Madame la Duchesse Blanche la Grande, que le dio gemelos al Príncipe de Gales y que fue golpeada con un bombín de bicicleta por su primer marido, que, de rebote, la dejó paralítica.

¿Qué te ha hecho pensar que la gente de California no es más que un puñado de salvajes?

Crowley a Smith (13 de febrero de 1929):

Si no me puedes dar la actual dirección de Kasimira Bass, dame entonces la de la escuela o convento en donde se encuentra Joan Marion [la hija de Kasimira], Tendremos que *ir* a pellizcarle su gordo trasero.

Crowley a Smith (18 de febrero de 1929):

Ahora empiezo a pensar que a Kasimira la ha engañado ese ladrón y chantajista de Hunt [el agente publicitario de Crowley en París] que es capaz de cualquier cosa. Da la impresión de que Kasimira ya no está en Francia... Creo que debieras ir a ver a Mrs. Reynolds para decirle que el diablo le va a tirar de sus cortos cabellos, a menos que actúe de una manera honesta. Le ha hecho a Kasimira el más terrible de los daños al comportarse de esa manera. Antes o después daremos con Kasimira y entonces ella tendrá un desagradable despertar. Ya llevo demasiado tiempo intentando salvarla de las consecuencias de su estupidez.

Crowley a Smith (24 de febrero de 1929):

Jane [Wolfe] me dijo por carta que algunas de las dificultades que tienes para reponerte de lo que te ocurre con la gente puede deberse a que tienes muy poco cuidado con tu aspecto personal y, en general, con la forma de vestirme, en comparación con la media usual. Es extremadamente importante que parezcas y actúes como un banquero llegado en el *Mayflower*. Ya verás la diferencia en el trato con la gente.

En cuanto lo hayamos llevado a la composición, a base de créditos y de dinero en metálico, nos hallaremos en disposición de publicar *Magick*.

Irritado por esta crítica, Smith le contesta:

Atiende, viejo, ¿cómo va a poder parecer un banquero llegado en el *Mayflower*, un tipo que usa camisas de un dólar ochenta y cinco, lazos de a dólar, trajes de veintitrés, etc., que come en restaurantes de tercera y vive en un cuartucho de 3 por 3 metros de uno de los barrios bajos de la ciudad?

LA SUMA SACERDOTISA DEL VUDÚ

CROWLEY no salvó a Kasimira de las consecuencias de su «estupidez». Ella salvó lo que pudo de las ruinas de su mágica unión y salió a toda prisa; él no tenía ni idea de dónde podía estar. Pero la Bestia siempre sabía cómo salir del atolladero y convertir un fracaso y un desengaño en una victoria, si no en la realidad, al menos en su propia imaginación: «Aliviado de la tensión que suponía Kasimira, he podido dar comienzo a actividades serias de tipo mágic(k)o, tras tomar las precauciones rituales. El clímax de la primera ceremonia ha sido realizado por un violentísimo viento, que se ha levantado de improviso. Las ceremonias posteriores fueron igual de notables. Creo que los resultados no tardarán en llegar; y a no ser que algún imprevisto le bloquee el camino, algo importante deberá ocurrir a lo largo de la semana».

No hay un registro preciso de lo que la Bestia hiciera durante 1928, pero «un sumario de sucesos» —la Bestia siempre estaba haciendo sumarios y resúmenes de todo lo que le ocurría— da una situación clara de lo sucedido durante el último trimestre de aquel año. El 19 de septiembre se mudó a un apartamento amueblado en el número 55 de la Avenue de Suffren, París VII°. El 22 de septiembre, Yorke llegó de Londres para pasar el fin de semana. El 12 de octubre, Israel Regardie llegó de Washington D. C. El 3 de noviembre, «Kasimira huyó». Y el 17 de enero de 1929 llegó un inspector de la Prefectura de Policía para hacer unas investigaciones acerca de su persona, pero la Bestia no explica en qué consistían aquellas investigaciones.

El 28 de noviembre (de 1928) le escribe a Yorke, diciéndole:

Los fenómenos que han tenido lugar en este apartamento [el 55 de Avenue de Suffren], desde que la Suma Sacerdotisa del Vudú [María de Miramar] desplazara a La Mujer de Samaría [Kasimira], podrían interesar a la Psychical Research Society, si es que queda alguno de sus miembros que no se halle en estado de coma.

Kasimira reaparece inesperadamente en su diario, en una entrada que corresponde al 9 de febrero de 1929: Kasimira abordó a la Sra. De Miramar en el autobús, y la agredió.

Kasimira no agredió a María de Miramar, sino que, simplemente, la en guardia contra la Bestia, una advertencia que la Sra. de Miramar, no pudo, o no quiso, seguir. Ella estaba gratamente impresionada por Crowley, no sólo por el hombre, sino también por el mago; y, sin género de dudas, estaba enamorada de él. Era tal su confianza en los poderes de la Bestia como Mago, que, el 20 de enero, le insta a que se monte en un unicornio y se vaya en secreto hasta Jericó.

La siguiente carta que Crowley envía a Yorke aclara lo que sucedió cuando se encontraron María y Kasimira: «Habiéndome ido a Fontainebleau el viernes por la tarde, Madame de Miramar salió el sábado por la tarde, con el único propósito, al

parecer, de irse al cine. Fue seguida, prácticamente al salir de la casa, por Mrs. Bass, según tengo entendido. Sea como sea, lo cierto es que Kasimira se sentó al lado de Mme. de Miramar en el autobús, dando comienzo a una especie de conversación calcada de una película folletinesca. Era evidente que estaba muy furiosa por haber perdido la última oportunidad que se le presentaba en la vida... Su objetivo declarado era inquietar a la Sra. de Miramar y, si podía, hacer que se apartara [de mí]. Pero las mujeres son las mujeres, ya se sabe. La Sra. de Miramar no tiene ninguna duda de que la malicia que observó en los ojos de Kasimira pudo llegar a ocasionarle algún daño de importancia, como que ésta le arrojara a la cara ácido sulfúrico, aunque yo personalmente no lo creo». Y así, se deshace de Kasimira Bass, «apartándose de su estupidez».

Regardie, otro de los personajes de aquellos meses, escribe a Yorke el 21 de enero de 1929 en estos términos:

El Maestro Thérion me invitó a Europa, se supone que para que le asistiera en Su trabajo, en la parte en que se fundamenta, ya que yo era la única persona disponible por el especial conocimiento de algunas materias, como el hebreo, que había conseguido después de algunos años de estudio, y por una ligera familiaridad con los procedimientos de la Obra.

Éstos son, pues, los principales discípulos de la Bestia en aquel período de su vida: su Mujer Escarlata, María Teresa; el Hombre Rico de Occidente, Karl Germer (hermano Saturnus); Gerald Yorke (hermano Volo Intelligere); y su secretario honorario, Israel Regardie, a quien Crowley llamaba «La Serpiente».

El aspecto de la Gran Obra que, por aquel tiempo, ocupaba la atención de Crowley era la publicación del más importante de sus escritos: *Magia. Teoría y Práctica*. Llevaba mucho tiempo recogiendo material para un libro de esas características, precisamente desde que publicara el *Book Four*, con sus dos partes, respectivamente en 1911 y 1912. *Magia* es una ampliación, mejorada y embellecida, de esta antigua obra, y comienza con una explicación de lo que es la magi(k)a, es decir, una técnica mediante la cual uno puede hacer que la naturaleza obedezca a su voluntad, actuando sobre la energía que se halla detrás de lo fenomenológico, y que puede ser controlada, siempre que, con el apropiado estado mental, se pronuncien las palabras adecuadas y se realicen las correspondientes acciones. En su obra, Crowley presenta algunos de los rituales básicos, tal y como eran enseñados en el seno de la Golden Dawn, como la transferencia de la propia consciencia al Plano Astral, los rituales de expulsión y de invocación del Pentagrama y del Hexagrama, y el método cabalístico que permite entrar en comunicación con inteligencias inmateriales, espíritus y demonios, y ponerlos a prueba cuando han sido invocados. Además, presenta su técnica personal para suscitar la *Kundalini Shakti* (la energía de Kundalini) en la base de la espina dorsal, y fusionarla con la consciencia cósmica.

Sobre todas estas técnicas mágicas convencionales, Crowley erigió el edificio que le era propio, el de *thelema*: es decir, había fusionado las enseñanzas de la Golden

Dawn con las suyas propias, tal y como vienen formuladas, aunque no explicadas, en el *Liber Legis*. Por esta razón, *Magia. Teoría y Práctica* es un libro difícil de comprender, una ciudad dentro de una ciudad; pero la llave de esta ciudad interior se halla en un conocimiento íntimo de la vida de Crowley, de sus compañeros, de sus operaciones, ya sean las relacionadas con la magia sexual o con el uso de drogas, y sólo con ella el libro consigue ser entendido. En realidad, Crowley no hizo más que elaborar un sistema mágico propio, a partir de sus experiencias en la Golden Dawn y en la O.T.O. y, en particular, según sus propios gustos y obsesiones sexuales, que inteligentemente compendió en la frase del Haz lo que Quieras. Es una inmensa confesión: Perdurabo, la Gran Bestia Salvaje 666, el Maestro Thérion, sir Aleister Crowley y San Aleister Crowley, todos ellos, son citados y alabados.

Germer y Yorke aceptaron sufragar el coste de la publicación de *Magia*, pero todos los impresores a los que se dirigieron rehusaron el encargo. Además del hecho de que ningún impresor británico mínimamente sensible quería tener nada que ver por aquellos días con Aleister Crowley, que había sido presentado a la opinión pública como un caníbal, el propio manuscrito contenía observaciones que las personas corrientes encontraban fuera de nota, si no motivo de procedimiento judicial. Por ejemplo, bajo el apartado de *Sacrificios cruentos y cuestiones afines* aparecía la sorprendente declaración: «Un niño varón de perfecta inocencia, y de elevada inteligencia, constituye la víctima más satisfactoria y apropiada», con esta sangrienta nota: «De los Diarios Mágicos de Frater Perdurabo, se deduce que El realizó este particular sacrificio una media de 150 veces al año entre 1912 e.v. y 1928 e.v.». En realidad, Crowley no estaba compitiendo con Gilles de Rais, y el pasaje tenía un significado secreto^[204], pero los impresores, al no ser Adeptos de las Ciencias Secretas, no sabían cuál era.

Al final, la obra fue aceptada por la Lecram Press de París y, a su debido tiempo, salió a la luz: era una curiosidad literaria, «publicada sólo para los suscriptores». Fue totalmente ignorada por el público, hasta que, una generación después, reapareció en una edición norteamericana escandalosamente pirata, sin prefacio ni introducción, ni tipo alguno de exégesis.

Magia. Teoría y Práctica, como otra obra de su autor, el *Book Four*, fue escrita por una persona que creía apasionadamente en la magia: es un grimorio para todos aquellos que deseen progresar, introspectiva y extrovertidamente, en la magia. No es una historia de la magia, escrita por un historiador, como *El museo de los brujos, magos y alquimistas*, que da a conocer en 1929 Emile Grillo de Givry. Ni siquiera Arthur Edward Waite, una de las personas que estudiaron durante toda su vida los misterios herméticos, «creía» en la magia tanto como Crowley; Waite fue miembro de la Golden Dawn, y autor de libros de magia, alquimia e historia de la Rosa Cruz, pero siempre se mantuvo fuera de lo estudiado, como un observador que simpatiza con lo que observa. En su *Magia. Teoría y Práctica*, Crowley define su posición con las siguientes palabras:

Antes de cumplir los trece años, ya estaba totalmente convencido de que yo era LA BESTIA, cuyo número es el de 666. No tenía ni la menor idea de lo que eso implicaba, aunque me daba un cierto sentido de identidad que me hacía sentir un apasionado ensimismamiento. En el tercer año que pasé en Cambridge, me consagré solemnemente a la Gran Obra, entendiendo por ella la Obra que me permitiría convertirme en un Ser Espiritual, libre de las necesidades, accidentes y decepciones de la existencia material. Me encontraba en un dilema a la hora de encontrar un nombre para designar mi trabajo, lo mismo que le había pasado, algunos años antes, a H. P. Blavatsky. «Teosofía», «esplritualismo», «ocultismo», presentaban connotaciones indeseables. Por eso elegí el nombre MAGICK, por ser el más sublime, y, actualmente, el más desacreditado, de todos los términos que se me ocurrían. Juré rehabilitar a la MAGICK, identificarla con mi propia carrera; y obligar a la humanidad a respetar, amar y creer en lo que despreciaba, odiaba y temía. He mantenido mi palabra. Pero ha llegado el momento de llevar mi bandera ante esa confusa muchedumbre que representa la vida del hombre. Debo hacer de la MAGICK el factor esencial de la vida de TODOS. Al presentar al mundo este libro, debo explicar y justificar mi posición mediante la formulación de la MAGICK, exponiendo sus principios más importantes, de tal manera que TODOS puedan comprender al instante que sus almas y sus vidas, todas ellas en constante relación con cualquier otro ser humano y con cualquier circunstancia, descansan en la MAGICK y su correcta comprensión y aplicación.

La *k* anglosajona que aparece en la palabra *magick* [y que en la traducción española se ha mantenido al escribir *magi(k)a*], como la mayor parte de los conceptos de Crowley, se relaciona con el tipo de magia que él realizaba. *K* quiere representar la palabra *kteis*, vulva en griego, el complemento de la vara, o falo, que es utilizado por el mago en algunos determinados momentos, y aspectos, de la Gran Obra. Además, *k* es la undécima letra de varios alfabetos, y once es el número principal de la *magi(k)a*, ya que es el número atribuido a los Qlifot: el inframundo de fuerzas caóticas y demoníacas que debe ser conquistado antes de practicar la *magi(k)a*. La *k* también tiene otras implicaciones: se corresponde con el poder de *shakti*, la energía creativa, según el hinduismo; y la *k* no es otra cosa que la palabra *khu*, el poder mágico, por excelencia. Por consiguiente, por *magi(k)a* se entiende la técnica sexual que Crowley empleó en sus operaciones mágicas, con el éxito que el lector de esta biografía podrá decidir por sí mismo.

La idea que subyace globalmente detrás de la magia es la de permitir al mago influir en el reino que se encuentra detrás de las apariencias, de manera que pueda llegar a transformarlas. El principal medio que Crowley disponía para tal cosa no era otro que el uso de la corriente sexual.

Tres años después de la aparición de *Magia*, aparecía una reseña en el *Sunday Referee*. Una reseña de una obra tan curiosa, escrita por un autor tan notorio, no habría sido publicada, de no haber sido el responsable de dicha reseña miembro del consejo editorial porque escribir sobre Crowley suponía para él escribir sobre sí mismo. Si hemos de creer a la persona que vivía con él por aquel tiempo, Runia Tharpe, o Sheila McLeod, Víctor Neuburg, pues de él se trataba, todavía se hallaba bajo la influencia de la maldición que Crowley le había echado; y tenía, pues, más de una razón para aborrecerle. Su reseña, no obstante, es objetiva y elegante, aunque una crítica razonada de la obra habría excedido la capacidad de Neuburg y su paciencia, y resultado de poco interés para el lector medio del suplemento literario del *Sunday Referee*:

EL MAESTRO MAGO

Magia. Por el Maestro Thérion

El autor, el Maestro Thérion, es el Chico Malo de la prensa británica, Aleister Crowley. Este hombre malvado (*vide* la prensa, *passim*) ha escrito una obra ingeniosa, profunda y lograda... Por una vez, Mr. Crowley puede ser tratado totalmente en serio desde un punto de vista crítico y sin el rencor que nace del sobresuelo del profesional que trafica con la típica chabacanería barriobajera. Gran parte de la gran popularidad de este autor obedece, sin género de dudas, a sus hábitos persistentes, y que no se deben simplemente a un acceso súbito de violencia de expresión y de apasionado dogmatismo; hábitos que no son simplemente estúpidos, sino deslucidos, como los fuegos artificiales a la luz del sol... Las habilidades del escritor son patentes: es un maestro, por donde se le mire, de la prosa; su poder de expresión se halla tan cerca de la perfección como el de cualquier otro autor.

El día en que apareció esta recensión, el 9 de octubre, la Bestia escribió en su diario: «Maravillosa recensión de *Magia*, a cargo de L. T., en el *Referee*». Durante aquel día, Neuburg fue nuevamente su discípulo, lo que explica el uso que Crowley hace del nombre mágico que había adoptado en la A. A. '. «Lampada Tradam».

Las esperanzas de Crowley volaban muy alto, a consecuencia del éxito de su libro. En este sentido, los autores son incorregibles, debido a su erróneo parecer de que todo el mundo está interesado en sus preocupaciones, al igual que ellos. Esperaba que la publicación de *Magia*, le situase, de una vez y para siempre, en su puesto. Escribió al hermano Volo Intelligere: «La gente, por lo general, busca libros de Magi(k)a. Desde la Edad Media no se ha hecho ningún intento al respecto, excepto la obra de Lévi». Yorke seguía sin estar convencido, para irritación de su Maestro, que le escribió lo siguiente: «Sigo aferrándome a mi creencia de que la aparición de *Magia* cambiará todo».

Crowley y sus seguidores decidieron contratar a un periodista llamado C. de Vidal Hunt para que fuese creando el ambiente propicio, dentro del mundo de la prensa, para el momento en que apareciera su *Magia*, ya que él iba a ser el agente publicitario de la obra. Pero también sería de ayuda a la Bestia en otros campos, como por ejemplo, presentándole a una rica dama, en principio con la simple excusa de la amistad, lo que podría convertirse en un casamiento provechoso. De Vidal Hunt estaba persuadido de que Crowley era un hombre de letras de grandísimo talento, que, durante muchos años, había sido objeto de injustos ataques por parte de la prensa y de la gente que no conseguía entenderle. De Vidal Hunt se puso a trabajar con energía y espíritu emprendedor, pero no tardó en encontrarse con una seria dificultad: Aleister Crowley. En una carta a Yorke, fechada el 7 de noviembre de 1928, le dice lo que sigue:

Dentro de muy pocos días, Crowley, que ha sido invitado a tomar el té, será presentado a Edith de Brettville, la sobrina de un millonario californiano. En los viernes de Mrs. Westmorland se reúne la alta sociedad, y allí es a donde le voy a llevar. Lo malo de todo esto es su total incapacidad para «actuar» como es debido después de haberse tomado una taza de té. Como empresario estoy muy desanimado. No ha sido capaz de aprenderse nuevos trucos. Cuando aparece en sociedad, da la impresión de que estuviera sumido en una especie de apatía, de la que resulta difícil sacarle. Y ésta no es precisamente la manera de llegar a hacerse popular entre las damas. No obstante, seguiremos con lo previsto, pues ahora el león es una vieja bestia, un poco huraña, que no consigue asustar a nadie con sus bravatas.

La «apatía» de Crowley estaba ocasionada por su adicción a la heroína. La carta que días más tarde, el 26 de noviembre para ser exactos, De Vidal Hunt envía a Yorke, habla de la Bestia en términos más inciertos y llenos de perplejidad:

No creo que pueda sacar siquiera un penique para la promoción del A. C.—anismo de nadie que tenga una mínima idea de lo que son los negocios. Y ni el hecho de que lleguen a conocerle personalmente llega a impresionarles. Su forma de hablar, asmática, adormilada y balbuciente, ha supuesto una amarga desilusión a todos aquellos que habían oído hablar de su elocuencia... Querido amigo Yorke, créame, por favor, cuando le digo que no sé qué pensar de todo este asunto.

De Vidal Hunt no duró mucho tiempo en aquel trabajo. Según Crowley, discutieron a causa de un matrimonio que estaban intentando arreglar entre una millonaria americana que vivía en París y uno de los miembros de la familia real española, que no tenía un duro y que vivía en París: don Luis Fernando de Borbón. Una vez más, De Vidal Hunt cuenta a Yorke sus cuitas, en la carta que le envía el 16 de diciembre de 1928:

Deseaba suspender mi trabajo, eso fue lo que le dije, hasta que no tuviese una proposición más seria que ofrecerle, y añadí que cualquier proposición sólo estaría basada en que Crowley hiciera o escribiera algo en consonancia con los fines publicitarios. Usted estuvo totalmente de acuerdo conmigo en todos los puntos, y yo, como publicista y periodista, seguía esperando que Crowley se prestara a hacer una publicidad decente. No ha ocurrido nada, excepto que, por mi parte, he estado un poquito despierto. Como resultado de que una dama de muy elevada condición, a la que, para mi desgracia, yo mismo le había presentado, se ha negado a recibirle en su castillo, Crowley la ha insultado de la manera más ordinaria y rastrera, y ha intentado intimidarme amenazándome con denunciarme a la policía, a causa de dos o tres libros suyos que tengo en mi poder. Me he disculpado con la dama, que es una antigua amiga mía, y he recibido una buena regañina por haberla «puesto en contacto con semejante individuo».

Karl Germer seguía ayudando económicamente a la Bestia. Al parecer la mayor parte de este dinero provenía del bolsillo de Cora Eaton. La carta que Germer envía, el 2 de noviembre de 1928, a Yorke da idea de la situación, a todas luces desafortunada tanto en lo económico como en lo moral:

Cora Eaton es una buena amiga mía. De mediana edad, posee gran experiencia, no ha llevado una vida placentera, y ha heredado, no hace muchos años, el dinero suficiente para vivir tranquilamente sin hacer excesos. Es una persona extremadamente crítica, y, como tú mismo sabes, la proposición que estamos intentando hacerle no es muy atractiva, que digamos, desde el punto de vista de los negocios, a menos que el inversor tenga mucha visión de futuro y entusiasmo, cosas ambas de las que carece Cora Eaton. Le he pedido que envíe por giro telegráfico al menos 1.000 dólares, puesto que Aleister Crowley había comentado que era de vital importancia disponer de esa suma para el 21 de octubre. Cora Eaton se negó categóricamente.

Personalmente, estoy plenamente convencido de que no hay mejor oportunidad para una mujer como C. E. que invertir todo su dinero en la propuesta [la Mandrake Press] que le hacemos.

Y como dice en Isaías, 48, 10-11: «Es por mí, por amor a mí lo hago». Y así, al año siguiente, Karl y Cora estaban casados.

Crowley era desconfiado hasta la paranoia respecto al comportamiento de todo aquel que sabía que no sentía amistad por él. Por ejemplo, llegó a pensar que Kasimira había cogido 5.000 francos de la caja fuerte, y fue a informar a la policía,

encontrándose, después de volver, que el dinero estaba debajo de la estatua de Ho Tai, lo que comprobó cuando la levantó de su sitio para llevársela al dormitorio.

El 17 de enero de 1929, y como consecuencia de la visita de De Vidal Hunt a la Sûreté Générale, se presentó, por la tarde, un inspector de la Prefectura de Policía. La Serpiente le dio la razón a la Bestia de que era algo más que una coincidencia: se trataba del comienzo de un ataque mágico dirigido contra la publicación del libro.

El inspector se acomodó en un sillón, miró fijamente a Crowley y preguntó:

«¿Por qué le llaman a usted el Rey de la Depravación?»

«La gente me llama muchas cosas», respondió Crowley.

«¿Toma drogas?»

«No.»

El inspector señaló un instrumento de aspecto poco corriente, incluso infernal, que estaba sobre la mesa. «¿Y entonces, esto qué es?»

«Una cafetera.»

Según Crowley, el inspector pensó que la cafetera de la Bestia, de diseño muy reciente, tenía un aspecto vagamente siniestro. Regardie la describió como «un pequeño aparato de vidrio Pyrex —creo que más bien habría que decir de ella que parecía una cafetera antediluviana— calentado mediante una diminuta lámpara de alcohol. Nunca antes había visto otra igual».

«Hay personas que vienen a consultarle», dijo el inspector, prosiguiendo su interrogatorio, «¿qué les aconseja que hagan?»

«Eso depende de lo que me hayan preguntado.»

La conversación pasó del tema de las drogas y de la buenaaventura al de la Cábala sagrada. El inspector estaba encantado y declaró que también a él le gustaría estudiarla, pero Crowley le aconsejó que no abordase con demasiada brusquedad una disciplina tan recóndita.

«Hacen falta siete años de estudio ininterrumpido para empezar a entender algo de ella.»

El inspector, ya tranquilizado, comenzó a saborear la conversación con aquel inglés tan extraño y de mirada tan penetrante. Le dijo a Crowley, con toda franqueza, que, por primera vez en su vida, no sabía de lo que estaban hablando. A lo que Crowley contestó que era algo totalmente natural, puesto que él llevaba más de cincuenta años intentando comprenderlo, sin mucho éxito. «Le dejó muy perplejo», escribió Crowley, cuando resumió la visita del inspector, «que yo no cobrase por las consultas, y que no dijera la buenaaventura ni hiciera otras cosas semejantes. Creo que cuando se fue, se encontraba bien dispuesto hacia mí. Pero me dijo que tenía que hacer un informe al respecto... y eso era lo que contaba.»

Pero, a pesar de su conversación acerca de la Cábala sagrada el informe del inspector no debió de ser demasiado favorable, pues cuatro semanas más tarde, el ministro del Interior firmaba un *réfus de séjour* que afectaba a la Bestia, a su Suma Sacerdotisa del Vudú y a su secretario honorario, la Serpiente. Y dos semanas

después, un *gendarme* llevó una citación para que se presentaran en la Prefectura. Crowley se quedó en la cama, por lo que la Suma Sacerdotisa y la Serpiente fueron solos a la prefectura, donde se enteraron de que su presencia, y la de su Maestro, ya no era grata en Francia, por lo que tenían que abandonarla en veinticuatro horas.

La Bestia envió un telegrama a Yorke, que estaba en Inglaterra, para que acudiese en su ayuda, pero el hermano V. I. declinó la invitación. Así pues, Crowley se decidió por una línea de acción: «se resistiría, y se iría, pero a la cárcel».

La señora de Miramar se dirigió al cónsul de Nicaragua, quien la llevó a ver a un funcionario del Ministerio del Interior, que le dijo (según la parodia que Crowley hace de esta entrevista en su diario): «Naturalmente, mi querida y joven señora, que no tenemos nada contra usted. Hacemos esto por su propio interés, ya que usted es una conocida del perverso Aleister Crowley, que mata a todas las mujeres que conoce, o las vuelve locas».

Crowley escribió el 5 de marzo a Yorke, antes de abandonar Francia: «Todavía tengo mucha fiebre, y la de Miramar tampoco se encuentra nada bien. El hombre del pecado se queja de estar todo el rato cansado. Y no hago más que insistir en que se eche una hora diaria después de la comida».

El «hombre del pecado» no era otro que Regardie, y este apodo le había sido adjudicado porque una prostituta le había contagiado una gonorrea. Como él mismo dijera a Yorke, en su carta del 13 de febrero:

¡Menos mal que al fin pude salir de aquel viejo hospital! Lo que me dijiste la última vez que estuve aquí, que no tenía que preocuparme por el dinero del viaje de vuelta a los Estados Unidos, es una de las cosas que, entre tanto fracaso, más he apreciado. Pero soy de la opinión de que aunque las cosas no salgan bien, lo que no creo que suceda, es obligación mía permanecer al lado de A. C. y seguir juntos adelante, tanto como podamos. No es nada deportivo quedarse cuando las cosas van *okay* y salir corriendo en el momento que dejan de ir tan bien.

El 7 de marzo, la Bestia, que parece haberse abandonado a la indolencia y aún sigue en París, escribe a Yorke:

No voy a pedirte dinero extra, pero podría darse el caso de que, en los próximos días, tuviera que satisfacer a algunos pagos. Resulta un completo fastidio tener que estar en la cama todo el tiempo, viendo cómo voy perdiendo energías. Los otros dos [María de Miramar y Regardie] parece que hoy están un poquito mejor.

La siguiente carta que le envía a Yorke, que, no lo olvidemos, era miembro de su organización mágica, suponía, al tiempo, un reproche y una demanda. Fue escrita el 16 de marzo, cuando las cosas comenzaban a ir mal para la Bestia:

Vas a tener que pedir dinero prestado para la próxima semana, y será mejor que la suma ascienda a 2.000 libras. Podrán ser repuestos con el dinero de las *Memorias* [las *Confessions* de Crowley] o de mi *Magia*. En cualquier caso, no sé cómo esperas llegar a ser adulto sin abandonar las faldas de tu ama de cría. Lo primero que yo hice fue dejar a un lado carrera y fortuna y vagar por los lugares más desolados de la tierra, sin hacerle ascos a privación alguna. Tú no debieras pensar en otra educación diferente.

La Serpiente y la Suma Sacerdotisa obtuvieron su visado a Gran Bretaña, y se fueron, dejando a Crowley en su casa al amparo de un certificado médico: se reuniría con ellos cuando hubiera corregido las pruebas de su *Magia*, que acababan de llegar de la imprenta.

Para su incomodidad y embarazo, la Suma Sacerdotisa y la Serpiente fueron detenidos en Tilbury por agentes del servicio de inmigración y, encerrados en sus respectivos compartimentos, fueron devueltos a Francia. Consiguieron obtener visado para Bélgica, y así llegaron a Bruselas seis días después de su salida de París.

El viernes, 12 de abril de 1929, Crowley recibió uno de los ejemplares recién salidos de la imprenta del *Magia. Teoría y Práctica*, y, con él en la mano, gritó «¡Victoria!». El miércoles siguiente, aún no restablecido del todo, se vistió con un sombrero negro, de estilo Homburg, y una capa, y posó para la fotografía que le hicieron, y que fuera de Francia le anunciaba como sir Aleister Crowley, baronet inglés y agente doble. Él mismo describiría su partida como «una publicidad tremenda», y no exageraba: su expulsión de Francia fue reseñada en toda la prensa mundial.

Crowley decía que su expulsión de Francia se había debido a dos razones: a las maquinaciones de De Vidal Hunt, que quería vengarse por haber perdido su comisión de «casamentero»; y a que el inspector de la Prefectura de Policía había tomado su cafetera por algún adminículo infernal para la destilación de cocaína. Pero, según el *París Midi*, Crowley había sido expulsado por la simple razón, más que suficiente, de que se le suponía agente secreto de Alemania, y su organización O.T.O. y sus partidarios alemanes, una «tapadera».

Estaba furioso porque su Mujer Escarlata no había sido admitida en Inglaterra, y juró que lo sería aunque tuviera que casarse con ella. Consultó al *Yi King*, recibiendo la contestación de que el matrimonio con María sería algo precipitado; pero Crowley no se encontraba de humor para escuchar la voz de la sabiduría. Hacer de María su esposa era su principal ofensiva.

Mientras tanto, Yorke había recibido una amistosa visita del coronel Cáster de Scotland Yard, quien quería saber el tipo de pociones mágicas que el hermano Volo Intelligere había estado preparando con el «Peor Hombre de Inglaterra». V. I. le explicó que la Bestia no era tan bestial como daba a entender, después de lo cual el coronel Cáster dijo que le agradecería entrevistarse con Crowley, y le entregó diez libras para cubrir el desplazamiento de la Bestia a Londres.

Pocos días después, la Bestia, discípulo y coronel cenaban juntos... con gran satisfacción, presumiblemente, de la ley, pues Crowley no llegaría a ser arrestado. «Cené con coronel Cáster 7:30-11:30. Todo aclarado», escribió Crowley en su diario.

Yorke dijo que había sido una reunión agradable: el vino, las ocurrencias y los buenos sentimientos habían manado en abundancia, lo que era una manera civilizada de resolver las diferencias.

De repente, Crowley recibió un telegrama de su Suma Sacerdotisa, en el que

ponía en su conocimiento que las autoridades belgas les habían ordenado, a ella y a la Serpiente, que abandonaran el país. Se envió una llamada de socorro a Alemania, al hermano Saturnus, quien, inmediatamente, cogió a María, la llevó hasta Leipzig y la dejó en casa de Martha Küntzel. Crowley no tardó mucho en reunirse con María en Leipzig, y, el 16 de agosto de 1929, exactamente a las 11:20 a.m. se casaron en presencia del cónsul de Gran Bretaña. Inmediatamente después de la ceremonia, la Bestia hizo el horóscopo del suceso. Libra estaba en ascendente, Venus en semi-sextil, Júpiter en sextil, Mercurio en cuadratura, Urano en oposición de la Luna, mientras que el Sol estaba en trígono con Saturno. Pero nada dijo de si todos aquellos aspectos eran favorables, o todo lo contrario.

El mismo día, Mr. y Mrs. Crowley partieron para Londres, y cuatro días después sonreían ante la cámara fotográfica de un estudio de South Kensington. Más tarde, cuando la Bestia se tomó un descanso, escribió un informe de su expulsión de Francia y de su ulterior matrimonio, que tituló «Cuando el Diablo se volvió marido».

En ocasiones, Crowley menciona una parte de la anatomía de la mujer que un gentilhomme nunca debiera mencionar, pero nunca, o muy raramente, describe su rostro, su peinado, sus maneras, excepto en términos absurdamente insultantes. Afortunadamente, en el caso de Marie de Miramar, Arthur Calder-Marshall nos habla de la impresión que ella le causó, dándole la vivacidad que le había negado Crowley:

La puerta rechinó al abrirse y, durante un momento, al fondo de la escalera, enmarcada en la puerta, como en un cuadro de tamaño natural, pude distinguir la figura de una de las mujeres más interesantes que jamás haya conocido. Llevaba un vestido de raso, de colores blanco y negro, que realzaba osadamente la exuberancia de sus caderas y de su busto. Su singular *chic* hizo que en el cuarto de estar de aquella residencia [Ivy Cottage, en Knockholt, Kent] entrase el colorido de Río de Janeiro... sus medias caladas, de color negro, y sus zapatos de tacón alto hacían pensar en la esbeltez y largura típicas de las piernas de las indias sudamericanas.

Incluso en Brasil habría parecido exótica, pero en Knockholt, y más aún, en diciembre, resultaba fantástica. Su cabello, como el de la mayoría de las indias, era bonito, negro, liso y brillante, y le crecía con tal profusión que su rostro era como un pequeño claro en la jungla, que sólo un cultivo intenso podría llegar a convertir en monte bajo. Sus pupilas eran negras y grandes por naturaleza. Gracias al uso del *kohl* sobre sus párpados y al moldeado de sus largas pestañas con el *rimel*, conseguía un efecto que habría sido magnífico en un rostro mucho mayor que el suyo. Así pues, el resultado no hacía sino acentuar la necesidad que cada uno de sus rasgos sentía de un *Lebensraum*^[205]. La naturaleza sólo ha sabido encontrar asiento a los labios delgados, pero en ella había pintado con carmín el generoso arco de Cupido.

La gran admiración que el doctor Henri Birven sentía por la Bestia es el argumento de una carta que Germer escribe a Crowley desde Wilmersdorf el 13 de septiembre de 1929, dirigiéndola a su dirección de París. Pone al descubierto las esperanzas de salvación que Birven y otros ocultistas europeos tenían puestas en Aleister Crowley. La carta revela también que Germer se sentía indigno. Para esos adeptos europeos, la Bestia era lo que él afirmaba ser, aunque, por razones de estrategia, pensaban que, al menos durante cierto tiempo, debía ocultar su extraordinario poder. De cualquier manera, por entonces pululaban demasiados mesías:

Querida Bestia,

Hace ya varios días que Birven me ha escrito; la noche pasada estuve hablando con él bastante tiempo. Posiblemente, te darás cuenta de lo difícil que me resulta llegar a comprender correctamente a las personas cuyo tipo intelectual es parecido al de Birven. No consigo llegar hasta ellas. Cualquiera como él puede ponerme en tal aprieto, gracias a lo que sabe y conoce, que no sabría cómo salir de él.

Pienso que Birven es de fundamental importancia. Me dijo que su intención era que salieras a la luz, darte a conocer a la gente. Supongo que sabrás que se encuentra íntimamente relacionado con los dirigentes de varias órdenes mágicas de toda Europa, como Bricaud en Lyon, Oswald Wirth y su círculo de París, etc. Al parecer, después de leer el manuscrito de «La parte III del Cuarto Libro» [*Liber Four, Part III*, que se convertiría en su *Magick*] —que había conseguido gracias a I. W. E. [Martha Küntzel]— y darse cuenta de tus conocimientos, etc. ha intentado convencer a sus allegados de que hay que darte a conocer. También ha dicho de ti que tienes muchos puntos débiles. Su argumento es que esos ataques no tendrán efecto contra cualquiera que haya leído tus obras, ya que podrá dejar aparte todo lo que a ti se refiere desde un punto de vista personal. Y ahí es donde radica la extremada dificultad [en tu caso], ya que a todo esto hay que añadir que, en su opinión, has llegado a tan grandes alturas que te resulta simplemente imposible hablarle al individuo *standard*. No comprendería ni tu lenguaje ni tus ideas. Y el resultado de todo ello sería que el esfuerzo no conducía a nada positivo. Así pues, proclamarte el nuevo Salvador, el Mesías, no daría resultado, simplemente porque Mesías, Salvadores y gente parecida, en los tiempos que corren, los hay a cientos en cualquier país. Así pues, presentarte como uno de ellos es, en opinión de Birven, un gran problema. Sin embargo, afirma que hay que encontrar una salida, y eso es lo que está buscando. También piensa que habría que intentar algo con la clase de los intelectuales, pensadores, científicos, etc. Dice que las traducciones [de tus obras] deberán ser de gran calidad y no utilizar el lenguaje popular del que se nutre la gente sin educación. Es de todo punto imposible esperar que todas las criadas vayan a coger el domingo por la tarde su ejemplar del *Magia* y leerlo como si fuera una novela.

Birven piensa que podrá comenzar a publicar tus cosas [en *Hain der Isis*] para octubre.

También dice que ha tenido y tendrá más argumentos para los ataques personales que se dirigen contra ti. No conociendo los detalles, no se encuentra en posición de opinar, pero señala que tu obra debe considerarse al margen de tu personalidad. Piensa que no deberías esconder los hechos, sino admitirlos. Lo ideal sería conocer exactamente todo lo sucedido para poder contestar con toda la autoridad posible cuando comiencen los ataques. Por ejemplo, Birven pregunta por qué rompiste con Mudd. Seguro que tú contestarías: «¡Oh! Era un traidor». Birven dice que eso es una contestación muy débil. Por ello, sería cuestión, para mejorar tu contestación, que te preguntases: «¿Cómo les sonará a los demás, tendrá algún efecto sobre lo que piensen?». La contestación sería, en este caso, que el efecto era totalmente negativo, como yo mismo he podido observar en numerosas ocasiones.



Caricatura bromista de Crowley, en la que se presenta a sí mismo como un terrible monstruo devorador de hombres.

LA BESTIA Y EL MONSTRUO

CROWLEY acababa de alcanzar el culmen de su fama, o si se prefiere el de su infamia. Lo mismo que Julio César, era el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los hombres. Sobre él se cuenta una infinidad de anécdotas. He aquí una de ellas:

John Watkins, cuya librería especializada en temas ocultos y místicos todavía existe en Charing Cross Road, en cierta ocasión invitó a Crowley a que hiciera una demostración de su magia.

«Cierra los ojos», le dijo la Bestia.

Así lo hizo. Y cuando, instantes después, volvió a abrirlos se encontró con que los libros habían desaparecido de sus estantes.

Se decía, no sé la verdad que pueda haber en ello, que cuando Crowley entraba en el Café Royal, caía el silencio sobre todos los presentes, que no se atrevían a hablar hasta que el demonio Crowley se hubiera sentado. No puede negarse que su apariencia provocaba una actitud de sobrecogimiento: sus ojos, abultados y fríos, de mirada fija, en medio de su rostro pleno y femenino; su cabeza afeitada, la extraña vestimenta, sus extrañas sortijas, su perfume dulzón, que casi provocaba náuseas, y, finalmente, eso impalpable, que poetas y ocultistas llaman aura: inquieta y burlona, el aura del Vagabundo de la Desolación y de la Gran Bestia Salvaje. Entre los lamas del Tíbet se encuentran algunos iniciados que, según se dice, poseen la facultad de hipnotizar y causar la muerte, desde lejos.

«Me he levantado con todo mi poderío», escribió Crowley en su diario, cuando estaba en algún lugar de Alemania, posiblemente Berlín, «y he parado el gramófono al final del disco, amenazando a todos los presentes con la muerte súbita.»

El aroma de Aleister Crowley provenía del ungüento del *sex appeal* con el que se untaba. Lo llamaba *Ruthvah: el perfume de la inmortalidad*. Estaba compuesto por una parte de ámbar gris, dos de musgo y tres de algalia, elementos, todos ellos, afrodisíacos que aumentaban su atractivo entre las mujeres; y también entre los caballos, si es cierto, como dice, que relinchaban cuando pasaba por la calle. Según dejó escrito el Maestro Thérion:

Hay que restregárselo por todo el cuerpo, particularmente en el nacimiento de las pilosidades, donde la piel no está demasiado tensa, y de manera muy cuidadosa, para que el perfume sutil del preparado no sea detectado, ni sospechado por los demás. El que lo usa se halla, por consiguiente, armado con una poderosísima arma, la más poderosa, por secreta, contra los elementos más profundos de la naturaleza de aquellos que desea atraer, que obedecen, y además se ven más obligados a obedecer porque no saben que se les está ordenando.

Para el público en general, que sólo le conocía a través de los artículos del *John Bull*, era, simplemente, el «peor hombre de Inglaterra», o, como fue llamado en la

cumbre de su fama, «el hombre más perverso del mundo». Nadie sabía con exactitud por qué era tan perverso, pues en ninguno de aquellos artículos en los que se hablaba de él fue demostrada su perversidad. Las fuentes gnósticas y tántricas de su filosofía no eran ni sospechadas, y en aquella época de incredulidad, se ignoraba la naturaleza herética de sus opiniones. En realidad, el retrato de la Bestia 666 que se ofrecía a los lectores del *Sunday Express* y del *John Bull* no era otra cosa que una especie de «hombre del saco» que asusta a los niños pequeños para que se vayan a la cama. «Hamilton se encontró con una tal Jean Ross, *aet.* 25», escribe Crowley a Yorke, el 19 de noviembre de 1931, «y le habló de mí. “¡Oh, claro! Oí hablar de él hace tiempo”, dijo ella. “Cuando era una niña pequeña, la niñera solía decirme: Ahora, señorita Jean, si no se comporta bien *al momento*, iré a llamar a Mr. Crowley para que venga por usted”.»

«Yo sirvo a mi gran Señor Satanás», escribió en una de sus confesiones menos serias, «y a ese agosto Consejo formado por Belcebú, Lucífugo, Asmodeo, Belfegor, Baal, Adramelech, Lilith y Nahema.»

Las anotaciones de su diario de 1929 empiezan a escasear:

1 de febrero: Me tomo poco en serio este diario.

2 de agosto: Durante la comida, Cora no estuvo haciendo otra cosa que muecas y lloros. ¡Ugh!

9 de octubre: De vuelta a Ivy Cottage, en Knockholt, Kent.

10 de octubre: Todo es muy agradable, pero Marie [hay veces que la llama así, y no María], ha tenido una gran desilusión.

12 de octubre: Fiesta de cumpleaños [la Bestia cumplía 54 años], los Germer y Stephensen y su pareja. Marie tuvo una recaída desde el mediodía, en que tuvo lugar una escena capaz de acabar con los nervios de cualquiera.

Hacía tiempo que había perdido la energía o el interés que le permitía escribir con todo detalle lo que iba a hacer cada día, y sólo tenía la suficiente para consignar la ocasional escritura de un poema pornográfico, que aparece entre anotaciones breves como aquella que dice: «larga orgía se vino abajo por excesiva fatiga de ambas partes».

La anotación del 28 de junio de 1929 es simplemente: «Firmado contrato con Mandrake. 50 £ de adelanto».

Se trataba del adelanto de sus derechos por *The Confessions*; después de William Collins, había encontrado otro editor para su gran obra de medio millón de palabras.

La Mandrake Press fue una editorial pequeña y efímera, fundada por Edward Goldston, un librero de Museum Street, cuyo establecimiento estaba en un rincón enfrente de la taberna The Plough: todo el trabajo era obra de su socio australiano, P. R. Stephensen, al que todo el mundo llamaba «Inky»^[206]. El nombre de la editorial, *Mandrake*, «mandrágora», había sido idea suya. El primero de los libros que publicaron apareció en 1929, y su título: *The Paintings of D. H. Lawrence*, «edición privada sólo para suscriptores», que estuvo limitada, solamente, a 510 ejemplares. Fue un éxito, por lo que Goldston dejó al cuidado de Stephensen la tarea de encontrar las obras que pudieran ser publicadas, pero las novelas de D. H. Lawrence ya estaban

comprometidas con otros editores y, en cualquier caso, habría de morir en 1930; James Joyce no disponía de ninguna obra que poder ofrecerles. El único autor interesante que Inky conocía era Aleister Crowley. Inky, a pesar de ser miembro del Partido Comunista, era un gran admirador de la filosofía de *thelema* y del estilo literario de Crowley.

The Confessions fue repartida en seis volúmenes: los dos primeros, a pesar de las diferencias entre Goldston y Crowley, aparecieron en 1929, cuando ya era un hecho la gran crisis mundial, y el interés del público en las ediciones de bibliófilo estaba decayendo rápidamente.

En abril de 1929 Crowley preguntó al *Yi King*, «¿Cómo puedo conseguir un control efectivo sobre la Mandrake Press Ltd.?». La contestación se la dio el hexagrama VI. *Sung*. «Sé precavido. No intentes llegar demasiado lejos. Sé cordial.»

Yorke puso 1.000 libras y se convirtió en uno de sus directores. El 24 de febrero de 1929, Crowley le había entregado un poder notarial: Yorke, fascinado por la creatividad literaria de Crowley y por su pintoresco estilo de vida, se dejaba arrastrar por el maelstrom alrededor del cual giraban todos los seguidores de la Bestia. Podía resultar algo divertido, siempre que se pudiera mantener bajo control. Un tal McCallum pasó a engrosar la tripulación. Los Germer, a regañadientes, se sumaron con 1.000 libras a la empresa, de las que Crowley desvió 500 hacia su bolsillo. Por aquel tiempo, la Bestia se hallaba interesada en otra pequeña editorial independiente, la Aquila Press, uno de cuyos directores era James Cleugh. Crowley intentó allanar su camino hacia la Aquila Press mediante 500 libras. En una carta que le envía a Yorke, le dice así: «Mañana firmo el contrato con la Aquila, y es imprescindible disponer de dinero en efectivo: 500 libras serían suficientes para cerrar el trato». Pero la suma no llegó y Crowley se quedó parado ante la puerta de la Aquila Press, en los números 2 y 3 de Langham Chambers, All Souls Place, en Londres. Karl Germer le revela en una carta que le envía el 20 de mayo de 1930 su falta de confianza, no en la Mandrake Press, de la que era uno de sus directores, sino en sí mismo:

Cuanto más pienso en la proposición de la Mandrake, más inadecuada me parece. Simplemente, soy incapaz de leer libros. Sigo leyendo más y más, hasta que me pierdo de línea. Leer un libro me supone un gran esfuerzo, y a veces tardo una semana en poder acabarlo. Y pocos días después he olvidado su contenido, o lo que se me ha olvidado han sido los primeros capítulos, antes de que haya terminado de leerlo. ¿Y de qué tengo que hablar con los escritores, si no tengo nada que decirles? Todo el asunto excede mi capacidad. También hay en todo esto una razón de tipo fisiológico: si leo a razón de cincuenta páginas diarias, los ojos me empiezan a doler y a la mañana siguiente tengo dificultades para poder abrirlos. Ésta es la razón por la que dejé de leer hace quince años.

El mayor Robert Thomson Thynne, descrito por Crowley como «un cazafortunas y timador de la peor especie», una descripción que Yorke se encargó, enérgicamente, de contradecir, también invirtió dinero en la Mandrake, convirtiéndose en otro de sus directores.

Durante su breve existencia, la Mandrake Press consiguió publicar, además de

The Confessions, las siguientes obras de Crowley: su novela, que trata temas mágic(k)os, *Moonchild*; un pequeño volumen de tres relatos, *The Stratagem*; una árida apología de Crowley, confeccionada a partir de recortes de prensa, por Percy Reginald Stephensen, *The Legend of Aleister Crowley*, un intento de acabar con la mala reputación del personaje que el propio Crowley, tan afanosamente, se había construido, y que, de hecho, era la obra de su vida. Y *Golden Twigs*, una colección de ocho historias cortas, de corte simbólico, a la manera de Lord Dunsany, quien también inventó sus propios mitos, pero no tan bien escritas; cinco de estas historias habían sido publicadas en *The International* en los números de octubre y noviembre de 1917, y de enero, febrero y abril de 1918. La recopilación estaba dedicada al «Dr. Sir J. G. Frazer, Maestro de los Dioses, y a aquellos de entre sus discípulos que llevaron a la práctica su Ilustre Obra», y a la memoria de Merlín, Frater Superior de la O.T.O., es decir, Theodor Reuss, y, esto es lo sorprendente, de David Herbert Lawrence. Crowley acabó discutiendo con Germer y Yorke sobre el modo en que éstos dirigían la Mandrake Press, y condujo la editorial a su fin, precipitando lo que era inevitable. «¡Oh, la tal mandrágora, planta de mal augurio!», escribió D. H. Lawrence, refiriéndose a la Mandrake Press.

Victor Neuburg hizo la reseña del opúsculo de Stephensen para *The Freethinker*. Había intentado, sin conseguirlo, olvidar al hombre que le había convertido en camello, y que había invocado desde lo alto de una montaña, estando él presente, al poderoso demonio Choronzon (quien había acabado por unirse a su fiesta, hasta que se echó encima del hermano Omnia Vincam y le agredió). A los ojos de Neuburg, Crowley era una de dos: el hombre más abominable que el mundo jamás había conocido, o el más grande. Su inmensa admiración hacia Crowley se contrapesaba con una cantidad igual de temor. Una llamada inesperada al timbre de la puerta principal de su casa le despertaba de su ensoñación y le hacía echarse a temblar, temiendo que la Bestia hubiese ido por él. Crowley le hizo una visita inesperada: golpeó con su bastón en la puerta y dijo a Kathleen: «Busco a Victor». Pero Victor había salido y Kathleen le dio con la puerta en las narices. Ya le había enviado con anterioridad a su Mujer Escarlata. Kathleen abrió la puerta y salió corriendo a decir a Victor que una mujer misteriosa y de rostro enjuto, con ojos como brasas (Alostrael), esperaba fuera; no había dicho nada, pero había mostrado un signo: la Marca de la Bestia, que había puesto al descubierto entre sus desnudos senos, cuando se había abierto la prenda que la cubría.

Los dos lujosos volúmenes de *The Confessions* habrían podido cubrir gastos de edición, o incluso dejar algún beneficio, si hubieran sido aceptados por las librerías; pero la reputación de Crowley era tal que el representante de la Mandrake Press comprendió que le iba a resultar difícil conseguir algún encargo de aquella obra. Los libreros no querían saber nada de Crowley, y menos aún si en la portada figuraban su demoníaco autorretrato y debajo de él su firma, ampliada de tamaño, en donde la A de Aleister había sido convertida en un falo con sus testículos^[207].

A handwritten signature in black ink. The word 'Aleister' is written in a cursive script, and 'Crowley' is written in a more stylized, bold cursive script, enclosed in parentheses.

Hay algo consciente y deliberado en esta A fálica. Por otra parte, Crowley se había identificado desde hacía ya tiempo con el pene, de la misma manera que identificaba a sus amantes —cualquiera de ellas— con la vagina. No consideraba a una mujer como una persona por derecho propio. Por esta razón, Leah Hirsig era «puro Yoni decorado con lo demás de ella, de la misma manera en que yo soy puro Lingam a rayas» (*The Magical Record*, 17 de agosto de 1920). Crowley era una fuerza fálica. Más tarde, cuando Leah comenzó a desembarazarse de su proyección fantástica y ver a Crowley como era en realidad, le envió una carta en la que le saludaba con las siguientes palabras: «Querido y añorado cipote».

Un pedido de *The Confessions* llegó del extranjero: lo hacía el poeta portugués Fernando Pessoa (1888-1935), quien se había educado en Durban, Sudáfrica, y escribía poemas en inglés tan bien como en su lengua nativa, el portugués. Pessoa, como W. B. Yeats, con quien ha sido recientemente comparado, se hallaba fascinado por la magia y había pensado establecerse como astrólogo. No había dejado de seguir de cerca la obra escrita y las actividades del mago inglés Aleister Crowley, de modo que escribió a la Mandrake Press, enviando un cheque por valor de dos libras y siete chelines, como pago de «los dos libros» que figuraban según factura:

Por favor, envíenme todos los volúmenes de las *Confessions*, a medida que vayan apareciendo.

Si tienen posibilidad de conectar con Mr. Crowley, como me imagino, tengan la amabilidad de informarle que su horóscopo sigue inalterado y que si tiene en cuenta que su nacimiento tuvo lugar a las 11 h. 16 m. 39 s. p. m. del 12 de octubre de 1875, tendrá a Aries II en mitad de su cielo, con su correspondiente ascendente y cúspides. Así pues, podrá encontrar sus direcciones de manera más exacta que como había hecho hasta ahora. Por supuesto que esto es mera especulación, y me disculpo por esta intrusión puramente fantástica en lo que, a fin de cuentas, sólo es una carta comercial.

Suyo afectísimo

Fernando Pessoa

La carta estaba fechada en Lisboa el 4 de diciembre de 1929. Crowley entró rápidamente en correspondencia con Pessoa, quien, el 6 de enero de 1930, ya escribe directamente a la Bestia:

Carissime Frater:

En verdad le agradezco muchísimo sus cartas del 11 y 12 de diciembre, particularmente la segunda, y, especialmente, el *addendum* que escribe en ella.

Acabo de regresar a Lisboa, por lo que mi carta es inevitablemente tardía, aunque me haya puesto a escribir en seguida.

Estaré en Lisboa, a todos los efectos prácticos, durante los tres próximos meses. Si me ausento, será sólo para

acercarme hasta Évora, que está a cuatro horas en tren. Por ello, siempre puedo regresar a Lisboa ante cualquier imprevisto. Lo importante es que reciba cualquier noticia con el suficiente adelanto, y que no vaya a llegar a Lisboa justo cuando yo me haya ido, ya que sólo la encontraría a mi vuelta, lo que significa que podrían haber pasado hasta dos semanas y, por tanto, no hubiera servido de nada.

Si, no obstante lo dicho, cualquiera de estos tres meses cuadra a sus quehaceres y deseos, yo preferiría que nuestro encuentro tuviera lugar *en marzo*, el día que sea. En ese mes no saldré para nada de Lisboa, pues durante este mes y el de febrero, estaré entretenido con diversos asuntos, que, en sí mismos, no revisten gran importancia —ni mucho menos, si se los compara con el de ahora—, pero que me obligan a prestarles una atención un tanto extraña, que no quiero que interfiera en absoluto con la que debo prestarle a usted, mientras ambos estemos hablando.

Aparte de esto, *consideraciones de tipo astrológico* me aconsejan que le sugiera el mes de marzo; se trata de un error en la dirección, lo que hace que enero y febrero sean meses nefastos, y que marzo resulte fasto, especialmente para nuestro encuentro, ya que la dirección solar subyacente (Sol, sextil, Neptuno) armoniza extraordinariamente con las circunstancias.

Además, existe la vaga posibilidad de que tenga que ir a Inglaterra a fines de febrero. Si así fuera, le informaría con la suficiente antelación y (a menos que haya alguna razón que no puedo conocer de antemano, para que el lugar de nuestro encuentro sea Lisboa) se evitaría la molestia de venir a Portugal.

A mediados de febrero podré estar en condiciones de informarle ampliamente sobre todo ello.

Por supuesto que no hablaré con nadie de su visita. En cuanto al libro (en francés) que ha recibido, escrito por Raúl Leal, le diré que él es amigo mío (por decirlo de alguna manera, pues me hallo totalmente apartado de cualquier tipo de intimidad) para quien tradujo, de aquí y de allá, algunas páginas del primer volumen de sus *Confessions*, después de lo cual me pidió la dirección de su editor, para que, por mediación de él, usted pudiera recibir su libro. Ahora me dice, cuando regreso a Lisboa, que ha recibido una carta suya, y que va a contestarle, enviándole una, bastante extensa, sobre «cuestiones ocultas». No tengo nada que ver con todo eso, de la misma forma que no tengo nada que ver con nadie. Por favor, no vaya a tomar esto como una reflexión, del tipo que sea, acerca de Leal, quien en realidad me agrada y cuya espléndida, intensa y metafísica habilidad aprecio. Estas palabras deben entenderse como una simple constatación de la realidad, por decirlo de alguna manera, y no como el veredicto de un jurado.

Espero poder enviarle en el curso del presente mes su horóscopo rectificado, y las direcciones calculadas a partir de él, para el tiempo actual. Cuando me fui de Lisboa no disponía de tabla de efemérides ni de otro tipo.

Voy a certificar esta carta, sólo para estar seguro de que no se extravía.

Suyo fraternalmente,

Fernando Pessoa

Se trata de una carta precisa y con tintes paranoides, dirigida a la Bestia, a quien Pessoa consideraba como un hermano en los Misterios; también es la carta de un poeta que, después de su muerte por cirrosis cinco años más tarde, a la edad de cuarenta y siete años, ha sido aclamado por la crítica.

A las pocas semanas de haberse casado con María, Crowley debió de reflexionar sobre el hecho de que, una vez más, el *Y i King*, había tenido razón. «No lo hagás», le había avisado el oráculo, «es un acto precipitado.»

Al año siguiente, la Bestia fue invitada a dar una conferencia en la Sociedad de Poesía de la Universidad de Oxford. Propuso como tema a Gilles de Rais, que fue una especie de Maestro Thérion de la Francia medieval. Para Crowley, Gilles de Rais había sido un auténtico Adepto de la Magia Negra.

El tema era interesante, y el conferenciante muy acorde con él. La sala se habría llenado a rebosar, pero la conferencia no se celebró. Ronald Arbuthnot Knox, el capellán católico de la Universidad, se enteró de su celebración y escribió a Hugh Speaight, el secretario de la Sociedad de Poesía. Desconozco lo que el padre, más tarde Monseñor, Knox le dijo en su carta, o cuál fue el papel que jugó en aquel

asunto, lo cierto es que Speaight escribió inmediatamente a Crowley:

Le escribo para comunicarle que, por desgracia, nos hemos visto obligados a suspender la conferencia del lunes de la Sociedad de Poesía. Se nos ha hecho saber que si usted llegara a dar la conferencia, se adoptarían procedimientos disciplinarios, que no me afectarían sólo a mí, sino a los restantes miembros directivos de la Sociedad.

Dadas las circunstancias, espero que sabrá comprender las razones que nos obligan a cancelar la conferencia. Nuevamente le presento mis disculpas por las molestias que le he causado.

Si se le compara con el de los estudiantes de hoy día, el comportamiento de los universitarios de Oxford de aquel entonces parece bastante sumiso.

Así pues, Crowley fue desterrado de Oxford, de la misma manera que veinte años atrás lo fuera de Cambridge. Según una noticia aparecida en un periódico, el vicerrector de la Universidad se indignó muchísimo porque se había dado la impresión de que la expulsión de Aleister Crowley había revestido carácter oficial.

En una entrevista que le hizo el *Oxford Mail*, Crowley dijo:

Quizá la razón de prohibirme dar la conferencia sea que, según se decía, Gilles de Rais había matado a ochocientos niños de manera ritual, lo que, de alguna manera, le relaciona conmigo, puesto que la acusación de que yo no solamente he matado niños, sino que los he comido, es una de tantas calumnias que circulan sobre mí.

La Mandrake Press se apresuró a publicar un opúsculo con el texto de la conferencia, que los estudiantes de Oxford, vestidos de hombre-anuncio, vendieron en High Street, al precio de seis peniques. Es pesada de leer, pero si Crowley la hubiese podido dar no lo habría sido. El señor de Rais, un Mariscal de Francia, que había luchado al lado de Juana de Arco contra los ingleses, fue, sin lugar a dudas, una persona excepcional. Después de que Juana fuera capturada y quemada en la hoguera se retiró, a la edad de 26 años, a su castillo de Tiffauges, en la Armórica, la Bretaña francesa, para consagrarse a la práctica de la alquimia y de la magia. Entre 1432 y 1440, sus agentes recorrieron la región en busca de niños, a los que sodomizó, torturó y asesinó de una manera tan horrible que los individuos depravados que asistieron a sus orgías quedaron atónitos. «¡Nadie que fuese de este mundo se atrevería a hacer una cosa tan terrible como ésta!», exclamaba. Lo que intentaba, mediante aquellas acciones, era conjurar al Diablo, conseguir que se hiciera visible; pero el Supremo Burlador rehusó su comparecencia, y el barón Gilles vagó por los vacíos corredores de piedra de su castillo, profiriendo aullidos como un lobo, aullidos de provocación y, también, de arrepentimiento. Como los niños seguían desapareciendo, no hubo manera de evitar que los rumores fuesen en aumento; la gente de la comarca salía huyendo en cuanto veía que Gilles cabalgaba hacia sus tierras. En 1440 fue llevado a

presencia del Parlamento de Bretaña. Gilles y su principal cómplice, un sacerdote renegado, natural de Florencia, llamado Francesco Prelati, confesaron crímenes tan horribles que los jueces se santiguaron, repetidamente, varias veces, y el obispo de Nantes tapó el rostro de una imagen de Jesucristo. «Nada me resultaba tan placentero como el espectáculo que me deparaban los tormentos, las lágrimas, el terror y la sangre», dijo Gilles, quien imploró a los parientes de sus innumerables víctimas que rezasen por él. Después de ser sentenciado a morir ahorcado, el obispo de Nantes abandonó su elevado escaño, se acercó al prisionero, que se consumía entre sollozos, hizo que se pusiera en pie, le abrazó y pronunció estas memorables palabras: «Reza, para que la justa y terrible cólera de Dios Todopoderoso pueda ser apaciguada. Lloro, oh, loco, para que tus lágrimas puedan lavar toda la suciedad del matadero que hay en ti». Y todo el tribunal se puso de rodillas y comenzó a rezar.

Crowley no incurrió en el error de repetir en su conferencia nada de esto que se ha recordado, y no condenó a Gilles. Para él, el señor de Rais era un mago, aunque de «la variedad negra», en busca, como Fausto en sus últimos tiempos, del conocimiento de las cosas sobrenaturales. Al entender de la Bestia: «La principal acusación formulada contra Gilles de Rais es, por consiguiente, la misma que, en la cristiandad, se formula contra cualquiera que exprese deseo de conocimiento. Sólo que, en este caso, se cargó en exceso de tintes y fue exagerada hasta límites tan disparatados, por causa de algún factor desconocido sobre el que mejor sería no especular. Lo único que a mí me parece seguro es que ochocientos niños son muchos niños». Y daba término a la conferencia con los siguientes reproches a la Iglesia, cuyo razonamiento parece difícil de seguir:

Así pues, creo que no resulta totalmente desleal asumir que Gilles de Rais fue, en gran medida, víctima de la lógica del Catolicismo: del repugnante fantasma del deseo generado por sus represiones, y de su miedo e ignorancia. Intentaba ofrecer una dádiva a la humanidad: por eso se identificó con lo aprendido; por eso asesinó a niños pequeños.

El año 1930 supuso para la Bestia otro año vivido plenamente. Había comenzado bien, con la *débâcle* de Oxford. En primavera se fue a Alemania, en compañía de María, con la que sostenía discusiones terribles.

Su llegada a Alemania dio pie al *Berliner Tageblatt* a escribir un artículo sobre él, en que se pasaba revista a sus empresas. Al parecer había conocido al doctor Paul Bauer, que se disponía a partir hacia la cordillera del Himalaya para escalar el Kangchenjunga, informándole (cosa que Bauer no tendría en cuenta) de que el único camino para llegar a la cumbre pasaba por el glaciar Yalung, que era el que había seguido Crowley en 1905. «Si la expedición sigue este consejo, llegará a la cumbre... o perecerá. En esta empresa, los alemanes tienen todas las probabilidades de obtener el triunfo.»

En Alemania, gracias al dinero del Hombre Rico de Occidente y de su esposa, Crowley no tardó en olvidar a María. Recorrió Berlín acompañado de una artista de

19 años, Hanni Larissa Jaeger, que había conocido en el estudio de un pintor apellidado Steiner. La llamó «el Monstruo», y escribió en su diario: «Estoy totalmente enamorado de esta Hanni», y más adelante: «La idiota de María, cotilleando vilmente en mis documentos privados, piensa que esto no es más que un disparate sexual. Le estaría bien empleado si la broma sirviese para que fuera más juiciosa». El amor le libraba, aunque sólo un poco, de su dependencia a las drogas; y la falta de amor empujó a María, al igual que a su predecesora, Rose, a la bebida.

El 30 de abril de 1930, el día que Crowley había comido con Krum-Heller, el dirigente de la O.T.O. en México, y cenado con Steiner y «Miss Jaeger» —su *affaire* con ella todavía no se había producido— Ninette, que se estaba muriendo en Divonne-les-Bains, en el Jura, a 505 kilómetros de París, le escribió esta carta:

Ahora me encuentro en la cama, muy enferma, afectada de «anémie cérébrale», como consecuencia de una lenta inflamación de las meninges, que se agudiza con cualquier trabajo físico, o mental. No puedo leer ni escribir. Escribiré más en cuanto se me haya pasado este percance.

Con mucho cariño, .

Ninette.

Al poco tiempo, Ninette Shumway, la segunda concubina de la Bestia 666, moría; su querida hija Isabella Isis Selene Hécate Artemis Diana Hera Jane, Mimí, para abreviar, que había tenido con Carlo, el propietario de la Abadía, la había precedido en el camino hacia la tumba. No se conserva la respuesta de Crowley, si es que escribió alguna carta al respecto; una vez más, hay que decir que resultaría ocioso especular sobre sus pensamientos, ¿qué pensaría de Ninette en aquellos momentos en que su hipnótica mirada se hallaba sólidamente centrada en Hanni Jaeger?

Sí sabemos lo que pensó de la hija que había tenido con Ninette, Astarté Lulú Panthea, a la que había dedicado su novela *The Diary of a Drug Fiend*, pues en su diario del 8 de diciembre escribe lo siguiente: «Astarté seguramente ha muerto o ha sido secuestrada».

Crowley regresó a Inglaterra, dejando a María en Leipzig. El amor que Hanni sentía por él le conmovía profundamente y hacía renacer parte de su confianza y de su fe. Vagabundó por Cambridge, sin dejar de pensar en ella, y volvió a visitar, después de veinte años, los paisajes de su exuberante juventud. Pero cuando se acabó el día, escribió, a propósito del Trinity College: «*Quelle déception*. Parece una casa de muñecas, pequeña y casi sin alma. Sólo los árboles —vistos desde el otro lado del Cam[pus]— siguen igual. ¡Mierda!». Y añade: «Marie lo explica todo. El otro día ella misma decía que pensaba con los pies».

Quería exponer en Londres sus cuadros y dibujos, pero no pudo encontrar ninguna galería de arte dispuesta a aceptarlos. Goldston se negó a que usase las dependencias de la Mandrake. La policía había secuestrado trece de los cuadros de Lawrence expuestos en la Warren Gallery, después de que hubiera sido editado por la Mandrake Press el volumen que hablaba de ellos. Crowley pensó exponerlos en Langham Place, en los locales de otra editorial, la Aquila Press (las luminarias que la

dirigían era Wyn Henderson y el escritor James Cleugh); por aquel tiempo, se hallaba en negociaciones para alquilar un apartamento cerca de allí y todo parece indicar que habría acabado exponiendo sus pinturas en la Aquila (con el consentimiento o no de los custodios del orden público) si el *John Bull*, que nunca perdía su pista, no se hubiera enterado de sus proyectos y los hubiera aprovechado para desencadenar otro ataque. «¡Que se pudra el *John Bull*!», escribió la Bestia en su diario después de leer un acalorado informe sobre sí mismo y sus fechorías más recientes. Consultó, como de costumbre, el *Yi King*: «¿Debo emprender alguna acción al respecto? Y si así es, ¿de qué tipo?». El Oráculo Chino suspiró y le respondió: «Déjalo estar». El propietario o encargado de los inmuebles de Langham Place también había leído en el *John Bull* lo de su posible alquiler, así que sin perder tiempo canceló el contrato, que todavía estaba sin firmar, y exhortó a Crowley, que se había instalado temporalmente, a que se fuera. La Bestia escogió 160 cuadros y dibujos y los envió a Alemania: haría su exposición en Berlín. Sus amigos le dieron un cóctel de despedida y se fue, dejando a María tirada en el piso, ebria.

En Berlín, sin el engorro de María, se encontraba en condiciones de conseguir su meta. «Encontrada y conquistada Hanni Jaeger. Despachada mujer, sin aviso.» María había servido a la Bestia, su Maestro, un año entero, y ahora era puesta en libertad.

3 de agosto de 1930. Karl & Cora nos llevaron a Hanni Jaeger y a mí al Rheinsberg-Hotel zum Ratskeller. Escribí a Marie con instrucciones completas.

4 de agosto. Debo de estar terriblemente enamorado. ¡No sé cuánto tiempo he estado jodiendo con ella!

5 de agosto. Un símbolo para la marcha de este asunto. Ming I XXXVI. Símbolo muy bueno, pero peligroso. El punto más importante parece consistir en ocultar los planes.

10 de agosto. La Cólera de Dios = Frau Germer. El Monstruo = Fräulein Hanni Jaeger. El Chico Bueno Que Nunca Muere = Mr. Crowley.

Los Germer, Crowley y Hanni Jaeger abandonaron Berlín el 13 de agosto, se dirigieron a Wittenberg, y después a Leipzig. «Karl conduce con absoluta temeridad; he tenido que decirle que se detuviese», escribe Crowley. «Viena. 6:00 p. m.» El día 16 le fue presentado en Viena Alfred Adler, el creador de la «psicología individual», durante un tiempo estrecho colaborador de Freud. No registró nada de lo que le dijera Adler, sino sólo lo que él le dijo.

Amor a la humanidad sin preferencias individuales. El sentido de la vida: necesidad de un auténtico método científico. Teleología: relación del ego con el cosmos. 93: él acepta todo esto y se ofreció espontáneamente a trabajar conmigo. Hace quince años ya había tenido la misma idea que yo de una conferencia de expertos.

93 es el número de Thelema, «La Voluntad» del Haz lo que Quieras.

21 de agosto. Triunfo de la más asesina intriga de «la Jaca» [Cora], Ha regañado^[208] a Karl hasta ocasionarle una grave crisis nerviosa que le ha dado fiebre— ¡Lo que faltaba para estropear el viaje!

El fervor thelémico que había llegado a poseerle en Túnez, cuando, en 1923,

contaba con la abnegación del infeliz Mudd^[209], se había evaporado desde hacía tiempo. Naturalmente que seguía siendo el Logos del Eón, pero la Gran Obra se había convertido en una expresión vacía, y la Ley de Thelema en un simple tema de conversación. Entre fiestas desenfrenadas y fornicaciones mágicas con diferentes mujeres, corrigió las galeras del volumen tercero de sus *Confessions*^[210], en donde había sido consignada la narración de su mayor logro: la Gran Revelación de El Cairo, que había tenido lugar en la primavera de 1904, cuando los dioses inmortales se habían fijado en él para llevar a cabo sus designios; y, entonces, miró a su alrededor, en busca de nuevas aventuras. En 1929 había comenzado la crisis económica mundial, y por aquel entonces iba ganando velocidad. La Mandrake Press no era, precisamente, el tipo de editorial que podía tener éxito en condiciones óptimas: muy poca gente compró la media docena de libros, muy caros, pero de excelente presentación, que se habían editado, escritos, la mayor parte de ellos, por Aleister Crowley. Como se dijera en otra ocasión, se trataba de una editorial un tanto artesanal que estaba condenada al fracaso sin las continuas transfusiones de capital que Gerald Yorke y Karl Germer, principales puntales de la firma, se veían obligados a realizar. Como era de esperar, Crowley discutió con sus directores y con cualquiera que estuviera relacionado con ellos, ya que intentaba hacerse con el control de la editorial.

Su regreso a Inglaterra tuvo lugar el 24 de agosto de 1930. El Monstruo se hallaba con él. Aquella noche cenaron en el Café Royal. Un tal Horace Colé, que pensaba, coincidiendo con Crowley, que el Monstruo era «muy bonita», fue su anfitrión. Naturalmente, Crowley había echado de su vida a la merodeadora María, que había sido la Suma Sacerdotisa del Vudú, y que ahora ya no era suma sacerdotisa de nada ni de nadie. Yorke le había proporcionado alojamiento en Hampstead, y estaba intentando hacer por ella todo lo que podía, pero todos los ruegos que le hiciera a la Bestia le dejaron impertérrito.

«Londres es infernal», escribe Crowley en su diario el 25 de agosto. «Todo está igual de muerto que cuando me fui. Montgomery Evans ha regresado de París, sintiéndose peor. Es evidente que Thynne me rehúye. Yorke y los Hogg se mantienen a distancia. Inky está histérico, vomitando acusaciones contra Thynne y McAllan. Watson Turner, muy malhumorado, torvo y desconcertado. Badcock, pálido pero sonriente. Foreman, desesperado, aborreciéndolo todo, pero sin dejarlo. Gorman, la única voz jovial que he escuchado, puedo asegurarlo.»

El general Hogg y su esposa Deborah eran amigos suyos que vivían en Angmering-on-sea, Sussex.

26 de agosto. He oído que Yorke ha enviado a Marie a «algún lugar de Hampstead».

A fines de agosto, decidió que ya era hora de retirarse a otro Gran Retiro Mágico. Y, al igual que hiciera el sabio Lao Tsé al irse al suyo, se llevó consigo a una joven

doncella (Hanni). El 29 de agosto, viernes, Crowley y Hanni se escaparon juntos a Southampton, con los pasajes para Lisboa en el bolsillo, y poco más. Pero la Bestia no se preocupaba por el dinero: ya encontrarían algo o a alguien que les resolviera la situación. Y si no, los hermanos V. I. y Saturnus tendrían que acudir al rescate de su Maestro. Por entonces, ya le había dado a Hanni un nombre cariñoso, «Anu», debido a aquella parte de su anatomía por la que se sentía fuertemente atraído.

Crowley le envió un telegrama para anunciarle que estaba de camino. A la altura de la costa española, pensó que sería una buena idea dar la vuelta al mundo. Y escribió al hermano V. I., en cuyas manos había dejado a la desfallecida María: «Nos iremos a una aldea de pescadores... y después al archipiélago de las Galápagos, a Tahití, a Chiona, a la India, y después a la cama».

Sus actos de magia sexual con el Monstruo tenían como finalidad la obtención de salud, dinero, éxito en la Gran Obra, y, en general «La Vita Nuova».

El 2 de septiembre, el vapor *Alcántara* atracó en el puerto de Lisboa. Pessoa estaba en el muelle para recibir al gran mago inglés y a su joven y bonita amiga alemana.

«Pessoa vino a recibirnos: es un hombre *muy* atento.»

Crowley tomó una habitación en el Hotel de l'Europe.

Después de haber invertido un día entero en recorrer Lisboa, comentó: «En cierta ocasión, Dios intentó despertar a Lisboa... con un terremoto; pero renunció, pues es un trabajo inútil».

Se fueron a bañar al mar, invocaron a los dioses mediante la magia sexual, y ayudándose con drogas, llegaron hasta el Plano Astral.

El 7 de septiembre comieron con Pessoa.

Las visiones del Monstruo eran alentadoras. «Ella ve fácil, clara y correctamente, pero no entiende, o no sabe, cómo comportarse con las visiones. Pero ha visto su propia forma bajo la apariencia de Nuestra Señora Nuit... el Cuerpo de las Estrellas.»

Esto equivale a decir que Hanni había moldeado su propia sustancia astral o aura^[211] con la forma de la diosa egipcia Nuit, que probablemente había adoptado la apariencia de una mujer que toma la forma de un arco, tocando el suelo con manos y pies.

El dinero de Crowley estaba disminuyendo, hasta llegar a cotas alarmantes. No llegaba ninguna noticia de Yorke. Exasperado más allá de lo que estaba acostumbrado, escribió a Regardie: «Yorke está intentando, deliberadamente, acabar conmigo una vez más. Le suspendo de todas sus funciones. Por favor, toma posesión de todos los documentos, libros, pinturas, etc., que se encuentren en su poder. Si se niega, ponle rápidamente un pleito... por mediación de Kerman [el procurador]. 666».

Ambos dieron un paseo por la playa, dejando atrás la población de Cascáis, hasta llegar a la Boca do Inferno, un embudo de cortantes rocas, horadado por las olas. A causa de la espuma y del ruido que se levantan, cuando el viento del sudoeste sopla

fuerte, la Boca do Inferno resulta algo impresionante. «Me gustaría», dijo la Bestia desde lo alto de los acantilados, a unos sesenta pies de altura, «que la costa occidental de Escocia pudiese ver esto.» Por la tarde, ya de vuelta en su habitación del hotel, regresaron al Plano Astral, y tuvieron muchas visiones.

El 13 de septiembre, después de beberse un buen trago de brandy, realizó un acto de magia sexual con Hanni, al objeto de conseguir que «surgiera su arte». El Monstruo, a diferencia de la Bestia, había recibido una educación artística. Más tarde, Crowley describiría aquella operación como la mejor de todas las que había realizado durante toda su vida, aunque, durante su ejecución, Hanni parecía totalmente extraviada, acabando por estallar en «una larguísima crisis de sollozos histéricos».

Crowley se dedicó al día siguiente a pintar y a bañarse en el mar.

El 16 de septiembre, por la noche, después de la realización de otra operación sexual, en la que se liberó mucha energía y que tenía como finalidad el que alguno de sus planes para encontrar dinero se hiciese realidad, Hanni regresó apresuradamente del Plano Astral y comenzó a llorar. No podía aguantar la magi(k)a por más tiempo. Estalló una discusión entre ambos, que concluyó con una «violentísima escena de medianoche», durante la cual el gerente del hotel subió a su habitación y les ordenó que se fueran.

La Bestia describe el estado mental del Monstruo con minuciosidad clínica:

Sus crisis de melancolía están generalmente ligadas al deseo de hacer un misterio de la mínima cosa. Son caprichosas como la niebla marina, e igual de espesas. Resulta muy arduo conseguir que se dé cuenta de las cosas, como le sucede al genuino melancólico. Hay que señalar su miedo patológico y su manía de mentir... a lo largo de dos horas es capaz de haber echado la llave a su maletín una docena de veces, aunque no vaya a salir de la habitación, y aunque no haya nada de valor en él.

Después de dormir toda la noche de un tirón, el Monstruo se sintió mejor. Hicieron el equipaje y se fueron a una ciudad cercana, a sólo dos millas de distancia, Monte Estoril, un lugar muy bonito, en la falda de una colina que mira al mar, sembrada de palmeras, pinos y eucaliptos. Mientras la Bestia se estaba registrando en un hotel, el monstruo salió furtivamente y regresó a Lisboa.

«Aún no tengo noticias de ella... son las 6 p. m. *Selah*»^[212], escribe Crowley el primer día que está solo. Al día siguiente se marcha a Lisboa, en busca de su amor. Fue a ver a Pessoa y le contó sus apuros. «Estoy preocupado una barbaridad», escribe en su diario antes de irse a la cama. Al día siguiente repitió la misma frase y añadió: «No se lo perdonaré... a no ser que regrese». Antes de que se hiciera de noche ya había localizado en Lisboa al Monstruo, pero sólo para enterarse de que al día siguiente por la mañana zarpaba para Alemania: había ido a ver al cónsul americano, L. S. Armstrong, quien le había aconsejado que regresara a su patria. Cuando Crowley lo descubrió se puso furioso. Las observaciones que hace acerca de Armstrong son impublicables.

Instó a Hanni a cambiar de opinión y proseguir en su compañía el proyectado viaje alrededor del mundo. El Monstruo cedió. Rápidamente, Crowley la llevó a su

habitación y, a puerta cerrada, realizó su magia: un ritual para la Reconsagración del Amor.

Aquello debía haber acarreado una reconsagración o reconciliación, pero la necesidad de escapar de Hanni era más fuerte que la Magi(k)a de Crowley y que la ayuda que, al respecto, hubiera recibido de los dioses, por lo que, a la mañana siguiente, se embarcó en el *Lloyd Bremen*.

«Y yo sigo con mi trabajo», anotó Crowley, ya más sereno.

Tomó el tren a Sintra, una pequeña población de unos 7.979 habitantes (según *Les Guides Bleus*), que fuera descrita por el poeta Southey como «el rincón más bendito de todos los lugares habitables de la Tierra», y por Byron como «un glorioso Edén... quizás el pueblecito más bonito de toda Europa».

«Sintra, espléndidamente perfecta», escribió la Bestia, a pesar de no hallarse acompañado en ella por su amor. «Largo paseo a la luz de las estrellas.»

El recuerdo de su mujer, María, le supo amargo y, ya de regreso en el hotel, le escribió esta carta:

Querida María,

No te llamé cuando pasé por Londres, porque tú siempre contestaste a mis cartas más serias con las mayores trivialidades y desatinos.

Además, has estado intentando seducir a Wilfred Hanchant, y no sé qué más. ¡Resulta mortificante para mi orgullo que alguien diga que no lo has conseguido!

En cualquier caso, harías mejor en buscarte un hombre que pueda soportar tu secreta manía de beber y tu escandaloso comportamiento. Te ofrecí la gran oportunidad de tu vida, y tú la desperdiciaste. *Tant pis!*

Deberías pedir el divorcio. Admito haber tenido eso que algún memo tembloroso llamaría, en su imbecilidad, «mala conducta», en 47 ocasiones desde el 3 de agosto —las fatigas del viajar constantemente bastarán para disculparme de la pequeñez del número— con Hanni Jaeger, de Berlín.

Harías mejor no pidiendo la pensión alimenticia, ya que todos pasamos los mismos apuros que el Muy Honorable Lord Beaverbrook y el Imperio Británico. ¡Con mis mejores saludos!

Siempre,

A. C.

Vagó por la costa hasta llegar de nuevo a la Boca do Inferno, algo más de diez millas, y se detuvo a escuchar el rugido de las olas. De repente, se le ocurrió una idea: «Sep. 21. He decidido fingir un suicidio para asustar a Hanni. Arreglar detalles con Pessoa».

Consecuentemente, dejó una nota, escrita de su propio puño y letra, en la playa, cerca de la Boca do Inferno, que metió en una pitillera para que el viento no la extraviase, que decía lo siguiente:

«No puedo vivir sin ti. ¡Me tendrá la otra “Boca do Inferno”, que no será tan ardiente como la tuya! *Hjsos! Tu Li Yu*»^[213].

Y, a continuación, Crowley regresó a su hotel para celebrar el equinoccio de otoño. Al día siguiente, su oración para la Reconsagración del Amor fue escuchada por los dioses, puesto que recibió un telegrama de Hanni, que contenía una única sentencia del *Liber Legis*: «Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad».

Dos días después, abandonó Portugal por vía terrestre en busca de Hanni, que

estaba en Alemania.

Fernando Pessoa cumplió bien la parte que le concernía. Como agente publicitario aventajaba en mucho a De Vidal Hunt. El *Diario de Noticias* y el *Noticias Ilustrado*, dos importantes periódicos portugueses, publicaron la noticia de la misteriosa desaparición de Sir Aleister Crowley, el famoso poeta y místico. Un tal Senhor Ferreira Gomes, de profesión periodista, que estaba paseando por la playa, cerca de la Boca do Inferno, llegó a tiempo de oír el último grito de desesperación del baronet inglés.

La noticia se extendió con la rapidez acostumbrada. Mientras Crowley, ya de regreso en Berlín, estrechaba entre sus brazos a Hanni Jaeger, la prensa europea, ansiosa de llenar con algo sus columnas, se hacía esta pregunta: ¿Ha muerto Crowley? Y, si no ha muerto, ¿qué le ha sucedido? La publicación francesa *Le Détective* publicó un artículo titulado *L'Enigme de la Bouche de l'Enfer*, con fotografías de la nota de Tu Li Yu y de Crowley, vestido de árabe.

Lo que hacía el caso aún más misterioso era la escueta declaración de las autoridades portuguesas, afirmando que Aleister Crowley había abandonado el país utilizando los caminos y medios usuales.

¿Había, entonces, dos Crowleys, uno que había abandonado Portugal, y otro que se había ahogado en la Boca do Inferno? El asunto llegó a tal grado de complejidad que Scotland Yard envió un detective a Portugal para que lo investigase. En Inglaterra, *The Empire News* publicó esta información:

¿ES EL FAMOSO MÍSTICO, O SU DOBLE?

Mensaje dejado en la boca de la cueva: Una pareja desaparecida.

Una misteriosa nota dejada a la entrada de una cueva conocida como la Boca del Infierno, a veinte millas de Lisboa, y la desaparición de una hermosa joven, en el misterioso caso de un hombre que se cree podría ser Aleister Crowley, el notable místico, bien conocido en Londres y París.

Crowley tenía una mentalidad vengativa. Nada de «Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad» para aquellos que se habían enfrentado con él. Ahora que se hallaba junto al Monstruo, sus pensamientos volvieron hacia Armstrong, el cónsul americano, que había aconsejado a Hanni que regresase a su patria. Escribió la siguiente carta, y persuadió a Hanni para que la firmase y la enviara al hombre que se había mostrado amistoso con ella: «Señor, es mi intención enviar a Washington una protesta en firme de su conducta conmigo durante los días comprendidos entre el 17 y 20. Suya afectísima, Hanni Jaeger».

Mientras tanto, el misterio de la desaparición de Aleister Crowley seguía en plena efervescencia, y sus vahos eran cada vez más espesos. Y se pensaba, con cierta lógica, que había sido asesinado. El *Oxford Mail* del 14 de octubre de 1930 informaba de los preparativos que se estaban haciendo en Londres para la realización de una sesión que intentaría entrar en contacto con su espíritu, que sufría los embates de los incesantes vientos de la ciudad de Dis^[214].

Un tal Nierendorf, que dirigía en Berlín la galería de arte Porza, fue a ver a

Crowley a su estudio berlinés, echó un vistazo a sus obras, y le dijo (tal y como lo cuenta Crowley) que sólo había por aquellos años otros tres pintores que pudieran comparársele, y que él podría sacar 25.000 marcos por cada uno de los cuadros. Le ofreció (mediante un porcentaje) abrirle las puertas de su galería para que pudiera exponer en ella sus pinturas.

Los tiempos que corrían eran los menos indicados para la venta de cuadros, y menos aún para los de Aleister Crowley, que todavía no había conseguido hacerse con un público que supiese apreciar su obra gráfica, que no era convencional, pero tampoco «moderna». En 1929 se había producido el «crack» de Wall Street, cuyas ondas sísmicas se habían propagado por todo el mundo de las finanzas; el dinero americano fue retirado de Alemania, con efectos desastrosos para su economía, como explica la carta que Germer le envía a Yorke el 2 de agosto de 1931. En aquel mismo año, en Christie's de Londres, uno podía comprar excelentes obras de los pintores pre-rafaelitas por la irrisoria cantidad de una o dos libras. En cierto modo, estaban pasadas de moda. Pero ni siquiera en aquel caprichoso mundo, las pinturas de Crowley estaban de moda: tampoco hoy lo están, aunque sean muy buscadas por sus entusiastas seguidores.

Los fragmentos de las cartas que Karl Germer enviara a Gerald Yorke arrojan cierta luz respecto a las dificultades que supuso el traslado de los cuadros y dibujos de la Bestia hasta la Galería Porza:

Berlín, 8 de enero de 1931. Recordarás que el año pasado acordamos con Nierendorf una exposición, para febrero, en su galería de Berlín, de las pinturas de A. C., quien ha montado un estudio y trabaja en él cuando no está enfermo. Justamente, cuando estaba a punto de dar las instrucciones pertinentes para que las pinturas salieran por barco hacia Berlín, Regardie me dijo que [Crowley] dejaba Londres para irse a Devonshire... Parece que no se da cuenta, en absoluto, de las consecuencias. (Hemos pagado un adelanto de 50 libras que estaba estipulado en el contrato de la exposición.) Hace alarde de una extraordinaria falta de responsabilidad y me ha metido en un difícil aprieto.

Berlín, 17 de enero. A. C. teme que no vayan a llegar las pinturas de calidad. Ya es demasiado tarde para averiguar si las que vienen en el barco son, o no, las correctas. A. C. dice que todas las reservadas para la exposición habían sido apartadas de los diferentes lugares en que estaban depositadas, y embaladas bajo la supervisión de Hanchant.

Berlín, 2 de agosto. La grave catástrofe económica de Alemania ha afectado a todo. (Tenía algún dinero a crédito, y he tenido que pagar un interés del 20 por ciento.) Aunque a duras penas, tendremos que salir de esto. Es evidente que este desastre económico puede acabar con la exposición, cuya inauguración ya ha quedado definitivamente fijada para el 5 de octubre, en las magníficas galerías Porza. Todos esperábamos desde hacía ya varios meses que, al menos, algunas de estas obras pudieran tener una venta inmediata. Pero, con la llegada del verano, y el relajamiento en los negocios que ello supone, nos llegaron informes de que ningún marchante había podido vender un sólo cuadro. Y ahora que recibimos el último mazazo, nadie puede decir lo que podrá ocurrir en los próximos dos o tres meses, en los negocios, la economía o la política. Y todo el mundo teme lo peor.

Según se acercaba el día de la inauguración de la exposición de Aleister Crowley, la precaria situación financiera de Germer iba empeorando. El 10 de septiembre reveló a Yorke los embrollos financieros en que se había metido y recurrió a su ayuda. Crowley había desangrado a Germer y a su mujer Cora:

A Cora sólo le queda el dinero suficiente para vivir un año. Lo que tenía hace dos le habría permitido vivir de

sus rentas hasta el fin de sus días. Pero para poder satisfacer todas las peticiones de dinero que se le hacían no tuvo más remedio que ir desprendiéndose de sus bienes, lo que, desafortunadamente, la ha conducido a la situación presente. Yo mismo ya le había dado en 1926 a la Bestia todo mi dinero, más el de mi primera mujer; y, además, había tenido que empeñar la parte de la herencia que me correspondía por la muerte de mi padre, al pedirle en préstamo a mis hermanas varios miles de dólares.

Tu ofrecimiento, cuando llegó hace varias semanas, vino a ser algo así como —permíteme que te lo diga— agarrarse a un clavo ardiendo, así de incómoda era la situación en aquel momento. Pero ahora es peor. La exposición se inaugura el día 11 de octubre. Las obras han sido escogidas y la próxima semana iremos a la imprenta para encargar el catálogo. Hemos tenido que enmarcar de unos 30 a 40 cuadros. El día de la inauguración tengo que pagar el último plazo de 500 marcos (25 £). Y no tenemos dinero para pagarlo, ni para pagar el alquiler, o incluso para vivir después del 1 de octubre. Desgraciadamente, Cora ya no puede sacar ni un solo dólar de su cuenta. Ahora no puede vender ni siquiera una acción, y todos sus fondos están depositados como garantía de un préstamo de 11.000 dólares. Y en cuatro ocasiones, ya fuera por carta o telegrama, el banco se ha negado a entregarle más dinero, a menos que venda el total de sus valores.

Cincuenta libras no serán suficientes para sacarnos del atolladero. Así pues, iba a proponerte, después de cálculos muy serios, que enviaras 100, dejando para un poco más tarde el pago del almacenaje (de los libros de Crowley sin vender, y de otros artículos). Lo peor de todo es que en Alemania no se pueden tener deudas: el pleito viene al momento.

Personalmente, creo que A. C. ha hecho mucho daño creando falsas impresiones. Yo sé que ha estado tergiversando todo el tiempo los auténticos motivos de Cora, por la simple razón de que su naturaleza es absolutamente incapaz de comprender la auténtica y espontánea generosidad. En bastantes cartas ya había notado algunas observaciones tuyas, que me indicaban un total desconocimiento de Cora, y ahora me doy cuenta de que me conducen nuevamente hasta A. C.

... la gran presión a la que parece que todos estamos sometidos desde los últimos quince meses, el ilimitado optimismo de A. C., su impaciencia y la falta de auténtica perspectiva para reconocer todos los fracasos del pasado. Desde hace cosa de seis u ocho meses, he tenido la absoluta necesidad, forzado por las circunstancias, de restringirle la ayuda financiera a A. C., pensando en muchas otras cuestiones, que él mismo considera absolutamente vitales. En los negocios no hay «magi(k)a», sino que la magia consiste en convertir los negocios en cosas que sí lleguen a resultarle a uno un negocio. Y A. C. no está de acuerdo con esta definición. Y, justamente, porque él está obstinadamente convencido de poseer el exclusivo conocimiento de los métodos a utilizar en los negocios, tardará, me temo, mucho tiempo en confiar en los razonamientos de otras personas.

Se ha visto obligado a dar su brazo a torcer en muchos más aspectos de los que nunca estuvo acostumbrado. Y se ha rebelado en consecuencia, de un modo tan violento, que me ha obligado, y aún me obliga, a mantenerme firme y duro en todo tipo de escenas desagradables.

Después de todas las mujeres (que ha tenido) que sólo costaban dinero y que le hicieron más daño del que él mismo se hacía, ahora ha llegado una nueva [Bertha Busch] que parece tener sentido común, ánimo, contactos, instinto de los negocios, y que, en vez de hacerle daño, puede serle de ayuda. Ha pagado, por adelantado, tres meses del alquiler de un apartamento. Así pues, hasta el 15 de septiembre, A. C. dispondrá de un hogar y de una mujer que se lo haga confortable, comparta sus cosas y le permita realizar algún trabajo productivo.

Germer no mantendría mucho tiempo la misma opinión de Frau Busch.

Le exposición se inauguró. Fueron exhibidos bastantes libros de Crowley: 10 volúmenes de *The Equinox*, *Knox Om Pax*. *The Legend of Aleister Crowley*, *Moonchild*, *The Diary of a Drug Fiend*, y otros más. Parece ser que Sir Aleister Crowley no estuvo en persona, pues no recoge el acontecimiento en su diario: sólo menciona que la mañana de la víspera de la inauguración visitó la galería Porza.

Fueron expuestos setenta y tres cuadros y dibujos: algunos eran de los viejos amigos, otros de las nuevas amistades: Leah Hirsig, Norman Mudd, J. W. Sullivan y Aldous Huxley, que había llegado, no hacía mucho, a la capital alemana, acompañando a Sullivan. «Pensé que tenía un montón de dinero, y por eso le pinté así, para halagarle» comenta la Bestia al referirse al rápido apunte que tomó de Huxley.

Un cuadro que representa una monstruosidad de género femenino, titulado *Éter*, merece especial mención, como consecuencia de las insólitas condiciones de sensibilidad en que había sido creado. «¡Al primer vistazo uno sólo puede albergar dudas sobre la posibilidad de encontrarse con aquella señora! Pero, detrás de los relucientes dientes de su retorcida boca, y de sus ojos, diabólicamente malignos, observará un buen humor innato que resulta alentador.» Crowley explicó el origen y las circunstancias de su inspiración: «Este retrato fue hecho mientras experimentaba los efectos del éter. Tanto el artista como la modelo inhalaban pequeñas cantidades de sus vapores durante, aproximadamente, una hora, y al aburrirse de lo que estaban haciendo se pusieron a trabajar. Cuarenta minutos después, habían completado brillantemente la obra maestra que se encuentra ante ustedes».

Este cuadro, y los restantes, componían la muestra que no había podido ser exhibida en Londres: retratos, paisajes y figuras, todo lo que poblaba las visiones de la Bestia. Nadie compró un simple cuadro, ni siquiera un dibujo, como Germer había temido que sucediera; pero, por lo que yo he podido comprobar, eso no preocupó a Crowley, ni siquiera le desilusionó. No estaba consagrado a la pintura, como tampoco lo estaba a la poesía; pero a lo que sí estaba consagrado era a la Gran Obra, que para él no era otra cosa que llevar a la humanidad la Ley del Haz lo que Quieras.

Continuaría deleitándose con el Monstruo y el dinero de Karl Germer. «Una de las cosas más extrañas es que, a pesar de la catástrofe, de las preocupaciones diarias y la inminencia del desastre, me entrego totalmente al amor, en el que me encuentro sereno y feliz», escribe el 16 de octubre de 1930 en su diario. «Esto no me había ocurrido anteriormente. Antes, cualquier molestia me sacaba de mis casillas.» Pero toda felicidad es sólo temporal, y el amor que la Bestia sentía por el Monstruo no duró mucho; y toda su serena felicidad no tardó en poblarse de pesadillas. «Me despierto después de haber sufrido varias pesadillas» —mala salud, ásperas discusiones con los Germer—; y el 19 de octubre, el Monstruo huyó de él. Regresaría aquel mismo día, «pero todavía seguía muy trastornada y presa de un miedo patológico. ¡¡¡Piensa que van a robarle sus dibujos!!! Sin embargo, ella sí que me ha quitado alguno. Me prometió que vendría a cenar, o que me telefonaría a las 7 y no lo ha hecho». Le echó la culpa a Germer. «Comienzo a sospechar que Germer está planeando deliberadamente el crimen espiritual de Anu. ¡En interés de su masturbación!». Es una declaración extravagante. Una semana más tarde, su sospecha tomaba cuerpo:

Anu me enseñó el dibujo que había hecho de Karl masturbándose en el W. C. Él la obligó a mirarle —dato incierto— mientras la amenazaba con quitarnos su ayuda si no lo hacía. Ella tuvo miedo de que él fuera a matarla si no se estaba quieta. ¿Verdad o mentira? No estoy seguro, pero yo creo que el asunto va con el carácter de él.

«Carta misteriosa y siniestra de Cáster. Contestada —malamente— tras 3 intentos.» Se trataba sólo de un nota del coronel Cáster de Scotland Yard, que no era

ni oficial ni hostil. «Le sugiero», escribe, «que deje usted de viajar de un lado a otro por el continente y regrese con su mujer, antes de que se meta en problemas quizá más serios». El comentario que Crowley hizo a esta carta fue escrito al dorso, y es el siguiente: «¡La impudencia del lunático!».

Germer había aceptado el *Liber Legis*, pero no así Cora, su mujer. Aunque, en un principio, hubiese encontrado a Crowley divertido, no tardó mucho en tolerarle, simplemente, sólo por amor a su marido.

«Mi pobre y dulce pequeña tuvo otra crisis de melancolía», escribió acerca de su amor, Hanni Jaeger. «El brandy la pone peor. Hacia la 1:00 a.m. volvió en sí, y me explicó muchas cosas. Estoy a punto de enloquecer de amor por ella, y me siento impotente al no poderla ayudar como quisiera» (24 de octubre de 1930.)

Por aquel tiempo, el Monstruo había sido preparada y consagrada como la Mujer Escarlata de la Bestia: le ayudaba a realizar los rituales, era su vidente y miraba para él en la «piedra de ver».

Un ojo dentro de un círculo azul la miraba misteriosamente. Un hombrecillo tocaba un cuerno. Dos figuras vestidas de negro transportaban una cosa muerta. A continuación, una serpiente de color negro y oro se deslizó en el agua. Flores blancas y, finalmente, otra vez el misterioso ojo.

Dieron las doce de la noche. Siete minutos más tarde, el Diablo en persona resplandeció a través de la «piedra de ver».

Esto es lo que Crowley escribe en su diario respecto al día siguiente: «La pobre niña no debe sufrir más. Esta noche estaba tan cansada que se quedó dormida en lugar de realizar el rito mágic(k)o, como habíamos pensado».

Los altercados con la mujer del Hombre Rico del Oeste se hicieron más violentos. Ella temía y odiaba, con la misma intensidad, al Maestro Thérion, y pensaba que éste deseaba verla muerta.

Crowley la llamó «vil bruja».

Querido Mr. Crowley, los 15.000 \$ que le entregué no fueron invertidos en una actividad constructiva, sino en cigarros caros, coñac, cócteles, taxis, cenas, señoras y novias, o en lo que le apeteciese según el momento. Nunca esperé ver un centavo de ese dinero, porque sé que lo que consiguiera ahorrar lo gastaría en sí mismo. Le considero un egoísta en grado superlativo... Lo que usted gasta en una semana en cigarros y coñac lo gasto yo en dos meses. Hasta ahora he pagado los gastos de la casa, entregándoles lo restante a Vd. y a Miss Jaeger, pero se acabó... No deseo insultarle, pero creo que, aparte de su egoísmo, Vd. tiene complejo de Dios. Ni siquiera Dios Todopoderoso se mostraría tan arrogante, siendo ésta una de las causas de todos sus conflictos.

El lacónico comentario de Crowley a esta carta fue el siguiente: «Contestada... y adecuadamente».

Nada sabemos de esta contestación, pero las que solía dar a aquel tipo de acusaciones venían a ser parecidas a la que Jesucristo le diera al joven, en Mateo, 19, 21: «Ve, y vende lo que tienes, y dale el dinero a los pobres, pues ya tienes tesoros en el cielo: y ven y sígueme». Pero hay una discrepancia con el texto del Nuevo

Testamento, ya que la Bestia no instaba a sus seguidores a que dieran su dinero a los pobres, sino *a él*; por eso estaba resentido con Yorke, porque había faltado a este precepto. Y los tesoros que prometía a sus seguidores no se encontraban en el cielo, en el que no creía, sino en la tierra, y se llamaban la libertad y la alegría que seguirán al momento en que se haga verdad, en todos los rincones de la Tierra, la ley del Haz lo que Quieras. Pero hay una pregunta que necesita ser formulada: ¿Por qué resistió Karl Germer tanto tiempo el extraño comportamiento de Aleister Crowley? Y la respuesta es ésta: A causa de la G.'.O.'. la Gran Obra, que subyace en todo *opus alchimicum*, que no viene a ser otra cosa que la búsqueda de la Piedra Filosofal, y no la Ley de Thelema^[215], que Crowley había tomado, a pesar de todo lo que pudiera pensar, escribir y decir, de la emblemática frase de Rabelais: *Haz lo que Quieras*, La alquimia había dejado de ser practicada en el siglo XVIII, pero Germer y su hermandad todavía seguían la tradición hermética: a fin de cuentas, la Bestia había despertado la admiración del alma germánica, tan amiga de lo misterioso, de Karl Germer, y, por esto, él no le abandonó.

35

BERTHA BUSCH

«LA otra noche llevé a cenar a Marie», escribía el 20 de febrero de 1930 Yorke, que estaba en Londres, a la Bestia, que se había ido a Berlín:

y la encontré en muy mal estado. El alquiler está pagado hasta finales de mes, pero no dispone de mucho dinero para comer y anda muy mal de los nervios, hablándole a todo el mundo de suicidio. Ha hecho auténticos esfuerzos para encontrar trabajo, con un relativo éxito. Pero cuando el *John Bull* te atacó a primeros de enero, a ti y a la Mandrake Press, la echaron por ser tu mujer. Me ha parecido que querías ayudarla. Me dices que le entregue a ella el dinero del crédito, pero cuando tú lo recibes, te lo gastas todo y no le envías nada.

Uno no puede por menos de preguntarse qué era lo que había visto María en Aleister Crowley. Tenía todas las cualidades que invitan a las mujeres a pasar de largo: ya no era joven, su apariencia de hombre enfermo iba, generalmente, acorde con su salud; sus infidelidades eran notorias; y su mirada de drogado y las vaharadas de éter que anunciaban su presencia le delataban como el Vagabundo de la Desolación. Era, obviamente, incapaz de amar, en el sentido usual de la palabra. La única referencia al carácter de María Teresa nos la ofrece la descripción, efectuada por Gerald Yorke, de un ritual mágico que ella, Yorke y la Serpiente (Israel Regardie) realizaron en el apartamento parisino de Crowley, durante la primera mitad de 1929.

Crowley no estaba presente. La Serpiente y Volo Intelligere se sentían muy optimistas a causa de la observación que había hecho María de que en su juventud había bailado para el diablo alrededor de una fogata.

Se pusieron los ropajes mágicos, corrieron los muebles, avivaron el fuego de la estancia, dibujaron un círculo mágico en el piso, encendieron el incienso de Abra-Melin, y apagaron la luz. Comenzaron con el Ritual Menor del Pentagrama, y a continuación, la Serpiente y V. I. se sentaron en un cómodo *asana*^[216] y, según las enseñanzas mágic(k)as de la Bestia, comenzaron a entonar los versículos de la estela de Ankn-f-n-Khonsu. María, que es descrita por el hermano V. I. con las palabras «grande» y «pesada», comenzó a bailar. Se acercó al fuego e hizo varios pases con manos y pies desnudos entre las llamas. La habitación estaba saturada del humo del incienso y del carbón. De repente, mientras la Serpiente y V. I. seguían entonando los versículos en egipcio, María lanzó un grito y cayó inconsciente sobre el piso; V. I. había llegado a sentir una presencia detrás de él, a la derecha. Una forma, o una fuerza se hallaba fuera del círculo. La Serpiente lo confirmó: también él había sentido el ser que había sido evocado por aquel acto de magia ceremonial, y le indicó el

punto exacto.

María Teresa se despidió del hombre que suponía que era su marido. Lo único que en aquellos momentos le importaba era lo que, de manera un tanto imprecisa, llamaba una pensión, puesto que creía que Crowley debía tener algún dinero y que podría cederle una parte. Aparte de los inesperados momios de los Hombres y las Mujeres Ricas, y de algunos pobres, ya fueran mujeres u hombres, como su devoto amigo Gilbert Bayley (que se ofreció en bandeja a los prestamistas, en respuesta a una petición de ayuda *muy urgente* que le había hecho la Bestia), Crowley tenía una renta semanal de menos de dos libras, pues los encargados de administrar sus módicos bienes, dividían los intereses entre él y su hija, Lola Zaza.

La Bestia sentía la necesidad de hacer algo: María era una incomodidad y una rémora. Tenía que divorciarse de ella, y, por supuesto, sin tener que correr el riesgo de pagarle su pensión alimenticia. Y preparó el siguiente memorándum para sus abogados londinenses:

Desde el 16 de junio al 1 de agosto de 1930 e.v. he vivido con mi mujer en el 89 de Park Mansions Knightsbridge. Tuve constantes motivos para quejarme de ella:

1. Rehusaba esforzarse por aprender el inglés.
2. Siempre estaba ebria en público, a veces sin disimulo, llegando a vomitar o a quedarse inconsciente.
3. Siempre estaba haciendo escenas violentas, en presencia de los amigos, o en las reuniones.
4. Tenía la costumbre de hacer el amor a los huéspedes de sexo masculino —abrazándolos, besándolos, etc.— en público.

1 de agosto: Me fui a Berlín para un asunto importante.

3 de agosto: Escribí a mi mujer dándole instrucciones precisas de cómo debía comportarse. Le he expresado las quejas anteriormente expuestas, advirtiéndole que no cohabitaría con ella hasta que aquellos agravios fueran satisfechos.

No recibí respuesta a esa carta, excepto un comunicado totalmente frívolo e irrelevante después de que el 13 de agosto abandonara Berlín y regresara a Londres.

24 de agosto. En Londres. Ninguna noticia de mi mujer, excepto vagos rumores de que ha preguntado por mí en un restaurante al que voy a comer en ocasiones, y de que está viviendo con un hombre en un apartamento de Hampstead, etc.

29 de agosto. Sigo sin noticias. Me veo obligado a abandonar Londres para hacer un viaje de negocios a Lisboa.

Los amigos me dicen que ella quiere el divorcio (y yo también) y que un acuerdo es absurdo.

Me gustaría conocer el terreno que piso, y los pasos que debo dar para librarme de ella. Voy a escribirle a Mr. Regardie para preguntarle si él dispone de alguna prueba de adulterio y si podría convencerla para que lo admitiese.

Yorke escribió para decir que María había desaparecido de su alojamiento de Hampstead y que su última carta hacía pensar en el suicidio: «Ay de mí, todo es cruel conmigo. Cuando te llegue esta carta estaré muerta. Dejo este mundo sin pena, porque sé que ahora gozaré, y para siempre, del descanso anhelado. Por favor, escríbele a Crowley, y dile que en el momento final no pude perdonarle. Adiós».

La Bestia tiró los bastoncillos del *Yi King*. ¿Dónde está María? ¿Está muerta? Si no lo está, ¿qué le ha ocurrido? La respuesta fue el hexagrama XX. *Kwan. El celebrante se ha lavado las manos, pero aún no ha presentado sus ofrendas.*

La interpretación de Crowley era que ella se había fugado con un hombre; pero

también podría estar muerta. Lo primero le parecía más probable.

Estaba ansioso por divorciarse de Marie, ya que quería casarse con el Monstruo; o si no con ella, con otra mujer del tipo de Mujer Escarlata, con el que siempre había soñado, que resolviera, de una vez por todas, sus problemas. En los últimos tiempos había consultado con mucha frecuencia al Oráculo Chino para saber si «debía intentar conquistar una fortuna permanente casándose con una mujer rica». La última vez que había invocado al Espíritu que Todo lo Sabe para hacerle la misma pregunta, éste le había contestado, sugiriendo una sonrisa: «¡Vaya una mujer tan descarada y mala!».

También el Monstruo esperaba ansioso el divorcio de la Bestia, pues Hanni estaba preñada. Escribió a la Serpiente buscando un consejo. La Serpiente era alumno de Crowley en cuestiones mágicas, pero Crowley lo era de él en asuntos prácticos, así que escribió a la Bestia:

El Monstruo está en lo cierto cuando dice que sería mejor para la Gran Obra que tú mismo presentases la petición de divorcio. Ha sido una mala suerte que no se te hubiera ocurrido antes, cuando enviaste a María la carta en la que decías que habías cometido adulterio un considerable número de veces y que sólo los rigores de tanto viajar habían impedido que el número fuese mayor. La carta te ha debido de causar un gran placer mientras la estabas escribiendo, pero, por desgracia, te impide poner en marcha una demanda de divorcio. Uno no puede tenerlo todo.

Según lo que puede leerse en el diario de Crowley, éste «oyó unas historias extravagantes acerca de que Marie se había tirado al Támesis». Lo único seguro es que si el Támesis la hubiese reclamado para sí, él se habría puesto muy contento. Pero la cuestión acerca de si podía o no divorciarse de Marie, con o sin asignación de pensión alimenticia, pasó, de manera imprevista, a un segundo plano, ya que Marie fue ingresada en un hospital psiquiátrico, aquejada del delirio que le hacía suponer que era —repito las palabras textuales del informe del Jefe del Servicio—, «la hija de los reyes de Inglaterra y que se había casado con su hermano, el Príncipe de Gales».

«He oído que Marie está en Colney Hatch», escribió Crowley en su diario. Aquello le hacía recordar que el ingreso de su primera mujer, Rose, en la «Casa de las chinches»^[217], supuso un augurio de la aparición de una nueva Mujer Escarlata, la hermana Virakam. ¿Eso quería decir que iba a aparecer en su vida una nueva amante y compañera, a la que podría instruir en la Suprema Arte Mágic(k)a?

El comportamiento de Crowley a lo largo de aquel asunto, revela una salvaje *atrofia de sentimientos*. Mientras estaba en Berlín, debió pensar que resultaría divertido escribirle a Yorke la siguiente carta, fechada el 24 de agosto de 1931:

Una mujer que atiende al nombre de Marie ha sido admitida en Colney Hatch. Yo siempre había pensado que este hospital mental sólo existía en las comedias del *music-hall* y en las conversaciones jocosas de las personas vulgares, como Jerome K. Jerome.

He intentado durante algún tiempo identificar a la mujer, pero sin conseguirlo.

Hemos de suponer, no obstante, que esta mujer (que reivindica ser la hija de Jorge V y de [la reina] María, de pura sangre inglesa, casada hace doce años con su hermano el Príncipe de Gales, aunque ella era ignorante de la relación) es la mujer que ambos conocemos. En su imaginación, la situación debe estar clara. Nunca había pensado que sus rabietas llegaran a conducirla a la locura... Más bien creo que ella debía llevar sufriendo, durante

cierto tiempo, algún tipo de locura incipiente, que quizá yo no había tomado lo suficientemente en serio... también creo que su ultrajante actitud hacia los amigos, que en Alemania se habían portado tan cortésmente con ella, era todo un síntoma de lo que estaba por llegar...; lo que tenemos que hacer es concentrarnos en poner en práctica las instrucciones del *Liber Legis*. Si das todo lo que tienes, y todo lo que eres, a esta Gran Obra, tendrás lo que yo tuve cuando renuncié, en la Pascua de 1898, a la operación de Abra-Melin.

A comienzos de 1931, Crowley estaba intentando desembarazarse de Anu (Hanni Jaeger) y poner a otra en su lugar; para un hombre de su temperamento y con su amplia experiencia sexual, ningún empeño resultaba difícil, y menos aún en el Berlín de aquellos años:

3 de enero de 1931. Anu llegó con los Stein. Me han ofrecido gentilmente cuidar de la pobre niña durante dos semanas; puede que esto me solucione lo peor del problema.

6 de enero. Anu regresó de pronto, trayendo flores y anguila ahumada, y se llevó casi todas sus cosas. Está viviendo en un piso a cinco minutos de camino, en dirección este. Al final se ha vuelto desagradable. Tengo fiebre.

7 de enero. Estoy demasiado débil para mover siquiera un dedo. Tos espantosa. Y entonces comenzó el lento fluir de la apestosa suciedad, fuera de control, regular y enérgica, al igual que la locura de Hanni Larissa Jaeger, alejándose de mí. Necesitaba algodones y Karl me compró un paquete de mala calidad, del que se utiliza para embalar. ¡Seguro que lo hizo a propósito, ese sucio masturbador!

8 de enero. Sigue la marea de apestosa mierda. Ya no creo que me quede mucho más de Hanni Jaeger.

9 de enero. Ya he conseguido soltar del todo a Hanni: la diarrea se ha parado y me ha dejado con la sensación de una maravillosa pureza.

10 de enero. Me voy reponiendo gradualmente. Me siento como si me hubieran dado una paliza.

13 de enero. Anu vino a cuidarme.

14 de enero. Anu se ha ido definitivamente, llevándose mi ejemplar del *Book of Lies*. Me alegra poder declarar abiertamente que es una ladrona.

17 de enero. Ya llevo 13 días seriamente enfermo. Violento acceso de tos, furioso dolor de cabeza, algo de diarrea.

18 de enero. Infernalmente molesto. A veces tengo la sensación de que voy a morirme muy pronto.

20 de enero. Ha venido el médico. Nuevo tratamiento.

22 de enero. 11:20 p. m. Anu me llamó por teléfono desde la clínica Wolf; está en un gran apuro, como de costumbre. Espera llegar esta noche.

23 de enero. Anu llegó a las 12:19 a.m.

24 de enero. Anu muy enferma.

25 de enero. Anu muy enferma.

2 de febrero. Se acercó Germer y, literalmente, me hundió. Nunca había conocido a nadie como él, capaz de destrozarte los nervios. Resultado: después del mediodía me he quedado dormido, a causa del agotamiento. Me desperté en un estado de completo amodorramiento. Cenamos regiamente en Stöckler's, el mejor lugar que he hallado en Berlín: tiene imaginación, ¡y no es nada vulgar! Estuvimos jugando a los acertijos en su patio, ¡¡y perseguí a toda velocidad, Kurfürstendamm abajo, a Anu!!

6 de febrero. La noche pasada sufrió un violento dolor de cabeza, y esta mañana ha comenzado a tener vómitos y una tremenda diarrea, dolorosa y agotadora. No sé si llamar al médico.

7 de febrero. Excelente cena en Stöckler's.

9 de febrero. Germer se ha quejado de nuevo de las manchas de semen en su bata de raso negro que le dejé a Hanni el pasado mes de agosto. Le he respondido con la amable sabiduría de los filósofos: «Dime, te lo ruego, ¿desde cuándo los coños han sido herméticos?».

11 de febrero. Nierendorf y Steiner me visitaron después del mediodía. Todos los planes para la exposición completamente fracasados.

Aunque se estuviese complaciendo tremendamente con una mujer, siempre le estaba echando el ojo a otra. Entre marzo y abril de 1931, tuvo cuatro amantes: Anu, llamada el Monstruo, Hanni Richter, Louise Zschaetzsche, y una mujer llamada

Gertrude. «14 de marzo. Me puse a pintar el cuadro que llamaré “Carnaval”. Louise de modelo. La masturbé y lamí su coño: se entusiasma mucho. Después nos pusimos a comer, y nos atracamos de tomates, porque amo a mi maravillosa Anu. 17 de marzo. Un día terriblemente atroz. Con Louise a una cena pésima en el Tiensin, después al estudio: onanismo, todo muy aburrido.» Al día siguiente: «Debo admitir que me encuentro condenadamente deprimido (1 a.m.). Louise me levantó el ánimo: encontramos un estudio ideal, Kurfürstenstr. 126. Hanni mejor, Anu peor. Mucho me temo que nuevamente se dedique a chuparla por 10 marcos, como si su maquinaria principal estuviese dañada».

Dijo que amaba a Anu, pero se desentendía del hecho de que ella se estaba vendiendo en las esquinas. «11 de marzo. Cora lanzó otro criminal ataque contra el Monstruo. 24 de marzo. Con Louise por la noche. Bebí muchas cosas y muy variadas... pero amo a Fanny.»

Y al día siguiente: «He buscado en vano a Fanny. Estaría follando con cualquiera».

«Fanny», un homosexual, cuyo verdadero nombre era Peter, era amigo de Christopher Isherwood; el 4 de noviembre de 1930 aparece, por vez primera en el diario de la Bestia: «Fui al Kónig... ¡Demasiado insulso! Después al Mikado y flirteé con Fanny... para darme cuenta de cuán apasionadamente amo a Anu». El sexo de Crowley era opcional. Y él podía ser un dios o un infrahombre: hizo las cosas más atroces con la más absoluta inconsciencia.

En su diario, acostumbraba a registrar religiosamente cada uno de sus actos sexuales, mediante una cruz inscrita dentro de un círculo, Ø, un antiguo símbolo solar; y este signo se vería considerablemente repetido con cada nueva mujer, lo que era indicio del número de sus devociones para con ella, hasta que iba decayendo, lo mismo que la mujer. También, invariablemente, es mencionado el fin con el que se realiza cada uno de los actos de *magi(k)a*: para conseguir dinero, el nacimiento de un hijo, salud, deseo, éxito en alguna determinada aventura, etc.

Algunos extractos del diario de la Bestia de aquel tiempo nos revelan sus frustraciones, anhelos, estados de ánimo, locuras, lo que está haciendo, y con quién.

6 de abril. Cantidad de lametazos al coño y al ojo del culo de Hanni, entre estornudos.

9 de abril. Un día terrible. Intenté caminar, pero estaba demasiado cansado. Intenté todo tipo de cosas desesperadas. Estoy condenadamente enfermo.

10 de abril. Comer con Gertrude Ø. Temo que me he olvidado de hacer lo más importante, debido a que estaba realmente excitado. ¡Por Cristo! ¡En este país olvidado de Dios uno tiene que dormir con el pene guardado debajo de la almohada! Louise... como de costumbre.

11 de abril. Hanni posó, pero yo tenía tanto frío que no pude pintar. Con Louise por la noche: realmente es una idiota incrédula a la que no se puede enseñar nada. Es capaz de ponerse a llorar con sólo perder un peón... ¡Oh, Dios! Este tipo de mujer tan condenadamente femenino no lo aguanto. (P. S. No he podido por menos de hacerle la observación de que mi guapísima Hansi tiene por lo menos —a pesar de todos sus defectos— las dos cosas: cerebro y belleza. ¡Y la muy necia no me entendió!) Presa de rabia, me dejó para siempre, como de costumbre.

12 de abril. Hanni Richter Ø. Salud, etc. Louise llamó. Está loca de amor por mí, y violentamente celosa. Me gusta, pero es estúpida —a quien quiero es a Anu— por eso estoy aburrido. Sólo que puede resultar. Ella pasó la mañana del domingo dando vueltas alrededor del Lietzensee... esperando a que abriera la ventana para verla.

13 de abril. Cora, la vil bruja, la sabandija, ha perdido (¡nuevamente!) su dinero en Wall Street, maullidos en público al saberlo.

14 de abril. Ø Hanni (salud, etc.). Realmente estoy muy enfermo. Cenar con Louise en Karl's.

Oyó «historias disparatadas» acerca de Anu: que estaba vendiendo drogas.

Louise le habló de comprar uno de sus cuadros. «¡¡¡Quiere comprar un cuadro!!!» Y añade más adelante: «Ella tiene impulsos nobles, pero sus propósitos bajos, egoístas y cobardes siempre acaban venciendo. Dentro de poco no será otra cosa que un trozo de carne, deforme y estúpido, con un agujero».

Anu telefoneó. «Estuve con ella una hora. Yo creo que debe trabajar en algún cabaret o haciendo la acera.»

Se fue con los Germer en coche hasta Saarow-Pieskow, cerca de Francfort del Oder. «Malo y a la moda.» Regardie y Louise completaron la reunión. «Cora comenzó a crear problemas desde el momento en que me subí al coche. Intenté advertírselo a Louise en el primer momento que nos quedáramos solos, pero me fue imposible. La asquerosa bruja insultó a Regardie mientras comíamos, y yo la expulsé.» Parece ser que estaba encantado con este acto de brutalidad cometido en el restaurante de Saarow-Pieskow, y todavía hablaba de él una semana más tarde. «Germer vino muy enfadado; llevé a Louise a cenar... no pude sacarla de allí. ¡Y Señor, cómo comió! Para aguantar el tipo, supongo. ¡Tuve que entregarle la parte del león!»

Habla del 6 de mayo como de «un día maravilloso», y explica por qué. «Hice que Hanni Richter llorase, para comportarme decentemente con ella. Hice llorar a Hanni Jaeger para demostrarle que me amaba. Y ella lo admitió. Queríamos un niño. Hice llorar a Louise Zschaetzsche por sincero sadismo (por amor a Hanni Jaeger).» Al día siguiente, que era el cumpleaños de Louise, la hizo llorar al pegarle en mitad de la calle, a la una de la tarde, justo cuando estaba más llena de gente. Más tarde: «Discutí con Karl yendo por el lago. Louise para cenar. Todavía gritó un poco más. El sábado me comporté con ella de un modo tremendamente arrogante».

A mediados de mayo de 1931, conoció a una condesa alemana. «El mejor polvo que he echado en seis meses. Me costó 11 marcos. Valió la pena.» Al día siguiente: «No, no estoy preocupado ni un ápice por Miss Jaeger, con tal que disponga del “Coño de la Condesa”, como dice el Buen Libro». Su ojo seguía estando a la que saltaba. «27 de mayo de 1931. Encontrada chica de guardarropas igual que Hércules. Quiero hacerle un hijo. Primer beso a las 12:15 a.m.» Al día siguiente se encuentra por vez primera con una mujer llamada Renate Gottsched, con la que tiene trato sexual. Y al día siguiente: «La puta pelirroja del Kottner hace que mi cipote se olvide de Pola», con quien había hecho el amor en ocho ocasiones. «¡Oh, cuán superior es el Ojo de Horus a la Boca de Isis!», escribe después de que la ha sodomizado, en el noveno grado de magi(k)a que ejecuta con Pola. Su propósito no había sido otro que ayudar a la Gran Obra. «Estoy muy satisfecho de que mi nombre se halle indeleblemente asociado al “Haz lo que Quieras”. Así pues, ¿¿¿habré realizado ya mi

trabajo???»

19 de mayo. Karl nuevamente histérico por el dinero y no consigue hacer nada práctico. Un loco sin fe. Me he hecho invisible en dos ocasiones.

21 de mayo. Karl se negó nuevamente a mantener su palabra, re[specto] a los 500 marcos. Se comporta como un cerdo miserable cuando tiene esos ataques. Y me engaña como un cura. La obra de Karl del día 21 de mayo: me robó un día de trabajo. Hizo una desgraciada exhibición de sí mismo ante su abogado. Me obligó a usar los más serios (y también los más costosos) recursos financieros. Destrozó todos mis planes, cuidadosamente razonados. Echadas a perder dos amistades prometedoras (con mujeres). He puesto al Monstruo fuera del mapa, en el momento que he pensado que ya estaba harto de ella. Lástima mi imagen a dondequiera que vaya. Causó una violenta escena en la pensión. Me hizo sentirme muy enfermo: asma, bronquitis, etc.

22 de mayo. A pesar de estar enfermo —asma, bronquitis, etc.— me peleé durante tres horas con Karl para obligarle a pagarme 100 marcos de los 500 que me debe. Por eso, cuando me fui a la cama, estaba tan molido como si hubiera estado recorriendo toda la ciudad. ¿Cuál ha de ser ahora mi política?

Esta pregunta iba dirigida al *Yi King*. La contestación fue: «Mantén-te condenadamente firme».

Los problemas con los Germer no habían acabado:

25 de junio. Germer ha desaparecido de la circulación. Supongo que debe pensar que es algo divertido abandonar a un hombre enfermo, sin comida ni medicinas. He intentado salir andando despacio a empeñar mi anillo.

26 de junio. Toda la noche tosiendo... por simple falta de dinero para comprar medicinas. Germer llegó: más sádico que nunca. Sabe que con lo que tengo no conseguiría vivir hasta el lunes, y sólo burlas y sermones. Loco cerdo masturbador. Se ha ido muy contento de mi dolor.

1 de julio. Supongo que el asqueroso perro intentará estafarme una vez más este lunes.

10 de julio. Karl maníaco furioso, diciendo que la sopa sólo cuesta 25 céntimos. Despotricó y despotricó, haciendo en la pensión una escena violenta.

20 de julio. Germer despotricando nuevamente. Esta vez es el cepillo de dientes —un cepillo de dientes, totalmente imaginario, que se supone que había costado varios miles de marcos— además de la sopa y de Hanni Jaeger. Es realmente lamentable que un hombre tan elegante se degrade constantemente a sí mismo hasta llegar a ser tan innoble y despreciable. ¡Jugando con una de sus manos con su viejo y raído sombrero mientras que con la otra lo hace con su viejo y mohoso pene!

25 de julio. Germer estafa de manera cada vez más impúdica.

26 de julio. Dormí hasta que sonó el despertador. Pero todavía tengo en la boca el asqueroso sabor de Germer. Es abominable que una persona tan cerda tenga tanto poder. ¡Que los Dioses le rechacen!

Rellenó el cuestionario, a nombre de Marie Teresa Crowley, que le habían enviado las autoridades del hospital psiquiátrico de Colney Hatch, y comentó: «Es muy inglés considerar la locura como una broma».

El 1 de agosto de 1931 había tenido relación sexual con Pola, que hacía la número quince. El propósito de aquella operación había sido «Volver a dedicarme de nuevo a mi misión profética». Su misión, fuera o no profética, era la de convertir a toda la humanidad a su filosofía del Haz lo que Quieras. Y, más adelante añadía: «P. S. resultado inmediato. El día 3 encontré a Bertha Busch». Frau Busch había nacido en Zürich a las 11:30 de la noche del 6 de marzo de 1895, y había estado casada por lo menos una vez. Crowley solía llamarla Bill o Billie. De lo que hubiera estado haciendo antes de que la influencia de las estrellas la llevara a encontrarse cara a cara con Aleister Crowley, nada sabemos.

Pues así fue como se conocieron. Él estaba paseando por la avenida Unter den

Linden de Berlín cuando sus miradas se cruzaron. La Bestia se detuvo para mirar el escaparate de una agencia de viajes. Ella se acercó y le dirigió la palabra.

Lo que Crowley le dijo no fue: «¿Por qué está tan triste, Bertie?», sino: «¿A dónde piensa ir en su próximo viaje?».

Eran las tres de la tarde del 3 de agosto de 1931, cuando su relación amorosa con Pola aún no había tenido tiempo de enfriarse.

Cuando Crowley estuvo enfermo, con un ataque de asma bronquítica, ella acudió a confortarle, y en una ocasión se quedó toda la noche, la misma noche en que el hotel fue asaltado por la policía, que sospechaba que, tras la fachada, había un burdel de jovencitas.

La atracción que sentían el uno hacia el otro era inmensa. Crowley se excedió en alabanzas acerca de la potencia sexual y el encanto de Bertha.

Dijo que la amaba sincera y apasionadamente, pero creía que debía rehuirla por miedo a que «ella no pudiera darle a cambio su amor».

Pero sí que se lo dio: había vivido infeliz e insatisfecha, y podemos creerlo, hasta el día en que su Niño Querido, como llamaba a la Bestia, le había puesto la vista encima y le había pedido que fuera su Mujer Escarlata.

Aunque, después de irse a la cama, hubiera soñado que mataba a «tres de sus hijos», el pensamiento de Bill bastaba para hacerle sentir un misterioso bienestar. Empeñó sus joyas para darle un poco de dinero, y mediante un acto de magia sexual en presencia del siempre ensalzado Aiwass, la consagró como su Ramera, la Mujer Escarlata de la Bestia 666.

25 de agosto de 1931. Discusión con Yorke acerca de un alquiler.

Pero Yorke rehusó enviarle la suma que él le pedía.

28 de agosto. Germer nuevamente maníaco, rabioso y chillando.

1 de septiembre. El sucio y pajillero alcahuete de Karl Germer me volvió a estafar hoy. 20 marcos, que debía pagarle en seguida. Le dije que era como un viejo chatarrero judío. ¡Cerdo repugnante! Cenar con Billie.

3 de septiembre. Vi a Billie después de comer. El magnífico ser al que amo.

4 de septiembre. Billie también es maravillosa.

5 de septiembre. Lamido totalmente el coño de Billie después del mediodía. El polvo más maravilloso que había echado en años. Por poco no le desgarró el trasero.

6 de septiembre. El mejor polvo que recuerde memoria de hombre.

10 de septiembre. Firmado contrato para el apartamento.

11 de septiembre. Karl se acercó para resolver algunos asuntos triviales —rabioso, maldito y masturbado— delante de Billie. Ella estaba, era natural, muy turbada. Ya no aguanto más al sucio alcahuete: ¡Que Dios nos envíe un hombre sano para seguir adelante con la Gran Obra!

12 de septiembre. He pedido a Miss Küntzel que venga a Berlín para el Show [la exhibición de sus pinturas en la galería Porza].

15 de septiembre. Empeñados reloj y anillo, 110 marcos. Recuperación del baúl y demás de Billie... mudado al nuevo apartamento. Karl, era de esperar, comienza a practicar sobre nosotros su sádico onanismo.

19 de septiembre. Muy atareado haciendo inventario [de sus pinturas] y redactando el catálogo. En Porza [la galería de arte].

20 de septiembre. Billie va a tener la menstruación. Por la noche se quejó mucho.

21 de septiembre. Billie se despertó con un terrible dolor. Telefonazo a Weidling, el médico, quien le dio un

chute de morfina. Karl nuevamente furioso —llegando incluso a insultar a Frau Busch, sin motivo alguno.

30 de septiembre. Juramento y Consagración [de Billie] como Mujer Escarlata. Ambos quedamos totalmente agotados después de la Consumación del Sacramento, y caímos en el Sueño de Shiloh.

2 de octubre. Mi dulce amada me está matando. Después de comer me sedujo con su maravillosa boca y tuve que hacer el amor con ella. Estuvimos gritando durante diez minutos.

5 de octubre. El cobarde y alcahuete de Germer todavía sigue intentando fastidiarme; pero no puede. ¡Ahora tengo a Babalon! [Billie, su Mujer Escarlata]

7 de octubre. 12:02 a.m. Renovados nuestros juramentos, tomé el Elixir [su semen, extraído de la vagina de Billie] a la manera de ceremonial... para el dominio del mundo.

8 de octubre. Ido a Porza cuestión negocios. Germer estaba allí e insultó públicamente a la Mujer Escarlata. Me negué a darle la mano. Fue a decirle a Frau von Alvensleben y a Steiner que no les iba a pagar. Ya sin nervios, comencé a besar a la M.E. a las 5 en punto, y continué hasta después de medianoche, con un breve descanso para cenar... enviado (un caso de *forcé majeure*) con ese maravilloso Yoni.

9 de octubre. Carta desagradable de Karl. Hablé con el Dr. Adler [el psicoanalista austríaco],

10 de octubre. Escribí a E.S.P. Haynes [procurador] re[specto] al divorcio [de María, que estaba en el psiquiátrico de Colney Hatch]. En Porza a las 11 a.m.

14 de octubre. Nos hemos jodido a nosotros mismos, de la manera más tonta, y la suerte parece habernos abandonado.

16 de octubre. Vinieron Saturnus y Cora. Ella pataleó y echó maldiciones, y primero me maldijo a mí; después a él; y, al final, a los dos. Injurio violentamente a Frau Busch, como de costumbre, y repitió sus enloquecidas mentiras respecto a Birven. La M.E. se sintió terriblemente enferma, por culpa de aquella *Schweinerei* [cochinada]: tuve que llamar al Dr. Weidling. Mañana le expondré [a Germer] todo este caso por escrito.

18 de octubre. Otra disparatada carta de Saturnus. Comida con Yorke. A Porza por la tarde. I.W.E. [Fräulein Küntzel] vio a Saturnus... muy mal. ¡Hablar... Hablar... Hablar! Bill terriblemente sobreexcitada.

19 de octubre. Estuvo Yorke... Saturnus totalmente loco. Yorke ahora se da cuenta de la verdad. Escribí a Jones con intención de ponernos de acuerdo para que enviara dinero del depósito [George Cecil Jones y Gerald Yorke eran los administradores del depósito de Crowley], Yorke con la Mujer Escarlata y conmigo. Nos sentíamos como tres niños felices.

25 de octubre. Una vez más, la Mujer Escarlata se despertó con «El Miedo Sin Nombre». Sus pechos, sin lugar a dudas, han crecido, y le duelen. Pero durante todo el día, los dos estuvimos indeciblemente nerviosos y por la noche encontramos signos de sangre en el dintel. Entonces, ella comenzó a tener una gran inquietud y estuvo despierta toda la noche. Fue tremendamente valiente porque no me contó nada de sus temores.

26 de octubre. La cosa fue a peor. Vino Weidling: piensa que puede tratarse de un aborto. Todo el día he estado hundido por culpa de la pena y la ansiedad.

29 de octubre. Toda la noche, la M.E. siguió quejándose de dolor. Tuve que pedirle al Dr. W. que le administrara más morfina. Y entonces tuvo lugar una escena de la más terrible lujuria, que se prolongó durante horas, hasta que no pudimos resistir más [Tuvo lugar un acto de magia sexual con la finalidad de conseguir dinero].

30 de octubre. De algún modo, la noche pasada fue la más intensa de toda mi vida. Me parece que ahora la conozco mejor y que me siento más estrechamente unido a ella.

31 de octubre. Violento ataque de asma de 9 de la mañana a 12 del mediodía. En el preciso momento en que estaba intentando sobreponerme a él, Bill llegó de compras y me sedujo de la manera más maravillosa. Ahora estoy totalmente recuperado: me siento como si estuviese dejando atrás una de las recaídas de la malaria.

2 de noviembre. Hemos ido a ver a Max Brunnig, una especie de Dix o Rops^[218] de poca monta, que tiene un estudio que recrea, bastante bien por cierto, el ambiente de un bazar oriental. Nos dio de beber mucho coñac malo. Enloquecimos. En cuanto llegamos a casa me tiré encima de la M. E. Orinó a mares... nos quitamos violentamente las ropas y jodimos, jodimos y jodimos. Me desgarró los labios y la lengua y mi sangre le manchó toda la cara. Jodimos nuevamente. Y, de repente, tuvo un ataque de celos por culpa de tres furcias baratas que estaban en el estudio de Brunnig y casi la estrangulé.

3 de noviembre. Nos despertamos pronto y terminamos la jodienda. Ambos agotados. Recuperándonos todo el día.

4 de noviembre. Bill tomó mi anillo de templario por un anillo de compromiso... y no tardó en seducirme en el cuarto de baño [El acto de magia sexual se realizaba con aquel fin]. Iniciación. Después se emborrachó como una bestia y me hizo muy infeliz. Hamilton llegó a las 7.

10 de noviembre. La M.E. nuevamente muy trastornada al caer la noche... sin ningún motivo a no ser el Korn [aguardiente de grano] del que abusó. *Cunnilingus* antes de cenar.

11 de noviembre. Orgía general —incluyendo cualquier posible variación— de 3 a 6:30. El rato más salvaje

que hayamos pasado.

12 de noviembre. Recuperándonos... haciendo votos de castidad. Y cuando estaba llamando por teléfono después de comer, ella vino al estudio y estuvo esperándome con el culo al aire. Ø Éxito.

15 de noviembre. Ø Amor. A eso de las 2 a.m. Haciendo el amor toda la mañana. Haciendo el amor toda la tarde. Interrumpidos por, a) la vaselina que la M.E. tuvo que ponerse en el ano para facilitar el Ø. Ya no sabíamos ni la hora que era. Hamilton llamó a las 5.

16 de noviembre. Después de comer, una hora follando con balas de fogueo.

17 de noviembre. Karl prometió 75 marcos semanales hasta el 31 de diciembre. La M.E. está muy jodida. ¡Pobre mujer! Realmente, ha sido demasiada [la letra del alfabeto hebreo que simboliza la *fellatio*].

19 de noviembre. Ø. Que seamos los de siempre. Cada día quiero más a Bill.

20 de noviembre. Las dos últimas noches, Bill ha estado insomne y nerviosa. Y también vomitando. Y yo no me encuentro mucho mejor. Supongo que será cosa de los nervios.

21 de noviembre. Bill está tan enferma que he tenido que llamar al Dr. Burlin. ¡Quiere dinero en mano!

26 de noviembre. Ø pura locura sexual. (Con mal resultado, naturalmente.) La M.E. mal y no quiso seguir.

27 de noviembre. ¡Después de la comida me sedujo de nuevo! Ø tan intenso como la vez anterior.

28 de noviembre. Otro acceso maniaco después de comer. Ø energía. Los dos fuera de combate durante varias horas.

29 de noviembre. Realmente furioso el Ø. Energía. Tenemos que tener cuidado al mezclar bebidas.

1 de diciembre. Desgraciadamente, Bill abotargada todo el día. Comenzamos a joder y a la hora lo dejó, estaba demasiado cansada para continuar. Por la tarde nuevo fracaso.

El 3 de diciembre de 1931, Crowley escribió a Yorke, diciéndole que Germer estaba con él y Billie en el apartamento que la pareja tenía en el número 2 de la Karlsruhestasse, en Berlín-Halensee. «Bill es muy dulce con él, y no tiene en cuenta sus quejas acerca de la cama, intenta conseguir su amistad con un poco de mantequilla danesa y le lava los calcetines. ¡Todo muy conmovedor! Es imposible darte un avance de la manera en que se van desarrollando las cosas, ya que la situación cambia diariamente... pero para crecer en complejidad. No puedes darte idea de lo mal que andan las cosas por aquí... especialmente ahora que han llegado la niebla y el frío.» Germer no tardó en abandonar el número 2 de la Karlsruhestasse.

5 de diciembre. ¡Karl rabiando de nuevo (por teléfono) a causa de algún cheque imaginario enviado a Bill!

6 de diciembre. Bill agarró el Korn. Y entonces tuvo lugar un fornicio de lo más terrible. Marie [la patrona] entró, ¡y nos pilló en el sofá! Bill se fue a la cocina y yo a estudiar. De repente, se acercó hasta mí y me hirió con un cuchillo de cocina. Se puso violenta. He tenido que sujetarla. Y he estado sangrando hasta que Marie ha ido a por el médico, al cabo de dos horas.

El médico inyectó morfina a Billy para apaciguar sus nervios, dio unos cuantos puntos a la herida de la Bestia y se la vendó.

7 de diciembre. Bill ha comenzado a menstruar, lo que explica lo sucedido... mucho dolor.

8 de diciembre. Bill sigue muy cansada.

9 de diciembre. Bill un poquito mejor. Ø Energía, pero se queja de que se despierta por las mañanas con grandes dolores de espalda. Y no puede dormir. Yo creo que son nervios.

12 de diciembre. Bill nuevamente borracha. ¡INFIERNOS! He tenido que sacudirla. Me habían quitado los puntos antes del mediodía, pero al tener que luchar con una lunática, la herida se me ha vuelto a abrir. Así pues, más vendajes.

15 de diciembre. Hamilton a cenar. Totalmente incrédulo cuando le he contado lo de la puñalada, y se ha sentido muy mal cuando se ha imaginado la sangre derramada. En eso consiste su complejo: homosexualidad y pacifismo.

Se trataba de Gerald Hamilton, un amigo íntimo de Christopher Isherwood, quien se basaría en él para el personaje «Mr. Norris» de su novela *Mr. Norris Changes Trains*. Era un hombre de modales exquisitos y gran encanto, que hablaba de corrido el alemán y otras lenguas europeas y que vivía de su propio ingenio.

21 de diciembre de 1931. 30 dólares de Astrid [Dorothy Olsen],

22 de diciembre. Por la tarde, lamí el coño de Bill y me quedé dormido.

25 de diciembre. Gran cena: Karl, Hedy, Hamilton. Más tarde, Christopher Isherwood y Stephen Spender. Bill y yo nos fuimos después de Hedy. Cosy Córner más tarde. Muchas bromas con los muchachos. Charley's... Besselstr. Friedrichskeller. ¡Hasta las 7 de la mañana en el Café Weiss, de la Oranienburgerstr!

26 de diciembre. Comenzamos a joder de nuevo y nos duró hasta las 3 de la madrugada.

27 de diciembre. Karl y Hedy a cenar. Temas largos y terribles. Hedy muy callada. Bill, con inflamación de ovarios, estuvo gloriosa... ¡Bendito sea su estúpido corazón! Por eso no llamé al médico hasta cerca de medianoche.

28 de diciembre. P.v.n. [práctica sodomítica] para tener buena suerte. Bill sigue enferma.

29 de diciembre. Bill sigue enferma. El médico le ha prohibido absolutamente que, dado su estado, vuelva a seducirme. ¡Hamilton se está muriendo de hambre! Le invité a cenar. Karl estuvo muy irritable: no puede pagar los 75 marcos.

30 de diciembre. Bill sigue muy enferma. Yo también estoy totalmente agotado... aunque ahora no tosa. Me muero de sueño.

31 de diciembre. Me fui a Zelten. El segundo número era un baile de homosexuales. Espantosamente insulso, pretencioso y grotesco. Lo dejé a las 11:30.

Así despedía la Bestia 666 el año 1931.

Mientras en Berlín la Bestia sodomizaba a Billie para obtener «buena suerte», Germer, desde Postdam, escribía a Yorke, a la sazón en Londres, urgiéndole a cargar con el pesado fardo de la Bestia durante varios meses, ya que él se había quedado sin blanca. O sea, todo lo contrario de lo que suele traer la buena suerte. Germer había sido la principal fuente de ingresos de Crowley desde 1925. Sólo durante el año 1929 había enviado a la Bestia, desde su puesto avanzado de Nueva York, cheques por valor de 3.500 dólares. A éstos podrían añadirse los 1.000 marcos que le había entregado en Leipzig, los 200 marcos de Berlín y los 250 dólares que cubrieron los gastos en Londres de todo el mes de septiembre. En definitiva, se trataba de cuantiosas sumas de dinero para los días que corrían.

28 de diciembre de 1931

Querido Yorke,

Siento no haber tenido noticias tuyas desde que nos dejaste. Sobre todo Cora, que esperaba una carta en términos formales que le habías prometido enviar tan pronto como regresaras a Londres. Pienso que si se la enviaras, simplemente te comportarías de manera educada y decente. Durante mucho tiempo, ella ha hecho por la Gran Obra más que nadie, lo que aún resulta de mayor mérito si se considera su edad y las condiciones en las que consiguió el dinero.

Sin embargo, ahora no estoy escribiéndote sólo por esta razón, aunque durante algún tiempo pensara que lo haría. Durante todo este tiempo suponíamos que ibas a asumir la responsabilidad de ser el principal soporte financiero de A.C. Este punto había sido tajante y definitivamente aclarado en las últimas conversaciones. Lo que ocurrió después de que te fueras fue que A. C. volvió nuevamente a nuestro apartamento, medio muerto de hambre, enfermo y demás. Así pues, nada nos quedaba a nosotros, sino cargar nuevamente con las responsabilidades, aunque no hubiéramos acabado, ni mucho menos, de arreglar las nuestras. Cora se ha ido a Leipzig, a vivir con mi padre y mi hermana, pero créeme, sufre terriblemente en el exilio con esa sensación de vivir de la caridad. Yo me he ido a una pensión barata de Postdam, ya que así estoy cerca de Berlín y puedo echar un vistazo por sus alrededores. He pagado la renta de A.C. hasta el 31 de diciembre, entregándole todas las

semanas, hasta ahora, una suma regular de dinero. El pago de mañana será el último que podré hacer. De lo que pueda ocurrir después no tengo ni idea. Ninguno de sus planes [para ganar dinero] se ha materializado en nada positivo ni lleva trazas de conseguirlo. En este preciso momento, la situación es demasiado crítica y no hace sino empeorar.

Una vez más, y ahora sí es urgente, debo pedirte que te presentes y que hagas un serio esfuerzo. Por varias razones, tengo la convicción de que después del 1 de abril de 1932 las cosas volverán a irme mejor después de tantos años de tendencia a la baja, y de que podré dar comienzo a otra curva ascendente. Todo lo que te pido es que hagas un esfuerzo, para que así podamos recuperarnos en estos tres meses. Lo que A.C. necesita como mínimo son 600 marcos. Estoy intentando conseguir la mitad de esa suma de Cora. Si tú puedes poner esa cantidad o, redondeando un poco, ya que las dos personas antes indicadas se encuentran en un gran aprieto, 1.000 marcos mensuales, durante los tres próximos meses, me sentiría tranquilo al poder decir que habíamos salvado la presente crisis.

Yorke se había mostrado muy generoso con Crowley, pero no poseía una cantidad inagotable de dinero. En cualquier caso, se zafó de la carga que Germer estaba intentando, desesperadamente, trasladar a sus hombros. No estaba preparado para dar todo lo que tenía, y todo lo que era, a la Bestia, según lo que ésta le instara a hacer, es decir, darle todo su dinero anulando su propia personalidad y convirtiéndose, lo mismo que Norman Mudd, en el esclavo de su voluntad, algo que ni siquiera había hecho Karl Germer; por eso, después de muchos y furiosos altercados, Germer comenzaba a pensar que ya había llegado demasiado lejos. Según el punto de vista de la Bestia, que Germer no le diera el dinero que él le pedía, ya lo tuviese o no, sólo era una de tantas «manías sádicas» del hermano Saturnus: «... me tiene sin un penique, jugando conmigo al ratón y al gato, de manera que todo el dinero que me entrega es utilizado inmediatamente para subvenir a las necesidades urgentes», tal y como le dice a Yorke en la carta enviada el 22 de octubre de 1931.

Sólo disponemos de la versión que da Crowley de algo que, el 2 de enero de 1932, acontece en su apartamento, y que es más de lo que Germer puede aguantar. Parece ser que Germer y una amiga suya, llamada Hedy, a la que Crowley conocía de antes, llegaron sin avisar:

Llegaron Karl y Hedy: no podía decirles que se quedaran a cenar, porque Bill no se encontraba lo suficientemente bien para ponerse a cocinar. Quedó entonces claro que el plan de Karl era quedarse a vivir con nosotros, mientras Hedy se ponía a trabajar para él en una esquina (por supuesto que ella no sabía nada del plan). No he vuelto a hablar con él desde que me di cuenta de aquello. Lo único que hice fue poner a Hedy sobre aviso.

Este aviso debió de causarle gran sorpresa a Hedy y una furia no menor a Karl. Era una de tantas cosas a las que la Bestia se había acostumbrado: decir siempre cosas viles de cualquiera. Por ejemplo, recoge en su diario que Cora, estando en el parque con Anu, le había expuesto a ésta sus partes, ofendiendo la «timidez de doncella» de esta última. Resulta difícil pensar que, después de haber sido durante un año la amante de Crowley, a Anu le quedase algo de «timidez de doncella»; lo único que muestra está «crónica» son los deseos de Crowley de verle a Cora exponer sus partes, ya fuera en el parque o en cualquier otro sitio. Otro ejemplo de esta costumbre, de creerse lo que estaba haciendo realidad en su imaginación, nos lo da lo

que el 14 de diciembre de 1930 cuenta en su diario:

Anu ha estado jugando toda la semana a un juego sexual muy disparatado. Esta mañana insistía en que la utilizara a ella como retrete, a pesar de las reiteradas advertencias que le he dado respecto a las espantosas consecuencias de tamaño comportamiento. No iba a tardar mucho en aprender, por la vía del castigo. Sólo se rompería la cadena.

No se refería a la cadena que hace que el agua llegue a la taza, sino a la cadena homérica, formada por los sabios y los hombres ilustres, comenzando con Hermes Trismegisto, que une la tierra con el cielo. Él era el coprofílico, y no Anu, como demuestra el poema *Leah Sublime* y, en particular, estos versos del mismo:

¡Hierre con tu demoníaca
sonrisa mi cerebro!
¡Emborráchame de coñac,
jarabe de coño y cocaína!
¡Despatárrate encima de mí!
¡Siéntate encima de mi boca, Leah, y cágate!

Sea lo que fuere lo ocurrido en el apartamento berlinés de Crowley la noche del 2 de enero de 1931, tras la llegada de Hedy y Karl, supondría para este último la gota que colmaba el vaso; de hecho, dos días más tarde, enviaba una carta a Crowley que le haría montar en cólera según la iba leyendo:

4 de enero de 1922. ¡Realmente increíble! El sucio y pajillero alcahuete de Karl Germer, después de haber estado comiendo todo este tiempo de la mano de Bill, me ha escrito una carta insultándola del modo más repugnante que se pueda imaginar. Con los acostumbrados furores místicos. Estoy decidido a actuar legalmente. Abogado, Dr. Kurt Lachman, 76 Friedrichstr.

Acaba así, brusca e incoherentemente, la relación entre ambos: al menos por aquel tiempo. La siguiente carta de Germer sólo habla de Billie de pasada, centrándose en el análisis de la personalidad de la Bestia y de la curiosa relación que unía a ambos cofrades:

Querida Bestia:

Por supuesto que no careces de tacto, me refiero al usual; pero careces de lo que los alemanes llamamos «tacto del alma» o «tacto del corazón».

Lo peor es que estás demasiado obsesionado con: a) la inatacabilidad de tus puntos de vista; b) mi absoluta necesidad... que hace que cualquier cosa que diga sea *eo ipso* echada en saco roto.

Elegí, por propia voluntad, ser tu representante (y puedo seguir siéndolo) a pesar de ser aniñado, inexperto, lerdito, etc. Haciendo honor a mi forma de ser, he exagerado considerablemente. Ya sabrás de qué profundas raíces brota.

Con mucha frecuencia, mi orgullo se ha visto atacado más de lo necesario, pero, después de algún tiempo, yo siempre acababa quitando importancia a la cosa, y todo acababa con un encogerse de hombros. Pero el grado de rudeza y falta de tacto del que has hecho gala esta noche ha acabado por desbordar el vaso. Tú querías preguntarle a Hedy qué se traía entre manos conmigo, y a mí qué era lo que me traía entre manos con ella. Estás demasiado hinchado de la convicción de que eres infinitamente superior a los demás. Crees que puedes tratarme de la misma manera que un químico trata sus preparados inertes e inanimados. Y por si fuera poco hace su aparición esa vulgar, cruda y pedestre de Frau Busch, que es una típica alcahueta de la peor ralea.

Dices que tienes un «orgullo satánico». Lo que realmente te aqueja —lo he podido ver a lo largo de estos años

— es una cualidad solar negativa y un complejo mórbidamente desarrollado de padre. Yo tengo, justamente, el contrario: no me gusta cuidar de nadie. Nunca quise tener hijos: nunca desarrollé la tendencia de inmiscuirme en los asuntos de los demás; no tengo la mínima inclinación a ser un metomentodo. En estas cuestiones, y particularmente en la última, eres el polo opuesto. Es tu instinto paternal el que hace que interfieras en los asuntos de otras personas que no han contado contigo. Tu superioridad mágica, o tu lengua presta, o tu edad, usualmente consiguen que te salgas con la tuya. La razón por la que yo mantuve silencio no fue otra que cierto sentido de delicadeza, un tacto poco común (del alma), un cierto desaparego mágico y otras cosas de las que no quiero hablar. Suprimí mis reacciones naturales, que seguían trabajando por sí mismas en el subconsciente, y no tuve manera de expresarlas de forma visible. Pero los resultados habrían sido los mismos.

Tu vicio de metomentodo brota de tu exceso de vehemencia. Pero en vez de hacerte ir deprisa, no hace sino retrasarte. Me maravilla que no hayas observado este hecho tan simple.

Hace tiempo te escribí una o dos cartas importantes. Sé que no las leíste, aunque estaban escritas con sangre. También sé que el destino de estas cartas no fue el más apropiado.

Lo que me preocupa es lo siguiente: Estoy (no sé como, ya que nunca pronuncié conscientemente ningún «voto») ligado a lo que tú llamas la Gran Obra. Tú siempre te comportaste como «un chico en la ciudad», eⁿ todo lo referente a los sentimientos de los demás. En particular, me ridiculizaste, me desnudaste delante de los demás, contándoles todo tipo de cosas, de las que sólo podías haberte enterado gracias a mi diario. Después de esta abismal falta de tacto, o, mejor, traición de un «amigo», una puñalada por la espalda, consumada en octubre, dio lugar a una ruptura. Pensaba que habrías aprendido la lección. Pero, al parecer, todavía no has reconocido tu error.

Comenzaste a atacar a Cora. No parece que llegaras a darte cuenta del disgusto tan grande que eso me producía. La siguiente cosa era que tú, y si no eras tú, seguramente sería Frau Busch, ibas a contar a todo el mundo, y en particular a Frau N... [Hedy] todo tipo de chismes acerca de Cora. ¡Por el amor de Dios! ¿No puedes comportarte como una persona normal? ¡Dios mío, qué fastidiosos sois tú y esa Frau Busch! Pero hay mucho de ella en ti (además de tus distinguidas cualidades).

Sabes muchas cosas de la vida, pero sólo de los aspectos que un hombre le cuenta a su médico, cosas que sólo destacan lo desagradable. También sabes cosas de otro tipo. Pero hay aspectos de mi vida de los que no tienes ni idea.

El aspecto negativo de la primera fase de tu desarrollo mágico se explica de la siguiente manera: resultabas demasiado tremendo para la mayor parte de la gente de la que podrías haber aprendido. Pero, cuando estabas en desacuerdo, siempre acababas saliéndote con la tuya, y así no aprendías nada. Y a ello se debe que tu carácter tenga tantos defectos, imposibles de erradicar a tu edad. Y, además, estás tan convencido de que son virtudes, que resulta inútil discutir contigo, aunque uno pudiese dominar el inglés y la dialéctica tanto como tú. Y aquí vuelvo a referirme a lo que dije antes, que no me había preocupado lo suficiente. En tu caso debiera haberme ocupado, a su debido tiempo, ya que lo que se hallaba en juego era nada menos que la Gran Obra. Y, dados tus defectos, ¿cómo va uno a atreverse, o cómo van los Dioses a arriesgarse a que entres en contacto con las personas normales? Nunca fui capaz de poner el corazón y el alma en tus planes. ¿Por qué? Pues porque, por lo que me estaba pasando a mí, comprendía que aún no estabas preparado.

Nuestra relación debió ser totalmente diferente de lo que ha sido. Debió estar llena de confianza, de confianza mutua; pero, en tu falso orgullo y en tu arrogante autoconfianza, sólo podías comprender la confianza que los demás tenían contigo, pero no recíprocamente. Hace más de medio año que te dije estas mismas palabras. Pero no creo que les prestases oídos.

Tu estúpida arrogancia, además de tu autoconfianza, se repiten en otros muchos casos. De ahí tu necesidad de «triunfo», de «gloria», de ser como un rey, «bailando encima del cuerpo del contendiente derrotado», y tonterías parecidas. Todo eso me parecen juegos de niños. Y me indica que, en muchos aspectos, aún no has llegado al plano más elevado en que uno se encuentra con la vida, y donde vive, no de palabras, sino de los significados que le son intrínsecos. Careces del sentido natural que permite ver lo esencial.

A veces pienso que lo que constituye la raíz de tu problema es un complejo de inferioridad profundamente asentado, que te obliga a una demanda continua de compensación, de sobrecompensación. Y así aparecen tu terrible vehemencia, tu impaciencia o lo que con tanta arrogancia llamas tu gran energía creativa.

Y, más adelante, tus mujeres. Utilizas cualquier medio para tener con ellas las relaciones físicas y espirituales que ansias. Y adquiriste la costumbre de mezclarlas en nuestra relación. Y me pediste que las adorase. Ninguna de las mujeres que tuviste estos años fue gran cosa, excepto (quizá) Dorothy y el Monstruo. Pero sólo supiste echarlas a perder y convertir en un embrollo lo que podría haber sido una excelente cooperación entre dos parejas. La de ahora [Frau Busch] es la peor de todas, una trotacalles del tipo más vulgar y chabacano, podrida de cuerpo y alma. Yo adoraré a la mujer debida en cuanto se presente. Pero me temo que tendrás que esperar todavía algunos años más, antes de que las profecías se cumplan.

Podría decirse que nuestra relación ha sido como la del ciego y el sordomudo. Pero, aunque yo he estado

haciendo durante más de seis años todo lo que podía por mi ceguera, tú nunca te preocupaste de tu sordomudez. Seguí resistiendo la sangría hasta que ya no me quedó ni una gota de sangre que ofrecerte. Lo único que he conseguido ha sido echarle a perder y reforzar tus defectos. No me arrepiento de ello, pues sé que, a su debido tiempo, tendré mi recompensa.

La Bestia había exigido a Germer que se inclinase y adorase a Frau Busch, a lo que él se negó. Según Germer, Frau Busch no era lo suficientemente digna para ser la Mujer Escarlata de la Bestia. En esto se equivocaba: la Mujer Escarlata era la Gran Ramera del Apocalipsis, y no ninguna criatura gentil, como imaginara Germer.

Crowley involucraba a sus seguidores en todos sus asuntos, haciéndoles sufrir las tormentas que estaba acostumbrado a desatar en todo momento. Después de su muerte, ocurrida en 1947, los thelemitas americanos intentaron que Germer aceptase el liderazgo de la O.T.O., pero él se negó. Lo que él buscaba era la Bestia, su magi(k)a y su estruendo, y no los oropeles de la O.T.O.

Lo que Germer dice a Yorke en la carta que hemos leído antes de la que envía a la Bestia, acerca de que «la situación es demasiado crítica», no sabemos si se refiere a la suya propia o a la de Alemania. Es cierto que eran tiempos muy críticos, con la República de Weimar al borde del colapso y Ffitler con su ejército privado de medio millón de hombres llamando a la puerta. Pero nada de todo eso preocupaba a Crowley, que parecía no haberse enterado, como si no leyese los periódicos ni oyera la radio, de la situación política y económica de Alemania, que iba a conducirla a una gran catástrofe.

5 de enero de 1932. Bill cada vez más excitada por culpa de la cochinada de Karl. Hedy llegó por la tarde con una botella de Korn. Estuvieron diciendo tonterías hasta las 9. (Ella debía haberse ido a la cama a las 7.) Bill se orinó en el sillón en el que estaba sentada y tuvimos que llevarla a la cama. Se durmió, pero cuando se despertó más tarde, se me subió encima y se orinó en mi cama. Me enfadé. Escondí los cuchillos de cocina, etc. hasta que llegara el médico. Pero la morfina sólo hizo que sollozara y se despertase. Nos fuimos dando un paseo hasta el bar de Meyer, en la Olivier Platz, y después regresamos de la misma manera. A eso de las 5 estaba durmiendo nuevamente.

A principios de mayo de 1932, Billie escribió (siguiendo instrucciones de Crowley) a Martha Küntzel para contarle los terribles apuros financieros en que se encontraban, y que dificultaban seriamente la Gran Obra, con idea de que escribiera a Yorke pidiendo ayuda, ya que quizás ella podría conseguir conmovérselo. La carta que Martha escribió a Yorke ha llegado hasta nuestros días; y revela la grandeza de su devoción hacia la Gran Obra y la persona de Aleister Crowley.

14 de mayo de 1932

Acabo de recibir una breve nota de Bill... estas breves palabras de Bill son tan terribles que me he sentado para pedirte que, ya que la realidad podría no ser muy diferente de lo que ellas implican, hagas lo que puedas. Bill dice que tú no mantuviste tu promesa. Por supuesto que nada sé de lo que prometiste. Pero, ¡por el amor de Dios, mantén lo que dijiste y cúmplelo!

La ayuda no puede venir de ningún otro sitio. Mis últimas reservas han desaparecido: sólo me quedan en el banco 16 marcos. Tú tienes contactos. Lo que te estás jugando es la felicidad de por vida, si no comienzas a mirar debajo de las piedras y buscas ayuda en cualquier parte para que esos dos puedan seguir viviendo, pues de lo contrario la Gran Obra quedará interrumpida durante largos años. Es una gran responsabilidad, que exige que

emplees en ella todas tus energías. Es mejor que entregues hasta el último penique a la Gran Obra y te conviertas en un pordiosero, que permitir que una cosa insignificante provoque una crisis de estas dimensiones.

¡Todo está pendiendo de un hilo! ¡Cualquier deseo personal debe dejarse a un lado! Pertenecemos a la Gran Obra con todo lo que tenemos y todo lo que somos. No importa nuestra personalidad, sino lo que hacemos.

El uso que hacemos de ella. Eso es lo único que cuenta.

Querido Gerald, te lo ruego, haz un supremo esfuerzo, piensa que este empeño es EL de tu vida. No volverás a tener nunca más ningún momento de tranquilidad, si no te arriesgas en éste.

Crowley era la Gran Obra y la Gran Obra era Crowley.

El 22 de enero de 1932, Hamilton se mudó, como realquilado, al apartamento berlinés de la Bestia, lo que le permitió observar a ésta y a su señora y amiga, Bertha Busch, muy de cerca, demasiado.

«La Bestia», me dijo Hamilton, ásperamente, «estaba financiado por las contribuciones involuntarias de sus amigos.»

Una noche, Hamilton regresó tarde al apartamento y se encontró con que Bill estaba echada en el piso, completamente desnuda. Era invierno y el fuego se había apagado. Despertó a la somnolienta Bestia y le preguntó:

«¿Está Bill enferma?»

«¡Pero cómo! ¿Es que esa golfa no se ha ido todavía a la cama?»

Crowley se levantó del diván (estaba vestido a medias y aún no se había quitado los zapatos) y le dio a Bill la patada más fuerte que Hamilton jamás hubiera visto.

El apartamento estaba sembrado de fragmentos de loza, ya que el lanzamiento de platos era uno de los medios de defensa de Bill, quien se puso en pie, dando comienzo a la pelea. Crowley alcanzó una cuerda que tenía a mano.

«¡Ayúdame a atarla!», rugió, dirigiéndose a Gerald. «¡No te quedes mirando como un maldito caballero!»

Gerald, con mucho tacto, se retiró hacia la puerta, ignorando los gritos de ayuda que le dirigían ambos. Y entonces, de manera muy juiciosa, llamó al médico, que llegó en seguida y, tras preparar su jeringuilla hipodérmica, administró a la pobre Bill el narcótico que tanto necesitaba.

Discutieron en la calle. La noche del 30 de marzo de 1932, la Bestia mantuvo sujeta a Billie, con una mano, contra una pared, mientras que le pegaba con la otra. Lo que entonces ocurrió fue registrado en su diario. «En la Kurfürstendamm fui atacado por una banda de rufianes. Luché como un demonio, pero fui desbordado por el número. Bill salió inmune.» El incidente también es mencionado poco después en una carta que escribió a Yorke: «Y para completar el día, fui atacado por una banda de rufianes, nada más salir del Café Wien. Luché como un diablo, pero, al final, pudieron conmigo; estoy bastante destrozado. Afortunadamente, Bill salió sin un rasguño. Me robaron el bastón y algo de calderilla». A cambio, le dejaron dos ojos morados y una mejilla hinchada.

Dos días más tarde, la Bestia, ya recuperado, envió una petición de dinero a W. T. Smith; Billie se encargó de escribir la carta:

Llevaba mucho tiempo intentando escribirte... serías muy amable si, en este crítico momento, pudieras enviarnos cien dólares por giro telegráfico. Thérion no consigue ponerse bien y yo me encuentro muy preocupada por él. Muy a duras penas conseguimos descansar una noche entera. Al final he tenido que llevarle a un especialista. Le ha extirpado siete pólipos de la nariz, pero esto no le ha quitado el asma. Me pregunto cómo podrá seguir adelante la Gran Obra. Tu gente no parece haber tenido mucho éxito. ¿Por qué no les envías instrucciones para que piensen menos en el sexo y más en los negocios? Está en juego la vida de un gran hombre —a quien todos necesitamos vivo— y la crítica situación mundial debería hacernos trabajar más. Ahora, nuestra mayor preocupación es conseguir que su alma y su cuerpo sigan juntos.

Gerald raramente expresaba sorpresa por cualquier cosa. Afirmaba haber conocido a Rasputín y observado sus poderes de curandero; había visto muchas cosas y andaba buscando hombres jóvenes en compañía de Roger Casement; pero se sintió levemente sorprendido cuando, una noche, regresó a la habitación que tenía en el apartamento de Crowley y se encontró a Billie drogada y atada como un pollo: cerca de ella había una nota, con la escritura de la Bestia, diciendo que no debía ser desatada bajo ninguna circunstancia.

Por aquel tiempo, Gerald era simpatizante de los comunistas, además de un «revolucionario» en los asuntos políticos de Irlanda, lo que es lo mismo que decir que era antibritánico. Por esto último, su presencia fue muy conveniente para Crowley, ya que le permitió ganar 50 libras al enviar a las autoridades británicas un informe secreto de sus actividades.

Hizo otro intento para salir en los periódicos, al mandar un telegrama, firmado por Billie, a Wilfred Hanchant, a quien María Teresa (según Crowley) había intentado, en vano, seducir. El texto decía así: «Maestro Thérion muerto. Por favor, informe a la prensa». Pero Hanchant envió otro, diciendo: «Hay dos. Igual de falsos».

1 de abril de 1932. Bill tiene mucha leucorrea.

2 de abril. Hamilton regresó de Bruselas.

4 de abril. Empeñadas pieles de Bill.

5 de abril. Bill muy borracha una vez más. Desde luego ha tenido un día muy largo.

8 de abril. Un día infernal. Nuevamente los ovarios de Bill.

9 de abril. Desesperados... Nos damos ánimos para la heroicidad del esfuerzo final. Los telegramas llegaron a raudales. Enviaron cheque desde Londres para el alquiler... sin fondos.

11 de abril. Otra carta de Yorke, sigue demostrando la indecisión más lamentable.

12 de abril. Por lo menos 2.000 marcos. Gastaré inmediatamente 600. ¡Diablos!

21 de abril. Llegó Yorke.

23 de abril. Salí por la noche con Yorke. Al Bar Voodoo.

26 de abril. Bill muy enferma.

27 de abril. Bill bestialmente borracha.

30 de abril. Fui seducido por sorpresa. Vino Yorke. Me pregunto lo cerca de la muerte que tendré que estar para conseguir que se conmueva.

1 de mayo. Bill me sedujo nuevamente... y al decírselo, se sintió más apenada que nunca.

8 de mayo. He oído que Rose [su primera mujer] murió en febrero.

12 de mayo. Yorke me envió la carta más infame de todas. El canalla aún puede matarme. ¿Qué tengo que hacer respecto a él? [hexagrama] V: Hsu. Esperar.

13 de mayo. He seguido empeñando más cosas. ¡Que los dioses castiguen al puerco de Yorke en su virilidad! Bill fue a empeñar su abrigo y un anillo.

15 de mayo. Pasear y tomar el sol.

17 de mayo. Regreso a Berlín. Bill se emborrachó en seguida... demasiado para hacer el amor. ¡Sucia criatura!

20 de mayo. Cansado después del desayuno y un fuerte ataque de asma. Bill me dio una jeringa y,

rápidamente, me quedé atontado. Ella durmió toda la tarde. Hace un tiempo magnífico... ¡y Bill parece una marrana!

27 de mayo. Yorke envió una carta aún más infame que las anteriores.

Yorke me comentó lo siguiente: «Le dije que se viniera a Londres a recoger él mismo el dinero». La Bestia envió a Bill en su lugar.

29 de mayo. Bill se ha ido a Londres.

31 de mayo. Telefoneó desde Londres. Bill medio loca de dolor y preocupaciones. El último truco sucio de Yorke, totalmente increíble, para que abandone mi puesto y vaya a Inglaterra, y así sufrir los dos años de prisión que está intentando echarme a las espaldas. ¡Vaya amigo!

3 de junio. Pola a cenar.

La apelación que Germer hiciera a Yorke para que éste cargase con Crowley, algo para lo que no estaba preparado, hizo que ambos se enfrentasen.

Karl Germer a Gerald Yorke, Leipzig, 10 de junio de 1932:

Ayer me enteré, de manera indirecta, de que piensas poner todo tu dinero en manos de un administrador legal. La propia Cora se halla muy distante, y ya estoy pensando en la acción que habrá que poner en marcha para prevenir un paso que puede ser irremediable, y que perjudicaría a una mujer que se ha sacrificado a sí misma, y a su dinero, al leer una causa en la que tú mismo te hayas comprometido. Yo también tengo una gran responsabilidad en este asunto. Yo había consentido y tolerado que Cora consintiese, cuando, en un principio, se le había dado a ella cierta seguridad, después de haberle quitado otra. Ahora que está en una edad en que una mujer debe velar por su futuro, que está sola, y que no tiene dinero para mantenerse más de dos o tres meses, es obligación de todos aquellos que se han beneficiado, directa o indirectamente, de su sacrificio, apoyarla en estos momentos. (Ya que tú mismo sigues en la causa, te beneficiaste de ella, etc.)

Eres el único al que le sobra un poco de dinero. Por eso, eres la persona en quien recae en primer lugar la obligación. Recae en ti, en cada uno de sus aspectos. Eres, entonces, responsable de su distribución. Tienes una obligación moral como miembro de la Orden; la de un hombre, aún joven, hacia una mujer, y, finalmente, aunque no la menos importante, una obligación relacionada con el honor de un hombre.

Comprendo perfectamente que todo esto no te resulte fácil. Pero puedo asegurarte que hay muchas cosas que no nos han resultado fáciles a los demás. Ciertamente no ha sido fácil para Cora enviar giros de mil dólares uno tras otro, vender paquetes de acciones, uno tras otro, deshacerse de un capital, ahorrado para la seguridad en la vejez y, en parte, recién heredado de su hermano, para sacrificarlo a una causa en la que no creía y a la que —al contrario que tú— no estaba ligada en absoluto.

Hay que ayudar económicamente a Cora, y también con premura. No puedo creer que hayas meditado, ni por un momento, ese paso que me habían comentado. He tenido la impresión, al leer una nota que enviaste a Cora por indicación mía hace algunos meses, de que ibas a hacer algo al respecto. En cualquier caso, me gustaría que me escribieras inmediatamente hablándome del rumbo que toman los acontecimientos y de lo que vas a hacer con Cora. Me tomo todo esto muy, muy seriamente y no me arredraré ante nada para impedir cualquier abuso amparado en la confianza y el desvalimiento de Cora.

A la edad de cuarenta años, Germer había sido presa del hechizo de la Bestia; Crowley le había hipnotizado, eso fue lo que dijo. Nadie puede ser hipnotizado si no lo desea conscientemente. La explicación era más sencilla: había un hueco en su vida, y la Bestia, que siempre estaba, para decirlo de manera jocosa, «a la que salta», había aprovechado la oportunidad que él le había brindado. Yorke no había sido hipnotizado por la Bestia —¿debido quizás a su instrucción en Eton?—, las piezas habían sido movidas, y él se había anticipado a las jugadas de Crowley y de Germer, poniendo todo su capital, posiblemente por consejo de su padre, que no aprobaba las

relaciones de su hijo con Aleister Crowley, en manos de un administrador legal.

Gerald Yorke a Karl Germer, Londres, 20 de junio de 1932.

Me temo que no estemos totalmente de acuerdo con el razonamiento de tu carta. Yo me atrevo a sugerirte que te concierne fundamentalmente a ti, como marido y hombre que ha vivido de ella hasta arruinarla, preocuparte de sus asuntos. Me siento ofendido por la sugerencia que haces de que apruebo o he aprobado la manera en que la has privado de todo su dinero por causas en las que ella no creía.

Mientras Germer y Yorke estaban discutiendo acerca de si debían o podían mantener a la Bestia y a su Mujer Escarlata, la Bestia, en Berlín, solo y sin un penique, se encontraba, de repente, sin casa, pues, el 17 de junio de 1932, los Schonheimer, madre e hijo, «llegaron como un lobo con su grey» y le echaron del apartamento, por impago de la renta. «Así pues, desde este lunes, mi dirección no permanente será el bosque de Grünewald (árbol núm. 913).» Pero en lugar de vivir subido en un árbol como el Pájaro de la Sabiduría, regresó a Londres, para recoger todo el dinero que allí pudiera quedar y reunirse con Bill, que estaba siendo atendida por Yorke. En agosto de 1932, las pertenencias que Crowley se había visto obligado a dejar en su apartamento berlinés fueron subastadas por el propietario. Un mes más tarde, Yorke pagaba a dicho propietario la suma de 50 libras por los manuscritos de Crowley: era un coleccionista entusiasta de los manuscritos de la Bestia.

21 de junio. Arreglado el viaje a Londres.

23 de junio. En coche hasta Colonia. Aquisgrán 11:30. Ostende 3:45. Dover 7:45. Londres 9:20. Al fin Bill.

23 de junio. Yorke ha dejado todo este tiempo que Bill se cociera en el apestoso tugurio de Charlotte Street, para ver si acababa con sus nervios.

Charlotte Street distaba mucho de ser un «apestoso tugurio». El comentario de Yorke fue el siguiente: «¡En la Torre Eiffel!». El restaurante de la Tour Eiffel, que unía Percy Street con el extremo sur de Charlotte Street era el más caro de los restaurantes de aquella zona elegante, como señala Denise Hooker en su bien documentada biografía sobre Nina Hamnett. La Tour Eiffel era también un pequeño hotel, en el que se alojaban muchos artistas y poetas célebres, y una de las cartas que Crowley envía a Yorke durante el mes de marzo de 1930 está escrita con papel timbrado de la Tour Eiffel. La gratitud no era uno de los elementos más conspicuos del temperamento de la Bestia.

24 de junio. Yorke se fue al banco... el administrador me dijo que ya se había ido; intentaré verle por la mañana. Ha vuelto a faltar a su palabra. El sábado, mientras comíamos, le dije unas cuantas verdades.

25 de junio. El cerdo de Yorke se fue de campo con unos amigos, dejándonos sin dinero para poder comer. Cenamos con Gwen Otter. Invitados: Frank Davis, pianista y Moody, el dentista negro. ¡¡¡Vaya cuadro!!!

28 de junio. Ya que no podíamos aguantar la situación por más tiempo, salimos y sustrajimos nuestros Viles Cuerpos al Hotel Cavendish. Comida con Yorke, quien no llegó a darnos los cheques atrasados por importe de 50 libras; pero nos entregó letras —fechadas el 29 de junio— avalando hasta ¡¡¡140 libras!!! El cóctel de champán resolvió el problema.

29 de junio. Bill se compró un vestido y un sombrero por 12 libras.

30 de junio. Comida en el Pagani. Bill se compró un abrigo elegante y unos zapatos. 8 libras 13 chelines. Yo me compré un traje nuevo. Cócteles y cena con el gran Norman Hall. Bill, espléndida, y está bien.

Yorke añadió un comentario: «Olvidé de dónde venía el dinero».

2 de julio. Me compré un traje nuevo de escalador y medias. Crédito en Pagani. Comprados zapatos para Bill en Faulkner.

El 4 de julio de 1932, Crowley fue con Bill a ver a María al hospital psiquiátrico de Colney Hatch, al norte de Londres. No dijo el motivo de la visita, pero posiblemente no era otro que persuadir a María de que firmase un documento admitiendo el adulterio —con Gerald Yorke, Hanchant o con cualquiera otro que él le hubiera presentado— para iniciar un proceso de divorcio y, si tenía éxito, desembarazarse de ella sin tener que pagarle un penique, cosa que intentaba con todo el mundo. El Vagabundo de la Desolación no había hecho otra cosa que irse a vagar a otra nueva desolación, con un trozo de papel que María tenía que firmar, y la compañía de Billie.

4 de julio. A Colney Hatch. Doctores Paterson y Cannon. Este último muy interesante.

El doctor en medicina Alexander Cannon, que afirmaba haber sido testigo en el Lejano Oriente de los portentos de la levitación, y haber levitado él mismo, por «puro esfuerzo mental», sobre un río de cincuenta metros de ancho, poco antes de llegar a la Gran Sala del convento del Gran Lama en el inaccesible Tíbet, en donde le aguardaba el mismísimo Dalai Lama, y que lo mismo que la Bestia creía en la comunicación entre otros planos no terrestres, era tan pintoresco como Aleister Crowley. «Cannon», escribió la Bestia, «tiene una gran obsesión por la hipnosis. Me recomendó que dejara a Marie rigurosamente sola. Está de acuerdo conmigo en que el caso no tiene ninguna esperanza, a pesar de que pueda recobrar temporalmente la cordura. Bill insiste en seguir discutiendo, ha gritado por la calle...»

¿Había gritado por la calle a causa del aspecto de María y de la indiferencia de Crowley hacia ella, e incluso de su malicioso deleite, o porque el estado de María le había hecho presentir lo que podría ser su propio destino como compañera de aquel inglés que se llamaba a sí mismo la Bestia 666?

La opinión de Cannon acerca de Marie Crowley, si las palabras de Crowley no engañan, cuadraba perfectamente a los deseos de la Bestia; no tenía intención de hacer nada por ella, sino dejarla rigurosamente sola; y sola se quedó en Colney Hatch, donde murió, abandonada, a fines de la década de los cincuenta.

Y durante todo el tiempo no dejó la Bestia de probar sus poderes de chantaje y zalamería en un intento de meterse a Yorke todavía más en el bolsillo. El hambre hace milagros. ¿Por qué era Yorke tan obtuso y necio? ¿Estaría intentando matarle? Se le ocurrió un plan: llevaría a Yorke al Tribunal Supremo y cuanto antes mejor, ya que éste tenía pensado irse a China uno o dos años. Tenía que ponerle freno a aquel asunto. ¿Bajo qué acusaciones podría ponerle un pleito? Bajo la de haber perdido dinero gracias a la mala gestión de sus asuntos. «Abandona el pleito y ven aquí

[Berlín] a recibir un entrenamiento especial», dijo por escrito la Bestia al hermano Volo Intelligere. «Abandona el pleito» significaba «pleitea y perderás»: pero como era Crowley el que quería poner el pleito a Yorke, y no a la inversa, la frase no tenía sentido. El caso fue al Tribunal Supremo; y mientras tanto, querellante y demandado siguieron escribiéndose cartas el uno al otro. No es posible conseguir las cartas de Yorke, pero sí las de la Bestia. La primera de la serie no está fechada, pero fue escrita en abril de 1932 y echada al correo en Berlín:

Bill está tremendamente preocupada —¡no puedo salir a ningún sitio sin llevarla pegada a mí!— pero me encuentro sereno, porque veo que, finalmente, acabas de recobrar el buen juicio. El telegrama que te envié el viernes por la mañana era para que te sintieras totalmente libre de elegir: con 150 libras sólo tendríamos hasta Pentecostés. Lo que necesitamos es seis meses sin preocupaciones. Y ahora, ¡escucha! En la parte posterior del telegrama verías un recibo por el alquiler del primer mes. He tenido que entregar un cheque del Barclay's Bank, sucursal de Picadilly Circus, donde mi cuenta se halla durmiendo. Es, pues, esencial que el lunes por la mañana pagues el equivalente de 290 marcos. Probablemente, te resultará más sencillo acudir a ellos y explicárselo personalmente... quizá darles tu propio cheque para que lo ingresen, deduciéndolo, por supuesto, de lo que nos envías.

4 de mayo (1932)

Es una necesidad objetar «sentirse chantajeado por las circunstancias». Esto le ocurre continuamente a todo el mundo y lo que te hace chillar cada vez que respiras un poco de aire fresco es haber vivido en ese sucio invernadero de Eton. Ahora es posible arreglarlo adoptando finalmente una actitud viril. De esto se deduce que puedes componértelas hasta agosto, abandona el pleito y ven a aprender la austeridad de los Adeptos.

8 de mayo

Si pudieras conseguir *rápidamente* las 50 £, digamos el martes, para que yo las recibiese el miércoles por la mañana, la crisis se retrasaría, probablemente, un mes. Pero las 50 £ tendrían que proceder de *algún* sitio. Por eso debes hacer lo que te he dicho: sigue hasta agosto con tus amigos, haciendo lo de siempre, y luego abandona el pleito y ven aquí a recibir un entrenamiento especial.

20 de mayo

¡¡¡Nos estás tratando como Boston hizo con Sacco y Vanzetti, y al parecer, esperas cumplidos y gratitud!!! Realmente fuiste tú quien escribió esta vil e infame sentencia. Se encuentra ante mi vista, ya que, de lo contrario, me resultaría difícil creer que ningún hombre —por bajo que sea— pudiera haberla escrito. Pero me temo que toda ella sea obra tuya. «¿Qué? ¿Que está enfermo? ¿Que es pobre? ¿Que está a punto de morir? ¿Que peligra su obra? ¡Hurra! Dejádmelo a mí.» Tu único pensamiento es abandonar el barco. «¡Muy bien! Yo cogeré los manuscritos [los escritos de Crowley aún sin publicar] y tú te puedes morir tirado en el arroyo.» No estoy delegando ni una parte de mi obra en nadie. ¿Quién está metido en el juego? Yo sólo quiero la oportunidad de salir adelante, ya que nadie puede hacer nada sin tener ninguna garantía contra las interrupciones. Durante años me he sentido frustrado por eso. Comencé muchísimas corsas y siempre cayó el hacha, impidiéndome disfrutar. Tu plan de cuatro libras a la semana es un despropósito. Uno no puede vivir y realizar el trabajo que yo hago con menos de 50 libras mensuales y eso hilando muy fino. No tienes en cuenta las urgencias médicas ni los tratamientos dentales, que, viviendo en esas condiciones, me resultarán imprescindibles. ¡No lo olvides! Vete con tus menguadas cenas y bailes con la gente que no valga nada, y condénate del modo que desees o muérete de tu propia estupidez. Realmente bien sabes que tu fallo estriba en desconocer la esencia de la Obra de la Orden [la A.'. A.'.], que consiste en abolir la Maldición original [el pecado original], y esto rompe el corazón. ¡Y poco te falta para convertirme en un filántropo! Una palabra respecto a tu pueril sentido del fatalismo: «Si es importante, sucederá». Tu hijo se está ahogando: si tiene que vivir, vivirá, y por eso te largas silbando. No parece confiar en mí para esas cuestiones. Me gustaría que preguntaras su opinión al primer almirante con el que cenes. Nadie puede oponerse al hado, pero si no luchas contra lo que peor te parece entonces eres un infame y un asesino sobre la peor especie. Y, al parecer, un loco como tú es incapaz de pensar en nada sin andar secreteando entre las trincheras.

Lo que Crowley pensaba de Yorke es revelado en las rápidas anotaciones de su

diario. No era dado a sopesar los juicios de la gente, y sus opiniones respecto a sus seguidores se tornaban rápidamente hostiles si no conseguían subvenir a sus necesidades. Por otra parte, no había dejado de creer en su condición de genio ni en su misión de reformar el mundo. El propósito de su actividad mágic(k)a con Bill o con cualquier otra mujer era, sobre todo, realizar la Gran Obra, propósito, que, con toda seguridad, se vociferaba en el culmen de la operación: «¡Para la instauración de la Ley de Thelema!», con la subsiguiente molestia de los pequeño-burgueses de los alrededores que le escuchaban en el momento de sus devociones y no dejaban de preguntarse a dónde iría el mundo.

En julio de 1932, después de permanecer durante ocho días en el Hotel Cavendish, fue expulsado por la razón de costumbre: ser incapaz de pagar la cuenta o causar algún problema; cogió un apartamento amueblado en Albermarle Court, en Albermarle Street. El 18 de julio pasaría toda la tarde con el doctor Norman Haire, un sexólogo australiano, que había conocido en Berlín, el primer día de aquel año. Haire era discípulo de Magnus Hirschfeld, el sexólogo alemán, cuyo retrato, con dedicatoria incluida, podía verse en la repisa de la chimenea de su consultorio del 127 de Harley Street. Tenía alquilada toda la enorme casa que ocupaba, y la había llenado de objetos orientales de laca. Una pintura al óleo con su figura aparecía en una de las paredes del salón, encima de una estatua sedente de Buda que descansaba encima de una mesita. Haire era el autor de *Man into Woman*, *Sex Talks*, *The Encyclopaedia of Sexual Knowledge*, etc. «Norman Haire, 10 p. m.-1 a. m. Una charla de lo más divertida e interesante», escribió Crowley en su diario. Haire tenía fama de contar chistes verdes, y de relatar los curiosos incidentes sexuales de las vidas de sus pacientes, entre los que se encontraban tanto prostitutas como homosexuales; tenía las mismas expectativas de milenio, respecto a la completa libertad sexual, que la Bestia y Kenneth Tynan.

Todas las expresiones de afecto de Crowley para tal o cual mujer no eran sino palabras sin sentido, ya que era incapaz de amar. Los registros de sus fornicaciones son aburridos de leer, debido a que raramente describe lo que sus *partenaires* hacen o dicen, como si, realmente se estuviera solazando con una muñeca de las llamadas «hinchables».

Bertha Busch siguió el camino de todas las Mujeres Escarlatas de la Bestia. Las cartas que le envió, escritas con una caligrafía alargada, no muy diferente de la de Dorothy Olsen, están llenas de ternura, disculpas y desesperación. Hay una carta de la Bestia en la que aparece mencionada por última vez: está fechada el 17 de junio de 1935, y está escrita en una hoja del Hotel Savoy y dirigida a Gerald Yorke. Comienza así: «No tengo idea de la actual dirección de Bill. Pero tú no deberías haberla escrito espontáneamente, como ya te había advertido por carta». Bertha Busch estaba viviendo, según parece, con un antiguo campeón de boxeo de los pesos medios, que la obligaba a ponerse en las esquinas:

Él es un chulo y un timador, justo un demonio de la especie más brutal. Una noche de Viernes Santo estuvo cinco horas pegándole concienzudamente a Bill. Tuvo que estar en la cama por prescripción facultativa: estaba cubierta de vendajes, y lo primero que pensó es que le había roto el bazo. Ya ves, la pobre y vieja prostituta, a la que tienes que estar agradecido por haberse ido después de que yo la hubiera rescatado, ya no podía cazar a más hombres. Por eso, él le pegaba cada vez más, lo que no sirve para mejorar el aspecto de una mujer (según creen algunos hombres) si su rostro es un amasijo purpúreo.

Esta carta revela la total atrofia de sentimientos de Crowley, que no se privaba de ningún tipo de cinismo o arbitrariedad. No hacía mucho que había escrito en su diario:

Quiero a Billie apasionada y verdaderamente... el magnífico ser al que amo. También es maravillosa.



Autorretrato de Aleister Crowley que ilustra el primer volumen de sus «Confessions», y que plasma la caricatura que haría de sí mismo en su novela «Moonchild».

EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS

CROWLEY no hacía más que lamentarse por no haber demandado por libelo al *Sunday Express*, pues, una vez conseguido un veredicto favorable, habría podido rehabilitar su reputación y reparar su fortuna, como Frank Harris había sugerido, de manera un tanto optimista. No parece que Crowley pensara, en ningún momento, que al poner pleito a Lord Beaverbrook estuviese mordiendo un hueso mayor de lo que podía masticar. Era verdad que el *John Bull* le había denigrado con idéntica violencia («Un hombre al que habría que colgar», «Un caníbal en libertad» y «El rey de la depravación» eran algunos de los titulares que hacían referencia a la Bestia), pero los ataques del *Sunday Express* habían creado una mayor expectación y habían sido, por lo que Crowley sabía, la causa directa de su expulsión de Sicilia y de la ruina de toda su obra. El panfleto de Mudd no había remediado nada: nadie parecía haber reparado en él. Desafortunadamente, carecía del dinero y la salud suficientes para poner un pleito a Lord Beaverbrook dentro de un margen de tiempo razonable, después de aquellos desagradables sucesos.

El 7 de enero de 1933, Crowley estaba paseando por Praed Street, una calle de Londres. Al detenerse a mirar el escaparate de una librería vio un ejemplar de su novela *Moonchild*, a cuyo lado se había colocado una tarjeta que decía lo siguiente: «*The Diary of a Drug Fiend*, la primera novela de Aleister Crowley, ha sido retirada de la circulación después de un ataque de la prensa sensacionalista».

La Bestia escribió en su diario: «Descubierto libelo en el 23 de Praed Street», y se fue a ver a su abogado.

El 10 de mayo, el caso fue visto y Crowley lo ganó. «No había el menor motivo», dijo el juez Bennett, «para sugerir que cualquier libro escrito por Mr. Crowley haya de ser indecente o impropio. Mr. Gray [el librero] quería hacer creer al público que el libro, al que se había adjuntado aquella tarjeta, era un libro indecente.»

Crowley fue indemnizado con 30 £, más las costas.

El 9 de agosto de 1933, conoció a Pearl Brooksmith, de treinta y cinco años, quien disponía de modestos medios económicos. «Ella vaciló al oír mi nombre.» Consultó al *Y i King* en busca de algo que le pudiera dar una idea general acerca de ella, e interpretó que la contestación recibida significaba que le necesitaba a él, al Gran Hombre. Pocos días más tarde tuvo lugar el primero de sus actos conjuntos de magia sexual, que fue recogido en su diario, y en latín, con la siguiente expresión: «cogido de la mano de la dama». Al mes siguiente anotó una observación referente a ella: «Una frase perfectamente mágica de Pearl: “Siento la llama de la fornicación reptar por todo mi cuerpo”».

La llama de la fornicación también consumía a Aleister Crowley, como ponen de manifiesto los siguientes extractos de su diario, escritos por el tiempo que nos ocupa:

6 de septiembre de 1933. La sodomía continúa de forma exagerada. Maravilloso deseo.

27 de septiembre. Invocada la Esencia de la Divinidad para que penetre en la Mujer Escarlata. Ella se aúna con la Infinita Luz Blanca. Después algunas visiones menores.

28 de septiembre. Comida con Mrs. Driver y Pearl en el Garnets. Visión de luz rosácea en la habitación. Sólo se había dado anteriormente en Nefta.

Mrs. Driver se había quedado con ellos durante algunos días.

30 de septiembre. Mrs. Driver se fue. ¡Deo Gradas! Comenzamos a hacer el amor a eso de las 11:00. Ø Para conferir poderes mágicos a la M. E. [o sea, Pearl],

17 de noviembre. Deseo y el poder del deseo. Esta operación fue terrible para M.E. ¡Pensó que me había estrangulado! Aparentemente, alguna reminiscencia de una antigua encarnación. Desde su comienzo estuvo furiosa... totalmente adusta, empujándose a sí misma al salvajismo.

18 de noviembre. Orgasmo prolongado e intenso. M. E. completamente fuera de sí, como ayer, durante mucho tiempo, una vez alcanzado el orgasmo.

19 de noviembre. Pearl realmente muy enferma... con gran dolor. Incluso no quería irse a la cama.

23 de noviembre. La siguiente operación mágica fue para «tener éxito»^[219], pero no llegué a percibir si había sido realizada correctamente. Yo también perdí los estribos. Los dos estuvimos gritando por lo menos veinte minutos, después de que todo hubiera acabado.

5 de septiembre de 1934. Completamente decaído... Pearl ha tenido que empeñar mi traje de etiqueta y su abrigo de pieles para poder subsistir el fin de semana.

9 de noviembre. ¡El hotel^[220] me echa!

El éxito de su primer pleito aguzó su apetito de ulteriores justas en las cortes de la ley. Recordó que Nina Hamnett había dicho algo acerca de él en sus memorias, aparecidas en 1932 con el título de *Laughing Torso*.

En una carta que envía a Gerald Yorke, el 22 de febrero de 1929, la Bestia le revela este «escogido extracto», de lo que se cotilleaba en el Soho acerca de Nina, con una pincelada de auto-elogio: «Al parecer, Nina Hamnett, a la que podrás encontrar en la Tour Eiffel, una mujer joven, cordial e interesada en mi labor como pintor, vive en Inglaterra a expensas de un joven que ostenta un importante cargo en la editorial Duckworth».

«He escrito muchas cosas acerca de ti», escribía en 1930 Nina Hamnett a la Bestia, «muy simpáticas y cariñosas. Nada de libelos ni de cosas desagradables, simplemente para mostrar la típica actitud del “sucio burgués” hacia tu comportamiento.»

Crowley abrió su ejemplar del *Laughing Torso* y leyó que había tenido un templo en Cefalú. «Se decía que en él practicaba la Magia Negra, y que, un día, un niño había desaparecido misteriosamente. También había por allí una cabra. Todo esto hacía pensar en la Magia Negra, según decía la gente, y los habitantes de los alrededores se asustaban de él».

Crowley cogió su sombrero y se fue a ver a su abogado.

La decisión de la Bestia de llevar a pleito a su antigua amiga Nina Hamnett (se conocían desde hacía más de veinte años) dio lugar a uno de los juicios más extraordinarios del siglo XX. Crowley no se enfrentaba esta vez con un modesto librero, sino con una gran editorial, Constable and Company, que iba a ser defendida

por Malcom Hilbery, K.C.

El abogado de Crowley pidió a la Bestia que escogiera de entre sus amigos a dos personas que pudieran testimoniar su buen carácter, pero nadie, excepto los fidelísimos, querían ir al tribunal y jurar que «el Hombre Más Perverso del Mundo» era, en realidad, un inofensivo y envejecido caballero, desgraciadamente circundado de una nube de murmuraciones malvadas.

«Mr. Crowley se confunde», escribió J. W. N. Sullivan al abogado de Crowley. «No tengo ninguna intención de aparecer como testigo en el caso que usted menciona». Ya hacía mucho tiempo que Sullivan se había desprendido, por sí mismo, de la influencia de la Bestia.

La negativa de J. F. C. Fuller, por entonces general de división, con muchas condecoraciones, fue más enfática.

El novelista J. D. Beresford, que se había encargado de la edición de *The Diary of a Drug Fiend* por cuenta de William Collins, escribió una educada renuncia, al tiempo que intentó persuadir a Crowley de que retirara el pleito. «No tengo la menor duda de que si te presentas ante el tribunal se harán contra ti acusaciones muy extraordinarias y perjudiciales, que podrían arrebatarte cualquier posibilidad de atraerte la simpatía de un juez, que es una especie de moralista profesional.»

Crowley recurrió a Karl Germer, quien, naturalmente, estuvo de acuerdo en defender su nombre.

El abogado de Crowley, para tantear los puntos débiles de su cliente, le pidió un ejemplar de *White Stains*. Y después de haberlo leído, le dijo por carta: «No tengo ninguna duda al asegurarle que si los demandados disponen de este libro, sus posibilidades de ganar esta causa son insignificantes. Pues no puedo encontrar ninguna explicación satisfactoria para justificar su denuncia».

Otros puntos que tocó estaban relacionados con la Abadía. ¿Los thelemitas no se paseaban desnudos y escandalizaban a los sicilianos?

Crowley le contestó:

Acabo de recordar un incidente que, posiblemente, se encuentre en el origen de eso que han dicho, que nos exhibíamos desnudos ante los habitantes de Sicilia. Expulsé a un cierto Russell por mal comportamiento, y se fue a vivir a lo alto de la Roca, en donde hizo voto de no tocar el agua durante una semana. Era totalmente natural que enloqueciera e hiciera todo género de rarezas y disparates, y el andar desnudo bien pudo ser uno de ellos.

La causa dio comienzo el 10 de abril de 1934, en la King's Bench División del Tribunal Supremo, ante el juez Swift y un jurado especial. La defensa abrió la sesión con un alegato de justificación.

El abogado de Crowley, J. P. Eddy, comenzó con una breve exposición de la vida de Crowley: había heredado una fortuna, se había dedicado a la poesía, al arte, a los viajes y al montañismo. Había escalado los Alpes y caminado a través del Sáhara. Desde hacía muchos años se interesaba por la magia, y siempre había combatido la magia negra. En 1920 había fundado una pequeña comunidad en una villa de Cefalú,

con el propósito de estudiar la magia blanca. En aquel momento, Eddy leyó el pasaje del libro de Nina Hamnett que hablaba del niño desaparecido y de la cabra. Y Crowley, en el banquillo de los testigos, negó la pregunta que se le hacía, de que hubiera podido contar alguna de esas cosas a Miss Hamnett.

A continuación, Hilbery le preguntó a Crowley, en el turno de la defensa:

«¿Usted está reclamando daños porque su reputación se ha visto resentida?»

«Sí», contestó Crowley.

«¿No ha sido usted denunciado públicamente, y desde hace muchos años, como el peor hombre del mundo?»

«Sólo por los periódicos de peor categoría.»

«¿Algún periódico ha llegado a llamarle “el Monstruo de la Perversidad”?»

«No lo recuerdo.»

«¿No desafió abiertamente, desde su adolescencia, todas las convenciones morales?»

«No.»

«¿Y no proclamó su desprecio por todas las doctrinas del cristianismo?»

«No por todas las doctrinas...»

«¿No fue usted mismo quien adoptó la denominación de “La Bestia 666”?»

«Sí.»

«¿No se hace llamar “el Maestro Thérion”?»

«Sí.»

«¿Qué significa “Thérion”?»

«Gran Bestia Salvaje.»

«¿Estos sobrenombres expresan de manera adecuada sus costumbres y sus convicciones acerca de la vida?»

«“La Bestia 666” sólo significa “luz del sol”. Usted puede llamarme “pequeño solete”.»

Risas entre los asistentes.

En la segunda audiencia, Hilbery leyó un poema del volumen *Clouds Without Water*, y al acabar, le preguntó a la Bestia: «¿Esto no es sucio?».

«Tal y como usted lo ha leído, resulta magníficamente poético», contestó Crowley, dándole la vuelta a la contestación de Wilde a Carson.

White Stains, que había hecho tambalearse al abogado de Crowley, también fue presentado ante el tribunal, siendo examinado por el juez, que preguntó al jurado si quería leerlo, pero «sus miembros le dieron a entender que no».

Como había previsto Beresford, un gran número de aspectos desfavorables de las actividades de Crowley en el pasado fueron sacados a la luz, por lo que la causa contra Nina Hamnett y Constable and Company, responsables de la publicación de un libelo, no tardó en convertirse en el proceso contra Aleister Crowley, a causa de la vida inmoral que éste llevaba. Al tercer día, la defensa llamó a declarar a Betty May, quien describió muchas escenas espeluznantes que había podido ver en la Abadía,

incluida la del sacrificio del gato Mischette.

«Una de las reglas de la Abadía establecía que no debía haber en ella animal alguno», dijo. «Pero cierto día, entró un gato y se metió debajo de la mesa. Crowley se dio cuenta y lo cogió. El animal le arañó terriblemente, pero él lo mantuvo agarrado mientras daba unos pases con su espada por encima de él. “Serás sacrificado dentro de tres días”, le dijo al animal. En la Abadía reinaba una gran excitación mientras se hacían los preparativos. Mr. Crowley llevaba un cuchillo con una gran empuñadura. Había metido el gato en un saco y gemía lastimeramente. Fue sacado del saco y mi marido lo mantuvo en alto. Él era el encargado de matarlo. El gato fue situado sobre el altar y la Mujer Escarlata puso en él un cuenco para recoger su sangre. El cuchillo estaba poco afilado, excepto en su punta, que se veía muy aguzada. Cuando mi marido intentó cortarle el pescuezo, no lo consiguió, sino que, en su lugar, se hirió profundamente en un dedo, por lo que se asustó, dejando caer al gato, que abandonó el círculo, lo que está contraindicado en un acto mágico. Crowley me indicó que lo cogiera, pero yo no quería y, cuando, por fin, mataron al animal y su sangre cayó en el cuenco, mi joven marido tuvo que beber, en una copa, de su sangre.»

Y al ser interrogada acerca de las pinturas que adornaban las paredes de la habitación de Crowley, a la que todos llamaban *La Chambre des Cauchemars* («la cámara de las pesadillas»), respondió:

«Eran terribles».

«¿Quiere decir que eran indecentes?», puntualizó el juez.

«Muchísimo».

Cuando a Crowley le preguntaron acerca de su magia, contestó que la magia a la que se dedicaba no tenía otro objeto que «llevar a la humanidad a un nivel espiritual más elevado». En otras palabras, él no era un practicante de la magia negra, sino de la blanca.

Al cuarto día de la causa, el juez, incapaz de contenerse por más tiempo, dijo al jurado:

Durante más de cuarenta años he estado ejerciendo la ley de una u otra forma. Creía conocer todas las formas imaginables de perversidad. Creía que, antes o después, todo lo que había de malo y de vicioso había pasado por delante de mí. Pero gracias a este proceso he aprendido que siempre queda algo por aprender. Nunca había oído chismes tan espantosos, tan horribles, tan blasfemos y tan abominables como aquellos a los que ha dado lugar el hombre que se presenta, a sí mismo, como el mayor poeta viviente. ¿Son ustedes del mismo parecer, o quieren que esta causa continúe?

Mientras el jurado estaba deliberando, el abogado de Crowley se levantó, pero el juez le previno: «Ahora no, Mr. Eddy, ahora no».

«¿Puede retirarse el jurado?», preguntó el portavoz.

«No», dijo el juez. «Si hay alguna duda, la causa deberá proseguir».

El jurado volvió nuevamente a deliberar y, rápidamente, emitió un veredicto a favor de los demandados.

La causa estaba cerrada. Crowley no hizo discursos dramáticos, pues no era el momento de la prédica de la Palabra del Señor, como imaginara en la carta que, en 1924, le envió a Frank Harris, sino de la prédica de lo que pensaba el señor juez Swift.

Mientras Crowley salía del tribunal dando grandes zancadas, una joven de diecinueve años, que había estado siguiendo la causa, corrió hacia él. Con lágrimas en los ojos, abordó a la Bestia en la acera a la misma salida del palacio de justicia. «Este veredicto», le dijo, «es la cosa más perversa desde la Crucifixión. ¿Puedo hacer algo para ayudarle?»

Crowley la miró fijamente, embargado por una emoción excesiva para poder encontrar las palabras.

«¿No podría —prosiguió la extraña— tener un hijo suyo?» Era madre de dos hijos ilegítimos, por lo que sabía lo que se decía.

Crowley, que nunca rehusaba aquel tipo de ayuda, aceptó. El nombre de la joven era Deidre; a su debido tiempo tuvo un hijo, al que puso el nombre de Aleister Ataturk.

El comentario que Crowley hace en su diario de este caso, es más bien críptico. Subrayó y puso signos de exclamación en la fecha del día del veredicto: «Viernes. ¡13 de abril! La causa ha sido violada por el abandono del juez y de Nina. Alegría general... consternación de Constable & Co.».

Al día siguiente se fue con Pearl a Brighton. Había sucedido a Bill como Ramera de las Estrellas, después de que la Bestia había examinado y rechazado a otras mujeres que aspiraban a la vacante. De manera extraña, su derrota en los tribunales sólo le había dejado un sentimiento de alborozo. Había perdido, pero los vendedores ambulantes de periódicos habían gritado su nombre por las calles de Londres y de cualquier otro sitio. El mundo se había detenido y estaba atento a sus palabras y se maravillaba ante sus fotografías. En su derrota se hallaba su victoria.

El 19 de octubre de 1937, Crowley se enteró de que el juez Swift había muerto, y escribió lo siguiente en su diario:

El borracho y sinvergüenza de Swift ha muerto. N.B. La sucia injusticia de aquel bebedo hizo que me ocurriera una de las mejores cosas de mi vida: ¡Deidre y Ataturk!

El pleito de Crowley no sólo sirvió para recordarle al mundo que la Bestia todavía existía, dándolo a conocer a millones de personas que nunca habían oído hablar de él, sino también para que sus acreedores le arrastrasen hasta el Tribunal de Quiebras. Sus deudas, que afectaban a treinta y ocho acreedores privilegiados y a diez que lo eran parcialmente sumaban 4.695 libras, 8 chelines y 1 penique, mientras que su activo alcanzaba las 15.000 libras. Desgraciadamente, este activo no era muy tangible. El encargado de pagar las deudas iba a ser Gerald Yorke, a quien Crowley había enviado un mandamiento para su pago, explicándole que él mismo se habría procurado la suma, si no fuera porque Gerald Yorke era su administrador y uno de los

fideicomisarios de su cuenta en depósito (el otro era George Cecil Jones), que administraba lo que quedaba de la antigua herencia de la Bestia. En 1932, este fondo le pagaba unas ochenta libras al año, que constituían su única fuente estable de ingresos. (Según otras fuentes, las 15.000 libras se habrían convertido en 40.000. De cualquier modo, el pasivo era de 4.695 libras, con 8 chelines y un penique, como ya se había indicado.) En la lista de acreedores no privilegiados se puede observar la suma de 846 libras, que corresponde a las costas de los demandados en el asunto del libelo, 814 libras, de ropas y libros, 265 libras, de vinos y tabaco, etc. El sumario de la declaración de insolvencia se cierra diciendo que «el Tribunal de Quiebras declara que ni siquiera es dueño de los muebles de la casa en que habita».

Por supuesto que Crowley no poseía muebles: Alastor, el Vagabundo de la Desolación, se habría sentido agobiado por ellos. Y hay que decir que se había abstenido de declarar que poseía unas 150.000 libras, aproximadamente, en inmuebles, que se concretaban en una propiedad situada en San José, California, aunque ésta era de contornos tan imprecisos como las 40.000 libras que había pedido a Yorke.

Se había convertido en propietario de aquella hacienda de California gracias a las actividades de un tal R. Swinburn Clymer, jefe de una sociedad rosacruz americana llamada Brotherhood of the Rosy Cross, (la Hermandad de la Rosa Cruz). Clymer era autor de una obra en dos volúmenes titulada *The Rosicrucian Fraternity in American Authentic and Spurious Organizations* («La fraternidad rosacruz en América: Organizaciones auténticas y espurias»), que había escrito para desacreditar a un tal H. Spencer Lewis, el *Imperator* de una orden rosacruz rival llamada Ancient Mystical Order Rosae Crucis (Antigua y Mística Orden de la Rosa Cruz), que era conocida por sus siglas: AMORC. El fundamento en que Clymer basaba sus ataques contra Lewis, «ese *Imperator* jactancioso y rastrero relacionado con la magia negra», era que Lewis había recibido un permiso de la O.T.O. para fundar su Orden, la cual, según Clymer, estaba montada como un negocio. Las tesis de Clymer sobre Lewis y Crowley carecen, con toda evidencia, de fundamento, ya que el primer *Imperator* de la AMORC no recibió su carta fundacional de Crowley, sino de Theodor Reuss; y, por lo que sé, la única relación de Crowley con Lewis estriba en una carta que la Bestia le envió, conminándole a que le entregara su hacienda de San José, cuartel general de la AMORC. Nada se conoce de la respuesta que Lewis le diera a Crowley. En 1949 me entrevisté con R. Swinburn Clymer en su hotel de Londres. Había llegado a conocer a más de una de las amantes norteamericanas de Crowley tan bien como a él, y hablaba con gran admiración del magnetismo sexual de la Bestia, que, según decía, las mujeres encontraban irresistible.

Con todo cuidado, Crowley fue desplegando sus quejas sobre Yorke. Ya que su exposición se refiere a muchos aspectos de su vida de aquel tiempo, ofreciéndonos una perspectiva algo diferente de aquella a la que nos han acostumbrado tanto sus cartas como su diario, merece la pena leerla en su totalidad.

A principios de 1929, los problemas habían llegado a ser muy serios. Kasimira se había ido, y el papel de ama de casa lo había asumido una dama nicaragüense llamada María Teresa Ferrari de Miramar. Yorke nos visitó en nuestro apartamento de la Avenue de Suffren, y, desde un punto de vista puramente profesional, es reconfortante observar que intentó seducirla, ya que ello es indicio de que su obsesión onanista estaba en proceso de curación^[221].

Durante los primeros días de mi estancia en Londres, tras ser expulsado de Francia, Mr. P. R. Stephensen, de la Mandrake Press, entró en contacto conmigo. En el transcurso de varias reuniones llegamos a un acuerdo para publicar durante los próximos tres años un número considerable de libros míos. Por entonces, la editorial pasó a convertirse en compañía limitada, gracias a un hombre llamado Robert Thomson Thynne. Yo tenía la máxima confianza en la competencia de Yorke respecto a los negocios, pero, para mayor seguridad, había insistido en que se le diera a Regardie el cargo de contable. Thynne trabajó con Yorke de manera muy artera, sembrando las semillas de la discordia. Desde aquel momento, Yorke fue secreta, y formidablemente, desleal. En cuanto Thynne dejó de tener dinero que robar, la compañía fue a la ruina. Era el otoño de 1930. Durante el verano de aquel año, me había ido a Berlín a visitar a Germer, con quien hice un recorrido en coche por Europa Central con el objeto de contratar para la Mandrake Press libros de varios autores, ciertamente distinguidos, del continente. El 2 de agosto llegaba a Berlín. A mi regreso a Inglaterra, a finales de aquel mes, me encontré con que Marie se había ido con Yorke a un hotel de reputación dudosa en Knightsbridge, y que, posteriormente, él la había instalado en un apartamento, en alguna parte de las cercanías de Belsize Park, en Hampstead. No tuve tiempo de investigar aquellos rumores, dado que me vi obligado a salir inmediatamente hacia Lisboa, para establecer en dicha ciudad uno de los cuarteles generales de la Orden, bajo el mando de Don Fernando Pessoa.

Debo explicar la actitud de Yorke. Estaba afectado por un complejo de Edipo. Su padre practicaba una severa disciplina, de la que Yorke se resentía amargamente. Al encontrarme en la Jerarquía de la Orden en la posición del padre de Yorke, recibí la transferencia del deseo que éste tenía de matar a su padre natural. Y, por supuesto, la otra mitad del complejo de Edipo explica su ambición de seducir a mi mujer. El destino de esta infeliz dama es incierto. Según un rumor, se suicidó, arrojándose ella misma a las aguas del Támesis. Según otro, murió en el transcurso de un terremoto ocurrido en Managua, la ciudad en la que había nacido, un poco más tarde. Un tercer rumor afirma que Yorke acabó abandonándola, lo que la volvió loca, por lo que fue confinada en un manicomio. Tengo motivos ciertos para disentir de este último rumor, ya que las autoridades del establecimiento me escribieron al respecto, enviándome un cuestionario que cumplimenté, y en eso quedó todo. Por lo que deduzco que ellos debieron decidir que la mujer que decía ser mi esposa era, realmente, otra bien distinta, ya que, de otro modo, me habrían hecho llegar alguna petición para su mantenimiento. Sólo necesito añadir que si apareciera alguna vez, me divorciaría de ella, haciendo que Yorke compareciese como codemandado^[222].

Ya que la Mandrake Press había quebrado y la mayor parte de sus fondos habían sido malgastados por la negligencia y la traición de Yorke, no había nada que pudiera hacer en Inglaterra, por lo que, aprovechando el gentil ofrecimiento de hospitalidad de Germer, le hice caso y me fui a vivir a su casa de Berlín, donde estuvimos trabajando para el asentamiento de la Orden en Alemania y Austria. La crisis de Estados Unidos había mermado las reservas de Germer. Yorke insistía mucho en que yo debía ir personalmente a Londres para ayudarle a reunir el dinero. Mi secretaria e intérprete, Frau Busch, ante esta petición tan urgente, fue a verle. A su llegada, la condujo a uno de los hoteles de la calle más criminal de Londres, donde no tardó en corromperse por la bebida y las drogas, y acabó, al cabo de seis meses, tirada como un perro. Yorke se mostraba tan escurridizo y evasivo que me decidí a llevarle a juicio, así que comencé un proceso contra él para obligarle a dar las cuentas claras, demandándole por negligencia y mala gestión de mis asuntos. Naturalmente, escurrió el bulto, abandonando Londres para irse, el 15 de septiembre de 1932, a China, en donde permaneció más de tres años.

A su regreso a Inglaterra, en 1936, pareció mostrarse algo más comprensivo respecto a su abominable conducta. Había admitido ante testigos su negligencia e incompetencia en los negocios, así como el hecho de que era, y siempre lo había sido, un embustero y un cobarde.

Yorke se tomó muy en serio el amago de Crowley de llevarle a juicio; y preparó su defensa:

Sr. Juez Bennett
Tribunal Supremo de Justicia, Sección de Chancery
Entre Aleister Crowley, demandante
y
Gerald Yorke, demandado.

7 de septiembre de 1932.

Daños y perjuicios: 15.000 libras.

Esto es lo que declara Mr. Gerald Yorke: Conozco a Mr. Crowley desde 1928. Fuimos grandes amigos. Le entregué 800 libras para que pudiera publicar su *Magia*. El 14 de diciembre de 1928, Mr. Crowley me nombró su agente y tesorero. El 24 de febrero de 1929, me entregó un poder legal, debidamente cumplimentado. Durante el año 1928 y la primera mitad de 1929 estuve comprometido activamente en los asuntos de Mr. Crowley. Intenté conseguir que algunas personas se interesaran en él, llevé sus trabajos pasados a máquina a los editores y le ayudé de muchas maneras. En 1929, Mr. Crowley, después de abandonar Francia, vino a Londres, ya que la Mandrake Press había decidido publicar sus libros. Yo me convertí en uno de los directores, poniendo 1.000 libras. Mr. Crowley convenció a un amigo para que invirtiera 500.

Una de las demandas de Mr. Crowley se refiere a que las 1.000 libras que invertí en la Mandrake Press fueron utilizadas para los gastos generales de la compañía, en vez de ser destinadas a la publicación de sus libros. Poco después, la Mandrake Press iba a la bancarrota.

El 21 de septiembre de 1930, Mr. Crowley enviaba una carta, suspendiéndome de todas mis funciones y exigiendo la entrega de varios libros y pinturas a Mr. Israel Regardie.

Entre los argumentos que yo esgrimo se hallan los siguientes: 1) Mr. Crowley obtuvo dinero de Mr. Watson Turner para la publicación de sus libros, que utilizó para usos personales. 2) Abandonó a su esposa en la indigencia, yéndose a Portugal con otra mujer. Cuando se fue, quedaban en el fondo común unas 60 libras, que yo entregué a su pobre esposa, quien pasaría del hospicio a Colney Hatch. Antes de eso, yo la ayudé personalmente. Colney Hatch todavía sigue buscando a Mr. Crowley a cuenta de la factura.

Las quejas que Mr. Crowley tiene contra mí se deben a que yo nunca les presenté, a él y a Mrs. Busch, en sociedad, ni tampoco les entregué cartas de presentación para personas adineradas que pudieran ayudarle económicamente. Mi experiencia me había llevado a dudar de su integridad comercial y a pensar que su código moral de la vida privada no coincidía con el de mi círculo. En junio de 1932, pensé que había una manera de conseguir 500 libras para Mr. Crowley, pero me equivoqué. En agosto de 1932, le regalé un ajuar a Mrs. Busch, la amante de Mr. Crowley, que es una mujer encantadora. Lo hice con el consentimiento de Mr. Crowley. Y hasta que no le dije a Mr. Crowley que se estaba terminando el dinero que le había adelantado no me amenazó con ponerme pleito.

Como respuesta a las demandas que Mr. Crowley ha presentado en su denuncia, debo decir lo siguiente: 1) Entregué, por mediación de los señores Forsythe & Co. [los abogados de Crowley] una relación, preparada por mí mismo, de los gastos y pagos que efectué a nombre de Mr. Crowley. Esta relación muestra que hay un balance, a mi favor, de 800 libras. Además de ésta, anteriormente ya había confeccionado otras relaciones, que valoraban sus deudas en 507 libras, 6 chelines y 6 peniques, y 379 libras, 15 chelines y 6 peniques, en dos ocasiones. Así pues, no soy yo quien debe dinero al demandante, sino que es Mr. Crowley quien me debe 1.687 libras.

En febrero o marzo de 1930, Mr. Crowley estaba preparando una exposición de sus pinturas que iba a inaugurarse en Berlín. Yo ayudé a Mr. Regardie a recoger las pinturas que estaban en Burns [en un almacén] y enviarlas a Berlín. Pagué por ello 2 libras 10 chelines. Vi las pinturas en Berlín, pero la exposición fue un fracaso.

No puedo imaginarme en qué se basa Mr. Crowley para demandarme por daños y perjuicios. Hasta que comenzaron estas diligencias, y a pesar de nuestras diferencias, habíamos sido amigos. Y todavía creo que mantengo una actitud amistosa respecto a Mr. Crowley. El único motivo para el proceso es retrasar mi viaje a China. Desde el pasado mes de abril ya sabía que me iba a ir.

El caso nunca llegó a los tribunales, porque Crowley carecía del dinero suficiente para pagarse unos abogados.

Tres meses más tarde, Crowley se encontraba nuevamente ante los tribunales, en este caso en el de Oíd Bailey, y en calidad del acusado. La pesadilla se había hecho realidad, pero la acusación no era la de intentar llevar a la ruina el cristianismo y el orden moral de la sociedad, para fundar una nueva moral basada en principios tomados de Rabelais, ni la de su dilatada infidelidad a hombres y mujeres con los que había estado ligado mediante juramentos de amor y de obediencia, sino, simplemente, la de haber comprado cuatro cartas originales y la copia de una quinta que habían sido robadas a Betty May.

Crowley se presentó a sí mismo como explorador y escritor, declarándose

inocente.

El robo parecía haber sido cometido por un tal capitán Eddie Cruze, que vivía en la misma casa que Betty, pero Cruze no fue nunca acusado, ni llevado a juicio. Crowley le había pagado a Cruze 5 libras por las cartas, que le interesaban porque constituían una evidencia en su caso contra Constable y Nina Hamnett y que finalmente fueron presentadas en el juicio, para su propio perjuicio. No se habría vuelto a oír nada más de aquel asunto si no hubiera sido por Charles Gray, que todavía estaba intentando vengarse de Crowley por la muerte de Raoul Loveday. «No me avergüenzo de la parte que tuve en aquella “persecución”», me escribió Gray.

El juicio duró dos días, y el jurado encontró a Crowley culpable.

El juez Whiteley comentó que las cartas nunca debieron ser utilizadas y ni siquiera haber llegado a manos del demandado; sin embargo, no le enviaría a prisión porque nadie había resultado dañado.

«Gracias, *my Lord*», dijo Crowley.

«Si algo parecido vuelve a suceder, y si comparece nuevamente ante mí, le condenaré a seis meses. ¿Lo ha entendido?»

«Sí, *my Lord*».

Estaría dos años en libertad vigilada y abonaría 50 guineas por las costas del proceso.

«Los idiotas dijeron “culpable”. El juez me dio la libertad vigilada», escribió Crowley en su diario. Y añadió: «¡Violento ataque de asma cuando me he sentado en el banquillo! ¡Infiernos!... no he podido contarle todo bien». Y estuvo acertado al no hacerlo.

Charles Gray dijo que Crowley había hecho en el banquillo un papel lamentable. «Para este juicio se había puesto un sombrero de copa: con toda seguridad, él y Lord Kysant^[223] fueron los últimos hombres en llevar sombrero de copa en el banquillo del Oíd Bailey.»

PEARL BROOKSMITH

¿QUÉ le quedaba ya por hacer a Aleister Crowley? Como Logos del Eón de Ra-Hoor-Khuit o, como él mismo se proclamaba, «el místico más sublime de toda la Historia... el Dios coronado por sí mismo, a quien los hombres adorarán y maldecirán durante siglos», difícilmente podría haber conseguido mucho más^[224].

Sin embargo, como Crowley se consideraba a sí mismo un hombre, y no un dios, no estaba nada satisfecho: iba envejeciendo y no había conseguido realizar la mayor parte de sus ambiciones. Tres poemas suyos habían sido publicados en 1917 en *The Oxford Book of English Mystical Verse*, pero no se le honraba como poeta; el mundillo literario lo ignoraba, y él, aparte de Frank Harris y George Sylvester Viereck, no tenía amigos entre los hombres de letras. Sus proezas de montañero eran silenciadas o simplemente mencionadas, como en el libro de Frank Smythe sobre el Kangchenjunga, con una hostilidad escasamente disimulada. Sus logros mágicos, en esta era de ciencia, materialismo y descreimiento, se miraban con sorna, curiosidad e incredulidad. Sólo era para el público el Hombre más Perverso del Mundo, es decir, algo así como una broma, o en el mejor de los casos, alguien a quien no es agradable conocer.

Pero aunque Crowley se mirara a sí mismo bajo cada uno de sus aspectos, como Baphomet, el Rey Supremo y Santo de toda la Tierra, o como Aleister Crowley, el Rey de la Depravación, seguía siendo el Espíritu de la Soledad, Alastor el Destructor, el Vagabundo de la Desolación. No había descanso: se sentía oscuramente arrastrado a seguir adelante.

Había escrito libros, sagrados y profanos, y anunciado su palabra, *thelema*, a la humanidad; pero a diferencia de otros hombres de su edad, que habían realizado todo lo que se habían propuesto, él no podía echarse a descansar y disfrutar de sus últimos años. No tenía esa sensación de plenitud, de haber vivido su vida. Y, por si fuera poco, casi siempre estaba enfermo.

Pero mientras tanto, el mecanismo de la vida —de encontrar algo confortable para vivir y algo exótico para comer y algo apocalíptico para amar— tenía que continuar. Y, además, debía atender los asuntos de la Orden: a la O.T.O. todavía le quedaba un poco de vida. A principios de siglo, la magia había florecido, de un modo natural, de la Golden Dawn: florecería otra vez. La principal tarea de Crowley en los últimos diez años de su vida fue mantener la cohesión de la O.T.O. y escribir, escribir y escribir, de la misma manera que el Judío Errante camina, camina y camina.

Vagaba por Chelsea y Picadilly, quitándose el sombrero ante las parejas que se abrazaban, y levantando la mano en gesto de desaprobación ante todos los clérigos, al tiempo que pronunciaba *apó pantós kakodaímonos* «(Y sálvanos) de todo demonio malvado», una frase extraída de la liturgia de la Iglesia Ortodoxa Griega.

Comienza el nuevo año 1936 proclamando la Ley. Aunque no dice cómo, si desde la ventana abierta a los transeúntes que pasaban, o en una iglesia vacía, o simplemente en su imaginación. El 8 de enero, Yorke, que había regresado henchido de sabiduría oriental, después de su Gran Periplo de China, y que de nuevo seguía la pista a la Bestia, le invitó a cenar en La Tour Eiffel, el restaurante del Soho, que el lector recordará del anterior capítulo, y al día siguiente, le entregó 60 libras. Todavía seguía viviendo con la enfermiza Pearl Brooksmith, a la que, el 14 de ese mes, envía a un hospital del oeste de Londres. Al día siguiente escribe la siguiente observación en su diario: «Útero y trompas de Falopio fuera. Cartas patéticas. Sin duda, todas verdad». Había observado que su signo ascendente estaba en Escorpio, que para él representaba «un signo particularmente apropiado para la Mujer Escarlata; ya que la influencia celestial o zodiacal se halla relacionada con la zona sexual». El día 17, anotaba, con placer evidente, que Spencer Lewis, el mismo que se había negado a aceptar su liderazgo de la floreciente y mística orden que había creado en Norteamérica, la AMORC, «había sufrido un ataque».

6 de febrero. Pearl levantada durante la noche.

7 de febrero. Driberg a comer. Enfermo todo el día.

5 de marzo. California envió 9 libras. ¡Demasiado poco!

9 de marzo. Té con Babe, que se ha vuelto loca por el alcohol y, posiblemente, también por las drogas.

Un francés llamado André Pigné le escribió para pedirle consejo, dándole la hora y lugar de su nacimiento. Crowley le contestó lo siguiente: «Su horóscopo ilustra muy bien su vida. Usted debería relacionarse seriamente con una mujer muy experimentada sexualmente, no una profesional. Probablemente, una de cuarenta años sería más aconsejable que una más joven. Está claro que usted necesita en esta materia una educación total». Pigné, pensando que Crowley podría presentarle a una mujer de esas características, le contestó: «Lo sé, pero, desgraciadamente, no es fácil encontrar una mujer semejante, pues, aunque podría ofrecerle muchas cosas, no soy millonario. Además, no sé bailar y, aunque disto de ser feo, no soy tan guapo como algunos hombres».

10 de marzo. Llegó André Pigné.

12 de marzo. Acepté el ingreso de André Pigné en la O.T.O.

6 de abril. La falta de dinero es la raíz de muchos males.

14 de abril. Comer con André en el Quo Vadis. Le entregué los documentos del Elixir.

15 de abril. André pagó 5 libras con 5 chelines, poniendo la cuenta al día.

20 de abril. André pagó por semana 2 libras con 2 peniques, todas las lecciones que pasen de dos ya no son gratuitas, y él las paga cuando puede. Le conté cómo ir al astral.

21 de abril. André rompió su cita sin avisar, y escribió cartas derrotistas.

23 de abril. André regresó. Ha tenido una visión astral de primera, considerando que era la primera vez y que estaba solo.

Los «documentos del Elixir» que Crowley entregó a Pigné como parte de su aprendizaje mágico, contenían la fórmula de las píldoras de su Elixir de Vida, que

estaban hechas a partir del semen de la Bestia y de otras secreciones. El «elixir», hablando en términos generales, era el equivalente crowleyano de la Eucaristía: es decir, vivificaba, mediante la energía de su voluntad, sus propias sustancias «sacramentales» para que se convirtiesen en una fuente de «eterna juventud» y, después, las consumía; se trata del pensamiento mágico: si pienso en ello, quizá se haga verdad^[225]. «Querido Mr. Crowley, apreciaría grandemente cualquier dosis de su Elixir de Vida, aunque fuera una pequeñita», le escribió una joven. «Puedo darle todas las referencias que precise, pero le aseguro que este deseo no tiene nada que ver con dificultades de índole sexual. Es para que me ayude a conseguir las 300 libras que debo, como consecuencia de las clases que he tomado para convertirme en jugadora de tenis profesional. En este momento, no me encuentro con la suficiente vitalidad para jugar como quisiera...»

27 de abril. Hay mucha resistencia en André, por lo que le voy a cobrar la cita que anuló.

11 de mayo. Pearl está teniendo alucinaciones casi continuas.

12 de mayo. Pearl completamente agotada: presenta serios síntomas de locura.

14 de mayo. Extraordinaria escena con Morrison: debe de estar totalmente loco. Pero voy a dar un informe de él a la Junta General Médica, a menos que se arrastre servilmente.

Se trataba del doctor Edward Morrison, quien, siendo estudiante en la facultad, contrajo poliomielitis, por lo que caminaba con dificultad. Yo le conocía bastante bien y le dediqué en su funeral un elogio fúnebre. Se hallaba lejos de estar loco, a menos que ser amable con Aleister Crowley pueda ser tomado como un síntoma de desequilibrio.

22 de mayo. Saturnus [Germer] regresó: asentado, trajeado y con el ánimo apropiado. Su cara de penitente avergonzado resultó divertida.

28 de mayo. Pearl terriblemente enferma: colapsos reiterados durante la visita a casa de su madre y en el viaje de regreso.

6 de junio. Pam y Christ Child a cenar. Él se comportó groseramente. Pearl muy mal todo el día: dolores infernales. Y nada de otras cuestiones.

14 de junio. Elsie Putt, 16 de julio de 1915, 6:30 p.m., dice que yo soy el padre de un niño engendrado el 24 de enero. Es posible, pero cada vez tuve que pagar 5 chelines.

22 de junio. Vino Yorke... bajo y vil cobarde.

25 de junio. Una noche realmente espantosa. Pearl vapuleándome y dándome patadas cada 3/4 de hora. (Estaba absolutamente reventado... sus gritos me han despertado a las seis y media de la mañana. Y había estado trabajando hasta la una de la madrugada.) Así pues, intenté escaparme; me siguió dando saltos hasta la otra habitación y dijo: «¡No podrás dormir en toda la noche a menos que vuelvas a la cama!». La voz y el gesto eran absolutamente los de una loca. Entonces se arrepintió y comenzó a sollozar, ¡lo cual era igual de incómodo! Así pues, no me pude dormir hasta las 4. NUNCA PODRÉ ACOSTUMBRARME.

27 de junio. Terrible discusión por la noche (después de una reunión). Siguí pataleándome en la cama e, incluso, me quitó el cojín que yo utilizaba en el sofá para apoyar la cabeza. Ella se apuntó 5: lo normal en ella son 2. Yo no olvido este tipo de cosas.

5 de julio. Vino Elsie y se desató el infierno.

15 de julio. Goodford locamente borracho, todo tipo de porquerías.

21 de julio. Una noche terrible. Vapuleo en la cama a las 2:15, 4:30 y 6. Por último, a las 8. Bastante cansado y harto. 1:00 en la barra del Café Royal. Conocí a Zoe Farmer.

24 de julio. Toda la suciedad de Londres no es lo suficientemente densa para poder ocultarme del Ojo de Dios: gracias a Su Rayo, vivo.

29 de julio. Cammell. Barra del Café Royal.

30 de julio. George Sylvester Viereck a comer.

31 de julio. Mrs. Turner Notley comenzó sin provocación un ataque furioso contra Miss Doberty, llamándola golfa, ramera, puta y furcia en el curso de un torrente de venenosos insultos.

1 de agosto. Una noche infernal. Patadas —mucho más fuertes que antes— ¿me voy a dormir al sofá? ¡No! Ella comenzó a gritar y se echó sobre mí. Intenté tranquilizarla.

4 de agosto, 3:15 a.m. Pataleo más violento que nunca: casi todo deliberado, estaba despierta.

7 de agosto. Regresé pronto de la cena, exhausto. Pasé una noche terrible. Nueva pesadilla de Pearl.

10 de agosto. Ruby para cenar. Deacon & Acres vinieron a las 11:30. El último se comportó de forma desagradable, haciéndole el amor a Pearl. Ella, borracha, sollozaba encima de él. Pearl tiene buenas intenciones, pero la cochinada es inolvidable.

18 de agosto. Una noche realmente muy espantosa, con Pearl pataleándome, más tarde con pesadillas y violentos ataques contra mí para que me estuviera callado en el sillón. Y seguí en él hasta las 4:30 a.m.

19 de agosto. Los Deacon a cenar. Reunión, más tarde, en el Ruby. Pearl hizo una adecuada demostración de su pataleo, gimiendo y murmurando. Quizá la gente me creerá en lo sucesivo.

20 de agosto. Cleugh llamó re[specto] al ensayo sobre el AL [el *Liber Legis*], Pearl siguió haciendo escenas sin parar.

21 de agosto. Me desperté a las 3 a.m. al sufrir un violento ataque físico. Pearl no se acordaba de lo que había estado haciendo en la habitación, antes de irse a la cama.

22 de agosto. Cena en Ruby. Una discusión infernal. Ella se inventa embustes que resultan irritantes, para convertirse en el centro de la reunión. Hice enfadar, y mucho, a Pearl, por lo que, cuando sintiendo frío me puse encima el abbaí, me atacó furiosamente. La gente se quejó a la policía. Y entonces apareció medio desnuda y gritando.

2 de septiembre. Pearl se pelea y discute por cualquier cosa: por simple perversidad. Estuvo regañándose hasta la 1:50 a.m.

4 de septiembre, 2 a.m. El administrador se fue y Pearl dio comienzo a su interpretación del *Macbeth*. Tuve que echarla afuera. Se defendía como una gata salvaje. Esta casa es un infierno. El camarero se quedó sorprendido cuando, al llevarle el té, recibió estas palabras de gratitud: «Anda y que te jodan», como contestación al «Buenos días, caballero», con el que me interpeló.

5 de septiembre. Pearl se fue. Larga charla con Alan Rae [¿el propietario?]. ...sobre todo, respecto a Pearl y al alboroto del jueves.

Crowley se sentía rejuvenecer con tanto alboroto, así que no hay que tomar realmente en serio todas sus quejas.

El 18 de septiembre de 1936, recibió de la imprenta los ejemplares de prueba de *The Equinox of the Gods*, un magnífico volumen inoctavo, de 143 páginas. Contenía una breve historia de la carrera mágica de Aleister Crowley, o sea, del camino recorrido hasta llegar a los tronos de los Jefes Secretos, convirtiéndose él mismo en uno de ellos, y el texto íntegro del *Liber Legis* o *The Book of the Law*. Las dos caras de la estela de Ankh-f-n-Khonsu aparecían reproducidas en color, y la reproducción facsímil del manuscrito original venía en una carpeta, al final del volumen. A pesar de algunas erratas de imprenta como, por ejemplo, decir que la estela de Ankh-f-n-Khonsu es la «Estela de la Disipación», en vez de «La Estela de la Revelación», se trata de una edición espléndida, encuadernada con estampaciones sobre tela de hilo engomada. En conmemoración de este acontecimiento, Karl Germer entregó una suma de dinero a Crowley y Pearl. «Pearl se mostró truculenta: lo de siempre. Al final, tuve que molestarme en llevarla a casa.»

En los primeros albores del 22 de diciembre de 1936, Crowley y Yorke reclutaron a un judío, un hindú, un negro y un malayo, y se dirigieron a la «Aguja de Cleopatra», muy cerca del curso del Támesis al pasar por Londres y, cuando el Sol entraba en Capricornio, exactamente a las 6:22 a.m., la Bestia dijo solemnemente:

«Haz lo que quieras será toda la Ley. Yo, Ankh-f-n-Khonsu, el Sacerdote de los Príncipes, os entrego, como representantes de vuestras respectivas razas, el *Liber Legis*. Es el documento que garantiza la libertad universal de cualquier hombre y mujer. Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad». Y, acabada la ceremonia, entregó a cada uno de ellos un ejemplar de *The Equinox of the Gods*, y se fue a su casa a dormir la borrachera. La ocurrencia fue repetida en el mismo lugar y, precisamente, a la misma hora, el 21 de diciembre de 1937, como consecuencia, probablemente, de que el libro no se había vendido, y porque Crowley quería regalarlo, como si fuera un folleto religioso, al igual que hacía su padre. Se parecía más a su padre de lo que quería reconocer.

Pearl Smith, después de más peleas y «alucinaciones», fue trasladada desde el apartamento de Crowley, o desde el que entonces ocupara, a un hospital psiquiátrico; desde allí envió a la Bestia cartas lastimeras, suplicándole que acudiera a rescatarla, porque el Diablo, que salía de debajo de la cama para mirarla, quería llevársela consigo. Crowley se enteró de que «Anu», Hanni Jaeger, se había suicidado poco después de su separación y que, poco antes, Dorothy Olsen había decidido emborracharse hasta morir. Según el hermano Aossic (Kenneth Grant), Crowley elegía aquel tipo de mujeres que se encontraban en la frontera que linda entre la cordura y la locura por «su aptitud para entrar en el Plano Astral con mucha mayor facilidad que una persona de tipo medio, más integrada».

LA «FRATERNIDAD DEL PUDDING CON PASAS»

LOS diarios de Crowley que cubren los años 1936 y 1937 traen algunas leves referencias a James Cleugh; pero algunos de los anteriores a estas fechas se han perdido. La relación de Crowley con Cleugh, novelista y biógrafo, antaño funcionario civil del Almirantazgo, databa de antes de 1936. «Mi primer encuentro con Aleister fue en 1929», escribe Cleugh, y añade: «Me lo presentaron en calidad de poeta e investigador. Por aquel tiempo, yo era director literario de una editorial para coleccionistas [la Aquila Press] que editaba libros lujosamente impresos y encuadernados. Él esperaba despertar en mí el interés por sus obras literarias, tan extremadamente peculiares. La versatilidad y profundidad de su erudición, memoria y experiencias eran algo estupendo». Veamos algunas anotaciones de Crowley en sus diarios respecto a James Cleugh: «20 de agosto de 1936. Cleugh llamó re[specto] al ensayo sobre el Al [el *Liber Legis*]». Y tres días más tarde: «Cleugh para comer chili *con carne* etc.». Y, más adelante: «12 de octubre de 1936. Reunión: entre los invitados, Cleugh y Tom Driberg. Cena en el Café Royal, volvimos a casa y estuvimos hasta las 2:30 a.m.». Y el 26 de enero de 1937, Crowley cenó con Cleugh y su joven mujer húngara, Marika, en el apartamento que el matrimonio tenía en Bloomsbury.

Le pregunté a Cleugh sobre el grado de conocimiento del griego que tenía Crowley. Cleugh, que tenía una formación clásica, contestó que el griego de Crowley era tan bueno como el suyo, si no mejor en algunos aspectos. Y podía contestar con conocimiento de causa, ya que ambos habían colaborado en la traducción de *Los versos áureos* atribuidos a Pitágoras, en los que se contiene la mayor parte de los antiguos preceptos y doctrinas morales de los griegos. A continuación podrá leerse una reconstrucción, hecha, a petición mía, por el propio Cleugh, de la visita que hizo a la Bestia durante un caluroso día de primavera, allá por los años treinta:

Toús te katà chthónious sébe daimónas

La Bestia me interrumpió, levantando un índice regordete. Su sortija centelleaba como si tuviera vida propia, a la luz del sol de abril, que entraba por el cerrado ventanal que daba a Cadogan Square. La piedra, montada en un anillo dorado, a más de doce pies podría confundirse con un rubí.

«¿Cómo traduces *daimónas*?»

Abrí desmesuradamente los ojos, como signo de extrañeza.

«Supongo que, en este contexto, como “Poderes Terrenales”.»

«Totalmente erróneo, querido muchacho», dijo el Maestro, arrastrando lentamente las palabras, lo que venía a ser una variante de la entonación cansina del asiduo de clubes y casinos, que él solía practicar. Contempló distraídamente el techo. «En este

verso, Pitágoras está invocando a los espíritus subterráneos, los esbirros de Plutón, o sea, el Diablo, que raptó a Perséfone.»

«Entonces, si el siguiente verso, *toús te goneís tima*, debe ser traducido como “honra a tu padre y a tu madre”, la cosa parece un poco contradictoria, ¿o no?», le dije, obstinado.

«No del todo. Significa, simplemente, que el primer paso hacia la iluminación consiste en respetar a Satanás, que fue el primer cristiano, aun antes de tiempo, como le dije en 1905 a Wilamowitz^[226], cuando estuve con él en Bad Ems. Pero aquel hombre es incorregible. Esto es, justamente, lo que debe ser el propósito de nuestra edición. ¿Te he dicho alguna vez cómo me dirigí a él después de escapar juntos de Lhasa?»

Hice una pequeña mueca, asintiendo con la cabeza. Realmente hacía un calor demasiado sofocante en aquel piso bajo, sellado herméticamente, para poder trabajar.

«Bueno...»

Aquel monosílabo de la Gran Bestia, que le servía de introducción a las palabras que seguirían, me hacía pensar en un anciano centenario con una pierna rota, gimoteando dentro de un ascensor. Pero, justo cuando se me estaba ocurriendo este símil, llegó a mis oídos un sonido muy diferente, un largo zumbido, desagradable y perentorio, como el súbito repiqueteo de un taladro neumático en miniatura, que sofocó el resto del exordio de mi huésped. Obviamente, el zumbido provenía de la puerta de la calle.

Me moví en la silla en que estaba sentado como si fuese una marioneta. Pero el Maestro proseguía, como si no hubiese oído nada: «Tardamos un año en cruzar el Himalaya. No teníamos nada para comer, excepto bacon y huevos, que yo obtenía mediante medios mágicos. Naturalmente, tuve que hacer tal cosa para poder subsistir».

El zumbido sonó nuevamente. Esta vez se mantuvo estable, durante algo más de medio minuto.

«Oh, Confucio», gimió la Bestia, cuando cesó, «Oh, Krishna, oh, Zoroastro, oh, divino y venerable Aretino, oh, Fafnir, Moloch y Radamanto... —Se me ocurrió que esta última trinidad quedaría muy bien en una de las planchas de bronce de Chancery Lane— Os lo ruego, haced que quede privado para siempre de las alegrías de Ishtar este importuno, quienquiera que sea, a no ser que se trate del irreprochable e inmortal Thoth que ahora mismo se nos apareciera...»

Se levantó, con profunda desgana, mascullando en arábigo, y salió de la habitación. Pude oír cómo abría la puerta de la calle y saludaba, ininteligible, aunque no antipáticamente, al visitante, de sexo masculino, cuya voz de barítono bajo era tonante, inexpresiva e igual de ininteligible. Momentos después, la puerta de la habitación se abrió de par en par. Un amenazador coloso, tocado con un sombrero hongo, con un gran bigote oscuro, a juego con su abrigo, que dejaba ver unas botas de increíbles dimensiones, se detuvo frente a mí. Aquella aparición llegaba casi a

ocultar al Maestro, un anciano caballero, ya de por sí de buena estatura.

Nuestro huésped musitó un exasperado, aunque paciente, gemido.

«Tome asiento, querido Bob. Sírvasse un cigarro. El whisky en el armarito. Debe disculparnos un momento, íbamos justamente... ¡Ah! Éste es un amigo mío, James Cleugh. Detective-inspector Foulbrother^[227].»

Creo que eso fue lo que dijo: no pude coger totalmente el apellido. Asentí, sin moverme, hacia el inspector, quien, por toda respuesta, me obsequió, simplemente, con una mirada persistente, como de basilisco drogado, que surgía de sus ojos grises, fríos como el hielo. Entonces, se hizo a un lado, rebajando su estatura al sentarse en un sillón que estaba cerca de la ventana, pero sin el más mínimo pestañeo. En esa posición, la luz quedaba a su espalda, con lo cual, en cierta forma, su rostro no era fácil de observar. No se quitó su negro y raído sombrero hongo, su negro y espeso gabán ni siquiera sus negros guantes de lana. Y yo miraba, como hechizado, la solemne corpulencia de sus grandes botas negras.

El Maestro siguió rezongando sobre Wilamowitz y un cheque sin fondos. Pero yo no podía atenderle. Este negro invasor de nuestro retiro de estudiosos parecía un fantasma, aunque aparentaba ser tremendamente sólido, o alguna portentosa nube, lúgubre heraldo del apocalipsis, escasamente provista de esos componentes del hombre que son la carne y los huesos. ¿No habría materializado la Bestia, por casualidad, al alterar el contenido de lo que decía Pitágoras, aquella visión equívoca? ¿O es que, en aquella ocasión, había conseguido conjurar al Diablo en persona, como, con tanta frecuencia, y entre sonrisas, me había prometido que haría, para vencer «lo que me quedaba de escepticismo»? Después de todo, había llamado al individuo Bob. Robert... ¿Roberto el Diablo?^[228] Me lo preguntaba de veras. La atmósfera de aquella habitación, de continuo poco ventilada, se había convertido, en los últimos segundos asfixiante. La mismísima luz del sol comenzaba a desvanecerse. ¿Oía a azufre? De repente, sentí deseos de abrir la ventana y pedir a gritos un coche.

Pero el Maestro me libró de mis preocupaciones.

«... la misma noche había sufrido un ataque fatal», concluía, con una risa larga y genuinamente divertida. Entonces bostezó. «Pienso que algún día lo llamaremos, James, si tú me lo recuerdas. Vuelve mañana por la mañana, a las diez. Y dale recuerdos míos a esa encantadora amiga tuya.»

Nos estrechamos la mano. La suya estaba un tanto flácida. Me levanté obediente, aunque no estaba muy seguro de si no iba a intentar quedarme, para ver si el detective-inspector Foulbrother hacía honor a su nombre y estallaba en llamas, o nos contaba algunas de sus experiencias en Scotland Yard. No obstante, tuve que optar por marcharme.

«Estáte preparado, Aleister, porque mañana estaré aquí a las diez en punto.» Y, dudando, mientras miraba hacia el poco iluminado enigma que descansaba en el sillón, dije: «Adiós».

Lo mismo me hubiera dado dirigirme a una estatua. Nadie habló ni se movió. De

nuevo, nuestro huésped se hallaba mirando inocentemente al techo. Abandoné el apartamento con movimientos demasiado apresurados. A la mañana siguiente, exactamente a las diez en punto, bajé por la escalera que conducía a la puerta del semi-sótano, observando, sin que me resultara sorprendente, que las cortinas de la ventana seguían cerradas. En ocasiones, Aleister solía dormir hasta tarde.

Pero no hubo respuesta a ninguno de los tres prolongados timbrazos que di. Una posterior serie de llamadas telefónicas fue igual de improductiva. Tendrían que pasar cinco años para que el Maestro fuera nuevamente visto en Londres.

J.C. 24/IV/59

El domingo 28 de febrero de 1937, su famoso «Diente del Beso de la Serpiente», el colmillo superior izquierdo, que había hecho correr la sangre de no pocas mujeres, se le rompió en un baño turco. «¡Lástima!» Como otros hombres célebres, recibía cartas de desconocidos:

Querido Señor, le escribo porque estoy seguro de que Vd. podrá ayudarme; mi historia es la siguiente. Cuando tenía tres semanas sufrí un *shock* que me afectó tremendamente. Cuando estaba en la cuna, un pesado sombrero hongo se cayó del perchero, alcanzándome en la sien y dejándome inconsciente. El efecto de todo aquello fue que se alteró mi sistema nervioso. Hasta donde me alcanza la memoria, creo que siempre he sufrido de excesiva transpiración en manos y pies, de nerviosismo extremo y de una timidez también extrema; y cuando llegué a los catorce años, comencé a sufrir, noche y día, de excesivas pérdidas seminales. Tengo ahora treinta y cuatro años, pero no lo parezco. Los padecimientos que sufro son para mí una tremenda desventaja. Soy abrumadoramente ambicioso y poseo una tremenda voluntad de poder, que me permitió convertirme en 1928, cuando vivía en Nueva York, en miembro de la Orden Rosa Cruz de Norteamérica. Sin embargo, y debido a mi endeble condición nerviosa, me fue imposible soportar la tensión de los ejercicios, y después de dos o tres semanas, he tenido que desistir. Tengo grandes ideales y un gran deseo de hacer el bien en el mundo, por ejemplo, acabar con la trata de blancas, impedir las futuras guerras, y, por esta razón, me gustaría desarrollar mi poder psíquico, pero no lo conseguiré hasta que me haya curado de mi enfermedad nerviosa. Por eso, Señor, como usted es un mago...

Otra carta procedía de Wormword Scrubs:

Querido Señor, desde la última carta que le envié el pasado 20 de noviembre, he sido condenado a doce meses de cárcel por robo. Esta condena (la primera que cumplo) fue el resultado de haber seguido en el pasado una voluntad falsa, por lo que intento encauzar los frutos de mi desafortunada acción para lograr, mediante un enérgico esfuerzo, encontrar mi verdadera voluntad. Pero para conseguirlo, necesito urgentemente un ejemplar de *Magia. Teoría y Práctica* y consideraría un gran favor si Vd. pudiera hacerme llegar uno... Debo mencionarle que el reglamento de la prisión establece que todos los libros enviados pasen a ser propiedad de la biblioteca de la prisión, y cuando quede en libertad, *Magia* será puesto en circulación (y seguirá en ella constantemente), y le aseguro que encontrará lectores incluso entre los indispuestos a su obra, pues el hambre de lectura no es aquí una de las menores preocupaciones.

Durante sus momentos de creatividad, Crowley ideaba muchos planes para ganar dinero y aparecer nuevamente ante el público. Su Restaurante de la Magia Negra, a pesar de su habilidad para preparar los platos más exóticos, como «plato mejicano de carne, tan picante que hace llorar a los hombres fuertes», nunca llegó a abrirse; y su

intención de explotar comercialmente un juego que había inventado, llamado «Thelema», parece ser que quedó en nada.

The Cowdray Club
20 Cavendish Square, Wd.

5 de mayo de 1937

Mr. Aleister Crowley

Querido Señor:

¿Sería tan amable de informarme acerca de la manera de solicitar la admisión en su próximo Sabbath, o Misa Negra, que, presumo, será celebrado la Noche de San Juan? Le adjunto un sobre debidamente franqueado y cumplimentado para su contestación.

Suya atentísima,

Hester Robinson

No se sabe lo que contestó a esta carta, ni siquiera si lo hizo.

El proyecto más afortunado de todos fue su curso *Amrita* (25 guineas a la semana) para el rejuvenecimiento corporal y sexual. *Amrita* es, en el mundo hindú, la ambrosía de los dioses; se trata de otro nombre más del Elixir de la Vida.

Caso 28. Mujer casada, 42 años, obesa y perezosa. Amargada por su falta de atractivo. Acudió a verme en 1932. Buena paciente, a pesar de algunas recaídas. Le suministré *Amrita* después de cuatro meses y medio. Respondió admirablemente. Seis años más tarde aún sigue desenvuelta, pujante y devastadora. No aparentaría más de 35 años si no se maquillase mal.

Caso 73. Oficial del ejército, 54 años, dilatada hoja de servicios, la mayor parte transcurridos en la India. Deportes: polo y cacerías en Cachemira. Contrajo de joven la malaria, que le afectó al hígado. Insistí en que, antes de que aceptara el caso, debía probar un cambio de aires. Su salud mejoró grandemente. Resultó ser un paciente difícil y tuvo necesidad de los seis meses del curso completo. En el transcurso del séptimo mes le fueron administradas cuatro dosis. Después de la primera recuperó la virilidad, perdida hacía quince años, aunque no de manera totalmente satisfactoria. Después de la cuarta, parecía un hombre de cuarenta años, excepcionalmente fuerte. Desgraciadamente, abusó de sus energías y cayó en las garras de una mujer de malas costumbres, que le hizo beber en exceso.

En mayo de 1936, Bertha van Brunt, de Los Ángeles, le escribió la siguiente carta:

Querido Mr. Crowley:

Estoy segura de que debió de sentirse muy sorprendido al recibir mi telegrama. Antes de contarle mis dificultades quiero que sepa que me sentí encantada al enterarme de que ya había regresado a Londres, totalmente recuperado del largo asedio de la enfermedad que le ha mantenido en el sur, alejado tanto tiempo de las nieblas londinenses.

Le voy a exponer algunos datos de experiencias recientes, y le agradecería mucho que me diera su opinión al respecto. El motivo de escribirle a usted es porque, antes de haber tenido una experiencia en el plano físico, llegué a verle en una visión. Yo me encontraba en un lugar sombrío, echada en el suelo, y en compañía de un hindú, el único que, en palabras tuyas, podía conseguir que «estuviera dando vueltas hasta perder la razón»; pero poco me faltó para perder no sólo la razón, sino la vida. Él estaba metiendo dentro de un maletín negro un montón de porquerías, que me entregó. Me pareció que algo se movía en su interior... lo abrí y salió un gato negro: grande, aún caliente, descabezado y lleno de sangre; le habían arrancado la cabeza *de cuajo*.

Mientras veía todo aquello, teniendo la impresión de ser dos personas, usted vino corriendo hacia mí, seguido de varias figuras con aspecto de sombra, algo de lo que usted carecía. Parecía como si debajo de su cuerpo hubieran colocado una lámpara. No vi nada, pero presentí que se estaba haciendo cargo de la desesperada situación.

Por aquel tiempo, hace, aproximadamente, dos años, tuve esta visión: un disco negro, de unos tres pies de diámetro, me golpeaba en la cabeza, girando a tremenda velocidad. Entonces tenía lugar en su interior un

terremoto.

Por entonces, me estaba atendiendo un médico que también era ocultista y Adventista del Séptimo Día. Sin previo aviso, quedé inconsciente, y el Adventista del Séptimo Día me ingresó en un sanatorio: se nombró a sí mismo mi guardián, se apoderó de mi caja de seguridad y me costó más de 2.000 dólares poder escapar de sus garras. Contaba con la ayuda de una mujer, miembro de número de la Sociedad Teosófica y masona de grado 32. Durante varias semanas estuve totalmente inconsciente, y se dijo que había sido envenenada.

El 13 de enero de 1936, vi, en sueños, cómo nacía una estrella. El 12 de febrero de 1936, vi cómo me era arrebatado un niño, de unos 12 años de edad, por un joven que se lo entregaba a alguien a quien no podía ver, y que insistía en que le entregara un cincel que no tenía. Después de eso, algo comenzó a moverse dentro de mí, llegando, primero a los pies y después al plexo solar, para subir, más tarde, hacia la cabeza, donde se produjo un ruido de remolino y de *machucamiento* que no pude detener.

Naturalmente, estaba aterrada; pensé en vampiros, en el morador (del umbral), en Kundalini, en magos negros. Pregunté al hindú, y lo primero que dijo es que había algo *muy* malo; después dijo que se trataba de una obsesión producida por una entidad malvada, más tarde que era el subconsciente, y, finalmente, que sólo era un desarreglo de tipo físico que de ninguna manera tenía importancia anímica o espiritual.

Es sorprendente que, con todos nuestros iniciados a su propio aire, adeptos, maestros, chelas, etc., nadie en Los Ángeles sepa qué es lo que [me] pasa.

Por favor, ¿podría darme alguna luz sobre este asunto, aunque no se trate de una cosa agradable?

La Bestia la urgió a que se pusiera, «sin reservas», en manos de su colega mágico, W. T. Smith, que vivía en su misma ciudad.

Nada más despertarse, Crowley lanzaba los bastoncillos para saber lo que le esperaba durante las próximas veinticuatro horas. Su devoción hacia esta voz de la sabiduría, al igual que la fe en la voz que le dictara el *Liber Legis*, le exime, un poco, al menos, de la indignidad de su sórdido comportamiento con las mujeres. Éste era el aspecto de su personalidad que hacía que acudieran a él amigos y seguidores; Crowley es el último vástago del linaje de los magos de Occidente, raza que tiene en Fausto su adalid y figura más conocida.

En 1935, los nazis prohibieron la A.'.A.'. , la O.T.O. y otras órdenes ocultas. El hermano Saturnus fue detenido y conducido a un campo de concentración. A Martha Küntzel, para su desaliento, pues amaba a Hitler tanto como a Crowley, le fue confiscado todo el material que poseía. Según ella, los dos dirigentes, uno de una nación, el otro de una orden mística, se hallaban trabajando por el mismo empeño: el establecimiento de un nuevo orden mundial basado en la verdadera voluntad. En 1925, Crowley le había dicho a Martha Küntzel que la nación que fuese la primera en adoptar el *Liber Legis* sería la que dirigiría los destinos del mundo. Según la Bestia, Martha Küntzel pensó que el entonces insignificante Adolf Hitler, que había recibido una patada en el trasero después de su fallido *putsch* de Munich, en 1923, era el hombre que salvaría a Alemania; así pues, le envió, siempre según Crowley, un ejemplar de la traducción al alemán que había hecho del *Liber Legis*. A sus ojos, el Maestro Thérion era el profeta del nacionalsocialismo. Esto es un contrasentido. Y la declaración de Crowley de que el Hitler que se había hecho con el poder era «El Hijo Mágico» de Martha Küntzel, otro disparate. Es poco probable que la casi anciana Fräulein Küntzel llegara a tener algún contacto con Hitler; en cualquier caso, éste no necesitaba ninguna sugerencia de la filosofía de Crowley del Haz lo que Quieras. La Bestia no se interesaba en la política y, aunque hubiera vivido en Alemania del 3 de

agosto de 1930 al 22 de junio de 1932, aparte del poco tiempo que estuvo en Portugal, no prestó la menor atención a los graves acontecimientos que estaban sucediendo a su alrededor. Sólo una breve anotación de su diario contradice lo dicho: «18 de octubre de 1930. Escribí a J. F. C. Fuller re[specto] a A. Hitler». Desgraciadamente, no nos ha sido posible consultar la carta, por lo que no conocemos los puntos de vista de Crowley acerca de Hitler dos años antes de que fuera elegido canciller.

Crowley mantuvo con Martha Küntzel una correspondencia regular sobre asuntos mágicos y sobre la O.T.O. Según iba acercándose la guerra, se dio cuenta de que algunas de sus observaciones de índole política no eran enteramente de su agrado. En septiembre de 1938, escribe en su diario: «I.W.E. enfurecida contra los checos: esta gente [los alemanes] están realmente locos». Y, en su última carta a Martha Küntzel, justamente antes del estallido de la guerra, se había revelado como un patriota, al decirle a la hermana I.W.E. que Gran Bretaña le «ganaría a Hitler por puntos». Ella no le contestó. Murió, al parecer, «de edad avanzada», en diciembre de 1941, cuando Hitler era el dueño de Europa. «Considerando las circunstancias, creo que los cofrades alemanes se las han arreglado bastante bien para dejar que las cosas discurriesen del modo en que lo han hecho», escribe Crowley en marzo de 1946.

El 8 de noviembre de 1935, Karl Germer escribe desde Amberes, Bélgica, a Max Schneider, un hermano americano de la Orden:

Cuando la Gestapo se puso a investigar las sociedades secretas, no fue a Traenker a quien detuvieron, sino a mí, en cuanto descubrieron mis relaciones personales con Crowley. Y porque creían que los secretos de la O.T.O. eran de suprema importancia para la política.

Desde siempre, los nazis han sospechado de la existencia de alguna organización secreta que detenta una especie de poder misterioso y que rige los asuntos del planeta. Pensaron que la Francmasonería podría suministrarles alguna pista, y todas las logias de Alemania fueron sometidas a la supervisión más estricta. La correspondencia de las logias (al igual que la correspondencia privada de sus altos cargos) fue inspeccionada durante casi un año, en una operación controlada por un departamento especial de la Gestapo. Los teléfonos destinados al uso de altos cargos masónicos ya venían contruidos con un tipo especial de micrófono, que permitía al correspondiente departamento de la Gestapo oír claramente las conversaciones privadas, aunque uno estuviese muy alejado de la habitación en que se encontraba el teléfono, y sin necesidad de descolgar el auricular. Todas las llamadas telefónicas eran registradas. Finalmente, detuvieron a los Grandes Maestres y a otros masones prominentes y los mantuvieron —en algunos casos sin sus esposas— en confinamiento, hasta que las logias alemanas se disolvieron «voluntariamente», en julio de 1935. De esta manera, la Gestapo comprobó que detrás de la Francmasonería había otra corporación que detentaba un poder real.

Y yo fui el elegido para suministrarles la información requerida. Me vi sometido a los trabajos más severos y a tratamientos de tercer grado para obligarme a revelar los secretos. Al final, sería enviado al terrible campo de concentración de Esterwegen, con la consigna de quebrar mi voluntad y de tratarme con particular brutalidad, por «negarme obstinadamente a revelar la verdad».

Después de diez meses en el referido campo, el hermano Saturnus fue puesto en libertad: según dijo, había sido ayudado durante la dura prueba por su Santo Ángel de la Guarda.

Hitler llegó al poder en enero de 1933; inmediatamente, los ocultistas alemanes tuvieron que enfrentarse con un mar de dificultades. La Thelema Verlag, que había conseguido sacar algunos escritos más de la Bestia, dejó de publicar. Crowley, que

había regresado a Gran Bretaña, no podía esperar más ayuda financiera de Karl Germer, a quien había «desangrado», ni de ningún otro miembro de la rama alemana de su confraternidad que le fuese fiel. Y Yorke se había ido, o estaba a punto de hacerlo, a China, por espacio de dos o tres años. No teniendo recursos propios, además de las 80 libras anuales, o algo así, que recibía del fondo que administraba sus bienes, recurrió a la rama norteamericana de la O.T.O. en busca de ayuda. Es decir, escribió a Wilfred T. Smith que intentaba mantener no sólo la Orden, sino su propia imaginación, con vida. Las cartas entre ambos dirigentes ponen de manifiesto los apuros de Crowley por aquel tiempo:

A.C. a W.T.S. 22 de abril de 1933:

Estoy seguro de que tu gente no tiene ni idea de las estrecheces por las que estoy pasando. Durante los últimos nueve meses, al menos una docena de veces no he sabido el momento en que volvería a tener de nuevo una cama para dormir o algo que comer. La verdad es que, aunque los dioses siempre acuden en el último momento, me veo despojado de todo lo que tengo, a excepción de la ropa que llevo puesta y de una muda.

Ahora que ya sois cuarenta y cinco personas para la Misa [Gnóstica], podríais recaudar la cantidad suficiente de dinero para la creación de un fondo que os permita construir un templo para vosotros, y para ayudarme a ayudarlos. Podría hacer un montón de cosas en este sentido si este verano me encontrase en California.

W.T.S. a A.C. 23 de junio de 1933:

Serás cordialmente recibido por todos si vienes este verano, pero esto es todo lo que puedo decirte por ahora; pues no veo la manera de conseguir el dinero suficiente para el viaje. Habiéndome encontrado dos veces, a lo largo de mi vida, sin nada de dinero, sé por lo que has pasado, aunque, en tu caso, el sufrimiento se vea probablemente intensificado por todas las cosas que tu experiencia te ha hecho conocer, lo que no ha sido mi caso. Lo siento, pero no puedo ayudarte porque tengo que conseguir que esto siga en marcha.

W.T.S. a A.C. 3 de julio de 1933:

Gran expectación ante tu llegada del 9 de octubre, tres días antes de tu cumpleaños, y espero que puedas quedarte más de dos meses. Una aclaración respecto al pasaje: 90 dólares en el barco para Nueva York, clase única, y 95 en el que llega a Los Ángeles, vía Panamá, en segunda clase. Iremos a esperarte a este último.

A.C. a W.T.S. 9 de julio de 1933:

Contesto a tu carta del 23 de junio. ¡Vaya un chasco! Me hablabas de 80 e, incluso, de 100 personas para la Misa; y ahora se trata de 17 menos 6 = ¡11! Y tú no pareces tener ni idea de la técnica que permite sacar dinero para una causa. No veo ninguna probabilidad de reunirme contigo, en octubre o en ningún otro momento, a menos que consigas el dinero. Olvidas el punto de que si lo consigues abres paso a la expectación... «¿Qué estamos haciendo para que nuestro dinero sirva para algo?» y se van todos a decir a sus amigos lo buenos que son y los sacrificios que han hecho, y qué maravilloso es todo eso... y, entonces, yo llego y digo: «¡Cristo!, ¡vaya rebaño de zopencos!», y todos gritan: «¡Maestro! ¡Maestro!», y el orbe queda circundado por el Mensaje.

¡Estoy cansado!

W.T.S. a A.C. (sin fecha, pero de julio de 1933):

Sir Aleister Crowley, Care Frater:

Haz lo que quieras será toda la Ley.

¡Cristo! Eres como un niño y como Regina [la amante de Smith], Te ruego que me atiendas, puedo escribir cartas inseguras, en lo que se refiere a la ortografía y al estilo literario, pero no tergiverso ni exagero nada; yo nunca dije, ni lo pretendía, que 80 o 100 personas estaban esperando la Misa. Simplemente dije que tenía dos asuntos de índole social que se referían a ese número.

El templo del ático es, como mucho, de 36 por 12 pies y, si el suelo pudiese soportar su peso, no podría albergar a más de treinta personas. No acostumbro a tener el culo pegado todo el día a la silla, sino que me voy de casa a las 8:00 de la mañana y regreso a las 5:30 de la tarde, a no ser que me toque quedarme en la oficina hasta las 10 de la noche, como me ocurrió, en dos ocasiones, la semana pasada. En mis ratos libres, cuando no he quedado agotado, intento establecer contactos sociales, con la esperanza de que puedan llegar a ser de algún valor en los Estados Unidos.

Tres son los templos que llevo contruidos en este continente. No hay nada de ellos que no conozca y puedo asegurar que cualquier aparejador los habría contruido igual si yo hubiera podido pagar sus servicios. La cuestión es que no podía... No, yo no tengo mucha habilidad para sustraer el dinero de los zopencos, lo que es una lástima. Cuando te daba a entender que podríamos tenerte con nosotros en octubre, pensaba que podría hacerlo, pero si necesitas 1.000 dólares para un viaje que, me supongo, sólo debe costar unos 250, entonces no veo la manera de conseguirlo. Sin embargo, aunque no consigas llegar, seguiremos adelante con la Misa. Yo no tengo nada para vender, aparte de mí mismo; lo que intento vender es a Tò Méga Thérion y a A. Crowley. Estoy totalmente enterado de que soy un mal vendedor, pero quizá

puedo mejorar algo después de haber estado con un vendedor mucho mejor.

La siguiente carta la escribe Regina Kahl, la amante de Smith, a Crowley el 13 de agosto de 1933:

Querido 666:

Si hay una cosa que odio en esta era de comercialismo y masificación es ese complejo de culpa, ¡y me importa un bledo quién sea el que lo manifieste..., no le librará de ser un mierda! Entre los miembros de la confraternidad de la Casa de Thelema, en Los Ángeles, no hay sino lealtad hacia nuestro dirigente local y devoción hacia el Maestro Thérion... pero cuando él lanza la gran idea de que nos pasamos todo el día con el culo pegado al asiento, sin hacer nada, se confunde y, voy a decirlo en mi mejor *slang* americano, «¡y cómo!».

Personalmente, y para Leota, Jake [Jacobi] y Wilfred [Smith], en especial, y para los demás, todos hacemos lo que podemos para conseguir llevar lo que consideramos la mayor obra de esta era, realizada por el genio más grande, a la masa del pueblo que sufre porque necesita una nueva ética, una nueva moralidad, valores sanos y una perspectiva espiritual. Y esto no se hace de un día para otro gracias a una campaña de publicidad. Rezo a Dios para que podamos tenerte pronto con nosotros, pues estoy segura de que el tiempo es propicio y todavía me gustaría sacarte el diablo fuera del cuerpo y hacer uso de un látigo en cuanto te vea. Tras esto, expúlsame si quieres de la Orden, pero siempre me encontrarás en la cola de la cometa de la A.'A.'..

Esta carta no era de las que gustaban a la Bestia, a pesar de la aduladora descripción que de él hacía. Al momento, Crowley se puso su máscara de «caballero inglés» y, el 29 de agosto de 1933, escribió una carta al amante de Regina, W.T. Smith, en la que le decía lo siguiente:

La carta de Regina está mal escrita y sobrecargada de palabras malsonantes. No puedo acusar recibo de semejante cosa.

L. Sprague de Camp^[229], de Wallingford, Pennsylvania, U.S.A., en una carta que me envió el 5 de agosto 1952 me dio una descripción de la habitación mágica, o templo, de que Smith disponía en un ático:

Por lo que sé, la idea de Mr. Smith se basaba en que el mundo estaba gobernado por los extrovertidos, por lo que él proponía que los introvertidos debían organizarse para arrebatarlo a los extrovertidos. El culto tenía lugar en el ático de la mansión de un magnate, al que se accedía mediante una escalera y una trampilla. Cuando ya estaba uno en su interior, una sacerdotisa vestida con gasas [¿Regina Kahl?] salía de un ataúd y realizaba ritos místicos...; todo era insulso y respetable, más bien aburrido, a menos que uno tome en serio las elaboradas blasfemias que tenían lugar durante el culto.

Después de ser puesto en libertad del campo de Esterwegen, Germer no tardaría en abandonar Alemania; se encontraba en Bélgica en el momento del estallido de la guerra. Las autoridades belgas le detuvieron a causa de su nacionalidad alemana y lo deportaron a Francia, donde fue internado, hasta su liberación en 1941. Finalmente, conseguiría un camarote en un barco que se dirigía a los Estados Unidos. Su mujer, Cora, moriría el 13 de julio de 1942. El 23 de septiembre de aquel año, se casaría con la que sería su tercera mujer, Sasha.

La Bestia no hacía sino mudarse de un alojamiento amueblado a otro e, invariablemente, era conminado por los caseros a abandonarlos; como inquilino, no

hacía más que dejar deudas. En julio de 1936, lo encontramos viviendo en el número 59 de Great Ormond Street, WC1; al año siguiente, en el 66 de Redcliffe Gardens, Earl's Court SW10; en 1938, en el 24 de Chester Row, SW1, una calle de moda en una zona de moda. Durante aquel mismo año, una de sus caseras, la del apartamento de Manor Place, una tal Miss C. Stanton, escribió lo siguiente a Gerald Yorke:

Estimado Señor,

La semana pasada escribí a Mr. G. C. Jones sobre una deuda que Mr. Crowley, cuando vivió aquí, dejó que fuera en aumento, mientras no me daba sino falsas promesas. Tengo notas tuyas que lo confirman. El total de su deuda asciende a 43 libras. Me fue recomendado, al tiempo que se me decía que era de buena familia, con buenas rentas y un caballero honorable, ya que, de otra manera, no hubiera permitido que la deuda hubiese ascendido a tanto, pues soy una mujer que ha cumplido 67 años y vive de sus ingresos. Él me dijo que esperaba recibir 300 libras, y también un pico entre 172 y 192 libras. Yo no dejé de insistirle en la cuestión todas las semanas, hablándole de mi posición y de cómo tenía que hacer frente a mis necesidades. Fundamentalmente, lo que yo quería era saber cuándo iban a hacerse realidad sus promesas. Y todas las veces me decía que no me preocupase, que me lo pagaría todo, además de alguna gratificación por mi gentileza y paciencia. Yo nunca quise otra cosa que no fuese lo que se me debía. Comenzó a llevarse, a hurtadillas, sus ropas y otras cosas y, por casualidad, le oí dar instrucciones para que se llevaran sus pinturas, etc. el 18 de junio. Entonces me decidí a avisar a la policía (el único remedio que me queda ante tales circunstancias).

Yorke contestó a Miss Stanton que Aleister Crowley, su inquilino que se había ido de hurtadillas, dejándole a deber una cuantiosa suma de dinero —43 libras era mucho dinero por aquellos días— había sido declarado insolvente, por lo que mejor haría consultando con la policía local.

La Bestia, que mientras tanto se había ido al 6 de Harker Street, en Chelsea, dio a Gerald esta versión de la historia: «Miss Stanton jugó conmigo a un juego de lo más sucio. Su rapacidad acabó abrumándola; fue pagada y eso es todo».

«Un nombre funesto, que al principio resulta inconveniente, arroja en los días de la vejez cierto esplendor», escribió el aforista Logan Pearsall Smith. Y así le ocurrió a Aleister Crowley. La atracción del mal. Crowley pudo contar entre sus amigos con lady Aberconway y lord Tredegar, y entre sus conocidos, con Madame Wellington Koo, esposa del Embajador de China. En una cena celebrada por los años treinta, cuando se suscitó la cuestión del *college* en el que debía ingresar la hija de la anfitriona, al llegarle el turno a Crowley, éste dijo, de manera un tanto adusta: «Yo la enviaría a Radclyffe Hall». No se trataba de la denominación de ningún célebre establecimiento universitario, sino del apellido de la autora, lesbiana por más señas, de la novela *The Well of Loneliness*, obra que había sido anatematizada por su indecencia, y que había merecido, por ello, una excesiva publicidad.

A Christina Foyle, anfitriona de los *Foyle's Literary Luncheon*, le pareció apropiado invitar a Aleister Crowley, en calidad de asistente de honor, al encuentro que iba a tener lugar el 15 de septiembre de 1932. El objeto de estas reuniones, que se celebraban anualmente, no era otro que «la asistencia de coleccionistas de libros y lectores, que podrían conversar, sin las dificultades que supone establecer con anterioridad un contacto previo, con aquellos autores que les eran conocidos a través de sus obras». Los maestros de ceremonias en reuniones anteriores, celebradas en el

Grosvenor Hotel, de Park Lane, habían sido personalidades distinguidas en las artes, las ciencias y la política, como el decano Inge, autoridad en Plotino, el profesor Julián Huxley, Mr. Osbert Sitwell, Mr. Charles Morgan, Lord David Cecil, Sir Norman Angel y Miss Ellen Wilkinson, MP.

Esto fue lo que la Bestia escribió al conocidísimo actor Ernest Thesiger:

Querido Thesiger:

¿Qué tal, después de tantos años? Los de Foyle quieren que recites mi «Himno a Pan», en lugar del «Gracias» con el que usualmente se abre el encuentro. ¿Querrás? Si así es, por favor, telefonéame mañana por la mañana pronto, o si no, a casa de Foyle, a la hora que sea, para ponernos de acuerdo en los detalles.

Siempre tuyo,

Aleister Crowley

Aquel día, la Bestia tuvo un éxito tremendo... «¡Hice un buen discurso!», escribió en su diario, y todos los invitados estuvieron encantados de conocer a un inglés tan distinguido y de oír sus divertidas observaciones acerca de la Magi(k)a.

Lady Frieda Harris, esposa del baronet Sir Percy Harris, jefe de la sección disciplinaria del Partido Liberal, era otra de sus amigas, de la que recibió, en sus últimos y terribles años, muchísima ternura y el estipendio regular de 2 libras semanales, suma pequeña, pero no insignificante en aquellos días. Su nombre aparece por primera vez en el diario de la Bestia durante el verano de 1937: «13 de agosto de 1937. Excelente comida con Frieda. Excelente cena con Tom Driberg». Y en la entrada correspondiente al 11 de noviembre del mismo año: «Frieda Harris, Morton House, The Malí, Chiswick». Y el 3 de mayo de 1938 escribe triunfalmente: «Frieda a las 4. Ahora ya es, definitivamente, una alumna». Una semana más tarde: «Sus visiones son notablemente buenas. Está de acuerdo en afiliarse a la O.T.O.». Ella le entregó diez guineas recibiendo, a cambio, el nombre mágico de *Tzaba*, «Huestes», que tiene asociado el número 93, el número de la corriente thelémica hacia la cual se dirigía. Pero, al poco tiempo, aparece una nota de queja respecto a ella en el diario de la Bestia: «Frieda me regañó por el importe de la cena. Terriblemente deprimido: tiempo infame. Driberg inaccesible». Le pidió a Frieda 200 libras, pero ella le daría largas, con la excusa de que primero tenía que contar con el permiso de Percy. Sin embargo, le entregó 2 libras, «prometiéndole otras 8».

3 de diciembre de 1938. Peg nuevamente a cenar. Horas y horas de *cunnilingus*. Realmente, ella es más bien una marranada húmeda.

4 de diciembre. Comida con Sir Percy Harris.

22 de diciembre. ¿Por qué las mujeres se sentirán agraviadas al alabar su manera de joder? ¿Qué será, entonces, lo que habrá que alabar?

26 de marzo de 1939. Peggy desagradablemente borracha de nuevo. Afortunadamente, yo no estaba allí.

30 de marzo. ¿Qué he de hacer con Peggy? 24 *Fu*. Darle a Peggy una zurra bastante fuerte.

Esto es típico del uso que Crowley hacía del *Yi King*. Obtiene el hexagrama 24: *Fu*, «regreso». «El principio de la luz regresa: por esto el hexagrama aconseja dejar atrás la confusión de las cosas exteriores regresando a la luz interior de uno mismo.

Pues allí, en las profundidades del alma, podrá divisarse al Divino, al Único.» No hay nada en el *Yi King* que hable de «zurrar», que es una palabra del Crowley en estado puro, o de Thelema: «Los esclavos deberán servir», etc.

2 de abril de 1939. Peggy encantadora todo el día y turbulenta toda la noche. ¿Hasta cuándo cree que voy a aguantarlo?

4 de abril. Peggy más ultrajante que nunca. Espero que esto sea el fin.

12 de abril. Fui a ver a Peggy, 8:45. Parecía muy enferma, pero ahora está mejor. La llevé a comer a The White Tower (en el Soho). Tranquilidad por la tarde. Peggy totalmente racional y magnífica hasta las 6:30. Después, llamaron por teléfono y a las 11:15 el desvarío. «Volveré en cinco minutos, etc.», para acabar con amenazas de suicidio.

15 de abril. Peggy enloquecida, sobre todo, por teléfono, «3/4 de hora hablando». Ø Catherine, «deseo y el poder del deseo».

17 de abril. Peggy llamó por teléfono y desvarió hablando de Pam. Es una vergüenza. Pero no hay esperanza.

El 18 de julio de 1939, la Bestia escribió en su diario: «1 en punto, Morton House, “Fraternidad del Pudding con pasas”. Un plato realmente muy original y una reunión agradable». Una anotación misteriosa, que me fue aclarada por Gerald Hamilton, uno de los invitados:

«En la mesa del comedor había un pudding con pasas, “¡Vaya! Así que comenzamos con la dulzura propia de los chinos”, me dije, y probé un poco. Al serme ofrecido más lo rechacé: “No quiero. Yo he venido para otros asuntos”. Y Frieda me preguntó: “¿Pero cuáles pueden ser esos asuntos? Sólo has sido invitado a probar un pudding con pasas y nada más”.»

Y al parecer, aquello no le hizo mucha gracia a Hamilton.

Le pregunté a Frieda cómo fue capaz de mantenerse tanto tiempo fiel a Percy, su marido, ya que era un hombre completamente decente, pero más bien obtuso. Me dijo, rápidamente y en voz baja, que había tenido un amante. Y cuando éste murió, llenó el vacío que había dejado con Aleister Crowley. No fue la amante de este último, sino la «artista ejecutante» de su última obra capital, *El Libro de Thoth*, que aparecería en 1944, ya que ella fue quien lo ilustró, admirablemente, con los naipes de un artístico y mágic(k)o tarot. También actuó como su tesorera, correo y acompañante. Ambos formaban una extraordinaria pareja: él con sus enseñanzas ocultas y los presentimientos de las espantosas cosas que iban a ocurrir (tal y como habían sido predichas en el *Liber Legis*); ella, con su nariz que me recordaba el pico de un loro, sus saltones ojos azules, y sus puntos de vista poco convencionales. Frieda había jugado un papel pasivo en lo referente a las actividades de su marido en el Partido Liberal, y cuando éste comenzó su declive, ella se sumió en un aburrimiento que sólo la Bestia 666 conseguiría remediar.

«EL LIBRO DE THOTH»

«A mediodía se ha declarado la guerra», escribió la Bestia en su diario el 3 de septiembre de 1939. Pero la ignoró y buscó, en vano, por las calles y las casas públicas de Londres, una Mujer Escarlata, o simplemente una mujer, cualquier mujer, con la que poder realizar los misterios. «*Shikar* infructuoso; tarde larga y tediosa.» El 16 de octubre cambiaría su suerte: conoce en Highgate a Alice Upham, con la que comienza, aunque no por culpa de ella, una larga e insatisfactoria relación. Al día siguiente hace en su diario esta curiosa anotación:

Han dado la noticia de la muerte de Hitler, a causa de un empacho de frambuesas.

En diciembre de 1939 la Bestia se alojaba en el 66 de Redcliffe Gardens, SW10. En enero de 1940 se mudó al 57 de Petersham Road, en Richmond. Tenía un amigo en el ambiente literario al que veía regularmente por aquel tiempo, Charles Richard Cammell, uno de los editores de la revista *The Connoisseur*. En 1931, Cammell había conocido a Víctor Neuburg: cada uno admiró los poemas del otro, con lo que al cabo de poco tiempo se hicieron buenos amigos; pero cuando Cammell conoció a Aleister Crowley en 1936, y comenzó a verle con cierta frecuencia, Neuburg dejó de llamarle por teléfono.

«Siempre que teníamos un rato libre en casa, acostumbábamos a charlar por teléfono», escribe Cammell refiriéndose a su nuevo amigo. «Cuando le llamaba por teléfono, solía contestarme una voz agradable y un tanto musical... una voz de dulzura poco corriente, con una encantadora entonación. Solíamos intercambiar algunas palabras, antes de que ella avisara a Aleister. “Me gustaría que conocieras a mi nueva chica”, me dijo, y añadió: “Te gustará”.» Por aquel tiempo, el verano de 1940, Cammell pertenecía a la Defensa Civil y trabajaba en el Centro de Informaciones de Richmond:

Había un largo trecho desde el Centro de Informaciones hasta Petersham Road, y cuando llegué a la casa ya estaba anocheciendo. Toqué el timbre. Un minuto después oí tenues pasos que bajaban por la escalera. Una vez abierta la puerta, entré en la casa y la puerta se cerró tras de mí. Por aquel tiempo, no se encendía ninguna luz después del «apagón», hasta que no estuvieran cerradas puertas y ventanas. La entrada se mantuvo en tinieblas hasta que no se dio la luz. Durante los últimos cuatro años, había conocido a A.C. en todo tipo de moradas... en Bloomsbury, en Chelsea, en Kensington y en Richmond, y estaba acostumbrado a encontrármelo con todo tipo de damas, y con algunas que no lo eran, las cuales, en un continuo aunque cambiante flujo, compartían con él casa y hogar. Nada ni nadie relacionado con Crowley había conseguido sorprenderme... hasta aquella noche, justo en el momento en que se dio la luz. La muchacha que estaba frente a mí, sonriendo con unos grandes labios rojos y unos dientes blanquísimos... ¡era negra! ¡Ah, vaya mujer! Una auténtica muñeca con una maraña de rizos oscuros, ojos de azabache y diamante, y una figura tan grácil y flexible como la de una gacela, pero mucho más ondulante, con una cintura tan estrecha que podía ser abarcada por un hombre con sus dos manos: y sus torneados brazos se hallaban adornados de brazaletes de oro... El imperio de aquella morena hurí no fue de larga duración; y, según lo que ella había dispuesto, el poeta abandonó sus aposentos y se mudó a otros, más placenteros,

situados en una primera planta de una casa como salida de un cuadro, en Queen Anne on the Green, muy cerca de mi nuevo apartamento. Así pues, nos convertimos en vecinos, y con frecuencia nos hacíamos mutua compañía.

La «hurí morena» se llamaba Phyllis; la Bestia y ella invertían su tiempo, a partes iguales, en discutir y en hacer el amor. «El pobre cebú se ha intoxicado con mentiras», escribió acerca de ella en su diario. «Se sintió realmente turbada cuando le hice notar que su principal encanto estaba en su almizclado olor a negra.» Dos semanas más tarde, escribía estas aciagas palabras: «¡Phyllis ha desaparecido!». No la volvería a ver nunca más.

Practicó con Alice el *cunnilingus* y la *fellatio*; y también la masturbó:

1 de agosto de 1940. Estuvo Alice. Siento una seria y freudiana renuencia a hacer cualquier cosa (muy cansado después del té). Pero la masturbé por consideraciones de índole humanitaria.

El bombardeo de Londres hizo que el 25 de septiembre de 1940 se fuera a Torquay, Devon. Llegó a la 1:16 a.m. y se fue al Grand Hotel, cuya comida describió como «excelente... más allá de cualquier elogio; precios astronómicos». Al día siguiente, comenzó a buscar alojamiento a precios menos astronómicos. «He caminado, por lo menos, cuatro millas subiendo escaleras y colinas: nada de asma. Apartamento en Norfolk Lodge, Middle Warberry Road, me parece ideal para mis necesidades: esta noche sabré si puedo disponer de él.» También escribe que «James Douglas, el chantajista, ha muerto».

Enseñó el bosquejo del *Libro de Thoth*, en el que seguía trabajando, a «dos grupos de personas de las que estaban en el hotel... en uno de ellos conocían muy bien a G. F. Kelly & C.; Mrs. Walker telefoneó, aceptando mi oferta». Comenzaba a pensar que los Jefes Secretos habían dirigido sus pasos hasta Norfolk Lodge. El 28 de septiembre, alquiló el apartamento desde el 1 de octubre hasta el 31 de marzo de 1941, firmando el contrato y pagando la suma de 7 libras y 10 chelines. Le envió un telegrama a Frieda, pidiéndole dinero, al que le siguió una cana. También escribió a Pearl Brooksmith y a Alice Upham. Y, el 29 de septiembre, escribió a Cammell:

Cher ami, guiado por la sabiduría celestial he venido hasta aquí. ¡He descubierto que en este lugar puedo caminar seis millas subiendo colinas y largos tramos de escaleras sin sentir ninguna molestia! Mi propia sabiduría me dice que me quede en él. La rama celestial del negocio me echa nuevamente una mano, brindándome un perfecto puerto para el invierno. Perdida entre colinas, una habitación hecha para el estudio da a un jardín que ofrece una perspectiva de ilimitada belleza...

El 1 de octubre de 1940, dejó el Grand Hotel sin pagar la cuenta. «Paul, gerente del hotel, muy amable, dejó que me fuera.» Su nueva casera, Mrs. Walker, «hizo todo tipo de arreglos para que me encontrase más cómodo». El 2 de octubre, después de «una noche de lo más tranquila» volvió al Grand Hotel para comer. Cualquiera habría pendo que no sería capaz de volver. El 5 de octubre, sábado, recibió una carta de Gerald Hamilton y, nuevamente, «en contra de cualquier juicio razonable» se fue a

comer al Grand Hotel. No mencionó ningún incidente desagradable que pudiera haberle sucedido; parece que, en aquella ocasión, simplemente encontró que la comida no estaba en su punto. Frieda le envió cinco libras; y, del abogado Dennes, recibió 3 libras, 10 chelines y 9 peniques, que eran los intereses de su capital.

El 7 de octubre escribe: «Caza por la tarde». Ahora que se había asentado en Torquay, volvía a preocuparse de las mujeres eran parte esencial de la Gran Obra. Al día siguiente, escribe con un amargo estado de ánimo: «Karen no llamó. Mrs. Martin no vino, ¡maldita sea! ¡No hay coños a la vista!». Karen de Beaufort, una joven contrahecha, era amiga de Gerald Hamilton: Crowley la había conocido en el Grand Hotel el 5 de octubre. Mrs. Martin era, presumiblemente, una mujer que trabajaba de secretaria. Al día siguiente, miércoles 9 de octubre: «Nervios a flor de piel por falta de coño». Salió a escudriñar los pubs y las aceras: «Larga caza... ni un coño». Tenía sesenta y cinco años, exceso de peso, y falta de aliento y de dinero, y sus ojos eran ansiosos y penetrantes... lo que no resultaba precisamente atractivo para una mujer solitaria. El día 12 volvió nuevamente a practicar el *Shikar*, es decir, la caza, y pudo cosechar el éxito: «Kitty Rigge, camarera de Hastings. La llevé a cenar y la masturbé». Y al día siguiente: «Kitty a comer. Claramente perdió el color ante la idea de que tendría que procurarse el placer por sí misma». La relación se desmoronó y nuevamente tuvo que ir de caza, pero «el *Shikar* [se revelaría] infructuoso». Se quejaba de una tremenda diarrea, y de una violenta punzada reumática en la articulación de la cadera derecha. También de asma. El día 16 fue bastante húmedo; el asma iba «bastante mal. Probé con una dosis extra de heroína. Largo paseo por la ciudad: maravillosas vistas a lo largo del camino. No podía respirar, por lo que abandoné el *Shikar* y regresé a casa a escribir unas cartas».

20 de octubre. Llamó Sykes Ives: aburrido, prolijo y flatulento, como siempre. Escribí varias cartas, bastante largas. Paseé, leí artículos, cociné... gran éxito con el cordero asado y las *pommes lyonnaises*. *Shikar* pasado por agua. Exploré el Imperial Hotel e hice progresos con una camarera de Clapham.

Al día siguiente ocurrió lo mismo: fue de compras y a cazar mujeres; comió en el Grand Hotel, en donde habló con Ives, y por la noche salió de nuevo a cazar: «*Shikar* por la noche: parece totalmente fútil. Trabajé con el tarot, especialmente con La Balanza. Me excité tanto que me puse enfermo». Y, al día siguiente: «*Shikar* fútil. Lunch en el Grand».

Un taxista cordial le recomendó que fuera al Belgravia Club, de Hatfield Road. Dos días más tarde se dirigió a aquel lugar, pero sin éxito. Siguió animándose con la heroína, trabajando en su libro sobre el tarot, y practicó el arte epistolar; pero se sintió cansado, tanto que no tuvo fuerzas para extraer de su bolsa de terciopelo los seis bastoncillos planos, de color ambarino, del *Yi King*, en una de cuyas caras había marcado una línea continua y en la otra una discontinua, y que le permitían observar cuál de los 64 hexagramas se obtenía al cogerlos al azar. Utilizaba para su consulta la traducción de Legge, que constituía el volumen XVI de la colección *The Sacred*

Books of the East, cuya segunda edición databa de 1899. Sus anotaciones acerca del tiempo, su mala salud, sus frustraciones con la gente, y la guerra, que raramente menciona, excepto cuando cae cerca de él una bomba, hacen que su lectura sea algo triste, pero en absoluto monótona.

El 2 de noviembre de 1940 despertó «después de haber pasado una noche realmente mala». Estaba «demasiado enfermo» y se «pondría peor. Espasmos después de la comida. Llamé pidiendo ayuda. Unos judíos, al oírme, ¡¡¡se quejaron por teléfono a la policía!!!». Un tal Clarke, «me trajo un “médico”: un tal Dummy van Bum, caballero itinerante de los “Sastres de 50 chelines”. Le eché encima mi ojo resplandeciente y salió corriendo». Llamaron a otro médico, un tal Dr. Hill: «Demostró ser de la École de Medecine du Docteur Knock; pero su especialidad es la de buscar clientes para una pensión». Finalmente, el 4 de noviembre «Karen llamó al Dr. Lees, quien envió a su socio, el Dr. Lodge: a quien considero un hombre muy capaz». Al día siguiente: «Demasiado enfermo. Karen se ha portado como un ángel viniendo a verme todos los días».

Se recuperó y volvió a practicar el Shikar, pero «parecía que las medicinas no surtían efecto». Para él comenzaba a ponerse el sol: había abusado demasiado tiempo de su cuerpo y era un milagro que todavía siguiese con vida.

El jueves, 28 de noviembre de 1940, escribe lo siguiente: «Alice llega definitivamente el próximo jueves». Da la impresión de que pensar en ella consiguió rejuvenecerle, pues, al día siguiente, escribe en su diario: «El médico ya casi me ha dado el alta. Día tranquilo... sin visitas. Paseé antes de comer por el jardín... más tarde, se va el sol y hace más frío. El subnormal de Ives ha estado diciendo a todo el mundo que me estaba muriendo. ¡La chusma local no hizo más que llamar al médico!».

El domingo, 1 de diciembre, llegó Karen con un regalo, que consistía en «una preciosa bufanda de color verde». No llegó a describir a Karen, sino que sólo dijo de ella, desde un principio, que era «contrahecha» y que tenía el aristocrático apellido de «De Beaufort». Pero es que nunca llegaba a describir a nadie que le hubiese fallado si no era con los tintes más negros; no obstante, para él, las mujeres sólo eran objetos que servían para ser explotados. El 3 de diciembre, Crowley llevó a la casa de empeño su alfiler de corbata, una imagen de Tahuti, el dios de cabeza de ibis, entre dos columnas doradas, coronada por un frontón dorado. Se trataba de un regalo que le había hecho Frieda Harris, realizado a mano por Max Xchneider, un joyero-artesano miembro de la sección californiana de la O.T.O.

6 de diciembre de 1940. Ningún cheque de Dennes, sino una carta, más bien desesperanzada, de Frieda, que ha ido a Hove a ver a su hijo. El tendero ha suspendido el crédito.

7 de diciembre. No puedo dormir. Me estoy preocupando demasiado por las perspectivas de una muerte por inanición. Muy desesperado consulté el AL. El dedo

cayó justamente en uno de los márgenes del I, 52. Larga y deliciosa charla con Karen.

El AL no es otra cosa que el *Liber Legis*, y el capítulo I, versículo 52, dice así: «Hay un velo: ese velo es negro. Es el velo de la mujer modesta; es el velo de la pena, y el palio de la muerte: esto no me incumbe en absoluto. Arranca de ti ese mentiroso espectro de los siglos; no veles tus vicios con palabras virtuosas: esos vicios suponen un servicio hecho a mí; así pues, practícalos y yo te recompensaré aquí y en lo venidero». Crowley no hizo comentario alguno acerca de la relevancia de este texto sagrado en su desafortunada situación. La «mujer modesta que usa velo» es su piadosa madre, y el «mentiroso espectro de los siglos» es el cristianismo, al que había estado desafiando toda su vida.

9 de diciembre. Club de ajedrez de Torquay. Jugué con el secretario, quien imprudentemente me comió una pieza, por lo que fue debidamente castigado. Después le gané varias partidas a un tal Morgan, que tenía fama de ser muy bueno. Le insulté con el ataque de Marshall «a la Siciliana», y sufrió merecidamente.

El 10 de diciembre, un día que fue «demasiado húmedo», le escribió a Alice, y a «Michael»; se trataba de Michael Houghton, quien, en ocasiones, utilizaba el nombre de Michael Juste, y que era el propietario de la librería Atlantis, en Museum Street, cerca del British Museum. Houghton era un hombre de pocas luces, con el que resultaba difícil tratar, y que se mostraba generoso con aquellos que suscitaban su simpatía: todos sus problemas aún no resueltos le saltaban a uno a la cara, al hablar con él en su librería. Exactamente detrás de la puerta había una mesa en la que se hallaban colocadas varias pilas de libros sobre ocultismo. La librería Atlantis era lugar de encuentro de ocultistas e investigadores del conocimiento esotérico, uno de los cuales, J. Michaud, dirigente de la Orden de los Maestros Ocultos, se escapó con Doreen, la mujer de Michael, para dolor de éste. Crowley intentaba mantener una relación ecuánime con Michael Juste, y se reservaba las odiosas observaciones que éste le sugería para su diario. La librería Atlantis era uno de los pocos mercados en donde circulaban los libros de la Bestia.

Las demás entradas del diario de la Bestia del mes de diciembre de 1940 son demasiado tristes. La tienda de licores «dejó de enviar el licor. La tarjeta postal que les envié tardó dos días en recorrer media milla...como me dijo la joven que atendió a mi llamada telefónica del día 13. Al parecer, me habían escrito anunciándome que me retiraban el crédito». El 13 de diciembre le deparó «una carta, realmente desafortunada, de Frieda Harris... que bastó para sumirme en la desesperación...; los acreedores de Richmond están intentando llevarme a juicio, después de haber descubierto que ahora vivo en este lugar. ¡Puff!». Fue a ver a Grant, de la tienda de

licores, quien, después de la entrevista, «prometió que el crédito seguiría en pie. Ningún cheque de Dennes. Yo me encuentro, como solía decir San Francisco de Asís, “jodido en el frente financiero”». Grant no entregó el licor que había encargado la Bestia: con toda seguridad le siguieron la corriente para que se fuera del establecimiento. Al día siguiente, se tragó un diente mientras comía. Escribió a Frieda Harris una larga carta sobre el tarot, los 78 naipes que ella estaba dibujando, con toda la pericia que le permitía su educación artística. Frieda discutía con Aleister cada uno de los naipes y la Bestia le decía cómo tenía que dibujarlos. Más tarde, se fue al club de ajedrez y echó varias partidas con tres personas, venciéndolas a todas. «Mentalidad local (en el club). Hablaron de la radio alemana y de Haw-Haw. Cuando les dije a esos ignorantes bastardos que su nombre era William Joyce, uno dijo: “¿No es ése el tipo que escribió cochinadas en un libro?”».

Frieda le envió su estipendio de dos libras semanales, con una nota: «No puedo escribirte ahora», que motivó el siguiente comentario de la Bestia, anotado en su diario: «Le falta imaginación».

El 22 de diciembre se masturbó con un capullo de rosa y se lo envió a Alice. El día de Navidad jugó al ajedrez durante una hora con un tal Jankow y pasó el resto del día escribiendo cartas. Dos días más tarde, el Oráculo Chino le mostró el primer hexagrama: *Khien*, que interpretó como «Una buena profecía que marca el final de la maldición que pesaba en Navidad». Al día siguiente conoció a una mujer llamada Mildred Churt. Un día más tarde tendría lugar entre ambos una operación de magia sexual. Él la describió como «voluntariosa y prometedora: piensa que sabe más de lo que debe». Y añade que ella afirmaba tener todavía la regla. «Consulté al *Yi King* sobre nosotros dos. La respuesta fue *Pi*: “Amor y unión”.» Pero ya se sabe que Crowley escuchaba del *Yi King* lo que quería oír.

Cammell, que estaba en Bideford, al norte de Devon, le envió una «Oda al Sol» y un «Himno a la Luna», que a la Bestia le parecieron muy buenos. Mildred llegaría más tarde y le haría una *fellatio*.

El último día del año fue un «día tranquilo en el que estuve ocupándome de la correspondencia y de otras cosas parecidas. Mildred vino a las 8 para hablar de negocios. Estuvimos de acuerdo en hacer una prueba». Aunque Crowley no dice de qué negocio se trataba, es casi seguro que se refería a la instalación, en los alrededores de Torquay, de una abadía del Haz lo que Quieras.

Celebró la llegada del Año Nuevo con un acto de magia sexual (*fellatio*) realizado por «Mildred». Su finalidad era conseguir el dinero que necesitaba con tanta urgencia. En esta ocasión, el símbolo consistente en una cruz dentro de un círculo era seguido por las palabras «El. Rub. Mildred. Au.». Esto puede explicarse como sigue: *Elixir Rubaeus* «el elixir rojo», lo que quiere decir que ella se encontraba menstruando; *Aurum*, «oro», era el objeto de la operación. Pero todo su anhelo estribaba en Alice, quien, en lugar de dirigirse a Torquay, le había escrito «desalentadoramente, igual que Frieda». Crowley nunca consideraba a nadie, y

menos aún a las mujeres, si no era con la perspectiva de que fuesen a cumplir su verdadera voluntad, entiéndase la de la Bestia, a pesar de la máxima que dice: «Deberás esforzarte en encontrar tu verdadera voluntad y ponerla en práctica». Pero le habría dado lo mismo que hubiera dicho otra cosa.

El 2 de enero fue expulsado de su apartamento, por el que tanto había estado rezando, tres meses antes, a los Maestros o Jefes Secretos. Diría de su casera, Mrs. Walker, cuya gentileza tanto había alabado, que «a Mildred Churt le había llegado a resultar desagradable». No había pagado y «el abogado exigía el alquiler». Además, para colmo de males, mientras comía se le había caído otro diente: «Con lo que ahora el masticar me resulta incómodo». Por otra parte, además de todo eso, había estallado una disputa entre Karen y Mildred. «Mildred, estúpida, pretende estar celosa de Karen. Mildred es muy victoriana.»

Según iban pasando los días, escribía todas las incidencias de su vida, no sólo las incómodas, sino las desagradables: «Se me ha roto mi vieja pipa. ¡Maldición! La Defensa Civil me llamó para que aceptase ser Vigilante de Caza y Fuegos. He permitido a Mildred que venga y se ponga sentimental» (6 de enero de 1941).

Mildred continuó atendiendo a sus necesidades sexuales, que él no deja de registrar en todo momento: «*Cunnilingus* 1 hora y 1/4». Después de aquella «operación», con un estado de ánimo creativo, revela lo que realmente piensa de Mildred en esta quintilla:

Una mujer de cabeza gorda, Churt apellidada
era toda una artista en sexuales cochinadas.
Devotamente pulcra
de zapatos y sombrero
se limpiaba con su refajo el trasero.

Y escribe, entre paréntesis: «(La intención de esta quintilla no es otra que imitar la estupidez, grosería y vulgaridad de esta refinada y pедorra vaca-hipopótamo)». Pero, a pesar de todo esto siguió manteniendo su relación con la señora, aunque ella ya empezaba a dar muestras de ir a menos: «Mildred no consigue responder plenamente a la mano o a la lengua».

13 de enero. James Joyce ha muerto en Zürich.

Por esta fecha, Crowley todavía se encontraba en el apartamento que le había dejado Mrs. Walker, pues el 20 de enero de 1941 hace la siguiente observación: «Muy mala noche, los judíos que viven arriba estuvieron armando un ruido infernal todo el tiempo». Recordemos que el 2 de noviembre les había dedicado unos cumplidos igual de obsequiosos.

23 de enero. Vino Karen: charla larga y muy agradable acerca del uso que los niños hacen de los animales.
27 de enero. Carta de Atlantis: el que nos apoyaba se ha vuelto atrás.

La carta era de Michael Juste. Crowley necesitaba apoyo financiero para la edición del *Libro de Thoth*, ya que la reproducción en color de 78 naipes elevaba muchísimo los costos.

Alice le envió «azúcar, etc.», en general, alimentos que estaban racionados en época de guerra.

30 de enero. La confusión de Abraham. Debía de haberse negado a sacrificar al carnero y enfrentarse a Dios, diciéndole: «No, bastardo, dijiste que Isaac, pues aquí lo —(*jwhack!*)— tienes. ¿Cuáles son ahora tus planes, eh, bastardo?».

Llegó febrero; no podía dormirse y tomó luminal. Le tenía sin cuidado todo lo que el gobierno había dispuesto en materia de regulación acerca del «apagón», y por su negligencia recibió la reprimenda de la policía.

El 9 de febrero recapitula su situación con las siguientes palabras:

El mes pasado me sentí totalmente incapaz de pensar en ningún plan de acción para finales de marzo, cuando expire el contrato de alquiler de este apartamento. ¡Me parece prohibitivo hasta salir a dar una vuelta! El asma aparece en seguida: el tiempo, que es bastante malo, puede ser el responsable. A los gastos de la mudanza, y a la dificultad de encontrar un lugar viene a sumarse la probabilidad de que cualquier plan pueda verse frustrado en cualquier momento por una invasión, lo que viene a completar el panorama que explica mi frustración. La pasividad *deliberada* parece ser la única solución posible. Tiempo infame... no llegó a hacer bueno en ningún momento del día.

Francia había caído, Mussolini le había declarado la guerra a Gran Bretaña. Crowley pensó que Gran Bretaña sería incapaz de derrotar a los alemanes.

El 13 de febrero se vio multado con «sólo 2 libras», por no cumplir las reglas establecidas para el «apagón».

15 de febrero... las mujeres que son libres sexualmente, por lo general, también lo son socialmente. Churt no puede establecer la diferencia; no aceptará la condición de amiga; su inferioridad la molesta todo el tiempo.

16 de febrero. Día tormentoso. No me siento demasiado bien. Durante este largo período que llevo medio malo, en parte debido (¡me parece!) a la necesidad de evitar las nauseabundas impertinencias de Churt, me encuentro tremendamente introvertido. Idea: encontrar una explicación racional de mi vida. ¿Hay alguna posible escapatoria a la teoría oficial de la A.·A.·? Respuesta: NO. Pero hacer muchos, e interesantes, descubrimientos le anima a uno a proseguir con sus meditaciones. En particular, es algo totalmente cierto que siempre he estado loco.

¿La teoría oficial de la A.·A.·? No está nada claro a lo que se refiere cuando se formula esta pregunta. Un miembro de la A.·A.·, o lo que es lo mismo de la Orden de la Estrella de Plata, es alguien que ha cruzado el Abismo, y que, por eso, ha aniquilado «todo lo que él es y todo lo que él ha sido». Para decirlo claramente, ha escapado de los opuestos que se relacionan entre sí mediante la repulsión o la atracción, y que forman una dualidad... amor y odio, macho y hembra, luz y tinieblas, cielo y tierra, vida y muerte, etc. Sabemos que Crowley, según su propio testimonio, cruzó el Abismo en 1909 cuando se convirtió en Maestro del Templo, lo que le llevó a ser liberado de cualquier objetividad, es decir, que se situó más allá del pensamiento dual. Pero, en el fragmento de su diario que acabamos de ver dice, y no

se trata de un mero juego de palabras, que *siempre ha estado loco*. O sea, que ya lo estaba antes de 1909. Entonces, ¿qué es lo que significan esas palabras? Si, en un momento de iluminación, sin referencia alguna a la teoría expuesta por la A.·. A.·., dice que está loco, debemos creerle. Pero lo que afirma por una parte lo niega por otra. Así pues, Aleister Crowley no fue, ni siquiera por una sola vez, honesto. Estaba «loco» —ciertamente, no hay duda de ello— pero sólo desde el punto de vista de alguien, como su casera, por ejemplo, que se encuentra por debajo del Abismo^[231], lo que equivale a decir que estaba loco sólo para aquellos que le miraban desde el punto de vista de la sociedad y la moralidad: «¡Qué hombre tan atroz es el tal Aleister Crowley! Debe de estar loco». «Sí, claro, pero olvidas, o es que quizás no lo has sabido nunca, que es un Mago, que ha cruzado el Gran Lago de Fuego, como es denominado el Abismo en la representación mágica de los antiguos egipcios, y que ha llegado a cimas tan elevadas, que se encuentra más allá de la locura y de la cordura, al igual que el superhombre de Nietzsche se encuentra más allá del bien y del mal.»

El 18 de enero de 1941 se enteró de una noticia que le impresionó gratamente, y que reseñó, brevemente, en su diario: «Saturnus ha sido liberado».

Karen siguió con sus visitas; observa que «ella no es capaz de pensar, ni demuestra interés alguno, siquiera por los aspectos más agradables de la realidad. No hay manera de llegar hasta sus pensamientos». Esto era lo que él opinaba, y cada día que pasaba encontraba que Mildred Churt le satisfacía incluso menos que Karen; por aquel tiempo vivía con él como una alquilada más.

El doctor Lodge fue a verle, para comprobar el estado de su corazón, y, le dio el «visto bueno, después de tener en cuenta todos los factores. Yo creo que decidirme a llamar a Lodge, supuso dar el primer paso para librarme de la Churt. O sea, que el 20 de febrero puse en marcha mi mente. Me da la impresión de que debió de tratarse de un ultimátum de mi Santo Ángel de la Guarda, ya que no había nada racional en todo ello, pues (al menos de manera consciente) necesitaba la atención de la Churt más que nunca».

26 de febrero. «Douglas» —droguero— me atacó en la calle. Le rechacé tranquilamente.

No dice nada del motivo de aquella disputa, ni de cómo rechazó a Douglas. Posiblemente, la causa era un cheque sin fondos.

El 1 de marzo tuvo una invitada a tomar té: esconde su identidad con la letra X. «Fue una charla tan larga como placentera, que trató fundamentalmente [por eso dice que fue «placentera»] de mis variadas aventuras. Nada sexual. Churt se presentó al poco tiempo, comportándose con sorprendente falta de tacto. Adoptó la actitud del “Os he pillado”; me pregunto si X no se daría cuenta. Quizá si se la dio.» Dos días más tarde tuvo otra larga charla con X. «Es evidente que habla en serio cuando se refiere a la Abadía. Contactados agentes inmobiliarios.» Presumiblemente, X iba a

poner el dinero necesario para la compra, o el alquiler, de una casa, con piso de madera, para convertirla en un centro de Magi(k)a, desde el que se difundiría la filosofía del Haz lo que Quieras. Consultó al *Yi King* respecto a dicho proyecto, y la respuesta le dio ánimos. X no llegó a enterarse de cuál había sido.

4 de marzo. Mrs. Churt se negaba a pagarme el alquiler. *Muy* curioso. Si, finalmente, *no* lo hubiera pagado, me habría tocado poner a mí las 5 libras, con lo que Clarke habría recibido un cheque sin fondos. Así pues, gané 3 libras gracias a la deshonestidad y traición de la Churt. Le corté el paso. Entonces decidió que las cosas siguieran su curso. Frieda pagó mi deuda a Clarke, ¡¡¡y le pidió que no me lo dijera!!!

Todo esto no está muy claro, pero revela los recovecos de la mente de Crowley, la manera en que complicaba a Frieda en sus manejos financieros, y su hábito de acusar a los demás de deshonestidad y traición.

Vio una casa, «Moongates», y pensó que sería ideal para su centro thelémico. «Y entonces... X falta a nuestra cita, y Torquay hace que ella se sienta sin energía.» Y añade: «Churt más grosera que nunca: le expuse llanamente el asunto. Ella pensó que resultaría divertido dejarme sin cenar... y no ha regresado. P.S. Se fue cuando yo no estaba».

A la mañana siguiente, Mildred regresó al apartamento con una amiga, Pauline, para sacar sus cosas. Después de que se hubiera marchado, Crowley echó en falta su botella de Fine Liqueur Cognac, y acusó a Mildred de robo.

Por la tarde, llegó X y tuvo lugar una larga charla. El contrato de arrendamiento de «Moongates» había sido redactado y firmado. «Le dije que lo mantuviera en secreto hasta que no estuviéramos en *él*», escribió. Al día siguiente, se encontró con X en un bar de la ciudad, Fergie's, y ella le entregó más de 50 libras, un adelanto que serviría de fianza para «Moongates». Pero el asunto no prosperó, puesto que el 11 de marzo escribe: «El agente inmobiliario dice que el contrato de “Moongates” queda sin efecto. Al hablar personalmente con él me ha dicho que ellos no saben *lo que* quieren». El 7 de marzo, cuando por primera vez tiene noticias de que hay algo que se opone a sus planes de hacerse con «Moongates», utiliza las siglas X.O.P. (P.O.X. al revés, o sea, «sífilis») para referirse al tiempo, que queda así: «El día más infame (X.O.P.) de este asqueroso invierno».

Sus relaciones con Mildred habían ido de mal en peor, pues, el 8 de marzo, que cayó en sábado, escribió, lacónicamente, «le eché las cuentas a esa liante de Churt».

X tenía una salud enfermiza: posiblemente era adicta a las drogas.

10 de marzo. Me dormí, y soñé que estaba en la cama, echado boca abajo, y que alguien quería estrangularme. Intenté, en vano, coger la perilla de la luz. Entonces me desperté.

Escribió a Alice y a Frieda; fue a ver, nuevamente, al agente inmobiliario, Widdowson, quien le habló de una casa que estaba en alquiler en Barton Cross, justamente a las afueras de Torquay. Fue a verla y le pareció «muy buena, aunque remota».

13 de marzo. Charis a tomar el té.

En este momento se revela el misterio de X: su nombre, que la Bestia escribe por primera vez, es el de *Charis*, que en griego significa «gracia», o sea, que la desconocida se llamaba Grace.

El 14 de marzo, después de su rutina diaria consistente en consultar al Oráculo Chino, que le acababa de anunciar «grandes bienes», recibe una carta del hermano Saturnus, que le llena de alegría:

«Grandes bienes» se refería a una carta de Germer, quien, después de todo lo que ha pasado, se encuentra bien. ¡El acontecimiento más feliz de mi vida! Ni siquiera el nacimiento del pequeño Ataturk puede comparársele, pues era algo que se esperaba. Esta alegría es estupenda. La vida vuelve a tener valor: el futuro es como una sonrisa de alas traslúcidas.

El 16 de marzo escribe por carta a un gran número de amigos, conocidos y colegas en magia: Frieda, Alice, *Charis*, Louis Wilkinson, Charles Cammell, Mike Juste, y otros más cuyas identidades no me son conocidas.

El 18 de marzo, después de haber consultado cuidadosamente el *Yi King*, alquiló la casa de Barton Brow, en Barton Cross, por cuatro guineas y media a la semana.

El 22 de marzo se regala con una comida «excelente» en el Hotel Imperial de Torquay, que incluye una botella de Richebourg del 29, que describe con la expresión «de primera clase»; este Borgoña, según Cammell (consúltase al respecto su libro *Castles in the Air*) era el preferido de Aleister Crowley. Aquel mismo día, escribe la Bestia que «aquella horrible gallina clueca de Bell, la fraudulenta mecanógrafa, vino de nuevo y me hizo un amago de extorsión». Se había encargado de pasarle a máquina algunas cartas y capítulos del *Libro de Thoth* y, simplemente, quería cobrar.

«Estas semanas que han transcurrido desde el 19 de febrero son de lo más interesante», escribió en su diario. «Estaba totalmente controlado por mi Santo Ángel de la Guarda, y actuaba rápidamente, en secreto e “irracionalmente”, es decir, de acuerdo con un plan basado en acontecimientos de los que Aleister Crowley no tenía siquiera idea.» Estaba pensando, sobre todo, en «el viaje casual que había hecho a Torquay.» En otras palabras, se sentía zarandeado por las fuerzas inconscientes que habían estado moviéndole a su antojo durante toda su vida. Era como un niño que dice, en descargo de su conducta desacertada: «No sabía lo que hacía».

24 de mano. Hamilton estaba en el Café de París cuando cayó una bomba. Mató a Ken Johnson, que estaba sentado enfrente de él.

La bomba cayó el 8 de marzo. Ken Johnson, que había nacido en la Guayana Británica en 1917, era un bailarín negro y, también, director de orquesta, conocido con el nombre de Snake Hips.

27 de mano. Me fui a la ciudad y tomé una cena abundante: jerez, langosta, ensalada de frutas y un buen cigarro. Después me fui a la cama.

Pero no tuvo una noche placentera, pues a las 4 de la mañana se despertó, «tosiendo y enfermo». Aquel día fue el primero que pasó en Barton Brow.

Siguió visitando el Club de Ajedrez de Torquay, ganando la mayor parte de las partidas que jugaba con sus miembros. Invitó a Gerald Hamilton a que se reuniera con él en la «Abadía» de Barton Brow.

30 de mano. La Luna me pareció muy joven, recortándose sobre un cielo muy claro.

El primero de abril de 1941 anota en su diario sus impresiones acerca del tiempo:

Me parece —¡sí, a mí!— que se trata de uno de los mayores temporales del siglo. Podría compararlo con la gran tormenta que pasé en la región de los lagos, cuando una rama, tan gruesa como mi brazo, fue arrancada de cuajo de un árbol y llegó, pasando a través de la ventana del dormitorio, hasta mi cama... sin llegar a despertarme.

Su nueva casera, Mrs. Doris Middleton, llegó por la mañana «para hacerme algunas preguntas imprescindibles, que se referían a la casa. Pero lo único que hizo fue llevarse unos jarrones».

Al día siguiente, comió en el Hotel Imperial; por la tarde llegó Grace; venía para quedarse. «*Por supuesto*: X llegó después de que yo me hubiera ido a la cama... la policía llegó rápidamente.» Durante el mes anterior, había hecho ya varias alusiones al 20 de marzo: «Alerta a las 9 p. m. con muchísimo fuego de ametralladora (más de lo que yo había oído por esta zona hasta hoy). Aviones sobre nosotros. Más fuego de ametralladora. Más aviones». Grace debía de haber estado contemplando la luna nueva, a través de la ventana, y había olvidado correr las cortinas; lo de menos es quién fue el que se las dejó sin correr, la cuestión es que la policía no tardó en llegar.

El jueves, 3 de abril, la Bestia puso en orden sus ideas sobre una abadía del Haz lo que Quieras:

ABADÍA DE THELEMA

Comunismo aristocrático. El sistema de dar y tomar todo es, realmente, un buen sistema económico; todo son beneficios, siempre que la gente *deje de compararse con los demás*. Sólo los que sean lo suficientemente nobles y generosos para comprender este principio podrán beneficiarse de él. Una abadía deberá marchar siempre hacia adelante. Será necesaria en ella la antigua alianza entre el príncipe y el sacerdote, pero ambas funciones sólo se unirán en las personas del Abad y de su compañera. ¿Extensión del «espíritu de equipo» a la vida socio-económico-política? Sí, pero aún hay más. Existe similitud entre la manera en que surgen los clanes y las naciones: el problema no reside en la manera de dirigir el rebaño, que es algo automático, o en acabar con los indignos, que serán sumidos en la inoperancia, sino en cómo impedir que la emulación acabe convirtiéndose en el arte de la guerra.

Al día siguiente, después de regresar del Club de Ajedrez, se encontró con que X, Grace, «estaba, realmente, muy cansada. Se comportó con gran valentía, pero tuvo que irse a la cama antes de la hora de la cena. No me gusta la tos que tiene. Tuvo la mala suerte de que le tocaron muchas alarmas y movimientos de tropas. De 10 a 12 estuve despierto, por si precisaba alguna ayuda. Ahora (12:15 a.m. del sábado) apago la luz».

El sábado, 5 de abril, Mrs. Dora Everett llegó a la Abadía. Había salido de King Cross, en Londres. Crowley la describe, irónicamente, como la «nueva doncella», y añade la siguiente observación:

Tiene la necesidad obsesiva de desordenar las cosas, que ella llama poner orden. Batalla regia con Doris Middleton. Gané y me mostré magnánimo mediante sonrisas, humaredas y jereces. X ha pasado una noche muy mala, pero despertó sintiéndose mucho mejor. Después de la comida, se encontraba somnolienta... lo mismo que yo, y el tiempo se había tomado desagradable... pero se obligó a comportarse noblemente, y salió de compras. No parecía hallarse afectada por la aparente falta de heroína, o interesada en tomarla. Le estoy suministrando como aperitivo tintura de *nuez vómica* disuelta en ginebra.

Al día siguiente, domingo, ambos tuvieron una larga charla «sobre el futuro de ella».

La tienda de licores «comenzó a molestarme por las 19 libras que debía».

No pagar las deudas formaba parte de la «verdadera voluntad» de Crowley, que hacía todo lo posible para escurrir el bulto, y, además, tampoco acostumbraba a devolver a los amigos los préstamos que le hacían. No pagar por los bienes o los servicios era, en su filosofía, «negar el espíritu judío que había corrompido el alma de la humanidad. ¡Sólo le faltaba al hombre heroico, que había arriesgado diariamente su vida, llegando a perder uno o dos miembros, morir de hambre ante el umbral del cobarde al que había defendido!».

Hamilton envió un telegrama posponiendo su visita a la abadía de Barton Cross. «Afortunadamente, pues X se halla sumida en plena histeria», escribe la Bestia, un tanto aliviado. «Un día realmente malo. Mrs. Everett nos halagó con cierta nobleza.»

9 de abril. Me he despertado de un sueño muy largo, ciertamente extraño: en una parte de él había cuestiones sexuales, y en la otra, me encontraba jugando al ajedrez con Winter en mi propia casa.

Se trataba de William Winter, procurador, Maestro Internacional de Ajedrez y encargado de la sección ajedrecística del *Daily Worker*; había sido campeón de ajedrez de Gran Bretaña durante 1935 y 1936. Winter me dijo que Crowley era «un jugador *amateur* de ajedrez de primer orden». Antes de la guerra, ambos habían jugado varias partidas en casa de Winter; y Crowley había sido invitado a pasar el fin de semana en su casa.

«Lo que encuentro reprensible en el comportamiento de Crowley», le comenté, «es la costumbre que tiene de acostarse con las mujeres de otros hombres, como si las mujeres fuesen de uso público.»

«Mi mujer fue una de ellas», dijo Winter, con voz lastimera, y debió sentirse rechazado por mi súbita actitud.

«Cuéntame los detalles», le dije.

Parece ser que cuando Mrs. Winter conoció, por primera vez, a Crowley, exclamó: «¡Qué hombre más adorable! ¿Crees que querrá acostarse conmigo?».

«¿Por qué no se lo preguntas?», le contestó Mr. Winter.

Y, en un momento oportuno, durante la siguiente visita que les hizo Crowley,

Molly Winter le preguntó a la Bestia si quería irse con ella a la cama; y cuando hubo finalizado la última partida de ajedrez, o cuando, más bien, fue pospuesta, ambos se fueron juntos a la cama.

«¿Al día siguiente le dijo algo Molly?», le pregunté.

«Si, que era un amante *maravilloso*». Y Winter añadió: «El único problema era conseguir que se fuera, cada vez que venía a pasar un fin de semana dedicado al ajedrez».

Durante la noche que soñó con William Winter, tomó un sexto de grano de heroína para aliviar la falta de respiración producida por el asma. «La heroína en dosis pequeñas resulta mucho peor», comentó. A las 3:25 a.m., del 10 de abril de 1941, oyó toser a X. «Fui a verla; se negó a tomar fuego», es decir, heroína. Crowley se despertó a las 8:20, «sintiéndome “podrido por la heroína”; el té en la cama. ¡Qué vergüenza! X mucho mejor: avergonzada por lo de ayer. Se levantó y anduvo perfectamente de compras... X mucho peor que nunca, repitiendo los detalles médicos de su interminable historial. Realmente mucho peor».

El correo le deparaba la carta de un procurador, pidiéndole «una “dilapidación” de 20 libras» de un apartamento que le había sido alquilado; del cual no dice su emplazamiento, sino que tenía «unos jardines decrepitos, mordisqueados por las ovejas». Le envió a Frieda una copia de la carta, preguntándose si podría demandar por libelo, al procurador, Flooper and Walker. El minorista de la tienda de licores, al que seguía debiendo 19 libras, también le envió una carta de su procurador. Y en vista de la escasez de fondos de Crowley le aconsejaba que pagase todos los meses una cuota de 10 chelines, lo que suscitó en él un irónico comentario: «¡Maldita sea su decencia!». Ningún procurador quería enterarse que él había sido declarado persona insolvente. Recibió un paquete de Harrods: «2 botellas de whisky, 1 de coñac no-demasiado-bueno, sardinas, etc.». Registró los acontecimientos del día: «X comatosa, cuando regresé de Torquay: me dijo que había dormido. Con mucha dificultad pudo comer —salmón de primera—. Estuvo durmiendo toda la tarde. Después estuvo totalmente animada y normal, apeteciéndole ir a cenar: y, a eso de las 8:30 se sintió muy cansada y comenzó a repetirse. Se lo dije, con toda franqueza, aconsejándole que se fuera a la cama, y me hizo caso, de muy buenos modos».

El viernes, 11 de abril de 1941, Crowley se despertó a las 5 de la madrugada y se puso a trabajar en su libro sobre el tarot. «Estuve 20 horas seguidas; bebí mucho para poder aguantar. Por eso, el sábado me desperté a las 6:30 a.m. con asma, con la nariz bastante taponada y sintiéndome muy enfermo. NO TENGO QUE HACERLO OTRA VEZ... X un poco amargada por la noche. Escribí a Frieda Harris, con un estilo demasiado “comercial”.» También escribió a Alice. «X bien, y feliz por la mañana; después de comer empeora progresivamente, lanzando tremendos alaridos... lo que explica que la doncella tenga los nervios destrozados. Parece tan sana y animada como cualquier otra chica a la que haya conocido. Así pues, esos accesos son simplemente de melancolía. Una hora después, estaba completamente encantadora.»

Al día siguiente, 13 de abril, domingo, «X se despertó rabiosa. Se quejaba de a) todo; b) de dolor en la mandíbula. Así pues, después de comer, tuve que telefonar a su médico, coger la receta por teléfono, telefonar a un farmacéutico, y después a otro, para convencerle de que me trajera lo prescrito. Y cuando me lo trajo, ella va y me dice ¡¡que no cree en la medicina!! ¡¡Eso es lo que se llama una “paciente agradecida”!! Larga orgía de quejas, sospechas y abusos. He tenido que ser franco con ella. Y le hizo bien. Se puso mejor, a las 4 p. m. estaba sonriendo y a las 5 1/2 durmiendo... Escribí a M. A. Sutherland, a Tom Driberg, y a W. T. Smith. Ella se encontraba bien y era feliz. Fui a darle la cena. A las 7:30 unos sollozos que parecía que se le iba a salir el corazón fuera del pecho, pero se mantuvo cordial. A las 9 1/2 empezó a quejarse, nuevamente, de todo. He perdido la fe en estas rápidas recuperaciones».

14 de abril. Kwang-34. Ayer me excedí nuevamente... el corazón. Tiempo infame. Esta mañana, X parece estar mejor. Ha bajado a los sótanos, a la pequeña taberna, y ha tomado algo. Todo el día pareció estar bien, muy animada y con muchas ganas de vivir. Ajedrez contra Plant 2 1/2 - 1/2. Las tablas podrían haberse convertido en una victoria: yo merecí perder.

Se fue de compras y compró tabaco a crédito, lo que explica su anotación: «Conseguido 1/4 de libra de Perique». Y regresó a la abadía del Haz lo que Quieras. X había dormido bien, por lo que se despertó de muy buen humor y salió a dar un paseo, cuando Crowley todavía estaba fuera. «Pero el dolor de la mandíbula volvió otra vez, muy fuerte, antes de la hora de comer. Le resulta tan molesto que no habrá más remedio que *llevarla* al dentista.»

La anotación correspondiente al 16 de abril revela algunos detalles de la vida de X:

La paciente mucho mejor a pesar de lo que ocurrió después. Intentaré referir algunos detalles de la *vitam sexulem* de X. Como sospechaba, una tragedia sin más: *East Lynne*^[232]. Se escapó con un doctor en medicina, que tenía esposa e hijo: el marido, al que todo le importa un pito, lleva consigo el infierno. Ella le abandona y, al final, él muere. Todo esto mezclado con la historia del hijo de ella, que se va con una chica; y los dos no se pueden soportar, pero, sin embargo, funcionan de primera. Todo muy confuso. 10:30 p. m. Pienso que el día toca a su fin. No. Ahora se acaba de cargar la instalación eléctrica de su habitación... *¡y también* la del cuarto de baño!

17 de abril. 3 a.m. Me desperté: ella parecía estar O.K. Le llevé una bolsa de agua caliente, que acababa de llenar. A todo esto, yo tenía un tremendo ataque [de asma], 4:30. Le llevé leche caliente. Siempre se está quejando de que su cama resulta poco confortable. Me entero de que ha llenado de quemaduras su mesilla de noche. «Estuve sin cenicero una semana». ¡Nunca se le había ocurrido hacerse con uno! El incidente me ha dado vómitos y diarrea. 1/6 [de grano de heroína]. Y el resto del día O.K.

18 de abril. X parece encontrarse muy bien. Ha invitado, hace ya tiempo, a Alice para que esté con nosotros la próxima semana, de martes a sábado. Estuvo hablando toda la noche, con muy buen criterio, por cierto, de historias de detectives.

19 de abril. Alice telegrafió: «Gracias [carta] del 29. Lamento 22 imposible». Debí de INTERPRETAR MAL su carta. Muy bueno por la mañana. Después de comer, un vendaval de lluvia, mucho viento frío, niebla densa: finalmente aclaró. Al atardecer, he estado pensando en nosotros, X y yo; ella estaba fantásticamente cansada, y yo comí mucho... pensando, quizá, en la inminente falta de Perique. Lo único cierto de todo aquello es que los dos nos fuimos a la cama a eso de las 9; me di una excusa imbécil para tomar 1/6 [de grano de heroína] a esa hora, aunque ya me había tomado uno a las 4.

El 20 de abril, Crowley consideró que era necesario hacer la siguiente declaración:

East Lynne, a novel, publicada en 1861, obra de Mrs. Henry Wood (1814-1887).

Domingo, 20 de abril de 1941
cuando el Sol entra en Tauro, nosotros, los abajo firmantes,
miembros de la Abadía de Thelema, en
Barton Brow, de Barton Cross, declaramos
hallarnos totalmente satisfechos con
el recorrido del Sol, al atravesar Aries.
Aleister Crowley,
Caballero Custodio de la
Santa Lanza;
Grace M. Pennel.

Aquel mismo día, aunque un poco más tarde, se decía a sí mismo que «el escollo más difícil de salvar en *Inglaterra*, en lo referente a la Abadía y en cuanto a los miembros, era la diferencia de clase social, y aunque el servicio siempre es fácil de controlar, en términos generales, sería cuestión de aplicarle los principios contenidos en el AL I 3. X está mucho mejor».

La referencia al *Liber Legis* no es otra que la ya conocida que dice así: «Todo hombre, toda mujer, es una estrella».

22 de abril. X maravillosamente bien y animada. El dentista le ha hecho algunos pequeños ajustes que, aunque no han aliviado gran cosa las molestias que sentía, han eliminado, casi por completo, el dolor que sentía al masticar. Amable carta de Frieda Harris, que escribe «llegaré pronto». Cf. Apocalipsis, 22, 20. Alerta a las 9:40. A las 9:47, dos explosiones muy grandes, y cuatro, que no lo fueron tanto, muy cerca. Salimos afuera: gran espectáculo en el cielo de Totnes, reflectores, balas trazadoras, incendios, cañonazos de artillería antiaérea. Por culpa del estrépito, X «no pudo dormir, y salió afuera a echar un trago». Casi media botella.

23 de abril. Tenía razón en lo de las bombas: y también en irme de Mid Warberry Road, en donde cayeron matando a seis personas e hiriendo a ocho. Curiosamente, sentí el incidente como algo abominable y real, cosa que nunca había sentido estando en Londres.

24 de abril. Llegó Lodge, dijo que el corazón estaba O.K., pero tomé digitalina y cocaína. X muy bien todo el día, excepto los eternos y repugnantes detalles médicos durante las comidas. Ella me dio la idea de cómo luchar contra esa manía, al quejarse de los huéspedes de los hoteles que dejan frascos de medicamentos encima de la mesa. La próxima vez que comience, ¡iré a buscar un frasco de medicinas!

Crowley enviaría un brillante resumen de las actividades que tendría que realizar en la abadía de Thelema de Barton Cross un matrimonio que había puesto un anuncio en el periódico, buscando un empleo en el campo; pero no se llegó a nada. «Vino una pareja. X dijo que no interesaba. Probablemente se deshizo de ellos, ya que no vinieron a hablar conmigo. X estuvo de tiendas por la mañana. Exhausta por la tarde.»

Jugaba al ajedrez con el mayor Abbott Young, de Plymouth, y con el capitán Plant; el mayor era «de genio muy vivo y muy apreciado en Plymouth. Me agrada». Acerca del capitán, haría las siguientes observaciones, que, por cierto, son muy típicas de él: «¡Su mujer le esperaba cada noche como si fuese Nelson! La preocupación de todos los maridos ha de ser que su esposa disponga de una

tripulación de amantes».

27 de abril. El discurso de Churchill, retransmitido por radio, excelente.

El 28 de abril, adelantándose a la visita de Alice a la Abadía, compró una vara de abedul. No explicó el porqué ni añadió detalles suplementarios; simplemente anotó: «Compra vara de abedul para Alice». En los círculos thelémicos, Alice Upham, a la que llamaba «Tub» y, en ocasiones, «Bashy-Bazouk», goza de la distinción de haber sido la última mujer en haberse acostado con la Bestia 666.

El 29 de abril amaneció en la abadía con X quejándose de dolor y «presa de una grave depresión». No era nada sorprendente, puesto que acababa de llegar Alice: «Alice y yo comenzamos a hacer el amor a las 10:30, y estuvimos hasta las 12:15. Entonces, X armó otra infernal gresca, a cuento de nada. Se trataba de un juego molesto, y muy poco deportivo. Alice fue a calmarla. Lo consiguió, pero el mal ya estaba hecho. Un miembro de la defensa civil y un policía llegaron al poco tiempo».

Al día siguiente, el 30 de abril, registró los restantes acontecimientos de la noche anterior: «Defensa civil y policía estuvieron hasta las 2:30. Comprendieron, al momento, qué era lo que no andaba bien. Voy a hacer del asunto del “apagón” una cuestión de primera importancia. Me desperté a las 5:45 a.m. descansado... y furioso». Consultaría al *Yi King*, obteniendo el hexagrama 10: *Li*, «el Tigre». Y éste sería su comentario:

N.B. Desde el lunes está ocurriendo toda una serie de desmañados accidentes. El martes se me rompió la montura de las gafas; ¡esta mañana he quemado la mesilla de noche con el cigarrillo! Por no hablar de mi forma de actuar como un «tigre», respecto a Mrs. Middleton, cuando Miss Whiddon estaba totalmente de mi parte. X hizo de una vieja y sarnosa gata callejera el simulacro de una tigresa. Yo apagué su ardor. Por la tarde, salió, con la excusa de visitar al dentista. Ya en casa, en lugar de cenar, se emborrachó, ciega y rabiosamente, haciendo todo tipo de escenas violentas; Alice y Dora la calmaron.

10 p. m. Después del mediodía y por la tarde, A[leister] y A[lice] hicieron el amor. IX^o Motivo: Deseo y el poder del deseo.

Se trataba de sexo por amor al sexo: en muchas ocasiones anteriores, Crowley había realizado aquel acto, teniendo *in mente* aquel mismo fin, pero, en aquellos momentos, en su sexagésimo sexto año de vida, estaba pensando más en sí mismo, pues empezaba a notar, y tenía sus buenas razones para ello, que su naturaleza «deseosa» estaba decayendo.

1 de mayo. X imposible todo el día. Finalmente, insistí en que viniera el Dr. Earl. Lo que hizo a eso de las 11 p. m. Desde el principio, se asustó mucho de mí: no tardó en irse montado sobre su enorme caballo. X se irá mañana por la mañana, a ponerse bajo sus cuidados y los de Mrs. Earl. Todo el día perdido con Alice, por culpa de este estúpido incidente. No obstante, hemos dado un paseo muy agradable, y hemos ido a ver a A.R.P. Warden Beynon, en Church Road, quien pareció darse por satisfecho [con la explicación que diera Crowley respecto a la causa a la que había que achacar sus frecuentes violaciones de las disposiciones del «apagón»].

Pero X no iba a abandonar la Abadía sin luchar; por eso, al día siguiente, anota

Crowley que «se comportó siniestramente, haciendo todos los trucos malvados que pudo, ¡incluso robando!». Pero ya sabemos que él siempre estaba acusando a los discípulos y amigos con los que había fracasado, de ladrones de sus bienes y su fortuna. Después de la partida de Grace Pennel, «Alice y yo nos fuimos de compras; antes de cenar, lamí su coño y la masturbé. Después de cenar me lancé a ella... Cena: vieiras y setas con pan tostado». Y, por supuesto, vino, café, brandy, «y un excelente cigarro... A la cama en seguida: proseguí con Alice».

3 de mayo. Una noche agitada... Alice estuvo hasta las 3... con la luz encendida. Diarrea muy grave: tuve que ir tres veces. Cansancio de ojos. Ella me despertó otra vez a las 5:40, pensando que eran las 6:40. Té muy temprano. Lamida de despedida de su coño. Me despedí de ella en Pavillion.

Crowley había oído que Karl Germer había escapado de los U-Boots (los submarinos alemanes), llegando a Nueva York, de una pieza, el 9 de abril. «Me encuentro alborozado. Quedé con Karen en Union Street para un trago. Escribí varias cartas y luché para conseguir que el “apagón” estuviese apagado... rompiendo, en el empeño, muchas cosas de valía.»

Sin Alice, comenzó, nuevamente, a buscar una mujer. En el *pub* Prince of Orange, «encontró un coño»:

Dijo que iría a inspeccionar la abadía a eso de las 3:30, pero no lo hizo. A las 8, me fui al Prince of Orange; la chica de la barra me dijo su nombre... [Mrs.] May Norton. No pudo llegar hasta las 3:30 p. m. A las 3 p. m. me tomé 1/6 de heroína porque era necesario... volvía a tener problemas respiratorios y, nuevamente, a las 10:00 p. m. Con todo ello, me sentí en buena forma para enviar un telegrama y una carta a Saturnus. Travieso, *muy* travieso, pero maravillosamente (N.B. *en grado sumo*.).

13 de mayo. No recuerdo haber sentido nunca una rabia tan salvaje como la que ha estado consumiéndome durante las últimas cinco horas.

Escribió a Frieda, Asa, Hamilton, Mike Juste, Pearl Brooksmith y Charles Cammell, dándoles noticias de sí mismo y haciéndoles ruegos y exhortaciones. «Asa» bien pudo haber sido Charles Asa Mussy, un norteamericano que, en 1933, o quizás antes, había ingresado en el Choronzon's Club de Chicago, fundado por Russell. Los miembros de este club mágico leían los libros de Crowley, discutían y propagaban sus ideas y, quizá, practicaban alguno de sus rituales mágicos. La gente de vida bohemia, sin una trayectoria definida, que escarbaba en los escritos de la Bestia 666, podía fundar, con las thelémicas bendiciones de Crowley, logias igualmente thelémicas, con tal que consiguieran mantenerlas con vida. Incluso personas de elevada inteligencia, como Norman Mudd y J.W.N. Sullivan, supieron encontrar en la personalidad e ideas de Crowley algo con lo que llenar sus necesidades ocultas.

CUANDO FALTA EL PODER DEL DESEO

CROWLEY pasaba el tiempo leyendo «las tonterías sobre brujería» que había escrito William Seabrook, pero lo que más le entretenía eran las notas acerca del autor que él mismo se encargaba de añadir al término de cada una de las secciones. «¡Pobre loco! No consigo imaginarme los motivos que le hayan inducido a inventar tamaños absurdos. Aunque todo esto tiene un auténtico interés, su mente de periodista no consigue captarlo. Resulta divertido observar su insistencia en afirmar que no cree en nada de lo que expone. Como ese semental de negro de Garland Anderson, que (al final) murió de miedo.»

El 22 de mayo recibió una notificación de que el 29 tendría que abandonar la Abadía de Barton Brow. Consultó el *Yi King*, pero no anotó en su diario la respuesta obtenida. El último día del mes de mayo encontró «una habitación en casa de Mrs. Thomas, Rockmount, Fore Street, en Barton. Pequeña, pero barata, buena y muy comfortable. Mrs. Thomas, una mujer más bien triste (recientemente, los hunos^[233] la han dejado viuda), muy eficiente y voluntariosa». Durante la primera noche pasada en su nuevo alojamiento, durmió «extremadamente bien».

Las anotaciones que Crowley hace en su diario de los restantes días de mayo son muy parecidas a las del mes anterior y, en general, a las del período centrado en ese mes, de mayo de 1941: consultaba diariamente el *Yi King*, interpretando su mensaje a la luz de sus deseos; ingería bebidas alcohólicas de elevada graduación y fumaba tabaco fuerte, se inyectaba heroicas dosis de heroína, respiraba éter y se quejaba de todo tipo de malestares; buscaba mujeres desesperadamente, comía opíparamente, se negaba a pagar todo tipo de facturas, tenía problemas con la defensa civil y la policía por su incapacidad para respetar el «apagón» —todas las casas de la zona, excepto la abadía del Haz lo que Quieras de Barton Brow, estaban envueltas en un sudario de tinieblas— hacía observaciones irónicas y alegres en los momentos más serios, frecuentemente se hallaba sin dinero —«Sin un penique. Le he pedido prestada una libra al farmacéutico, y compré whisky, excelente ¡y con la densidad del jerez! Ultimátum del agente de la inmobiliaria»— y hacía interesantes observaciones, como, por ejemplo, «comida en el Imperial. Furcia francesa muy vistosa (*¿aet.* 87 años?), que me trajo a la memoria la última frase de Ada Leverson^[234]», y seguía trabajando en sus dibujos y sus cuadros, anotando los particulares de incidentes triviales, buscando a todo tipo de mujeres, y citándose con ellas, de cualquier edad, que encontraba en la calle, el pub, el autobús o el restaurante —«salí bien librado de una conductora de autobús que iba con las piernas al aire», y tres días más tarde, «me encontré nuevamente con la furcia del autobús, cuando menos me lo esperaba, pues había cogido uno de otra línea»—, jugaba al ajedrez y, siendo un excelente jugador, ganaba casi siempre; fue a consulta médica, y los especialistas alabaron su buena

salud —«El doctor Wilson me miró a los ojos: estaban muy bien, “dos puntos mejor de lo normal”»—, no hacía caso de las quejas que recibía de detallistas, mecanógrafas o caseras, que querían que se les retribuyeran los servicios prestados u otras cosas, como «alguna jabonera que se había llevado». Generalmente se hallaba metido en algún serio altercado con alguna persona que, en ocasiones, o más bien casi siempre, resulta difícil o imposible de identificar. Sirvan los siguientes extractos del diario a modo de ejemplo:

26 de mayo de 1941. Mrs. Middleton echó a la pobre Miss Widdon, dando lugar a una desagradable escena. Quería echarme hoy... o si no, mañana, pero el piano llegará hoy. Quiere cobrar su alquiler: tengo que entregarle algo que sirva de fianza... ¡Idioteces! Quedé con Miss Widdon para ir a ver a Ahmy y a Thomas a eso de las 3. Ahmy no tendrá ningún problema en dejarle el piso que teníamos. La paz reina de nuevo en Barton Brow.

29 de mayo. Miss Middleton llegó de improviso, dio un grito y se llevó media botella de whisky. Mrs. Blackburn la vio.

Durante aquel tiempo, su pensamiento se hallaba en *El Libro de Thoth*, que tanto le había servido a Frieda Harris para manifestar su gran actividad creadora. No se trata de una obra sobre los naipes del tarot y su relación con la predicción de la buena o mala fortuna, sino de una interpretación de los misterios del Nuevo Eón, que había comenzado con buen pie el año 1904, cuando Aiwaz le dictara *El Libro de la Ley* a un joven llamado Aleister Crowley. En palabras de Kenneth Grant, el libro es «una colección de fórmulas mágicas en clave pictórica, que contiene los misterios del Tiempo y los Oráculos de la Eternidad». No parece muy plausible que Frieda Harris fuera consciente de ello. Sin embargo, comenzó a hacer los preparativos necesarios para poder exponer en Oxford sus grabados del tarot: todos están excelentemente dibujados, algunos son encantadores, y otros absurdos, como *The Devil* («El Diablo»), que presenta un pene dentro de un orificio, con los testículos ocupados por dos hombrecillos que flotan en su interior a la manera de astronautas; en primera fila aparece una cabra, de apariencia divertida, que no presenta semejanza alguna con Aleister Crowley.

La Bestia recibió un telegrama de un tal Laurence: «Envíe telegrama confirmando si puede venir martes The Lawn». Crowley hizo su consulta al *Yi King*, acerca de lo que debía hacer; y sólo entonces le envió su contestación: «Llego miércoles 2:58 Maidenhead. Abrumadoras gracias». Escribió a Frieda y a Alice, comunicándoles su intención de irse a Maidenhead, y se fue a cenar a Torquay.

Al día siguiente, 2 de junio, tuvo un altercado con el lechero.

Desde un punto de vista racional, me parecía que el día iba a acabar bien, pero no estuve acertado. Un lechero deshonesto, un tal Isaacs, llegó, con la intención de intimidarme (a mí y a Mrs. Thomas) para que le pagara, por segunda vez, la semana del 18 al 24. Permaneció dos horas, hasta que, al final, se lo llevó la policía. ¡Se busca a Julius Streicher!

Isaacs es un apellido bastante corriente, de origen inglés o galés, que significa «hijo de Isaac». Julius Streicher, a quien se refería Crowley, enemigo acérrimo de los

judíos, sería ahorcado en Nuremberg.

3 de junio. Día terrible, la mayor parte del tiempo haciendo el equipaje para The Lawn, en Ray Mead Road, Maidenhead.

No estaría mucho en The Lawn, pues el 6 de junio escribe en su diario, «Mudanza n.º 7, al Thames Flotel». De su huésped en The Lawn, Laurence, sólo dice que «carece de esperanza», sin añadir a qué se refiere.

El 10 de junio, se encontraría con que Frieda le había enviado una postal a la librería Atlantis, en la que, simplemente, decía: «Cancelada debido a la guerra». Crowley comentó lo siguiente: «La fecha del matasellos es del 3 de junio. Ha debido de comportarse como si no le importase lo sucedido. La cancelación [de la exposición de sus grabados del tarot] no ha sido una sorpresa; pero su incapacidad de darme a conocer la noticia y su silencio, se ven reflejados en su breve mensaje». Crowley intentaría darse ánimos haciendo el amor con Alice: «Los preliminares duraron mucho, pero yo me encontraba muy cansado y distraído, por culpa de Frieda».

El 11 de junio recibiría un telegrama de la artista: «Había perdido mi dirección», fue su comentario. Así se explicaba que ella le hubiera enviado la postal a la librería Atlantis.

12 de junio. Estuvo Alice. Preliminares varios, como de costumbre. El sueño vino en seguida.

Es una declaración un tanto triste, especialmente viniendo de la Bestia: preliminares, pero nada de la ejecución, ni de la naturaleza de la «operación», el grado de intensidad del orgasmo, ni tampoco ninguna descripción acerca de la calidad del «elixir» (semen, etc.), ya que no debió de suceder nada que justificase estos particulares. Después de la flagelación, el *cunnilingus* y la masturbación, se quedó dormido.

13 de junio. ¡¡¡Sorprendente carta de los abogados N & V!!!

Les contestó mediante una tarjeta postal: «En esto me he equivocado: había esperado de ustedes la cortesía normalmente empleada por los mercaderes fulleros, cuyo objeto no es sino facilitar sus depredaciones». A esta reprimenda crowleyana, de tipo epistolar, seguirían estas crípticas palabras, escritas en su diario: «Muestras de Tweed de Iona. Grandes prisas debidas a la necesidad del cupón». Y, a continuación, una corta lista de nombres, sumas de dinero recibidas, o que le adeudaban, y longitudes de telas, expresadas en yardas.

Iona era la esposa de Charles Cammell; las «muestras de Tweed» habían sido hiladas en su telar.

16 de junio. Vino Frieda, muy excitada, totalmente histérica. La calmé. ¡Incluso llegó a amenazarme con comportarse a la manera de Sardanápalo^[235]! En Oxford se condujo espléndidamente, a pesar de que desde el primer momento no estuvo en sus cabales. Tomó una gran habitación en el Randolph y, al final, ¡acabó dando en

ella el espectáculo! Debiera acudir a un G.R.M. [Gran Retiro Mágico].

17 de junio. Ya comienza a hacer demasiado calor. Comida muy mala en el chino, con Alice. Larga charla con Michael Juste [el propietario de la librería Atlantis, de Museum Street]. Le vendí un [ejemplar] del Yoga^[236]. Mike [Juste] se está tomando demasiadas molestias para hacer que yo pierda la fe en Frieda. Como si yo hubiera creído alguna vez en sus exagerados enredos. El hotel Thames me informó de una noticia entre bastidores.

18 de junio. Otro día demasiado caluroso. Escribí a la Soror Tzaba [Frieda Harris], con instrucciones concernientes a su G.R.M. Conseguí vencer los reparos de Alice y le administré el tratamiento usual [la flagelación]. Terrible calor: no pude Ø. Me fui con una judía persa a la que había conocido días antes. Encontré una buena habitación en Zeatland House y me quedé con ella. Más tarde (era de esperar) la bruja [la casera] no tardó en llegar y echarme.

Había intentado tener una erección, pero no había podido. No se trataba de un trastorno temporal, sino de que la impotencia senil había acabado, finalmente, por hacer presa en él. El 1 de mayo había escrito en su diario: «Las características del orgasmo se hallan muy cambiadas». Quería decir que al orgasmo le faltaba intensidad, esa clase de intensidad que había sentido junto a Pearl Brooksmith, y que le había hecho gritar en pleno éxtasis durante más de veinte minutos. En junio del año anterior, 1940, había escrito: «Erección débil». Nada puede durar para siempre, ni siquiera el sexo mágic(k)o. En el verano de 1920, cuando tenía cuarenta años y vivía en la abadía del Haz lo que Quieras, escribió en su *Magical Record* lo siguiente: «Noto que durante todos estos días mi erección es fuerte y duradera —nunca he tenido una mejor en toda mi vida— y no tengo ningún problema en autocontrolarme».

19 de junio de 1941. Otro día de calor insoportable. Nuevamente, a la caza de alojamiento.

El viernes, 20 de junio de 1941, se había dirigido a una casa en el 14 de Lassall Gardens, en donde se alquilaba una habitación. «Mrs. Sullivan: “Puede quedarse aquí”. Así pues, le pagué una semana adelantada, que ascendía a 2 libras y 10 chelines, y ella me dio, a cambio, un recibo y la llave.» Se mudaría al día siguiente.

Antes del amanecer, a las 3:15 del 22 de junio de 1941, Adolf Hitler invadía Rusia, y el mundo contenía el aliento.

22 de junio. Retransmisión radiofónica del discurso de Churchill, hablando de los hunos y de la U.R.S.S. Una farsa para troncharse de risa: una de las más divertidas que jamás haya oído.

25 de junio. No doy ni la menor partícula del gas de un pedo por cualquier persona o cosa. ¡Dejemos que la Gran Obra prosiga!

28 de junio. Trabajé a regañadientes en el final de *Thumbs Up!* («¡Pulgares arriba!») «mejorándolo» bastante, de manera que soy capaz de abofetear a cualquiera por el menor motivo.

Aquel mismo día también anotaría en su diario que Mrs. Sullivan, su casera, «quiere, sin previo aviso, ¡que me vaya el lunes! La policía no puede hacer nada: buscaré un abogado y le pediré consejo». Crowley no ofrece explicación alguna de por qué se veía obligado a abandonar la habitación después de una semana; lo único que escribe es que «esa bruja de la Sullivan había acostado a la merodeadora Yid Yoni en mi cuarto de estar». Así pues, había alquilado dos habitaciones, una de las

cuales le servía de dormitorio y la otra de cuarto de estar, y Mrs. Sullivan acababa de entregar esta última a una judía.

Más detalles acerca de su casera y la Yid Yoni —Yid de *yiddish*, el lenguaje usado por los judíos centroeuropeos, y Yoni de la palabra sánscrita que significa «vulva»— se ponen de manifiesto en los fragmentos de su diario que a continuación se ofrecen: El 30 de junio, el lunes que debía dejar libre el alojamiento, se fue a ver a un abogado llamado Smallman, y le dio instrucciones para que escribiera a Mrs. Sullivan. El 1 de julio, martes, todavía sigue en el 14 de Lassall Gardens, y parece que ya ha llegado a establecer algún tipo de relaciones con la «Yid Yoni» en su cuarto de estar, ya que habla de ella y utiliza los términos más razonables al referirse a «Diana Parker (una judía rumana)». Escribe el 1 de julio: «La vieja Sullivan nuevamente en el sendero de la guerra: vive (eso es lo que ella misma dice) en constante pánico, sólo de pensar lo que podemos estar haciendo. Por eso quiere quitarnos la luz. Armé tal zapatista que la volvió a dar».

Al día siguiente, miércoles, 2 de julio, hace una sorprendente anotación: «Estuvo Alice... larga “charla” con la arpía de Sullivan, en pos de la rápida entrada de Diana en mi dormitorio, a primera hora de la mañana, y las palabras “¡Es una mujer horrible! ¡Debería ser desenmascarada!”, etc., con todo tipo de detalles financieros y cálculos de a tres gordas, propios de “urracas ladronas” y de pergaminos enmohecidos. Todo auténtico. Diana intentó quedarse conmigo por la tarde en el río». Y Alice le hizo una *fellatio*.

El 5 de julio, «la repugnante momia de la Sullivan me ha vuelto a despedir». Pero, al día siguiente, «Mrs. Sullivan dulce y maternal... ¡es demasiado para mí!».

7 de julio. La arpía, después de haber estado todo el día completamente tranquila, volvió otra vez a querer echarme. Yo creo que lo que hace es estar todo el tiempo tragándose la bilis, hasta que no tiene más remedio que echarla afuera... y después lo lamenta. Es un caso curioso.

El 8 de julio, un día que Crowley describe con los términos de «terriblemente cálido», con tormenta eléctrica a eso de las cinco de la tarde, descubre lo que «parece ser un excelente apartamento para usos comerciales en el 10 de Hanover Square, por 3 guineas y media a la semana. Lo cogeré a partir del sábado». El apartamento en cuestión se encontraba en el West End de Londres.

10 de julio. Otro día de calor auténticamente salvaje; remar antes de la comida resultó magnífico. Remé, sintiéndome muy feliz, por las turbulentas aguas que están debajo de la represa. Leí mucho de O[scar] W[ilde]. Volví a escribir mi jovial filípica contra la Sullivan. Para cenar, un lenguado regio en el Bear.

11 de julio. Sigue un calor de lo más opresivo... sólo se encuentra alivio en la ribera del río. Evacuación preparada cuidadosamente... quizá *demasiado*. Las cartas para Mrs. Sullivan, escritas a máquina y entregadas a Smallman, Mrs. Diana Parker & Maidenhead Advertiser.

A juzgar por estas últimas palabras, sus intenciones no resultan nada claras, aunque parece que intenta alguna acción hostil contra las dos mujeres. Una investigación en el *Maidenhead Advertiser* resultaría infructuosa, pues su editor

nunca se habría avenido a publicar ninguna carta firmada por Aleister Crowley sobre Mrs. Sullivan y Diana Parker. Parece como si Crowley se hubiera olvidado por un momento de la reputación que él mismo se había construido tan penosamente. Uno no puede hacer las cosas y después pensar que no ha ocurrido nada. Pero Crowley, justamente, pensaba que eso no iba con él.

Describe su mudanza del 12 de junio al número 10 de Hanover Square, W1, en los siguientes términos: «Evacuación “acorde con el plan”. Sin novedad». Y añade: «Carta desagradable de Frieda Harris; debe de ser porque está enferma. *Muy enferma*». Pero ella no estaba tan enferma como él, tal y como revelará su diario, dos días más tarde, «He cogido frío —me siento morir— me he puesto la cuarta de tri [heroína], A las 10 p. m. me sentía muy apagado y enfermo.» La condición que había Puesto el casero del 10 de Hanover Square de que le pagara una semana alquiler por adelantado no le había sido de gran ayuda en su dolencia. «¿Qué he de hacer?» El *Yi King* fue del parecer que debía aguardar.

15 de julio. Alice. El trabajo habitual [¿flagelación y masturbación?].

18 de julio. Estuvo Alice: lo de costumbre.

19 de julio. Cené en el Café Royal. Pollo «à la Suprême», de primera.

20 de julio. Me desperté a las 5:30, sintiéndome terriblemente mal. Estuvo Alice... *cunnilingus*.

27 de julio. Me desperté a las 2:10 de un sueño ciertamente maravilloso: coños, culos, cocaína, lugares y cosas muy bonitos... una auténtica *tamasha* [diversión].

El 27 de julio jugó al ajedrez con M. A. Sutherland. «Fui afortunado al elegir. Le vendí 2 libras y cinco chelines de tweed.» El tweed procedía de una bala de tela —durante el tiempo de guerra, todos los tejidos estaban sometidos en Inglaterra a racionamiento— del telar de Mrs. Iona Cammell.

28 de julio. 1:45. ¡Una alerta! Fuego de artillería antiaérea. Me pareció oír una o dos bombas. Todo el mundo demostraba mucho compañerismo y amistad. Carta aburrida de Cammell. Factura de Iona. ¡Ja, ja!

Mas para Charles e Iona Cammell el asunto no era cosa de broma. El 14 de agosto recibió otra carta de Cammell desde Westward Ho, en North Devon:

Querido Crowley,

Por la presente contesto a la carta que enviaste a mi mujer. Tu queja de que «rechazas por completo la transacción» de un traje que se te hizo hace tres años por supuesto que sería sobreseída por cualquier tribunal de este país. No obstante, como no deseamos seguir adelante con la discusión, en este momento puedes deducir de la factura las 7 libras que «reclamas». Pero, por favor, envíanos lo demás, ya que lo necesitamos urgentemente. Sabemos, por lo que nos dijiste en tus cartas, que te pagaron en efectivo. Asimismo, ¿tendrías la amabilidad de incluir la libra que te presté para que te fueras a Torquay, el día que abandonaste Richmond?

Lamento tener que decirte que me resulta demasiado ofensivo el tono de la carta que enviaste a mi mujer, así como las observaciones respecto a ella que me has hecho a mí.

Sinceramente tuyo,

C. R. Cammell

Considerando las relaciones amistosas que han existido entre nosotros desde hace tanto tiempo, y el interés que siempre he tenido en tu obra literaria, me resulta

imposible comprender tu presente actitud. C. R. C.

Después de la muerte de Crowley, Cammell publicó un afectuoso homenaje a la Bestia; la admiración que sentía por él, como poeta, era ilimitada:

Ya en Torquay, siguió escribiéndose conmigo de la manera más cordial: algunas de las cartas más interesantes y afectuosas que recibí de él fueron escritas durante los escasos meses que permaneció allí. La ruptura ocurrió sin previo aviso. Estuvo relacionada con una dama y con cierta suma de dinero. Hice todo lo que pude para arreglar el asunto, para persuadirle de que actuase de manera honorable o, al menos, razonable y cortésmente. Pero no sirvió de nada. Y como era usual cuando se sentía retado, adoptó una postura desafiante. De esa misma manera ya había perdido a muchos de sus mejores amigos: George Cecil Jones, Eckenstein, Mathers, Allan Bennett, el general Fuller, sir Gerald Kelly y Victor Neuburg. Cada uno de ellos se había visto obligado, a su vez, a romper con Crowley, al igual que yo. Sólo le vi una vez, después de aquello, en Londres, una vez acabada la guerra. Y no nos hablamos.

Es evidente, que la «dama» era su esposa, Iona. Cammell, sin ningún tipo de amargura, me aclaró la manera en que la amistad que le unía a Crowley había llegado súbitamente a su fin. La Bestia, invitado a cenar por los Cammell, había visto la bala de tweed oscuro; no tardó en preguntarse a Iona qué pensaban hacer con ella. Se convino un precio. Crowley se llevó la bala de tela, pero su cheque por el producto de la venta nunca llegó. Iona le escribió y él contestó, diciendo que había dado diversos cortes de la tela a tal o cual persona, por lo que le recomendaba que escribiera a cada uno de ellos.

22 de septiembre, 5:30 p. m. Estuvo Bayley. Compró el último corte de tweed... ¡es un hombre excelente!

Iona escribió a las personas que habían comprado la tela; todas le contestaron diciendo que habían pagado a Mr. Crowley el producto de su compra. Iona, totalmente enfadada por la maniobra, escribió nuevamente a la Bestia, quien le respondió en términos vejatorios. «Yo le reverenciaba como a un gran poeta», me dijo Cammell, «pero después de aquella carta que envió a mi mujer, en mi condición de caballero, no pude por menos de romper con él.» No estaba irritado, sino simplemente perplejo por semejante comportamiento. Era tal la importancia de la relación que había existido entre ambos, que Crowley, en la primera página de su libro *Eight Lectures on Yoga*, editado en 1939, hacía aparecer en la dedicatoria a Cammell, sin «haberme pedido siquiera permiso», como me comentaría el mismo Cammell.

«Bayley» no era otro que Gilbert Bayley, uno de los más viejos amigos y seguidores de Crowley; su nombre aparece, de vez en cuando, en el diario de la Bestia. «24 de octubre de 1941. 5:00. Ha venido Bayley, muy jovial.» Bayley mantenía una discreta distancia respecto a la Bestia, y meditaba mucho lo que le decía, como pone de manifiesto la carta que, el 7 de enero de 1950, envió a Karl Germer:

Care Frater Saturnus:

Haz lo que quieras será toda la Ley. Gracias por tu carta del 13 del mes pasado. No quiero enzarzarme en un largo galimatías respecto a Crowley.

Todo el tiempo que has estado considerando mi última carta ha debido de inducirte a error.

Hay un refrán que todavía sigue siendo válido y que dice así: «Obras son amores y no buenas razones». Cuando estás juzgando a un hombre que afirma ser un maestro espiritual o algo parecido, es a eso a lo que tienes que agarrarte. Palabras, palabras, palabras: Crowley las escribió a millones. Razones: las tuvo a cientos. Pero ¿qué es lo que nos enseñan sus obras acerca de su vida?

Yo le conocía desde hacía mucho tiempo, desde 1909, que era la época de los Ritos de Eleusis. He conocido a un gran número de personas relacionadas con él. Conocí a Fuller, el hombre que escribió el ensayo sobre la poesía de Crowley, etc., que ganó el premio de 100 libras, y que A. C. nunca pagó.

Neuburg: invirtió mucho dinero, a efectos prácticos todo lo que tenía, en los proyectos de Crowley, y nunca recibió medio penique a cambio, lo que supuso la causa de su ruptura con Crowley.

George Raffalovich: lo mismo puede decirse de su caso.

H. E. Inman: según sus propias palabras, «Crowley era un malcriado». Le dejó dinero, y cuando anduvo apretado intentó que se lo devolviera. ¿Podría darle algo? Ya conoces la respuesta. Su petición no se tuvo en cuenta, su carta le fue devuelta, y ni siquiera recibió, como Sir Gerald Kelly, un paquete de libros ilegibles e invendibles, en pago al préstamo que le había hecho.

Edward Ward: se fue a Birmania, pero siempre se mantuvo al acecho de lo que hacía Crowley, por miedo a que éste, antes de irse, pudiera sacarle algún préstamo.

Leila Waddell: la violinista australiana que se fue a América, y que sería seguida por Crowley, quien pensaba vivir a su costa. Era una buena violinista. Había vivido con él y llegó a conocerle.

Mr. y Mrs. Hammond: Mr. Hammond, el artista que diseñó los diplomas de la O.T.O., nunca recibió medio penique por su trabajo y sus molestias, sin mencionar que sus mejores sillones recibieron el empuje de los excreta de Crowley.

Podría seguir hablando a docenas de muchas otras personas que sufrieron las despreciables, abominables y criminales tretas de aquel canalla.

Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Fraternalmente tuyo,

L.O.V.
(Gilbert Bayley)

El comentario de Gerald Yorke a esta carta fue el siguiente: «Bayley fue un discípulo (L.O.V.) que se volvió agrio». Al no conocer el nombre mágico de Bailey dentro de la A.'. A.'. , al que pertenecen las iniciales L.O.V., el juego de palabras de Yorke carece de sentido.

«Estuvo Alice: la masturbé por motivos humanitarios». Además de sus frecuentes actos de generosidad para con Alice, Crowley jugaba al ajedrez, se sentía, de continuo, enfermo, escribía o dictaba cartas, tenía vividos sueños, acudía al cine o al teatro, recibía a tal o cual persona, o visitaba a éste o a aquél, como, por ejemplo, R. H. Naylor, el astrólogo que escribía una sección para el *Sunday Express*, «Lo que te dicen las estrellas». Como escribiría en su diario: «Vi a Naylor (ascendente Libra, Sol en Leo), en el 10 de Baker Street. Larga charla sobre astrología. Está de acuerdo en el factor desconocido».

La Bestia comenzó a estudiar astrología en cuanto ingresó en la Golden Dawn, allá por el año 1898, a la edad de veintitrés años. Su actitud respecto a la astrología, al contrario de la que suele ser corriente entre los astrólogos, era de tipo mágico; él no era un astrólogo dedicado a su trabajo, como Rupert Gleadow, el más erudito de su tiempo, quien, en Oxford, leía cuatro lenguas muertas antes de dedicarse a la astrología, sino un mago que utilizaba la astrología como uno de tantos artilugios mágicos. Esto quiere decir que, en la práctica, no utilizaba la astrología como una

ciencia que puede predecir el futuro, sino que sólo le interesaba de ella lo que se relacionaba con los fines mágicos que formaban parte de sus intrincadas relaciones con las personas. Así pues, la astrología desempeñó un papel poco importante en sus actividades, lo que explica que sólo dedicara a este tema una obra, escrita en Norteamérica de 1917 a 1918: *A Treatise on Astrology*, que en la lista de sus publicaciones suele designarse con el título de *Liber 536*. Este número es el de la palabra hebrea *Masloth* (o *Mazaloth*), que designa la esfera de las estrellas fijas, es decir, el Zodíaco. Así pues, se trata de un número muy apropiado para una obra de astrología. Un ensayo anterior a éste, asimismo sobre el tema de la astrología, fue publicado por Crowley en *The Equinox*, durante 1913. Su título es *Batrachophrenoboocosmomachia*, y trata de prácticas mágicas que permiten expandir la consciencia hasta las estrellas y los planetas. El título ha sido formado a partir de las palabras que, en griego, significan «batracio», «mente», «buey», «universo» y «batalla», y juega con el título de la épica «buffa» de Homero, la *Batrachomyomachia*, o «Batalla entre las ranas y los ratones». La idea que subyace en la utilización de este bárbaro nombre, «*Batrachophrenoboocosmomachia*» —que debe ser pronunciado con una cierta entonación— es que se crea una especie de vértigo que libera a la mente de sus usuales ataduras. La consciencia —sigue la idea indicada— es exaltada *ad infinitum*, gracias a este método.

A Treatise on Astrology es, por lo general, la obra más leída y menos controvertida de todas las escritas por Crowley; no fue publicada hasta 1974, gracias a la labor de edición que Kenneth Grant y yo realizamos. Se trata de Crowley en su nivel más maduro. Por ejemplo, en la sección dedicada a Urano, se hace esta observación acerca del genio: «El genio es fundamentalmente “bueno”, pero, a menos que se halle acompañado de grandes dosis de cordura, de la fuerza moral de un dios y, fundamentalmente, de sentido del humor, se enturbiará, fermentando y convirtiéndose en un mortal veneno». No todas las observaciones de este tratado astrológico son tan sensibles o profundas. Por ejemplo, Crowley no pudo abstenerse de dar una zurra a W. B. Yeats: «El débil, soñador y, casi imbécil, de W. B. Yeats, tiene a Marte y a Neptuno en trino; pero la combinación de ambos le confiere el poder en un mundo que no es sino una sombra del suyo propio». ¿Estaba pensando Crowley en sí mismo cuando escribía esto?

Durante la Primera Guerra Mundial, Crowley residió en Estados Unidos, escribiendo propaganda para las Potencias Centrales, hasta que los Estados Unidos entraron en guerra, al lado de los Aliados. Durante la Segunda Guerra Mundial, Crowley, más entrado en años y más sensible, ya que el asunto le tocaba de cerca, escribió poesía propagandística para los Aliados, comenzando con un simple pliego doblado en dos e impreso por todas sus caras, que tituló *England, Stand Fast!*, [¡Inglaterra, mantén-te firme!] que publicó el 23 de septiembre de 1939:

¡Inglaterra, mantén-te firme! ¡Mantén-te firme ante el adversario!
Ellos han dado el primer golpe: nosotros daremos el último.

¿Paz al precio de la libertad? Nosotros decimos ¡NO!
¡Inglaterra, mantén-te firme!

En el verano de 1941, incorporó *England, Stand Fast!* a una larga obra en verso titulada *Thumbs Up!*, de la que sacó una corta tirada, cuando estaba en el apartamento del 10 de Hanover Square W1. En ella se aprecia la marca de la Bestia: el pene con los testículos, superpuesto a una estrella de siete puntas, y debajo el número 666; una circunferencia circunscrita a este complejo motivo lo completa. Aparte de este signo, aparecían escritas las letras *In hoc signo vinces* («Con este signo vencerás»), que, según se dijo, se le habían aparecido a Constantino en el cielo, junto a una cruz luminosa, el *lábaro*, y que habían supuesto un feliz augurio en su conquista del poder imperial. El 7, desde tiempo inmemorial el número de los planetas, representa el estadio más elevado del proceso de transformación y, por eso mismo, la meta de la Gran Obra.

Crowley, cuya manera de pensar había sido deformada por el simbolismo y ritual cristianos, no vio lo absurdo de este signo —los genitales masculinos— con el que, según decía, podría obtenerse la victoria sobre Hitler. Sin embargo, sería el propio Crowley, y no Victor de Lavaleye, uno de los miembros del Gobierno belga en el exilio, que, a la sazón, se hallaba en Londres, quien «inventase» la V de la victoria, que se forma con los dedos índice y medio de la mano. En una retransmisión de la B.B.C. dirigida a Bélgica, Lavaleye propuso que la letra V, la inicial de Victoria en todas las lenguas de Europa, sustituyera a las de la Real Fuerza Aérea británica, la R.A.F., que aparecían pintadas con tiza en todas las paredes de Bélgica. Su idea fue aceptada al momento, y la letra V, o su transcripción en código Morse, fue emitida en todos los programas de la B.B.C. dirigidos al continente, seguidos por los acordes iniciales del primer movimiento de la Quinta Sinfonía de Beethoven. (Véase la obra de Brewer, *Dictionary of Phrase and Fable*.).

Que el inventor de la letra V como símbolo de la victoria de los Aliados fue Aleister Crowley puede ser probado por varios detalles relevantes de su vida y hazañas. El primero de ellos serían las iniciales del nombre mágico que adopta al alcanzar el grado de Magister Templi: V.V.V.V.V. Además, existe una foto suya, publicada en el frontispicio de su obra *Eight Ectures on Yoga*, en la temprana fecha de 1939, en la que aparece tocado con un turbante, y en la que puede apreciarse cómo la mano que sostiene su mandíbula forma, con sus dedos índice y medio, la V que Churchill haría popular durante la guerra. Y, por si fuera Poco, los cigarros que Crowley había estado fumando toda su vida solían exceder en longitud, en más de una ocasión, a los consumidos Por Churchill.

En otra versión de *Thumbs Up!* aparece insertada una posdata en la fe de erratas:

15 de agosto. Ha sido anunciado para el 7 de septiembre el Cuarto Día de Oración Nacional. Confío en que la publicación del Himno de la página 9 y la Invocación mediante el signo V de Apofis y Tifón, consigan conjurar las calamidades que este postrer borborismo del «estruendoso final» del culto caduco pueda acarreamos.

Ayudándose con el propio cuerpo, es posible hacer signos y símbolos. Por ejemplo, el noveno signo de los referidos a los Grados de la A.°.A.°. significa que el mago, revestido de su túnica ceremonial, hace con sus brazos levantados el signo de la V, «V Tifón-El Tridente»^[237], tal y como se comenta en su obra *Magia*. Las restantes referencias a las divinidades egipcias se explican fácilmente, ya que Tifón, asociado a Set, es el enemigo de Osiris. Es evidente, por tanto, que «el culto caduco» es, en la filosofía de Crowley, el de Osiris, equivalente al del cristianismo.

El 12 de agosto de 1941, anota en su diario: «Trigésimo octavo aniversario de mi primer matrimonio —¡qué estupidez!—, que me llevó hasta El Kahira», o sea, El Cairo. Se refería a su encuentro con Aiwaz y a los momentos en que aquella «inteligencia preterhumana» le dictara el *Libro de la Ley*, durante la primavera de 1904, cuando se encontraba en aquella ciudad. Su esposa Rose había sido una parte vital en aquel importante acontecimiento, por lo que dicho matrimonio no fue tan estúpido como afirma. Cuatro días más tarde (el 16 de agosto), escribiría: «Decimosegundo aniversario del segundo —demencia senil— matrimonio», que había tenido lugar con María Teresa Ferrari de Miramar. Recordemos que no fue afortunado en sus matrimonios, pero sus esposas aún lo fueron menos, ya que murieron en sendos hospitales psiquiátricos, sin conseguir reponerse de la locura en que habían caído.

21 de agosto de 1941. Chiswick Press quiere que pague antes de la entrega [de *Thumbs Up!*]. Les dije que podrían vender la edición como papel usado y, entonces, yo tendría que ir a otro impresor.

La Chiswick Press, que estaba en New Southgate cometió el error de no pedirle a Crowley el dinero por adelantado.

El 27 de agosto, visitó Cambridge en compañía de Gerala Yorke. «Vi los viejos lugares y proclamé la Ley desde el altar mayor de la capilla del Trinity. Durante todo aquel tiempo, Yorke se mostró encantado.»

Sólo tenemos la palabra de Crowley de que a Yorke le encantó oírle proclamar solemnemente la Ley en el altar mayor de la capilla vacía del Trinity College: «¡Haz lo que Quieras será toda la Ley!».

El 30 de agosto de 1941, Crowley tuvo un ataque al corazón, «muy alarmante», pero se recuperó y salió en busca de comida. «Fui a seis sitios para intentar cenar... no eran buenos.» El 3 de septiembre, un día muy caluroso, sufrió un desmayo, y pensó que su corazón, demasiado atropellado por las enfermedades, se pararía para siempre. «He estado echado toda la tarde. La adrenalina consiguió ponerme a tono.» En ese estado tan apagado recibió la visita de su antigua amiga y discípula Ethel Archer, para cuya novela *The Whirpool*, editada en 1911, había escrito una introducción.

Recibió cartas amistosas del novelista galés John Cowper Powys y del escritor de temas filosóficos y profesor, C.E.M. Joad; pero también llegaron cartas menos amistosas, como la del director de la Chiswick Press, que le pedía el pago por los

servicios prestados: «11 de septiembre. ¡La Chiswick Press intentando chantajearme de nuevo!». Lo único que quería aquella editorial era cobrar los costes de la edición de *Thumbs Up!*

12 de septiembre de 1941. Una pesadilla realmente desagradable. Tenía que encontrarme en París con uno o dos amigos... Fui capturado por cuatro nazis. Me izaron con una cuerda y uno me agarró del escroto, golpeándome salvajemente. Me desperté, con el corazón palpitando alocadamente.

13 de septiembre. Sueño maravilloso: una joven alta y fuerte y yo estábamos jodiendo. La entregué a un animal (más tarde yo haría lo propio), que ella decía que era un cerdo, pero que no lo era del todo. Intenso deseo. Todo el día me sentí mal; supongo que no sería más que aprensión. Pero, en gran parte, fue debido a la amarga sensación de la falta de amigos.

¿Aquel cerdo era Crowley? Podía haber soñado que se entregaba tanto a una hermosa y santa mujer como a una jirafa. Una vida de deseo intenso, como la que había llevado, y que proclamaba como aquello en lo que consistía la más alta virtud, era algo que estaba muy bien, pero que no conduciría a nadie a un nivel más elevado de conciencia. El deseo se halla, de hecho, relacionado con el comportamiento animal, por lo que lo anteriormente apuntado puede no hallarse descaminado. Pero hay algo frío y remoto en Aleister Crowley. Cuando yo me sentaba con él en su habitación de Netherwood, en Hastings, o en el suelo de aquella casa, durante el verano, tuve, frecuentemente, la sensación de que me encontraba en compañía de alguien que no era completamente humano. No era gratuito que se llamara a sí mismo El Vagabundo de la Desolación. La Desolación o la Tierra Desolada o Baldía (*The Waste Land*) no es un territorio ignoto, sino una actitud mental. No es pues, sorprendente que, en la misma página en que ha anotado lo del cerdo, confiese sentir amargamente «la falta de amigos».

3 de octubre de 1941. Vino Frieda a las 3 en punto: charla deliciosa y muy interesante hasta las 5:20. Me invitó a cenar en Au petit Coin de France, con Lesley Blanch. Comida indescritiblemente infame... Se fueron [a sus respectivos alojamientos] 9:30-11:00. Me encontraba cansado, sofocado y aburrido.

21 de octubre. Vino Alicia para el *cunnilingus*. La «última debilidad de una mente noble».

22 de octubre. Dormí toda la noche, pero al despertar, recordé un sueño en el que aparecía una soberbia puta, joven y negra como el azabache.

41

«LIBER OZ»

EL 6 de noviembre de 1941, Crowley decidió publicar el *Liber Oz*, o *Libro de la Fortaleza*, un simple folio de papel, impreso sólo por un lado; contiene un resumen de su credo. Hablaría de él como de «Los Derechos del Hombre», y comentaría a Yorke que se trataba de un documento histórico. Cerca de su ángulo superior izquierdo puede apreciarse la marca de la Bestia. Esta marca tan notoria aparecía impresa en toda su correspondencia.



El *Liber Oz* fue el último mensaje que entregaría al mundo; está encabezado por cuatro breves fragmentos del *Liber Legis*, entre los que, por supuesto, se encuentra el «Haz lo que Quieras será toda la Ley». Al *Liber Oz* le falta la extravagante grandeza del *Catecismo del revolucionario* de Serguei Netchayev, aparecido, por vez primera, en 1896, que resulta tan extremado y amoral como aquél. Esto es lo que dice Netchayev:

El revolucionario es un hombre consagrado. No demuestra interés hacia sí mismo, carece de negocios, de sentimientos, de ataduras, de pertenencias, incluso de nombre. Todo en él se encuentra dirigido hacia un único y exclusivo interés, un único pensamiento, una única pasión: en el auténtico interior de su ser, no sólo en palabras, sino en obras, ha roto cualquier atadura con el orden civil y el mundo civilizado, incluidas sus leyes, propiedades, convencionalismos sociales y reglas éticas. Es un implacable enemigo de este mundo y, si aún sigue viviendo en él, sólo es para destruirlo de manera más efectiva.

Esto es lo que nos dice el *Liber Oz*:

El hombre tiene derecho a vivir su propia ley... a vivir de la manera en que desee vivir: a trabajar en lo que quiera: a conducirse como quiera: a quedarse donde quiera: a morir cuando y como quiera: el hombre tiene derecho a comer lo que quiera: a beber lo que quiera: a morar donde quiera: a irse a vivir donde quiera, en cualquier lugar de la superficie de la Tierra. El hombre tiene derecho a pensar lo que quiera: a decir lo que quiera: a escribir lo que quiera: a dibujar, a pintar, a esculpir, etc. a modelar, a construir lo que quiera: a vestirse como quiera. El hombre tiene derecho a amar como quiera...

Comparado con el *Catecismo*, viene a decir lo mismo, excepto en la declaración final: «El hombre tiene derecho a matar a todo aquel que contraría la realización de

estos derechos». Esto es lo que dice Netchayev respecto a matar a la gente:

Duro consigo mismo, el revolucionario también deberá serlo con los demás. Todas las emociones tiernas y afeminadas debidas al parentesco, a la amistad, al amor, a la gratitud e, incluso, al honor, deberán ser ahogadas en él por una fría y única idea: la pasión de la causa revolucionaria. Sólo existirá para él un deleite, un consuelo, una recompensa y una gratificación: el éxito de la revolución. Día y noche sólo ha de tener un pensamiento, un empeño: la destrucción despiadada.

Netchayev, que era un hombre joven, disparó a sangre fría contra uno de sus camaradas para sofocar el motín que se incubaba entre los demás, convirtiéndolos en cómplices de su crimen; por esta causa tuvo que abandonar Suiza, y llegó encadenado a Rusia. Fue conducido a la fortaleza de Pedro y Pablo, en San Petersburgo, y se le encarceló en la «Torre Alexis», donde permaneció desde 1873 hasta 1882, año en que murió, a consecuencia de la ingrata dieta. Había tenido un discípulo en el exterior: Lenin. Sin embargo, a pesar de sus consideraciones hacia los infractores de los «derechos», y de hallarse frustrado en todos los sentidos, especialmente por culpa de sus seguidores, Crowley, que yo sepa, nunca mató a nadie.

El médico francés François Rabelais escribió, con un humor temerario, y para relajación de sus pacientes, su *Gargantúa y Pantagruel*, que, como ya hemos visto, se anticipa a la Ley de Thelema y al *Liber Oz* en cuatrocientos años:

No habían pasado toda su vida dedicándosela a las leyes, los estatutos y las normas, sino a sus verdaderas voluntades y a sus propias delectaciones. Se levantaban de la cama cuando les apetecía; comían, bebían, trabajaban, dormían, cuando se les ocurría y se hallaban dispuestos para tal cosa. Nadie iba a despertarles, ni nadie se presentaba para indicarles que comieran, bebieran o hicieran cualquier otra cosa; pues así lo había establecido Gargantúa. De toda la regla y de las estrictas ataduras de su orden, ésta era la única cláusula que debía ser observada: HAZ LO QUE QUIERAS.

Frieda Harris se alarmó en seguida, nada más leer el borrador a máquina del *Liber Oz*. El «Haz lo que Quieras» estaba muy bien, pero eso de «El hombre tiene derecho a matar a todo aquel que contraríe la realización de estos derechos» era pasarse de rosca; por ese motivo, le rogó que no publicara la obra. Ethel Archer hizo lo mismo. «14 de noviembre de 1941. Otra carta llena de desvaríos de F. H. rogándome que no publique el *Oz*.» Enviaría el borrador a un impresor apellidado Hughes, quien le pidió 4 libras por tirar 300 ejemplares e insistió en cobrar las 4 libras por adelantado.

15 de noviembre. 4:30 a.m. No podía dormir, trabajar o leer. Permanecí despierto, ¡intentando meneármela! No consigo ver más allá de este bache. Me pareció sentir pesadez de manos y pies.

17 de noviembre. 3 días de ESTREÑIMIENTO; 1/2 hora de agonía, pero todavía no me encuentro bien. Fui a comprar ostras. Al final, conseguí echar un gran chorizo... terriblemente doloroso. A las 6 en punto, 1/2 gramo de heroína.

Al estreñimiento siguió una diarrea. Andaba bajo de ánimo; había vivido tanto tiempo una vida tan irreal, que su anhelo por la «realidad» era sentido de la misma manera, demasiado romántica, que un escolar. «Siento una nostalgia tan tremenda por la realidad...vida al aire libre, con el Sol, la Luna, las Estrellas, el Viento, el Mar y

las Colinas, que sería capaz de matarme.»

23 de noviembre. Una comida realmente buena en el Café Royal.

Al día siguiente recibió lo que llamó «tarjetas de anti-Navidad». Germer le envió unos cuantos dólares que, al cambio, se convirtieron en 48 libras 15 chelines y 4 peniques, y dos libras de tabaco, justamente de su tipo preferido, Perique.

Escribió «al piojo de Yorke», quien le contestó enviándole un cheque por valor de 10 libras, de suerte que pudo regalarse con «los tremendos mejillones *d la marinière* del Café Royal: nuevamente a los cigarros y al *Fino*».

23 de diciembre. Vino Alice. La masturbé.

Así pasó el día de Navidad de 1941:

2 en punto. Me desperté de un sueño profundo. Desagradable diarrea. Dormí de un tirón hasta las 9. Me levanté... ¡no me hizo mucha gracia! Robert Cecil trajo Pommard del 34... realmente perfecto. En contadas ocasiones he bebido un vino mejor. Me encontraba bastante mal, quizá me hubiera aliviado el sentarme erguido. ¡Su llegada me reconfortó instantáneamente!

6 de enero de 1942. Frieda me ha vuelto a poner enfermo: me estuvo enloqueciendo con sus desvaríos durante 1/2 hora por teléfono.

No dice de qué trataban aquellos desvaríos, pero, de cualquier modo, cuando ella terminó, le invitó a comer al Hotel Savoy, comida que mereció en su diario el tratamiento de «gran éxito». A la ida, o a la vuelta, del Savoy, entró en un estanco. «Philip Morris no quería venderme cigarros, aduciendo que le debía 60 libras y pico. ¿Acaso pensará que me hacen un favor vendiéndome cigarros?» La Bestia se hallaba siempre más allá de toda culpa. «¿Qué es esto sino una nueva traición?» El 3 de enero de 1937, Germer le había escrito desde Dublín. «En cuanto acabas de meter la pata ya estás pensando que has sido el blanco de algún traidor. Lo primero que haces es estropear un sencillo trabajo al obligarte a tomarte las cosas a la tremenda, consiguiendo solamente que surjan nuevos problemas que te conducen a derrotas estratégicas...»

Durante 1941, el *Liber Oz* fue editado con un formato de tarjeta postal, que fue enviada por Crowley a sus amigos y seguidores. Nadie acusó recibo de la misma hasta treinta años después de su muerte, cuando su personalidad y sus ideas comenzaron a suscitar admiración entre los Beatles y la gente joven.

Frieda, que seguía pagando sus deudas, no hacía sino provocarle. «Me altera terriblemente. Todo el día “a la intemperie”», escribió en su diario, el 10 de enero de 1942. Y añade: «No siento interés por nada; sensación de malestar; irritabilidad suprimida; me gustaría poder echarle la culpa a algo o a alguien. La invitación a cenar de Frieda sólo tuvo el efecto de ponerme furioso. Me gustaría tener a alguien para poder darle una patada, y la energía para poder dársela». Dos días más tarde, sigue denigrando a Frieda: «Frieda Harris loca, fanfarroneando y amenazando. Los

caprichos de una escolar malcriada. Enfermo toda la mañana... cansado como un perro después de comer... Estuvieron Alice y Bayley... tan tranquilos, sensibles y reconfortantes; al menos por hoy, conseguí escapar de un absoluto no saber qué hacer».

Un *chute* de heroína le alivió de aquella penosa situación durante una hora; después un segundo; más tarde, un tercero; pero parecía «inoperante». Sus ataques de asma fueron decreciendo. Analiza la situación diciendo que Frieda Harris «ha llevado a cabo un prolongado e importante ataque [de asma] destruyendo mi resistencia interior». Por un dolor que tenía —no dice dónde— avisó al médico. «Muy inteligente y observador. Después de hacerme un reconocimiento... dijo que no necesitaba nada.» Cuando volvió al día siguiente, Crowley le entregó un ejemplar de su obra *Temperance. A Tract for the Times* («La Templanza. Un folleto para los tiempos»), de la que se habían editado sólo 100 ejemplares en 1939. La que yo poseo, la número 88, lleva inscrita la siguiente dedicatoria: «Al Dr. Vernon, con sincero aprecio por su cuidado, dedicación y simpatía».

El 25 de febrero de 1942 escribe en su diario: «Burdon, del *Despatch*, llamó, preguntando por mi muerte, ya que al parecer había recibido la Extremaunción de manos de un Camarlengo Papal. Necesitaré un cielo muy grande y totalmente vacío para poder reírme en él durante varias eternidades». Cinco años más tarde, ante el pensamiento de su muerte, comprendería que se le iban a acabar las bromas sobre aquel particular.

Febrero dio paso a marzo; los ejércitos alemanes se hallaban bloqueados en Rusia, y la Bestia se hallaba en estado de alarma ante la posibilidad de que no le llegase la heroína que había encargado a la farmacia. Alexander Watt, que, poco tiempo antes de la muerte de la Bestia, mantuvo con él correspondencia, aunque nunca llegara a conocerle en persona, era de la opinión de que «Sir Aleister Crowley experimentaba con drogas, pero, de ninguna manera, era un drogadicto».

Como Maestro de la Magi(k)a, Crowley podía vencer cualquier obstáculo, pero no el de las drogas, que acababan con su resistencia; los gritos de alarma que profería cuando se le acababan las reservas, encontraban eco en las páginas de su diario.

2 de marzo. Gran agitación ante la no comparecencia de la tri [la heroína]. Llegó a las 12.

11 de marzo. 4:30 p. m. Vino F. H. Me tomó media hora desembarazarla de toda esa fantástica carga de rabia y miseria que le echaron encima Percy y Morton House. Conseguí que volviera a sentirse bien, y las últimas dos horas que estuvo aquí resultaron deliciosas.

Una vez más, Gerald Hamilton volvía a ser su inquilino. «La histeria de Hamilton es devastadora. Es como una plaga, violentamente infecciosa. Temo que consiga difundir su pestilencia, de manera que su víctima acabe por no saber lo que dice ni lo que hace, y diga a todo que sí.» Se inyectó 1 3/4 de heroína, «después de la dosis de Ham[ilton]».

Al día siguiente, «Ham lloró y se lamentó de que estaba a punto de morir; por la

tarde, sintiéndose un poco mejor, se fue, presa de algún arrebató. Creo, sinceramente, que ha tenido una seria recaída. Pero nada le devolverá el buen sentido». Una semana más tarde, la Bestia resumía el comportamiento de su amigo Hamilton con estas palabras: «Hamilton parece un moscardón enloquecido».

El 7 de abril recibió una «miserable carta de Frieda» que no transcribe, pero cuyas consecuencias resume: «Mediante la arrogancia, la dominación y la intimidación a los que supone inferiores, nunca podrá superar el miedo rastrero que le tiene al infame judío con el que se casó».

10 de abril. Comida con Ham en una cervecería de Picadilly. Me quedé dormido a las 7 p. m..

11 de abril. Louis Wilkinson telefoneó —vino rápidamente— excelente charla. Interrumpida por Winter, que vino con Parsons, nombrado recientemente editor del *Daily Worker*.

El 23 de abril recibió la carta de un procurador, ordenándole que abandonase el apartamento.

28 de abril. Día nada satisfactorio. Cacería de casas infructuosa. Aburrido e irritable.

30 de abril. Cogido apartamento en Arlington Chambers, en el 5 de Dover Street, W1.

Pero no tardó en verse envuelto en dificultades con su piso amueblado:

6 de mayo. Otro día achicharrante. La doncella se niega a limpiarme el piso: por los siguientes motivos: 1) usar el retrete a las 4 p. m., escupí y erré el blanco 2) aquel lugar no está limpio. No debe funcionar bien la cisterna. El mandamás dice que me vaya *rápidamente*.

7 de mayo. Mudado a Hamilton House... las habitaciones pobremente iluminadas: en mi habitación carezco de teléfono y timbre. El mobiliario exasperadamente inadecuado, en el dormitorio no hay ni despertador. ¡No hay nadie para el apagón! El mandamás estuvo de cháchara y utilizó tretas de chantajista. Ham detenido bajo la acusación de insolvencia.

Envió un telegrama a Germer, que se encontraba en Nueva York, comunicándole su nueva dirección: Hamilton House, 140 Picadilly:

9 de mayo. Ham oculto en la sombra. ¡Al muy asno no se le ocurre otra cosa que seguir regando la ciudad de facturas sin pagar!

El 15 de mayo, después de recibir una carta de Frieda Harris, habla de ella en los términos de «Egomaníaca ingratitud e insolvencia —Me siento tan avergonzado por ella que no me atrevo a actuar... los desvaríos de Frieda han hecho que la mayor parte del día me sintiera indispuesto».

11 de mayo. Escribió Deborah, invitándome a comer mañana.

12 de mayo. Deborah me invitó a un excelente *pilaff* en *Maison Basque*.

El resumen de las visitas que, durante la primavera y el verano de 1942, hiciera al general Hogg y a su señora, da idea de la extraordinaria relación que le unía con ellos. Las visitas comenzaron de manera normal, pero no tardaron en acabar de la manera acostumbrada en que solían hacerlo las relaciones demasiado largas de la

Bestia:

18 de mayo. Apalabrada con Frinton suite 111, por 5 guineas semanales. Me he mudado con grandes dificultades y gastos, además de algunas roturas. Pagado hasta el 12 de junio. Las preocupaciones, generalmente desapareciendo: temperatura y salud mejores.

19 de mayo. Salud mejor. El aire de Ascot me sienta bien. Deborah me preparó una cena excelente y una cama confortable, en una habitación acogedora. Expliqué un poquito de magi(k)a a Saffron June, su hija, y conseguí que empezase con las visiones. Puede conseguirlo muy bien; puede desembarazarse de la realidad, pero si se aleja tanto no podrá distinguir bien las cosas.

20 de mayo. Día perfectamente tranquilo y delicioso. Resulta difícil ponerle a Deborah el arnés. Ascot le viene bien a mis piernas. Ha muerto A. E. Waite: *aet.* 84.

A Crowley no le caía simpático Waite, ni como persona, ni como estudioso; y Waite no tenía ni idea de la importancia sobrenatural de Crowley.

Al día siguiente regresó a Londres, sin haberle puesto a Deborah el arnés, y encontró una lisonjera carta de De Gaulle. Le había enviado al estadista un ejemplar de su poema «La Gauloise», y lo que recibía eran unas líneas de sus ayudantes: «Monsieur, je suis chargé par le Général De Gaulle de vous remercier par vôtre lettre du 12 mai. C'est avec un vif intérêt que nous avons la vôtre chanson. Nous sommes touchés par les beaux sentiments que vous avez exprimé d'une façon si charmante» *blitz*^[238].

Crowley seguía tomando sus dosis diarias de heroína y registraba por escrito el desprecio que le inspiraba Frieda Harris. «La grosera histeria de Frieda Harris... son sus desmedidas reacciones respecto al dinero lo que más daño le hacen.» Habló con Hamilton de Deborah, a la que había invitado a comer en la cervecería de Picadilly el 26 de mayo. Más tarde, 10 de junio, escribiría en su diario: «Indiscreción de Ham: le ha contado a Deborah que yo le dije a él que era una cleptómana». Y, al día siguiente: «Ham entró apresuradamente... los dos furiosos por culpa del cotilleo. Deborah debe de estar más chiflada de lo que pensaba».

Registraría, sin comentario alguno, la muerte de Cora Germer.

6 de agosto. Teléfono cortado. ¿Por qué? Algunas personas son tan aburridas que no les importaría que volviese la *blitz*^[239].

El 12 de agosto se decidiría a escribir la opinión real que le merecía Deborah Hogg:

Llevé a la vulgar, dominante, malévola y basta de la vaca de Deborah a comer y a ver la exposición del Tarot. Frieda se comportó como si se sintiera culpable.

Otras anotaciones hechas con anterioridad indican dónde se encontraba el problema. «28 de julio. Frieda, que me había prometido que me telefonearía, no lo hizo. Cada vez estoy más seguro de que es una falsa y de que intenta eludir su obligación.» La «obligación» consistía en darle su cheque. «4 de agosto. Fui a la Real Sociedad de Acuarelistas. Y allí estaba Frieda: muy sorprendida al verme, la ladrona

rastrera.»

Peter Brook le telefoneó desde Oxford. Brook presentaba en el pequeño Torch Theatre, de Wilton Place, la obra *Dr. Faustus* de Marlowe, y quería conocer el parecer de la Bestia sobre los aspectos mágicos de la obra. La Bestia pasó tres horas con Brook en el Torch Theatre:

12 de agosto. Peter. Cada vez que le veo me parece que su inteligencia va a más. Mi ayuda en el *Faustus* se redujo a los aspectos de la invocación y a los efectos.

17 de agosto. Vino Peter. Cada vez estoy más aburrido de todas las malditas cosas de esta tierra... Si mi padre viviera, hoy habría cumplido 107 años.

Había hecho planes para ir a ver a un tal Bruce, pero éste «telefoneó posponiendo el encuentro. ¡Diablos!». Deborah, «noblemente, me invitó a quedarme en Ascot hasta que Bruce volviese a llamarme de nuevo. A Ascot 5:14».

25 de agosto. Un día tranquilo... hasta que Deborah me obligó a zambullirme en una lluvia muy fuerte para ayudar a Rudy a hacer no sé qué tontería a un ciruelo. Me puse hecho una sopa.

Regresó a Londres y se fue con Alice (a la que llamaba «Tub») y Bayley a comer a la cervecería de Picadilly.

27 de agosto. Al ensayo [de *Doctor Faustus*]. La idea de convertir a Helen en un diablo particularmente feo, que hace muecas, hizo que los aturridos rapsodas del *Faustus* se retorcieran de risa.

El 29 de agosto fue de compras con Deborah, que estaba en Londres, pero «la atmósfera de reformatorio era tal y como era de esperar, y la historia de que Saffron tuvo guardado el aparato de radio desde las 3 p. m. del sábado hasta las 8 a.m. del lunes, una mentira a todas luces. Deborah está inventando continuamente mentiras desagradables, las que sean, con tal de fastidiar a la persona que la escucha. Y, cuando se demuestra su inexactitud, siempre se descuelga con que su intervención evitó alguna calamidad. Los cristianos son como los cadáveres de los ahogados, que se hallan hinchados por los gases de la putrefacción». Regresó nuevamente a Ascot, al lado de los Hogg:

30 de agosto. Estreñimiento bastante serio, que se alivió al ir a tomar el té. Mrs. Hawes y Miss Trod le levantarían un pedestal hasta a una mierda de borrico. La loca termagante^[240] volvió nuevamente a soltar sus bombas por la noche. Discusión-discusión-discusión-mentira-mentira-mentira, durante y después de la cena. Y cuando vio que había hecho las maletas, entró súbitamente en el dormitorio y me rogó que me quedara. Debo de estar loco: accedí.

1 de septiembre. Deborah sigue poniendo en práctica los engaños, tan estúpidos como malintencionados, de costumbre; se pasa todo el día urdiendo una complicada madeja de mentiras para demostrar que tengo que irme el viernes.

2 de septiembre. Deborah me sigue bombardeando todo el día, para pedirme que me quede (cuando mencioné que Catherine estaba en la ciudad, no le faltó nada para decir que ella también iría); y si yo no aceptaba, entonces «sería el fin de nuestra amistad», etc., repetido *ad nauseam*. Para que yo estuviese de acuerdo, no hacía más que insistir. La idea de todo esto no es otra que incomodarme, para gratificar su sensación de poderío.

3 de septiembre. La maldita marrana se encuentra aparcada en este momento en mi dormitorio y pulsa la cuerda del insulto. Medio borracha. Esta mañana, Mrs. Hinks habló con toda libertad acerca de ella, cuando no

estaba presente: es evidente que no consigue que el servicio resista mucho tiempo, y sufre el boicot de toda la vecindad. Nada de visitas, cartas ni llamadas telefónicas; la vieja cerda sólo se relaciona con su familia, que cuida de ella, y con aquellos a los que *paga*. Me retiré pronto, sintiéndome molido a palos, y la pesadilla me persiguió hasta después de estar en la cama.

4 de septiembre. A salvo... no hubo ningún intento, tal y como esperaba, de hacerme perder el tren. Y además, el pobre general Hogg me pagó el taxi, y llegamos juntos a las 8:56 a Waterloo. Tub en la cervecería de Picadilly. Comida de primera. Regresé al 140 de Picadilly totalmente agotado.

5 de septiembre. Ensayo con vestuario en el Torch Theatre. Magníficamente pútrido, o así me lo pareció. Cantidad de risas obscenas... *totalmente* injustificadas. La ampulosidad de Helen en su papel —debió de haber echado a patadas al sastre que la vistió como si fuera un maniquí— y su sonrisa de autocomplacencia son tan terribles como la cólera de Dios.

Regresaría a Ascot, con los Hogg:

14 de septiembre. 241 [ataques de asma] durante todo el día, a pesar del continuo incremento de la dosis [de heroína], Deborah en Londres, «paz, paz total»... hasta las 6 en punto, en que los gritos, los chillidos y las discusiones comenzaron de nuevo.

16 de septiembre. Un día perfecto. Tiempo malo, aunque el Sol resplandecía. Deborah fuera, durante largos intervalos, mañana y tarde. Adormilado y paseando por el jardín, toda la mañana. Comencé una carta para Saturnus.

24 de septiembre. Escena desagradable en el desayuno. La ogresa le gritó todo tipo de insultos al general y aporreó la mesa. El general dejó su desayuno a «cuartas». Ella se tomó el suyo y prosiguió. La Saffron^[241] se tragó el suyo, como un pavo, y me dejó a solas con ella, para mi contento. Así pues, tuve una dosis extra de bombardeo en picado. Por la noche, entró violentamente en mi habitación, armando jaleo a cuento de la carta que había enviado a Peter [Brook], Me gritó a la cara todo tipo de infamias, a cual más desagradable. Así pues «supongo que debía de haberme quedado allí» hasta el momento en que me decidiera a poner un telegrama para reservar habitación. Hogg es un repugnante gusano de espíritu menguado.

El diario prosigue con este tipo de incidentes hasta el 25 de septiembre de 1942, que es el día en que la Bestia consigue «escapar. De vuelta a Picadilly y Hamilton House».

Le complacía encontrarse en mitad de los alborotos que él, si no del todo, al menos sí en parte, creaba. El general de brigada Rudolph Edward Trower Hogg, Caballero de la Orden de San Miguel y San Jorge, y Caballero de la Muy Eminente Orden del Imperio de la India, murió en 1955. Su esposa, Mildred Deborah, con la que se había casado en 1922, murió en 1954. Era la hija del general Sir H. Rhodes Green.

1 de octubre. *Doctor Faustus*. Considerándolo de manera global, una representación de primera... mantiene en vilo al auditorio.

Pero Crowley no sólo iba a los teatros a los que prestaba su ayuda, como en este caso el Torch Theatre, con la obra de Marlowe dirigida por su amigo Peter Brook, sino a otros, con tal que despertaran su interés:

13 de octubre. Fui a ver *No hay orquídeas para Miss Blandish*. Admirablemente interpretada, pero albergo ciertas dudas sobre la manera en que acaba: el típico final feliz. Me sentí mal (en la butaca) después de bajar el telón. ¡La tercera vez! Lo mismo me pasó después del *Macbeth* y de un film de gángsters. Supongo que debe de ser por «tener que regresar».

El 16 de noviembre se mudó al 93 de Jermyn Street, en Picadilly. En esa misma calle ya había vivido tiempo atrás, durante 1907, en el número 60. «Tub me ayudó, es decir, ella hizo todo el trabajo.» Se quejaba de que Frieda «se mostraba reacia a la Gran Obra». Quería dejar de pagarle su estipendio semanal de 2 libras.

27 de noviembre. Miss Manning [su casera de Jermyn Street] ¡resulta ser médium! ¿Me podrá servir de ayuda?

La respuesta que, al respecto, le diera el *Yi King* fue ambigua. El regalo que hace a Tub para su cumpleaños consiste en polvos de tocador y cigarrillos. Y, el 30 de noviembre, fecha de la celebración, anota en su diario lo siguiente: «En cuanto me pongo a trabajar me entran vómitos, por lo que no tengo más remedio que tomar tri. No servirá. ¿Qué debo hacer entonces?».

Cuando el Año Viejo de 1942 se disponía a ceder su puesto al Año Nuevo de 1943, Crowley invocó «a los elementos, Espíritu, Fuego, Agua Aire y Tierra, renovando el voto de dedicar mi vida a la Gran Obra».

25 de enero de 1943. Observo que cuando llevo apartado durante mucho tiempo del impulso sexual, comienzo a tener gran cantidad de ideas que podrían denominarse «obscenas», «desagradables» o «repugnantes». En ellas se incluyen escenas en las que aparece el Yoni (nada de Lingam), cosas incómodas, accidentes, alimentos, guerra, dolor de tipo físico y otras parecidas.

Viniendo de Aleister Crowley se trata de una declaración sorprendente. La contemplación del yoni, o sea los genitales femeninos, de los alimentos, etc., le parece ahora algo obsceno, y le desagrada y repugna. Freud hizo la observación de que los genitales, tanto masculinos, como femeninos, resultaban «poco estéticos», pero en absoluto carentes de atractivo para el sexo opuesto. Además, en lo que al yoni se refiere, la declaración de Crowley es insincera; todavía ansiaba tener una mujer, aunque sólo fuera para practicar con ella el *cunnilingus*.

6 de febrero de 1943. Me encontré con [Leo] Senn, justo cuando venía a verme. Fuimos a echar un trago. Escrito en letras doradas de diez pies de alto. Cuando salimos de la cervecería de Piccadilly, fuimos abordados por un tétrico espectro, cuya cara parecía de barro a punto de desmoronarse. ¡¡¡Y me dijo que debía dinero a su marido!!!

18 de febrero. Saturnus me envió 180 dólares.

24 de febrero. ¡Un día de triste, estólida e inexpresiva desesperación!

31 de marzo. Casi toda mi ropa estropeada por la polilla.

5 de abril. Tremendo *raid* aéreo... muchas bombas cayendo alrededor —humo— y después se puso un día muy claro: a primeras horas de la mañana, el cielo pasó de un color exquisitamente pálido a un vivido azul. He comprado vodka para consagrar ritualmente la próxima publicación de *La Ciudad de Dios*.

20 de abril. *La Ciudad de Dios* ha sido publicada.

Se trataba del poema que, según él, «expresaba el alma de Moscú» y que escribiera en aquella ciudad durante su estancia en 1913; aquel mismo año había sido publicado en *The English Review*.

7 de mayo. Vuelvo a encontrarme bajo de A [heroína]; debilidad general: no puedo trabajar ni pensar.

13 de mayo. T[elegrama] N[octurno] de Saturnus. Me envió Perique el 29 de marzo.

18 de mayo. Me escribió Evan, invitándome a Tredegar Park.

26 de mayo. La avarienta bruja de la Manning montó en cólera cuando estaba tomando la cena. El Perique (sólo una libra) llegó por fin.

31 de mayo. He demostrado, de manera definitiva, a Frieda Harris que es una asesina.

El excéntrico Evan Morgan era el segundo vizconde de Tredegar. Sus principales posesiones estaban situadas en Tredegar Park, en New port, Monmouthshire. Durante el verano de 1948 nos invitó, a Frieda Harris y a quien escribe estas líneas, a que pasáramos con él un fin de semana en Honeywood House, que estaba más cerca de Londres que Tredegar Park. Pero no fuimos los únicos invitados. Su casamiento con la princesa Olga, hija del príncipe Serguei Dolgorouky, había sido anulado en 1943. Se había ordenado sacerdote, adoptado el traje clerical, y, antes, había sido el Chambelán Privado de Capa y Espada de los papas Benedicto XV y Pío XI. Uno de sus huéspedes, que parecía serlo de manera permanente, era un bailarín de ballet. Tredegar sentía debilidad por él.

8 de junio. Rescate del primer paquete que Sasha me envía por correo dentro de un recipiente metálico: miel, caviar rojo, higos.

Sasha era la tercera mujer de Karl Germer.

16 de junio. Varios portentos de orden menor conspiraron para facilitar mi visita a casa de Evan, y, también, para librarme de mis ansiedades. Un portento de orden *mayor*: la farmacia me entregó un envase de 2 x 25 tabletas [de heroína] en lugar del normal de 22. Augurio de mi visita a Evan: 19 *Lin K*/Agua. Excelente/Piscis.

17 de junio. *Pi* 8. Abandonado Paddington a las 11:15 a.m. Gentío infernal. Un excelente maletero me llevó hasta el compartimento. El enloquecido cerdo que estaba enfrente de mí cedió su asiento a una vaca rastrera que llevaba consigo a dos aborrecibles mocosos. ¡Diablos! Llegada a Newport a eso de las 3. Taxi a Tredegar Park. Tredegar me instaló en la Habitación de Roble... la mejor de toda la casa. Antes de mí, durmieron en ella el juez Jeffrey (de la jurisdicción oeste), en la lejana fecha de 1685, el marqués de Salisbury —mi antiguo patrón— y Lord Allenbury.

Robert Arthur Talbot Gascoyne-Cecil, tercer marqués de Salisbury (1830-1903), conservador y primer ministro, y uno de los pilares del *establishment*, no había sido, en absoluto, a pesar de la desbordante imaginación de Aleister Crowley, su «antiguo patrón».

19 de junio. Ajedrez con Tredegar (¡me dijo que había representado a Oxford e Inglaterra!). Frieda se acercó a ver.

20 de junio. Vi la sala que Tredegar dedica a la Magi(k)a —es mucho mayor de lo que me había imaginado— ¡y espera que le hable de ella a Frieda! ¡Lo único que pensé fue salir corriendo antes de que ocurriera algo desagradable!

23 de junio. Le hablé a T. del Ojo de Horus.

25 de junio. Salí a las 12:46, llegué a las 4 p. m., gracias a que el tren no se retrasó. Enfermo todo el día. Demasiado cansado para charlar. Comencé a corregir las pruebas del Tarot (*El Libro de Thoth*).

Según una referencia anterior, del 20 de julio de 1931, parece ser que «El Ojo de Horus» es sinónimo, para Crowley, del ano.

26 de julio. Fui al zoo con Frieda. ¡La muchedumbre de esclavos formaba una cola de una milla de longitud! Sólo uno se atrevió a objetar que me colase. Una palabra desabrida y una mirada penetrante bastaron para que regresase a su nativa vileza. ¡Muy divertido! Higos, caviar y miel de Sasha.

12 de agosto. Cuadragésimo aniversario de mi primer matrimonio. Enfermo todo el día: maldita enfermedad. Insomnio, nariz tapada, boca y garganta secas.

22 de agosto. El estreñimiento más largo, más contumaz y que más me ha puesto al borde de la agonía en estos últimos años.

16 de septiembre. Infinitas molestias por culpa de los dientes.

18 de septiembre. El bastardo de LOV [Bayley] ha faltado a la cita: su golf, bastarda de una hermana bizca, ha venido a la ciudad. ¡Mierda!

1 de octubre. Carta de dimisión del petimetre de Jack [Parsons]: tiene el hocico pegado al culo de una gata callejera.

El interés más serio por la magi(k)a se manifestó por aquel tiempo en Estados Unidos, donde una logia thelémica, denominada Logia Agapé, había sido fundada en Pasadena, California: era la llamada Iglesia de Thélema de California, en cuyo templo se encontraba una reproducción exacta, de madera polícroma, de la Estela de la Revelación (el pantáculo de Ankh-f-n-Khonsu), velas de gran longitud y la usual colección de adminículos mágicos dispuestos sobre el altar. La iglesia se hallaba bajo la jefatura de Wilfred T. Smith (hermano 132), por quien la Bestia había llegado a conocer a Kasimira. Da la impresión de que el hermano 132 se esforzaba en parecerse a Crowley, para disgusto de éste, ya que había seducido a Helen, la mujer del doctor John (o Jack) Whiteside Parsons, uno de los fidelísimos, haciendo que cayera sobre su cabeza la cólera de Crowley, quien le recriminó por estar ganando para la Orden «la reputación de ser una sucia abominación, “un culto al amor”. Yo ya sabía desde 1915, cuando estuve en Vancouver, que pasabas de una madre a su hija, usando doble montura... y desde entonces no has hecho otra cosa que pasar de un escándalo a otro».

Y Crowley, espantado por el comportamiento inmoral de Smith, y haciendo caso omiso de tantos años de fidelidad, le expulsó de la Orden, de la misma forma que lo había hecho con el hermano Achad. El 10 de febrero de 1932, la Bestia, desde Berlín, había escrito a Smith, a la sazón en Los Ángeles, lo siguiente: «Gracias por tus cien dólares. Ya me encuentro mejor (después de haber sido apuñalado por Billie con un cuchillo de cocina) pero necesito cuidados médicos. La Mujer Escarlata te envió hoy mismo un telegrama, rogándote que repitas la dosis. Si conseguimos darle la vuelta a la situación, hay grandes esperanzas de que las cosas vayan a más».

En 1942, Parsons accedió al liderazgo de la Logia Agapé; había hallado consuelo por la pérdida de su mujer Helen (que, mientras tanto, había tenido un hijo del hermano 132) en su hermana Betty, que era más joven que ella. Por aquel tiempo, Parsons, que tenía veinticinco años, era un brillante experto en cohetes de combustible sólido.

Los thelemitas de Pasadena eran tan devotos del credo de la magi(k)a, que celebraban diariamente en su templo la Misa Gnóstica de Crowley (*Ecclesiae Gnosticae Catholicae Canon Missae*), que dura, como mínimo, cuarenta minutos, y

que requiere sacerdote, sacerdotisa, diácono, virgen, dos niños y coro («el pueblo»).

El hermano Saturnus, que se encontraba en Nueva York, era el Gran Tesorero General de la Orden; recogía las cuotas de la Logia Agapé y se las enviaba a Crowley, que estaba en Inglaterra. Después de la muerte de éste, se convirtió en la antorcha de la Orden en Estados Unidos, pero el título de Gran Tesorero General fue el único que, de manera oficial, obtuvo en la Orden, y no deseó ningún otro. En una carta a Kenneth Grant, escrita el 25 de mayo de 1951, le decía lo siguiente:

Si yo figuro en la O.T.O., es porque me han metido en ella, en contra de mi voluntad. Haré lo que pueda, pero me negaré a hacer cualquier declaración que vaya en contra de mis propios principios. Yo soy, estrictamente hablando, el Gran Tesorero General de la O.T.O. ¡Ni más, ni menos! La actual situación requiere a alguien que tenga la voluntad y las agallas, así como la capacidad, para acceder al liderazgo supremo. Si llega a presentarse, obtendrá todo mi apoyo.

Mientras los cofrades de la sección norteamericana de la O.T.O. buscaban, o expresaban, sus verdaderas voluntades, su gran jefe inglés seguía con su azarosa vida, como ponen de manifiesto estos extractos de su diario:

1 de noviembre. El día estuvo lleno de aflicción y dificultad. Contrariedad «causada por mi madre», la carta chantajista, con treinta libras, enviada por Frieda a la Chiswick Press. No he tenido más remedio que gritar y patear, en servil disculpa, por su estupidez, su loca arrogancia y su impúdica interferencia en mis asuntos.

La Chiswick Press, que era una editorial de prestigio, estaba imprimiendo *El Libro de Thoth* con todas las ilustraciones de Frieda, algunas de ellas a todo color. El 10 de noviembre, Crowley recibió dos paquetes de golosinas, uno de Ray G. Burlingham, que vivía en Sunset Boulevard, en Los Ángeles, a quien no conocía, y nunca llegaría a conocer, y otro de Sasha Germer.

11 de noviembre. Escrita carta mágica a Frieda Harris [respecto] a taza de té.

12 de noviembre. Telefoné F. H., furiosa por mi carta. Siempre está orgullosa de su dinero o de su impermeable mente burguesa.

23 de noviembre. Hambre [falta de heroína] a punto de alcanzarme: sudor frío; tres veces diarrea; pulso 104: algo de disnea.

27 de noviembre. 20 libras de McMurtry [en préstamo]. A eso de las 4, McM. DE 4 1/2-10 1/2 hablando sin parar. No debo hacer estas burradas.

28 de noviembre. Me despertó McMurtry.

Después de la muerte de Karl Germer, acaecida en 1962, Grady McMurtry asumiría el liderazgo de los thelemitas estadounidenses:

2 de diciembre. Telefoné Bright [sastre] para darme un ultimátum. «¡Olvídeme hoy, señor!», «Le oigo muy mal», «Señor mío, hoy es mi cumpleaños», «Por su voz me da la impresión de que se ha puesto ciego bebiendo», «¡Sí, señor! ¡Olvídeme, señor!», fue lo que le dije todo el rato que duró su llamada de esta mañana.

3 de diciembre. Bright volvió a dar la lata.

7 de diciembre. Perique de Saturnus.

14 de diciembre. Las pesadillas más confusas que pueda recordar.

17 de diciembre. 46 libras 19 chelines y 10 peniques de Saturnus.

22 de diciembre. Terrible día cargado de melancolía. ¿Por qué?

El último día del año confeccionó una lista «de cobardes morales patológicamente incurables», en la que aparecen los nombres de Frieda Harris y Edward Noel Fitzgerald.

14 de enero de 1944. Camisas, fruta escarchada y caviar rojo de Sasha.

20 de enero. Bright declarado en bancarota.

24 de enero. [Arthur] Waley me envió *El Libro de las Mutaciones* [el *Yi King*]. Muy bueno, pero no se detiene en los aspectos prácticos.

27 de enero. Todo el día con preocupaciones y depresiones de lo más abyecto; aturdido por el infortunio, ¡todo posiblemente imaginario!

29 de enero. Todavía deprimido.

31 de enero. Me doy cuenta de que todavía me sigo engañando miserablemente a mí mismo —hasta una media aproximada de 7 veces. Esto NO DEBE CONTINUAR.

Lo de la «media aproximada» indica que ya había dejado de anotar las dosis exactas de sus *chutes* de heroína.

En la primavera de 1945, Parsons conoció a un nuevo aspirante a la Gran Obra, un joven llamado Ron Hubbard. El potencial mágico de Hubbard era grande y causó una gran impresión a los miembros de la Logia Agapé, y en especial a Betty, la amante del doctor Parsons, quien no tardó mucho en encontrarse durmiendo con él.

El hermano 210 (Parsons) no se indispuso lo más mínimo por aquello, ya que había decidido seguir los pasos de la Bestia lo más de cerca que le fuera posible, y encontrar, gracias a medios mágicos, una Mujer Escarlata, su verdadera Ramera de las Estrellas. En otras palabras, se proponía atraer un espíritu elemental o familiar.

En julio de 1945, Parsons escribe a Crowley una carta, dirigiéndose a él en los términos de «Amantísimo Padre»:

Conocí, hace unos tres meses, a Ron Hubbard, escritor y explorador...un caballero: es pelirrojo, tiene los ojos verdes, es honesto e inteligente, y nos hemos hecho grandes amigos. Se mudó a mi casa hace unos dos meses y, aunque Betty y yo seguimos siendo amigos, ella ha transferido a Ron su interés sexual. Yo sentía por ella un profundo afecto, pero no deseo controlar sus emociones. Aunque Ron carece de instrucción formal respecto a lo que a Magi(k)a se refiere, tiene una experiencia extraordinaria y una gran comprensión dentro de este campo. He podido deducir de algunas de sus experiencias que se encuentra en comunicación directa con alguna inteligencia superior, posiblemente su Ángel Guardián. Y describe a este Ángel como una bellísima mujer alada de cabellos rojos, a quien llama la Emperatriz...; es la persona más thelémica que jamás haya conocido, y se encuentra en total acuerdo con nuestros propios principios. También está interesado en la fundación del Nuevo Eón. Tu hijo John.

La forma de atraer un espíritu elemental (que el practicante podrá convertir en su espíritu familiar) se explica en el tratado de máximo secreto de la O.T.O. titulado *De Nuptiis Secretis Deorum cum Hominibus* «De los matrimonios secretos de los dioses con los hombres», un tratado que fue reescrito por Crowley, quien, ciertamente, le añadió sus propios toques característicos.

El hermano 210 se puso manos a la obra. Escribió a Crowley que había seguido cuidadosamente la instrucción del VIIIº grado, con la ayuda de un talismán consagrado de la manera indicada. El rito concluía con la orden dada al espíritu en cuestión de que apareciese ante él de manera visible.

Para esta clase de magia (VIII°) no es necesario un asistente, puesto que se trata de una magia sexual de tipo individual; no obstante, Parsons decidió realizar el rito en presencia de Ron Hubbard. Llevaba una túnica negra, con capucha, y Hubbard una blanca. Como sonido de fondo, podía escucharse uno de los conciertos para piano de Prokofief, o el poema sinfónico de Rachmaninof *La Isla de los Muertos*.

El ritual debía de ser idea de Parsons o Hubbard, pues se realizó durante once noches seguidas. Al parecer, Hubbard daba instrucciones a Parsons. El parloteo mágico que Parsons, casi todo el rato, recitaba a voz en grito (por no hablar de la puerilidad de sus versos a Babalon, la Mujer Escarlata) habría ofendido el sentido mágico de la decencia de Crowley. Otra carta dirigida a Crowley contiene una posterior descripción de la operación: «En los tres últimos días he realizado una operación de nacimiento, utilizando la tablilla del aire, la copa y una simbolización femenina, correctamente invocada con la vara y posteriormente sellada en el altar. La última noche realicé una operación de nacimiento y parto simbólicos».

La Tablilla del Aire o Tablilla Elemental de Enoch es una de las Cuatro Atalayas del Universo, siendo las restantes las tablillas del Fuego, de la Tierra y del Agua. En otras palabras, Parsons estaba utilizando el sistema mágico de John Dee y de su vidente, Edward Kelly, que Crowley había usado, con fortuna, en el desierto norteafricano, cuando en 1909 fuera acompañado por su *chela* Victor Neuburg. La «vara» era el pene; el talismán era colocado en el altar, símbolo del útero.

El único resultado inmediato de la operación fue un violento, y nada natural, vendaval. «El vendaval es muy interesante», escribió Parsons a su Amantísimo Padre, «pero no es lo que yo había pedido.»

En febrero de 1946, el período de gestación acabó y apareció el elemental en forma humana. El hermano 210 escribió, exultante, a Crowley «¡Ya tengo mi elemental! Ha aparecido una noche al haber terminado la Operación, y desde entonces ha estado conmigo, aunque tenga que regresar a Nueva York la próxima semana. Tiene el cabello rojo y los ojos verdes y almendrados, como había especificado. Si regresa, se consagrará a la Gran Obra, lo mismo que yo.» Se llamaba Marjorie Cameron.

Crowley le contestó: «Estoy muy interesado en lo que me has dicho del elemental, porque estuve pensando por un momento en intervenir *personalmente* a tu favor en este asunto. Querría, sin embargo, recordarte el aforismo de Lévi: “El amor del Mago por esas cosas es insensato y puede destruirle”».

Con su Mujer Escarlata (Marjorie Cameron) y en presencia de Hubbard, Parsons empezó a practicar el grado IX° con la intención de engendrar otro ser aún más perfecto. Lo que escribía a la Bestia eran poco menos que incoherencias:

No puedo decirlo fácilmente. Me encuentro bajo el control del más extremo secreto. Entre el 2 de febrero y el 4 de marzo, he tenido la experiencia más importante y devastadora de mi vida. Creo que fue el resultado de la operación de IX° grado que realicé con la chica que respondió a mi invocación al espíritu elemental. He estado en contacto directo con Alguien que es muy Santo y Bello, como se dice en el *Liber Legis*. Por el momento, no puedo escribir el nombre. Las primeras instrucciones fueron recibidas por

mediación de Ron, el vidente. Las he seguido al pie de la letra. Se trataba de un deseo de encarnarse. Todavía no conozco el vehículo, éste vendrá a mí, trayendo un signo secreto. Tendré que actuar como instructor, guardián y guía durante nueve meses; y, entonces, se le dejará que ande libre por el mundo. Esto es todo lo que puedo decir por ahora...

Esta carta no era de las que le gustaban a la Bestia, por lo que contestó: «Creía poseer una imaginación de lo más morbosa, como la de la mayoría de los hombres, pero estaba equivocado. No tengo la más mínima idea de lo que me quieres decir...». Y, a continuación, escribió al hermano Saturnus, que estaba en Nueva York: «Al parecer, Parsons, o Hubbard, o alguien, está concibiendo un Hijo Lunar^[242]. Me pongo frenético cuando contemplo la estupidez de esos patanes».

Pero el «patán» Hubbard estaba adquiriendo, con toda tranquilidad, a través de los escritos de Crowley, los secretos mágicos que le permitirían, pocos años más tarde, fundar su famosa Iglesia de la Cienciología.

Los dos magos de Pasadena discutieron y Hubbard se fue con Betty en el yate de Parsons. El hermano 210 se puso su vestidura mágica, aferró su vara, entró dentro del círculo mágico y realizó el Ritual de Expulsión del Pentagrama previo a toda operación mágica, y siguió con una enérgica invocación a Bartzabel, el espíritu de Marte, cuya ayuda impetraba. Resultado: un huracán hizo precipitarse al barco contra los arrecifes. «Los he dejado inermes: ahora no pueden hacer nada para escapar de la cárcel», escribió jubiloso.

El doctor Hubbard dijo, con su acostumbrada franqueza, que ingresó en la Iglesia de Thelema de California solamente para acabar con la magia negra que operaba en Estados Unidos. El sólo «rescató a una joven que estaban utilizando. El grupo que practicaba la magia negra se dispersó y fue eliminado, pues nunca pudo recuperarse^[243]».

Crowley dejó a un lado a Parsons, al que consideraba un fracaso, lo mismo que había hecho con Fuller, Neuburg, Mudd, Achad y los demás; sus últimas palabras acerca del doctor Parsons (hermano 210) fueron: «Ha tenido una milagrosa iluminación que rima con nada y, aparentemente, ha perdido toda su independencia personal».

En 1949, Parsons, sintiéndose lo suficientemente maduro para dar un paso adelante, pronunció el Juramento del Abismo, es decir, intentó unir su consciencia con la Consciencia Universal, y se otorgó el nombre mágico de Belarion Armiluss Al Dajjal Anticristo. Él no lo sabía, pero la psicosis le tenía entre sus garras. Por ello, no debe sorprendernos que, tres años más tarde, volase literalmente por los aires en su laboratorio experimental de Pasadena, en lo que, se dijo, había sido un accidente producido por fulminato de mercurio.

42

RETIRO MÁGICO

A las 10:40 p. m. del 23 de febrero de 1944 sonaban las sirenas, informando de un ataque aéreo sobre el centro de Londres. Media hora más tarde, «la onda expansiva nos aplastó», escribe Crowley en su diario. Pero su casa, en el 93 de Jermyn Street, en Picadilly, no recibió ningún impacto directo. A la noche siguiente hubo otra incursión aérea, que Crowley anotó:

Durante unos instantes, la onda expansiva zarandeó totalmente la casa. Los inquilinos se comportaron bastante bien (por ejemplo, se fueron a la cocina, y allí se acurrucaron y «charlaron amistosamente»: no querían estar solos y se sentían reconfortados al encontrarse unos al lado de los otros). Su compañía me resultó más deprimente que de costumbre.

Durante la semana anterior, su casera le había dicho que se fuera. «16 de febrero. ¡El día más terrible en muchos años! Manning me dio la información.» Cuando, en 1948, me dirigí a aquella dirección para recoger algunos libros que Crowley había dejado, Mrs. Manning me contó que, durante un ataque aéreo, mientras a su alrededor no había sino muerte y destrucción que caía del cielo, la Bestia le sugirió que podría leerles, a ella y a los restantes inquilinos de la casa, el salmo 23. Ella le entregó su Biblia y él, tembloroso y asustado, les condujo a la contemplación de la bondad y protección de Dios, regresando a la fe y adoración cristianas que, durante tanto tiempo, había abandonado.

El Señor es mi pastor: nada me faltará.

Me hace recostar en verdes pastos; y me conduce junto a frescas aguas.

Restaura mi alma: guiándome por las sendas de la rectitud, en el amor a su nombre.

Sí, aunque tenga que pasar por el valle de la sombra de la muerte, no temeré al mal: porque tú estás conmigo; tu maza y tu cayado me confortarán.

Tú dispones ante mí una mesa, en presencia de mis enemigos: unges mi cabeza con óleo; y mi cáliz rebosa.

Sé con certeza que la bondad y la benevolencia me acompañarán todos los días de mi vida: y que moraré para siempre en la casa del Señor.

Amén

Crowley, en su diario, no hace mención alguna de este incidente.

Gerald Hamilton me contó lo siguiente de la Bestia, de cuando vivía, durante la guerra, en el 93 de Jermyn Street:

Por las mañanas, antes de salir, tomaba grandes cantidades de whisky o de brandy y, después, se encontraba conmigo en el Picadilly Grill, oliendo tan fuertemente a éter, que el aroma llegaba mucho antes que la presencia corpórea del Maestro. Por aquel tiempo, él vivía en Jermyn Street, y yo en Half Moon Street... antes de que me mudara a Glebe Place. A la hora de comer, prefería el borgoña a los demás vinos, que siempre bebía en cantidad totalmente inmoderada y, al acabar la comida, necesitaba dos o tres coñacs dobles. Los cheques que recibía de América y de otros sitios se los llevaba a Van Raalte, el expendedor de tabaco de Picadilly Circus, ya que, encontrándose legalmente en bancarrota, no disponía de ninguna cuenta bancaria. Su constitución debió de ser tremenda.

Abandonaría Jermyn Street el 8 de abril de 1944: «Comí con Cordelia, quien me ayudó a hacer el equipaje, etc.», y se dirigiría a la posada Bell Inn, en Aston Clinton, Buckinghamshire. «Una posada deliciosa, auténticamente antigua, con un gran hogar abierto, y una comida increíblemente buena. Pero *sin nada* que hacer, ni nadie con quien hablar. Me obligaré a ponerme a trabajar... y rápidamente», escribe en su diario el primer día de su estancia en aquel lugar. Anota, con satisfacción, que ha recibido la habitación número once, que es el número asociado a los *Qlifot*, los poderes negativos, o infernales, del Árbol de la Vida.

Su vida en Bell Inn fue, más o menos, del mismo tipo que la que había llevado en Jermyn Street: escribía cartas; la gente iba a verle; seguía recibiendo dólares y presentes, en ropa y comida, de Karl Germer y de otros seguidores de Estados Unidos y, de vez en cuando, algún ocasional cheque de Gerald Yorke; trabajó en una obra titulada «Aleister lo explica todo», cuyo título sería cambiado por otro, más comercial: *Magick Without Tears*, («Magi(k)a sin lágrimas») que recoge una serie de cartas sobre temas relacionados con la magi(k)a thelémica dirigidas a Mrs. Anne Macky (la hermana *Fiat Yod*, «Hágase la creatividad»), aunque no todas le fuesen enviadas por correo.

La salud de la Bestia se iba deteriorando y sus sueños ya sólo eran pesadillas; su desprecio hacia Frieda Harris y el resto de la gente era el acostumbrado; se deprimía muchísimo y después rabiaba, una vez más, contra la humanidad y el universo, aunque nunca perdía por completo su sentido del humor; en uno de sus paseos, parece ser que vio, a la brillante luz de un rayo de sol, un grupo de silfos, un género de espíritus que, según la concepción mágica de Paracelso, pueblan el aire; también entró en la iglesia local, cuando estaba vacía, para proclamar la ley del Haz lo que Quieras y, frecuentemente, era presa de un gran pánico, temiendo que su suministro de heroína no le fuera servido a tiempo por el farmacéutico de Londres.

17 de abril. El National City Bank de Nueva York telefoneó diciendo que tenía dinero para mí.

18 de abril. 81 libras, 13 chelines y 5 peniques de Saturnus. Me escribió Clifford Bax re[specto] a Allan Bennett.

20 de abril. Violento dolor en la cara —periostitis— en la agonía yodo *ad lib.* y me quedé echado sin salir. A las 6 1/4 vino *Fra. H.A. [McMurtry]* ¡en su jeep! ¡Sorpresa! Estuvimos hablando y jugando al ajedrez y comimos muy plácidamente, hasta las 10 p. m. Mi cara, que se había mejorado algo después de estar sin moverme, se puso bien del todo a los diez minutos de su llegada. ¡Pero gasté de 2 1/2 a 3 granos de Δ [heroína]!

29 de abril. La heroína no ha llegado.

1 de mayo. La heroína perdida ya ha llegado ¡gracias a Dios!

4 de mayo. National City Bank de N.Y. me avisó de otra transferencia, ¡de 300 a 400 dólares!

18 de mayo. Escribió Dion Fortune con propaganda del *Libro de Thoth*].

7 de junio. ¡Innards jorobando de nuevo! ¡Y malamente!

10 de junio. Perdido el anillo de firmar... horas de agonía. Estaba en el cajón superior del baúl de cajones... en donde no tenía que estar. Me hizo el efecto de haber tomado heroína: ¡Diablos!

11 de junio. Frieda se fue. Después de la usual diatriba en contra de los judíos, acabó defendiéndolos. No puedo trabajar por falta de heroína. El aburrimiento me llega a la muela del juicio.

13 de junio. Comencé [una carta] a F[iat] L[ux] ¿Pero dónde dioses vive?

15 de junio. Una chica, con el cabello flotándole salvajemente, me aborda, cruzando la pradera. «¿He perdido el autobús de las 5 menos 5?» A.C.: «Me temo que no lo sé. ¿Desde cuánto hace que lo ha echado de menos?».

27 de junio. Carta y telegrama disparatados de Frieda.

1 de julio. Nadie me envía dinero... ¡Diablos!

5 de julio. Sin dinero, sin otra cosa que las aburridas tonterías de Frieda y de H.A.

6 de julio. Nervioso, destrozado todo el día... ¿por qué? ¿Un cañonazo a las 11:30, o un trueno?

7 de julio. Mrs. B. tiene mal de ojo. Largo paseo de hora y tres cuartos. Después de la lluvia salió el Sol. Las zonas boscosas estaban repletas de silfos y demás, los vislumbré en cuatro ocasiones diferentes, pero nunca el tiempo suficiente para poder decir a lo que se asemejaban: tenían una estatura de 5 pies y eran de color marrón claro. Se arremolinaban como la gente por la calle.

8 de julio. Durante todo el día me he encontrado mal.

10 de julio. ¡¡¡25 libras de Yorke!!!

11 de julio. Macky telefoneó. Acabado XXXVIII sobre el sexo, incluyendo la P.S. sobre el impulso. El lunes comenzaré el XXXIX sobre el dinero. No puedo leer ni trabajar. ¡Me siento OBLIGADO a trabajar!

12 de julio. Mrs. Macky a comer... muy brillante y agradable. Me siento fatal.

13 de julio. Nada de tri de Heppells.

17 de julio. Me he roto un diente.

18 de julio. Se me han roto dos dientes más.

23 de julio. Un día irritantemente aburrido, muy nervioso. Se me ha roto el cuarto diente.

26 de julio. 10 libras y 10 chelines de Geo H. Brook [por un ejemplar de libro del Tarot]

3 de agosto. Ha venido Cordelia. Día muy agradable, pero ella no hizo más que regañarme. Debo escribir para aclarar las cosas.

9 de agosto. Deprimido. Escaso de tri.

16 de agosto. Ha venido Nancy. ¡Deliciosa! ¡Todo el tiempo me sentí arrebatado!

Se trataba de Nancy Cunard (1896-1965), una mujer alta y delgada, con refulgentes ojos azules. Al igual que la Bestia, también ella había dado lugar a gran número de escándalos, aunque a una escala mucho menor; también tomaba drogas. En 1928 fundó la Hours Press para apoyar a escritores contemporáneos como Ezra Pound, Robert Graves y Samuel Beckett. Su cohabitación con un pianista de jazz, de raza negra, Henry Crowder, provocó un gran escándalo, por lo que la pareja tuvo que irse a Austria. Era la hija única del matrimonio formado por Sir Bache y Lady Emerald Cunard, quien albergaba en su casa a los miembros de la alta sociedad. La carta que me envió el 13 de febrero de 1951 arroja algo de luz acerca de la visita que, el 16 de agosto de 1944, hizo a la Bestia, cuando éste ya se encontraba en Bell Inn:

... Fue por entonces, durante el verano de 1933, y en la ciudad de Londres, cuando comenzó a caerme bien. Y llevaba sin verle desde entonces... posiblemente, hasta aquel verano de 1944, cuando hubo tantos insectos. ¿Cuándo nos veríamos otra vez? Sólo Dios lo sabía. Fui a verle a la posada que se hallaba en Bucks, en la que disfrutamos de una cena admirable, que había sido precedida por unas gotas de aguamarina [drogas] que eran uno de los ingredientes de un cóctel [Crowley prefería la expresión «cola de águila» (*Eagletail*) en lugar de la usual de cóctel (*cocktail*), o «cola de gallo», jugando con los nombres de ambas aves] que me ofreció. Me preguntó si tenía miedo de que fuera a envenenarla, pero me pareció tan RARO que me hubiera hecho llegar hasta allí, sólo para matarme o golpearme, que le dije: «¿POR QUÉ?»...Y entonces me hizo un regalo: se trataba de una HABITACIÓN. Me dijo que fuera a ver, en septiembre, a Miss Manning, en el 93 de Jermyn Street, cuando abandonase Oxford para dirigirme a Londres, y así lo hice y, HABÍA una habitación libre en aquella casa, afortunadamente, encima del antro de espiritistas que se hallaba en el sótano. Lo cogí, pensando estar una semana, y estuve cinco meses, hasta que pude regresar a Francia.

25 de agosto. Rebotes de F. H. Llegó la tri... había tomado 2 1/4 gramos de la reserva. El tiempo, tan horrible como de costumbre; más tarde se arregló. Paseo: en el cielo muy claro, vi la luna nueva; la honré con una turquesa y un anillo de plata. Más tarde, vi en la espesura tres cerdos blancos; dos minutos más tarde, llegaba un cuarto. Me parece un presagio de muy buena suerte.

Estando en Bell Inn, escribió a Norman Douglas, autor de *South Wind*, publicada en 1917, así como de otras obras; no disponemos de la carta que le envió, pero sí de

la respuesta de Douglas desde el hotel Blossoms en Chester, fechada el 22 de agosto de 1944:

Querido Aleister Crowley:

¡Al infierno con todas las leyes!

Me resultó apasionante ver nuevamente tu eligante [*sic.*] escritura después de tantos años. Creo que la última vez que nos vimos fue en París, cuando te albergabas en Foyot, hace cerca de medio siglo, y cuando te propuse que me buscaras una viuda de algún comerciante galés de paños, rica y que sufriera algún mal incurable, a efectos matrimoniales, propuesta que aceptaste, a condición de ir a medias en los beneficios...

A la Bestia en modo alguno le agradó aquel jovial rechazo del solemne saludo thelémico, por lo que escribió en uno de los márgenes de la carta el siguiente comentario: «Petulancia infantil, pensamientos dé inculto».

El 4 de enero de 1945, recibiría la visita de un joven llamado Kenneth Grant. «Ha venido Grant... ¡me había olvidado totalmente de él! Una charla extremadamente agradable y fructífera, desde las 2 hasta las 9 le leí su horóscopo... mucho mejor que lo que me había parecido en un principio; y bastante fuera de lo corriente.»

En cierta ocasión, pregunté a Grant cómo había llegado a conocer a Crowley.

Encontré un libro de Crowley en una librería de Charington Cross Road. Era *Magia. Teoría y Práctica*, en la edición de la Lecram Press, de París. Yo había leído demasiado para mi edad —tenía catorce años— y conocía la *Isis Desvelada* y *La Doctrina Secreta* de la Blavatsky, los libros de Evans-Wentz sobre el budismo tibetano, etc. Cuando encontré el ejemplar de *Magia* no conocía en absoluto a Crowley. Y sentí, al instante, una atracción, una curiosa sensación de familiaridad. Poco después descubriría la librería Atlantis, al lado del British Museum y, lo que era más importante, a su propietario, Michael Houghton, a quien compré varios ejemplares de las obras de Crowley. Tuvimos muchas discusiones, durante las cuales me puso en guardia contra Crowley, negándose en redondo a ponerme en contacto con él. No le importaba venderme sus libros, pero supongo que no quiso atraerse una carga negativa de karma al presentármelo. Parece que lo hizo movido por su propia integridad espiritual, supongo; aunque, de ordinario, él mantenía cierta relación con Aleister Crowley.

En mi ejemplar de *Magia* había una hoja de papel satinado, que daba noticia del contenido del libro, con una foto de Crowley ataviado a la usanza árabe, del año 1924, y que informaba a todos aquellos que estuvieran interesados en entrar en contacto con él, que se dirigieran al número 9 de Carlos Place, Park Lane, W1. Seguí estas indicaciones y le escribí a esa dirección; pero la carta me fue devuelta, con un sello que decía «Desconocido», en el sobre, lo que puso fin a mis investigaciones en pos de su paradero. La pista no volvió a aparecer de nuevo hasta el verano de 1943: encontrándome en el establecimiento de Michael, compré una de las pruebas del *Libro de Thoth*, en donde se decía que la dirección de Crowley era el 93 de Jermyn Street, W1. Y nuevamente le escribí a estas señas. No recibí contestación de manera inmediata, porque, mientras tanto, se había mudado a Bell Inn, en Aston Clinton, Bucks, a donde le fue remitida mi carta. En ella le hablaba de las más importantes obras esotéricas que había estudiado, incluyendo las suyas, así como de los pormenores de algunas experiencias astrales que había tenido desde la infancia. Y le preguntaba si podría serle de alguna ayuda. Su contestación fue breve, me sugirió que fuese a verle. Y así lo hice a finales de 1944.

«¿Qué impresión te dio?»

Muy favorable. Dada mi edad y mis aspiraciones, yo vi en él la personificación del guru ideal. Nunca me había encontrado con nadie que, ni remotamente, pudiera desempeñar aquel papel. Michael Houghton se había mostrado ansioso de servirme de guía en el laberinto de lo oculto pero, comparado con la luz solar de Crowley, la suya no era más que la luz de una vela.

«¿Qué ocurrió después de vuestro primer encuentro?»

Nos vimos otra vez, pocas semanas más tarde, justamente antes de la Navidad de 1944. Grady McMurtry, con el informe del ejército de los Estados Unidos, acababa de llegar de Alemania, y se marchaba aquella tarde. Crowley tenía que irse a Hastings; me sugirió que, cuando ya estuviera viviendo en aquel lugar —en Netherwood— de manera estable, yo también podría establecerme allí y, a cambio de mi educación mágica, podría ser su secretario, enfermero..., en fin, su factótum. En otras palabras, me convertiría en un *gurusev*, o sea, la persona que se halla al servicio de un guru.

«¿Te pagaba?»

No, hice de todo a cambio de la educación mágica que me ayudó a comprender la *Magia*. Caminamos a través de esta obra, página a página. Las preguntas que le hice fueron utilizadas posteriormente en la redacción de su obra *Magick Without Tears*, que, como sabes, está escrita de forma epistolar; yo mismo tomé al dictado alguna de las cartas, que enviaría a Mrs. Anne Macky, la hermana Fiat Yod.

Me gustaría haber sido consciente durante aquel tiempo de la gran importancia de su sistema de magia sexual, ya que le habría podido formular gran número de preguntas al paso que surgían en las páginas de *Magia*. No obstante, cuando yo entraba en materia, se mostraba evasivo. Recuerdo que, en una ocasión, se desembarazó de mi pregunta con estas palabras: «Ya habrá tiempo, más tarde, para eso». A pesar de que yo era miembro de la O.T.O., todavía no había sido invitado al Supremo Santuario donde reposan los misterios de la magia sexual y, por eso, él se veía obligado a observar discreción. Más adelante, Crowley me indicó que escribiese un ensayo con todas las ideas que pudiera tener al respecto. Así lo hice y, cuando lo leyó, exclamó: «¿Por qué me hacías todas esas preguntas, cuando conocías las respuestas?». Y, durante aquella conversación, me tomó el juramento del grado IX de la O.T.O. La magia sexual de Crowley no era invento suyo: había sido practicada, desde tiempo inmemorial, y recogida en diferentes textos, por los tantrismos tibetano, hindú y chino.

Crowley permaneció en la Bell Inn hasta enero del año siguiente, cuando le fue recomendada una casa de huéspedes en Hastings, Sussex. Preguntó al *Yi King* si debía irse a ella, y recibió como respuesta el hexagrama XLIX, *Ko*, que él interpretó como «¡Puedes apostar por ella!».

El 17 de enero de 1945, se fue a vivir, y morir, en Netherwood, en Ridge, Hastings, en una mansión grande, y para mí sombría, del siglo XIX, que aún se tenía en pie y que unos árboles de considerable altura hacían que no pudiese ser vista desde la carretera. De entonces a esta parte, ha sido demolida.

Recuerdo haber preguntado a Grant si pensaba que Crowley era feliz en Netherwood.

La comida le parecía escasa. Yo siempre estaba yendo a la cocina por más azúcar, bizcochos, etc., y Richardson, el gerente, se enfadó. Todavía seguíamos en guerra, y el azúcar estaba racionado. Sus tazas de té consistían en una montaña de azúcar y unas pocas gotas de té.

Grant se fue de Netherwood en junio de 1945: ya no volvería a ver a Crowley. Una de las anotaciones del diario de la Bestia, con el título de *Memorandum para 1945*, revela la alta estima en que tenía a Kenneth Grant: «Grant es un hombre de valía. Si muriese o me fuera a los Estados Unidos, él podría ser el hombre experimentado que se hiciera cargo de la rama inglesa de la O.T.O.».

Crowley escribía, o dictaba a otras personas que escribían por él, cartas a los miembros de su Orden, a los amigos, ya fueran viejos o nuevos, a cualquiera que se cruzara en su camino y que pudiera serle de utilidad en la Gran Obra. «Dictadas estúpidas cartas a las furcias de Los Ángeles y Londres», anota el 8 de febrero de

1944 en su diario. Desde Netherwood escribe, por primera vez, a Aleister Ataturk, a quien había visto, ocasionalmente, con el otro hijo de su madre, Deidre. Saludaba a Aleister Ataturk con el apelativo de «Querido hijo», y le instaba encarecidamente a que estudiase latín y griego, sin detenerse a considerar que el joven pudiera no tener aptitudes, o interés, por tales materias. «Antes que nada, quiero decirte algo acerca de ti mismo. Uno de tus ancestros fue duque, en un lugar llamado la Querouaille, en la Bretaña francesa, y llegó a Inglaterra con el duque de Richmond, el genuino heredero de la corona, para ayudarlo en su lucha contra el Usurpador que la historia ha dado a conocer con el nombre de Ricardo III; desde entonces, nuestra familia ha dejado su impronta en el mundo, aunque, en algunas ocasiones, ésta no haya sido muy brillante. Pero has de tomarte muy en serio lo que voy a decirte: debes estar muy orgulloso de ti mismo por pertenecer a una familia semejante. A causa de la Revolución Francesa y de otras catástrofes, el ducado ha dejado legalmente de ser reconocido, aunque todavía posee autoridad moral, por lo que me gustaría que te comportases como si fueras un duque. Has de tener pensamientos elevados, ser generoso y noble y, por encima de todo, no has de tener miedo... Tu afectuoso padre, Aleister.» Aprender de su padre, que en absoluto había contribuido a su mantenimiento, que era de noble cuna, pudo ser placentero, durante un tiempo, para Aleister Ataturk; pero no durante toda una vida, ya que llegaría a cambiar de apellido y a negar que era hijo de Aleister Crowley.

«Deberías conocer a Aleister Crowley», me dijo Clifford Bax. Y añadió, sin más comentarios: «Te lo enviaré a Londres», como si Crowley fuera una figura de marfil tallado.

No deseaba que Bax tuviera que preocuparse por el problema de tener que empaquetarlo, por lo que el 3 de mayo de 1946 viajé hasta Hastings, acompañado por Rupert Gleadow.

Le avisaron a su habitación de que habíamos llegado.

Escuché sus lentas pisadas descender por las escaleras y recorrer el pasillo. Cuando estaba a punto de entrar en la estancia, me puse en pie, para soportar mejor la impresión.

Su estatura no era muy superior a la media, estaba ligeramente encogido, y vestido a la antigua, con un traje de tipo bávaro, con hebillas plateadas y los pantalones por debajo de la rodilla. Su mirada era perpleja y afligida. Llevaba una barba rala, de chivo, y bigote, y su cabeza, a pesar de los rizos en los parietales, parecía más bien una calavera. El Logos del Eón de Ra-Hoor-Khuit había mermado entre sus ropas, y la consistencia de la carne había abandonado su rostro.

«Haz lo que Quieras será toda la Ley», entonó con una voz nasal e inquieta.

El Hombre Más Perverso del Mundo parecía, más bien, exhausto, y no supe, en aquel momento, si a causa de su perversidad o de sus muchos años.

Un gran sello con el cartucho de Ankh-f-n-Khonsu («Su vida está en Khonsu», la diosa lunar de Tebas) grabado en símbolos jeroglíficos se encontraba en uno de sus

dedos, y un alfiler, con la imagen de Thoth, sujetaba su corbata de seda. Durante la XXVI Dinastía, «Saña», de Egipto (663-525 A.C.), Crowley había sido el sacerdote Ankh-f-n-Khonsu, y los versos extáticos de la estela de este sacerdote describían la situación que debía reinar durante el Nuevo Eón de Horus, es decir, la era actual, iniciada por Crowley en 1904. Aquellos versos habían despertado en Crowley el recuerdo de su encarnación en el antiguo Egipto. Todo era muy simple y estaba muy claro.

Aquel encuentro fue un poco embarazoso, puesto que tenía lugar en circunstancias poco comunes: el Brocken habría sido un lugar mucho más adecuado. En cuanto Crowley se enteró de que mi acompañante era Rupert Gleadow, el astrólogo, nos zambullimos de cabeza en el tema de las estrellas y su influencia.

«Yo creo que en la astrología sólo hay una pequeña parte de verdad, que viene a ser el uno por ciento», dijo Crowley.

Esta opinión, viniendo de un hombre que había estado confeccionando horóscopos toda su vida, me pareció inesperada.

«Hay algo más,» contestó Gleadow.

Comencé a sentir que alrededor de Crowley había algo un tanto extraño. Me resultaba difícil decir con exactitud qué podía ser. Aparte del anillo y del alfiler, y de su peculiar aroma dulzón, creo que podía tomarse por un anciano normal y corriente, que enarcaba hacia arriba las cejas; pero había en él una cualidad de lejanía que le hacía diferente. Podría describir mejor esta cualidad diciendo que daba a entender que le afectaban poquísimas las preocupaciones corrientes de la humanidad. Pero tenía con la generalidad de los hombres un defecto en común: que era vanidoso y que no quería irse sin haber dejado sobre la Tierra una huella tan grande como le fuera posible.

El olor dulzón provenía del aceite sagrado de la consagración de Abra-Melin, el aceite que, según decía, había goteado de la barba de Aarón.

Comencé a hablar de un asunto que sabía que le interesaría.

«Es una lástima que la magia haya caído en desuso en estos días», dije.

Crowley no estaba de acuerdo con lo que yo había dicho, y mencionó el apellido de un hombre que vivía en el noroeste de Londres. «Discutió con un socio... creo que por una mujer.» Por un momento, Crowley miró torvamente la gastada alfombra. «Y bueno, suscitó una corriente maligna», dijo con su voz lenta, pero enfática, «y la casa de su amigo se incendió y ardió hasta los cimientos.»

Nos invitó a comer, pero se excusó por no acompañarnos: siempre comía en su habitación, nos dijo, pero después se reuniría con nosotros. Me pregunté qué comistraje era el que tenía que consumir en privado: más tarde descubriría que sólo se trataba de un huevo cocido y una inyección de heroína.

Gleadow y yo comimos en el comedor de al lado. Sujetas en la pared, podíamos leer las «Reglas de la Casa».

Se ruega a los huéspedes que no importunen a los fantasmas. A las 9 de la mañana les será servido el desayuno a los supervivientes de la noche anterior.

El cementerio del municipio de Hastings se encuentra a cinco minutos andando (a diez si se transporta un cadáver), pero sólo a un minuto a vuelo de fantasma.

Se ruega a los huéspedes que no descuelguen los cadáveres de los árboles.

La administración pone a la venta cierto número de prendas usadas, pertenecientes a huéspedes que ya no tienen necesidad alguna de indumentaria terrena.

Aquellas ideas no eran del estilo de Crowley y, de todos modos, aquella casa de huéspedes no era suya: se trataba, con toda seguridad, de las ocurrencias del excéntrico propietario, un hombrecillo con barba. No era sorprendente que Crowley se hubiera ido a vivir allí.

Al acabar de comer salimos a pasear al jardín; miré hacia arriba y en el primer piso vi un mirador rodeado de yedra, detrás del cual supuse que nuestro brujo estaría echando una cabezada.

No tardó mucho en volver a aparecer: traía una botella de brandy y unos vasos. Mientras servía el brandy dijo que le había costado diez libras en el mercado negro. A continuación sacó una caja de cigarros y nos ofreció unos *Coronas*. Me sentí contento al pensar que, aunque no vivía en la opulencia, todavía era capaz de hacerse, por cuenta propia, con algunos lujos básicos.

Comenzamos a hablar del fin del mundo, un tema que parecía fascinarle. Su expresión se hizo más pensativa y dijo en voz baja: «La historia nos ilumina. Los antiguos hebreros creían que el fin del mundo tendría lugar siete mil años después de la creación». Hizo una pausa, y tomó un poco de brandy. «Lo siguiente que tenemos son las profecías de los Evangelios: Cristo iba a regresar cuando todavía viviera alguno de sus discípulos, para reinar en la Tierra durante mil años.» Otro sorbo de brandy. Era evidente que conocía aquel tema al dedillo. «La muerte en Patmos del último apóstol, San Juan, produjo cierta confusión.» Cuando Crowley habló nuevamente, lo hizo con ironía. «Lo siguiente que me viene a la mente es la creencia de que el fin del mundo sucedería en el año mil, creencia que estuvo tan ampliamente difundida que afectó el curso de la historia secular. Cuando esta predicción resultó falsa, hubo nuevamente confusión.»

Y así continuó durante algún tiempo, mencionando a varios falsos profetas, como Joanna Southcott, Charles Piazzzi-Smyth, Astrónomo Real de Escocia, quien, después de medir y contrastar las dimensiones de la Gran Pirámide (la de Keops), predijo que el milenio acabaría/en 1882, Anna Kingsford y Nostradamus.

«Nostradamus», dijo, «calculó que el fin del mundo sería en 1999».

No se sentía impresionado por esta predicción. «En realidad», dijo llegando finalmente al punto que me interesaba, «el mundo fue destruido por el fuego el 20 de marzo de 1904.»

«Pero nosotros seguimos estando aquí», murmuré.

«Quiero decir, según la doctrina de los iniciados.»

Le pregunté si había alguna literatura al respecto. Contestó que sí, y cuando nos marchábamos nos entregó a cada uno un opúsculo encuadernado en rústica, con cubierta de color azul en la que se leía *The Book of the Law*, «publicado por la

IGLESIA DE THELEMA, 1003 S. Orange Grove Ave. Pasadena, CALIF.».

Prometí a Crowley ir a visitarle nuevamente y corregir las pruebas, en cuanto estuviesen listas, de su próxima antología de poemas, *Olla*.

«¿Juega al ajedrez?», me preguntó, cuando nos despedíamos en la puerta.

«No», le contesté, y sin pensar, añadí: «pero sé cómo se juega.»

«También a mí me gustaría saberlo», dijo mordaz, «llevo los últimos sesenta años intentando enterarme de ello.»

Mis posteriores visitas a Crowley no añadieron gran cosa a mi primera impresión. Sus garrapateos criptográficos en tantas hojas de papel indican, con suficiente claridad, lo enfermo y vejado que se encontraba en sus últimos años, y explican que siguiera enviando, a la gente del oficio y a los amigos, sus amenazadoras y enajenadas cartas. Había sufrido la angustia de enfrentarse a «los largos, solitarios y aburridos atardeceres», y de sentirse sofocado y aplastado, hasta que sus ávidos y temblorosos dedos, de larguísimas uñas manchadas de tabaco, aprestaban la jeringuilla e inyectaban en su axila la única sustancia que le proporcionaba un breve sosiego.

No. Probar con 1/3 de grano: ¿cubrirá la cuota? Hecho. 5:15 p. m. Ciertamente, tengo necesidad de heroína, pero cualquier otra cosa me iría bien. ¡Es el aburrimiento y el A [nno] D[omini]! Una chica o una partida de ajedrez llenarían este hueco. Pero no tengo la energía suficiente para ponerme a mirar o a buscar. 7 p. m. Sí, esta dosis ha suscitado toda una serie de pensamientos melancólicos... sobre todo de todas mis cosas valiosas, ahora perdidas por culpa de mi despreocupada falta de juicio. ¡Qué majadero soy! ¿Me ayudará a olvidarlo la heroína?

Su ingestión diaria de heroína oscilaba entre los dos, o tres, y los once granos, cantidades más que suficientes para acabar con todas las personas que cabrían en una habitación, ya que la dosis más elevada que suele tomarse de una vez se aproxima a un octavo de grano.

Su sentido del humor no le había abandonado, y entre sus crisis de furia violenta y de echarse a llorar le gustaba gastar bromas, como un colegial. La primera vez que descubrió, ante mí, su enflaquecido brazo para inyectarse la energía que le mantenía en pie, se disculpó, sugiriéndome que quizá querría salir un momento de la habitación.

«En absoluto», le contesté, «¿quiere que le ayude?»

Y me explicó que, no hacía mucho, un oficial del ejército había puesto cara de disgusto cuando le había visto preparar la jeringuilla e irse al cuarto de baño de la pieza contigua. «Dejé abierta la puerta del dormitorio, y mientras miraba por el hueco de la cerradura del cuarto de baño, comencé a chillar como un cerdo al que estuvieran matando. Cuando volví, me encontré con que a mi pobre amigo no le había faltado mucho para desmayarse.» Se trataba de Grady McMurtry, del ejército de los Estados Unidos.

Una de las cuestiones que discutimos, tanto por carta como verbalmente, fue la fundación de una nueva abadía del Haz lo que Quieras. Había leído bastantes cosas

sobre la abadía de Cefalú, en la última sección, por aquel entonces aún sin publicar, de sus *Confessions*, en donde él había escrito: «Cefalú hace realidad la idea que tengo del Cielo». Yo había pensado en la nueva abadía como en una pequeña comunidad de gente sensata, que llevara un estilo de vida monástico, entre praderas y bosques, donde se pudiera vivir en libertad y sosiego. El dinero para la función de un lugar semejante habría que buscarlo por medios mágicos. Yo me encontraba un tanto escéptico, lo que dio lugar a que la Bestia intentara disipar estas dudas en una carta que me envió el 23 de julio de 1964:

Comenzaré hablando del dinero, ya que la cuestión que surge de manera inmediata es la siguiente: ¿Cuánto es lo que necesito? ¿Cuánto es lo que hemos conseguido? ¿Cuánto nos queda por conseguir? ¿Cuál es la mejor manera para hacernos con ello? Tengo muchísima gente en una lista, tanta que espero que nos permita empezar con buen pie. El primer paso consistirá en reunir a todas aquellas personas en un mismo sitio y lugar, a convenir. Yo sugiero una fecha posterior a la del regreso de la gente de sus supuestas vacaciones de verano... Ignoro si estás familiarizado con la historia del *Mercure de Frunce*. Cuando, en cierta ocasión, unas cuantas personas del mundo literario y artístico estaban comiendo en su café acostumbrado, a alguien se le ocurrió la idea de crear una revista literaria de gran calidad. Entonces todos pensaron que se trataba de una excelente idea, y así empezaron los problemas.

El más viejo, que también era el más sabio de aquel rebaño, dijo: «Pero ¿dónde encontraremos el capital?».

«¡Oh!», dijo Marcel Schwob, «¿Lo que necesitáis es capital? ¡Helo aquí!», sacó un billete de diez francos y lo puso sobre la mesa. «Ahora vayamos al meollo de la cuestión.» Se pusieron juntos a trabajar de manera constructiva, en lugar de hacerlo destructivamente, y su publicación dominó el pensamiento literario francés durante los siguientes veinte años.

Crowley me entregó una lista de personas y direcciones con las que debería entrar en contacto para solicitar ayuda económica, pero que no se sentirían, al menos gran parte de ellas, entusiasmadas al oír mi petición. Siempre me he preguntado si aquella pequeña misión no sería una prueba para comprobar mi capacidad de resistencia, de manera parecida a la que supuso para Norman Mudd limpiar su buen nombre de toda la suciedad en que le habían sumido los periodistas desaprensivos, los traficantes de chismorreos y otras personas llenas de prejuicios.

15 de junio de 1946. John Symonds y [el signo de] Venus [es decir, una mujer]. Estuvimos hablando del plan de publicación de A.C. Me ofrece toda su ayuda.

16 de junio. J.S. Me trajo las pruebas. Estuvimos hablando mucho más. ¡¡¡Y después decidió salir corriendo para Londres!!!

El 14 de julio, Augustus John le hizo un esbozo al pastel que sería reproducido en *Olla*. Al mes siguiente, fui a visitarle de nuevo acompañado por Michael Hamburger:

30 de agosto. ¡¡Me desperté pensando que la cena se había retrasado tres horas!! ¡¡¡Visión confusa de Louis Wilkinson y J.S.!!! ¡Este último llegó... y aún no estaba a punto!... con un poeta y admirador de Baudelaire, llamado Michael Hamburger.

A principios del verano de 1947 apareció mi novela picaresca *William Waste*, que había sido ilustrada por André François. No le hablé a Crowley de ella: estaba demasiado sumido en sus propias obras, y supuse que no tendría ningún interés en la mía. Pero estaba confundido, como demuestra su siguiente carta:

Mi querido John Symonds, Haz lo que Quieras será toda la Ley.

¡Espero que no te haya ocurrido nada! Ha pasado muchísimo tiempo desde que tuve noticias tuyas.

Durante todo el verano he estado muy enfermo. Cuando mi médico se fue de vacaciones, me dijo: «Bueno, ahora está en la cama, pues ahí es donde se tiene que quedar quietecito hasta que yo regrese». Y así lo hice y me he sentido mucho mejor.

Frieda me ayudó enormemente a recuperarme —creo que ha debido de ser por eso— al enviarme un ejemplar de *William Waste*. No encuentro palabras lo suficientemente fuertes para condenar esa abominable reseña del editor. Yo supongo que fue escrita pensando en el público. Te diría lo que me parece el libro, si no me encontrara, una vez más, falto de palabras lo suficientemente recriminatorias (respecto a la noticia).

Creo que se trata del primer intento, por lo que yo sé, de expresar una intoxicación de hachís en términos intelectuales. Has creado las bases de una nueva forma de pensar y me parece que muy satisfactoriamente. Espero que las ventas estén a la altura de mi opinión acerca del libro. De cualquier manera, es una de las mejores obras escritas en los últimos años.

Parece que te has olvidado totalmente de mí. Por supuesto que no me hallo en condiciones de atender a cualquiera que venga a verme o a tratar de negocios, pero voy avanzando hacia una pronta recuperación, y me darías un gran placer si invirtieras un día en acercarte hasta aquí y comer conmigo. Creo que hay muchos puntos que podríamos discutir.

Acepta mis mejores deseos y la esperanza reiterada de verte pronto.

Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad.

Sinceramente tuyo,

Aleister Crowley

Durante la noche del 1 de diciembre de 1947, Crowley murió, como resultado de una degeneración del miocardio complicada con una bronquitis crónica. En su cartera, que siempre llevaba en el bolsillo superior izquierdo de su americana, se encontró un talismán de pergamino con el dibujo de uno de los cuadrados de Abramelin, impregnado de sangre menstrual y consagrado «para encontrar un gran tesoro»; uno o dos billetes de banco; algunas tarjetas de visita, en las que había sido impreso *Sir Aleister Crowley*, y metido entre ellas, recortado al mismo tamaño que las tarjetas de visita, un diagrama de la diosa —vulva y ano— extraído de la página de un libro de anatomía humana. Tenía setenta y dos años. A lo largo del verano se había ido sintiendo cada vez más débil, por lo que la muerte no le pilló desprevenido. La casera de Netherwood, Miss Clark, una mujer de mediana edad, me dijo, cuando yo bajaba las escaleras para ver qué pasaba con un café que había pedido, que ella había estado deseando que muriese cuanto antes, puesto que no podía soportar su simple vista. Es indudable que había en él algo extraño, aunque no necesariamente maligno: había asumido el aspecto físico de lo que, durante tanto tiempo, había declarado ser, un Mago o Jefe Secreto, una figura arquetípica que suele asociarse con el mal. No pregunté a Miss Clark por qué quería verle muerto: supuse que la mala reputación de los hábitos poco edificantes de Crowley había llegado a sus oídos; pero esta explicación se comprobó que era errónea. «Al parecer, ella decía tonterías acerca de Crowley, hasta el día en que delante de ella, la llamó “Bruja”, pero de una manera que él entendía como un cumplido», según me contó Kenneth Grant. «Ella enrojeció. Pensé que iba a atacarle; Crowley no tenía ni idea de lo que había hecho. Y desde aquel día, pasó de ser su más grande amigo a su mayor enemigo.»

Frieda Harris me dijo que Crowley había muerto muy infeliz y temeroso. Ella cogió sus crispadas manos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas... «Estoy perplejo», le dijo. Frieda no le acompañó en el momento final. Mr. Rowe se encontraba en la habitación, acompañado por una enfermera. Según él, las últimas palabras de Crowley fueron las siguientes: «A veces me odio a mí mismo». Por primera vez en su vida, había llegado a enfrentarse, cara a cara, consigo mismo, viendo al hombre que era, en toda su magnitud, y no como hasta entonces. Así murió la Bestia 666, el Logos del Eón de Ra-Efoor-Khuit, el *enfant terrible* de la Era Victoriana.

En *Konx Om Px* había escrito:

¡Enterradme en una tumba sin nombre!
Fui enviado por Dios para salvar al mundo.
A él llevé la sabiduría de lo alto:
Adoración, libertad y amor.
Ellos me dieron muerte, porque con ello desacreditaba
Religión, Ley y Matrimonio.
Así pues, ¡sea mi tumba innominada
para que la tierra pueda tragarse mi vergüenza!

A lo largo de su vida, se había imaginado su muerte y su funeral como acontecimientos completamente fastuosos; pero cuando, el año antes de morir, escribió su última voluntad, no pidió a sus ejecutores testamentarios, como había hecho en 1931, que le enterraran en la abadía de Westminster, o que le embalsamaran, a la manera de los antiguos egipcios, como a Christian Rosenkreutz, o que la urna que contuviera sus cenizas fuese depositada en el amplio saliente del precipicio que se extiende detrás de Boleskine House, o en lo alto de la Roca de Cefalú, sino, simplemente, pidió que Louis Wilkinson, que, durante muchos años fuera amigo suyo, leyera el *Himno a Pan*, el *Liber Legis*, y las Colectas y la Antífona de su *Misa Gnóstica*.

El viernes, 5 de diciembre de 1947, Crowley fue incinerado en Brighton. Era una tarde gris y fría. Los partidarios y amigos de la Bestia tomaron asiento en la capilla. Entre ellos se encontraba Gilbert Bayley, que conocía a Achad y había conocido a Mudd (a quien ayudó todo lo que pudo), Frieda Harris, Gerald Yorke, Kenneth Grant y su esposa Steffi. También había acudido el poeta Kenneth Hopkins, que no había llegado a conocer a Crowley, pero que era un antiguo amigo de Louis Wilkinson.

Guiaron el féretro cubierto de flores al interior de la capilla.

A continuación apareció Wilkinson, con los ejemplares del *Liber Legis* y de *Magia*: subió a la tribuna y comenzó a recitar el *Himno a Pan*:

¡Estremécete con el muelle deseo de la luz!,
¡Oh, hombre! ¡Oh, tú, hombre!
¡Ven corriendo desde la noche de Pan! ¡Io Pan!
¡Io Pan! ¡Io Pan! ¡Ven a través del mar...

Las feas paredes de la capilla se esfumaron y el frío se disipó cuando la potente y sonora voz exclamó:

Dame el signo del Ojo Insomne
y el exaltado augurio del áspero muslo,
y la palabra de insensatez y misterio...

No leyó el *Liber Legis*, como Crowley había pedido, pero sí pasajes escogidos con la idea de escandalizar lo menos posible al pequeño grupo de periodistas que estaban presentes.

Pero el Consejo de Brighton protestó por lo que llamaron «Réquiem Gnóstico». Las palabras del presidente de la comisión responsable del crematorio fueron las siguientes: «Daremos todos los pasos necesarios para evitar que este tipo de incidentes vuelva a ocurrir».

Seis años después de la muerte de Crowley, Gerald Yorke, en una carta enviada a Henri Birven, habla del hombre que había desempeñado un papel tan importante en su vida: los que habían sufrido el efecto del encantamiento de la Bestia nunca llegaron a liberarse completamente de él:

Algunas de aquellas «mujeres escarlata» con las que vivió me desagradaron bastante. Su vida estaba llena de lo que a mí me parecían sórdidas disputas. Sospechaba de todo el mundo, aunque yo creo que, a veces, era demasiado crédulo. Con mucha frecuencia, interpretaba erróneamente los hechos, de manera que era muy arriesgado confiar en su juicio. A sus discípulos les pedía todo: dinero, reputación, familia, amigos, debían ser sacrificados a la causa, ya que en realidad Crowley era el Mesías de aquella causa, de la nueva religión de la humanidad, Thelema. Yo no estaba preparado para aquello, ya que nunca llegué a aceptar totalmente el *Liber Legis*. A partir del momento en que abandoné la A.'.A.'. (en 1932 o 1933) dejó de hacerme cualquier tipo de petición y de molestarme para que le enviase dinero o le prestase algún tipo de servicio.

Su código moral y el que se refería al dinero le eran muy peculiares. Uno siempre se encontraba ante el inminente peligro de verse envuelto en cualquier astuta confidencia que tendría como resultado la posibilidad de hacerse rico. Hay que decir que él creía honestamente en sus descabellados planes, pero el problema radica en que para el resto del mundo, él y cualquiera que se prestase a ellos, aparecían como truhanes presuntuosos.

Crowley vivía en una perpetua confusión de discusiones, riñas y engaños. La atmósfera en la que vivía, y que llevaba consigo, estaba sobrecargada de una aguda tensión. Siempre estaba a punto de ser echado de su alojamiento, o de su hotel —a no ser que ya lo hubiera sido— por no pagar la correspondiente cuenta. Su ritmo era tan trepidante que, siempre que pasé a su lado un largo fin de semana, necesité 24 horas para reponerme después de haberme despedido de él.

Pero, además de todo esto, trabajaba de manera descuidada: nunca revisaba lo que escribía, ni comprobaba las referencias utilizadas. Así pues, sus trabajos no eran muy de fiar. Sus ideas para aplicar la ley de Thelema en política y economía, etc., eran infantiles. Su vida diaria era imposible, ya que se alimentaba, fundamentalmente, de cuestiones espirituales.

No podía convertirme en su discípulo sin tener que relacionarme, de algún modo, con sus mujeres escarlata (con esto no quiero decir que tuviera que dormir con ellas, ni nada parecido), con sus disparatados planes económicos, con sus interminables disputas, con sus planes para gobernar el mundo, etcétera..., por lo que desistí de tal cosa. Pero mi actitud respecto a él siguió siendo amistosa: siempre recordaré, como si se tratase de un tesoro, su sonrisa de bienvenida cada vez que nos veíamos de nuevo. Yo le tenía un gran afecto. Y, finalmente, debo decir que era un gran bromista.

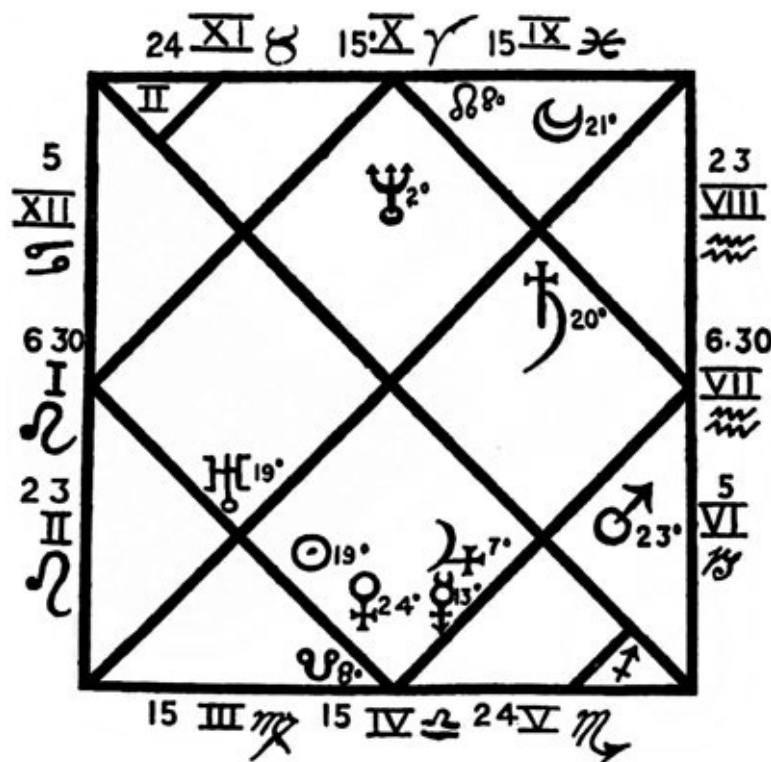
Richard Cammell dedicaría a Crowley en 1951 el tributo que se le debe a un poeta, en su obra *Aleister Crowley: the Man, the Mage, the Poet*, en donde podemos leer lo siguiente: «... se muestra orgulloso y audaz, poeta con el fuego de la

imaginación y el don de una elocuencia singular, vehemente y magnífica». Los puntos de vista privados de Cammell acerca de Crowley, como hombre, eran muy diferentes. «No tenía sentido de la virtud, de la amistad, o de nada relacionado con el honor, y era groseramente sensual y falto de escrúpulos. Su erudición era considerable y, cuando quería, podía convertirse en un camarada agradable y educado» (De una carta, sin fechar, Yorke). Frieda Harris, comprendiendo que sin su compañero y mentor, la Bestia 666, la vida sería intolerablemente aburrida, se suicidó arrojándose al metro en la estación de Bond Street.

Apéndices

NOTAS REFERENTES AL HORÓSCOPO DE ALEISTER CROWLEY por Rupert Gleadow

CROWLEY nació, si nos atenemos a lo que él mismo dijo, entre las 11 y 12 de la noche del 12 de octubre de 1875, en Leamington Spa. Cuando confeccionó su propio horóscopo puso como hora de nacimiento las 11:30, el tiempo medio entre los dos extremos dados, pero a juzgar por los acontecimientos de su vida, es posible que tuviera lugar a las 11:16 o, incluso, antes.



El único comentario que hizo fue que Leo acababa de aparecer, lo que implicaba que le faltó muy poco para no tener a Cáncer de ascendente. Suele ser corriente que la gente se sienta orgullosa de tener de ascendente el signo regio y solar de Leo en lugar de Cáncer y no hay ninguna duda de que esto también funcionó con Crowley, reforzando su sentimiento de que debía ser tratado como un Maestro. Sin embargo, después de su muerte se ha descubierto que, en un principio, el zodiaco no fue situado con respecto a la referencia móvil e invisible del equinoccio, sino a la de las estrellas, por lo que las constelaciones resultan ser más importantes que los signos. Según esto, Crowley dependía de Cáncer, con el Sol en Virgo y la Luna entre Acuario y Piscis.

En sí mismo, su horóscopo no tiene nada de maligno. No es tan declaradamente maligno como el de Lutero, publicado por el astrólogo del Papa con la esperanza de probar que Lutero iría al infierno. Y presenta en la cuarta casa una conjunción del Sol

y Venus, que habría bastado para presagiar una disposición favorable a la amabilidad y al amor a la familia. Pero la educación puede tornar cualquier rasgo del carácter en su opuesto. El horóscopo muestra la naturaleza innata del niño, y nadie puede esperar que también muestre el carácter perverso de sus padres. Además, esta única nota de afecto está dominada por los «aspectos» del Sol y la Luna.

Pero el Sol y la Luna poseen algunos aspectos secretos y poderosos y lo mismo, aunque menos, los demás planetas. Los del Sol indican una naturaleza severa y volitiva, amante de la acción drástica y todo lo contrario de acomodaticia; los de la Luna revelan una inclinación a comportarse violentamente por motivos inconscientes. Los planetas favorables entran con dificultad en este esquema, porque se encuentran debajo del horizonte y muy atenuados por su oposición a Neptuno. El resultado es una considerable ausencia de sentimientos amistosos y, también, de éxito. Los aspectos que se refieren al período que va del 8 al 10 de abril de 1904, cuando tuvo lugar en El Cairo el dictado de *Liber Legis*, muestran, sin ambigüedad, que su Gran Obra le reportaría tanta humillación y desilusiones como prestigio. Además, el viaje a El Cairo llevó sobre el horizonte la oposición natal entre Saturno y Urano, con Saturno, que, por aquel entonces, estaba en la vertical: por esto, cualquier «ley nueva» nacida bajo semejantes aspectos está condenada al fracaso, ya que Saturno, que representa lo viejo, se opone, con éxito, a Urano, que representa lo nuevo.

No es, en absoluto, sorprendente que el primer matrimonio de Crowley fuese un fracaso: su naturaleza era incapaz de amar, y, en el momento de la boda, Saturno pasaba por el extremo de su «casa del matrimonio».

Su elección de Cefalú como sede de la abadía de Thelema no fue sabia, porque llevó el punto de la eclíptica del meridiano a la conjunción con Neptuno; y podría asegurar que el Sol estaba pasando por el mismo grado que Neptuno el día en que fue expulsado por las autoridades italianas.

Pero cuando, en 1916, crucifica a un sapo, los aspectos son aún más sorprendentes: Marte, por progresión, y Urano, por tránsito, se encontraban en la carta de nacimiento: y esta combinación de planetas es notoria por su violencia y crueldad.

Su segundo matrimonio no fue mejor que el primero. Se realizó bajo aspectos que describe, pero no interpreta, y olvida mencionar que, por aquel tiempo, Venus acababa de encontrarse en trígono con Neptuno, lo que auguraba una gran falta de realismo en los asuntos del corazón; y también debía haber observado el tránsito de dos planetas maléficos sobre su Luna natal, lo que le habría puesto sobre aviso.

BIBLIOGRAFÍA DE ALEISTER CROWLEY

por Javier M. Lalanda

A) BIO-BIBLIOGRAFÍA^[244]

Poesía

1. *Aceldama*. Un lugar para sepultar a los extraños. Poema filosófico, por un gentilhombre de la Universidad de Cambridge. Edición privada, Londres, 1898, 29 págs.
2. *The Tale of Archais*. Una novela (*romance*) en verso. Por un gentilhombre de la Universidad de Cambridge. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Londres, 1898, VIII + 89 págs.
3. *Jezebel* y otros poemas trágicos. Por el conde Vladimir Svareff. Editado con introducción y epílogo de Aleister Crowley. Edición privada, Chiswick Press, Londres, 1898, 23 págs.
4. (a) *Songs of the Spirit*. Por Aleister Crowley. Sublimum feriam sidera vértice. Hor. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Londres, 1898, x + 109 págs.
 (b) *Songs of the Spirit*. Por Aleister Crowley. Sublimum feriam sidera verdee. Hor. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Boleskine, Foyers, Inverness, 1905, x + 109 págs.
5. (a) *Jephthah*. Tragedia. Por un gentilhombre de la Universidad de Cambridge. (Aleister Crowley. Edición no venal.) Londres, 1898, 71 págs. (Sólo 25 ejemplares.)
 (b) *The Honourable Adulteren*. Tragedia de A.E.C. Londres, 1899, 8 págs. (Edición preliminar de una parte de *Jephthah and Other Mysteries*. Sólo 5 ejemplares.)
 (c) *The Poem*. Drama breve en cuatro escenas. Por Aleister Crowley. Edición privada, Londres, 1898, 20 págs. (Edición preliminar de otra parte de *Jephthah and Other Mysteries*. Sólo 10 ejemplares.)
 (d) *Jephthah and Other Mysteries*. (Lírica y drama.) Por Aleister Crowley. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Londres, 1899, xxii + 233 págs.
6. *An Appeal to the American Republic*. Por Aleister Crowley. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Londres, 1899. 12 págs.
7. (a) *The Mother's Tragedy* y otros poemas. Por Aleister Crowley. Edición privada, Londres, 1901, XII + 111 págs.
 (b) *The Mother's Tragedy* y otros poemas. Por Aleister Crowley. Nueva

- edición. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Boleskine, Foyers, Inverness, 1907, XII + 111 págs.
8. *The Soul of Osiris*. Una historia. Por Aleister Crowley. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., 1901, XII + 129 págs.
 9. (a) *Carmen Saeculare*. Por St. E. A. de M. y S. Publicación privada, Londres, 1901, 30 págs. (Sólo 50 ejemplares.)
(b) *Carmen Saeculare*. Por St. E. A. de M. y S., Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., 1901, 30 págs.
 10. (a) *Tannhäuser*. Una historia de todos los tiempos. Por Aleister Crowley. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Londres, 1902, 142 págs.
(b) *Tannhäuser*. Una historia de todos los tiempos. Por Aleister Crowley. Nueva edición. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Boleskine, Foyers, Inverness, 1907, 142 págs.
 11. *The God Eater*. Una tragedia en sátira. Por Aleister Crowley. Chas., Watts & Co., Londres, 1903, 32 págs. (Se conoce la existencia de un ejemplar que aparece editado por «Watts & Co.»)
 12. *Summa Spes*. Aleister Crowley. Londres, 1903, 6 págs. (Impreso con caracteres rojos sobre pergamino japonés, con una fotografía del autor.)
 13. *New Year 1903*. «De Aleister Crowley, deseándole una pronta terminación de la existencia». París, 1903. (Una página impresa con un soneto.)
 14. *Ahab* y otros poemas. Por Aleister Crowley, con introducción y epílogo del conde Vladimir Svareff. Edición privada, Chiswick Press, Londres, 1903, 34 págs.
 15. (a) *Alice An Adultery*. Edición privada, 1903, XX + 95 págs.
(b) *Alice An Adultery*. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Boleskine, Foyers, Inverness, 1905, XII + 85 págs.
 16. (a) *The Star and the Garter*. Por Aleister Crowley. Watts & Co., Londres, 1903, 89 págs.
(b) *The Star and the Garter*. Por Aleister Crowley. Edición popular. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Boleskine House, Foyers, Inverness, 1904, 77 págs.
 17. 17. (a) *The Sword of Song*. Llamado por los cristianos «El Libro de la Bestia». Aleister Crowley. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Benarés, 1904, IX + 194 págs. (Sólo diez ejemplares. En rústica de color rojo. Con dos ensayos en prosa a la manera de sendos apéndices, «Berashit» y «Ciencia y budismo».)
(b) *The Sword of Song*. Llamado por los cristianos «El Libro de la Bestia». Aleister Crowley. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Benarés, 1904, ix + 194 págs. (En rústica de color azul oscuro y oro. Con dos ensayos en prosa a la manera de sendos apéndices, «Berashit» y «Ciencia y budismo».)

18. *In Residence*. Guía de los *Dones* (veteranos) de Cambridge. Por Aleister Crowley, en cierta ocasión tutor del Trinity. Así llamada con el objeto de mantener a salvo los intereses del *College* (lat. *Tutus-a-um*, a salvo) como probó su dilatada existencia. Elijah Johnson. Cambridge, 1904, ix + 94 págs. (Debiera contener el impreso para participar en el concurso premiado con 100 libras sobre «La obra de Aleister Crowley».)
19. *The Argonauts*. Por Aleister Crowley. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Boleskine, Foyers, Inverness, 1904, 102 págs.
20. (a) *Why Jesús Wept*. Un estudio de la sociedad y de la gracia de Dios. Por Aleister Crowley. Edición privada, Londres, 1904, XIV + 80 págs. (Debiera contener una separata de 8 págs. «Mr. Crowley y las creencias» y «El credo de Mr. Chesterton», más un *post-scriptum* titulado «Un hijo de Efraím, el colosal colapso de Chesterton» y, así mismo, una hojilla: «Nota a las págs. 75 y 76».)
(b) *Why Jesús Wept*. Un estudio de la sociedad y de la gracia de Dios. Por Aleister Crowley. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa. Boleskine, Foyers, Inverness, 1904, XIV + 80 págs. (Sin la separata ni hojilla de la anterior edición.)
21. *Oracles*. La biografía de un arte. Fragmentos inéditos de la obra de Aleister Crowley, con notas aclaratorias de P.R. Lester y del autor. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Boleskine, Foyers, Inverness, 1905, VIII + 175 págs.
22. *Orpheus*. Leyenda lírica. Por Aleister Crowley. Dos volúmenes. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Boleskine, Foyers, Inverness, 1905, vol. I, 156 págs.; vol. II, 148 págs. (Unos pocos ejemplares fueron encuadernados formando un único volumen.)
23. *Rosa Mundi*. Poema de H.D. Carr, con una composición original de Auguste Rodin. Ph. Renouard, París, y H.D. Carr, Londres, 1905, 17 págs. (Una litografía de Rodin coloreada por Clot.)
24. *Collected Works*. Las obras de Aleister Crowley. Tres volúmenes. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Foyers, 1905, 1906, 1907. vol. I, x + 269 págs.; vol. II, VIII + 283 págs.; vol. III, VII + 248 págs. (Unos pocos ejemplares fueron encuadernados formando un único volumen.)
25. *Gargoyles*, esto es, imágenes extrañamente elaboradas de la Vida y la Muerte. Por Aleister Crowley. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Foyers, 1906, vi + 113 págs.
26. *Rosa Coeli*. Poema. Por H.D. Carr, con una composición original de Auguste Rodin. Londres, 1907, 7 págs. (Contiene una litografía de Rodin coloreada por Clot.)
27. *Rosa Inferni*. Poema. Por H.D. Carr, con una composición original de Auguste Rodin. Londres 1907, 7 págs. (Contiene una litografía de Rodin coloreada por

Clot.)

28. *Rodin in Rime*. Siete litografías de Clot a partir de acuarelas de Auguste Rodin, con versos dispuestos como una orla. Por Aleister Crowley. Impreso por el autor, Londres, 1907, 67 págs.
29. (a) *Amphora*. Impreso en una edición reservada sólo a la autora y a sus amistades más íntimas, 1908, 82 págs.
(b) *Amphora*. Burns & Oates, Londres, 1909, 80 págs. (Al parecer, la edición fue retirada por los propios editores al enterarse de que su autor no era otro que Crowley.)
(c) *Hail Mary*. Por Aleister Crowley. The Equinox, Londres, 1912, 96 págs. (Se trata de una reedición de *Amphora*, sin el epílogo y con una lista de las obras de Crowley que no figuraba en la edición anterior.)
30. *Clouds Without Water*. Editada a partir de un MS. privado por el Rev. C. Verey. Impresa para uso privado de los ministros de la religión. Londres, 1909, 140 págs.
31. *Alexandra*. Fragmentos de una oda a la reina de Inglaterra. Edición limitada a personas de calidad, Shanghai, 1905^[245]. (A pesar de los datos de publicación, la obra había sido editada en París, en una fecha próxima a 1909. Al parecer, todos los ejemplares fueron destruidos por las aduanas británicas debido a la obscenidad y al crimen de lesa majestad en que había incurrido la obra en cuestión.)
32. *The World's Tragedy*. Por Aleister Crowley. Edición privada para su circulación en los países libres. No se permitirá la importación de ningún ejemplar a Inglaterra o a Estados Unidos. París, 1910, XLIII + 138 págs.
33. *Rosa Decidua*. (1910), 11 págs. (Sin frontispicio. Contiene una fotografía de Crowley con su esposa Rose y su hija Lola. Sólo 20 ejemplares. Fue publicado con motivo de su divorcio.)
34. *The Winged Beetle*. Por Aleister Crowley. «En la medianoche se halla oculto el amanecer». Edición privada, Londres, 1910, ix + 228 págs. (Debiera incluir un «Glosario de términos inciertos», que presenta, en la tercera estrofa de la dedicatoria, una blasfemia encubierta.)
35. *Ambergris*. Selección de poemas de Aleister Crowley. Elkin Mathews, Londres, 1910, VIII + 198 págs.
36. *Sir Palamedes*. La edificante historia del buen Sir Palamedes, caballero sarraceno, y de sus aventuras en demanda de la Bestia. Por Aleister Crowley. Wieland & Co., Londres, Anno Pseudo Christi 1912, VIII + 113 págs.
37. *Household Gods*. Comedia. Por Aleister Crowley. Edición privada, Pallanza, 1912, 44 págs.
38. *The Writing on the Ground*. Por E.G.O. Editado por el autor. (Londres, ca. 1913), 8 págs. (Contiene el poema «A Slim Gilt Soul» y un comunicado leído en

la Dilettanti Society, relacionado con Lord Alfred Douglas.)

39. *Chicago May*. Poema de amor. Se insta encarecidamente al poseedor de este ejemplar a que lo mantenga bajo llave y que no lo lleve a ninguna parte hasta 1964. Precio cinco guineas. Edición privada, Nueva York, 1914, 26 págs.
40. *The Giant's Thumb*. Por Aleister Crowley. «Quien siembra vientos recoge tempestades.» Mitchell Kennerley, Nueva York, 1915, xxi + 316 págs. (No fue publicada. Lo único que queda de esta obra son las pruebas.)
41. *Hymn to Pan*. Aliester [sic.] Crowley. The Argus Book Shop, 434 S. Wabash Ave., ca. 1917. (Un pliego de papel doblado en dos e impreso por las cuatro caras.)
42. (a) *Songs for Italy*. «Parturiunt Montes —Nascitur Ridiculus Mussolini». Por Aleister Crowley, n.º 1. Tirol. Túnez, 1923. (Un pliego de papel delgado, doblado en dos e impreso por las cuatro caras.)
(b) *Songs for Italy*. «Parturiunt Montes —Nascitur Ridiculus Mussolini». Por Aleister Crowley. Londres, 1923, 15 págs.
43. *Temperance*. Un folleto para los tiempos. Por Aleister Crowley. Publicado en forma privada por la O.T.O., Londres, 1939, 15 págs. (Sólo 100 ejemplares.)
44. *England Stand Fast*. Poema de Aleister Crowley. Publicado en forma privada por la O.T.O., Londres, 1939. (Un pliego de papel delgado, doblado en dos e impreso por las cuatro caras.)
45. (a) *Thumbs Up!* Un pentagrama, o pantáculo, para ganar la guerra. Por Aleister Crowley, La Bestia 666. In hoc signo vinces. Londres, 1941, 12 págs. (Con una fotografía del autor y una hojilla de erratas.)
(b) *Thumbs Up!* In hoc signo vinces. Cinco poemas del autor del «Signo de la V». Para ser distribuido gratuitamente a los soldados y trabajadores de las fuerzas de la libertad. Londres, 1941, 8 págs. (No trae la fotografía ni la fe de erratas de la anterior edición.)
(c) *Thumbs Up!* Un pentagrama, o pantáculo, para ganar la guerra. Por Aleister Crowley, La Bestia 666. Nueva York, 1941, 8 págs. (Sin la fotografía ni la fe de erratas.)
46. *The Fun of the Fair*. Nijni Novgorod 1913 e.v. Por Aleister Crowley. Publicado por la O.T.O., California y Londres, 1942, 23 págs. (Debiera traer una fe de erratas y el poema ciclostilado «Landed Gentry».)
47. *The City of God*. Rapsodia. Por Aleister Crowley. Publicado por la O.T.O., Londres, 1943, 12 págs.
48. *Olla*. Antología de sesenta años de cánticos. Con una sobrecubierta de Frieda Harris y un frontispicio de Augustus John, R.A. Publicado por la O.T.O., Londres, 1946, 128 págs.

49. *White Stains*. Obra literaria, a título póstumo, de George Archibald Bishop, un neurópata del Segundo Imperio. Amsterdam, 1898, 131 págs. (Sólo 100 ejemplares. La mayor parte destruidos en 1924 por las autoridades aduaneras británicas.)
50. *Snowdrops* (Anémonas) del jardín de un cura. 1881 A.D. Cosmopoli. Impresa clandestinamente, sin hallarse a la venta^[246]. París, ca. 1904, xxx + 168 págs. (Contiene «La novela sin nombre» y «El libro del bromo». Sólo 100 ejemplares. La mayor parte destruidos en 1924 por las autoridades aduaneras británicas.)
51. *Bagh-I-Muattar*. Traducido de un MS. indio poco conocido, por el desaparecido mayor Luty y otra persona: «El Jardín Perfumado de Abdullah, el satírico de Shiraz». Edición privada, Londres, 1910, 137 págs. (200 ejemplares. La mayor parte destruidos en 1924 por las autoridades aduaneras británicas.)

Ficción / Autobiografía

52. *Mortadello* o el Ángel de Venecia. Comedia. Por Aleister Crowley. Wieland & Co., Londres, 1912, ix + 110 págs. (En alejandrinos.)
53. *The Burning of Melcarth*, relato. En *The International* 11 (10), octubre de 1917, pp. 310-312. (Pseudónimo: Mark Wells.)
54. *The Hearth*, relato. En *The International* 11 (11), noviembre de 1917, págs. 334-338. (Pseudónimo: Mark Wells.)
55. *The God of Ibreez*, relato. En *The International* 12 (1), enero de 1918, págs. 19-24. (Pseudónimo: Mark Wells.)
56. *The Mass of Saint Secaire*, relato. En *The International* 12 (2), febrero de 1918, págs. 42-46. (Pseudónimo: Mark Wells, «como traductor de Barbey de Rochechoart».)
57. *The King of the Wood*, relato. En *The International* 12 (4), abril de 1918, págs. 99-102. (Pseudónimo: Mark Wells.). Título original: *The Priest of Nemi*.
58. *The Old Man of the Peepul-Tree*, relato. En *The International* 12 (4), abril de 1918, págs. 107-110. (Pseudónimo: James Grahame.)
59. (a) *The Diary of a Drug Fiend*. Por Aleister Crowley. W. Collins & Co., Londres, 1922, x + 368 págs.
(b) *The Diary of a Drug Fiend*. Por Aleister Crowley. E.P. Dutton & Co., Nueva York, 1923, 368 págs.
60. *Moonchild*. Un prólogo. Por Aleister Crowley. The Mandrake Press, Londres, 1929, VII + 355 págs.
61. *The Stratagem* (y otras historias). Por Aleister Crowley. The Mandrake Press, Londres, 1930, 139 págs. (Contiene «La estratagema», «El testamento de Margaret Blair» y «Su pecado secreto».)

62. *The Confessions of Aleister Crowley*. El espíritu de la soledad. Una autobiografía, subsiguientemente reantibautizada como «Las confesiones de Aleister Crowley». Dos vols., The Mandrake Press, Londres, 1930. Vol. I, 284 págs.; vol. II, 307 págs. (El vol. III consiguió llegar hasta las pruebas; los vols. IV, V y VI quedaron escritos a máquina, sin llegar a ser compuestos.)

Magia pre y posthelémica

63. *Berashith*. Ensayo de ontología con algunas referencias a la magia ceremonial. Por Abhavananda. Edición privada para el Shanga de Occidente. París, 1903, 24 págs.
64. (a) *The Goetia*. El libro de la Goecia del rey Salomón, traducido a la lengua inglesa por una mano muerta (es decir, S.L. MacGregor Mathers) y adornado con otras materias afines, para deleite del sabio, todo ello editado, verificado, presentado y comentado por Aleister Crowley. Sociedad para la Propagación de la Verdad Religiosa, Boleskine, Foyers, Inverness, 1904, ix + 65 págs.
- (b) *The Goetia*. Por orden del jefe secreto de la Orden Rosa Cruz... Ahora, por vez primera, al alcance de los adeptos ingleses... The Occult Publishing House, Chicago, 82 págs. (Una edición pirata y sin fecha.)
65. *Konx orh Pax*. Ensayos sobre la Luz. Por Aleister Crowley. Boleskine y Nueva York, 1907, XII + 118 págs.
66. 777. *Vel prolegomena symbolica ad systemam sceptico-mysticae viae explicandae fundamentum hieroglyphicum sanctissimorum scientiae summae*. Walter Scott Publishing Co., Londres, 1909, ix + 54 págs. (Debiera contener una separata con un diagrama del Árbol de la Vida y una fe de erratas adicional.)
67. *Liber Collegii Sancti* sub figura 185, que comprende las Obligaciones de los Grados y sus Juramentos, es decir, el *Liber XIII*. Londres, ca. 1909, 14 págs.
68. The Holy Books:
- A. Vol. I. (a) *Liber LXI* vel Causae. La lección preliminar, págs. 1-12.
- (b) *Liber Cordis Cincti Serpente* vel *LXV sub figura ADNI*, págs. 13-66.
- B. Vol. II. *Liber Liberi* vel Lapis Lazuli. Adumbrado Kabbalae Aegyptorum sub figura VII. Que trata de la emancipación voluntaria del Adeptus Exemptus de su condición de Adepto. Tales son las palabras que dan lugar al nacimiento de un Maestro del Templo, 64 págs.
- C Vol. III. (a) *Liber AL* vel Legis. Sub figura CCXX, entregado por LXVIII a DCLXVI, págs. 1-38.
- (b) *Liber Trigrammaton* sub figura XXVII. Que consiste en el libro de los Trigramas de las permutaciones del Tao con el Yin y el Yang, págs. 39-47.
- (c) *Liber DCCCXIII* vel Ararita sub figura DLXX. Chiswick Press, págs. 49-64.

Chiswick Press, Londres, ca. 1909. (Unos pocos ejemplares fueron encuadernados juntos en un mismo libro que comprendía los tres volúmenes).

69. The Book of the Law:

(a) Véase 68 C. (a).

(b) *AL, Liber Legis*, El Libro de la Ley, sub figura XXXI, tal y como le fuera entregado por Aifass (en hebraico y griego) a Ankh-f-a-khonsu, El Sacerdote de los Príncipes, que es 666. Editado ahora de forma privada, después de 22 años dedicados a la preparación de once personas en la Madriguera del León. Túnez, 7 págs. impresas y 65 fotografías del MS. original. (Todo ello en un estuche encuadernado en piel.)

(c) *El Libro de la Ley* (denominado técnicamente *Liber AL* vel *Legis* sub figura CCXX, tal y como le fuera entregado por XCIII=418 a DCLXVI). Editado de forma privada por la O.T.O. Precio neto 2/6. Londres, 1938, 50 págs.

(d) Lo mismo que (c) pero al precio neto de un chelín. Encuadernado en rústica.

(e) Lo mismo que (c), pero publicado por la Iglesia de Thelema, 1003 S. Orange Grove Ave., Pasadena, California, 49 págs.

70. The Rites of Eleusis, Londres, 1910, 12 págs.

71. Book Four:

A. Primera Parte. Libro Cuarto. Por Frater Perdurabo y Soror Virakam. Precio neto cuatro *groats* o un chelín. Wieland & Co., Londres, ca. 1911, 94 págs.

B. Segunda Parte. Libro Cuarto. Por Frater Perdurabo y Soror Virakam. Precio neto cuatro *tanners* o dos chelines. Wieland & Co., Londres, ca. 1912, 186 págs.

C. Tercera Parte:

(a) *Magick* en Teoría y Práctica. Por el Maestro Thérion (viniendo a ser la 3.^a parte del Libro Cuarto), París, 1929, xxxi + 436 págs. (Publicada en cuatro volúmenes encuadernados en rústica, con una lámina en colores, por la Lecram Press.)

(b) *Magick* en Teoría y Práctica. Por el Maestro Thérion (Aleister Crowley). Editado solamente para los suscriptores. Londres, 1929, xxxiv + 436 págs. (No trae la lámina en colores.)

72. *The Book of Lies. Liber 333*, El Libro de las Mentiras, también llamado, erróneamente, de las Ausencias, esto es, las divagaciones o falsificaciones del pensamiento del hermano Perdurabo, que, en sí mismo, es erróneo. Wieland & Co., Londres, 1913. (Debiera contener una fe de erratas.)

73. *The Equinox*. (Los diez números del vol. I y los dos primeros del vol. III tuvieron cierta periodicidad y Crowley fue responsable, por lo menos, del 75% de su contenido. El vol. II nunca fue escrito. Los n.^{os} 3, 4 y 5 del vol. III, monográficos, sólo recogieron la obra de Crowley. A. Vol. I:

Número 1. *The Equinox*. Órgano oficial de la A.'.A.'. La revista del iluminismo científico. «De la ciencia, el método —de la religión, el fin». Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent and Co., Londres, marzo de 1909, 139 págs.

Número 2. Título y datos de edición como el número 1, a excepción de la fecha, septiembre de 1909, y del número de páginas, 397.

Número 3. Idem, a excepción de la fecha, marzo de 1910, del número de páginas, 331, y de las de su Suplemento, 75.

Número 4. Idem, pero editado por Aleister Crowley en las dependencias de *The Equinox*, Londres, septiembre de 1910, 352 págs. Las del Suplemento eran 113.

Número 5. Idem, que el Número 4, pero aparecido en marzo de 1911, 150 págs. + 176 del Suplemento.

Número 6. Idem, que el Número 5, pero publicado por Wieland & Co., Londres, septiembre de 1911, 170 págs. + 124 del Suplemento.

Número 7. Idem, que el Número 6, pero editado por Mary D'Esté Sturges y Víctor Neuburg, Londres, marzo de 1912, 424 págs.

Número 8. Idem, que el Número 7, pero editado por Soror Virakam y Fra. Lampada Tradam, Londres, septiembre de 1912, XV + 252 págs; Suplemento: XVI + 258 págs.

Número 9. Idem, que el Número 8, pero publicado por Wieland & Co., Londres, marzo de 1913, XV + 313 págs.

Número 10. Idem, que el Número 9, pero aparecido en septiembre de 1913, xxxix + 244 págs.; Suplemento: 291 págs.

B. Vol. II: Descrito en los términos de «un volumen de silencio».

C. Vol. III:

Número 1. *The Equinox*. Órgano oficial de la A.'.A.'. Haz lo que quieras será toda la Ley. Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad. La Palabra de la Ley es Thelema. Órgano oficial de la O.T.O. *Deus homo est...* Universal Publishing Company, Detroit, 1919, 307 págs.; Suplemento: 132 págs. Es el volumen conocido como *Equinoccio Azul*.

Número 2. No consiguió pasar de las pruebas de imprenta y no fue publicado.

Número 3.

(a) *The Equinox of the Gods*. —*The Equinox*, volumen III, n.º 3. Edición para los suscriptores. Publicado por la O.T.O., Londres, 1936, VI + 137 págs. (Debiera contener una fe de erratas con diez correcciones y una reproducción facsimilar del manuscrito del *Liber Legis*.)

(b) Igual que en (a), pero sin la expresión «edición para los suscriptores». (Publicado al precio de una guinea.)

(c) Igual que en (b), pero con una pegatina tapando la fecha que aparece en la primera página, que remite al año 1937. (La nueva fe de erratas debe constar

de 17 correcciones.)

Número 4. *Eight Lectures on Yoga*. Por el Mahatma Guru Sri Paramahansa Shivaji. Viniendo a ser el n.º 4 del volumen III de *The Equinox*. Publicado por la O.T.O., Londres, 1939, 84 págs.

The Book of Thoth. Breve ensayo sobre el Tarot de los egipcios, viniendo a ser el n.º 5 del volumen III de *The Equinox*. Por el Maestro Thérion, artista ejecutante: Frieda Harris. Publicado por la O.T.O., Londres, 1944, XII + 287 págs. (29 láminas, 9 de ellas en color.)

74. *The Rosicrucian Scandal*. Por Leo Vincey. Londres, ca. 1913, 23 págs.
75. *In Memoriam John Yarker*. (Tirada aparte de la noticia dedicada en el n.º 10, vol. I. de *The Equinox*, ca. 1913.)
76. *M.M.M. Manifesto of the M.M.M.* (Mysteria Mistica Maxima, la rama británica de la O.T.O.). Publicado por la Orden, Londres, ca. 1913, 16 págs + 6 fotografías de Boleskine House.
77. *O.T.O. Ordo Templi Orientis*. Carta abierta a los que deseen ingresar en esta Orden. Londres, ca. 1916. (Muy probablemente, de 4 a 6 páginas.) [*Liber CI*].
78. (a) *The Message of the Master Therion*, Londres, > ca. 1916. (Un pliego de gran tamaño doblado en dos e impreso por las cuatro caras.)
(b) *Liber II*. El mensaje del Maestro Thérion. Editado de manera privada por la O.T.O., California, ca. 1943. (Un pliego doblado en dos e impreso por tres caras. Omite las primeras 15 líneas y un largo párrafo de (a).)
79. *The Law of Liberty*. Un folleto de Thérion, que es Magus 9.⁰=2^u A.:A.:. Publicado por la O.T.O., Londres, ca. 1917. (Un pliego de gran tamaño doblado en dos e impreso por las cuatro caras.)
80. *To Man*. Túnez, 1924. (Una cuartilla impresa por una cara.)
81. *The World Teacher to the Teosophical Society*. Por Ankh-f-n-Khonsu. Túnez, 1925. (Una cuartilla impresa por una cara.)
82. *The Avenger to the Teosophical Society*. Por Alastor. Túnez, 1925. (Una cuartilla impresa por una cara.)
83. *Madame Tussaud-Besant*. Por Fra. ELI., Edimburgo. (Túnez 1925. Una cuartilla impresa por una cara.)
84. *An Extenuation of the Book of the Law*. Edición privada, Túnez, 1926, 3 vols. [Incluye los libros XXVII, CCXX y XXXI.]
84 bis. *An Atenuation of the Book of the Law*. Edición privada, Túnez, 1926, 3 vols. [Comentarios al *Liber Legis* y el *Liber XXVII*.]
85. *Gilles de Rais*. La conferencia prohibida que debiera haberse pronunciado ante los miembros de la Sociedad de Poesía de la Universidad de Oxford, por Aleister Crowley, Londres, 1930, 16 págs.
86. *The Scientific Solution of the Problem of Government*. Por el Comte de Fénix. Estrictamente privado y confidencial. Londres, ca. 1937, 4 págs.

87. *The Heart of the Master*. Por Khaled Khan. Editado de manera privada por la O.T.O., Londres, 1938, 40 págs.
88. *Little Essays Toward Truth*. Por Aleister Crowley. Editado de manera privada por la O.T.O., Londres, 1938, 96 págs. (Debiera contener un diagrama y una fe de erratas colocada después de la página 23.)
89. *Khing Kang King. Liber XXI*. La obra clásica sobre la Pureza, anteriormente escrita por mí, Ko Yuen, durante la dinastía Wu, y ahora compuesta en rima, por mí, Aleister Crowley. Publicado por la O.T.O., Londres, 1939, 9 págs. (100 ejemplares. Algunos salieron de la imprenta con una acuarela, o dibujo, original del autor, insertada detrás del frontispicio.)
90. *Oz. Liber LXXVII*. Publicado por la O.T.O., Londres y California, 1939. (Una tarjeta con el texto de Oz por una de sus caras y la reproducción de uno de los Arcanos Mayores del Tarot de Frieda Harris por la otra. También fue editada como una postal, pero sin que apareciese en ella la correspondiente imprenta o editorial.)
91. *The Creed of the Thelemites*, California, ca. 1940. (Un pliego doblado en dos e impreso por las dos caras internas.)
92. *The Oriflamme*. Vol. I, n.º 1, California, 1943, 7 págs. (Con varios fragmentos de obras de Crowley.)
93. *One Star in sight*. Publicado por el Santuario de la Gnosis del Valle de Los Ángeles, bajo la autoridad de *Tò Mega Thérion*, California, ca. 1943, 16 págs.
94. *Your Interest in Magick*. Londres, sin fecha. (Una cuartilla impresa en ambas caras, con una fotografía de Crowley ataviado de árabe.)
95. *The Last Ritual*. Haz lo que quieras será toda la Ley. Aleister Crowley. 18 [sic.] Octubre de 1875 - 1 diciembre de 1947. El último ritual. Extraído de sus propias obras, y según su deseo leído en Brighton, el 5 de diciembre. Amor es la Ley, amor bajo el dominio de la voluntad. 1948, 8 págs. (Frontispicio de Frieda Harris.) [Recoge 41]

Traducciones

- (a) Al inglés, y hechas por Crowley a partir de una obra que no le era propia:
96. (a) *Little Poems in Prose*. Por Charles Baudelaire. Traducción de Aleister Crowley. Wieland & Co., Londres, 1913, XII + 142 págs.
 - (b) *Little Poems in Prose*. Charles Baudelaire. Traducción de Aleister Crowley, con diferentes versiones del epílogo debidas a distintas personas (en realidad, Crowley) y doce huecograbados efectuados a partir de los dibujos originales de Jean de Bosschére. Edward W. Titus, París, 1928, xi + 147 págs. (Se utilizaron las páginas de la anterior edición de 1913, que se añadieron a los

huecograbados.)

(b) A otra lengua, distinta al inglés, de obras propias:

97. *Balzac*. Hommage à Auguste Rodin. París, 1903. Traductor: Marcel Schwob. (Un soneto impreso en una cuartilla.)
98. *De Arte Magica*. (Die Magie des Hochalters, in deutscher Sprache.) (Un folleto editado por *Die Oriflamme*. Schmiedeberg, ca. 1913. Traducción de Theodor Reuss.)
99. *De Nuptis Secretis Deorum Cum Hominibus*. (Von der geheimen Hochzeiten der Götter mit den Menschen, in deutscher Sprache.) (Demás datos igual que en 98.) [Liber LXXVII.]
100. *De Homunculus. Liber CCCLXVII* (Von der Bereitung des Homunkulus, in deutscher Sprache.) (Demás datos igual que en 98. *Die Oriflamme* también publicó una traducción al alemán de la *Misa Gnóstica* de Crowley.)
101. *Pansophia*. Urquellen inneren Lebens zum Heile der Welt. Neu kundgegeben von einem Collegium Pansophicum. Abteilung VII Bd. I, 1925, 155 págs. (Contiene la traducción alemana de siete obras de Crowley, entre ellas «Der Meister Thérion. Eine biographische Nachricht», que no había sido publicada anteriormente en ninguna otra edición o libro.)
102. *Offener Brief*. An Herrn Hermann Rudolph Von Alastor, Weida, 1925. (Pliego de gran tamaño doblado en dos e impreso por las dos caras interiores.)
103. *Ein Zeugnis Der Suchenden*. Weida, 1925. (Una cuartilla impresa por una cara.)
104. *Kreis um Thelema*. (Probablemente en Leipzig. Sin fecha. Pliego de gran tamaño doblado en dos e impreso por dos caras.)
105. *Die Drei Schulen der Magie*. Von Gérard Aumont. (Pseudónimo.) Thelema Verlag, Leipzig, ca. 1937, 48 págs.
106. Ein Bericht Über Die Grosse Weisse Bruderschaft. *Thelema Verlag, Leipzig*, ca. 1937, 52 págs.
107. Die Botschaft des Meister Thérion. *Thelema Verlag, Leipzig*, ca. 1937, 52 págs. (Contiene Die Methode von Thelema, inédito. La *Thelema Verlag* también tradujo el alemán Berashit, Science and Buddhism, The Wake World, A Commentary on H.P. Blavatsky's «Voice of the Silence» y el Book IV, Partes I y II.)
108. *La Gauloise*. Cántico de los franceses libres. Par Aleister Crowley, createur du Signe V, auteur du *Thumbs Up!* Prix à volonté. Londres, 1942. (Un pliego de papel delgado, doblado en dos e impreso por las cuatro caras.)

Miscelánea

Se trata de obras en las que Crowley aparece de manera directa o en las que

colaboró, dando datos referentes a su vida o corrigiendo lo escrito.

- l09. *The Star in the West*. Ensayo crítico de la obra de Aleister Crowley. Por el capitán J.F.C. Fuller. Londres (Walter Scott Publishing Co.) y Nueva York, 1907, 327 págs.
- l10. *I.N.R.I.* Constitución de la Antigua Orden de los Templarios Orientales. Lugano, ca. 1912, 19 págs. (Contiene «Un mensaje del Maestro Thérion» [sic.])
- l11. *The Whirpool*. Por Ethel Archer. Wieland & Co., Londres, 1911. (El prólogo fue escrito por Crowley.)
- l12. *A Prophet in His Own Country*. Recopilación de las cartas que Stuart X les enviara, en muchas ocasiones, a muchos hombres. Editado, con introducción y notas, por Aleister Crowley. Publicado por el autor. Washington, ca. 1917, 499 págs.
- l13. *An Open Letter to Lord Beaverbrook*. Por Norman Mudd, Herbert Clarke, París, 1924.
- l14. *The Legend of Aleister Crowley*. Por P.R. Stephensen, The Mandrake Press, Londres, 1930.

B) BIBLIOGRAFÍA RECIENTE MÁS IMPORTANTE EN INGLÉS^[247]

Poesía

Ahab and Other Poems. Krishna Press (EEUU), 1973 (14).

The Argonauts. Krishna Press (EEUU), 1973 (19).

Clouds Without Water. [C. Verey, ed.] Book Look (EEUU), 1986 (30).

The Collected Works of Aleister Crowley. 3 vols. Yogi Publications Society (EEUU), 1973 (24).

The High History of Good Sir Palamedes. Krishna Press (EEUU), 1973 (36). In Residence. Krishna Press (EEUU), 1973 (18).

Jephthah and Other Mysteries. Krishna Press (EEUU), 1973 (5 d).

Orpheus. Krishna Press (EEUU), 1973 (22).

Rosa Mundi, Rosa Inferni and Rosa Coeli. (3 ilus. A. Rodin) Neptune Press, (R.U.) ^[248] (23), (26) y (27)).

Songs of the Spirit. Krishna Press (EEUU), 1973 (4).

The Soul of Osiris. Thelema Publications, [Distr. Teitan Press] (EEUU), 1976 (8).

The Star and the Garter. Krishna Press (EEUU), 1973 (16).

The Tale of Archais. Krishna Press (EEUU), 1973 (2).

Tannhäuser: A Story of All Time. Krishna Press (EEUU), 1973 (10 b).

The World's Tragedy. [I. Regardie, ed.] Falcon Press (EEUU), 1985 (32).

Erótica

Snowdrops from a Curate's Garden. [Martin P. Starr, rev. ed.] Teitan Press (EEUU), 1986 (50).

White Stains. [J. Symonds, ed.] Duckworth (R.U.), 1973 (49).

Ficción

The Diary of a Drug Fiend. S. Weiser (EEUU), 1971 (59)

Golden Twigs. [Martin P. Starr, ed.] Teitan Press (EEUU), 1988 [De (53) a (58), más dos relatos inéditos].

Moonchild. [J. Symonds & K. Grant, ed.] Sphere (R.U.), 1972 (60).

The Scrutinies of Simón Iff. [Martin P. Starr, ed.] Teitan Press (EEUU), 1987 [seis historias de lo oculto.]

The Stratagem and Other Stories. Ayer Co. Publishing (EEUU), s.f. [Ed. facsímil 1929] (61).

The Stratagem, en *The Flashish Club. Anthology of Drug Literature*. [Ed. Peter Haining] Peter Owen Ltd., Londres, 1975 (61, parcialmente.)

Autobiografía / Diarios

The Confessions of Aleister Crowley: An Autohagiography. [John Symonds & Kenneth Grant, eds.] Arkana (R.U.), 1989 (62).

The Magical Diaries of Aleister Crowley 1923-1925. [Stephen Skinner, ed.] Spearman (R.U.), 1979.

The Magical Record of the Beast 666. [J. Symonds & K. Grant, ed.] Duckworth (R.U.), 1972.

Sex and Religión. Thelema Publishing (EEUU), 1981 [Contiene el *Liber CDXV*, «La Operación de París».]

The Vision and the Voice. The Sangraal Foundation (EEUU), 1972 (reimp. Falcon Press (EEUU), 1986) [Contiene el *Liber XXX, Aerum Vel Saeculi sub figura CDXVIII*,

«La voz y el vacío».]

Magia

Aha!. Falcon Press (EEUU), 1984.

Amrita, Liber CCXLIII. [Por Alastor de Kerval.] Thelema Publishing (distr. Teitan Press), (EEUU), 1977.

De Arte Magica. Level Press (EEUU), s.f., (98).

The Banned Lecture. Thirteenth House (EEUU), 1981 (85).

Book Four. S. Weiser (EEUU), 1980 (71A y B)

The Book of Lies. S. Weiser (EEUU), 1981 (72).

The Book of the Law. Technically called *Liber Al vel Legis-Sub Figura CCXX* As delivered by XCIII=418 to DCLXVI. Thelema Publishing [Distr. Teitan Press] (EEUU), 1983, (69 (c)).

The Book of Thoth. S. Weiser (EEUU), 1981 (73 C. vol. III, 5).

The Commentaries of Al. S. Weiser (EEUU), 1975.

The Complete Astrological Writings of Aleister Crowley. [J. Symonds & K. Grant, ed.] Duckworth (R.U.), 1979.

The Complete Treatise of Astrology. [S. Skinner, ed.] Spearman (R.U.), 1975.

The Creed of the Thelemites. Krishna Press (EEUU), 1973 (91).

Eight Lectures on Yoga. Falcon Press (EEUU), 1985 (73 C. vol. III, 4).

The Equinox of The Gods. Krishna Press (EEUU), 1973 (73 C. vol. III, 3)

The Equinox, vols. 1-10. S. Weiser (EEUU), 1972 (73).

Gems from the Equinox. [I. Regardie, ed.] Falcon Press (EEUU), 1984 [Contiene *Libri LXI, XIII, AL vel Legis, CCC: Khabs am Pekht, CL: De Lege Libellum, Nv, Had, E vel Exercitiorum, Rv, Astarte, III vel Jugorum HHEI, Turris, Yod, Os Abysmi, Thisharb, DXXXVI, Librae, O, A, Resh, Israfel, XLIV: The Mass of The Phoenix, XXV: The Star Ruby, XXXVI: The Star Sapphire, Samekh, V vel Reguli, LXXXIX vel Chanokh, CCCCXVIII The Vision and the Voice, A'ash vel Capricorni, Cheth, LXVI: Stellae Rubeae DCCCXI: Energized Enthusiasm, B vel Magi, Porta Lucís, Tzaddi vel Hamus Hermeticus, CCXXXI, CD Vel Tav, Viarum Viae, CLXV: A Máster of the Temple, LXXI: The Voice of the Silence, One Star in Sight, An Account of A.'.A.'. , A Syllabus of the Official Instructions of A.'.A.'. , The Gnostic Mass, y varias recensiones.*]

The Holy Books of Thelema. S. Weiser. (EEUU), 1983 (68).

Konx Om Pax. Yogi Publ. Soc. (EEUU), 1973 (65).

The Law is for All. [L. Regardie, ed.] Falcon Press (EEUU), 1983.

Liber Aleph. Level Press (EEUU), 1972.

Liber XXI-Khing Kong King: The Classic of Purity. Thelema Pub. [Distr. Teitan Press] (EEUU), 1973 (89).

Little Essays Toward Truth. Sut Anubis (R.U.), 1985 (88).

Magick Without Tears. [I. Regardie, ed.] Falcon Press (EEUU), 1984.

Magical and Philosophical Commentaries on the Book of the Law, Book, 4, *Part IV*, 93 Publishing (Canadá), 1974.

Magick. [John Symonds & Kenneth Grant, ed.] Arkana (R.U.), 1988 (71).

One Star in Sight. Krishna Press (EEUU), 1973 (93).

Aleister Crowley & Marcelo Motta: *The Oriflamme*. Thelema Publishing Co. (EEUU):

- *The Law*, vol 6 (n.º 4) (n.d.)
- *Magick and Mysticism*, vol. VI, n.º 2, 1982.
- *Yoga & Magick*, vol. VI, n.º 1, 1984.
- *Magick Without Tears*. Unexpurgated commentaries. Pt. 1. vol. VI, n.º 3, 1983.
- Idem. Pt. 2 (rev. ed.) vol VI, n.º 4, 1984.
- Thelemic Magick, Being Book Four Commented. Vol. VI, n.º 5, 1985.

The Secret Rituals of the O.T.O. C.W. Daniel (R.U.) / S. Weiser (EEUU), 1973. [Contiene *Of the Nature of the Gods; Of the Secret Marriages of Gods with Men* (99); *Liber Agapé - the Book of the Unveiling of the Sangraal y Of the Homunculus* (100).]

Seven, Seven, Seven and Other Qabalistic Writings (Ed. rev.). S. Weiser (EEUU), 1977, (60).

Tarot Divination. S. Weiser (EEUU), 1977.

The Thoth Deck. S. Weiser (EEUU) vv. ee. [Es el mazo de naipes creado por lady Frieda Harris bajo la dirección de Crowley.]

Miscelánea

A Crowley Cross-Index [Parfitt & Dryllie, ed.]. Zro [R.U.), 1976 (Una bibliografía].

Aleister Crowley Scrapbook. [Sandy Robertson, ed.] Foulsham (R.U.), 1988.

Crowley on Christ. [F. King, ed.]. C. W. Daniel (R.U.), 1974.

The Dream of Scipio. Krishna Press (EEUU), 1973. [Edición preparada por Crowley del texto neoplatónico atribuido a Macrobio y Cicerón.]

The Last Ritual. Empress Earth Mysteries Press (R.U.), 1989. [Edición facsímil de (95).]

Shih Yi (Yi King). Thelema Publishing (EEUU), 1971. [Edición preparada por Crowley.]

Tao Teh King. Askin Publishers (R.U.) / S. Weiser (EEUU), 1976. (Edición preparada por Crowley.)

The Whirpool. Krishna Press (EEUU), 1973 (111).

Ensayos sobre Aleister Crowley

Burnett-Rae, Alan: *Aleister Crowley: A Memoir of 666*. Victim Press (R.U.), 1971.

Cammell, C.R.: *Aleister Crowley: The Man, the Mage, The Poet*. The Richards Press (R.U.), 1951.

Cammell, C.R.: *Aleister Crowley: The Black Magician*. N.E.L. (R.U.), 1969. [Edición, en libro de bolsillo, de la anterior obra, pero sin la bibliografía.]

D'Arch Smith, Timothy: *The Book of the Beast*. Aquarian (R.U.), 1987.

Fuller, Jean Overton: *The Magical Dilemma of Víctor B. Neuburg*. W.H. Allen & Co. Ltd. (R.U.), 1965.

Grant, Kenneth: *The Magic Revival*. F. Muller Ltd. (R.U.), 1972.

Grant, Kenneth: *Aleister Crowley and the Hidden God*. F. Muller Ltd. (R.U.), 1973.

Grant, Kenneth: *Cults of the Shadow*, F. Muller Ltd. (R.U.), 1973.

Howe, Ellic: *The Magicians of the Golden Dawn*. Routledge & Kegan Paul (R.U.), 1972.

King, Francis: *The Magical World of Aleister Crowley*. Arrow (R.U.), 1983.

King, Francis: *Tantra for Westerners*. Acuarian (R.U.), 1986.

Regardie, Israel: *The Eye in the Triangle. An Interpretation of Aleister Crowley*. Falcon Press (EEUU), 1986.

Regardie, Israel: *The Tree of Life*. S. Weiser (EEUU), 1969.

Regardie, I. & Stephensen, P.R.: *The Legend of Aleister Crowley*. Falcon Press (EEUU), 1983 (114).

Suster, Gerald: *Crowley's Apprentice*. Century Pub. Co. (R.U.), 1989.

Suster, Gerald: *Hitler and the Age of Horus*. Sphere (R.U.), 1981.

Symonds, John: *The King of the Shadow Realm: Aleister Crowley, His Life and Magic*. Duckworth (R.U.), 1989.

Wilson, Colín: *Aleister Crowley. The Nature of the Beast*. Aquarian (R.U.), 1987.

C) BIBLIOGRAFÍA EN ESPAÑOL

Magia

Adivinación del Tarot, La, Humanitas, Barcelona, 1986. [Traducción de *A Description of the Cards of the Tarot*, Liber LXXVIII.]

Adivinación por el Tarot, La. Ibis, Barcelona, 1988. [Traducción de la misma obra anterior.]

Astrología. Edición de Stephen Skinner, Felmar, Madrid, 1976. [Traducción de José González Vallarino de *A Complete Treatise on Astrology*, Liber DXXXVI.]

Astrología, índigo, Barcelona, 1987. [Traducción de Simón Paredes.]

Gematria, Humanitas, Barcelona, 1989. [Traducción de *The Greek Qabalah*, Liber MCCLXIV.]

Goecia. La Clave menor del rey Salomón. Yug, México D.F., 1985. [Traducción de Ramael de (64 a).]

Libro de la Ley, El. A. Rosenberg & R. Rita Editores, Montevideo, 1982. [Prólogo y traducción de Finita Ayerza de (69 b).]

Libro de la Ley. El, Humanitas, Barcelona, 1988. [Traducción de 69 (b).]

Libro de las mentiras, El, Humanitas, Barcelona, 1988. [Traducción de (72).]

Libro de Thoth, El. Un breve ensayo sobre el Tarot de los egipcios. L. Cárcamo, Madrid, 1985. [Prólogo y traducción de Ralph Horton y Alberto Ocharan de (73 C, vol. III, 5).]

Magia(k). En Teoría y práctica, L. Cárcamo, Madrid, 1986. [Traducción de (71, A, B y C).]

Sepher Sephirot, Humanitas, Barcelona, 1989. [Traducción del *Liber D*.]

777, Humanitas, Barcelona, 1989. [Traducción de (66).]

Textos Sagrados de Thelema, Los. Edaf, Madrid, 1989. [Traducción de Felicitas di Fidio del vol. III, n.º 9 de *The Equinox*, con autorización de la O.T.O. (EEUU), que comprende (68) y (69 b), además de los *Libri I, X, LXVI, XC, CLVI, CCXXXI, CCCLXX* y *CD*, con traducción crítica y reproducción fotográfica de la estela de Ankh-f-n-Khonsu, amén de dos bibliografías.]

Ficción

«La estratagema», en *El Club del Haschisch. La droga en la literatura*, edición de Peter Haining, Taurus, Madrid, 1976, págs. 163-174. [Traducción de Ignacio Gómez de Liaño de la primera historia de (61).]

Ensayos sobre Aleister Crowley

Wilson, Colin: *Aleister Crowley. La Naturaleza de la Bestia*, Urano, Barcelona, 1989. [Traducción de Amelia Brito A.]

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abbey, Edwin Austin
Abbot, Beatrice
«Achad», véase Jones, Charles S.
Adler, Alfred
«Adonai Iao», véase Saayman, Eddie
Alejandro VI, papa
«Alice», véase, Beatón, Mary
Alistair Ataturk
Allenbury, lord
«Almeira», véase Prykryl, Bertha Almeida
«Alostrael», véase Hirsig, Leah
Amatore
Anderson, Garland
Angel, Norman
«Anu», véase Jaeger, Hanni L.
Apollinaire, Guillaume
Apolonio de Tiana
Archer, Ethel
Armstrong
«Astrid», véase Olsen, Dorothy
Aubrey, John
«Aud», véase Loveday, Raoul
Aumont, Gérard
Avalon, Arthur (sir John Woodroffe)
Avicena

«Babuino de Thoth», véase Hirsig, Leah
Back, Ivor
Baker, Julián L.
Balzac, Honoré de
Barron, Al
Barron, William G.
Barth, Otto Wilhelm
Bass, Kasimira
Baudelaire, Charles
Bauer, Paul
Bax, Clifford
Bayley, Gilbert («L.O.V.»)
Beardsley, Aubrey

Beatón, Mary («Alice»)
Beaufort, Karen de
Beaverbrook, lord, 406
Beckett, Samuel
Beerbohm, Max
Beethoven, Ludwig van
Belasco, Gladys
Benedicto XV, papa
Bennett, Alian (hermano lehi Aour)
Bennett, Arnold
Bennett, Frank (hermano Progradior)
Bennett, lady Mary
Beresford, J. D.
Bergson, Henri
Bergson, Moina, véase Mathers, Moina
Besant, Annie
Bevan, Gerard Lee
Beynon, Warden
Bickers, Betty
Bickers, Sheridan
«Bill o Billie», véase Busch, Bertha
Binetti, Margaret
Birven, Henri
Bishop, George Archibald
Bishop, Tom Bond
Blake, William
Blakemore, Trevor
Blakeney, T. S.
Blavatsky, Elena Petrovna
Bois, Jules, 53
Booth-Clibborn, Augustine
Borbón, Luis Fernando de
Bosanquet, Claud
Bott, Percival, 105
Bottomley, Horatio
Brahim, Mohammed ben
Brettville, Edith de
Brocket, Arthur R. N. Nall-Cain, barón de
Brook, George H., 723 Brook, Peter
Brooksmith, Pearl
Brunnig, Max

Brunt, Bertha van
Buddicom, Jacinta
Bum, Dummy van
Bunyan, John
Burlingham, Ray G.
Burrard, Sidney
Burton, Richard Francis
Busch, Bertha («Bill» o «Billie»)
Butler, Henry Montagu
Butts, Mary
Byron, George (lord)

Cabell, James Branch
Cagliostro (Giuseppe Balsamo)
Calce, Cario, barón La
Calder-Marshall, Arthur
Cameron, Marjorie
Cammell, Charles R.
Camell, Iona
Camp, L. Sprague de
Campbell, Robin, M.
Cannon, Alexander
Carey, P. D.
Cárter, Coronel
Cárter, Edward
Casaubon, Meric
Casement, Roger
Cecil, David
Cellini, Benvenuto
Cheron, Jane
Chesterton, G. K.
Churt, Mildred
Churchill, Winston
Clarke, Herbert
Clarkson, Willie
Cleugh, James
Clymer, R. Swinburn
Colé, Horace
Coleridge, Samuel Taylor
Collie, Norman
Collins, William

Colón, Cristóbal
Colum, Padraic
Conn, Blanche
Conrad, Joseph
Constant, Alfonse Louis, véase Lévi, Eliphas
Constantino, emperador
Conway, William Martin, lord
Coomaraswamy, Alice Ethel
Coomaraswamy, Ananda K.
Cowie, George Macnie
Crooke, Ida, («V. L»)
Crowder, Henry
Crowley, Ann Leah («Poupée»)
Crowley, Astarté Lulú Panthea («Lulette»)
Crowley, Dionisio
Crowley, Edward
Crowley, Emily Bertha
Crowley, Lola Zaza
Crowley, Robert
Cruze, Eddie
Cunard, Nancy
Curzon, lord
Cypris, véase Shumway, Ninette

Dalai Lama
Dante Alighieri
Darwin, Charles
Dashwood, sir Francis
Davis, Frank, 617
Dee, John
De Gaulle, Charles, general
Degli Abruzzi, duque
«Deo Duce Comité Ferro», véase Mathers, S. L.
De Quincey, Thomas
Deroxe, Myriam
Devy, Ratan
Dewey, Lea
Diógenes
Dix, Otto
Dockeril, Marión, véase Hirsig, Alma
Dolgorouky, Olga

Dolgorouky, Serguei
Domela, Thomas
Dorn, Heinrich van
Doughty, Harry
Douglas, lord Alfred
Douglas, James, *véase* Pritchett, V. S.
Douglas, Norman
Dover, Thomas
Dowson, Ernest
Doyle, Arthur Conan
Driberg, Thomas
Duchamp, Marcel
Duncan, Isadora
Duncombe-Jewell, L. C. R.
Dunsany, lord
Duranty, Walter

Eaton, Cora, *véase* Germer, Cora
Eckartshausen, Karl von
Eckenstein, Oscar
Eddy, J. P.
Eliot, T. S.
Ellis, Havelock
Emakera, Marie
Esquilo, 36
«Estai», *véase* Wolfe, Jane
Estuardo, María
Evans, Charles
Evans, Montgomery
Everett, Dora

Faesi, Leah, *véase* Hirsig, Leah
Farmer, Zoé
Farr, Florence («Mrs. Emery»)
Fausto
Felkin, Lawrence
Fenton, De Wend
Ferrari de Miramar, María Teresa o Marie
«Fidelis», *véase* Simpson, Elaine
Fitzgerald, Edward Noel
Fludd, Robert

Fortune, Dion
Foster, Jane («Hilarión»)
Foyle, Christina
France, Anatole
François, André
Fraux, Helen
Fraux, Ninette, *véase* Shumway, Ninette
Frazer, J. G.
Freshfield, Douglas
Freud, Sigmund
Fryer, Peter
Fuller, Gretel
Fuller, Jean Overton
Fuller, John F. C.

Galitzin, princesa
Gardner, Frederick Leigh
Gaucher, Andr:e
Gauguin, Paul
Gaunt, Guy
«Genésthai», *véase* Russell, Cecil F.
George, Madelaine
Germer, Cora (*de soltera* Eaton)
Germer, Karl J. («Saturnus»)
Germer, Sasha
Ghillie, Hugh
Gissing, George
Givry, Entile Grillot de
Gleadow, Rupert
Goddard, Kathleen, *véase* Neuburg, K. Goldman, Emma
Goldring, Douglas
Goldston, Edward
Gomes, Ferreira
Gómez, Doris
Gosse, Edmund
Gottsched, Renate
Gouraud, Aimée
Gourmand, Reggie
Graham, W. W.
Grant, Kenneth («Aossic»)
Grant, Steffi

Grau, Albín («Pactidus»)
Graves, Robert
Gray, Anna
Gray, Charles
Green, Belle
Green, Henry
Gregg, Frederick J.
«Gregorius», véase Grosche, Eugène
Grey, Anna
Grey, sir Edward
«Grimaud», véase Parsons, Helen
Gross, Edmund
Grosche, Eugène («Gregorius»)
Guillarmod, J. Jacot
Gurdjieff, George

Haire, Norman
Hall, Norman
Hall, Raddyffe
Hamburger, Michael
Hamilton, Gerald
Hammer-Purgstall, Joseph von
Hamnett, Nina
Hamon, Louis
Hanchant, Wilfred
Hansberger, Kitty van
Hansi, véase Crowley, Dionisio
Harcourt, Léa
Harmon, Gladys
Harris, Frank
Harris, Frieda («Tzaba»)
Harris, Percy
Harrison, Austin
Harrison, Frederick
Hartmann, Franz
Haynes, E. S. P.
Heine, Heinrich
Henderson, Wyn
Herodoto
«Hilarión», véase Foster, Jane
Hickey, William

Hilbery, Malcom
 Hirschfeld, Magnus
 Hirsig, Alma
 Hirsig, Leah (Lala, Alostrael, Babalon, el Babuino de Thoth, la Mujer Escarlata, la Virgen Custodia del Sangraal, la Ramera Escarlata de las Estrellas)
 Hitler, Adolf
 Hogg, M. Deborah
 Hogg, R. E. T.
 Hollis, Helen («la Serpiente»)
 Home, Daniel Douglas, 23 Honorio III, papa
 Hooker, Denise
 Hopkins, Kenneth
 Horniman, Annie («Tabby»)
 Horniman, Frederick J.
 Houghton, Michael (Michael Juste)
 Howe, Ellic
 Hubbard, Lafayette Ronald
 Hunt, C. de Vidal
 Hunter, E. A.
 Huxley, Aldous
 Huxley, Julián
 Huysmans, J. K.

 «Iehi Aour», véase Bennett, Allan
 «Inky», véase Stephenson, Percy L.
 Inman, H. E.
 Isabella Isis Selene Hécate Artemis Diana Hera Jane («Mimi»), hija del barón La Calce y Ninette Shumway, 437, 454, 461, 487-491, 573
 Isherwood, Christopher, 595, 603-604
 Ives, Sykes, 663, 664
 «I. W. E.», véase Küntzel, Martha

Jack el Destripador
 Jaeger, Hanni Larissa («Anu», «el Monstruo»)
 Jarry, Alfred
 Jerome, Jerome K.
 Joad, C. E. M.
 John, Augustus
 John, Peggy
 Johnson, Ben
 Johnson, Ken («Snake Hips»)

Jones, George Cecil
Jones, Charles Stansfeld («Achad»)
Jorge V
Joyce, James
Joyce, William
Juana de Arco
Julio César
Jung, C. G.
Juste, Michael, véase Houghton, Michael

Kafka, Franz
Kahl, Regina
Kahn, Otto
Kellner, Karl
Kelly, sir Edward
Kelly, F. F.
Kelly, Gerald
Kelly, Rose (Sra. Crowley)
Kemp, Harry
Kennedy, León Engers
Kéroualle, Louise de,
Kerval, Alastor de,
Khunrath, Heinrich Conrad
Kingsford, Anna
Kirk, Arthur
Klein, Heinrich
Knight, Richard Payne
Knowles, Guy
Knox, Ronald A.
Ko Hsuan
Koo, Wellington
Kothek, Cerda Maria von,
Krafft-Ebing, Richard von,
Krishnamurti, Jiddu
Küntzel, Martha («I.W.E.»)
Kylsant, lord

Lachman, Kurt
«Lampada Tradam», véase Neuburg, Víctor
Lao Tsé
Lavaleye, Victor de,

Lavroff, Marie
Lawrence, D. H.
Leadbeater, Charles Webster
Leal, Raúl
Lebrun, presidente de la República Francesa
Legge, James
Lenin, Vladimir Ilich
León III, papa
Leslie, W. Murray
Leverson, Ada Esther
Lévi, Eliphas, pseudónimo de Alfonse L. Constant
Lewin, Louis
Lewis, H. Spencer
Lincke, Elsa («Bazedon»)
Lisieux, Isidore
Longstaff, Tom George
Loveday, Betty, véase May, Betty Loveday, Raoul («Aud»)
Ludovic Cameron, véase Duncombe-Jewell
Lunn, Arnold
Lytton, Edward R. Bulwer, conde de,

MacBride, Maud Gonne
Machen, Arthur
Macky, Anne
Maggio, Dr.
Maitland, Cecil
Malory, sir Thomas
Mansfield, Katherine
Marco Aurelio Antonino
María o Marie, véase Ferrari de Miramar, M. Teresa
Marlowe, Christopher
Marshall, Helen
Martin, Belle
Marx, Eleanor
Marx, Karl
Mathers, Moina
Mathers, Samuel Liddell, llamado MacGregor Mathers
Maugham, William Somerset
May, Betty
McLeod, Sheila (Runia Tharpe)
McMurtry, Grady

Mencken, H. L.
Meredith, George
«Merlín», véase Reuss, Theodor
«Metonith», véase Wolfe, Jane
Metteya, Ananda
Michaud, J.
Middleton, Doris
Miller, Anna Katherine
Millet, J. F.
«Mimí», véase Crowley, Isabella Isis...
Minor, Roddie («el Camello»)
Miramar, véase Ferrari de Miramar, María Teresa
Mohammed, Abd el Aziz ben
Molay, Jacques de
«Monstruo», véase Jaeger, Hanni L.
Morgan, Charles
Morris, Philip
Morrison, Edward
«Mrs. Emery», véase Farr, Florence
Mudd, Norman («O.P.V.»)
Mummery, A. F.
Murray, Adam G. («Virtute et Labore»)
Mussolini, Benito
Mussy, Charles Asa

Napoleón I
Naylor, R. H.
Netchayev, Serguei
Neuburg, Kathleen (*de soltera* Goddard)
Neuburg, Víctor («Omnia Vincam» y «Lampada Tradam»)
Nietzsche, Friedrich
Norton, May
Nostradamus, Michel de,

Olcott, FE S.
Olsen, Dorothy («Astrid»)
«Omnia Vincam», véase Neuburg, Víctor
«O.P.V. (Omnia Pro Veritate)», véase Mudd, Norman
Otter, Gwendoline
Otto, Stephen

Pache, Alexis

«Pactitius», véase Grau, Albin
Paracelso
Parker, Diana
Parry, Reginald St. John
Parsons, hielen (hermana Grimaud)
Parsons, John (o Jack) Whitesrde («hermano 210»)
Payne, John
Pennel, Grace M.
Penny, Florence
Pessoa, Fernando
Pfannl, H.
Piazzzi-Smyth, Charles
Pigné, André
Pinney, John
Pío XI, papa
Pitágoras
Pitcher, Margaret
Platón
Plotino
Poe, Edgar Allan
Pollitt, Fierbert C. J.
Pound, Ezra
«Poupée», véase Crowley, Ann Leah
Powys, John Cowper
Praz, Mario, 37
Prelati, Francesco
Pritchett, V. S. (llamado James Douglas), 404, 464, 481, 662
«Progradior», véase Bennett, sir Frank
Prokofief, Serguei
Prykryl, Bertha Almeira
Putt, Elsie

Quinn, John

Rabelais, François
Rachel Marguerite («Zaza»)
Rachmaninof, Serguei V.
Rae, Alan
Raffalovich, George
Rais, Gilíes de
Read, H. V.

«Recnartus», véase Traenker, Heinrich
Regardie, Israel («la Serpiente»)
Reuss, Theodor («Merlín»)
Reymond, Charles
Ricardo III
Richards, Grant
Richter, Hanni
Rigge, Kitty
Righi, Alcesti C. Rigo de
Rimbaud, Arthur
Ringler, Anny
Robinson, Hester
Rockmount, Thomas
Rodd, Peter
Rodin, Auguste
Rodker, John
Rops, Felicien
Rosenkreutz, Christian
Rosenroth, Knorr von
Ross, Jean
Runia, véase McLeod, Sheila
Runietti, Bruna
Russell, Bertrand
Russell, Cecil Frederick («Genésthai»)

Saayman, Eddie («Adonai Iao»)
Sabatini, Arturo
Sabatini, Richard
Sacco, Nicola
Sade, marqués de
Saint-Germain, conde de
Salisbury, Robert A. T. Gascoyne-Cecil, marqués de
Sardanápalo
«Saturnus», véase Germer, Karl
Schneider, Max
Schwob, Marcel
Seabrook, Kate
Seabrook, William
Sella, Vittoria
«Semper Paratus», véase Windram, Thomas J.
Senn, Leo

Shakespeare, William
Sharpe, May Churchill
Shaw, George Bernard
Shelley, Percy Bysshe
Shumway, Ninette (hermana Cypris)
Shumway, Helen
Simpson, Elaine (hermana Fidelis)
Sitwell, Osbert
Skene, Hener
Smart, Desda
Smith, Lora P.
Smith, Robinson
Smith, Wilfred, T.
Smithers, Leonard
Smythe, Frank
Southcott, Joanna
Southey, Robert
Speaight, Hugh
Spender, Stephen
Sporn, B.
Sprague, Margaret
Sprengel, Anna
Stalin, José Ivarionovich Dzughashvili
Stanton, C.
Starr, Meredith
Steiner, Rudolph
Stephensen, Percy R. («Inky»)
Stevenson, Roben L.
Stott, Roben
Strachey, Lytton
Streicher, Julius
Sturges, Mary d'Esté («Virakam»)
Sullivan, J. W. N.
Sullivan, L.
Sullivan, Sylvia
Summers, Montague
Sutherland, M. A.
Swift, juez
Swinburne, Algernon, C.
Symonds, John
Symons, Arthur

Tanguay, Eve
Tankerville, George Montagu, conde de
Tennyson, Alfred
Tharpe, Runia, véase McLeod, Sheila Thesiger, Ernest
Thomas, Dylan
Thorton, Edward
Thynne, Roben Thomson
«Todo por la Verdad», véase Mudd, Norman Torregiani, Domizio
Traenker, Heinrich («Rechartus»)
Tredegar, Evan Morgan, vizconde de
Trotsky, León
Tsaida, Mohammed
«Tub», véase Upham, Alice
Turner, Watson
Tynan, Kenneth

«Uarda», véase Kelly, Rose
Unamuno, Miguel de
Upham, Alice («Tub»)

«Vagabundo de la Desolación», véase Kerval, Alastor de
Valéry, Paul
Van Gogh, Vincent
Vanzetti, Bartolomeo
Verey, C.
Victoria, la Reina
Viereck, George Sylvester
«Virakam», véase Sturges, Mary d'Esté
«Virgen Custodia del Sangraal», véase Hirsig, Leah
Virgilio
«Virtute et Labore», véase Murray, Adam G.
«Volo Intelligere», véase Yorke, Gerald

Waddell, Leda
Wagner, Richard
Waite, A. Edward
Waley, Arthur
Walpole, Horace
Ward, Edward
Watkins, John
Watt, Alexander

Weidling, Dr.
Wesseley, V.
Westcott, William Wynn («Sapere Aude»)
Westley, Helen
Whineray, E. P.
Wilamowitz-Moellendorf, Ulrich von
Wilde, Oscar
Wilhelm, Richard
Wilkinson Ellen
Wilkinson, Louis
Windram, Thomas J. («Semper Paratus»)
Winter, Molly
Winter, William
Wirth, Oswald
Wolfe, Jane («Metonith» y «Estai»)
Woodford, Alphonsus
Woodman, William Roben
Workman, William
Wyllie, Jim

Xchneider, Max

Yates, Edmund
Yeats, John B.
Yeats, William B.
Yorke, Gerald J. («Volo Intelligere»)
Young, Abbot
Younghusband, Francis

Zola, Emile
Zolar, Alexander Xul
Zschaetzsche, Louise

Notas

[1] El primer libro de Symonds sobre Crowley se titula *The Great Beast*; el segundo *The King of the Shadow Realm*. Como éste incluye todo el material de aquél hemos titulado nuestra traducción *La Gran Bestia*. (N. del E.) <<

[2] Se trata de una confusión de Crowley: *Paramahansa(s)* es el apelativo de la más elevada de las categorías ascéticas de la India, de posible origen yóguico-tántrico, cuyos practicantes solían vivir, entre otros lugares, bajo los árboles. No debe ser confundido con *Hansa*, principio masculino de la fertilidad y del conocimiento, representado por un ganso, en particular de la especie *Anser indicus*. (N. del T.) <<

[3] «Noche y día», como referencia a la luz que emerge de las tinieblas, esto es, la luz del ocultismo. <<

[4]*Mandola*: variedad de *mandolina*, de mayor tamaño; *Krummhorn*: antiguo instrumento de viento de forma curva; *citóla*: antiguo instrumento de cuerda, posiblemente relacionado con la cítara. (N. del T.) <<

[5]*The Spirit of Solitude. An Autohagiography. Subsequently re-Antichristened The Confessions of Aleister Crowley.* («El espíritu de la soledad. Una autohagiografía. Subsiguientemente re-antibautizada Las Confesiones de Aleister Crowley».) Mandrake Press, 1929. De los seis volúmenes pensados en un principio sólo se publicaron dos; sin embargo, en la actualidad, la obra completa ha aparecido en la colección *Arkana*, de Routledge & Kegan Paul, Londres. <<

[6]*The Alpine Journal*, mayo 1952.<<

[7] This My Voyage, 1950. <<

[8] Smithers era, por aquel tiempo, el editor pornográfico más famoso de Gran Bretaña. Publicó, entre otras obras eróticas, la *Story of Venus and Tannhäuser*, de Aubrey Beardsley, y una fantasía en tres volúmenes sobre masoquismo, *Gynecocracy* (atribuida a Havelock Ellis, pero, posiblemente, escrita por un abogado llamado Stanislas de Rodès). También fue el editor de Oscar Wilde (al menos de sus tres últimas obras), de Arthur Symons, de Ernest Dowson y de Max Beerbohm. *White Stains* sería reeditado en 1973 por Duckworth. <<

[9] En su obra de 1933, *The Romantic Agony*. <<

[10] «Sería difícil que alguien atinase a la primera, y mucho menos a la de cien, que ese dignísimo personaje Victoriano del caso de “Jack el Destripador”, fue nada menos que Helena Petrovna Blavatsky» (de un ensayo inédito, sin título). <<

[11] Se trata de una daga conformada por el mango y la hoja, de doble filo, obtenidos por fundición de una sola pieza, siguiendo un modelo arcaizante, de uso en Irlanda y Escocia, denominada *sjan*, *skain*, *skein*, *skleyn*, *sgian* o *skene* (-*dhu*). (N. del T.) <<

[12] Del *Lemegeton*. (N. de T.) <<

[13] La clave se encuentra en su «viaje al centro de la Tierra», que constata la máxima alquímica *Visita Interiora Terrae: Rectificando Invenies Occultum Lapidem* (Visita las interioridades de la Tierra y mediante la preparación hallarás la Piedra Oculta, o Filosofal), que ya aparece en *La Toyson d'Or* de Trismosin (edición de 1613). La Tierra se confunde con el individuo, en este caso Crowley, y su centro con su auténtico Yo. Por otro lado, el «decorado» no deja de recordar el de la *Divina Comedia* de Dante. (N. del T.) <<

[¹⁴] *The Confessions of Aleister Crowley*. <<

[15] «Con Dios como conductor y la espada como compañera.» <<

[16] De acuerdo con lo usualmente empleado en las lenguas de la familia indoeuropea, se mantiene la palabra Séfira para el singular y Séfirot para el plural, en esta transcripción de una palabra hebrea. (N. del T.) <<

[17] *The Confessions of Aleister Crowley.* <<

[18] De la Luz Infinita (Ain Sof) manaron y se formaron diez Emanaciones (los Séfirot). Durante el proceso de formación, parte de la energía se desbordó, creando lo que se conoce como el *Qlifa* de cada Emanación; los qlifot fueron conquistados por demonios que los eligieron como morada. De aquí la naturaleza qlifótica o maligna de cada uno de estos séfirot invertidos o reflejados. <<

[19] Parte del traje nacional de los Highlands de Escocia: viene a ser una especie de manta de lana, con el *tartarí* o colores distintivos del clan, que se acostumbra a llevar en bandolera. (*N. del T.*) <<

[20]«... sobre mi hermana Fidelis pesaba la maldición de una horrible madre, una cantante de sexto orden y una *snob* de primer grado, provista de papada y panza; casamentera, cizañera, quejica y atontada. La repelente bruja contó por todo Londres y Nueva York que yo había entrado por la noche en la habitación de su hija con mi Cuerpo de Luz» (*The Confessions of Aleister Crowley*). <<

[21] Crowley toma a Harpócrates por una divinidad egipcia del silencio, ya que solía ser representado por un joven que, literalmente, «se chupaba el dedo», confundiendo este gesto propio de un niño con ese otro, parecido, que implica silencio. Harpócrates, muy en boga en los últimos tiempos de Egipto, no era otro que «Horus niño», una divinidad solar. (N. del T.) <<

[22] «Cogí la sífilis en 1897, y yo mismo me preocupé de administrarme mercurio, nunca he sentido síntomas importantes, y desde 1917, nada en absoluto.» <<

[23]*The Magical Record*, 10 de agosto de 1930. <<

[²⁴] *The Magical Record*, 11 de julio de 1920. <<

[25] Sri Paránanda, Procurador General de Ceilán. <<

[26] Diosa hindú que representa la existencia. (*N. del T.*) <<

[27] Si el *coracle* es una embarcación construida por el procedimiento de envolver una estructura, o armazón, con pieles de animales, previamente impermeabilizadas, que fuera utilizada por los pueblos célticos de tradición marina, el *ekka* resulta ser algo igualmente primitivo, lo que suscita el comentario de Crowley, pues a juzgar por la descripción que éste hace, así como por su apelativo (*ekka* se relaciona con *equus*, o sea, caballo), parece tratarse de algún «descendiente en línea directa» del primitivo carro de combate de dos ruedas. (N. del T.) <<

[28] El destino. (*N. del T.*) <<

[29] Por aquel tiempo, Crowley tendría algunos de aquellos libros, pero quizá no todos. Esta descripción se refiere más a la biblioteca ideal, a la que podría tener, que a la que, efectivamente, poseía. <<

[30] *Aleister Crowley: the Man, the Mage, the Poet*, The Richards Press, 1951.
[Reeditado en 1969 por la New English Library, con el título, a secas, de *Aleister Crowley*, aunque en la portada se añadió, posiblemente para hacerlo más efectista, *The Black Magician*], (N. del T.) <<

^[31]*Talwar o Tulwar*, un tipo de espada utilizada en la India. <<

[32] El Museo Boulak ya no existe: su fondo de antigüedades pasó a engrosar el del Museo Nacional de El Cairo. <<

[33] Jehovah, el principio creador; o las iniciales de Isis, Apofis y Osiris. <<

[34] Hadit o Behdety, es otro de los nombres de Horus, el dios del cielo, cuyo jeroglífico es el disco solar alado. <<

[35] O Nut. Madre de Ra y personificación divina de la bóveda del cielo. Su culto se hallaba ligado a las creencias funerarias, pues el muerto renacía en ella. (*N. del T.*) <<

[36] A pesar de lo dicho por el autor, es uno de los apelativos de Horus, precisamente el que daría lugar a la transcripción griega de Harpócrates. (*N. del T.*) <<

[37] La identidad Set = Shaitan = Satán es demasiado arriesgada. Baste decir que Set, o Seth, es, en un principio, el dios asociado, o compañero, si se prefiere, de Horus. Set procede del Alto Egipto, mientras que Horus procede del Bajo. Hay representaciones artísticas que lo muestran atacando a la serpiente Apofis, la que persigue a las almas de los muertos y a la barca solar en su viaje de ultratumba. Al ser identificado con el desierto, en tanto que Osiris lo será con la vegetación, y participar en la muerte de este último, Set va a adquirir, ya a partir del Imperio medio (Dinastía XIII) características de maldad, que culminarán cuando Asiria conquiste Egipto, exactamente antes del advenimiento de la Dinastía XXVI, en la que, según Crowley, viviría el sacerdote Ankh-f-n-Khonsu, una de sus anteriores encarnaciones, y en la que Set ya ha quedado asociado, al igual que unos mil años antes, en época del dominio hykso, con las deidades extranjeras, pasando, por ello, a ser un dios maligno. (N. del T.) <<

[38]*Chordee* en el original: inflamación dolorosísima, posiblemente una fimosis inflamatoria, o una inflamación del cordón espermático, ambas producidas por gonococos. (N. del T.) <<

[39] Pomada fabricada con sándalo, de fortísimo olor. <<

[40] Su *Autohagiography* o *Confessions*. <<

[41] Ladrones de la India y Birmania, que se reunían en bandas para llevar a cabo sus tropelías. (N. del T.) <<

[42] Plato típico de Escocia, preparado, generalmente, a partir de vísceras de oveja, riñones, sal, pimienta, harina y verduras, que se introducen dentro del estómago del animal, a la manera de una morcilla gigantesca, que deberá cocer. Se ha de tomar acompañado de whisky de malta de las Highlands. (*N. del T.*) <<

[43] «Au Kangchinjunga. Voyage et explorations dans l'Himalaya du Sikkim et du Népal», *Echo des Alpes*, núms. 8-9, 1914. <<

[44]*Op. cit.* <<

[45] *Op. cit.* <<

[46] *Op. cit.* <<

[47] Un estado de calma sobrenatural. <<

[48] Festividad en honor de Durga, diosa que está relacionada con la fertilidad y la función guerrera, una de cuyas manifestaciones es Kālī Mā (Kali). Se le ofrecían sacrificios de animales y de hombres. (*N. del T.*) <<

[49]*Flatland: A Romance of Many Dimensions* («Planilandia, una novela de muchas dimensiones»), publicada en 1884, y escrita por el reverendo de nacionalidad británica Edwin A. Abbott (1838-1926), describe un mundo bidimensional, Flatland o «Planilandia», habitado por elementos y figuras del plano, que es visitado por un «habitante del espacio», de la tercera dimensión: una esfera, lo que da lugar a una profunda reflexión sobre el problema de la dimensionalidad. (N. del T.) <<

[50] En medio de algún sitio, pero no de la China, pues el Yunnan se encuentra en la periferia de aquel gran país. <<

[51]*Augoeides*, del el griego *augos*, la luz matutina, la aurora. Crowley tomó esta palabra de la obra *De Mysteriis*, de Jámblico, el más grande de los filósofos anticristianos. <<

[52] Nativo que caza por cuenta propia o que acompaña a los europeos en sus viajes, sirviéndoles de guía. (*N.del T.*) <<

[53] *The Book of the Law.* <<

[54] *Del Magical Record*, o diario mágico, de Perdurabo. <<

[55] El 777 no es otra cosa que un conjunto de correspondencias, o semejanzas, entre bastantes de los símbolos de los sistemas mágicos y místicos más importantes, y ofrece al esoterista un prontuario de referencia para que, con un simple vistazo, pueda saber lo que necesita a la hora de llevar a cabo una operación en concreto. Por ejemplo, si lo que desea es efectuar la invocación de un espíritu mercurial, como Taphtatharath (del sistema mágico hebreo) habrá que trazar un círculo y elegir los instrumentos mágicos, apropiados, de acuerdo con la información que pueda encontrarse en el libro relacionada con el número 8 (que es el número de Mercurio), en todas y cada una de las numerosas columnas que definen las correspondencias. Aunque 777 no sea más que un pequeño libro, es la obra más completa en su género. Más adelante, durante su estancia en Cefalú, sería ampliado por Crowley, quien le añadiría un jugoso comentario. <<

[56] Uno de los ingredientes del incienso que se utiliza en el ritual mosaico. (*N. del T.*)

<<

[57] En el sistema mágico de la Golden Dawn, una «Cruz del Calvario» no es otra cosa que una cruz latina. (*N. del T.*) <<

[58] «Auténtica y fidelísima RELACIÓN de lo que aconteció durante muchos años, entre el doctor JOHN DEE (matemático de gran fama en los reinados de la reina Isabel y del rey Jaime) y ALGUNOS ESPÍRITUS». (*N. del T.*) <<

[59] Véase C. G. Jung: *Psicología y alquimia*. Y en particular la figura 50 de la *Atalanta fugiens*, de Michael Maier, a la que hace referencia el texto indicado. (N. del T.)<<

[60] Variedad de zafiro que deja ver en su interior una estrella blanca de seis puntas producida por numerosas inclusiones que reflejan la luz. (*N. del T.*)<<

[61] La obra anónima *Grimorium Honorii Magni* fue publicada en Roma en el año 1629, en su edición *princeps*, y en latín. La segunda edición, en francés y también en Roma, aparecía en 1670. Se supuso obra del papa Honorio III, «el Grande», que había sido obispo de Roma desde 1227. La obra se presenta como una bula papal promulgada para que los miembros de la Iglesia dispongan de un arma eficaz contra los demonios. La traducción de Crowley mejora en intensidad poética y mágica el fragmento original, que debía ser insertado entre las oraciones del Oficio de Difuntos, celebrado, para fines rituales, después de la medianoche del jueves siguiente al primer lunes del mes. (N. del T.)<<

[62] El útil con el que el mago graba, comúnmente sobre cera, los signos y símbolos mágicos de su pantáculo o talismán. <<

[63] O sexual. En aquella ocasión, y por añadidura, se hallaban drogados. <<

[64] *Vi Veri Vniversum Vivus Vici*, o sea, «Por la fuerza de la verdad, estando vivo, conquisté el Universo». <<

[65] La cuestión de que Crowley fuera nombrado caballero es algo oscura. «Obtuve el honor de ser nombrado caballero por uno de los lugartenientes de Don Carlos.» No conozco de qué manera un infeliz y desafortunado pretendiente puede conferir el grado de caballero. Sin embargo, Crowley consiguió el honor del siguiente modo: «Me uní a una conspiración en favor de Don Carlos, fui encargado de manejar una ametralladora, me molesté en convertirme en un tirador de primera y estudiar instrucción militar, táctica y estrategia». <<

[66] Pero, a pesar de ello, se casaría con el coronel Gormley, que había sido huésped de Crowley en Boleskine. <<

[67] Virakam, de la raíz sánscrita *rak*, «Yo compongo», «Yo realizo». <<

[68]*The Magical Record of the Beast 666.* <<

[69] Especie de fez, una suerte de gorro semirrígido, de uso en el área islámica (*N. del T.*) <<

[70] En los equinoccios de primavera y otoño, Crowley enviaba saludos a los miembros de la Orden y a los amigos. Estos saludos giraban en torno de alguna palabra, tomada de los «Textos Sagrados de Thelema», de algún dios (por mediación de la Mujer Escarlata) o de alguno de los sistemas mágicos con los que Crowley trabajaba, y expresaban la naturaleza de la corriente mágica durante los seis meses venideros. <<

[71] Crowley no estaba de acuerdo con la palabra del original, «Acéfalo» (*akephalou*), que substituyó por *Bornless*, una palabra imposible en inglés, a la que da el significado de «sin límites», *Bourneless*. <<

[72] El *uraeus* es, posiblemente, una cobra de la familia *Naja haje*. Simboliza la fuerza emergente de Kundalini, que surge de la frente del faraón y puede concretarse en una llama que, arrojada por las fauces de la serpiente, es capaz de acabar con sus enemigos. (N. del T.) <<

[73] Uno de los ingredientes del incienso prescrito para el ritual judío del Tabernáculo y del Arca de la Alianza (*N. del T.*) <<

[⁷⁴] *Fragment of a Graeco-Egyptian Work upon Magic. From a Papyrus in the British Museum*, Charles Wycliffe Goodwin, 1852. <<

[75] Una corrupción de Asar Un-Nefer («Me hice a mí mismo perfecto»), una forma de Osiris. <<

[76] «Nadie» (*Nemo*) era otro de los nombres mágicos de Crowley. <<

[77] Lo que equivale a preguntar: «¿Eres uno de los Jefes Secretos?». <<

[78] Esta invocación fue publicada en 1936 en *The Equinox of the Gods*. <<

[79] Esta pregunta iba dirigida a Ab-ul-Diz, y equivale a lo siguiente: «¿Qué debe hacer Crowley para que la hermana Virakam tenga la inspiración correcta, de manera que pueda conectar con el mago?». <<

[80] A la Hermandad mística. <<

[81] Es decir, antes del acto de magia sexual y del ritual 671 (véase el capítulo 13). <<

[82] Once magos. <<

[83] «Con un besito en el coño.» <<

[84] Ab-ul-Diz. <<

[85] Crowley. <<

[86] Famoso restaurante moscovita. (*N. del T.*) <<

[87] El nombre distintivo de la sección británica de la O.T.O. es M.'.M.'.M.'. (*Mysteria Mystica Maxima*). <<

[88] *Asi*: Osiris; *Hoor-Apep*: el dragón (o serpiente) de las profundidades que comienza a agitarse. <<

[89] Thoth (Mercurio), dios de la magia. <<

[90] El dios-cocodrilo que devora el Sol al atardecer. <<

[91] Thoth, que lleva una vara con una cabeza de fénix. <<

[92] «Yo mismo hecho Perfecto», u Osiris Imparcial. <<

[93] El Guardián de los Abismos. <<

[94] Osiris. <<

[95] La diosa de la verdad y la justicia. <<

[96] Liber *DCCCXIII vel Ararita sub figura DLXX*, de Aleister Crowley, ca. 1909. Es uno de los llamados *Textos sagrados de Thelema*. <<

[97] La Bestia tenía una auténtica pasión por el incienso, que utilizaba incluso para fines seculares. Después de su muerte, encontré entre su documentación esta carta que, por los años treinta, le enviara uno de sus caseros: «Mi querido Crowley, le ruego que me disculpe, pero debo pedirle que deje de usar con tanta profusión el incienso. A mí no me molesta, pero hay demasiadas personas que no lo pueden soportar. Esta tarde he tenido una queja, porque el olor del incienso es demasiado fuerte para quedarse confinado en una habitación. Quizás en una habitación en el último piso podría permitirle su uso, pero no en la que actualmente ocupa. Suyo, etc.». <<

[98] Un gesto que representa la proyección de la fuerza mágica, que se hace llevando ambos brazos hacia delante, a la altura de los hombros, y adelantando el pie derecho.

<<

[99] El dios de los dos equinoccios, o del doble horizonte, Hoor-Makhu. <<

[100]*Nemyss* o *Nemes*, prenda con la que el faraón cubría su cabeza, adornada de vistosas franjas transversales, que dejaba caer sobre su pecho dos anchas tiras. (*N. del T.*) <<

[101] La fuerza vital. <<

[102] *The Esoteric Record*. <<

[103] Se dice que Thoth, y también Mercurio, tienen dos apariencias, o voces, una de las cuales habla sabiamente, mientras que la otra —la del babuino— profiere incongruencias. <<

[104] Del griego *gē*, tierra, y *manteía*, profecía. Se trata de un método de adivinación consiste en tirar tierra al aire, de manera que caiga en una superficie plana, pues los puntos formados le indican al consultante el objeto de su pregunta. El método geomántico utilizado por Crowley se basaba en puntos hechos, sin pensar, por la punta de un lápiz al golpear sobre una hoja de papel. Es evidente que debió de disponer de algún texto que le indicase la naturaleza de los puntos formados. <<

[105] Según Crowley, la verdadera grafía de esta palabra, que había obtenido como resultado de sus trabajos con la Cábala, era ABRAHADABRA, y no ABRACADABRA. <<

[106] El volumen en cuestión, que toma el título de la primera historia, *The Stratagem*, y que, fundamentalmente, refiere la «tomadura de pelo» de un irlandés a un inglés (en la mejor tradición crowleyana), consta de otras dos. Una de ellas, *The Testament of Margaret Blair*, que ocupa la mitad del volumen, es, sin duda, una magnífica narración de «terror sobrenatural», con ecos lovecraftianos e implicaciones ocultistas de la filosofía «secreta» del propio Growley. (N. del T.) <<

[107] Con frecuencia da la impresión de que Crowley participa de corrientes «subterráneas» que no explica. Ahora es el caso, como señaló Borges refiriéndose a A. Machen, de la obra anónima del siglo XIII europeo *De Tribus Impostoribus*, atribuida a Federico II Hohenstaufen, en la que, defendiendo la supremacía de la función guerrera del Imperio, se intentaba desacreditar a la sacerdotal, y con ella la del Papado y la de las tres grandes religiones conocidas por entonces: la mosaica, la cristiana y la mahometana. En el *Liber Legis* esta urgencia de acabar con el viejo eón se hará totalmente explícita. (N. del T.) <<

[108] «Todo se ha consumado», las últimas palabras de Cristo en la cruz. Es muy poco probable que Neuburg dijera tal cosa. <<

[109] Walter Duranty, el mejor latinista del grupo, fue el encargado de traducir al latín todas las invocaciones que se utilizaban en la «magi(k)a.» <<

[110] «EL DIÁCONO. Haz lo que Quieras será toda la Ley. Yo proclamo la Ley de la Luz, de la Vida, del Amor y de la Libertad, en el nombre de IAO.» Fragmento de la *Misa Gnóstica* de Crowley, publicada como *Liber XV (The Equinox)*, Detroit, 1919).

<<

[111] Sir Almroth Edward Wright (1861-1947). Bacteriólogo inglés. <<

[112] «Crucifixión de un batracio» <<

[113] *The Confessions*. <<

[114] También es el título de uno de los relatos más conocidos de Frederick William Rolfe (1860-1913), alias «Barón Corvo». (*N. del T.*) <<

[115] Todo esto no hace sino recordar el ambiente de la obra rabelaisiana, pues la analogía entre «Pantruel» y *Pantagruel* es demasiado evidente. (N. del T.) <<

[116] El título de una de las obras dramáticas de Lord Dunsany. <<

[117] El número cabalístico de Amalantrah. <<

[118] El diccionario cabalístico de Crowley, publicado en el número VIII de *The Equinox*. <<

[119] Eliphas Lévi fue el autor de *Dogme et Rituel de la Haute Magie*, pero como Lévi no fue otro que Crowley en su anterior reencarnación, Crowley reivindica el libro para sí. <<

[120] Una colección de historias que investigan sucesos ocultos, escritas por Crowley en 1917. <<

[121] No se trata de la tercera persona de la Santísima Trinidad, sino de un tipo específico de operaciones mágicas, lo que las diferencia de las demás. [Realmente, se trata de operaciones relacionadas con Mercurio: «... una paloma, otro símbolo de Mercurio que, en su forma volátil de *espíritu* (“spiritus”), es equivalente al Espíritu Santo», tal y como puede leerse en la obra, atribuida a Johann-Valentin Andreae, *Las bodas químicas de Christian Rosenkreutz*, en JUNG, C.G. *Psychology and Alchemy*, Princeton, 1980, pág. 437. (N. del T.)] <<

[122] Roddie devuelve, como el eco, los pensamientos de Crowley, sin comprender, realmente, su significado. Suprimir el ego, desembarazarse del fardo de la conciencia, ignorar las limitaciones, equivale a la fórmula del «Haz lo que quieras». <<

[123]*Omnia in Vno, Vnus In Omnibus* («Todas las cosas en Uno, Uno en todas las cosas».) «Uno» es, obviamente, el hermano Achad, como indica uno de sus nombres mágicos. <<

[124] «Fuerza o fortaleza». <<

[125] Las letras *G* y *L*, respectivamente, en el alfabeto hebreo. Al sumarlas, de acuerdo con sus valores asociados, se obtiene 33, que tiene el significado de «fuente» o «manantial». <<

[126] La *Misa Gnóstica* de Crowley, cuyo texto fue incluido en su *Magia. Teoría }* práctica. <<

[127] El culto fundado por Pierre Bernard, alias «Oom el Omnipotente», llamado la «Orden Secreta de los Tántric(k)os». <<

[128] *My Life in a Love Cult: A Warning to all Young Girls*, por Marion Dockeril (Alma Hirsig), Better Publishing Company, Dunellen, N. J., 1928. <<

[129]¹*Witchcraft: its Power in the World Today*, Harcourt, Brace and Company, N. Y. 1940. En la portada del ejemplar personal de Crowley, aparece escrito lo siguiente: «Todo mentiras y tonterías escritas en el estilo de los periódicos baratos». La nota aparecía al lado, justamente, de la sección que le dedicaba los mayores elogios. <<

[130] En Suráfrica hubo una logia de la O. T. O., que se hallaba bajo la dirección de Thomas James Windram (hermano *Semper Paratus*, X^o), fallecido en 1939. <<

[131] El finado Mr. G. M. Cowie, en realidad, sólo era sordo. «Hay un león en mi camino, que no es otra cosa que la pérdida total del oído», escribió. <<

[132] Cuando Crowley acusaba a alguien de haberle robado, lo que sucedía con mucha frecuencia, era casi seguro que hubiera ocurrido todo lo contrario. En el caso de George Macnie Cowie, eso fue lo que sucedió, pues las cartas que Crowley le envió antes de 1915 comienzan, invariablemente, dándole las gracias por algún donativo, de 100 o de 50 libras. La única ocasión en que Crowley le mandó algo a Cowie fue justamente antes de su viaje a Estados Unidos. Se dirigió a Cowie con la acostumbrada pomposidad de las corporaciones masónicas y ocultas: «Muy Ilustre Caballero, Muy Sabio y Excelente Consejero de Su Suprema y Sacra Majestad, y Mi Muy Querido Hermano», y le envió un cheque de 6 libras, que resultó no tener fondos.<<

[133] Pero el amor que sentía por William Seabrook no duró mucho. Cuando el 19 de octubre de 1945 se enteró de que Seabrook había muerto, escribió en su diario lo siguiente: «El cochino perro de W. B. Seabrook ha puesto, finalmente, término a su vida, después de someter a su mujer a la esclavitud que supone asistir a una agonía que dura varios meses». <<

[134] Esta doctrina tiene muchas ramificaciones, que han sido exploradas por Kenneth Grant en su *Aleister Crowley and the Hidden God*, publicado por Muller, en el otoño de 1973. <<

[135] Aunque Almeira hubiera desempeñado el oficio de Mujer Escarlata — inmediatamente antes de Alostrael— Crowley habla muy poco de ella, por lo que queda envuelta en el misterio. No la menciona en sus *Confessions*, lo que resulta extraño, y sólo hay una breve alusión a ella en el «Comentario Amplio» (en contraposición al «Comentario Breve») del *Liber Legis*, donde aparece de improviso, descrita como «Un caso dudoso. Bertha Almeira Prykryl, de soltera Bruce. Retraso en asumir sus funciones, por lo que dejó el sitio a número 7» (Leah Hirsig). <<

[136] La personificación del sol naciente, Hor-m-akhet. <<

[137] «Firme rectitud», una frase de la edición de Legge del *Yi King*. [Se trata de la correspondiente al hexagrama 10, *Lü*, «El porte», «La pisada»: «Siendo *firme*, central y *recto*, pisa el puesto del regente y permanece sin tacha», según la edición de Richard Wilhelm. (N. del T.)] <<

[138] Reyes, 5, 18. <<

[139] Sin duda, Crowley, por su práctica continuada, debía de utilizar un método de interpretación muy personal del *Yi King*. Es cuestión de señalar que un examen de los distintos lugares y su significación le movió a una consulta posterior al *Yi King*.

Así pues, Marsella = *Marsilia*, «*Marte y se encuentra al borde del agua*»: *Marte* = Fuego, luego para Marsella, «Fuego sobre Agua»; Capri = Capra = Aries = Aire (la Tierra es más difícil de encontrar); Cefalú = Cefa + Falu = Cabeza (= Tierra) + Falo (= Lingam), etc... (*N. del T.*) <<

[¹⁴⁰] *Satan* fue «asesinado» pocos meses después, con gran pesar de Crowley. <<

[141] Hombre, ¿qué he de hacer de ti y de tu vergüenza?

pues no soy del parecer de los dioses.

Soy su allegada, pues tengo en mí sangre foránea,

no soy de su parecer ni del tuyo:

mis venas se hallan mezcladas, y por eso estoy loca,

por eso enojo y trastorno a mi propia carne,

la mitad de una mujer hecha con la mitad de un dios.

(Swinburne, *Fedra*.) <<

[142] En *The Vision and the Voice*, Babilonia (*Babylon* en inglés) aparece escrita como Babalon. El análisis cabalístico de la palabra en esta ortografía poco usual da 156, que es el número de Sión (la Montaña Sagrada) y de la Ciudad de las Pirámides (en el sistema de John Dee, las Tablillas Elementales, o Atalayas del Universo, están representadas por una serie de 156 figuras de reducido tamaño que, superpuestas, forman pirámides). El número asociado a *Babylon* es 165, que no significa nada importante en el sistema mágico de Crowley.

Análogamente, la Palabra del Eón, ABRAHADABRA (tal y como fuera deletreada por Aiwass) da 418, que es el número de la Gran Obra. Crowley pensaba que ABRACADABRA era una forma corrupta. <<

[143] Esta descripción que Crowley hace de su primer encuentro con Leah Hirsig no es exacta ni honesta. <<

[144] Véase el capítulo 13. <<

[145] *Wolf*, en inglés, significa «lobo», o «fiera» afín. (*N. del T.*) <<

[146] La explicación es, quizá, simple. A juzgar por la fotografía que le fuera tomada en la Abadía, la apariencia de Jane Wolfe es la de una mujer de mediana edad, un tanto masculina. <<

[147] La asafétida es un tipo de resina de un penetrante olor a ajo. Su combustión produce un olor tan desagradable que sirve para expulsar a los espíritus y presencias hostiles, lo que explica el empleo que Crowley hace de ella. (*N. del T.*) <<

[148] Znuz is Znees. <<

[149] Referencia a la novela *Jude the Obscure*, de Thomas Hardy (1840-1928). (N. del T.) <<

[150] Gamberro, macarra o rufián callejero. (*N. del T.*) <<

[151] Desde un punto de vista thelémico, decir que alguien está «fuera de sí a causa de la lujuria» no es una crítica; ni nadie debe ver en esta observación recriminación alguna de tipo moral. <<

[152] «Conseguir que se le hinchase la *morcilla*.» (N. del T.) <<

[153] De Marcel Duchamp, 1915. Descrito como *Ready-made*. <<

[154] Según el hermetismo, los manes de un individuo son las almas de sus antepasados que, sin conseguir la liberación que les hubiera conducido al Paraíso (por ejemplo, Los Campos Elíseos, en la tradición helenística), son susceptibles de reencarnarse. Virgilio, en *La Eneida*, Libro VI, da una idea de lo dicho. (N. del T.) <<

[155] Al ser sumados los valores de las letras que componen la palabra Baphomet se obtiene el número 729. <<

[156] «El grado X es meramente honorario», dijo Crowley, «pero mis recientes investigaciones en los misterios del grado IX me han obligado a añadir otro grado, que he denominado XI.» Los secretos sexuales de la O.T.O. son enseñados a los miembros de grado IX, y se refieren a sus operaciones sexuales con el sexo opuesto. Crowley, por iniciativa propia, añadió el grado XI (que es la imagen invertida del IX) para operaciones de índole homosexual. Las operaciones de grado VIII son las de carácter «autosexual». Crowley practicó los tres tipos. <<

[157] Irlanda, Iona y todas las Bretañas (que se encuentran dentro del Santuario de la Gnosis). <<

[158] En los Alpes franceses. <<

[159] La de «barón ladrón» se convierte en una profesión usual de los barones venidos s mrnod. Sir Thomas Malory, el autor de *La muerte de Arturo*, la practica y, también, según Padraic Colum, los antepasados medievales del Lord Dunsany metido a escritor de relatos fantásticos. (N. del T.) <<

[160] Aiwaz, Santo Angel de la Guarda de Crowley, que se escribe de forma distinta según la naturaleza de la operación que estuviera siendo realizada por la Bestia: (Aiwass) o mística (Aiwaz). <<

[161] La Bestia. <<

[162] Alostrael <<

[163] Thelema. <<

[164] Haz lo que Quieras será toda la Ley. <<

[165] La receta para los Panes de Luz se encuentra en el *Liber Legis*: «La sangre más Apropiada es la de la Luna, la menstrual; o si no, la sangre fresca de un niño, o la que rezuma de la hueste celestial; o la de los enemigos; o la del sacerdote o la de los fieles; o finalmente, la de algún animal, no importa el que sea. Cuécela: haz con ella un pan y cómelo en mi honor». La «hueste celestial» son las estrellas. Los Panes de Luz equivalen a la «Hostia» en la Eucaristía de la nueva religión del crowleyanismo. La bestia escribió el 5 de julio de 1920 en su *Magical Record*, lo siguiente: «En mi Misa, la Hostia es de excrementos, que consumo con reverencia y adoración». Mary Butts rechazó la así denominada hostia cuando Crowley se la ofreció. El incidente dio lugar a que hiciese, posteriormente, la observación de que, a su llegada a la Abadía, Crowley le ofreció «mierda de cabra en un plato». <<

[166] El aspecto activo de Horus. <<

[167] Lucas, 8, 27. (*N. del T.*) <<

[168] En febrero de 1924, Crowley hizo una visita a la fundación de Gurdjieff en Fontainebleau y solicitó ver al Maestro, pero éste se hallaba ausente, a no ser que se negara a ver a la Bestia 666, que había acudido para ofrecerse a tratar a los pacientes de Gurdjieff que no habían respondido a su tratamiento. Después de su éxito con el hermano Progadior, Crowley estaba seguro de poder curarlos a todos, sin excepción. Fue atendido por el mayor Pindar —«un tipo demasiado atildado»— que le rogó que se quedase a cenar. «Gurdjieff, su profeta, parece un hombre entendido. He oído de él más cosas sensatas y acertadas que todo lo que he podido escuchar en los últimos años. Pindar cena a las 7:30. El Oráculo había dicho de mi vista: “Hay pocos hombres: los suficientes”. Más tarde, disfruté con Pindar de una agradable velada. Gurdjieff es, sin lugar a dudas, un adepto muy avanzado. Mis objeciones más importantes estuvieron relacionadas con el sexo (no creo que Pindar comprenda la verdadera posición, al respecto, de G.) y sus transgresiones: por ejemplo, el culpable se ve privado de un plato en las comidas o se le hacer estar media hora con los brazos abiertos. Son cosas pueriles, desprovistas de valor moral». (*The Magical Record of the Beast 666*). <<

[169] Todo esto se encuentra en la base de las doctrinas secretas de Egipto que se irradiarían a la gnosis Alejandría, a los neoplatónicos, y a los «iluminados» de Irán. Participa del mismo orden de cosas que el pensar que si «la cara es el espejo del alma», ello es debido a que, en un principio, es el alma la que moldea al cuerpo. (*N. del T.*) <<

[170] El *Khabs* (la estrella) es la «Luz Interior»; el *Khu*, la entidad mágica de cada hombre, que depende de la naturaleza de cada uno de los *Khabs*.<<

[171] John Bunyan (1628-1688), autor del *Pilgrim's Progress*, especie de epopeya puritana que trae a la memoria la *Divina Comedia* y *El Paraíso Perdido*, y que narra las aventuras del peregrino Christian (el cristiano en este valle de lágrimas). Por eso Crowley lo identifica, en broma, con Frank Bennett. (N. del T.) <<

[172] Del *Liber Legis* <<

[173] Eckenstein había muerto un año antes. «Acabo de enterarme de que el Velo de la Vida acaba de caer de los ojos de OSCAR ECKENSTEIN, mi camarada de escalada y profesor de meditación desde la Pascua de 1898», escribió en su *Magical Record*, y prosigue: «Espero que le haya sido concedido todo lo que deseaba, sí, todo. AUM, AUM, AUM.» Aquel mismo día, él y Alostrael celebraron una «Misa de Réquiem para OSCAR ECKENSTEIN... y yo llevé mi Abbai blanco y oro, la Estrella de X°, la Rosacruz de madera de encina pintada de rojo, con el topacio insertado en ella, mi anillo del grado 9.º = 2^u A.'.A.', y la diadema de oro con el recuadro que lleva escrito URIEL, según las instrucciones de Abra-Melin, y que no me ponía desde hacía muchos años, quizá desde la obtención del Conocimiento y la Conversación con mi Santo Angel de la Guarda. He ungido a Babalon, y a mí mismo, con el óleo de Abra-Melin, que nos ha irritado sobremanera el entrecejo». <<

[174] *Rapiens* tiene la misma raíz que «rapiña» y «rapto». (N. del T.) <<

[175] En 1935, cuando fue declarado en quiebra, el manuscrito de estas reflexiones, todavía sin publicar, fue secuestrado por los acreedores, junto con otros; a la muerte de Crowley, en 1949, me sería posible conseguirlos. <<

[176] Parece ser que Crowley podía hipnotizar a las personas sugestionables, especialmente a aquellas que estaban buscando un Maestro. Me considero en deuda con Mrs. Eileen Bigland por haberme contado la siguiente anécdota, que le había narrado su madre.

«Érase una vez una mujer bella, rica y noble. Un día, mientras regresaba al hotel —el Ritz— después de haber dado una vuelta por la ciudad, se detuvo a mirar el escaparate de Fortnum and Masón. De repente, se dio cuenta de una presencia remota y, sin embargo, terriblemente próxima. Sobresaltada, levantó la mirada y vio, en la luna, la imagen de un hombre a su lado. El desconocido se presentó. Su nombre era Aleister Crowley, poeta y montañero. Los dos se fueron al Ritz, donde permanecieron diez días. Poco después, la dama se divorció.» <<

[177] Corresponden respectivamente a los siguientes títulos: *Manifiesto de la O.T.O.*; *Larta abierta a los que desean unirse a la Orden* y *Una notificación con referencia a la Constitución de la Orden*, que aparecieron en el volumen III, núm. I de *The Equinox*. <<

[178] En el *Fives* se trata de que la pelota, impulsada con la mano, vaya a golpear contra una pared (O.E.D.). <<

[179] Los Verdaderos Volitivos son todas aquellas personas conscientes de hacer su Verdadera Voluntad. (N. del T.) <<

[180] Crowley tenía en especial consideración al falo, que escribía siempre con mayúscula; en el sistema thelémico, el falo era el vicerregente de Dios en la Tierra: «He estado revisando el ritual de la Marca de la Bestia», escribió, «pero no he quedado totalmente Satisfecho. La doxología que dice así: “Gloria al Falo, al Sol, y a la Gran Bestia Salvaje, etc.» (y sigue con su diario). <<

[181] Jehovah, o las iniciales de Isis-Apofis-Osiris. <<

[182] Preparado dieciochesco del médico británico Thomas Dover, compuesto de opio e ipecacuana. (*N. del T.*) <<

[183] Charles Gray, según él mismo afirma, fue responsable de que Crowley fuera expulsado de Italia. Cuando Pinney regresó de Cefalú, le obligó a visitar a Peter Rodd, cuyo padre era el embajador británico en Roma, para ponerse en contacto con Gray. «Yo creo que Crowley fue expulsado de Italia en cuanto sir Rennel Rodd se enteró de lo que ocurría», me escribió Mr. Gray en enero de 1952, después de haber leído la primera edición de este libro.<<

[184] El Consejo de los Diez gobernaba, inflexiblemente, los destinos de la antigua República de Venecia, ya que gozaba de ilimitados poderes. Los diez miembros que asistieron a su fundación en 1310 verían ampliado, su número más adelante a diecisiete. <<

[185] La legendaria reina de Asiria y constructora de Babilonia, célebre por su belleza y sus excesos sexuales. <<

[186] «La Bestia comentó que, cuando me tocara psicoanalizarme, sufriría las penas del infierno» (del diario de Norman Mudd). <<

[187] Tal es el título de una obra pornográfica inglesa del siglo XIX: *Autobiography of a Rica*. <<

[188] Se trata de un juego de palabras entre *Astrid* y *astride*, «a horcajadas». (N. del T.)

<<

[189] Hace referencia al Brocken, en las montañas del Harz, donde las brujas se aprestan a celebrar la noche de Walpurgis, tal y como se lee en el *Fausto* de Goethe (Parte 1, escena XXI). (N. del T.) <<

[190] Que, entre otras cosas, obliga a prostituir el cuerpo a la concupiscencia de cualquiera. <<

[191] Del diario de Norman Mudd. <<

[192] Ra-Hoor-Khuit. <<

[193] Hor-Makhu, Señor del Doble Horizonte... <<

[194] Hoor-Paar-Kraat. <<

[195] Otra forma de Ra-Hoor-Khuit. <<

[196] El *Liber Legis* consta de tres capítulos. <<

[197] *Liber Legis*, capítulo 2, versículo 49: «Yo soy único y conquistador. Yo no soy de los esclavos que perecen. ¡Que ellos sean condenados y que se les dé muerte! Amén».

<<

[198] El año del nacimiento de Crowley, 1875. <<

[199] La fórmula del «dios moribundo» tipificado por Osiris, Cristo, Adonis, Vitobha, en contraposición a la del Hijo Coronado y Conquistador, Horus, «el que está por llegar», hijo de Osiris. <<

[200] En el original, *With my claws I tear out the flesh of the Iridian and the Buddhist, Mongol and Din.* (N. del T.) <<

[201] En los círculos astrológicos, el eón futuro se halla asociado con la Era Acuario, que dará comienzo cuando acabe la actual Era de Piscis, en el año 2129. (*N. del T.*)

<<

[202] Una traducción al alemán apareció en 1925. <<

[203] Son las palabras que Crowley utiliza en sus *Confessions* al hablar de Mudd. <<

[204] Crowley se refiere al propio individuo que es capaz de convertirse en niño, o que no ha dejado de conservar su inocencia. Cuando dice que ha realizado el «particular sacrificio una media de 150 veces al año» quiere decir que éste tuvo lugar en su propia persona. La alquimia de la inmortalidad taoísta participa del mismo género de ideas. (*N. del T.*) <<

[205] «Espacio vital», en alemán. (*N. del T.*) <<

[206] *Inky*, «manchado de tinta». (*N. del T.*) <<

[207] Y que, por no ser el falo, en el sistema thelémico, más que un símbolo de Sol y la C de Crowley, un símbolo de la Luna, representa el par Sol-Luna del hermetismo, dibujado al modo satírico de Thérion. (*N. del T.*) <<

[208] Juego de palabras que hace Crowley con *Nag*, «jaca», y *nagged*, «regañado». (*N. del T.*) <<

[209] «Clodd ya era demasiado», le escribió Crowley al hermano O. P. V., «pero cuando a Clodd se le mea encima, y se disuelve en Mudd, ¡apaga y vámonos!». [El sangriento humor de Crowley y el juego de palabras entre *Clodd* (terrón) y *Mud* (fango). (N.del T.)] <<

[210] La Mandrake Press quebró antes de que hubiera aparecido el tercer volumen, que no sería publicado hasta después de la muerte de Crowley, por Cape, en 1969, formando parte de la obra completa, en un único y voluminoso libro, editado por John Symonds y Kenneth Grant. <<

[211] No es lo mismo. El aura está ligada a la radiación del cuerpo astral. (*N. del T.*)

<<

[212] Palabra hebrea que, por alusión, significa en el contexto algo así como «¡A esperar!». (*N.del T.*) <<

[213]*Tu Li Yu* no es el nombre de ningún sabio chino, ni de ninguna de las encarnaciones de Crowley, sino, simplemente, una abreviatura de *Toodle-oo*, o sea «adiós». <<

[²¹⁴] *Dite*, o *Dis*, es la Ciudad de los Criminales, que se encuentra en el Quinto Círculo del Infierno de la *Divina Comedia*. (N. del T.) <<

[215] Pero ambas, la obtención de la Piedra Filosofal y la Ley de Thelema, no conducen sino a la obtención del Oro interno, el Yo auténtico. (*N. del T.*) <<

[216] Postura de yoga. <<

[217] El manicomio. (*N. del T.*) <<

[218] Otto Dix (1891-1969), pintor alemán cuyo estilo se encontraba entre el impresionismo y el verismo; Felicien Rops (1833-1898), pintor belga al que se acusó de practicar un arte «licencioso». Entre otras, ilustró las obras de Baudelaire, D'Aurevilly y Huysmans. *(N. del T.)* <<

[219] En el proceso que estaba siguiendo contra Nina Hamnett y Constable & Co. <<

[220] El Hotel Washington, en Curzon Street, Mayfair. <<

[221] El comentario de Yorke que aparece escrito junto a este texto de Crowley es el siguiente: «Cojones». <<

[222] El comentario de Yorke: «Sabía que ella estaba en Colney Hatch, ya que yo le había informado que había ido a visitarla». <<

[223] Kysant era un magnate naviero, procesado en septiembre de 1931 por la difusión de un catálogo fraudulentamente inexacto, lo que le valió un año de condena.

<<

[224] En el mismo párrafo en que Crowley proclama su divinidad se descubre todo lo que hay tras ello: «... porque quiero prostituir mi virilidad, envilecer mi divinidad ante mi Señora. Quiero que Sus pies aplasten mi corona, que Su esputo ensucie mi rostro, que mi corazón sea rasgado por el tacón de Su bota, que mi mente sea el roce de Su falda, y mi alma Su retrete». <<

[225] Se trata de una práctica ya empleada por los gnósticos: «Hemos oído que hay quienes alían las lentejas con esperma de varón y menstroo de mujer, diciendo mientras comen: “Confiamos en Esaú y Jacob”» (*Pistis Sophia*, 387). (N. del T.) <<

[226] Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf, el gran investigador alemán del mundo clásico. <<

[227] *Foulbrother* quiere decir algo así como «hermano del engaño», epíteto que cuadra perfectamente a Satanás. (N. del T.) <<

[228] Roberto «El Diablo», supuesto hijo del duque de Normandía, pero, en realidad hijo del Diablo, que dio lugar a una novela de caballerías del mismo título. (*N. del T.*)

<<

[229] Autor norteamericano de obras de literatura fantástica y de ciencia ficción. (*N. del T.*) <<

[230] «Lord Haw-Haw» era William Joyce, que retransmitía para los nazis desde Berlín. El sobrenombre fue debido a su voz, un tanto estridente. Fue Joyce quien sugirió, en uno de sus programas, que visto que el día de Oración Nacional, celebrado el domingo 23 de marzo de 1941, no había producido los efectos deseados, Aleister Crowley debía celebrar una Misa Negra en la abadía de Westminster. La mofa revela el alcance de la fama de la Bestia. Al final de la guerra, William Joyce sería ahorcado en Inglaterra. <<

[231] En el Arbol del Mundo del sistema mágico de la Golden Dawn, que sería mantenido por Crowley, el Abismo separa los tres últimos grados, *Magister Templi* 8.º = 3^u, *Magus* 9.º = 2^u, e *Ipsissimus* 10.º = 1^u, de los restantes. (N. del T.) <<

[232] *East Lynne, a novel*, publicada en 1861, obra de Mrs. Henry Wood (1814-1887).

<<

[233] La propaganda aliada llamaba a los alemanes, ya desde la Primera Guerra Mundial, los «hunos». (*N. del T.*) <<

[234] Ada Esther Leverson, de soltera Beddington, novelista y una de las amigas más íntimas de Oscar Wilde, quien la llamaba «la Esfinge». <<

[235] En el siglo VII a.C. Sardanápalo, el último rey de Asiria, el más afeminado y corrupto de un linaje de príncipes afeminados, consiguió sobreponerse a su cobardía y aparecer al frente de su ejército en los combates contra Arbaces, sátrapa de Media. Tres veces consiguió la victoria, pero al derrumbarse las murallas de Nínive, se encerró en su palacio junto a sus mujeres y sus tesoros y puso fin a su vida, prendiéndole fuego. <<

[236] *Eight Lectures on Yoga*, del Mahatma Guru Sri Paramahansa Shivaji, que no era otro que Aleister Crowley, editado en 1939. <<

[237] El símbolo que forma el mago representa a un hombre con los brazos abiertos en signo de amistad ψ , y aparece en grabados rupestres del bronce nórdico, en figurillas de bronce de la Europa céltica y terracotas de la región del Egeo. Significa también el surgir de la vida y tiene paralelismo con la runa germánica **algiz*, con valor fonético de z. (N. del T.) <<

[238] «Señor, el general De Gaulle me ha encargado que le dé las gracias por su carta del 12 de mayo. Hemos leído su canción con sumo interés. Los bellos sentimientos que usted ha expresado de una manera tan encantadora nos han conmovido.» (*N. del T.*) <<

[239] Posiblemente se refiere a la guerra: *Blitzkrieg* = guerra relámpago, el término acuñado por los ejércitos alemanes durante aquel conflicto. (N. del T.) <<

[240]*Tergamant*, *Tervagan* o *Termagante* es una supuesta deidad sarracena, propia de los libros de caballerías, donde puede leerse, por ejemplo: «La lei i fut Mahum e TERVAGAN» («La ley era de Mahoma y Tervagán», *Chanson de Roland*, ms. Oxford, v. 611). La comparación que Crowley hace de Mrs. Hogg con esa deidad es típica de su imaginativo humor. (N. del T.) <<

[241] Crowley escribe: *The Saffron*, y no *Saffron*, jugando con el nombre de pila de la joven, que significa «azafrán». (N. del T.) <<

[242] Se trata de la creación de un hijo «artificial», en el que podría encarnarse un espíritu planetario, un elemental o un demonio. Crowley desarrollaría el tema en su novela *Moonchild*. (N. del T.) <<

[243] «La Iglesia de la Cienciología»: carta publicada el 28 de diciembre de 1969 en el *Sunday Times*. <<

[244] Esta bio-bibliografía es, fundamentalmente, la que Gerald Yorke preparara, como un excelente apéndice, para la primera edición (1951) del presente libro. Mi labor se ha reducido a ponerla al día, reordenando, eliminando erratas de imprenta, y añadiendo obras que, por aquel entonces, no se sabía que habían sido escritas por Crowley, manteniendo, en lo posible, la redacción original. <<

[245] Datos contrastados con la bibliografía de Edward Noel Fitzgerald que figura en apéndice a C.R. Cammell (véase B.) <<

[246] *Imprimé sous le manteau, et ne se vend nulle part. En francés, en el original.* <<

[247] Las últimas cifras entre paréntesis remiten a la correspondiente obra de la bibliografía. <<

[248] R.U. es la abreviatura de Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. <<